860
B47
42627,32

This Book may be kept out

TWO WEEKS

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

POETAS LÍRICOS DE LOS SIGLOS XVI Y XVII,

COLECCION ORDENADA

POR DON ADOLFO DE CASTRO.

TOMO PRIMERO.

MADRID.
M. RIVADENEYRA — EDITOR — IMPRESOR.
SALON DEL PRADO, 8.

1854.

8YM
R47
t32

PROLOGO.

Los poetas líricos españoles de los siglos XVI y XVII, cuyas obras se encierran en este volúmen, son:

Garcilaso de la Vega.	Francisco Pacheco.
Gutierre de Cetina.	Francisco de Rioja.
Don Diego Hurtado de Mendoza.	Don Juan de Arguijo.
Cristóbal de Castillejo.	Pedro de Quirós.
Fernando de Herrera.	Juan de Salinas.
Don Francisco de Medrano.	Baltasar del Alcázar.
Pablo de Céspedes.	Don Luis de Góngora.

El segundo tomo de esta coleccion contendrá las composiciones de Jáuregui, de Espinosa, de Trillo, de los dos hermanos Leonardos, de Villégas, de Jacinto Polo, del conde de Rebolledo y de otros ingenios no menos ilustres, terminando con una floresta de varia poesía, donde se hallarán los escritos mas selectos de Boscan, de Aldana, de Figueroa, de Acuña, de Gil Polo, de Solís, de Cancer, de Salazar y demás autores distinguidos en aquellos tiempos.

Aunque de poetas de los siglos XVI y XVII, no forman parte de esta coleccion las obras líricas del bachiller Francisco de la Torre, de fray Luis de Leon, de santa Teresa, de san Juan de la Cruz, de Lope de Vega y de don Francisco de Quevedo. En otros tomos de la Biblioteca de Autores Españoles se encontrarán con sus demás escritos ó con los de sus primitivos editores.

En el presente volúmen se ha procurado guardar el mejor órden posible. Garcilaso con Cetina y don Diego Hurtado de Mendoza, sus imitadores en seguir la forma artística de los griegos, latinos é italianos, ocupa el lugar preferente. Castillejo, el sustentador de la antigua y encantadora manera de la poesía castellana, va en pos de estos autores, como protesta contra la nueva escuela literaria. Herrera, que quiso perfeccionar la obra de Garcilaso dando un lenguaje poético á España, así como dieron á Italia el suyo felicísimos ingenios, va acompañado de sus discípulos ó imitadores, Cespedes, Pacheco, Medrano, Rioja, Arguijo y Quirós. Alcazar y Salinas pertenecieron á la escuela de Herrera, Rioja y Arguijo; por eso van sus obras en este volúmen, si bien sus formas no pueden ser iguales á las que tienen las poesías de sus maestros, los cuales se dedicaron á asuntos filosóficos ó amatorios, y no á festivos y

ligeros. Góngora, gran admirador de Garcilaso y deseoso de adquirir, como Herrera, un lenguaje poético para que en él hablasen las musas españolas, cierra, y no se diga con llave de oro, el primer volúmen de los poetas líricos de los siglos XVI y XVII.

Al frente de casi todas las colecciones de poesías se leen juicios críticos de autores notables. No son todos los que existen, sino tan solo los que he juzgado mas importantes á mi propósito. Creo que el lector verá con agrado los pareceres de Herrera, de Lope, de Jáuregui, de Rioja, de Saavedra y de otros críticos no menos insignes, tales como Velazquez, Jovellanos, Várgas-Ponce y Marchena.

He procurado huir de los vicios en que incurrimos facilísimamente los que nos dedicamos á estudios bibliográficos. Por muy mala que sea la obra inédita de un autor, nunca nos parece tanto, que la reputemos indigna de ver la luz pública; antes queremos parecer noticiosos en papeles antiguos que amadores leales del honor literario del hombre ilustre cuyas obras damos nuevamente á la estampa. Muy parco he sido en la publicacion de poesías inéditas; porque, si de los yerros en los escritos que se han impreso por el autor alcanza á este, y solo á este, el descrédito, de los que se hallan en trabajos no publicados solo al editor debe pertenecer el vituperio. Un escrito inédito es un secreto confiado ó adquirido que existe entre muchas ó pocas personas. Quien lo hace patente al público, sabiendo que puede redundar en mengua de su autor, no merece el nombre de amigo que cela nuestra honra, sino de amigo que la vende con el género de traicion que se llama imprudencia. Parco he sido tambien en las notas con que he intentado ilustrar los textos. Las muchas que los acompañan no son hijas de un deseo de afectar erudicion, pues, como se verá, casi todas se reducen á variantes en ediciones y códices. La purificacion de los textos ha sido el objeto especial de mis investigaciones y diligencias. Viciados en las ediciones primitivas, han corrido y aun corren llenos de errores de gramática y faltos de sentido en muchos lugares.

Ya no se leerá, por ejemplo, en Garcilaso:

¡Oh nayades de aquesta mi ribera
Corriente moradoras! oh napeas,
Guarda del verde bosque verdadera!
Alce una de vosotras, blancas deas,
Del agua la cabeza rubia un poco;
Así ninfa jamás en tal te veas,

sino el texto corregido, tal como lo escribió ó debió escribirlo su autor:

¡Oh náyades de aquesta mi ribera,
Corrientes moradoras! oh napea,
Guarda del verde bosque verdadera!
Alce una de vosotras, blanca dea,
Del agua la cabeza rubia un poco;
Así ninfa jamás en tal se vea.

El famoso madrigal de Gutierre de Cetina, que empieza:

Ojos claros serenos,

ha corrido hasta ahora impreso con falta de dos versos, por lo cual estaba oscurísimo en el concepto. Se han restituido estos á su lugar, y la poesía gana doblemente en mérito.

Góngora, cuyos pensamientos á veces se presentan mas impenetrables de lo que su

autor pretendió, á causa de los yerros de los impresores, podrá leerse ya con mayor provecho. No se hace decir al ilustre cordobés, como los demás editores :

Si eres del amor cautivo,
Desde aquí puedes volverte;
Que me pedirán por *voto*
Lo que entendí que era suerte;

en vez de leer con Gracian y el buen sentido :

Que me pedirán por *hurto*
Lo que entendí que era suerte;

ó por *voto*, segun la edicion de Pedro Verges.

Ya no se afea un romance bellísimo con poner estos cuatro versos faltos de un relativo, sin el cual forman solo un laberinto de palabras :

Resiste al viento la encina
Mas con el villano pié;
Que con las hojas corteses
A cualquier céfiro cree;

habiendo escrito su autor:

Que con las hojas corteses,
Que á cualquier céfiro creen.

Donde puso el descuido :

Que á todas ellas hacen
Igual sombra la fuerza,
Lo dulce de la voz
La razon de las quejas,

se lee hoy *igual sabrosa fuerza.*

Por último, Góngora dice contra su voluntad :

Llegáos á orealla;
Pero no tan cerca,
Que lleveis suspiros,
Y ha corrido á ella;

cuando escribió :

Pero no tan cerca,
Que lleveis suspiros
Que han corrido á ella.

En el lugar respectivo de las obras de Castillejo se pone lo que mandó la Inquisicion que se borrase en el *Diálogo de las mujeres* y en el *Sermon de amores,* si bien en este no con toda la perfeccion que fuera de desear, por ser tan malas y estar tan contrariamente adulteradas las ediciones primeras que hemos visto.

En Herrera se sigue el texto tal como lo corrigió su autor en los últimos años de su vida. Pónense, sin embargo, las variantes de todas las poesías que publicó en su coleccion y en las notas á las obras de Garcilaso. Así verán los curiosos la manera con que el divino poeta castigaba sus versos.

Aunque es mucho lo que he trabajado y aun conseguido en la purificacion de los textos, algo queda todavía para los que con talento, erudicion y práctica se dediquen á restaurar las obras de los ilustres poetas líricos españoles. Sus advertencias tendrán para mí un valor grandísimo, pues con ellas podré rectificar en el segundo volúmen de esta coleccion los errores que no haya observado al formar el presente. En ello no hago abstraccion de mi amor propio, porque el amor propio de un colector de

obras de autores antiguos debe consistir en presentarlas libres de yerros, consiga el objeto por sí solo, consígalo con el auxilio de los que mas saben.

Preceden á las poesías inclusas en este tomo algunas noticias de vidas de poetas, varias como fueron los caractéres y las profesiones de los mismos. La de GARCILASO DE LA VEGA es propia de un perfecto caballero andante; la de DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA, de uno de los primeros políticos de Europa en los modernos siglos; la de GÓNGORA, de uno de los satíricos mas maldicientes.

De otros poetas muy poco se sabe; sus noticias apenas pasan de lo que declaran sus escritos. Si algun curioso tuviere algunas para mí no conocidas, adonde no haya llegado mi diligencia, allí pueden ejercitarse sus conocimientos y estudios en pro de la historia literaria de España. Pronto estoy á enmendar yerros y mi falta de noticias.

Antes de concluir este prólogo no debo pasar en silencio los favores que he debido á varios de mis ilustrados amigos, y especialmente á los señores don José María de Alava, catedrático de la universidad de Sevilla, don Juan José Bueno, ilustre poeta sevillano, y don Joaquin Rubio, individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia; el primero poniendo en mi poder un antiguo códice de las poesías de GUTIERRE DE CETINA, el segundo prestándose á evacuar citas en manuscritos de la biblioteca Colombina, y el tercero facilitándome con mano franca los inagotables tesoros de su excelente librería.

El señor don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, erudito ilustrador de las obras de Quevedo, tambien me ha honrado con noticias de un códice que conserva, en el cual declara GÓNGORA las poesías que fueron hijas de su ingenio, excluyendo las que la ignorancia le atribuyó en manuscritos.

He hecho cuanto he podido para la perfeccion de la obra. Si no ha logrado alcanzarla mi diligencia, otras serán las causas, no mi buen deseo.

Cádiz, 12 de julio de 1854.

ADOLFO DE CASTRO.

APUNTES BIOGRÁFICOS

DE LOS

AUTORES COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.

GARCILASO DE LA VEGA.

Cuna de Garcilaso de la Vega, caballero del órden de Alcántara y príncipe de los poetas líricos de España, fué la ciudad de Toledo; su linaje, de lo mas ilustre. Hijo del famoso Garcilaso, segundo del conde de Feria, comendador mayor de Leon, del órden de Santiago, señor de las villas de los Arcos, Cuerva y Bátres, del consejo de Estado de los reyes don Fernando y doña Isabel, y embajador en Roma cerca de Alejandro VI, heredó de su madre doña Sancha de Guzman los blasones todos de la antigua casa de Toral (luego de los duques de Medina de las Torres).

Las artes liberales, las buenas letras y las lenguas griega, latina, toscana y francesa ocuparon su ánimo en los años de su niñez, en los primeros de su juventud florida. La corte le brindaba con la privanza, las armas con los laureles, las letras con el aplauso de los siglos. Dejó las riberas del Tajo por seguir á Cárlos V, en cuya corte ganó amigos entre los buenos, atrayendo á su estimacion las voluntades por su destreza singular en el manejo de espadas y caballos, en el tañer el arpa y la vihuela, y en el cantar con regalado acento los mismos versos que escribia. Era de aspecto hermosamente varonil, de grandes y vivos ojos, de rostro apacible, de frente despejada, dulce en los sentimientos de amor, vehementísimo en los de amistad, noble en las palabras, cortesano en las acciones, igual en resistir el peso de la seda que el del hierro, y no sé si mas caballero en la ciudad ó si mas caballero en la guerra (1).

(1) «En el hábito del cuerpo tuvo justa proporcion, porque fué mas grande que mediano, respondiendo los lineamentos y compostura á la grandeza. Fué muy diestro en la música y en la vihuela y arpa, con mucha ventaja, y ejercitadísimo en la disciplina militar, cuya natural inclinacion lo arrojaba en los peligros, porque el brio de su animoso corazon lo traia muy deseoso de la gloria que se alcanza en la milicia.» — Herrera, *Vida*.

«La trabazon de los miembros igual, el rostro apacible con gravedad, la frente dilatada con majestad, los ojos vivísimos con sosiego, y todo el talle tal, que aun los que no le conocian, viéndole, le juzgaran fácilmente por hombre principal y esforzado, porque resultaba de él una hermosura verdaderamente viril; era prudentemente cortés y galan sin afectacion y naturalmente sin cuidado, el mas lucido en todos los géneros de ejercicios de la corte y uno de los caballeros mas queridos de su tiempo; honrado del Emperador, estimado de sus iguales, favorecido de las damas, alabado de los extraños y de todos en general.» — Tamayo de Várgas, *Vida*.

«Era garboso y cortesano, con no sé qué majestad envuelta en el agrado del rostro, que le hacia dueño de los corazones no mas que con saludarlos, y luego entraban su elocuencia y su trato á rendir lo que su afabilidad y su gentileza habian dejado por conquistar.» — Cienfuegos, *Vida de san Francisco de Borja*.

De edad de veinte y cuatro años, ó poco mas, tomó por esposa á doña Elena de Zúñiga, señora de ilustre linaje y de altísimas prendas, hija de don Diego Lopez de Zúñiga, primo hermano del conde de Miranda, y dama de Leonor, reina de Francia. Los hijos que hubo en este matrimonio Garcilaso fueron: uno igual al padre en el nombre y el valor, y muerto desdichadamente casi al cumplir los veinte y cinco años de edad en la defensa de Ulpiano contra franceses; el segundo llamado don Francisco, que trocando el nombre y además el hábito de Alcántara por los de santo Domingo, tuvo la flaqueza de querer competir en vano con fray Luis de Leon en el clarísimo ingenio y en la sabiduría (1). Doña Sancha de Guzman ocupa el lugar tercero entre los hijos de

(1) Parece que este fray Domingo de Guzman compitió con fray Luis de Leon, segun Cienfuegos en la *Vida de san Francisco de Borja*. En este caso el hijo de nuestro célebre poeta no alcanzó cosa alguna del buen ingenio de Garcilaso, como lo declara el siguiente suceso, que en otra ocasion escribí.

Sabido es que el célebre poeta español fray Luis de Leon estuvo preso por espacio de mucho tiempo en las cárceles secretas del Santo Oficio como reo sospechoso del crímen de herejía. Afligido este varon eminente con los rigores de una persecucion injusta, y desengañado de las vanidades del mundo y de la perversa política que dominaba en su siglo, escribió en la pared de su calabozo las dos quintillas siguientes, que sin epígrafe andan impresas en la coleccion de sus obras.

Aquí la envidia y mentira
Me tuvieron encerrado.
¡Dichoso el humilde estado
Del sabio que se retira
De aqueste mundo malvado,
Y con pobre mesa y casa
En el campo deleitoso
A solas su vida pasa;
Con solo Dios se compasa,
Ni envidiado ni envidioso!

Luego que fray Luis de Leon recobró su libertad con el triunfo de su inocencia corrieron entre sus amigos y émulos, en unos con aplauso y en otros con ironía y detraccion maligna, las quintillas copiadas. Entonces un fray Domingo de Guzman se encargó de defender al Santo Oficio y de insultar á fray Luis de Leon en una glosa de aquellos versos, la cual se halla en el códice M, 243, de la Biblioteca Nacional, y es así:

Porque las dañosas leyes
Y sectas de perdicion
No estragasen su nacion,
Nuestros Católicos Reyes
Fundaron la Inquisicion;
La cual, como fué trazada
Estando Dios á la mira,
Salió tan bien acertada,
Que jamás pudieron nada
Aquí la envidia y mentira.

Es su justicia tan reta,
Que ningun falso testigo
Ni disimulado amigo
Emprendió hacer treta
Que quedase sin castigo.
Así que, es temeridad
Decir el mas descargado
En la cárcel de verdad,
Con mentira y falsedad,
Me tuvieron encerrado.

Que muy poquitos han preso
Que no estén por sus pecados,
Si no quemados, tiznados,
Porque juzgan con gran peso
En estos sacros estados.

Otro melindre gracioso,
Que diga un pobre privado,
Siendo un pobre religioso,
Con un modo muy brioso:
Dichoso el humilde estado.

¿Qué don Alvaro de Luna?
Qué Aníbal cartaginés?
Qué Francisco, rey francés,
Se queja de la fortuna
Que le ha traido á sus piés?
La religiosa pobreza
Con un mesmo rostro mira
La cordura y aspereza;
Porque esta es la fortaleza
Del sabio que se retira.

Retiráos con reverencia,
Y no con tanto desaire;
No tireis piedras al aire,
Deo gratias, padre, paciencia,
Mirad que sois hombre y fraire;
Y en cuanto á fraire, subjecto
A lo que habeis profesado
Para el estado perfecto;
Cuanto á hombre, á cualquier defecto
De aqueste mundo malvado.

. . . . . .

En la corte de los reyes
Ambicion juega sus tretas;
Mas entre gentes perfetas
No se conocian leyes
Ni se temian sus setas;
Que el sabio que se desvia
Del mundo y dél se descasa,
Tal enemistad le cria,
Que, yendo en su compañía,
A solas su vida pasa.

No le levanta el honor,
Ni el deshonor le entristece,
Ni jamás le desvanece
La voz del adulador,
Ni la del mal fin le empece.
Al tener y al no tener
Con una tasa le tasa;
No estima el ser y el no ser,
Y en hacer y deshacer
Con solo Dios se compasa.

Nada le desasosiega
Al que vive con llaneza,
Porque la simple pobreza
Muy pocas veces le ciega
Con vaguidos de cabeza.
Así que, si pretendeis
Acá y acullá reposo,
Humilláos, no os empineis;
De esta suerte viviréis
Ni envidiado ni envidioso.

No sé ciertamente cuál fué la vida y cuáles las costumbres del autor de estos versos. En aquel tiempo vivia un fray Domingo de Guzman, que se vió preso por la Inquisicion como sospechoso de luteranismo, al mismo tiempo que el canónigo protestante de Sevilla Cons-

GARCILASO. Casó esta señora con don Antonio Portocarrero y de la Vega, hijo primogénito del conde de Palma. Don Lorenzo, el postrero, heredó el ingenio paterno y tristemente se malogró en edad temprana, pues habiendo sido desterrado á Oran en castigo de cierto dicho satírico, la muerte en el camino heló los labios para siempre de este hijo, que aunque no legítimo de GARCILASO, por el talento no desmentia á su generoso progenitor ni era indigno de la proteccion del célebre obispo don Antonio Agustin.

Hallóse GARCILASO en el socorro de Viena contra Soliman (1532) y en la toma de la Goleta. A la vista de Túnez (1535) peleó como buen caballero en el ejército que Cárlos V dirigió en persona para castigar la temeridad de Barbaroja, terror del cristianismo y orgullo de las lunas otomanas. Cercado de muchedumbre de moros en una escaramuza, fué herido de dos lanzadas, una en la boca y otra en el brazo derecho. Federico Carrafa, napolitano, acudió en su socorro con valerosa tropa, que salvó de la esclavitud ó de la muerte al príncipe de los poetas castellanos. El mismo Emperador se aventuró en esta empresa, llevado del deseo de que GARCILASO no fuese despojo de sus enemigos.

El cuidado de sus heridas en los campos donde la gran Cartago tuvo su asiento le ocasionó otra mayor, y si bien no mortal, tristísima en los efectos. Encendido en amores de una señora á quien él llamó en sus versos Sirena del mar napolitano, ni el estruendo de las armas, ni los padecimientos del cuerpo, ni la gloria adquirida en jornada tan memorable, consiguieron apartar de su violenta pasion aquel ánimo que en la guerra no parecia apto para los sentimientos delicados, ni en las delicias del amor apto para los trabajos ó el esfuerzo que reclama la guerra.

En Nápoles, adonde se encaminó, siguiendo el objeto á quien amaba, dió motivos á que el Emperador desease alejarlo de una ciudad toda peligros para GARCILASO. Una ocasion se presentó á Cárlos para conseguir con pretexto verosímil su principal objeto. Habiendo GARCILASO favorecido á un sobrino suyo para ser secreto galan de palacio sirviendo á doña Isabel de la Cueva, dama entonces de la Emperatriz, y esposa despues del conde de Santi-Estéban, Cárlos V lo envió á una isla que forma el Danubio para que llorase en ella sus errores (1).

Levantado el destierro, desempeñó con la honra que de él debia esperarse una empresa que le confió el Emperador. Cierta señora napolitana se veia afligida porque uno de sus parientes, deseoso de usurparle sus estados, se entraba en ellos con las fuerzas bastantes á oprimirlos.

GARCILASO, con poderes de Cárlos V, puso á raya la soberbia de este caballero, dejando en quieta posesion de sus tierras á la señora que con legítimo derecho las habia heredado. En vez de tomar la vuelta de Nápoles, se dirigió á Roma, donde el Emperador ya se encontraba. En el camino, yendo solo en compañía de un su escudero, fué asaltado cerca de Veletri por unos foragidos que en las selvas tenian albergue. Defendióse GARCILASO cual cumplia á su valor, ahuyentando á los malhechores, despues de castigarlos ó con la muerte ó con heridas peligrosas, y libertando á su escudero, á quien dejaron desnudo y colgado de un árbol (2).

tantino Ponce de la Fuente. Es fama que Cárlos V al saber en Yuste ambas prisiones, dijo: «Si Constantino es hereje, será gran hereje.» Y hablando de fray Domingo de Guzman, exclamó: «A ese por bobo le pueden prender.» Si este fué el autor de los versos contra fray Luis de Leon, nunca anduvo en sus juicios mas acertado aquel gran conquistador de Europa.

(1) Creo que Ticknor, en su *Historia de la literatura española*, se engaña cuando afirma que los amores del sobrino de GARCILASO acaecieron en Viena, y no en Italia. Todos los escritores españoles que hablan de este suceso dicen lo que se ve en el texto.

(2) No sé si esta aventura es encarecimiento poético de don Luis Zapata, autor del *Carlo famoso*. Véanse algunas de las octavas en donde este suceso se describe:

Y contaré una cosa en mis poesías
Que acaeció á GARCILASO en estos dias.

Cuando el Emperador, como he contado,
De Nápoles partió, él estaba ausente,
Que con una dueña él le habia enviado
A le emendar un tuerto alegremente,
Y ansí, se quedó atrás; él fué de grado,
Y de un mal caballero su pariente,
Que le entraba en su tierra á su despecho,
Le dió á su gran peligro su derecho;

De que muy mal herido, en casa della
Ocho ó diez dias pasó en curar sus *llagas;*
Mas, siguiendo de Carlo la querella,
Partió aun no bien guarido de sus llagas;
Entró en la via de Roma, ni de aquella
No quiso recibir mas otras pagas
Que un caballo por otro, en tal andanza
Muerto, y por una rota allí otra lanza;

La cual dando á llevar á su escudero,
Se metió en el camino él adelante,
En que hubo los albergues pasajero
Que suele haber un caballero andante:

En 1536 fué la desdichada jornada de Provenza. Cárlos V asistió en ella con su ejército, y en él GARCILASO DE LA VEGA como maestre de campo. Cerca de la villa de Frejus, al volverse los imperiales á Italia, hallaron una torre defendida por cincuenta arcabuceros franceses segun unos, ó trece villanos segun otros. Cárlos mandó batirla. Abierta una brecha, GARCILASO, que se hallaba sin casco, tomó el de un soldado, y embrazando la rodela, empezó á subir por una de las escalas arrimadas á la torre, seguido así de don Antonio Portocarrero de la Vega, yerno que fué luego suyo, como de un capitan de infantería española. Una gran piedra le hirió en la cabeza con la rodela misma que llevaba, haciéndole descender al foso y arrastrando en su caida á los dos que animosamente le seguian.

Cárlos, indignado, mandó asaltar con mas vigor la torre, y á don Luis de la Cueva que, despues de ahorcar á los que la defendian, la arrasase para que permaneciese su memoria con la del castigo. Bien quisiera don Luis perdonar á todos menos á los dos ó tres mas culpados en la resistencia; pero las órdenes del Emperador fueron cumplidas (1).

Unas veces sin cama, otras recuero
Al lado, otras de cosas abundante;
Tal vez mirando al norte y al sereno,
Teniendo sus caballos por el freno.
. . . . . .
Dicho esto, despidióse cortesmente,
Y prosiguió cada uno su camino,
Y la noche de aquel y el dia siguiente
A albergar á una pobre venta vino,
Donde el huésped supo juntamente
(Que con la doncella él tambien convino)
Qu'el peligro del mundo mayor era
Proseguir y andar solo esta carrera.
No la deja por eso, ni mas mira
Que aquel en cuyo pecho no entra miedo,
Del cual otro mejor nunca á la mira
Nasció en las altas cumbres de Toledo;
Mas, en rayando el sol, por su via tira
Su escudero, en quien no hay tanto denuedo;
Caminando por sitio de tal suelo,
Erizado llevaba y alto el pelo.
Pues un dia entre Velitre atravesando,
De las selvas propincuas y vecinas,
Su escudero de aquesto le avisando,
Salir humos vió sobre las encinas;
De acá y de allá los bosques resonando,
Oyó chiflos y cuernos y bocinas,
Que parescia el rumor qu'en torno oian
Que los bosques del todo se hundian,
Como cuando algun oso los monteros
O algun jabalí ven de las armadas,
Que á los otros señal por los oteros
Dan con cuernos y chiflos y ahumadas;
Así los crudos salteadores fieros,
Viendo por las florestas tan dudadas
A GARCILASO entrar con vocería,
Conciertan como ois la montería.
Se juntan en un llano, y muy armados
Vienen á le buscar mas de trecientos,
Con tal desórden Bara ensañados,
Que beber casi se querian los vientos;
Su lanza echa en el ristre sin cuidados
De ver venir á tantos tan hambrientos;
Parte firme en la silla el caballero,
Y se aparta á mirarlo su escudero.
Como suele un cañon por la apretada
Gente de un escuadron entrar por medio,
A cuál tiende, á cuál mal descalabrada
La cabeza le deja sin remedio;
Pues GARCILASO allí, su lanza echada
En el ristre, así entró de golpe en medio,
Mató uno y tendió tres, y extrañamente
Dejó de sí heridos mas de veinte.
Y sin qu'él en el fin de la carrera
Espere á revolver peloteando,
Revuelve mas que una onza muy ligera,
Su reluciente espada desnudando;
Con la que á aquel y aqueste de manera
Pasa, hiende y deshace golpeando,
Qu'ellos ya vian que no se les hacia
Como pensado habian la montería.
Ni le podia empecer mas esta gente,
Que ya allegar á él nadie se osaba,
Que á la barba de Atlante, alto y valiente,
El mar que con tormenta al pié le lava;
El á unos los hendia hasta la frente,
Y las cabezas á otros les quitaba,
Y á otros partia por medio en la apretura,
O desde arriba al pié ó por la cintura.
Y los hacia quedar puestos encima
De los caballos aun por la pretina;
Que á su espada, que baja con tal clima,
No le impide ni arnés ni capellina;
Vuelan brazos y manos por encima,
Y así la gente ruin vino á ruina,
Y con nueva virtud á golpes fieros
Se libró destos lobos carniceros.
Que las espaldas vueltas entre tanto
El, que de quedar vivo hubo ventura,
Se dan á huir dél todos con espanto,
Procurando esconderse en la espesura;
El rostro alzó pues GARCILASO un tanto,
Que de seguir ya aquellos no se cura,
Y desnudo, sin mas ropa que el cuero,
Vió estar de un pié colgado á su escudero.
Fué allá con su caballo, y descolgado,
Le dió de uno de aquellos un vestido;
Así GARCILASO, esto que he contado
Le acaesció en el camino referido;
Y con grandes rebatos asaltado,
Aunque dellos mas no fué acometido,
Llegó en salvo, con fama y sin carcoma,
Donde el Emperador estaba en Roma.

(1) Herrera, Tamayo de Várgas, Cienfuegos y Zapata. Este último describe así en su poema la muerte de GARCILASO:

Y así, con gran enojo luego manda
Que se combata aquel turrion roquero;
Pusiéronle dos piezas, y á una banda
Le hicieron en medio un agujero;
Estaba esto mirando á cada banda
Mucho señor, soldado y caballero,
Y en una rueda de alta compañía
GARCILASO batir la torre había.
Y burlándose, dijo: «Desdichado
Será el qu'en una empresa tan vil muera.»
Lo oyó la hada, el diablo, el caso, el hado,
Y corrió á tomar luego la tijera:
Corrió luego un mormullo, que enojado

Recibió á GARCILASO en sus brazos uno de los mas leales de sus amigos, el marqués de Lombay, que mas tarde renunció su título por el hábito de jesuita y alcanzó de la Iglesia católica veneracion bajo el nombre de san Francisco de Borja. Del lugar de tan infeliz suceso este varon lo hizo trasladar á Niza, donde, asistido de los médicos del Emperador y visitado del Emperador mismo, GARCILASO no pudo vencer lo mortal de sus heridas. Antes de rendir el último aliento aun pudo llorar con dulce voz sus desengaños en aquel soneto que empieza:

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios queria.

En brazos del marqués de Lombay, y á los veinte y un dias despues del golpe segun unos, ó á los diez y siete segun otros, espiró, dejando en la mas grande afliccion á cuantos tuvieron la ventura de conocerlo. Fué depositado su cadáver en Santo Domingo de Niza. Su esposa, doña Elena de Zúñiga, hallábase en Toledo, y no bien supo el triste fin de su amado consorte dispuso trasladar sus cenizas á San Pedro Mártir de Toledo, donde estaba el sepulcro de los señores de Bátres. En 1538 guardó una misma tumba los despojos de GARCILASO y del hijo que heredó con su nombre su desdicha.

Fué GARCILASO amigo de muchos de los hombres mas ilustres de aquel siglo, tales como el célebre protestante español Juan de Valdés (1), de Hernando de Acuña, de Bembo, de Transillo y de Juan Boscan, cuyo gusto literario siguió enteramente. El embajador de Venecia, Andrea Navagiero, habiendo conocido á Boscan, le indujo á escribir en lengua castellana sonetos y canciones á la manera de Italia. Hízolo así este poeta; pero sus composiciones en este género son de tan poco valor, que por sí solas jamás hubieran logrado dar una nueva forma á la poesía española. Sus ensayos no habrian tenido imitadores, como no los tuvo el marqués de Santillana y algunos que antes de él escribieron trovas al itálico modo. GARCILASO merece el título de fundador de la escuela artística de nuestra poesía. Su nombre suele correr unido al de Boscan, mas no porque en merecimientos haya igualdad perfecta, sino por accidente. La viuda de Boscan, que halló entre los papeles de su esposo algunos versos de GARCILASO, no quiso que se escondiesen en el olvido.

Rugia el Emperador en gran manera
De que, batida así de un solo encuentro,
No hubiesen á la torre entrado dentro.
Y así, escalas pedidas con voz clara,
Fueron por todo el campo encontinente;
GARCILASO, cual si esto le tocara,
Por ser maese de campo de su gente,
De la rueda movió, y puso la cara
En subir á la torre osadamente;
Teníanle sus amigos abrazado,
Porque le vian qu'estaba desarmado.
Soltóse, y corrió allá y subió ligero
Por la escala que al muro se arrimaba,
Tomando una ruin gorra antes de acero
De un su soldado acaso que pasaba;
Llegaba casi al escalon postrero,
Cuando una grande almena que bajaba,
Con gran dolor del campo allí presente,
Le envió mortal á tierra finalmente.
La fama, qu'estas cosas trae y lleva,
De GARCILASO el caso esparce y suena;
Pues ¿quién ahora será que dé esta nueva
A su querida esposa doña Elena?
Cómo ella supo el caso desta prueba
Para otro tiempo lo dirá mi vena;
Que no conviene que ahora, á aquesto atento,
De su ordenado curso saque el cuento.
Pasó de allí el ejército, y poniendo
Lo que convenia ir con su persona,
De Génova á la mar Carlo saliendo
Con su armada, á parar fué á Barcelona,
Y fué á Valladolid, donde atendiendo
Era la emperatriz con su corona,
Donde fué rescebido en aquel dia,
Que no podré decir tanta alegría.
Y juntamente cuantos por los mares
Con su rey victorioso acá volvieron,
De que unos á Sevilla, á sus lugares
Otros, y á Toledo aun otros se fueron;
Humean con el encienso los altares,
Y á los templos de Dios mil dones dieron
Las matronas d'España, que traidos
Así fueron en salvo sus maridos.
Al suyo doña Elena, á GARCILASO,
En vano con placer grande l'espera;
Se adereza, y su casa en son no escaso
La adorna, porqu'esté muy placentera;
Sabe Toledo todo el triste paso,
Y anda el dolor y angustia por defuera,
Y tan alegre vería dello ajena
Da á todos los que la aman mayor pena.
Como el qu'está en la cárcel condenado
A muerte, sin saber él su dolencia,
Que antes de libertad muy confiado,
Da de alegría y placer grande apariencia,
Los suyos, que le ven tan engañado
En esto, y saben todos la sentencia,
Resciben mas dolor de tal manera,
Cuanto á él mas de su daño le ven fuera.

(1) «Huélgome que os satisfaga, pero mas quisiera satisfacer á GARCILASO DE LA VEGA, con otros dos caballeros de la corte del Emperador, que yo conozco.» — Valdés, *Diálogo de las lenguas.*

Imprimiólos en pos de los de Boscan, y desde entonces las obras de ambos poetas corrieron juntas por espacio de mucho tiempo (1).

Entre las armas del sangriento Marte
Hurté del tiempo aquesta breve suma,
Tomando ahora la espada, ahora la pluma,

dice de sí Garcilaso. Sus obras no parecen escritas entre el estruendo de la guerra. La paz de un corazon todo entregado á las delicias del amor y del campo respiran todas sus poesías. Garcilaso, segun Marchena, es acaso el único de nuestros poetas clásicos que no haya compuesto versos devotos. Los suyos se tienen por los mas suaves que existen en lengua española. La italiana y la portuguesa, que tanto lo son para los versos, algo tienen que envidiar á la nuestra cuando Garcilaso es quien la habla. Sus églogas igualan, si no exceden, en cultura á las de Virgilio. Su cancion á la flor de Gnido tiene todo el arrebato propio del entusiasmo que ha inspirado á los mayores ingenios. Tal vez en alguna de sus églogas suele decaer de la sencillez poética del estilo, alma de todas sus composiciones; pero en lo mucho bueno que forma lo demás de la obra se halla compensacion á mas de lo que se lamenta por perdido.

No para cantar el amor solamente tenia encendido el ánimo este insigne poeta. Filósofo profundo, conocia los yerros de los hombres, y descubria en lo porvenir los daños que amenazaban á su patria por el vano deseo de las conquistas, que tanto atormentaba á los soberanos de su tiempo para destruccion de la humanidad y para vergüenza de los que sustentaban la guerra por extender su señorío. Al ver la sangre esparcida en los campos de Italia, en los de Alemania, en los de Francia y en los de Africa, donde militó bajo las banderas de Cárlos V; al ver estragar la tierra al hombre enemigo del hombre, al ver sacrificarse á la ambicion de su príncipe las vidas de los españoles, que ningun beneficio conseguian de que ciñese á sus sienes tranquilamente la corona del imperio, prorumpió en estas verídicas palabras:

¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria?
Algunos premios ó aborrecimiento?
Sabrálo quien leyere nuestra historia;
Veráse allí que, como el humo al viento,
Así se deshará nuestra fatiga.

El mérito de Garcilaso fué celebrado por Paulo Jovio, por Pedro Bembo, por Honorato Fasitelo, por Laura Terracina, por Luis Tansillo, por el Marino, por el Cámoes y otros entre los extraños. Conti tradujo en lengua italiana alguna de sus poesías, algunas en la francesa Mauri, todas en la inglesa J. H. Wiffen, y en estos y otros idiomas algunos otros cuyos nombres no han llegado á mi noticia.

Francisco Sanchez, conocido por el Brocense, publicó en 1574 una edicion de las obras de Garcilaso con comentario, en el cual apenas se dejaba al poeta pensamiento propio; casi todos aparecen tomados de autores griegos, latinos ó italianos. Fernando de Herrera en 1580 publicó otra con mas extenso comentario, en competencia, segun se cree, de la del Brocense, por la emulacion que habia entre las escuelas salmantina y sevillana. Uno y otro mas quisieron ostentar erudicion propia que la verdadera honra del poeta, pues donde Garcilaso pone una frase sencilla y sin estudio, allí los comentadores no ven un pensamiento original fácil de ocurrir á cualquiera, sino una imitacion servilísima de algunos versos de Virgilio, que en nada se asemejan (2). Don Pedro Fernandez de Velasco, condestable de Castilla, escribió un juguete llamado

(1) Ticknor dice que la viuda de Boscan imprimió el año de 1544 las poesías de Boscan y Garcilaso en Barcelona. No conozco esta edicion, sino la de Medina del Campo en 1544, la de Venecia, por Alonso de Ulloa, y otra de Barcelona de 1554, etc. Lope decia en la novela *Las fortunas de Diana* que un dia cantaron los músicos de un señor grande unos versos, donde se hallaban estos:

Las obras de Boscan y Garcilaso
No valen dos reales,
Y no las haréis tales
Aunque os precieis de aquello del Parnaso.

El mismo Lope repite este pensamiento en *La Dama boba*.

(2) «Herrera solo hace ostentacion de doctrina propria en el poeta; Sanchez de imitacion ajena. Este afectó lo

El prete Jacopin, en defensa de GARCILASO contra Herrera, por los yerros en que este decia haber incurrido el cisne de Toledo. Este opúsculo para deprimir el mérito de Herrera á fin de que resplandeciese el del Brocense, mas fué efecto de parcialidad que hijo de la justicia. Los dos comentarios, dignos de aprecio por la ciencia de sus autores, no cumplen con el verdadero objeto de ilustrar el texto de GARCILASO. Arbitro voluntario de esta cuestion se hizo Lope de Vega: ni dió la palma al Brocense ni dió la palma á Herrera. «Deseo (dijo en *La Dorotea*) quien escriba sobre GARCILASO; que hasta ahora no lo tenemos.»

Don Tomás Tamayo de Várgas ordenó, despues de escrita, aunque no publicada, la sentencia de Lope de Vega, otro comentario (1622), apreciable por su buen juicio en muchas cosas, y en 1765 don José Nicolás Azara recopiló lo que tuvo por excelente en los trabajos de aquellos que le habian precedido en la misma tarea.

Un hombre muy temeroso de Dios, pero nada poeta, indignado de ver el aplauso que se habian granjeado los versos de GARCILASO, en los cuales no habia pensamientos de devocion cristiana, quiso convertirlos en obras ascéticas, juntamente con los de su amigo Boscan. Doce años desperdició Sebastian de Córdoba en el trabajo de dar á materias religiosas las poesías que Boscan y GARCILASO habian escrito por el amor y para el amor de la mujer. Sacrilegios se han visto de lo humano á lo divino. Este fué sacrilegio que con color de divino se hizo á lo humano. La infeliz tarea de Córdoba salió á luz en Zaragoza el año de 1577 en el elogio de un doctor Fernando de Herrera, canónigo magistral que era en Ubeda, y que solo tenia del divino Herrera el nombre y el apellido, pues su manera de pensar y de decir correspondia de todo en todo al autor elogiado (1).

que Macrobio y despues Fulvio Ursino en los hurtos honestos de Virgilio; aquel lo que todo el vulgo de comentadores de sus obras; ambos, por cierto, justamente dignos de loa por su cuidado, como de menos aplauso por su demasía. Si Herrera se persuadió que GARCILASO no usó color retórico en sus versos de que antes no hubiese consultado ó su memoria ó sus libros, engañóse sin duda, porque los afectos naturales en hombres de ingenio, y mas en materias amorosas, no requieren estudio particular ó para su expresion ó para su perfeccion. La naturaleza sola, que ayudada de la causa que los excitó, los representa, y el discurso, favorecido de las circunstancias, los pule, los dilata, los perficiona; como tambien Sanchez, si creyó que las mutaciones que entre GARCILASO y otros confiere fueron siempre cuidadosas y advertidamente hechas, de ajenas, proprias; porque las que propriamente lo son, ellas mismas con facilidad se dejan entender. En muchas de las demás, *¿quién creerá que tuvo necesidad de guia el ingenio felicísimo de nuestro poeta, ni tiempo su corta vida, tan bien ocupada, para imitar con tanta particularidad cosas que, sin dificultad, á cualquiera se ofrecieran, y aun indignas de otros? Fuera de que muchas veces son solo lugares comunes, y en que siendo la sentencia, aunque general en todos, allí especial, las palabras son diversísimas.*» —Tamayo de Várgas.

El mismo dice: «El soneto XXXVIII, que Sanchez pone por de GARCILASO, por ser incierto ó por haberle faltado la última lima, no me atreví á ponerle en el texto, y por haber andado en nombre de GARCILASO lo dejo aquí:

Mi lengua va por do el dolor la guia,
Ya yo con mi dolor sin guia camino;
Entrambos hemos de ir con puro tino,
Cada uno va á parar do no querria;
Yo porque voy sin otra compañía
Sino la que me hace el desatino;
Ella porque la lleve aquel que vino
A hacella decir mas que queria.
Y es para mí la ley tan desigual,
Que, aunque inocencia siempre en mí conoce,
Siempre yo pago el yerro ajeno y mio.
¿Qué culpa tengo yo del desvario
De mi lengua, si estoy en tanto mal,
Que el sufrimiento ya me desconoce?

Por esa misma causa no le he dado lugar en el texto.

(1) «Viendo cuán comun y manual andaba en el mundo el libro de las obras de Boscan y GARCILASO DE LA VEGA, que, aunque subtiles y artificiosas, son dañosas y pestilenciales para el ánima, y debajo la suavidad y dulzura del estilo, tan alto en su modo, está la serpiente engañosa, como dice, cubierta de aquellas flores y habilidad, y el acibar amargo cubierto del oro de sus embaimientos y palabras, ó verdaderamente en el dulce y sabroso vino de sus altos y profanos conceptos la pestilencial ponzoña que no para hasta lo mas noble del ánima; así que, viendo, como habemos dicho, leccion tan dañosa y nociva, etc.» Un juicio tan estúpido formó de las obras de GARCILASO y Boscan el tal doctor Herrera, canónigo en Ubeda. No es por cierto mas gentil el aliño del poeta para convertir las flores humanas de GARCILASO en menos que humanas, si bien con nombre de divinas. Véase esta triste muestra:

El dulce lamentar de dos pastores,
Cristo y el pecador triste y lloroso,
He de cantar, sus quejas imitando;
El uno, soberano y amoroso,
Del ánima se queja y sus amores,
Que en vanas afecciones va empleando;
Y el pecado llorando,
Porque la carne y mundo
Y el otro sin segundo
Trayéndole sin seso levantado,
Con ilusiones falsas engañado;
Y el desdichado, vuelto ya á su parte,
El bien que Dios le ha dado
De gracia se le muere y se le parte.

Esta obra, si fué recibida por los devotos con aprecio, por la erudicion se miró con el desden que merecia. Tan infeliz ejemplo no sirvió de aviso á otro escritor que en 1628 publicó un poema con el título de *Cristo nuestro Señor en la cruz, hallado en los versos de* GARCILASO (1).

Las obras de GARCILASO han servido constantemente de estudio á los mas grandes poetas que han honrado las musas españolas, á los que han querido dirigirse á la inmortalidad por el camino del buen gusto literario. Fernando de Herrera fué admirador de GARCILASO; admirador de GARCILASO, Miguel de Cervántes Saavedra; admirador de GARCILASO, don Luis de Góngora y Argote; admirador de GARCILASO, en fin, Lope Félix de Vega Carpio.

Cuando ardia en guerras el Parnaso español entre los poetas cultos y no cultos, el nombre de GARCILASO iba inscrito en los pendones de uno y otro bando. Si por GARCILASO peleaba Lope de Vega, tambien por GARCILASO peleaba el portentoso ingenio de don Luis de Góngora (2).

GUTIERRE DE CETINA.

Pocas noticias de la vida de este ilustre poeta han llegado hasta nosotros; pocas, pero las que bastan para conocer su carácter. Patria fué de GUTIERRE DE CETINA la ciudad de Sevilla, y alguno de los primeros años del siglo XVI el de su nacimiento. Las armas y las letras movieron su aficion, ya para buscar por las unas los laureles de Marte, ya para conseguir por las otras los laureles de Apolo.

Asistió primeramente en las guerras de Italia, no sé si como capitan ó como soldado, ó si con fortuna próspera ó con fortuna adversa. Hallóse con Cárlos V en la jornada sobre Túnez contra Barbaroja, y con Fernando de Austria en las campañas de Flándes contra franceses. Crédito debió granjear en estas empresas; crédito que le alcanzó la amistad y proteccion del príncipe de Ascoli, á quien dedicó muchos de sus versos.

Amigo de Boscan, amigo de Garcilaso, amigo de don Diego Hurtado de Mendoza, amigo de don Jerónimo de Urrea, siguió la escuela literaria imitadora de los italianos. Aficionadísimo á las nobles y bellas artes, deseó ardientemente poseer un cuadro del Ticiano; un cuadro que representase la primavera, ornada de todos sus floridos atavíos; un cuadro, en fin, que esperó como merced de la bizarría de don Diego de Mendoza cuando este se hallaba de embajador por Cárlos V cerca de la señoría de Venecia.

Vandalio fué su nombre poético, *Dorida* el de su dama, quejas ó glorias de amor el objeto de sus poesías. Las ausencias de Dorida, dulcemente sentidas y mas dulcemente lloradas en las márgenes del Po ó del Eridano, y el recelo de que las del Bétis viesen á su hermosa ninfa rendida á otro afecto, mucho inquietaban el ánimo vehementísimo del poeta. Así, su amigo don Jerónimo de Urrea le escribia:

Creo que te dará contentamiento
El haberte traido á la memoria
Lo mismo que te suele dar tormento.
La beldad de tu ninfa, aquella gloria
Que las béticas ondas han gozado
Cuando cantabas á su son tu historia,
Soltando allí las riendas al cuidado,
En el silencio de la noche oscura
Le dejarias correr mas desmandado.
El dulce imaginar en tu tristura
Era alivio á tu mal mientras templaba
Con la contemplacion su desventura (3).

(1) Llamábase este autor don Juan de Andosilla Larramendi.

(2) Se han tenido á la vista para ordenar estos apuntes de la vida de GARCILASO lo que escribieron acerca de ella Fernando de Herrera, Luis Briceño, don Nicolás Antonio, don Tomás Tamayo de Várgas, el cardenal don Alvaro Cienfuegos y otros autores. Modernamente se ha publicado una vida escrita por don Eustaquio Fernandez de Navarrete en uno de los tomos de la *Coleccion de documentos inéditos para la historia de España*, por los señores don Miguel Salvá y don Pedro Sainz de Baranda. Las buenas noticias que allí pone su docto autor, como debidas á su diligencia, pueden leerse en la obra citada.

(3) Manuscrito de don José María de Alava.

Así se lamentaba Cetina, respondiendo á los acentos de su amigo :

Tan llenos de mi mal tus versos veo,
Tan de una calidad los accidentes,
Que casi en tu dolor mi historia leo.
De tanto amor nos hizo diferentes;
Que tú lloras el bien que ya gozaste,
Yo el mal de que padescen los ausentes.
. . . . . .
Mísero yo, que estoy desconfiado,
No solo de gozar, mas aun diria
Que lo estoy de agradarle mi cuidado (1).

Al príncipe de Ascoli, á cuyas órdenes militó algun tiempo, dirigió Cetina un soneto sobre los peligros de entregarse el hombre á los riesgos de una pasion amorosa. De este modo los describe el poeta :

Este andar y tornar, ir y volverte,
Lavino, el caminar y no mudarte;
Este incierto partir y no apartarte,
Y el irte á despedir y detenerte,
Tengo miedo, pastor, que han de encenderte,
Como á la mariposa, aquella parte
De libertad que amor quiso dejarte
Sana por descuidarte y ofenderte.
Lo mejor del nadar es no ahogarse,
Jugar y no perder es buen aviso,
Si lo puede excusar quien busca abrojos;
Mas ¿quién podrá, quién bastará á guardarse
De la hermosa vuelta de unos ojos,
De una boca que os muestra un paraíso? (2).

El heredero de las glorias del famoso Antonio de Leyva no amaba la poesía por solo amarla. En su cultivo solia ejercitar aquellos momentos consentidos, mas que por alguna pequeña ociosidad de las armas de Cárlos V, por la precision de descanso. El gusto literario del príncipe de Ascoli concuerda con el de Cetina, segun aparece del siguiente soneto, escrito en respuesta del que va antes trasladado :

Vandalio, mi destino y fiero hado
Con tan grande rigor me ha perseguido,
Que del paterno monte me ha traido
A aqueste valle triste y despoblado.
De mi lira y rebaño despojado,
De duros infortunios oprimido,
Do presto seré en llanto consumido,
Si no vivo por mas vivir penado.
El alma y libertad dejé en las manos
De aquella que podrá su hermosura
Librarme de otra mas sangrienta guerra;
A otros mas que yo libres y sanos
Podrán las castas ninfas de esta tierra
Sujetar con amores y blandura (3).

Cuando la muerte arrebató en flor al príncipe de Ascoli, Cetina no vió desaparecer de sobre la haz de la tierra á su magnánimo y leal amigo sin manifestar á todos la pena que sus lágrimas á algunos habian revelado. La musa, que en diversas ocasiones cantó sus triunfos de amor y sus glorias militares, depuso la corona de rosas y jazmines enlazados con laureles, desciñó el cabello, y con voz dolorida prorumpió en estos acentos :

Deje el estilo ya la usada vena,
Mude el suave en doloroso canto,

(1) Manuscrito de don José María de Alava.
(2) Id. id.
(3) Id id.

Mudar conviene el llanto en mayor llanto,
Y pasar de una grande á mayor pena.
Muerto es el que hacer solia serena
La vida, y nuestra edad alegre tanto;
Muerta es virtud y muerto el vivir santo;
No viva puede haber ya cosa buena.
Eterno lamentar, lloroso verso,
Lágrimas de dolor, oscuro luto
Hagan al mundo fe de comun daño;
Lloran, príncipe invicto, á quien adverso
Hado cortó en el dar el primer fruto
El árbol mas hermoso. ¡Ay fiero engaño! (1).

Tal fué el elogio funeral del malogrado príncipe de Ascoli, tal el adios de CETINA á la tumba de su protector generoso, y tal el que dirigió á Italia. Las orillas del patrio Bétis, los recuerdos de las sombrías alamedas donde admiró á su encantadora Dorida, donde vió nacer tras una y otra primavera la de su juventud, que habian de consumir los soles de extrañas tierras, le ofrecian desde léjos esperanza de consuelo y de descanso.

Los objetos de su amor, los de su amistad, los bienes de fortuna, vanamente buscados en el trabajoso ejercicio de la guerra, todos huyeron de él, ó para no volver ó para jamás labrar su ventura. Estéril fué para CETINA Italia, estériles los campos donde Cartago estuvo, y estéril como su terreno la Flándes toda. El desengaño le llevó á buscar la melancólica dicha que ofrecen los recuerdos de lejanas infelicidades para mitigar los tormentos de las que nos oprimen. Extranjero en su patria, Sevilla no era la Sevilla de su juventud; los recuerdos de sus amores se trocaron en un duplicado dolor del mal presente. Méjico, donde asistia con cargo en el gobierno un hermano de CETINA, le ofreció con los atractivos del cariño fraternal la esperanza de adquirir los bienes que hasta entonces la fortuna le habia negado obstinadamente. De Méjico tornó de nuevo á su patria, para que el lugar de su cuna fuese el lugar de su sepulcro (2).

De sus poesías solamente vieron la luz pública en su siglo los cuatro sonetos que se leen en las anotaciones de Herrera á las obras de Garcilaso (3). Sin embargo, los elogios del cantor de Eliodora, los de Argote y los de Saavedra Fajardo bastaron para el crédito de CETINA.

Distínguense las obras de este esclarecido ingenio, antes por la agradable sencillez de sus formas que por la vigorosa entonacion ó por el brillante colorido. Sin ser CETINA desmayado é inculto, carece de la fogosidad y ternura del que cantó la flor de Gnido; pero sus poesías siempre se leerán con aprecio mientras se hable la lengua española, así por el buen gusto que respiran, como por la delicadeza en la expresion de los afectos.

(1) Manuscrito de don José María de Alava.

(2) Algunos señalan el año de 1560 como el de la muerte de CETINA.

Gonzalo Argote de Molina decia en el *Discurso de la poesía*, al fin del *Conde Lucanor* (1575): «Y el ingenioso Iranzo y el terso CETINA, que de lo que escribieron, tenemos buena muestra de lo que pudieran mas hacer, y lástima de lo que se perdió en su muerte.»

(3) El códice que posee el señor don José María de Alava es en 4.º y consta de 258 fojas. Lleva este título: *Algunas de las obras de* GUTIERRE DE CETINA, *sacadas de su propio original, que él dejó de su mano escrito.—Parte primera.*

Sedano, en el *Parnaso español*, publicó solamente cinco de las poesías de CETINA, las cuales varian del texto del códice del señor de Alava en algunas cosas. Por ejemplo: si en este se leen así unos versos de un madrigal:

Así que, aunque pensastes
Cubrir vuestra beldad, única, inmensa,

el texto de Sedano dice:

Así pues sucedió cuando intentasteis
De tus ojos cubrir la luz inmensa.

El siguiente soneto, publicado en el *Parnaso español*, no se halla en el códice del señor de Alava:

En un florido campo está tendido,
A voces su fortuna lamentando,
Su pena con suspiros declarando,
De su pastora Silvio despedido;
De cuyo llanto y queja conmovido,
Le dijo otro pastor: «No estés llorando,
Silvio; pues que aborreces tenga mando
Amor en tí, llorar no es buen partido.
»Aparta la ocasion que tu alma hiere;
Mira que el suspirar remedio es vano;
No cures en culpar mas la fortuna;
»Que en el arena estéril sembrar quiere,
Y arar piensa en el agua con su mano,
El que pone esperanza en hembra alguna.»

El mismo Sedano afirma equivocadamente ser GUTIERRE DE CETINA *un doctor Gutierre de Cetina, vicario de Madrid*, cuyo nombre se lee en las aprobaciones de muchos libros.

DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

Don Diego Hurtado de Mendoza es la gran figura histórica de la España del siglo de Cárlos V. La vida y el elogio que escribo de tan insigne autor á su tiempo verá la luz pública. En este lugar solo me cumple decir de don Diego Hurtado de Mendoza como poeta lírico.

Dos ingenios se pueden considerar en autor tan insigne: uno el amigo de Boscan y Garcilaso, el imitador de su escuela, el que la autorizó con la importancia de su persona y nombre; otro el que siguió el estilo de las antiguas coplas castellanas.

Como lo primero es don Diego, si bien feliz en las imitaciones de griegos, latinos é italianos, duro en los versos, sin nervio en el decir y sin dar un colorido brillante á los rasgos de su imaginacion; como lo segundo, es don Diego uno de los trovadores castellanos mas ingeniosos y cultos. Sus coplas amorosas están llenas de delicados pensamientos, y seguramente don Diego aventaja á los que le precedieron en revestir de sencillas y elegantes formas los afectos del alma.

«¿Qué cosa aventaja á una redondilla de don Diego Hurtado de Mendoza?» exclamaba Lope de Vega.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.

Cárlos V, para perseguir los escritos que no estaban conformes con su manera de pensar en asuntos, así religiosos como políticos, mandó á la universidad de Lovayna que formase un catálogo ó índice exacto de todos los libros heréticos y de aquellos que contuviesen doctrinas sospechosas de herejía, á fin de saber cuáles deberian ser tenidos por dignos de prohibicion y de fuego. Desde entonces la inquisicion de España adoptó el catálogo de la universidad é hizo de él muchas ediciones, aumentándolo de tiempo en tiempo.

Las obras de los mejores ingenios de la nacion española se vieron prohibidas. Bartolomé de Torres Naharro, eclesiástico que habia morado algunos años en Roma, imprimió en Italia, con el título de *Propaladia,* una coleccion de sus sátiras y comedias. Sobre todas cayeron los anatemas de la Inquisicion para afligir con ellos á cuantos se ocupasen en su lectura. Con la misma libertad que Nicolás Machiavelo, el famoso secretario de la república florentina, escribió su comedia la *Mandrágola* en detestacion y afrenta de los desórdenes que manchaban las costumbres de los religiosos de su siglo, Torres Naharro esparció en sus obras dramáticas mil pensamientos agudos para castigar con su sátira á los que, en vez de ser espejo de los seglares por la sinceridad de vida, servian de escándalo á la virtud y de torpe ejemplo á los vicios.

Los ingenios españoles obedecian aquella secreta voz que á principios del siglo XVI hacia despertar los entendimientos contra el poder de los eclesiásticos y contra los yerros ó crímenes que cometian; aquella voz que en Francia animaba á Francisco Rabelais, á Clemente Marot y á Buenaventura Desperiers, validos de la discreta princesa Margarita de Navarra, y en la florida Italia al docto Machiavelo y al rico en malicias y agudezas de decir Pedro Aretino.

Cristóbal de Castillejo, poeta muy semejante á este festivo hijo de las musas italianas, compuso en fáciles versos castellanos un *Sermon de amores,* donde incluia á los eclesiásticos de su tiempo entre los llagados de la violenta pasion que sepultó á Safo en los abismos del mar de Léucades, que postró á Hércules á los piés de Deyanira y que abrasó los muros de la soberbia Troya en justa venganza de la ofendida Grecia.

Tambien en un *Diálogo de las condiciones de las mujeres* describió con satírico pincel el

fuego oculto que ardia en los conventos de monjas de su siglo, retraidas de los engaños del mundo, pero combatidas de la agradable memoria de sus deleites.

Don Diego Hurtado de Mendoza, ó el que compuso la ingeniosa novela intitulada *Lazarillo de Tórmes*, retrató las astucias de que se servian los expendedores de bulas en España para despertar la devocion de la gente, fingiendo milagros debidos á la santidad de lo que trataban como mercadería.

La Inquisicion persiguió todos estos libros, temerosa de que en el vulgo hallasen buen acogimiento. Pero el cuidado y la diligencia de los inquisidores lograron poco fruto, pues las obras citadas fueron impresas en otras naciones y traidas con secreto á España. Entonces los jueces de aquel tribunal determinaron que con su permiso se diesen nuevamente á luz los libros de Naharro, Castillejo y Mendoza; pero corregidos, para evitar los daños que pudieran sobrevenir por su lectura. Los calificadores del Santo Oficio, con osada mano, destruyeron los pensamientos ajenos, como si los pensamientos no fueran una propiedad digna del respeto de los hombres y la proteccion de las leyes. En su lugar pusieron algunas veces razones que el autor nunca hubiera empleado; lo cual prueba que en España estaba el entendimiento bajo la mas odiosa tutela. No solo se perseguia lo pensado, sino que se variaba por lo que se debió pensar segun el querer de los príncipes y los ministros eclesiásticos.

La ciencia era incompatible con el exterminio de la verdad, decretado por los reyes en nombre del bien público. «Todos los tiranos se cubren siempre con el manto de la religion», exclamaba Antonio de Herrera, historiador de las Indias Occidentales en tiempos de Felipe III, no hablando de los monarcas de Europa, sino de uno de los Incas del Perú (1), para que el decir una verdad no le costase la vida, y sus palabras corriesen libremente sin levantar contra sí las sospechas de los enemigos de la razon humana.

Cristóbal de Castillejo nació en Ciudad-Rodrigo, segun quiere Moratin, por los años de 1494. Desde muy jóven asistió en la corte de Fernando de Austria, que luego fué rey de Bohemia y de romanos, y aun emperador. Cuando este se retiró de España, Castillejo se hizo eclesiástico. De su habilidad y concepto da testimonio el pasaje siguiente de una carta dirigida al tesorero Salamanca por Martin de Salinas, desde Madrid á 8 de febrero de 1525 (Biblioteca de la Academia de la Historia, códice C 71):

«Quiere que le envie un secretario que no solamente sepa escribir la letra, pero excusalle la »ordenacion. Hágole saber que los que tal habilidad tienen, cualquiera les hace buen partido sin »salir fuera de su naturaleza. Yo terné cargo de le buscar, y sabido, le advertir de ello; pero al pre»sente me parece que si lo pudiese acabar, os podria enviar el mejor recado conforme á vuestro »deseo; que en España hay para mas de lo que me enviais á pedir, porque es visto y reconocido en »experiencia; y es que su alteza, cuando acá estuvo, tuvo un secretario que se llamaba Castillejo, »el cual era muy hábil en lengua castellana y tambien latina, tal, que por su habilidad hallaba gran»des partidos; y como se fué su alteza, se metió en religion, de manera que es esclesiástico. Pa»réceme que si este quisiese aceptar en iros á servir, tendríades en él gran descanso, y aun parecer »y consejo, y el hábito cristiano para le hacer bien, sin que por mucha pluma tuviésedes obli»gacion de le contentar; si entre tanto que busco otras personas, deste os parece, escribidmelo, »y enviarlo he á buscar, y procuraré de os lo enviar; porque conforme á vuestra demanda es el »mas convenible que yo podria hallar. Envia á demandar de dónde es y qué señas tiene; digo »que es buen hidalgo y de Cibdad-Rodrigo, y de su habilidad y de todo lo demás que se quiera »informar, al señor Infante y á todos esos señores me remito.»

Castillejo volvió á ser secretario de don Fernando de Austria; pero siempre con poco próspera fortuna, segun declaran sus escritos, donde se lamenta frecuentemente del mal pago que suelen obtener los méritos en las cortes de los reyes.

Algunas veces estuvo en Venecia, lugar de la impresion de los *Diálogos de las condiciones de las mujeres*, del *Sermon de amores* y otros opúsculos.

(1) *Historia de las Indias Occidentales*, década v, lib. 3.º, cap. 8.º

Aunque se afirma que Castillejo murió monje en la cartuja de Valdeiglesias, teniendo la edad de ciento diez años, su muerte acaeció en un monasterio cerca de Viena, en 1556.

Castillejo fué el que sustentó la antigua escuela de las coplas castellanas contra las obras de Boscan y Garcilaso, y en verdad que en este género pocos le aventajan. Como poeta lírico es superior en la fábula de Galatea y en la anacreóntica del amor preso; como satírico, en sus *Diálogos* y el *Sermon de amores* nada tiene que envidiar en sencillez y gracejo á los mas excelentes ingenios de la docta antigüedad, griega y latina. Tal vez es demasiado libre en sus escritos; pero, aunque la Inquisicion anduvo muy severa en borrar de las obras de Castillejo todos los pasajes en que censuraba los vicios de los eclesiásticos, no tachó cosa alguna en lo que tocaba á la pintura de las costumbres, hecha con mas desenvoltura de lo que la decencia permite.

A Castillejo siguieron varios en sustentar el gusto de las antiguas coplas: Gregorio Silvestre, Luis Galvez de Montalvo, Jorge de Montemayor, Joaquin Romero de Cepeda y algun otro.

Mas tarde Lope de Vega se propuso resucitar el gusto antiguo con el poema *El Isidro*. Su gran talento, feliz en otras composiciones, nada pudo conseguir. La victoria de la escuela de Garcilaso habia sido completa.

FERNANDO DE HERRERA (el divino).

«Quisiera remitir la descripcion de este elogio de Herrera á quien le fuera igual en las fuerzas, conociendo de las mias ser poco suficientes, adonde se requerian las de Quintiliano y Demóstenes, junto con la divinidad de Apolo; de que dan testimonio sus felices obras en la una y otra facultad, pues mereció por ellas ser llamado *El Divino*. Tuvo por patria esta noble ciudad, fué de honrados padres, dotado de grande virtud, de hábito eclesiástico, y beneficiado de la iglesia parroquial de San Andrés, no tuvo órden sacro, pero con los frutos del beneficio se sustentó toda su vida, sin apetecer mayor renta; y aunque el cardenal don Rodrigo de Castro, arzobispo de Sevilla, deseó tenello en su casa y acrecentalle en dignidad y hacienda, no pudieron el licenciado Francisco Pacheco ni el racionero Pablo de Céspedes (íntimos amigos suyos) persuadille que le viese. Tuvo Fernando de Herrera, demás de los dos, otros muchos amigos: al maestro Francisco de Medina, á Diego Jiron, á don Pedro Vélez de Guevara, al conde de Gélves, don Alvaro de Portugal, al marqués de Tarifa, á los insignes predicadores fray Agustin Salucio y fray Juan de Espinosa, y otros muchos que parecen por sus escritos; amólos tan fiel y desinteresadamente, que á los mas ricos y poderosos no solo no les pidió, pero ni recibió nada dellos, aunque le ofrecieron cosas de mucho precio; antes por esta causa se retiraba de comunicarlos. La profesion de sus estudios se compone de muchas partes, aunque muchas veces se indignó contra el vulgo porque le llamaba *El Poeta*, no ignorando las prendas que para serlo perfectamente se requieren; pero sabia la significacion vulgar de este apellido; y constándonos su voluntad, parece conveniente darle la poesía por una parte, y no la mayor, como lo hiciéramos con Tito Livio, si las obras filosóficas que escribió no se hubieran perdido, con la mayor parte de su historia. Leyó Fernando de Herrera con particular atencion todo lo que la antigüedad romana y griega nos dejó en sus mas corregidos ejemplares, y de los autores posteriores lo mas; porque supo la lengua latina y griega con perfeccion, y las vulgares como los mas cortesanos dellas; tuvo leccion particular de los santos, supo las matemáticas y la geografía, como parte principal, con gran eminencia; no fué menor el cuidado con que habló y trató nuestra lengua castellana. Los versos que hizo fueron frutos de su juventud, y porque del juicio de ellos habla-

ron doctos varones, digo solamente que no sé cuál de los poetas españoles se pueda con mas razon leer como maestro, ni que así guarde sin descaecer la igualdad y alteza de estilo. Los amorosos en alabanza de su Luz (aunque de su modestia y recato no se pudo saber), es cierto que los dedicó á doña Leonor de Milan, condesa de Gélves, nobilísima y principal señora, como lo manifiesta la cancion v del libro segundo, que yo saqué á luz año 1619, que comienza: *Esparce en estas flores;* la cual, con aprobacion del Conde, su marido, aceptó ser celebrada de tanto ingenio. Fué Fernando de Herrera muy sujeto á corregir sus escritos cuando sus amigos, á quien los leia, le advertian, aunque fuese reprobando una obra entera, la cual rompia sin duelo. Fué templado en comer y beber, no bebió vino; fué honestísimo en todas sus conversaciones y amador del honor de sus prójimos; nunca trató de vidas ajenas ni se halló donde se tratase de ellas; fué modesto y cortés con todos, pero enemigo de lisonjas, ni las admitió ni las dijo á nadie (que le causó opinion de áspero y mal acondicionado); vivió sin hacer injuria á alguno y sin dar mal ejemplo. Las obras que escribió son: las *Anotaciones sobre Garcilaso;* contra ellas salió una apología (ajena de la candidez de su ánimo), á que respondió doctamente; escribió la *Guerra de Chipre y vitoria de Lepanto, del señor don Juan de Austria; Elogio de la vida y muerte de Tomás Moro.* Estos tres libros se estamparon, y un breve tratado de versos, que está contenido en el que yo hice imprimir; demás desto, hizo muchos romances, glosas y coplas castellanas, que pensaba manifestar; acabó un poema trágico de los *Amores de Lausino y Corona,* compuso algunas ilustres églogas, escribió la *Guerra de los gigantes,* que intituló la *Gigantomaquia;* tradujo en verso suelto el *Rapto de Proserpina* de Claudiano, y fué la mejor de sus obras deste género; todo esto no solo no se imprimió, pero se perdió ó usurpó, con la *Historia general del mundo hasta la edad del emperador Cárlos V,* que particularmente trataba las acciones donde concurrieron las armas españolas, que escribieron con injuria ó envidia los escritores extranjeros; la cual mostró acabada y escrita en limpio á algunos amigos suyos el año 1590; en ella repetia segunda vez la batalla naval, y preguntado por qué, respondió que la impresa era una relacion simple, y que esta otra era historia, dando á entender que tenia las partes y calidades convenientes; al fin, remitiéndome á sus obras, cesarán mis cortas alabanzas, y á las objeciones de los envidiosos de su gloria no parecerá demasía lo que habemos referido, viendo el sugeto presente no solo estimado, pero celebrado con encarecidas palabras en los escritos de los mejores ingenios de España, pues sus versos, que es lo menos (como referia Alonso de Salinas), los ponia el Torcuato Tasso sobre su cabeza, admirando en ellos la grandeza de nuestra lengua; cuya elocuencia es propia de Fernando de Herrera, pues fué el primero que la puso en tan alto estado, y por haberle seguido tantos y tan excelentes hombres, dijo con razon el maestro Francisco de Medina en la carta al principio del comento de Garcilaso, *que podrá España poner á* Fernando de Herrera *en competencia con los mas señalados poetas y historiadores de las otras regiones de Europa;* al cual, habiendo sido de sana y robusta salud, llevó el Señor á mejor vida en esta ciudad á los sesenta y tres años de edad, el de 1597.»

Tal fué la relacion de la vida de Fernando de Herrera que nos dejó escrita su amigo y admirador el ilustre artista Francisco Pacheco.

Tuvo Herrera un gran talento poético y una erudicion vastísima, tal vez mas de la que necesitaba para la composicion de sus obras. Deseoso de llevar adelante la empresa de conseguir para su patria lo que Garcilaso habia tan felizmente comenzado, se dedicó á la perfeccion del lenguaje poético, imitando en mucho así á los griegos y latinos como á los italianos. Algunas veces incurre en afectacion, otras en oscuridad. Celebró en muchos de sus sonetos y en varias de sus elegías á una dama con el nombre de *Luz,* de *Eliodora,* de *Lucero* y de *Lumbre,* por lo cual se cree que estaba enamorado de ella. La poca vehemencia con que están escritos estos versos revela que en el poeta no habia la pasion que nos cuentan los que han tratado de su vida. No creo que Herrera tuviese amor sensual, y aun estoy por decir que ni platónico. En sus versos amatorios todo es arte; todo arte, nada entusiasmo.

Arte tienen sus versos heróicos, arte sus canciones á la muerte del rey don Sebastian y á la

batalla de Lepanto, arte aquella poesía donde se leen estos versos, magníficos por la diccion y por el pensamiento filosófico que encierran :

Aquel que libre tiene
De engaño el corazon, y solo estima
Lo que á virtud conviene,
Y sobre cuanto precia
El vulgo incierto su intencion sublima,
Y el miedo menosprecia,
Y sabe mejorarse,
Solo señor merece y rey llamarse.

Indudablemente algunas de las canciones y algunos de los sonetos y tal cual elegía de Herrera son y serán monumentos de grandilocuencia, modelos de sublime decir y espejo de los ingenios que quieran presentar de un modo admirable los rasgos que la imaginacion les inspire.

Desconfiado de todo lo que escribia, nunca hallaba Herrera la perfeccion en sus obras; así compuso de nuevo la *Historia de la batalla naval*, así muchas de sus poesías. Sin embargo, Herrera sustentaba la opinion de que el no acertar era de cualquiera de los hombres (1).

Severo consigo mismo, severo fué tambien con los demás; lo cual le atrajo odios, que despreciaba con la moderacion del sabio. Amigo de sus amigos y buen maestro de buenos discípulos, su fama hubiera tal vez perecido ó quedado en la oscuridad si despues de su muerte no hubieran Pacheco, Rioja, Duarte y otros salvado por medio de la imprenta aquellas obras que sus émulos ocultaron ó destruyeron. De su poema *La Gigantomaquia*, que escribió en los primeros años de su juventud, solo se conservan estos dos versos, famosos por su armonía imitativa :

Un profundo murmurio léjos suena,
Que el hondo ponto en torno todo atruena.

Conti, Mauri, Henschel y otros han traducido al italiano, al francés y al aleman algunas de las obras de Herrera.

DON FRANCISCO DE MEDRANO.

Apenas hay noticias de este ingenioso poeta. De nuestros críticos solo Nicolás Antonio y Velazquez hablan de sus escritos. Floreció en el siglo XVI, tuvo por patria á Sevilla, visitó á Italia, y Roma fué la ciudad adonde lo llevaron pretensiones que, segun denotan algunos de sus versos, no alcanzaron el dichoso fin á que aspiraban. Regresó á su patria, sin que se sepa el año ni el lugar de su muerte. En 1617 vieron la luz pública sus obras en Palermo al fin de los libros *De los remedios de amor*, imitacion de Ovidio hecha por el sevillano Pedro Venégas de Saavedra.

Don Francisco de Medrano fué el mejor de los imitadores de Horacio. Sin duda compite igualmente con fray Luis de Leon en seguir las huellas del famoso lírico venusino; poeta filosófico, dotado de excelente gusto literario, conocedor de la lengua castellana, y siguiendo los excelentes modelos de Horacio y otros ingenios latinos, sus odas y sus sonetos merecen el aprecio de los que amen las glorias literarias de la nacion española.

Para mí la verdadera poesía es la filosófica, porque se encamina al noble fin de enseñar y de engrandecer al hombre. Por eso tengo en tan alta estima las obras de Medrano. Muchas de sus odas son imitaciones de Horacio, pero dirigidas á algunos de sus amigos. Así en la pluma de Medrano se convierte Licinio Murena en don Antonio Rosel, Cayo Crispo Salustio, nieto del

(1) Pacheco, *Arte de la pintura*.

historiador del mismo nombre, que no me atrevo á pronunciar sin respeto, en el licenciado Francisco Flores; Mecénas en Juan Antonio del Alcázar, Póstumo en Fernando de Soria, Pompeyo Grosfo en el cardenal arzobispo de Sevilla, Niño de Guevara.

Entre las odas de MEDRANO hay una, que se intitula *La profecía del Tajo*, muy semejante á la que fray Luis de Leon compuso con igual epígrafe. Uno y otro ingenio tomaron de la oda que Horacio escribió á Marco Antonio proponiéndole el ejemplo de Páris para separarlo de Cleopatra y de la guerra civil, el pensamiento de amenazar á Rodrigo con las huestes de la media luna, á fin de desviarlo de los amorosos lazos de Florinda. Hay, sin embargo, una gran diferencia. La oda de fray Luis de Leon se aparta bastante de la de Horacio; la de MEDRANO es una imitacion de esta, tal y tan grande, que á veces mas se asemeja á traduccion. Una y otra, sin embargo, merecen estudiarse como joyas literarias de España.

PABLO DE CÉSPEDES.

Fué natural de Córdoba el racionero PABLO DE CÉSPEDES, hijo de Alonso y de doña Francisca de Mora. Estuvo en su patria desde el año de 1538, en que nació, hasta el de 1556, en que se trasladó á Alcalá de Henáres para estudiar las facultades mayores y las lenguas orientales.

Estuvo dos veces en Roma, donde se perfeccionó en la pintura y arquitectura al lado de grandes maestros que Italia entonces tenia.

Fué procesado por la inquisicion de Valladolid en 1560 por haberse hallado entre los papeles del arzobispo de Toledo, don fray Bartolomé de Carranza, una carta escrita por CÉSPEDES en Roma el año anterior, donde hablaba con gran libertad en contra del Santo Oficio y del inquisidor general don Fernando de Valdés. Durante el proceso CÉSPEDES permaneció en Roma, burlando la saña de sus perseguidores. No consta cómo pudo amansarla. En setiembre de 1577, habiendo poco antes, segun parece, regresado á su patria, tomó posesion de una prebenda en la catedral de Córdoba, ciudad donde vivió y murió muy amado de todos por su saber y por sus virtudes.

Dedicado á las letras y á la pintura, trató á los hombres mas doctos de su siglo, bien de persona á persona, bien por escrito. En diferentes ocasiones pasó á Sevilla á morar en compañía de su ilustre amigo el pintor Francisco Pacheco, el cual lo tenia en tan alta estima, que para él era uno de los mejores coloristas de España.

Escribió varios opúsculos; de algunos solo se conservan fragmentos, de otros solamente la memoria (1).

Del *Arte de la pintura*, poema que compuso del todo ó que dejó á medio escribir, existen algunos pasajes de gran valor literario, salvados del olvido por Pacheco. Las valientes octavas, la sencilla y docta elegancia en el decir, la grandiosidad de las ideas, la famosa prosopopeya de Miguel Ángel y la pintura del caballo, hacen de esta obra la mejor de las didácticas que hay en lengua castellana. Nada tiene que envidiar CÉSPEDES en el *Arte de la pintura* á Virgilio en las *Geórgicas*. En estrecha amistad con Pacheco, Herrera, Medina y otros poetas de la escuela sevillana, sus versos son hijos del ingenio y del buen gusto.

(1) *Discurso sobre la antigüedad de la catedral de Córdoba; Tratado de perspectiva teórica y práctica; Discurso sobre el templo de Salomon; De la comparacion de la antigua y moderna pintura y escultura.*

FRANCISCO PACHECO.

Nació Francisco Pacheco el año de 1571 en la ciudad de Sevilla. Fué excelente pintor, pero mas teórico que práctico. Compuso un *Arte de la pintura*, que vió la luz pública en 1649, y además unos reparos contra el memorial de don Francisco de Quevedo, sustentador del patronato de Santiago en oposicion de los que querian hacer compatrona de España á Santa Teresa. Casó á su hija Juana con el célebre pintor y discípulo suyo don Diego Velazquez, y murió el año de 1654. Francisco Pacheco, que dió á la pintura un arte, acompañó sus preceptos con sus obras. En su casa vió la morisca Sevilla, madre de poetas pintores y de pintores poetas, academia de ciencias, academia de artes. Rioja, el que inmortalizó en sus cantos las ruinas de Itálica; el sabio maestro Medina, el grandilocuente Arguijo, prestaron los auxilios de sus ingenios poderosos á Pacheco para vencer las dificultades del arte. Pacheco á Arguijo, al maestro Medina y al mismo Francisco de Rioja prestó tambien los suyos para vencer los de las letras. No fué el último que ornó con flores salpicadas de sus lágrimas la tumba del ingenioso Montalvan. Para enseñar á su yerno Velazquez puso el cielo el pincel en sus manos; para cantar sus glorias no le negó la pluma.

Al morir el cisne divino del divino Bétis, Céspedes cedió á Pacheco el lauro de eternizar el semblante de su amigo, y en sonoros versos pintó á la reina del amor y la hermosura, despues de abandonar en su carro de oro los mares, surcando las auras de Andalucía por entre una niebla trasparente y pura, y repitiendo en voz dolorida el nombre de Fernando de Herrera; de Fernando de Herrera, cuyas obras en vano el injurioso desden de sus contemporáneos pretendió entregar al olvido. Pacheco las cubrió con el manto de su inmortalidad, dándolas á la estampa con la imágen de su autor insigne, aquel que *temió* y *osó*, pero en quien *pudo mas la osadía*, para gloria de las letras españolas.

Pacheco, en lo poco que de sus poesías ha llegado hasta nuestro siglo, se muestra ingenioso y correcto imitador de Fernando de Herrera, si bien aparece con mas sencillez al manifestar los pensamientos.

Sus dos epigramas son muy apreciables, y el asunto de uno de ellos ha quedado como proverbio.

DON FRANCISCO DE RIOJA (1).

El licenciado don Francisco de Rioja, racionero ó canónigo en la iglesia de Sevilla, fué natural de esta misma ciudad, segun se afirma. Estudió leyes, y en tal facultad tomó el grado de licenciado. Sus graves estudios y su claro talento le granjearon la estimacion de las personas doctas ó aficionadas á las buenas letras.

Moraba en su patria cerca del convento de San Clemente el Real, en una casa cuyo hermoso jardin fué visto y cantado por el célebre Lope de Vega Carpio.

Cuando el rey Felipe IV bajó á Andalucía, en el año de 1624, su valido el conde-duque de Olivares, que antes habia tratado mucho á Rioja, bajo el pretexto de ocupaciones literarias (2),

(1) Sedano describe así el semblante de Rioja:
«El licenciado don Francisco de Rioja fué bien proporcionado de cuerpo, la cabeza grande y prolongada, el semblante modesto, apacible y meditador; el color blanco, los ojos rasgados, penetrantes y vivos; las cejas grandes, eminentes y triangulares, y el cabello, bigote y barba crespo, no muy poblado y bien puesto.»

(2) Ortiz de Zúñiga, en sus *Anales de Sevilla*, escribe:
«Don Francisco de Rioja, canónigo, inquisidor del tribunal santo de Sevilla y del Supremo, logró merecido valimiento con el conde-duque don Gaspar de Guzman, á quien supo tratar mas verdades que lisonjas, y seguirle igual en ambas fortunas, con crédito siempre de varon entero en intencion y en dictámenes. No me consta de

lo sacó de su retiro para llevarlo á la corte. En ella fué (segun Sedano) abogado consultor de Felipe IV, bibliotecario del Rey y su cronista.

En la biblioteca formó un buen índice, loado por Lope (encubierto con el nombre de Burguillos):

El índice que á su mano
Traiga el libro sin congoja,
Fué cuidado de Rioja
Nuestro docto sevillano.

Obtuvo despues la plaza de inquisidor de Sevilla, y mas tarde la de la suprema y general Inquisicion. En 1636, dia 10 de noviembre, tomó posesion de la silla de racionero en la catedral de Sevilla, sin que conste el año en que recibió las órdenes sacerdotales.

Sedano cuenta que por haberle atribuido la corte ciertas sátiras decayó en el valimiento del conde-duque de Olivares, y que padeció los rigores de una estrechísima prision por espacio de mucho tiempo. Ignoro los fundamentos de esta noticia (1).

Rioja, por encargo del Conde-Duque, escribió contra los catalanes, rebeldes á Felipe IV, el papel llamado *Aristarco;* Rioja permaneció á su lado en las prosperidades del valido del Rey; Rioja acompañó en un coche al Conde-Duque cuando este, perdida la gracia del Soberano, tomó el camino de Loeches con su confesor solamente.

Muerto su protector y amigo, Rioja, desengañado del mundo, retiróse á su patria hasta que el cabildo eclesiástico de Sevilla lo nombró su agente en la corte.

Rioja murió en Madrid el viérnes 28 de agosto de 1659. Debió nacer á fines del siglo XVI, pues ya en 1617, por encargo del pintor Francisco Pacheco, su fiel amigo y admirador, escribió el prólogo de las poesías de Fernando de Herrera, que andaban casi perdidas por no haber querido darlas á luz correctamente su autor ilustre (2).

Escribió Rioja varias poesías de asuntos amatorios ó filosóficos. Las primeras se asemejan tanto á las de Herrera, que pueden con ellas confundirse, pues unas y otras son iguales en los defectos y en las bellezas. Las poesías filosóficas tienen gran mérito y están reconocidas por las primeras de su género en España. La cancion á las ruinas de Itálica, si bien imitacion de la de Rodrigo Caro al mismo asunto, es grandiosa en la entonacion, grandiosa en los pensamientos. La epístola moral á Fabio puede colocarse sin desventaja al lado de los mas perfectos modelos de la poesía latina. ¡Lástima ciertamente que, quien tan sublimes preceptos de moralidad filosó-

cierto si fué natural de Sevilla. De ella le sacó la perspicacia del Conde ó su confianza, con pretexto de ocupaciones literarias, y su modestia se contentó con crecer poco en las mayores.»

(1) En 1637 fué Rioja juez de un certámen, segun resulta de esta noticia:

«No me puedo detener á otras muchas razones que quizás le parecerán de pié de banco; solo quisiera ver qué asiento le hace la de aquella Real Academia que mereció en el paraiso de la tierra (en el Buen Retiro) la presencia de su majestad, año de 1637, donde en un asunto burlesco que se escribió con este metro (piés quebrados dice), v. gr., á Martin de Figueroa se le dió el primer premio y á Pedro Mendez el segundo, porque los mas piés quebrados fueron de cinco sílabas, habiendo de ser de cuatro. Diérasele el primero si se ajustara al ritmo. Pues vámonos hácia los jueces, que no lo entenderán; fuéronlo no menos que el príncipe de Esquilache, el señor Luis Mendez de Haro, el conde de la Monclova, don Francisco de Calatayud, don Antonio de Mendoza, Francisco de Rioja y don Gaspar Bonifaz. Presidió Luis Vélez de Guevara, fué secretario Alonso de Batres, y fiscal don Francisco de Rojas.»

(*Templo panegírico al certámen poético que celebró la hermandad del Santísimo Sacramento*, estrenando la grande fábrica del Sagrario Nuevo de la metrópoli de Sevilla, por don Fernando de la Torre Farfan, Sevilla, 1663.)

García Coronel, en sus *Cristales de Helicona*, segunda parte, refiere así á una dama la academia que se hizo en un jardin del Prado de Madrid, en el soneto que sigue:

El teatro un jardin con varias flores,
Luz poca, en muchas velas prevenida;
Hermosura, ignorada de escondida,
De par en par ministros y señores.
Secretario un poeta de menores,
Oracion escuchada, no entendida;
La gracia en un vejámen mal vestida,
Y con menos vergüenza que primores.
A cuatro solamente reducidos
Los poetas por un pedante lego,
En su mesma ignorancia disculpado.
Muchos versos, y pocos aprendidos,
Torpe rumor, llorar cantando un ciego,
Fué la academia, oh Lisida, del Prado.

(2) Segun Rodrigo Caro, dijo un satírico de aquel tiempo:

Esto hace que valga tan de balde
El millar de las rimas y sonetos,
Que el divino Herrera escribe en balde.

fica nos dió en estas obras y en sus excelentes silvas, fuese consultor, y aun mas que consultor, amigo estrecho del conde-duque de Olivares! Al leer las máximas de Rioja no puedo menos de recordar las de Séneca y sentir que la sabiduría se haya asociado alguna vez á los Nerones y á los condes de Olivares (1).

DON JUAN DE ARGUIJO.

Don Juan de Arguijo nació á mediados del siglo XVI en Sevilla, y fué hijo del veinticuatro de la misma ciudad don Gaspar y de doña Petronila Manuel, ambos de claro linaje. Aprendió humanidades y dedicóse á la poesía y á la música. Tomó por nombre poético el de Arcicio. No ocupó en Sevilla el cargo de veinticuatro, despues de la muerte de su padre, en su vacante misma, sino en la que dejó por renuncia un Lope Zapata. El 7 de abril de 1590 tomó posesion de su cargo Don Juan de Arguijo. Su celo y honradez le atrajeron el respeto del cabildo; por eso las principales comisiones le fueron siempre confiadas. En 1600 examinó con Cristóbal Nuñez el poema que de la conquista de la Bética compuso y dedicó á la ciudad de Sevilla el famoso ingenio Juan de la Cueva. Antes de esto fué nombrado procurador en Cortes para las convocadas por Felipe III en 1598, si bien dos veinticuatros se opusieron á la manera con que la eleccion habia sido hecha.

Arguijo renunció el cargo de procurador, no en alguno de los que lo contradijeron ni por los que lo contradijeron, sino en don Juan de Zúñiga, y desempeñó durante la estancia de este en la corte la administracion que este mismo tenia de los almojarifazgos. Amante de las letras, fué Arguijo uno de los protectores mas incansables que tuvieron estas. Lope de Vega se confiesa agradecido á la proteccion de Arguijo, segun se colige de las dedicatorias de *La hermosura de Angélica*, *La Dragontea* y las *Rimas*.

En 1595, cuando pasó por Sevilla la marquesa de Denia, esposa del duque de Lerma, valido del rey Felipe III, gastó Arguijo en su obsequio la cantidad de cuatro mil ducados.

Tales fueron los dones y las limosnas de Arguijo, que llegaron á disminuir sus rentas, de modo que, mas que con las suyas propias, tuvo que mantenerse en los últimos dias de su vida con las de su consorte.

Arguijo escribió una relacion de las fiestas de toros y cañas con que en 1617 se celebró en Sevilla la pureza de María. Ortiz de Zúñiga, en los *Anales de esta ciudad*, copia un largo pasaje de descripcion tan curiosa.

Tambien escribió cartas de gran valor literario. Lope habla de ellas en su comedia *La Dama boba*.

En 1622 renunció el oficio de veinticuatro, y desde esta fecha ningunas noticias mas se saben de este ingenio.

Arguijo fué excelente poeta; correcto, ingenioso y noble en los pensamientos. Pocas obras se conservan suyas; la mayor parte sonetos, en los cuales aventaja á los de Lope, á los de Quevedo y á los de los Argensolas. Una grandilocuencia notabilísima, unos pensamientos vigorosos y una moralidad filosófica son los caractéres de los sonetos de Arguijo. Tal vez suele imitar á algunos epigramas latinos ó griegos; pero nunca la imitacion deja de ser superior al original. Aun serian mas apreciables y apreciados los sonetos de Arguijo por la generacion presente si no hubiera buscado el poeta casi todos sus asuntos en las historias griega y romana y en la mitolo-

(1) Escribió Rioja el *Aristarco, ó censura de la proclamacion católica de los catalanes.*—El *Ildefonso, ó tratado de la purísima concepcion de nuestra Señora.* — *Carta sobre el título de la Cruz* (léese al fin del *Arte de pintura* de Pacheco).—*Avisos á predicadores.* — Se atribuye falsísimamente á Rioja un papel satírico en verso con el título de *La cueva de Meliso.*

gia. Muchos habia en la Europa de su siglo y del anterior, muchos donde el filósofo hubiera podido enseñar con mas fruto; mas Arguijo, como todos los sabios de su tiempo, estudiaba solo en los autores de la antigua Grecia y de la antigua Roma. Los nombres griegos y romanos sonaban mejor á sus oidos que los de sus contemporáneos ó mas inmediatos antecesores.

BALTASAR DEL ALCAZAR.

Baltasar del Alcázar nació en Sevilla por los años de 1530. Sus padres fueron don Luis y doña Leonor Leon. Dedicóse en edad conveniente Alcázar á la carrera de las armas. Militó en las naves del famoso marqués de Santa-Cruz, hallándose en jornadas contra franceses y peleando como bueno hasta conseguir la victoria. Prisionero por haber llevado su valor á mas de lo que la prudencia consentia, consiguió su rescate. Hurtó á las armas algunos ratos que dedicó á la geografía, á las lenguas vulgares y á la latina, y por último á la historia natural.

Unos autores dicen que estuvo casado con doña Luisa Fajardo, hija de un veinticuatro de Sevilla; otros afirman que su esposa se llamaba doña María de Aguilera, hija del mariscal de Leon, del hábito de Santiago.

Residió algun tiempo en Ronda y Jaen, fué alcalde de la hermandad de los hijosdalgo y tesorero de la casa de moneda.

Cuentan que sirvió muy bien cerca de veinte años, en la villa de los Molares, á los segundos duques de Alcalá, don Fernando Enriquez de Rivera y doña Juana Cortés, en los cargos de alcaide y de alcalde mayor.

Fué gran músico, y no menor en la composicion, hasta el punto de dar regalado tono á algunos de sus madrigales.

Aficionado á la pintura, trabó amistad con Francisco Pacheco y le regaló un libro que en los floridos dias de su lozana juventud habia formado de dibujos de paisaje.

Tuvo por hermano á don Melchor del Alcázar, alcaide de los alcázares reales de Sevilla, el cual fué padre de un Baltasar, señor de Puñana.

Amó mucho á su hermano, cuyo retrato, entre los de otros ilustres sevillanos, se debió al pincel del gran Pacheco. Alcázar escribió á esta obra unos versos que dicen:

Fuése al cielo, y trocó á gloria
Todo este mundano trato;
Quedó su antiguo retrato
Que eternice su memoria.
Hecho este felice trueco,
Dió al retrato nueva luz
Protógenes andaluz,
Por otro nombre Pacheco.

Murió Alcázar en 1606, el dia 16 de enero, á los setenta y seis años de edad.

Estudió con gran aprovechamiento los epigramas de Marcial y la lengua española. Sus versos son puros, dulces y elegantes; su ingenio para los chistes sazonadísimo, y tal la sencillez de su manera de expresar los pensamientos, que parecen trasladados al papel del mismo modo que se han concebido, sin que el arte se haya usado por el poeta.

Fué muy dado Alcázar á copiarse. Así se ve, por ejemplo, que su famosa poesía *La Cena* tiene el mismo pensamiento que aquellos epigramas que empiezan:

Revelóme ayer Luisa....
Donde el sacro Bétis baña....

Tambien con el mismo pensamiento se halla este epigrama, que no está incluso en el texto (1):

Oyeme, así Dios te guarde,
Que te quiero, Inés, contar
Un cuento bien de gustar
Que me sucedió esta tarde.
Has de saber que un francés
Pasó vendiendo calderas;
Estáme atenta, no quieras
Que lo cuente en balde, Inés.
Llamélo, y desque me vido...
Escúchame con reposo,
Que es el cuento mas donoso
De cuantos habrás oido.
Díjele, amigo, á contento,
¿Cuánto por esta caldera...?
No me escuchas; pues yo muera
Sin olio si te lo cuento.

La condicion festiva y maleante de Alcázar se halla retratada con toda fidelidad en el siguiente epigrama inédito:

De Carmona el eco es *mona*,
De Guadalajara, *jara*,
Y de Barcelona, *lona*:
Destos tres ecos tomara
Ser yo el eco de Carmona;
Y así, acuerdo pretendello,
Pues tengo andado ya en ello
Hasta llegar á bellaco;
Cumpla el generoso Baco
Lo que falta para sello.

Entre las muchas finezas de amigo que tributó al pintor y poeta Francisco Pacheco, deben contarse las redondillas siguientes:

El que sustentar quisiere
Vuestra amistad, buen Pacheco,
Ha de hacer un gran trueco
De sus cosas, si pudiere.
El deseo, porque afloje,
Enviallo á Gibraltar,
Y poner en su lugar
Otro que menos congoje.
La voluntad, que se estima
Con razon por don divino,
Trocalla con el vecino,
Dando dineros encima.
Procurar que el corazon,
Si no hay á quién, dallo á ferias;
Haga callo en sus miserias,
Donde dé la sinrazon;
Pero, como no nací
Tan libre que pasar pueda
Lo que debo en la moneda
Con que vos comprais de mí,
Duéleme que se suspenda
Sin causa el venirme á ver,
Porque no quiero entender
Lo que no es razon que entienda.
No mas; gozad en buen hora,
Sin torcer la voluntad,
La gustosa libertad,
Pues es en vos tan señora.
Yo pasaré en vuestra ausencia
Bien ó mal con mi deseo;
Alegraréme si os veo,
Si no, prestaré paciencia.

La última composicion que escribió Alcázar fué una intitulada *Tribeo*. Dedicóla á su amigo Pacheco, pidiéndole su parecer acerca de los medios que proponia para vivir ajeno de la malicia humana. Concluia sus versos Alcázar diciendo:

Dadme parecer en esto,
Porque voy con presupuesto
Que si os pareciere á vos
Que el mundo se quede á Dios,
Ponello por obra presto.

Francisco Pacheco le respondió en los términos siguientes:

Prudente acuerdo es dejar
El mundo cuando podeis;
Que podrá ser, si quereis
Otra vez, no le alcanzar.
Con esto obligais á Dios
Que no forme de vos queja,
Diciendo que el mundo os deja,
Y que no lo dejais vos.
Juntamente es mi consejo
Hagais lo que habeis escrito;
Que yo tambien me remito
A tenerlo por espejo;
Y á guardar con esperanza,
Por premio de esta victoria,
Para conseguir la gloria
El medio por do se alcanza.

(1) Así de Baltasar del Alcázar como de Salinas y otros he adquirido poesías inéditas, impreso ya el texto. Al fin del segundo tomo de esta coleccion irán como apéndice.

EL DOCTOR JUAN DE SALINAS.

El doctor Juan de Salinas, ó Salinas de Castro, nació (segun se cree) en Sevilla en el último tercio del siglo XVI. Abrazó el estado eclesiástico; estuvo en Roma, donde compuso un poemita burlesco sobre los *Ejercicios de san Ignacio*, que se ha impreso con muchas y desacertadas alteraciones, y hallóse en los últimos años de su vida sirviendo la plaza de capellan del hospital de San Cosme y San Damian en su patria Sevilla. Murió por los años de 1640 (1).

En el *Romancero general* hay muchas obras de Salinas, impresas como de él, y tambien anónimas (2). Entre las de Góngora se hallan algunas que pertenecen al mismo doctor.

Salinas en sus primeros tiempos fué poeta de muy buen gusto literario; en los últimos se convirtió en conceptista, y en todos demostró un gran ingenio, sazonado en las burlas, y de gran delicadeza en la expresion de afectos amorosos.

Ni aun á sus amigos dejaba de castigar con sus donaires. En la justa poética que celebró Sevilla á san Juan de Dios puso un jeroglífico don Diego Jimenez Enciso, caballero de Santiago, alcaide del Alcázar de Sevilla, y autor de *Los Médicis de Florencia* y *el príncipe don Cárlos*, comedias que entre las suyas le han granjeado algun crédito. Al pié del jeroglífico se leia esta quintilla:

En sí son olas del mundo
Las glorias con que ofreceis
A Juan con mayor profundo;
En ciso, no lo dudeis,
Ciento por uno tendréis.

Cuando vió el jeroglífico y leyó la copla hizo Salinas esta décima:

Los misterios que en el viento
Fundar vuestra musa quiso,
Como *en ciso* no es *Enciso*,
En sí son sin fundamento.
Dad al tercer elemento
Su lugar, que es necio asunto
Subir conceptos de punto
Sobre supuesto tan vano,
Y sin saber canto llano
Meteros á contrapunto...

PEDRO DE QUIROS.

El padre Pedro de Quirós fué natural de Sevilla y perteneció á la órden de los clérigos menores. Se ignora el año de su nacimiento, así como el de su muerte, si bien por conjeturas se cree que este último debió ser el de 1670. Pasó parte de su vida en la villa de Umbrete. Cuando murió Felipe IV se hallaba de prepósito en el colegio de San Cárlos en Salamanca (3), donde publicó una obra sobre las honras que aquella universidad habia hecho á la memoria del Monarca (1666).

Escribió varios libros históricos y teológicos, de que apenas se conserva memoria, así como

(1) Yo tenia copia de la partida de defuncion del doctor Salinas; pero la he perdido. Esta cita es de memoria.

(2) En el *Romancero* de Duran hay algunas obras de Salinas, las cuales no se repiten en este tomo.

(3) Ortiz de Zúniga, en sus *Anales de Sevilla*, dice: «El padre Pedro de Quirós, de los clérigos menores, publicó la relacion, que intituló *Parentacion real*, de las honras que al rey don Felipe IV hizo la universidad de Salamanca, en que se hallaba prepósito de su colegio de San Cárlos. Otras grandes obras en teología, escritura y historia dejó sin perfeccion su muerte.»

de una comedia que se intitula *La Remediadora*, si bien pudo esta ser obra de un don Francisco Bernardo de Quirós, poeta sevillano y autor de otras obras dramáticas, entre ellas *La batalla del Tagarete*.

Las líricas de Pedro de Quirós son bastante apreciables, no solo por el vivaz ingenio con que están escritas, propio de los poetas andaluces, sino tambien porque, á vueltas de alguno que otro resabio de mal gusto, se muestra el autor digno discípulo de los Herreras, Arguijos y Riojas (1).

DON LUIS DE GONGORA Y ARGOTE.

Nació don Luis de Góngora y Argote en la ciudad de Córdoba, el juéves 11 de julio del año de 1561 (2). Tuvo por padre á don Francisco de Argote, letrado de gran concepto y corregidor de Madrid y algunas ciudades. Su madre fué doña Leonor de Góngora. Como se ve, don Luis dió la preferencia al apellido materno, haciéndose llamar Góngora primeramente.

Dicen que nació en la misma calle en que respiró el aura primera de la vida el famoso Marcial (3). De quince años pasó á estudiar en Salamanca el derecho, al propio tiempo que las matemáticas, la música y la esgrima. Su carácter inquieto y su edad juvenil, empleada en amores, le acarrearon una pendencia con don Rodrigo de Vargas y don Pedro de Hoces, señor de la Albaida, teniendo por padrino á su primo don Pedro de Angulo, el cual recibió gravísimas heridas. Don Luis apenas experimentó daño.

En Salamanca compuso la mayor parte de sus poesías amorosas y satíricas. Abrazó el estado eclesiástico, no sin haber seguido por espacio de once años pretensiones en la corte, sin mas frutos que un desengaño y sin mas premio que un beneficio en la iglesia de Córdoba. En 1593 fué con el canónigo don Alonso Venégas á Salamanca á prestar obediencia en nombre del cabildo al obispo don Jerónimo de Aguayo y Manrique. Enfermó de tal modo en esta ciudad, que fué tenido por muerto durante tres dias.

Treinta años dicen que asistió despues en la corte con poco próspera fortuna. Solo por proteccion del duque de Lerma y del marqués de Siete-Iglesias consiguió una capellanía de honor del rey Felipe III. El Conde-Duque, que apreciaba mucho su talento, concedió á dos de sus sobrinos el hábito de Santiago.

En 1626 hallóse Góngora en la jornada que á Aragon hizo el rey Felipe IV, y en ella enfermó de tal manera, que la reina Isabel de Borbon, que estimaba su ingenio, le envió los médicos de su cámara á fin de que fuese asistido como su persona misma.

Cuando recobró la salud volvió Góngora á su patria. La dolencia le habia arrebatado la memoria; no quiso dejar sin estragos la presa que habia elegido. Góngora se retrajo del trato de las gentes, y murió al poco tiempo, en la tarde del lúnes 23 de mayo del 1627. Recibió sepultura en la capilla de San Bartolomé de la iglesia catedral, patronato de la casa de Góngora.

Este ilustre ingenio fué bastante escaso en bienes de fortuna. Cartas se conservan dirigidas á Tamayo de Vargas, al licenciado Cristóbal de Heredia y á otros caballeros, lamentándose de la falta del dinero de sus alimentos.

Góngora fundó la secta de los llamados *cultos* (4). Quiso dar, como Herrera, á España un

(1) En la Biblioteca Colombina se halla un códice de poesías de Quirós. Se han escogido las mejores para este tomo.

Compuso además en prosa la *Vida y virtudes del venerable padre Bartolomé Simorilli*, y una *Exposicion sobre el profeta Jonás* (*In Jonam prophetam commentaria*).

(2) Pellicer, *Lecciones solemnes*.

(3) El autor anónimo del *Panegírico por la poesía* dice: «Don Luis de Góngora nació en la calle de Marcial, y sin ninguna duda, con mayor sal y no menores nervios en las veras que agudeza en las burlas.»

Mi amigo el erudito cordobés don Luis María Ramirez y las Casas Deza escribe en el prólogo de las poesías de Góngora: «Para que se conserve la memoria entre sus patricios no queremos dejar de notar aquí que las casas que habitó don Luis son unas principales en la colacion de San Juan y Todos los Santos situadas en la plazuela de la Trinidad, esquina de la calle de las Campanas.

(4) Don Félix de Arteaga, ó mas bien el padre Paravicino, dice de Góngora:

Hijo de Córdoba grande,
Padre mayor de las musas,
Por quien las voces de España
Se ven, de bárbaras, *cultas*.

lenguaje poético. Con los ejemplos antiguos de Juan de Mena y Juan de Padilla (el cartujano), con los de los poetas cordobeses Lucano y Séneca, anteriores á aquellos en la Roma de los Césares, y por último, con los del caballero Marini en Italia y don Luis Carrillo en su patria misma, introdujo voces y giros de la lengua latina, entre estos las mas violentas trasposiciones, á fin de que las musas hablasen en un idioma distinto del vulgar. A esta manera de expresar las ideas, el docto humanista Bartolomé Jimenez Paton dió el nombre de *culteranismo* (1).

Tuvo Góngora grandes admiradores y grandes contrarios. El padre Paravicino y el conde de Villamediana fueron los que primeramente se dedicaron á imitar el *Polifemo* y las *Soledades*, poemas escritos en la nueva lengua. Se escribieron apologías, impugnaciones y sátiras (2). Góngora agradeció las primeras, hizo responder á las segundas, y se encargó de castigar á los autores de las terceras. En esto último no sé si obró con prudencia; pero, como en la sátira se creia invencible, sin duda imaginó que no era bien que se ejercitasen en su contra armas en las cuales ninguno podia fácilmente aventajarle.

Góngora y sus discípulos enriquecieron la lengua española con muchos modos de decir, á cuál mas elegante (3); tambien hicièron los últimos el grave mal de corromper el idioma hasta el punto de escribir llamando en su auxilio, mas que á la razon, á la demencia.

Los enemigos de Góngora, los que en vida tan violentamente le combatieron, al fin se dejaron arrastrar del portentoso ingenio de aquel grande hombre, á quien desearon humillar por cuantos medios estaban á sus alcances. Culto llegó á ser Quevedo, culto llegó á ser Jáuregui, y aun no estuvo inmune del culteranismo en ciertas ocasiones el que mas puro se mantuvo hasta la muerte en oposicion de la escuela de Góngora: el gran Lope de Vega. De Góngora puede decirse con razon que fué como el Cid, que ganó batallas despues de muerto.

El mayor de sus enemigos fué Lope, no obstante que este aparece como su admirador en muchas de sus obras: ardid que el gran poeta dramático solia ejercitar con los que no queria bien. Aficionado á Cervántes aparece Lope, y Lope en algunos de sus escritos revela el poco aprecio ó afecto con que miraba al autor de *Don Quijote*, con perdon sea dicho de Clemencin y otros que no han notado que Lope reprobaba la idea del libro que tanta fama ha dado al ilustre Cervántes. Aficionado aparece tambien de Góngora Lope; pero Lope en lo oculto y aun en lo público revelaba siempre la enemistad de que se hallaba poseido.

Muchos de los elogios que da Lope á los poetas en el *Laurel de Apolo*, mas son irónicos que verdaderos. Por eso, en respuesta al lema que puso en 1630 á este libro, *Summa felicitas invidere nemini*, Pellicer escribió en la portada de las lecciones á Góngora el mismo año, *Summa infelicitas invideri à nemine*.

Góngora siempre reconoció á Lope como el caudillo de sus contrarios:

Musa mia, sed hoy Muza,
Si espada, si adarga acaso
Empuña ó embraza el Parnaso,
Defended el honor mio,
Aunque no está, yo lo fio
En la *Vega* Garcilaso.

La guerra de sátiras se hizo violentísima. Véase esta quintilla de Góngora contra Lope:

Dícenme que hace *Lopico*
Contra mí versos adversos;
Pero, si yo versifico,
Con el *pico* de mis versos
A este *Lopico lo pico* (4).

(1) Gente ciega, vulgar y que profana
Lo que llamó Paton *culteranismo*.
(Lope de Vega).

(2) Apologistas de Góngora fueron el conde de Villamediana, don Francisco de Córdoba, abad de Rute, don José Antonio de Salas, el maestro don Francisco del Villar, Martin Vazquez Ciruela, don Juan Andrés Uztarroz, don Martin de Angulo y Pulgar, etc.

Quevedo, Argensola, Lope, Jáuregui, Cascales y otros impugnaron el nuevo estilo.

(3) Calderon refiere que un barbero se equivocó al sacar una muela, por haberle dicho un culto que la dañada era la *penúltima*.

Moreto cuenta entre las voces cultas
Libidinosa, crédula y *obtusa*.

Penúltima, *libidinosa*, *crédula* y *obtusa*, voces son usadas hoy sin que el que las profiera ó escriba pase por afectado.

(4) Biblioteca Nacional, códice X, 87.

Góngora escribió contra los parciales de Lope el soneto siguiente:

Patos del aguachirle castellana,
De cuyo rudo orígen fácil riega,
Y tal vez dulce inunda vuestra *vega*,
Con razon *vega* por lo siempre llana;
Pisad graznando la corriente cana
Del antiguo idioma, y turba lega,
Las ondas acusad cuantas os niega
Atico estilo, erudicion romana.
Los cisnes venerad cultos, no aquellos
Que escuchan su canoro fin los rios;
Aquellos sí que de su docta espuma
Vistió Aganipe. ¿Huis? ¿No quereis vellos,
Palustres aves? Vuestra vulgar pluma
No borre, no; mas, patos, zabullíos (1).

De Lope ó de uno de sus amigos y discípulos parece ser la respuesta que va á continuacion:

Pues en tu error impertinente aspiras,
Zabúllome de pato por no verte,
¡Oh calavera cisne, que en la muerte
Quieres cantar y por detrás respiras!
Con las visiones que llegando admiras
Al tránsito fatal que te divierte,
Tu ya feliz ingenio está de suerte
Que en verso macarrónico deliras.
Hermanos, turba lega, zabullíos;
Venid de Anton Martin, que ya os espera
Cadáver vivo de sus versos frios.
Aun no se le ha cerrado la mollera
Al padre de los cultos desvaríos;
Rogad á Dios que con su lengua muera (2).

CONTRA LOPE, POR LA ARCADIA.

Por tu vida, Lopillo, que me borres
Las diez y nueve torres del escudo,
Porque, aunque tienes mucho viento, dudo
Que tengas viento para tantas torres.
¡Válgante los de Arcadia! ¿No te corres,
Armar de un pavés noble un pastor rudo?
¡Oh troncho de Micol! ¡Nabal barbudo!
¡Oh brazos leganeses y vinorres!
No le dejeis en el blason almena;
Vuelva á su oficio y al rocin alado
En el teatro sáquele los reznos.
No tabique mas torres sobre arena,
Si no es que, ya segunda vez casado,
Nos convierta los torres en torreznos.

Á LOPE, EN OCASION DE LOS LIBROS QUE ESCRIBIÓ.

¡Aquí del conde Claros! dijo, y luego
Se agregaron á Lope sus secuaces,
Con la estrella de Vénus cien rapaces,
Y con mil soloquios solo un ciego.
Con la epopeya un lanudazo lego,
Con la *Arcadia* dos dueñas incapaces,
Tres monjas con la *Angélica* locuaces,
Y con el *Peregrino* un fray Borrego.
Con el *Isidro* un cura de una aldea,
Con los *Pastores de Belen* Burguillos (3)
Y con la *Filomena* un idiota.
Vinorres, Tíflis de la *Dragontea*,
Candil, farol de la estampada flota
De las comedias, siguen su caudillo.

(1) Biblioteca Nacional, códice M, 132.

(2) Códice M, 132, de la Biblioteca Nacional.

Hay tambien un soneto que se dice de Góngora contra Lope en ocasion de haber escrito este la *Jerusalen*. Finge el autor que hablan negros:

Vimo, señora Lopa, su epopeya,
E por Diosa, aunque sa mucho lagante,
Que no hay neglo poeta que se pante,
E si se panta, no sa negla eya, etc.

(3) Tomé Burguillos fué el nombre con que Lope compuso y publicó varias poesías festivas, y con ellas la *Gatomaquia*. Su amigo Saleedo Coronel declara de un modo indudable en los *Cristales de Helicona* ser Lope el verdadero autor. El mismo Lope lo descubrió por un olvido. En las *Flores de poetas ilustres* se halla con su nombre una cancion. Corrigióla y dióla de nuevo á luz como de *Burguillos* Un Tomé de Burguillos existió, como probaré en la vida de Lope. Era un loco famoso en Madrid y semejante á otro llamado Vinorres, que se cita en este y otro soneto de Góngora. Calderon en una de sus comedias habla de él.

A Tomé Burguillos el loco se atribuye aquella copla:

Hoy hacen amistad nueva,
Mas por Baco que por Febo,
Don Francisco de *Que-bebo*
Y el grande Lope de *beba*.

MOTEJA DE BEBEDOR Á LOPE Y QUE COMUNICARA CON UNA DAMA LLAMADA MARTA.

Dicho me han por una carta
Que es tu cómica persona
Sobre los manteles mona,
Y entre las sábanas marta.
Agudeza tiene harta
Lo que me advierten despues:
Que tu nombre del reves,
Siendo *Lope* de la haz,
En haz del mundo y en paz
Pelo de esta Marta es.

CONTRA LOPE.

En vuestras manos ya creo
El plectro, *Lope*, mas grave,
Y aun la violencia suave
Que á los bosques hizo Orfeo,
Pues cuando en vuestro museo
A lo blando y cebellin
Cuerdas rascais al violin,
No un árbol os sigue ó dos,
Mas descienden sobre vos
Las piedras de Balsain (1).

Contra el padre Pineda, de la compañía de Jesus, autor de la *Monarquía eclesiástica*, por no haber dado á Góngora el primer premio en el certámen de la canonizacion de san Ignacio de Loyola, este poeta escribió contra su juez el soneto siguiente, si es verdad lo que en un códice de mi amigo don José María de Alava se dice:

¿Yo en justa injusta expuesto á la sentencia
De un positivo padre azafranado?
Paciencia, Job, si alguna os han dejado
Los prolijos escritos de su ciencia.
Consuelo me daréis, si no paciencia,
Pues en suertes entré y fuí desgraciado
En el mes que perdió el apostolado
Un justo por divina providencia.
¿Quién justa do la tela es pinavete,
Y no muy de Segura, aunque sea pino,
Que ayer fué pino y hoy podrá ser vete?
No mas judicatura de teatino,
Cofre, digo, overo con bonete,
Que tiene mas de tea que de tino.

Góngora no consintió que viésen la luz pública sus obras durante su vida. Despues de su muerte recogiólas de manuscritos, mezcladas con las de otros autores, don Jerónimo de Hoces (Madrid, 1639). En Sevilla, Brusélas, Lisboa, Zaragoza y otras partes se repitió la edicion primera, mas ó menos aumentada, mas ó menos corrompida.

Don José de Pellicer comentó las *Soledades*, el *Polifemo* y el *Panegírico del duque de Lerma*, á mas del romance de *Píramo y Tisbe;* García de Salcedo Coronel, las obras de versos largos; don Francisco de Amaya, la soledad primera; el licenciado Pedro de Ribas, la primera y la segunda; don Cristóbal de Salazar Mardones, el romance de *Píramo y Tisbe*.

Góngora, en mi opinion, ha sido muy mal juzgado por los críticos. Tenia mas vehemencia y estro poético que Fernando de Herrera, si bien era menos erudito. Indudablemente es el primero de los poetas españoles. Ninguno, cuando Góngora va por el camino del buen gusto, le aventaja en ingenio; ninguno, aun en las obras en que parece abandonado de la razon, tiene rasgos mas sublimes y mas brillante colorido poético. En el *Polifemo* y las *Soledades*, poemas que han sido execrados mas por el nombre y el odio antiguo que por la lectura juiciosa y desapasionada, se hallan pasajes que honrarian á los poetas mas famosos de cualquiera de los siglos, de cualquiera de las naciones.

Dejo aparte el grandioso pensamiento, digno de competir con el de Lucrecio y Estacio: *Primus in orbe deos fecit timor.*

Mudo mil veces yo, la deidad niego,
No el esplendor á tu materia dura;
Idolos á los troncos la escultura,
Dioses hace á los ídolos el ruego.

(1) De los versos de Góngora contra Quevedo nada digo. El erudito señor Guerra y Orbe ya los tiene ofrecidos para uno de los tomos de la Biblioteca.

Dejo igualmente otros que se hallan en sus sonetos. ¿Con qué es comparable la pintura de aquella

Infame turba de nocturnas aves,
Gimiendo tristes y volando graves?

¿Con qué la del horror que ocasionaba la música del Cíclope?

La selva se confunde, el mar se altera,
Rompe Triton su caracol torcido,
Huye sordo el bajel á vela y remo:
Tal la música es de Polifemo.

Así describe el poeta á Galatea, enamorada de Acis aun antes de haberlo conocido:

Llamarálo, aunque muda, mas no sabe
El nombre articular que más queria,
Ni lo ha visto, si bien pincel suave
Lo ha bosquejado ya en su fantasía.

Galatea al ver dormido á Acis,

No solo para, mas el dulce estruendo
Del lento arroyo enmudecer querria.

De este modo Galatea, en brazos de Acis, se turba al escuchar los instrumentos músicos de Polifemo, su desdeñado y temible amante:

La ninfa los oyó; ser mas quisiera
Breve flor, yerba humilde y tierra poca,
Que de su nuevo tronco vid lasciva,
Muerta de amor, y de temor no viva.

El canto de Polifemo es de esta manera:

¡Oh bella Galatea, mas suave
Que los claveles que tronchó la aurora,
Blanca mas que las plumas de aquel ave
Que dulce muere y en las aguas mora!
. . . . . .
Sorda hija del mar, cuyas orejas
A mis gemidos son rocas al viento,
O dormida te hurten á mis quejas
Purpúreos troncos de corales ciento,
O al disonante número de almejas,
Marino, si agradable no instrumento,
Coros tejiendo estés, escucha un dia
Mi voz por dulce, cuando no por mia.
Pastor soy, mas tan rico de ganados,
Que los valles impido mas vacíos,
Los cerros desparezco levantados,
Y los raudales seco de los rios.
. . . . . .
. . . . . iguales
En número á mis bienes son mis males.
Sentado, á la alta palma no perdona
Su dulce fruto mi robusta mano;
En pié, sombra capaz es mi persona
De innumerables vacas el verano.
¿Qué mucho, si de nubes se corona,
Por igualarme, esta montaña en vano,
Y en los cielos desde esta roca puedo
Escribir mis desdichas con el dedo?

Con mas afectacion escritas las *Soledades*, no dejan de tener algunos magníficos rasgos poéticos dignos de estudio. Tal es el canto en alabanza del pobre albergue:

¡Oh bienaventurado
Albergue á cualquier hora!
. . . . . .
No en tí la ambicion mora.
Retamas sobre robre
Tu fábrica son pobre,
Do guarda, en vez de acero,
La ignorancia al cabrero
Mas que el silbo al ganado.

En las *Soledades* se halla la pintura de una culebra:

Y lúbrica no tanto,
Culebra se desliza tortuosa
Por un pendiente escollo.

Como poeta satírico aventaja á todos en sus romances y letrillas; no pueden ser mas lindas sus maliciosas ingeniosidades, ni mas puro su estilo, ni mas la sencillez elegante de sus versos, En sus romances, bien sean pastoriles, bien caballerescos, bien moriscos, está llevada á la perfeccion el estudio de las cadencias. Muchos de los buenos que hay en lengua española no tienen tan hermosa armonía como los de Góngora; los de Góngora, verdadera piedra de toque para conocer hasta el punto á que puede llegar la grandilocuencia.

Góngora, si en todas sus obras se hubiera dejado llevar mas del ingenio que del estudio, seria reputado como el mas perfecto modelo de los poetas españoles. Aun algunas de sus mas excelentes composiciones no se hallan inmunes de afectaciones y oscuridades.

Jusepe Martinez comparaba al Quevedo, autor de los *Sueños*, con el artista Jerónimo Bosco, y Jovellanos á Lope de Vega con Lúcas Jordan, que con su facilidad pervirtió el arte. Góngora, que lloró en tenebrosos versos la muerte del pintor Dominico Greco, merece el nombre del Greco de la poesía.

POESIAS

DE

GARCILASO DE LA VEGA.

JUICIOS CRITICOS.

DE FERNANDO DE HERRERA.

(*En la vida de* Garcilaso *que precede á las anotaciones de la edicion de Sevilla por Alonso de la Barrera, año de* 1580.)

Es el estilo de Garcilaso inafectado (como se dijo de Jenofon), ó por mas cierto, que ninguna afectacion lo puede alcanzar. Habla con agudeza y perspicacia, dispone con arte y juicio, con grande copia y gravedad de palabras y concetos; que no podrá, aunque escriba cosas humildes, inclinar su ánimo á oracion humilde. Está lleno de lumbres y colores y ornato poético donde lo piden el lugar y la materia... Los sentidos, ó son nuevos, ó si son comunes, los declara con cierto modo proprio solo dél, que los hace suyos, y parece que pone duda si ellos dan el ornato ó lo reciben. Los versos no son revueltos ni forzados, mas llanos, abiertos y corrientes, que no hacen dificultad á la inteligencia sino es por historia ó fábula..... Es tanta la facilidad de la dicion, que apenas parece que puede admitir números, y tanto el sonido de los números, que apenas parece puede admitir lenidad alguna, etc.

En una anotacion al soneto primero escribe el mismo autor: Garcilaso es dulce y grave (la cual mezcla estima Tulio por muy difícil), y con la puridad de las voces resplandece en esta parte la blandura de sus sentimientos, porque es muy afetuoso y suave; pero no iguala á sus canciones y elegías, que en ellas se excede de suerte, que con grandísima ventaja queda superior de sí mismo, porque es todo elegante y puro y terso y generoso y dulcísimo, y admirable en mover los afectos, y lo que mas se debe admirar en todos sus versos, cuantos han escrito en materia de amor le son con gran desigualdad inferiores en la honestidad y templanza de los deseos, porque no descubre un pequeño sentimiento de los deleites *moderados* (¿mundanos?), antes se embebece todo en los gozos ó en las tristezas del ánimo.

DE DON DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO.

(*En su* República Literaria, *impresa en* 1665.)

Ya en tiempos mas cultos escribió Garcilaso, y con la fuerza de su ingenio y natural y la comunicacion con los extranjeros puso en un grado muy levantado la poesía. Fué príncipe de la lírica, y con dulzura, gravedad y maravillosa pureza de voces descubrió los sentimientos del alma; y como estos son tan propios de las canciones y elogios, por eso en ella se venció á sí mismo, declarando con elegancia los afectos y moviéndolos á lo que pretendia. Si en los sonetos es alguna vez descuidado, la culpa tienen los tiempos que alcanzó. En las églogas con mucho decoro usa de dicciones sencillas y elegantes y de palabras cándidas, que saben al campo y á la rustiquez de la aldea; pero no sin gracia ni con profunda ignorancia y vejez, como hicieron Mantuano y Encina en sus églogas, porque templa lo rústico con la pureza de voces propias, imitando á Virgilio.

¿Qué hará el enemigo?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Por tí el silencio de la selva umbrosa,
Por tí la esquividad y apartamiento
Del solitario monte me agradaba;
Por tí la verde yerba, el fresco viento,
El blanco lirio y colorada rosa
Y dulce primavera deseaba.
¡Ay, cuánto me engañaba!
Ay, cuán diferente era
Y cuán de otra manera
Lo que en tu falso pecho se escondia!
Bien claro con su voz me lo decia
La siniestra corneja, repitiendo
La desventura mia.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¡Cuántas veces, durmiendo en la floresta,
Reputándolo yo por desvario,
Vi mi mal entre sueños, desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estío
Llevaba, por pasar allí la siesta,
A beber en el Tajo mi ganado;
Y despues de llegado,
Sin saber de cuál arte,
Por desusada parte
Y por nuevo camino el agua se iba;
Ardiendo ya con la calor estiva,
El curso enajenado iba siguiendo
Del agua fugitiva.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Tu dulce habla ¿en cúya oreja suena?
Tus claros ojos ¿á quién los volviste?
¿Por quién tan sin respeto me trocaste?
Tu quebrantada fe ¿dó la pusiste?
¿Cuál es el cuello que como en cadena
De tus hermosos brazos anudaste? (8)
No hay corazon que baste,
Aunque fuese de piedra,
Viendo mi amada hiedra,
De mí arrancada, en otro muro asida,
Y mi parra en otro olmo entretejida,
Que no se esté con llanto deshaciendo
Hasta acabar la vida.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¿Qué no se esperará de aquí adelante,
Por difícil que sea y por incierto?
O ¿qué discordia no será juntada?
Y juntamente ¿qué tendrá por cierto (9),
O qué de hoy mas no temerá el amante,
Siendo á todo materia por tí dada?
Cuando tú enajenada
De mí, cuitado, fuiste (10),
Notable causa diste
Y ejemplo á todos cuantos cubre el cielo,
Que el mas seguro tema con recelo
Perder lo que estuviere poseyendo.
Salid fuera sin duelo,
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Materia diste al mundo de esperanza
De alcanzar lo imposible y no pensado,
Y de hacer juntar lo diferente,
Dando á quien diste el corazon malvado,
Quitándolo de mí con tal mudanza,
Que siempre sonará de gente en gente.
La cordera paciente
Con el lobo hambriento
Hará su ayuntamiento,
Y con las simples aves sin ruido
Harán las bravas sierpes ya su nido;
Que mayor diferencia comprehendo
De tí al que has escogido.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Siempre de nueva leche en el verano
Y en el invierno abundo; en mi majada
La manteca y el queso está sobrado (11);
De mi cantar pues yo te vi agradada (12),
Tanto, que no pudiera el mantuano
Titiro ser de tí mas alabado.
No soy pues, bien mirado,
Tan disforme ni feo;
Que aun agora me veo
En esta agua que corre clara y pura,
Y cierto no trocara mi figura
Con ese que de mí se está riendo (13);
Trocara mi ventura.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¿Cómo te vine en tanto menosprecio?
Cómo te fui tan presto aborrecible?
Cómo te faltó en mí el conocimiento?
Si no tuvieras condicion terrible,
Siempre fuera tenido de tí en precio,
Y no viera de tí este apartamiento (14).
¿No sabes que sin cuento
Buscan en el estío
Mis ovejas el frio
De la sierra de Cuenca, y el gobierno
Del abrigado Extremo en el invierno?
Mas ¡qué vale el tener, si derritiendo
Me estoy en llanto eterno!
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Con mi llorar las piedras enternecen
Su natural dureza y la quebrantan,
Los árboles parece que se inclinan,
Las aves que me escuchan; cuando cantan,
Con diferente voz se condolecen,
Y mi morir cantando me adivinan.
Las fieras que reclinan
Su cuerpo fatigado,
Dejan el sosegado
Sueño por escuchar mi llanto triste.
Tú sola contra mí te endureciste,
Los ojos aun siquiera no volviendo
A lo que tú hiciste (15).
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Mas ya que á socorrerme aquí no vienes,
No dejes el lugar que tanto amaste;
Que bien podrás venir de mí segura;
Yo dejaré el lugar do me dejaste;
Ven, si por solo esto te detienes.
Ves aquí un prado lleno de verdura,
Ves aquí una espesura,
Ves aquí una agua clara,
En otro tiempo cara,
A quien de tí con lágrimas me quejo.
Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,
Al que todo mi bien quitarme puede;
Que pues el bien le dejo,
No es mucho que lugar tambien le quede. —
Aquí dió fin á su cantar Salicio,
Y sospirando en el postrero acento,
Soltó de llanto una profunda vena.
Queriendo el monte al grave sentimiento
De aquel dolor en algo ser propicio,
Con la pasada voz retumba y suena.
La blanda Filomena (16),
Casi como dolida
Y á compasion movida,
Dulcemente responde al son lloroso.
Lo que cantó tras esto Nemoroso (17)
Decidlo vos, Pierides; que tanto
No puedo yo ni oso,
Que sintió enflaquecer mi débil canto.

NEMOROSO.

Corrientes aguas, puras, cristalinas;
Arboles que os estáis mirando en ellas,

(8) De tus hermosos brazos añudaste.—*Textos antiguos*, y tambien el de Tamayo y Marchena.

(9) Así Herrera. Textos antiguos y el de Azara y Marchena dicen *terná*.

(10) De mi cuidado fuiste.—*Texto de Herrera.*

(11) Herrera lee:

Siempre de nueva leche en el verano
Y en el invierno abundo en mi majada;
La manteca y el queso está sobrado.

(12) De mi cantar pues yo te via agradada.—*Texto de Ulloa.*

(13) Con ese que de mí se está reyendo.—*Id.*

(14) Y no viera tan triste apartamiento.—*Texto de Azara.*

(15) Asi en Tamayo y Azara; Ulloa, Herrera y otros ponen:

A los que tú heciste.

(16) Sanchez el Brocense y Azara leen *blanda;* Ulloa y Herrera, *blanca;* Tamayo opina en favor de la primera leccion.

(17) Del nombre *Nemoroso* se formó un adjetivo, que poéticamen-

Verde prado de fresca sombra lleno,
Aves que aquí sembrais vuestras querellas,
Hiedra que por los árboles caminas,
Torciendo el paso por su verde seno;
Yo me vi tan ajeno
Del grave mal que siento,
Que de puro contento
Con vuestra soledad me recreaba,
Donde con dulce sueño reposaba,
O con el pensamiento discurria
Por donde no hallaba
Sino memorias llenas de alegría;
Y en este mismo valle, donde agora
Me entristezco y me canso, en el reposo
Estuve ya contento y descansado (18).
¡Oh bien caduco, vano y presuroso!
Acuérdome durmiendo aquí algun hora,
Que despertando, á Elisa vi á mi lado.
¡Oh miserable hado!
Oh tela delicada,
Antes de tiempo dada
A los agudos filos de la muerte!
Mas convenible fuera aquesta suerte (19)
A los cansados años de mi vida,
Que es mas que el hierro fuerte,
Pues no la ha quebrantado tu partida (20).
¿Dó están agora aquellos claros ojos
Que llevaban tras sí como colgada
Mi ánima do quier que se volvian? (21)
Dó está la blanca mano delicada,
Llena de vencimientos y despojos
Que de mí mis sentidos le ofrecian?
Los cabellos que vian
Con gran desprecio al oro,
Como á menor tesoro,
¿Adónde están? Adónde el blanco pecho? (22)
¿Dó la coluna que el dorado techo
Con presuncion graciosa sostenia?
Aquesto todo agora ya se encierra,
Por desventura mia,
En la fria, desierta y dura tierra.
¿Quién me dijera, Elisa, vida mia,
Cuando en aqueste valle al fresco viento
Andábamos cogiendo tiernas flores,
Que habia de ver con largo apartamiento
Venir el triste y solitario dia
Que diese amargo fin á mis amores?
El cielo en mis dolores
Cargó la mano tanto,
Que á sempiterno llanto
Y á triste soledad me ha condenado;
Y lo que siento mas es verme atado
A la pesada vida y enojosa,
Solo, desamparado,
Ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa.
Despues que nos dejaste, nunca pace
En hartura el ganado ya, ni acude (23)
El campo al labrador con mano llena.
No hay bien que en mal no se convierta y mude (24):
La mala yerba al trigo ahoga, y nace
En lugar suyo la infelice avena;
La tierra, que de buena
Gana nos producia
Flores con que solia
Quitar en solo vellas mil enojos,
Produce agora en cambio estos abrojos,
Ya de rigor de espinas intratable;
Y yo hago con mis ojos
Crecer, llorando, el fruto miserable (25).
Como al partir del sol la sombra crece,
Y en cayendo su rayo se levanta
La negra escuridad que el mundo cubre,
De do viene el temor que nos espanta,
Y la medrosa forma en que se ofrece
Aquello que la noche nos encubre,
Hasta que el sol descubre
Su luz pura y hermosa;
Tal es la tenebrosa
Noche de tu partir, en que he quedado
De sombra y de temor atormentado,
Hasta que muerte el tiempo determine
Que á ver el deseado
Sol de tu clara vista me encamine.
Cual suele el ruiseñor con triste canto
Quejarse, entre las hojas escondido,
Del duro labrador, que cautamente
Le despojó su caro y dulce nido
De los tiernos hijuelos entre tanto
Que del amado ramo estaba ausente,
Y aquel dolor que siente
Con diferencia tanta
Por la dulce garganta
Despide, y á su canto el aire suena,
Y la callada noche no refrena
Su lamentable oficio y sus querellas,
Trayendo de su pena
Al cielo por testigo y las estrellas;
Desta manera suelto yo la rienda (26)
A mi dolor, y así me quejo en vano
De la dureza de la muerte airada.
Ella en mi corazon metió la mano,
Y de allí me llevó mi dulce prenda;
Que aquel era su nido y su morada.
¡Ay muerte arrebatada!
Por ti me estoy quejando
Al cielo y enojando
Con importuno llanto al mundo todo;
Tan desigual dolor no sufre modo (27).
No me podrán quitar el dolorido
Sentir, si ya del todo
Primero no me quitan el sentido.
Una parte guardé de tus cabellos (28),
Elisa, envueltos en un blanco paño,
Que nunca de mi seno se me apartan;

te se ha aplicado á las cosas propias de bosques, al lugar lleno de bosques, y aun á lo que tiene mucha frondosidad.

Cairasco de Figueroa, en su *Templo militante*, al tratar de los reyes magos, dice:

Ya del rico Oriente van dejando
Atrás el *nemoroso* sitio ameno.

Lope de Vega, en la *Arcadia*, escribe: Donde con leche de cabras montesas, *nemorosas ciervas* y silvestres osas fué criado.

(18) Estuve yo contento y descansado.—*Texto de Azara.*

(19) Mas convenible suerte.—Así Ulloa, así la edicion de Anvers de 1576 y otros. Debe ser verso endecasílabo.

(20) Pues que no la ha quebrantado tu partida.—*Texto de Ulloa.*

(21) Ulloa, Herrera y Tamayo ponen:

Mi alma do quier que ellos se volvian.

(22) El texto de Ulloa dice:

¿Adónde están? Adónde el blanco pecho
De la columna que el dorado techo.

El de Herrera:

¿Adónde están? ¿Adónde el blando pecho?
¿Dó la columna que el dorado techo.

Segun la enmienda que propone el mismo Herrera, deberia leerse:

¿Adónde están? Adónde el blanco pecho?
¿Dó la columna que el dorado techo
Sostenia? Todo esto ya se cierra
Sombra y ceniza hecho.

Tambien propone este verso:

En ceniza deshecho.

Tamayo nos dice que Luis Tribaldos de Toledo creia evitar los yerros que se advierten en esta estancia con decir:

Los cabellos que vian
Con gran desprecio el oro,
Como á menor tesoro,
¿Dó están? dó la columna que algun dia
Con presuncion su gloria sostenia?
Aquesto todo, etc.

(23) En hartura el ganado, ya ni acude
El campo al labrador con mano llena.—*Texto de Ulloa.*

(24) Lope se sirvió de este verso en el segundo terceto de un soneto escrito con versos del Camoes, de Ariosto, de Horacio, etc.

(25) Así Sanchez y Azara; Ulloa, Herrera y Tamayo ponen *lloviendo* por *llorando*.

(26) Desta manera suelto ya la rienda.—Así Ulloa, Sanchez, Herrera y Tamayo. Azara siguió la enmienda propuesta por este.

(27) El desigual dolor no sufre modo.—*Texto de Herrera.*

(28) Tengo una parte aqui de tus cabellos.—*Textos de Ulloa y Herrera.*

Descójolos, y de un dolor tamaño
Enternecerme siento, que sobre ellos
Nunca mis ojos de llorar se hartan.
Sin que de allí se partan,
Con suspiros calientes,
Mas que la llama ardientes,
Los enjugo del llanto, y de consuno
Casi los paso y cuento uno á uno;
Juntándolos, con un cordon los ato.
Tras esto el importuno
Dolor me deja descansar un rato.
Mas luego á la memoria se me ofrece
Aquella noche tenebrosa, escura,
Que siempre aflige esta ánima mezquina (29)
Con la memoria de mi desventura.
Verte presente agora me parece
En aquel duro trance de Lucina,
Y aquella voz divina,
Con cuyo son y acentos
A los airados vientos
Pudieras amansar, que agora es muda (30);
Me parece que oigo que á la cruda,
Inexorable diosa demandabas
En aquel paso ayuda;
Y tú, rústica diosa, ¿dónde estabas?
¿Ibate tanto en perseguir las fieras?
Ibate tanto en un pastor dormido?
¿Cosa pudo bastar á tal crueza,
Que, conmovida á compasion, oido
A los votos y lágrimas no dieras
Por no ver hecha tierra tal belleza,
O no ver la tristeza
En que tu Nemoroso
Queda, que su reposo
Era seguir tu oficio, persiguiendo (31)
Las fieras por los montes, y ofreciendo
A tus sagradas aras los despojos?
¿Y tú, ingrata, riendo
Dejas morir mi bien ante mis ojos? (32)
Divina Elisa, pues agora el cielo
Con inmortales piés pisas y mides,
Y su mudanza ves, estando queda,
¿Por qué de mí te olvidas, y no pides
Que se apresure el tiempo en que este velo
Rompa del cuerpo, y verme libre pueda,
Y en la tercera rueda
Contigo mano á mano
Busquemos otro llano,
Busquemos otros montes y otros rios,
Otros valles floridos y sombríos,
Donde descanse y siempre pueda verte (33)
Ante los ojos mios,
Sin miedo y sobresalto de perderte?—
Nunca pusieran fin al triste lloro
Los pastores, ni fueran acabadas
Las canciones que solo el monte oia,
Si mirando las nubes coloradas,
Al trasmontar del sol bordadas de oro,
No vieran que era ya pasado el dia.
La sombra se veia
Venir corriendo apriesa
Ya por la falda espesa
Del altísimo monte, y recordando
Ambos como de sueño, y acabando
El fugitivo sol, de luz escaso,
Su ganado llevando,
Se fueron recogiendo paso á paso.

(29) Que tanto aflige esta ánima mezquina.—*Texto de Herrera.*

(30) El texto de Ulloa dice erradamente:

Con cuyo son y acentos
Y los airados vientos
Pudieron amansar, etc.

El de la edicion de Anvers se asemeja al que sigo. Solo en vez de *pudieras* dice *pudieron.*

(31) Sigo el texto de Herrera, Ulloa y Tamayo. Azara pone:

Era seguir su oficio persiguiendo.

(32) Dejas morir mi bien ante los ojos.—*Textos de Herrera y Tamayo.*

(33) Sigo el texto de Herrera; Tamayo, Azara y Marchena ponen:

Do descansar y siempre pueda verte.

Ulloa:

Donde descansar y siempre pueda verte.

EGLOGA II.

ALBANIO, SALICIO, CAMILO, NEMOROSO.

ALBANIO.

En medio del invierno está templada
El agua dulce desta clara fuente (1),
Y en el verano mas que nieve helada.
¡Oh claras ondas, cómo veo presente,
En viéndoos, la memoria de aquel dia
De que el alma temblar y arder se siente!
En vuestra claridad vi mi alegría
Escurecerse toda y enturbiarse;
Cuando os cobré perdí mi compañía.
¿A quién pudiera igual tormento darse,
Que con lo que descansa otro afligido
Venga mi corazon á atormentarse?
El dulce murmurar de este ruido,
El mover de los árboles al viento,
El suave olor del prado florecido,
Podrian tornar, de enfermo y descontento,
Cualquier pastor del mundo, alegre y sano;
Yo solo en tanto bien morir me siento.
¡Oh hermosura sobre el ser humano!
Oh claros ojos! Oh cabellos de oro!
Oh cuello de marfil! Oh blanca mano!
¿Cómo puede ora ser que en triste lloro
Se convirtiese tan alegre vida,
Y en tal pobreza todo mi tesoro?
Quiero mudar lugar, y á la partida
Quizá me dejará parte del daño
Que tiene el alma casi consumida.
¡Cuán vano imaginar, cuán claro engaño
Es darme yo á entender que con partirme,
De mí se ha de partir un mal tamaño!
¡Ay miembros fatigados, y cuán firme
Es el dolor que os cansa y enflaquece!
¡Oh si pudiese un rato aquí adormirme! (2)
Al que velando el bien nunca se ofrece,
Quizá que el sueño le dará durmiendo
Algun placer, que presto desparece (3).
En tus manos ¡oh sueño! me encomiendo.

SALICIO.

¡Cuán bienaventurado (4)
Aquel puede llamarse
Que con la dulce soledad se abraza,
Y vive descuidado,
Y léjos de empacharse
En lo que al alma impide y embaraza!
No ve la llena plaza,
Ni la soberbia puerta

(1) Hoy tiene en Batres, antigua posesion de los señores desta casa, el nombre de Garcilaso, y como ilustre monumento de sus escritos se venera.—*Don Tomás Tamayo de Vargas.*

Artieda, en su *Artemidoro*, dice: Y de ahí viene que siendo el artículo masculino, le propone á palabras femeninas, como son: *el alma*, *el agua*, segun se ve en la égloga segunda.

En medio del invierno está templada
El agua dulce desta clara fuente,
Y en el verano mas que nieve helada.

Lo que sin duda debió hacer por evitar el hiato ó quiebra que hay siempre y cuando la palabra femenina comienza con vocal, porque entonces precediendo el artículo *el* suena muy mejor al oido.

(2) Así Ulloa.

(3) Algun placer, que presto desfallece.—*Texto de Herrera.*

(4) Imitacion de la sabida oda de Horacio: *Beatus ille qui procul negotiis.*

Este principio de Garcilaso ha sido tambien muy imitado. Lope en una cancion entra diciendo:

¡Cuán bienaventurado
Aquel puede llamarse justamente!

En la comedia *Los Tellos de Meneses* hay una relacion con este principio:

¡Cuán bienaventurado
Puede llamarse el hombre!

Hay muchísimas mas imitaciones, que no es del caso enumerar.

De los grandes señores,
Ni los aduladores
A quien la hambre del favor despierta;
No le será forzoso
Rogar, fingir, temer y estar quejoso.
A la sombra holgando
De un alto pino ó robre,
O de alguna robusta y verde encina,
El ganado contando
De su manada pobre;
Que por la verde selva se avecina,
Plata cendrada y fina,
Oro luciente y puro,
Bajo y vil le parece,
Y tanto lo aborrece.
Que aun no piensa que dello está seguro;
Y como está en su seso,
Rehuye la cerviz del grave peso.
Convida á dulce sueño
Aquel manso ruido
Del agua que la clara fuente envia,
Y las aves sin dueño
Con canto no aprendido
Hinchen el aire de dulce armonía;
Háceles compañía,
A la sombra volando,
Y entre varios olores
Gustando tiernas flores,
La solicita abeja susurrando;
Los árboles y el viento
Al sueño ayudan con su movimiento.
¿Quién duerme aquí? ¿Dó está que no le veo?
¡Oh! hélo allí. Dichoso tú, que aflojas
La cuerda al pensamiento ó al deseo.
¡Oh natura, cuán pocas obras cojas
En el mundo son hechas por tu mano!
Creciendo el bien, menguando las congojas,
El sueño diste al corazon humano
Para que al despertar mas se alegrase
Del estado gozoso, alegre y sano (5);
Que, como si de nuevo le hallase,
Hace aquel intervalo que ha pasado
Que el nuevo gusto nunca al bien se pase (6).
Y al que de pensamiento fatigado
El sueño baña con licor piadoso,
Curando el corazon despedazado,
Aquel breve descanso, aquel reposo
Basta para cobrar de nuevo aliento,
Con que se pasa el curso trabajoso.
Llegarme quiero cerca con buen tiento,
Y ver, si de mí fuere conocido,
Si es del número triste ó del contento.
Albanio es este que está aquí dormido,
O yo conozco mal. Albanio, es cierto.
Duerme, garzon cansado y afligido.
¡Por cuán mejor librado tengo un muerto
Que acaba el curso de la vida humana
Y es reducido á mas seguro puerto (7).
Que el que, viviendo acá, de vida ufana
Y de estado gozoso, noble y alto,
Es derrocado de fortuna insana!
Dicen que este mancebo dió un gran salto:
Que de amorosos bienes fué abundante,
Y agora es pobre, miserable y falto.
No sé la historia bien; mas quien delante
Se halló al duelo me contó algun poco
Del grave caso deste pobre amante.

ALBANIO.

¿Es esto sueño, ó ciertamente toco
La blanca mano? ¡Ah sueño! ¿estás burlando? (8)
Yo estábate creyendo como loco.
¡Oh cuitado de mí! Tú vas volando (9)
Con prestas alas por la ebúrnea puerta;
Yo quédome tendido aquí llorando.
¿No basta el grave mal en que despierta
El alma vive, ó por mejor decillo,
Está muriendo de una vida incierta?

SALICIO.

Albanio, deja el llanto, que en oillo
Me aflijo.

ALBANIO.

¿Quién presente está á mi duelo?

SALICIO.

Aquí está quien te ayudará á sentillo.

ALBANIO.

¿Aquí estás tú, Salicio? Gran consuelo
Me fuera en cualquier mal tu compañía;
Mas tengo en esto por contrario al cielo.

SALICIO.

Parte de tu trabajo ya me habia
Contado Galafron, que fué presente
En aqueste lugar el mismo dia;
Mas no supo decir del accidente
La causa principal; bien que pensaba
Que era mal que decir no se consiente;
Y á la sazon en la ciudad yo estaba,
Como tú sabes bien, aparejando
Aquel largo camino que esperaba;
Y esto que digo me contaron cuando
Torné á volver; mas yo te ruego agora,
Si esto no es enojoso que demando,
Que particularmente el punto y hora,
La causa, el daño cuentes y el proceso;
Que el mal comunicado se mejora (10).

ALBANIO.

Con un amigo tal verdad es eso,
Cuando el mal sufre cura, mi Salicio;
Mas este ha penetrado hasta el hueso.
Verdad es que la vida y ejercicio
Comun, y el amistad que á tí me ayunta,
Mandan que complacerte sea mi oficio;
Mas ¿qué haré? que el alma ya barrunta,
Que quiero renovar en la memoria
La herida mortal de aguda punta;
Y póneme delante aquella gloria
Pasada, y la presente desventura,
Para espantarme de la horrible historia.
Por otra parte, pienso que es cordura
Renovar tanto el mal que me atormenta,
Que á morir venga de tristeza pura.
Y por esto, Salicio, entera cuenta
Te daré de mi mal como pudiere,
Aunque el alma rehuya y no consienta.
Quise bien, y querré mientras rigiere
Aquestos miembros el espíritu mio,
Aquella por quien muero, si muriere.
En este amor no entré por desvarío,
Ni le traté, como otros, con engaños,
Ni fué por eleccion de mi albedrío.
Desde mis tiernos y primeros años
A aquella parte me inclinó mi estrella,
Y á aquel fiero destino de mis daños.
Tú conociste bien una doncella,
De mi sangre y abuelos decendida,
Mas que la misma hermosura bella.
En su verde niñez, siendo ofrecida
Por montes y por selvas á Diana,
Ejercitaba allí su edad florida.
Yo, que desde la noche á la mañana
Y del un sol al otro, sin cansarme,
Seguia la caza con estudio y gana,

(5) Segun Tamayo, se leia en uno de los manuscritos:
Del estado gustoso, alegre, ufano.
(6) El mismo Tamayo, tratando de este verso, dice:
«Don Francisco Gomez de Quevedo, ejemplo de las ingeniosidades de los nobles de nuestra nacion, me escribe que le parece que se ha de leer así:
Que en nuevo gusto nunca el bien se pase.
Basta su parecer para que se siga.»
(7) Sigo á Herrera; otros dicen *conducido*.
(8) Azara dice:
¿La blanca mano? Sueño, ¿estás burlando?
(9) Segun Homero y Virgilio al sueño se daban dos puertas: la de marfil, por donde salian los sueños falsos; la de cuerno, por donde salian los verdaderos.
(10) Ulloa dice:
Que el mal comunicando se mejora.

Por deudo y ejercicio á conformarme
Vine con ella en tal domestiqueza,
Que della un punto no sabia apartarme.
Iba de un hora en otra la estrecheza
Haciéndose mayor, acompañada
De un amor sano y lleno de pureza (11).
¿Qué montaña dejó de ser pisada
De nuestros piés? Qué bosque ó selva umbrosa
No fué de nuestra caza fatigada?
Siempre con mano larga y abundosa
Con parte de la caza visitando
El sacro altar de nuestra santa diosa.
La colmíllnda testa ora llevando (12)
Del puerco jabalí cerdoso y fiero,
Del peligro pasado razonando;
Ora clavando del ciervo ligero
En algun sacro pino los ganchosos
Cuernos, con puro corazon sincero
Tornábamos contentos y gozosos,
Y al disponer de lo que nos quedaba,
Jamás me acuerdo de quedar quejosos.
Cualquiera caza á entrambos agradaba;
Pero la de las simples avecillas
Menos trabajo y mas placer nos daba.
En mostrando el aurora sus mejillas
De rosa, y sus cabellos de oro fino
Humedeciendo ya las florecillas,
Nosotros, yendo fuera de camino,
Buscábamos un valle, el mas secreto
Y de conversacion menos vecino;
Aquí con una red, de muy perfeto
Verde teñida, aquel valle atajábamos
Muy sin rumor, con paso muy quieto.
De dos árboles altos la colgábamos,
Y habiéndonos un poco léjos ido,
Hácia la red armada nos tornábamos,
Y por lo mas espeso y escondido
Los árboles y matas sacudiendo,
Turbábamos el valle con ruido.
Zorzales, tordos, mirlas, que temiendo
Delante de nosotros, espantados
Del peligro menor, iban huyendo,
Daban en el mayor, desatinados,
Quedando en la sutil red engañosa
Confusamente todos enredados.
Y entonces era vellos una cosa
Extraña y agradable, dando gritos,
Y con voz lamentándose quejosa.
Algunos dellos, que eran infinitos,
Su libertad buscaban revolando;
Otros estaban míseros y afilitos.
Al fin las cuerdas de la red tirando,
Llevabámosla juntos casi llena,
La caza á cuestas y la red cargando (13).
Cuando el húmido otoño ya refrena
Del seco estío el gran calor ardiente,
Y va faltando sombra á Filomena,
Con otra caza desta diferente,
Aunque tambien de vida ociosa y blanda,
Pasábamos el tiempo alegremente.
Entonces siempre, como sabes, anda
De estorninos volando á cada parte
Acá y allá la espesa y negra banda.
Y cierto aquesto es cosa de contarte,
Como con los que andaban por el viento
Usábamos tambien de astucia y arte.
Uno vivo primero de aquel cuento
Tomábamos, y en esto sin fatiga
Era cumplido luego nuestro intento;
Al pié del cual un hilo, untado en liga,
Atado, le soltábamos al punto
Que via volar aquella banda amiga.

Apenas era suelto, cuando junto
Estaba con los otros y mezclado,
Secutando el efecto de su asunto.
A cuantos era el hilo enmarañado
Por alas ó por piés ó por cabeza,
Todos venian al suelo mal su grado.
Andaban forcejando una gran pieza
A su pesar y á mucho placer nuestro;
Que así de un mal ajeno bien se empieza.
Acuérdaseme agora que el siniestro
Canto de la corneja y el agüero
Para escaparse no le fué maestro.
Cuando una dellas, como es muy ligero,
A nuestras manos viva nos venia,
Era prision de mas de un prisionero.
La cual á un llano grande yo traia,
A do muchas cornejas andar juntas
O por el suelo ó por el aire vía;
Clavándola en la tierra por las puntas
Extremas de las alas, sin rompellas.
Seguíase lo que apenas tú barruntas.
Parecia que mirando á las estrellas,
Clavada boca arriba en aquel suelo,
Estaba contemplando el curso dellas (14).
De allí nos alejábamos, y el cielo
Rompia con gritos ella, y convocaba (15)
De las cornejas el superno vuelo.
En un solo momento se ayuntaba
Una gran muchedumbre presurosa
A socorrer la que en el suelo estaba.
Cercábanla, y alguna, mas piadosa
Del mal ajeno de la compañera
Que del suyo avisada ó temerosa (16),
Llegábase muy cerca, y la primera
Que esto hacia, pagaba su inocencia
Con prision ó con muerte lastimera.
Con tal fuerza la presa y tal violencia
Se engarrafaba de la que venia,
Que no se despidiera sin licencia.
Ya puedes ver cuán gran placer seria
Ver, de una por soltarse y desasirse,
De otra por socorrerse, la porfía.
Al fin la fiera lucha al despartirse
Venia por nuestra mano, y la cuitada
Del bien hecho empezaba á arrepentirse.
¿Qué me dirás si con la mano alzada
Haciendo la nocturna centinela,
La grulla de nosotros fué engañada? (17)
No aprovechaba al ánsar la cautela (18),
Ni ser siempre sagaz descubridora
De nocturnos engaños con su vela.
Ni al blanco cisne que en las aguas mora
Por no morir como Facton en fuego,
Del cual el triste caso canta y llora.
Y tú, perdiz cuitada, ¿piensas luego
Que en huyendo del techo estás segura?
En el campo turbamos tu sosiego.
A ningun ave ó animal natura
Dotó de tanta astucia, que no fuese
Vencido al fin de nuestra astucia pura.
Si por menudo de contarte hubiese
De aquesta vida cada partecilla,
Temo que antes del fin anocheciese.
Basta saber que aquesta tan sencilla
Y tan pura amistad, quiso mi hado
En diferente especie convertilla:
En un amor tan fuerte y tan sobrado,
Y en un desasosiego no creible,
Tal, que no me conozco, de trocado.
El placer de miralla, con terrible
Y fiero desear senti mezclarse,
Que siempre me llevaba á lo imposible.
La pena de su ausencia vi mudarse,

(11) Ulloa escribe:

De un amor llano y lleno de pureza.

(12) Pacheco, en su *Arte de la pintura*, al citar este verso, dice: «Tambien los desta calidad, alabando una cabeza pintada, dicen en italiano que es *buena testa*; pero en español *testa* es la del jabalí, como lo dijo elegantemente nuestro poeta.»

(13) Así Ulloa y Herrera, á mas de otras antiguas ediciones; Tamayo y Azara leen:

La caza á cuestas y la red colgando.

(14) Así ponen este terceto Ulloa, Herrera y Tamayo. Azara lo escribe de este modo:

Parecia mirando á las estrellas,
Clavada boca arriba en aquel suelo,
Que estaba contemplando el curso dellas.

(15) Así Ulloa, Herrera y Tamayo; Azara pone *Rompia á gritos.*

(16) Que del suyo avisada y temerosa.—Así Herrera.

(17) La grua de nosotros fué engañada.—*Texto de Herrera.*

(18) No aprovechaba alcanzar la cautela.—*Texto de Ulloa.*

No en pena, no en congoja, en cruda muerte,
Y en fuego eterno el alma atormentarse.
A aqueste estado en fin mi dura suerte
Me trujo poco á poco, y no pensara
Que contra mí pudiera ser mas fuerte,
Si con mi grave daño no probara
Que, en comparacion de esta, aquella vida
Cualquiera por descanso la juzgara.
Ser debe aquesta historia aborrecida
De tus orejas ya, que así atormenta (19)
Mi lengua y mi memoria entristecida.
Decir ya mas no es bien que se consienta;
Junto todo mi bien perdí en una hora,
Y esta es la suma, en fin, de aquesta cuenta (20).

SALICIO.

Albanio, si tu mal comunicaras
Con otro, que pensaras que tu pena
Juzgaba como ajena, ó que este fuego
Nunca probó, ni el juego peligroso
De que tú estás quejoso, yo confieso
Que fuera bueno aqueso que hora haces (21);
Mas si tú me deshaces con tus quejas,
¿Por qué agora me dejas como a extraño,
Sin dar de aqueste daño fin al cuento?
¿Piensas que tu tormento como nuevo
Escucho, y que no pruebo, por mi suerte,
Aquesta viva muerte en las entrañas?
Si no con todas mañas ó experiencia (22)
Esta grave dolencia se desecha,
Al menos aprovecha, yo te digo,
Para que de un amigo que adolezca
Otro se condolezca, que ha llegado
De bien acuchillado á ser maestro (23).
Así que, pues te muestro abiertamente
Que no estoy inocente destos males,
Que aun traigo las señales de las llagas,
No es bien que tú te hagas tan esquivo;
Que mientras estás vivo, ser podria
Que por alguna via te avisase,
O contigo llorase; que no es malo
Tener al pié del palo quien se duela (24)
Del mal, y sin cautela te aconseje.

ALBANIO.

Tú quieres que forceje y que contraste
Con quien al fin no baste á derrocalle.
Amor quiere que calle; yo no puedo
Mover el paso un dedo sin gran mengua.
El tiene de mi lengua el movimiento;
Así que no me siento ser bastante.

SALICIO.

¿Qué te pone delante que te impida
El descubrir tu vida al que librarte
Del mal alguna parte cierto espera?

ALBANIO.

Amor quiere que muera sin reparo;
Y conociendo claro que bastaba
Lo que yo descansaba en este llanto
Contigo, á que entre tanto me aliviase,
Y aquel tiempo probase á sostenerme;
Por mas presto perderme, como injusto,
Me ha ya quitado el gusto que tenia
De echar la pena mia por la boca.
Así que ya no toca nada dello
A ti querer sabello, ni contallo
A quien solo pasallo le conviene,
Y muerte solo por alivio tiene.

SALICIO.

¿Quién es contra su sér tan inhumano,
Que al enemigo entrega su despojo,
Y pone su poder en otra mano?
¿Cómo, y no tienes ora algun enojo
De ver que amor tu misma lengua ataje,
O la desate por su solo antojo?

ALBANIO.

Salicio amigo, cese este lenguaje;
Cierra tu boca, y mas aquí no la abras;
Yo siento mi dolor, y tú mi ultraje.
¿Para qué son magníficas palabras?
¿Quién te hizo filósofo elocuente (25),
Siendo pastor de ovejas y de cabras?
¡Oh cuitado de mí, cuán fácilmente
Con expedida lengua y rigurosa
El sano da consejos al doliente!

SALICIO.

No te aconsejo yo, ni digo cosa
Para que debas tú por ella darme
Respuesta tan aceda y tan odiosa.
Ruégote que tu mal quieras contarme,
Porque dél pueda tanto entristecerme,
Cuanto suelo del bien tuyo alegrarme.

ALBANIO.

Pues ya de ti no puedo defenderme,
Yo tornaré á mi cuento cuando hayas
Prometido una gracia concederme;
Y es, que en oyendo el fin, luego te vayas
Y me dejes llorar mi desventura
Entre estos pinos solo y estas hayas.

SALICIO.

Aunque pedir tú eso no es cordura,
Yo seré dulce mas que sano amigo,
Y daré bien lugar á tu tristura.

ALBANIO.

Hora, Salicio, escucha lo que digo;
Y vos, oh ninfas deste bosque umbroso,
A do quiera que estéis, estad conmigo (26).
Ya te conté el estado tan dichoso
A do me puso amor, si en él yo firme
Pudiera sostenerme con reposo;
Mas, como de callar y de encubrirme
De aquella por quien vivo me encendia,
Llegué ya casi al punto de morirme,
Mil veces ella preguntó qué habia,
Y me rogó que el mal le descubriese,
Que mi rostro y color le descubria.
Mas no acabó con cuanto me dijese,
Que de mí á su pregunta otra respuesta
Que un suspiro con lágrimas hubiese.
Aconteció que en una ardiente siesta,
Viniendo de la caza fatigados,
En el mejor lugar desta floresta,
Que es este donde estamos asentados,
A la sombra de un árbol aflojamos
Las cuerdas á los arcos trabajados.
En aquel prado allí nos reclinamos,
Y del céfiro fresco recogiendo
El agradable espíritu, respiramos.
Las flores, á los ojos ofreciendo
Diversidad extraña de pintura,
Diversamente así estaban oliendo.
Y en medio aquesta fuente clara y pura,
Que como de cristal resplandecia,
Mostrando abiertamente su hondura,
El arena, que de oro parecia,
De blancas pedrezuelas variada,
Por do manaba el agua, se bullia.
En derredor ni sola una pisada
De fiera ó de pastor ó de ganado
A la sazon estaba señalada.
Despues que con el agua resfriado
Hubimos el calor, y juntamente

(19) Así Herrera; otros leen:
De tus orejas, ya que así atormenta.
(20) Sigo á Herrera; otros ponen:
Y esta es la suma, en fin, de aquella cuenta.
(21) Otros ponen *ahora*; sigo á Herrera.
(22) Si no con mañas ni experiencia.—*Texto de Herrera.*
(23) *No hay mejor cirujano que el bien acuchillado;* proverbio antiguo.
(24) *Al pié del palo;* término vulgar. Equivale al pié de la horca.
(25) El licenciado Cristóbal de Mesa queria que se leyese *retórico* en vez de *filósofo*, por ser la elocuencia mas propia de aquel que de este.
(26) A do quiera que estáis, estad conmigo.—*Textos de Herrera y Ulloa.*

La sed de todo punto mitigado,
Ella, que con cuidado diligente
A conocer mi mal tenia el intento,
Y á escudriñar el ánimo doliente,
Con nuevo ruego y firme juramento
Me conjuró y rogó que le contase
La causa de mi grave pensamiento;
Y si era amor, que no me recelase
De hacelle mi caso manifiesto,
Y demostralle aquella que yo amase,
Que me juraba que tambien en esto
El verdadero amor que me tenia
Con pura voluntad estaba presto.
Yo, que tanto callar ya no podia,
Y claro descubrir menos osaba
Lo que en el alma triste se sentia,
Le dije que en aquella fuente clara
Veria de aquella que yo tanto amaba
Abiertamente la hermosa cara.
Ella, que ver aquesta deseaba,
Con menos diligencia discurriendo
De aquella con que el paso apresuraba,
A la pura fontana fué corriendo,
Y en viendo el agua, toda fué alterada,
En ella su figura sola viendo.
Y no de otra manera, arrebatada,
Del agua rehuyó, que si estuviera
De la rabiosa enfermedad tocada.
Y sin mirarme, desdeñosa y fiera,
No sé qué allá entre dientes murmurando,
Me dejó aquí, y aquí quiere que muera.
Quedé yo triste y solo allí, culpando
Mi temerario osar, mi desvarío,
La pérdida del bien considerando.
Creció de tal manera el dolor mio,
Y de mi loco error el desconsuelo,
Que hice de mis lágrimas un rio.
Fijos los ojos en el alto cielo,
Estuve boca arriba una gran pieza
Tendido, sin moverme en este suelo (27).
Y como de un dolor otro se empieza,
El largo llanto, el desvanecimiento,
El vano imaginar de la cabeza,
De mi gran culpa aquel remordimiento,
Verme de todo al fin sin esperanza,
Me trastornaron casi el sentimiento.
Cómo deste lugar hice mudanza
No sé, ni quién de aquí me condujese
Al triste albergue y á mi pobre estanza.
Sé que tornando en mí, como estuviese
Sin comer y dormir bien cuatro dias,
Y sin que el cuerpo de un lugar moviese,
Las ya desamparadas vacas mias
Por otro tanto tiempo no gustaron
Las verdes yerbas ni las aguas frias.
Los pequeños hijuelos, que hallaron
Las tetas secas ya de las hambrientas
Madres, bramando al cielo se quejaron.
Las selvas, á su voz tambien atentas,
Bramando pareció que respondian,
Condolidas del daño y descontentas.
Aquestas cosas nada me movian,
Antes con mi llorar hacia espantados
Todos cuantos á verme allí venian.
Vinieron los pastores de ganados,
Vinieron de los sotos los vaqueros,
Para ser de mi mal de mí informados.
Y todos con los gestos lastimeros
Me preguntaban cuáles habian sido
Los accidentes de mi mal primeros.
A los cuales, en tierra yo tendido,
Ninguna otra respuesta dar sabia,
Rompiendo con sollozos mi gemido,
Sino de rato en rato les decia:
«Vosotros, los de Tajo en su ribera (28),
Cantaréis la mi muerte cada dia.
»Este descanso llevaré aunque muera,
Que cada dia cantaréis mi muerte
Vosotros, los de Tajo, en su ribera.»
La quinta noche, en fin, mi cruda suerte,
Queriéndome llevar do se rompiese
Aquesta tela de la vida fuerte,
Hizo que de mi choza me saliese
Por el silencio de la noche escura
A buscar un lugar donde muriese.
Y caminando por do mi ventura
Y mis enfermos piés me condujeron,
Llegué á un barranco de muy gran altura.
Luego mis ojos le reconocieron,
Que pende sobre el agua, y su cimiento
Las ondas poco á poco le comieron.
Al pié de un olmo hice allí mi asiento,
Y acordéme que ya con ella estuve
Pasando allí la siesta al fresco viento.
Y con esta memoria me detuve,
Como si aquesta fuera medicina
De mi furor y cuanto mal sostuve.
Denunciaba el aurora ya vecina
La venida del sol resplandeciente,
A quien la tierra, á quien la mar se inclina.
Entonces, como cuando el cisne siente
El ansia postrimera que le aqueja,
Y tienta el cuerpo mísero y doliente,
Con triste y lamentable son se queja,
Y se despide con funesto canto
Del espíritu vital que dél se aleja;
Así, aquejado yo de dolor tanto,
Que el alma abandonaba ya la humana
Carne, solté la rienda al triste llanto.
«¡Oh fiera, dije, mas que tigre hircana,
Y mas sorda á mis quejas que el ruido
Embravecido de la mar insana!
»Héme entregado, héme aquí rendido,
Hé aquí vences; toma los despojos
De un cuerpo miserable y afligido.
»Yo pondré fin del todo á tus enojos (29),
Ya no te ofenderá mi rostro triste,
Mi temerosa voz y húmidos ojos.
»Quizá tú, que en mi vida no moviste
El paso á consolarme en tal estado,
Ni tu dureza cruda enterneciste,
»Viendo mi cuerpo aquí desamparado,
Vendrás á arrepentirte y lastimarte (30);
Mas tu socorro tarde habrá llegado.
»¿Cómo pudiste tan presto olvidarte
De aquel tan luengo amor, y de sus ciegos
Nudos en sola una hora desligarte?
»¿No se te acuerda de los dulces juegos
Ya de nuestra niñez, que fueron leña
Destos dañosos y encendidos fuegos,
»Cuando la encina desta espesa breña
De sus bellotas dulces despojaba,
Que íbamos á comer sobre esta peña?
»¿Quién las castañas tiernas derrocaba
Del árbol al subir dificultoso?
Quién en su limpia falda las llevaba?
»¿Cuándo en valle florido, espeso, umbroso
Metí jamás el pié, que dél no fuese
Cargado á ti de flores y oloroso?
»Jurábasme, si ausente yo estuviese,
Que ni el agua sabor, ni olor la rosa,
Ni el prado yerba para ti tuviese.
»¿A quién me quejo, que no escucha cosa
De cuantas digo, quien debria escucharme?
Eco sola me muestra ser piadosa;
»Respondiéndome pueda conhortarme,
Como quien probó mal tan importuno;
Mas no quiere mostrarse y consolarme.
»¡Oh dioses! si allá juntos de consuno
De los amantes el cuidado os toca;
¡Oh tú solo! si toca á solo uno (31).
»Recibid las palabras que la boca

(27) Tendido sin mudarme en este suelo. — *Textos de Herrera y Ulloa.*

(28) Tamayo dice: «Este fué como presagio del oficio que hacemos ahora sus ciudadanos en su ilustracion, y el que espero mejorarán las mas felices plumas de los cisnes del Tajo en todos tiempos.»

(29) Sigo á Herrera; otros dicen:
Yo pornè fin del todo á tus enojos.

(30) Sigo á Herrera; otros dicen:
Vernás á arrepentirte y lastimarte.

(31) Sigo á Herrera; otros ponen:
¡Oh tú solo, si toca solo á uno.

Echa con la doliente ánima fuera,
Antes que el cuerpo torne en tierra poca.
»¡Oh náyades, de aquesta mi ribera
Corrientes moradoras! Oh napea (32)
Guarda del verde bosque verdadera!
»Alce una de vosotras, blanca dea,
Del agua su cabeza rubia un poco,
Así, ninfa, jamás en tal se vea (33).
»Podré decir que con mis quejas toco
Las divinas orejas, no pudiendo
Las humanas tocar, cuerdo ni loco.
»¡Oh hermosas oreádas, que teniendo
El gobierno de selvas y montañas,
A caza andais por ellas discurriendo!
»Dejad de perseguir las alimañas;
Venid á ver un hombre perseguido,
A quien no valen fuerza ya ni mañas.
»¡Oh driades, de amor hermoso nido,
Dulces y graciosísimas doncellas,
Que á la tarde salís de lo escondido,
»Con los cabellos rubios, que las bellas
Espaldas dejan de oro cobijadas,
Parad mientes un rato á mis querellas;
»Y si con mi ventura conjuradas
No estáis, haced que sean las ocasiones
De mi muerte aquí siempre celebradas.
»¡Oh lobos, oh osos, que, por los rincones
Destas fieras cavernas escondidos,
Estáis oyendo agora mis razones!
»Quedáos adios; que ya vuestros oidos
De mi zampoña fueron halagados,
Y alguna vez de amor enternecidos.
»Adios, montañas, adios, verdes prados,
Adios, corrientes rios espumosos,
Vivid sin mí con siglos prolongados;
»Y mientras en el curso presurosos
Iréis al mar á darle su tributo,
Corriendo por los valles pedregosos,
»Haced que aquí se muestre triste luto
Por quien, viviendo alegre, os alegraba
Con agradable son y viso enjuto.
»Por quien aquí sus vacas abrevaba,
Por quien, ramos de lauro entretejiendo,
Aquí sus fuertes toros coronaba.»
Estas palabras tales en diciendo,
En pié me alcé por dar ya fin al duro
Dolor que en vida estaba padeciendo.
Y por el paso en que me ves te juro
Que ya me iba á arrojar de do te cuento,
Con paso largo y corazon seguro,
Cuando una fuerza súbita de viento
Vino con tal furor, que de una sierra
Pudiera remover el firme asiento.
De espaldas, como atónito, en la tierra
Desde á gran rato me hallé tendido;
Que así se halla siempre aquel que yerra.
Con mas sano discurso en mi sentido,
Comencé de culpar el presupuesto
Y temerario error que habia seguido,
En querer dar con triste muerte al resto
De aquesta breve vida fin amargo,
No siendo por los hados aun dispuesto.
De allí me fuí con corazon mas largo
Para esperar la muerte, cuando venga
A relevarme deste largo cargo.
Bien has ya visto cuánto me convenga,
Que pues buscalla á mí no se consiente,
Ella en buscarme á mí no se detenga.

(32) Sigo á Tamayo; Herrera y Azara leen:

¡Oh náyades, de aquesta mi ribera
Corriente moradoras!

Donde *corriente* apela sobre ribera, en vez de apelar sobre las náyades.

(33) Creo que así deben leerse estos tercetos. En todas las ediciones se hallan de este modo, con sentido contrario á la gramática.

¡Oh *napeas*,
Guarda del verde bosque *verdadera*
Alce una de vosotras, blancas deas,
Del agua su cabeza rubia un poco:
Así, ninfa, jamás en tal *te veas*.

Tamayo pone este último verso:

Así, ninfa, jamás en sol te veas.

Contado te he la causa, el accidente,
El daño y el proceso todo entero;
Cúmpleme tu promesa prestamente.
Y si mi amigo cierto y verdadero
Eres, como yo pienso, véte agora;
No estorbes un dolor acerbo y fiero
Al afligido y triste cuando llora.

SALICIO.

Tratara de una parte
Que agora solo siento,
Si no pensaras que era dar consuelo.
Quisiera preguntarte
Cómo tu pensamiento
Se derribó tan presto en ese suelo,
O se cubrió de velo,
Para que no mirase
Que quien tan luengamente
Amó, no se consiente
Que tan presto del todo te olvidase.
¿Que sabes si ella ahora
Juntamente su mal y el tuyo llora?

ALBANIO.

Cese ya el artificio
De la maestra mano;
No me hagas pasar tan grave pena.
Harásme tú, Salicio,
Ir do nunca pié humano
Estampó su pisada en el arena.
Ella está tan ajena
De estar desa manera
Como tú de pensallo,
Aunque quieres mostrallo
Con razon aparente ó verdadera (34).
Ejercita aquí el arte
A solas, que yo voyme en otra parte.

SALICIO.

No es tiempo de curalle,
Hasta que menos tema
La cura del maestro y su crueza.
Solo quiero dejalle;
Que aun está el apostema
Intratable, á mi ver, por su dureza.
Quebrante la braveza
Del pecho empedernido
Con largo y tierno llanto;
Iréme yo entre tanto
A requerir de un ruiseñor el nido,
Que está en un alta encina,
Y estará presto en manos de Gravina.

CAMILA.

Si desta tierra no he perdido el tino,
Por aquí el corzo vino que ha traido,
Despues que fué herido, atrás el viento.
¿Qué recio movimiento en la corrida
Lleva, de tal herida lastimado?
En el siniestro lado soterrada
La flecha enherbolada va mostrando (35),
Las plumas blanqueando solas fuera.
Y háceme que muera con buscalle.
No paso deste valle; aquí está cierto,
Y por ventura muerto. ¡Quién me diese
Alguno que siguiese el rastro agora,
Mientras la herviente hora de la siesta
En aquesta floresta yo descanso!
¡Ay viento fresco, manso y amoroso,
Almo, dulce, sabroso! Esfuerza, esfuerza
Tu soplo, y esta fuerza tan caliente
Del alto sol ardiente hora quebranta;
Que ya la tierna planta del pié mio
Anda á buscar el frio desta yerba.
A los hombres reserva tú, Diana,
En esta siesta insana tu ejercicio;
Por agora tu oficio desamparo,
Que me ha costado caro en este dia.
¡Ay dulce fuente mia, y de cuán alto

(34) *Con razon aparente á verdadera*, dicen muchas ediciones.

(35) La flecha enervolada iba mostrando.—*Textos de Sanchez, Tamayo y Azara.*

Con solo un sobresalto me arrojaste!
¿Sabes qué me quitaste, fuente clara?
Los ojos de la cara, que no quiero
Menos un compañero que yo amaba;
Mas no como él pensaba. Dios ya quiera
Que antes Camila muera que padezca
Culpa por do merezca ser echada
De la selva sagrada de Diana.
¡Oh cuán de mala gana mi memoria
Renueva aquesta historia! Mas la culpa
Ajena me desculpa; que si fuera
Yo la causa primera desta ausencia,
Yo diera la sentencia en mi contrario.
El fué muy voluntario y sin respeto.
Mas ¿para qué me meto en esta cuenta?
Quiero vivir contenta y olvidallo,
Y aquí donde me hallo recrearme.
Aquí quiero acostarme, y en cayendo
La siesta iré siguiendo mi corcillo,
Que yo me maravillo ya y me espanto
Cómo con tal herida huyó tanto.

ALBANIO.

Si mi turbada vista no me miente,
Paréceme que vi entre rama y rama
Una ninfa llegar á aquella fuente.
Quiero llegar allá; quizá, si ella ama,
Me dirá alguna cosa con que engañe
Con algun falso alivio aquesta llama.
Y no se me da nada que desbañe (56)
Mi alma, si es contrario á lo que creo;
Que á quien no espera bien no hay mal que dañe.
¡Oh santos dioses! ¿Qué es esto que veo?
¿Es error de fantasma convertida
En forma de mi amor y mi deseo?
Camila es esta que está aquí dormida;
No puede de otra ser su hermosura;
La razon está clara y conocida:
Hay obra sola quiso la natura
Hacer como esta, y rompió luego apriesa
La estampa do fué hecha tal figura.
¿Quién podrá luego de su forma expresa
El traslado sacar, si la maestra
Misma no basta, y ella lo confiesa?
Mas ya que es cierto el bien que á mí se muestra
¿Cómo podré llegar á despertalla,
Temiendo yo la luz que á ella me adiestra?
¿Si solamente de poder tocalla
Perdiese el miedo yo? Mas ¿si despierta?
Si despierta, tenella y no soltalla.
Esta osadía temo que no es cierta.
Mas ¿qué me puede hacer? Quiero llegarme.
En fin, ella está agora como muerta.
Cabe ella por lo menos asentarme
Bien puedo; mas no ya como solia.
¡Oh mano poderosa de matarme!
¿Viste cuánto tu fuerza en mí podia?
¿Por qué para sanarme no la pruebas?
Que su poder á todo bastaria.

CAMILA.

Socórreme, Diana.

(56) Dice Azara en una de sus notas: «*Desbañar:* Esta voz es tan extraña en castellano, que con dificultad se puede saber lo que quiere decir. El maestro Sanchez no la explica, y Herrera nos muele con una pesada digresion sobre el uso de las voces nuevas, sin decirnos lo que significa esta, sin duda porque no lo supo, pues quien amontonó tantas impertinencias no hubiera omitido una cosa tan esencial. El *Diccionario de la lengua* ni hace mencion de ella. Tamayo de Vargas es el único que se aventura á interpretarla. Segun él, *desbañar* quiere decir afligir, congojar, deducido de las lenguas griega y latina, en que *bañar* se toma muchas veces por aliviar, refocilar, quitar cuidados.»
A esto se puede añadir que en igual significacion la tomó el poeta que cita Tamayo, cuando escribió estos versos:

He guardado de tí par prenda cierta
Este retrato, que humildemente adoro,
Que tambien como tú finge y engaña,
Y tanto se *desbaña*,
Pensando que me ayuda,
Que el color pierde y muda.

ALBANIO.

No te muevas,
Que no te he de soltar; escucha un poco.

CAMILA.

¿Quién me dijera, Albanio, tales nuevas?
Ninfas del verde bosque, á vos invoco,
A vos pido socorro en esta fuerza (57).
¿Qué es esto, Albanio? Dime si estás loco.

ALBANIO.

Locura debe ser la que me fuerza
A querer mas que el alma y que la vida
A la que á aborrecerme asi se esfuerza.

CAMILA.

Yo debo ser de tí la aborrecida,
Pues me quieres tratar de tal manera,
Siendo tuya la culpa conocida.

ALBANIO.

¿Yo culpa contra tí? Si la primera
No está por cometer, Camila mia,
En tu desgracia y disfavor yo muera.

CAMILA.

¿Tú no violaste nuestra compañía,
Queriéndola torcer por el camino
Que de la vida honesta se desvia?

ALBANIO.

¿Cómo de sola una hora el desatino
Ha de perder mil años de servicio,
Si el arrepentimiento tras él vino?

CAMILA.

Aqueste es de los hombres el oficio,
Tentar el mal, y si es malo el suceso,
Pedir con humildad perdon del vicio.

ALBANIO.

¿Qué tenté yo, Camila?

CAMILA.

Bueno es eso.
Esta fuente lo diga, que ha quedado
Por un testigo de tu mal proceso.

ALBANIO.

Si puede ser mi yerro castigado
Con muerte, con deshonra ó con tormento,
Vesme aquí, estoy á todo aparejado.

CAMILA.

Suéltame ya la mano, que el aliento
Me falta de congoja.

ALBANIO.

He muy gran miedo
Que te me irás, que corres mas que el viento (58).

CAMILA.

No estoy como solia, que no puedo
Moverme ya, de mal ejercitada.
Suelta, que casi me has quebrado un dedo.

ALBANIO.

¿Estarás, si te suelto, sosegada,
Mientras con razon clara yo te muestro
Que fuistes sin razon de mí enojada?

CAMILA.

Eres tú de razones gran maestro.
Suelta, que si estaré.

(57) A vos pido socorro desta fuerza.—*Textos de Herrera y Tamayo.*
Sigo el texto de Azara.
(58) Así Herrera y Tamayo; Azara pone:

Que corres mas que viento.

ALBANIO.

Primero jura
Por la primera fe del amor nuestro.

CAMILA.

Yo juro por la ley sincera y pura
De la amistad pasada, de sentarme,
Y de escuchar tus quejas muy segura.
¡Cuál me tienes la mano, de apretarme
Con esa dura mano, descreido!

ALBANIO.

¡Cuál me tienes el alma de dejarme!

CAMILA.

Mi prendedero de oro ¿si es perdido?
¡Oh cuitada de mí! Mi prendedero
Desde aquel valle aqui se me ha caido.

ALBANIO.

Mira no se cayese allá primero,
Antes de aqueste al val de la hortiga.

CAMILA.

Do quiera que cayó, buscallo quiero (39).

ALBANIO.

Yo iré á buscallo, excusa esa fatiga;
Que no puedo sufrir que aquesta arena
Abrase el blanco pié de mi enemiga.

CAMILA.

Pues que quieres tomar por mí esta pena,
Derecho vé primero á aquellas hayas;
Que allí estuve yo echada una hora buena.

ALBANIO.

Yo voy; mas entre tanto no te vayas.

CAMILA.

Seguro vé, que antes verás mi muerte
Que tú me cobres ni á tus manos hayas.

ALBANIO.

¡Ah, ninfa desleal! Y ¿desa suerte
Se guarda el juramento que me diste?
¡Oh condicion de vida dura y fuerte!
Oh falso amor, de nuevo me hiciste
Revivir con un poco de esperanza!
Oh modo de matar penoso y triste!
Oh muerte llena de mortal tardanza!
Podré por tí llamar injusto el cielo,
Injusta su medida y su balanza.
Recibe tú, terreno y duro suelo,
Este rebelde cuerpo, que detiene
Del alma el expedido y presto vuelo (40).
Yo me daré la muerte, y aun si viene
Alguno á resistirme... ¿A resistirme?
El verá que á su vida no conviene.
¿No puedo yo morir, no puedo irme
Por aquí, por allí, por do quisiere,
Desnudo espirtu ó carne y hueso firme?

SALICIO.

Escucha, que algun mal hacerse quiere,
O cierto tiene trastornado el seso.

ALBANIO.

Aquí tuviese yo quien mal me quiere.
Descargado me siento de un gran peso;
Paréceme que vuelo, despreciando
Monte, choza, ganado, leche y queso.
¿No son aquestos piés? Con ellos ando.
Ya caigo en ello, el cuerpo se me ha ido;
Solo el espirtu es este que hora mando.
¿Hale hurtado alguno ó escondido
Mientras mirando estaba yo otra cosa?
¿O si quedó por caso allí dormido?
Una figura de color de rosa
Estaba allí durmiendo; ¿si es aquella
Mi cuerpo? No, que aquella es muy hermosa.

NEMOROSO.

Gentil cabeza; no daria por ella
Yo para mi traer solo un cornado.

ALBANIO.

¿A quién iré del hurto á dar querella?

SALICIO.

Extraño ejemplo es ver en qué ha parado
Este gentil mancebo, Nemoroso,
Y á nosotros que le hemos mas tratado.
Manso, cuerdo, agradable, virtuoso,
Sufrido, conversable, buen amigo,
Y con un alto ingenio gran reposo (41).

ALBANIO.

Yo podré poco, ó hallaré testigo
De quien hurtó mi cuerpo; aunque esté ausente,
Yo le perseguiré como enemigo.
¿Sabrásme decir dél, mi clara fuente?
Dímelo, si lo sabes; así Febo
Nunca tus frescas ondas escaliente.
Allá dentro en lo hondo está un mancebo (42)
De laurel coronado, y en la mano
Un palo propio, como yo, de acebo.
Hola, ¿quién está allá? Responde, hermano.
¡Válame Dios! O tú eres sordo ó mudo,
O enemigo mortal del trato humano.
Espirtu soy, de carne ya desnudo,
Que busco el cuerpo mio, que me ha hurtado
Algun ladron malvado, injusto y crudo.
Callar que callarás. ¿Hasme escuchado?
¡Oh santo Dios! Mi cuerpo mismo veo,
O yo tengo el sentido trastornado.
¡Oh cuerpo! Hete hallado, y no lo creo;
Tanto sin tí me hallo descontento.
Pon fin á tu destierro y mi deseo (43).

NEMOROSO.

Sospecho que el continuo pensamiento
Que tuvo de morir antes de agora,
Le representa aqueste apartamiento.

SALICIO.

Como del que velando siempre llora,
Quedan durmiendo las especies llenas
Del dolor que en el alma triste mora.

ALBANIO.

Si no estás en cadenas, sal ya fuera
A darme verdadera forma de hombre,
Que agora solo el nombre me ha quedado.
Y si allá estás forzado en ese suelo (44),
Dímelo; que si al cielo que me oyere,
Con quejas no moviere y llanto tierno,
Convocaré el infierno y reino escuro,
Y romperé su muro de diamante,
Como hizo el amante blandamente
Por la consorte ausente, que cantando
Estuvo halagando las culebras
De las hermanas negras mal peinadas (45).

NEMOROSO.

¡De cuán desvariadas opiniones
Saca buenas razones el cuitado!

SALICIO.

El curso acostumbrado del ingenio,
Aunque le falte el genio que lo mueva,
Con la fuga que lleva, corre un poco;
Y aunque este está hora loco, no por eso (46)

(39) Azara dice *buscalle*.
(40) Del alma el expedido y leve vuelo.—*Texto de Herrera.*
(41) Así Herrera y Tamayo; Azara pone: *con un grato ingenio.*
(42) *En lo fondo*, dice Herrera.
(43) Pon fin ya á tu destierro y mi deseo.—*Texto de Herrera.*
(44) Y si no estás forzado en ese suelo.—*Id.*
(45) *Negras* no es consonante de *culebras.*
(46) Sigo á Herrera y Tamayo, si bien Azara pone con mas elegancia:

Y aunque está agora loco, no por eso.

Ha de dar al travieso su sentido,
En todo habiendo sido cual tú sabes.

NEMOROSO.

No mas, no me le alabes, qué por cierto,
De vello como muerto estoy llorando.

ALBANIO.

Estaba contemplando qué tormento
Es este apartamiento. A lo que pienso
No nos aparta inmenso mar airado,
No torres de fosado rodeadas,
No montañas cerradas y sin via,
No ajena compañía, dulce y cara;
Un poco de agua clara nos detiene;
Por ella no conviene lo que entramos (47)
Con ansia deseamos: porque al punto
Que á ti me acerco y junto, no te apartas;
Antes nunca te hartas de mirarme,
Y de sinificarme en tu menco
Que tienes gran deseo de juntarte
Con esta media parte. Daca, hermano,
Echame acá esa mano, y como buenos
Amigos á lo menos nos juntemos,
Y aquí nos abracemos. Ah ¿burlaste?
¿Así te me escapaste? Yo te digo
Que no es obra de amigo hacer eso.
¿Quedo yo, don Travieso, remojado,
Y tú estás enojado? ¡Cuán apriesa
Mueves ¿qué cosa es esa? tu figura!
¿Aun esa desventura me quedaba?
Ya yo me consolaba en ver serena
Tu imágen, y tan buena y amorosa.
No hay bien ni alegre cosa ya que dure.

NEMOROSO.

A lo menos que cure tu cabeza.

SALICIO.

Salgamos, que ya empieza un furor nuevo.

ALBANIO.

¡Oh Dios! ¿por qué no pruebo á echarme dentro
Hasta llegar al centro de la fuente?

SALICIO.

¿Qué es esto, Albanio? Tente.

ALBANIO.

¡Oh manifiesto
Ladron! Mas ¿qué es aquesto? Y ¿es muy bueno
Vestiros de lo ajeno, y ante el dueño,
Como si fuese un leño sin sentido,
Venir muy revestido de mi carne?
Yo haré que descarne esa alma osada
Aquesta mano airada.

SALICIO.

Estáte quedo (48).—
Llega tú, que no puedo detenelle.

NEMOROSO.

Pues ¿qué quieres hacelle?

SALICIO.

¿Yo? dejalle,
Si desenclavijalle yo acabase
La mano, á que escapase mi garganta (49).

NEMOROSO.

No tiene fuerza tanta; solo puedes
Hacer tú lo que debes á quien eres (50).

SALICIO.

¡Qué tiempo de placeres y de burlas!
¿Con la vida te burlas, Nemoroso?
Ven ya, no estés donoso.

NEMOROSO.

Luego vengo,
En cuanto me detengo yo aquí un poco.
Veré cómo de un loco te desatas.

SALICIO.

¡Ay! paso, que me matas.

ALBANIO.

Aunque mueras...

NEMOROSO.

Ya aquello va de veras. Suelta, loco.

ALBANIO.

Déjame estar un poco, que ya acabo.

NEMOROSO.

Suelta ya.

ALBANIO.

¿Qué te hago? (51)

NEMOROSO.

¿A mí? No, nada.

ALBANIO.

Pues véte tu jornada, y nunca entiendas
En aquestas contiendas.

SALICIO.

¡Ah, furioso!
Afierra, Nemoroso, y tenle fuerte (52).
Yo te daré la muerte, don Perdido.
Ténmele tú tendido mientras lo ato;
Probemos así un rato á castigallo,
Quizá con espantallo habrá algun miedo.

ALBANIO.

Señores, si estoy quedo ¿dejaréisme?

SALICIO.

No.

ALBANIO.

¡Pues qué! ¿mataréisme?

SALICIO.

Sí.

ALBANIO.

¿Sin falta?
Mira cuánto mas alta aquella sierra
Está que la otra tierra.

NEMOROSO.

Bueno es esto.
Él olvidará presto la braveza.

SALICIO.

Calla, que así se aveza á tener seso.

ALBANIO.

¿Cómo? ¡Azotado y preso!

SALICIO.

Calla, escucha.

ALBANIO.

Negra fué aquella lucha que contigo
Hice, que tal castigo dan tus manos.
¿No éramos como hermanos de primero?

NEMOROSO.

Albanio, compañero, calla agora,
Y duerme aquí algun hora, y no te muevas.

ALBANIO.

¿Sabes algunas nuevas de mí?

SALICIO.

Loco.

(47) Por entrambos. Es arcaismo.
(48) Herrera dice: *Está quedo.*
(49) La mano y escapase mi garganta.—Dicen Tamayo y Azara.
(50) *Debes* no es consonante de *puedes*.
(51) *Hago* no es consonante de *cabo*.
(52) Afierra, Nemoroso, tenle fuerte.—*Texto de Herrera.*

ALBANIO.

Paso, que duermo un poco.

SALICIO.

¿Duermes cierto?

ALBANIO.

¿No me ves como un muerto? Pues ¿qué hago?

SALICIO.

Este te dará el pago, si despiertas,
En esas carnes muertas, te prometo.

NEMOROSO.

Algo está mas quieto y reposado
Que hasta aquí. ¿Qué dices tú, Salicio?
Parécete que puede ser curado?

SALICIO.

En procurar cualquiera beneficio
A la vida y salud de un tal amigo,
Hacemos el debido y justo oficio.

NEMOROSO.

Escucha pues un poco lo que digo;
Contaréte una extraña y nueva cosa,
De que yo fuí la parte y el testigo.
En la ribera verde y deleitosa
Del sacro Tórmes, dulce y claro rio,
Hay una vega grande y espaciosa,
Verde en el medio del invierno frio,
En el otoño verde y primavera,
Verde en la fuerza del ardiente estío.
Levántase al fin della una ladera
Con proporcion graciosa en el altura,
Que sojuzga la vega y la ribera.
Allí está sobrepuesta la espesura
De las hermosas torres, levantadas
Al cielo con extraña hermosura.
No tanto por la fábrica estimadas,
Aunque extraña labor allí se vea,
Cuanto por sus señores ensalzadas.
Allí se halla lo que se desea:
Virtud, linaje, haber y todo cuanto
Bien de natura ó de fortuna sea.
Un hombre mora allí de ingenio tanto,
Que toda la ribera adonde él vino
Nunca se harta de escuchar su canto.
Nacido fué en el campo placentino,
Que con estrago y destruicion romana
En el antiguo tiempo fué sanguino;
Y en este, con la propia, la inhumana
Furia infernal, por otro nombre guerra,
Lo tiñe, lo arruina y lo profana (53).
Él, viendo aquesto, abandonó su tierra,
Por ser mas del reposo compañero
Que de la patria que el furor atierra.
Llevóle á aquella parte el buen agüero
De aquella tierra de Alba tan nombrada,
Que este es el nombre della, y dél Severo (54).
A aqueste Febo no le escondió nada;
Antes de piedras, yerbas y animales
Diz que le fué noticia entera dada.
Este, cuando le place, á los caudales
Rios el curso presuroso enfrena
Con fuerza de palabras y señales.
La negra tempestad en muy serena
Y clara luz convierte, y aquel dia,
Si quiere revolvello, el mundo atruena.
La luna de allá arriba bajaria
Si al son de las palabras no impidiese
El son del carro que la mueve y guia.
Temo que si decirte presumiese
De su saber la fuerza con loores (55),
Que en lugar de alaballe, le ofendiese.
Mas no te callaré que los amores
Con un tan eficaz remedio cura,
Cual sé conviene á tristes amadores.
En un punto remueve la tristura,
Convierte en odio aquel amor insano,
Y restituye el alma á su natura.
No te sabré decir, Salicio hermano,
La órden de mi cura y la manera;
Mas sé que me partí dél libre y sano.
Acuérdaseme bien que en la ribera
De Tórmes le hallé solo cantando,
Tan dulce, que una piedra enterneciera.
Como cerca me vido, adevinando
La causa y la razon de mi venida,
Suspenso un rato estuvo allí callando;
Y luego con voz clara y expedida
Soltó la rienda al verso numeroso
En alabanzas de la libre vida.
Yo estaba embebecido y vergonzoso,
Atento al son, y viéndome del todo
Fuera de libertad y de reposo,
No sé decir sino que en fin de modo
Aplicó á mi dolor la medicina,
Que el mal desarraigó de todo en todo.
Quedé yo entonces como quien camina
De noche por caminos enriscados,
Sin ver dónde la senda ó paso inclina,
Que venida la luz, y contemplados,
Del peligro pasado nace un miedo,
Que deja los cabellos erizados.
Así estaba mirando atento y quedo
Aquel peligro yo que atrás dejaba,
Que nunca sin temor pensallo puedo.
Tras esto luego se me presentaba,
Sin antojos delante, la vileza
De lo que antes ardiendo deseaba.
Así curó mi mal con tal destreza
El sabio viejo, como te he contado,
Que volvió el alma á su naturaleza,
Y soltó el corazon aherrojado.

SALICIO.

¡Oh gran saber! Oh viejo fructuoso!
Que el perdido reposo al alma vuelve,
Y lo que la revuelve y lleva á tierra
Del corazon destierra incontinente.
Con esto solamente que contaste,
Así lo reputaste acá conmigo,
Que sin otro testigo, á desealle
Ver presente y hablalle me levantas.

NEMOROSO.

¿Desto poco te espantas tú, Salicio?
De mas te daré indicio manifiesto,
Si no te soy molesto y enojoso.

SALICIO.

¿Qué es esto, Nemoroso, y qué cosa
Puede ser tan sabrosa en otra parte
A mí, como escucharte? No la siento,
Cuanto mas este cuento de Severo;
Dímelo por entero, por tu vida,
Pues no hay quien nos impida ni embarace.
Nuestro ganado pace, el viento espira,
Filomena sospira en dulce canto,
Y en amoroso llanto se amancilla;
Gime la tortolilla sobre el olmo,
Preséntanos á colmo el prado flores,
Y esmalta en mil colores su verdura;
La fuente clara y pura murmurando
Nos está convidando á dulce trato.

NEMOROSO.

Escucha pues un rato, y diré cosas
Extrañas y espantosas poco á poco.
Ninfas, á vos invoco; verdes faunos (56),
Sátiros y silvanos, soltad todos
Mi lengua en dulces modos y sutiles;
Que ni los pastoriles ni el avena
Ni la zampoña suena como quiero.
Este nuestro Severo pudo tanto
Con el suave canto y dulce lira,
Que, revueltos en ira y torbellino,

(53) Así Herrera; otros dicen *lo ruina*.
(54) Nombre del maestro del duque de Alba Fernando.
(55) *De su saber su fuerza con loores*, dicen Tamayo y Azara. Sigo á Herrera.
(56) Faunos no es consonante de *silvanos*.

En medio del camino se pararon
Los vientos, y escucharon muy atentos
La voz y los acentos, muy bastantes
A que los repunantes y contrarios
Se hiciesen voluntarios y conformes.
A aqueste el viejo Tórmes como á hijo
Lo metió al escondrijo de su fuente,.
De do va su corriente comenzada.
Mostróle una labrada y cristalina
Urna, donde él reclina el diestro lado;
Y en ella vió entallado y esculpido
Lo que antes de haber sido, el sacro viejo
Por divino consejo puso en arte,
Labrando á cada parte las extrañas
Virtudes y hazañas de los hombres
Que con sus claros nombres ilustraron
Cuanto señorearon de aquel rio.
Estaba con un brio desdeñoso,
Con pecho corajoso, aquel valiente
Que contra un rey potente y de gran seso (57),
Quel viejo padre preso le tenia,
Cruda guerra movia, despertando
Su ilustre y claro bando al ejercicio
De aquel piadoso oficio. A aqueste junto
La gran labor al punto señalaba
Al hijo, que mostraba acá en la tierra (58)
Ser otro Marte en guerra, en corte Febo.
Mostrábase mancebo en las señales
Del rostro, que eran tales, que esperanza
Y cierta confianza claro daban
A cuantos le miraban, que él seria
En quien se informaria un sér divino.
Al campo sarracino en tiernos años (59)
Daba con graves daños á sentillo;
Que, como fué caudillo del cristiano,
Ejercitó la mano y el maduro
Seso y aquel seguro y firme pecho.
En otra parte, hecho ya mas hombre (60),
Con mas ilustre nombre los arneses
De los fieros franceses abollaba.
Junto tras esto estaba figurado
Con el arnés manchado de otra sangre (61),
Sosteniendo la hambre en el asedio,
Siendo él solo remedio del combate,
Que con fiero rebate y con ruido
Por el muro batido le ofrecian.
Tantos, al fin, morian por su espada,
A tantos la jornada puso espanto,
Que no hay labor que tanto notifique
Cuánto el fiero Fadrique de Toledo
Puso terror y miedo al enemigo.
Tras aqueste que digo se veia
El hijo don Garcia, que en el mundo (62)
Sin par y sin segundo solo fuera,
Si hijo no tuviera. ¿Quién mirara
De su hermosa cara el rayo ardiente,
Quién su resplandeciente y clara vista,
Que no diera por vista su grandeza?
Estaban de crueza fiera armadas
Las tres inicuas hadas, cruda guerra
Haciendo allí á la tierra con quitalle
Este, que en alcanzalle fué dichosa.
¡Oh patria lagrimosa, y cómo vuelves (63)
Los ojos á los Gelves, sospirando!
El está ejercitando el duro oficio,
Y con tal artificio la pintura
Mostraba su figura, que dijeras,
Si pintado le vieras, que hablaba.

(57) Azara dice en este lugar: «El rey don Juan II puso preso á don Fernando Alvarez de Toledo, conde de Alba; y su hijo don García, que despues fué primer duque de Alba, le hizo mucha guerra desde Piedrahita y demás fortalezas de su padre, procurando su libertad; pero no la pudo conseguir hasta muerto el rey don Juan, que su hijo don Enrique le soltó voluntariamente.»

(58) Don Fadrique de Toledo, duque segundo de Alba.

(59) Fué general de los cristianos en la frontera de Granada durante sus mocedades.

(60) En la guerra de Navarra.

(61) *Sangre* no es consonante de *hambre*.

(62) Don Garcia de Toledo, padre de don Fernando, el gran duque.

(63) Rota de los Gelves, en la cual pereció don García.

El arena quemaba, el sol ardia,
La gente se caia medio muerta;
El solo con despierta vigilanza
Dañaba la tardanza floja, inerte,
Y alababa la muerte gloriosa.
Luego la polvorosa muchedumbre
Gritando á su costumbre le cercaba;
Mas él, que se llegaba al fiero mozo,
Llevaba con destrozo y con tormento
Del loco atrevimiento el justo pago.
Unos en bruto lago de su sangre (64),
Cortado ya el estambre de la vida,
La cabeza partida revolcaban;
Otros claro mostraban espirando,
De fuera palpitando las entrañas,
Por las fieras y extrañas cuchilladas
De aquella mano dadas. Mas el hado
Acerbo, triste, airado, fué venido;
Y al fin él, confundido de alboroto,
Atravesado y roto de mil hierros,
Pidiendo de sus yerros vénia al cielo,
Puso en el duro suelo la hermosa
Cara, como la rosa matutina,
Cuando ya el sol declina al mediodía,
Que pierde su alegría, y marchitando
Va la color mudando; ó en el campo (65)
Cual queda el lirio blanco, que el arado
Crudamente cortado al pasar deja,
Del cual aun no se aleja presuroso
Aquel color hermoso, ó se destierra;
Mas ya la madre tierra, descuidada,
No le administra nada de su aliento,
Que era el sustentamiento y vigor suyo;
Tal está el rostro tuyo en el arena,
Fresca rosa, azucena blanca y pura.
Tras esto una pintura extraña tira (66)
Los ojos de quien mira, y los detiene
Tanto, que no conviene mirar cosa
Extraña ni hermosa, sino aquella.
De vestidura bella allí vestidas
Las gracias esculpidas se veian;
Solamente traian un delgado
Velo, que el delicado cuerpo viste,
Mas tal, que no resiste á nuestra vista.
Su diligencia en vista demostraban;
Todas tres ayudaban en una hora
A una muy gran señora que paria.
Un infante se via ya nacido,
Tal, cual jamás salido de otro parto,
Del primer siglo al cuarto vió la luna.
En la pequeña cuna se leia
Un nombre que decia *don Fernando*.
Bajaban, dél hablando, de dos cumbres
Aquellas nueve lumbres de la vida;
Con ligera corrida iba con ellas,
Cual luna con estrellas, el mancebo
Intonso y rubio Febo; y en llegando,
Por órden abrazando todas fueron
Al niño, que tuvieron luengamente.
Vido cómo presente de otra parte (67)
Mercurio estaba, y Marte cauto y fiero,
Viendo el gran caballero, que encogido
En el recien nacido cuerpo estaba.
Entonces lugar daba mesurado
A Vénus, que á su lado estaba puesta.
Ella con mano presta y abundante
Néctar sobre el infante desparcia;
Mas Febo la desvia de aquel tierno
Niño, y daba el gobierno á sus hermanas.
Del cargo están ufanas todas nueve.
El tiempo el paso mueve, el niño crece,
Y en tierna edad florece, y se levanta
Como felice planta en buen terreno.
Ya sin preceto ajeno daba tales
De su ingenio señales, que espantaban
A los que le criaban. Luego estaba
Cómo una le entregaba á un gran maestro,

(64) *Sangre* no es consonante de *estambre*.

(65) *Campo* no es consonante de *blanco*.

(66) Así Herrera; otros dicen *esta*.

(67) Herrera pone:
Viste cómo presente de otra parte.

Que con ingenio diestro y vida honesta
Hiciese manifiesta al mundo y clara
Aquella ánima rara que allí vía.
Al niño recebia con respeto
Un viejo, en cuyo aspeto se via junto
Severidad á un punto con dulzura.
Quedó desta figura como helado
Severo, y espantado viendo al viejo,
Que, como si en espejo se mirara,
En cuerpo, edad y cara eran conformes.
En esto, el rostro á Tórmes revolviendo,
Vió que estaba riendo de su espanto.
«¿De qué te espantas tanto? dijo el rio.
¿No basta el saber mio á que primero
Que naciese Severo, yo supiese
Que habia de ser quien diese la doctrina
Al ánima divina deste mozo?»
El, lleno de alborozo y de alegría,
Sus ojos mantenia de pintura.
Miraba otra figura de un mancebo,
El cual venia con Febo mano á mano,
Al modo cortesano. En su manera,
Juzgáralo cualquiera, viendo el gesto
Lleno de un sabio, honesto y dulce afeto,
Por un hombre perfeto en la alta parte
De la difícil arte cortesana,
Maestra de la humana y dulce vida.
Luego fué conocida de Severo
La imágen por entero fácilmente
Deste que allí presente era pintado.
Vió que era el que habia dado á don Fernando,
Su ánimo formando en luenga usanza,
El trato, la crianza y gentileza,
La dulzura y llaneza acomodada,
La virtud apartada y generosa (68),
Y en fin, cualquiera cosa que se vía
En la cortesanía, de que lleno
Fernando tuvo el seno y bastecido.
Despues de conocido, leyó el nombre
Severo de aqueste hombre, que se llama
Boscan, de cuya llama clara y pura
Sale el fuego que apura sus escritos,
Que en siglos infinitos tendrán vida (69).
De algo mas crecida edad miraba
Al niño que escuchaba sus consejos,
Luego los aparejos ya de Marte
Estotro puesto aparte le traia.
Así les convenia á todos ellos,
Que no pudiera dellos dar noticia
A otro la milicia en muchos años.
Obraba los engaños de la lucha;
La maña y fuerza mucha y ejercicio
Con el robusto oficio está mezclando.
Allí con rostro blando y amoroso
Vénus aquel hermoso mozo mira,
Y luego le retira por un rato
De aquel áspero trato y son de hierro.
Mostrábale ser yerro y ser mal hecho
Armar contino el pecho de dureza,
No dando á la terneza alguna puerta.
Entrada en una huerta, con él siendo,
Una ninfa durmiendo le mostraba.
El mozo la miraba, y juntamente
De súbito acidente acometido,
Estaba embebecido, y á la diosa,
Que á la ninfa hermosa se allegase
Mostraba que rogase, y parecia
Que la diosa temia de llegarse.
El no podia hartarse de miralla,
Eternamente amalla proponiendo (70).
Luego venia corriendo Marte airado,
Mostrándose alterado en la persona,
Y daba una corona á don Fernando;
Y estábale mostrando un caballero
Que con semblante fiero amenazaba
Al mozo que quitaba el nombre á todos.
Con atentados modos se movia
Contra el que le atendia (71) en una puente
Mostraba claramente la pintura
Que acaso noche escura entonces era.
De la batalla fiera era testigo
Marte, que al enemigo condenaba
Y al mozo coronaba en el fin della;
El cual como la estrella relumbrante
Que el sol envia delante, resplandece.
De allí su nombre crece, y se derrama
Su valerosa fama á todas partes.
Luego con nuevas artes se convierte
A hurtar á la muerte y á su abismo
Gran parte de sí mismo y quedar vivo
Cuando el vulgo cautivo le llorare,
Y muerto le llamare con deseo.
Estaba el Himeneo allí pintado,
El diestro pié calzado en lazos de oro (72).
De vírgenes un coro está cantando,
Partidas alternando y respondiendo,
Y en un lecho poniendo una doncella,
Que quien atento aquella bien mirase,
Y bien la cotejase en su sentido
Con la que el mozo vido allá en la huerta,
Verá que la despierta y la dormida
Por una es conocida de presente.
Mostraba juntamente ser señora
Digna y merecedora de tal hombre.
El almohada el nombre contenia,
El cual doña María Enriquez era.
Apenas tienen fuera á don Fernando,
Ardiendo y deseando estar ya echado.
Al fin era dejado con su esposa,
Dulce, pura, hermosa, sabia, honesta.
En un pié estaba puesta la fortuna,
Nunca estable ni una, que llamaba
A Fernando, que estaba en vida ociosa,
Que por dificultosa y ardua via
Quisiera ser su guia y ser primera;
Mas él por compañera toma aquella,
Siguiendo á la que es bella descubierta,
Y juzgada cubierta por disforme;
El nombre era conforme á aquesta fama:
Virtud esta se llama, al mundo rara.
¿Quién tras ella guiara igual en curso,
Sino este, que el discurso de su lumbre
Forzaba la costumbre de sus años,
No recibiendo engaños sus deseos?
Los montes Pirineos (que se estima
De abajo que la cima está en el cielo,
Y desde arriba el suelo en el infierno)
En medio del invierno atravesaba.
La nieve blanqueaba, y las corrientes
Por debajo de puentes cristalinas
Y por heladas minas van calladas.
El aire las cargadas ramas mueve,
Que el peso de la nieve las desgaja.
Por aquí se trabaja el Duque osado,
Del tiempo contrastado y de la via,
Con clara compañía de ir delante.
El trabajo constante y tan loable
Por la Francia mudable en fin le lleva,
La fama en él renueva la presteza;
La cual con ligereza iba volando,
Y con el gran Fernando se paraba,
Y le significaba en modo y gesto
Que el caminar muy presto convenia.
De todos escogia el Duque uno,
Y entrambos de consuno cabalgaban;
Los caballos mudaban fatigados;
Mas á la fin llegados á los muros
Del gran Paris seguros, la dolencia,
Con su débil presencia y amarilla,
Bajaba de la silla al Duque sano,

(68) Así Herrera; otros omiten la *y*.
(69) Así Herrera; otros ponen *ternán*.
(70) Azara pone *prometiendo*.
(71) El mismo dice: «Don Fernando riñó una noche en el puente de San Pablo de Búrgos con otro caballero, que se habia picado por una zumba que le dijo delante de una señora á quien ambos servian. Despues de la pendencia se hicieron amigos, prometiéndose guardar secreto el lance; pero aquella noche se descubrió en palacio, porque al partir trocaron las capas, y la del contrario de don Fernando tenia la cruz de Santiago.»
(72) El Brocense explica esto diciendo que «*el diestro pié calzado* significa buen agüero para que el casamiento dure, porque la reina Dido, para desatar el casamiento de Eneas, tenia un pié descalzo».

Y con pesada mano le tocaba.
El luego comenzaba á demudarse,
Y amarillo pararse y á dolerse.
Luego pudiera verse de travieso
Venir por un espeso bosque ameno,
De buenas yerbas lleno y medicina,
Esculapio, y camina, no parando,
Hasta donde Fernando está en el lecho.
Entró con pié derecho, y parecia
Que le restituia en tanta fuerza,
Que á proseguir se esfuerza su viaje,
Que le llevó al pasaje del gran Reno.
Tomábale en su seno el caudaloso
Y claro rio, gozoso de tal gloria,
Trayendo á la memoria cuándo vino
El vencedor latino al mismo paso.
No se mostraba escaso de sus ondas;
Antes con aguas hondas que engendraba,
Los bajos igualaba y al liviano
Barco daba de mano, el cual, volando,
Atrás iba dejando muros, torres.
Con tanta priesa corres, navecilla,
Que llegas do amancilla una doncella,
Y once mil mas con ella, y mancha el suelo
De sangre, que en el cielo está esmaltada:
Ursula, desposada y virgen pura,
Mostraba su figura, en una pieza
Pintada su cabeza. Allí se via
Que los ojos volvia ya espirando,
Y estábala mirando aquel tirano
Que con acerba mano llevó á hecho
De tierno en tierno pecho su compaña (73).
Por la fiera Alemaña de aquí parte
El Duque, á aquella parte enderezado
Donde el cristiano estado estaba en dubio.
En fin al gran Danubio se encomienda;
Por él suelta la rienda á su navío,
Que con poco desvío de la tierra,
Entre una y otra sierra el agua hiende.
El remo, que deciende en fuerza suma,
Mueve la blanca espuma como argento.
El veloz movimiento parecia
Que pintado se via ante los ojos.
Con amorosos ojos adelante
Carlo, César triunfante, le abrazaba
Cuando desembarcaba en Ratisbona.
Allí por la corona del imperio
Estaba el magisterio de la tierra
Convocado á la guerra que esperaban.
Todos ellos estaban enclavando
Los ojos en Fernando, y en el punto
Que así le vieron junto, se prometen
De cuanto allí acometen la victoria.
Con falsa y vana gloria y arrogancia,
Con bárbara jactancia allí se via
A los fines de Hungría el campo puesto
De aquel que fué molesto en tanto grado (74)
Al húngaro cuitado y afligido;
Las armas y el vestido á su costumbre.
Era la muchedumbre tan extraña,
Que apenas la campaña la abrazaba,
Ni á dar pasto bastaba, ni agua el rio.
César con celo pio y con valiente
Animo aquella gente despreciaba;
La suya convocaba, y en un punto
Vieras un campo junto de naciones
Diversas y razones (75); mas de un celo
No ocupaba el suelo en tanto grado
Con número sobrado y infinito
Como el campo maldito; mas mostraban
Virtud, con que sobraban su contrario,
Animo voluntario, industria y maña;
Con generosa saña y viva fuerza
Fernando los esfuerza y los recoge,
Y á sueldo suyo coge muchos dellos.
De un arte usaba entre ellos admirable:
Con el disciplinable aleman fiero
A su manera y fuero conversaba;
A todo se aplicaba de manera,
Que el flamenco dijera que nacido
En Flándes habia sido, y el osado
Español y sobrado, imaginando
Ser suyo don Fernando y de su suelo,
Demanda sin recelo la batalla.
Quien mas cerca se halla del gran hombre
Piensa que crece el nombre por su mano.
El canto italiano nota y mira,
Los ojos nunca tira del guerrero,
Y aquel valor primero de su gente
Junto en este y presente considera.
En él ve la manera misma y maña
Del que pasó en España sin tardanza,
Siendo solo esperanza de su tierra,
Y acabó aquella guerra peligrosa
Con mano poderosa y con estrago
De la fiera Cartago y de su muro,
Y del terrible y duro su caudillo,
Cuyo agudo cuchillo á las gargantas
Italia tuvo tantas veces puesto.
Mostrábase tras esto allí esculpida
La envidia carcomida, á sí molesta;
Contra Fernando puesta frente á frente,
La desvalida gente convocaba,
Y contra aquel la armaba, y con sus artes
Busca por todas partes daño y mengua.
El con su mansa lengua y largas manos
Los tumultos livianos asentando,
Poco á poco iba alzando tanto el vuelo,
Que la envidia en el cielo le miraba;
Y como no bastaba á la conquista,
Vencida ya su vista de tal lumbre,
Forzaba su costumbre, y parecia
Que perdon le pedia, en tierra echada.
El, despues de pisada, descansando
Quedaba y aliviado de este enojo;
Y lleno del despojo desta fiera,
Hallaba en la ribera del gran rio,
De noche, al puro frio del sereno,
A César, que en su seno está pensoso (76),
Del suceso dudoso desta guerra;
Que, aunque de sí destierra la tristeza,
Del caso la grandeza trae consigo
El pensamiento amigo del remedio.
Entrambos buscan medio convenible
Para que aquel terrible furor loco
Les empeciese poco, y recibiese
Tal estrago, que fuese destrozado.
Despues de haber hablado, ya cansados,
En la yerba acostados se dormian;
El gran Danubio oian ir sonando,
Casi como aprobando aquel consejo.
En esto el claro viejo rio se via
Que del agua salia muy callado,
De sauces coronado y de un vestido
De las ovas tejido mal cubierto,
Y en aquel sueño incierto les mostraba
Todo cuanto tocaba al gran negocio.
Parecia que el ocio sin provecho
Les sacaba del pecho; porque luego,
Como si en vivo fuego se quemara
Alguna cosa cara, se levantan
Del gran sueño y se espantan, alegrando
El ánimo y alzando la esperanza.
El rio sin tardanza parecia
Que el agua disponia al gran viaje;
Allanaba el pasaje y la corriente,
Para que fácilmente aquella armada
Que habia de ser guiada por su mano,
En el remar liviano y dulce viese
Cuánto el Danubio fuese favorable.
Con presteza admirable vieras junto
Un ejército á punto denodado;
Y despues de embarcado, el remo lento,
El duro movimiento de los brazos,
Los pocos embarazos de las ondas
Llevaban por las ondas aguas presta
El armada, molesta al gran tirano.
El artificio humano no hiciera
Pintura que exprimiera vivamente
El armada, la gente, el curso, el agua;

(73) El texto de Herrera dice *tu compaña.*
(74) El gran Turco.
(75) Otros leen *opiniones* en vez de *razones.*
(76) Así Herrera; otros leen *penoso.*

Y apenas en la fragua (donde sudan
Los ciclopes y mudan fatigados
Los brazos, ya cansados del martillo)
Pudiera así exprimillo el gran maestro.
Quien viera el curso diestro por la clara
Corriente, bien jurara á aquellas horas
Que las agudas proras dividian
El agua y la hendian con sonido,
Y el rastro iba seguido. Luego vieras
Al viento las banderas tremolando,
Las ondas imitando en el moverse.
Pudiera tambien verse casi viva
La otra gente esquiva y descreida,
Que, de ensoberbecida y arrogante,
Pensaba que delante no hallaran
Hombres que se pararan á su furia.
Los nuestros, tal injuria no sufriendo,
Remos iban metiendo con tal gana,
Que iba de espuma cana el agua llena.
El temor enajena al otro bando;
El sentido, volando de uno en uno,
Entrábase importuno por la puerta
De la opinion incierta, y siendo dentro,
En el íntimo centro allá del pecho
Les dejaba deshecho un hielo frio,
El cual, como un gran rio en flujos gruesos,
Por médulas y huesos discurria.
Todo el campo se via conturbado
Y con arrebatado movimiento;
Solo del salvamento platicaban.
Luego se levantaban con desórden,
Confusos y sin órden caminando,
Atrás iban dejando con recelo,
Tendida por el suelo, su riqueza.
Las tiendas, do pereza y do fornicio (77),
Con todo bruto vicio obrar solian,
Sin ellas se partian. Así armadas,
Eran desamparadas de sus dueños.
A grandes y pequeños juntamente
Era el temor presente por testigo,
Y el áspero enemigo á las espaldas,
Que les iba las faldas ya mordiendo.
César estar teniendo allí se via
A Fernando, que ardia sin tardanza
Por colorar su lanza en turca sangre.
Con animosa hambre y con denuedo (78)
Forceja con quien quedo estar le manda.
Como lebrel de Irlanda generoso
Que el jabalí cerdoso y fiero mira,
Rebátase, sospira, fuerza y riñe,
Y apenas le constriñe el atadura,
Que el dueño con cordura mas aprieta;
Así estaba perfeta y bien labrada
La imágen figurada de Fernando,
Que quien allí mirándola estuviera,
Que era desta manera bien juzgara (79).
Resplandeciente y clara de su gloria
Pintada la vitoria se mostraba;
A César abrazaba, y no parando,
Los brazos á Fernando echaba al cuello.
El mostraba de aquello sentimiento,
Por ser el vencimiento tan holgado.
Estaba figurado un carro extraño
Con el despojo y daño de la gente
Bárbara, y juntamente allí pintados
Cautivos amarrados á las ruedas,
Con hábitos y sedas variadas;
Lanzas rotas, celadas y banderas,
Armaduras ligeras de los brazos,
Escudos en pedazos divididos,
Vieras allí cogidos en trofeo,
Con que el comun deseo y voluntades
De tierras y ciudades se alegraba.
Tras esto blanqueaba falda y seno
Con velas al Tirreno de la armada
Sublime y ensalzada y gloriosa.
Con la prora espumosa las galeras (80),
Como nadantes fieras, el mar cortan,
Hasta que en fin aportan con corona
De lauro á Barcelona, do cumplidos
Los votos ofrecidos y deseos,
Y los grandes trofeos ya repuestos,
Con movimientos prestos de allí luego,
En amoroso fuego todo ardiendo,
El Duque iba corriendo, y no paraba.
Cataluña pasaba, atrás la deja;
Ya de Aragon se aleja, y en Castilla,
Sin bajar de la silla, los piés pone.
El corazon dispone al alegría
Que vecina tenia, y reserena
Su rostro, y enajena de sus ojos
Muerte, daños, enojos, sangre y guerra.
Con solo amor se encierra sin respeto,
Y el amoroso afeto y celo ardiente
Figurado y presente está en la cara;
Y la consorte cara, presurosa,
De un tal placer dudosa, aunque lo via,
El cuello le ceñia en nudo estrecho,
De aquellos brazos hecho delicados;
De lágrimas preñados relumbraban
Los ojos que sobraban al sol claro.
Con su Fernando caro y señor pio
La tierra, el campo, el rio, el monte, el llano,
Alegres á una mano estaban todos,
Mas con diversos modos lo decian.
Los muros parecian de otra altura;
El campo en hermosura de otras flores
Pintaba mil colores disconformes;
Estaba el mismo Tórmes figurado,
En torno rodeado de sus ninfas,
Vertiendo claras linfas con instancia,
En mayor abundancia que solia;
Del monte se veia el verde seno
De ciervos todo lleno, corzos, gamos,
Que de los tiernos ramos van rumiando;
El llano está mostrando su verdura,
Tendiendo su llanura así espaciosa,
Que á la vida curiosa nada empece,
Ni deja en qué tropiece el ojo vago.
Bañados en un lago, no de olvido,
Mas de un embebecido gozo, estaban
Cuantos consideraban la presencia
Deste, cuya excelencia el mundo canta,
Cuyo valor quebranta al turco fiero.
Aquesto vió Severo por sus ojos,
Y no fueron antojos ni ficciones;
Si oyeras sus razones, yo te digo
Que como buen testigo lo creyeras.
Contaba muy de veras que, mirando
Atento y contemplando las pinturas,
Hallaba en las figuras tal destreza,
Que con mayor viveza no pudieran
Estar si sér les dieran vivo y puro.
Lo que dellas escuro allí hallaba,
Y el ojo no bastaba á recogello,
El rio le daba dello gran noticia.
—Este de la milicia, dijo el rio (81),
La cumbre y señorío tendrá solo (82)
Del uno al otro polo, y porque espantes
A todos cuantos cantes los famosos
Hechos tan gloriosos, tan ilustres,
Sabe que en cinco lustres de sus años
Hará tantos engaños á la muerte,
Que con ánimo fuerte habrá pasado
Por cuanto aquí pintado dél has visto (83).
Ya todo lo has previsto, vamos fuera,
Dejarte he en la ribera do estar sueles.—
Quiero que me reveles tú primero,
Le replicó Severo, qué es aquello;
Que de mirar en ello se me ofusca
La vista; así corusca y resplandece,
Y tan claro parece allá en la urna,
Como en hora nocturna la cometa.—
Amigo, no se meta, dijo el viejo,
Ninguno, le aconsejo, en este suelo
En saber mas que el cielo le otorgare;
Y si no te mostrare lo que pides,

(77) Así Herrera; otros dicen *y el fornicio.*
(78) *Sangre* no es consonante de *hambre.*
(79) Así Herrera; otros dicen *lo juzgara.*
(80) Otros dicen *la proa.* Sigo á Herrera.
(81) Así Herrera; otros leen: *Dijo al rio.*
(82) Así Herrera; *terná* dicen otros.
(83) Herrera dice: *Della has visto.*

Tú mismo me lo impides, porque en tanto
Que el mortal velo y manto el alma cubren,
Mil cosas se te encubren, que no bastan
Tus ojos, que contrastan, á mirallas.
No pude yo pintallas con menores
Luces y resplandores, porque sabe,
Y aquesto en tí bien cabe, que esto todo
Que en excesivo modo resplandece
Tanto, que no parece ni se muestra,
Es lo que aquella diestra mano osada
Y virtud sublimada de Fernando
Acabarán entrando mas los dias.
Lo cual, con lo que vias comparado,
Es como con nublado muy escuro
El sol ardiente, puro y relumbrante (84).
Tu vista no es bastante á tanta lumbre,
Hasta que la costumbre de miralla
Tu ver al contemplalla no confunda.
Como en cárcel profunda el encerrado,
Que, súbito sacado, le atormenta
El sol que se presenta á sus tinieblas;
Así tú, que las nieblas y honduras,
Metido en estrechuras, contemplabas
Que era cuanto mirabas otra gente,
Viendo tan diferente suerte de hombre,
No es mucho que te asombre luz tamaña;
Pero véte, que baña el sol hermoso
Su carro presuroso ya en las ondas,
Y antes que me respondas será puesto.—
Diciendo así, con gesto muy humano
Tomóle por la mano. ¡Oh admirable
Caso y cierto espantable! Que en saliendo,
Se fueron restriñendo de una parte
Y de otra de tal arte aquellas ondas,
Que las aguas, que hondas ser solian,
El suelo descubrian, y dejaban
Seca por do pasaban la carrera,
Hasta que en la ribera se hallaron;
Y como se pararon en un alto,
El viejo de allí un salto dió con brio,
Y levantó del rio espuma al cielo,
Y conmovió del suelo negra arena.
Severo, ya de ajena ciencia instruto,
Fuése á coger el fruto sin tardanza
De futura esperanza; y escribiendo
Las cosas fué exprimiendo muy conformes
A las que habia de Tórmes aprendido;
Y aunque de mí sentido él bien juzgase
Que no las alcanzase, no por eso
Este largo proceso sin pereza
Dejó, por su nobleza, de mostrarme.
Yo no podia hartarme allí leyendo,
Y tú de estarme oyendo estás cansado.

SALICIO.

Espantado me tienes
Con tan extraño cuento,
Y al son de tu hablar embebecido;
Acá dentro me siento,
Oyendo tantos bienes
Y el valor deste príncipe escogido,
Bullir con el sentido
Y arder con el deseo,
Por contemplar presente
Aquel que, estando ausente;
Por tu divina relacion ya veo.
¡Quién viese la escritura,
Ya que no puede verse la pintura!
Por firme y verdadero,
Despues que te he escuchado,
Tengo que ha de sanar Albanio cierto;
Que, segun me has contado,
Bastará tu Severo
A dar salud á un vivo y vida á un muerto;
Que á quien fué descubierto
Un tamaño secreto,
Razon es que se crea
Que, cualquiera que sea,
Alcanzará con su saber perfeto,
Y á las enfermedades
Aplicará contrarias calidades.

(84) Herrera omite la *y*.

NEMOROSO.

Pues ¿en qué te resumes, di, Salicio,
Acerca deste enfermo compañero?

SALICIO.

En que hagamos el debido oficio.
Luego de aquí partamos, y primero
Que haga curso el mal y se envejezca,
Así le presentemos á Severo.

NEMOROSO.

Yo soy contento, y antes que amanezca
Y que del sol el claro rayo ardiente,
Sobre las altas cumbres se parezca,
El compañero mísero y doliente
Llevemos luego donde cierto entiendo
Que será guarecido fácilmente.

SALICIO.

Recoge tu ganado, que cayendo
Ya de los altos montes las mayores
Sombras, con ligereza van corriendo.
Mira en torno, y verás por los alcores
Salir el humo de las caserías
De aquestos comarcanos labradores.
Recoge tus ovejas y las mias,
Y véte tú con ellas poco á poco
Por aquel mismo valle que solias.
Yo solo me averné con nuestro loco,
Que pues que hasta aquí no se ha movido,
La braveza y furor debe ser poco.

NEMOROSO.

Si llegas antes, no te estés dormido;
Apareja la cena, que sospecho
Que aun fuego Galafron no habrá encendido.

SALICIO.

Yo lo haré, que al hato iré derecho,
Si no me lleva á despeñar consigo
De algun barranco Albanio á mi despecho.
Adios, hermano.

NEMOROSO.

Adios, Salicio amigo.

EGLOGA III.

TIRRENO, ALCINO (1).

Aquella voluntad honesta y pura,
Ilustre y hermosísima María,
Que en mí de celebrar tu hermosura,
Tu ingenio y tu valor estar solia,
A despecho y pesar de la ventura
Que por otro camino me desvia,
Está y estará en mí tanto clavada,
Cuanto del cuerpo el alma acompañada.
Y aun no se me figura que me toca
Aqueste oficio solamente en vida;
Mas con la lengua muerta y fria la boca (2)
Pienso mover la voz á tí debida.
Libre mi alma de su estrecha roca,
Por el Estigio lago conducida,
Celebrándote irá, y aquel sonido

(1) «Piensan algunos que fué dirigida á la duquesa de Alba, otros á doña María de Cardona, marquesa de la Pádula; pero lo cierto, segun la afirmacion de don Antonio Puertocarrero, es *á la señora doña María de la Cueva, condesa de Ureña, madre de don Pedro Giron, primer duque de Osuna.*»—*Fernando de Herrera.*

Esta señora falleció en Madrid en el palacio real el año de 1566, siendo de edad muy avanzada. Véase á Gudiel, *Compendio de algunas historias de España.* Alcalá, 1577.

(2) Así entiende Tamayo que debe leerse este verso, y no como creen todos:

Mas con la lengua muerta y fria en la boca;

porque dice con razon: «Parece demasía sin fruto decir que la lengua está en la boca, pues ¿dónde habia de estar?»

Hará parar las aguas del olvido.
Mas la fortuna, de mi mal no harta,
Me aflige y de un trabajo en otro lleva:
Ya de la patria, ya del bien me aparta,
Ya mi paciencia en mil maneras prueba;
Y lo que siento mas, es que la carta (3),
Donde mi pluma tu alabanza mueva,
Poniendo en su lugar cuidados vanos,
Me quita y me arrebata de las manos.
Pero, por mas que en mí su fuerza pruebe,
No tornará mi corazon mudable;
Nunca dirán jamás que me remueve
Fortuna de un estudio tan loable.
Apolo y las hermanas, todas nueve,
Me darán ocio y lengua con que hable
Lo menos de lo que en tu ser cupiere,
Que esto será lo mas que yo pudiere (4).
En tanto no te ofenda ni te harte
Tratar del campo y soledad que amaste,
Ni desdeñes aquesta inculta parte
De mi estilo, que en algo ya estimaste.
Entre las armas del sangriento Marte,
Do apenas hay quien su furor contraste,
Hurté de tiempo aquesta breve suma,
Tomando, ora la espada, ora la pluma.
Aplica pues un rato los sentidos
Al bajo son de mi zampoña ruda,
Indigna de llegar á tus oidos,
Pues de ornamento y gracia va desnuda;
Mas á las veces son mejor oidos
El puro ingenio y lengua casi muda,
Testigos limpios de ánimo inocente,
Que la curiosidad del elocuente.
Por aquesta razon de ti escuchado,
Aunque me falten otras, ser merezco.
Lo que puedo te doy, y lo que he dado,
Con recibillo tú yo me enriquezco.
De cuatro ninfas que del Tajo amado
Salieron juntas, á cantar me ofrezco,
Filódoce, Dinámene y Climene,
Nise, que en hermosura par no tiene.
Cerca del Tajo en soledad amena,
De verdes sauces hay una espesura,
Toda de hiedra revestida y llena,
Que por el tronco va hasta la altura,
Y así la teje arriba y encadena,
Que el sol no halla paso á la verdura;
El agua baña el prado, con sonido
Alegrando la yerba y el oido.
Con tanta mansedumbre el cristalino
Tajo en aquella parte caminaba,
Que pudieran los ojos el camino
Determinar apenas que llevaba.
Peinando sus cabellos de oro fino,
Una ninfa del agua, do moraba,
La cabeza sacó, y el prado ameno
Vido de flores y de sombra lleno.
Movióla el sitio umbroso, el manso viento,
El suave olor de aquel florido suelo.
Las aves en el fresco apartamiento
Vió descansar del trabajoso vuelo.
Secaba entonces el terreno aliento
El sol subido en la mitad del cielo.
En el silencio solo se escuchaba
Un susurro de abejas que sonaba.
Habiendo contemplado una gran pieza
Atentamente aquel lugar sombrío,
Somorgujó de nuevo su cabeza,
Y al fondo se dejó calar del rio.
A sus hermanas á contar empieza
Del verde sitio el agradable frio,
Y que vayan las ruega y amonesta
Allí con su labor á estar la siesta.

(3) *Carta* por el *papel*, en significacion latina ó italiana.—*Azara.*

(4) En Boscan se hallan en una estancia de una cancion los versos que dicen:

Hablaré ya lo menos que tuviere,
Que esto será lo mas que yo pudiere.

¿Quién tomó á quién este último verso? ¿Boscan á Garcilaso, ó Garcilaso á Boscan? Tamayo afirma que Boscan aprovechóse de este verso como de hacienda de amigo. Ignoro en qué se fundó para decir lo que dijo.

No perdió en esto mucho tiempo el ruego,
Que las tres dellas su labor tomaron,
Y en mirando de fuera, vieron luego
El prado, hácia el cual enderezaron.
El agua clara con lascivo juego
Nadando dividieron y cortaron,
Hasta que el blanco pié tocó mojado,
Saliendo de la arena, el verde prado.
Poniendo ya en lo enjuto las pisadas,
Escurrieron del agua sus cabellos,
Los cuales esparciendo, cobijadas
Las hermosas espaldas fueron dellos.
Luego sacando telas delicadas,
Que en delgadeza competian con ellos,
En lo mas escondido se metieron,
Y á su labor atentas se pusieron.
Las telas eran hechas y tejidas
Del oro que el felice Tajo envia,
Apurado, despues de bien cernidas
Las menudas arenas do se cria.
Y de las verdes hojas reducidas
En estambre sotil, cual convenia
Para seguir el delicado estilo
Del oro ya tirado en rico hilo.
La delicada estambre era distinta
De las colores que antes le habian dado
Con la fineza de la varia tinta
Que se halla en las conchas del pescado.
Tanto artificio muestra en lo que pinta
Y teje cada ninfa en su labrado,
Cuanto mostraron en sus tablas antes
El celebrado Apeles y Timantes.
Filódoce, que así de aquellas era
Llamada la mayor, con diestra mano
Tenia figurada la ribera
De Estrimon, de una parte el verde llano,
Y de otra el monte de aspereza fiera,
Pisado tarde ó nunca de pié humano,
Donde el amor movió con tanta gracia
La dolorosa lengua del de Tracia.
Estaba figurada la hermosa
Eurídice, en el blanco pié mordida
De la pequeña sierpe ponzoñosa,
Entre la yerba y flores escondida;
Descolorida estaba como rosa
Que ha sido fuera de sazon cogida,
Y el ánima, los ojos ya volviendo,
De la hermosa carne despidiendo.
Figurado se via extensamente
El osado marido que bajaba
Al triste reino de la escura gente,
Y la mujer perdida recobraba;
Y cómo despues desto él, impaciente
Por mirarla de nuevo, la tornaba
A perder otra vez, y del tirano
Se queja al monte solitario en vano.
Dinámene no menos artificio
Mostraba en la labor que habia tejido,
Pintando á Apolo en el robusto oficio
De la silvestre caza embebecido.
Mudar presto le hace el ejercicio
La vengativa mano de Cupido,
Que hizo á Apolo consumirse en lloro
Despues que le enclavó con punta de oro.
Dafne con el cabello suelto al viento,
Sin perdonar al blanco pié, corria
Por áspero camino tan sin tiento,
Que Apolo en la pintura parecia
Que, porque ella templase el movimiento,
Con menos ligereza la seguia.
El va siguiendo, y ella huye como
Quien siente al pecho el odioso plomo (5).
Mas á la fin los brazos le crecian,
Y en sendos ramos vueltos se mostraban,
Y los cabellos, que vencer solian
Al oro fino, en hojas se tornaban;
En torcidas raices se extendian
Los blancos piés, y en tierra se hincaban.

(5) Azara observa que los poetas dicen que Cupido hiere con dos géneros de saetas: unas de oro al amor firme y correspondido, y otras de plomo, que lo apartan y engendran los desdenes. No sé si esto se puede aplicar al verso de Garcilaso.

Llora el amante, y busca el sér primero,
Besando y abrazando aquel madero.
Climene, llena de destreza y maña,
El oro y las colores matizando,
Iba de hayas una gran montaña
De robles y de peñas variando.
Un puerco entre ellas, de braveza extraña,
Estaba los colmillos aguzando
Contra un mozo, no menos animoso,
Con su venablo en mano, que hermoso.
Tras esto, el puerco allí se vía herido
De aquel mancebo por su mal valiente,
Y el mozo en tierra estaba ya tendido,
Abierto el pecho del rabioso diente;
Con el cabello de oro desparcido
Barriendo el suelo miserablemente,
Las rosas blancas por allí sembradas
Tornaba con su sangre coloradas.
Adónis este se mostraba que era;
Segun se muestra Vénus dolorida,
Que viendo la herida abierta y fiera,
Sobre él estaba casi amortecida (6).
Boca con boca coge la postrera
Parte del aire que solia dar vida
Al cuerpo, por quien ella en este suelo
Aborrecido tuvo al alto cielo.
La blanca Nise no tomó á desfajo
De los pasados casos la memoria,
Y en la labor de su sutil trabajo
No quiso entretejer antigua historia;
Antes mostrando de su claro Tajo
En su labor la celebrada gloria,
Lo figuró en la parte donde baña
La mas felice tierra de la España.
Pintado el caudaloso rio se vía,
Que, en áspera estrecheza reducido,
Un monte casi al rededor ceñía,
Con ímpetu corriendo y con ruido;
Querer cercarle todo parecia
En su volver; mas era afan perdido;
Dejábase correr, en fin, derecho,
Contento de lo mucho que habia hecho.
Estaba puesta en la sublime cumbre
Del monte, y desde allí por él sembrada,
Aquella ilustre y clara pesadumbre,
De antiguos edificios adornada.
De allí con agradable mansedumbre
El Tajo va siguiendo su jornada,
Y regando los campos y arboledas
Con artificio de las altas ruedas (7).
En la hermosa tela se veian
Entretejidas las silvestres diosas
Salir de la espesura, y que venian
Todas á las riberas presurosas,
En el semblante tristes, y traian
Cestillos blancos de purpúreas rosas,
Las cuales esparciendo, derramaban
Sobre una ninfa muerta que lloraban (8).
Todas con el cabello desparcido
Lloraban una ninfa delicada,
Cuya vida mostraba que habia sido
Antes de tiempo y casi en flor cortada.
Cerca del agua, en un lugar florido,
Estaba entre las yerbas degollada (9),
Cual queda el blanco cisne cuando pierde
La dulce vida entre la yerba verde.
Una de aquellas diosas, que en belleza,
Al parecer, á todas excedia,
Mostrando en el semblante la tristeza
Que del funesto y triste caso habia,
Apartada algun tanto, en la corteza
De un álamo unas letras escribia,
Como epitafio de la ninfa bella,
Que hablaban así por parte della.
«Elisa soy, en cuyo nombre suena
Y se lamenta el monte cavernoso,
Testigo del dolor y grave pena
En que por mí se aflige Nemoroso,
Y llama á Elisa; Elisa á boca llena
Responde el Tajo, y lleva presuroso
Al mar de Lusitania el nombre mio,
Donde será escuchado, yo lo fio.»
En fin, en esta tela artificiosa
Toda la historia estaba figurada,
Que en aquella ribera deleitosa
De Nemoroso fué tan celebrada;
Porque de todo aquesto y cada cosa
Estaba Nise ya tan informada,
Que llorando el pastor, mil veces ella
Se enterneció escuchando su querella.
Y porque aqueste lamentable cuento
No solo entre las selvas se contase,
Mas dentro de las ondas sentimiento
Con la noticia de esto se mostrase,
Quiso que de su tela el argumento
La bella ninfa muerta señalase,
Y así se publicase de uno en uno
Por el humido reino de Neptuno.
Destas historias tales variadas
Eran las telas de las cuatro hermanas,
Las cuales, con colores matizadas
Y claras luces de las sombras vanas (10),
Mostraban á los ojos relevadas
Las cosas y figuras que eran llanas;
Tanto, que al parecer el cuerpo vano
Pudiera ser tomado con la mano.
Los rayos ya del sol se trastornaban,
Escondiendo su luz, al mundo cara,
Tras altos montes, y á la luna daban
Lugar para mostrar su blanca cara;
Los peces á menudo ya saltaban,
Con la cola azotando el agua clara,
Cuando las ninfas, la labor dejando,
Hácia el agua se fueron paseando.
En las templadas ondas ya metidos
Tenian los piés, y reclinar querian
Los blancos cuerpos, cuando sus oidos
Fueron de dos zampoñas que tañian
Suave y dulcemente, detenidos;
Tanto, que sin mudarse las oian,
Y al son de las zampoñas escuchaban
Dos pastores á veces que cantaban.
Mas claro cada vez el son se oia
De los pastores, que venian cantando
Tras el ganado, que tambien venia
Por aquel verde soto caminando,
Y á la majada, ya pasado el dia,
Recogido llevaban, alegrando (11)
Las verdes selvas con el son suave,
Haciendo su trabajo menos grave.
Tirreno destos dos el uno era,
Alcino el otro, entrambos estimados,
Y sobre cuantos pacen la ribera (12)
Del Tajo con sus vacas enseñados;
Mancebos de una edad, de una manera
A cantar juntamente aparejados,
Y á responder. Aquesto van diciendo,
Cantando el uno, el otro respondiendo.

TIRRENO.

Flérida, para mí dulce y sabrosa
Mas que la fruta del cercado ajeno,
Mas blanca que la leche y mas hermosa
Que el prado por abril, de flores lleno;

(6) Estaba sobre él casi amortecida.—*Texto de Herrera.*
(7) Las azudas.
(8) Doña Isabel Freyre, portuguesa.
(9) Así Herrera; Sanchez dice que halló en un libro antiguo, en vez de *degollada, igualada*, que significa *amortajada.*
Herrera afirma que *degollada* se tomaba por *desangrada;* «como decimos cuando sangran mucho á uno, que lo *degolló* el barbero.»
Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana*, escribe: «Cuando sacan á uno mucha sangre por las venas, solemos decir que conviene *degollarle*, si el accidente requiere tanta evacuacion.»
Azara dice que mas natural era que se leyese en el verso *desangrada*, puesto que doña Isabel murió de sobreparto. Tamayo acepta la voz *degollada*, siguiendo á Herrera.

(10) Claras las luces de las sombras vanas.—Así el texto de Ulloa y el de Herrera; así Francisco Pacheco en su *Arte de la pintura*, al citar esta octava de Garcilaso en su libro primero.
(11) Herrrera y Tamayo; Azara pone:
Recogido le llevan, alegrando.
(12) Ulloa y otros leen:
Y sobre cuantos pasen la ribera.

Si tú respondes pura y amorosa
Al verdadero amor de tu Tirreno,
A mi majada arribarás primero
Que el cielo nos amuestre su lucero (13).

ALCINO.

Hermosa Filis, siempre yo te sea
Amargo al gusto mas que la retama,
Y de ti despojado yo me vea,
Cual queda el tronco de su verde rama,
Si mas que yo el murciélago desea
La escuridad, ni mas la luz desama,
Por ver el fin de un término tamaño
Deste dia, para mí mayor que un año.

TIRRENO.

Cual suele acompañada de su bando
Aparecer la dulce primavera,
Cuando Favonio y Céfiro soplando (14),
Al campo tornan su beldad primera,
Y van artificiosos esmaltando
De rojo, azul y blanco la ribera;
En tal manera á mí, Flérida mia,
Viniendo, reverdece mi alegría.

ALCINO.

¿Ves el furor del animoso viento,
Embravecido en la fragosa sierra,
Que los antiguos robles ciento á ciento
Y los pinos altísimos atierra,
Y de tanto destrozo aun no contento,
Al espantoso mar mueve la guerra?
Pequeña es esta furia, comparada
A la de Filis, con Alcino airada.

TIRRENO.

El blanco trigo multiplica y crece,
Produce el campo en abundancia tierno
Pasto al ganado, el verde monte ofrece
A las fieras salvajes su gobierno;
A do quiera que miro me parece
Que derrama la copia todo el cuerno;
Mas todo se convertirá en abrojos
Si dello aparta Flérida sus ojos.

ALCINO.

De la esterilidad es oprimido
El monte, el campo, el soto y el ganado;
La malicia del aire corrompido
Hace morir la yerba mal su grado;
Las aves ven su descubierto nido,
Que ya de verdes hojas fué cercado;
Pero si Filis por aquí tornare,
Hará reverdecer cuanto mirare.

TIRRENO.

El álamo de Alcides escogido
Fué siempre, y el laurel del rojo Apolo;
De la hermosa Vénus fué tenido
En precio y en estima el mirto solo;
El verde sauz de Flérida es querido,
Y por suyo entre todos escogiólo (15);
Do quiera que de hoy mas sauces se hallen,
El álamo, el laurel y el mirto callen.

ALCINO.

El fresno por la selva en hermosura
Sabemos ya que sobre todos vaya,
Y en aspereza y monte de espesura
Se aventaja la verde y alta haya;
Mas el que la beldad de tu figura
Donde quiera mirado, Filis, haya,
Al fresno y á la haya en su aspereza
Confesará que vence tu belleza.—
Esto cantó Tirreno, y esto Alcino
Le respondió; y habiendo ya acabado
El dulce son, siguieron su camino
Con paso un poco mas apresurado.
Siendo á las ninfas ya el rumor vecino,
Juntas se arrojan por el agua á nado (16),
Y de la blanca espuma que movieron,
Las cristalinas hondas se cubrieron.

(13) Así Ulloa y Herrera, cuya opinion sigo, por mas conforme á la lengua. El Brocense, Tamayo y Azara dicen *demuestre*.

(14) Nota el Brocense que aquí Garcilaso hizo de un viento dos. Herrera observa lo mismo, y cree enmendarlo con decir que el uno será epíteto del otro, como pusieron Homero y Virgilio en sus poemas *Febo Apolo*. En tal caso deberia leerse:

Cuando Favonio Céfiro soplando,
Al campo torna la beldad primera.

Mas esto no puede ser, pues á continuacion se lee:

Y *van artificiosos* esmaltando.

Creo que ó Garcilaso se engañó, segun entiende el Brocense, ó puso el nombre de otro viento, que equivocaron los escribientes ó los impresores.

(15) Andrés Rey de Artieda, en sus *Discursos, epístolas y epigramas de Artemidoro* (Zaragoza, 1605), dice «*Escogiólo* fué lo mismo que decir *escogió el salce que tanto agradó á Filis*. En la cual imitacion mostró descuidarse Garcilaso, porque adonde dice *escogiólo* debió decir *escogiòle*, hablando congruamente español; porque, como este nombre *salce* sea masculino, el artículo *lo* habia de ser tambien; para inteligencia de lo cual digo que en la lengua española no hay ninguna palabra neutra, solo son masculinas ó femeninas, las cuales se señalan con el artículo *el* ó con el artículo *la*; pero con todo, hay oraciones que tienen fuerza de nombre, y estas tales son neutras, y se señalan con el artículo *lo*, conforme la doctrina de Antonio. Conforme esto, decimos: *Yo dije esto, y entendiólo Pedro. Lo que yo digo es verdad*. Donde *lo* es artículo neutro, y toda aquella oracion *que yo digo* sirve de nombre. Entenderse ha claro en estos tres versos:

Iba Laura delante, conocíla;
Iba detrás don Félix y llamèle;
Lo demás del suceso callarélo.

Donde *Laura* (como fenemina) tiene el artículo *la; don Félix* (como masculino) el artículo *le. Lo demás del suceso* (que es neutro) el artículo *lo*. Si no es que disculpemos á Garcilaso con decir que trocar los artículos está ya puesto en uso, verdadero legislador de lo que se habla, segun Horacio.»

(16) Ulloa pone:

Juntas se echaron en el agua á nado.

Y Herrera lee:

Todas juntas se arrojan por el vado.

ELEGIA

al duque de Alba.

EN LA MUERTE DE DON BERNARDINO DE TOLEDO, SU HERMANO.

Aunque este grave caso haya tocado
Con tanto sentimiento el alma mia,
Que de consuelo estoy necesitado,
Con que de su dolor mi fantasía
Se descargase un poco, y se acabase
De mi contino llanto la porfía;
Quise pero probar si me bastase
El ingenio á escribirte algun consuelo,
Estando cual estoy, que aprovechase
Para que tu reciente desconsuelo
La furia mitigase, si las musas
Pueden un corazon alzar del suelo,
Y poner fin á las querellas que usas,
Con que de Pindo ya las moradoras
Se muestran lastimadas y confusas;
Que, segun he sabido, ni á las horas
Que el sol se muestra ni en el mar se esconde,
De tu lloroso estado no mejoras;
Antes en él permaneciendo, donde
Quiera que estás tus ojos siempre bañas,
Y el llanto á tu dolor así responde,
Que temo ver deshechas tus entrañas
En lágrimas, como al lluvioso viento
Se derrite la nieve en las montañas.
Si acaso el trabajado pensamiento
En el comun reposo se adormece,
Por tornar al dolor con nuevo aliento,
En aquel breve sueño te aparece
La imágen amarilla del hermano,
Que de la dulce vida desfallece;
Y tú, tendiendo la piadosa mano,
Probando á levantar el cuerpo amado,

Levantas solamente el aire vano;
Y del dolor el sueño desterrado
Con ansia vas buscando, el que partido
Era ya con el sueño y alongado.
Así desfalleciendo en tu sentido,
Como fuera de tí, por la ribera
De Trápana con llanto y con gemido
El caro hermano buscas, que sola era
La mitad de tu alma, el cual muriendo,
No quedará tu alma toda entera (1).
Y no de otra manera repitiendo
Vas el amado nombre, en desusada
Figura á todas partes revolviendo,
Que cerca del Eridano aquejada,
Lloró y llamó Lampecia el nombre en vano,
Con la fraterna muerte lastimada:
«Ondas, tornadme ya mi dulce hermano
Faeton; si no, aquí veréis mi muerte,
Regando con mis ojos este llano.
¡Oh cuántas veces, con el dolor fuerte
Avivadas las fuerzas, renovaba
Las quejas de su cruda y dura suerte!
Y cuántas otras, cuando se acababa
Aquel furor, en la ribera umbrosa,
Muerta, cansada, el cuerpo reclinaba (2)!
Bien te confieso que si alguna cosa
Entre la humana puede y mortal gente
Entristecer un alma generosa,
Con gran razon podrá ser la presente,
Pues te ha privado de un tan dulce amigo,
No solamente hermano, un accidente;
El cual, no solo siempre fué testigo
De tus consejos é íntimos secretos,
Mas de cuanto lo fuiste tú contigo.
En él se reclinaban tus discretos
Y honestos pareceres, y hacian
Conformes al asiento sus efetos.
En él ya se mostraban y leian
Tus gracias y virtudes una á una;
Y con hermosa luz resplandecian,
Como en luciente de cristal coluna (3),
Que no encubre de cuanto se avecina
A su viveza pura cosa alguna.
¡Oh miserables hados! Oh mezquina
Suerte la del estado humano, y dura,
Do por tantos trabajos se camina!
Y agora muy mayor la desventura
De aquesta nuestra edad, cuyo progreso
Muda de un mal en otro su figura.
¿A quién ya de nosotros el exceso
De guerras, de peligros y destierro
No toca, y no ha causado el gran proceso?
¿Quién no vió desparcir su sangre al hierro
Del enemigo? Quién no vió su vida
Perder mil veces y escapar por yerro?
¿De cuántos queda y quedará perdida
La casa y la mujer y la memoria,
Y de otros la hacienda despedida?
¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria?
Algunos premios ó agradecimientos?
Sabrálo quien leyere nuestra historia.
Veráse allí que como polvo al viento,
Así se deshará nuestra fatiga
Ante quien se endereza nuestro intento.
No contenta con esto la enemiga
Del humano linaje, que envidiosa
Coge sin tiempo el grano de la espiga,
Nos ha querido ser tan rigurosa,
Que ni á tu juventud, don Bernardino,
Ni ha sido á nuestra pérdida piadosa.
¿Quién pudiera de tal ser adivino?
¿A quién no le engañara la esperanza,
Viéndole caminar por el camino?
¿Quién no se prometiera en abastanza
Seguridad entera de tus años,
Sin temer de natura tal mudanza?
Nunca los tuyos, mas los propios daños,
Dolernos deben; que la muerte amarga
Nos muestra claros ya mil desengaños:
Hanos mostrado ya que en vida larga
Apenas de tormentos y de enojos
Llevar podemos la pesada carga;
Hanos mostrado en tí que claros ojos
Y juventud y gracia y hermosura,
Son tambien, cuando quiere, sus despojos.
Mas no puede hacer que tu figura,
Despues de ser de vida ya privada,
No muestre el artificio de natura.
Bien es verdad que no está acompañada
De la color de rosa que solía
Con la blanca azucena ser mezclada;
Porque el calor templado que encendia
La blanca nieve de tu rostro puro,
Robado ya la muerte te lo habia.
En todo lo demás, como en seguro
Y reposado sueño descansabas,
Indicio dando del vivir futuro.
Mas ¿qué hará la madre que tú amabas,
De quien perdidamente eras amado,
A quien la vida con la tuya dabas?
Aquí se me figura que ha llegado
De su lamento el son, que con su fuerza
Rompe el aire vecino y apartado;
Tras el cual á venir tambien se esfuerza
El de las cuatro hermanas, que teniendo
Va con el de la madre viva fuerza.
A todas las contemplo desparciendo
De su cabello luengo el fino oro,
Al cual ultraje y daño están haciendo.
El viejo Tórmes con el blanco coro
De sus hermosas ninfas seca el rio,
Y humedece la tierra con su lloro.
No recostado en urna al dulce frio
De su caverna umbrosa, mas tendido
Por el arena en el ardiente estío,
Con ronco son de llanto y de gemido,
Los cabellos y barbas mal paradas (4)
Se despedaza, y el sutil vestido.
En torno dél sus ninfas, desmayadas,
Llorando en tierra están sin ornamento,
Con las cabezas de oro despeinadas.
Cese ya del dolor el sentimiento,
Hermosas moradoras del undoso
Tórmes; tened mas provechoso intento;
Consolad á la madre, que el piadoso
Dolor la tiene puesta en tal estado,
Que es menester socorro presuroso.
Presto será que el cuerpo, sepultado
En un perpetuo mármol, de las ondas
Podrá de vuestro Tórmes ser bañado.
Y tú, hermoso coro, allá en las hondas
Aguas metido, podrá ser que al llanto
De mi dolor te muevas y respondas.
Vos, altos promontorios, entre tanto
Con toda la Tinacria entristecida
Buscad alivio en desconsuelo tanto.
Sátiros, faunos, ninfas, cuya vida
Sin enojos se pasa, moradores
De la parte repuesta y escondida,
Con luenga experiencia sabidores,
Buscad para consuelo de Fernando
Yerbas de propiedad oculta y flores;
Así en el escondido bosque, cuando
Ardiendo en vivo y agradable fuego
Las fugitivas ninfas vais buscando,
Ellas se inclinen al piadoso ruego,
Y en recíproco lazo estén ligadas,
Sin esquivar el amoroso juego.

(1) Ulloa, Sanchez y Herrera ponen:

No quedará ya tu alma entera.

Este último dice: «Algunos, pareciéndoles que está falto este verso de Garcilaso, no considerando la diéresis, lo han enmendado ó dañado de esta suerte:

No quedará ya tu alma toda entera.

»Pero Garcilaso conocia mejor los números, porque, demás de significar así la falta del alma, que él pretendió mostrar, no es flojo número de verso, sino artificioso y no ajeno de suavidad.»

(2) Tamayo observa que menos parece que dice en *cansada* que en *muerta*.

(3) Segun Herrera, reprendió Juan de Malara por duro este verso, á causa de la trasposicion.

(4) En un códice de don Diego de Mendoza se lee:

Los cabellos y barbas mal rapadas.

Tú, gran Fernando, que entre tus pasadas
Y tus presentes obras resplandeces,
Y á mayor fama están por ti obligadas,
Contempla donde estás; que si falleces
Al nombre que has ganado entre la gente,
De tu virtud en algo te enflaqueces.
Porque al fuerte varon no se consiente
No resistir los casos de fortuna
Con firme rostro y corazon valiente.
Y no tan solamente esta importuna,
Con proceso cruel y riguroso,
Con revolver del sol, de cielo y luna
Mover no debe un pecho generoso,
Ni entristecello con funesto duelo (5),
Turbando con molestia su reposo;
Mas si toda la máquina del cielo
Con espantable son y con ruido,
Hecha pedazos, se viniere al suelo (6),
Debe ser aterrado y oprimido
Del grave peso y de la gran ruina,
Primero que espantado y conmovido.
Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento,
Do nunca arriba quien de aquí declina.
En fin, Señor, tornando al movimiento
De la humana natura, bien permito
A nuestra flaca parte un sentimiento;
Mas el exceso en esto vedo y quito,
Si alguna cosa puedo, que parece
Que quiere proceder en infinito.
A lo menos el tiempo, que descrece
Y muda de las cosas el estado,
Debe bastar, si la razon fallece.
No fué el troyano príncipe llorado
Siempre del viejo padre dolorido,
Ni siempre de la madre lamentado;
Antes, despues del cuerpo redimido
Con lágrimas humildes y con oro,
Que fué del fiero Aquiles concedido,
Y reprimido el lamentable coro (7)
Del frigio llanto, dieron fin al vano
Y sin provecho sentimiento y lloro.
El tierno pecho, en esta parte humano,
De Vénus ¿qué sintió, su Adónis viendo
De su sangre regar el verde llano?
Mas desque vido bien que corrompiendo
Con lágrimas sus ojos no hacia
Sino en su llanto estarse deshaciendo,
Y que tornar llorando no podia
Su caro y dulce amigo de la escura
Y tenebrosa noche al claro dia,
Los ojos enjugó, y la frente pura
Mostró con algo mas contentamiento,
Dejando con el muerto la tristura;
Y luego con gracioso movimiento
Se fué su paso por el verde suelo,
Con su guirnalda usada y su ornamento.
Desordenaba con lascivo vuelo
El viento sus cabellos, y su vista
Alegraba la tierra, el mar y el cielo.
Con discurso y razon que es tan prevista,
Con fortaleza y ser que en ti contemplo,
A la flaca tristeza se resista.
Tu ardiente gana de subir al templo
Donde la muerte pierde su derecho,
Te baste, sin mostrarte yo otro ejemplo.
Allí verás cuán poco mal ha hecho
La muerte en la memoria y clara fama
De los famosos hombres que ha deshecho.
Vuelve los ojos donde al fin te llama
La suprema esperanza, do perfeta
Sube y purgada el alma en pura llama.
¿Piensas que es otro el fuego que en Oeta
De Alcides consumió la mortal parte
Cuando voló el espíritu al alta meta?
Desta manera aquel por quien reparte
Tu corazon sospiros mil al dia,
Y resuena tu llanto en cada parte,
Subió por la difícil y alta via,
De la carne mortal purgado y puro,
En la dulce region del alegría;
Do con discurso libre ya y seguro
Mira la vanidad de los mortales,
Ciegos, errados en el aire escuro;
Y viendo y contemplando nuestros males,
Alégrase de haber alzado el vuelo
A gozar de las horas inmortales.
Pisa el inmenso y cristalino cielo (8),
Teniendo puestos de una y de otra mano
El claro padre y el sublime abuelo (9).
El uno ve de su proceso humano
Sus virtudes estar allí presentes,
Que el áspero camino hacen llano;
El otro, que acá hizo entre las gentes
En la vida mortal menor tardanza,
Sus llagas muestra allá resplandecientes.
Dellas aqueste premio allá se alcanza;
Porque del enemigo no conviene
Procurar en el cielo otra venganza.
Mira la tierra, el mar que la contiene,
Todo lo cual por un pequeño punto
A respeto del cielo juzga y tiene.
Puesta la vista en aquel gran trasunto
Y espejo, do se muestra lo pasado
Con lo futuro y lo presente junto,
El tiempo que á tu vida limitado
De allá arriba te está, Fernando, mira,
Y allí ve tu lugar ya deputado.
¡Oh bienaventurado! que sin ira,
Sin odio, en paz estás, sin amor ciego,
Con quien acá se muere y se sospira;
Y en eterna holganza y en sosiego
Vives, y vivirás cuanto encendiere
Las almas del divino amor el fuego!
Y si el cielo piadoso y largo diere (10)
Luenga vida á la voz deste mi llanto,
Lo cual tú sabes que pretende y quiere,
Yo te prometo, amigo, que entre tanto
Que el sol al mundo alumbre, y que la escura
Noche cubra la tierra con su manto,
Y en tanto que los peces la hondura
Húmida habitarán del mar profundo,
Y las fieras del monte la espesura,
Se cantará de ti por todo el mundo;
Que en cuanto se discurre, nunca visto
De tus años jamás otro segundo
Será desde el Antártico á Calisto (11).

ELEGIA II.

A Boscan.

Aquí, Boscan, donde del buen troyano
Anquíses con eterno nombre y vida
Conserva la ceniza el Mantuano,
Debajo de la seña esclarecida
De César Africano nos hallamos,

(5) Así pone Tamayo este verso, y con razon. Ulloa, Sanchez, Herrera y Azara leen:

Ni entristecello con funesto vuelo.

(6) Así Ulloa, Herrera y Tamayo; Azara pone:

Hecha pedazos se viniera al suelo.

(7) Así Herrera; Sanchez y Azara leen, con Ulloa, *reprimiendo*.

(8) Así Ulloa, Herrera y Tamayo; otros creyeron que estaria mejor *suelo*, imaginando haberse engañado Garcilaso en llamar *cristalino cielo*, que era, segun los antiguos, el nono, al undécimo, que es el empíreo donde tenian asiento los bienaventurados. Tamayo, contra los que tal dijeron, escribe:

«No hizo tales truecos aquí Garcilaso. Solamente añadió al cielo aquella aposicion ó atribucion de *cristalino*, que puede á cualquiera de los cielos, por su claridad, acomodarse. Decir que cómo pisa el cristalino quien está en el empíreo, hace la misma risa que si se preguntase cómo en él se pisa sin piés.»

(9) Alude á don García de Toledo, que murió en la rota de los Gelves, y á don Fadrique, duque de Alba, aquel padre, y este abuelo del don Bernardino.

(10) Si el cielo piadoso y largo diere.—*Texto de Herrera.*

(11) Segun los comentadores, esta elegía es imitada de la que en lengua latina compuso Jerónimo Frascator á Juan Bautista de la Torre, veronés, para consolarlo de la muerte de su hermano Marco Antonio de la Torre.

La vencedora gente recogida (1).
Diversos en estudio; que unos vamos
Muriendo por coger de la fatiga
El fruto que con el sudor sembramos;
Otros, que hacen la virtud amiga
Y premio de sus obras, y así quieren
Que la gente lo piense y que lo diga,
Destotros en lo publico difieren,
Y en lo secreto sabe Dios en cuento
Se contradicen en lo que profieren (2).
Yo voy por medio, porque nunca tanto
Quise obligarme á procurar hacienda;
Que un poco mas que aquellos me levanto.
Ni voy tampoco por la estrecha senda
De los que cierto sé que á la otra via
Vuelven de noche al caminar la rienda.
Mas ¿dónde me llevó la pluma mia,
Que á sátira me voy mi paso á paso,
Y aquesta que os escribo es elegia?
Yo enderezo, Señor, en fin, mi paso
Por donde vos sabeis, que su proceso
Siempre ha llevado y lleva Garcilaso;
Y así, en mitad de aqueste monte espeso
De las diversidades me sostengo,
No sin dificultad, mas no por eso
Dejo las musas, antes torno y vengo
Dellas al negociar, y variando,
Con ellas dulcemente me entretengo.
Así se van las horas engañando,
Así del duro afan y grave pena
Estamos algun hora descansando.
De aqui irémos á ver de la sirena
La patria, que bien muestra haber ya sido (3)
De ocio y de amor antiguamente llena.
Alli mi corazon tuvo su nido
Un tiempo ya; mas no sé ¡triste! agora
O si estará ocupado ó desparcido.
Desto un frio temor así á deshora
Por mis huesos discurre en tal manera,
Que no puedo vivir con él un hora.
Si ¡triste! de mi bien estado hubiera
Un breve tiempo ausente, yo no niego
Que con mayor seguridad viviera.
La breve ausencia hace el mismo juego
En la fragua de amor, que en fragua ardiente
El agua moderada hace al fuego;
La cual verás que no tan solamente
No le suele matar, mas aun le esfuerza
Con ardor mas intenso y eminente;
Porque un contrario con la poca fuerza
De su contrario, por vencer la lucha,
Su brazo aviva y su valor esfuerza;
Pero si el agua en abundancia mucha
Sobre el fuego se esparce y se derrama,
El humo sube al cielo, el son se escucha,
Y el claro resplandor de viva llama,
En polvo y en ceniza convertido,
Apenas queda dél sino la fama.
Así el ausencia larga, que ha esparcido
En abundancia su licor, que amata
El fuego que el amor tenia encendido,
De tal suerte lo deja, que lo trata
La mano sin peligro en el momento
Que en apariencia y son se desbarata.
Yo solo fuera voy de aqueste cuento;
Porque el amor me aflige y me atormenta,
Y en el ausencia crece el mal que siento;
Y pienso yo que la razon consienta
Y permita la causa de este efeto,
Que á mi solo entre todos se presenta;
Porque, como del cielo yo sujeto
Estaba eternamente y deputado
Al amoroso fuego en que me meto,
Así para poder ser amatado,
El ausencia sin término infinita
Debe ser, y sin tiempo limitado;
Lo cual no habrá razon que lo permita;
Porque, por mas y mas que ausencia dure,
Con la vida se acaba, que es finita.
Mas á mi ¿quién habrá que me asegure
Que mi mala fortuna con mudanza
Y olvido contra mí no se conjure?
Este temor persigue la esperanza
Y oprime y enflaquece el gran deseo
Con que mis ojos van de su holganza.
Con ellos solamente agora veo
Este dolor que el corazon me parte,
Y con él y conmigo aqui peleo.
¡Oh crudo, oh riguroso, oh fiero Marte,
De túnica cubierto de diamante,
Y endurecido siempre en toda parte!
¿Qué tiene que hacer el tierno amante
Con tu dureza y áspero ejercicio,
Llevado siempre del furor delante?
Ejercitando, por mi mal, tu oficio,
Soy reducido á términos, que muerte
Será mi postrimero beneficio.
Y esta no permitió mi dura suerte
Que me sobreviniese peleando,
De hierro traspasado agudo y fuerte,
Porque me consumiese contemplando
Mi amado y dulce fruto en mano ajena,
Y el duro posesor de mi burlando.
Mas ¿dónde me trasporta y enajena
De mi proprio sentido el triste miedo?
¿A parte de vergüenza y dolor llena,
Donde si el mal yo viese, ya no puedo,
Segun con esperalle estoy perdido,
Acrecentar en la miseria un dedo?
Así lo pienso agora, y si él venido
Fuese en su misma forma y su figura,
Tendria el presente por mejor partido (4),
Y agradeciera siempre á la ventura
Mostrarme de mi mal solo el retrato,
Que pintan mi temor y mi tristura (5).
Yo sé qué cosa es esperar un rato
El bien del propio engaño, y solamente
Tener con él inteligencia y trato.
Como acontece al misero doliente,
Que del un cabo el cierto amigo y sano
Le muestra el grave mal de su accidente (6),
Y le amonesta que del cuerpo humano
Comience á levantar á mejor parte
El alma suelta con volar liviano;
Mas la tierna mujer, de la otra parte,
No se puede entregar á desengaño (7),
Y encúbrele del alma la mayor parte;
El, abrazado con su dulce engaño,
Vuelve los ojos á la voz piadosa,
Y alégrase muriendo con su daño;
Así los quito yo de toda cosa,
Y póngolos en solo el pensamiento
De la esperanza cierta ó mentirosa (8).
En este dulce error muero contento;
Porque ver claro y conocer mi estado
No puede ya curar el mal que siento;
Y acabo como aquel que en un templado
Baño metido, sin sentido muere,
Las venas dulcemente desatado.
Tú, que en la patria entre quien bien te quiere
La deleitosa playa estás mirando,
Y oyendo el son del mar que en ella hiere,
Y sin impedimento contemplando
La misma á quien tú vas eterna fama
En tus vivos escritos procurando (9);
Alégrate, que mas hermosa llama
Que aquella que el troyano encendimiento
Pudo causar, el corazon te inflama.
No tienes que temer el movimiento
De la fortuna con soplar contrario;

(1) Escrita en Trápani despues de la empresa de Túnez por Cárlos V, á quien llama el *Africano*, á semejanza de Escipion, el vencedor de Cartago.

(2) Así Herrera y Tamayo; Azara pone *refieren*.

(3) Nápoles, donde se decia haberse hallado el sepulcro de la sirena Parténope.

(4) Así Herrera; Azara pone *ternia*.

(5) Que pinta mi temor y mi tristura.—*Texto de Azara.*

(6) Le muestra el duro mal de su accidente.—*Id.*

(7) No se puede entregar al desengaño.—*Textos de Tamayo y Azara.* Sigo el de Herrera.

(8) Así Herrera y Tamayo; Azara pone *lastimosa*.

(9) Doña Ana Giron de Rebolledo, mujer de Boscan.

Que el puro resplandor serena el viento.
Yo, como conducido mercenario,
Voy do fortuna á mi pesar me envia,
Si no á morir; que aquesto es voluntario.
Solo sostiene la esperanza mia
Un tan débil engaño, que de nuevo
Es menester hacelle cada dia;
Y si no lo fabrico y lo renuevo,
Da consigo en el suelo mi esperanza;
Tanto, que en vano á levantalla pruebo.
Aqueste premio mi servir alcanza,
Que en solo la miseria de mi vida
Negó fortuna su comun mudanza.
¿Dónde podré huir que sacudida
Un rato sea de mí la grave carga
Que oprime mi cerviz enflaquecida?
Mas ¡ay! que la distancia no descarga
El triste corazon, y el mal, do quiera
Que estoy, para alcanzarme el vuelo alarga (10).
Si donde el sol ardiente reverbera
En la arenosa Libia, engendradora
De toda cosa ponzoñosa y fiera;
O adonde es él vencido á cualquiera hora
De la rígida nieve y viento frio,
Parte do no se vive ni se mora;
Si en esta ó en aquella el desvarío
O la fortuna me llevase un dia,
Y allí gastase todo el tiempo mio;
El celoso temor con mano fria
En medio del calor y ardiente arena (11)
El triste corazon me apretaria;
Y en el rigor del hielo, en la serena
Noche, soplando el viento agudo y puro,
Que el veloce correr del agua enfrena,
De aqueste vivo fuego en que me apuro
Y consumirme poco á poco espero,
Sé que aun allí no podré estar seguro;
Y así, diverso entre contrarios muero.

EPISTOLA

á Boscan.

Señor Boscan, quien tanto gusto tiene
De daros cuenta de los pensamientos
Hasta en las cosas que no tienen nombre,
No le podrá con vos faltar materia (1),
Ni será menester buscar estilo
Presto, distinto, de ornamento puro,
Tal cual á culta epístola conviene.
Entre muy grandes bienes que consigo
El amistad perfeta nos concede,
Es aqueste descuido suelto y puro,
Léjos de la curiosa pesadumbre;
Y así, de aquesta libertad gozando,
Digo que vine, cuanto á lo primero,
Tan sano como aquel que en doce dias
Lo que solo veréis ha caminado
Cuando el fin de la carta os lo mostrare:
Alargo y suelto á su placer la rienda,
Mucho mas que al caballo, al pensamiento,
Y llévame á las veces por camino
Tan dulce y agradable, que me hace
Olvidar el trabajo del pasado.
Otras me lleva por tan duros pasos,
Que con la fuerza del afan presente,
Tambien de los pasados se me olvida.
A veces sigo un agradable medio
Honesto y reposado, en que el discurso
Del gusto y del ingenio se ejercita.
Iba pensando y discurriendo un dia
A cuántos bienes alargó la mano
El que de la amistad mostró el camino;
Y luego vos, de la amistad ejemplo,
Os me ofreceis en estos pensamientos.
Y con vos á lo menos me acontece
Una gran cosa, al parecer extraña;
Y porque lo sepais en pocos versos,
Es que, considerando los provechos,
Las honras y los gustos que me vienen
Desta vuestra amistad, que en tanto tengo,
Ninguna cosa en mayor precio estimo,
Ni me hace gustar del dulce estado,
Tanto como el amor de parte mia.
Este conmigo tiene tanta fuerza,
Que sabiendo muy bien las otras partes
De la amistad y la estrecheza nuestra,
Con solo aqueste el alma se enternece;
Y yo sé que otra mente me aprovecha,
Que el deleite, que suele ser pospuesto
A las útiles cosas y á las graves.
Llévame á escudriñar la causa desto
Ver contino tan recio en mí el efeto,
Y hallo que el provecho, el ornamento,
El gusto y el placer que se me sigue
Del vínculo de amor que nuestro genio
Enredó sobre nuestros corazones,
Son cosas que de mí no salen fuera,
Y en mí el provecho solo se convierte.
Mas el amor, de donde por ventura
Nacen todas las cosas, si hay algunas
Que á vuestra utilidad y gusto miren (2),
Es gran razon que en muy mayor estima (3)
Tenido sea de mí, que todo el resto,
Cuanto mas generosa y alta parte
Es el hacer el bien que el recibillo (4);
Así que amando me deleito, y hallo
Que no es locura este deleite mio.
¡Oh cuán corrido estoy y arrepentido
De haberos alabado el tratamiento
Del camino de Francia y las posadas;
Corrido de que ya por mentiroso
Con razon me tendréis, arrepentido
De haber perdido tiempo en alabaros
Cosa tan digna ya de vituperio;
Donde no hallaréis sino mentiras,
Vinos acedos, camareras feas,
Barletes codiciosos, malas postas,
Gran paga, poco argen, largo camino;
Llegar al fin á Nápoles no habiendo
Dejado allá enterrado algun tesoro,
Salvo si no decis que es enterrado
Lo que nunca se hallaba ni se tiene.
A mi señor Dural estrechamente (5)
Abrazad de mi parte, si pudierdes.
Doce del mes de otubre, de la tierra
Do nació el claro fuego del Petrarca (6),
Y donde están del fuego las cenizas.

CANCION PRIMERA.

Si á la region desierta, inhabitable
Por el hervor del sol demasiado,
Y sequedad de aquella arena ardiente;
O á la que por el hielo congelado
Y rigorosa nieve es intratable,
Del todo inhabitada de la gente,
Por algun accidente

(10) Herrera pone, segun las ediciones antiguas, *el vuelo alarga.* Yo lo sigo por ser término mas poético, contra la opinion de Sanchez, que leia:

Para alcanzarme *el brazo alarga.*

Así como se dice *acortar el vuelo*, tambien se escribe elegantemente *alargar el vuelo.*

(11) De medio del calor y ardiente arena. — *Textos de Sanchez, Tamayo y Azara.*

(1) Sigo á Herrera; Tamayo dice con Ulloa:

No le podrá faltar con vos materia.

Y Azara:

No le podrá faltar en vos materia.

(2) Así Herrera y Tamayo; Azara pone:

Nacen todas las cosas, si hay alguna
Que á vuestra utilidad y gusto mire.

(3) Herrera y Tamayo leen:

Es razon grande que en mayor estima.

(4) Sigo á Herrera y Ulloa; Azara pone:

Es el hacer el bien que recibille.

(5) Mosen Dural, maestro racional ó contador en Barcelona.

(6) Valclusa, donde nació Laura, la dama que tanto celebró Petrarca.

O caso de fortuna desastrada,
Me fuésedes llevada,
Y supiese que allá vuestra dureza
Estaba en su crueza,
Allá os iria á buscar, como perdido (1),
Hasta morir á vuestros piés tendido (2).
Vuestra soberbia y condicion esquiva
Acabe ya, pues es tan acabada
La fuerza de en quien ha de ejecutarse.
Mirad bien que el amor se desagrada (3)
Deso, pues quiere que el amante viva
Y se convierta á do piense salvarse.
El tiempo ha de pasarse,
Y de mis males arrepentimiento,
Confusion y tormento
Sé que os ha de quedar, y esto recelo;
Que aunque de mí me duelo (4),
Como en mí vuestros males son de otra arte,
Duélenme en mas sensible y tierna parte (5).
Así paso la vida, acrecentando
Materia de dolor á mis sentidos,
Como si la que tengo no bastase;
Los cuales para todo están perdidos,
Sino para mostrarme á mí cuál ando.
Pluguiese á Dios que aquesto aprovechase
Para que yo pensase
Un rato en mi remedio, pues os veo
Siempre con un deseo (6)
De perseguir al triste y al caido;
Yo estoy aquí tendido,
Mostrándoos de mi muerte las señales,
Y vos viviendo solo de mis males.
Si aquella amarillez y los sospiros
Salidos sin licencia de su dueño;
Si aquel hondo silencio no han podido
Un sentimiento grande ni pequeño
Mover en vos, que baste á convertiros
A siquiera saber que soy nacido,
Baste ya haber sufrido
Tanto tiempo, á pesar de lo que basto;
Que á mi mismo contrasto,
Dándome á entender que mi flaqueza
Me tiene en la estrecheza (7)
En que estoy puesto, y no lo que yo entiendo;
Así que con flaqueza me defiendo.
Cancion, no has de tener
Conmigo mas que ver en malo ó bueno (8);
Trátame como ajeno,
Que no te faltará de quien lo aprendas.
Si has miedo que me ofendas,
No quieras hacer mas por mi derecho
De lo que hice yo, que mal me he hecho.

CANCION II.

La soledad siguiendo,
Rendido á mi fortuna,
Me voy por los caminos que se ofrecen,
Por ellos esparciendo
Mil quejas de una en una
Al viento, que las lleva do perecen;
Puesto que no merecen (9)
Ser de vos escuchadas
Ni solo un hora oidas (2),
He lastima de ver que van perdidas (3)
Por donde suelen ir las remediadas.
A mí se han de tornar,
Adonde para siempre habrán de estar.
Mas ¿qué haré, Señora,
En tanta desventura?
¿Adónde iré, si á vos no voy con ella?
¿De quién podré yo agora
Valerme en mi tristura,
Si en vos no halla abrigo mi querella?
Vos sola sois aquella
Con quien mi voluntad
Recibe tal engaño,
Que viéndoos holgar siempre con mi daño,
Me quejo á vos, como si en la verdad
Vuestra condicion fuerte
Tuviese alguna cuenta con mi muerte.
Los árboles presento
Entre las duras peñas
Por testigos de cuanto os he encubierto;
De lo que entre ellos cuento (4)
Podrán dar buenas señas,
Si señas pueden dar del desconcierto.
Mas ¿quién tendrá concierto
En contar el dolor,
Que es de órden enemigo?
No me dén pena, no, porque lo digo (5);
Que ya no me refrenará el temor.
¡Quién pudiese hartarse
De no esperar remedio y de quejarse!
Mas esto me es vedado
Con unas obras tales
Con que nunca fué á nadie defendido;
Que si otros han dejado
De publicar sus males,
Llorando el mal estado á que han venido,
Señora, no habrá sido
Sino con mejoría
Y alivio en su tormento;
Mas ha venido en mí á ser lo que siento
De tal arte, que ya en mi fantasía
No cabe; y así, quedo
Sufriendo aquello que decir no puedo.
Si por ventura extiendo
Alguna vez mis ojos
Por el proceso luengo de mis daños,
Con lo que me defiendo
De tan grandes enojos,
Solamente es allí con mis engaños;
Mas vuestros desengaños
Vencen mi desvario
Y apocan mis defensas.

(1) Tamayo nota que es frase particular de las ponderaciones de Garcilaso decir *como perdido*. Así en el soneto octavo:

Salen fuera de sí *como perdidos*.

(2) Don Diego de Mendoza leyó, y creo que con razon:

Hasta morir á vuestros piés rendido.

(3) Sigo á Herrera. Tamayo dice que en vez de *mira*, como se lee en otras ediciones, debe ponerse *mire*. Azara puso *mira*.

(4) Así Sanchez, Tamayo y Azara; Herrera lee:

Que aun de aquesto me duelo.

Ulloa dice:

Que aun de esto me duelo.

(5) Duélenme en mas sentible y tierna parte.—*Texto de Herrera.*

(6) Siempre ir con un deseo.—*Textos de Ulloa y Herrera.*

(7) Me tiene en la tristeza.—*Id.*

(8) Conmigo que ver mas en malo ó en bueno.—*Texto de Ulloa.*
Conmigo que ver mas en malo ó bueno.—*Texto de Herrera.*

(9) Puesto que ellas merecen.—*Textos de Ulloa y Herrera.*

(2) Pues son tan bien vertidas,
He lástima que todas van perdidas.

Así Herrera, siguiendo un códice que halló, antiguo, sin hacer exámen de si son de Garcilaso ó añadidos por otro.

En la edicion de Anvers de 1576 se lee:

Ser de vos escuchadas,
De lástima que van perdidas.

El Brocense, y con él Azara, dicen lo que va en el texto. Segun Tamayo, otros leian:

Y aun no mal recibidas.

(3) Herrera decia que algunos leian así:

He lástima que asina van perdidas.

Segun Tamayo, leian en su tiempo con las siguientes variantes este verso:

He lástima que ahora van perdidas,
He lástima que van tambien perdidas,
He lástima que van perdidas.

El proponia esta leccion:

Puesto que no merecen
Ser de vos escuchadas,
Puesto que bien vertidas,
Es lástima de ver que van perdidas.

(4) De lo que entre ellas cuento.—*Textos de Herrera y Ulloa.*

(5) No me dén pena pues por lo que digo.—*Texto de Herrera.*
No me dén pena por lo que ahora digo.—*Texto de Anvers.*

No hallo que os he hecho otras ofensas (6),
Sino que, siendo vuestro mas que mio,
Quise perderme así,
Por vengarme de vos, Señora, en mí.
Cancion, yo he dicho mas que me mandaron,
Y menos que pensé;
No me pregunten mas, que lo diré.

CANCION III.

Con un manso ruido
De agua corriente y clara,
Cerca el Danubio, una isla que pudiera
Ser lugar escogido
Para que descansara
Quien como yo estó agora, no estuviera;
Do siempre primavera
Parece en la verdura
Sembrada de las flores;
Hacen los ruiseñores
Renovar el placer ó la tristura
Con sus blandas querellas,
Que nunca dia y noche cesan dellas (1).
Aquí estuve yo puesto,
O por mejor decillo,
Preso, forzado y solo en tierra ajena;
Bien pueden hacer esto
En quien puede sufrillo
Y en quien él á sí mismo se condena.
Tengo sola una pena (2),
Si muero desterrado
Y en tanta desventura,
Que piensen por ventura
Que juntos tantos males me han llevado;
Y sé yo bien que muero
Por solo aquello que morir espero.
El cuerpo está en poder
Y en manos de quien puede
Hacer á su placer lo que quisiere;
Mas no podrá hacer
Que mal librado quede,
Mientras de mí otra prenda no tuviere.
Cuando ya el mal viniere
Y la postrera suerte,
Aquí me ha de hallar,
En el mismo lugar;
Que otra cosa mas dura que la muerte
Me halla y ha hallado (3);
Y esto sabe muy bien quien lo ha probado.
No es necesario agora
Hablar mas sin provecho,
Que es mi necesidad muy apretada;
Pues ha sido en un hora
Todo aquello deshecho
En que toda mi vida fué gastada.
¿Y al fin de tal jornada
Presumen espantarme (4)?
Sepan que ya no puedo
Morir sino sin miedo;
Que aun nunca qué temer quiso dejarme
La desventura mia,
Que el bien y el miedo me quitó en un dia.
Danubio, rio divino,
Que por fieras naciones
Vas con tus claras ondas discurriendo,
Pues no hay otro camino
Por donde mis razones
Vayan fuera de aquí, sino corriendo
Por tus aguas y siendo
En ellas anegadas;
Si en tierra tan ajena (5)
En la desierta arena (6)
Fueren de alguno acaso en fin halladas (7),
Entiérrelas, siquiera
Porque su error se acabe en tu ribera.
Aunque en el agua mueras,
Cancion, no has de quejarte;
Que yo he mirado bien lo que te toca.
Menos vida tuvieras
Si hubieras de igualarte (8)
Con otras que se me han muerto en la boca.
Quien tiene culpa desto,
Allá lo entenderás de mí muy presto.

CANCION IV.

El aspereza de mis males quiero
Que se muestre tambien en mis razones,
Como ya en los efetos se ha mostrado.
Lloraré de mi mal las ocasiones,
Sabrá el mundo la causa por que muero,
Y moriré á lo menos confesado.
Pues soy por los cabellos arrastrado
De un tan desatinado pensamiento,
Que por agudas peñas peligrosas,
Por matas espinosas,
Corre con ligereza mas que el viento,
Bañando de mi sangre la carrera;
Y para mas despacio atormentarme,
Llévame alguna vez por entre flores,
A dó de mis tormentos y dolores
Descanso, y dellos vengo á no acordarme;
Mas él á mas descanso no me espera;
Antes, como me ve desta manera,
Con un nuevo furor y desatino
Torna á seguir el áspero camino.
No vine por mis piés á tantos daños;
Fuerzas de mi destino me trajeron,
Y á la que me atormenta me entregaron.
Mi razon y juicio bien creyeron
Guardarme, como en los pasados años
De otros graves peligros me guardaron;
Mas cuando los pasados compararon
Con los que venir vieron, no sabian
Lo que hacer de sí ni dó meterse;
Que luego empezó á verse
La fuerza y el rigor con que venian.
Mas de pura vergüenza constreñida,
Con tardo paso y corazon medroso
Al fin ya mi razon salió al camino.
Cuanto era el enemigo mas vecino,
Tanto mas el recelo temeroso
Le mostraba el peligro de su vida,
Pensar en el temor de ser vencida.
La sangre alguna vez le calentaba,
Mas el mismo temor se la enfriaba.
Estaba yo á mirar, y peleando
En mi defensa mi razon estaba
Cansada, y en mil partes ya herida;
Y sin ver yo quién dentro me incitaba,
Ni saber cómo, estaba deseando
Que allí quedase mi razon vencida.
Nunca en todo el proceso de mi vida
Cosa se me cumplió que desease
Tan presto como aquesta; que á la hora
Se rindió la señora,
Y al siervo consintió que gobernase
Y usase de la ley del vencimiento.
Entonces yo sentíme salteado
De una vergüenza libre y generosa;

(6) Sin yo poder dar otras recompensas.—*Textos de Herrera y Ulloa.*
Y no hallé que os he hecho otras ofensas.—*Manuscritos consultados por Tamayo.*
(1) Que nunca dia ni noche cesan dellas.—*Texto de Herrera.*
(2) Tengo solo una pena.—*Id.*
(3) Me halla y me ha hallado.—*Texto de Ulloa.*
(4) Sigo á Herrera y Tamayo; Azara pone:
Presumen de espantarme.
(5) Sigo á Herrera y Ulloa; Sanchez, Tamayo y Azara dicen:
Si en esa tierra ajena.
(6) Sigo á Ulloa y Herrera; Tamayo dice:
Por tu desierta arena.
Azara:
Por la desierta arena.
(7) De alguno fueren á la fin halladas.—*Textos del Brocense y Tamayo.*
Fueren de alguno en fin halladas.—*Texto de Ulloa.*
(8) Si hubiera de igualarte.—*Texto de Herrera.*

Corríme gravemente que una cosa
Tan sin razon hubiese así pasado.
Luego siguió el dolor al corrimiento
De ver mi reino en mano de quien cuento
Que me da vida y muerte cada dia,
Y es la mas moderada tiranía.
Los ojos, cuya lumbre bien pudiera
Tornar clara la noche tenebrosa,
Y escurecer el sol á mediodía,
Me convirtieron luego en otra cosa.
En volviéndose á mí la vez primera
Con la calor del rayo que salia
De su vista, que en mí se difundia,
Y de mis ojos la abundante vena
De lágrimas, al sol que me inflamaba,
No menos ayudaba
A hacer mi natura en todo ajena
De lo que era primero. Corromperse
Sentí el sosiego y libertad pasada,
Y el mal de que muriendo estó, engendrarse,
Y en tierra sus raíces ahondarse
Tanto cuanto su cima levantada
Sobre cualquier altura hace verse.
El fruto que de aquí suele cogerse,
Mil es amargo, alguna vez sabroso (1);
Mas mortífero siempre y ponzoñoso.
De mí agora huyendo, voy buscando
A quien huye de mí como enemiga;
Que al un error añado el otro yerro,
Y en medio del trabajo y la fatiga
Estoy cantando yo, y está sonando
De mis atados piés el grave hierro;
Mas poco dura el canto si me encierro
Acá dentro de mí, porque allí veo
Un campo lleno de desconfianza.
Muéstrame la esperanza
De léjos su vestido y su meneo;
Mas ver su rostro nunca me consiente.
Torno a llorar mis daños, porque entiendo
Que es un crudo linaje de tormento
Para matar aquel que está sediento,
Mostralle el agua por que está muriendo;
De la cual el cuitado juntamente
La claridad contempla, el ruido siente;
Mas cuando llega ya para bebella,
Gran espacio se halla léjos della.
De los cabellos de oro fué tejida
La red que fabricó mi sentimiento,
Do mi razon revuelta y enredada
Con gran vergüenza suya y corrimiento,
Sujeta al apetito y sometida,
En público adulterio fué tomada,
Del cielo y de la tierra contemplada.
Mas ya no es tiempo de mirar yo en esto,
Pues no tengo con qué considerallo,
Y en tal punto me hallo,
Que estoy sin armas en el campo puesto,
Y el paso ya cerrado y la huida.
¿Quién no se espantará de lo que digo?
Que es cierto que he venido á tal extremo,
Que del grave dolor que huyo y temo,
Me hallo algunas veces tan amigo,
Que en medio dél, si vuelvo á ver la vida
De libertad, la juzgo por perdida,
Y maldigo las horas y momentos
Gastadas mal en libres pensamientos.
No reina siempre aquesta fantasía,
Que en imaginacion tan variable
No se reposa una hora el pensamiento.
Viene con un rigor tan intratable
A tiempos el rigor, que al alma mia
Desampara, huyendo, el sufrimiento,
Lo que dura la furia del tormento (2).
No hay parte en mí que no se me trastorne
Y que en torno de mí no esté llorando;
De nuevo protestando
Que de la via espantosa atrás me torne.
Esto ya por razon no va fundado,
Ni le dan parte dello á mi juicio,
Que este discurso todo es ya perdido;
Mas es en tanto daño del sentido
Este dolor, y en tanto perjuicio,
Que todo lo sensible atormentado,
Del bien, si alguno tuvo, ya olvidado
Está de todo punto, y solo siente
La furia y el rigor del mal presente.
En medio de la fuerza del tormento
Una sombra de bien se me presenta,
Do el fiero ardor un poco se mitiga.
Figúraseme cierto á mí que sienta
Alguna parte de lo que yo siento
Aquella tan amada mi enemiga.
Es tan incomportable la fatiga (6),
Que si con algo yo no me engañase
Para poder llevalla, moriria;
Y así, me acabaria
Sin que de mí en el mundo se hablase.
Así que, del estado mas perdido
Saco algun bien; mas luego en mí la suerte
Trueca y revuelve el órden; que algun hora,
Si el mal acaso un poco en mí mejora,
Aquel descanso luego se convierte
En un temor que me ha puesto en olvido
Aquella por quien sola me he perdido.
Así del bien que un rato satisface,
Nace el dolor que el alma me deshace.
Cancion, si quien te viere se espantare
De la instabilidad y ligereza
Y revuelta del vago pensamiento;
Estable, grave y firme es el tormento
Le di, que es causa; cuya fortaleza
Es tal, que en cualquier parte que tocare (7),
La hará revolver hasta que pare
En aquel fin de lo terrible y fuerte,
Que todo el mundo afirma que es la muerte.

(1) Mas es amargo, alguna vez sabroso.—*Texto de Ulloa.*
(2) Lo que dura la fuerza del tormento.—*Texto de Herrera.*

CANCIÓN V.

A la flor de Gnido (1).

Si de mi baja lira (2)
Tanto pudiese el son, que en un momento
Aplacase la ira
Del animoso viento,
Y la furia del mar y el movimiento;
Y en ásperas montañas
Con el suave canto enterneciese
Las fieras alimañas,
Los árboles moviese,
Y al son confusamente los trajese (3);
No pienses que cantado
Seria de mí, hermosa flor de Gnido,
El fiero Marte airado,
A muerte convertido,
De polvo y sangre y de sudor teñido;
Ni aquellos capitanes
En las sublimes ruedas colocados (4),

(6) Así leo en Ulloa, Herrera y Tamayo; Azara puso *incomparable.*
(7) Sigo á Sanchez, Tamayo y Azara; Herrera dice, con Ulloa:
Es tal, que cualquier parte en que tocare.
(1) Segun unos, esta cancion fué escrita á Violante Sanseverino, en nombre de Fabio Galeota. Herrera dice que el yerno de Garcilaso le aseguró haberse hecho en el de Mario Galeota á Catalina Sanseverino.
(2) Estas estrofas tomaron el nombre de *liras*, por empezar Garcilaso diciendo:
Si de mi baja lira.
Acuña fué uno de los primeros que siguieron á Gancilaso en escribir en tales liras sus canciones, segun aquella que comienza:
Si Apolo tanta gracia
En mi rústica citara pusiese,
Como en la del de Tracia, etc.
(3) Sigo á Herrera, á Tamayo y á Marchena. *Trujese* dicen los textos de Ulloa, de Sanchez, de Sedano y de Azara.
(4) En la sublime rueda colocados.—*Texto de Azara.*
Herrera afirma que por *ruedas sublimes* se deben entender *carros* triunfales, lo cual confirman los tres versos siguientes. Tamayo alega en autoridad de la leccion de Herrera la opinion de don Juan

Por quien los alemanes
El fiero cuello atados (5),
Y los franceses van domesticados.
Mas solamente aquella
Fuerza de tu beldad seria cantada,
Y alguna vez con ella
Tambien seria notada
El aspereza de que estás armada;
Y cómo por tí sola,
Y por tu gran valor y hermosura,
Convertida en viola (6),
Llora su desventura
El miserable amante en tu figura.
Hablo de aquel cativo,
De quien tener se debe mas cuidado,
Que está muriendo vivo,
Al remo condenado,
En la concha de Vénus amarrado.
Por tí, como solia,
Del áspero caballo no corrige
La furia y gallardía,
Ni con freno le rige,
Ni con vivas espuelas ya le aflige.
Por tí, con diestra mano
No revuelve la espada presurosa,
Y en el dudoso llano
Huye la polvorosa
Palestra como sierpe ponzoñosa (7).
Por tí, su blanda musa,
En lugar de la cítara sonante,
Tristes querellas usa,
Que con llanto abundante
Hacen bañar el rostro del amante.
Por tí, el mayor amigo
Le es importuno, grave y enojoso (8);
Yo puedo ser testigo,
Que ya del peligroso
Naufragio fui su puerto y su reposo.
Y agora en tal manera
Vence el dolor á la razon perdida,
Que ponzoñosa fiera
Nunca fué aborrecida
Tanto como yo dél, ni tan temida.
No fuiste tú engendrada
Ni producida de la dura tierra;
No debe ser notada
Que ingratamente yerra
Quien todo el otro error de sí destierra.
Hágate temerosa
El caso de Anajarete, y cobarde (9),
Que de ser desdeñosa
Se arrepintió muy tarde;
Y así, su alma con su mármol arde.
Estábase alegrando
Del mal ajeno el pecho empedernido,
Cuando abajo mirando,
El cuerpo muerto vido
Del miserable amante, allí tendido.
Y al cuello el lazo atado,
Con que desenlazó de la cadena
El corazon cuitado,
Que con su breve pena
Compró la eterna punicion ajena.
Sintió allí convertirse
En piedad amorosa el aspereza.
¡Oh tarde arrepentirse!
Oh última terneza!
¿Cómo te sucedió mayor dureza?
Los ojos se enclavaron
En el tendido cuerpo que allí vieron,
Los huesos se tornaron
Mas duros y crecieron,
Y en sí toda la carne convirtieron;
Las entrañas heladas
Tornaron poco á poco en piedra dura;
Por las venas cuitadas
La sangre su figura
Iba desconociendo y su natura (10);
Hasta que finalmente,
En duro mármol vuelta y trasformada,
Hizo de sí la gente
No tan maravillada
Cuanto de aquella ingratitud vengada.
No quieras tú, Señora,
De Némesis airada las saetas
Probar, por Dios, agora;
Baste que tus perfetas (11)
Obras y hermosura á los poetas
Dén inmortal materia,
Sin que tambien en verso lamentable
Celebren la miseria
De algun caso notable
Que por tí pase triste y miserable.

de Jáuregui. Sebastian de Córdoba, en su *Boscan y Garcilaso á lo divino*, conserva el verso:

En las sublimes ruedas colocados.

(5) Hoy se diria:

El fiero cuello atado.

Teniendo por contrario á la gramática este modo de decir, el cual es uno de los mas elegantes y usados por los buenos escritores.

Desnuda el pecho anda *ella*,

Dice Góngora, en vez de *desnudo*. En otra poesía repite y aumenta el mismo autor:

Desnuda el brazo, el pecho descubierta.

Herrera, en su cancion á don Juan de Austria:

Febo, autor de la lumbre,
Cantó suavemente,
Revuelto en oro la encrespada frente.

Ercilla en la Araucana:

Turbó la fiesta un caso no pensado,
Y la celeridad del juez fué tanta,
Que estuve en el tapete, ya *entregado*
Al agudo cuchillo la garganta.

Doña Cristobalina Fernandez de Alarcon, décima musa antequerana, dijo en sus encantadoras quintillas á santa Teresa:

El cuerpo de nieve pura,
Que excede toda blancura,
Vestido del sol los rayos,
Vertiendo abriles y mayos
De la blanca vestidura.

(6) Ulloa, Herrera y Tamayo ponen:

Convertido en viola.

(7) En ediciones antiguas se leia *siempre* por *sierpe*. Sanchez enmendó el yerro.

(8) Lo es importuno, grave y enojoso.—*Texto de Azara.*

(9) El caso de Anaxarete, y muy cobarde.—*Texto de Ulloa.*

(10) *Por las venas* cuitadas
La sangre su figura
Iba desconociendo y su natura.

Son palabras que indican haber tenido conocimiento de la circulacion de la sangre Garcilaso. Entre los españoles dedicados al estudio de la naturaleza en el siglo XVI se hallan pruebas de lo conocido que era este fenómeno, que mas tarde dió como descubrimiento suyo Harveo. A mas de Servet y de Reina, Lovera de Avila, Sanchez Valdés y otros médicos lo describieron minuciosamente en aquella edad, segun se puede ver en sus obras.

Como un documento interesantísimo para la historia de la medicina española, traslado á continuacion unos versos del capitan Francisco de Aldana, tomados de la edicion de sus obras, hecha en Milan el año de 1589; en los cuales se describe la circulacion de la sangre. Esto, cuando menos, prueba lo vulgar de la noticia, que luego fué cayendo en olvido:

Así en medio del pecho ha colocado
Aquel cuerpo vital, cuya figura
Imita á las pirámides de Egipto,
Que por su nombre *corazon* se llama,
Y en quien, así como en la esfera octava,
Miramos tanta viva luminaria
De estrellas á la vista plateadas,
Que van con el reglado movimiento
De quien las lleva, dando ley á todo;
Y dentro este, colocado en medio,
Cuerpo piramidal, como en su centro,
Exhalan mil espíritus vitales,
Que en círculo despues yendo y viniendo,
Ministran al pulmon aire de vida
Y á las arterias incesable pulso.

Herrera copia en nota al pasaje de Garcilaso todos los yerros de Aristóteles y Galeno acerca de la sangre.

(11) Marchena, siguiendo á Tamayo de Vargas, lee *basta* por *baste*.

SONETOS.

PRIMERO (1).

Cuando me paro á contemplar mi estado,
Y á ver los pasos por do me ha traido,
Hallo, segun por do anduve perdido,
Que á mayor mal pudiera haber llegado;
Mas cuando del camino estó olvidado,
A tanto mal no sé por dó he venido;
Sé que me acabo, y mas he yo sentido
Ver acabar conmigo mi cuidado.
Yo acabaré, que me entregué sin arte
A quien sabrá perderme y acabarme,
Si ella quisiere, y aun sabrá querello;
Que pues mi voluntad puede matarme (2),
La suya, que no es tanto de mi parte,
Pudiendo, ¿qué hará sino hacello?

II.

En fin, á vuestras manos he venido,
Do sé que he de morir tan apretado,
Que aun aliviar con quejas mi cuidado,
Como remedio, me es ya defendido.
Mi vida no sé en qué se ha sostenido,
Si no es en haber sido yo guardado
Para que solo en mí fuese probado
Cuánto corta la espada en un rendido (3).
Mis lágrimas han sido derramadas
Donde la sequedad y la aspereza
Dieron mal fruto dellas y mi suerte.
Basten las que por vos tengo lloradas.
No os vengueis mas de mí con mi flaqueza;
Allá os vengad, Señora, con mi muerte.

III.

La mar en medio y tierras he dejado
De cuanto bien, cuitado, yo tenia;
Y yéndome alejando cada dia (4),
Gentes, costumbres, lenguas he pasado.
Ya de volver estoy desconfiado;
Pienso remedios en mi fantasía;
Y el que mas cierto espero es aquel dia
Que acabará la vida y el cuidado.
De cualquier mal pudiera socorrerme
Con veros yo, Señora, ó esperallo,
Si esperallo pudiera sin perdello.
Mas no de veros ya para valerme,
Si no es morir, ningun remedio hallo;
Y si este lo es, tampoco podré habello.

IV.

Un rato se levanta mi esperanza;
Mas, cansada de haberse levantado (5),
Torna á caer, y deja, mal mi grado (6),
Libre el lugar á la desconfianza.
¿Quién sufrirá tan áspera mudanza
Del bien al mal? ¡Oh corazon cansado!
Esfuerza en la miseria de tu estado;
Que tras fortuna suele haber bonanza.
Yo mismo emprenderé á fuerza de brazos
Romper un monte, que otro no rompiera,
De mil inconvenientes muy espeso.
Muerte, prision no pueden, ni embarazos,
Quitarme de ir á veros, como quiera,
Desnudo espíritu ó hombre en carne y hueso.

V.

Escrito está en mi alma vuestro gesto,
Y cuanto yo escribir de vos deseo,
Vos sola lo escribiste, yo lo leo
Tan solo, que aun de vos me guardo en esto.
En esto estoy y estaré siempre puesto;
Que aunque no cabe en mí cuanto en vos veo,
De tanto bien lo que no entiendo creo,
Tomando ya la fe por presupuesto.
Yo no naci sino para quereros;
Mi mal os ha cortado á su medida;
Por hábito del alma misma os quiero.
Cuanto tengo confieso yo deberos;
Por vos naci, por vos tengo la vida,
Por vos he de morir, y por vos muero.

VI.

Por ásperos caminos he llegado
A parte que de miedo no me muevo;
Y si á mudarme ó dar un paso pruebo,
Allí por los cabellos soy tornado.
Mas tal estoy, que con la muerte al lado
Busco de mi vivir consejo nuevo;
Conozco lo mejor, lo peor apruebo (7),
O por costumbre mala ó por mi hado.
Por otra parte, el breve tiempo mio
Y el errado proceso de mis años (8),
En su primer principio y en su medio,
Mi inclinacion, con quien ya no porfio,
La cierta muerte, fin de tantos daños,
Me hacen descuidar de mi remedio.

VII.

No pierda mas quien ha tanto perdido;
Bástete, amor, lo que por tí he pasado (9);
Válgame agora nunca haber probado
A defenderme de lo que has querido.
Tu templo y sus paredes he vestido (10)
De mis mojadas ropas, y adornado,
Como acontece á quien ha ya escapado
Libre de la tormenta en que se vido.
Yo habia jurado nunca mas meterme,
A poder mio y mi consentimiento (11),
En otro tal peligro, como vano.
Mas del que viene no podré valerme;
Y en esto no voy contra el juramento;
Que ni es como los otros ni en mi mano.

VIII.

De aquella vista buena y excelente
Salen espíritus vivos y encendidos,
Y siendo por mis ojos recibidos,

(1) Imitó Lope este soneto en el primero de sus *Rimas sacras*, diciendo:

Cuando me paro á contemplar mi estado,
Y á ver los pasos por donde he venido,
Me espanto de que un hombre tan perdido
A conocer su error haya llegado.

(2) Tamayo propone esta enmienda que Luis Barahona de Soto hizo:

Que pues mi voluntad quiere matarme.

(3) La leccion es de don Diego Hurtado de Mendoza.
El texto de Ulloa, Herrera y Tamayo dice:

Cuánto corta una espada en un rendido.

Así tambien, entre otras ediciones, la de Barcelona de 1554, por la viuda de Carles Amorosa.

(4) Yéndome alejando cada dia.—*Textos de Ulloa y Herrera.*

(5) Mas tan cansada de haberse levantado.—*Texto de Ulloa.*
Tan cansada de haberse levantado.—*Texto de Herrera.*

(6) Torna á caer que deja á mal mi grado.—*Texto de Ulloa.*
Torna á caer que deja mal mi grado.—*Texto de Herrera.*

(7) Y conozco el mejor, y el peor apruebo.—*Texto de Herrera.*
Así cree Tamayo que debe leerse, porque se refiere á consejo.

(8) Francisco de Figueroa creia que sonaba mejor:

Y el amargo proceso de mis daños.

Mas Tamayo observa que en tal caso era preciso variar el siguiente verso:

La cierta muerte fin de tantos daños.

(9) Así se lee en un códice de don Diego de Mendoza; Ulloa y Herrera ponen:

Bástete, amor, lo que ha por mí pasado.

El último dice:

Válgame agora haber jamás probado.

(10) Tu templo y tus paredes he vestido.—*Texto de Azara.*
Gracian dice:

Tu templo y tus paredes he ya visto
De mis mojadas ropas adornado.

(11) Ulloa dice:

A poder mio y á mi consentimiento.

Y Gracian:

A poder mio, á mi consentimiento..

Me pasan hasta donde el mal se siente (12).
Encuéntranse el camino fácilmente (13).
Con los mios, que, de tal calor movidos (14),
Salen fuera de mí como perdidos,
Llamados de aquel bien que está presente.
Ausente en mi, memoria la imagino;
Mis espirtus, pensando que la vian.
Se mueven y se encienden sin medida;
Mas no hallando fácil el camino,
Que los suyos entrando detenian (15),
Revientan por salir do no hay salida.

IX.

Señora mia, si de vos yo ausente (16)
En esta vida turo y no me muero,
Paréceme que ofendo á lo que os quiero,
Y al bien de que gozaba en ser presente.
Tras este, luego siento otro accidente,
Y es ver que si de vida desespero,
Yo pierdo cuanto bien viéndoos espero (17);
Y así estoy en mis males diferente (18).
En esta diferencia mis sentidos
Combaten con tan áspera porfía (19),
Que no sé qué hacerme en tal tamaño.
Nunca entre sí los veo sino reñidos;
De tal arte pelean noche y dia,
Que solo se conciertan en mi daño (20).

X.

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios queria! (21)
Juntas estáis en la memoria mia,
Y con ella en mi muerte conjuradas.
¿Quién me dijera, cuando en las pasadas (22)
Horas en tanto bien por vos me via (23),
Que me habiais de ser en algun dia
Con tan grave dolor representadas?
Pues en un hora junto me llevastes
Todo el bien que por términos me distes,
Llevadme junto el mal que me dejastes.
Si no, sospecharé que me pusistes
En tantos bienes, porque deseastes
Verme morir entre memorias tristes.

XI.

Hermosas ninfas, que en el rio metidas,
Contentas habitais en las moradas
De relucientes piedras fabricadas
Y en colunas de vidrio sostenidas;
Agora estéis labrando embebecidas,
O tejiendo las telas delicadas;
Agora unas con otras apartadas,
Contándoos los amores y las vidas;
Dejad un rato la labor, alzando
Vuestras rubias cabezas á mirarme,
Y no os detendréis mucho segun ando;
Que no podréis de lástima escucharme (24),
O convertido en agua aquí llorando,
Podréis allá despacio consolarme.

XII.

Si para refrenar este deseo
Loco, imposible, vano, temeroso;
Y guarecer de mal tan peligroso (25),
Que es darme á entender yo lo que no creo,
No me aprovecha verme cual me veo,
O muy aventurado ó muy medroso,
En tanta confusion, que ya no oso (26)
Fiar el mal de mí que lo poseo,
¿Qué me ha de aprovechar ver la pintura
De aquel que con las alas derretidas
Cayendo, fama y nombre al mar ha dado;
Ni la del que su fuego y su locura
Llora entre aquellas plantas conocidas;
Apenas en el agua resfriado?

XIII.

A Dafne ya los brazos le crecian,
Y en luengos ramos vueltos se mostraban;
En verdes hojas vi que se tornaban
Los cabellos que al oro escurecian.
De áspera corteza se cubrian
Los tiernos miembros, que aun bullendo estaban;
Los blancos piés en tierra se hincaban (27),
Y en torcidas raíces se volvian.
Aquel que fué la causa de tal daño,
A fuerza de llorar, crecer hacia
Este árbol que con lágrimas regaba.
¡Oh miserable estado, oh mal tamaño,
Que con llorarla crezca cada dia
La causa y la razon por que lloraba!

XIV.

Como la tierna madre que el doliente
Hijo le está con lágrimas pidiendo
Alguna cosa, de la cual comiendo,
Sabe que ha de doblarse el mal que siente,
Y aquel piadoso amor no le consiente
Que considere el daño que haciendo
Lo que le pide hace, va corriendo,
Aplaca el llanto y dobla el accidente (28);

(12) Así Ulloa; el Brocense, Tamayo y Azara ponen:
No paran hasta donde el mal se siente.
Herrera escribe:
No pasan hasta donde el mal se siente.
(13) Sigo en el texto á Tamayo, que se apoya en el verso del terceto segundo, que dice:
Y no hallando fácil el camino.
El Brocense puso con poco acierto:
Encuéntranse en camino fácilmente.
Herrera con igual infelicidad:
Encuéntranse al camino fácilmente.
(14) Así enmiendan el texto antiguo el maestro Medina y Herrera; Ulloa y Tamayo leen:
Por do los mios de tal calor movidos.
Y Azara:
Por do los mios del calor movidos.
(15) En el texto de Ulloa y en el de Herrera se ve:
Que los suyos entrando derretian.
(16) Señora mia, si yo de vos absente.—*Texto de Tamayo.*
(17) He perdido cuanto bien de vos espero.—*Texto de Ulloa.*
Yo pierdo cuanto bien de vos espero.—*Texto de Tamayo.*
(18) Y ansí ando, con lo que siento, diferente.—*Texto de Ulloa.*
(19) Están en vuestra ausencia y en porfía;
No sé ya qué hacerme en mal tamaño.—*Textos de Ulloa y Herrera.*
(20) Que solo se concierten en mi daño.—*Ulloa.*
(21) Conocida imitacion de aquello de Virgilio en el libro cuarto de la *Eneida:*
Dulces exuviae, dum fata Deusque sinebant.
Lo cual tradujo así Gregorio Hernandez de Velasco:
¡Oh dulces prendas, cuando Dios queria
Y me era amigo mi infelice hado!
Cristóbal de Virués, en su *Monserrate*, dijo:
¡Oh tristes ropas, cuando Dios queria,
Alegres á mis ojos lastimados!
Cervántes, Lope y otros recordaron en sus escritos el *cuando Dios queria* de Garcilaso.
(22) Quién me dijera cuando las pasadas.—*Texto de Azara.*
(23) Horas que en tanto bien por vos me via.—*Texto de Ulloa.*
(24) Gracian en su *Agudeza y Arte de ingenio* pone este verso así:
Que ó no podréis de lástima escucharme.
Y así tambien Alonso de Ulloa.
(25) Y guarecer de un mal tan peligroso.—*Textos de Ulloa, Herrera y Tamayo.*
(26) En tanta confusion que nunca oso.—*Textos de Herrera y Ulloa.*
(27) Los blandos piés en tierra se hincaban.—*Textos de Ulloa, Herrera y Tamayo.*
(28) Así el texto de Azara; Ulloa y el Brocense dicen, y con ellos Gracian, en su *Arte de ingenio:*
Y aplaca el mal y dobla el accidente.
Medina, y con él Herrera, cree que debe leerse:
Y dobla el mal y aplaca el accidente.
Fundándose, segun Tamayo, en lo que Garcilaso pone antes:
Sabe que ha de doblarse el mal que siente.

Así á mi enfermo y loco pensamiento,
Que en su daño os me pide, yo querria
Quitalle este mortal mantenimiento (29).
Mas pidemelo, y llora cada dia
Tanto, que cuanto quiere le consiento (30),
Olvidando su muerte y aun la mia.

XV.

Si quejas y lamentos pueden tanto,
Que enfrenaron el curso de los rios (31),
Y en los desiertos montes y sombríos (32)
Los árboles movieron con su canto;
Si convirtieron á escuchar su llanto
Los fieros tigres y peñascos frios (33);
Si, en fin, con menos casos que los mios
Bajaron á los reinos del espanto;
¿Por qué no ablandará mi trabajosa (34)
Vida, en miseria y lágrimas pasada,
Un corazon conmigo endurecido?
Con mas piedad debria ser escuchada
La voz del que se llora por perdido
Que la del que perdió y llora otra cosa.

XVI.

A la sepultura de don Fernando de Guzman, su hermano, que murió de pestilencia á los veinte años de su edad, estando en el ejército de nuestro César contra franceses, en Nápoles.

No las francesas armas odiosas,
En contra puestas del airado pecho,
Ni en los guardados muros con pertrecho
Los tiros y saetas ponzoñosas;
No las escaramuzas peligrosas,
Ni aquel fiero ruido contrahecho
De aquel que para Júpiter fué hecho
Por manos de Vulcano artificiosas,
Pudieron, aunque yo mas me ofrecia (35)
A los peligros de la dura guerra,
Quitar un hora sola de mi hado.
Mas inficion del aire en solo un dia (36)
Me quitó al mundo, y me ha en tí sepultado,
Parténope, tan léjos de mi tierra.

XVII.

Pensando que el camino iba derecho,
Vine á parar en tanta desventura,
Que imaginar no puedo, aun con locura,
Algo de que esté un rato satisfecho.
El ancho campo me parece estrecho,
La noche clara para mi es escura,
La dulce compañía amarga y dura,
Y duro campo de batalla el lecho.
Del sueño, si hay alguno, aquella parte
Sola que es ser imágen de la muerte
Se aviene con el alma fatigada.
En fin, que como quiera estoy de arte,
Que juzgo ya por hora menos fuerte,
Aunque en ella me vi, la que es pasada (37).

XVIII.

Si á vuestra voluntad yo soy de cera,
Y por sol tengo solo vuestra vista,
La cual á quien no inflama ó no conquista
Con su mirar, es de sentido fuera;
De do viene una cosa, que si fuera
Menos veces de mí probada y vista,
Segun parece que á razon resista,
A mi sentido mismo no creyera,
Y es, que yo soy de léjos inflamado
De vuestra ardiente vista, y encendido
Tanto, que en vida me sostengo apenas.
Mas si de cerca soy acometido
De vuestros ojos, luego siento helado
Cuajárseme la sangre por las venas.

XIX.

Julio, despues que me partí llorando
De quien jamás mi pensamiento parte,
Y dejé de mi alma aquella parte
Que al cuerpo vida y fuerza estaba dando,
De mi bien á mí mismo voy tomando
Estrecha cuenta, y siento de tal arte
Faltarme todo el bien, que temo en parte
Que ha de faltarme el aire sospirando;
Y con este temor, mi lengua prueba
A razonar con vos ¡oh dulce amigo!
De la amarga memoria de aquel dia
En que yo comencé como testigo
A poder dar del alma vuestra nueva,
Y á sabella de vos el alma mia (38).

XX.

Con tal fuerza y vigor son concertados
Para mi perdicion los duros vientos,
Que cortaron mis tiernos pensamientos
Luego que sobre mí fueron mostrados.
El mal es que me quedan los cuidados
En salvo destos acontecimientos,
Que son duros, y tienen fundamentos
En todos mis sentidos bien echados.
Aunque por otra parte no me duelo,
Ya que el bien me dejó con su partida
El grave mal que en mí está de contino (39);
Antes con él me abrazo y me consuelo;
Porque en proceso de tan dura vida
Ataje la largueza del camino (40).

XXI.

Al marqués de Villafranca, segun unos, ó **al del Basto**, segun otros.

Clarísimo Marqués, en quien derrama
El cielo cuanto bien conoce el mundo;
Si al gran valor en que el sugeto fundo,
Y al claro resplandor de vuestra llama
Arribare mi pluma, y do la llama
La voz de vuestro nombre alto y profundo,
Seréis vos solo eterno y sin segundo,
Y por vos inmortal quien tanto os ama.
Cuanto del largo cielo se desea,
Cuanto sobre la tierra se procura,
Todo se halla en vos de parte á parte;
Y en fin, de solo vos formó natura
Una extraña y no vista al mundo idea,
Y hizo igual al pensamiento el arte.

(29) Quitalle á este mal mantenimiento.—*Texto de Ulloa.*
Quitar este mortal mantenimiento.—*Texto de Herrera.*
(30) Así Ulloa, Herrera y Gracian; Azara pone:

Tanto, que cuanto quiero le consiento.

(31) Que el curso refrenaron de los rios.— *Id.*
(32) Y en los diversos montes y sombríos.— *Textos de Herrera y Ulloa.*
(33) Las fieras tigres y peñascos frios.—*Texto de Herrera.*
(34) ¿Por qué no ablandaria mi trabajosa.—*Texto de Ulloa.*
(35) Pudieron, aunque mas yo me ofrecia.— *Textos de Herrera y Ulloa.*
(36) Mas inficion de aire en solo un dia.—*Id.*
(37) Gracian en su *Agudeza y arte de ingenio*:

Aunque en ella me vi, la que es espada.

Pero esto debe ser yerro de imprenta.

(38) Y á sabella de vos del alma mia.—*Textos de Ulloa, Herrera y Tamayo.*
(39) Del grave mal que en mí está de contino.—*Textos de Herrera y Tamayo.*
Otros antiguos dicen *Del grande mal.*
(40) Atajaré la guerra del camino.—*Texto de Herrera.*

XXII.

Con ansia extrema de mirar qué tiene
Vuestro pecho escondido allá en su centro,
Y ver si á lo de fuera lo de dentro
En apariencia y ser igual conviene,
En él puse la vista; mas detiene
De vuestra hermosura el duro encuentro
Mis ojos, y no pasan tan adentro,
Que miren lo que el alma en sí contiene.
Y así, se quedan tristes en la puerta
Hecha por mi dolor con esa mano,
Que aun á su mismo pecho no perdona;
Donde vi claro mi esperanza muerta,
Y el golpe que os hizo amor en vano
Non esservi passato oltra la gonna (41).

XXIII.

En tanto que de rosa y azucena
Se muestra la color en vuestro gesto,
Y que vuestro mirar ardiente, honesto,
Enciende el corazon y lo refrena (42);
Y en tanto que el cabello, que en la vena
Del oro se escogió, con vuelo presto,
Por el hermoso cuello blanco enhiesto,
El viento mueve, esparce y desordena;
Coged de vuestra alegre primavera
El dulce fruto, antes que el tiempo airado
Cubra de nieve la hermosa cumbre.
Marchitará la rosa el viento helado (43),
Todo lo mudará la edad ligera,
Por no hacer mudanza en su costumbre.

XXIV.

A la marquesa de Padula, doña María de Cardone.

Ilustre honor del nombre de Cardona,
Décima moradora del Parnaso,
A Tansilo, á Minturno, al culto Taso
Sugeto noble de inmortal corona;
Si en medio del camino no abandona
La fuerza y el espíritu á vuestro Laso,
Por vos me llevará mi osado paso
A la cumbre difícil de Helicona.
Podré llevar entonces sin trabajo
Con dulce son que el curso al agua enfrena,
Por un camino hasta agora enjuto,
El patrio celebrado y rico Tajo,
Que del valor de su luciente arena
A vuestro nombre pague el gran tributo.

XXV.

¡Oh hado ejecutivo en mis dolores,
Cómo sentí tus leyes rigurosas!
Cortaste el árbol con manos dañosas,
Y esparciste por tierra fruta y flores.
En poco espacio yacen los amores
Y toda la esperanza de mis cosas,
Tornados en cenizas desdeñosas,
Y sordas á mis quejas y clamores.
Las lágrimas que en esta sepultura
Se vierten hoy en dia y se vertieron
Recibe, aunque sin fruto allá te sean,
Hasta que aquella eterna noche escura
Me cierre aquestos ojos que te vieron,
Dejándome con otros que te vean.

XXVI.

Echado está por tierra el fundamento
Que mi vivir cansado sostenia.
¡Oh cuánto bien se acaba en solo un dia! (44)
Oh cuántas esperanzas lleva el viento!
Oh cuán ocioso está mi pensamiento
Cuando se ocupa en bien de cosa mia!
A mi esperanza, así como a baldía,
Mil veces la castiga mi tormento.
Las mas veces me entrego, otras resisto
Con tal furor, con una fuerza nueva,
Que un monte puesto encima romperia.
Aqueste es el deseo que me lleva
A que desee tornar á ver un dia
A quien fuera mejor nunca haber visto.

XXVII.

Amor, amor, un hábito he vestido
Del paño de tu tienda, bien cortado;
Al vestir le hallé ancho y holgado,
Pero despues estrecho y desabrido (45).
Despues acá de haberlo consentido,
Tal arrepentimiento me ha tomado,
Que pruebo alguna vez, de congojado,
A romper deste paño este vestido (46).
Mas ¿quién podrá deste hábito librarse,
Teniendo tan contraria su natura,
Que con él ha venido á conformarse?
Si alguna parte queda por ventura
De mi razon, por mí no osa mostrarse;
Que en tal contradicion no está segura.

XXVIII.

Boscan, vengado estáis, con mengua mia,
De mi rigor pasado y mi aspereza,
Con que reprehenderos la terneza
De vuestro blando corazon solia.
Agora me castigo cada dia
De tal selvatiquez y tal torpeza;
Mas es á tiempo que de mi bajeza
Correrme y castigarme bien podria.
Sabed que en mi perfecta edad y armado,
Con mis ojos abiertos me he rendido
Al niño que sabeis, ciego y desnudo.
De tan hermoso fuego consumido
Nunca fué corazon. Si preguntado
Soy lo demás, en lo demás soy mudo.

XXIX.

Imitacion de Marcial (47).

Pasando el mar Leandro el animoso,
En amoroso fuego todo ardiendo,
Esforzó el viento, y fuese embraveciendo
El agua con un ímpetu furioso.
Vencido del trabajo presuroso,
Contrastar á las ondas no pudiendo,
Y mas del bien que allí perdia muriendo,
Que de su propia muerte congojoso,
Como pudo esforzó su voz cansada,
Y á las ondas habló desta manera
(Mas nunca fué la voz dellas oida):

(41) Verso de una cancion de Petrarca.
(42) Así apunta este verso el Brocense, así lo pone Herrera, así Tamayo; Azara escribe, siguiendo á Ulloa:
Con clara luz la tempestad serena.
(43) Tamayo cree que estaria mejor *viento alado* en vez de *helado*.
(44) ¡Oh cuánto se acabó en un solo dia!—*Texto de Tamayo.*

(45) Herrera, siguiendo ediciones antiguas; pone:
Amor, amor, un hábito vestí,
El cual de vuestro paño fué cortado.
Al vestir ancho fué mas apretado,
Y estrecho cuando estuvo sobre mí.
(46) El texto de ediciones primitivas, seguido por Herrera, dice:
Despues acá de lo que consentí,
Tal arrepentimiento me ha tomado,
Que pruebo alguna vez, de congojado,
A romper esto en que yo me metí.

Tamayo afirma que en un manuscrito del Escorial se leia este último verso:
A romper de tu paño este vestido:
lo cual queria enmendar, diciendo:
A romper este paño, este vestido.
(47) Ulloa no pone este soneto ni los demás que siguen.
La edicion de las obras de Boscan y Garcilaso hecha en Anvers por Pedro Bellro, en 1576, hace á aquel poeta autor de este soneto, colocándolo antes de la fábula de Leandro y Hero.
En la impresion de Barcelona de 1554 se encuentra á la cabe-

«Ondas, pues no se excusa que yo muera,
Dejadme allá llegar, y á la tornada (48)
Vuestro furor ejecutá en mi vida.»

XXX.

Sospechas, que en mi triste fantasía
Puestas, haceis la guerra á mi sentido,
Volviendo y revolviendo el afligido
Pecho, con dura mano, noche y dia;
Ya se acabó la resistencia mia
Y la fuerza del alma; ya rendido
Vencer de vos me dejo, arrepentido
De haberos contrastado en tal porfía.
Llevadme á aquel lugar tan espantable,
Que por no ver mi muerte allí esculpida,
Cerrados hasta aquí tuve los ojos.
Las armas pongo ya; que concedida
No es tan larga defensa al miserable;
Colgad en vuestro carro mis despojos.

XXXI.

Dentro de mi alma fué de mí engendrado
Un dulce amor, y de mi sentimiento
Tan aprobado fué su nacimiento
Como de un solo hijo deseado;
Mas luego nació dél quien ha estragado
Del todo el amoroso pensamiento;
En áspero rigor y en gran tormento
Los primeros deleites ha trocado (49).
¡Oh crudo nieto, que das vida al padre
Y matas al abuelo! ¿por qué creces
Tan desconforme á aquel de que has nacido?
¡Oh celoso temor! ¿á quién pareces?
¡Que aun la invidia, tu propia y fiera madre,
Se espanta en ver el monstro que ha parido!

XXXII.

Mi lengua va por do el dolor la guia;
Ya yo con mi dolor sin guia camino;
Entrambos hemos de ir con puro tino,
Cada uno á parar do no queria,
Yo, porque voy sin otra compañía,
Sino la que me hace el desatino;
Ella, porque la lleve aquel que vino
A hacella decir mas que querria.
Y es para mí la ley tan desigual,
Que aunque inocencia siempre en mí conoce,
Siempre yo pago el yerro ajeno y mio.
¿Qué culpa tengo yo del desvarío
De mi lengua, si estoy en tanto mal,
Que el sufrimiento ya me desconoce? (50)

XXXIII.

A Boscan desde la Goleta.

Boscan, las armas y el furor de Marte,
Que con su propia sangre el africano
Suelo regando, hacen que el romano
Imperio reverdezca en esta parte,
Han reducido á la memoria el arte
Y el antiguo valor italiano,
Por cuya fuerza y valerosa mano
Africa se aterró de parte á parte.
Aquí donde el romano entendimiento,
Donde el fuego y la llama licenciosa
Solo el nombre dejaron á Cartago,
Vuelve y revuelve amor mi pensamiento,
Hiere y enciende el alma temerosa,
Y en llanto y en ceniza me deshago.

XXXIV.

Gracias al cielo doy que ya del cuello
Del todo el grave yugo he sacudido,
Y que del viento el mar embravecido
Veré desde la tierra sin temello.
Veré colgada de un sutil cabello
La vida del amante embebecido
En su error, y en su engaño adormecido,
Sordo á las voces que le avisan dello.
Alegrárame el mal de los mortales (51);
Mas no es mi corazon tan inhumano
En aqueste mi error como parece,
Porque yo huelgo, como huelga el sano,
No de ver á los otros en los males,
Sino de ver que dellos él carece.

XXXV.

A Mario Galeota.

Mario, el ingrato amor, como testigo
De mi fe pura y de mi gran firmeza,
Usando en mí su vil naturaleza,
Que es hacer mas ofensa al mas amigo;
Teniendo miedo que si escribo y digo
Su condicion abato su grandeza (52),
No bastando su esfuerzo á su crueza,
Ha esforzado la mano á mi enemigo.
Y así, en la parte que la diestra mano
Gobierna y en aquella que declara
Los concetos del alma, fuí herido (53).
Mas yo haré que aquesta ofensa cara
Le cueste al ofensor, ya que estoy sano (54),
Libre, desesperado y ofendido.

XXXVI.

A la entrada de un valle, en un desierto,
Do nadie atravesaba ni se via,
Vi que con estrañeza un can hacia
Extremos de dolor con desconcierto;
Agora suelta el llanto al cielo abierto,
Ora va rastreando por la via;
Camina, vuelve, para, y todavía
Quedaba desmayado como muerto.
Y fué que se apartó de su presencia
Su amo, y no le hallaba, y esto siente:
Mirad hasta dó llega el mal de ausencia.
Movióme á compasion ver su accidente;
Dijele lastimado: «Ten paciencia,
Que yo alcanzo razon, y estoy ausente (55).»

XXXVII.

Estoy contino en lágrimas bañado,
Rompiendo siempre el aire con sospiros;
Y mas me duele el no osar deciros
Que he llegado por vos á tal estado,
Que viéndome do estoy y lo que he andado
Por el camino estrecho de seguiros,

za del libro con este epígrafe: *Soneto de* Garcilaso, *que se olvidó poner á la fin con sus obras.*

(48) Lope, despues de citar en su novela *Las fortunas de Diana* el verso, *Ondas pues no se excusa que yo muera*, dice:

«Y aquí de paso advierta vuestra merced que á muchos ignorantes que piensan que saben espanta que con tales vocablos se dé á Garcilaso el nombre de príncipe de los poetas en España. *Tornada* y otros vocablos que se ven en sus obras era lo que se usaba entonces; y así, ninguno de esta edad debe bachillerear tanto, que le parezca que si Garcilaso naciera en esta no usara gallardamente de los aumentos de nuestra lengua.»

(49) Sigo el texto de Herrera; Tamayo, Gracian y Azara dicen:

Los primeros deleites ha tornado.

(50) Tamayo cree que no es de Garcilaso este soneto. Herrera debió creer lo mismo, pues no lo incluye en su edicion. Sanchez lo tiene por auténtico, y lo mismo Azara.

(51) Así pone este verso Azara; Mayans en su *Retórica* lo escribe así:

Alegraráme el mal de los mortales.

(52) Así Tamayo y Azara. Herrera pone:

Teniendo miedo qué si escribo ó digo
Su condicion, abajo su grandeza.

(53) El conceto del alma, fuí herido. —*Texto de Herrera.*

(54) Le cueste al ofensor; que ya ostoy sano. —*Id.*

(55) No debió tener Herrera por de Garcilaso este soneto. Tamayo, siguiendo á Sanchez, y á mas Gracian y Azara, lo tienen por del mismo autor.

Si me quiero tornar para huiros,
Desmayo viendo atrás lo que he dejado;
Y si quiero subir á la alta cumbre,
A cada paso espántanme en la via
Ejemplos tristes de los que han caido.
Sobre todo, me falta ya la lumbre
De la esperanza, con que andar solia
Por la escura region de vuestro olvido.

XXXVIII.

Siento el dolor menguarme poco á poco,
No porque ser le sienta mas sencillo,
Mas fallece el sentir para sentillo,
Despues que de sentillo estoy tan loco.
Ni en sello pienso que en locura toco,
Antes voy tan ufano con oillo,
Que no dejaré el sello y el sufrillo,
Que si dejo de sello el seso apoco.
Todo me empece, el seso y la locura;
Privame este de si por ser tan mio;
Mátame estotra por ser yo tan suyo.
Parecerá á la gente desvario
Preciarme deste mal, pues me destruyo;
Yo lo tengo por única ventura (56).

CANCIONES.

HABIÉNDOSE CASADO SU DAMA (1).

Culpa debe ser quereros,
Segun lo que en mí haceis;
Mas allá lo pagaréis,
Do no sabrán conoceros,
Por mal que me conoceis.
Por quereros, ser perdido
Pensaba, que no culpado;
Mas que todo lo haya sido
Así me lo habeis mostrado,
Que lo tengo bien sabido.
¡Quién pudiese no quereros
Tanto como vos sabeis,
Por holgarme que pagueis
Lo que no han de conoceros
Con lo que no conoceis!

OTRA.

Yo dejaré desde aquí
De ofenderos mas hablando;
Porque mi morir callando
Os ha de hablar por mí (2).
Gran ofensa os tengo hecha
Hasta aquí en haber hablado,
Pues en cosa os he enojado
Que tampoco me aprovecha.
Derramaré desde aquí
Mis lágrimas no hablando;
Porque quien muere callando
Tiene quien hable por sí.

Á UNA PARTIDA.

Acaso supo, á mi ver,
Y por acierto quereros,
Quien tal hierro fué á hacer,
Como partirse de veros
Donde os dejase de ver.
Imposible es que este tal,
Pensando que os conocia,
Supiese lo que hacia,
Cuando su bien y su mal
Junto os entregó en un dia.
Acertó acaso á hacer
Lo que si por conoceros
Hiciera, no podia ser
Partirse, y con solo veros
Dejaros siempre de ver.

Á UNA SEÑORA,

QUE ANDÁNDOSE ÉL Y OTRO PASEANDO, LES ECHÓ UNA RED EMPEZADA Y UN HUSO COMENZADO Á HILAR EN ÉL, Y DIJO QUE AQUELLO HABIA TRABAJADO TODO EL DIA (3).

De la red y del hilado
Hemos de tomar, Señora (4),
Que echais de vos en un hora
Todo el trabajo pasado.
Y si el vuestro se ha de dar
A los que se pasearen,
Lo que por vos trabajaren
¿Dónde lo pensais echar?

TRADUCCION DE CUATRO VERSOS DE OVIDIO.

Pues este nombre perdí,
Dido, mujer de Siqueo,
En mi muerte esto deseo
Que se escriba sobre mí:
«El peor de los troyanos
Dió la causa y el espada;
Dido, á tal punto llegada,
No puso mas de las manos (5).»

Á BOSCAN,

PORQUE ESTANDO EN ALEMAÑA DANZÓ EN UNAS BODAS.

La gente se espanta toda
Que hablar á todos distes,
Que un milagro que hecistes,
Hubo de ser en la boda.
Pienso que habeis de venir,
Si vais por este camino,
A tornar el agua en vino,
Como el danzar en reir (6).

VILLANCICO.

Nadie puede ser dichoso;
Señora, ni desdichado,
Sino que os haya mirado.
Porque la gloria de veros
En ese punto se quita
Que se piensa mereceros.
Así que, sin conoceros,
Nadie puede ser dichoso,
Señora, ni desdichado,
Sino que os haya mirado (7).

(56) Sanchez y Tamayo tienen por de GARCILASO este soneto. Herrera y Azara lo omiten en sus colecciones. Yo lo tengo por indigno de GARCILASO.

(1) En un manuscrito de Iriarte tiene este epígrafe: *A doña Isabel Freyra, porque se casó con un hombre fuera de su condicion.*

(2) Sé que os ha de hablar por mí.—*Texto de Tamayo.*

(3) En el citado manuscrito de Iriarte tiene este epígrafe: *A doña Mencia de la Cerda, que le dió una red y díjole que aquello habia hilado aquel dia.*

(4) Hemos de sacar, Señora.—*Texto de Tamayo.*

(5) En las obras de don Diego de Mendoza (Madrid, 1610) se hallan como de este caballero los ocho versos siguientes, iguales á los que en el texto aparecen como de GARCILASO, segun Tamayo y Azara.

Dido, mujer de Sicheo,
Pues que tal nombre perdí,
Que se escriba sobre mi
Este título deseo:
«El peor de los troyanos
Dió la causa y el espada;
Dido, á tal punto llegada,
Puso la muerte y las manos.»

(6) No se halla esta cancion en las ediciones de GARCILASO, sino en el citado manuscrito de Iriarte. Publicóla Gayangos en el tomo II de la *Historia de la literatura española*, por Ticknor.

(7) No se halla en ediciones de GARCILASO, sino en el códice de Iriarte. Publicólo Gayangos en el tomo II de la *Historia literaria de España*, por Ticknor.

COPLA SOBRE ESTE VILLANCICO.

¿Qué testimonios son estos
Que le quereis levantar?
Que no fué sino bailar.

¿Esta tienen por gran culpa?
No lo fué á mi parecer,
Porque tiene por disculpa
Que lo hizo la mujer.
Esta le hizo caer,
Mucho mas que no el saltar
Que hizo con el bailar (8).

(8) Segun se ve en las obras de Boscan, esta copla fué escrita *á don Luis de la Cueva porque bailó en palacio con una dama que llamaban la Pájara.* Tambien escribieron al mismo asunto Boscan, el duque de Alba, el prior de San Juan, don Hernando Alvarez de Toledo, el clavero de Alcántara, don Luis Osorio, don Garcia de Toledo, Gutierre Lopez de Padilla y el marqués de Villafranca: todos glosando el villancico.

GARCIAE LASI DE LA VEGA

AD FERDINANDUM DE ACUÑA.

EPIGRAMMA.

Dum Reges, Fernande, canis, dum Caesaris altam
Progeniem nostri, claraque facta ducum,
Dum hispana memoras fractas sub cupide gentes,
Obstupuere homines, obstupuere Dii;
Extollensque caput sacri de vertice Pindi
Calliope blandis vocibus haec retulit:
Macte puer, geminâ praecinctus tempora lauro,
Qui nova nunc Martis gloria solus eras,
Haec tibi dat Bachusque pater, dat Phoebus Apollo;
Nympharumque leves, castalidumque chori,
Ut, quos divino celebrasti carmine Reges,
Teque simul curvâ qui canis alma lyrâ,
Saepe legant, laudent, celebrent post fata nepotes:
Nullaque perpetuos nox fuget atra dies (9).

(9) Hállase este epígrama en la traduccion de *El Caballero determinado*, hecha por Acuña. (Anvers, 1555; Salamanca, 1575; Anvers, 1591, etc.)

FIN DE LAS POESÍAS DE GARCILASO DE LA VEGA.

POESIAS

DE

GUTIERRE DE CETINA.

JUICIOS CRITICOS.

DE FERNANDO DE HERRERA.

(*En las* Anotaciones á las obras de Garcilaso de la Vega.)

En Cetina, cuanto á los sonetos particularmente, se conoce la hermosura y gracia de Italia; y en número, lengua, terneza y afectos ninguno le negará lugar con los primeros; mas fáltale el espíritu y vigor, que tan importante es en la poesía; y así, dice muchas cosas dulcemente, pero sin fuerzas. Y paréceme que se ve en él y en otros lo que en los pintores y maestros de labrar piedra y metal, que afectando la blandura y policía de un cuerpo hermoso de un mancebo, se contentan con la dulzura y terneza, no mostrando alguna señal de nervios y músculos, como si no fuese tanto mas diferente y apartada la belleza de la mujer de la hermosura y generosidad del hombre, que cuanto dista el rio Ipanis del Eridano; porque no se ha de enternecer y humillar el estilo de suerte que le fallezca la vivacidad y venga á ser todo desmayado y sin aliento, aunque Cetina muchas veces, ó sea causa la imitacion ó otra cualquiera, es tan generoso y lleno, que casi no cabe en sí. Y si acompañara la erudicion y destreza del arte al ingenio y trabajo, y pusiera intencion en la fuerza como en la suavidad y pureza, ninguno le fuera aventajado.

DE DON DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO.

(*En la* República Literaria.)

Casi en aquellos tiempos floreció Cetina, afectuoso y tierno; pero sin vigor ni nervio (1).

(1) Así en este juicio de Cetina, como en el de Garcilaso y Hurtado de Mendoza, siguió Saavedra Fajardo á Fernando de Herrera.

POESIAS

DE GUTIERRE DE CETINA.

COMPOSICIONES VARIAS.

SONETO PRIMERO.

Como garza real, alta en el cielo,
Entre halcones puesta y rodeada,
Que siendo de los unos remontada,
De los otros seguirse deja á vuelo;
Viendo su muerte acá bajo en el suelo,
Por oculta virtud manifestada,
No tan presto será de él aquejada,
Que á voces mostrará su desconsuelo.
Las pasadas locuras, los ardores
Que por otras senti, fueron, Señora,
Para me levantar remontadores.
Pero viéndoos á vos, mi matadora,
El alma dió señal en sus temores
De la muerte que paso cada hora.

SONETO II.

Si tras de tanto mal me está guardado
Algun bien de que estoy tan fuera agora,
Aun espero por vos cantar, Señora,
Con estilo mas alto que he llorado.
Entonces será el bien mas estimado,
Por no haber de él jamás sabido un hora,
Cual madre que por muerto al hijo llora,
Se alegra en verlo vivo á sí tornado.
Entonces contaré de la tormenta,
Seguro de zozobras en el puerto,
Y placeráme la pasada afrenta.
Desterraré al dolor, que sin concierto
Me suele fatigar, do nunca sienta
Nueva, ni sepa de él si es vivo ó muerto.

SONETO III.

Como está el alma á nuestra carne unida,
En los miembros las partes igualmente,
Y como cada miembro el alma siente
Entera en sí y en todos repartida,
Y como si una parte es dividida
Del cuerpo por algun inconveniente,
El alma queda entera y tan potente
Cual siempre, sin que pueda ser partida.
Así el amor en mí no se acrecienta
Por mas favor, ni cuando mas padece
El triste corazon muda el estado.
Muéstrase amor en mí como tormenta
De mar, que cuando mas con furia crece,
Su término no pasa limitado.

SONETO IV.

Si no fuese juzgado atrevimiento,
Si vuestra crueldad lo comportase,
Que vuestro servidor llamarme osase,
De solo el nombre viviria contento.
Tal os pinta en mi alma el pensamiento,
Que no os miré jamás que no juzgase
Temeridad el bien que desease;
Y de tal desvarío me arrepiento.
Enójome de haber mas deseado,
Y acusando á mí mismo mi locura,
De cuanto deseé no quiero nada.
Solo en veros consiste mi ventura,
Todo lo porvenir me desagrada;
El bien presente es mas que el mal pasado.

SONETO V.

Contento con el mal de amor vivia,
Habiendo el alma en él hábito hecho;
Su daño principal ni su provecho
No me alteraba ya ni lo sentia.
Hora ha querido la desdicha mia
Con otro nuevo mal herirme el pecho;
Este me desbarata y me ha deshecho,
Mientras menos del otro me temia.
Como enfermo que está ya confiado
Que no puede morir de un mal que tiene,
Por haberse en el uso así guardado,
Cualquier nuevo accidente que le viene
Diferente de aquel que habia pensado,
Le hace recelar mas que conviene.

SONETO VI.

Para ver si sus ojos eran cuales
La fama entre pastores extendia,
En una fuente los miraba un dia
Dórida, y dice así, viéndolos tales:
«Ojos, cuya beldad entre mortales
Hace inmortal la hermosura mia,
¿Cuáles bienes el mundo perderia
Que á los males que dais fuesen iguales?
»Tenia antes de os ver por atrevidos,
Por locos temerarios los pastores
Que se osaban llamar vuestros vencidos.
»Mas hora, viendo en vos tantos primores,
Por mas locos los tengo y mas perdidos
Los que os vieron, si no mueren de amores.»

SONETO VII.

En un olmo Vandalio escribió un dia,
Do la corteza estaba menos dura,
El nombre y la ocasion de su tristura;
Despues mirando al cielo, así decia:
«Tanto crezcas, ¡oh bella planta mia!
Que al mas alto ciprés venzas de altura,
Y tanta sea mayor tu hermosura
Cuanta aquella de Dórida seria.
»Crezcan á par del olmo en su grandeza
Las letras del amado y dulce nombre,
Y en él hagan perpetua su memoria;
»Porque los que vendrán sepan que un hombre
Levantó el pensamiento á tanta alteza,
Que es digno al menos de inmortal renombre.»

SONETO VIII.

Remedio incierto que en el alma cria
La ponzoña que da vida al tormento;
Madrastra del cuitado sufrimiento,
De nuestros bienes robadora arpía;
Oscura luz, que por tinieblas guia,
Falso esfuerzo del loco pensamiento,
Dificultoso bien del sentimiento,
Peligroso manjar de la porfía;
Siempre fiera con rostro de doncella,
Fuego que blandamente nos consume,
Jarabe dulce de alargar los males;
Bien do el daño mayor se anida y sella,
¿Quién será tal que tus maldades sume?
¡Oh misera esperanza de mortales! (1)

SONETO IX.

Ponzoña que se bebe por los ojos,
Dura prision, sabrosa al pensamiento,

(1) Fernando de Herrera publicó este soneto en las *Anotaciones á las obras de Garcilaso*. Hállase tambien en el códice del señor don José María de Alava.

Lazo de oro cruel, dulce tormento,
Confusion de locuras y de antojos;
Bellas flores mezcladas con abrojos,
Manjar que al corazon trae hambriento,
Daño que siempre huye el escarmiento,
Minero de placer, lleno de enojos;
Esperanzas inciertas, engañosas,
Tesoro que entre el sueño se parece,
Bien que no tiene en sí mas que la sombra,
Inútiles riquezas, trabajosas,
Puerto que no se halla, aunque parece,
Son efectos de aquel que Amor se nombra.

SONETO X.

Si de una piedra fria enamorado,
Pudo Pigmaleon mover el cielo;
Si pudo á tanto ardor poner consuelo
Falso espíritu, en ella trasformado;
Siendo retrato vos tan bien sacado
De la mayor beldad que hay en el suelo,
Y siendo ante mi ardor el suyo un hielo,
¿Por qué no me ha el Amor á mí engañado?
¡Ay de mí! ¿Para qué? ¿Qué es lo que pido?
Si espíritu tuviese esta pintura,
¿Podria mejorarse mi partido?
No, porque en caso tal ¿quién me asegura
Se os hubiese en las mañas parecido
Tanto como os parece en la hermosura?

CANCION PRIMERA.

Guardando su ganado
Cerca el Bético rio,
Vandalio al pié de un álamo sombroso,
En la yerba sentado,
Que llena de rocío,
Mostraba el verde prado mas hermoso,
En un acto lloroso
La zampoña sonaba,
Y en las grutas oscuras
De sus desaventuras
Eco el último acento discantaba;
Y en voz baja cantando,
Decia de cuando en cuando:
«Dórida, tus cabellos
Mas rubios son que el oro,
Y mas claros que el sol de mediodía;
Mas cara prenda que ellos
Ni mas rico tesoro
No lo alcanza á pensar la fantasía.
La triste vida mia
Colgada de ellos veo.
Ved si está bien librada,
De un cabello colgada,
Faltando la esperanza á mi deseo;
Pues se llaman cabellos
Porque estoy léjos dellos.
En sútil velo envueltos,
En trenzas por la frente,
O debajo de red tal vez guardados,
O prendados ó sueltos,
Si el sol está presente,
De invidioso, se esconde en los nublados.
¡Ay rabiosos cuidados!
¡Oh trabajosa suerte!
Cuando los veo muero,
Cuando no, desespero,
Y en morir el deseo se convierte.
¡Oh dichosos cabellos!
Y mas quien puede vellos.
A veces imitando
A la sacra Diana,
Los orna con guirnaldas de mil flores;
Y Amor, que está mirando
La beldad soberana,
Se enciende en el amor de sus amores.
Mil celosos temores
Tengo de enamorado.
Digo: «Si Amor la hiere,
Si para sí la quiere,
¿Para qué es mi pasion y mi cuidado?
Si Amor se inflama dellos,
¿Para qué quiero vellos?
Pensar poder gozallos,
Gran locura parece,
Que su valor cualquier valor apoca.
En vano es deseallos,
Pues sola los merece
La mano delicada que los toca.
¡Ay esperanza loca!
Ay tristes ansias mias!
Si gozar no se puede
Bien que al mayor excede,
Desdichado deseo, ¿en qué confias?
Ni puedes gozar dellos
Ni dejar de querellos.
De cabellos tejida
Fué la bella cadena
En que mi corazon se halla envuelto,
Con tal cautela urdida,
Que entonces da mas pena
Cuando pienso que estoy della mas suelto.
Si desta pena absuelto
Alguna vez me viese,
No prision trabajosa,
Mas libertad dichosa,
Seria para mí cuando así fuese;
Mas el no merecellos
Es el mal que hay en ellos.
Para el arco homicida
Hizo Amor con gran arte,
De tus cabellos, Dórida, la cuerda,
Por hacer que la vida,
Mientra del alma parte,
La gana de morir del todo pierda;
Que como se me acuerda
De aquel color divino,
Luego al vivir el paso
Suelto, cansado y laso,
Do la contemplacion muestra el camino.
Mas ¿quién podrá con ellos,
Si el Amor se arma dellos?
Aquel oro extremado,
Resplandeciente y puro,
Que el aurora nos muestra antes del dia,
Dicen que no es hurtado;
Pero yo afirmo y juro
De tus cabellos ser, Dórida mia.
La Aurora, que sabia
Tu beldad extremada,
Te los robó durmiendo,
Y agora va huyendo
De aquel de quien fué ya tal vez burlada.
Febo sigue tras ellos;
Yo me pierdo por ellos.
En la esfera del fuego,
De su calor mas fuerte,
De tus cabellos fué el color sacado,
Cuya calidad luego
Dió nuevas de mi muerte
Al hielo que en tu pecho está encerrado.
Así será forzado,
Entre contrarios puesto,
Que mi vivir se acabe,
Porque en razon no cabe
Sufrir la crueldad quien vió tu gesto.
Si hay fuego y hielo entre ellos,
¿Quién se guardará dellos?
Cabellos, mientra os miro,
De la cruel Medusa
La bella forma y el peligro veo.
Ardo, hielo y suspiro,
Y el alma, de confusa,
En los brazos se deja del deseo.
¡Oh escudo de Perseo!
¡Amor, si por hazaña
Hora yo lo tuviese,
Porque Dórida viese
De sus cabellos la beldad extraña!
Mas si se vence dellos,
¿Cómo podré mas vellos?
Cancion, si en los cabellos,
Siendo la menor parte
De su beldad, hay tanta hermosura;
Si la señora dellos
Te llama, baja á darte,
Pues no cabe tal bien en tal ventura.

Dile que para amallos
Te sobra lo que falta en alaballos.

SONETO XI.

¿En cuál region, en cuál parte del suelo,
En cuál bosque, en cuál monte, en cuál poblado,
En cuál lugar remoto y apartado,
Puede ya mi dolor hallar consuelo?
Cuanto se puede ver debajo el cielo,
Todo lo tengo visto y rodeado;
Y un medio que á mi mal habia hallado,
Hace en parte mayor mi desconsuelo.
Para curar el daño de la ausencia
Pintoos cual siempre os vi, dura y proterva;
Mas Amor os me muestra de otra suerte.
No querais á mi mal mas experiencia,
Sino que ya, como herida cierva,
Do quier que voy, conmigo va mi muerte.

SONETO XII.

Con ansia que del alma le salia,
La mente del morir hecha adivina,
Contemplando Vandalio la marina
De la ribera bética, decia:
«Pues vano desear, loca porfía
A la rabiosa muerte me destina,
Mientras la triste hora se avecina,
Oye mi llanto tú, Dórida mia.
»¡Oh si tu crueldad contenta fuese,
Por premio de esta fe firme y constante,
Que sobre mi sepulcro se leyese,
»No en letras de metal, mas de diamante:
Dórida ha sido causa que muriese
El mas leal y el mas sufrido amante!»

SONETO XIII.

¡Ay sabrosa ilusion, sueño suave!
¿Quién te ha enviado á mi? ¿Cómo viniste?
¿Por dónde entraste al alma, ó qué le diste
A mi secreto por guardar la llave?
¿Quién pudo á mi dolor fiero, tan grave,
El remedio poner que tú pusiste?
Si el ramo tinto en Lete en mí esparciste,
Ten la mano al velar que no se acabe.
Bien conozco que duermo y que me engaño
Mientra envuelto en un bien falso, dudoso,
Manifiesto mi mal se muestra cierto;
Pero, pues excusar no puedo un daño,
Hazme sentir ¡oh sueño piadoso!
Antes durmiendo el bien que el mal despierto.

SONETO XIV.

Dulce, sabrosa, cristalina fuente,
Refugio al caluroso ardiente estio,
Adonde la beldad del ídol mio
Hizo tu claridad mas trasparente,
¿Qué ley permite, qué razon consiente
Un pecho refrescar helado y frio,
En quien fuego de amor, fuerza ni brio
Ni muestra de piedad jamás se siente?
¡Cuánto mejor barias si lavases
De este mi corazon tantas mancillas,
Y el dolor que lo abrasa mitigases!
Aquí serian, Amor, tus maravillas
Si en estas ondas un señal mostrases
De mis penas á quien no quiere oillas.

MADRIGAL PRIMERO.

Ojos claros, serenos,
Si de un dulce mirar sois alabados,
¿Por qué, si me mirais, mirais airados?
Si cuando mas piadosos,
Mas bellos pareceis á aquel que os mira,
No me mireis con ira,
Porque no parezcais menos hermosos.
¡Ay tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
Ya que así me mirais, miradme al menos (2).

(2) Así se lee este madrigal en el códice del señor don José María de Alava. Sedano, en el *Parnaso español*, lo imprimió de esta suerte, que es como hasta hoy se ha conocido:

Ojos claros serenos,
Cubrir los bellos ojos
Con la mano que ya me tiene muerto,
Cautela fué por cierto;
Que ansí doblar pensastes mis enojos.
Pero de tal cautela
Harto mayor ha sido el bien que el daño;
Que el resplandor extraño
Del sol se puede ver mientra se cela.
Así que, aunque pensastes
Cubrir vuestra beldad, única, inmensa,
Yo os perdono la ofensa,
Pues, cubiertos, mejor verlos dejastes.

MADRIGAL II.

SONETO XV.

Leandro, que de amor en fuego ardia,
Puesto que á su deseo contrastaba,
Al fortunoso mar, que no cesaba,
Nadando á su pesar, vencer queria.
Mas viendo ya que el fin de su osadía
A la rabiosa muerte lo tiraba,
Mirando aquella torre en donde estaba
Ero, á las fieras ondas se volvia,
A las cuales con ansia enamorada
Dijo: «Pues aplacar furor divino,
Enamorado ardor no puede nada,
»Dejadme al fin llegar de este camino,
Pues poco he de tardar, y á la tornada
Secutad vuestra saña y mi destino (3).»

SONETO XVI.

Padre Oceano, que del bel Tirreno
Gozas los amorosos abrasados
De gloria, si sintieses mis cuidados,
Cuanto yo de pesar estarias lleno.
En la parte del cielo mas sereno,
Para colmar la cima de tus hados,
Vi á tu hijo bañar los delicados
Piés de una ninfa que nació en su seno.
«¡Ay! ¿Quién fuese ora tú?» yo le decia;
Y de puro celoso, lo enturbiaba
Con llanto que del alma me salia.
Mas él, que tanto bien comunicaba
Mientra con mi llorar lo revolvia,
Claro en sus ondas mi dolor mostraba.

SONETO XVII.

¡Dichoso desear, dichosa pena,
Dichosa fe, dichoso pensamiento,
Dichosa tal pasion y tal tormento,
Dichosa sujecion de tal cadena;
Dichosa fantasía, de gloria llena,
Dichoso aquel que siente lo que siento,
Dichoso el obstinado sufrimiento,
Dichoso mal, que tanto bien ordena;
Dichoso el tiempo que de vos escribo,
Dichoso aquel dolor que de vos viene,
Dichosa aquella fe que á vos me tira;
Dichoso quien por vos vive cual vivo,
Dichoso quien por vos tal ansia tiene,
Felice el alma que por vos suspira!

SONETO XVIII.

La víbora cruel, segun se escribe,
Si á alguno muerde, es ya caso sabido
Que no escapa de muerto el tal mordido,
Por poco que el veneno en él se avive;
Pero, si por ventura acaso vive,
Que aunque es dificultoso, ya se vido,

Si de dulce mirar sois alabados,
¿Por qué, si me mirais, mirais airados?
Si cuanto mas piadosos,
Mas bellos pareceis á quien os mira,
¿Por qué á mí solo me mirais con ira?
Ojos claros serenos,
Ya que así me mirais, miradme al menos.

(3) Hállase este soneto tambien impreso en las *Anotaciones á Garcilaso* por Fernando de Herrera, el cual dice: «CETINA, que parece quiso contender con Garcilaso en algunos sonetos, hizo este mesmo desta suerte.»

Queda de otro veneno defendido,
Que ni le empece ni hay por qué lo esquive.
Ya que por mayor mal quiso ventura
Que no muriese yo, despues que el cielo
Me dejó ver en vos su hermosura,
No tengais en mi fe, dama, recelo;
Que el ser sujeto vuestro os asegura
Que no me encenderá beldad del suelo.

CANCION II.

A la esperanza.

¡Ay, mísera esperanza!
¿Qué me aprovecha andar desvanecido
Contra toda razon, sin fundamento,
Haciendo confianza
De cosas do jamás certeza ha habido,
Engañando al cuitado entendimiento?
¡Tristes torres de viento,
Cuán cerca llega ya vuestra caida,
Pues no puedo esperar ni quiero vida!
¡Esperanza engañosa,
Que con promesas falsas, aparentes,
Me has tenido suspenso, embarazado!
¡Ay, alma deseosa
De salir ya de mil inconvenientes!
¿No es tiempo que se acabe este cuidado?
¡Ay, cuán desengañado
Está quien sabe bien que es mal que espere
El que por menos mal la muerte quiere!
¡Esperanza perdida!
¿Qué me puedes poner delante ahora?
Qué te puede quedar ya por mostrarme,
Si yo no quiero vida,
Que cuanto dura mas, mas empeora?
¿Piensas me la alargar para matarme?
¡Ay! que no hay que mostrarme
Razones mal fundadas; que es locura
Hablar de vida al que morir procura.
¡Ay, esperanza incierta!
¡Cuánto fuera menor mi desventura
Si razon de esperar jamás tuviera!
Viera mi duda cierta;
Y pues no basta amor do no hay ventura,
Con mi fortuna el desear midiera.
¡Ay, cuánto mejor fuera
Que la razon del esperar faltara,
Y en lugar de esperar, desesperara!
¡Ay, esperanza loca!
En fuerza de tu fe solo pensabas
Salvarte de un engaño que así engaña.
Ya la vida se apoca;
Que aquel mismo manjar que antes le dabas
De su pasado error la desengaña.
¡Ay, pena fiera extraña!
¿Qué puedes ya hacer para dañarme
Ni para entretenerme ni engañarme?
¡Esperanza traidora!
Debajo de amistad me has engañado;
Súfrese pues prender sobre seguro,
Si mi mal no mejora,
Ni lo sufre un dolor de un tal cuidado,
¿Cómo tarda el morir, pues lo procuro?
¡Ay, hado triste y duro!
Que es el mismo morir quien me entretiene,
Porque donde hay vivir muerte no viene.
¡Esperanza grosera,
De seso falta, falta de experiencia!
¿Sobre qué estribas ya, qué te sustenta,
Vida rabiosa y fiera?
Acábame á lo menos la paciencia;
Ya que acabaste tú, no se consienta.
¡Ay, peligrosa afrenta!
Si la esperanza ha visto el desengaño,
¿Qué puede ya esperar sino mas daño?
¡Esperanza cuitada!
¡Ay, si supieses bien cuán caro cuesta
El manjar de que vives trabajoso!
¡Cuánto mas descansada
Te seria una muerte alegre y presta
Que un vivir tan cansado y enojoso!
¡Ay, último reposo,
No se dilate mas nuestra partida;
Que al que se ha de morir, muerte le es vida!
Cancion, permita el cielo
Que sea esta del cisne; y pues alcanza
De cuenta mi dolor á la esperanza,
Alcance ya el recelo
Que se acabe el vivir y el desconsuelo.

SONETO XIX.

Al secretario Gonzalo Perez.

«No mas, como solia, jocundo y vago
Te veo correr dorando tu ribera;
Mas turbio de mis lágrimas, la fiera
Llama crecer, que yo llorando apago.
»Ya no te muestra el cielo aquel halago
Con que suele adornar tu primavera;
Ya no es tu claridad la que antes era»,
Decia Pireno contemplando el Tago.
«¿Qué será de tí, mísero Pireno,
Tornó á decir llorando, si el pasado
Tiempo no torna alegre cual solia?»
Vandalio, que el dolor de mal ajeno
Hacia recordar su propio estado,
Lloraba de piedad mientras le oia.

SONETO XX.

A la princesa de Molfeta.

Como al rayo del sol nueva serpiente
En virtud del calor sale y se aviva,
Muéstrase mas lozana y mas altiva,
Y el esfuerzo y valor doblado siente;
Y como mientra el sol no es tan caliente,
La falta del calor hace que viva
Tímida, solitaria, oscura, esquiva,
Do ni la pueda ver ni vea la gente;
Tal ha sido de mí, señora mia,
Que en virtud del calor de los favores,
Mientra el sol me duró, ledo vivia,
Hasta que los helados disfavores
Hicieron encoger mi fantasia,
Esconderme y huir de los amores.

SONETO XXI.

Como se turba el sol y se escurece
Si nube se interpone ó turbio el cielo,
Dejando oscuro y triste acá en el suelo
Todo cuanto con él claro parece;
Y como estando así nos aparece
Fuera de aquella nube y de aquel velo,
Y llevando lo oscuro el aire á vuelo,
La claridad del sol mas resplandece;
Tales me son á mi vuestros enojos;
Que mirándoos airada ó descontenta,
Se torna oscura noche el claro dia;
Mas en viendo la luz de vuestros ojos,
Alegre luego el alma os me presenta
Mil veces mas hermosa que solia.

SONETO XXII.

Al principe de Ascoli.

Cuando algun hecho grande y gloriöso
O victoria de ejército alcanzaban,
Arcos, colosos, mármoles alzaban
Los romanos al que era victorioso.
Quedaba el nombre así de aquel famoso,
Y de una envidia honesta despertaban
Los ánimos de aquellos que aspiraban
Venir á un fin tan alto y glorioso.
Estos escudos de armas, los trofeos,
Las memorias que veis en cada parte,
Príncipe digno de inmortal historia,
Despertadores son de los deseos
Que á un hijo tal, cual vos, del nuevo Marte
Harán subir á la paterna gloria.

ANACREONTICA.

De tus rubios cabellos,
Dórida ingrata mia,
Hizo el Amor la cuerda
Para el arco homicida.
«Ahora verás si burlas

De mi poder»; decia,
Y tomando una flecha,
Quiso á mí dirigirla.
Yo le dije: «Muchacho,
Arco y arpon retira;
Con esas nuevas armas,
¿Quién hay que te resista?»

EPISTOLA PRIMERA.

A don Diego Hurtado de Mendoza.

Si aquella servitud, señor don Diego,
Que con vos tuve, agora no tuviese,
Seria de saber muy falto y ciego.
Aquel amor que solo de interese
Nace, fué por divina providencia
Ordenado que á tiempo pereciese;
Mas el de la virtud, el de la ciencia
No puede perecer, porque es tesoro
Que muestra siempre en sí mas excelencia;
Yo observo en el amaros el decoro,
Y como enamorado, os amo tanto,
Que casi como á un ídolo os adoro.
Anegada en el mar de un luengo llanto
Ha estado hasta aquí la musa mia,
Sin poder acordar la lira al canto.
El cielo de mi dulce fantasía
Vi todo revolver y escurecerse
Cuando pensé que comenzaba el dia.
Y el sentido, que apena condolerse
Podia de su mal, siendo infinito,
No pudo en otra cosa entremeterse.
Esto causó, Señor, que no os he escrito,
Como os prometí, cuando de Trento,
Partisteis tan mohino y tan aflito,
Hasta agora, que el puro descontento
Puso al furor las armas en la mano,
No al poético, no, mas al tormento.
Y aunque parezca especie de liviano
Lo que Febo hallar dificultoso
Suele, la indignacion ha hecho llano.
En una confusion estoy dudoso,
Que no sé qué os escriba que os agrade,
Que pueda al gusto vuestro ser sabroso.
Desta guerra he temor que os desagrade;
Del suceso de corte no hay qué escriba;
De amor ¿qué diré yo que no os enfade?
La imágen de Boscan, que casi viva
Debeis tener, hará en vuestra memoria
La mas hermosa para ser esquiva.
Y el Laso de la Vega, cuya historia
Sabeis, de piedad y envidia llena,
Digo de invidiosos de su gloria.
Yo, que á volar he comenzado apena,
Apenas oso alzarme tanto á vuelo,
Que no lleve los piés por el arena.
Vos, remontado allá casi en el cielo,
Paciendo el alma del manjar divino,
¿Quién sabe si quereis mirar al suelo?
Mas ante que volverme del camino,
Acuerdo de decir alguna cosa
En estilo grosero ó peregrino.
Será el sugeto pues aquella honrosa
Empresa que en este año ha César hecho,
Tanto cuanto difícil, gloriosa.
Ver un tirano en dos horas deshecho,
Tan fuerte y atrevido, que hacia
A los mayores que él tremer el pecho.
No vencido de amor ni cortesía,
Ni fortuna en vencerle tuvo parte,
Mas de solo valor y gallardía.
Allí era de notar el nuevo Marte,
Fernando, capitan de aquesta guerra,
El ánimo, el valor, ingenio y arte;
Allí se vió en el sitio de una tierra,
Dura de nombre, asaz *dura* y extraña,
Si en ánimo español virtud se encierr .
Con razon memorar puedes, ¡oh España!
Entre las otras tantas memorables,
Esta, que no será menor hazaña
Profundos fosos, muros impugnables
Hierro, lanzas, saetas, piedras, fuego,
Animos de leones indomables,
En un asalto, sin tomar sosiego,
El cual duró cuatro horas, poco menos,
Fueron domados á la fin del fuego.
Allí de cuerpos muertos se vian llenos
Los fosos, palpitando las heridas,
Lastimero espectáculo á los buenos;
Allí perdieron las honradas vidas
Doscientos alemanes caballeros,
De quien los nuestros fueron homicidas;
Sin otros paisanos y extranjeros,
Al número de mil, á quien la suerte
Tocó á pasar por tan extraños fueros.
El incendio cruel, la fiera muerte,
El robo, el mal que en Dura hacer vieron,
Junto con expugnar plaza tan fuerte,
Hizo que los demás merced pidieron,
Y con su Duque mal aconsejado
En las manos de César se pusieron.
Ellos absueltos, él fué perdonado;
Y el ejército nuestro victorioso,
De Gueldres en Henao presto pasado,
Do en llegando, llegó tempestuoso
Juntamente el invierno, y tan esquivo,
Que hizo el campear dificultoso.
Así fué fuerza de mudar motivo
Y contentarnos con menor ganancia,
Dejando el pensamiento mas altivo.
Opuso, Señor, cerca el rey de Francia,
Por si socorrer podia la villa,
Que á él era de honor y de importancia.
Y porque publicaba á maravilla
Deseo de hacer jornada cierta,
Nuestro César no quiso diferilla;
Antes se puso en la campaña abierta,
Y á tiro de cañon se le presenta,
Mostrándole, si quiere entrar, la puerta.
Mas él, que verse en semejante afrenta
No quiso, ni tentar mas su ventura,
Con socorrer su villa se contenta.
Carlo Quinto lo llama y lo importuna
Y ofrece la batalla, de que habia
El francés poca gana ó no ninguna.
Y bien nos lo mostró el tercero dia,
Que nuestro campo cerca de él pusimos,
Cuál era su intencion y á qué venia;
Fuésenos una noche, y no le vimos
Apenas ir, y al fin de la jornada
El veló bien, nosotros nos dormimos.
César dejó despues holgar la espada,
Que en las francesas armas fiera mella
Ha hecho, sin quedar escarmentada.
Y si bien de la fin de esta querella
Cada cual á su gusto ordena y trata,
Y sobre la verdad la pasion sella,
Yo querria decir, pues no me mata
Nadie, que hizo el Rey la bella empresa
Mala rima mi forza á dir cacata.
Por abreviar, nuestro César tenia presa
Fortuna por el pelo, y hásele ido;
Piadosamente pienso que le pesa.
El Rey se fué; digo que se ha huido
Sin daño y con vergüenza, y ha quedado
Quien lo dejó huir muy mas corrido.
La culpa cúya fué no he procurado
Ni procuro saber; mas cierto veo
A César en tal caso disculpado.
Ya me parece que tendréis deseo
De saber los que mas se señalaron
Y quién llevó la gloria y el torneo.
Algunos caballeros se hallaron
En las escaramuzas, que de España
La fama gloriosa conservaron.
Los demás, y aun los mas, en una extraña
Escuadra ó escuadron contino puestos,
No pudieron de sí mostrar hazaña.
De la disposicion y de los gestos
Cómo las armas les estaban callo,
Pues ya todos á nos son manifiestos.
Lo bueno yo no sé sino alaballo;
Si algo hubo de mal, que nunca falta,
A la presencia pienso reservallo.
Mas quisiera decir, sino que salta
El furor por seguir otra materia,

Si no más agradable, al fin mas alta.
Pensé deciros del novel de Feria
Cómo con su valor ha desterrado
Desta corte los vicios y miseria.
Y cómo en cuatro pasos ha alcanzado
Los que primero dél corrieron tanto,
Y algunos ó los mas atrás dejado.
Pero, tornando al comenzado canto,
El humo y vanidad de aquesta corte
Me tiene puesto en confusion y espanto.
No pienso decir mas sin pasaporte;
De la corte murmuro y della digo,
Mas de ninguno nada que le importe.
Yo pienso que es á Dios y á sí enemigo
Quien niega la verdad, y por favores,
Por amor ni temor de algun castigo.
¿Qué os parece, Señor, destos señores?
De su ambicion y envidia ¿qué os parece?
Qué de la multitud de servidores?
¿Qué decis de la pena que padece
Un grande si otro le ha pasado en nada,
Y cómo la igualdad mal compadece?
¿Qué decis del tener mesa parada
Todas horas á todos, do hay algunos
Que desean probar en él su espada?
¿Qué decis del sufrir mil importunos?
Qué de la adulacion que ansí los ciega,
Sin que della escapar puedan ningunos?
Del cortesano triste que se allega
A demandar al Rey alguna cosa,
¿Cuál queda, me decid, si se la niega?
Y el otro que ni duerme ni reposa
Por llegar á aquel grado que desea,
¡Qué vida tan estrecha y trabajosa!
El otro con envidia urde y no deja
Cómo podrá sacar de su privanza
A tal que en hacer toda la emplea.
¿Qué os parece, Señor, de la esperanza
Que grande se le muestra en perspectiva?
¡Cuán poco fruto al fin della se alcanza!
¡Qué extraña presuncion vana y altiva
Se halla en corte de un privado injusto,
Y qué conversacion, seca y esquiva!
¡Cómo toma otro ser, muda otro gusto,
El que, siendo ayer pobre, hoy se ve rico!
Tirano es hoy aquel que era ayer justo.
¿Qué os parece cuál es tratado el chico
Del grande hecho á fuerza de fortuna,
Del poderoso el triste pobrecico?
¿Qué juzgais de la turba que importuna
A quien hacelle bien tan poco cuesta,
Sin poder dél haber merced ninguna?
Del ansia por salir en una fiesta
Mas galan que no el otro y mas costoso,
Tanto gasto y trabajo ¿qué le presta?
El otro va trotando presuroso
A acompañar al Duque, si cabalga,
Como si sin él fuera peligroso.
Aquel está esperando que el Rey salga
En sala por hacer antes presencia;
Si esta no es ignorancia, que no valga.
¿Qué decis del que teme haber sentencia
En contra el sobornar de su letrado
Cual del uno y del otro la conciencia?
El cortesano cuerdo y avisado
Que no quiere nadar con la corriente
Del vulgo, me decid, ¿cómo es tratado?
Dicen que es importuno el diligente,
Mentir y trampear es beneficio,
El cauteloso dicen que es prudente.
Han convertido el juego en ejercicio
Comun; juegan los grandes, los plebeos;
Armas y letras van ya en precipicio.
Ya cesaron las justas y torneos;
La crápula y lascivia en lugar destos
Entraron, con mil otros actos feos.
¡Cuántos veréis en alto asiento puestos,
Soberbios, insolentes, desleales,
Hipócritas, viciosos, deshonestos!
¿Por qué hizo fortuna desiguales
Sus leyes? Por qué es rico un avariento?
Por qué mendigan tanto liberales?
¿Por qué no viviria yo contento,
Y el que mejor que yo vivir podria
En casa y del paterno nutrimiento?
¿Para qué es ocupar la fantasía
En desear mandar, y en grandes cargos
Andar embebecidos noche y dia?
Los años de los ricos ¿son mas largos,
Por aventura, ó viven mas quietos,
O muertos no han de dar de sí descargos?
¿No son, como los pobres, tan sujetos
Los ricos á mil casos desastrados,
Si bien no corresponden los efetos?
¿Cuál rico hay que no tenga mil cuidados
Mas que yo, que el temor de caso adverso
No interrumpe mis sueños reposados?
¡Oh cuánto es su vivir del mio diverso!
¡Cuánto es la mia mas alegre vida!
¡En qué piélago está ciego y sumerso!
Yo, que por experiencia conocida
Tengo la corte ya, voyme riendo
De quien sigue tras cosa tan perdida.
Y digo que es la corte, si la entiendo,
Una cierta ilusion, una apariencia
Que se va poco á poco deshaciendo.
De la corte no hago diferencia
Al espejo, que muestra algunas cosas
Graves, que nada son en existencia.
Ciertas honras inútiles, costosas,
Ansioso desear, vivir inquieto,
Esperanzas inciertas, trabajosas,
Un nunca responder con el efeto
El pensamiento, que contino hace
Mil torres en el aire, de indiscreto.
Pero, porque he temor que no os aplace
Tan luenga historia, aqui harémos punto,
Pues que tampoco á mí me satisface.
Y de todas las cosas que pregunto,
Con el primero me enviad respuesta
Cual la deseo yo, cual la barrunto;
Que pues mi servitud está tan presta
A vuestra voluntad para serviros,
Cualquier demanda se me debe honesta.
Olvidado me habia de pediros
Una cosa que mucho he codiciado,
Y he pensado mil veces escribiros,
Y es que de ver gran tiempo he deseado
Del famoso Ticiano una pintura,
A quien yo he sido siempre aficionado.
Entre flores y rosas y verdura
Deseo ver pintada primavera
Con cuanto de beldad le dió natura.
Mucho pido, Señor; mas no debiera
Pedir menos á quien fuera muy poco,
Si cuanto puede dar fortuna os diera.
En este punto que postrero toco
De pediros, veréis que soy poeta,
Si no lo habíades visto en que soy loco.
Llegado ha ya mi canto á aquella meta
Do pienso poner fin á mi camino,
Si, como temo, á vos no fuere aceta,
Haced de ella un presente al Aretino.

EPÍSTOLA II.

Al príncipe de Ascoli.

Señor, mas de cien veces he tomado
La pluma y el papel para escribiros,
Y tantas no sé cómo lo he dejado.
Y no os maravilleis, porque son tiros
Que del pasado mal de los amores
Quedaron en lugar de los suspiros.
Ya no canto, Señor, por los temores
Que solia cantar, ya mudo verso,
Ya se pasó el furor de los furores.
Un modo de escribir nuevo y diverso
Me hallé, poco há, para holgarme,
Y por huir del otro tan perverso
Solia cantar de amor y desvelarme,
Andar fantasticando mil dulzuras,
Que paraban despues en degollarme.
Ya no escribo, Señor, delicaduras;
Escríbalas quien es mas delicado;
Yo soy loco y me agrado de locuras.
Ya no pretendo mas ser laureado;

Antes por solo el nombre tomaria
De andarme sin bonete y trasquilado.
Pasais, Señor, por la desgracia mia,
Como vino entre burlas á mudarse
El nombre de que tanto yo huia.
Vaya fuera Satan; no ha de tratarse
Cosa sin lauro aquí, como taberna;
Que en todo ha de meterse y demostrarse.
Tornando pues, Señor, á la moderna
Manera de vivir, digo que estamos
Como le place á aquel que nos gobierna.
Paz y salud hay mas que deseamos,
Mil cosas que comprar, pocos dineros,
Aunque tantos, que basta que vivamos.
Las damas, el amor, los caballeros
Andan hechos tasajos; yo me rio.
Que si yo no lo soy, son majaderos.
Anda, Señor, tan flaco Juan del Rio,
Que es una compasion, porque su dama
Ha apostado con él cuál es mas frio.
No viene á la ciudad, y desta trama
Temo no ha de quedar al triste hilo
Mas de sola la voz con que le llama.
Baste del galan flaco y amarillo
Lo dicho; de otro gordo y rubicundo
Diré, que os holgaréis vos mas de oillo.
Don Manuel va sin luto y tan jocundo,
Que solo es el galan de los galanes.
¿Queréis que diga mas? Que triunfa el mundo.
El premio no sé yo de sus afanes
Cuál es mas; sé os decir que muestra el juego
Por ganado en las muestras y ademanes.
Diréis que yo no veo y que estoy ciego,
Que no puedo dar fe; mas yo me atengo
A que no sale luz donde no hay fuego.
Don Jorge, harto mas ancho que luengo,
Espera con deseo la camarada;
Yo con las esperanzas lo entretengo.
Va el cuitado á palacio, y no se agrada
De cosa que en él vea, ausente aquella
Luz que ni se la da ni le da nada.
Ella está en su lugar, y está con ella
La bella camarada por mostrarse
Entre tanto beldad tanto mas bella.
Don Antonio ha dejado de quejarse;
Despues que os fuísteis vos no pierde punto,
Si la dama no viene á importunarse.
Gonzalo Giron va medio difunto,
Que su dama no sale ni se muestra,
Y no por culpa dél, segun barrunto.
Está el triste de cosa tan siniestra
Harto mas corcobado que solia;
Fortuna lo enderece, que es maestra.
Aquel embajador que no se via
Salió ayer á volar con pluma nueva,
Y la que lo peló sigue su via.
Ludovica se ha puesto en hacer prueba
Si se puede afeitar mas que su ama,
Y no hay de quien tal yerro la remueva.
Suspira por el Príncipe y lo llama;
Dice que era su bien, y yo lo creo;
Mas no caerá de amor doliente en cama.
Olvidado me habia un gran torneo
Que una noche hicimos en palacio
Por cumplir de una dama un mal deseo.
Fué muy pobre de galas y muy lacio,
Armados mucho bien, muy mal vestidos;
Combatióse muy bien, aunque despacio.
Todos vuestros amigos conoscidos
Torneamos, y veinte italianos,
Que fueron de nosotros escogidos.
Andanse aparejando entre las manos
Estas Carnestolendas grandes fiestas.
¡Ved qué alivio de pobres cortesanos!
Espérannos, Señor, las mesas puestas,
Como suelen decir, porque en llegando
Tomeis de ellas el gasto á vuestras cuestas;
Entre tanto que yo vo adivinando
Que estáis en esa tierra ya de asiento,
Y que la nuestra acá vais olvidando.
Y es harto indicio desto, á lo que siento,
No escribir ni acordaros á lo menos
De hacer con alguno un cumplimiento.
Todos nuestros caballos están buenos;
Vuestras bestias de casa se pasean
Sin vos por estas calles como ajenos.
Algunas damas sé yo que os desean,
Bien que por varios casos todavia;
Venid, si no por ver, para que os vean.
El dibujo que aquel darme debia
Del moderno castillo de Plasencia
Para enviar a vuestra señoría,
No me ha dado; mas jura en su conciencia
Que el principio está hecho y no acabado,
Por habello estorbado la excelencia.
No os quejaréis, Señor, que no os he dado
Particular aviso de mil cosas,
Y en estilo mas fácil que el pasado.
Vuestras armas están las mas hermosas
Que se pueden pintar, y yo no quiero
Pintaros con palabras enfadosas
Lo que sabeis de mí, del dia primero.

ESTANCIA.

Sobre la cubierta de un retrato.

El que el alma encender de honesto celo
Quiere, y hacer mejor la mejor parte,
Es que por levantarse en alto vuelo
Busca sugeto tal, que excede al arte;
El que procura ver beldad del cielo,
Y junta la que en todas se reparte,
Para ver todo el bien de la edad nuestra
Mire, si sabe ver, sola esta muestra.

SONETO XXIII.

Al monte donde fué Cartago (4).

Excelso monte, do el romano estrago
Eterna mostrará vuestra memoria;
Soberbios edificios, do la gloria
Aun resplandece de la gran Cartago;
Desierta playa, que apacible lago
Fuiste lleno de triunfos y vitoria (5);
Despedazados mármoles, historia
En que se lee cuál es del mundo el pago (6);
Arcos, anfiteatros, baños, templo,
Que fuisteis edificios celebrados,
Y agora apenas vemos las señales;
Gran remedio á mi mal es vuestro ejemplo,
Que si del tiempo fuistes derribados,
El tiempo derribar podrá mis males.

SONETO XXIV.

A una dama que lloraba un su servidor muerto.

De Menalca, pastor, la ninfa Flora
Lloraba el duro caso extraño y fuerte,
Y del hermoso rostro dura suerte
Las rosas escurece y descolora.
Ya se hace llorar, ya vuelve y llora
Y en dulces perlas su llorar convierte;
Ya queda muerta y fria, y si la muerte
La deja respirar, dice algun hora:
«Parca, si de mi bien te enamoraste,
Cortaras de mi vida el hilo incierto;
Gozaras del poder, yo del engaño.
»Mas ¡ay! que digo yo que no acertaste;

(4) Hállase este soneto impreso en las *Anotaciones á Garcilaso*, ya citadas. Herrera dice que el soneto es imitacion del que á Roma compuso en lengua italiana el conde Baltasar Casteglioni con este principio:

Superbi colli et voi sacre ruine.

Y luego añade: «Cetina pasó todo este aparato y ornamento de edificios y fábricas romanas á Cartago, donde él por ventura no vió rastro de algunas dellas, ni las debió leer en escritor alguno; pero cuando esto se condene, será error de accidente, y por eso liviano. Basta que lo trasladó ilustremente y *que es uno de los buenos sonetos que tiene la lengua española.*

(5) El manuscrito del señor Alava dice:

Desierta playa, que apacible lago
Lleno fuiste de triunfos y vitoria.

(6) El referido manuscrito pone:

En quien se ve cuál es del mundo el pago.

Que por matarle á él, á mí me has muerto;
El golpe has hecho en él, yo siento el daño.

SONETO XXV.

¡Ay vivo fuego! Ay fiero pensamiento!
Ay rabioso dolor, pasos cansados!
Ay recelos de amor desesperados!
Ay triste, congojoso sentimiento!
¡Ay alto desear sin fundamento!
Ay vana empresa, llena de cuidados!
Ay rios, fuentes, selvas, bosques, prados!
Ay esquiva ocasion de mi tormento!
¡Ay verdes huertas, árboles hermosos!
Ay lugar que ya fué ledo y jocundo,
Do gastaba mi tiempo en dulce canto!
Espíritus alegres y amorosos,
Si alguno vive acá en el bajo mundo,
Muévaos hora á piedad mi triste llanto.

SONETO XXVI.

Hiere el puerco montes, cerdoso y fiero,
Y la alterada sangre, detenida,
Tarda del corazon á la herida,
Y una blanca señal muestra primero.
Así del amador que es verdadero,
En lágrimas la sangre convertida,
No llegan así presto á su salida
En llorando un pesar muy lastimero.
Da el corazon señal que está alterado,
Hace que de dolor el fiero diente
En lo vivo del alma ha penetrado.
Entonces muestra el daño el accidente,
Y la blanca señal de estar turbado
Matiza con el llanto el mal que siente.

SONETO XXVII.

Como la oscura noche al claro dia
Sigue con inefable movimiento,
Así sigue al contento el descontento
De amor, y á la tristeza la alegría.
Sigue al breve gozar luenga porfía,
Al dulce imaginar sigue el tormento,
Y al alcanzado bien el sentimiento
Del perdido favor que lo desvía.
De contrarios está su fuerza hecha,
Sus tormentas he visto y sus bonanzas,
Y nada puedo ver que me castigue.
Ya sé qué es lo que daña y aprovecha;
Mas ¿cómo excusará tantas mudanzas
Quien ciego tras un ciego á ciegas anda?

SONETO XXVIII.

Mientra el fiero dolor de su tormento
Con mayor soledad Vandalio llora,
Con voz de su morir denunciadora
Dijo triste, lloroso y descontento:
«¡Oh gloria de estas selvas y ornamento,
Sombras que tanto ardor templais agora!
¡Oh tú, Eco, perpetua habitadora
Del bosque que este llanto escucha atento!
»Quédese para vos solas guardado
Mi tan secreto bien, mi buena suerte,
Que tanto me costó por no mostralle.
»Y si tanto favor me niega el hado,
Ya que á alguno contar querais mi muerte,
Dígase solo el mal, el bien se calle.»

SONETO XXIX.

Golfo de mar con gran fortuna airado
Se puede comparar la vida mia:
Van las ondas do el viento las envia,
Y las de mi vivir do quiere el hado.
No hallan suelo al golfo, ni hallado
Será cabo jamás en mi porfía;
En el golfo hay mil monstruos que el mar cria;
Mi recelo mil monstruos ha criado.
En el mar guia el Norte, á mí una estrella;
Nadie se fia del mar, de nada fio;
Vase allí con temor, yo temeroso.
Por mí cuidados van, naves por ella;
Y si en algo difiere el vivir mio,
Es que se aplaca el mar, yo no reposo.

CANCION III.

Animal venturoso,
Que con gozo tan alto
El morir limitó tu buena suerte,
¿Cuál vivir tan sabroso
No será pobre y falto
Ante la dulce causa de tu muerte?
Cuál ánimo tan fuerte,
Cuál alto atrevimiento
Al tuyo igualar puede,
Si tu atrever excede
Al mas desenfrenado pensamiento?
Cuál ingenio, cuál arte
De tu gloria dirá la menor parte?
¡Animal atrevido,
Tan bien afortunado,
Que osaste así llegar (¡furioso hecho!)
Al amoroso nido,
Al seno regalado
De Amor, al mas hermoso y casto pecho!
De ser muerto y deshecho
Allí luego improviso,
Mayor bien se te sigue,
Porque el morir mitigue
La gloria que á sí solo Amor dar quiso,
Que el morir en tal punto
Fué un no sentir el mal al bien tan junto.
Cosa es clara y sabida,
Que de tan gran locura
Habia de seguir un mal extraño.
Pagaste con la vida
Tu sobrada ventura,
Y á respecto del bien fué poco el daño.
¡Ay qué sabroso engaño!
Ay qué muerte sabrosa!
Que mientra contemplabas
El favor y gozabas
Pasó disimulada y presurosa,
Con el bien tan mezclada,
Que cuando mas dolió, no dolió nada.
¿Quién hay tan sin sentido,
Que á trueque de tu suerte
Su sér por el sér tuyo no trocara?
Por un bien tan subido
Con venturosa muerte
¡Quién de su voluntad no la tomara?
¡Ay gloria única y rara!
¿Quién agora sintiera
Lo que sentias muriendo,
Tanto gozo sintiendo,
Que mal puede sentirse! Aunque muriera,
Tengo por cosa cierta
Que allí la muerte en vida se convierta.
Faetonte no se alabe
Mas de su atrevimiento,
Pues él ni nadie al tuyo igualar puede.
No en pecho humano cabe
Tan gran contentamiento,
Que ante el bien de tu mal bajo no quede.
De un sol que al sol excede,
Donde aun el pensar loco
Apenas llegar osa,
Cama dulce y sabrosa
Hiciste, el mayor bien teniendo en poco,
Porque haga la fama
En memoria inmortal muerto en tal cama.
No puede ser pagado
Un atrever tan alto
Con castigo menor que de tal muerte;
Ni pudo ser mezclado
Con menor sobresalto
Porque el bien engañase un mal tan fuerte.
Solo faltó á su suerte
Tal autor, que escribiera
Tu vida, muerte y gloria;
Y que para memoria
Perpetua en tu sepulcro se leyera:
«Aquí contento yace
Quien por tal ocasion morir le place.»
No pases adelante,
Cancion, pues á los dos nos cabe en suerte
Llorar de envidia de tan dulce muerte.

SONETO XXX.

Ilustre honor del nombre de Cardona;
No décima á las nueve de Parnaso,
Mas la primera del oriente á ocaso,
A quien rara beldad honra y corona,
Y á quien la fama por sin par pregona,
De virtudes colmado y rico vaso,
Por eleccion, y no por suerte ó caso,
Dignísima de cetro y de corona;
Perderia la pena y el trabajo
Donde la invidia su malicia enfrena,
Si cantase de tí aun el mas instruto,
Pues tu santa virtud tomó á destajo,
Con pura castidad de afetos llena,
Producir para el cielo eterno fruto (7).

SONETO XXXI.

Ni la alta pira que de César cierra
Las reliquias soberbias en el suelo,
Ni aquel famoso templo por quien Delo
Vivirá siempre en cuanto el mar encierra;
Ni todos los honores que en la tierra
Pueden de gloria alzarse en alto vuelo,
Os dieran tanto honor, héroes del cielo,
Cuanto os dan estas piedras y esta tierra.
De huesos de enemigos mayor pira,
Do los vuestros á guisa de trofeo
Se muestran, fabricando fabricastes.
El templo que á los otros mas admira,
Y el honor muy mas grande que el deseo,
Cristo os lo dió y vosotros lo ganastes.

SONETO XXXII.

A una dama que le pidió alguna cosa suya para cantar.

No es sabrosa la música ni es buena,
Aunque se cante bien, señora mia,
Si de la letra el punto se desvia;
Antes causa disgusto, enfado y pena.
Mas si á lo que se canta acaso suena
La música conforme á su armonía,
En lugar del pesar que el alma cria,
De un dulce imaginar la deja llena.
Vos, que podeis mover al son del canto
Los montes, no querais cantar enojos
Ni el secreto dolor de mi cuidado.
Quédese para mí solo mi llanto;
Vos cantad la beldad de vuestros ojos:
Conformará el cantar con lo cantado.

SONETO XXXIII.

Si el justo desear, padre Silvano,
Jamás pudo moverte entre pastores;
Si del rabioso mal de los amores
El corazon salvaje has hecho humano,
Ruega al númen celeste que la mano
De su piedad extienda á los clamores
Que Dórida le hace en los ardores
De una fiebre cruel, llorando en vano.
Si alcanzo de los dos tanta ventura,
Vuestra gloria será mas verdadera,
Y mas para sufrir mi desventura.
Y cuando lo contrario el hado quiera,
No perezca, Señor, tal hermosura;
Menor mal es que yo en su lugar muera.

SONETO XXXIV.

Pincel divino, venturosa mano,
Perfecta habilidad, única y rara,
Concepto altivo do la envidia avara,
Si te piensa enmendar, presume en vano.
Delicado matiz, que el sér humano
Nos muestra cual el cielo lo mostrara;
Beldad cuya beldad se ve tan clara,
Que al ojo engaña el arte soberano.
Artífice ingenioso, que sentiste
Cuando tan cuerdamente contemplabas
El sugeto que muestran tus colores,
Dime: si como yo la vi la viste,
El pincel y la tabla en que pintabas
Y tú ¿cómo no ardeis, cual yo, de amores?

SONETO XXXV.

Al conde de Feria.

Mientra el franco furor fiero se muestra,
En uno con el bárbaro tremiendo;
Mientra el consorcio protestante horrendo
Turbar piensa la fe y la patria nuestra,
Marte os arma, Señor, la mano diestra,
A la cual la victoria está atendiendo,
A aquel vestigio de valor siguiendo
Que á la inmortalidad virtud adiestra.
Ya me parece ver de vuestra gloria
El alto resplandor ilustrar tanto,
Que al paterno poder hará la vista.
Solo tengo temor que tanta historia
Puesta no quedará en eterno canto,
Si vos de vos no sois el coronista.

SONETO XXXVI.

Cercado de terror, lleno de espanto,
En la barca del triste pensamiento,
Los remos en las manos del tormento,
Por las ondas del mar del propio llanto
Navegaba Vandalio, y si algun tanto
La esperanza le da propicio el viento,
La imposibilidad en un momento
Le cubre el corazon de oscuro manto.
«Vandalio, ¿qué harás ora? decia.
Fortuna te ha privado de la estrella
Qne era en el golfo de la mar tu guia.»
Y andándola á buscar ciego sin ella,
Cuando por mas perdido se tenia,
Viòla ante los nublados ir mas bella.

SONETO XXXVII.

De sola la ocasion ledo y gozoso,
Dijo Vandalio á Amor: «Por un halago
Corra en cama dorada el rico Tago,
Pactolo sea de perlas abundoso;
«Desee con su virtud quedar famoso
El que el sacro laurel quiere por pago,
Vaya arando la mar, cual hizo Lago,
Aquel que de riquezas es cuidoso;
»Gobierne el reino aquel que lo procura,
Sea el mundo de aquel que lo conquista,
Y cada cual se goce con su estado.
»Yo no pido ni quiero mas ventura,
Salvo que pueda de una dulce vista
Solamente mirar y ser mirado.»

SONETO XXXVIII.

Al duque de Sesa.

Como al salir del sol se muestra el cielo
Mas claro y mas alegre y mas gozoso,
Y como en el venir de abril hermoso
De flores se matiza y lustra el cielo,
Tal, movido por vos de honesto celo,
Se muestra ufano el mundo, deseoso
De veros ya llegar al glorioso
Término á que llegó el único abuelo.
Solo en veros salir solo del nombre
De Gonzalo Fernandez tiene espanto
Cuanto ciñe Apenin, Adria y Tirreno.
¿Cuál será pues, Señor, que no se asombre
Viéndoos volver con el honrado manto
De palmas, de trofeos, de glorias lleno?

SONETO XXXIX.

Al emperador.

No fuera Alcides, no, famoso tanto,

(7) Este soneto no se halla en el manuscrito del señor don José María de Alava. Publicólo Herrera en la *Anotacion al soneto vigésimoquinto de Garcilaso*, diciendo: «Este soneto contrahizo, *segun se dice*, CETINA; no sé si tambien que mereciese alabanza por ello. Quien lo leyere con atencion verá claramente el efeto que consiguió, *porque yo no tengo por ingenio obligarse á cosas semejantes, que tienen mas dificultad que arte, y despues de trabajadas no alcanzan en alguna parte á la imágen que escogieron por ejemplo.*»

Ni durara en el mundo hoy su memoria,
Si menos cara hubiera la victoria
De los monstruos que aun hoy causan espanto.
La fuerte emulacion con todo cuanto
Contrasta casi al par con vuestra gloria,
Harán al fin, Señor, que vuestra historia
Nos dure con eterno é inmortal canto.
El vencer tan soberbios enemigos,
Sujetar tantos monstruos, tanta gente
Con el valor que el cielo en vos derrama.
Al siglo por venir serán testigos
Del honor que dará perpetuamente
A Cárlos Quinto Máximo la fama.

SONETO XL.

A la marquesa del Gasto.

Cual en la deseada primavera
Suelen venir á nos Favonio y Flora,
Cual se suele mostrar la bella aurora
Ante el rector de la celeste esfera,
Cual en aquella dulce edad primera
Diana en selva se mostró á deshora;
Tal vos, excelentísima Señora,
Pareceis á este pueblo que os espera.
Alégrate hora pues, Liguria mia;
Que si grande ocasion para gozarte
Deseabas hallar, hoy es el dia.
Si de dolor te queda alguna parte,
Sea por no haber visto en compañía
De la nueva Diana al nuevo Marte.

SONETO XLI.

Está en mi alma mi opinion escrita
Con tal fuerza de amor, tan bien guardada,
Que si de vuestra saña no es borrada,
A la par con la vida en ella habita.
Bien me podeis vos dar pena infinita;
Amor os da el poder como le agrada;
Mas excusar que no seais amada
De mi con tal beldad ¿quién me lo quita?
Aborrecerme vos podeis, Señora,
Afecto tan contrario al ardor mio,
Y aun desearme, si quereis, la muerte;
Mas que no os ame esta alma que os adora,
Ni vos ni vuestra saña, yo lo fio,
Podeis borrar lo que me cupo en suerte.

SONETO XLII.

¡Ay dulce tiempo, por mi mal pasado,
En el cual me vi yo de amor contento!
¡Cómo se fué volando con el viento,
Y sola la memoria en mí ha quedado!
¡Ay triste tiempo, lleno de cuidado,
De pesar y dolor, pena y tormento!
¿Quién hace así tardar tu movimiento?
¿Cómo vas tan de espacio y tan pesado?
Si tanto bien no mereció mi suerte,
¿Cuál desdicha ordenó que lo gustase?
Y si era bien, ¿para qué fué mudable?
Y si habia de venir un mal tan presto
Tras él para que mas me lastimase,
¿Por qué es mi mal mas que mi bien estable?

MADRIGAL III.

No miréis mas, Señora,
Con tan grande atencion esa figura,
No os mate vuestra propia hermosura.
Huid, dama, la prueba
De lo que puede en vos la beldad vuestra.
Y no haga la nuestra
Venganza de mi mal piadosa y nueva.
El triste caso os mueva
Del mozo convertido entre las flores
En flor, muerto de amor de sus amores.

CANCION IV.

Al rio Bétis.

Bétis, rio famoso, amado padre,
Que con paso tardio
Haces tu curso al mar acostumbrado,
Mientra así oscura está la antigua madre;
Oye en el canto mio
Las quejas de un pastor desventurado,
De un hijo que algun tiempo ha celebrado
(A pesar del grosero y bajo estilo)
Del Indo al Tago y del Danubio al Nilo.
Oye pues mi pesar, mi desconsuelo,
Mi temor y recelo;
Lleve consigo el viento embravecido
La memoria del mal fiero, rabioso,
Y mientra dura el son de mi gemido,
Llora, padre piadoso,
Y si el tributo usado al mar envias,
Do tus lágrimas van vayan las mias.
Lleve el viento la voz, como se lleva
La misera esperanza;
El llanto lleva tú, y el sentimiento
Quede solo conmigo, y haga prueba
Si la desconfianza
Pudiese destruirme el sufrimiento.
Mas ¡ay! que este vencido pensamiento
La fuerza de mi fe, la del deseo
Lo rehacen de nuevo y lo levantan
Cuando los males mas, mas me quebrantan
(Haciendo del sentido un otro Anteo).
A todo cuanto veo,
Los ganados, las yerbas y las fuentes,
A todo soy molesto y enojoso,
A las fieras, al cielo y á las gentes.
Llora, padre piadoso,
Y si el tributo usado al mar envias,
Do tus lágrimas van vayan las mias.
No quiero perder tiempo en recontarte
Mis pasados ardores;
No pienso recitar viejas historias.
Estas riberas pueden acordarse,
Tus ninfas, tus pastores,
De mi perdido bien tristes memorias.
Los vencimientos sabes, las victorias
Que Amor hubo de mí, yo de él he habido;
Mas no son estos causa de este llanto;
No fué entonces el mal tan grave cuanto
Fué la alteza del bien no merecido
El haberlo perdido,
Y el acordarme de él, sin él agora,
Me hacen de la muerte deseoso;
Pero mientra su daño el alma llora,
Llora, padre piadoso,
Y si el tributo usado al mar envias,
Do tus lágrimas van vayan las mias.
Bien se que deste mal la mayor culpa
Querrás atribuirme,
Porque estando tan bien osé mudarme;
Mas si aquella beldad no me disculpa,
Que pudo destruirme,
Baste el hado cruel para excusarme.
No me valió huir, no el alejarme,
No aprovechó el discurso y la cordura;
No el hacerme yo fuerza resistiendo;
Todo lo fué gastando y deshaciendo
De Amarilida el trato y la blandura.
Quiso mi desventura
Ponerme nuevo yugo,
Tan fácil al principio y tan sabroso
Cuanto ha sido despues pesado y grave.
Llora, padre piadoso,
Y si el tributo usado al mar envias,
Do tus lágrimas van vayan las mias.
Contento de mi suerte tal cual era,
Por no andar peregrino
Buscando mejor pasto á mi ganado,
Pasaba yo mi vida en tu ribera,
Cuando nuevo camino
Para nuevo pesar me mostró el hado.
De la bella Amarilida avisado
Fuí que el amado rio atrás dejaba
Libre de sujecion, y que queria
Mudar patria, costumbre y fantasía,
De lo cual me juró que se alejaba
Por ver que se acercaba
A tus hermosas ondas, do tenerme
Cerca de sí queria y con reposo,
Segura para siempre de perderme.
Llora, padre piadoso,

Y si el tributo usado al mar envias,
Do tus lágrimas van vayan las mias.
¡Cuántas veces la vi certificarme
Que dejaba aquel rio,
Y el Tago, do vivir tambien podia,
Por tenerme mas cerca y por tratarme,
Porque el ganado mio
Gozase su pastor siquiera un dia!
Jurar la vi tambien que ya tenia
De Pisuerga tan libres los cuidados,
Que no dejaba atrás rastro ninguno;
Que deseaba ver paciendo en uno,
Por tu ribera andar nuestros ganados.
Los ardores pasados
Veniamos mil veces acordando
Por hacer el camino mas sabroso.
¿Para qué mi dolor voy relatando?
Llora, padre piadoso,
Y si el tributo usado al mar envias,
Do tus lágrimas van vayan las mias.
¡Ay Dios! si me durara aquel camino
Cuanto dura la vida,
O la vida con él se me acabara!
Si de un trato tan blando y tan contino
Huia de dar caida,
¡Pluguiera á Dios que nunca lo gustara!
Mas ¿quién creyera tal, quién lo pensara.
Viéndose así tratar tan blandamente?
Quién se vió como yo que no creyese
Que tal contentamiento eterno fuese,
Siendo eterno el autor que el alma siente?
¿Cuál piadoso bosque ó fuente
Vimos en él pasar que no haya sido
Castigo de mi bien? ¡Ay qué rabioso
Es el acuerdo, Amor, del bien perdido!
Llora, padre piadoso,
Y si el tributo usado al mar envias,
Do tus lágrimas van vayan las mias.
Pisuerga sabe bien que fué testigo
De mi dolor primero,
Si de todo mi mal recibe el pago;
Y si fuere mayor del mal que digo,
Tambien lo sabe Duero,
Tórmes lo sabe bien, sábelo Tago,
Que la vieron pasar. ¿Con cuál halago
Me regaló viniendo ora por verte?
Y aun tú, Bétis, tambien viste una parte
De mi felicidad, mientra con arte
Simulaba el engaño de mi muerte.
Pues quien tan buena suerte
Perdió viéndose tal, sin ella agora,
Mira si con razon vive quejoso
Del cielo, del amor de su pastora.
Llora, padre piadoso,
Y si el tributo usado al mar envias,
Do tus lágrimas van vayan las mias.
No descubrió en llegando las cautelas
Que agora ha descubierto
Por abrasarme mas, por encenderme;
Mas atenta á pacer sus ovejuelas,
Con mañoso concierto
Se comenzó á tratar y á entretenerme;
Ni mostraba soltarme
Ni dar vida á mi mal ni nueva muerte.
Cuando estaba mas blanda y cuando dura,
Yo, que andaba engañado en mi locura,
Todo lo atribuia á buena suerte;
El nudo estrecho y fuerte,
Que solo entre los dos ligó Himeneo,
Y en verme en posesion, menos cuidoso
Me hicieron del daño que hora veo.
Llora, padre piadoso,
Y si el tributo usado al mar envias,
Do tus lágrimas van vayan las mias.
Agora ni me trata ni entretiene
Ni mi vivir le agrada,
Antes huye de mí como de fiera;
Y si donde yo estoy acaso viene,
Se muestra tan trocada,
Que no parece ser la que antes era.
No la puedo entender ni sé qué quiera;
Lo mesmo que me hiela, eso me enciende,
Y lo que mas me ofende
Es no saber de qué se satisface.
Eso es pues el dolor fiero, rabioso,
Que en llanto me consume y me deshace.
Llora, padre piadoso,
Y si el tributo usado al mar envias,
Do tus lágrimas van vayan las mias.
Bétis, rio famoso,
Recibe esta cancion en tus honduras,
Y mientras lloro aquí mis desventuras,
Llora, padre piadoso,
Y si el tributo usado al mar envias,
Do tus lágrimas van vayan las mias.

SONETO XLIII.

Al duque de Alba.

Señor, mientra el valor que en vos contemplo
El ánimo, el saber alabar quiero,
Con el bajo decir torpe y grosero
Del alto desear la furia templo.
Vuestras obras serán pues vuestro ejemplo,
Vos vuestro coronista verdadero,
Vuestra virtud será el mas cierto Homero
Que á la inmortalidad os abre el templo.
No dejaréis, Señor, ser alabado;
Mas al principio que llevais tan alto
Dad en lo porvenir alegre efeto;
Que si el triunfo del mundo es pobre y falto,
Si corresponde mal con tal sugeto,
Allá os le tiene el cielo aparejado.

MADRIGAL IV.

¡Ay qué contraste fiero,
Señora, hay entre el alma y los sentidos
Por decir que os dolais de los gemidos!
Ninguno de ellos osa;
Cada cual se acobarda y se le excusa
Al alma deseosa,
Que de su turbacion la lengua acusa.
Ella dice confusa
Que os dirá el dolor mio,
Si la deja el temor de algun desvio;
Pero de un miedo frio
La causa el corazon, y de turbada,
Cuando algo os va á decir, no dice nada.
Al corazon no agrada
La excusa, y dice que es della la mengua;
Que el quejarse es afecto de la lengua.
El uno al otro amengua;
El vano pensamiento
No sabe dar consejo al desatiento.
La razon sierva siento,
Que solia un tiempo entre ellos ser señora,
Y el esfuerzo enflaquece de hora en hora.
La mano no usa agora
Del medio que solia;
Que el temor la acobarda y la desvia.
La sangre corre fria
A la parte mas flaca, y de turbado,
El triste cuerpo tiembla y suda helado.
¡Ay rabioso cuidado!
Pues si el alma contrasta á los sentidos,
¿Quién dirá que os dolais de mis gemidos?

FIN DE LAS POESÍAS DE GUTIERRE DE CETINA.

POESÍAS

DE

DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

JUICIOS CRITICOS.

DE FERNANDO DE HERRERA

(*En las* Anotaciones á Garcilaso).

Don Diego de Mendoza habló maravillosamente y trató sus concetos, que llaman del ánimo, y todas sus perturbaciones con mas espíritu que cuidado, y alcanzó con novedad lo que pretendió siempre, que fué apartarse de la comun senda de los otros poetas, y satisfecho en ello, se olvidó de las demás cosas; porque, si como tuvo en todo lo que escribió erudicion y espíritu y abundancia de sentimientos, quisiera servirse de la pureza y elegancia en la lengua, y componer el número y suavidad de los versos, no tuviéramos invidia á los mejores de otras lenguas peregrinas. Y no se puede dejar de conceder que cuando reparó con algun cuidado, ninguno le hizo ventaja; pero, como él se ejercitó por ocupar horas ociosas ó librar el ánimo de otros cuidados molestos, así la grandeza de sentimientos y consideraciones y el natural donaire y viveza de sus versos lo desvian, como tengo dicho, de la poesía comun.

DE LOPE DE VEGA

(*En el prólogo del* Isidro; *Madrid*, 1599).

¿Qué cosa iguala á una redondilla de Garci Sanchez ó don Diego de Mendoza?

DE DON TOMAS TAMAYO DE VARGAS

(*En las* Anotaciones á Garcilaso).

El ingenioso caballero don Diego de Mendoza ¿qué quiso decir que no pudiese en sus coplas castellanas?

DE DON DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO

(*En la* República Literaria, *siguiendo á Herrera*).

Sucedió á estos don Diego de Mendoza, el cual es vivo y maravilloso en los sentimientos y afectos del ánimo, pero flojo é inculto.

POESIAS

DE

DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

COMPOSICIONES VARIAS.

ÉGLOGA.

En la ribera del dorado Tajo,
Cuando el sol tiene el cielo mas ardiente,
Y á la tierra sus rayos dan trabajo,
Orilla de una limpia y clara fuente,
Cantar vi á Melibeo y á Damon,
Guardados de la siesta y de la gente,
Entrambos aquejados de pasion,
Iguales en cantar y responder,
Iguales en quejarse con razon.
Olvidan los ganados el pacer,
Y los montes inclinan el altura,
Y detienen los rios el correr.
Yo tambien me escondí entre la espesura
Por oir aquel canto, que esculpido
Quedó con hierro duro en piedra dura.
Melibeo, que estaba mas sentido,
Llamando el cielo cruel y matador,
Comenzó con un canto dolorido:

«¿Qué he de hacer? Qué me aconseja amor?
Tiempo es ya de morir;
Mas tardo que quisiera en estos hados;
Muerta es, y llevó mi corazon;
El alma se me sale de dolor,
No la puedo seguir.
Conviene que os rompais, años cansados,
Pues rompéos á lo menos con razon;
Mi desesperacion
Es que no la he de ver, y el esperar
Acá es mayor pesar;
Que mi descanso ha vuelto su partida
En llanto y amargura dolorida.

»Tú sientes bien, amor, de qué me duelo,
Cuánto mi mal es grave;
Duélete deste daño, que á tí toca;
Que el mal es tuyo y mio todo junto.
A entrambos se mostró cruel el cielo,
Y juntos nuestra nave
Rompimos y perdimos á una roca,
Y juntos nos faltó el sol en un punto;
¿Qué ingenio tan á punto
Podrá dar á entender mi mal un rato?
Mundo huérfano, ingrato,
Razon tendrás conmigo de llorar
La quel bien que habia en ti pudo llevar.

»Caida es ya tu gloria y no la vees;
No eres digno, cuando ella
En ti vivia, de hacer su conociencia,
Ni merecias tú tan gran vitoria,
Que fueses tocado de sus santos piés,
Porque cosa tan bella
Debia el cielo alegrar con su presencia
Y entristecer á ti con su memoria.
Mezquino sin tal gloria,
Ni la vida mortal ni á mí mismo amo.
Llorando me la llamo;
Solo de mi esperanza esto me queda,
Con que el vivir en ti sostener pueda.

»Aquella hermosura en tierra es vuelta,
Que solia del cielo
Y de todo el bien de arriba ser dechado;
En paraiso está su gran beldad,
Ya del pesado cuerpo y ñudo suelta,
Suelta ya de aquel velo
Que el mas que humano sér tuvo encerrado,
Haciendo sombra á su florida edad.
De nueva humildad
Vestida, y de una eterna vestidura,
Te veré yo, alma pura,
Tan hermosa cuanto es mas divinal
Perpetua hermosura que mortal.

»Mas ufana que nunca, mas hermosa
Me vienes al sentido,
Como cuando mas tu vista me agradó;
Y esta es una coluna de mi gloria;
Mas como sombras huye, y no reposa.
Tu nombre esclarecido
Es obra que en mi pecho se fundó,
Do siempre estaré vivo y con vitoria
Si traigo á la memoria
Que murió mi esperanza en aquel dia
Que ella mas florecia.
Bien siente amor cuál quedo, y tú, Señora,
Que á la verdad mas cerca estás ahora.

»Pastores, vos que vistes su beldad
Y su angélica vida,
Y aquella celestial manera en tierra
Que deshacia todo el bien humano,
Doléos de mí, pues quedo en soledad.
No della, que es ya ida
A tanta paz y me ha dejado en guerra;
De mí os doled, que muero y lloro en vano,
Aunque si ajena mano
De seguilla el camino me estorbara,
I o que amor me hablara
Me hiciera que no cortara el hilo,
Y sé que me hablara en tal estilo:

»—Pon freno al gran dolor que ansí te aqueja;
Que por querer y enojos
Podrá perder el cielo tu deseo,
Donde vive quien muerta acá parece;
Por si tiene descanso, por ti queja.
Del cuerpo y sus despojos
Se rie, y por ti llora Melibeo;
Por ti, que solo quedas, se entristece
Su fama, que florece
En muchas tierras; por tu ingenio y arte
No le falta esta parte;
Y tu voz á tu nombre torne clara,
Si algun hora su vista te fué cara.—

»Huye la claridad
Y el lugar donde hubiere risa y canto,
Cancion; pues eres llanto,
No es para tí la gente que se alegra;
Busca la obscuridad,
Viuda desconsolada en veste negra.»

Como hubo acabado de cantar,
Con tan gran agonía suspiró,
Que tambien hizo el valle suspirar.
El rio con sus lágrimas creció,
Las ninfas le ayudaron á dolerse,
Y el monte con sus valles respondió.
Damon comenzó luego á entristecerse
Como el que mal sospecha y no lo alcanza,
Y ni puede escusalle ni valerse.
Bien fuera que, mudando su esperanza,
Diera nuevo lugar á su deseo;
Mas hay amor en parte que hay mudanza.
Pues tomando la flauta á Melibeo,
La flauta, ya mostrada al mismo canto,
Comenzó con el mismo arte y meneo:

«¡Oh cielos, que cubris con vuestro manto
Los ciegos elementos,
Que dais y quitais sombra y claridad
Con movimientos de eternal firmeza!
Movéos á compasion del triste canto,
Pues para mis tormentos
No hay lugar en la tierra de piedad,
No hay en ella consuelo á mi tristeza;
Hay harta ligereza
Que esparciste, Señora, con tus manos,
Hartos placeres vanos,
Y todos van en lloro y en pesar;
Mas todos á la fin se han de acabar.

»En las postreras horas de mis años,
Que pensé tener buenas,
Me negó el claro sol su clara lumbre,
Y entrególa á quien no la merecia;
No me quejo, Señora, de mis daños,
Porque tú los ordenas,
No por arte ó razon, mas por costumbre;
Mas como lo perdí todo en un dia,
Junto con la mi gloria,
Pues no hay razon ni arte que le ayude,
Puede ser que se mude
Quien no puede durar en un estado,
Cosa que tantas veces se ha mudado.

»Antes quiero se esté como se está,
Porque de tí no venga
Otro tal bien, quedando yo sin él;
Estése, pues está en tu voluntad.
La mia sé que no se mudará
Aunque el bien se detenga;
Mas que en mí se detuvo, ahora en él
Mas presto sentirá tu crueldad;
Que tu inhumanidad
No la podrá sufrir hombre nacido
Si no está aborrecido,
Y sé que no será su bien durable;
Que él tambien, como tú, siempre es mudable.

»Vos, noches, que seguis los dias claros;
Vos, que la noche obscura
Huis en torno, claros dias, corriendo;
Vos, sol, cielo, estrellas, que contino
Andais en una órden sin mudaros;
Vos, obras de natura;
Vos, árboles y plantas, que viviendo
Caminais siempre un eternal camino,
Pues que con tanto tino
Vuestro sér sosteneis y lo acabais,
Ruégoos no consintais
Quebrar á las discretas y hermosas
La órden con que guardais todas las cosas.

»Mas ya que todas ellas la guardasen,
Esta lo quebraria,
Porque su hermosura y discrecion
No se puede encerrar en ley ninguna.
Quisiese Dios que todas se trocasen
Y fuesen por tu via;
Quizá tú seguirias otra razon
Por apartarte de ellas y ser una.
¿Qué tigres en la cuna
Te dieron á mamar su leche brava?
Qué fiera te criaba,
Que tan blanda saliste al parecer,
Y tan brava al oir y responder?

»Si en los hados hay parte de venganza,
Yo sé que he de vengarme,
Aunque todo á la fin es por mi daño,
Que quieras ó aborrezcas á otro ó á mí,
Y no cabe en caido confianza.
Quiero solo alegrarme
Con que te veo recebir engaño
Y suspirar cuando otro no por tí;
Las ninfas por ahí
Se rien del amigo que escogiste,
Y no hay pastor tan triste,
Que trocase con ese que has tomado
Su seso y parecer ni su ganado.

»Aretusa, aunque no es muy avisada,
Mas hermosa pastora,
Me dijo: — Mi Damon, aquí estoy yo;
Si me amas y sabes conocerme,
Deja á Marfira, y no perderás nada.—
Yo le dije: — Señora,
Pues ella por el otro me dejó,
No debo yo de ser para escogerme. —
Bien pudo no entenderme
Aretusa, mas bien le dí á entender
Que humano parecer
Despues del tuyo en mí no tiene parte;
Procura cuanto puedes extrañarte.

»Como una vestidura
Ancha y dulce al vestir, y á la salida
Estrecha y desabrida,
Ansí es amor, y tú, que le has seguido;
Pues no seas tan dura,
Que pienses que no hay Dios para el caido.»
Esto cantó Damon, yo lo aprendí,
Señora, y lo escribí por tu mandado;
Tiempo vendrá que cante yo por tí,
Y aun fuera ya razon de haber cantado;
Mas no quisiste tú ni quiso amor
Subir mi fantasía á tal estado.
Cuando quisieres, cual pobre pastor,
Con mas subida pluma y diestra mano
Comenzaré en tu nombre otra labor
Que no la olvide el mundo tan temprano.

CANCION.

¿Cómo podré cantar en tierra extraña
Cantar que darme pueda algun consuelo?
¿Qué me aconseja amor en esta ausencia?
Mi mal es fuerza, tu voluntad mana;
A la seguridad vence el recelo,
La desesperacion á la paciencia.
Si pienso que me veo en tu presencia,
Mi pensamiento va tan abatido,
Que siempre finge cosas de pesar:
Tu soberbia, tu saña, tu desvío;
Y en la ocasion me falta el albedrío,
Pues cuando quiero no puedo hablar;
Que pierdo la razon, mas no el sentido.

En tu presencia estoy, y estó en tu olvido;
Que nunca habrá mudanza,
Y acuérdaste de mí para dañarme;
No te acuerdas de mí, mas es costumbre
Ser en esto cruel tu mansedumbre,
Y yo de diligente condenarme
En tu descuido y mi desconfianza.
Amor, amor, que quitas la esperanza,
Y en su lugar das vana fantasía,

¿Qué bien tiene el morir, si no lo siente
Quien es la causadora deste daño?
No quiero que deshagas el engaño;
Qu'ero que sea razon, y no acidente,
Lo que pueda vencer á tu porfia.

Si yo, Señora, viese que algun dia
Volvias tus dos soles á mirarme
Por voluntad, y no por ocasion,
Pensaria que estaba en tu memoria;
Mas ¿cómo bastaré á sufrir tal gloria,
Que un punto della es mas que mi pasion?
Con tanto bien no puedo remediarme.
Querria del pensamiento yo ayudarme,
Si él me obedeciese á mi contento;
Mas no para pensar cosa liviana,
O que esta vida pueda darte enojos;
Pensaré, como muero ante tus ojos,
Que procede mi pena de tu gana,
Que das alguna causa á mi tormento.

La vida pasaria en este cuento
En espera de alguna buena suerte;
Mas ¡ay de mi! que no puede venir,
Ni cabe en mi juicio tal locura;
De mi cuidado hago sepultura,
Y en soledá y tristeza mi vivir,
No vida, sino sombra de la muerte.
¡Oh Señora! Si yo pudiese verte,
O quisieses saber tú cuál estoy,
Harto alivio seria para mí
En tan extraño mal como padezco.
Las noches y los dias aborrezco,
Maldigome en la noche porque fuí,
Y cuando viene el dia, porque soy.

Tambien maldigo el lugar donde voy,
Y el tiempo porque pasa y no te veo
A la hora que te vi, y á la sazon,
Que siempre la procuro y no la hallo;
La voluntad maldigo y mi razon,
Y á tu aborrecimiento y mi deseo;
Cuantos males sospecho, tantos creo,
Juzgo lo que ha de ser por lo que fué,
Re olviendo mis quejas de contino
Por vos, si tiene medio ó le ha tenido;
Mas como ni lo espero ni lo pido,
Como ciego que va por el camino,
Ni veo dónde voy ni dónde iré.

Mueve el deseo y ciégame la fe;
Muchas veces que ria disimular,
Pero descubro mas disimulando;
Liviano es el cuidado que decirse
Puede, y el que no puede sufrirse
El mismo se descubrirá callando;
Que no presta ser mudo ni hablar,
Ni reposo en dormir ni con velar:
Velando pienso en lo peor que puedo,
Paso cosas que no puedo creer;
Durmiendo sueño aquello que he pensado,
Como el hombre que duerme de cansado:
Sueño que caigo, y no puedo caer,
Y en lo mas alto estoy con aquel miedo.

Muero cuando me mudo, y si estoy quedo
Busco piedad, y caigo en la sospecha,
Y no hay de qué tener este cuidado;
Que todos son contigo lo que soy;
Mas ellos, si no van por donde voy,
Podrá ser el hallarse en buen estado,
Pues lo que á uno daña á otro aprovecha.
Llamo la muerte como cosa hecha,
Y viene, mas no llega á su lugar;
Que no consiente amor, ni lleva medio
En tanta soledad morir por ruego;
Fuerza querria que fuese, y fuese luego;
Que el mayor bien es el postrer remedio
En mal que no se puede remediar.

CARTA I.

A Marfira Damon salud envia,
Si la puede enviar quien no la tiene;
El la espera tener por otra via.
El tiempo es corto, la ocasion no viene,
La esperanza es dudosa, y esperar
En mal desesperado no conviene.
Amor manda escribir, y no hablar;
A mal agudo sea el remedio presto,
Si turba á la razon el desear.
Yo quisiera dejar de hacer esto;
Mas despreciar á amor es peligroso,
Que reina en mis entrañas y tu gesto.
Tú contenta, Señora, y yo dichoso,
O me mata ó acaba de valerme;
Que en la muerte ó la vida está el reposo.
En ningun medio puedo sostenerme,
Estando los extremos tan llegados,
Que me hayas de valer ó aborrecerme.
Si quisiese contarte mis cuidados,
No sé si mi paciencia bastaria,
Que aun para dichos son desesperados.
La tuya sé que no lo sufriria,
Pues no podrás mudar tu condicion,
Que es jamás agradarte cosa mia.
Otro tiempo valiera mi razon,
Y pudiera quejarme y ser oido,
Aunque nunca me vino la ocasion.
Ni vino, ni la espero, ni la pido;
Antes la dejaria, si viniese,
Por no perderme en ella, de atrevido.
Mas ¿qué perderia yo aunque me perdiese,
Que no ganase mas en la experiencia,
Si tu merced, Señora, lo entendiese?
Amor, amor, esfuerzos son de ausencia
Que finjo yo entre mi solo conmigo,
Y todos me fallecen en presencia.
Tu serás, aunque parte, buen testigo
Cuántas veces me vi determinado
A decirte, Señora, lo que digo.
Allí muriera yo desesperado,
Cuando vi que pudieras entender
Lo que yo no te dije, de turbado.
Desde aquel punto comenzó á caer
Del todo mi esperanza y tu memoria;
Ni yo supe hablar ni tú creer.
Bien sabes que es crueza mas que gloria
Perseguir al que sigue la fortuna,
Y vencer al vencido no es vitoria.
La sentencia me dieron en la cuna
Que fuese en tu escoger mi vida ó muerte,
Y yo que no escogiese otra ninguna.
Marfira, si trocásemos la suerte,
Y fuese yo el contento y tú quejosa,
Tú á seguirme, yo siempre á aborrecerte,
Siendo tú, como eres, tan hermosa,
Tan léjos estarias de olvidada,
Cuanto ahora lo estás de piadosa.
¿Como puedes salir aderezada?
Cómo coger en oro tus cabellos?
Cómo mirar alguno y ser mirada?
Si los miras á todos por vencerlos,
Y olvidallos despues que son vencidos,
Lo que ha sido de mí podrá ser dellos.
Mas ¡ay de mí! que no va en los vestidos,
Sino en ser tan cruel tu voluntad
Y en tener tan cerrados los oidos.
¿Para qué te demando yo piedad,
Que no valga la pena del desvio,
Ni merezco tener tu crueldad?
Mas ¿qué haré, que place al albedrío,
Por quien mi corazon es gobernado,
Que viva en opinion y desvario?
Fortuna, que me puso en tal estado,
Quizá se mudará, pues es mudable,
Que yo nunca saldré de este cuidado.
Cuanto mal hace amor es razonable
Si el remedio va fuera de esperanza,
Y no se puede ver, aunque se hable.
No sé por qué deseo esta mudanza,
Que siempre lo que espero es lo peor;

Ved qué léjos estoy de confianza.
Contrastan en mi pecho odio y amor,
El uno con el otro de su parte;
Mas todos contra mi por mi dolor.
Ya yo seria contento de mirarte,
Si no perdiese el seso y la paciencia
Con el miedo que tengo de enojarte.
Mas es de tal manera mi dolencia,
Que con cualquier remedio crece el daño,
Y con medio ninguno tu clemencia.
Andando entre sospecha y desengaño,
Me ciego y desvario en la certeza,
Y en lo que mejor veo mas me engaño.
Múdese amor, que yo terné firmeza;
Aguce y empouzoñe bien sus flechas
En aborrecimiento y ligereza.
Al corazon me vengan bien derechas,
Pasadas (porque hieran al caer)
Por importunidades y sospechas.
Y tú, Señora, muestra tu poder
En perseguir del todo un misero hombre,
Que no tiene ya cosa por perder.
No ganarás en ello gran renombre;
Que del cuitado cuerpo y sus porfias
No me ha quedado mas de sombra y nombre.
Tú vences, y yo doy fin á mis dias;
Tú vences, mas no huelgas con mi muerte;
Porque hago en morir lo que querias,
Y esto tengo por vida y buena suerte.

CARTA II.

El no maravillarse hombre de nada,
Me parece, Boscan, ser una cosa
Que basta á darnos vida descansada.
Esta órden del cielo presurosa,
El tiempo que nos huye por momentos,
Las estrellas y el sol, que no reposa,
Tales hay que lo miran muy exentos,
Y el miedo no les trae falsas visiones
Ni piensan en contrarios movimientos.
¿Qué juzgas de la tierra y sus rincones,
Del espacioso mar, que así enriquece
Los apartados indios con sus dones?
Qué dices del que por subir padece
La ira del soberbio cortesano
Y el desden del privado cuando crece?
Qué del gallardo mozo que, liviano,
Piensa sabello todo, y entender
Lo que tú dejarias por temprano?
¿Cómo se han de tomar, cómo entender
Las cosas altas? Y á las que son menos
¿Qué gesto les debiamos hacer?
Esta tierra nos trata como ajenos,
Y aunque la otra esconde sus secretos,
Pienso que para ella somos buenos.
El que teme y espera están sujetos
A una misma mudanza, un sentimiento;
De entrambos son los actos imperfetos.
Entrambos sienten un remordimiento,
Maravíllanse entrambos de que quiera,
A entrambos turba un miedo el pensamiento.
Si le duele, si duda ó ya si espera,
Si teme, todo es uno, pues están
A esperar mal ó bien de una manera.
En cualquier novedad que se verán,
Sea menos ó mas que su esperanza,
Con ánimo elevados estarán.
El cuerpo y ojos sin hacer mudanza,
Con las manos delante por tomar
O excusar lo que huye ó no se alcanza.
El sabio se podrá loco llamar,
Y el justo injusto, el dia que forzase
A pasar la virtud de su lugar.
Dime: ¿quién seria el hombre que alcanzase
A ver su incomparable fortaleza,
Que mas de lo que basta la buscase?
Admírate, Boscan, de la riqueza
Del rubio bronce, de la blanca piedra,
Entallados con fuerza y sutileza.
Maravíllate de esa verde hiedra
Que tu frente con tanta razon ciñe,
Con cuánta de la mia hora se arriedra;
Del rosado color que ansina tiñe
La blanca seda y lana delicada,
Del contrario de aquel que la destiñe;
La verde joya, que es de amor vedada,
Porque en el fin su grado rompe luego
La transparente piedra bien tallada,
Y la que en color vence al rojo fuego,
El muy duro diamante, que al sol claro
Turba la luz y al hombre torna ciego.
Aquella hermosura que tan caro
Te cuesta, y que holgabas tanto en vella,
Contra cuya herida no hay reparo,
Admiróte otro tiempo ver cuán bella,
Cuán sabia, cuán gentil y cuán cortés,
Y aun quizá ahora mas te admiras della.
Tu lengua, que debajo de los piés
Trae el sugeto, y nos lo va mostrando
Como tú quieres, y no como ello es.
Admirente mil hombres que escuchando
Tu canto están, y el pueblo que te mira,
Siempre mayores cosas esperando.
Con la primera noche te retira,
Y con la luz dudosa te levanta
A escribir lo que todo el mundo admira.
¿Cuál es aquel cautivo que se espanta
Que el año fértil hincha los graneros,
Al que fortuna, y no razon, levanta?
¿Por qué quieren que hagan los dineros
Que yo me admire de él, y él no de mí,
Pues yo ni él le hubimos de herederos?
Lo que la tierra esconde dentro en sí,
La edad y el tiempo lo han de descubrir,
Y encubrir lo que vuela por ahí.
En fin, señor Boscan, pues hemos de ir
Los unos y los otros un camino,
Trabaje el que pudiere de vivir.
Si en la cabeza algun dolor te vino
Agudo, ó en el cuerpo, que te ofenda,
Procura huir y ten buen tino.
Si te puede sacar de esa contienda
La virtud, como viene simple y pura,
Al resto del deleite ten la rienda.
Por los desiertos montes va segura,
No teme las saetas venenosas,
No el fuego, que no para en armadura;
No entrar en las batallas peligrosas,
No la cruda importuna y larga guerra,
No el loco mar con ondas furiosas;
No la ira del cielo, que á la tierra
Hace temer con terrible sonido,
Cuando el rayo, rompiéndola, se entierra.
El hombre justo y bueno no es movido
Por ninguna destreza de ejercicios,
Por oro ni metal bien esculpido.
No por las pesadumbres de edificios,
Adonde la grandeza vence el arte,
Y es natura sacada de sus quicios.
No por el que procura vana parte,
Y con el ojo gobernar el mundo,
Forzando á la fortuna, aunque le aparte.
No por la pena eterna del profundo,
No por la vida larga ó presta muerte,
No por ser uno solo, sin segundo.
Siempre vive contento con su suerte,
Buena ó mediana, como se la hace,
Y nunca estará mas ni menos fuerte.
Cualquier tiempo que llegue, aquel le place,
Si no puede huir la triste vez,
Y búrlase de aquel á quien desplace.
Todo se mide, á sí mismo es juez,
Reposado en su vida está y seguro,
Uno en la juventud y en la vejez.
Es por de dentro y por defuera puro,
Piensa en sí lo que dice y lo que ha hecho,
Duro en temer, y en esperar mas duro.
En cualquier medio vive satisfecho,
Procura de ordenar, en cuanto puede,
Que en todo la razon venza al provecho.
Esto no sigue tanto, que él no quede
Dulce en humano trato y conversable,

Ni dé á entender al mundo que le hiede.
Pónese en un estado razonable,
Nunca teme ni espera, ni se cura
De lo que le parece que es mudable.
Jamás de todo en todo se asegura,
Ni se da tanto á la riguridad,
Que por seguilla olvide la blandura.
Deja á veces vencer la voluntad,
Mezclando de lo dulce con lo amargo,
Y el deleite con la severidad.
De lo menos que puede se hace cargo,
Daña á ninguno, á todos aprovecha,
No hace por que deba dar descargo.
Este va por la via mas derecha,
De todo lo que tiene hace bueno,
De nada se ensandece ó se despecha.
Si la mano metiese hombre en su seno,
Y hubiese de llorar lo que no viene,
Ni parará en lo suyo ni en lo ajeno.
El gran rey de Marruecos, dicen, tiene
Gran número de esclavos y ganados,
Pero nunca el dinero que conviene.
Algunos en la guerra son guardados
Con las riquezas, y otros con varones,
Y algunos con los montes encumbrados,
Otros con elegancias de razones;
Mas el que lo tuviere todo junto,
Será dichoso y libre de pasiones.
¡Oh, quién pudiera verse en este punto,
Cuanto al ánimo, y no cuanto al poder,
Y tuviéseme el mundo por difunto!
Conmigo se acabase mi valer,
Y tan poca memoria de mí hubiese
Como si nunca hubiera de nacer.
La noche del olvido me cubriese
En esta mediania comedida,
Y el vano vulgo no me conociese.
Entonces haria yo sabrosa vida,
Libre de las mareas del gobierno
Y de loca esperanza de cabida.
Arderia mi fuego en el invierno
Contino y claro, y el manjar seria
Rústico, pero muy mas dulce y tierno.
El vino antiguo nunca faltaria,
Que los piés y la lengua me trabase,
Mezclado con el agua clara y fria.
Y cuando el año se desinvernase,
Vendria de pacer manso el ganado,
A que la gruesa leche le ordeñase.
Llevarlo-ia al espacioso prado,
Volverlo-ia despues á la majada,
Donde fuese seguro y sosegado.
Otras veces á mano rodeada
Esparciria tras los tardos bueyes
El rubio trigo ó el áspera cebada.
A la noche estaria dando leyes,
Al fuego, á los cansados labradores,
Que venciesen las de los grandes reyes.
Oiria sus cuestiones, sus amores,
Gustaria sus nuevas elocuencias,
Y sus descubrimientos y favores,
Sus cantos, sus donaires, sus sentencias,
Sus enojos, sus fueros, su motin,
Sus celos, sus cuidados, diferencias.
Vendrias tú y Jerónimo Agustin,
Partes del alma mia, á descansar
De vuestro pensamiento y de su fin.
Cansados de la vida del lugar,
Llenos de turbulencia y de pasion,
Uno de pleitos y otro de juzgar.
Vendria con bondad de corazon
Toda vida sabrosa, con Dural
Traeriades tambien á Monleon.
Allí se reiria el bien y el mal,
Y cada uno hablaria á su guisa,
Y escucharia el que no tiene caudal.
De contar mal no se pagaria sisa,
Y podria ser venir otro Cetina,
Que la paciencia nos tornase en risa.
O si lo que mi alma no adivina,
Lo que ahora me persigue y de mí huye,
Y en quererme dañar es tan contina,
Con aquella pasion que me destruye,
Tornada en compasion, y su cruel ira
En mansedumbre, que ella mas rehuye,
Te hallases presente, oh tú, Marfira,
Pues mi corazon, vengas ó no vengas,
Siempre ha de suspirar como suspira.
Ruégate este cautivo que no tengas
Tan duro animo en pecho tan hermoso,
Ni tu inmortal presencia nos detengas.
Por ti me place este lugar sabroso,
Por ti el olvido dulce con concierto,
Por ti querria la vida y el reposo;
Por ti el ardiente arena en el desierto,
Por ti la nieve helada en la montaña,
Por ti tambien me place el desconcierto.
Mira el sabroso olor de la campaña,
Que dan las flores nuevas y suaves,
Cubriendo el suelo de color extraña.
Escucha el dulce canto que las aves
En la verde arboleda están haciendo
Con voces ora agudas, ora graves.
Mira las limpias aguas, que riendo
Corren por los arroyos, y estorbadas
Por las pintadas guijas, van huyendo.
Las sombras que al sol quitan sus entradas
Con los verdes y entretejidos ramos,
Y las frutas que están dellos colgadas.
Paréceme, Marfira, que ya estamos
En todo, y que no finge mi deseo
Lo que querria, sino lo que pasamos.
Tú la verás, Boscan, y yo la veo,
Que los que amamos vemos mas temprano:
Héla en cabello negro y blanco arreo.
Ella te cogerá con blanda mano
Las raras uvas y la fruta cana,
Dulces y frescos dones del verano.
Mira qué diligencia, con qué gana
Viene al nuevo servicio, qué pomposa
Está con el trabajo, y cuán ufana.
En blanca leche colorada rosa
Nunca para su amigo vi al pastor
Mezclar, que pareciese tan hermosa.
El verde arrayan tuerce en derredor
De tu sagrada frente con las flores,
Mezclando oro inmortal á la labor.
Por cima van y vienen los amores,
Con las alas en vino remojadas;
Suenan en el carcax los pasadores.
Remedie quien quisiere las pisadas
De los grandes que el mundo gobernaron,
Cuyas obras quizá están olvidadas.
Desvélese en lo que ellos no alcanzaron,
Duerma descolorido sobre el oro,
Que no les quedará mas que llevaron.
Yo, Boscan, no procuro otro tesoro
Sino poder vivir medianamente,
Ni escondo la riqueza ni la adoro.
Si aquí hallas algun inconveniente;
Como discreto, y no como yo soy,
Me desengaña luego incontinente,
Y si no, vén conmigo adonde voy.

CARTA III.

A don Luis de Zúñiga.

Cuantos hay, don Luis, que, sobre nada
Haciendo suntuoso fundamento,
Tienen la buena suerte por llegada.
Cánsanse con un vano pensamiento;
Hechas sus conjeturas y razones,
Hacen torres vacías en el viento.
Ensanchan al pensar los corazones,
Creen tener en el puño la fortuna,
Y toman por el pié las ocasiones.
Como los simples niños, que en la cuna
No saben conocer otro cuidado
Sino contar las vigas una á una;
Ansi pasan la vida en descuidado,
Y ternán por el mismo, sin mas duda,
El tiempo por venir con el pasado;
Mas si el viento delante se les muda

Y arranca las arenas del profundo,
No por eso harán vida sesuda.
No les podrá quitar hombre del mundo
El comer, el dormir, el pasear,
El tenerse por solos, sin segundo.
No les queda ya mas que desear;
Todo está deseado y todo habido,
Y cada cosa puesta en su lugar.
No se cura de bueno ó mal partido
Que hacen con el turco venecianos,
Ni que venza el Sofí ó que sea vencido.
No es esto porque estima por livianos
Los negocios del mundo, ó los alanza
Viendo que no se puede dar á manos.
El por qué no lo entiende ni lo alcanza,
Ni piensa de verdad que hay otra via
Sino la que le da su confianza.
Con la mujer de Séneca vivia
Una loca, que Hasparte se llamaba,
Nacida en medio del Andalucía;
Vino á cegar de súpito, y pensaba
Que la falta no fuese ceguedad,
Sino la casa que sin lumbre estaba.
Ora salia á buscar la claridad,
Ora pedia candela muy despacio,
Decia estar á escuras la ciudad.
Enrizo mi cabello, y vó á palacio,
Gorra calada y capa de rodeo,
Gualdrapa estrecha sobre rocin lacio.
No subo el pensamiento á do no veo,
No sé que haya otro dia, ni le quiero,
Y ansi como lo pienso, ansi lo creo.
Si hago una simpleza, echo primero
La culpa al mudo y á su desconcierto,
Y cuando mas no sé, á mi compañero.
Mi pura ceguedad, tengo por cierto
Que sea del tiempo, y no de mi cosecha,
Y á él tengo por ciego, y yo soy tuerto.
Este género de hombres no aprovecha
A sí ni á otros, ni es malo ni bueno,
Ni mira ni prohibe ni sospecha.
Otros hay que revuelven en el seno
El tiempo que es pasado y el que tienen,
Consideran lo suyo por lo ajeno
Toman las ocasiones que les vienen,
Y las que no les vienen van buscando,
Y con cualquiera tiempo se entretienen.
El mundo punto á punto van pasando,
Los hombres por de dentro y por de fuera,
Como en anatomia, examinando.
Ponen la diligencia en delantera,
El seso y la razon por el guarismo;
Quieren que todo venga á su manera.
No tienen otra ley ni otro bautismo
Sino lo que les cumple, y por solo esto
Irán hasta el profundo del abismo.
Agudos en el cuerpo y en el gesto,
Mal ceñidos, las capas arrastradas,
El ojo abierto y el caminar presto.
Si les suceden cosas desastradas,
Escogen y proveen lo peor,
Nadie puede topar con sus pisadas.
No toman el camino que es mejor,
Llano y trillado; antes, al revés,
Engáñanse en el arte y la labor.
Ansi que por debajo de los piés
Les pasan los negocios, que ninguno
Se sube á imaginar lo que no es.
Ni le puede valer ser importuno,
Ni pensar ni mirar ni estar alerto,
Ni ponderar los casos uno á uno.
Arrástranle durmiendo y aun despierto,
Y tiranle tras sí por los cabellos,
Sin que le valga seso ni concierto.
Forzado ha de venir donde van ellos,
Trabados uno de otro, que no hay medio
Soltarse cuando quieren, y tenellos.
En los que dicho tengo no hay remedio,
Que cada uno dellos me parece
Dos extremos que están léjos del medio.
Tomemos el camino que se ofrece,
Ni maderos espesos sin sentido,
Ni fuego que en la llama desvanece.
Tú sirve al gran señor que has escogido,
Acompaña en presencia sus victorias,
Y el nombre por las gentes extendido
Mira cómo nos muestra las memorias
De los que todo el mundo sojuzgaron,
Imitando sus títulos y glorias.
Él pasará por donde no pasaron
Las banderas y griegos escuadrones,
Y volverá por donde no tornaron.
Habia entre los griegos disensiones:
Cada uno queria reposar,
La gente era suspensa en opiniones.
Comenzóles el cielo á amenazar,
Mostrándose turbado y espantoso,
Con truenos y con rayos á la par.
El Gánges les corria mas furioso,
Con las ondas el cielo amenazaba,
Turbio, fuera de madre, desdeñoso.
Debajo de las aguas encerraba
Troncos de gruesos árboles, adonde
A las naves rompia ó zozobraba.
El tempestuoso viento le responde,
Que sacaba la mar de sus asientos,
Revolviendo la arena que ella esconde.
Juntáronse á vencer los pensamientos
De un hombre que de carne era y aun tierno,
Con todo su poder los elementos.
La grita de la gente sin gobierno,
El rumor que en las cuerdas se hacia,
Las nubes con el fuego del infierno,
Arrebatan el cielo, con el dia,
De la vista de Grecia en un instante,
Y cúbrelos de noche oscura y fria.
Una nave que quiso ser constante
Y tenerse á las olas, aunque en vano,
Volcóla el monte de agua por delante.
No le valió al piloto diestra mano,
Que cayó de la popa boca arriba
Delante de los ojos del tirano.
La nave se sumió en el agua viva,
Tragándola un torcido remolino,
Cubierta en torno de tiniebla esquiva.
Vense pocos con mucho desatino
Nadando, y en el piélago ahogados,
A quien la muerte antes del tiempo vino.
Las armas de varones señalados,
Los escudos, almetes relucientes,
Los despojos de Persia remojados.
Pues viéndose crecer inconvenientes
Aquel grande Alejandro, que ganó
Eterna fama y nombre entre las gentes,
Al cielo y á los hados se rindió,
No queriendo por fuerza procurar
Lo que Dios de su grado le quitó.
Otro mundo es el mio, otro lugar,
Otro tiempo el que busco, y la ocasion
De venirme á mi casa á descansar.
Yo viviré la vida sin pasion,
Fuera de descontento y turbulencia,
Sirviendo al Rey por mi satisfaccion.
Si conmigo se extiende su clemencia,
Dándome con que viva en medianeza,
Holgaréme, y si no, terné paciencia.
El descanso mezclado con pereza,
El comer descuidado, y á su hora
El dormir sueño libre de tristeza.
Sentiré que con mano vencedora
Rodea por Levante las enseñas
La escuadra de Poniente domadora.
Los niños, las doncellas y las dueñas,
Los clérigos, cobarde carruaje
Estarán escuchando, hechos peñas.
Vendrá un embajador de gran linaje,
Por ventura cansado del camino,
Y ponerse ha á contarnos el viaje.
Pintará las jornadas con el vino
En la mesa, y dirónos sus hazañas,
Y tendrá muy secreto á lo que vino.
No le podréis sacar con dos mil mañas
Lo que hombre querria que hablase,
Aunque le escudriñeis por las entrañas.

El vino antiguo allí se derramase,
Y abriese yo la cuba de cien años,
Que la lengua y los pasos me trabase.
Allí me placerian los engaños
De Marfira, su loca travesura,
Sus despechos, sus iras, desengaños.
Saldriame á gozar de la verdura,
Paseando con ella á las mañanas,
Recogerme á la siesta á la espesura.
Cogeriamos juntos las manzanas,
Las coloradas uvas, y mezclada
El agua clara con las frutas canas.
Cuando el sol inclinase la jornada
Volveria contento y sin dolor
Por el heredamiento á la posada.
Veria cómo torna mi pastor
Las ovejas del prado al tardo abrigo,
Y hallaria cansado al cavador.
Tomariame gana á mi conmigo
De ayudarle á acabar sus embarazos,
Doblariame el ánimo el testigo.
Haria aquella hazada mil pedazos,
Mirándome Marfira, en su servicio,
Con qué gana, con qué fuerza de brazos.
A todos está bien hacer su oficio
Y gastar do quisieren su hacienda,
Si viven como deben y sin vicio.
Yo, señor don Luis, tendré la rienda,
Y aun de comer tambien, como pudiere,
Habido con limpieza y sin contienda.
Si no, contentarme ha lo que tuviere,
Y no me meteré en partir el cielo
Con el que compañero no sufriere.
Arrojaré mis libros por el suelo,
Abriré ó cerraré aquel que me place,
Y andaré salpicado como suelo,
Pues es vida que mas me satisface.

CARTA IV.

¿Qué hace el gran señor de los romanos,
Don Luis, cuando se parte de Alemaña?
¿Puédese en esta tierra dar á manos?
Acá ya le embarcamos para España,
Y ya le hacemos ir á Berbería,
Y él á todos, callando, nos engaña.
Argel y la Morea y la Suria
Son de esta vuestra empresa los terreros
A quien se tira en esta señoría.
¡Oh embajadores, puros majaderos,
Que si los reyes quieren engañar,
Comienzan por nosotros los primeros!
Nuestro mayor negocio es no dañar,
Y jamás hacer cosa ni decilla
Que no corramos riesgo de enseñar.
Si hace algun bien por maravilla
La persona que está cerca del Rey,
Nos ensilla el negocio ó desensilla.
Escrita con el dedo os da la ley;
El la entiende á su modo ó la deshace,
Llevándoos por el cuerno como á buey.
Jamás embajador se satisface,
Por bien que en el negocio llegue al centro;
Mas siempre piensa en algo que desplace.
Siempre teme ó recibe algun encuentro
Del pueblo ó de la parte ó del patron,
Que le da por defuera ó por dedentro.
No te sabria decir la alteracion
Con que se abre el despacho cuando llega,
Temiendo que traerá reprehension.
El primero capítulo nos ciega:
«Loamos vuestra fe, vuestra prudencia
En tratar los negocios; luego pega,
»Y siempre os encargamos la paciencia,
Y en lo que en la pasada os escribimos
Debiérades poner mas diligencia.»
¡Oh tristes de nosotros, que vivimos
Los años siete y siete arrepentidos,
Y nos hacen merced en que salimos.
Abre bien, don Luis, esos oidos;
Apolo y todas nueve sus hermanas
Publiquen los secretos escondidos.
Si cien lenguas tuviese mas que humanas,
Y la boca y la voz fuesen de hierro,
No podrian bastarme una hora sanas.
Echemos á Virgilio para perro,
Con su navegacion de cinco millas,
Y tratemos á Homero de cencerro.
Contaré con verdad las maravillas,
Los escollos, tormentos y nublados
Que pasamos sentados en las sillas.
La primera fortuna que los hados
Nos ordenan al dar de la instruccion,
Es que seamos indios de privados.
La otra, que en cualquiera mutacion
Tememos lo peor, y lo esperamos
Comiendo con sudor y alteracion.
Si por caso escribimos ó hablamos
Algun negocio grave, al digerir,
Aun antes del error nos disculpamos;
Y despues procuramos escribir,
No aquello que dijimos, si es simpleza,
Sino lo que debiéramos decir.
En negocios ajenos gran pereza,
Y en los propios mayor solicitud,
Juntando con el arte la destreza.
Magníficas palabras de virtud,
Profesion de decir siempre lo cierto,
Y á nuestro modo templar siempre el laud.
Vendráme á visitar un encubierto,
La capa por la vista rodeada,
Pobre, quebrado, robador, desierto;
Todo cuanto dirá no importa nada,
Y haráme entender que se ha hallado
A conjurar la hostia consagrada.
Creerlo punto á punto soy forzado,
Y yo en ninguna cosa soy creido,
Aunque dijese el Credo en estampado.
Cuanto al gasto de casa soy salido,
Y cuanto á las mercedes un castron,
Cuanto al holgarme, un hombre empedernido.
En fin, que cuando no hay negociacion,
O el hombre queda estatua muy hermosa,
O gentil escribano ó espion
Si os carga alguna ira furiosa,
Habeisla de sufrir, y es vuestro oficio
Entretener, que es una gentil cosa.
Yo ni tengo ni sé ya otro ejercicio
Sino es con maestre Petro, cocinero,
Jugar y conversar, como por vicio.
Con él solo platico y á él quiero,
Y váyase á anegar el veneciano;
Que no pienso hacer otro heredero.
No me curo del cetro del tirano,
Que amenaza la muerte ó da riqueza,
Ni de ir en triunfo en carro soberano.
He de vivir en una medianeza,
Vida humilde, segura y reposada,
De amor y de sabor y de dulceza
Vívase hoy, que mañana será nada;
Procuremos el bien con alegría,
Y acabemos con ella la jornada.
Procuremos la dulce compañía
Del bien, que no se acaba en los primeros,
Gozando desta vida cada dia.
Tú, Vulcano, señor de los plateros,
Poderoso en fuego y en metal,
A quien tambien adoran los herreros,
Hazme un vaso de plata, hondo y tal,
Que mida san Martin ocho cuartillos,
Y otro santo, si hay, con su caudal.
En él no entalles rayos amarillos,
El cielo cuando truena, ni el infierno
En humosos caballos y morcillos;
No las heladas nieves del invierno
Ni los ardientes soles del verano,
Ni las mareas en igual gobierno;
No el carretero que con diestra mano
Gobierna siete estrellas, sin mudallas,
Saliendo, ahora tarde, ora temprano.
No el sangriento señor de las batallas;
¿Qué tengo yo que ver con las estrellas,
Con los rayos, los tiempos ó las mallas?
Quédense en cielo y tierra ellos y ellas,

Duren por muchos años ordenadas,
Y yo que tarde y viejo vaya á vellas.
Entalla muchas uvas coloradas
Con sus vides, que en torno las rodean,
Con las revueltas hiedras entricadas.
Los amores estén que se menecn,
Esparciendo aquel fuego glorioso
Cuyas llamas ardiendo no se veen.
El dios Baco, borracho y dormiloso,
Las horas todas doce al derredor,
El tiempo sano y mozo y con reposo.
Tal será la razon de la labor,
Padre Vulcano, que me has de hacer,
Y á tí te cabrá parte del sabor.
Harás sentar á tabla tu mujer,
Que no pesará dello á don Luis;
Tú entrarás á lo hondo en el beber.
Nunca estimeis en dos maravedís
Que al ojo y pié se acuerden los cornudos,
Ni mirais lo que pasa ni sentis
Todos serémos ciegos, sordos, mudos,
Y tú haz la labor que sea divina,
Que te la pagarémos en escudos.
Si yo puedo salir desta mohina,
Don Luis, y vivir holgadamente,
Parecer me ha que el mundo se me inclina.
Daré catorce higas á la gente,
Serviré á mi señor toda la vida
Sin recebir ningun inconveniente.
Dejaré la esperanza de cabida
Y la razon de mejorarme en alto,
Vana fatiga y ambicion perdida.
Mi pensamiento, hermano, si no falto,
Es ir llano y seguro de reproches,
Sin quebrarme las piernas en el salto,
Y que digan: «Quedáos á buenas noches.»

CARTA V.

Tómame en esta tierra una dolencia
Que en Cataluña llaman melarguía,
La cual me acaba el seso y la paciencia.
Y como no me deja noche y dia,
Menos me da lugar para hablar,
Señora Peña, con vuestra señoría.
Pero, pues que podeis sola mandar
Donde es caso tan justo y tan sabido,
Hacedme esta merced de perdonar.
Que á cabo de cuatro años de partido
Os demando perdon, si se perdona
Escribiros tan corto y desabrido
Que, como desparece Barcelona
Y huye aquella playa gloriosa,
Ansí va enflaqueciendo la persona.
Comiénzase la vida trabajosa
Con el mar, con el viento y la galera,
Triste, turbada, malenconiosa.
Con solo esta disculpa que yo diera,
Hallándome tan mal como me hallo,
Bastaba á ser creido de cualquiera.
Mas á vos, de quien fui siempre vasallo,
Y nunca á la criada de otra dama,
Me conviene dar cuenta por qué callo.
Para decir verdad, esta vuestra ama
Tiene tan olvidados sus amigos,
Que está mejor aquel que menos la ama.
No es menester traer largos testigos,
Mostrándose el descuido de su mano,
Que la hace cobrar mil enemigos.
¿Qué le cuesta escribir á un veneciano
Una letra, un borron, una crucera,
Y tratarme despues como á villano?
El ganar los amigos á estafeta,
Y perderlos á soplos, no es camino
De quien por cabo quiere ser perfeta.
Al Señor que tenemos por divino,
Y da y quita á su modo la ventura,
Demandaré venganza de contino.
No que pierda la flor de su hermosura,
Que esto será excusado tan ahina,
Y perderia lo que ella menos cura.
Deseo que le venga una mohina,
Creyendo que algun dia ha de nacer
En este mundo otra doña Marina.
Y que ella misma vea en el crecer
En gracia y en valor y en discrecion
Alguna que le pueda parecer.
Aconsejadle mude la opinion,
Ansí os veais con Torres desposada,
Porque el pueblo es de mala condicion.
No sea tan bizarra y confiada;
Que no es siempre seguro el caminar
Por encima del filo de la espada.
Y para que podais determinar
Si os doy tan buen consejo como suelo,
Quiero con vos un poco razonar.
Cuando fuimos nacidos en el suelo
Se trabó una cuestion tan furiosa,
Que puso en armas casi todo el cielo:
Si debia de ser Eva hermosa
O fea, y aquel dia en solo el gesto
Se habló, sin hablarse de otra cosa.
Cargaron tantos votos en el puesto
De los que la querian para fea,
Que fué forzado resolverse en esto:
La que saliere fea, que lo sea,
Y que siga, y de nadie sea seguida,
Hasta que de remedio se provea.
La que fuere hermosa conocida,
Que le dure esta flor por accidente
Parte de un solo tercio de la vida.
No que lo feo sea inconveniente,
Mas sirva lo hermoso en vez de sal,
Como para apetito de la gente;
Antes digo que es cosa natural,
Por ser principio y fin de nuestra edad,
Y lo hermoso es forzado y desigual.
¿Qué reino, qué provincia, qué ciudad
En la vida del mundo fué asolada,
Qué mujer se ahorcó por fealdad?
¿Trae flaca ó amarilla ó espantada
Por ventura la gente, deseando,
Loca, celosa y desasosegada,
Por medio de la calle suspirando,
O confiada, ó arrepentida luego,
O fuera de propósito cantando?
La fealdad no teme el niño ciego,
Ni hace ni recibe aquella guerra
Que solemos decir á sangre y fuego.
De todos va segura por la tierra,
No la quiere ninguno mal ni bien,
Ni mira cuando acierta ó cuando yerra
De ninguna ocasion toma desden,
Llana, fuera de humo y altiveza:
Si os place, bien está; si no, tambien.
Con galas disimula su flaqueza,
Y hüelga de mostrarse en todo humana,
Encubriendo la falta con destreza.
Conviene que á la noche ó á la mañana
Le dé la hermosura la obediencia,
O á lo menos al mes una semana.
El ánimo y constancia y elocuencia,
Y otras virtudes mil, á esta señora
Suelen acompañar, con la demencia.
Siempre está en una forma duradora,
A lo claro, á lo obscuro, dia y tarde,
Y no se va mudando de hora en hora.
Ningun hombre la mira que se guarde;
Claridad que recibe y no da pena,
Y que sin encender se enciende y arde.
A la comida fea y á la cena,
Al dormir, al soñar y al despertarse,
Sea en luna menguante y luna llena.
Gran cosa es que no pueda curarse
La dolencia y siniestros en que queda
La hermosura cuando va á acabarse.
Gestos, meneos, vueltas como en rueda,
El descontentamiento en el espejo,
Animal que á ninguna deja leda.
Como si en nuestra tierra el mozo, el viejo
Fuesen tan solamente diferentes
En la edad, en el pelo, en el pellejo.
La hermosura no tiene parientes
Ni Dios ni ley ni rey, ni tierra ó casa,

Ni vecinos ni amigos bien hacientes.
Quémaos el corazon como una brasa,
Con ojo ó con palabra ó con meneo,
Y trompicaos si os toma á silla rasa.
Absoluta, tirana del deseo,
¡Cuánta esperanza enhila ó desbarata
Con un tienes razon ó no te creo!
Hácese mortecina como gata,
Despues saca una furia del diablo,
Que á cada paso os corre la zapata.
Pensad, señora Peña, en lo que hablo,
Y en ser fea tambien, pues es posible,
Sin espantaros nada del vocablo.
Mirad que es ser hermosa aborrecible,
Y si á mí me dejasen á mi modo,
Antes escogeré ser invisible.
He querido deciros esto todo
Porque podais á vuestra ama aconsejar
Que no nos ponga á todos tan del lodo.
Mire que el verdegar se ha de acabar,
Dado que ella lo estime harto poco,
Pues tiene lo que siempre ha de durar.
La negra dama, fea como un coco,
Siendo, como ella es, discreta y diestra,
Piensa tornar el mundo casi loco.
Y ella, tan estimada como muestra,
De saber, de virtud, valor y gloria,
Que en los ojos nos dé con la siniestra.
Aunque vea yo borrada su memoria
Del libro de la gente, y en sus ojos
Volar á mano ajena la vitoria;
Los triunfos cogidos á manojos
Por otro nuevo nombre levantados,
Y en carro ajeno puestos sus despojos,
No sea en penitencia de pecados
Y en venganza que alguno le desea,
Sino en pena de amigos olvidados.
¿Cómo quereis, Señora, que lo crea
Quien viere su memoria vacilando,
Y no tener amigo que no vea?
Mas pienso que irá siempre mejorando,
Y que pondrá el cuidado todo entero
En ganar los ausentes de su bando.
En esta cuenta yo seré el primero,
Pues que siempre lo fuí, y de su bondad
Tratado como amigo verdadero.
Entonces, puesta aparte la humildad,
Levantaré una voz que durará
Por el tiempo de la inmortalidad.
Sus loores el Ebro llevará
Con las bermejas ondas en oriente,
Donde el primero sol las oirá.
Y por el rubio Tajo al occidente
Oirá el postrero sol llevar su nombre
En lenguas y memorias de la gente.
Ella tendrá la fama y el renombre;
Yo estaré de lo hecho tan ufano,
Que me parezca ser muy mas que hombre.
Y donde Guadarrama, manso y llano,
Con espaciosas vueltas se desvia,
Pareciendo, ora tarde, ora temprano,
A la orilla del agua clara y fria
De mármol alzaré un soberbio templo
En la extendida y verde pradería.
En medio estará ella, á quien contemplo
Tan hermosa, tan grave y adornada
Como quien es nacida por ejemplo.
Yo, primer vencedor desta jornada,
Visto en púrpura clara de levante
En aquella llanura despachada,
Revolveré cien carros por delante,
Con cada cuatro blancos corredores
Que vencerán al viento, aunque pujante.
Cantando entre la yerba, entre las flores,
Mil veces á su nombre llamarán,
Y responderá el cielo á sus loores.
Las Españas al Tajo dejarán
Con los bosques del gran Guadalquivir,
Y en dorados arneses se verán,
Unos con duras lanzas embestir,
Esparciendo en el aire las astillas,
Y con limpias espadas combatir;
Otros con vestes blancas y sencillas,
Mezcladas de color vario y vistoso,
Harán por aquel prado maravillas.
Despues yo, todo vanaglorioso,
Con guirnalda de oliva coronado,
En veste roja y hábito pomposo,
Visitaré su templo consagrado,
Sacrificando humanos corazones
Y deseos mezclados con cuidado,
Voluntarias cadenas y prisiones,
Con muchos que merced le irán pidiendo,
Rendidos sus despojos y pendones.
En blancas piedras se verán viviendo
Los reyes sus abuelos entallados,
Cuyos nombres la fama va extendiendo.
La triste envidia, los contrarios hados,
El rencor de las lenguas maliciosas
Caerán en el profundo desterrados.
Mas porque al comenzar tan altas cosas
El seso y la razon no se desmande,
Tú me ayuda, pues puedes, ves y osas.
Sin ti no puede haber principio grande;
Y ansí, doña Marina, callaré
Hasta que tu grandeza me lo mande.
A vos, señora Peña, bajaré;
Que hablar con vuestra ama no se puede
Sin tocar en misterios y por fe.
Si lo que yo escribiere ella concede,
Llevarme ha tras sí con media seña,
Y hará de nosotros cuanto puede.
Importunadla bien, señora Peña;
Que yo sé cuánto vos podeis con ella:
Ansí os pueda ver yo tan buena dueña
Como ahora á mis ojos sois doncella.

CARTA VI.

El pobre peregrino, cuando viene
A Roma ó á Santiago en romería
Por voto expreso ó devocion que tiene,
Va entre sí discurriendo por la via
La gloria, religion y piedad
Del propósito santo que le guia.
No le mueve grandeza de ciudad,
Edificios, dinero ni manjares
No le hacen mudar de voluntad.
Llegando se presenta á los lugares
Sagrados y de mas veneracion;
Desde léjos adora los altares,
Porque, siendo de humilde condicion,
Ni se atreve, ni puede, ya que quiera,
Ofrecer de mas cerca su oracion.
Escoge en las imágenes de fuera
A una para rezar lo que le place,
Indigno de tocar á la primera.
Y donde á su propósito mas hace
Cuelga una tabla escrita ó el vestido,
Y sin mas, de mandar se satisface.
Pues yo, señora Peña, conocido
El valor de vuestra ama, como indino,
Me contento con ser de vos oido.
No es empresa de humilde peregrino
Allegar con sus votos á ofrecer
Al principal sagrario de contino.
Gracia, favor y ayuda y parecer
Me dad, pues que sabeis cuánto os desea
Mi voluntad en todo obedecer,
Haciendo de manera que se vea
Allegar esta carta torpe y necia
A manos de vuestra ama, y que la lea.
Que si saber extrañas cosas precia,
En ella verá escrita la verdad
Del principio y costumbres de Venecia.
En el año de la Natividad
De cuatrocientos y cincuenta y uno,
Tiempo de general adversidad,
Atila, rey de ostrogodos y humno,
Que el azote de Dios era llamado,
Por no hallarse mas cruel otro alguno,
Vino con grueso ejército y armado
A Italia, y todo el mundo amenazando,

Sin perdonar profano ni sagrado.
Llegan sobre Aquileya bravcando,
Y á fuerza de combates la asolaron,
Una piedra sobre otra no dejando.
Los que en Padua y Altino se hallaron,
Por excusar las bárbaras saetas,
Con otros que de Italia se juntaron,
Vinieron á poblar ciertas isletas
Entre el Sil y la Brenta, y los pantanos
Que antiguamente se decian Venetas.
Con pobres caballeros los villanos,
Revueltos los criados con señores,
Todos fueron llamados venecianos.
Todos eran ya hechos pescadores,
Mostrados á beber los hielos duros
Y á comer pan mezclado con dolores.
Las ondas les servian como muros
De las humildes casas y tejado,
Y la pobreza los tenia seguros.
Cubierto de carrizos el Senado,
Hecho de duras conchas el asiento,
Trabábase de redes por estrado.
Un cuerno ó caracol por instrumento
Los llamaba á la misa ó al concejo,
Que á veces no se oia con el viento.
El marido, mujer, el mozo, el viejo
Se juntaban confusos al sonido,
Y á dar sus pareceres en concejo.
Pues si alguna doncella iba á marido,
Haciase de peces el banquete
Y de juncos tejidos el vestido.
En toda la ciudad no habia bonete
Sino por jubileo, y aun soez
Y entallado á manera de casquete.
Acaso se juntó el pueblo una vez,
Y eligieron señor el mas prudente,
Que les servia de duque y de juez.
Algun pescador, que era su pariente,
Viéndole la cabeza descubierta,
Se descosió una manga en continente,
Y por donde ella estaba mas abierta
Se la encajó hasta dar en las orejas,
Adelante lo estrecho y toda tuerta.
Por esto dicen las historias viejas
Que le llamaron cuerno, y este nombre
Le quedó hasta hoy entre las cejas.
Continuóse el reino de hombre en hombre,
Bajaban los estados comarcanos,
Perdiendo con discordia fuerza y nombre.
Crecian de contino venecianos,
Metiéndose á la mar y mercancía
Con moros y judíos y cristianos.
Fabricaban navíos á porfía,
Concurrian naciones forasteras,
Reformando el gobierno cada dia.
Era ya la república de veras,
La gente mas tratable, mas humana
Que cuando se criaban en pesqueras.
Comenzóse á vivir de mejor gana,
Ordenar por razon los edificios
Y á vestirse de paño fino y grana.
A tenerse mas cuenta con los vicios,
A platicar de guerras y de amor,
Y á tratar de mas nobles ejercicios.
Traíase de seda ya el señor,
Y el palacio creció sobre colunas,
Y el mármol adornaba la labor.
Espantáronse el mar y sus lagunas
De ver subir tan altas las moradas
Y el crecer de tan súbitas fortunas.
Revolviendo entre sí cosas pasadas
Del tiempo que á la tierra y su pujanza
Sojuzgaron las ondas siempre airadas,
Temian que en tan grande y tal mudanza
La tierra se tornase á rehacer,
Y tomase del agua la venganza.
Desde allí se juntaron á crecer
Cuatro veces al dia, y apartar
Las cosas que pudiesen empecer.
Pero, en fin, por sospechas apartar,
Juntar un matrimonio pareció
Del duque de Venecia con la mar.
Todo el pueblo al contrato consintió;
Las conchas y pescados por su parte
El arena y el viento confirmó.
Aconteció hallarse á aquella parte,
El dia que la esposa se llevaba,
La diosa enamorada del dios Marte.
Acaso sus cabellos ordenaba
Tejiéndolos con cuerdas de oro fino,
Y en blanca vestidura se adornaba.
Aun no era bien compuesta, cuando vino
El niño que con arco y pasadores
Hace guerra á los hombres de contino.
Con él venian otros mil amores,
Todos con arco y flechas, mas no tales;
Todos hermanos suyos, mas menores.
Estos hieren los brutos animales,
Las plantas y pescados y avecillas;
Mas aquel corazones de mortales.
Mostraba haber rendido de rodillas
A Júpiter, y hecho humanar,
Otra vez á pacer con las novillas,
O con húmidas noches abajar
La plateada luna dende el cielo
En rústicas cabañas á morar.
Allegando á la madre con el vuelo,
Le dijo que Venecia celebraba
Una gran fiesta en este húmedo suelo,
Donde era tanta gente, que él estaba
Cansado de herir, no de otra cosa,
Sin perder solo un tiro del aljaba.
Determinó venirla á ver la Diosa,
Y encima de su concha, aderezada
De púrpura encendida y luminosa,
Por ligeros delfines fué tirada
Hasta entrar por la boca del canal,
Donde era ya la fiesta comenzada.
Nunca Vénus pensó que fuera tal;
Tanta dama hermosa, tan vestida,
Tantos hombres tan ricos de caudal.
Salióla á recebir la mas ardida;
Aunque harto invidiosas, mas contentas,
La juran por hermana de la vida.
Tambien ella las trata de parientas;
Que eran todas nacidas de la mar,
Y por ella halladas en afrentas.
Estaban tan atentas al mirar
La lumbre, juventud y hermosura,
Que nadie se acordaba de hablar.
Cada uno loaba la postura
De los pechos y manos y cabeza,
El arte del tocado y apostura.
Notábanle la vuelta y la belleza
Del recoger en oro los cabellos,
Y dónde acaba el rizo y dónde empieza;
En tan varias maneras retorcellos,
Que seria prolijo el escribillas,
Porque cierto son mas que no son ellas;
Las ropas transparentes y sencillas
Dar color á los pechos, y á la cara
El peine, partidor y redomillas.
Dende allí les quedó Vénus tan cara,
Que arriscarán por ella las personas
En cualquier ocasion que se hallara.
Consagráronle altares y coronas,
Cantares, sacrificios y oraciones,
Las doncellas, casadas y matronas.
Aunque duran algunas condiciones,
Desde entonces usadas hasta ahora,
Por las fiestas y tiempos y perdones,
Parecióle tan bien á esta señora
La tierra, que viniendo solo á vella,
Se quedó por vecina y moradora.
Y otras veces habia estado en ella;
Mas no que la tuviese en la memoria,
Ni tanto procurase conocella.
Tras ella vino luego la Vitoria,
En la mano dos remos y vogando,
Armada de virtud, valor y gloria.
Mostró extenderse el pueblo peleando
Por las partes que el sol suele nacer,
Con la fuerza y esfuerzo de su bando.
Hizo luego vestidos parecer

En púrpura á los padres y togados
En senado á decir su parecer,
Y gobernar ejércitos pagados,
A tener otros pueblos por vasallos,
Príncipes por sujetos y aliados.
Venir varias naciones á buscallos,
Pedir, ora socorro, ora justicia;
Tambien otros por gloria á provocallos.
Reinaban la prudencia y la malicia,
Partes que le han traido donde está;
La templanza, modestia y la justicia.
Es de ver cuán humilde y cómo va
Solo en tanta grandeza por la calle
El mayor ciudadano que será.
Si venis á su casa por hablalle,
No toparéis á otro sino á él,
Y aun topado, querréis ir á buscalle.
Cogida la cintura de tropel,
La ropa cuanto luenga la querais,
Atestadas las mangas de papel.
Una beca de paño por través,
Un bonete á manera de sarten,
Con medias chineletas en los piés.
No mudan este traje en mal ó bien
El mozo, viejo, rico, el que no tiene;
Todos viven y van por un convenc
¡Oh ninfas de la mar! ¿cuál de vos viene
A darme algun favor para que pueda
Cantar á esta sazon como conviene?
Ya la gente se ordena como en rueda,
Ya comienza la novia á relucir
En blanco y oro, vergonzosa y leda.
Tráela de las manos al salir
Un chico vejezuelo, bailador;
Ya las damas la van á recebir.
Dentro ha hecho experiencia en la labor
Enhilando una aguja, y mas desnuda,
Amostrando si el vientre es paridor.
Si es flaca, gorda ó floja, ó si es nervuda,
Coja, manca, contrecha de algun vicio,
Loca, simple, atronada, sorda ó muda.
La madre y las parientas del novicio,
Por conocer mejor si era de prueba,
La mandaron hacer este ejercicio.
Las demás se aperciben, y se lleva
A sentar cada cual, segun usanza,
Con escofia y gorguera, saya nueva.
No se habla palabra, ni mudanza
De hablar se hará en toda la fiesta,
O la que está asentada ó la que danza.
Si alguno les pregunta, á la propuesta
Responden de cabeza, sonriendo,
Y no se espere hacer otra respuesta.
Un baile acaba y otro va siguiendo;
No mudarán propósito ó manera
Mas de lo que al principio iban teniendo.
Los galanes, vestidos, que cualquiera
Por el traje dirá ser escolares,
Y aherre llaman á la forastera.
Tasados á la cena los manjares,
Aquel está mejor que viene antes,
Y no curan de asientos ni lugares.
Sirvense de barberos por trinchantes,
Que teniendo la carne con el paño,
La pican con cuchillos muy tajantes.
Otros hay que la cortan de rasguño,
Otros la despedazan arrastrando,
Y todos los bocados por un cuño.
La gente que á la tabla está mirando,
Nunca Jérjes en Grecia tuvo tanta,
Y ellos comer sentados y callando.
Este se sienta y este se levanta,
Este gana el mirar por ocasiones,
Este alarga, este tuerce la garganta.
No hay otra cortesía ni razones
Sino amparar las damas de la guerra
Que se les hace á voces y empujones.
A la fin el servir todo se encierra
En darles á la cena un mondadientes
O una gruesa y gentil turma de tierra,
Los mayores amigos y parientes.

CARTA VII.

Ilustre capitan vitorioso,
Dulce hermano y señor, don Bernardino,
Salud, honra y hacienda con reposo.
A veces lleva el hombre buen camino,
Y si por caso un paso se le estrecha,
Piensa que errado va y que pierde el tino.
Desviase á otra via mas derecha,
Trillada de carretas y pisadas,
Dejando gobernar á la sospecha.
Primero pasará por las aradas,
A una mano y á otra los collados,
Con algunas encinas desmochadas.
Sale despues por extendidos prados,
Entre el agua corriente y yerba verde,
Hasta dar en los bosques apartados.
Entonces le parece que se pierde;
Mas vase espoleando embebecido,
Sin que de revolver atrás se acuerde,
Hasta que la verdad y el conocido
Error á la opinion muestra y enseña
Cómo no hay que fiar en el sentido.
Echó por un carril de cargar leña,
Que se muere en las manos, y le deja
Sin camino, sin guia, rastro ó seña.
En vano se maldice, enoja y queja,
Y procura salir por tal tenor,
Que cuanto mas porfia mas se deja.
Tú sigues el camino que es mejor;
Vé derecho por él, sin empacharte
Con otro que quizá será peor.
No te turbe el mal paso, ni te aparte
El carril que atraviesa ó el que sale,
Ni te dé con el seso en otra parte.
No hay elemento alguno que se iguale
Con el agua corriente, simple y pura,
Por quien el mundo vive, crece y vale.
Como fuego encendido en noche obscura,
Entre todos metales se parece
El oro, y nos alegra su figura
Ensalza el que lo tiene, y enriquece
En fausto, en abundancia y alegría,
Colocado en lugar que resplandece.
Nunca busques estrella á mediodía
Tan clara como el sol resplandeciente,
Que por el cielo yermo se desvia.
La opinion de los pocos y la gente
Es el que bien se halla no mudarse
Por desvío, ocasion ó inconviniente.
No digo yo que no puede engañarse
Alguno en el propósito que lleva;
Mas que debe, si es bueno, contentarse.
No es dado á todos hombres hacer prueba,
Ni la órden de amor tiene por cierto
Que cada hora muden ropa nueva.
Dejar lo que se tiene por lo incierto,
Si se tiene, ó dejar lo que se espera
Por lo que no se espera, es desconcierto.
Amor te dió la ley á su manera
Y el sugeto mejor que darte pudo,
Guardado por de dentro y por defuera.
No vale contra ella el fuerte escudo
De saber y templanza, y la elocuencia
En la necesidad, que torna mudo.
Aprende de tu hermano la paciencia
Y el no mudar, ausente, la fortuna
De otros, de ti mismo la prudencia
Mostróme el sufrimiento de la cuna
A durar en un firme devanea,
Como suele hacer María de Luna.
Las imaginaciones del deseo
Me burlan de contino por delante,
Y cuanto espero y pienso, tanto creo.
Ya me finjo en hábito triunfante,
Ora hago cuestion, ora me acuerdo,
Y me hieren y hiero en un instante.
Celoso por el cabo, bramo y muerdo
Al que veo llegarse á quien bien quiero
Y en esto solo me parezco cuerdo.
Finjome con Andrés el cerrajero,
Tomás Lopez al lado, y así estamos

Quemando papelejos al brasero.
A veces los espíritus alzamos
Sobre el cielo, y medimos tierra y mares,
Y la arena sin número contamos.
Otras veces nos damos de pesares,
Recogiendo la sangre en la palilla,
A sus tiempos, sazones y lugares.
Llamamos á la aguda Cerrajilla,
A Francisca Rodriguez, y don Lucio
Bracamonte, Marquillos y Frechila.
Convídame á comer el desvarío,
Siéntame cabe sí la contecica,
Que gobierna la mesa á su albedrío.
Traígole presentada su copica,
Y todos le hacemos la razon;
Ella bebe por una pajarica.
Hago mis carbonadas al patron
De queso, de aceitunas; luego anda
San Martin en colmada posesion.
Por milagro don Diego se desmanda
A buscar vario pasto al pensamiento
O mudar otra suerte de vianda.
Plácame de hacer torres en el viento
Y dejar la locura resolverse;
Mas nunca sobre nuevo pensamiento.
Tu merced se contente de tenerse
En el mejor lugar sin se mover,
Y callando, entre sí solo entenderse.
Yo, sin bien, sin fortuna y parecer,
Conténtome con solo imaginar,
No lo que es, mas lo que pudiera ser.
En el cielo estrellado hay un lugar
Guarnecido de acero relumbrante,
Las puertas de marfil de par en par.
A una mano y á otra están delante,
Por divino artificio fabricados,
Dos cántaros de duro diamante:
El siniestro colmado de cuidados,
De trabajos humanos, duras penas,
Que en la muerte descargan sus nublados;
El diestro lleno de venturas llenas,
Dulce contentamiento, eterna gloria,
Ventura en cosas propias y en ajenas.
Cuando Dios alcanzó la gran vitoria,
Y la comunidad echó del cielo,
Se dice que los puso por memoria.
Las ánimas que bajan á este suelo
Para dar á los cuerpos forma humana
Comienzan por aquí su primer vuelo,
A salir cada cual segun ha gana,
Prueba del uno y otro cuanto quiere
Y puede recebir la sombra vana.
Bebida, como el vaso que bebiere,
Así halla la suerte aparejada,
Dende que nace acá hasta que muere.
Yo, mezquino, al entrar desta jornada,
Llegué con sed al vaso del dolor,
El cual todo bebí, sin dejar nada,
Y á vueltas la paciencia, que es peor.

CARTA VIII.

Doña Guiomar Enriquez sea loada
Ante todo principio; que sin esto
Obra no puede ser bien comenzada.
Quedándome tal fe por presupuesto
Imprimida de ti cuando partiste,
Quisiera haber mostrádolo mas presto.
«Escribe, pues que puedes, me dijiste,
Con libertad, seguro de la muerte;
Escribe, y deja suspirar al triste.»
En el comienzo tuve á buena suerte
Caberme un tan subido y gran sugeto;
Despues me pareció empresa muy fuerte.
Porque nadie imagina un bien perfeto,
Si no con el sentido lo describe,
Ni lo entiende ó declara, si es discreto.
Y ansí, pues mi juicio no recibe
Percepcion que el sentido no refiera,
Diré lo que de tu dolor concibe.
Por el efeto es fácil á cualquiera
Entender y hablar de teología;
Mas no al cielo subir sin escalera:
Tú padeces en tanta demasía,
Que ó esta no es mujer imaginable,
O tus cuidados son hipocresía.
A juicio comun lo que es loable
Cualquier humano seso lo divisa,
Pero no como cosa perdurable.
Al comienzo cayóme muy gran risa
De ver que aun no sentabas en la silla,
Y ya el mundo pintabas á tu guisa.
Enlodado y quebrada una costilla,
No partido, y pensabas ya hallarte
Fuera de Italia y Francia y de Castilla.
Dije entre mí: «Si hace esto con arte
Don Simon, aunque no seria tanto,
Que no le falleciese alguna parte,
»Un cuidado que á todos pone espanto,
¡Oh incredulidad! si hay duda en ello,
No debe ser el cómo, sino el cuánto.
»No me doy una punta de cabello
Que tanto el hombre cuerdo se desmande,
Sino que tenga causa de hacello.
»Sugeto debe ser menor que grande
El que turba eleccion y sentimiento
Sin que el sentido ó la razon lo mande.»
Vino, y libróme de este pensamiento
Amor, mostrando claro en la apariencia
Ser la fuerza mayor que el sufrimiento.
Díjome que era poca reverencia
Poner duda en aquella hermosura,
Que vencia cualquier humana ciencia.
Y que esto ni era caso ni ventura,
Sino pura razon, y necesaria,
Que tal valor cupiese en tal figura.
Cuanto a mí, no hallé cosa contraria
A lo que me dictaba la conciencia,
Ni tu pena juzgué por voluntaria.
Un contraste hallaba á tu dolencia:
Que dolor que tan largo se sufría
Venia á ser costumbre, y no paciencia.
Otro, que siendo tal su señoría,
Mejor estaba á escuras ó invisible,
Que no haciendo tan mala compañía.
En fin, que tú deseas lo imposible,
Y ella está como causa ó fundamento
Que mueve el universo, y no es movible.
Yo, que tengo somero el pensamiento,
Si amo, es donde amor podría dar luego
Tras el servicio el agradecimiento.
No que piense por esto entrar en juego;
Mas porque es bueno amar con presupuesto
Que se puede encender quien hace el fuego.
Cuello corto, y redondo un poco el gesto,
Blanca y rubia, y el aire veneciano,
Y fácil al querer de todo el resto.
Me terná para siempre de su mano,
En esperanza libre y atrevido,
Sin sospecha, temor, alegre y sano.
Cuando te vi ir de Sena á Malpartido,
Dije: «Mísero amante y sospechoso,
Despachado eres antes que partido.
»No te veo manera de reposo,
Aunque digas que no puede olvidarte
Un ánimo tan limpio y generoso.
»Porque si verte piensas que es mirarte,
Engáñaste; que acaso mira y calla
Como habia de mirar en otra parte.
»No te busca su vista, mas te halla;
Ni te nombra su voz sino como eco,
Que lo da y no lo siente la muralla.»
Perdóname, Cupido, aunque no peco,
Yo me vi, como tú, perdido el brio,
Triste, penoso, espantadizo y seco.
Todo mal me cansaba sino el mio,
Perdí el conocimiento, el cómo y cuándo;
Vivia siempre en error y desvario.
Disimulando y no disimulando,
Me perseguia amor á pecho abierto,
Como si fuera de contrario bando.
Cuando disimulaba era hombre muerto,
Que no sentia el bien ó amaba poco;

Si no disimulaba, descubierto.
De aquí me fuí saliendo poco á poco
A una libertad, que hago y digo
Cuanto quieren, y quiero como loco.
No me viene á decir algun amigo:
«Mal estás, bien te va, yo te lo veo,»
Ni de bien ni de mal hallo testigo.
Callo y vivo con este devaneo.
¡Oh ambicioso dolor! Oh desengaño!
Que aun no oso descubrir lo que deseo.
Entré por apariencia con engaño,
Y vi la causa ser tan en la cumbre,
Que luce, como el sol, sin hacer daño.
Amo y callo con tanta mansedumbre,
Que no sabiéndolo, diria cualquiera
Que el mio no es amor, sino costumbre.
Dos montes dicen que hay de una manera
Que arden en fuego vivo del infierno,
Dedentro uno, y otro por defuera.
El uno y otro fuego como eterno,
De una causa uno y otro decendiente,
Iguales en verano y en invierno.
Llamaron Etna al uno antiguamente,
Efestion al otro, que al encuentro
Es del Etna, en el fuego diferente.
Etna trae las llamas por dedentro;
Cuerpo escuro, pendiente, cavernoso,
Que funde las arenas en el centro.
Con sonante murmullo y furioso
Revuelve en el hondon de sus entrañas
El fuego, á los mortales temeroso.
Ahora lanza tal nube de marañas
Del humo espeso con pavesa ardiendo,
Que turba el cielo y arde las montañas;
Ahora levanta en alto, revolviendo
Golpes de vivas llamas extendidas,
Que las claras estrellas van hiriendo;
Ahora lanza las peñas derretidas
Y escollos, con gemidos regoldando
Del monte las entrañas encendidas.
Quedan el fuego y viento murmurando
En el hondon obscuro del profundo,
Y otra nueva materia rodeando.
Pecho sé yo que encierra otro segundo
Etna, con humo y fuego mas caliente;
No vive solo Encelado en el mundo.
Efestion se enciende tan paciente,
Que alumbra toda Licia á la redonda,
Dando calor templado solamente.
Puesto que tenga la raiz tan honda,
Vese lento venir, claro y suave,
Sin que ruido ó furia dentro esconda.
Témplase al fin como registro ó llave;
A veces muestra el monte cuanto quiere,
Y otras veces encierra cuanto cabe.
Dende *ab initio* arde, y nunca muere;
Por todas partes en el monte espira,
La verde yerba viva llama hiere.
Bien como cuando sale ó se retira
El rubio sol en el dudoso dia,
Que tierra juntamente y cielo mira,
Al comenzar ó dar fin á la via,
Ora sea á la tarde ó á la mañana,
Con templanza su lumbre nos envia.
Hace el fuego la yerba húmida y cana,
Vemos á un mismo tiempo envuelta junto
La yerba con el fuego, y queda sana.
Illustre y blando fuego, que en buen punto
Entraste donde no será tu llama
Consumida, aunque el cuerpo sea difunto.
En el alma creciste, ella te ama,
Ahora de esperanza mantenido,
Y despues de perpetua gloria y fama.
No acabará tu ser desvanecido,
No faltará materia que te encienda,
No serás de otro fuego consumido.
Que la inmortalidad, eterna prenda,
La frente de perpetuo oro ceñida,
Te conservará vivo y sin contienda.
Entonces se tornará mas larga vida;
Cuando este cuerpo deje libre al hombre,
Mi voz volará á pluma tendida.

Pocos gozan presentes de su nombre,
Admirando contino el que es ajeno;
Mas siguenlos la gloria y el renombre.
Midamos entre tanto el justo, el bueno;
Contemplemos el bien que solo encierra
Todos los movimientos en un seno;
Cómo se junta el cielo con la tierra,
Cómo muda el tiempo lo encubierto,
Cómo cria, corrompe y nunca yerra.
Si viese cada cual el pecho abierto
Que fué causa de tanta vanagloria,
Y á las veces de tanto desconcierto,
Para tanta miseria mucha gloria
Seria, don Simon, muy grande afrenta;
Bastaria haber un poco de memoria.
Y aunque amor pocas veces se contenta,
Mas siempre en algo quiere mejorarse;
Harto es que lo pensemos sin tormenta.
Quien no escoge debria contentarse
Con sacar por razon cualquier indicio
Que pueda su dolor representarse.
Amar sin algun fin es tan gran vicio,
Que nunca yo lo vea en quien bien quiero,
Aunque muchos lo tengan por oficio.
Tornemos al propósito primero:
¿Cómo hallaste aquella bien andanza
Que te solia traer al retortero?
Creo que estaba en filo la balanza,
Sin torcerse en la ausencia del camino,
Pues do no hay qué se mude, no hay mudanza.
Lanzarote de Lago, cuando vino
La vez primera en posta de Bretaña,
Damas curaban dél y su rocino.
Mas, si el conocimiento no me engaña,
En España no son tan venturosas
Ni se dan á curár tan buena maña.
Bien puede ser que todas sean hermosas;
Pero agradezco á Dios que me ha guiado
A vivir entre blandas y piadosas.
Como el hombre que tiene en estampado
Salir á la mañana y á la tarde,
Y vivir gordo y sano y concertado,
Ansí se enciende acá, y así se arde
Amar por la salud ó autoridad,
Cualquiera acometer, aunque cobarde.
Doña Guiomar, debria tu deidad
Hacer algun regalo á don Simon,
Pues lo merece bien su voluntad.
No tan mísera ser de compasion,
Que el pobre haya por caso ó por dieta
El favor, y no á fuerza de razon.
Va volando, por verte, á la estafeta,
Y halla que á la fin tanto ganara
Si viniera al rodar de una carreta.
Suave cosa es servir mujer muy rara,
Suave cosa mirar cuanto hiciere,
Suave cosa en verdad, mas cuesta cara.
La que siempre amenaza y nunca hiere,
Trayéndote debajo del espada,
Es tirana absoluta en cuanto quiere.
¡Oh ausencia! que eres burla muy pesada
Para quien mucho ama, si no deja
Caudal con que tornar á la posada.
Espántome del hombre que se aleja
De su dama por mal que le parece,
Y despues de tornado, que se queja;
Mas muy mayor reprehension merece
El que, antes de llegado, teme y siente
El dolor que no tiene y ya padece.
Porque primero que se viese ausente,
Debria considerar el mal doblado,
Temer ó sospechar de nueva gente.
Fama es que se juntaba en un gran prado
En Esparta la gente vencedora,
Como á baile, á luchar en el mercado.
La dueña, la doncella, la señora,
Cada cual procuraba en los primeros
Parecer mas hermosa aquella hora.
Despues los mas robustos y ligeros,
Y entre ellas la que mas fuerza tenia,
Salia al corro desnuda en vivos cueros.
A la lucha de manos se venia;

De allí á brazo partido y zancadilla:
Esa era mas amada, que vencia.
No tenia ninguno á maravilla
Que el uso á la vergüenza desterrase,
Y gozar la virtud pura y sencilla.
Que mal pareceria si probase
La fuerza cada uno á la tornada
En la plaza, y el mundo se quemase;
Que todas las ausencias serian nada.

CARTA IX.

Tal edad hay del tiempo endurecida,
Que á su primer principio se revuelve,
El término pasando de la vida.
La voz, de áspera, en blanda se resuelve,
En dientes el encia se levanta,
La lengua y blanca barba en negra vuelve.
Tal árbol que de antiguo nos espanta,
Se perdió viejo tronco so la tierra,
Y ahora sale encima nueva planta.
Una virtud secreta que se encierra
En todos los sugetos que contemplo,
La cual tarde ó temprano nunca yerra.
Colgadas ya las armas en el templo,
Torna el viejo soldado la porfía
Por ira, por virtud ó por ejemplo.
Dos fuegos nacen juntos, y los cria
El alma desde el punto que es criada;
Crecen con ella juntos á porfía.
Prosiguen juntamente la jornada,
Y muévense al principio juntamente,
Sin órden ó razon determinada.
Truécase cada cual por accidente
Y por ciega ocasion en pecho ciego,
Sin causa, voluntad ó inconveniente.
Pero nunca se acaba tanto el fuego,
Que no deje secreta una centella
Dentro del corazon, señor don Diego.
Dios te libre de mal y de movella,
Pues levanta la llama tan crecida,
Que el lugar donde está se abrasa en ella.
Quien la trae se piensa que escondida
En el hondon del pecho la retiene,
Aunque todos la vemos encendida.
El un fuego mas blando se detiene
Poco á poco en crecer y en arraigarse;
Este es mas peligroso cuando viene.
Ciertas partes comienzan á mostrarse,
Que mueven el sentido y el deseo
Antes que la razon pueda firmarse.
Sale contraminando de rodeo
Con determinacion blanda y dudosa;
Emprende si le veo ó no le veo.
Esta es una ponzoña muy sabrosa,
Que entre conversacion sorda camina,
Sin parecer á nadie sospechosa.
Poco á poco el favor se contramina,
Siéntese en tu señora otro gobierno,
Con cualquier golpe amor te desatina.
Hállase de amistad el pecho tierno
Mostrando querer bien, mas no desta arte,
Y abrásase en un fuego del infierno.
Entra en el corazon por cada parte,
Contrasta la razon con el sentido,
Y no osas rendirte ni guardarte.
A cabo se da el hombre por vencido,
Descubre la dolencia en puridad,
Dejándose llevar á mal partido.
Este fuego es amor y fué amistad;
Suele prender tan recio al pobre amante
Porque funda su sér sobre verdad.
Ocasiones me vuelan por delante
Que perdí cuando desta suerte amaba,
Que me quise ahorcar en el instante.
Mejor gallo aquel tiempo me cantaba;
A lo menos tenia bueno un punto,
Que la conversacion no me faltaba.
El otro fuego vuelve todo junto
En furia, que os revienta el corazon,
Y á cada paso os tiene por difunto.
Si se mueve con causa ó con razon,
Aunque se enciende presto, nunca deja,
Y este nos da mayor alteracion.
Está léjos la causa y no se aleja;
Antes la ves presente, y de manera
Que sin ser ofendida se te queja.
A tiento se camina por defuera,
Si tu servicio en algo descontenta,
Siempre estás deseando lo que fuera.
No viene de otro cabo esta tormenta,
Ni como la otra, sube poco á poco,
Junto se siente el golpe y el afrenta.
Dure cuanto durare, nunca es poco,
Porque tanta abundancia sale y crece,
Que antes de ser sentido torna loco.
Muy léjos este fuego se parece;
El ruido y el humo que dél sale
A los vecinos ciega y ensordece.
El caso le despierta y dél se vale,
Y sigue la eleccion tuerto ó derecho;
Mas con cualquier sospecha se desvale.
Revienta echando chispas por el pecho,
Del celoso temor ó sobresalto,
Aunque todo favor le entra en provecho.
Cuando pienso encumbrarme en lo mas alto,
Da conmigo en el suelo en un momento,
Tal, que me deja atónito del salto.
Dulce ver es de tierra un bravo viento,
Que levanta la mar alta y hinchada,
Sacando las arenas del cimiento.
Entre las altas ondas trabajada,
Una pequeña fusta abandonarse,
Que en breve será rota ó anegada.
Ver sin peligro nuestro menearse
Y caminar con fiero continente,
Dos fieros escuadrones afrontarse.
No porque el mal ajeno te contente,
Mas porque en la verdad es dulce cosa
Carecer del dolor que el otro siente.
Tú, fuera desta llama peligrosa,
Si algun fuego te quema, es como paja,
Que en un instante crece y se reposa.
Poca es la diligencia que lo ataja,
Y su furor se apaga y desencona
Por arrojar en él cualquier alhaja.
Córrome de mi sér como una mona,
Que en esta libertad me vi primero,
Cual nunca se ha hallado otra persona.
Acúsome de puro majadero,
Porque no hay cosa firme en este mundo,
Que el tiempo no la traiga al retortero.
En la cuenca del cielo y del profundo,
Donde todo de un arte se rodea,
No hallarás primero sin segundo.
El año nos mantiene y nos recrea,
Mas muda cuatro cosas en el cielo,
Y el Océano siempre se menea.
El manto de los cielos con su vuelo
Los mueve á todos siete, y él se mueve
Con todo cuanto cierra en este suelo.
El sol á la mañana el Ebro bebe,
Y á la noche reposa dentro en Tajo,
Y no hay parte que á ser otro nos lleve.
Contar lo que se muda es gran trabajo;
Pues que todo se muda tarde ó cedo,
Mejor es el camino que el atajo.
Solo yo soy un hombre que estoy quedo,
Que nunca trocaré la fantasía,
Ni el cielo me hará mudar un dedo.
Torne la noche escura en claro dia,
Vuelva el dia despues en noche escura,
Siempre seré, Señora, el que solia.
Amor puso en tu mano mi ventura,
Nací á tu voluntad predestinado,
Aunque esta suele ser de poca dura.
Sea por eleccion ó sea por hado,
Jamás te vi en un sér para conmigo,
Como á todas las cosas que he contado.
Yo sin bien, sin favor y sin abrigo,
Aunque á tus fuerzas hago resistencia,
Mas nunca pude contrastar contigo.
Las peñas venceré con la paciencia,

Y tú las romperás con la aspereza,
Sin que se pueda en ti hallar clemencia.
Tanto es, que yo nací para firmeza,
Y todo lo demás para mudanza,
Sino solo el rigor de tu crueza.
Porque siendo contrario á mi esperanza,
Y ella á un fin que no llega enderezándose,
Ha de tener en filo esta balanza.
Vaya el mundo, si quiere, rodeándose,
Que yo estaré en un punto siempre firme,
Y su sér andará siempre mudándose.
Con cualquier fuego puede amor decirme
Que me ha abrasado el alma como escribo,
Aunque me ha sentenciado sin oirme.
Al principio sin duda estaba vivo,
Aunque atónito viéndome tirar,
Sin conocer este dolor esquivo.
Amando no sentia qué era amar,
Iban mi bien y mal juntos contino,
Miraban, y respondianme al mirar.
Si no me respondian por el tino
Que yo me concebia ó me soñaba,
El aliento faltaba en el camino.
Disimulaba y no disimulaba,
Parecia en mi alma estar secreto
Lo que en la plaza el mundo publicaba.
Andaban lo acabado y lo imperfeto,
Lo cierto y lo dudoso contrastando,
Y otros contrarios mil en un sugeto.
Cuántas veces me dijo amor, burlando:
«Guárdate, no dés paso mas adentro,
Antes procura entrar, sabio, tentando.»
Mas yo, que no sentí el primer encuentro,
Pensé que todos fueran tan livianos,
Hasta que me hallé puesto en el centro.
Vinieron mis amigos, mis hermanos,
Y todos me decian: «Que te engañas;
Amor es el que traes entre las manos.»
Holgara de guardarme de sus mañas,
Mas no pude; que vino á parecer
Cuando estaba bien dentro en las entrañas.
Comenzáronse luego á reencrecer
Muchas cosas que antes no veia,
Aunque de aquí vinieron á nacer.
En fin, Señor, el duro mal crecia;
Amor armaba lazos en lo raso,
En que el simple amador daba y caia.
Entró en casa vacía, y puso vaso,
Y ocupó de manera el aposento,
Que no le sacará eleccion ni caso.
Siempre amo, y amor es tan sin tiento,
Y me embiste con tanta pesadumbre,
Cuanto á cerrada selva crudo viento.
Cae el rayo, y amenázanos su lumbre
Dentro en lo mas escuro del nublado,
Y hiere en lo mas alto de la cumbre.
Todo pecho se halla aparejado
A sentir este fuego, mas no guarda
Todo pecho el amor en un estado.
Haz tú, si me creyeres, buena guarda,
Sin acogello mas de una semana;
Que se hace mas huésped cuanto tarda.
Como suele un espejo, cosa llana,
Recibir en la haz una figura,
Y tornarla á volver de forma sana;
Ansí muchos alcanzan tal ventura,
Que cualquiera en su pecho se repara,
Sin atarse con una hermosura.
El ama, la doncella y la mas cara,
Todas hallan un norte y expediente,
Y á todas recogeis con una cara.
Fama es, cuando mató la gran serpiente
Cadmo, que con esteva y aguijada
Esparciese los dientes por simiente.
Vieras salir en medio del arada,
En un punto crecer hombres y arneses,
Y producir la tierra gente armada.
Con agudas espadas y paveses
Vinieron á encontrarlo de tropel,
Amenazando tajos y reveses.
Cadmo, que vió la gente así cruel,
De ira y de furor llena y sangrienta,
Tornar armas y pechos contra él,
No se olvidó el amor en el afrenta,
Ni quiso castigallos con su mano,
Por no dar de sus obras mala cuenta.
Apartóse, y dejólos en el llano;
Ellos, como se ven de furia ardiendo,
Cada cual se volvió contra su hermano;
Tanto, que entre sí mismos combatiendo,
Allí donde nacieron acabaron,
Matando unos á otros y muriendo.
Los que desta jornada se escaparon
Y le fueron amigos cordiales,
En todos sus trabajos le ayudaron.
Y yo, en el hondo centro de mis males,
En el cielo sembré mis pensamientos,
De quien nacieron penas inmortales.
Mis hijos me persiguen á tormentos
Y traban entre sí brava contienda,
Cada cual por vencer los sentimientos.
Dudosos pensamientos, ¿no hay enmienda
Al daño que haceis dentro en mi pecho,
Ni puede la pasion tirar la rienda?
Pensé haber acabado todo el hecho,
Y que la llama ardiente desta espada
Era muerta, aunque fuese á mi despecho.
Della nació la guerra guerreada
Que amor crió en el alma y la fecunda,
Y sin mi muerte no será acabada.
Aquella fué primera, esta segunda;
De aquella fué el principio mal cubierto,
Y esta se cria en parte mas profunda.
Tal hora piensa el hombre estar en puerto;
Revuélvese del cielo un viento vario,
Y alcánzale en el mar, hondo desierto.
Tal hora nos engaña un letuario;
Tenémosle por bueno, y no se alcanza
Cómo es del todo á la salud contrario.
No puede estar un cuerpo sin mudanza,
Ni el tiempo suele siempre estar sereno,
Ni veréis en la mar siempre bonanza.
Cuando creí que estaba mas ajeno
De cuidados de amor, libre y quieto,
Y de viejo deseo sano y bueno,
Vime por otra parte mal sujeto,
Tanto mas cuanto mas era velando
Que amor no penetrase en lo secreto.
Sin saber por qué parte, cómo ó cuándo,
Descubrió contra mí su fuerza y maña,
Y mis sentidos fueron de su bando;
Tal, que si el sufrimiento no me engaña,
La llama que en mi pecho es ordinaria,
Seria en otro incomportable, extraña.
Yo querria que fuese voluntaria,
Por mayor gloria mia; mas no quiere
Que sea sino fuerza, mi adversaria.
Hagan fuego y amor cuanto quisiere,
Que sobre fundamento y causa tal
Amor crece, y el fuego nunca muere.
En esta parte me veré inmortal,
Y llevaré del tiempo la vitoria
Que no puede alcanzar de tanto mal.
Puede ser que te venga á la memoria,
Señora, del engaño que pasaba,
Cuánto por gloria dabas vanagloria.
Mi mal es bravo, mas la causa es brava,
Por ventura mas brava que se piensa,
Y el deseo ni cansa ni se acaba.
Sea hado ó razon lo que dispensa,
Que en fin yo sacaré desta partida
La inmortalidad por recompensa,
Que es la mas larga y descansada vida.

ELEGÍA.

Si no puede razon ó entendimiento
El cuidado aliviar á quien lo tiene,
Siempre queda mayor el sentimiento.
Es mi mal sin remedio, y no conviene
Pensar de refrenarlo con prudencia,
Sino soltar la rienda á cuanto viene.
Por demás es la fuerza ni la ciencia;

Que la pasion no escucha la cordura,
Y acrecienta el dolor la resistencia.
En él, como en la flor de la hermosura,
De arrebatada suerte salteada,
Que falleció la vida y la ventura,
Fuiste, doña Marina, tan llorada,
Cuanto el poco que en esta luz viviste
Tu vista mereció ser alabada.
Lo que la redondez del cielo viste,
Todo siente en extremo tu partida,
En extremo se duele y queda triste.
¿Quién fué mas admirada y mas servida?
Quién con mayor razon lo merecia?
Quién lo estimó tan poco en esta vida?
Esa lumbre, que al sol escurecia,
Yace ahora tan bajo so la tierra,
Cuanto de claro entonces la vencia.
Antigua, inexcusable, cruda guerra
Entre el huerco y el hombre, tan forzosa
Es la necesidad que en ti se encierra.
¿Quién vió á doña Marina tan hermosa
Cuanto viva la vi y la vi difunta,
Que piensa en el durar de alguna cosa?
Nunca se excusa y siempre se barrunta
Aquel paso cruel en que dejaste
Triste y á escuras toda España junta.
¿Qué hado, qué fortuna, qué contraste
Te arrebató delante nuestros ojos
En el tiempo que menos lo pensaste?
Muerte dura, que gozas los despojos
De todo nuestro bien y dura suerte,
Venida para dar males y enojos;
Contra quien no hay razon ni escudo fuerte,
Siempre contigo estamos de conquista,
Amagas con la vida y das la muerte.
Si el trigo no es maduro en el arista,
No corta el segador la mies en berza
Antes de la sazon venida y vista.
No pone en verde rama, aunque se tuerza,
La hoz antes de tiempo el hortelano,
Hasta que se endurece y toma fuerza.
Y tú, hada importuna, tan temprano
Cortas el hilo cuando no maduro;
¡Oh cruda ejecucion, oh dura mano!
El sol, que vemos ir alto y seguro,
Muere, y á las estrellas da su lumbre,
Por no dejar el mundo en todo escuro.
Mas despues de caer, como es costumbre,
Zabulle sus caballos en poniente,
Y vémosle otra vez subir la cumbre.
Pero la sorda muerte no consiente
Que quien gusta una vez la agua profunda,
Otra torne á ser visto de la gente.
No hay designio que al cabo no confunda
La noche eterna y hora del espanto,
Ni se espera nacer la vez segunda.
Si es posible que lágrimas y llanto
Hagan volver acá la sombra vana,
Ningun hombre lloró que pueda tanto.
Mas la necesidad, que tan temprano
Se te mostró enemiga y envidiosa,
No dejó de mostrarse á mí inhumana.
Quedáranos siquiera alguna cosa
Que ablandara el rigor desta crueza,
Por muestra de una imágen tan hermosa.
El agrio escollo puesto en aspereza,
Del bravo mar y vientos combatido,
En fin ablanda el sér de su dureza.
Poco valen suspiros y gemido
Para abrir la cerrada y sorda via;
Antes es el quejar tiempo perdido.
Y ya no torna el mundo, cual solia,
De hermosura en sí aquella pujanza,
Ni el ejemplar que della se tenia.
Gran parte fué de bienaventuranza
Tener en sí un extremo de verdad,
Mas el perderlo fué gran malandanza.
¡Oh hermosura sin contrariedad,
Ni envidia ni zozobra, que te veo
Cubierta de perpetua escuridad!
¡Oh castísimo objeto del deseo!
¿Quién te vió, que sujeto no quedase
Y metido en un dulce devaneo?
¿Quién te trató, que no desesperase,
Apartado con manso desengaño,
O quién desesperó, que no te amase?
A ninguno tu vista hizo daño,
Que tu bondad no fuese el instrumento
A reparar la culpa del engaño.
El ánimo y manera, el pensamiento
Igual con la grandeza y con la gloria
De tus antecesores, que no cuento.
Seria ennoblecerte con historia,
Y hacer á tus méritos gran tuerto
El traer tanto rey á la memoria.
¡Qué descuido en el habla, qué concierto,
Qué aviso, qué prudencia, qué llaneza!
Parecíanos traer el pecho abierto.
Salí triste de mi naturaleza
A buscar en provincias apartadas
Mayor reputacion, mayor grandeza.
Tienenme ahora los hados tan cortadas
Las alas de la gloria, que me canso;
Mejor fuera adorar en tus pisadas.
Correr con la fortuna bajo y manso,
Y no temer por fin merecer verte,
Mas en verte poner fin y descanso.
¡Cuán bienaventurada fué la suerte
De aquellos que presentes se hallaron
A ayudarte á salir del paso fuerte!
Tus manos con sus lágrimas bañaron,
Cerráronte los ojos, y presentes
En tu faz, que moria, contemplaron.
Dulce oficio de amigos y parientes,
Confortar al amigo en hora triste;
Dulce, mas rehusado entre las gentes.
¡Bendito aquel de quien te despediste,
Que sintió las palabras que decias,
Y al que postreramente adios dijiste!
Infinitos trabajos, pocos dias,
Contino contrastar con la fortuna,
Y salir al revés cuanto querias;
El favor de los cielos en la cuna,
La gente que por diosa te adoraba,
Caminar por do nunca fué ninguna.
Cualquiera otra mujer que te miraba,
Quisiera parecerte; mas probando,
En vano lo queria, y te admiraba.
¡Cuántas veces me vi, como soñando,
Triste, verte y hablarte en esta ausencia!
Despues halléme solo y suspirando.
Venias con aquella reverencia
Que siempre mereció ser acatada
De cuanto se hablaba en tu presencia.
Aun no era tu figura bien formada,
Cuando el aire en mirar se desparcia;
Yo quedaba suspenso, sin ver nada.
Entonces á mí mesmo maldecia,
Adivino del mal, y no sabiendo
Cuánto daño la muerte me hacia.
Al cabo quedaré triste no viendo
Tu hermosura; vino á maldecirme,
Porque vivo he quedado, tú muriendo.
A lo menos pudiera despedirme
En sombra y en verdad, y entonces fuera
Mas consolado el mal, y no mas firme.
En pérdida comun poco sirviera
Remedio que á uno solo da consuelo,
Si en todos no fué el mal de una manera.
Comun era un ardiente honesto celo,
Con que á cuantos te veian obligabas
A ensalzarte y subirte hasta el cielo.
¿Qué creerás de los que tú mirabas
Por gracia ó por favor mas que por arte,
Si en tanta obligacion á estos dejabas?
España se cubrió de parte á parte
De negra vestidura y de quebranto,
Señora, por el duelo de dejarte.
Nunca el rio creció con lluvia tanto,
Ni con nieve deshecha en la montaña,
Cuanto con nuestras lágrimas y llanto.
Fortuna, contra nos prueba tu saña
Y fuerza juntamente, si nos quieres
Tentar en una pérdida tamaña.

Que pues en tan sentibles partes hieres,
Y tu mano tan cruda nos castiga,
Buscarémos huir lo que hicieres.
Procurarse ha con arte y con fatiga
Dejar viva su imágen y memoria,
Con que el ingenio y mano la consiga.
Pero ¿quién gozará desta victoria?
Que no hay color ni piedra ni metal,
Ni hay ingenio que alcance tanta gloria.
¡Oh cuidado del loco perenal,
Querer con artificio dar la vida
A quien, viva, ganó ser inmortal!
Sea la esperanza vana, ó sea perdida,
De verte en viva forma, ya tu muestra
En mi alma estará siempre esculpida.
Pudo Orfeo con voz y mano diestra
Penetrar á los reinos del infierno,
Y la gente mover que no se muestra.
La crueza vencer del mundo eterno,
Volver la ley escrita en diamante,
Y al oscuro señor, de duro, en tierno.
Procedió en el cantar duro y constante,
Estorbando el cruel y triste oficio
Hasta que vió á su Euridice delante;
Mas no esperó á gozar del beneficio
El mísero amador y mal sufrido;
Y ansi se mudó en llanto su ejercicio.
Por los desiertos montes va perdido
Siete noches arreo y siete dias,
De lágrimas y quejas mantenido.
¡Ah, mezquino amador! ¿en qué porfias?
Cegóte la esperanza y el deseo,
Y hiciste que muera por dos vidas.
¡Ah, constante amador, mísero Orfeo,
A los hielos y nieve condenado!
¡Cuán conforme á tu mal el nuestro veo!
Tú vas ahora por Tracia desterrado,
Hinchendo tierra y cielos con tu queja,
Y suspiros mezclando con cuidado.
Ella, vuelta en espíritu, se aleja
Por extendido campo ó yerba verde,
Aunque no sin dolor porque te deja;
Pero no que tornar á ti se acuerde;
Porque el que pasa el agua del olvido,
En vano lo desea quien lo pierde.
No la llames con llanto ó con gemido,
Con ruegos, sacrificios y oraciones;
Que todo le será tiempo perdido.
No con luengo discurso de razones,
Ni con favor, destreza ó violencia,
No con oro, con plata ó ricos dones,
Como una vez que es dada la sentencia.

FÁBULA

DE ADÓNIS, HIPÓMENES Y ATALANTA.

El tierno pecho, de cruel herida
Por la dura salvaje fiera abierto,
La madre del amor toda afligida,
Que con lágrimas baña el jóven muerto;
Y tú, vírgen de Hipómenes vencida,
Entre gloria dudosa y miedo cierto,
Seréis el argumento desta historia,
Que presente hará vuestra memoria.
A ti, doña Marina de Aragon,
A quien naturaleza estudiosa
La obra sin tener comparacion
Hizo, sobrando á sí y á cualquier cosa,
Hermosa sobre todas cuantas son,
Y es lo menos que tienes ser hermosa;
A ti llamo, que alargues tu favor
Dando principio y fin á esta labor.
La honesta y clara lumbre de tus ojos,
Que á todo humano sér tiene rendido;
La blanca mano llena de despojos
De almas y voluntades que has prendido;
Las gracias en ti unidas á manojos,
Tu grandeza y dolor nunca vencido,
Mas vencedor de humanos corazones,
Enderecen y guien mis razones.
Y porque con la voz mas dulce y pura,
Y espíritu mas alto que el humano,
Pueda apartarme de la niebla escura,
Despreciando el comun vulgo profano;
Tú, Señora, me sube en el altura
Do no puede llevarme ajena mano,
Y guia mis sentidos á tu modo;
Que no pueden todos hacer todo.
En la mar, donde el sol resplandecer
Se ve primero con dorada lumbre,
Y por las bravas ondas extender
Los rayos de templada mansedumbre;
Donde suele dejar ya de correr
La rosada mañana en alta cumbre,
Y tornarse risueño el dulce lecho,
Con rostro tierno y delicado pecho;
Arabia la felice, allí bañada
Del manso mar, por todo reverdece;
El dulce fresco y la calor templada
Se mezclan por la tierra que florece;
Con el bálsamo y casia delicada,
Con mirra, cuyo olor nunca perece,
Mirra que, enamorada de su padre,
Fué de su mismo hijo hermana y madre.
Diré de Mirra, que á esta tierra vino
La ira del cruel padre escuchando,
Por bravos montes y áspero camino,
Siempre la aguda espada recelando;
Y al fin, de aborrecible le convino,
La verde yerba en lágrimas bañando,
En lugar de perdon y de piedad,
Pedir castigo á Dios de su maldad,
Las manos extendidas contra el cielo,
Decia con vergüenza y ira movida:
«Yo ensucié, yo rompí el virginal velo,
Yo el tálamo violé en que fui nacida;
Hice á mi padre de su hijo abuelo,
Y á mi madre hurté la honra debida.
¡Oh hija, de tu padre torpe amiga,
De tu madre combleza y enemiga!
»Si el hombre que confiesa mal hacer
Es oido en sazon desesperada;
Si el castigo que puede merecer,
Respeto del delito será nada;
Si sé que todos me han de aborrecer,
Vivos y muertos, viva ó sepultada,
Ruego á Dios que me saque de este mundo
De manera que no ensucie el profundo.»
Oyóla Dios en su deseo postrero,
Y á sus ruegos piadoso se movió;
La carne y huesos convirtió en madero,
Y los piés en raices retorció;
En rayada corteza el blanco cuero,
Los dos brazos en ramas extendió,
Y ella misma, de empacho y de graveza,
Dejó sumir el rostro en la corteza.
Las lágrimas quedaban solamente,
Y estas se convirtieron en licor,
Que, endurecido con el sol ardiente,
El aire mezcla de suave olor;
Vive su nombre en boca de la gente,
Porque quiso la madre del Amor
Que la planta de Mirra se llamase,
Y la memoria el nombre conservase.
Un niño tierno, en carne concebido,
Crecia dentro del madero oscuro;
Crecia, y deseaba ser venido,
Por huir de su madre, al aire puro;
Y al tiempo de nacer constituido,
El árbol se doblaba, aunque era duro;
Faltáronle las quejas del parir,
Mas no dejó por eso de gemir.
El mismo parecia se apretaba,
Y callando mostraba su tormento;
El tronco en nuevas lágrimas bañaba,
Y movia la tierra de cimiento;
Lucina, diosa del parir, que estaba
Presente á tan extraño nacimiento,
Viendo abrirse el madero por delante,
En sus manos recibe al tierno infante.
Las ninfas le tomaron á criar,
Y Adónis el hermoso le llamaron,

Por ser su hermosura tan sin par,
Que ellas, como de extremo, se espantaron;
Y muchos que los vian á la par,
Por el hijo de Vénus le tomaron;
Si del costado el arco Amor dejaba,
Adónis del costado le llevaba.
No hay cosa mas ligera que los dias:
Pasa una edad corriendo y otra mana.
Este que niño tierno hora veias,
Nacido de su abuelo y de su hermana,
Ya es muchacho, ya es hombre de porfías,
Ya le miran las ninfas de su gana;
Enamoró á la madre de Cupido,
Y venga el fuego en que la suya ha ardido.
En el Arabia es fama que, cansada
La diosa Vénus por la tierra yendo,
Del murmullo de una agua convidada
Que entre la verde yerba iba corriendo,
Con el sol y el trabajo acalorada,
Al fresco viento el blanco pecho abriendo,
Cubierta de una tela transparente,
Se sentó á reposar cabe una fuente.
Acaso Adónis por allí venia,
De correr el venado temeroso,
No de otra arte que el sol cuando volvia
En Lidia los ganados al reposo;
El polvo que en el rostro se veia
Y el sudor le hacian mas hermoso;
Como con el rocío húmida y cana
Se ve la fresca rosa en la mañana.
Queriendo defenderse del calor,
Y con el agua clara refrescarse,
Vido sola á la madre del Amor
Sobre la verde yerba reposarse;
El espejo y el peine y partidor,
La ropa con que suele ataviarse,
Todo lo vió esparcido sin concierto,
Y su hermoso cuerpo descubierto.
En torno estaban las silvestres diosas
Puestas en ejercicio delicado:
Cuál teje en oro coloradas rosas,
Quién coge varias flores por el prado;
Poniéndose á acechar las mas hermosas,
Han sátiros traviesos escuchado,
Declarando por señas sus deseos,
Y apartábanlos ellas con meneos.
La libertad andaba desceñida,
Y las iras ligeras á moverse,
El simple llanto, la razon vencida,
Y los rabiosos celos sin valerse;
La disimulacion ya conocida,
El turbado temor en atreverse,
Los livianos perjuros y promesas,
Los cortos sobresaltos y las priesas.
Echaban la soltura y mocedad
A la corva vejez de la campaña;
Con ellas va la ciega libertad,
La risa y juego y el dulzor que daña;
El herbor de seguir la novedad,
La esperanza sin causa, que se engaña,
Y otras gentes que siguen á esta diosa,
Andaban por la yerba deleitosa.
Entre todas volaba el niño ciego,
Tirando mil maneras de saetas;
A quién abrasa en valeroso fuego,
A quién hace heridas imperfetas;
Engaña algunos entre burla y juego,
Hace unas libres y hace otras sujetas,
Y al fin, á todas vence el albedrío
Por fuerza ó por razon ó desvarío.
Este, que vió venir tan sin recelo
A Adónis con sus canes, por el llano
A la madre huyo con presto vuelo,
Apretando las flechas en la mano;
Y ella, que se sintió llegar al suelo,
Los brazos le tendió con rostro humano;
Al abrazar, el niño descuidado
La hirió de una flecha en el costado.
Luego con mano y pecho, todo junto,
Herida, desvió de sí al infante;
Estaba la saeta tan á punto,
Que el hierro penetró bien adelante;
Y como alzó los ojos en el punto
Que sintió la herida, vió al amante;
Vió al amante, y quedó en la yerba verde,
Como la mansa cierva que se pierde.
El niño, echado de la madre aparte,
Se sintió de lo hecho tan de veras,
Que probó en el tirar su fuerza y arte
Con una flecha de las mas ligeras;
Corvando el arco de una y otra parte
Hasta juntar entrambas empulgueras,
Tocó el rostro la cuerda á man derecha,
Y á la izquierda la punta de la flecha.
Hizo la cuerda al desarmar sonido,
Y voló la saeta por derecho,
Con la cual el mancebo fué herido
De cruel golpe en el siniestro pecho,
Y del tiro quedó todo aturdido,
Y Amor se alzó en el aire satisfecho:
Iba vanaglorioso en su volar,
De haber herido entrambos á la par.
No fueron menester largas historias
Ni muchos andamientos de razones;
Que quien habia juntado las memorias,
Pudo juntar tambien los corazones;
Las ninfas se alegraron de sus glorias,
Y los cubrieron de suaves dones:
Rosas blancas y rojas, y otras flores
Que mueven y acrecientan los amores.
La Diosa está de sí tan olvidada,
Que huye la ribera citerea
Y Guido, de peseados abastada,
A Pafo, que la mar casi rodea;
A Matunta se deja despreciada
Por mas oro y metales que posea;
Desdeña cielo y tierra y no le quiere;
A solo Adónis precia y por el muere.
Ni toma el peine ni el espejo mas,
Ni de las hachas amorosas cura,
Ni adorna su cabello por compás,
Ni descoge la blanca vestidura;
El reposo y el juego deja atrás,
Ni se halla contenta ni segura,
Ni sale aderezada ni compuesta,
Como cuando á los hombres hace fiesta.
El dorado cabello, que es bastante
A deshacer el sol, al viento suelta;
En el hombro el carcax de oro sonante,
La blanca ropa en oro trae revuelta;
En la mano arco y flecha penetrante,
Un perro de trailla, otro de suelta,
Halla la caza y hiere en esa hora,
Y pensando matalla, la enamora.
A mansos animales se presenta,
Y de las fieras á quien menos daña,
A las medrosas liebres ahuyenta
Y al ciervo corredor por la campaña;
A quién hiere parada, y á quién tienta
Con fuerza, á quién rodea, á quién engaña,
Parando ahora lazos, ahora liga,
De las seguras aves enemiga.
Huye al rojo leon, que con la muerte
Se ceba y harta de la res paciente;
Al lobo nunca harto, el oso fuerte,
Y del furioso puerco el corvo diente;
Y temiendo celosa de tu muerte,
A ti tambien aparta este accidente,
Y te aconsejo, Adónis, que no quieras
Ofrecerte á la ira de las fieras.
Con lágrimas le ruega y compasion;
Mas poco le aprovecha este cuidado;
«Huye, Adónis, le dice, la ocasion;
No seas con mi daño tan osado.
Ni lo sufre el peligro ni razon
Ser contra los valientes esforzado;
Acometer las bestias es locura,
A quien armas tan bravas dió natura.
»Mil desastres que suelen ofrecerse
Entre el deseo ardiente y la victoria
A quien en los peligros va á ponerse,
Me turban y revuelven la memoria;
Si tu ánimo no puede ya moverse,
No me cueste tan cara esta tu gloria,

Que por seguir un puerco, y no un venado,
Te vea yo á peligro condenado.
»Tu floreciente edad, tu hermosura,
Tu gracia, tu saber y tu destreza,
De que yo me vencí, siendo segura,
No la puede entender bestial bruteza;
Ni querrán perdonar en la espesura
El oso, el puerco, el lobo, esa belleza.
No vencen rostro y ojos celestiales
La fuerza de los brutos animales.
»En el corvo colmillo el puerco lleva
El rayo de su fuerza, y el leon
Con ímpetu amenaza y furor prueba
Su saña, sin hallar contradiccion;
Ningun animal hay que tanto mueva
Y altere contra mí su condicion
Como el cruel leon y dañador,
Por haber sido ingrato á mí y Amor.»
Adónis, deseoso de sentir
La causa de tan grande enemistad,
Le comenzó con ruegos á pedir
Le cuente de aquel hecho la verdad.
«Soy contenta, dijo ella, de decir
Cuán mal agradecieron mi piedad,
Contándote el milagro y caso extraño
Que á mí causó vergüenza y á ellos daño.
»Mas el aliento, de correr vencido,
Y el desacostumbrado trabajar,
Con la sombra deste árbol tan tendido,
Que á los rayos del sol no da lugar,
El verde prado al derredor ceñido
Destos olmos que crecen á la par,
El agua clara y limpia en que nos vemos,
Convidan á que un poco descansemos.»
Tan mansa y sosegada cercando iba
La fuente el fresco prado y alameda,
Que aunque corriese presurosa y viva,
A la vista mostraba estarse queda;
El junco agudo ni la caña esquiva,
Ni la ova tejida y vuelta en rueda,
Estorbaban al agua que corriese,
Ni al suelo que lo hondo no se viese.
De césped vivo, de alta yerba verde
Se cercaba la márgen por defuera,
Con el bledo inmortal, que nunca pierde
La color en invierno y primavera,
Está la roja flor, que nos acuerde
El caso de Jacinto en la ribera,
Con otras flores varias y hermosas,
Suaves yerbas y plantas olorosas.
Los árboles ramosos y cerrados,
Que amenazan al cielo con la cima,
Ceñian el lugar tan apretados
Como tejida mimbre en tela prima;
Veense los prados, montes apartados,
Y las dudosas fieras por encima,
Los cerros con los valles desiguales,
Albergue de los brutos animales.
Luego en medio del prado se sentaban,
Y trabándose estrecho con los brazos
La yerba, y asimismo se apretaron,
Mezclando las palabras con abrazos.
Nunca revueltas vides rodearon
El álamo con tantos embarazos,
Ni la verde y entretejida hiedra
Se pegó tanto al árbol ó á la piedra.

REFIERE LA DIOSA VÉNUS LA FÁBULA DE ATALANTA Á ADÓNIS.

Así estando la Diosa, comenzó
La preguntada historia á proponer,
Diciendo: «Adónis, no sé si llegó
Por fama á tu noticia una mujer
Que en la soltura dicen que venció
A los mas sueltos hombres á correr;
Tanto, que por milagro de natura
Tenia toda Grecia su soltura.
»Atalanta por nombre se decia,
Y era vírgen de tanta gentileza,
Que estábamos en duda si tenia
Mas parte de hermosura ó ligereza:
A esta vino acaso en fantasía
De consultar á Apolo la certeza
Si viviera casada ó al contrario;
Deseo entre doncellas ordinario.
»Respondióle con voz turbada, obscura,
Harto obscuras palabras al sentido:
—Deja, Atalanta, estar tu hermosura;
No procures gozalla con marido;
Pero no excusarás esta ventura;
Que tu hado está escrito, aunque escondido.
Tiempo verná en el cual te casarás,
Y viviendo, de tí carecerás.—
»Espantada Atalanta, así dudaba
La ira del oráculo y respuesta,
Y con temor huyendo, se encerraba
En la apartada y áspera floresta.
Si alguno por mujer la demandaba,
Respondia feroz á la propuesta
Que ninguno la habria que la pidiese,
Si primero á correr no la venciese.
»—Yo mesma seré el premio al vencedor,
Decia, y no es pequeño, ya lo veis;
El vuestro sé que no será mayor,
Por mucho que engañarme aventureis.
Veráse la soltura y el amor
De los que por amiga me quereis:
Cada uno se esfuerce á la corrida,
Porque el vencido perderá la vida.—
»Divúlgase por Grecia este concierto;
Y puesto que la ley era tan dura
Que el vencido al instante fuese muerto,
Tan grande es su valor y hermosura,
Que determinan por el campo abierto
Muchos poner la vida en aventura;
Y así, camino y tierra se hinchia
De quien por ver ó por correr venia.
»Entre los que á mirar allí vinieron,
Hipómenes fué uno, el cual estaba
Asentado á juzgar los que corrieron,
Y de las bravas leyes se espantaba.
Condenando entre sí cuantos quisieron
Mujer que tal peligro les costaba,
Decia entre sí: —No puede tolerarse
Que así mueran los hombres por casarse.—
»Mas como ve ponerse á la doncella
En campo y parecer casi desnuda,
Juzga no haber visto otra mas bella;
Súbito la opinion del todo muda:
Da por honesta y justa la querella,
Y turbada la lengua y casi muda,
Las manos altas, pide allí perdon
A los que habia ofendido sin razon.
»Queria que corriesen, mas desea
Que ninguno alcanzase el vencimiento;
Despues ha envidia que el vencido sea
Muerto por tan valido pensamiento.
Entre temor y gloria devanea,
Crece el deseo y falta el sufrimiento;
Ya correria; mas teme de perder,
Mas que la vida, el premio del correr.
»Penoso y triste, en voluntad confusa,
Revuelve mil porfías entre sí;
Ya teme, ya se esfuerza, ya se acusa,
Y dice: —¡Torpe yo! ¿qué hago aquí?
Amor y hermosura, que me excusa,
Me harán vencedor; quiero por mí
Ponerme á la fortuna que se ofrece;
Que amor al atrevido favorece.—
»El que consigo estaba así á decir,
Moviendo y apartando inconvenientes,
Alzando la cabeza, vió venir
Un hombre por correr entre las gentes;
Pártese la doncella, y al salir,
Va como los arroyos muy corrientes,
Por honda y llana madre sin sonido,
Que vencen á la vista y al oido.
»Mas puesto que correr viese á Atalanta
Con tan ligero paso y volador,
Que los livianos vientos adelanta
Y la presta saeta ó pasador,
Su hermosura y gracia mas le espanta,
Que con correr es siempre muy mayor;
A cada paso que ella da, la mira,

Alza y baja los ojos y suspira.
»El aire junto con los blancos piés
El vestido desvian y le allegan;
Los cabellos, cogidos al través,
Que en parte al viento fresco se despliegan;
La clara lumbre que en los ojos es,
Con cuyo resplandor los hombres ciegan;
El blanco pecho visto por el oro,
Hacen mas extremado su tesoro.
»La color de la carne se veia tal,
Con el trabajo del correr mezclada,
Cual suele el rojo velo en el cristal
Hacer sombra entre blanca y colorada;
La pura leche no parece igual
Sobre las vivas rosas derramada,
Ni en el limpio alabastro transparente
Esparcida la púrpura de Oriente.
»El que estaba en mirar embebecido
La carrera cruel que se acababa,
Y con dolor del mísero vencido,
Ejecutar la ley y pena brava;
Vuelve Atalanta al puesto conocido,
Quién se alegra con ella, y la alababa
Vencedora, y contenta con la gloria,
Con corona de fiesta y de vitoria.
»Hipómenes, llegando algo mas junto,
Cuando la ve venir con la corona,
Sale fuera de sí de todo punto,
Como quien por amores se abandona;
Ni le espanta la pena del difunto
Ni la ley que á la muerte no perdona;
Así que, de aficion turbado y ciego,
Sin miedo se adelanta, y habla luego:
»—Pues que en vitorias fáciles te empleas,
Venciendo á perezosos, Atalanta,
Ponte á correr conmigo si deseas
Ver dónde tu presteza se adelanta;
Por mucha ligereza que poseas,
Tu belleza nos turba y nos espanta;
En tus piés puede estar el bien correr,
Mas en tu vista Amor puso el vencer.
»Si puedes ser vencida por alguno,
No te será desdeño de vencerte
Por mí, que soy biznieto de Neptuno,
Que al mar tempestuoso da la suerte;
Y si tú me vencieres, no hay ninguno
Que te dé tanta gloria con su muerte,
Pues nunca esconderá nube de olvido
La memoria de Hipómenes vencido.—
»La doncella, que vió al jóven hermoso
Ofrecerse á la muerte de su grado,
Mirale con un rostro piadoso,
Y pésale de verle tan osado.
—¿Qué dios, á los hermosos envidioso,
Dijo entre sí, qué suerte ó duro hado
Te enciende en este error la fantasía?
O ¿es dios á cada uno su agonía?
»¿Quién con peligro de la dulce vida
Le hace procurar mi compañía?
Si yo fuese juez de esta partida,
No estimo tanto la belleza mia;
Estimo bien la suya, que ofrecida
A la muerte, condena, y que porfía
No me toca ni mueve su beldad,
Aunque podrá moverme, á la verdad.
»Aunque es mozo y en años floreciente,
No me muevo por él, mas por su estado,
Por su valor y ánimo valiente,
Que desprecia la muerte de su grado;
Su linaje, de dioses descendiente
Por línea de Neptuno en cuarto grado,
Que me ama y me compra con morir,
Si vitoria no puede conseguir.—
»Respondióle: — Si huelgas de partirte,
Deja estar este tálamo sangriento;
Que aun puedes todavía arrepentirte
De tan caro y esquivo casamiento;
»No cures por lo dicho de afligirte,
Que yo te libro, siendo tú contento,
Y otra cualquier doncella, á mi pensar,
Te puede con derecho desear.
»Mas ¿qué cuidado tengo yo de ti,
Habiendo muerto tantos hasta ahora?
Viva ó muera, decia luego entre sí,
Pague, pues que á su daño se enamora;
Que si muertes de tantos que por mí
Pierden vidas y honras en un hora
No le mueven y apartan, bien parece
Que le pesa esta vida y la aborrece.
»¿Qué disculpa de mí inhumanidad
Daré á Grecia, que tenga por testigo,
Si mato con furor y crueldad
A este porque osó vivir conmigo?
Si el premio del amor y piedad
Ha de ser dura muerte y cruel castigo,
No podrá comportar hombre que viva
El odio de vitoria tan esquiva.
»¿Qué culpa tengo yo? ¡Oh si quisieras
Dejar la peligrosa empresa y dura!
Que en mas livianos y de menos veras
Se pudiera emplear tu hermosura;
O ya que te determinaste, fueras
El mas ligero y de mas ventura;
Huésped, no ganarás en mí, venciendo,
Cuanto arriesgas en ti á perder corriendo.
»¡Oh qué aire de rostro y qué meneo
Entre virgen honesta y jóven fuerte!
Oh Hipómenes mezquino, que te veo
Ofrecer por mi causa á cruda muerte!
O no me hubieras visto, ó tu deseo
Fuera mas conveniente.—Y desta suerte
Hablaba entre sí mesma la doncella,
Y maldecia el fin de la querella:
»—Si yo fuera tan bienaventurada,
Que el importuno hado no negara
A mi suerte la vida descansada,
Uno solo eres tú á quien deseara.—
Esto dijo, y de nuevo amor tocada,
Revuelta la color toda en la cara,
Sin entender la fuerza del dolor,
Arde y ama, y no siente que es amor.
»Ya el padre, que al correr era presente,
Y el pueblo la carrera demandaba,
Ordénase en mirar toda la gente,
Y solo en medio Hipómenes quedaba,
El cual con voz solícita y ardiente,
Mi santo nombre en su favor llamaba,
Diciendo: — Favorece mi osadía
Tú, Diosa, que encendiste el alma mía.
»Tú, sobre todas soberana Diosa,
Alumbras los mortales en el suelo;
Tú venciste en la tierra, de hermosa,
La que, de clara, vences en el cielo:
Por ti se aplaca el viento, el mar reposa;
Tú del género humano eres consuelo,
Por ti nos abre el año nuevas flores,
Do das principio y fin á los amores.
»¿Quién á las simples y ligeras aves,
Cuando acuciosas edifican nidos,
Hace con voces dulces y suaves
Declarar sus cuidados encendidos?
Quién á los otros animales graves
Mueve con nueva furia los sentidos,
Correr ásperos valles y sombríos,
Y nadar presurosos hondos ríos?
»¿Quién da fuerzas al jóven que de hecho
Le enciende amor y le resuelve en fuego,
En noche obscura el tempestuoso estrecho
Atravesar con lluvia y tiempo ciego,
Cortar las bravas olas con el pecho?
Truena y ábrese el cielo, y el mar luego
Rompe las altas peñas resonando;
Mas él con su furor pasa nadando.
»No le tienen turbados elementos,
No los padres con lágrimas y llanto,
El mar negro sacado de cimientos
No le aparta el deseo ó pone espanto;
No la virgen que en ansias y tormentos
Suspensa pasará aquel entretanto,
Y al fin morirá muerte lastimera
Sobre el cuerpo tendida en la ribera.
»En la parte mas fértil y abastada
De la tierra del Cipro, una heredad
Por los antiguos padres consagrada

Fué á mi templo en señal de piedad;
En medio resplandece una dorada
Planta con hojas de oro, á quien la edad
Ni el año seco, estéril, destemplado
Estorba que no dé el fruto dorado.
»Desta huerta llegaba cuando digo
Que Hipómenes estaba en agonia;
Deliberé ayudalle como amigo
Con tres manzanas de oro que traia;
Y tomándole aparte sin testigo,
Le declaré á qué riesgo se ponia.
Dile el fruto, consejo y el favor
Para vencer por arte y por amor.
»La trompa dió señal: cada cual sale
Recogiendo el aliento con el pecho,
Ni avenida ni viento hay que se iguale,
Ahora corre extendido, ahora estrecho;
La fuerza y ligereza es la que vale,
Y el no perder el ánimo en el hecho;
Corre el uno y el otro cuanto puede,
Y no hay vista que atrás no se les quede.
»Volarán por encima de la lista
En las mieses que crecen á la par,
Y venciendo al juicio y á la vista,
Por las hinchadas ondas de la mar,
Sin abajar la punta de la arista
Ni bañarse las plantas al pasar;
Nunca fué tan ligero el pensamiento,
Ni el tiempo cuando huye del momento.
»El favor de la gente, que infinita
Acudia con palabras y meneo,
La torpeza del ánimo les quita,
Y acrecienta el esfuerzo y el deseo;
Cada cual dice: — Hipómenes (con grita),
Esfuerza, esfuerza, Hipómenes, que veo
Quedar por tí la plaza y la querella,
Alcanzando la gloria y la doncella.—
»No sé cuál de los dos mas se holgaba,
Atalanta ó Hipómenes, con esto.
¡Oh cuántas veces ella le pesaba,
Tirada de la gloria y de lo honesto!
Mas, volviendo á miralle, se paraba
Por no quitar los ojos de su gesto;
A cada uno el aliento fallecia,
Y el puesto muy de léjos se veia.
»Viendo Hipómenes que iba por vencerse,
Echóle de través una manzana;
Ella, como vió el fruto revolverse,
Suspensa reparó entre miedo y gana;
Mas al cabo la alzó sin detenerse,
Tornando á la carrera mas liviana;
Pasa el jóven por ella con esta arte,
Y el pueblo favorece de su parte.
»Atalanta, que vió la gran presteza
Con que se levantaba tan ardido,
Esfuerza por cobrar con ligereza
El tiempo y el espacio que ha perdido;
Pasó otra vez delante sin pereza.
El jóven, que se vió otra vez vencido,
La segunda manzana echó delante;
Ella la alcanza, y pasa en un instante.
»La última jornada y mas dudosa
Quedaba por pasar de la carrera,
Cuando Hipómenes dice: — ¡Oh eterna Diosa!
Tú me trajiste el don y la manera;
No me niegues tu ayuda poderosa.—
Y arrojó la manzana tan afuera,
Que en caso que Atalanta la quisiese,
En el ir y volver se detuviese.
»Parecióme dudar cuál seguiria,
El fruto ó la carrera; y así estando,
Al oro le incliné la fantasia
Con mucho resplandor, el cual alzando,
Añadí nuevo peso al que tenia,
Nuevo estorbo y graveza acrecentando,
Armé al jóven de fuerza y ligereza,
A ella de desmayo y de torpeza.
»Y por no ser mas larga yo en contarle
El proceso que fué de la corrida,
Fué vencida Atalanta con esta arte,
Sin la cual no pudiera ser vencida;
Quien quiera juzgará por cada parte
Si la gloria de entrambos fué crecida:
Dél, que su muerte vió en vida trocada,
Y ella en verse vencer del que era amada.
»Aquel podrá sentir lo que ha pasado,
Si ternian ó no vida sabrosa,
Venir por tal peligro á tal estado,
Verse juntos hermoso con hermosa,
Dulce amiga con dulce enamorado,
Nuevo esposo yacer con nueva esposa:
¿Qué estado puede haber mas apacible
Debajo de la luna en lo visible?
»¿Parécete que fuera conveniente
Que agradecieran este beneficio,
Primero con devoto continente,
Despues con oracion y sacrificio?
Ni de mí se acordaron al presente,
Ni me adoraron con debido oficio;
Antes menospreciaron mi deidad,
Llevados de soberbia y vanidad.
»Con súbito furor y nueva saña,
Sintiendo el menosprecio que te digo,
Revolví contra ellos fuerza y maña,
Por mostrar nuevo ejemplo de castigo,
Dándoles á entender que quien engaña
A Dios, le hallará bravo enemigo,
Sin faltarle cruel pena y tormento,
En que los otros tomen escarmiento.
»Pues gustando de su felicidad,
Por mostrarse á los pueblos de continuo,
En colmo de tan gran prosperidad,
Como usasen espeso andar continuo,
Un templo de perpetua antigüedad
Descubrieron, que al paso era vecino,
Tan cubierto de hiedras y ocupado,
Que bien mostraba ser lugar sagrado.
»Eguion ilustre y glorioso,
La madre de los dioses aplacando,
Edificó aquel templo suntuoso
Por voto ó por tenella de su bando;
Donde ellos, por tomar algun reposo,
Entraron, el camino rodeando;
Y yo, por castigar su mal ejemplo,
Las furias les moví dentro del templo.
»Un lugar apartado en una cueva,
Adonde el sacerdote colocados
Metió, dando lugar á otra obra nueva,
Los ídolos de dioses apartados;
Aquí la torpe abominable prueba
Comenzaron por malos de pecados:
Abrieron con el acto deshonesto
Las sacrílegas puertas del incesto.
»Los ídolos, del caso aborrecidos,
Revolvieron los ojos á la tierra:
La madre de los dioses no nacidos
A la infernal laguna los destierra;
Mas pareció á los que eran ofendidos
Que esta muerte seria liviana guerra,
Dándoles el lugar de los abismos,
Que viviendo carezcan de sí mismos.
»En vedijas torcidas y leonadas
Sintieron sus gargantas asconder,
Y en los dedos las uñas encorvadas;
Los hombros en espaldas extender;
Todo el peso en los pechos, y pisadas
Por la tierra las colas revolver,
En el rostro la ira y el ensaño,
Y en lugar de la voz, bramido extraño.
»Por tálamo las ásperas montañas
Usan, y ponen miedo de crueles;
Que muertos, á las otras alimañas
Aun espanta el ruido de sus pieles;
Enfrenados la boca y crudas sañas,
Tiran juntos el carro de Cibéles.
Destos te ruego, Adónis, que te guardes,
Y acometas á los que son cobardes.»
Ansí dijo, y al jóven abrazando,
Va serena en el aire y levantada,
Por el cóncavo cielo rodeando,
De cuatro cisnes blancos fué tirada;
En el viento iba el carro tropezando,
Y la rueda en el eje embarazada;
Cualquier nube le da contrariedad,

Señal de venidera adversidad.
Adónis de la pena de Atalanta
Quedaba entre sí maravillándose,
Cuando un ventor la voz sorda levanta,
En rastro de un gran puerco rodeándose;
Conoce el redoblar en la garganta
De la voz, que venia ya acercándose,
Y ve la fiera de bestial braveza
Por un campo romper de la maleza.
Apresurando el paso por un llano,
Se fué á ella derecho cuanto pudo,
Apretando con una y otra mano
El agudo venablo por el nudo;
Hiriólа con gran fuerza, mas en vano,
En el siniestro lado del escudo.
El arma penetró tan poco adentro,
Que reparó en el hueso, del encuentro.
Gobernaban el ánimo y ardor
Las jóveniles fuerzas y experiencia;
Mas no pudieron tanto, que al furor
De la fiera hiciesen resistencia;
Así que, el golpe dado con error,
El ímpetu bestial y la violencia
Al jóven corajoso enamorado
Causaron dura muerte en aquel prado;
Porque el puerco herido en continente
Se recogió en la trompa por derecho,
Y desarmando en él su duro diente,
Abrió de cabo á cabo el tierno pecho;
Y con la misma furia y accidente,
No contento del daño que habia hecho,
Acuchilló de paso en un instante
Cuantos canes topó al lado y delante.
En la yerba quedó el cuerpo tendido;
El alma salió envuelta en sangre y viento,
La Diosa, aunque iba ya á vuelo tendido,
Temerosa de algun acaecimiento,
Todo junto sintió el golpe y gemido,
Muerto el jóven, y el prado vió sangriento;
Deja el carro con furia y desconcierto,
Y derribóse sobre el cuerpo muerto.
Tal lo halló cual la flor de primavera,
Que poco antes honraba el verde prado,
Fresca, alta, y en órden la primera,
Mas fué al pasar tocada del arado;
Cual el blanco jazmin ó adormidera,
Cogido en un instante y arrojado,
La tez y resplandor y hermosura
Vueltas en sombra eterna y noche obscura.
Como en el ser perfeto y el camino
Inmortal del mortal difiere tanto,
Los sentimientos de ánimo divino
No los puede cantar humano canto;
Pues ¿qué haré yo, nuevo peregrino?
¿Cómo declararé el divino llanto,
Si no puedo entendello ni gustallo?
El partido mejor será callallo.
Solamente diré que en remembranza
De tan triste memoria y tal dolor
Quiso Vénus hacer nueva mudanza,
Convirtiendo la sangre en roja flor;
Y ella tomar de Amor justa venganza,
No llamándose madre del Amor,
Antes con rayos de oro y clara lumbre
Sigue la casta luna en alta cumbre.

CARTA EN REDONDILLAS.

Amor, amor, que consientes
Que los dias se me alarguen,
Para que juntos me carguen
Todos tus inconvenientes;
Pues de tan recia porfía
No se puede dar la vuelta,
Corramos á rienda suelta
Por donde el caso nos guia.
Y tú, que eres sin zozobra
Valor de cuantos hoy viven,
Y el mayor bien que reciben
Es el menor que en tí sobra;
Tú, reina de corazones,
Tú, para siempre hermosa,
Tú, que vences cualquier cosa
Con vista, gracia y razones;
Vence tu voluntad dura
A ver en esta mi carta
Cómo tu crueza aparta
Lo que mi fe me asegura.
No juzgando á desvario
Que sin licencia te escribe
Quien por tu voluntad vive,
Y nunca por su albedrío.
No dudo que mi tormento
A compasion te moviese,
Si seso de hombre pudiese
Comprehender lo que yo siento.
Mas en dolor tan crecido
(Que no cabe en piedad)
No llega la voluntad
Donde no llega el sentido:
Tu condicion ordinaria
Me ha faltado con el bien;
Que era defender á quien
Es la fortuna contraria.
Y aunque la razon te obligue
En mi favor á mostrarte,
Siempre te ve de su parte
Cualquiera que me persigue.
¿Dirélo ó reventaré?
Como alongada te viste,
Mis enemigos pusiste
Por pilares de tu fe.
Yo, que callo, sufro y veo,
Seré bienaventurado
Si no imputas á pecado
Por qué escribirte deseo.
Menos digo aun de lo que es,
Y miémbrete, que en mi daño
Me pusiste por escaño
En que pusieses los piés.
Con tus manos me fundaste
Y disteme á escarnecer,
Quisiste desvanecer
La obra que levantaste.
Pensando que era ayudarme,
No curé de apercebirme;
Primero sentí herirme,
Y despues amenazarme.
Vime tan en el profundo,
Que deseé por abrigo
Que te hundieses conmigo,
Y con nosotros el mundo.
Mas soy como el navegante,
De viento y mar trabajado,
Que no le pone cuidado
Tener la muerte delante.
Perdido seso y concierto,
Despojado de razon,
En la desesperacion
Hallo el mas seguro puerto.
Traigo la vida por carga,
Y es para mí tan pesada,
Que, aunque corta la jornada,
Me sobra y parece larga.
Siendo el remedio la muerte,
Ha llegado mi locura
A tener por buena cura
Lo que me aparta de verte.
El descanso de mi lecho
Es entre espinas y abrojos,
Y entre congojas y enojos
Allí vivo satisfecho.
Gasto la noche y el dia
En el tormento que digo:
Yo de mi alma enemigo,
Mi alma enemiga mia.
Este yugo tan pesado
Querria echar de mi cuello;
Pero ¿quién podrá hacello.
Que una vez le haya probado?
Si resuelvo en un instante
De mudarme y apartarte,
No puedo huir á parte,

Que no te lleve adelante.
A todo busco remedio,
Y cualquier remedio temo;
Quiero venir al extremo
Sin que pase por el medio.
La razon sierva se halla,
Que habia de ser señora,
Y el alma, donde ella mora,
Hecho campo de batalla.
Entre la ocasion y el miedo
Pasa toda la querella;
Tú fuiste la causa della,
Y yo el que vencido quedo.
Pero como á mi enemigo
Llégome á quien me destruye,
Porque la ocasion me huye,
Y el miedo queda conmigo.
Sabiendo que el desvarío
Me llevaba ya vencido,
Quisiste darme el vestido
A la medida del frio.
Dijisteme: «Sufre y muere,
Que harta paga te dan;
No te quejes del afan
Si quien lo causa lo quiere.»
¡Oh ley hecha por venganza,
Confirmada por crueza!
¿Mándasme tener firmeza,
Y quitasme la esperanza?
Soy de tan flaco sugeto,
Que, mostrándome el camino,
Apenas me determino
Si es de consejo ó preceto.
¿Quieres que vayan perdidos
Suspiros bien empleados,
Y se vean acabados
Pensamientos tan validos?
Y ¿quieres ejecutar
El poder de redemir
En perder y consumir
A quien pudieras salvar?
Mi voluntad no merece
Darme remedio con velo;
El bien puede ser consuelo,
Mas castigo me parece.
Pero sea y no se tuerza
Lo que de mi se te antoja,
Pues nunca dan en que escoja
Al que castigan por fuerza.
Ni he de esperar ni pedir
Otro alivio á mi cuidado,
Aunque como lo pasado
Me venga lo por venir.
Obedezco la sentencia
Y tomo lo que me das;
Que en el alma donde estás
No cabe desobediencia.
Véote libre en la cumbre,
A mi cubierto de nieblas,
Hasta que entre las tinieblas
Nunca supe que era lumbre.
Yo conozco poco á poco
Que igualarte otra ninguna
En hermosura y fortuna
Es pensamiento de loco.
Cualquier cosa que mandares
Daré por bien empleada;
Mas mira que la jornada
No vaya toda en pesares.
Mas vaya, pues así quieres;
Que no tengo por tan buenos
Todos los bienes ajenos
Como el mal que tú me dieres.
Quien no tiene libertad,
¿Por qué teme ni responde?
Algun beneficio esconde
Tan preciosa voluntad.
Tú mandas que pene y muera,
Y aunque dichoso me hallo,
Si lo mandas, por mandallo,
Será la merced entera.
Mil torres en tu servicio
Armo sobre este cimiento;
Harto chico fundamento
Para tan grande edificio.
La gloria y el devaneo
La obra suben arriba;
Mas tu voluntad derriba
Cuanto levanta el deseo.
Y paso toda la vida
En continuo sobresalto
De no mejorarme en alto
Por no dar mayor caida.
Aunque tras esto me place
Verme puesto en tal afrenta,
Donde el caer no escarmienta,
Y el subir me satisface.
¡Oh larga esperanza vana,
Cuántos dias há que voy
Engañando el dia de hoy
Y esperando el de mañana!
Tu merced no se detenga,
Pues mi sér está en tu mano;
Que nunca vendrá temprano
Ningun remedio que venga.
Aun la memoria es hoy viva
De Anajarete, que quiso
Dejar con su hierro aviso
A cualquier persona esquiva.
Esta fué reina y hermosa,
En toda Cipro estimada;
Tambien fué la mas culpada
De uraña y desdeñosa.
El triste de Iís la vió,
Y en vella quedó tan ciego,
Que el desventurado fuego
En los huesos se embebió.
Gran tiempo contra el amor
Se quiso fortalecer;
Pero no pudo vencer
Con la razon el furor.
Visitaba cada dia
La puerta, humilde y penoso;
Que el amador sin reposo
Por mas que puerta tenia.
A la tinta y el papel
Encomienda su secreto,
Porque con menos respeto
Lo vea la causa dél.
Al ama que le dió leche
Descubrió su pensamiento,
Aunque para este tormento
No hay remedio que aproveche.
Por la esperanza le jura
Del valor de su criada,
Que en cosa tan deseada
No quiera mostrarse dura.
Procuró tener ganados
Con muchos amigos della,
A quien cuente su querella,
Que remedie sus cuidados.
Demandándole favor
Con voz solicita, ardiente,
Quiere decir lo que siente
Sin descubrir que es amor.
Aquellos tiempos usaban
Los que trataban amores
Colgar guirnaldas de flores
En casa de las que amaban.
¿Cuántas guirnaldas bañadas
Con rocio de sus ojos,
A manera de despojos,
Tuvo á la puerta colgadas?
Y ¿cuántas veces cansado,
Por descansar de su mal,
Acostó en el duro umbral
El siniestro y tierno lado?
¿Cuántas veces dió á las puertas
De la mano con enojo?
Cuántas maldijo el cerrojo,
Porque no estaban abiertas?
Ella, mas cruda y exenta
Que hierro y acero hecho,
Y mas brava que el estrecho

Que le embravece tormenta.
Jamás dobló la cerviz,
Siempre tan dura y uraña
Como piedra en la montaña,
Que aun se traba en su raiz.
Si alguna ocasion se ofrece
De mostrar con él clemencia,
En ausencia y en presencia
Le desdeña y escarnece.
Y pasa mas adelante;
Que á tantas obras esquivas
Junta palabras altivas,
Dichas con fiero semblante.
Algunas veces le halaga
Y engaña con esperanza,
Porque despues la mudanza
Mayor impresion le haga.
Detúvolo muchos años
En tormento tan cruel,
Que nunca se acordó dél
Sino para estos engaños.
Ya no pudiendo sufrir
Dolor de tanta fatiga,
A la puerta de su amiga
Ifis comenzó á decir:
«Anajerete, venciste,
Pon aparte este cuidado;
Morirá desesperado
El que siempre vivió triste.
Jamás te dará hastio
Cosa que de mí proceda;
Fortuna paró la rueda
Con mi daño y tu desvío.
«Apareja gran trofeo,
Ciñete esa hermosa frente
De laurel, que represente
Que triunfas de mi deseo.
»Tú vences, y lo deseas,
Yo muero y huelgo en hacello;
No te pesará de vello,
Aunque mas de hierro seas.
»Serás forzada á loar
Quizá alguna cosa mia:
Esto me causa alegría,
Lo demás todo pesar.
»La vanagloria que muero,
Señora, por tu servicio,
Será el primer beneficio,
Aunque en el paso postrero.
»Y la mi muerte testigo
Que en algo te contentase,
Y tú misma, que llevase
Tan gran mérito conmigo.
»Acuérdate que la vida
Me dejó antes que la pena;
Si tú la tienes por buena,
Yo contento y tú servida.
»Una y otra luz me falta,
Y con ambas me condeno,
La en que vivo y por que peno,
Que me hace mayor falta.
»No tomaré deste mal
La fama por mensajero;
De mi sabrás el primero,
Cruel, cómo soy mortal.
»Allí hartarás tu vista
El cuerpo frio mirando,
Pues no le miraste cuando
De mí pudieras ser vista.
»¡Oh tú, Dios, que los mortales
Y sus hados ves presente!
Haz que dure eternamente
La memoria de mis males.
»Y en pago destas porfias
Y escarmiento de quien ama,
Da tanto tiempo á mi fama
Como quitaste á mis dias.»
Despues la casa mirando,
Levanta las manos juntas;
En la color ya difuntas,
Y en ambos ojos llorando,
Como si fueran personas,
A los umbrales habló,
Que en otro tiempo adornó
Tantas veces de coronas.
Y como el lazo trabase
A la puerta en una viga,
Tornó á hablar con su amiga
Antes que al cuello le echase:
«¡Oh cruel, sin piedad!
Tales guirnaldas te placen;
Pues tanto te satisfacen,
Harta tu inhumanidad.»
Esto decia, y corriendo
Por la garganta el cordel,
Apretó el lazo cruel,
Y quedó el triste muriendo.
Mas no pudo el agonía
Hacer tanto, que impidiese
Que muerto no revolviese
Adonde vivo la vía.
Llevan al desventurado
Adonde la madre estaba,
Que sospechosa esperaba
Este semejante hado.
La cual, despues de haber hecho
Las exequias y lloralle,
Por la desdichada calle
Pasó acompañando el lecho.
Anajerete lo vió,
Algo mas blanda y humana,
Y paróse á una ventana
Por ver la muerte que dió.
Dios y su desconfianza
La traian ya turbada,
Toda desasosegada
Con temores de venganza.
Y dijo con rostro esquivo,
Mas con algun sentimiento:
«¿Quiero ver su enterramiento,
Pues no le quise ver vivo.»
Apenas vió que traian
A Ifis muerto y tendido,
Ya los ojos y el sentido
Sintió que se endurecian,
Y la sangre colorada,
Huyendo del claro gesto,
Lo dejó amarillo presto,
Y tornó blanca y helada.
Ella procuró volverse,
Mas los piés se le trabaron (1),
Y todo el cuerpo dejaron
Sin fuerza para moverse (2).
Quiso tornar la cabeza;
Tampoco pudo hacello,
Que la persona y el cuello
Era todo de una pieza.
Y poco á poco muriendo,
En viva piedra tornada (3),
Aun no pareció mudada
De lo que fuera viviendo.

CARTA EN REDONDILLAS,

ESTANDO PRESO.

Triste y áspera fortuna
Un preso tiene afligido,
Mas no por eso vencido
Con la fuerza de ninguna.
Entre sus cuidados vive,
Ellos mismos le atormentan;
Mil muertes le representan,
Y las mas dellas recibe.
Y aunque no se rinde al peso
De tantas penas y enojos,
Rinde á Filis los despojos
De sus entrañas y seso.
Tristezas y soledades,
Y quejas muy apretadas,

(1) Herrera, en las notas á Garcilaso, lee:
Mas los piés se le turbaron.
(2) Sin fuerzas para tenerse.—*Texto de Herrera.*
(3) En dura piedra tornada.—*Id.*

Que si no son declaradas,
A lo menos son verdades.
Bien puede estar en prision
El cuerpo, y puesto en cadena;
Mas el alma, que es ajena,
Fuera va desta ocasion.
¿Qué aprovecha hacer prueba
Con guardas y encerramiento,
Si la lleva el pensamiento,
Y él sabe dónde la lleva?
Señora, corta es la vida
Para tan larga jornada,
Porque esta es muy apartada,
Y ella va muy afligida.
Mas yo fio del padrino,
Que la guie como debe,
Y que á tus manos la lleve
Por el mas llano camino.
Tu piedad la defienda
Y asegure en su servicio,
Cuando en este beneficio
No haya cosa que te ofenda.
Por ventura por ser mia
Pide lo que no merece;
Mas la razon obedece,
Y manda la fantasía.
Ella diga con respeto,
Si fuere tu voluntad,
Cómo tan alta verdad
Cabe en tan bajo sugeto.
Y por mi escriba la pluma
Lo menos de lo que paso;
Que escribir de paso en paso
Fuera una prolija suma.
Ya fué tiempo que miraba,
Y entre las gentes se via,
Aunque mirando perdia
Cuanto sirviendo ganaba.
Mas nunca osara emprender
Tan notorio desvario,
Si el seso y el albedrio
No estuviera en tu poder.
Mi buena fortuna quiso,
Filis, tenerme obligado
A tan dichoso cuidado,
Aunque andaba sobre aviso.
Yo jamás hallé en mi mal
Sombra ni lumbre de bien,
Si no fué servir á quien
Ni terná ni tiene igual.
El que hubo alguna ventura,
Y despues vino á perdella,
Alabe la causa della
Y maldiga su locura.
Pero yo, que no me vi
Mejor tratado que hoy,
Ni maldiré lo que soy
Ni alabaré lo que fui.
¿Qué fui yo porque me alabe?
Qué soy porque me congoje?
Harto hago en que se afloje
El menor mal que en mi cabe,
Y que en estas ocasiones
Pueda callar y ser firme,
Si tientan pecho tan firme
Con tantas tribulaciones.
No trato en miedos que asoman
Con destierros y con muertes;
Porque estos y otros mas fuertes
Con el ánimo se doman.
Ni que el tiempo se comience
En tristeza y soledades;
Porque son adversidades
Que el mismo tiempo las vence.
Abra la boca el que osa,
Que á mi el miedo me lo niega,
Que la razon tiene ciega
Y la opinion temerosa.
Dios guarde á quien se entristece
Cuando le cuentan mis culpas,
Y en no recebir disculpas,
Que me paga me parece.
Nadie hay que no me persiga
Si cree que me destruyes,
Y aunque de obligarte huyes,
¿Quién no piensa que obliga?
Yo con todos me concierto;
Pero cuéstame bien caro
Ir por camino tan claro
A gusto tan encubierto.
De lo que fortuna enlaza
Contra mi no hago cuenta;
Mas solo me desatienta
Si tu callar me amenaza.
Esta es la mayor fatiga
Que al triste allige y da pena,
Porque el callar le condena,
Y amenazar le castiga.
Aqui se encierran y esconden
Sospechas y disfavores,
Y otros cuidados mayores,
Que se entienden y responden.
Todas las otras porfias
Han sido como señales
Del comienzo de mis males,
Y esta del fin de mis dias.
Aun si fuera para dalla
El que publicó mi muerte;
Pero no se halla fuerte
Sino para publicalla.
Pues yo sé, y cierto, aunque huya
Quien muchas veces tropieza,
Que vive alguna cabeza
Para que pague la suya.
Haria mucho á mi caso
Cualquiera mal que llegase,
Si tu merced lo causase
Por voluntad, y no acaso.
Mas veo, por mi desdicha,
Estorbos que me contrastan,
Y mis servicios no bastan
A subir á tan gran dicha.
Y tú, enemiga, demuestras,
Cuando mis males entiendes,
Si te causas ó te ofendes,
Solo á tu pecho lo muestras.
Este es morir verdadero,
Que en el morir no hay milagro;
Este es el paso mas agro,
La muerte es paso postrero.
Siempre me vas persiguiendo,
Y yo nunca reparando,
Ni vi tu brazo tan blando,
Que no saliese hiriendo.
Mas por peligro que traya
Vivir en ley tan escura,
Solo mi fe me asegura
Que no tropiece y me caya.
En la fe que no se niega
No hay escrúpulo ni duda,
Ni condicion que se muda,
Ni galardon que no llega.
No le turban sobresaltos,
No le desesperan sañas;
Puede abajar las montañas,
Y los valles hacer altos.
Asosegada y segura
Vive encima de la suerte;
Tiene en tan poco la muerte,
Que de la vida no cura.
A todo halla salida,
No se engaña con ninguno,
Ni busca tiempo oportuno,
Ni ocasion descomedida.
Ella se juzga y comide,
Sufre mil contrariedades,
Sin descubrir sus verdades,
Si el tiempo no se las pide.
Huye del que la desecha,
Y al que la sigue se inclina,
Y solamente la indina
Quien tiene della sospecha.
Su fin es ir adelante,
Y donde va es donde viene;

En un fiel se mantiene,
Sin mudar ser ni semblante.
Trae de blanco el vestido,
Rostro y pecho desenbierto,
Medio corazon abierto,
Y el otro medio escondido.
Dicen que amor fué su padre,
Y su hermano el desengaño,
Que siempre excusa algun daño
A la esperanza, su madre.
Junto con ella nació
Su padre, madre y hermano;
Crióla el alma en su mano,
Su blanca leche le dió.
La lealtad confiada
Y la constante firmeza,
Y la honra sin pereza,
Y la verdad apurada,
Toda junta esta compaña
Sigue y sirve esta señora,
Cada cual dellas la adora;
Nada la miente y engaña.
Su casa es hecha de espejos,
En que se conoce y mira,
Que no le dicen mentira
Ni dan fingidos consejos.
Ninguna puerta se cierra,
Descubierta por el cielo,
De blanco mármol el suelo,
Pero no llega á la tierra.
¡Oh firme fe sin zozobra!
Venganza de mi te pido
Cuando te hubiere ofendido
En pensamiento ó en obra.
Si en corazon tan sencillo
Hallares algun doblez,
Sea Filis el juez,
Aunque haya sido el cuchillo.
Tú, que en el tronco te asientas,
Miras, conoces y mandas
Las entrañas en que andas,
Y los pensamientos cuentas,
Mostrarás claro algun dia
Cómo, si males padezco,
Puesto que no los merezco,
Hago dellos compañia.
No porque piense ayudarme
Para que el dolor amanse,
No porque el alma descanse,
Pues que el descanso es quejarme;
Pero está en menos el dallo;
Que si algun descanso espero,
El descanso verdadero
Es morir sin demandallo.
En el mar de novedades
Y en las ondas de mudanza
Tengo firme la balanza
En que pesan mis verdades.
En mi fe no cabe engaño
Ni en mi voluntad ayuda,
Con ver que todo se muda,
Aunque se mude en mi daño.
Señora, ¿de qué te cansas?
En mi fe ¿qué culpa hallas,
O por qué á mis quejas callas,
Ya que tu saña no amansas?
El quejarme yo lo pago,
Escribir caro me cuesta,
Si el callar dan por respuesta,
Siendo lo mejor que hago.

Definicion de los celos,

EN QUINTILLAS.

Dama de gran perfecion,
Valor y merecimiento,
Aqui, Señora, os presento
Aquesta difinicion
De celos y su tormento.
Y aunque no sea de mi oficio
Ni toque á mi profesion,
Con entrañable aficion
De haceros algun servicio,
Diré que son y no son.
No es padre, suegro ni yerno,
Ni es hijo, hermano ni tio,
Ni el mar, arroyo ni rio,
Ni es verano ni es invierno,
Ni es otoño ni es estío.
No es ave ni es animal,
Ni es luna, sombra ni sol,
Becuadrado ni bemol,
Piedra, planta ni metal,
Ni pece ni caracol.
Tampoco es noche ni dia,
Ni hora ni mes ni año,
Ni es lienzo, seda ni paño,
Ni es latin ni algarabia,
Ni es ogaño ni fué antaño.
Y por mas no ir dilatando,
Ni proceder á infinito,
Mil cosas de decir quito,
Y ahora iré declarando
Lo que dellos hallo escrito.
Son celos exhalaciones
Que nacen del corazon,
Sofística presuncion,
Que pare imaginaciones
De muy pequeña ocasion.
Es envidia conocida,
Que no sabe contentarse;
Una paz interrompida,
Yerba en el alma nacida,
Muy difícil de arrancarse.
Es jara en yerba tocada,
Aljaba que pare flechas,
Una traicion embozada,
De contrarios rodeada,
Cárcel de dos mil sospechas.
Sello, que donde se sella,
Tarde ó nunca se desprende,
Purga que mata bebella,
Y es un fuego que se enciende
De muy pequeña centella.
Es una fuente de enojos,
Rio de muchas corrientes,
Camisa hecha de abrojos,
Rejalgar para los ojos,
Negnijon para los dientes.
Es una fiera muy brava,
Que allá en las entrañas mora;
Casa do siempre se llora,
Y la verdad es esclava
Y la sospecha señora.
Manjar de ruin digestion,
Que mandan que no se coma;
Es un pasquin que hay en Roma,
Un doméstico ladron,
De las entrañas carcoma.
Dice un devoto señor,
A quien esta plaga alcanza,
Que celos nacen de amor;
Y respóndele un doctor:
«No hay amor sin confianza.»
Ellos son que es cosa, y cosa
Que no se deja entender:
Un querer y no querer;
No es rosa ni mariposa,
Ni son comer ni beber.
Pero si pensar quereis
Mas de lo que digo yo,
Veréis que no es si ni no,
Ni cosa que hallaréis,
Porque sola se crió.
No les puso nombre Adan,
Ni ellos tienen haz ni envés;
Pero si hallarlos quereis,
Sabed, Señora, que están
Donde vos teneis los piés.

REDONDILLAS.

Pesares, no me mateis;
Cuidados, gran priesa os dais;
Mirá que si me acabais,
Que conmigo moriréis.
Hanme dicho que una fiera
Cria dentro en sus entrañas
A quien tiene tales mañas,
Que al salir hace que muera.
Mas yo de contraria suerte
Crio en mi seno cuidados,
Que, de muchos y callados,
Sin salir me dan la muerte.
No dirán que por engaño
Los aposenté en mi pecho,
Que bien conocí el provecho,
Y quise escoger el daño.
Entregué la voluntad,
Sin que me quedase nada,
Y aunque libre la posada,
Me quitan la libertad.

OTRAS.

Cuidados, pues que teneis
Sugeto y libre albedrío,
Ningun estorbo es el mio,
Acabadme si quereis.
Luego á la hora entendí
Que era menester guardarme,
Y comencé á recatarme
De todos sino de mí.
Bien seguro estaba yo
De tal enemigo en casa,
Y desta escondida brasa
Todo el fuego se encendió.
Oyo, veo, sufro y callo;
Que en todos estos sentidos
Hay cuidados conocidos,
Mas sin ellos no me hallo.
Veo mi daño venir,
Oyo luego el bien ajeno,
Y sufro dentro en mi seno
Lo que no oso descubrir.

OTRAS.

Pues que tanta priesa os dais,
Y yo tan poco me quejo,
Pesares, libres os dejo;
Quiero ver si me acabais.
En tan peligroso trago,
Aunque yo no lo procure,
No habrá un bien que me asegure
Deste daño que me hago.
No, que no quieren valerme
Mis cuidados como hermanos,
Sino darme de las manos
Cuando pueden ofenderme.
Siempre ofenderme desean,
Y yo con ellos me junto
Cada y cuando que barrunto
Cosas que contra mí sean.
Remedio yo no le pido,
Consejo no le recibo;
Que á mí mismo, porque vivo,
Me tengo ya aborrecido.

OTRAS.

Cuidados, que me traeis
Convencido al retortero,
Acabad, que acabar quiero
Porque vos os acabeis.
El ave que el pecho hiere,
Y tanto á sus hijos ama,
Con la sangre que derrama
Les da vida, aunque ella muere.
Los pesares me maltratan,
Dentro en el alma los tengo,
Y con ella los mantengo,
Y ellos consigo me matan.
No es cuidado el que me manda
Ni quien me hace la guerra,
Mas pesar, que me destierra,
Y placer, que en otros anda.
Siempre doblada la pena,
Siempre muerte ante los ojos
Por mis pesares y enojos
Y por la holganza ajena.

OTRAS.

Pesares, si me acabais,
Tendréis en mi buen testigo
Que os acogí como amigo,
Y como á tal me tratais.
La que me manda y consiente
Contar mis males en suma,
Dará licencia á la pluma
Que mis ternezas le cuente.
Las lágrimas y suspiros
Son armas desta contienda,
Donde la ofensa y la enmienda
Para, Señora, en serviros.
Vime libre de aficion,
Véome cautivo ahora,
Y el alma, que era señora,
Puesta en mayor sujecion.
¿Quién se alabará que tiene
Contra amor vida segura,
Si donde mas se asegura
Mayor peligro le viene?
Al principio de mis penas
Tenialas por suaves;
Sin saber que eran tan graves,
Burlaba de las ajenas.
Decia en mi puridad:
«Prueben todos lo que prueho;
Esto que siento de nuevo
¿Es amor, ó es amistad?»
Donde no paraba mientes
Comencé á tener recato,
A mirar de rato en rato
Y guardarme de las gentes.
Por no caer en la red,
De vos misma me guardaba;
Mirad cuán poco pensaba
En demandaros merced.
De turbado y encogido,
Vine á confesar, negando
Lo que ahora estoy llorando
Porque verdad ha salido.
De aquí ha subido, haciendo
Amor en mí tantas pruebas,
Que, de encubiertas y nuevas,
Las sufro y no las entiendo.
Parece imaginacion
Que tenga puestas yo mismo
La humildad en el abismo,
Y en el cielo la aficion.
Para tanta hermosura
Pequeña pena es la mia,
Y muy alta fantasía
Para tan baja ventura.
De la vida no me acuerdo,
De la muerte curo poco;
Que si pequé como loco,
Ya pagaré como cuerdo.
Quien aborrece la vida
No muere de sobresalto,
Pero subiendo mas alto,
Puede dar mayor caida.
Si quisiere arrepentirme,
Hallaré que es imposible
Que mi pena sea movible,
Siendo la causa tan firme.
No sabré mudar, ni puedo,
Esta vida que me queda;
Vuelva fortuna la rueda,
Que yo siempre estaré quedo.
¡Oh quién pudiese, pues muero,
Hablar con mi matadora;
Quizá le diria en un hora

Lo que en mil años no espero.
Pero ¿de qué me aprovecha
Descubrirle mi fatiga?
Que si encubre como amiga,
Como enemiga sospecha.
Mucho deja á la fortuna
El que se resuelve presto,
Donde el daño es manifiesto,
Y la ganancia ninguna.
Desta manera padezco,
Que en mas tengo no enojaros,
Aunque pudiese hablaros,
Que cuanto espero y merezco.
Quien por vos perdiere el seso,
No ha de ser de confianza;
Que tan pequeña balanza
Mal sufrirá tan gran peso.
Mas piérdase imaginando
Cómo mi deseo puse
Donde no hay razon que excuse,
Sino la muerte y callando.
No teniendo en mi poder
Seso, libertad ni vida,
Trato de cosa perdida
Como cosa por perder.
Cuanto el seso desatina,
Pago yo como cobarde,
Porque le perdí tan tarde,
Conociéndoos tan ahina.
Suspenso, turbado y ciego,
Triste, importuno, quejoso,
Cuando esperaba reposo
Me vino desasosiego.
Prueba amor por tantos modos
Afligirme y trabajarme,
Que será bueno guardarme
De vos y de mi y de todos.
Todo me parece nada
Cuanto propongo y resuelvo;
A mis cuidados me vuelvo,
Pues es suya la jornada.
En el centro de mi alma
Los pesares me acompañan,
Mas por mucho que me dañan,
Tengo la vida en su palma.
Entre las gentes se entiende
Que anda un animal tan ciego,
Que dentro del mismo fuego
En que se cria se enciende.
Es amor fuego en que ardo,
Cuidado es el que lo atiza,
Y pesar torna ceniza
Cuanto yo en mi pecho guardo.

OTRAS.

Pesares, gran priesa os dais;
Dadme espacio que me queje
Hasta que este cuerpo deje
Libre el alma donde estais.
Los cuidados aprovechan
Para remediar los males;
Mis cuidados no son tales,
Que ellos mismos males echan.
Dicen que hay pesar que suele
Dar alivio al que padece;
Pero el pesar que me empece
Mas que el propio mal me duele.
El bien y mal me persigue,
Y cada cual me destruye;
El bien que sigo me huye,
Y el mal que huyo me sigue.
Los cuidados llamo mal,
Y los pesares tambien,
Y á los mismos llamo bien,
Y vos los teneis por tal.

OTRAS.

Cuidados, no me acabeis,
Pues conmigo os acabais,
Y si el vivir me quitais,
La gloria no me quiteis.
Del pesar nace cuidado,
Del cuidado pesar viene;
Todo se cria y mantiene
Entre sí junto y mezclado.
Con el alma se contentan,
Sirvelos el pensamiento,
Nunca entró contentamiento
Adonde ellos se aposentan.
Donde el descanso es ninguno,
Donde el premio es tan dudoso,
Mas quiero callar quejoso
Que no hablar importuno.
Dicen que el dolor amansa,
Porque el quejar es descanso;
Debe ser el dolor manso,
Que el mio nunca descansa.

REDONDILLAS Y QUINTILLAS.

Desdichas, si me acabais,
¡Cuán buena dicha seria!
Si haréis, si no os cansais,
Por mayor desdicha mia.
Poco os queda por hacer,
Segun lo que teneis hecho,
En que os podais detener
En un hombre tan deshecho,
Y tan hecho á padecer.
La costumbre dicen que es
Muy gran remedio á los males;
Yo digo que es al revés,
Que los hace mas mortales.
Ved á lo que me han traido
La costumbre y sufrimiento,
Que, de puro ser sufrido,
Vengo á decir lo que siento,
Cuando estoy ya sin sentido.
Los que vieren que porfio
A quejarme de mi suerte,
Pensarán que es desvarío,
Con la rabia de la muerte.
Mas con todo, bien verán
Que no es tiempo de mentir;
Muy grande agravio me harán,
Viéndome para morir,
Los que no me creerán.
Todo lo tengo probado:
Hasta el bien me hace mal,
El no me hallar confiado
Era mi peor señal.
Temblaba el alma en los pechos
En ver sombras de alegria;
Bienes eran contrahechos,
Que siempre el placer venia
Víspera de mil despechos.
Si acaso estaba contento,
Que pocas veces seria,
Venia un remordimiento
Que el alma me deshacia.
Profecías eran estas
Del mal en que hora me veo,
Mil cosas llevaba á cuestas,
Que las llevaba el deseo
Sobre mi cabeza puestas.
Y aun me parecia á mí
Tan ligeras de llevar,
Que nunca tanto sentí
Como habellas de dejar.
Esto ya que era pasado,
Si el dejallo me dió pena,
Júzguelo quien lo ha probado.
Si alguna hora tuve buena,
¡Cuán caro me ha costado!

VILLANCICO.

Pastora, si alguno quieres,
Y deseas apartarme,
Bien lo muestras con mirarme.
Contigo tienes testigos,
Señora, de estos antojos;

Que el corazon y los ojos
Nunca fueron enemigos.
Huyen de ti tus amigos,
Y tú huyes de mirarme,
Que yo no puedo apartarme.
Nadie ponga el aficion
En voluntad ocupada,
Que al cabo de la jornada
Para en desesperacion;
Yo busco mi perdicion,
Y tú quieres ayudarme,
Pastora, con mal mirarme.
Doblada lleva la queja
El pastor que por ti muere,
Si quieres á quien te deja,
Y dejas á quien te quiere;
Vaya amor adonde fuere,
Que aunque quieras apartarme,
No podrás con no mirarme.

DIÁLOGO ENTRE FÍLIS Y PASCUAL.

FÍLIS.

Esfuerza y sirve, Pascual,
No te mudes por desden,
Porque, si me quieres mal,
Esfuerce al que tratas bien.

PASCUAL.

¡Ay, Filis! que no hay esfuerzo
Cuando reina la sospecha;
Sufro y vivo y nunca tuerzo,
Callo y muero, y no aprovecha.
De dolencia tan mortal
La señal es el desden;
Cura no la hay en mi mal;
Pues á otro quieres bien.

FÍLIS.

Hablando y desconfiado
Solias mostrar buen gesto;
Mas véote que has mudado
Gusto y condicion de presto.

PASCUAL.

Tuerce tu ser natural,
Tú sola sabes por quién;
Que yo nunca diré mal
Del que tú tratares bien.
Filis, las mansas ovejas
Dan lana y son apriscadas,
Las solicitas abejas
Dan miel y son regaladas.
Aprovecha cada cual,
Y aprovéchanles tambien,
Muere sirviendo Pascual
Sin esperanza del bien.
Si vos, mas no para vos,
Bueyes sufris los arados,
Conformámonos los dos
En la paciencia y los hados.
Nuestro trabajo es igual,
Y nuestro premio tambien;
Que cuando nos tratan mal,
Entonces nos cargan bien.
Nunca, apostara, pastor
Sirvió mejor hasta ahora;
Nunca tratado peor
Se vió pastor de pastora.
Dirás que no pasa tal,
Y que me enoja un vaiven;
Filis, golpe es inmortal,
Sufre mal y sirve bien.

FÍLIS.

Pascual, mira que te engañan
Y te ceban de sospechas;
Los mismos que te enmarañan
Te dan las cosas por hechas.
Procura, aunque sirvas mal
Y desesperes del bien;
Mas corazon tan leal
No se muda por desden.

PASCUAL.

Pastora, ¡cuánta licencia
Me das que de tí me queje!
Acábasme la paciencia,
Y mandas que no te deje.
Es la dolencia mortal,
Y cúrasla con desden;
Déjame quejar mi mal,
Que ya no pido otro bien.
Estaba libre y exento
Fuera de tu condicion;
Robaste mi entendimiento,
Pusisteme en sujecion.
Prometisteme: «Pascual,
Sirve, y tratarántе bien.»
Serví, y tratáronme mal,
Sin por qué y aun sin por quién.

FÍLIS.

De mal acondicionado
Te viene ser sospechoso;
¿Piensas que Filis ha errado
Porque Pascual es celoso?
Que yerre Filis tambien
En darte celos, Pascual,
Será de entrambos el mal,
Pero tuyo solo el bien.
Contra mi ya, como ausente,
Te juntas con la fortuna
Para el mal mas inocente
Que hay debajo de la luna.
Y quizá no fuera tal
Tratándole con desden;
Mira, si me quieres mal,
Cómo lo conozco bien.

PASCUAL.

¡Oh gran premio con que pagas
Al que servirte desea!
En mi presencia halagas
A quien mi daño recrea.
Pastora, tan desigual
No te venga otro desden,
Sino mudarse el zagal
Cuando tú le quieras bien.

FÍLIS.

Nunca yo pensé que fueras,
Pascual, desagradecido,
Ni tampoco que anduvieras
Buscando nuevo partido.
Pero, visto que eres tal,
Yo quiero buscar á quien,
Ya que tú agradeces mal,
Sirva y agradezca bien.

PASCUAL.

Resucite inconvenientes,
Levante demostraciones,
Para que digan las gentes
Que eres ninfa de opiniones.
Mañana tratarás mal
A quien hoy tratares bien;
Pues alégrese el zagal,
Que él suspirará tambien.
Soy adversario tan flaco,
Que puedes sin recatarte
Cargar juntos como en saco
Los favores á una parte.
Echas todo tu caudal
En favorecer á quien,
Cuando le quisieres mal,
Ni te quiere mal ni bien.

FÍLIS.

Quejas de loarte hago,
Y tú no me dices nada;
¿A qué suerte de halago
Piensas tenerme obligada?
Dices trocarás tu mal
Porque á otro quiero bien:

Guarda no mudes, Pascual,
Que mudaré yo tambien.

PASCUAL.

Medias noches, alboradas,
Lugar buscado y postizo,
Comidas, cenas y entradas,
Espesas como granizo;
Todo parece señal
De favorecer á quien,
Porque á mí me quieres mal,
Huelgas de tratarle bien.
Por quejas tomas enmiendas,
Tragar remoques pasados,
Tener palabras por prendas,
Dar enojos concertados.
Quien tal hace pague tal,
Y quien lo sufre tambien,
Sufra que la sirvan mal,
Finjan que la quieren bien.
En ti todo es á la clara
Vario y por una medida;
Al que muestras buena cara,
A ese quitas la vida.
Tus obras por un igual,
Y tus palabras tambien;
Mas el pobre de Pascual
Nunca supo qué era bien.

OTRAS.

Aquí cantaba Silvano
Con mas placer que no ahora,
Dolorido del que llora
Pesar firme y bien liviano.
Pues vengan los males llenos
Do están los bienes vacíos,
Que mis ojos no son rios,
Ni mis sentidos ajenos.
Y si lo fueran, tambien
Se agotara su caudal;
Tal es el daño del mal
Y la soledad del bien.
Y si de una piedra dura
Fueran todos mis sentidos,
Ya los viera fenecidos
En memoria de ventura.
Pero ya tarde será,
Segun pasé aquesta vida;
Que á quien pierde y nunca olvida,
La muerte mejor le está.
Y por solo aquesto creo
Que se hace sorda y muda;
Hasta el daño pone en duda
Si soy yo el que lo poseo.
No solia ser ansí
Un tiempo que Dios queria;
Mas si el bien es de solia,
Mas vale pesar por sí.
¡Ojalá diera amor
O la fortuna por él
Una fatiga fiel,
Y no un descanso traidor!

OTRAS.

Va y viene mi pensamiento
Como el mar seguro y manso;
¿Cuándo tendrá algun descanso
Tan continuo movimiento?

GLOSA.

Parte el pensamiento mio
Cargado de mil dolores,
Y vuélveme con mayores
De la parte do le envio.
Aunque desto en la memoria
Se engendra tanto contento,
Cargado de pena y gloria
Va y viene mi pensamiento.
Como el mar muy sosegado
Se regala con la calma,
Así se regala el alma
Con tan dichoso cuidado.
Mas allí mudanza alguna
No puede haber, pues descanso
Con el mal que me importuna,
Que no es segura fortuna,
Como el mar seguro y manso.
Si el cielo se muestra airado,
La mar luego se embravece,
Y mientras el mar mas crece,
Está mas firme en su estado.
Ni á mí me cansa el penar,
Ni yo con el mal me canso;
Si algo me podrá cansar,
Es venir á imaginar
Cuándo tendrá algun descanso.
Que aunque en el mas firme amor
Mil mudanzas puede haber,
Como es de pena á placer
Y de descanso á dolor,
Solo en mí está reservado
En su fijo y firme asiento;
Que sin poder ser mudado,
Está quedo y sosegado
Tan continuo movimiento.

VILLANCICO.

Olvida, Blas, á Constanza,
Líbrate de su cadena,
No fies en esperanza;
Que no hay esperanza buena.
Poquito entiendes de amores,
Blas, y muy mucho porfias;
¿Tras esta engaña-pastores
Pierdes el seso y los dias?
Tú fias en su mudanza,
Y ella misma te condena,
Pues un punto de esperanza
Te cuesta un siglo de pena.
Estando libre y señera,
Desasosiegas la vida,
Como una causa primera,
Que mueve sin ser movida.
Triste el que busca mudanza,
Que á sí mismo se condena,
Si confia en esperanza
De quien nunca la dió buena.
Si se te ofrece, carillo,
Alguna buena ocasion,
Esta la torna cuchillo
Para tu condenacion.
En la fragua de esperanza
Forja una larga cadena
De eslabones de mudanza
Y duro hierro de pena.
El corazon que te ofrece
Ausente, venido el hecho,
Ella lo arranca del pecho
Y da á cuantos le parece.
No esperes, Blas, de Constanza
Obra ni palabra buena,
Que á dedos da la esperanza,
Y el tormento á mano llena.
Si ha de ser bien y cierta
El esperanza otorgada,
Blas, la tuya es cosa muerta,
Que la fundas sobre nada.
No hay tan ligera mudanza,
Que no te parezca buena;
Mal conoces á Constanza,
Poco sabes desta pena.
Esta tu esperanza, amigo,
De miedo tiene una parte,
Pues que trae pena consigo
De que no puedes guardarte.
Quien pone su confianza,
Blas, en voluntad ajena,
Ni en pena espere mudanza,
Ni tema en mudanza pena.
Pastora, tu hermosura,
Tu gracia, habla y semblante,
Promete buena ventura
Al que no mire adelante.

2627

Y al que con buena esperanza
Se pusiese en tu cadena,
Cuchillos de confianza
Son ministros de la pena.

REDONDILLAS.

Nadie fie en alegría,
Porque ninguna hay tan cierta,
A quien no cierre algun dia
Fortuna ó amor la puerta.
Yo vi leche reposada
Tornar cortada y aceda,
Y vi voluntad trocada
Cuando pudiera estar queda.
Yo vi la mar en bonanza
Levantarse hasta el cielo,
Y vi firme confianza
Derribada por el suelo.
Amistad hay que se muestra
Sola y clara y sin ofensa,
Y cuando pensais que es vuestra
Hallaisla turbia y suspensa.
Tal os tiene hoy por amigo,
Que mañana, si le place,
Os tomará por testigo
De los agravios que os hace.
Dulce y vano atrevimiento,
Poner confianza alguna
Sobre tan flaco cimiento
Como esperanza y fortuna.
Adonde un bien se concierta
Hay un mal que lo desvía;
Mas el bien viene y no acierta,
Y el mal acierta y porfía.

SONETOS.

I.

Dias cansados, duras horas tristes,
Crudos momentos en mi mal gastados,
El tiempo que pensé veros mudados
En años de pesar os me volvistes.
En mí faltó la órden de los hados,
En vos tambien faltó, pues tales fuistes,
Que podréis en el tiempo que vivistes
Contar largas edades de cuidados.
Largas son de sufrir cuanto á su dueño,
Y cortas cuando hubiese de quejar;
Mas en mí este remedio no ha lugar;
Que la razon me huye como sueño,
Y no hay punto, Señora, tan pequeño,
Que no se os haga un año al escuchar.

II.

Como el triste que á muerte es condenado
Gran tiempo há, y lo sabe y se consuela,
Que el uso de vivir siempre en cuidado
Hace que no se sienta ni se duela,
Si le hacen creer que es perdonado
De morir cuando menos se recela,
La congoja y dolor siente doblado,
Y mas el sobresalto lo desvela;
Ansí yo, que en miserias hice callo,
Si alguna vanagloria me era dada (4),
Presto me vi sin ella y olvidado.
Amor lo dió y amor pudo quitallo;
La vida congojosa toda es nada,
Y ríese la muerte del cuidado.

III.

Vuelve el cielo, y el tiempo huye y calla,
Y despierta callando tu tardanza;
Crece el deseo y mengua la esperanza
Tanto mas cuanto mas léjos te halla.
Mi alma es hecha campo de batalla,
Combaten el recelo y confianza,
Asegura la fe toda mudanza,
Aunque sospechas andan por mudalla.
Yo sufro y muero, y díjete, Señora:
«¿Cuándo será aquel dia que estaré
Libre desta contienda en tu presencia?»
Respóndeme tu saña matadora:
«Juzga lo que ha de ser por lo que fué,
Que menos son tus males en ausencia.»

IV.

En la fuente mas clara y apartada
Del monte al casto coro consagrado,
Vi entre las nueve hermanas asentada
Una hermosa ninfa al diestro lado.
En cabello se estaba, coronada
De verde hiedra y arrayan mezclado,
En traje extraño y lengua desusada,
Dando y quitando leyes á su grado.
Vi cómo sobre todas parecia;
Que no fué poco ver hombre mortal
Inmortal hermosura y voz divina.
Y conocila ser doña Marina (5),
La que el cielo dió al mundo por señal
De la parte mejor que en sí tenia.

V.

Gasto en males la vida, y amor crece,
En males crece amor y allí se cria,
Esfuerza el alma, y á hacer se ofrece
De la pena costumbre y compañía.
No me espanto de vida que padece
Tan brava servidumbre y que porfía;
Mas espántome cómo no enloquece
Con el bien que ve en otros cada dia.
En dura ley, en conocido engaño,
Huelga el triste, Señora, de vivir,
Y tú, que le persigas la paciencia.
¡Oh cruda tema! Oh áspera sentencia!
Que por fuerza me fuerzas á sufrir
Los placeres ajenos y mi daño.

VI.

Como el hombre que huelga de soñar,
Y nace su holganza de locura,
Me viene á mí con este imaginar;
Que no hay en mi dolencia mejor cura.
Puso amor en mi mano mi ventura,
Mas puso lo peor, pues el penar
Me hace por razon desvariar,
Como el que viendo, vive en noche oscura.
Veo venir el mal, no sé huir;
Escojo lo peor cuando es llegado,
Cualquier tiempo me estorba la jornada.
¿Qué puedo yo esperar del porvenir,
Si el pasado es mejor, por ser pasado?
Que en mí siempre es mejor lo que no es nada.

VII.

Tiempo vi yo que amor puso un deseo
Honesto en un honesto corazon;
Tiempo vi yo, que ahora no lo veo,
Que era gloria, y no pena, mi pasion.
Tiempo vi yo que por una ocasion,
Dura angustia y congoja, y si venia,
Señora, en tu presencia, la razon
Me faltaba y la lengua enmudecia.
Mas que quisiera he visto, pues amor
Quiere que llore el bien y sufra el daño,
Mas por razon que no por accidente.
Crece mi mal, y crece en lo peor,
En arrepentimiento y desengaño,
Pena del bien pasado y mal presente.

VIII.

Lenguas extrañas y diversa gente
A esta fiera cruel amando sigue;
Ella huye de todos, y persigue
A cada cual por donde mas lo siente.
Da á gustar el corazon caliente
A unos de otros, porque nos obligue;

(4) El texto de Hidalgo dice:
Si alguna vana gloria me fundaba.

(5) Doña Marina de Aragon, hija del conde de Rivagorza.

Ninguno lo entendió que no castigue,
Aunque nadie lo prueba que escarmiente.
Su gloria es encubrir pechos abiertos
Y publicar entrañas escondidas.
¡Oh compuesto de varios desconciertos,
Que á nuestra propia carne nos convidas,
Y despues que á tus piés nos tienes muertos,
Por los que llegan sanos nos olvidas!

IX.

Tráeme amor de pensamiento vano
A cuidado y enojo verdadero,
Y muéstrame el comienzo hacedero
Y todo inconveniente muy liviano.
Y si con él me veo mano á mano,
Hállole ser de mí tan extranjero,
Que él, que parecia mas ligero,
Me parece pesado y inhumano.
Yo me vi tan metido en la celada,
Que deseé pagarlo con la vida;
Mas el alma, que fuera de sí estaba,
Como para la muerte no hay salida,
Volviese á comenzar otra jornada;
Mas esta para mí nunca se acaba.

X.

Amor me dijo en mi primera edad:
«Si amares, no te cures de razon.»
Siguió su voluntad mi corazon;
Mas él nunca siguió mi voluntad.
Tráeme ciego de verdá en verdad,
Ya yo seria contento en mi pasion,
Que con falsa esperanza de ocasion
Me sostenga, siquiera en vanidad.
Tanto seria de vana esta esperanza,
Que no podria caber en mi sentido
Ni en consejo de amor ni en vanagloria.
Que finja yo que estoy en tu memoria,
Señora, ni lo espero ni lo pido;
Que no es bien de afligidos confianza.

XI.

¡Si fuese muerto ya mi pensamiento,
Y pasase mi vida así durmiendo
Sueño de eterno olvido, no sintiendo
Pena ó gloria, descanso ni tormento!
Triste vida es tener el sentimiento
Tal, que huye sentir lo que desea.
Su pensamiento á otros lisonjea;
Yo enemigo de mí siempre lo siento.
Con chismerías de enojo y de cuidado
Me viene, que es peor que cuanto peno;
Si algun placer me trae, con él me va,
Como á madre con hijo regalado,
Que si llorando pide algun veneno,
Tan ciega está de amor, que se le da.

XII.

El hombre que doliente está de muerte
Y vecino á aquel trago temeroso,
Cualquiera beneficio le es dañoso
Y en la causa del mal se le convierte.
Así mi alma triste en solo verte
Halla daño, si busca haber reposo,
Viniendo del bien cierto el mal dudoso,
Del dulce verte, el duro conocerte.
La vana fantasía y confianza
En desesperacion se torna luego
Que el seso reconoce la ocasion.
Donde vence el remedio la pasion
Sobrado ver es luz que torna ciego,
Y confiado vivir sin esperanza.

XIII.

Tibio en amores no sea yo jamás,
Frio, ó caliente en fuego todo ardido;
Cuando amor saca el seso de compás,
Ni el mal es mal ni el bien es conocido.
Poco ama el que no pierde el sentido
Y el seso, y la paciencia deja atrás;
Y no muera de amor, sino de olvido,
El que en amores piensa saber mas.
Como nave que corre en noche oscura
Por brava playa en recio temporal,
Déjase al viento y métese á la mar;
Así yo en el peligro del penar,
Añadiendo mas males á mi mal,
En desesperacion busco ventura.

XIV.

Planta enemiga al mundo, y aun al cielo,
Que nos encubres tanta hermosura,
Véate yo perdida la verdura
Y esparcidas las hojas por el suelo,
Si la escondes movida con buen celo,
Porque no pueda verse tal figura
Sin muerte y conocida sepultura,
Aunque en miralla no falta consuelo.
El ser della vencido es la vitoria,
Y la muerte peor es el no vella;
Mas ya que porque no mueran los vivos
Acuerdas de engañarnos y escondella,
A los que somos muertos y cautivos
¿Por qué quieres quitarnos esta gloria?

XV.

A la ribera de la mar sentada,
Sobre el sepulcro de Ayax Telamon,
La Fortaleza estaba despechada,
Moviendo contra Grecia indignacion.
Los cabellos de hierro y la acerada
Veste rompia al llanto y turbacion;
La gente se alteró, y aunque espantada,
Quiso della entender su alteracion.
Respondió, vuelto el rostro á los troyanos:
«Aun por haceros Grecia mayor mengua,
Contra Ayax por Ulises sentenció,
Desposeyendo aquellas fuertes manos,
Y entregando á la vil y flaca lengua
Las armas con que Aquiles os venció.»

XVI.

El escudo de Aquiles, que bañado
En la sangre de Héctor, con afrenta
De Grecia y Asia fué mal entregado
A Ulises, por varon de mayor cuenta,
Sobre el sepulcro de Ayax fué hallado;
Que Ulises, levantándose tormenta,
Entre las otras tropas lo habia echado
En la mar, por dejar la nave exenta.
Alguno, visto el nuevo acaecimiento,
Dijó, quizá movido en su conciencia:
«¡Oh juez sin razon ni fundamento!
»Que el conocido error de tu imprudencia
Vean la ciega fortuna y ciego viento,
Y el loco mar entienda tu sentencia.»

XVII.

Alcé los ojos, de llorar cansados,
Por tornar al descanso que solia;
Y como no lo vi donde solia,
Abajélos con lágrimas bañados.
Si algun bien yo hallaba en mis cuidados,
Cuando por mas contento me tenia,
Pues que ya le perdí por culpa mia,
Razon es que los llore ahora doblados.
Tendí todas las velas en bonanza,
Sin recelar humano entendimiento;
Alzóse una borrasca de mudanza,
Como si tierra y mar y fuego y viento
No me fueran en contra mi esperanza,
Y castigaron solo el sufrimiento.

XVIII.

Domado ya el Oriente, Saladino,
Desplegando las bárbaras banderas
Por la orilla del Nilo, le convino
Asentar su real en las riberas.
Lenguas le rodeaban lisonjeras,
Compaña que á los reyes de contino
Sola sigue en las burlas y en las veras,
Loándoles el bueno y mal camino.
Contaban el Egipto sojuzgado,
Francia rota y el mar Rojo en cadena
Mostrábanle su ejército y poder,

Respondióles: «Aquí se puede ver
Dónde acabó su gloria, en esta arena,
El gran Pompeo, muerto y no enterrado.»

XIX.

¿Qué cuerpo yace en esta sepultura?
¿Quién eres tú, que encima estás sentada
Mesando tus cabellos, la figura,
Sangrienta de tus uñas, y rasgada?
Los huesos y ceniza consagrada
De Aníbal, que ha pagado á la natura
La deuda postrimera, y yo la armada
Diosa que en las batallas da ventura.
Quéjome de los hados inhumanos,
Que á tal varon hicieron tanto mal,
Y del miedo y vileza de Cartago;
Mas quédame un consuelo en lo que hago;
Que él mismo se mató, porque á Aníbal
No pudieran vencer sino sus manos.

XX.

Tu gracia, tu valor, tu hermosura,
Muestra de todo el cielo, retirada,
Como cosa que está sobre natura,
Ni pudiera ser vista ni pintada.
Pero yo, que en el alma tu figura
Tengo, en humana forma abreviada,
Tal hice retratarte de pintura,
Que el amor te dejó en ella estampada.
No por ambicion vana ó por memoria
Tuya, ó ya por manifestar mis males;
Mas por verte mas veces que te veo,
Y por solo gozar de tanta gloria,
Señora, con los ojos corporales,
Como con los del alma y del deseo.

XXI.

Hame traido amor á tal partido,
Que no puedo ni quiero conocerme;
Cuantas armas tenia le he rendido,
Pues le dí la razon para vencerme.
Hombre nací y por hombre era tenido;
Pudieran seso y arte socorrerme,
El tiempo, la experiencia y el sentido;
Mas todo lo dejé, y quise perderme.
Gran mal, Señora, es que el hombre entiende
Cuánto aparta de sí, y no se arrepiente,
Y que sabe cuán poco bien espera;
Que vive y morirá desta manera,
Fuera de humana forma ó accidente,
Sino de querer bien; que no se aprende.

XXII.

Gracias te pide, amor; no las merece
Quien las pide, ni tanto bien espera,
Sea limosna ó sea piedad siquiera,
Y sea á la ocasion que ahora se ofrece.
Cualquiera beneficio mengua ó crece
Con el lugar, el tiempo y la manera;
Pero la diferencia verdadera
Es dar y socorrer á quien padece.
Lo que una vez la fuerza ó la destreza
No pueden acabar, aquello mismo
Acaba una palabra descuidada.
Señora, considera tu grandeza
Y el tiempo; que ahora puedes con nonada
Levantarme del hondo del abismo.

XXIII.

Por tan difícil parte me han llevado
Los importunos años que he vivido,
Que aun bien el medio dellos no he cumplido,
Y mil veces el fin he deseado.
Y toda la esperanza por do he andado,
De un mal á otro mayor siempre he venido;
En fin, á tal extremo soy traido,
Que no puedo temer mas triste estado.
Ansí que, ya sin bien, sin confianza,
Estoy de aqueste mal, que ahora muero,
Podria ya muy bien hacer mudanza;
Mas tanto por la causa mi mal quiero,
Que siento que me estraga la esperanza,
Y estoy harto mejor si desespero.

XXIV.

Yo soy, cruel amor, el que has traido
Con vanas esperanzas engañado,
Y quien habia de haber escarmentado
Ya en los propios males que ha sufrido.
Yo soy quien tus mentiras ha creido,
Y aquel que por creellas ha llegado
A ser contigo el mas desventurado
De cuantos tus banderas han seguido.
Pero si en todo el tiempo que viviere
Tornare á tu poder, que en él me vea
Muriendo por quien mas aborreciere.
Y porque mi jurar mas firme sea,
Que si jamás, amor, yo te creyere,
Quien causare mi mal no me lo crea.

XXV.

Salid, lágrimas mias, ya cansadas
De estar en mi paciencia detenidas;
Y siendo por mis pechos esparcidas,
Serán mis penas tristes mitigadas.
De mil suspiros vais acompañadas,
Y por tan gran razon seréis vertidas,
Que si mi vida dura por mil vidas,
Jamás espero veros acabadas.
Y si despues, llegado el final dia
Do por la muerte dejaré de veros,
Hallase algun lugar mi fantasía,
La alma, que aun en la muerte ha de quereros,
A solas sin el cuerpo lloraria
Lo que en vida ha llorado sin moveros.

XXVI.

Hoy deja todo el bien un desdichado
A quien quejas ni llanto no han valido;
Hoy parte quien tomara por partido
Tambien de su vivir ser apartado.
Hoy es cuando mis ojos han trocado
El veros por un llanto dolorido;
Hoy vuestro desear será cumplido,
Pues voy do he de morir desesperado.
Hoy parto y llego á la postrer jornada,
La cual deseo ya mas que ninguna,
Por verme en alguna hora descansada.
Y porque con mi muerte mi fortuna
Os quite á vos de ser importunada,
Y á mi quite el vivir, que me importuna.

XXVII.

Ahora en la dulce ciencia embebecido (6),
Ora en el uso de la ardiente espada,
Ahora esté la mano y el sentido
Puesto en seguir la caza levantada;
Ora el pesado cuerpo esté dormido,
Ahora el alma atenta y desvelada,
Siempre mi corazon tendrá esculpido
Tu sér y hermosura entretallada.
Entre gentes extrañas, do se encierra
El sol fuera del mundo y se desvia,
Viviré y moriré siempre desta arte.
En el mar y en el cielo y en la tierra
Contemplaré la gloria de aquel dia
Que mi vista te vió, y en toda parte.

XXVIII.

Mil veces callo que mover deseo
El cielo á gritos, y mil otras tiento
Dar á mi lengua voz y movimiento,
Que en silencio mortal yacer la veo.
Anda cual velocísimo correo
Por dentro el alma el suelto pensamiento,
De llanto y de dolor lloroso acento,
Y casi en el infierno un nuevo Orfeo.
No tiene la memoria á la esperanza
Rastro de imágen dulce ó deleitable
Con que la voluntad viva segura.
Cuanto en mí hallo es maldicion que alcanza,
Muerte que tarda, llanto inconsolable,
Desden del cielo, error de la ventura.

(6) Este soneto está repetido bajo el número xxx en la coleccion de Hidalgo, con variantes de ningun valor.

XXIX.

Aquestos vientos ásperos y claros,
De espesas nubes y tinieblas llenos,
De ardientes rayos y terribles truenos
Con súbitos relámpagos rasgados,
Aunque en mi daño siempre conjurados,
Ya fueron tiempos claros y serenos,
De mi dudoso bien terceros buenos,
Y en esperar mi gloria prosperados.
¡Cuán presto pasa un temple del verano,
Y cuán despacio destemplados tiempos,
Y cuánto cuesta un bien no conocido!
¡Ay buena suerte y venturosa! en vano
Triste la larga en breves pasatiempos
Del tiempo bien llorado y mal perdido.

XXX.

Pedis, Reina, un soneto; ya le hago;
Ya el primer verso y el segundo es hecho;
Si el tercero me sale de provecho,
Con otro verso el un cuarteto os pago.
Ya llego al quinto; ¡España! ¡Santiago!
Fuera, que entro en el sexto. ¡Sus, buen pecho!
Si del sétimo salgo, gran derecho
Tengo á salir con vida deste trago.
Ya tenemos á un cabo los cuartetos;
¿Qué me decis, Señora? ¿No ando bravo?
Mas sabe Dios si temo los tercetos.
Y si con bien este soneto acabo,
Nunca en toda mi vida mas sonetos;
Ya deste, gloria á Dios, he visto el cabo (7).

XXXI.

A Luis Barahona de Soto (8).

Un claro ingenio, un vivo entendimiento,
Un sentido profundo, un raro aviso,
Una varia leccion y un decir liso,
Cual, señor Soto, en vuestros versos siento;
Pocas veces el claro firmamento
A los mortales concederlos quiso,
Y con razon aquel pastor de Anfriso
Os llama para algun notable intento;
Porque de vuestro ingenio é invencion
Piensa hacer industria por do pueda
Subir la tosca rima á perfeccion.
Tenga la Parca el hilo, y en su rueda
Rijase la fortuna por razon;
Que puesto donde estáis, muy poco os queda.

CANCION.

Tiempo bien empleado
Y vida descansada,
Bien que á pocos y tarde se consiente
Olvidar lo pasado,
Holgar con lo presente,
Y de lo por venir no curar nada;
Hora falta y menguada
La del que nunca olvida
Un cuidado que siempre le da pena,
Cortado á su medida,
Tan importuna y llena,
Que ni otro halla entrada ni él salida;
Mas tiene por testigo
Su pensamiento, y este es su enemigo.
En tal punto me veo
De fortuna traido
Hasta el postrer abismo de su rueda,
Donde ruego y deseo
Que esté segura y queda,
Porque á peor no venga que he venido;
A tan flaco partido
Me entrego y lo porfio,
Que en él no habrá quien de mí se acuerde;
Piérdase el albedrío,
Ya que el seso se pierde,
Y lo uno y lo otro por ser mio;
Pues decir que se guarde
Es consejo importuno, vano y tarde.
Dichoso el que á sus solas,
Con ánimo constante,
De buena ó mala suerte se contenta,
Y las mudables olas
De amor y su tormenta
No le truecan propósito ó semblante;
Dichoso el que en instante,
Alegre ó descontento,
Desasosiega el miedo ó la esperanza;
Mas ¡ay de mí! que siento
En cualquiera mudanza,
Con nuevo disfavor, nuevo tormento,
Y escogíl o por bueno
Cuando crié la víbora en mi seno.
¡Oh envidia sin sosiego!
Oh fiera sospechosa,
Que siempre estás atenta á trabar guerra!
¿Cuál es el pecho ciego
Que dentro en sí te encierra?
¿Por qué el mundo te llama perezosa?
Con lengua furiosa,
Mas con sospecha vana,
Atajaste los pasos á mi gloria,
Que tan humilde y llana
Vivia en la memoria
Del que nunca pensó cosa liviana;
¿Cómo entras diligente
A heber honra y sangre á un inocente?
Fílis, blanda y hermosa,
¿Con qué te he yo enojado,
Que tanto mi servicio y fe te cansa?
Conmigo estás quejosa
Y con otros muy mansa.
Donde nunca tus fuerzas han llegado
Venga el injusto hado,
Venga el tibio desdeño,
Que oprimen la humildad y la paciencia;
Persigan á su dueño
Servicios en presencia,
Que en tu memoria sean como sueño,
Pues con la fe te enfadas
De quien sigue y adora tus pisadas.
¿Fié de mi ventura
Algun deseo vano?
¿Quise igualar contigo mi osadía?
¿Puse tu hermosura
En duda ó en porfía,
O resistí heridas de tu mano,
Que tan claro y temprano
Me vino el desengaño
A tocar en el íntimo del pecho,
Y aun no sé si es engaño?
El daño que está hecho
Viene por amenaza de otro daño
A mostrarme que sienta
En la bonanza ajena mi tormenta.
¿Para qué estoy en duda,
Pues no hay otro camino
Sino sufrir á quien me haga fuerza?
Sea mi lengua muda,
Tu voluntad no tuerza,
Y pague yo, que fuí mal adivino;
Llegó mi desatino
A pensar que sirviera
En lo que cualquier otro se servia,
Y cierto se hiciera
Si la desdicha mia
Y el caso me ordenaran que yo fuera;
Mas no hay peor librado
Que el desfavorecido y obligado.
Quiero callar mi queja,
Si es posible sufrirme,
Donde vence el agravio á la paciencia;

(7) Lope imitó este soneto en aquel que empieza:

Un soneto me manda hacer Violante.

Hállase el de Mendoza, no en la coleccion de Hidalgo, sino en las *Flores de Poetas ilustres* de Espinosa, cuyo texto sigo.

Sedano lee así el último verso:

Pues de este, gloria á Dios, ya he visto el cabo.

(8) Este soneto no está en la coleccion de Hidalgo. Entre las obras de Gregorio Silvestre se encuentra. (Granada, 1599.)

Que pues Fílis me deja,
La mas cruda sentencia
Es haberme dejado sin oirme.
Un propósito firme,
Una fe muy entera
Y un no mudar camino por tibieza
Serán hasta que muera
Muestras de mi limpieza,
Aunque envidia y pasion me tengan fuera,
Y aunque otro bien no espero
Sino morir sirviendo y por quien muero.
Mas templaré la vela
Por no decir tan claro que estoy loco,
Pues aunque mucho duela
Será el quejarme poco,
Y sola una esperanza me consuela:
Que én ocasion ninguna
He de huir el rostro á la fortuna.

CANCION.

Si alguna vanagloria
En corazon humano
Pudo caer, Señora, de pensar
Que nunca ajena mano
Revolvió la memoria
A otro, ni su sér pudo mudar;
Si algun gozo ha de dar
La limpia pura fe,
Guiada sin engaño,
Y el no usar mal de la verdad en daño
De otro, con decir lo que no fué,
Por mí ha todo pasado,
Despues que sin dejarte me has dejado.
Dijísteme que fuese
Seguro por do quiera,
Que nunca tu favor me faltaria.
Salí, que no debiera,
Porque de mí no fuese
Lo que muchos dijeron que seria.
Entonces te queria
Como al querido hijo,
Como á la dulce amiga;
Y aquel amor ardiente sin fatiga
Salia de mi pecho, y ya colijo
Que todo quedó atrás:
Quiérote menos bien y ámote mas.
Viene mezclado amor
Con aborrecimiento,
Y no se puede creer si no se siente,
Ni hay mas grave tormento
Que sentir con dolor
Contrario á la dolencia el accidente;
Pero no se arrepiente
Mi seso, y va venciendo
Siempre la voluntad.
Yo me rindo, pues desta ceguedad
La mayor parte se ha cobrado, viendo
Cómo la fe tuviste
Mas liviana que el viento, á quien la diste.
En amor tan ingrato,
En tan larga carrera
De tiempo y de dolor como esta ha sido,
Muchas partes hubiera
Que á descansar un rato
Me pudiera cautivo haber traido;
Mas mi seso vencido,
Que entiende lo mejor,
Y lo peor escoge,
Cualquier discurso de razon acoge,
Aunque al determinarse vence amor,
Y quedo imaginando
Qué pudiera ayudarme, cómo y cuándo.
Hartos consuelos tengo,
Y es el remedio vano;
Crece el mal cuanto mas junto me hallo,
Y á otro fuera sano
Si de lo que sostengo
Dijese lo que yo por burla callo;
¿Qué mísero vasallo
Con tan mansa paciencia
Sufrió tanta braveza?
Dar mal por bien, mudanza por firmeza,
¡Oh áspera, cruel, dura sentencia!
Pues no hay dolor tan fuerte,
Que no se venza al cabo con la muerte.
¡Oh libertad forzosa
De mi dura fatiga,
Que das fin al dolor cuando te ofreces;
Deseada enemiga,
¡Oh muerte! que rabiosa
A otros, y á mi dulce me pareces;
Tú, que sola mereces
Desatar este nudo
Y hacer inmortal
Al que por hacer bien padece mal,
Vén, y harás lo que hacer no pudo
La que probó en un dia
A deshacer la pena y gloria mia.
Quisieras tú, Señora,
Con uno y otro enojo
Cansar mi fe y forzalla á que faltase,
Tomando cada hora
Novedad por antojo,
Y atar mi muda lengua á que callase,
Y cuando me esforzase
A quejarme de tí,
Embarazarme el seso;
Ansi que, no pudiendo echar el peso,
No pudiese valerme yo por mí,
Estando aquí el morir,
Que es remedio comun y ha de venir.
Un querer tan seguro,
Un ser tan obediente,
Una mansa paciencia tan extraña,
Un ánimo tan puro,
Una fe tan ardiente,
Que bastará á mover una montaña,
Que no mude tu saña,
Y ¿cosa tan liviana
Te mueva contra mí, siendo segura?
¡Oh voluntad humana
En divino saber y hermosura!
¿Quieres que no me queje,
Y porque me has dejado, que te deje?
Cancion mia, yo temo
Que quien te ha de leer
Me quiera dar consejo por remedio;
Y pues no puede ser,
Siendo mi mal extremo,
Que se pueda curar con ningun medio,
Dirásle que no quiero
Sino morir por ella, como muero.

CANCION.

Ya el sol revuelve con dorado freno
Los ligeros caballos nuestra vía,
Acabando la mas corta carrera;
Ya calienta, ya da nueva alegría
De la estrella mas fria al tibio seno;
Ya las nubes esparce por defuera,
Ya parte mas afuera
Del cielo, y apartada
Ve luz demasiada;
Yo cautivo, que muero, quiere amor
Que huya de mí el claro resplandor,
Y que siempre le siga como loco,
Teniendo al sol en poco,
Y que muriendo busque mi dolor.
La ira del cruel y duro invierno
Huye su tierra, y los rabiosos vientos
No suenan ya por bosque ni montaña;
El cielo da los dias ya contentos,
Ya muestra la montaña el rostro tierno,
Ya sale á retozar por la campaña
La sabrosa compaña
Del viento delicado;
Yo, ausente y olvidado,
No mengua mi tristeza y desconsuelo,
Antes rompo las peñas con mi duelo,

Y los montes, de duelo suspirando;
Mas poco cura el cielo
Que viva el triste desamado amando.
La verde yerba coronando viene
De varias flores la pintada tierra,
Que al estrellado cielo se parece;
Los tiernos ramos no tienen mas guerra
Con el soberbio viento, ni conviene
Temor del duro hielo, que entorpece;
Ya ninguna parece
De las espesas hojas;
Y tú, fortuna, arrojas
Tanto dolor en mí, tanta agonía,
Cuanto ellos ahora tienen de alegría;
Cada cosa en su tiempo fin alcanza,
Y en la tristeza mia
No hay tiempo que remedie mi esperanza.
En el mar sosegado al manso viento
Tiende la vela, alegre, el marinero,
Seguro ya de la cruel tormenta;
En alta popa con navio ligero
Corta el agua espumosa, y va contento,
Sin tener con las ciegas nubes cuenta,
Ni espera mas afrenta;
Y en mi vida importuna
Cualquier tiempo es fortuna;
Siempre me veo cubierto de cuidados,
Que en lágrimas quebrantan sus nublados.
¡Oh enemiga fortuna! Oh cruda suerte!
No son unos pasados,
Cuando me llevan otros á la muerte.
El pastor amoroso, embebecido,
En la cumbre del monte está cantando,
O en la fresca arboleda y verde prado,
Y con sabrosa flauta remedando
La viva voz ó ya el dulce sonido
Del agua clara y viento delicado,
Presente su ganado,
Que escucha sus querellas;
Yo, triste, que con ellas
Vivo solo en lugar adonde oidas
No pueden ser de nadie ni sentidas,
Paso mi vida en doloroso llanto,
Y si hubiese mil vidas,
Todas las pasaria en otro tanto.
Bien sabes tú, cancion, qué primavera,
Qué sol es el que espera
Mi alma en esta ausencia;
Qué males en presencia
Me pueden dar mas conocido daño;
Qué es vivir en sospecha y desengaño,
Y en tanta soledad aborrecer,
Huyendo como extraño
Todo aquello que á todos da placer.

QUINTILLAS.

A la desesperacion de su amor.

Salga, pues amor lo quiere,
La historia de mi fatiga,
Y por do quiera que fuere
Todas mis pasiones diga
A quien oirlas quisiere;
Que oyendo los males della
En mi daño acontecidos,
Se ataparán los oidos;
Que solo en pensar en ella
Tiemblan los cinco sentidos.
Y no haya mas sufrimiento;
Descúbranse los cuidados
De mi vano pensamiento,
De puro miedo encerrados
Dentro de mi pensamiento.
Sepa el mundo en el estado
Que me han puesto tantos males,
Pues de ser tan desiguales
De contino, me han llegado
Hasta el alma las señales.
No hay esperanza de vida,
Ni yo la tendré jamás,
Con males tan sin medida,
Pues há mil años, y mas,
Que me llevan de vencida.
Examino la memoria,
Y viendo el notorio estrago,
Y que es dellos la vitoria,
Hago mucho, si lo hago,
De ponerlos en historia.
Y sepan quién es amor,
Porque viendo el sufrimiento
Que he tenido en su rigor,
Tomarán buen escarmiento
Si creyeren mi dolor.
Verán casos nunca oidos,
Con no decir la mitad
Dellos, en mí sucedidos,
Servicios de voluntad
Y muy mal agradecidos.

REDONDILLAS.

A su pensamiento desfavorecido.

Decid, alto pensamiento:
¿Cuál fué el infelice hado
Que de tan dichoso estado
Os derribó en un momento?
De amor tan honesto y puro
Mal galardonado fuistes,
Porque cuando os atrevistes
Fué con carta de seguro.
Sin razon morir os veo,
Y fuera justo el tormento
A no ser mi atrevimiento
Nacido de tal deseo.
Pero vos de recatado
Teneis mas que de atrevido,
Como si eso hubiera sido
Alivio de mi cuidado.
Mas, pensamientos dichosos,
No os corrais de ser vencidos,
Que vivis en mis sentidos,
Aunque os matan envidiosos.
¡Qué ocasiones de mudanzas,
Qué montes de inconvenientes,
Qué mortales accidentes
Y qué muertas esperanzas!
¡Qué sospechas mal regidas,
Qué siniestras voluntades,
Las que engañan las verdades
Tan á costa de las vidas!
¡Qué temores sin provecho,
Qué recelos con antojos,
Qué vivos al mal los ojos,
Sin ver el daño que han hecho!
¡Qué celadas encubiertas,
Qué apasionados testigos,
Qué encubiertos enemigos,
Y qué mañas descubiertas!
¡Qué dobladas tercerías,
Qué sinrazones de amor!
Desdichado el amador
Que sigue, amor, tus porfías.
Mas no es culpa tuya, no,
Ni mia, porque es ajena;
Mas padezco yo la pena
Sin tener la culpa yo.
Dirá el tiempo la verdad
Si cesaren sus consejas,
Antes que mueran mis quejas
A manos de su crueldad.
Y aun yo tambien la dijera
Si acaso se me escuchara;
Mas ¿qué verdad hay tan clara,
Que sin su dueño no muera?
Por do será menos mengua
Que en mí acaben mis gemidos;
Que á los que no dan oidos
¿De qué les presta la lengua?
Mis ojos podrán prestar
En tan alto padecer;
Que si no pudieren ver,
Al menos podrán llorar.

QUINTILLAS.

Al silencio de sus quejas.

De los tormentos de amor,
Que hacen desesperar,
El que tengo por mayor
Es no poderse quejar
El hombre de su dolor.
Cualquier mal es duro y fuerte,
Y tiene su furor loco;
Mas el mio es de tal suerte,
Que consume poco á poco,
Hasta llegar á la muerte.
No hay mal que con publicallo
No se acabe, aunque sea fiero;
Mas yo, cuitado, que callo,
¿Cómo es posible pasallo,
Si de entrambas cosas muero?
Di, Filis: ¿quién me ha revuelto,
Que tal me ha puesto contigo?
O es demonio que anda suelto
O venganza de enemigo
Que anda en amistad envuelto.
¿Qué te pueden haber dicho,
Con que tanto mal me han hecho?
¿Quién puso saña en tu pecho,
Que al trato ha puesto entredicho,
Y á mi vida en tanto estrecho?
Dígante cuanto deseas,
Hágante en ello servicio;
Pero tú nunca lo creas,
Ni me juzgues por indicio,
Hasta que claro lo veas.
¡Oh tiempo para llorarse,
Donde se sufre y se espera,
Y aun para desesperarse,
Pues quieres que un triste muera
Sin el gusto de quejarse!
Y pues en todo recibo
Agravio con daño cierto,
Hagan bien á este cautivo,
Que está, de medroso, muerto,
Y desesperado vivo.

ENDECHAS.

A su pensamiento.

Pensamiento mio,
No me deis tal guerra,
Pues sois en la tierra
De quien solo fio;
Que si en tal altura
No vais poco á poco,
Quedaré por loco,
Y vos por locura.
Con alas deshechas
Vais dando ocasiones
Que vuestras canciones
Se vuelvan endechas.
Y no es el aprieto
De mi cobardía
Por vuestra osadía,
Mas por mi respeto.
Vuestra es ya la palma,
Mio es el tormento,
Pues de pensamiento
Sois prision del alma.
La disculpa hago,
Porque amor la haga,
Y lleva la paga,
Pero yo lo pago.
Aun pudiera ser
Temer donde osais,
Si como pensais,
Pudiérades ver.
Mirad si se encarga
Mi poco sosiego,
Pensamiento ciego,
Por senda tan larga.
Con todo, recibo
Un bien tan inmenso,
Que cuando lo pienso,
No pienso que vivo.
Mis fieros tormentos
Serán aliviados
Si son sepultados
En mis pensamientos.
Honrada y dichosa
Es vuestra subida;
Pero la caida
Muy mas peligrosa.
¿Qué buen fin espera
Quien va sin recelo
Subiendo en el cielo
Con alas de cera?
De vuestros antojos
Vencido el volar,
Daréis nombre al mar
Que han hecho mis ojos.
Y el luto despues
Traerás en venganza
Por mí, y la esperanza,
Y yo por los tres.
Podréis responderme,
Si doy en culparos,
Que sé aconsejaros,
Y no socorrerme.
Y en estos errores
Veréis lo que soy.
Consejos os doy,
Y tomo dolores.

ENDECHAS,

ENCARECIENDO SU MAL PAGADO AMOR.

¿Quién entenderá
Esto que aqui digo,
Que parecerá
Que me contradigo?
Secretos divinos,
A vosotros quiero;
No voy por caminos,
Sino por sendero.
Hágame lugar
El placer un dia,
Déjeme contar
Esta pena mia.
Siempre he de ser triste,
Sin ser desdichado,
No sé en qué consiste,
Todo lo he probado.
No digo el contento,
Que no sé á qué sabe;
Parece escarmiento
Porque no me alabe.
¿Qué es de las mudanzas
Que hace fortuna,
Que en mis esperanzas
No veo ninguna?
¿Qué es de las promesas,
De que persevera,
Que si faltan estas
No hay ley verdadera?
¿Quién habrá que acierte
Cuando no son tales?
¿Qué hace la muerte
Tras penas mortales?
Dasme á buena cuenta,
Cielo mio avaro,
Rayos y tormenta,
Y nunca sol claro.
Háganme saber
Qué llaman favores;
Daré yo á entender
Qué llaman dolores;
Que si no se ofenden
De lo que me ofendo,
Ellos no lo entienden,
Y yo no lo entiendo.
Tambien he gozado
Yo de un mirar tierno;

Mas hame causado
Penas del infierno.
Y aunque sé qué es
Habla regalada,
Del bien de despues
No sé si sé nada.
¿De qué me aprovecha
Blanda condicion?
De llevar la flecha
Hácia el corazon.
Piensa que he alcanzado
El fin de su gusto,
Que queda pagado
Un amor al justo.
¡Que breve alegría!
¡Ojalá si fuera!
Que quizá algun dia
Contento viviera.
Ellos nunca ven,
Como yo bien veo,
En medio del bien
Rabiar el deseo.
Si un punto me falta
De su pensamiento,
La gloria mas alta
Me será tormento.
Dura voluntad,
Mal intencionada,
Contigo verdad
No aprovecha nada.
No el ver otros nombres
Me quita el sosiego,
Mas saber los hombres
Del agua y del fuego.
Tanto sobresalta
Amor cuando excede,
No porque el bien falta,
Pero porque puede;
Que no ha de tener
Mas de liberal,
Ni hay mas que saber
Que saber amar.
Ya sé adónde llegan
Encarecimientos,
Y dónde se ciegan
Los entendimientos.
Fáltenme los cielos,
Dios me sea enemigo,
Si me mueven celos
A lo que aquí digo;
Sino que te acate
Como se encarece,
Y que amor se trate
Como lo merece.
Quiéroos preguntar,
Bien de mis pasiones,
Estas condiciones
¿Podránse guardar?
Esta luz de palma
¿Podré yo ganalla?
¿Podréis darme el alma,
Para no quitalla?
Sigo este camino,
Que es el acertado;
Que amor es divino,
Aunque esté humanado.
Porque esotra gente
Vive con rudeza,
Siente vulgarmente
De tanta grandeza.
Nunca amor te ofenda,
Ni tanto mal haga,
Que me dé la prenda
Si no da la paga;
Porque este es un daño
Que no hay quien lo sienta;
Piensas que es engaño,
Y no es sino afrenta.

QUINTILLAS.

Al desengaño de amor.

Ya no mas casos pasados,
Descúbrase el pensamiento;
Servicios bien empleados
Cesen, como mas culpados
En mi mayor perdimiento.
Mentiras, falsos engaños,
Ejemplos nuevos y extraños,
Escarmientos cada hora,
¿Quién los sufrirá, Señora,
Con muchos ni pocos años?
¡Oh fuerzas bien empleadas
De belleza y discrecion!
Contra mí fuisteis criadas,
Dende tiernas enseñadas
Para mi condenacion.
Con el daño que habeis hecho.
Contentad el fiero pecho;
Que huir, aunque sea tarde,
De escarmentado y cobarde,
Será ya honra y provecho.
Todo mal se hace mas blando
Con publicallo y decillo;
Mas yo solo suspirando,
Mas quiero vivir callando,
Que viviendo descubrillo.
Quéjase uno de un dolor,
Otro que mil no le dejan,
Otro que el suyo es mayor;
Mas, al fin, como es de amor.
Señora, todos se quejan.
Pues lo quiso ansí mi suerte,
Callará mi fe sufrida
Hasta el fin de mas no verte,
Y publicará la muerte
Lo que callaba la vida.
Y si de mi poco aliento
No lo sufriere mi fe,
Quéjense todos al viento;
Que, aunque pese al sufrimiento,
Yo callando moriré.

REDONDILLAS DE PIÉ QUEBRADO,

ESTANDO PRESO POR UNA PENDENCIA QUE TUVO EN PALACIO (9).

Estoy en una prision,
En un fuego y confusion,
Sin pensallo;
Que aunque me sobra razon
Para decir mi pasion,
Sufro y callo.

¡Oh, cuánto tiempo he callado,
Por gustar quien lo ha mandado,
De mandallo!
Sufrido y disimulado,
Y aunque estoy en este estado,
Sufro y callo.

El amor es quien ordena
Esta tan terrible pena
En que me hallo.
Sea muy enhorabuena;
Por ser la causa tan buena
Sufro y callo.

En este mal que me empleo,
Me deleito y me recreo
En contemplallo;
Que aunque me aprieta el deseo,
Por el tiempo en que me veo
Sufro y callo.

Espero agradecimiento,
Pues vemos que su contento
Es dilatallo.
Por ser grave el fundamento,

(9) Tal título puso Hidalgo, creo que erradamente. El autor alude á la prision en que está su amoroso pensamiento.

Dice siempre el pensamiento:
Sufro y callo.

Mostré con pecho fingidô
Estar libre y ofendido
Sin estallo;
Y mas en mi daño ha sido,
Porque ahora ya rendido,
Sufro y callo.

Procuré encubrir del alma
El dolor que me desalma,
Con negallo;
Mas, viendo mi bien en calma,
Y que otro goza la palma,
Sufro y callo.

El error de mi paciencia
Hiciera ya diligencia
En remediallo;
Mas, por ver que en tu inclemencia
Está dada la sentencia,
Sufro y callo.

Sé que aumenta tu contento
La causa de mi tormento,
Por causallo.
Dios sabe mi sentimiento,
Mas, pues remedio no siento,
Sufro y callo.

Hacerme ofensas injustas,
Tu rabia y tu enojo ajustas,
Por vengallo;
Y aunque sé que no son justas,
Viendo que tu dello gustas,
Sufro y callo.

Considera que el que rabia,
Con el dolor nunca agravia
En publicallo;
Y yo, que sé que eres sabia,
Por si esto te desagravia,
Sufro y callo.

No es mi mal para creer,
Ni menos para poder
Disimulallo;
Mas solamente por ver
Cuándo se ha de fenecer,
Sufro y callo.

REDONDILLAS,

VIÉNDOSE SUJETO AL AMOR.

Lloremos, ojos cansados,
Los daños que padecemos;
Que no es razon que dejemos
Quejosos á mis cuidados.
Yo soy aquel que vivia
El mas léjos del amor,
Burlaba de su dolor,
De su poder me reia.
Siempre de su trato huí,
Vanos fueron mis consejos;
Pensé que estaba de léjos,
Y halléle dentro de mí.
De ver tanto atrevimiento
Toda el alma se alteró,
Y su gravedad perdió,
Turbado, el entendimiento.
Mandóme al primero dia
Que lágrimas le ofreciera;
Obececerle quisiera,
Mas yo llorar no sabia.
El que no puede pasar
Sin llantos y desconsuelos,
Envie al alma unos celos
Que la enseñen á llorar.
Tomé esta licion de coro,
Tanto en ella repitiendo,
Que hasta cuando estoy durmiendo
Estoy soñando que l'oro.
De aquesto llegué á enfermar,
Y amor, que mi mal sintió,
A la esperanza mandó
Que me viniese á curar.
Quien poco alcanza su ciencia,
A mas daño le encamina,
Pues su mayor medicina
Es aplicar la paciencia.
Del mal á que estoy sujeto,
Tanto vivo atormentado,
Que el corazon ha llorado
Sus lágrimas en secreto.
Tanto ha llegado á sentir
Su riguroso desden,
Que ha llegado á estarme bien
El desearme morir.
Y con ser tal mi dolor,
Aquella ingrata, homicida,
Para animarme la vida
Aun no me ha dado un favor.
Bella Filis, llegó el dia
En que ha llegado mi suerte,
Que vengo á buscar la muerte,
Y hallar la muerte querria.

VILLANCICO.

Esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se quiso prender.

Engañó al mezquino
Mucha hermosura,
Faltó la ventura,
Sobró el desatino;
Errado el camino,
No puede volver
El que por amores
Se quiso prender.
Mándenle escribir,
Aunque no contente,
Y si se arrepiente,
Que no ha de huir,
Que quiera morir,
Y no pueda ser;
Esta es la justicia
Que mandan hacer.
Entro simple y ciego,
Mas no sin razon;
Hízose aficion
De lo que era juego;
El encendió el fuego
En que habia de arder,
Cuando por amores
Se quiso prender.
Sufra disfavores
Hechos por antojo,
Háganse del ojo
Sus competidores,
Y los miradores
Echenlo de ver;
Que esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se quiso prender.
Si acaso algun dia
Habla con su dama,
Mire ella al que ama,
Y con él se ria;
De envidia y porfia
Se ha de mantener
El que por amores
Se quiso prender.
Diga su cuidado,
Mas no sea creido;
Antes que sea oido
Sea condenado;
Quiera ser mirado;
No le quieran ver
Al que por amores
Se dejó prender.

VILLANCICO.

Carillo, ¿quieres bien á Juana?
Como á mi vida y á mi alma.

Amor es de condicion,
Que cuando se encubre crece,
Y una terrible aficion
Claro y léjos se parece;
Si la causa lo merece,
No encubras mal que no sana.
Carillo, ¿quieres bien á Juana?
Como á mi vida y mi alma.

En tu semblante y meneo,
Pastor, estás asombrado;
Mezquino el enamorado
Que pierde el tiempo y deseo.
Nunca hables de rodeo,
Sino claro y á la llana.
Carillo, ¿quieres bien á Juana?
Como á mi vida y mi alma.

Tiéneme el mal tan sujeto,
Y el sugeto es tan subido,
Que no callo de secreto,
Sino de puro aturdido;
Accidente es de vencido
Estar entre miedo y gana.
Carillo, ¿quieres bien á Juana?
Como á mi vida y mi alma.

Entre querer bien y amar
La diferencia es dudosa:
Quiero bien la que es sin par,
Y amo la que es hermosa:
Querer bien es mayor cosa,
Y amar cosa mas humana.
Carillo, ¿quieres bien á Juana?
Como á mi vida y mi alma.

Pequeña prenda es la vida
Cuando el alma está obligada
Por voluntad tan valida,
Y pena bien empleada;
Vida y alma seria nada
Si quisiese esta tirana.
Carillo, ¿quieres bien á Juana?
Como á mi vida y mi alma.

Ruede el mundo, y siempre crezca
Su hermosura mas y mas;
Nunca nacerá jamás
Ninguna que le parezca,
Ni otra que tanto merezca
Habrá como esta villana.
Carillo, ¿quieres bien á Juana?
Como á mi vida y mi alma.

Por razon nos enamora,
Por voluntad nos destruye
La que del vencido huye,
Siendo libre y vencedora;
Yo el firme, mas la traidora
Voluntaria y inhumana.
Carillo, ¿quieres bien á Juana?
Como á mi vida y mi alma.

Turbadora de reposo,
Anzuelo de voluntades,
Pecho de contrariedades,
Aunque en extremo hermoso;
Solo aquel será dichoso
Que la quiere, si ella ha gana.
Carillo, ¿quieres bien á Juana?
Como á mi vida y mi alma.

QUINTILLAS,

QUEJÁNDOSE DE QUE LE CASTIGAN SIN OIRLE.

Tiempo turbado y perdido,
Sin sazon para quejarme,
¿Quién seguirá mi partido,
Si antes que me hayan oido
Se inclinan á condenarme?
¡Oh padre del desengaño,
Para mí oscuro y extraño!
¿Por qué no alumbras á quien
Jamás supo hacer bien
Sino á quien me hizo daño?
Filis, ¿con quién te aconsejas,
Que así contrastas mis dias?
¿Es venganza ó son porfias
El atapar tus orejas
A mis quejas, por ser mias?
Di, ¿por qué miras mis males
Con ojos tan desiguales,
Y mis penas como culpas,
Que me haces dar disculpas
De servicios tan leales?
Algun alivio tuviera
Siendo oido y condenado;
Mas quiere mi triste hado
Que á manos del tiempo muera,
Que es cuchillo mas pesado.
Muera yo en esta contienda
Sin que mi razon se entienda.
¿A quién contaré mis quejas?
Que pues tú, Filis me dejas,
¿Quién habrá que me defienda?
Tal me veo en tal fatiga,
Sin reparo que me guarde;
Desamparado y cobarde,
No hay mal que no me persiga,
Ni bien que no llegue tarde.
Sufriendo desconfianza,
Desden, olvido, mudanza;
Que otro descanso no tengo,
Sino es la fe que mantengo,
Y aun esta sin esperanza.
Cáigaseme de la mano
La pluma y falte el sugeto,
Salga mi voz sin efeto,
Vayan mis quejas en vano,
Pierda su ley el secreto.
Fatígueme el pensamiento,
Déme congoja y tormento
Lo que á todos aprovecha;
Viva siervo de sospecha,
Falto de conocimiento.

VILLANCICO.

Pues no me vale servir,
Amar ni bien querer,
¿Qué me ha de valer?

Servicios bien empleados,
Aunque mal agradecidos,
Tal soy yo, que vais perdidos
Por donde otros van ganados;
Que mi ventura menguada
Y enemiga de mi bien
Os ha traido ante quien
Poco es mucho, y mucho nada.
Pues al fin de la jornada
Y tiempo del merecer,
El servir no vale nada,
El amar ¿qué ha de valer?

CARTA EN REDONDILLAS

Á SU DAMA, ESTANDO AUSENTE.

El que es tuyo, si el perdido
De alguno puede llamarse,
De sí mismo aborrecido,
A tí envia á encomendarse.

No juzgues á presuncion
Que te escriba lo que siento,
Sino sobra de aficion
Y falta de sufrimiento.
Y aunque esta carta cerrada
Te parezca como quiera,
Con mis lágrimas bañada
Se imprimió el sello en la cera.
En ella toda verás
De mis congojas la muestra,
Por donde conocerás
Cuánto mas siento que muestra.
¿Por ventura has olvidado
Esta tierra en que moraste,
Que aun esperan tu mandado
Los amigos que dejaste?
Por cierto, si es en tu mano
De escribir como solias,
Que nos haces de temprano
Contar y esperar los dias.
A los que léjos estamos,
Si el amor es verdadero,
Todo cuanto imaginamos
Nos parece hacedero.
Puede ser que, de contenta,
Nos tienes por olvidados,
Y que pones en tu cuenta
Los ausentes por pagados.
A hermosura tan alta
No contentará morada
Donde lo menos que falta
Es ser vista y adorada.
¿Qué te aprovecha la maña?
La discrecion ¿qué te vale
Entre esa gente uraña,
Para quien el sol no sale?
De mi puedes entender
Que desesperando espero,
Y esperaré hasta ver
Si tornas como primero.
Mas he miedo que el reposo
Te convida á descansar,
O quizá algun envidioso
Te detiene á mi pesar.
Vivo los dias pensando
Si tiene mi mal enmienda;
Las noches, no la hallando,
A llorar suelto la rienda.
Y paso atónito y loco
Mi tiempo en esta zozobra;
Que para llorar es poco,
Mas para vivir me sobra.
Cuando finjo que te veo,
O que algun tiempo me viste,
Es con el rostro y meneo
Con que de aquí te partiste.
¿Qué bien hay que no sea malo?
Qué mal, que no me persiga?
¿Dónde buscaré regalo,
Si el regalo me castiga?
Procuro quien te parezca,
Y como ninguna hallo
Que tanta gloria merezca,
Bajo los ojos y callo.
Ya no estoy en mi poder;
Que el desatino me lleva,
Viendo que no puede ser
Hacer tan falsa la prueba.
Si duermo, soñando pienso
Que te hablo, al mismo instante
Huyes, y quedo suspenso,
La voz y mano adelante.
Sueño, quien de vos se ceba,
No se acuerda del remate;
Entrais haciendo gran prueba,
Y salis por disparate.
Una imágen tengo tuya
Puesta delante mis ojos,
Que aunque he miedo que me huya
Y pruebe hacerme enojos,
Háblola y hállola muda,
Mírola y hállola esquiva;
Tanto, que me pone duda
Si es la pintada ó la viva.
Revuelvo de cuando en cuando,
Y acuso mi ceguedad;
Despues digo suspirando:
¿Por qué tanta crueldad?
Es la viva mi deudora,
Y la pintada me paga;
De manera que empeora
Con el remedio mi llaga.
En otro tiempo holgara
De tratar con tus amigos,
Y ahora huyo la cara,
Como de falsos testigos.
Que traendo á la memoria
Lo que fui y lo que ellos son,
No me causan vanagloria,
Sino desesperacion.
Quien llamó á la muerte ausencia
No estaba bien en lo cierto;
Que no ha menester paciencia
El hombre despues de muerto.
Yo, que sufro, callo y creo
Ausente y mal satisfecho,
¡Con cuántas muertes peleo
Entre la boca y el pecho!
Tal me veo en tal afrenta,
Señora, como te escribo,
Que no me recibo en cuenta
Las horas que sin tí vivo;
Preguntando de hombre en hombre
Si volverás ó si engañas,
En la voz siempre tu nombre,
Y tu vista en las entrañas.
Y por carrera tan larga
Voy de mí mismo huyendo,
Que, como el alma es la carga,
Deseo el fin, no lo viendo.
Mas espero en mal tan grave
De tan contrarios extremos,
Que se mude ó que me acabe,
Como en otras cosas vemos.
El cielo que está nublado
Desecha la oscuridad,
La luna y sol eclipsado
Vuelven á su claridad.
Tras el invierno el verano,
Tras la noche el dia claro,
Y tras lo enfermo lo sano,
Tras el mal viene el reparo.
El duro roble en la sierra,
De fuerte rayo herido,
Vemos levantar de tierra
Mas alto y mas extendido.
Y la mar, que, de turbada,
Hizo miedo á las estrellas,
Torna clara y sosegada,
Como á competir con ellas.
Cualquier mudanza llegase,
Y llegase con presteza,
O el mal en bien se trocase,
O cesase su braveza.
Piensa lo que sentiria
Viéndote como te vi;
Tan gran colmo de alegría
No podria caber en mí.
Si no viniera á este punto
De ausencia ni despedida,
No perdiera todo junto
El alma, el mundo y la vida.
El alma, que desespero,
El mundo, que le aborrezco,
La vida, ya que no muero,
Que muerte en vida parezco.
Cuando de haber tú partido
Culpa alguna yo tuviese,
Mas querria no haber sido
O la tierra me sumiese.
Tan áspera adversidad
No hay hombre que la consuele,
Pues no alcanza la piedad
A lo menos que ella duele.

Entre lo que vida alcanza,
Y entre los muertos, busqué
Remedio á esta malandanza,
Pero nunca le hallé.
Uno, que no siente nada,
Calla otro, aunque lo siente;
En fin, no hay hora menguada
Sino para el que está ausente.
Mas ¿qué haré, si te gasta
Contra mí algun importuno?
Para dañar uno basta,
Para aprovechar ninguno.
Con voluntad invidiosa
Vió mi mal y tu llaneza;
Parecíale otra cosa,
Si procura tu aspereza.
Tal medicina hay, que daña,
Aunque al médico le place,
Y tal ingenio, que engaña
Al maestro que le hace.
A tirano antojadizo
Dieron maestro cruel;
El toro de alambre hizo
Quien murió encerrado en él.
Presto se le tornó en lloro
Cuanto comenzó por juego;
El mismo dentro del toro
Probó el tormento del fuego.
Era el son de los gemidos,
Con la fuerza de la llama,
Cual suena á nuestros oidos
Un bravo toro que brama.
El suceso y la ambicion,
El caso y la maravilla,
Movieron admiracion,
Mas no movieron mancilla.
¡Oh cruel! En este caso
¿Qué te dolió el bien ajeno?
La invidia te hinchó el vaso
Cuando me diste el veneno.
Y como inocente dello,
Bebílo hasta acaballo;
En mi mano fué bebello,
Aunque no fué remediallo.
Si tú, Señora, no quieres
Tomar de mí la conquista,
Procura ya, si pudieres,
De sanarme con tu vista.

CARTA EN REDONDILLAS,

QUEJÁNDOSE DE SU DAMA Y DE SUS ENEMIGOS, QUE SON CAUSA DE QUE ELLA LE OLVIDE.

Gloria y descanso perdido,
Puesto que, si gloria tuve,
No fué por bien que hube,
Sino de haber el bien servido,
Ya que os perdí por mi suerte,
Y he de callar y sufrillo,
Adoro y beso el cuchillo
Que me viene á dar la muerte.
No lo perdí como loco,
Ni con fantasía vana,
Sino con intencion sana,
Y apartado poco á poco.
¿Quién habrá que no me acabe,
Y quién que no se envanezca,
Cuando en mí ya se parezca
Lo que en mí paciencia cabe?
Y tú, á quien el mundo tiene
Por otro ejemplo en la tierra,
Si cuanto bien en sí encierra
Es el que de ti le viene,
Dame ánimo y fortuna,
Filis, para suplicarte
Que, si por mí no soy parte,
Por ser tuyo soy alguna.
Aunque mejor es que diga
La carta lo que no oso,
Pues no hallo, de medroso,
Tiempo que no me persiga.
Y si acaso no te place,
O te importuna leella,
Puedes quemalla sin vella,
Que es lo que de mí se hace.
Siempre bendigo la hora,
Cuando alegre y cuando triste,
Que por tuyo me quisiste,
Y te adoré por señora;
Pues vengo á ser envidiado
Y corrido sin por qué,
Como mártir de tu fe,
En mi sangre confirmado.
Persecuciones y penas
Son para mí gran vitoria,
Pues con sola tu memoria
Las sufro y tengo por buenas.
Remedio no se te pide,
Premio, ni le hay ni le espero;
Bástame solo, si muero,
Que mi muerte no se olvide,
Y con tu gracia se entienda,
Como se enciende este fuego,
Ya que, de turbado y ciego,
No baste á regir la rienda.
Mas si para tanto peso
Mis versos no fueron buenos,
Sepan que tuve á lo menos
Causas de perder el seso;
Que viví contento, ufano
Y seguro de tormenta,
Pensando que en un afrenta
Me defendiera tu mano.
Luego entre los derribados
Me vi por malos oficios,
Y vi todos mis servicios,
Antes de hechos, culpados.
La disimulada cara,
La intencion vuelta al provecho
Movieron tu blando pecho,
Que de sí no se mudara.
Vino y cerró la mudanza
A mis méritos la puerta,
Cerróla y dejóla abierta
Para castigo y venganza.
Cargó la fingida lengua
Contra mi inocencia muda,
Aunque en fe no cabe duda
Ni cabe en paciencia mengua.
La fe me alumbra y defiende,
Me adelanta y me confirma,
Y la paciencia me afirma
A sufrir cuanto me ofende.
Nada pudiera dañarme
Si no entrara en mi cuenta
Una voluntad atenta
Solamente á condenarme.
Condéname y no me escucha,
Atrévese á mi inocencia,
Porque es quien tiene paciencia,
Que á todos parece mucha.
Hanme dicho tus amigos,
No lo tengo por verdad,
Que mudas la voluntad
Por relacion de testigos.
Estos que contigo privan,
Y contra mí se conciertan,
Quizá en otra parte aciertan,
Pensando que me derriban.
Servir callando y sufriendo
Solo soy el que lo puede,
Y ya que mas no me quede,
Quedarme he a morir sirviendo.
Acabáranse mis dias,
Seguro, aunque me derruequen,
Que por otro no me truequen,
Porque estas señas son mias.
Mucho fian de sus artes
Los que conversan contigo,
Si porque alguno es tu amigo
Te aconsejan que lo apartes.
De pura malicia chisma

Quien habla lo que no entiende,
Porque ó tu valor ofende,
O habla contra si misma.
Mis enemigos me dañan,
Mis amigos no me ayudan,
Cuando faltan ó se mudan,
Si me mienten, no me engañan.
Soy obligado á creer,
Aunque mas lenguas me empecen,
Hasta que juntas tropiecen
Donde yo vine á caer.
Por donde su juego entablan
Estos que son en dañarme,
Es que trate de excusarme
Con cuantos hablo y me hablan.
Mas yo callo, aunque importuno,
Y huigo de dar excusa,
Porque quien la da se acusa,
Si no se la pide alguno.
Han procurado que pierdas
Una voluntad sujeta,
Amistad limpia y perfeta,
De la cual ya no te acuerdas;
Con un ánimo constante
De tenerte por señora,
Como he hecho hasta ahora
Y haré de aquí adelante.
Pregúntanme si es amor,
Y levántanme que rabio,
Pues no es tan chico el agravio,
Que á tiento le busque autor.
Dicen que no me declaro,
Que hablo y escribo escuro;
Aun ansí no me aseguro,
¿Qué haria hablando claro?
Venganza pido que salga,
Y esta sea á instancia mia;
Tengan envidia y porfia
Con quien menos que yo valga.
Traten con desabrimiento,
Y sea yo el que lo haga;
Siempre sirvan á quien paga
Con desagradecimiento.
No me conviene ni toca
Hablar con atrevimiento,
Porque no pague la boca,
Pues no peca el pensamiento.
La paciencia es la que vale,
Si alguna paciencia hallo;
Que de lo que sufro y callo,
A la menor parte iguale.
Ya todo el mundo se mueve
A conjurar en mi daño,
Y que sea en este engaño
La que menos me lo debe.
¡Oh amiga cierta, escogida,
De mis pensamientos suma,
¿Por qué me ofendió tu pluma
Firmando contra mi vida?
No es hombre el que me disculpa,
Ni acierta el que no hiere;
Pero el que á Filis sirviere,
Sé que no me dará culpa.
De lo que ahora se espanta
Huirá cuando no pueda,
Y verse ha en la polvareda
Sin ver de qué se levanta.
¡Oh miedo! si no lo hubiese,
¡Oh cuánto me atreveria!
En quejarme gastaria
Todo el tiempo que viviese.
Y aunque mis dias se alargan,
Seria breve el proceso,
Y poco lo que confieso,
Segun las quejas me cargan.
No me diga este y aquel:
«Amor es el que te engaña;»
Que otro acidente me daña,
Mas poderoso y cruel.
Vos, fantasias extrañas,
Vos, invidias y sospechas,
Sois las verdaderas flechas
Que atravesais mis entrañas.
Si hay culpa, yo me la cargo;
Si hay daño, sobre mí llueve,
Porque al entender fuí breve,
Y al obedecer fuí largo.
Levantáronme de vuelo
Con el mandarme tan presto:
Yo desvanecíme de esto,
Y di conmigo en el suelo.
Cual manda en esta querella,
Que manda como enemiga,
Si cuando razon castiga,
La voluntad atropella.
Como á razon te obedezco,
Señora, y llamo en mi pecho,
No quedando satisfecho
Que mayor mal no merezco.
Y aunque esta razon me obligue
A huir de mi enemigo,
Sola tu voluntad sigo,
Y ella es la que me persigue.
Ya que el juzgarme te plugo,
Tu juicio no se tuerza,
Mas no pongas tanta fuerza
En las manos del verdugo.
No debes, aunque lo quiere,
Dar á la voluntad tanto,
Que cobijes con tu manto
Cuantos agravios hiciere.
Si pudiese, acordartehia
Por cuán loable se tiene
Mudar nueva fantasía
Por nueva causa que viene.
Mas lo que temo y me duele,
Es que tu merced me crea,
Y que esta mudanza sea
Siempre en peor, como suele.
Será cansar el juicio
Quien con Filis procurare
Que todo cuanto mandare
No sea en mi perjuicio.
Y mudar lo que acostumbra,
Empresa tan imposible
Como hacer invisible
Este sol que nos alumbra.
Y así, tomaré por medio,
Si dello se satisface,
Loar lo que dice y hace,
Sin buscar nuevo remedio,
Sin querer que me halague
O procure complacerme,
Antes con no conocerme
Desearé que me pague.
Por esas manos fuí hecho,
Y por ellas descompuesto,
Y de que no fué mas presto
Quedo alegre y satisfecho.
En ellas adoro y beso,
Que tanto me sustentaron,
Y porque me descargaron,
No pudiendo con el peso.
En fin, lo que el hombre quiere
Es no verse en otra afrenta,
Y escapar de la tormenta
A nado ó como pudiere.
Fuera del inconveniente
Colgar las mojadas prendas
Donde las veas, y entiendas
Que hay alguno que escarmiente.
Las palabras de agraviados,
Filis, no han de ser creidas,
Que son mas encarecidas
Cuando están mas apretadas.
Yo he de tenerme por tuyo,
Preso ó libre, vivo ó muerto,
Y entonces será mas cierto
Cuando pensares que huyo.

CARTA EN REDONDILLAS.

Vivo en tierras apartadas,
Léjos de tu hermosura;
Si yo hice mi ventura,
Ella me castiga aosadas.
La culpa deste pecado
Fué miedo de importunarte,
Y la pena es no mirarte:
Ved si estoy bien castigado.
Querria ahora valerme,
Aunque fuese importunando,
Y lo que has de responderme
Será vengarte callando.
Mas ¿qué sentirá la carta,
Que ni responde ni calla?
Ó si te enoja ó te harta,
Puedes rompella ó quemalla.
Pagará su atrevimiento.
Pues quiso hablar con quien
Nunca tuvo mal ni bien
Contra tu consentimiento.
Que mudar tu condicion
Es afan vano y perdido,
Y dar nueva alteracion
En el reino del olvido.
Por ventura la piedad
Templará algo deste daño,
Aunque cualquier novedad
Como cautivo me engaño.
¿Cómo he de tener certeza
Que una tan clara mudanza
Es de olvido, ó si es tibieza
Quizá de desconfianza?
Quien no lo puede excusar,
Y manda lo que se ofrece,
A las veces ha pesar
Si el que es mandado obedece.
Y así, no me quejaré
De nadie sino de mí,
Que soy el que pagaré
Porque tan mal entendí.
Duélete del que sintió
Pena de penas mortales;
Duélete del que sufrió
El postrer mal de los males.
Oye y cree lo que digo,
Que no sientas lo que siento;
Porque, aunque tomes castigo,
No tomarás escarmiento.
Yo me vi puesto en la cumbre,
Y vime en lo hondo luego,
Y vi demasiada lumbre,
Y vime, de vella, ciego.
¡Cuán presto mudan estado
Amor y tiempo y fortuna!
Cuánto fué mejor librado
El que no probó ninguna!
¿Qué puede un hombre gozar
Por mayor buenaventura,
Que de tu gana mirar,
Señora, tu hermosura?
Como de penas en pena,
Como de muertes en muerte;
Que por voluntad ajena
Quien te vió no puede verte.
Nadie viva en confianza
Que siempre dure lo que es,
Pues que toda bienandanza
Trae consigo el revés.
Amor, el que te bendice
No pasó por este trago;
No me pagan lo que hice,
Y lo que no hice pago.
Vi dar á toda la gente
Al justo por condenado,
Vi llorar al inocente,
Y reir dél al culpado.
Y ¿quién sabe si esta vez,
Segun la desdicha mia,
Fuiste, Señora, el juez,
Y tambien el que reia?
Y á mí, que tanto me toca
Que disimule este engaño,
Y calle ó abra la boca
Para agradecer mi daño,
En el mundo la virtud
Antes se pierda y acabe,
Que yo diga que en tí cabe
Tal suerte de ingratitud.
Ni tus pechos son de hierro,
Ni tu condicion tan dura,
Que pueda caber tal yerro
Donde hay tanta hermosura.
No es de ánimo valeroso
Tomar tan bajo camino,
En que mostrarse quejoso
Vale menos que mezquino.
¿De quién me puedo quejar
Que yo mismo me engañé,
Cuando quisiera trocar
Por confianza la fe?
Esperanza probó alzarme,
Tú bajásteme á la hora,
Porque presumí igualarme
Contigo, mi hacedora.
La paciencia en tal dolor
Fuera un remedio sencillo;
Menester habia valor
Y ánimo para sufrillo.
Mi daño busque yo mismo
Si tú hallas el consuelo;
Del cielo vine al abismo,
Iré del abismo al cielo.

CARTA EN REDONDILLAS.

Cuando al hombre sin abrigo
Gran adversidad viniere,
No se turbe, y considere
Si trae algun bien consigo;
Que teniendo en la memoria
Lo que le salva y condena,
Si el uno le diere pena,
El otro le dará gloria.
Quizá por caso movida,
Señora, de mi aficion,
Trocaste tu condicion,
Mostrándote agradecida.
Muy bien sé que el tal conceto
Es presumir demasiado;
Que no pones tu cuidado
En tan pequeño sugeto,
Y que el tiempo que á tí place
Es el caso y lo haya hecho;
Haga alguna vez provecho
A quien tanto daño hace.
Si te hablo alguna cosa,
Tú piensas que devaneo;
Mas la fe rige el deseo,
Y el deseo es el que osa.
Pues sea el medio la carta,
Y ella en mi nombre te diga
Si vive, y con qué fatiga,
Quien te vió y de tí se aparta.
Y aunque escribir mis cuidados
Parecen pasos perdidos,
Que apenas serán leidos,
Cuanto mas ser remediados,
Básteme para olvidallos,
Sin pedir que te arrepientas,
Señora, que los consientas
Como causa, por causallos.
Contemplar penas pasadas
Presente dolor amansa,
Y á veces hombre descansa
Contemplando sus pisadas.
Mas á mí, que el bien me huye,
Y de mal en peor vengo,
Antes que pase el que tengo,
El que viene me destruye.
Partíme triste muriendo,

Y dirán que partí bueno,
Pues muchos comen veneno,
Que he visto morir riendo;
Porque una dolencia tal,
Cuando se cubre un instante,
Toma fuerzas adelante,
Y tanto mas crece el mal.
Fuera como si no fuera,
Pues quise partir en punto
Que me viese todo junto
Hecho menos de lo que era.
La razon de hombre mudada,
Perdido el seso y concierto;
Mas me quisiera ver muerto
Que vivir y verme nada.
Los que presentes estaban
Jurara que me entendian,
Que las entrañas me vian,
Mis pensamientos contaban.
¡Oh sospechas y respetos,
Y cuántos males causais
Siempre que os apoderais
En corazones sujetos!
Tan atónito quedé,
Que salí como adormido,
Y cuando me vi partido
Dije en mí: «Esto ¿cómo fué?»
Quise volver del camino,
Mas la razon me impidió,
Porque pudo mas que yo,
Y templo mi desatino.
Lugar propiamente mio
Es el lugar donde estoy;
Todo es mañana sin hoy,
Todo es invierno ó estío.
El tiempo os pasa adelante,
Sentisto y no lo veréis,
Con la mano tocaréis
El poniente y el levante.
Vaya el hombre por do fuere,
No vé sino abismo y cumbre;
Aun el dia no da lumbre
Cuanto en los ojos se mueve.
Y si alguna hiedra verde
Su naturaleza trueca,
No es nacida cuando es seca,
O de viciosa se pierde.
Llanos y montes y sierras
Nombres son y devaneo;
Oyolos y no los creo,
Como cuentos de otras tierras.
Dícese que hay rio y puente,
Vemos casas por defuera,
Que hay calles y corredera;
Pero no vemos la gente.
Lugar solo y desconsuelo,
De pensamientos misterio,
No hay en tí otro refrigerio
Sino peñascos y cielo.
De imaginaciones nido,
Triste abrigo de sospechas,
Las que el hombre trujo hechas,
Y despues han sucedido.
Pensé hallar algun medio
Buscando la soledad;
Hizoseme enfermedad
Lo que tomé por remedio.
Como médico y paciente
Siento el despecho y el daño:
Despecho por el engaño,
Daño por el acidente.
¿Qué seso de hombre podrá
Juntar palabras y arte
Que declaren una parte
De lo que en el alma está?
Mas ella misma se esfuerza
Viendo que de tí se aleja,
Y de mí solo se queja
Que en partir le hice fuerza.
Fué muy justa la querella;
Que un alma tan descontenta
Cualquier pesar la atormenta,
Y muchos caben en ella.
Maltratan á cada uno,
Y ausencia la desbarata,
Porque el dolor que nos mata
Es apartar lo que es uno.
En contrariedades vive,
Y ellas mismas le destruyen;
Cuando del sentido huyen
Dentro de sí las recibe.
Conciértanse estos lugares,
Aunque hay tanta diferencia:
Pone el alma la paciencia
Y el sentido los pesares.
Pues ¿qué haré en el extremo
De vida tan trabajosa,
Donde mi voluntad osa
Aquello solo que temo?
Del medio no me contento,
Contra los fines guerreo;
Voy y vengo del deseo
Hasta el arrepentimiento.
Solo era dado á mi suerte
Sufrir tan pesada carga,
Porque una ausencia que es larga
No es ausencia, sino muerte.
Muerte pues que causa olvido,
Que el amador apartado
Es muerto si es olvidado;
Muerto, mas tiene sentido.
Sospechas que siempre crecen
Mi seso turban y espantan,
Que de poco se levantan
Y de léjos se parecen.
No hallo razon que tuerza
La imaginacion contina
Que á mi despecho me inclina,
Aunque no me hace fuerza.
En ningun consejo cayo;
Solo el quejarme conviene
Por lo que de fuera viene
Y por lo que dentro traigo.
El alivio es siempre menos
Y los trabajos doblados,
Porque lloro mis cuidados
Y los placeres ajenos.
Y tú, que en me ver perdido
Quizá eres en condenarme,
¿No te basta derribarme,
Sino pisarme caido?
Conmigo serás cruel,
Que jamás te dí embarazo,
Y antes me rendí á tu brazo
Que viese la fuerza dél.
Quebranta fueros y leyes,
Huella amigos y parientes,
Que mataste muchas gentes
Y venciste fuertes reyes.
Nadie te vió que viviese,
Nunca amenazaste en vano;
Pero ¿quién sintió tu mano
Que dello se arrepentiese?
Habla, valor, discrecion,
Gracia, hermosura eterna;
Sojuzga, doma y gobierna
Cualquier brava condicion.
Mujer que á muchos venció
Tuvo alguno de estos bienes;
Mas tú, que todos los tienes,
¿Cuál nunca te resistió?
¿Qué ley en que nos salvemos
Nos das? Que esta que nos diste
Con tus manos la hiciste
Para que nos condenemos;
Porque tú, en todo perfeta,
De nadie te satisfaces,
En lo que dices y haces
Tan varia como discreta.
Amadores, enojáos;
Pero no querais pecar,
Y en la fuerza del penar,
Cuando os quejeis, humilláos.
Abrid vuestros corazones

Y mostrad vuestra inocencia;
Hable por vos la paciencia,
Cuando os faltaren razones.
Mas humildad y secreto
Ante ti son como nada;
Que al cabo de la jornada
Caen en mayor defeto.
Mira cómo te resuelves,
Que estas virtudes unidas,
Si no son agradecidas,
En su contrario las vuelves.
Una gran necesidad
Turba y aflige un gran seso,
Y siempre procura el preso,
Por bien que esté, libertad.
Yo mismo cuando me acuerdo
Que soy cautivo, aunque tuyo,
De entre las gentes me huyo
Y entre las gentes me pierdo.
Sabes que soy fugitivo;
No me culparás por ello,
Que la forma del hacello
Suele excusar el cautivo.
Cuando con miedo ó desdeño
Algun sobresalto tomo,
Huyome, mas no sé cómo,
Que huyo para mi dueño.
Tal me veo en tal lugar,
Y tal de ti me aparté;
Allá me lleva la fe,
Detiéneme acá el pesar.
Mas con estar aqui pago
La locura del partirme,
Y paro en arrepentirme
Por lo que hice y no hago.
Pasen el tiempo y fortuna,
Que yo siempre estaré quedo;
Conocerás tarde ó cedo,
Que mi voluntad es una,
Y que habiéndote servido
Por hado ó por albedrio,
Dos veces al mismo rio
He venido y no he bebido.

CARTA EN REDONDILLAS.

Amor me manda escribir,
Temor me fuerza á callar;
¿Qué medio podré hallar
Seguro para vivir?
Mejor es morir ansí,
No diciendo lo que siento,
Si es de amor el mandamiento,
Y el temor viene de ti.
De ti es menester que venga,
Que amor no tiene caudal;
Porque mujer tan cabal
Con solo callar se venga.
Siempre callarás conmigo,
Y yo siempre penaré;
Pero nunca entenderé
Si es por costumbre ó castigo.
¿Quién sabe si me conviene
El callar ó la disculpa?
Quizá me cargó la culpa
Que sabes tú quién la tiene;
Mas á tanta confusion
Me ha traido el desatino,
Que ya no me determino
Sino fuera de ocasion.
Un destierro voluntario,
Sino es por inconveniente,
El que lo escoge lo siente,
Pues no tiene otro contrario.
Y por esta enemistad
Que yo no puedo negar,
Me desterré del lugar,
Mas no de la voluntad.
Ella, que siempre fué tuya,
Lo será cuanto yo fuere;
Que el alma es la que te quiere,
Aunque el cuerpo se destruya.
Y pues esta no va aparte,
Que no te lleve presente,
Bien puedes juzgar que siente
Quien te ve y de ti se parte.
Yo me procuré este engaño
Con determinarme presto,
Y volveré por el resto
Si en partirme hice daño.
Quejarme he de mi locura,
Y no de tu condicion;
Que tú obras por razon,
Yo atribúyolo á ventura.
Busqué salvar á mi mismo,
Pensé huir para valerme;
Somero para esconderme,
Vi lo hondo del abismo.
Volví tan desconfiado
De ti, y de mi tan corrido,
Que conmigo ando sumido
Y con todos sobreaguado.
Como siervo que se suelta
Y que su dueño le olvida,
Ni le sigue en la huida
Ni le convida á la vuelta;
Yo, ciego, sin albedrio,
¿Dónde voy, de quién me huyo?
Tú no me tienes por tuyo,
Y yo no puedo ser mio.
Vuelvo á demandar clemencia
Y perdon para mis yerros
En aquellos mismos hierros
Que partí de tu presencia.
Mas no con poco cuidado,
Pues tu merced me condena
Que otro goce con mi pena,
Yo pague como culpado.

QUINTAS.

A una despedida.

Yo parto, y muero en partirme;
Yo lo procuré y lo pago;
No me dejeis en el trago,
Señora, del despedirme,
Por el servicio que os hago.
Mas temo que al despedir,
Aunque me veais morir,
Habeis de quedar quejosa
Porque acerté alguna cosa
En que os pudiese servir.
Yo me parto de os mirar,
Donde no me podréis ver;
Contenta debeis quedar,
Que no es menester hacer
Fuerza para me olvidar.
No pido que si me fuese
Vuestra merced se sintiese,
Pues cuando yo mas penaba
No mirastes si os miraba,
Ni se os dió nada que os viese.
Quedará con mi ventura
El lugar adonde os via;
Pero vuestra hermosura
Partirá en mi fantasia,
Donde siempre vive y dura.
En ella se representa
Vuestra belleza y asienta;
Mas témome de una cosa,
Que siempre os veré quejosa,
Pues que nunca os vi contenta.
No entrará en ella placer,
Sino siempre padecer
Y silencio de difunto;
Que el placer se junta junto
Para cuando os torne á ver.
Pues cuando desta partida
Fuese de vos conocida
Cualquier liviana memoria,
Mas haré en sufrir la gloria
Que hago en tener la vida.

REDONDILLAS,

ESTANDO AUSENTE.

Viéndome de vos ausente,
Todos los males que siento
Me traen al pensamiento
El que allá tuve presente.
Y si algun bien se me ofrece
En esta triste memoria,
Háceme llorar la gloria
Que ya tuve y no parece.
Juntáronse á perseguirme
El tiempo, el lugar y el punto;
Yo tambien me hallé junto
Al tiempo de despedirme.
En daros este placer
Todos fueron contra mí,
Y yo mismo, que partí
Donde ya no os puedo ver.
No parece inconveniente
Dos contrarios en mi mal,
Si el pesar es natural
Y el placer por acidente.
Quien como yo calla y muere
Con miedo y desconfianza,
Si tiene alguna holganza,
¿Es ser vos la que lo quiere?
Mas si vuestra mano siente
Como yo, y quedare tal,
Contará siendo mortal
Que vive por acidente.

HIMNO

EN LOOR DEL CARDENAL DON DIEGO DE ESPINOSA.

Mi pluma se levante,
Que con suave canto
Celebre el rojo manto
Del hábito triunfante,
Y ensalce esta jornada
En ocasion tan bienaventurada.

¿Cuál fué la estrella clara
Que con dichosa lumbre
Desde la octava cumbre
Miró con dulce cara
Al niño dedicado
A la justicia, religion y estado?

Las tres le recibieron
Luego como nació;
En sus brazos creció,
Y ellas le mantuvieron
Dándole de su seno
La leche de lo honesto y de lo bueno (10).

Profetizó el camino
En ocasion dudosa
A la madre cuidosa
Un ciego peregrino,
Y el dueño del altura
Por medio humilde muestra gran ventura.

En los años creciendo,
Crecia en la virtud,
La verde juventud
Fué en letras floreciendo,
Y todo juntamente
Conforme á la madura edad presente.

¡Oh de fe norte y guia,
Ejemplo de la vida!
Oh columna encendida,
Que nos sustenta y guia,
Maestro de prudencia!
Oh pecho lleno de piedad y ciencia!

Tú, alma de la ley,
Consejo libre y sano;
Tú, incorruptible mano,
Sagrario en que tu rey
Tiene depositados
Sus altos pensamientos y cuidados.

Virtud que nos sustenta,
Sér cumplido y perfecto,
De admiracion sugeto,
Que á nadie descontenta,
A quien el gran monarca
Encomienda el gobierno de su barca;

Cual honra el alto cielo
El sol resplandeciente
De nube transparente,
Como purpúreo velo
Tornó el sumo Pastor
En púrpura ilustrísima de honor.

Quien deseaba verte
Donde ocasion alguna
De súpita fortuna
No pudiese empecerte,
Te vió seguro presto,
Fuera de humana envidia y rencor puesto.

Es admirable cosa
Que la fortuna y seso
Se igualan en un peso:
Don Diego de Espinosa
Con su merecimiento
La fortuna igualó al entendimiento.

Revuelve, oh padre claro
Y senador del mundo,
Ese camino profundo
A este amigo caro,
Que otra lumbre no quiere
Sino la que tu resplandor le diere.

VILLANCICO.

A doña Leonor de Toledo.

Ten ya de mi compasion,
Zagaleja,
Y ablanda tu condicion;
Que el que te hizo leon
Te pudiera hacer oveja.

Si el que servirte desea
Es el primero ofendido,
¿Quién seguirá tu partido,
Que otro como yo no sea?
En lo que me vi se vea,
Cuando ponga su aficion,
Zagaleja,
En la ira del leon
Y mudanza de la oveja.

Haber, zagala, victoria
De un siervo sin libertad
Es dar al vencido gloria
Y al vencedor poquedad;
Trata con humanidad
A quien vences con razon,
Zagaleja,
Siendo con bravos leon
Y con humildes oveja.

Quien fuere mas á la llana,
Menos errará el camino;
Que el amor es cosa humana,
Aunque le llaman divino.
No venzas por desatino,
Ya que vences por razon,
Zagaleja;
Sé leona con leon,
Y con carneros oveja.

Si quien huye y no te quiere
Sigues tú como perdida,
El pastor que por tí muere
Cornudo va á la otra vida.
Siempre andarás de partida;
Mas nunca en una opinion,
Zagaleja,

(10) Así Sedano, el texto de Hidalgo dice:
Con leche de su seno
Y lumbre de lo honesto y de lo bueno.

Siendo con leon oveja,
Y con oveja leon.

Das higas al que agradece
Por mercedes los pesares,
Y das favores á pares
Al que no te los merece;
Pues ese que te parece
Conforme á tu condicion,
Zagaleja,
Tú le tienes por leon
Y nosotros por oveja.

ESTANCIAS.

Amor, amor, quien de tus glorias cura,
Busque el aire y apriételo en la mano,
Conocerá el placer cómo es liviano,
Y el pesar cómo es grave y cuánto dura;
Goce el mísero amante su ventura
Como el que es convidado del tirano,
Que ve sobre el cabello estar colgada
De un frágil pelo una tajante espada.
Abrase el corazon, mas por de dentro,
Como no me condene por mi boca;
Siéntalo el alma sola que le toca,
Pues allá recibió el mayor encuentro.
Cualquiera confianza, aunque sea poca,
Me pondria en lo mas hondo del centro.
El goloso que come y que revienta
No se espante, si ayuna, que lo sienta.
Yo me vi en otro tiempo de alegría
Por voluntad ajena ó por mi hado,
Mas poco me duró este dulce estado,
Porque mi alma no lo merecia.
Alzóse un ciego y súbito nublado,
Que hizo noche escura el claro dia,
En que vivo, Señora, y vivir quiero,
Hasta volverte á ver como primero.
Quien desea mas bien del que conviene,
Y si posee mas del que merece,
Cualquier cosa le turba y entristece
Que fuera de propósito le viene;
Mas el pobre que sufre y que padece,
Contento con el mal ó bien que tiene,
El que mal le tratare será ingrato,
Y aun él, si no se queja, un insensato.
Mostróme el bien y mal de su gobierno
Amor, y endurecióme de la cuna,
Y súbitas mudanzas de fortuna,
Que hacen impresion en pecho tierno;
Víme asido en un cuerno de la luna,
Y ahora en las aldabas del infierno.
Otro se fia en arte y en prudencia;
Mas yo, Señora, en solo tu clemencia.
Demándote la muerte de piedad,
Que por tu voluntad me concediste,
Y es la que debes dar á cualquier triste,
Si te llamare en gran adversidad,
Que vea y que contemple ese beldad,
Con que lo vences todo y lo venciste.
Consiente que me vuelvan lo que es mio,
El seso, la razon y el albedrío.
El justo, cuando muere por sentencia,
Si algun tiempo esperó que fuese bueno,
Y le ofrecen que muera con veneno,
Piensa que del morir hace dolencia;
Mas yo, que en el remedio me condeno,
Pido tiempo, Señora, y dasme ausencia.
Si médico hallé yo por mi suerte,
Cura el mal con peor muerte que muerte.

La bella mal maridada (11).

GLOSA Á UNA MUJER FEA Y DISCRETA.

Al tiempo que el cielo quiso
Haceros, dama graciosa,
Su mano muy poderosa
Todo lo que os dió de aviso
Os quitó de ser hermosa.

Así que, sois avisada,
Pero de mal parecer;
No os dé, Señora, nada;
Que habiendo de ser casada,
Imposible será ser
«La bella mal maridada».

Tened contento, Señora,
Con cualquier cosa que sea;
Que no siendo matadora,
Para los gastos de ahora
Es gran descanso ser fea;
Que muchas hermosas vi
Volverse feas despues,
Mas no avisadas así;
Mayormente que no es
«De las mas lindas que vi».

En el quinto mandamiento
No tendreis qué confesar;
Del gusto tened contento;
Que de obra ni pensamiento
Con él no haréis pecar.
No tengais estos favores
De Dios, mi señora, en poco;
Que entre cien mil servidores,
Nadie se os volverá loco,
«Si habeis de tomar amores».

Renegad de Policena,
De la Cava y de Hipermestra,
La reina Dido y Elena;
Mas vale una faicion vuestra,
Que se deja ver sin pena.
Y pues veis que nadie os quiere,
Por ser la mas fea que vi,
Al primero que viniere
Cerrad con él, si dijere:
«Vida no dejeis á mí.»

ESTANCIAS VIZCAINAS.

A Dios juras, hermoso Catalina;
El tu beldá, el tu extraño hermosura
En corazon de Joancho muy ahina
Hecho han un crudo y bravo matadura.
Buscado has una y otra medicina,
Al mi llago cruel y á mi tristura;
Llora mi alma siempre desque vióte,
Haya mal, Catalina, quien parióte.
Cada siempre te tiene en mi memorio,
Mucho mas que no tú le piensas, quiero,
Merced vuestro mi pena es y mi glorio,
Por esos tuyos ojos yo me muero;
El mi firmeza hecho has ya notorio,
Y el fe que yo le tienes verdadero.
Joancho, yo mas te quiero que no todos;
Si quieres, vido mio, hagamos bodos.
Hidalgo eres de todo mucho honrado,
Hombre gentil mas cuanto que querrias,
Machete traes contino puesto al lado,
En corto tienes yo parientes mias;
Jubon con calzas traes cañiveteado,
Zapatos nuevos vistes los mas dias;
Vizcaíno eres, no en razones corto,
Sabiendo mas que tienes todo el Corto.

Jugaban al mas certero
Interés y el Amor franco;
Interés daba en el blanco,
Y Amor erraba el terrero.

GLOSA.

Estando Amor enojado,
Alcanzado de paciencia,
El Interés ha llamado
Tanto, que le fué forzado
De venir en competencia.
Amor, como caballero,
Tomó flechas de aficion;
Interés solo al dinero,
Y en un libre corazon
Jugaban al mas certero.

(11) Véanse en Castillejo otras glosas de *la bella mal maridada*.

Fué libre porque sintiese
La mas sabrosa herida;
Libre porque no torciese
La justicia conocida
A quien mejor la tuviese.
Y despues que hubieron puesto
En el terrero su blanco,
Armaron los arcos presto,
Y juntos se van al puesto
Interés y el Amor franco.

Amor no quiere tirar
Porque le estorba el temor,
Que le hace recelar;
¿Quién vido jamás ganar
El Interés al Amor?
Pero al fin tiró una flecha,
Y apenas llegó al barranco,
En el aire fué deshecha;
Con otra, de oro hecha,
Interés daba en el blanco.

Amor estaba corrido
De ver su gloria al revés,
Y ruégale al Interés
Que vuelvan á su partido,
A ver si pierde otra vez.
Vuelven al puesto primero,
Y juntos en un nivel,
Con un tiro de dinero
Interés dió en medio dél,
Y Amor erraba el terrero.

Ser vieja y arrebolarse
No puede tragarse.

GLOSA.

El ponerse el arrebol
Y lo blanco y colorado
En un rostro endemoniado,
Con mas arrugas que col,
Y en las cejas alcohol,
Porque pueda devisarse,
No puede tragarse.

El encubrir con afeite
Hueso que entre hueco y hueco
Puede resonar un eco,
Y el tenello por deleite,
Y el relucir como aceite
Rostro que era justo hollarse,
No puede tragarse.

El colorir la mañana (12)
Los cabellos con afan
Y dar tez de cordoban
A lo que de sí es badana,
Y el ponerse á la ventana,
Siendo mejor encerrarse,
No puede tragarse.

El decir que le salieron
Las canas en la niñez,
Y que de un golpe otra vez
Los dientes se le cayeron,
Y atestiguar que lo vieron
Quien en tal no pudo hallarse,
No puede tragarse.

CARTA.

Queria contar mi vida,
Pues no se cansa mi suerte;
Mas para contada es muerte,
¿Qué será para sufrida?
Si de mis adversidades,
Filis, tuvieses mancilla,
Seria una maravilla
Entre muchas novedades.

Cuando los hados porfian,
Arrastran por los cabellos
Al que no quiere ir con ellos;
Pero si quiere, le guian.
Yo soy aquel sin abrigo,
Esclavo de mis cuidados,
A quien arrastran los hados
Porque los quiero y los sigo.
¡Pluguiera Dios que yo hubiera
Entre serpientes nacido,
Y aunque no fuera querido,
Que alguna dellas quisiera!
Por ventura habria respuesta,
Cuando mis males contase,
Con que algo se reparase
Vida que tan caro cuesta.
El tiempo me hace guerra,
La piedad me desampara,
Nadie me mira á la cara
Que no le suma la tierra.
Remedio que me consuele,
Ni le procuro ni hallo;
Antes pedillo ó buscallo
Mas que el propio mal me duele.
Si no le busco, me daña,
Porque de olvidado muero;
Y si le busco ó le espero,
Luego me hiere tu saña.
En tan peligrosa empresa
El sufrimiento me basta;
Mas tu voluntad contrasta,
Que aun de que sufra le pesa.
Sentimientos y razones
Hacen muy poco á mi caso,
Porque por el mismo caso
Las tienen por opiniones.
Dichoso el que fué escuchado,
Aunque creido no sea,
Si dijo lo que desea
Sin que esté nadie á su lado.
Cuando amor alguno hiere,
No hay deseo que no cebe;
Que no trata como debe
El ciego, mas como quiere.
Pues veráse en mi dolor,
Si á dar mi descuento llego,
Cómo no es amor el ciego,
Sino quien manda al amor.
Ya fuí libre desta carga,
Y vi comenzar el daño;
Mas fué tan breve el engaño
Como la salida larga.
Ayer juzgaba imposible
Tener mal de que me queje,
Y hoy deseo que me deje
Todo este mundo visible.
El fuego mi pecho enciende,
El aire mis quejas lleva,
El agua mis ojos ceba,
La tierra presto me atiende.
Pues ya que los elementos
Que en el mundo nos sostienen
Se junten y me condenen,
Me salvan mis pensamientos.
Cúlpame porque me afijo
El mundo, aunque me desecha,
Mas fuése lo que sospecha,
Y no lo que yo colijo.
El que siempre fué celoso,
Pues de tomar cuenta gusta,
Cuenta le daré muy justa
A trueque de algun reposo.
Cuantas maneras de enojo
Y cuantos inconvinientes
Desasosiegan las gentes,
En mi alma los acojo.
Que, de acostumbrada y hecha
A tan triste compañía,
Si se ofende no porfia,
Ni se guarda si sospecha.
Ya no hay fuerza que me ayude
Ni consejo sin engaño,

(12) Así Sedano; el texto de Hidalgo dice:
El encubrir la mañana.

Porque es procurar mi daño
Procurar que algo se mude.
Dichoso ante todas suertes,
Y sobre todos dichoso,
El que murió con reposo,
No como yo, tantas muertes.
Esta es la cuenta que puede
Dársele de lo que dice,
Que menos le escandalice,
Y yo mas seguro quede.
Muestra que le pesa de ello,
Y consejarme desea;
Conséjame porque vea
Cuán imposible es hacello.
Si mis razones se vuelven
Entre escrúpulos y dudas,
Que como flechas agudas
A mi pecho se revuelven,
¿Qué consejo se le ofrece
En ocasion tan perdida,
A que yo no dé salida,
Que contra mí se enderece?
Quéjome de la fortuna,
Que me hiere al descubierto;
Dícenme que busque puerto
Donde no hiera ninguna.
Poco sabe de esta cuenta
Quien da consejo tan ciego;
Que en el mar donde navego
Ningun puerto hay sin tormenta.
¡Oh suspiros sin licencia!
Mejor moris en el seno;
Que para nada fué bueno
Muestra de poca paciencia.
Dicen piense en vanidades
Como en descontentamientos;
Aquellos son fingimientos,
Mas estos puras verdades.
Mi alma no comprehende
Tan peligroso consuelo;
Antes vive con recelo
De que te cansa y ofende;
Que regale de buen arte
Y entretenga tus amigos,
A todos como á testigos,
Y á ninguno como á parte.
Sería en gran menosprecio
Una presuncion tan alta,
Si redimiese mi falta
Por tan apocado precio;
Que veo ese claro gesto,
Vitoria de hermosuras,
Que á todas las deja ascuras
O las destierra del puesto.
¿Cómo la veré contenta,
Que siempre la vi con ira,
Y jamás acaso mira,
Que adrede no se arrepienta?
¿Qué me acerco á esos oidos?
Que si escucharme no tienen,
No querrán que se condenen
Pensamientos tan validos.
No hay discrecion que no ciegue,
No hay color que no demude,
Y no hay lengua que no mude
Antes que á hablarla llegue.
Y que esas manos te pido,
Que no merezco besallas,
Ni me atrevo á demandallas,
Por lo poco que he servido.
Sería paso muy duro
Si fingiese que las beso,
Y no quedara mi seso,
Cuando las finja, seguro.
Fingiré que prometieron
Escribirme y consolarme;
Mas para desampararme
Como cautivo me vieron.
No confesará mi boca,
Ni la fantasía imagine
Que mi ánimo se incline
A una esperanza tan loca.
Diligencia es defendida
Y causa de rompimiento
Reprochar el cumplimiento
Aun de merced prometida.
Yo, que en muchos yerros caigo,
Ninguno que á este parezca,
Antes sin vella perezca,
Que finja que la retraigo.
Mundo, el que no te conoce
Ni entiende tus aparejos,
Con estos y otros consejos
Puede ser que se alboroce.
Todos tus consejos ciegan,
Tus consuelos son inciertos,
Y están en manos los ciertos
Que al mejor tiempo los niegan.
El servir sin esperanza
Y el desear de contino,
Suelen andar el camino
Del miedo á la confianza.
Mas no tiene en qué se funde
En mi pecho ni en ajeno,
Porque el miedo, que es su freno,
La escarmienta y la confunde.
Mucho puede la costumbre
En dolor que viene manso;
Pero el mio, sin descanso,
¿Qué consejo hay que le alumbre?
Desterrado en el abismo,
Siento crecer mi deseo,
Y ningun descanso veo,
Sino buscallo en mí mismo.
Si el deseo se adelanta,
El pensamiento barrunta,
Y á la fin nunca se junta
Con miedo, que no me espanta.
¿Quién hay que mis quejas mande?
De tu saña ¿quién se guarda?
Que si la razon es grande,
El ánimo se acobarda.
La esperanza es sobre nada,
Y aunque la lengua se esfuerce,
Cualquiera punto la tuerce,
Como está desamparada.
Ocasion no puede habella,
Y la opinion está presa;
Cuenta dóila á quien me pesa
Donde verán poco della.
La gente ya me escarnece,
No quiere el tiempo valerme;
Yo no acierto á socorrerme,
Y tu piedad me fallece.
El descanso es sin provecho,
El remedio no tenelle,
Si está en las manos ponelle,
Que las heridas han hecho.
La vida es la que sostengo
Cual soy yo, que la sostiene;
Siempre peor la que viene,
Por mala que es la que tengo.
Y si compañía quiero,
Téngola con mi enemigo,
Porque la tengo conmigo;
Ved cuál es el compañero.

CARTA.

Noche turbia y escura,
A quien faltó el claro dia,
Siempre está en mi fantasía
Tu tristísima figura.
No hay adversidad que baste
Ni crueldad que me espante,
Despues que tengo delante
Cuál me viste y me dejaste.
Juez riguroso y crudo
Fuese, mas fuese en presencia
Mas áspera tu sentencia,
Tu cuchillo mas agudo.
¿Qué te costaba que fuera,
Cuando mandaste partirme,

Ya que fué sin despedirme,
Por donde á Filis yo viera?
Y viera quizá pasando,
Y fuera en esta ocasion
Menos dura mi pasion
Y tu cuchillo mas blando.
No digo que ella se mueva
Por ocasion tan liviana,
Pero acaso ó de su gana,
Como por ver cosa nueva.
Nadie sienta lo que siento
Mi alma en esta jornada,
Pues vió la gloria pasada
Y vee la pena presente.
Era la gloria hablarte
Y contemplar en tu gesto,
Filis, juntando con esto
Otra mas divina parte.
Tu ánimo no vencido,
Discrecion que nos da lumbre,
Tu valor puesto en la cumbre,
Y tu sér nunca ofendido.
Esto nos obliga y vence,
Y sin ello, ser hermosa
Es como temprana rosa,
Que pasa antes que comience.
La pena jamás acaba,
Porque tu saña no amansa,
Y porque de mí te cansa
Cuanto en los otros alaba.
Veo cómo el tiempo huye,
Y que mi pena no muda,
Y ni tu favor me ayuda
Ni tu saña me destruye.
Si acaso tienes despecho
Y quieres probar tu lanza,
De mí te pido venganza
Por el yerro que no he hecho.
Mas no querrás, yo lo fio,
Diciendo que devaneo,
Cumplir este mi deseo,
Por ser deseo y ser mio.
No es un valor que en tí cabe
Para tan baja contienda;
Castígueme el que me entienda,
Ya que mira mas que sabe.
Léjos irá deste cuento
Quien me conoce y te entiende,
Pues tu valor no deciende,
Ni sube mi atrevimiento.
De luchar con la fortuna
Tengo las fuerzas perdidas,
Y dame tantas caidas,
Que ya no temo ninguna.
Despues, como se me acuerda
Que por tu causa me atrevo,
Crécenme fuerzas de nuevo,
Con que luchar, aunque pierda.
Pero ver cuán poco puedo
Me detiene y acobarda;
Y así, mi alma se guarda
De sacar fuerzas del miedo.
El remedio que no entiendo
Estoy suspenso esperando,
No cayendo y levantando,
Mas de contino cayendo.
Aquí me veo olvidado,
Sin tener quien por mí haga;
Este es el mundo y su paga,
Y aun quizá el mayor pecado.
Solo, sin abrigo y preso,
Desamparado, aunque firme,
Ni puedo desafligirme
Ni quiero dejar el peso.
¿Quién ayudará al ausente,
Si todos son en culpalle?
Pues álguien sale á ayudalle,
Que en saliendo se arrepiente.
La que sabe por qué muere,
Como testigo de vista,
Déle fuerza que resista
Y sufrimiento que espere.
Soledad libre, apartada,
De mis cuidados misterio,
Dicen que eres refrigerio,
Escogida, y no forzada.
Y pues forzada veniste,
Da en mis males algun medio;
Que tambien eres remedio,
Aunque el remedio mas triste.
En tí hay libertad sencilla,
En tí hay voluntad exenta,
En tí no hay quien pida cuenta,
Ni crueldad ni mancilla.
En tí los deseos valen,
Y vuelan los pensamientos;
Engáñanse por momentos
Las esperanzas que salen.
En tí se esfuerza el amante
Y osa hablar su lenguaje,
Sin que le estorbe ó le ataje
Dulce ó áspero semblante.
Duros casos se contemplan
Que fáciles nos parecen,
Grandes quejas se enternecen
Y recias iras se templan.
Mil bienes desta manera
Podria decir, y callo,
Porque en estado me hallo,
Que él mismo me desespera.
Mas contra ausencia y olvido
¿Qué remedio es el que basta,
Si firmeza no contrasta,
Y el envidioso es creido?
¿A quién volveré mis ojos,
Que mis lágrimas entienda,
Pues tú, que mandas la rienda,
La sueltas á mis enojos?
¿Dónde volveré mis quejas,
Que puedan ser remediadas,
Tanto menos escuchadas,
Cuanto mas libres las dejas?
Abre ese pecho, Señora,
Quita dél esa tibieza;
Mira que es mayor crueza
El ser tibia y matadora.
Y aunque en pedillo me alargo,
Ya que el cuerpo se destruya,
El alma quede por tuya,
Y el pensamiento á mi cargo.
Asegúralo en tu seno
Siquiera, y no lo aproveches;
Bástame que me deseches
Con propósito tan bueno,
Si juzgar á confianza,
Que revuelva en mi memoria
Tan alto estado de gloria,
Que no cabe en la esperanza.
Aun en locura tan clara
No se le puede dar nombre,
Sino castigar al hombre
Que se atreve y lo declara.
Y así, quedaré con miedo
Que tu ira me condene
Adonde mi alma pene
Lo que pecó mi denuedo.
Cualquier castigo es liviano,
Segun yo debo ofenderte,
Mas no que en tiempo tan fuerte
Me desampare tu mano.
Ni te canses que procure,
Pues la razon lo requiere,
Si tu justicia me hiere,
Que tu clemencia me cure.

A Vénus.

Vénus se vistió una vez
En hábito de soldado;
Páris, ya parte y juez,
Dijo, de vella espantado:
«Hermosa confirmada
Con ningun traje se muda:

¿Veisla cómo vence armada?
Mejor vencerá desnuda.»

A Lais.

Lais, que ya fuí hermosa,
Este mi espejo consagro
A tí, Vénus, como á diosa
De hermosura y milagro.
Ya yo no lo he menester
Si no tornas á hacerme,
Pues cual fuí no puedo ser,
Y cual soy no quiero verme.

A la misma.

De otra arte me parecias,
Lais, que ahora me pareces;
Yo te vi que amanecias,
Y véote que anocheces.
Y agora, de antojadiza,
Quiéresme encender la vida
Con una hacha caida
En medio de la ceniza.

A los hijos de Pompeyo.

El Asia y Europa encierra
Los dos hijos de Pompeo,
Y al padre mató en la tierra
De Egipto el rey Tolomeo.
El mundo todo á tropel
Se juntó á darles cabida;
Que para tan gran caida
No bastó una parte dél.

SONETO.

ATRIBUIDO Á DON DIEGO DE MENDOZA (13).

Dentro de un santo templo un hombre honrado
Con grande devocion rezando estaba;
Sus ojos hechos fuentes, enviaba
Mil suspiros del pecho apasionado.
Despues que por gran rato hubo besado
Las religiosas cuentas que llevaba,
Con ellas el buen hombre se tocaba
Los ojos, boca, sienes y costado.
Creció la devocion, y pretendiendo
Besar el suelo al fin, porque creia
Que mayor humildad en esto encierra,
Lugar pide á una vieja; ella, volviendo,
El salvo honor le muestra, y le decia:
«Besad aquí, Señor, que todo es tierra.»

TRADUCCION DE HORACIO (14).

(Oda 4.ª del libro I.)

Ya comienza el invierno riguroso
A templar su furor con la venida
De Favonio suave y amoroso,
Que nuevo ser da al cuerpo y nueva vida;
Y viendo el mercadante bullicioso
Que á navegar el tiempo le convida,
Con máquinas al mar sus naves echa,
Y el ocio torpe y vil de sí desecha.
Ya no quiere el ganado en los cercados
Establos recogerse, ni el villano
Huelga de estar al fuego, ni en los prados
Blanquea ya el rocío helado y cano;
Ya Vénus con sus ninfas concertados
Bailes ordena, mientras su Vulcano
Con sus ciclopes en la fragua ardiente
Está, al trabajo atento y diligente.
Ya de verde arrayan y varias flores,
Que á producir el campo alegre empieza,
Podemos componer de mil colores
Guirnaldas que nos ciñan la cabeza;
Ya conviene que al Dios de los pastores
Demos en sacrificio una cabeza
De nuestro hato, ó sea corderillo,
O si él lo quiere mas, un cabritillo.
Que bien tienes ¡oh Sexto! ya entendido
Que la muerte amarilla va igualmente
A la choza del pobre desvalido
Y al alcázar real del rey potente.
La vida es tan incierta, y tan medido
Su término, que debe el que es prudente
Enfrenar el deseo y la esperanza
De cosas cuyo fin tarde se alcanza.
¿Qué sabes si hoy te llevará la muerte
Al reino de Pluton, donde ni al dado
Jugarás si te cabe á tí la suerte
De ser el del banquete ó convidado,
Ni te consentirán entretenerte
Con el hermoso Licido, tu amado,
De cuyo rostro saltarán centellas
Que enciendan presto el rostro á mil doncellas?

(13) Publicó Sedano este soneto en el tomo VIII del *Parnaso*. El asunto que dió origen á él sirvió á Gaspar Lúcas Hidalgo para el siguiente cuento, que se lee en los *Diálogos de apacible entretenimiento* (Barcelona, 1605): «Una buena vieja vió que por estar muy apretada la gente en la iglesia no podia un hombre que estaba detrás della besar la tierra como los otros, y como no se pudo apartar la vieja para hacelle lugar, le dijo señalando con la mano sus propias asenteaderas: *Aquí podréis besar, hermano; que todo es tierra, y aun peor.*»

(14) Hállanse estos versos en las *Flores de poetas ilustres* por Pedro de Espinosa. Llevan el nombre de DIEGO DE MENDOZA, lo mismo que el soneto *Pedís, reina, un soneto; ya le hago.*

FIN DE LAS POESÍAS DE DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

POESIAS

DE

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.

JUICIOS CRITICOS.

DE LUIS GALVEZ DE MONTALVO.

(*En el* Pastor de Filida. *Madrid*, 1582.)

Eso tienen las coplas, dijo Silvia, que por parecer de uno, aplacen á muchos; pero si á mí no me agradan, poco me mueve que grandes poetas las alaben, que por la mayor parte gustan de cosas que no son buenas para nada. ¿Qué poesía ó ficcion puede llegar á una copla de la *Propaladia*, de *Alecio* y *Fileno* (1), de las *Audiencias de Amor*, que todos son verdaderamente ingenios de mucha estima; y los demás, ni ellos se entienden ni quien se le da.

DE LOPE DE VEGA.

(*En la* Dorotea.)

Así, el que rimare hallará lo mas perfecto; que de hallar se llamaron los versos *trovas*. Y por eso dijo el otro poeta:

Dios perdone á Castillejo,
Que bien habló de estas trovas.

De ese poeta aun viven sus obras. Fué secretario del Emperador, y no indigno de fama entre los antiguos (2).

DE DON LUIS JOSÉ VELAZQUEZ.

(*En los* Orígenes de la Poesía castellana. *Málaga*, 1754.)

El traje extranjero de que empezó á usar nuestra poesía, con el ritmo italiano, hizo no muy acepta esta novedad á los mismos que no carecian de los talentos necesarios para distinguirse en esta empresa, como sucedió con Cristóbal de Castillejo y otros poetas de aquel tiempo, de quienes todavía se leen vivísimas invectivas contra los principales autores de esta gran revolu-

(1) *Diálogo de las mujeres*, por Castillejo.

(2) Lope en el *Isidro* ya habia dicho: «Perdone el divino Garcilaso, que tanta ocasion dió para que se lamentase Castillejo, *festivo é ingenioso poeta castellano*.»

cion.... Padilla supo unir á la facilidad y hermosura de su estilo una igual fecundidad en la invencion. En esto fué igual á Padilla Cristóbal de Castillejo, su contemporáneo, cuyas poesías, además de la sal de que abundan, merecen una estimacion particular, por ser su autor el que escribió las coplas castellanas con mas gracia y espíritu. Las sátiras de Bartolomé de Torres Naharro deben leerse, y mucho mas las de Cristóbal de Castillejo, que tenia genio particular para esta casta de poesía. Entre sus demás composiciones satíricas, se distinguen las coplas escritas contra los que en su tiempo dejaban los metros castellanos por los italianos, el diálogo de las condiciones de las mujeres, el de la vida de corte, el del autor y su pluma, y el diálogo de la verdad y la lisonja. Estas y otras composiciones de Castillejo abundan de una gracia y un donaire inimitables, y es menester confesar que ninguno hasta su tiempo poseyó en el grado que él el arte de hacer ridículo el vicio.

DE DON JOSÉ DE VARGAS Y PONCE.

(*En la* Declamacion contra los abusos introducidos en el castellano.)

Ambos géneros siguiéronse cultivándose dichosamente, segun es de ver en las coplas del último y mejor poeta de esta medida, el festivo y natural Castillejo. Criado este en el palacio de don Fernando, y enriquecido de feliz númen, hizo hincapié en retener el metrificar antiguo y en zaherir sin razon, aunque chistosamente, y por dicha nuestra sin éxito, la plausible moda que renació y cobró vuelo en sus dias.

POESIAS

DE CRISTOBAL DE CASTILLEJO.

LIBRO PRIMERO.

DE LAS OBRAS DE AMORES.

AL AMOR.

Amor dulce y poderoso,
No te puedo resistir,
Y acuerdo de me rendir;
Que defenderme no oso
Sin obligarme á morir.
Y pues de nuestra pasion
Eres absoluto rey,
Mi penado corazon,
Tornado ya de tu ley,
Sigue tu fe y opinion.
Doyme por siervo y vasallo
De tu querer y poder,
Sin darte qué agradecer,
Pues aunque busco, no hallo
Otra cosa que escoger.
Poner á tus demasias
Reparo ni defension
Son ya muy vanas porfías,
Pues tengo visto que son
Tus fuerzas sobre las mias.
Por do queda conocido
Que ponerme es lo mejor
En las tus manos, Amor,
Como se pone el vencido
En las de su vencedor;
No porque estoy bien contigo,
Pues tanto mal me conciertas,
Mas porque tan mal conmigo,
Que me meto por las puertas
De mi mortal enemigo.
Aunque es flaqueza vencerme
De tí, mayor lo seria
El no usar de cobardía
Contra quien, para valerme,
No me vale valentía.
No porque tu ingratitud
Tenga yo por conocer,
Mas la falta de salud
Me fuerza para hacer
De necesidad virtud.
Y lo que recelo mas
Y me pone turbacion
(Porque sé tu condicion),
Es que no me tomarás
A muerte, sino á prision.
Mas haz tú lo que quisieres,
Que yo á merced te me doy,
Y he de querer lo que quieres;
No mio, mas tuyo soy,
Y de ser lo que tú fueres.

OTRAS COPLAS AL AMOR.

Luchan en mi pensamiento
Y pónenme en confusion
Mi penado corazon,
Amor y aborrecimiento,
Contrarios en opinion.
Es una brava batalla,
Porque cada parte halla
Mil armas en su defensa;
Mas al fin, segun se piensa,
Amor habrá de ganalla.
Despues de lo cual yo quedo
Por esclavo aherrojado,
Y de muy apasionado,
Aborreceré si puedo,
Y si no, amaré forzado,
Sufriendo lo que padece
(Pues en esto me parece)
El miserable del buey,
Que trae á cuestas por ley
El yugo, aunque lo aborrece.
Entre estas dos disensiones
Anda mi cabeza loca,
Que huyo (porque me toca)
Vuestras malas condiciones,
Mas el gesto me revoca.
Aborrezco en demasía,
Pero menos que debria,
Vuestras obras de leona;
Mas amo vuestra persona
Mil veces mas que querria.
Y otras tantas determino,
Viendo vuestra crueldad,
De ponerme en libertad;
Mas tórname del camino
Por fuerza vuestra beldad.
Y propongo de no veros,
Haciendo (por no quereros)
De las tripas corazon;

Mas al cabo todos son
Lanza de paja mis fieros.
Porque tornándoos á ver
Estos mis ojos avaros,
Son forzados á miraros,
Y mirándoos, á quereros,
Y queriendo, á desearos.
Luego todos mis cuidados
Y propósitos mudados,
Huyen de la imágen vuestra,
Como cuando el sol se muestra,
Que derrama los nublados.
Y quédame solamente
La figura gloriosa
De vuestra vista hermosa,
Para que mas me atormente,
Quedando victoriosa.
Pero, pues amor lo quiere,
Cúmpleme mientras viviere,
Siendo yo su prisionero,
Si no puedo lo que quiero,
Que quiera lo que pudiere.

Á UNA DAMA LLAMADA ANA.

A NAdie mirais, Señora,
Que, si no le falta el seso,
No quede luego á la hora
De vuestros amores preso;
Que os hizo Dios soberano
Tan hermosa y escogida,
Que es partido muy mas sano
La muerte de vuestra mano
Que de otra mano la vida.
Y con tal conocimiento,
Despues que yo triste os vi,
Sin placer vivo contento,
Pues que por vos lo perdí;
Y tengo por buena andanza
El dolor que se me ordena;
Que aunque me falte esperanza,
Harto es bienaventuranza
Ser vos causa de mi pena.

AL NOMBRE DE ANA.

Los misterios escondidos
Destas letras que se siguen
A NAdie de los nacidos
Podrán mostrar sus sentidos,
Que mostrar no les obliguen
Sentimiento.
Yo, por mi parte, ya siento
Lo mucho que amor os debe,
Pues en un nombre tan breve
Encerrais tanto tormento.
Y porque de fenecer
Tenga mas razon el hombre,
Acordastes de poner
Mil letras al parecer,
Y solas tres en el nombre;
Con las cuales
Haceis tiros tan mortales
Al que se os pone delante,
Que una sola consonante
Hiere mas que dos vocales.
Acabado comenzó
Vuestro nombre y mi deseo,
Y comienza do acabó,
Porque nunca acabe yo
De desear lo que veo.
Mi pasion
Da voces al aficion
Que tras la red se le esconde,
Y en tres letras le responde
Vuestra esquiva condicion.
A ui, dice la primera;
No hay, dice la segunda;
Amor, dice la tercera:
Ved que sin haber espera
Quien en tales piedras funda
Su esperanza,
Que puestas en ordenanza,
Respondiendo á mi dolor,
Dicen: *Aquí No hay Amor*
Que asegure de mudanza.
Mi alma, que penas tiene,
Da voces, diciendo *A*,
Y porque de veras pene,
Responde luego la *N*,
Que junto con ella está:
«No os quejeis;
Que pues en medio me veis,
Claro está que soy el medio,
Y que el mas cierto remedio
Es que dél desespereis.»
Vuestra merced me le dé,
Pues vuestro nombre le quita;
Que aunque servido no os he,
A NAdie mas que á mi fe
Debeis, porque es infinita.
Libertad
Para amor y caridad
Sóbrale á vuesamerced,
Porque no hay cárcel ni red
Que prenda la voluntad.

Á LA MISMA ANA.

Vuestros lindos ojos, Ana,
¡Quién me dejase gozallos,
Y tantas veces besallos
Cuantas me pide la gana
Con que vivo de mirallos!
Darles hia
Cien mil besos cada dia;
Y aunque fuesen un millon,
Mi penado corazon
Nunca harto se veria.
¡Oh cuán bienaventurado
Es aquel que puede estar
Do os pueda ver y hablar
Sin perderse de turbado,
Como yo suelo quedar!
¡Ay de mí!
Que ante vos, despues que os vi
Y quedé de vos herido,
No hay en mí ningun sentido
Que sepa parte de sí.
La lengua se me entorpece,
Y de locos aturdidos
Me retiñen los oidos,
Y la lumbre se escurece
A mis ojos doloridos.
Viva llama
Por mi cuerpo se derrama,
Y hago con piés y manos
Mil ademanes livianos,
Ajenos del que no ama.
Mi alma os quiere y adora,
Mas su pasion y fatiga
Le dan causa que os maldiga,
Y amándoos como á señora,
Os tenga por enemiga.
Amo y quiero,
Aborrezco y desespero
Todo junto, y el por qué
Preguntado, no lo sé,
Mas siento que es así, y muero.
Circe diz que convertia
Los hombres en animales;
Y es creible que eran tales,
Porque yo en mi fantasía
Hallo las mismas señales.
Entender
No me sé, ni conocer,
Cuando cabe vos estoy,
Porque sin duda no soy
El mesmo que suelo ser.

¿Quereis por ejemplo desto
Otro donaire mayor?
Si acaso me dais favor,
Parézcome bien dispuesto,
Y hágome un ruiseñor;
Mas despues,
Con el mas chico revés,
Ninguna gloria me queda,
Porque, deshecha la rueda,
Quedo mirando los piés.

De suerte que en vuestra mano
Es trastrocar el ser mio;
Con un mismo desvario
Estoy gracioso y ufano,
Y otras veces necio y frio.
Y ando á tiento,
Buscando contentamiento,
Pero no acierto á tomallo;
Piérdolo donde lo hallo,
Despues lo busco en el viento.

Muy hacedero me muestra
Amor, con su liviandad,
El fin de mi voluntad;
Mas la falta de la vuestra
Muestra la dificultad.
Mil razones,
Estorbos y dilaciones
Hallais porque no quereis;
Quered, y no hallaréis
Nada destas ocasiones.

Tenedme cuidado vos
Solo de serme obediente;
Que yo haré seguramente
Lo que cumple á ambos á dos,
Sin ningun inconveniente.
Descuidada
Estad de ser olvidada
Aunque vos os olvideis,
Porque no sois ni seréis
De vos misma tan amada.

Si segun lo que padezco,
Pudiéndolo yo decir,
Merced os he de pedir,
Mucho mayor la merezco
Que la puedo recibir.
Mas no pido
Pago tan descomedido,
Que es demandar gollorías;
Porque no diré en mis dias
Lo que esta noche he sufrido.

No quiero que hagais nada,
Sino que solo querais;
Que si vos aqui llegais,
Yo doy fin á la jornada
Donde vos la comenzais.
Yo os espero,
Porque llegando primero
Do vos habeis de llegar,
Vamos despues á la par,
Que es trabajo placentero.

No se cuenten mis suspiros,
Porque al favor de miraros,
Ya que no puedo gozaros,
Buen galardon es serviros
En pago de deseaos.
Reina mia,
Cara llena de alegría,
Donde mana mi tristeza,
Sufra vuestra gentileza
En paciencia esta porfía.

TORRE DE VIENTO HECHA Á LA MISMA ANA.

AN Acordado mis ojos,
Movidos á compasion,
De ayudar al corazon
A padecer sus enojos;
No guiados por antojos
Ni locura,
Sino por conciencia pura
Del daño que le causaron
Cuando en veros se obligaron
A vivir en amargura,
En sola vuestra figura
Trasformados,
Y agora determinados
De fundar en tierra ajena
Una gran torre de pena,
Do aposenten sus cuidados.
Hánsele muchos mostrado
Muy leales
Amigos para sus males,
Compadeciéndose dél,
Ayudándole á ser cruel
Contra sí con materiales;
En vivos manantiales
De tormento
Le da su contentamiento
Sitio para el edificio,
Porque comience el oficio
En vuestro merecimiento,
Sobre tan firme cimiento
Situada,
Con cava honda chapada (1);
Ya que la labor empieza,
La he probado en mi cabeza,
De piedra azul y morada.
Y de verse aprisionada
Mi garganta
Debajo de vuestra planta,
Porque son altos los piés,
No se conoce quién es,
Ufana de gloria tanta.
El cimiento se levanta
Muy real,
Para la labor del cual,
Por apretar mi cadena,
Mis entrañas dan arena,
Mi alma pone la cal.
La obra será inmortal
Sin mi muerte,
Porque es la mezcla tan fuerte,
Que en un momento se fragua,
Amasada con el agua
Que de mis ojos se vierte.
No es menester quien dispierte
Oficiales,
Porque son tantos y tales,
Que siempre pasan de ciento;
Pónelos mi pensamiento
De los mismos naturales.
No se paga por jornales
Su porfía;
Trabajan con alegría,
Porque labran á destajo,
Y es muy mejor su trabajo
En la noche que en el dia.
Es obra de sillería
Sin labores,
Pero llena de primores,
Rica, soberbia y exenta;
Ninguna piedra se asienta,
Que no cueste mil dolores.
Es afrenta de amadores
Su grandeza,
Cúbrela de gentileza
El resplandor de la vuestra;
Por donde menos se muestra
Tiene mayor fortaleza.
Por parte de mi firmeza
Va tan dura,
Tan fuerte, firme y segura,
Y tan recia la muralla,
Que nadie basta á minalla
Sino mi gran desventura.
A tan extremada altura
Va pujando,
Por ir siguiendo y buscando
La causa de mi conquista,

(1) La edicion de Anvers dice:
Con cada honda chopada.

Que me desmaya la vista
Cuando bien la estoy mirando.
Hoy la estuve contemplando
Que es cuadrada,
A esquina viva sacada,
Y todas sus cuatro esquinas
Son tan agudas y finas,
Que cortan como una espada.
En la una va labrada
En perfeccion
La medalla, mi aficion,
En otra mi lealtad,
En otra mi voluntad,
Y en la cuarta mi razon.
Lo hueco bóvedas son,
Do se cree
Que nadie vivir desee.
No siendo amador perfeto;
Po encarcelé mi secreto,
Que hombre vivo no lo ve.
Ya que tal fuerza posea
Mi cuidado,
No teme ser escalado
Ni en mil años ofendido;
Que el descuido y el olvido
Ya, de muerto, es olvidado.
Sus despojos ha llevado
Mi memoria;
Ganó de él honra notoria
Sin celada ni encubierta,
Y cerró tras sí la puerta,
Quedando llena de gloria.
Y alcanzada esta vitoria
Muy de veras,
Por vos levanta banderas,
Y en esta torre metida,
No teme que en esta vida
Hay quien llegue á sus barreras.
Mil reveses y troneras
De favor
La cercan en rededor,
Por do juega artillería;
Artillero es mi porfía,
Y el fuego pone el amor.
Resistencia á su calor
Hay muy poca
En mis pechos, donde toca,
De los cuales hago tiros;
La pólvora son sospiros,
Que disparan por la boca.
No se excusa, de muy loca,
Mi osadía
Fundar en mi fantasía
Torre de pena tan alta,
Viendo que en merecer falta
Gran parte de parte mia.
Mas la estrella que me guia
A que muera,
De nada me desespera,
Siendo la voluntad una;
Porque amor, muerte y fortuna
Diz que igualan á cualquiera.
Ya la labor por defuera
Va perfeta;
Entremos á la secreta
A labrar el aposento,
Do mi corazon sangriento
A guarecerse se meta (2).
La pasion, aunque le aprieta,
De penada,
Socorre, de bien criada,
Con muy hermosa madera,
Sana, durable y entera,
Toda parda y leonada,
De la cual quedó labrada
Luego luego
Una sala, do el sosiego
Vive con cien mil cosquillas;
Y sobró de las astillas
Un gran monton para el fuego,
Al cual ardiendo me llego
Sin guardarme,
Y pensando calentarme,
No miré por dó huir,
Y es imposible salir
Sin acabar de quemarme.
Tormento que no me arme
No lo veo,
Y el cruel de mi deseo,
Por mas labrar mi pasion,
Sirve con la clavazon
Negra de color guineo.
No porque tenga deseo
De escuridad,
Pero vuestra claridad
Hace que los clavos sean
Escuros porque no vean
El fin de su voluntad.
Hacen en la humanidad
Agujero;
Contra su temple de acero
No valen fuerzas ni mañas,
Porque enclavan las entrañas
Antes que rompan el cuero.
Barrenadas van primero
A mano llena;
En esta labor que suena
Sentimiento es el cepillo,
Es sufrimiento el martillo,
La triste carne barrena.
Pues mirando cómo es buena
La morada,
Mi juicio, que no es nada
Negligente en policía,
Dió luego tapicería,
Con que está mas adornada.
Es verde, pero mojada
Con mi lloro,
Entretejida de oro,
Tan rica de seda y lana,
Que aun para pagar una Ana
No basta ningun tesoro.
Una imágen, en que adoro,
Puso en ella,
Tan extrañamente bella,
Hecha de tan buena mano,
Que el corazon queda sano
De sus dolores en vella.
El norte, que es clara estrella
De excelencia,
A quien mira su presencia,
Alumbrar es su costumbre;
Mas esta da tambien lumbre
A los ojos en ausencia.
Por hacerle reverencia
Cada hora
Como á su reina y señora,
Mi sentido, diligente,
Este paño colgó enfrente
De la cámara do mora.
Mas prosigamos agora
El viaje:
Subamos al homenaje;
Háganse cien mil almenas
De las angustias y penas
De tan dulce vasallaje.
Si no basta mi lenguaje
A contallas,
Debeis, dama, contemplallas,
Pues que debistes hacellas;
Porque mio es padecellas
Y vuestro considerallas.
Encima de estas murallas
Veladores
Son mis continuos clamores,
Mensajeros del dolor;
No son contra ni tenor,
Todos son tiples mayores.
En oidos dormidores
Dan sus gritos
Mis gemidos infinitos,
Que penando son consuelo;

(2) Otras ediciones dicen: *me meta.*

Sin sonar rompen el cielo,
Y con sangre van escritos.
Gloriosos y benditos
Son mis males;
Las angustias desiguales;
Aunque amargas, son sabrosas,
Y las llagas piadosas
Que dejan tales señales.
Los tormentos mas mortales
Son dulzura,
Las congojas de amargura
Con lagrimas las amanso,
El dolor hallo á descanso
Y el morir es gran ventura.
La pena causa holgura
Do se emplea;
Mil ansias por atarea
Tengo por renta real;
Pero bendito es el mal
Que tanto bien acarrea.
No se espera ni desea
Ser tomada
Ni á fuerza de armas entrada
Esta fortísima torre,
Ningun peligro le corre
De ser jamás escalada;
Dentro tiene aherrojada
Quien la suele
Combatir, porque le duele,
Que es su misma libertad,
Con larga seguridad
Que nunca se le rebele.
Cúmplele que se consuele
Aunque muera,
Pues que se ve prisionera
En manos de bienes llenas,
Do son gloria las cadenas
Y dama la carcelera.
Es una leona fiera,
No mujer;
Mas de tanto merecer,
Que á los mismos que atormenta,
Con mirarlos acrecienta
La gana del padecer.
Ya yo no puedo prender (3)
Sin prenderme,
Ni tengo miedo de verme
Sin esta torre, porque
Es el alcaide mi fe,
Que nunca cansa ni duerme.

Á LA MISMA, CON UN SEBO DE MANOS.

Pues sola vuestra beldad
Es cárcel de los humanos,
Ablandad la libertad;
Que poca necesidad
Tienen desto vuestras manos.
Mas curadlas de manera,
Pues que sobran de hermosas,
Que el que lo merece muera,
Y el leal que en vos espera
Las sienta muy piadosas.

Á LA MISMA, CON UN CIERTO PAN QUE LE ENVIÓ.

El pan bendito que ayer
Vuesamerced me envió
Todos mis males volvió
En gran descanso y placer;
Porque, si no me engañais
Con las señales de fuera,
Pues pan, Señora, me dais,
Señal es que me mandais
Que coma porque no muera.
Y el aceite con que en medio
Lo masastes y envolvistes,
Esperanza es que me distes
De consuelo ó de remedio.
Y pues sin obligacion
El cuerpo habeis socorrido,
Movida de compasion,
Dad socorro al corazon,
De vuestra mano herido.

Á LA MISMA, ENVIÁNDOLE UN ESPEJO.

Angel nacido en la tierra,
Sin par ni comparacion,
En quien tal beldad se encierra,
Que hace continua guerra
A mi triste corazon;
Viendo aquí la perfeccion
Extremada que os dió Dios,
Aunque es grande mi pasion,
Veréis cuán justa razon
Es que se sufra por vos.

Á LA MISMA, ESTANDO MALA.

Ese mal que da tormento
A vuestra merced, Señora,
En vos tiene el aposento;
Mas yo soy el que lo siento,
Y mi alma quien lo llora;
Y de pura compasion
De veros sin alegría,
Se me quiebra el corazon.
Vos sentís vuestra pasion,
Mas yo la vuestra y la mia.

Á LA MISMA, CON UNOS CORALES.

Ya el penado corazon
Que vos heris cada dia,
Si tiene alguna pasion,
Estos, de su condicion,
Le procuran alegría;
Mas el mio es tan leal,
Que se huelga con los tristes,
Porque es pecado mortal
Querer remediar el mal
Que vos, Señora, hicistes.

Á LA MISMA, ESTÁNDOLA ESPERANDO.

Esperando la venida
Vuestra, mi bien soberano,
Pierdo á mas andar la vida,
Porque siente la herida
El tardarse el cirujano.
Pues si compasion habeis
Deste mi dolor esquivo,
Suplícoos que no tardeis;
Que si mucho os deteneis,
Quizá no me veréis vivo.

VILLANCICO.

La vida se gana,
Perdida por Ana.

Alegre y contento
Me hallo en morir;
No puedo decir
La gloria que siento,
Un mismo tormento
Me enferma y me sana,
Sufrido por Ana.
Do nace mi mal
Se causa mi bien;
Padezco por quien
Nació sin igual.
Por ser ella tal,
Mi muerte se ufana,
Sufrida por Ana.
Remedio no espero
De mi pena grave;

(3) Algunas ediciones dicen: *perder y perderme*.

Perdióse la llave
Do está lo que quiero
Si vivo, si muero,
De mucha fe mana
Que tengo con Ana.

Á UNA DAMA QUE TENIA MUCHOS SERVIDORES.

Don Francisco muere y mira;
Mas la señora Luisa
Con un poquito de risa
Le paga cuanto suspira.
No sé yo qué razon halla
Ella de dalle desvío,
Viéndole morir de frio
Por solamente miralla.

Tórnase moro Calvete
Por mostrarse servidor,
Y siendo competidor,
Le tienen por alcahuete.
Don Francisco haya paciencia;
Vedalle quiere la entrada;
Que no sufre en su posada
Sobre cuernos penitencia.

Por alabarse Horozco,
Como Lucifer cayó,
Y á sus orejas oyó:
«*Vade*, que no te conozco.»
Y queda claro de aquí
Que á quien ventura desecha,
Ni damasco le aprovecha,
Ni le vale carmesí.

Es grande su ingratitud,
¡Qué placer para Barrasa!
Que en verla desde su casa
Concibió en su senectud.
Y escribe cartas de amores,
Con que su mal satisface;
¡Ved qué no hará quien hace
Llevar á diciembre flores!

Castillejo en su pasion
Hace como hombre discreto;
Mas do el fuego es mas secreto,
Mas se quema el corazon.
El muere sin publicallo,
Y ella, sin cuidado dello,
Bien se huelga de entendello,
Pero no de remediallo.

A hurto sirve Hurtado
Por la ventana trasera;
Mas sana cosa le fuera
Un privilegio rodado.
Tanto le duele el afrenta
Casi como el disfavor;
Porque, siendo contador,
Diz que le han tomado cuenta.

Castillo, por ser letrado,
No es mucho que entre en audiencia;
Pero no basta su ciencia
A no vivir engañado;
Que en las leyes del amor
El pleito con mal está
Cuando el abogado va
A cas del procurador.

Melendez á pasearse
Gran rato há se levantó,
Y si perro le ladró,
No tiene de qué quejarse.
Cernió sin echar harina,
Y no se debe espantar;
Que por mucho madrugar
No amanece mas ahina.

Ya Sepúlveda se deja
De serle mas importuno;
Porque antes que ninguno
Tuvo de sus culpas queja.
Mas la causa de su enojo
Injusta la hallo yo;
Y pués el cuervo crió,
Bien es que le saque el ojo.

Quéjase Verastegui,
Que diz que le aborreció;
Por una vez que le vió
Enlodado el borceguí.
No le vale el amistad
Con que entra disimulado;
Que de verle mal peinado
Le niega la voluntad.

Morejon gran pena siente,
No sé qué tal es el pago;
Camino de Santiago
Todos andan igualmente.
No sé si trabaja en vano;
Mucho la guarda y rodea;
Menor mal será que sea
El perro del hortelano.

A estos y mas que tiene
Esta dama que aquí va,
Con falsas mañas que ha,
De solo aire los mantiene.
Sin pasion destas pasiones,
Yo me espanto, y con razon,
De cómo en un corazon
Caben tantas afliciones.

Á UNA DAMA.

Con nuevas llamas de amor
Mi corazon encendido,
Padezco tanto dolor,
Que tuviera por mejor
Nunca ser jamás nacido;
Porque mi nuevo cuidado,
En que vuestra hermosura
Me ha metido,
Todo mi placer pasado
Ha por vos en amargura
Convertido.

Y en ser fresca la herida
Y pesada la cadena,
Mi pasion es tan crecida,
Que no me sirve la vida
Mas de para sentir pena:
La grandeza de la cual
Bien basta para acabarme
Brevemente;
Mas la causa de mi mal,
Por mas de espacio penarme,
No consiente.

Yo de nuevo en el tormento,
Tras quien corro, tras quien sigo
Por fuerza, pero contento,
No sé decir lo que siento,
Aunque siento lo que digo.
Y con esta novedad
Confuso y embarazado
Mi sentido,
Voime tras la voluntad,
Como bisoño soldado
De Cupido.

Bien que quiero confesaros
Un pecado, aunque liviano,
El cual no puedo negaros,
Pues quedo por desearos
Con la candela en la mano.
Y es que cuando me prendistes
Procuré de defenderme
Muchos dias,
Basta que tanto pudistes,
Que no pudieron valerme
Mis porfias.

Y desta suerte viniendo
A pediros piedad,
Ningun derecho pretendo,
Pues os me rindo haciendo
Virtud de necesidad.
Ansias y mortal deseo,
Amor y vuestra beldad,
Gran guerrera,
Al fin fin, mientras peleo,

Han hecho mi libertad
Prisionera.
Mas ni por eso, Señora,
Os debeis mostrar cruel;
Bien os basta por agora
El nombre de vencedora,
Pues yo soy la causa dél.
Antes, pues sois generosa,
Hagamos ambos oficio
Digno de ello:
Vos de reina piadosa,
Yo de siervo que codicio
Merecello.
Porque quien supo miraros
No puede sino quereros,
Y queriéndoos, contemplaros,
Contemplándoos, adoraros,
Y adorando, obedeceros.
Obedeciendo, querer,
No querer nada de aquello
Que quisiere;
Mas por ley justa tener
El bien amar que por ello
Le viniere.
Por lo cual esta prision
En que vuesamerced tiene
Cautivo mi corazon,
Es para mi religion,
Do hice voto solene
De con toda lealtad,
Fe, cuidado y diligencia,
Sin pereza,
Manteneros humildad,
Y con humildad, paciencia
Con firmeza.
Humildad en siempre ser
Con mi fortuna contento;
Paciencia del padecer
(Porque vos hayais placer)
Muy alegre mi tormento;
Firmeza de ser constante
En amaros sin medida,
Y en serviros
Como limpio diamante,
Hasta que acabe la vida
Con suspiros.

Á UNA SEÑORA LLAMADA MENCÍA.

Si mi voluntad erraba
Gozando de libertad,
Luego vi la ceguedad
Y tinieblas en que estaba,
En viendo vuestra beldad.
Peno porque no pené,
No pené mientras no os vi;
Mas en viéndoos conocí
La gloria que agora sé
Que en veros tarde perdí.
Porque vuestra hermosura,
Gracias y merecimiento
Dan tanto contentamiento,
Que fué falta de ventura
La falta deste tormento.
Y aunque ya mi vida espere
Por amaros peligrar,
La tengo de aventurar;
Que si por vos la perdiere,
Tal perder será ganar.

Á LA MISMA, ENCOMENDÁNDOSE Á ELLA, Y HABIENDO SIDO ANTES ENEMIGOS.

Señora, quien ha de amar,
Don es harto conocido,
Para ser favorecido,
Tener quien pueda ayudar
A sostener su partido.
Pero yo, cuya ventura
Fuera teneros servida,
Teniéndoos tan ofendida,
¿Cómo dejaré segura
En vuestras manos la vida?
Mas si mi yerro me daña,
Imploro á vuestra piedad;
No mireis á mi maldad
Ni me mostreis vuestra saña
En tan gran necesidad.
Mas con corazon tocado
Del dolor que el mio siente,
Tratadme benignamente,
Perdonando lo pasado
Y ayudando en lo presente.
Que si de lo que pequé
Os quereis vengar agora,
Ya pluguiera á Dios, Señora,
Que cuando yo lo pensé
Muriera luego á deshora.
Y de aquí para ante Dios,
Al cual pongo por testigo,
Yo me reniego y desdigo;
Que por estar bien con vos
Huelgo de estar mal conmigo.

Á OTRA SEÑORA, SU COMPAÑERA, CUYO SOBRENOMBRE VA AQUÍ.

Mi triste vivir amargo,
Mezclado con mi pesar,
Me fuerza que ande á buscar
Quien quiera tenerme en cargo,
Si es parte de me salvar.
Pues ¿adónde iré mejor
Que á vuesamerced, Señora,
En quien tanta virtud mora,
Que os oso de mi dolor
Dar la llave desde agora?
Y por esto, si holgais
Que yo cautivo no muera,
Pues es la merced primera,
Os suplico me seais
Tercera con mi tercera,
Y que le querais rogar,
Entre los otros cuidados,
Que mis culpas y pecados
Le plega de perdonar
Solamente los pasados;
Porque en los de por venir
Yo haré tan clara enmienda,
Como su merced entienda
Que en lo que podré servir
No tendré corta la rienda;
Y por el tiempo que he estado
Rebelde de su servicio,
Haga de mí sacrificio
Tal, que yo quede purgado
De todo mi maleficio.
Lo cual me será mas sano,
Aunque muera por lo hecho,
Pues quedaré satisfecho,
Y en ser muerto de tal mano
No hay por qué llevar despecho.
Mas yo, Señora, estoy tal
Con el dolor que me hiere,
Que quedara, si quisiere,
Mas vengada con mi mal
Que en la muerte que me diere.

Á LAS MISMAS.

Discretas damas hermosas,
Devotas, castas, honestas,
En quien están todas estas
Y otras mil gracias y cosas
Excelentes manifiestas;
Virtudes tan escogidas
Merecian ser servidas
De todos cuantos mirais;
Salvo que las afeais
Con ser desagradecidas;

Que de vuestra gentileza,
Que Dios á su semejanza
Hacer quiso, no se alcanza
Sino causarnos tristeza
Y quitarnos esperanza;
Por lo cual, aunque sabemos
Mil causas por que os debemos
Continuamente loar,
Callamos por nos vengar
De la rabia que tenemos.

Á UNA DE LAS SOBREDICHAS, QUE SE ENOJÓ HABIÉNDOLA MIRADO MUCHO.

Si en mirar con atencion
Mis ojos os ofendieron,
Ved la razon que tuvieron,
Y el mal que á mi corazon
Principalmente hicieron.
Y aunque yo de pesar muera,
Por ser causa de enojaros
Esto quiero confesaros:
Que por mas daño tuviera
Si dejara de miraros.

Á UNA SEÑORA LLAMADA INÉS.

Sin espada ni puñal
Me habeis herido, Señora,
Y aunque afuera no hay señal,
Dentro es la llaga mortal,
Y yo lo estoy cada hora.
Hiriórne vuestra beldad
Con armas á su medida,
Por la cual, siendo servida,
Podeis saber la verdad
De cuán grande es la herida.
Mas no se debe entender
Que me agravio de lo hecho,
Pues cuanto podeis hacer
Yo lo debo padecer,
Siendo vuestro de derecho.
Cuanto mas que de tal mano,
Si bastare el sufrimiento,
No puede venir tormento
Que no lo haga liviano
Vuestro gran merecimiento.
De do nace, de do viene
Que este mi dolor cruel,
Con cuantas lástimas tiene,
No hay causa por que me pene,
Con tal que os pene á vos dél.
Y así, de verse tan llena
De amores mi voluntad,
Se atreve con humildad
A pedir que de mi pena
Os movais á piedad.
Que de mi mal y pasion,
De que vos la causa fuistes,
Dolores manda razon,
Siquiera por compasion (4);
Si no, porque lo hicistes;
Y para no descuidaros
Del cuidado en que me veis,
Si remediarle quereis,
Debeis, Señora, acordaros
Que vos sola lo podeis.

Á UN AMIGO SUYO, PIDIÉNDOLE CONSEJO EN UNOS AMORES ALDEANOS.

Heredero principal
Del discreto Cartagena,
Pues vuestro saber es tal,
Quiéroos descubrir mi mal
Porque remedieis mi pena.
Sabed que muero de amores
Rústicos y labradores,
Groseros y desabridos;
Mas lozanos y pulidos,
Y lindos como unas flores.
Es una moza aldeana,
Zabareña, desdeñosa,
Muy grave sobre liviana,
Hermosa, pero villana,
Villana, pero hermosa.
Bien dispuesta á maravilla,
Rubia, blanca y colorada;
Pero tan desamorada,
Que querella ni servilla
Es cosa muy excusada.
Y esta gran contrariedad
Acrecienta mi fatiga,
Porque su mucha beldad
Convida mi voluntad;
Mas ella me es enemiga,
Y no solo no agradece
Lo que por ella padece
Mi penado corazon,
Mas por la misma razon
Me desama y aborrece.
Y maguer simple pastora,
No deja de conocer
Lo que es, ni menos ignora
La beldad que en ella mora,
Que no se puede asconder.
Do viene que su limpieza
Al olor de su lindeza
La hace doblado esquiva,
Despreciadora y altiva,
Preciando su gentileza.
Vila por desdicha mia
El dia de Santiago;
Que, aunque es santísimo dia,
Segun yo peno, diria
Que fué para mi aciago.
Un corro de mozas bellas,
Y esta traidora con ellas,
Bailaban en unas bodas;
Mas sobrábalas á todas
Como el sol á las estrellas.
Miré que estaba vestida,
Por ser fiesta señalada,
De saya verde fruncida,
Con un tejillo ceñida
Y una albanega labrada.
Sus zapatas coloradas
A media pierna arrugadas,
Su cabezon y gorguera,
Camisa blanca grosera,
Con las mangas apuntadas.
Bailaba con gran primor,
Cantando con gentil arte
Sus cantares á sabor,
A fuer de Villamayor,
Seis á seis de cada parte.
Yo, cuitado, por gozar
Lo que debiera excusar,
A mirallas me paré,
Y al punto que allí llegué
Decian este cantar:

«Aquí no hay
Sino ver y desear;
Aquí no veo
Sino morir con deseo.
»Madre, un caballero
Que estaba en este corro
A cada vuelta
Haciame del ojo.
Yo, como era bonica,
Teníaselo en poco.
»Madre, un escudero
Que estaba en esta baila
A cada vuelta
Asíame de la manga;
Yo, como soy bonica,
Teníaselo en nada.»

Yo, que bailar la miraba,
De que gran placer habia,

(4) Otras ediciones dicen: *Si fuere.*

En la moza contemplaba,
Y cada vuelta que daba,
El corazon me heria.
Y no bien amonestado
Del cantar atrás contado,
Preso de su hermosura,
Queriéndolo así ventura,
Acordé de ser penado.
Y por mas no dilatar
Lo que el amor me pedia,
Determiné de esperar
Allí para la hablar
Cuando á su casa volvia.
Y díjele: «A fe, Señora,
Que sois gentil bailadora;
Dichoso quien os habrá»
Respondióme: «Dios, que ha,
En eso pensaba agora.»
Dende adelante siguiendo
La conquista comenzada,
Cuanto mas la voy queriendo,
Menos con ella me entiendo,
Ni ella quiere entender nada.
Mas, caso que lo quisiese,
Y yo con ella pudiese
Platicar, lo cual no puedo,
Téngole cobrado miedo,
Y he miedo que me entendiese.
Y como de mis dolores
Esté tan libre y ajena,
Aunque le diga primores,
Siente tan poco de amores,
Que se burla de mi pena.
Y en pago de cuanto afano,
Por ser el padre villano,
Acusando mi porfia,
Dice que no es igual mia,
Siendo mayor una mano.
Mira, Señora, en mi mal,
Que es extraño y al revés
De otros amores; el cual,
Si fuera mas general,
Mal de muchos gozo es;
Mas este, cualquier que sea,
Por el lugar do se emplea
Es tal, que si sin morir
Del me deja Dios salir,
Nunca mas amor de aldea.
Pero no puedo hacer,
Segun amo, ya mudanza;
Y pensar jamás vencer
Tan ignorante mujer
Es una vana esperanza.
Pues vivir con tal dolor
No lo consiente el amor,
Si no me quiero tornar
Garzon del mesmo lugar,
Y me hago labrador.
Contempla pues mi tormento
Y el trabajo con que vivo;
Y creed que lo que siento
Es para mí, que lo cuento.
Mucho mas de lo que escribo;
Y viendo cuál puede ser
Lo que debo padecer,
Si os doleis de mi cuidado,
Venga el remedio esperado
Conforme á vuestro saber.

RESPUESTA DEL AMIGO SOBRE LOS DICHOS AMORES.

Mas con gana de serviros
Que con sobra de saber,
Quiero, mi señor, deciros
De vuestros nuevos suspiros
De amores mi parecer;
Aunque ser yo trovador
Va tan fuera de razon,
Que sois en cargo, Señor;
Siendo vos el causador,
De hacer restitucion.
Pero pues me habeis mandado,
Y es forzado obedeceros,
Sintiendo vuestro cuidado
Tanto, que me ha lastimado,
He por bien de obedeceros;
Y si el remedio no fuere
Tal que alivie la pasion,
Pues pedis vida á quien muere,
De quien lo que quereis quiere
Recibiréis la intencion.
Y por ser vuestros amores
De calidad tan contraria,
Temo mas vuestros dolores,
Y los tengo por mayores,
Pues es pena extraordinaria;
Que, segun do se ha empleado
El amor que os apasiona,
Es hablar en lo excusado
Pensar de ser remediado,
Si no mudais la persona.
Que, pues con tan cruda mano
Os ha herido el amor,
Pienso ser consejo sano
Hablarla como aldeano;
Quizá sentirá el dolor.
Porque, siendo tan grosero
Su traje con su vivir,
El estilo verdadero
Le parecerá extranjero,
Aunque llegueis á morir.
Y si en vos, Señor, hubiera
Poder de poder libraros,
El mejor remedio fuera
Desa cruel pena fiera
Tener medio de apartaros;
Mas, pues no podeis haber
Libertad de vuestro mal,
So enmienda de mas saber,
Si quereis querido ser,
Mudad vuestro natural.

AL MISMO AMIGO, PIDIÉNDOLE CONSEJO EN OTRO TRABAJO.

Pues sois homenaje do quiso el saber
Hacer su morada, teniendo por cierto
Ponerse en lugar de mas merecer,
Suplicoos me deis vuestro parecer,
Si quereis á vida tornarme, de muerto.
Una ansia cruel de amores poseo
Por una señora á quien celo el dolor;
Muero por vella, y cuando la veo,
Segun me atormenta mi grave deseo,
Deseo no vella, creyendo es mejor.
Estoy tan cautivo, de mí tan ajeno,
Que ella me tiene y yo no soy mio;
Ni sé qué me es malo ni sé qué me es bueno,
Porque es tan crecida la pena que peno,
Que de ella ser libre yo ya desconfio;
Y temo que siendo por ella sabida
Mi pasion rabiosa, de que es causadora,
Será tan cruel y tan desconocida,
Que aunque padezca mil muertes en vida,
No querrá nombre de remediadora.

RESPUESTA DEL AMIGO.

Siempre oí decir, Señor,
Y así lo tengo por cierto,
Que cualquier mal y dolor
Tanto crece y es mayor
Cuanto mas anda encubierto.
Especial el mal de amores,
Que es de fuego, y desque empieza
A confirmar sus ardores,
Luego envia sus vapores
Al seso y á la cabeza.
Pues si callándolo crece,
Y publicándolo mengua,

Necesario me parece
Lo que el corazon padece
Que lo descubra la lengua;
Cuanto mas que el mal y afrenta
Que por mujeres pasamos
Tan poco las atormenta,
Que aun no reciben en cuenta
Aquello que publicamos.

Pues si nuestro mal quejando
No se nos guarda justicia,
Y andamos siempre llorando,
¿Qué esperamos dellas cuando
No ha llegado á su noticia?
Así que, segun razon,
Vivir el hombre penado
Sin revelar su pasion
Es morir sin confesion,
Para siempre condenado.

Y pues que mi parecer
Demandais, Señor, agora,
Digo que debeis tener
Medio de dar á entender
Vuestro mal á esa señora;
Y si quejándoos á ella
No se doliere de vos,
Oida vuestra querella,
Mas vale quejaros della
Que no de entrambos á dos.

Mas si vuestro padecer
Os quita el atrevimiento,
Vuestra fe, vuestro saber,
Vuestro amor y merecer
Os deben poner aliento.
Descubrid vuestra tristura,
Y no espereis á mas tarde;
Que cosa muy mas segura
Es probar nueva ventura
Que no morir de cobarde.

Á UNA DAMA, Á CIERTO PROPÓSITO.

Mi memoria y vuestro olvido
Se juntan á guerrearme;
Han jurado de negarme
El remedio que les pido,
Por acabar de matarme.
Caro me costó miraros,
Porque así me hechizastes,
Que despues que supe amaros,
Aunque sé que me olvidastes,
No sé jamás olvidaros.

Vuestro olvido, que no acuerda,
Mi memoria, que no olvida,
Porque vos seais servida,
Han acordado que pierda
Por vuestra causa la vida;
Y aunque es justa mi querella,
Consiento en esta sentencia;
Que, pues vos fuistes en ella,
No me da pena paciencia,
Ni me canso de tenella.

Hechiceros deben ser
Vuestros ojos, reina mia:
Quitan y dan alegría,
Quitan y ponen placer,
Y todo en un mismo dia.
Aquel en que me prendistes,
Con los vuestros me mirastes;
Los mios adolecistes,
Porque, segun los tratastes,
Contino vivirán tristes.

Destos me duelo, Señora,
Que no reciben hartura
De ver vuestra hermosura.
Gozan de veros un hora,
Y parten con amargura;
Que el cautivo corazon,
Aunque hace penitencia
Con hallarse en su prision,
En vuestra linda presencia
Da descanso á su pasion.

Mas este tambien se queja,
Viendo que á morir se va,
Porque tan llagado está,
Si vuesamerced le deja,
Que sin duda morirá.
Y si no le dais favor,
Cual os pide su dolencia,
Y le tratais con amor,
No espero menos de ausencia
Con que acabe mi dolor.

Á LA MISMA, POR CIERTA COBARDÍA QUE HIZO EN UNA COSA QUE PROMETIÓ.

De ningun trance se espanta
La virtud de fortaleza,
Ni por rigor se quebranta,
Ni se vence de flaqueza,
El cuchillo á la garganta.
Escudo viste de acero,
En que los golpes espera:
No desmaya de ligero,
Porque el amor verdadero
Al temor lanza defuera.

Fuerza y amor falleciendo
En vuesamerced, Señora,
Distes la vuelta huyendo;
No pudistes sola un hora
Velar conmigo sufriendo.
El esfuerzo y osadía
Entregastes al temor,
Padecistes cobardía,
Dejastes á la osadía
Y negastes el amor.

El cual, de vos afrentado,
Manda que de aquí adelante
Vuestro nombre su privado
Sea, por ser inconstante,
De sus libros rematado;
Pero quiere que se os dé
Todo vuestro acostamiento,
Habiendo respeto á que
Lo que faltastes en fe
Sobrais en merecimiento.

Item mas, mandan llorar
Todos vuestros servidores
Este yerro sin cesar;
Que, pues no fué por amores,
No es digno de perdonar;
Y que sientan esta llaga
En llegando á su noticia,
Y pechen para la paga,
Porque amor se satisfaga
Por el fin de su justicia.

Lo cual, caso que os condena,
Mas porque en algo os disculpa,
Que seais libre se ordena
De la pena de la culpa,
Mas no de la de la pena.
Y en enmienda de lo hecho,
Por cuanto sois acusada
Por parte de mi despecho,
Manda que tomeis mi pecho
Por cárcel y por posada.

En el cual hasta que muera,
Como persona de estima,
Quedaréis por prisionera,
Con unas letras encima
Que digan desta manera:
«En este sepulcro fuerte
Está cerrada y metida
Una dama de gran suerte,
Que por temor de la muerte
Negó el amor de la vida.»

Á LA MISMA.

Un nuevo dolor me aqueja,
Y no sé dónde nació,
Sino que me apareció
Un ángel por una reja,
Y con su gran claridad
Hizo tanta novedad
En mi alma descuidada,
Que luego sentí mudada
Contra mí mi voluntad.
Mas, segun su hermosura,
Cuanto se pierde se gana;
Que tiene menos de humana
Que de angélica figura.
El resplandor de su cara
A ninguno se compara
Sino a su mismo pintor,
Y su gesto es fiador
De lo que el nombre declara.

Á LA MISMA.

Esa cuartana enojosa
Repartámosla, Señora;
Porque en vos es malhechora,
Y en mí será gloriosa.
Cierto tuvo muy ufanos
Pensamientos vuestro mal,
Pues osó poner las manos
En un ángel celestial.

Á LA MISMA, TORNÁNDOLE Á ENVIAR UNA IMÁGEN DE UN MUERTO.

Este muerto se ha tardado
Por tenerme compañía;
No sea por causa mia
De vuesamerced culpado.
Mil veces se quiso ir;
Mis manos le detuvieron,
Y mis ojos no pudieron,
Sin llorar, verle partir.
Y siendo muerta su cara,
Si fuera de carne pura
Como fué de piedra dura,
A mi voz se despertara.
El podrá decir lo cierto
De mí, pues durmió conmigo;
Que bien vale por testigo
Un difunto de otro muerto.

Á LA MISMA, PORQUE QUEMÓ UNAS CUENTAS QUE LE HABIAN DADO.

Cuantas veces me da cuenta
Vuesamerced de mis cuentas,
Tantas me mandais que sienta
Los martirios, las afrentas
Del fuego que las calienta.
Ellas pagaron así
Por contaros mis querellas;
Yo me quemo en sus centellas;
Que bien basta para mí
La brasa que sale dellas.
Pero ya que padecian
Las cuentas sin ofenderos,
Porque mi mal os decian,
Los extremos de quereros,
Decidme, ¿qué merecian?
Estrecha la deis á Dios
En aquel contado dia
Por su muerte y por la mia,
Pues que nunca contra vos
Cometimos herejía.

Á LA MISMA, POR CIERTA FALTA QUE HIZO EN UN CONCIERTO.

Como mi mal es ajeno,
Bien es que de pelo cuelgue
Y que vuesamerced huelgue
Y duerma cuando yo peno.
No es la poca libertad
La que fué causa del daño;
Que bien sé que está el engaño
En sola la voluntad.

Á UNA DAMA, TORNÁNDOLE UN ESTUCHE CON UN CUCHILLO MENOS.

Pues al cabo he de morir
A manos de quien me ofende,
Partido será rendir
El arma que me defiende.
Vuesamerced la reciba,
Pues aborrezco ser sano;
Que el herido de tal mano
Nunca plegue á Dios que viva.
No se dirá que le sobra,
Antes le falta una pieza;
Que en vos no tiene mas obra
Que cortarme la cabeza.
Si esta fuera menester,
Prestada tengo la vida;
Cada que por vos se pida
Os la tengo de volver.

Á UNA DAMA LLAMADA ÁNGELA.

Sobre la piedra sembré,
Vana fué mi confianza;
Sobre polvo edifiqué:
Revés recibió mi fe
Y desvió mi esperanza.
Vuestro nombre me engañó,
Mas el sobrenombre no;
Que con obras desengaña.
Tras el ángel iba yo;
Diablo se me tornó
Al entrar de la montaña.

OTRAS Á LA MISMA.

La gran fe, de mi fe muestra,
Vivirá siempre jamás;
Mas yo no viviré mas
De cuanto viva la vuestra;
Que en mostrarse desservida
Vuesamerced de mi gloria,
Condenastes mi memoria
A pesarle con la vida.
Pues si se ha de sustentar
Mi vida sobre esta fe,
Claro está que moriré
En quitando este pilar.
Pagaré con las setenas
Aquel sabroso bocado,
De nuevo siendo obligado
A cien mil cuentos de penas.

OTRAS Á LA TERCERA.

Las mercedes recibidas
De la vuestra cada hora,
Ser pagadas ni servidas
Es imposible, Señora,
Aunque tuviese mil vidas.
Una tengo, que no tiene
Mas bien del que de vos viene,
Con el cual vive contenta,
Asentada á vuestra cuenta,
Pues que por vos se sostiene.
Y si justa piedad
Os mueve de mi gemido,

Inclinad la voluntad
A no ponerme en olvido
En tan gran necesidad.
Si vuesamerced me olvida,
Cuenta daréis de mi vida;
Porque está puesta en estado
Que con caido reforzado
Por horas es sostenida.

Asi vuesamerced sea
Librada de mis dolores,
O presa, porque los crea;
No sufrais competidores,
Ni yo los oya ni vea.
Desámolos en extremo,
Y querria, porque temo,
Si mi señora mandase,
Que ninguno se quemase
En el fuego en que me quemo.

Á UNA SEÑORA LLAMADA GRACIA.

Placer es cualquier dolor
Que por vos viene, Señora,
Pues juzgando sin error,
Os podeis llamar la flor
De cuantas viven agora.
Que de justicia y razon,
Sin que reciban ultraje,
Vista vuestra perfeccion,
Cuantas hoy nacidas son
Os deben el homenaje;

Porque seis tan extremada
En gracia sobre manera,
Que la mas, mas acabada,
Delante de vos mirada,
Se juzgará por grosera.
Y todas las mas de quien
Hemos ya visto la muestra,
Vistas y juzgadas bien,
Todo es ropa de almacen,
Cotejada con la vuestra.

No es de balde, pues teneis
Gracia, Señora, por nombre;
Porque tanta poseeis,
Que con sola ella podeis
Dar la vida á cualquier hombre.
Gran parte teneis las dos,
Ella de vos, y vos de ella;
Pues por la gracia de Dios,
La mucha que puso en vos
El mismo nombre la sella.

Los que vuestra gracia vemos
La gracia nos alcanzó:
Presos de gracia serémos;
Gracia sois para que demos
Gracias á quien os crió.
Gracia hubistes y ventura
Segura, que jamás falte;
En vos la gracia se apura,
Pues sobre la hermosura,
Della teneis el esmalte.

Destas gracias arreada,
Si loallas y querellas
Es gracia muy señalada,
Ved si la terná doblada
Quien llegare á gozar de ellas;
Pero vos, dama hermosa,
Tambien habeis de mirar
Que, demás de ser graciosa,
Conviene, siendo piadosa,
No preciaros de matar.

Por vuestro nombre guiado,
Voy á buscar gracia en vos.
A ser vuestro soy forzado;
Si en ello vivo engañado,
Mal os lo demande Dios.
Yo confieso que podeis
Darme la muerte y la vida,
Mas matarme no debeis;
Que con mi vida seréis
Mejor, Señora, servida.

Á OTRA DAMA.

Flor de todas las doncellas,
Que asi como el sol ataja
La lumbre de las estrellas,
Asi vos sobre las bellas
Teneis clara la ventaja;
Descanso de mi cuidado,
Gloria de mi pensamiento,
¿Por qué me habeis olvidado
Cuando mas y mas penado
Por vuestra causa me siento?

Ya mi ventura enemiga
No me quiere ni consiente
Dar lugar para que os diga,
Como suelo, la fatiga
Que sufro continuamente.
Y si vos quereis que asi
Desespere quien espera,
¿Qué es de cuanto yo os servi?
¿Porque os quiero mas que á mí
Holgais, Señora, que muera?

Verdad es que me prendistes
Con condicion de pagarme
Y de darme noches tristes;
Pero nunca me dijistes
Que era para desdeñarme.
Y agora, despues de un año,
Porque conoceis mi fe,
Haceis de mí del extraño
Para que me llame á engaño;
Sabed que no lo haré.

Ya sé que soy obligado,
Sin que nadie me socorra,
Siendo esclavo, á estar atado,
Entre dia aherrojado,
Y de noche en la mazmorra.
Ya sé las tribulaciones
Que me conviene sufrir,
Las angustias á montones,
Congojas, ansias, pasiones
Con que tengo de vivir.

Ya sé que al mejor librar,
Palos y pan con dolor,
Y despechos y pesar
No pueden jamás faltar
En la casa del amor.
Un poco de favor pido
Para penar como debo,
Viéndome favorecido;
Que por la ley de Cupido
Es como darlo á renuevo.

No os precieis de matadora,
Cosa de vos tan ajena,
Ni digan por vos agora:
A moro muerto, Señora,
Gran lanzada á mano llena.
Y pues de mi lealtad
Teneis ya conocimiento,
Habed de mi piedad,
Salvo si la crueldad
Os da mas contentamiento.

Mas venga, señora mia,
Venga cuanto mal quisiere;
Que con esta mi porfia
Viviré con alegria
Cuando mas pena tuviere;
La cual, aunque me convida
A dar mortales suspiros,
Sois vos tal, que ya en mi vida,
Mientras vos fuerdes servida,
No dejaré de serviros.

Á OTRA, CON UN CORAZON DE AZABACHE ENGASTADO EN ORO.

En su color verdadero
Estaba mi corazon,
Y el fuego de su pasion,
Abrasándolo primero,
Al fin lo hizo carbon;
Y ha quedado
En esta forma y estado
Que ante vuesamerced va,
Traslado del que acá está
En mi pecho sepultado.
Y por daros cuenta dél,
Por la fe de vasallaje
Le envio con mi mensaje
Para acudiros con él
Como alcaide de homenaje;
Que, aunque es muerto,
De nueva vida va cierto,
Pues que la perdió en oficio
Yo para vuestro servicio
Muriendo, queda despierto.
Y mirando que se alcanza
Gloria donde este murió,
De oro le cerqué yo,
En memoria y alabanza
Del fuego que le quemó.
Su tristura
Le mató, mas su ventura
Le guarneció desta suerte,
Porque tal cual fué la muerte,
Tal fuese la sepultura.
Y así, le debeis tener
Por reliquia de valor,
Pues es de mártir de amor,
Que holgó de padecer
Por la causa su dolor;
Y en descuento,
En parte de su tormento
Mereció, porque tal fué,
Que se engastase su fe
En vuestro merecimiento.

AL NOMBRE DE FRANCISCA.

Fué ventura conoceros,
Razon me manda serviros,
Amor me manda quereros;
No se excusan mis suspiros.
Causas hay para dolerme,
Y la mayor es partirme;
Soy vuestro para ser firme;
Camino voy de perderme,
Aunque no de arrepentirme.

A UNA QUE LE MINTIÓ.

Vuestras obras me decian
A vuestro sí no dar fe;
Disela, pensando que
Los ángeles no mentian.
Si pequé porque os crei,
Harto caro me costó;
Pues ya, desdichado yo,
Me va peor con el sí
Que me iba con el no.

Á LA MISMA.

Cruel, desagradecida,
Sin verdad y sin piedad,
Vuestra mala voluntad
Ya está clara y conocida;
Y en tratarme vos así
No haceis lo que debeis,
Pues el mal que me haceis
Nunca yo os lo merecí.

Á LA MISMA, PORQUE SE IMPORTUNABA DE ÉL.

Si mi vida no os es buena,
Mi muerte á Dios demandemos,
Y así nos excusarémos,
Vos de enojo, yo de pena;
Que dejaros de servir,
Viviendo, no puedo, no;
Porque es ley quereros yo,
En que tengo de morir.

Á UNA DAMA QUE ENVIÓ CIERTA FRUTA Y GUANTES.

Vuesamerced lo miró
Como discreta y astuta,
Pues de guantes proveyó
Porque mereciese yo
Tocar con ellos tal fruta.
Merced que tan alto toca
Deja mis dedos ufanos:
Necesidad, y no poca,
Tiene de dulce mi boca
Y de lo blando mis manos.

Á UNA SEÑORA LLAMADA DE LERMA.

Con vuestra gracia y beldad,
Hermosa dama de Lerma,
Dejastes del todo yerma
Mi vida de libertad;
Y de prision de tal suerte
Mi sentido quedó tal,
Que lo menos de mi mal
Es gustar siempre la muerte.
Ante las muy extremadas
Gracias, y muy excelentes,
De quien mata mi vivir,
Olvídanse las pasadas,
Han envidia las presentes,
Penarán las por venir;
Porque quiso Dios hacella
En hermosura sin par,
Y en valor tan sola una,
Que mirando bien á ella,
Todos pueden excusar
De mirar otra ninguna.

Á UNA DAMA, QUE FUÉ EN ROMERÍA Á SANTA CRUZ.

En partiros, clara estrella,
Partióse de mí la luz;
Así que, yendo á la cruz,
Me dejastes puesto en ella.
Vos ganastes los perdones
Desta santa romería;
Yo gané cien mil pasiones,
Quedando sin alegría.
Y en veros á vos partida,
Partióse de mí la luz:
Así que, quedo en la cruz
Hasta ver vuestra venida.

SIENDO PREGUNTADO.

De tan secreto cimiento
Nace mi pena de amor;
Que, aunque llagado me siento,
Á mi propio pensamiento
No descubro mi dolor.
Callando muero dichoso,
Sin descubrir mi herida;
El hablar es peligroso;
Aun pedir muerte no oso,
¿Cómo demandaré vida?

Á CIERTO AMIGO, QUEJÁNDOSELE.

Con dolor de amor esquivo
Estoy dormido y despierto;
Siendo libre, soy cautivo:
Es lo público de vivo,
Y lo secreto de muerto.
Y la muerte, segun creo
De razon, no tardará,
Que casi venir la veo;
Mas en ver que la deseo,
Quizá se encarecerá.

Á UNA DAMA QUE HABIÉNDOLE DADO UNAS CUENTAS, Y ELLA DÁDOLAS Á OTRO, LE TORNÓ Á ENVIAR OTRAS CON UN CORDON PARDO Y VERDE.

Aunque contino receis,
De Dios recibiréis penas:
Pues que ya distes las buenas,
Malas cuentas le daréis.
Y de tan grave desvio
La pena con que mas peno,
Es ver que es lo verde ajeno,
Y lo pardo todo mio.

Á OTRA, ENVIÁNDOLE UNAS CUENTAS DE INGLATERRA GUARNECIDAS.

Estas, aunque ciertas son,
Tratadlas como á extranjeras;
Las cuentas de mi pasion
Son mucho mas verdaderas,
Por salir del corazon.
Y destas colores dos
Yo quedaré bien pagado
Si tal pena y tal cuidado
Teneis de mi verde vos
Cual yo de vuestro morado.

Á DOÑA ANA DE ARAGON, ESTANDO EN SANTA CLARA.

Justamente se metió
En prision vuesamerced,
Por las muchas que causó,
Y bendita es esa red,
Que tal presa mereció;
Por la cual en libertad
Ya todo el mundo estuviera,
Si con el cuerpo pudiera
Prenderse la voluntad.
De aqueste agravio conviene
Que nos llamemos á engaño,
Pues es mas justo que pene
Quien causaba nuestro daño
Que no quien culpa no tiene;
Que con encerraros vos
Nuestra suerte quedó tal,
Que, en vez de sanar de un mal,
Adolecimos de dos.
Porque el dichoso que os via,
Aunque á muerte se obligaba,
Y en vivir la recebia,
Con veros se le pagaba
Lo que por veros sufria.
Mas todo se desbarata
Dejando vuestra partida
Preso lo que daba vida,
Y suelto lo que la mata.
Y deste agravio terrible
Esperar enmienda alguna
Es cosa muy mereible,
Pues con lo hecho fortuna
Hizo mas de lo posible.
Que ya que el cuerpo se ofenda,
Ese corazon real
No puede, que es de metal;
Que no hay prision que le prenda.

EN LOOR DE UNA DAMA.

De ser la mas acabada
Una gran falta teneis,
Señora, que no podeis
Ser servida ni loada
El quinto que mereceis.
Tantas gracias en ninguna
Lengua sola, aunque importuna,
Es imposible caber;
Pues son muchas menester
Para alabaros de una.

Á UNA DAMA QUE PIDIÓ EL CANCIONERO GENERAL, Y ÉL, POR NO COMPRARLE, LA ENVIÓ UNAS COPLAS SUYAS MUY ESCURAS.

Escuras las envió
Sus coplas el caballero;
Pero muy bien acertó
En no dar el Cancionero
Que vuesamerced pidió;
Porque, segun os holgais
De matarnos cada dia,
Daros lo que demandais,
A mi parecer seria
Meter armas en Turquia.
Y vuesamerced, Señora,
Contenta debria estar
Con los muertos hasta agora,
Sin nuevas muertes buscar
Al triste que se enamora;
Que para darnos pasion,
Hizoos Dios, Señora, tal
Y de tanta perfeccion,
Que os basta lo natural,
Sin buscar lo artificial.
Así que, dama hermosa,
De que gran parte teneis (5),
Mucho mas que de piadosa,
Avisada quedaréis
De pedir injusta cosa;
Que, si bien quereis sentillo,
Daros lo que os negó él
Era poner el cuchillo
En vuestra mano cruel
Para matarnos con él.
Mas ni por eso de pena
Aquel señor se excusó;
Que, si su intencion fué buena,
Y á nosotros nos salvó,
A sí mismo se condena;
Pues por vuestras escogidas
Gracias, si bien lo ha mirado,
Aventurar nuestras vidas
Era muy menor pecado
Que quebrar vuestro mandado.
Que por tan graciosa dama
El que la vida perdiere
Bástele dejar tal fama,
Y el que la muerte temiere
Da señal que bien no ama.
Y pues por esta razon
El no dar el Cancionero
Es prueba de mi intencion,
Condénese el caballero,
Que su amor no es valedero.
Y así, si bien lo mirais,
Nunca, dama, servidor
Tendréis en quien conozcais
Que por daño ni temor
No cumple lo que mandais.
Y si veis que yo merezco
Ser vuestro, como codicio,
Desde aquí la vida ofrezco,
Que muera en vuestro servicio,
Porque acabe en buen oficio.

(5) En algunas ediciones se lee:
De que mas parte teneis.

AL AMOR PRESO.

Por unas huertas hermosas
Vagando muy linda Lida,
Tejió de lirios y rosas
Blancas, frescas y olorosas,
Una guirnalda florida;
Y andando en esta labor,
Viendo á deshora al Amor
En las rosas escondido,
Con las que ella habia tejido,
Le prendió, como á traidor.

El mochacho no domado,
Que nunca pensó prenderse,
Viéndose preso y atado,
Al principio muy airado
Pugnaba por defenderse;
Y en sus alas estribando,
Forcejaba peleando,
Y tentaba, aunque desnudo,
De desatarse del fundo,
Para valerse volando.

Pero viendo la blancura
Que sus tetas descubrian,
Como leche fresca y pura,
Que á su madre en hermosura
Ventaja no conocian;
Y su rostro, que encender
Era bastante y mover
Con su mucha lozanía
Los mismos dioses, pedia
Para dejarse vencer.

Vuelto á Vénus á la hora,
Hablándole desde allí,
Dijo: «Madre emperadora,
Desde hoy mas busca, Señora,
Un nuevo amor para ti.
Y esta nueva, con oilla,
No te mueva ó dé mancilla;
Que habiendo yo de reinar,
Este es el propio lugar
En que se ponga mi silla.»

Á UNA DAMA QUE SE DECIA JULIA.

Con la blanca nieve fria
Me tiró Julia certera;
Yo, loco, nunca creyera
Que en la nieve fuego habia;
Mas aquella fuego era.
Y por fria y por helada,
Que así suele ser de hecho,
De nieve fuego tornada,
Bien pudo quemar mi pecho,
De tus manos arrojada.

¿Qué lugar ó parte habrá
De las insidias segura,
Que amor para mí procura,
Si el fuego metido está
En el agua helada dura?
Tú, Julia, sola mejor
Puedes, teniéndome duelo,
Matar mis llamas de amor;
No con nieve ni con hielo,
Sino con igual ardor.

GLOSA

DEL ROMANCE *Tiempo bueno*.

¡Oh vida dulce y sabrosa,
Si no fueses ya pasada;
Sazon bienaventurada,
Temporada venturosa!
Oh descanso en que me vi!
Oh bien de mil bienes lleno!
Tiempo bueno, tiempo bueno,
¿Quién te me apartó de mí?

Ya que llevabas mi gloria
Cuando de mí te apartaste,
Dime, ¿por qué no llevaste
Juntamente su memoria?
Por qué dejaste en mi seno
Rastro del bien que perdí
Que en acordarme de tí
Todo placer me es ajeno.

Siendo pues la llaga tal,
Nadie culpe mi dolor.
¿Cuál es el bruto pastor
Que no le duela su mal?
¿Quién es así negligente,
Que descuida en su cuidado?
¿Quién no llora lo pasado
Viendo cuál va lo presente?

Si la vida se acabara
Do se acabó la ventura,
Aun la misma sepultura
De dulce carne gozara;
Mas quedando lastimado,
Viviendo vida doliente,
¿Quién es aquel que no siente
Lo que ventura ha quitado?

Que, aunque así sin alegría
Me veis rico de pesar
Y ahajado á desear
Lo que desechar solia;
Aunque me veis sin estima,
Tras un rincon olvidado,
Yo me vi ser bien amado,
Mi deseo en alta cima.

El tiempo hizo mudanza,
Dándome revés tamaño,
Que, no contento del daño,
Mató tambien la esperanza.
Y de verme, estando encima,
Por el suelo derribado.
Contemplar en lo pasado
La memoria me lastima.

El olvido, porque es medio,
Húyele mi fantasía;
La muerte, que yo querria,
Húyeme porque es remedio.
Lo bueno que se me antoja
Mi dicha no lo consiente;
Y pues todo me es ausente,
No sé cuál extremo escoja.

De nada vivo contento,
Y con todo vivo triste;
Ausencia, tú me heciste
De todos bienes ausente.
El mas ligero accidente
De mi salud me despoja;
Bien y mal, todo me enoja,
¡Cuidado de quien lo siente!

Muy grande fué mi favor,
Grande mi prosperidad;
A sola mi voluntad
Reconocí por señor;
En mis brazos se acostaron
Esperanzas, y no vanas;
Tiempo fué y horas ufanas
Las que mi vida gozaron.

Y agora no gozan della
Sino solos mis enojos,
Que manando por los ojos,
Satisfacen su querella.
Verdes nacieron, tempranas,
Que sin tiempo maduraron;
Donde, tristes, se sembraron
Las simientes de mis canas.

Y lo que mas grave siento
Es que, teniendo pasiones,
Me fuerzan las ocasiones
A mostrar contentamiento.
Que el mayor mal que hay aquí
Es que solo sé que peno;
Y pues se tiene por bueno,
Bien puedo decir así:

Tiempo bienaventurado,
En tiempo no conocido,
Antes de tiempo perdido,

Y en todo tiempo llorado;
Yo navegaba por tí
En tiempo manso y sereno;
Tiempo bueno, tiempo bueno,
¿Quién te me apartó de mí?

Final.

Si no remedia la muerte
Los trabajos de mi vida,
Va perdida.
Quedé con esta dolencia
Del bien que de mí se fué;
Que va creciendo la fe
Y menguando la paciencia.
Y así, maldigo mi suerte,
Viéndola que va perdida
Con la vida.

CANTO DE POLIFEMO,

TRADUCIDO DE OVIDIO.

Hola, gentil Galatea,
Mas alba, linda, aguileña
Que la hoja del allheña,
Que como nieve blanquea;
Mas florida
Que el prado, verde y crecida
Mucho mas, y bien dispuesta,
Que el olmo de la floresta
De la mas alta medida;
Mas fulgente
Que el vidrio resplandeciente,
Mas lozana que el cabrito
Pelicado, ternecito,
Retozador, diligente;
Mas polida,
Lampiña, limpia, bruñida
Que conchas de la marina,
Fregadas de la contina
Marea, nunca rendida;
Gracia y brio
Agradable al gusto mio,
Y del sabor dulce y tierno,
Mas que soles del invierno
Y que sombra del estío;
En color
Muy mas noble, y en olor,
Que manzanas del labrado,
Mas vistosa que el preciado
Alto plátano mayor.
En blancura
Mas reluciente y mas pura
Que el hielo claro, y lustrosa,
Mas dulce que la sabrosa
Moscatel uva madura.
Pelicada
Y blanda, siendo tocada,
Mas que la pluma sutil
Del blanco cisne gentil
Y que la leche cuajada;
Y aun diria,
Si no huyeses á porfía,
Como sueles, desdeñosa,
Que eres mas fresca y hermosa
Que la huerta regadía.
Sus, pues ea,
Tú, la misma Galatea,
Mas feroz que los novillos
No domados y bravillos,
Que nunca vieron aldea
Par á par;
Muy mas dura de domar
Que la encina envejecida,
Mas falaz y retorcida
Que las ondas de la mar,
Mas doblada,
Con el salce comparada,
Que sus varas delicadas
Y que las vides delgadas,
No sufridoras de nada;
Y á mi ver,
Muy mas dura de mover
Que estas peñas do me crio,
Y furiosa mas que el rio
A todo todo correr.
Mas señora
Soberbia, desdeñadora,
Que el pavo siendo alabado,
Mas fuerte que el fuego airado,
En que me quemas agora.
Desmedida,
Mas áspera y desabrida
Que los abrojos do quiera,
Mas cruel que la muy fiera
Osa terrible parida;
Mas callada
Y sorda, siendo llamada,
Que este mar de soledad;
Muy mas falta de piedad
Que la serpiente pisada
De accidente (6).

(6) Luis Galvez de Montalvo, en el *Pastor de Filida*, tiene un canto amebeo, escrito, segun parece, á imitacion de estos versos de CASTILLEJO. Véase:

SIRALVO.

¡Oh, mas hermosa á mis ojos
Que el florido mes de abril,
Mas agradable y gentil
Que la rosa en los abrojos,
Mas lozana
Que parra fértil temprana,
Mas clara y resplandeciente
Que al parecer del oriente
La mañana!

ALFEO.

¡Oh, mas contraria á mi vida
Que el pedrisco á las espigas,
Mas que las viejas hortigas
Intratable y desabrida,
Mas pajante
Que herida penetrante,
Mas soberbia que el pavon,
Mas dura de corazon
Que el diamante!

SIRALVO.

¡Mas dulce y apetitosa
Que la manzana primera,
Mas graciosa y placentera
Que la fuente bulliciosa,
Mas serena
Que la luna clara y llena,
Mas blanca y mas colorada
Que clavellina esmaltada
De azucena!

ALFEO.

¡Mas fuerte que envejecida
Montaña, al mar contrapuesta;
Mas fiera que en la floresta
La brava osa herida,
Mas exenta
Que fortuna, mas violenta
Que rayo del cielo airado;
Mas sorda que el mar turbado
Con tormenta!

SIRALVO.

¡Mas alegre, sobre grave,
Que el sol tras la tempestad,
Y de mayor suavidad
Que el viento fresco y suave;
Mas que goma
Tierna y blanda, cuando asoma;
Mas vigilante y artera
Que la grulla, y mas sincera
Que paloma!

ALFEO.

¡Mas fugaz que la corriente
Entre la menuda yerba,
Y mas veloz que la cierva
Que los cazadores siente;
Mas helada
Que la nieve soterrada
En los senetos de la tierra,
Mas áspera que la tierra
No labrada!

SIRALDO.

Filida, tu gran beldad,
Porque agraviada no quede,
Ser comparada no puede
Sino sola á tu beldad;
Ser tan buena

Y lo que principalmente,
Si pudiese, te querria
Quitar de tu compañía,
Es, que eres, no solamente
Toda via
En huir menos tardía
Que el ciervo con sus oidos,
Despertado á los ladridos
De la clara voceria
Tras la tela;
Mas aun, porque mas duela
Tu huirme en mis tormentos,
Mas ligera que los vientos
Y mas que el aire que vuela.
Pero si
Tuvieses ya desde aquí
La noticia que debrias,
Sé que te arrepentirias
De andar huyendo de mí,
Y sin verme,
Te pesara de perderme,
Haciendo de ti mudanza,
Y culpando tu tardanza,
Trabajaras de tenerme;
Porque tengo
Cuevas donde agora vengo,
Hechas en la peña viva,
Sobre que gran parte estriba
De aqueste monte tan luengo;
En las cuales
No se sienten las señales
Del sol en medio la siesta,
Ni el invierno las molesta
Con sus tristes temporales.
Tengo mas:
Manzanas cuantas querrás,
Que hacen doblar las ramas;
De las cuales, si me amas,
A tu placer comerás
Cuando quieras;
Y uvas de dos maneras
En sus parras de contino;
Las uvas como oro fino,
Sabrosas y comederas,
Si las vi,
Y otras como carmesí,
Que son en extremo bellas:
Estas, Señora, y aquellas
Guardo todas para ti.
Con tu mano
Tú misma, tarde y temprano,
Cogerás las blandas fresas
En las selvas y dehesas,
A la sombra en el verano
Cada mes;
Y en el otoño despues
Las cerezas montesinas,
Y no solamente endrinas,
Morenas por el envés
Y defuera,
Mas tambien otra manera
De ciruelas generosas,
Amarillas y hermosas,
De color de nueva cera.
Si me oyeres,
Y por marido tuvieres,
No te faltarán castañas
Por estas frescas montañas,
Y madroños, si los quieres,
En gran vicio;
Que, pues servirte codicio
Con todo cuanto hay acá,
Cuantos árboles habrá
Estarán á tu servicio
Y señorío.
Todo este ganado es mio
Cuanto miras, si me escuchas;
Con otras ovejas muchas,
Que andan por lo baldío.
Por los valles
Yo te prometo que halles
Otras muchas no sé dónde,
Que la selva las esconde,
Y en los establos y calles
De las cuevas;
Tantas son, que si me pruebas
Y pides dellas razon
Para decir cuántas son,
No sabré dar dello nuevas
Ni recado;
Que nunca las he contado,
Ni visto tan mala vez;
Que de pobres hombres es
Poder contar su ganado.
Pues contarte
Loores, parte por parte,
De aquestas ovejas mias
No debo, porque podrias
Pensar que hablo con arte
Falsamente.
Para que mas te contente,
No quiero que á mí me creas;
Mas que tú misma las veas.
Cuando estuvieres presente
Podrás ver
Que apenas pueden mover
Las piernas esparrancadas,
Con las tetas retesadas,
Que mas no pueden caber.
Por tal via
Hay tambien la nueva cria
En tibios apriscaderos;
Tanta copia de carneros,
Que decirla no sabria.
Tal y tal,
De tiempo y edad igual,
En otros apriscos tales,
Hay cabritos recentales,
Regocijado animal.
Y de aqui
Viene que cerca de mí
Hay leche continamente,
Blanca, fresca y excelente,
Que me sobra por allí;
De la cual
Una parte en especial
Se guarda para beber;
La otra para hacer
Queso, que es lo principal.
Item mas,
Que no solo gozarás
Destos deleites ligeros
Y destos dones caseros
Y comunes, que ternás
Infinitos,
Sino de otros exquisitos
Que menos veces gozamos,
Como son liebres y gamos,
Gamuzas y pajaritos
Muy continos.
Cualque par de palominos
En su tiempo señalado,
Y cualque nido tomado
De la cumbre de los pinos.
Dos ositos
Hermanos, melgos chiquitos,
Que pueden jugar contigo;
Los cuales traje conmigo,
Y he hallado muy bonitos.
Ambos ellos

Por ley y razon se ordena,
Y en razon ni en ley no siento
Quien tenga merecimiento
De tu pena.

ALFEO.

Andria, contra mí se esmalta
Cuanta virtud hay en ti,
Donde solo para mí
Lo que sobra es lo que falta;
Y porfias,
Si te sigo te desvias,
Persiguesme si me guardo,
Y cuando yo mas me ardo,
Mas te enfrias.

Tan semejantes y bellos
En lo menos y en lo mas,
Que apenas conocerás
La diferencia de entre ellos,
Porque engaña;
Hijos de una muy extraña
Osa, bellosa y escura.
Hallélos en la espesura
De la mas alta montaña,
Do ella mora;
Y en viéndolos á deshora,
Que de tí se me acordó,
Dije: «¡Oh! Aquestos quiero yo
Guardar para mi señora.»
Sus pues ya,
Vuelve tus ojos acá,
Tu voluntad endereza;
Saca tu linda cabeza.
De la mar adonde está,
Con que pones
Mi vida en estas pasiones.
Vén ya, Galatea, vén;
No me trates con desden
Ni menosprecies mis dones;
Que yo sé
Que tú no tienes por qué
Me menosprecies así;
Que yo me conozco á mí,
Y há poco que me miré
A ventura,
Para ver mi hermosura,
Y me vi en el agua clara
Todo mi cuerpo y mi cara,
Y me plugo mi figura.
Mira, amor,
Mi persona en derredor,
Cuán grande soy desde el suelo,
Que Júpiter en el cielo
No será cierto mayor;
Porque vos
Soleis contar entre nos
Un Júpiter, no sé cuál,
Reinar como principal
Y mas poderoso dios.
Pues con esto,
Mira, Señora, de presto
Encima de esta estatura
La muy gran cabelladura
Que cuelga sobre mi gesto
Denodado,
Y al uno y al otro lado
Por los hombros se levanta,
Y les hace sombra tanta
Como un bosque muy cerrado.
Ni se vea,
Que porque mi cuerpo sea
Horrible con estas gruesas
Cerdas, ásperas y espesas,
Lo tengo por cosa fea
Ni mal puesta,
Pues es cosa manifiesta,
Si de oirlo no te enojas,
Que estar el árbol sin hojas
Es vista muy deshonesta.
Y yo hallo
Parecer mal el caballo
Si las crines ó el cabello
No le cubriesen el cuello,
Para mejor adornallo.
Por librea
Que las cubre y las arrea
Tienen las aves la pluma,
Y las ovejas en suma
Su lana las hermosea.
Y así son
En el cuerpo del varon
La barba y sus aposturas,
Y cerdas yertas y duras
Para dalles perfeccion.
Solamente
Tengo en medio de la frente
Un ojo; mas aquel es
De un grandísimo pavés,
En grandor no diferente.
Pero ¿qué?
Si aun el sol mirando de
Arriba del alto cielo,
Muy bien ve acá en el suelo
Cuanto hay y cuanto fué,
Do llegó;
Que no se le encubre, no,
Lo que va ni lo que viene;
Y si lo miras, no tiene
Mas de un ojo, como yo.
Pues andar,
A esto debes juntar
Que mi padre, el dios Neptuno,
Como señor solo uno,
Reina en ese vuestro mar
Extendido.
Si me tomas por marido,
Con el cual nombre me alegro,
A este te doy por suegro,
Y solamente te pido
Que de mí
Hayas merced, que me dí,
Y oyas sin mas baldones
Mis humildes peticiones,
Pues me inclino á sola tí
Por amor.
Y siendo tan sin pavor,
Que al dios Júpiter provoco
Y á sus cielos tengo en poco,
Y al rayo penetrador,
Con desmayo
A tí, ninfa, adoro y trayo
En mas estima que á él;
Tu saña me es mas cruel
Que ningun golpe de rayo
Ni furor.
Y aunque siento el disfavor
De verme así desdeñado,
Sufriria mas pagado
Este tu gran desamor
Si tú fueses
Tan esquiva, que huyeses
A todos como á mí huyes,
Y á los tristes que destruyes
Por un rasero midieses.
Mas ¿por qué,
Dímelo, que no lo sé,
El Ciclope desechado,
A Acis amas de grado
Y le tienes tanta fe,
Y en tus brazos
No le pones embarazos,
Y en mi despecho le quieres?
O ¿por qué razon prefieres
Sus besos á mis abrazos?
Mas consiento
Que él viva de sí contento,
Y á tí, lo que no querria,
Para mas afrenta mia,
Dé tambien contentamiento,
Pues le tiene;
Pero si á mis manos viene,
El sentirá que hay en ellas
Las fuerzas y las querellas
Que á tan gran cuerpo conviene.
Con mil sañas
Le arrancaré las entrañas
Vivas, rompiendo sus pechos,
Y los sus miembros deshechos
Sembraré por las campañas
Sin abrigo,
Como mortal enemigo;
Y por esas mismas ondas
Do moras, bravas y hondas,
Si se mezclare contigo;
Porque vivo
Me quemo, y el fuego esquivo
Que me abrasa y atormenta
Mas hierve y mas se acrecienta
Con la injuria que recibo.

Y á mi ver,
Tan grave de padecer
Es el fuego que me inflama
Y la pasion que me llama,
Que me parece traer
Encerrado
El Etna, monte pesado,
Con sus fuerzas muy crecidas
Y sus llamas encendidas
En mi pecho trasladado.
Tu beldad
No promete crueldad,
Mas ni por esas un hora
Tú, Galatea, Señora,
Te muevas á piedad.

CARTA DE DESAFIO Á UNA DAMA.

Señora, pues de contino
Holgais de me maltratar,
Yo propongo y determino
De buscar algun camino
Como me pueda vengar.
Mire cada cual por si
Y guarde bien su persona,
Porque de hoy mas desde aquí
Entre vos, Señora, y mí
Cruda guerra se pregona.
De la cual no puede haber
Paz ni tregua ni concierto,
Sino morir ó vencer,
Pues yo no puedo perder,
Tomándome sobre muerto.
Por eso mirad que andeis
Armada, sin faltar pieza,
De las armas que sabeis;
Si no, quizá volveréis
Las manos en la cabeza.

UNA CARTA ECHADIZA

PARA QUE UNA DAMA FEA LA TOMASE.

Decia el sobrescrito:

«Quien me tomare, si es fea,
»No me abra ni me lea »

Dentro.

«No sois vos á quien yo vengo;
»Dejadme, no me leais.
»Vos, Señora, ¿no mirais
»El sobreescrito que tengo?
»Tornadme presto á cerrar,
»Y no llegue nadie á mí;
»Que no debe haber aquí
»Lo que yo vengo á buscar.»

CARTA Á UNA DAMA EN ELLA CONTENIDA.

Aunque no me conozcais,
Reina de las hoy nacidas,
Suplicoos que recibais
Esta carta, pues causais
La muerte de nuestras vidas
Acabadas,
Pero bienaventuradas
Por las causas que les quita
El dolor de ser penadas,
Viéndose bien empleadas
En beldad tan infinita;
De quien mana
Una pasion tan ufana
A los ojos que os miraron,
Que la padecen de gana,
Y confiesan por villana
Otra cualquier que tomaron.
Y se olvida
Que la memoria, herida
De vos, en vos se convierte,
Y tiene, de vos vencida,
Por vos la muerte por vida,
Sin vos la vida por muerte.
¡Oh princesa!
Vos sois peso en que se pesa
De una parte mi tormento,
El cual traigo por empresa;
De la otra, aunque me pesa,
Vuestro gran merecimiento;
Y al alzar,
Levántase sin parar
Mi pesa hasta do alcanza
Con la vuestra; á mi pesar
Queda, sin se levantar,
En el suelo la balanza.
Mas agora
No habeis de mirar, Señora,
Vuestro valor por el cabo,
Ni que sois merecedora
De ser vos emperadora
Mejor que yo vuestro esclavo;
Que beldad
Engastada en humildad
Os dará mayor corona;
Recibid con piedad
En mi rica voluntad
Las faltas de mi persona,
Si en loaros
No pudiere levantaros
Ni supiere encareceros
Tan bien como sé miraros,
Y mirando contemplaros,
Y contemplando quereros;
Porque fuimos
Dichosos los que nacimos
En tiempo de tal ventura,
Que con nuestros ojos vimos,
Y vemos por do morimos,
Tan extraña hermosura.
Ya es tornada
La edad florida, dorada,
Que cuentan antiguamente
En ser en esta criada,
Persona tan señalada
Y dama tan excelente.
No llegó
A vos con mil leguas, no,
Aquella de vuestro nombre,
Por quien Troya se perdió;
Ved qué debo sentir yo,
Frágil y pecador hombre.
Otra Elena,
Reina de virtudes llena,
Halló la cruz gloriosa;
Vos hallais la de mi pena:
Aquella fué toda buena,
La mia toda penosa.
Yo, cautivo,
Que nuevamente os escribo,
Mil años há que os adoro
Congojoso y pensativo,
Por gozar de ese tesoro
Deseado;
Y por no seros pesado,
No quiero mas escribiros,
Que he temor que os he enojado,
Hasta ver cómo es tomado
Mi deseo de serviros.
Ni diré
Aquí mi nombre, porque
No es nadie merecedor
Que sepais quién es ni fué,
Sin que mediante su fe
Le deis primero favor.
Mas, pues veis
Cuán vencido me teneis,
A vuesamerced suplico
Esta fe no desecheis;
Que es menor que mereceis,
Pero mayor que publico.

CARTA Á LA MISMA.

Mirá que muero por vos,
Y vuesamerced lo sabe;
Si suplicar yo no cabe,
Pidoos por amor de Dios
Que vuesamerced acabe
De acabarme.
Y si pensais remediarme,
Sea desde hoy á mañana;
Que si pasa esta semana,
Podréis mandar sepultarme.
Y si muero,
Solamente de vos quiero,
Porque mi gloria no cese,
Que vuesamerced confiese
Que fuí vuestro verdadero
Servidor;
Y con solo este favor
Allá viviré contento,
Libre, seguro y exento
De las angustias de amor;
De las cuales,
Rematadas las señales,
El alma será librada;
Pero la carne cuitada
Acá pagará sus males
En la tierra;
Escapada de la guerra
De vuestras crueles manos,
Aunque no de los gusanos,
En cuyo reino se encierra
Mal lograda.
Y desque fuere gastada,
Suplícoos, si sois servida,
Pues que fuí vuestro en la vida,
Esta merced señalada
Me hagais:
Que mi cabeza pongais,
En pago de sus afrentas,
Por extremo de las cuentas
De muertos en que rezais.
Puesta así,
Por fuerza llegando allí,
Cuando rezardes en ellas,
A la voz de mis querellas
Os acordaréis de mí
Justamente.
Mas menor inconveniente
Es agora, que soy vivo,
Acordaros que recibo
La muerte continamente
De tardanza.
Si mi dolor os alcanza,
En mis ansias proveed,
Pues sabe vuesamerced
Cuánto aflige la esperanza
Que se alarga;
Que vos teneis por gran carga
Esperar un mozo un hora;
Yo, que espero á mi señora,
Ved si es pena mas amarga.

Á LA MISMA, Á OTRO PROPÓSITO, CONTRA UN JUEGO MAL TRABADO.

Mal se lo demande Dios
A persona tan errada,
Atrevida y mal criada,
Que á una reina como vos
Vistió de ropa alquilada.
Bien sé yo
Que aquel sastre no tomó
A vuesamerced medida;
Que no érades nacida
Al tiempo que se cortó.
Es una antigua conseja
Esto que os han presentado,
Capuz del tiempo pasado,
Que en varal de ropa vieja
Me acuerdo verle colgado.
Yo me afrento
De tan grande atrevimiento:
A persona tan hermosa
Osarle servir con cosa
Que ya voló por el viento.
Y ya que aquel caballero
Quiso remediar sus males
Con dar cosas generales,
Enviara un Cancionero,
Que cuesta cinco reales;
Que loar
A dama tan singular
Con los que andan por las plazas,
Es nadar con calabazas
En lo hondo de la mar.
Señora, para alabaros
No se sufre cada cual,
Que es menester oficial
Primo, que sepa pintaros
En el propio natural;
Y que sea
La labor que en vos se emplea
Tan vuestra, tan de vos una,
Que jamás otra ninguna
No la merezca ni vea.
Y vuesamerced ¿qué tiene?
Tiene allá mi corazon
En tan sabrosa prision,
Que, aunque padezca pena,
No le tendré compasion.
Su excelencia
De toda esa diferencia
Tiene en sus manos mi vida,
Que está agora suspendida,
Esperando su sentencia.
¿Qué mas tiene, si sabeis?
Tiene mi señora un peso
En que se pesa mi seso,
Y pesa mas que otros seis,
Porque quiso ser su preso.
Tiene buena
Otra cosa que enajena
El sentido y la memoria:
Tiene que nos mezcla gloria
En lo grave de la pena.

OTRA EPÍSTOLA EXCLAMATORIA.

Contra mí los elementos,
El aire, fuego, agua y tierra,
Conciertan sus movimientos,
Y á solos mis pensamientos
Se juntan á hacer guerra.
Aire puro,
Adrede tornas escuro
El cielo con tus nublados,
Porque mis penas de juro
No tengan punto seguro,
Ni descuido mis cuidados.
Y tú, fuego,
Padrastro de mi sosiego,
Padre de mis desventuras,
Con tus relámpagos luego
Desbarataste mi juego,
Y tu luz me dejó á escuras.
¡Oh traidora
Agua turbia, estorbadora
De mi descanso y placer!
¿Para qué veniste agora,
Que á mi reina y mi señora
Por tí la dejo de ver?
Tierra dura,
Ablandóte mi ventura
Porque quedases templada
Para darme sepultura,
Pues se secó mi holgura
Por estar hoy tú mojada.
¡Oh traidores
Elementos, causadores

De mi pesar y tormento!
Seais con nuevos ardores
Heridos de mal de amores,
Porque sintais lo que siento.
¡Oh nublados!
Aun os vea yo enamorados
Y en el paso en que me veo;
Que cuando mas alterados,
Os hará ser sosegados
La fuerza de mi deseo.
Reina mia,
Si sentis vos de este dia
Lo mismo que siento él;
Si turba vuestra alegría,
Si os enoja su porfía,
Si le culpais de cruel
Sin cesar;
Si levantais á mirar
Los vuestros ojos apriesa
Por ver si quiere escampar;
Si los tornais á bajar,
Tristes de ver que no cesa;
Si se da
Vuesamerced desde allá
Congoja de mi despecho;
Si penais, como yo acá,
Por el dia que se va
Sin entrarnos en provecho;
Cuanto llueve
Se aposenta donde debe,
Que en mi sangre se convierte,
Y en mis entrañas se embebe.
Frio estoy como la nieve,
Con mil angustias de muerte
Que he tenido;
Y cuanto veis que ha llovido,
Mis propias lágrimas son:
Que, segun lo que he sentido,
Cuantas gotas han caido
Me han dado en el corazon.

VILLANCICOS Y GLOSAS.

Las ansias y penas mias
Tan graves son de sufrir,
Que es el remedio morir.

La sobra de mi tormento,
Mi deseo y vuestro olvido
Han, Señora, enflaquecido
Las fuerzas del sufrimiento;
Tan lastimado me siento
Del mal, que no sé decir
Que es el remedio morir.

Porque vuestra voluntad,
Segun se me muestra esquiva,
En mandarme que no viva
Usa de gran piedad.
Pues, ya que á tanta crueldad
Yo no basto á resistir,
Remedio será morir.

LETRA.

Olvidar es lo mejor.

GLOSA.

En las dolencias de amor,
De pesar ó de placer,
Al que lo puede hacer,
Olvidar es lo mejor.

Es amor una locura
De tristeza ó de alegría,
Que con memoria se cria
Y con olvidar se cura;
El urgalle es lo peor,
Porque para guarecer
Al que lo puede hacer,
Olvidar es lo mejor.

LETRA.

Faltóme el contentamiento
Al tiempo que mas quisiera.

GLOSA.

Par darme conocimiento
Que todo lo que se espera,
Alcanzado es como viento,
Faltóme el contentamiento
Al tiempo que mas quisiera.

Quiso fortuna subirme
Al cabo de mi querer,
No por hacerme placer,
Sino por mejor herirme
Do mas pudiese doler.
Burlóse mi pensamiento
Porque al fin de la carrera,
Do pensé quedar contento,
Faltóme el contentamiento
Al tiempo que mas quisiera.

LETRA.

No tengo contentamiento
En saber cuán poco dura.

GLOSA.

Porque sé que me arrepiento
En fiar de mi ventura
Cuando me hallo contento,
No tengo contentamiento
En saber cuán poco dura.

Cuando viene el alegría,
Tan fuera de mí se halla,
Que, de pura cobardía,
Apenas oso tocalla,
Porque pienso que no es mia;
Por uno le pago ciento
Ese rato que asegura,
Y cuando mas gloria siento,
No tengo contentamiento
En saber cuán poco dura.

LETRA.

Lo que quiero me es contrario.

GLOSA.

De pura necesidad
Me es el morir necesario,
Y será mas piedad,
Porque en esta enfermedad
Lo que quiero me es contrario.

De nunca ser guarecido
Es la causa muy notoria;
Cuantos médicos ha habido
Me mandan tomar olvido;
Yo siempre tomo memoria.
Este engaño y falsedad
Todo va en el boticario,
Que es mi propia voluntad;
Porque en esta enfermedad
Lo que quiero me es contrario.

LETRA.

Por el trabajo navego,
Sin le poder ver el fin.

GLOSA.

A bien ninguno me llego,
Que no salga al gallarin,
Pensando hallar sosiego;
Por el trabajo navego,
Sin le poder ver el fin.

Confiado en la bonanza,
Yo mismo me hice guerra;

Embarquéme en esperanza,
Y en asomando á la tierra,
Dentro del golfo me lanza.
A cada paso me anego,
Por ser la barca tan ruin;
Y esperando surgir luego,
Por el trabajo navego,
Sin le poder ver el fin.

LETRA.

Yo misma fuí contra mí,
Y contenta de lo ser.

GLOSA.

Aunque con razon abrí
Las puertas al bien querer,
En darlas como las dí
Yo misma fuí contra mí,
Y contenta de lo ser.

Si por dar consentimiento
Al amor, que es mi enemigo,
Ha sido cruel conmigo,
Mi mismo contentamiento
Será mi mismo castigo.
Con gran causa me ofendí,
No me debo de ofender;
Que en dar las puertas así
Yo misma fuí contra mí,
Y contenta de lo ser.

LETRA.

Defiéndame Dios de mí.

GLOSA.

En el campo me metí
A lidiar con mi deseo.
Contra mí mismo peleo (7);
Defiéndame Dios de mí.

A tan mortal enemigo
Yo no basto á resistir,
Ni menos puedo huir,
Porque le llevo conmigo.
Rendirmele luego allí
Es un ejemplo muy feo.
En gran estrecho me veo;
Defiéndame Dios de mí.

La razon que me endereza,
Porfía con mi porfía;
Pero vuelve todavía
Las manos en la cabeza.
Y esperar socorro aquí
De ninguno es devaneo:
Pues soy yo con quien peleo,
Defiéndame Dios de mí.

LETRA.

Contento de mí y de vos.

GLOSA.

Ved qué milagro de Dios
Que pretendo yo de aquí:
Voy sin vos y voy sin mí,
Contento de mí y de vos.

Por lo mucho que debeis,
Mis servicios os ofrezco,
Y lo poco que merezco
Manda que lo desecheis;
Y pues cumplimos los dos
Lo que debemos así,
Yo voy sin vos y sin mí,
Contento de mí y de vos.

(7) Otros leen esta copla:
Conmigo mismo peleo.

VILLANCICO.

Alguna vez,
Oh pensamiento,
Serás contento.

Si amor cruel
Me hace la guerra,
Seis piés de la tierra
Podrán mas que él;
Allí sin él
Y sin tormento
Serás contento.

Lo no alcanzado
En esta vida,
Ella perdida,
Será hallado;
Que sin cuidado
Del mal que siento,
Serás contento.

VILLANCICO DE UNA DAMA.

Pues es tiempo de acabar
La mas próspera ventura,
Buscar quiero lo que dura.

Pocas veces el amor
Fortuna bien satisface,
Porque ella misma deshace
Al que abraza y da favor;
Mas ser vuestro servidor
La plaza tiene segura
En el campo de ventura;

Porque en mí será la gloria
De serviros tan crecida,
Que acabándose mi vida,
Comenzará mi memoria;
Y pues morir es vitoria
A quien tan bien lo aventura,
Buscar quiero lo que dura.

VILLANCICO.

No hay mayor mal en la vida
Que tenella
Al que le cumple perdella.

Malo es mi mal de sufrir,
Mas podríase pasar
Si dél pensase escapar
O esperase de sanar;
Pero mi mortal herida
Tal es ella,
Que la muerte huye della.

LETRA.

Con esperanza de ver
Al revés lo que deseo.

GLOSA.

Las ansias con que peleo
Nunca las sintió mujer;
Desesperada me veo,
Con esperanza de ver
Al revés lo que deseo.

Para ser yo redimida
Es necesaria mudanza;
Pero temo su venida,
Porque he miedo á mi esperanza,
Tras la cual ando perdida.
No es atajo, mas rodeo,
Esperar de haber placer;
Porque estoy, cuando lo creo,
Con esperanza de ver
Al revés lo que deseo.

LETRA.

No me quereis ver ni oir;
Quiérome ir.

GLOSA.

Es cosa muy excusada
Perder tiempo con tal hembra,
Pues de lo que en vos se siembra
No se puede coger nada;
Sois una desamorada,
No sabeis sino gruñir.
Quiérome ir.

VILLANCICO

DE UN CABALLERO EN UNA PARTIDA DE UNA DAMA DE BÚRGOS PARA ARAGON.

Vos, Señora, en Aragon,
Y yo en Castilla,
¿Quién habrá de mí mancilla?

Si vuesamerced se va,
Aunque irá con vos mi fe,
Yo, Señora, ¿qué haré?
Mi corazon quedará
Con la soledad de acá;
Pues yo no basto á sufrilla,
¿Quién habrá de mí mancilla?

Sola vuestra compasion,
Segun lo que he de sentir,
Pudiera darme al partir
Alguna consolacion;
Mas estando en Aragon,
Donde no podeis sentilla,
¿Quién habrá de mi mancilla?

Pues viviendo tan penada
Mi vida en vuestra presencia,
Ved agora en vuestra ausencia
Cómo quedará librada;
Al menos será doblada
Mi pena, que era sencilla,
Estando vos en Castilla.

Mas suplícoos, pues os vais,
Cuando muy despacio estéis,
Señora, que os acordeis
Cuán llagado me dejais;
Y si vivo me hallais,
Tenedlo por maravilla,
Quedando con tal mancilla.

GLOSA DE LAS VACAS.

Guárdame las vacas,
Carillejo, y besarte he;
Si no, bésame tú á mí,
Que yo te las guardaré.

En el troque que te pido,
Gil, no recibes engaño;
No te me muestres extraño
Por ser de mí requerido.
Tan ventajoso partido
No sé yo quién te lo dé;
Si no, bésame tú á mí,
Que yo te las guardaré.

Por un poco de cuidado
Ganarás de parte mia
Lo que á ninguno daria
Sino por don señalado.
No vale tanto el ganado
Como lo que te daré;
Si no, dámelo tú á mí,
Que yo te las guardare.

—No tengo necesidad
De hacerte este favor,
Sino sola la en que amor
Ha puesto mi voluntad.
Y negarte la verdad
No lo consiente mi fe;
Si no, quiéreme tú así,
Que yo te las guardaré.

—Oh, cuántos me pedirian
Lo que yo te pido á ti,
Y en alcanzarlo de mí
Por dichosos se tendrian.
Toma lo que ellos querrian,
Haz lo que te mandaré;
Si no, mándame tú á mí,
Que yo te las guardaré.

Mas tú, Gil, si por ventura
Quieres ser tan perezoso,
Que precias mas tu reposo
Que gozar de esta dulzura,
Yo por darte á ti holgura
El cuidado tomaré
Que tú me beses á mí,
Que yo te las guardaré.

Yo seré mas diligente
Que tú sin darme pasion,
Porque con el galardon
El trabajo no se siente;
Y haré que se contente
Mi pena con el porqué,
Que es que me beses tú á mí,
Que yo te las guardaré.

VILLANCICO.

Allá miran ojos,
A do quieren bien.

Y bien que mirando
Buscan su dolor,
Fuérzalos amor
Que estén de su bando
Y digan callando
La causa por quién,
A do quieren bien.

Es fuerza mirar
Donde hay aficion,
Y el que sin pasion
Lo puede dejar
Podráse llamar
Amor de almacen,
Pues no quieren bien.

Amor lisonjero
No puede forzarse,
Ni no declararse
Si es falso y ligero;
Mas el verdadero
No sufre desden
Con quien quiere bien.

Que amor es la prueba
De la piedra iman:
Los ojos se van;
Despues que los ceba,
Tras sí se los lleva,
Y el alma tambien,
A do quieren bien.

De aquí mil enojos
Nos suelen hacer,
Por poco placer
De solos los ojos,
Y que sus antojos
Tormento nos dén
Por quien quiere bien.
Señora, los dos
Erramos el tiro,
Y siempre á vos miro,
Y nunca á mí vos.
Maldígame Dios
Si no os quiero bien.

VILLANCICO.

No pueden dormir mis ojos,
No pueden dormir.

Pero ¿cómo dormirán
Cercados en derredor
De soldados de dolor,
Que siempre en armas están?
Los combates que les dan,
No los pudiendo sufrir,
No pueden dormir.

Alguna vez, de cansados
Del angustia y del tormento,
Se duermen que no lo siento;
Que los hallo trasportados;
Pero los sueños pesados
No les quieren consentir
Que puedan dormir.

Mas ya que duerman un poco,
Están tan desvanecidos,
Que ellos quedan aturdidos,
Yo poco menos de loco;
Y si los muevo y provoco
Con cerrar y con abrir,
No pueden dormir.

CANCION.

Mis ojos, ¿qué os merecí,
Que buscais ambos á dos
Alegría para vos
Y congoja para mí?

Vosotros vivis mirando,
Yo muero porque mirais;
Cuanto vosotros gozais
Yo lo pago deseando.
Claro me parece aquí
Que tiene ordenado Dios
Que no podais vivir vos
Sin que me mateis á mí.

CANCION.

Consuélate, corazon,
Puesto que tengas gran pena;
Que, aunque es tuya la pasion,
La culpa della es ajena.

Si el no quererte tu amiga (8)
Es causa que vivas triste,
Consuélese tu fatiga
Con que no la mereciste.
Ventura, que no es razon,
Es quien tu pesar ordena;
Ruin es la consolacion,
Pero tómala por buena.

CANCION.

Aquel caballero, madre,
Como á mí le quiero yo,
Y remedio no le dó.

Él me quiere mas que á sí,
Yo le mato de cruel;
Mas en serlo contra él
Tambien lo soy contra mí.
De verle penar así
Muy penada vivo yo,
Y remedio no le dó.

CANCION.

No se excusa la pasion
Que se gana de miraros;
Porque veros y olvidaros
Imposibles cosas son.

Caro nos cuesta la gloria
De ver vuestros ojos bellos,
Pues nos queda á causa dellos
Lastimada la memoria,
Y el cuitado corazon
En perpetua obligacion
De penar y desearos;
Porque veros y olvidaros
Imposibles cosas son.

CANCION.

La causa de mis enojos
Es tan dulce, que me suele
Consolar cuando mas duele.

Contra mi triste ventura
La razon tanto porfía,
Que en la mas grave tristura
Siento mayor alegría;
Crece mi mal cada dia,
Mas la causa dél *me suele*
Consolar cuando mas duele.

CANCION.

No debe nadie fiar
En el amor lisonjero,
Pues el que es mas verdadero
No puede mucho durar.

No es muy plático en amores
Quien de amor recibe daño,
Pues pocos cumplen el año
Sino á costa de dolores;
Y el que se quiere engañar,
Apercíbase primero
Que el falso ni el *verdadero*
No puede mucho durar.

GLOSA

DE LA BELLA MAL MARIDADA (9).

Mal casada sin ventura,
¿Qué te vale tu lindeza?

(8) Otras ediciones dicen:
Si dejarte tu amiga.

(9) Muchas son las glosas que se han hecho del romance de la *Bella mal maridada*. Entre ellas están las que se leen en las obras de Gregorio Silvestre, imitador de CASTILLEJO. Véase una de estas glosas:

¡Qué desventura ha venido
Por la triste de la *bella*,
Que como en las del partido
Hacen ya todos en ella,
Teniendo propio marido!
No hacen sino arrojar
Una y otra badajada;
Como quien no dice nada,
Se ponen luego á glosar
La bella mal maridada.
Luego va la glosa perra
Tal, que no vale tres higos,
Dando en la *bella*, y no en tierra
Como en atabal de guerra
Puesto en real de enemigos.
Veréis disparar allí
Las trece de la hermandad,
Y el que mas mira por sí
Arroja una necedad
De las mas lindas que vi.
Pues no es de tener querella
Que en sirviendo á una casada,
Aunque no lo sea ella,
A la segunda embajada
Va la glosa de la *bella*.
Pregúntoos, decid, señores,
¿No tomará gran fatiga
Con tan falsos servidores
La que fuere vuestra amiga,
Si habeis de tomar amores?
¡Oh bella mal maridada,
Ya que á manos has venido
Mal casada y mal glosada,
De los poetas tratada
Peor que de tu marido;
Si ello va por mas errar,
Y vos lo quereis así,
Ventaja hago yo aquí;
Y así, para mal glosar,
Vida no dejeis á mí.

Ocasiones de tristeza
Tu beldad y hermosura.
Para ser mal empleada
Mas te valiera ser fea,
Pues se ve y se desea
La bella mal maridada.

Por tiempo tan mal perdido
Es muy justa tu pasion,
A la cual dan ocasion
Las faltas de tu marido.
Lástima tengo de tí,
Que te fué cruel amor,
Siendo la rosa y la flor
De las lindas que yo vi.

Yo de verme en tu cadena
Ya no me duelo, porque
Sé que presto moriré,
Segun me pena tu pena.
Bastas tú, siendo mirada,
Para excusarme la muerte;
Mas cuando alcanzo de verte
Véote triste y enojada;

Por lo cual quedan mis ojos,
Con la sobra del pesar,
Obligados á llorar
Los ñublos de tus enojos.
Tú penas en verte así,
Yo muero por tus amores,
Y el menor de tus dolores
Es gran dolor para mí.

MOTES.

Á UN CABALLERO QUE HABIÉNDOSELE CASADO SU DAMA, POR DISIMULAR SU PESAR SACÓ ESTA LETRA.

Rompiéronse las cadenas
Y acabáronse mis penas.

Estos grillos ó cadenas
Que decis que se quebraron,
Es verdad, pues que cortaron
La esperanza; mas las penas
En su lugar se quedaron.
Y el ser libre es que dejastes
Mal con fin por mal eterno,
De suerte que no os soltastes,
Como escribis, mas trocastes
Purgatorio por infierno.
Mas si, como lo decis,
No se os da por ello nada,
Ya mostrais y descubris
Haber vivido engañada;
Con vos está á quien servis.
De lo cual bien se vengó
Hiriéndoos de tiro franco,
Pues luego que lo sintió,
Como á rebelde, os dejó
Al tiempo mejor en blanco.
¿Deste lazo así quebrado,
No sabeis qué digo yo?
Que quebró lo mas delgado,
Y que la dama os soltó
Por hombre ya sentenciado.
Huistes de las pasiones
Por aquel mismo lugar
Por do huyen los ladrones,
Que les quitan las prisiones
Al tiempo del justiciar.

MOTE DE UNA DAMA, EN PORTUGUÉS.

O erro meu dano tein,
O acertamento tambein.

Si meu mal e mal sobejo,
A gloria delle sobeja
Si son dondo meu desejo,
A causa del ó deseja,
Si e mortal miña ferida.
No me chore ya ninguein,
Si erre en ser omicida;
Acerté en perder a vida.
O erro meu dano tein,
O acertamento tambein.

EN CASTELLANO.

De cuanto daña y estraga
Amor y vuestro desden,
De fe que tan mal se paga,
De mi fiera y cruda llaga
O erro meu dano ten.

Pero visto que se gana
Una pena tan ufana
Cual es la causa por quien
La misma culpa me sana,
Porque es yerro de do mana
O acertamento tamben.

MOTE DE UN CABALLERO.

Dame, Dios, con que me olvide.

Mi seso cuenta me pide
Porque me olvidé de mí (10);
Mas yo le respondo así:
Dame, Dios, con que me olvide.

Hame dado tal porfia
En mi cuidado mi pena,
Que por la memoria ajena
Hago ajena de la mia;
Mas si con esto se mide
El bien que nace de aquí,
Muy justamente de mí.
Me da Dios con que me olvide.

DE DOÑA PETRONILA.

De mí sola no quejosa.

Aunque guerra peligrosa
Muy sin peligro me deja
Con queja de quien me queja,
De mí sola no quejosa.

De infinitos combatida
Y de mí solo guardada,
Cuanto mas mas guerreada,
Dos tanto menos vencida.
El que mas cerca se osa
Llegar á mí, mas se aleja,
Y dél quejosa me deja,
De mí sola no quejosa.

MOTE DE UNA DAMA.

¿Quien de amores se mantiene,
Como yo?

No pensé que tal mal era
Cuando por vuestra me dí;
Mas ya que lo consentí,
Aunque por mi culpa muera,
No tengo queja de mí.
Mas, aunque deste mal viene
Descanso á quien lo buscó,
Harta desventura tiene
Quien de amores se mantiene,
Como yo.

DE OTRA DAMA.

Lo imposible quiero yo,
Porque sé que no ha de ser.

Cuanto por mí se desea
Huye do jamás se vee;

(10) En otras ediciones se lee:
Porque me olvidó á mí.

Basta que yo lo desee
Para que nunca lo vea.
Y pues tengo cierto el no
En cuanto puedo querer,
Lo imposible quiero yo
Porque sé que no ha de ser.

MOTE DE OTRA LOCA.

Lo que yo quiero es posible;
Imposible pues no es.

Grave se hace y terrible
Cuanto por mí se procura;
Que para quien se aventura
Lo que yo quiero es posible.
Para mí da de través
Todo, pues nunca sucede.
Es posible, pues ser puede,
Imposible pues no es.

MOTE DE UN CABALLERO.

Quien calla y sirve,
Mucho pide.

GLOSA DE UN COMPETIDOR, POR MANDADO DE LA DAMA.

Tibio parece que está
El corazon que no clama;
Que el que calla y sirve dama,
Mucho pide y poco da.

La verdadera pasion
Mal se calla si no es poca;
Porque es el caño la boca
Y alquitara el corazon.
Del dolor que queda allá
Da voces el que bien ama;
Que el que calla y sirve dama,
Mucho pide y poco da.

Y aunque reclame despues,
Jamás debe ser oido,
Porque el tormento fingido
Luego se muestra quién es.
Lo que fuere sonará
Desde la primera llama;
Que el que calla y sirve dama,
Mucho pide y poco da.

Á UNA LIBREA DE VERDE OSCURO Y LEONADO.

En colores se declara
El color de mi ventura;
Que la esperanza es escura,
Pero la congoja clara.
Vestíme, como merezco,
De dos paños, en que veo
Escuro lo que deseo
Y claro lo que padezco.
Pero bien considerado
Lo que se gana y se pierde,
Cuanto pierdo con lo verde
Cobro con lo leonado.
Así que, quedo contento
Con la suerte que me alcanza;
Porque á falta de esperanza,
Muy honroso es mi tormento.

CON OTRA LIBREA VERDE Y AMARILLA.

En la mayor esperanza
Nació desesperacion
A mi triste corazon.

Como mancha que cayó
En la mas preciada ropa,
Como la nave que topa
En el puerto, y se perdió;
Así, sin pensarlo yo,
Fuí causa de perdicion
A mi mismo corazon.

La cosa que mas amé
Y que mas me quiso á mí,
En un punto la perdí
Cuando menos lo pensé.
Por no temer lo que fué
He dado mortal pasion
A mi triste corazon.

MOTE.

Saldrá, Dios enhorabuena,
El triste cuidado mio
Deste monte que se ordena,
Vestido de un atavío,
De que le viste mi pena.
De seda parda pornó,
Por do trabajo empieza,
Caperuza en la cabeza,
Con un mote que dirá:
Porque no pueda huillo.

De raso pardo será
Y de terciopelo verde,
En que aforrado vendrá
El sayo, pues que se pierde
La esperanza que en él va.
Con solo el trabajo
Voy á caza;
Que la esperanza
Déjame, porque no alcanza.

De raso verde el capote,
De pelo verde aforrado,
El de encima acuchillado,
Y por su causa este mote:
Pues ya me faltó la una,
No hay que esperar en ninguna.

La cinta de terciopelo
Verde con cabos colgados,
Que muestran su desconsuelo,
De esmalte negro esmaltados,
Con esta letra de duelo:
Acabóse mi esperanza.

Lleva tambien un puñal
Con cabos de su mancilla,
Verdes con borla amarilla,
En que declara su mal:
Matóme quien te mató,
Cuando vivo me dejó.

De la ballesta el tablero
De color de mi congoja,
La verga de negro acero,
La cuerda de seda floja
Verde, con que desespero.
Verde aljaba llevará,
Dentro tiros amarillos,
Erbolados los casquillos,
Con letra que sonará:
Solos dos palmos alcanza
Cuando tira, y estos son
Desde el ojo al corazon.

LETRA.

AL ALJABA.

No es engaño lo de fuera;
Que dentro va con que muera.

Serán verdes los calzones,
Zapatos de verde seda,
Do mis desesperaciones
Bien por el cabo ver pueda
Quien bien sabe de pasiones.
Y porque no os espanteis
Si esperanza le calzó,
La razon que le movió
En el mote la vereis:
Porque huya de tenella.

SUEÑO.

Yo, Señora, me soñaba
Un sueño que no debiera:
Que por mayo me hallaba
En un lugar do miraba
Una muy linda ribera,
Tan verde, florida y bella,
Que de miralla y de vella
Mil cuidados deseché,
Y con solo uno quedé
Muy grande, por gozar della.

Sin temer que allí podria
Haber pesares ni enojos,
Cuanto mas dentro me via,
Tanto mas me parecia
Que se gozaban mis ojos.
Entre las rosas y flores
Cantaban los ruiseñores,
Las calandrias y otras aves,
Con sones dulces, suaves,
Pregonando sus amores.

Agua muy clara corria,
Muy serena al parecer,
Tan dulce si se bebia,
Que mayor sed me ponia
Acabada de beber.
Si á los árboles llegaba,
Entre las ramas andaba
Un airecico sereno,
Todo manso, todo bueno,
Que las hojas meneaba.

Buscando dónde me echar,
Apartéme del camino,
Y hallé para holgar
Un muy sabroso lugar
A la sombra de un espino;
Do tanto placer sentí
Y tan contento me vi,
Que diré que sus espinas
En rosas y clavellinas
Se volvieron para mí.

En fin, que ninguna cosa
De placer y de alegría,
Agradable ni sabrosa,
En esta fresca y hermosa
Ribera me fallecia.
Yo, con sueño no liviano,
Tan alegre y tan ufano
Y seguro me sentia,
Que nunca pensé que habia
De acabarse allí el verano.

Léjos de mi pensamiento
Desde á poco me hallé,
Que así durmiendo contento,
A la voz de mi tormento
El dulce sueño quebré;
Y hallé que la ribera
Es una montaña fiera,
Muy áspera de subir,
Donde no espero salir
De cautivo hasta que muera.

AUSENCIAS.

En el punto que me distes
La vida me la quitastes,
Pues el corazon llevastes
Del cuerpo que despedistes.
Allí nacieron las penas
Do la gloria se sembró,
La cual quedó, triste yo,
Pagando con las setenas.

EN UNA PARTIDA FUERA DE ESPAÑA.

¡Oh cruel de mí conmigo!
¿Dónde voy? Dónde me alejo,
Lastimado?
¿Cómo soy tan mi enemigo,
Que me parto de do dejo
Mi cuidado?
¡Oh piés mios! ¿dónde vais
Sin mí por tierras ajenas,
Tan extrañas?
Decí, ¿adónde me llevais,
Dejándome allá en cadenas
Las entrañas?

Ojos mios corporales,
Que no veis á quien os suele
Consolar,
Verted lágrimas leales,
Porque en algo se consuele
Mi pesar.
Ojos del entendimiento,
Que llevais siempre presente
Mi deseo,
Gozad sin impedimento
De la imágen excelente
Que no veo.

¡Oh pecho donde se encierra
Mi dolor y penas tantas,
Tan sangrientas,
Pues dentro tienes tal guerra,
Di, ¿por qué no te quebrantas
Y revientas?
¡Oh pensamiento cuidoso,
Que un momento solamente
No me dejas,
Dame un poco de reposo;
No seas tan diligente
Con tus quejas.

¡Oh suspiros engendrados
De las ansias y pasion
Del sentido!
Salid, salid aquejados;
Dad descanso al corazon
Afligido.
Tristezas y angustias mias,
Que yo de mi voluntad
Busco y llamo,
Ayudadme en estos dias
A sentir la soledad
De quien amo.

¡Oh partida acelerada!
Oh cuchillo de dolor
Lastimero!
Partirás, por ser forzada,
La vida, mas no el amor
Verdadero.
Este cuerpo miserable
Podrá, por ser tú cruel,
Apartarse;
Que el ánima no mudable
Antes quedará sin él
Que mudarse.

Vos, mi fe, que comenzais
En la letra que comienzan
Mis amores,
Pues en su poder quedais,
Suplicalde que la venzan
Mis dolores.
Y selde tan importuna,
Pues sois con justo derecho
Su cautiva,
Que otra fe jamás alguna
No se aposente en su pecho
Mientras viva.

¡Oh muy fiel corazon mio,
Que quedas allá en servicio
De mi dueño,
En tu lealtad confio
Que harás bien el oficio
Que te enseño!
No te dolerás de tí,
Pues quedas donde el tormento
Se te paga;
Pero duélete de mí,
Que do quiera que estoy siento
Cruda llaga.

¡Oh descanso en que me vi,
Que un dia solo en mi mano

Reposaste!
Cierto no te merecí,
Pues veniste, y tan temprano
Me dejaste.
Dia de mayo postrero,
Que fin y comienzo fuiste
De mi gloria,
Cuanto entonces placentero,
Tanto me es agora triste
Tu memoria.

¡Oh mi reina y mi señora!
Pues os he sido en presencia
Fiel amante,
Sedme vos tambien agora
En los peligros de ausencia
Muy constante.
Por la fe que me debeis,
Y por el fuego encendido
Que en mi arde,
Os suplico que os guardeis
De ofenderme con olvido,
Aunque tarde.

Con vos queda mi ventura,
Mi descanso y mi placer
Y mi alegría;
Va conmigo mi amargura
Para siempre me tener
Compañía.
Muy buena conversacion
Llevo en iros deseando
De contino;
Que en vuestra contemplacion
Con vos me voy razonando
De camino.

Á UNA DAMA QUE SE ENOJÓ PORQUE NO FUÉ VISITADA EN UNA PARTIDA.

Vuestro enojo, reina mia,
Merced fué, pues que me fué
Mensajero de la fe
Que vuesamerced tenia.
Y aunque con él me pusistes
En tinieblas de dolor,
Extremado es el favor
Que en tomarlo me hicistes.

Mi culpa no me dolió,
Pues de culpa estaba ajena;
Mas lastimóme la pena
Que vuesamerced tomó.
Cruel fuistes en ser brava
Con quien no sabe ofenderos;
Que el pecado de no veros
Con él mismo se pagaba.

Mas, con enojo ó sin él,
Siempre mana de vos gloria,
Pues vuestra dulce memoria
Cuando amarga tiene miel.
Si estando sañuda y grave
Haceis obras de señora,
¿Qué tales serán agora,
Que os mostrais dulce y suave?

Tras ñublado de braveza
Amaneció claro dia,
Por lo cual es mi alegría
Mayor que fué la tristeza.
Y en fin, de tanta amargura
Quedo, en verme perdonado,
El mas bienaventurado
De cuantos tienen ventura.

Por bienes tan soberanos,
No se lavan mis mancillas,
Quiero besar de rodillas
Esas angélicas manos;
En las cuales aposento
El fin del bien que poseo,
Porque de vuestro deseo
Quedó lleno el pensamiento.

Á UNA DAMA QUE ESTANDO ÉL MALO SE VINO Á MADRID.

En mas peligro dejais
Mi vida que la hallastes;
De una muerte me librastes,
Y en mil juntas me dejais.
La salud que en la venida
De vuesamerced cobré,
Prestada diré que fué,
Pues la pierdo en la partida.

Así que, podré loarme
Que sané para morir,
Y me hicistes vivir
Para de nuevo matarme.
Pero yo quedo contento
Con mi muerte que sea así;
Que en venir despues que os vi
Tan dulce es, que no la siento.

EN UNA PARTIDA DE LA CORTE PARA MADRID.

A las tierras de Madrid
Hemos de ir;
Todos hemos de morir.

Apercibid, cortesanos,
Las armas del sufrimiento;
Que el peligro y el tormento
Ya los tenemos cercanos.
De sus poderosas manos
Es yerro pensar huir;
Todos hemos de morir.

Por condenadas tener,
Si el corazon no es muy fuerto,
Las vidas para la muerte,
Las entrañas á merced,
En las almas proveed;
Que á la hora del partir
Todos hemos de morir.

En esta guerra mortal
Soldados son los dolores,
Y el amor, con sus amores,
Es capitan general;
Puestos en un memorial
Tiene los que ha de herir.
Todos hemos de morir.

En el trance que se espera,
Decid, ¿morirá Escalante?
Ya no, porque mucho ante
Pagó la deuda postrera.
Si muriera si viviera,
Mas murió para vivir.
Los vivos han de morir.

¿Figueroa morirá
Cuando esta nueva se cuente?
Si, si la pena que siente
Le deja llegar allá;
Ausencia le matará,
Que no la podrá sufrir
Sin matarse ó sin morir.

El Rey está de partida,
Dicen que para Madrid;
Parte de Valladolid,
Yo partiré de la vida.
Moriré de recaida,
Partiendo para partir
Segunda vez á morir.

La primera vez morí
Muerte de sola mudanza,
Y en virtud de la esperanza
He vivido hasta aquí,
Alejándome de ahí;
Ansias que no sé decir
Me condenan á morir.

Dentro me abraso de fuego,
Defuera muero de frio;
Cuanto de vos me desvio,
Tanto á la muerte me llego.

De tan peligroso juego
Es imposible salir
Menos que para morir.

Mi deseo vivirá,
Que va por otro camino
Caminando de contino,
Do vuesamerced está.
El cuerpo quedará acá,
Que es pesado para ir
Y propio para morir.

DON JORGE MANRIQUE, DE LAS CONDICIONES DE AUSENCIA.

Quien no estuviere en presencia,
No tenga en fe confianza (11),
Pues son olvido y mudanza
Las condiciones de ausencia.

Quien quisiere ser amado
Trabaje por ser presente;
Que cuan presto fuere ausente,
Tan presto será olvidado.
Y pierda toda esperanza
Quien no estuviere en presencia;
Pues son olvido y mudanza
Las condiciones de ausencia.

GLOSA DE LA PRECEDENTE, Á UNA DAMA DESAGRADECIDA.

La muy sobrada razon
Que tengo de estar quejoso
Me hace ser malicioso,
Sin ser de mi condicion.
Y si merezco por ello,
Por ser mérito hacello,
Merced delante de Dios,
Dénse las gracias á vos,
Que habeis sido causa dello.

(11) El texto mas autorizado de Jorge Manrique dice:

No tenga fe en esperanza.

Gregorio Silvestre, que parece que quiso competir con CASTILLEJO, glosó tambien esta copla del modo siguiente:

Quien ama, sirve y padece,
Gana favor y aficion
Si porfia y permanece;
Y por la misma razon
Quien no parece perece.
Así que, en esta dolencia,
Por bien que haya sido amado,
Puede aparejar paciencia
Y darse por olvidado
Quien no estuviere en presencia.

Haga el que ama su cuenta
A cuenta de estar presente,
Y si quita ó acrecienta,
Perdone; que estando ausente,
El amor tambien se ausenta.
Juntos andan en la danza
Olvido y apartamiento;
Por eso quien seso alcanza,
Si quiere vivir contento,
No tenga fe en confianza.

Como el natural calor
Es causa de nuestro ser,
La vista lo es del querer;
Y así, se acaba el amor
En acabándose el ver.
Memoria y dulce esperanza
Se parten si os partis vos,
Y á suplir esta tardanza
Entran otras cosas dos,
Que son olvido y mudanza.

No hay otro tan mal partido
En todos los del amor
Como ser aborrecido
Y tener competidor
Presciado y favorecido.
De competencia y ausencia,
Mirados bien los tenores,
Sin ninguna conferencia
Se verán que son peores
Las condiciones de ausencia.

Comienza.

Si algun favor alcanzamos
De la dama á quien servimos,
Muy seguros nos partimos,
Mas muy peligrosos vamos;
Porque todas en ausencia
Son de tan buena conciencia,
Que está seguro á lo menos
De llorar duelos ajenos
Quien no estuviere en presencia.

Y aunque así va declarado
Por perdido el que se va,
No por eso el que se está
Se ha de contar por ganado;
Mas guarde tal ordenanza
Cualquiera que seso alcanza:
Si está ausente desespere,
Y si presente estuviere,
No tenga en fe confianza.

Porque así Dios las crió
Sujetas á liviandad,
Que no hay mas seguridad
Con su *sí* que con su *no.*
Y en su mudable privanza
Los principios dan holganza
Mientra el daño no está claro;
Mas los fines cuestan caro,
Pues son olvido y mudanza.

Olvido de lo servido,
Mudanza de lo alcanzado,
Engaño de lo esperado,
Falta de lo prometido,
Nuevo enojo y diferencia,
Sobre cuernos penitencia:
Estas y otras tales son,
Puestas ya por condicion,
Las condiciones de ausencia.

Mas con todos estos males
Con que dan causa de pena,
Una cosa tienen buena,
Que no son interesales.
Gentil hombre el requebrado,
Muy galan y bien hablado,
Méritos son muy livianos;
Que ha de ser largo de manos
Quien quisiere ser amado.

No que el dar haga mas sana
La intencion de la mujer;
Que lo que se le dió ayer
Ya es olvidado mañana.
Mas que luego incontinente
Que algo les dan nuevamente,
El que con ello ha servido,
Antes que venga en olvido,
Trabaje por ser presente.

Porque burlan sin temor
Al que un poco se desvia,
Y no tienen cortesía
Con quien no tienen amor.
La mas verdadera miente,
Y el que de burlas se siente,
De ser burlado se guarde;
Que no lo será mas tarde
Que cuan presto fuere ausente.

Y es engaño de amadores
Fundarse en cosa pasada;
Que ellas no tienen en nada
Cuanto hacen por amores.
Y así olvidan lo pasado,
Que, aunque sea haber llegado
Al fin del mayor estrecho,
Tan presto como fué hecho
Tan presto será olvidado.

Y lo que es mas de reir,
Hay muchas que piden celos
Por quitarnos los recelos
De su burlar y mentir.

Pero de haber buena andanza,
Habiendo alguna tardanza,
Ni de haber firme favor,
Desconfie el amador
Y pierda toda esperanza.

No que aficion les fallezca,
Porque muchas quieren bien
Mientras no se ofrece quien
Mas y mejor les parezca;
Mas habiendo competencia,
Tienen tan ancha licencia
En mudarse y en negar,
Que las ha de perdonar
Quien no estuviere en presencia.

No nos niegan por bondad
La merced que les pedimos,
Sino porque no cupimos
En suerte á su voluntad;
Y aunque quepa la libranza,
No hagais dello confianza.
Querellas, mas no creellas;
Sus obras aborrecellas,
Pues son olvido y mudanza.

Ser verdad que no hay amigos
Al muerto y al que se va,
Harto bien probado está
Con tan mudables testigos;
Que en vestirse de paciencia
Pone luego diligencia,
La que mayor pena siente,
Por guardar con el ausente
Las condiciones de ausencia.

Veis aquí va la verdad,
Sin que della un punto salga,
Y ella, Señora, me valga
Como no va la mitad.
Y si algunas he ofendido
Por haberme así atrevido,
De vos deben ser quejosas,
De quien todas estas cosas
A mi costa he deprendido.

AL AMOR.

Dame, Amor, besos sin cuento,
Asido de mis cabellos,
Y mil y ciento tras ellos,
Y tras ellos mil y ciento,
Y despues
De muchos millares, tres;
Y porque nadie lo sienta (12),
Desbaratemos la cuenta
Y contemos al revés.

HISTORIA DE PIRAMO Y TISBE,

TRADUCIDA DE OVIDIO, PARA LA SEÑORA ANA DE XOMBURG.

Generosa y magnífica Señora: Con el deseo que siempre he tenido, y agora mas que nunca, de hacer algun servicio á vuesamerced, he mirado y revuelto mi recámara, y no hallo en toda ella para ello sino palabras y plumas, y no todas verdaderas ni de mucha autoridad; de las cuales, por no dilatar mas años mi propósito, he acordado de dar, en este de 28, alguna parte á vuesamerced, y presentarle la historia ó fábula de Píramo y Tisbe, antiguos y leales amadores, y tan leales, que si es verdad lo que Ovidio escribe de ellos y lo que yo he trasladado de él, les costó la vida á ambos, segun vuesamerced podrá ver por el desastrado suceso de sus penados amores. Simples fueron, á mi parecer, en matarse asi con el calor del amor y de la edad; porque pudieran esperar á resfriarse y envejecerse, especialmente si vinieran á palacio y á Alemaña, como yo; pero quisieron perder la vida á trueco de la fama. Y pues es hecho, y no podemos ayudarles con consejo, obra piadosa y justa será acordarnos de ellos. Vuesamerced haga en el caso por su parte lo que le pareciere segun su limpia conciencia; que no quiero ponerla en obligacion, ni pedir otra merced de mi trabajo, sino que, no pudiendo bien leer ó entender estas locuras de amor, tome un acompañado para ello que le ayude de mala, el cual quede á voluntad y eleccion de vuesamerced, cuyas manos beso.

HISTORIA (13).

Grandes, muy grandes, Amor,
Son tus hechos por do vas,
Y fueron siempre jamás;
Sabido fué tu dolor
Cinco mil años atrás.
Con tus flechas triunfantes
Los morales, que de antes
Blanco nos daban el fruto,
Tú los cubriste de luto
Con sangre de dos amantes.
Piramo, gentil galan,
Y Tisbe, muy linda dama,
Los cuales al que bien ama
Puestos por ejemplo están
En los libros de la fama;
Siendo entrambos igualmente,
Entre la florida gente
De mancebos y doncellas,
Las dos personas mas bellas
Que nunca tuvo el Oriente,
Acertaron á tener
Las casas de sus moradas
Pared en medio pegadas;
Pero, como suele ser,
Con fuerte muro cerradas,

(12) «Porque ninguno lo sienta,» dicen otros ejemplares manuscritos de esta poesía.

(13) La fábula de *Piramo y Tisbe* ha sido muy tratada por los poetas españoles. Gregorio Silvestre, tan imitador de CASTILLEJO, si bien muy inferior á este ingenio, escribió igualmente en quintillas los amores de Piramo y Tisbe. Véanse estas muestras:

A los tristes amadores
Es una sombra de gloria,
Y un alivio á sus dolores,
Recontar alguna historia
De otros que mueren de amores.
Ocúpase el pensamiento
Del triste que está en tormento,
Oyendo la ajena impresa,
Y su mal hace represa
De falso contentamiento;
Y puesto que se declare
Ser tan flaco este edificio,
Aunque el mal no se repare,
Apliquese el beneficio,
Y dure lo que durare.
Porque á cualquier amador
Que esta fábula leyere,
Viendo los fines de amor,
Si consuelo no le fuere,
Será ejemplo, que es mejor.
. . . . . .
Piramo y Tisbe nacieron
Tan sin par en hermosura,
Que muestran por lo que fueron,
Ser por fuerza de natura
El amor que se tuvieron.
Ambos fueron de un metal,
Tan iguales sin igual,
Que si amor no los juntara,
Naturaleza quedara
En sus obras desigual.
. . . . . .
Mientras no supieron qué era,
Gozaban del conversar;
Pero un bien de tal manera
No lo pudiera gozar
Quien entenderlo supiera;
Porque el falso del amor
Tan caro vende el favor,
Que suele dar la victoria
Para que mate la gloria
Cuando no puede el dolor.

En aquella muy nombrada
Y ciudad mas señalada
Que Semíramis cercó,
Donde amor siempre reinó,
Gran Babilonia llamada.
Su primer conocimiento
Manó de la vecindad;
Y con el tiempo y edad,
Con igual contentamiento
Fué creciendo el amistad.
Y si libertad tuvieran,
De buena gana quisieran
Juntarse por casamiento;
Mas vedáronlo sin tiento
Sus padres, que no debieran.
Mas no pudieron vedar
Que la amorosa porfía
Que en sus entrañas ardia
Los dejase de quemar,
Amando mas cada dia;
Antes el defendimiento
Y nuevo encarecimiento,
Segun suele acaecer,
Puso espuelas al querer
Y velas al pensamiento.
Medianero no tenian
Ni de nadie se fiaban;
Solamente se miraban,
Y por señas se entendian
Y con los ojos hablaban;
Mediante lo cual crecia
Su tormento toda via,
Y el fuego que los quemaba,
Cuanto mas cubierto andaba,
Dos tantos mas se encendia.
De suerte que estas pasiones,
El mayor de sus cuidados
Era, viéndose penados,
No serles sus corazones
A boca comunicados.
Y no pudiendo hallar
Camino para hablar,
Penaban sin resistencia
Hasta que la diligencia
Al cabo halló lugar.
La pared á la ventura
Que las casas dividia,
De luengo tiempo tenia
Un resquicio ó hendedura
Desde cuando se hacia.
Este vicio señalado,
Que en tanto tiempo pasado,
Aunque no estaba escondido,
Hasta allí nunca habia sido
Jamás de nadie notado,
Entonces se echó de ver
¡Oh gran Dios omnipotente!
¿Qué es lo que el amor no siente,
O qué se puede esconder
A su calor diligente?
Vosotros, amantes, fuistes
Los que primero lo vistes,
Ambos por un mismo tino,
Y dél hicistes camino
Para vuestras voces tristes.
Por aquel lugar estrecho
Pasaban despues seguras
Las caricias y dulzuras
De su lastimado pecho,
Mezcladas con amarguras.
Por allí dentro enviaban
Del fuego en que se quemaban,
Muy pasito, las centellas,
Y las sabrosas querellas
Que el uno al otro se daban.
Los suspiros afligidos
Y halagos delicados,
De ambas partes enviados,
De ambas partes recibidos,
Iban por allí guiados.
Y muchas veces así
A hablarse por allí
Tisbe y Píramo venian,
Y daban y recibian
El dulce aliento de sí.
Aumentándose la sed,
Con ello, de sus amores,
Y creciendo sus ardores,
Maldecian la pared,
Dándole tales clamores:
«¡Oh cruel muro envidioso,
Que estorbas nuestro reposo!
¿Qué te costaba dejar
De todo punto juntar
Nuestro cuerpo deseoso?
»¿Por qué se nos encarece
Por ti lo que deseamos?
Y si lo que demandamos
Muy gran cosa te parece,
Así te lo confesamos.
Debrias, pues es mas poca,
Si nuestra angustia te toca,
Abrirte y darnos lugar
Siquiera para gozar
De la fruta de la boca.
»Pero no debemos serte
Ingratos, ni lo queremos;
Antes claro conocemos
Y confesamos deberte
El bien que agora tenemos,
Pues que por tí nos fué dado
Paso franco libertado
Para que nuestras fatigas
A las orejas amigas
Llevasen nuestro mandado.»
Habiendo hecho deste arte
En vano, sin galardon,
Su triste lamentacion,
Cada uno por su parte,
Ambos por un corazon,
Ya que la noche llegaba,
Que el tiempo los apartaba,
Se despiden suspirando,
Cada cual dellos besando
La parte por donde estaba.
Mas la mañana siguiente,
Despues que del cielo habia
Quitado el alba del dia
Las lumbres generalmente
De la escura noche y fria;
Y habiendo el sol colorado
Con sus rayos enjugado
Las verdes yerbas heladas,
Y las tinieblas pasadas
De todo el mundo alumbrado,
Los dos amantes leales,
No habiendo mucho dormido,
Vuelven al lugar sabido
A comunicar sus males
Con muy pequeño ruido;
Y habiendo primero dado
Ambos con igual cuidado
Muchas quejas, todas llenas
De las angustias y penas
De su vivir afanado;
No pudiendo mas sufrir
Las batallas y torneos
De sus ansias y deseos,
Ni para los conseguir
Andar por tantos rodeos,
Acuerdan, sin mas terceros,
Letrados y consejeros,
Que deben ambos tentar
En la noche de engañar
Las guardas y los porteros,
Y salir secretamente
De casa sin claridad,
Y en la misma escuridad,
Por huir mas de la gente,
Desamparar la ciudad;
Y que fuesen á juntarse,
Sin torcer ni desmandarse
Por el campo y sin camino,
Al sepulcro del rey Nino,

Porque no puedan errarse;
Y que despues de llegados,
Para que menos pudiesen,
Si acaso gentes viniesen,
Ser de ninguno mirados,
Ordenan que se escondiesen
So la cubierta sombría
De un gran moral que cubria
Parte del campo labrado,
De moras blancas cargado,
Cerca de una fuente fria.
El concierto les agrada,
Cuando ya les parecia
Que caminaba tardia,
Tanto, que ya los enfada,
La luz del sol de aquel dia,
La cual, sin se detener,
Da prisa por se meter
En las mismas aguas, donde
Tambien la noche se esconde;
Y dellas torna á nacer.
Pues la noche ya venida,
Y siendo el tiempo llegado,
Por ambos tan deseado,
A Tisbe no se le olvida
Lo que estaba concertado;
Y aunque era dama encerrada,
De padre y madre guardada,
Personas de autoridad,
No halla dificultad
Para cumplir su jornada
No da por inconveniente
Haber sido su salida
Antes de tiempo sentida,
Ni haber estado doliente,
Ocupada ó impedida;
Ni compone haber estado
Toda la noche á su lado
Su madre, siempre despierta,
Ni haber quedado la puerta
Cerrada con el candado.
Guárdeos Dios que amor atice
El fuego que él mismo hace;
Que aunque temor amenace,
El hace en fin lo que dice,
Y dice lo que os aplace.
De achaques anda desnudo,
De manera que no dudo,
Antes lo doy por aviso,
Que aquella pudo que quiso,
Y si no quiso, no pudo.
Así que, Tisbe primera
Los de su casa desmiente,
Y á escuras muy diestramente
Vuelve el quicio y sale fuera,
Que ninguno no la siente;
Y con un velo delgado
Su lindo rostro tapado,
Al gran sepulcro llegó,
Y á la sombra se sentó
Del árbol atrás contado.
Amor le daba osadía,
Aticion la acompañaba,
Deseo la apresuraba,
Su fe la favorecia;
Mas fortuna contrastaba.
A deshora, sin mas cuenta,
Ella estando muy contenta
De ver allí su persona,
Vió venir una leona,
La boca toda sangrienta.
La cual, habiendo aquél dia
Hecho carne frescamente,
Con la hartura reciamente
A matar la sed venia
A aquella vecina fuente;
Y como Tisbe la vió
De léjos, y conoció
A los rayos de la luna,
Gota de sangre ninguna
En su cuerpo le quedó.
Así, con vista tan nueva,
Casi muerta, de espantada,
Fué corriendo apresurada
A meterse en una cueva,
De allí no muy apartada;
Pero mientras así huia,
El manto que le cubria
Se le cayó por detrás;
Y ella no curó dél mas,
Con el temor que tenia.
La cruel leona brava,
Desque con agua infinita
Refrenó su sed maldita
Cuando al monte se tornaba
Por do su furia la incita,
Hallando acaso allí echada
Aquella ropa delgada
Sin la que allí la dejó,
Toda la despedazó
Con su boca ensangrentada.
Píramo, que mas tarde era
Salido, cuando llegó,
Y en el polvo claras vió
Las pisadas de la fiera,
Toda la color perdió;
Y como tambien caida
Viese, y en sangre teñida,
La ropa de la inocente,
Suspirando fieramente,
Dijo con voz dolorida:
«Pues el manto tal está,
Muerta es Tisbe; y pues los hados
Así se muestran airados,
Esta noche acabará
A entrambos enamorados;
De los cuales ella fuera,
Si ley en la vida hubiera,
Digna de muy larga vida;
Que mi alma, su homicida,
Es la que es justo que muera.
»Yo, yo, triste, miserable,
¡Triste de mí! te maté,
Y de noche ir te mandé
A lugar tan espantable,
Y antes que tú no llegué.
¡Oh leones! Oh alimañas
Que estáis en estas montañas!
Mi cuerpo despedazad
Y á bocados arrancad
Estas malditas entrañas.
»Pero de hombre de vil suerte,
Temeroso y menos fiel
Es en caso tan cruel
Desear de otro la muerte,
Pudiendo dársela él.»
Esto dicho, levantó
El manto que allí halló
De la su Tisbe leal,
Y á la sombra del moral
Del concierto lo llevó.
Y despues de haber mojado
Con lágrimas á hartura
La sangrienta vestidura,
Y muchas veces besado,
Díjole con amargura:
«¡Oh ropa sin alegría!
Pues gustaste en compañía
La sangre de tu señora,
Recibe tambien agora
Algun gusto de la mia.»
Luego con su misma espada,
De su propia voluntad,
Se hirió sin piedad,
Metiéndola por la ijada
Con extraña crueldad;
Mas tornó súbitamente
A sacarla encontinente,
Ya muriendo desmayado,
Y cayó allí trastornado
Sobre la tierra caliente.
La sangre surte muy alta,
Ni mas ni menos que un caño
Que acaso recibe daño

Y se rompe por la falta
Del plomo, hierro ó estaño,
Y por un resquicio estrecho
Arroja muy largo trecho
Las aguas, que van con pena,
Y con sus golpes barrena
Y rompe el aire derecho.
La fruta del árbol, siendo
Con la sangre rociada,
La raíz tambien mojada,
Luego se fué convirtiendo
En forma negra mudada.
Y las moras á deshora,
Siendo la muerte pintora,
Se tiñeron desde allí
En color de carmesí,
Como las vemos agora.
Tisbe en este mismo instante,
Aun no habiendo despedido
El gran miedo recibido,
Por no burlar al amante,
Vuelve al puesto conocido;
Y con ojos y cuidado
Buscaba su enamorado,
Deseándole hallar
Para poderle contar
Su gran peligro pasado;
Y como mas se acercó,
Aunque el lugar conocia,
Y el árbol tambien, que habia
Bien visto cuando llegó,
Y en memoria lo tenia,
La nueva color trocada
De la fruta en él hallada
La desatina y altera;
Que no sabe si aquel era
Adonde estúvo sentada.
Mas estando de esta suerte
Dudosa, toda temblando,
Vió estar el cuerpo sangrando
Con la basca de la muerte
En el suelo golpeando;
Y vista cosa tan fiera,
Retiróse para afuera,
Con el espanto, de presto,
Llevando su blanco gesto
Mas amarillo que cera;
Y mas fria que la nieve,
Del pavor espeluzada,
Quedó tremiendo turbada,
Como se estremece y mueve
La brava mar alterada
Cuando algun viento delgado,
De ella misma levantado,
A deshora la lastima,
Apremiándola por cima
Con rigor demasiado.
Mas despues que reparó,
Y conoció sus amores,
Con claros llantos mayores
Sus lindos pechos hirió,
Dello no merecedores;
Y sus cabellos mesando,
El cuerpo amado abrazando,
Con sus lágrimas suplia
En la herida vacía
La sangre que iba faltando;
Y mezclándola con ellas,
Y con muy grande agonía,
Besando la boca fria,
Clama y da tales querellas
Al alma que se salia:
«¡Oh Piramo deseado!
¿Qué caso tan desastrado,
Qué desastre tan cruel
Ha sido, Señor, aquel
Que así de mí te ha quitado?
»Responde, Piramo mio,
Tu amada Tisbe te llama;
Oye y mira á quien te ama,
Levanta tu rostro frio,
Echado en tan dura cama.»
Piramo, cuando esto oyó,
Al nombre de Tisbe alzó
Sus ojos mortificados;
Mas luego fueron tornados
A cerrar, desque la vió.
Y ella, como conociese
Allí su ropa sotil,
Y la vaina de marfil
De Piramo tambien viese
Sin el espada gentil,
Conociendo el mal recado,
Dijo luego: «¡Oh desdichado!
Tu misma mano, Señor,
Y la sobra del amor
Son los que te han acabado.
»Pues tambien tengo yo en mí
Manos fuertes y atrevidas,
Y amor á velas tendidas,
Que me darán, como á tí,
Fuerza para las heridas.
Muerto de muerte tan fiera,
Te seguiré por do quiera;
Y si huí, porque no huya
Causa de la muerte tuya,
Tambien seré compañera.
»Y tú, que con sola aquella
Podias ser apartado
De mí, mas no de mi grado,
No lo serás ni con ella,
Pues irás acompañado;
Mas vosotros, muy honrados
Padres desaventurados,
Suyo y mio en compañía,
De su parte y de la mia
Holgad de quedar rogados
»Que aquellos á quien así
Amor y fe verdadera
Y la hora postrimera
Ayuntaron hoy aquí
Con voluntad tan entera;
Porque su fuerte ventura,
Que en vida les fué tan dura,
Aun despues de ella convenga,
No hayais por mal que los tenga
Una misma sepultura.
»Y tú, moral, que al presente
Cubres aquí donde estás
Un cuerpo muerto, y no mas
Del uno, y encontinente
Los de los dos cubrirás,
Guarda muy bien las señales
Y los indicios mortales
De nuestra cruda matanza,
Pues tanta parte te alcanza
De nuestros últimos males.
»Y siempre tu fruta sea,
Cual es mi triste tesoro,
Negra de color de moro,
Que es comunmente librea
Para luto y para lloro;
Del cual tu vista adornada,
Tu tristeza señalada
A todos será notoria,
En remembranza y memoria
De la sangre en tí juntada.»
Esto dicho, levantó
Del suelo la triste espada,
Que aun no estaba resfriada
Del calor que recibió
En la matanza pasada;
Y poniéndola de hecho
En lo bajo de su pecho,
Dejóse caer sobre ella,
Dando fin á su querella
Y á sus angustias de hecho.
Mas su demanda á la hora
Fué por los dioses oida
Y por sus padres cumplida,
Como vemos ser la mora
Negra, su sazon venida;
Y lo que dellos sobró
Del fuego que los quemó,

Una sombra lo cobija
En una misma vasija,
Donde guardado quedó.

Final.

No hay temor
Que no le prive el amor.

El peligro de la vida,
Y á veces el de la fama,
Al que bien de veras ama
A mas osar le convida.
Si la llama está encendida
Del amor,
Tambien se quema el temor.

CONTRA EL AMOR.

Al reclamo del deseo
Me llevas, Amor, tras tí,
Perdido tras lo que veo,
Engañado en lo que creo
Y enajenado de mí.
Bien burlado,
Pero mal escarmentado;
Mil veces preso y vendido,
Y algunas arrepentido,
Pero jamás enmendado (14).
Dime, Amor, perseguidor
Del flaco poder humano,
¿Cuándo habrá fin tu furor
Para sentir el error
Con que causas mi liviano
Desatino?
¿El apetito malino
Cuándo dormirá su sueño,
Que á despecho de su dueño
Está ladrando contino?
¿Cuándo me tengo de ver
Libre deste desvario?
Que pienso no puede ser,
Pues nunca pude hacer
Que dejase de ser mio,
Ni yo suyo.
Entonces mas me destruyo
Cuando mas lo contradigo,
Y mas de cerca lo sigo
Cuando pienso que lo huyo.
Bien como el fuego encendido,
Que, con el agua rociado,
Queda, sin ser resistido,
Muy mas ensoberbecido,
Con su contrario curado.
Y la ciencia,
En tan rebelde dolencia
No la bastando á curar,
Es fuerza de acrecentar
Las fuerzas de su potencia.
Amor ciego, tú me ciegas,
Tú me afliges, tú me aquejas;
Pídesme lo que me niegas,
Para herirme me allegas,
Para curarme me dejas
En poder
Y á manos de una mujer,
De quien, en lugar de cura,
Cien mil tragos de amargura
Me es forzado padecer.
Miedo he que esta importuna
Cruel guerra de natura,
Do no hay paz cierta ninguna,
Tuvo comienzo en la cuna
Y el fin en la sepultura;
Y el reposo
Aun allí será dudoso
Al espíritu penado,
Que siempre fué enamorado
Y de beldad deseoso.
Contra lo cual no han valido
El seso ni la bondad,
Ni contigo amor podido
Hacer trato ni partido
Que les dé seguridad
Verdadera;
Y la tregua lisonjera
Que algunas veces han hecho,
Tú no la has por tu derecho
Tenido por valedera.
Fué mi suerte, fué mi hado
Dolencia casi contina
De amor á mal de mi grado,
De mi natura forzado,
Que, sin yo querer, me inclina
A querer
Y á no poderme abstener
De mirar y desear
Lo que sé que me ha de dar
Mas tormento que placer.
Con tus insolencias vanas
No me catas cortesía,
Ni me las muestras mas llanas
Con mis barbas y mis canas
Que cuando no las tenia;
Ni la edad,
Ya puesta en autoridad,
Honras y mayor estado,
Han contigo, Amor, bastado
A ponerme en libertad.
Contra tus locas pasiones
No aprovechan diligencias,
Negocios ni ocupaciones,
Ayunos ni confesiones,
Embarazos ni dolencias
Ni cuidados;
Que, todos examinados
En mi secreto sentido,
Siempre los tuyos han sido
Mas continuos y pesados.
Al flaco que defenderse
No puede de su adversario,
Retirarse ó esconderse
Le suele, para valerse,
Ser útil y necesario;
Mas contigo,
Amor loco y enemigo,
No vale esta diligencia,
Porque no hay contigo ausencia;
Que do quiera vas conmigo.

(14) Gregorio Silvestre, en la *Residencia de amor*, dice lo siguiente:

Y luego, entre sí pensando,
Salió triste y suspirando
Torres Naharro, admirado,
Y de sus penas turbado,
Desta manera hablando:
«¿Es posible que por vos
Aun suspirar no me vague?
¡Ay que sí, que es ley de Dios
Quien tal hace, que tal pague!
Mas, Señora,
¿Es posible pues ahora
Que me priveis de sosiego?
¡Ay que sí, que al que os adora,
Como hereje busca el fuego!»
Dijo el juez: «Este tal,
El se acusa y se condena;
Muy bien conoce su mal:
El merece bien su pena,
Aunque no le verná igual.
CASTILLEJO, que lo oyó,
En su compaña salió;
Que aunque enemigo de amor,
Por este mismo tenor
Igual culpa confesó:
«Al reclamo del deseo
Me llevas, amor, tras ti,
Perdido tras lo que veo, etc.»
«Con tus insolencias vanas
No me catas cortesía
Ni me las muestras mas llanas, etc.»
Pasó el viejo con dolor
Y dijo el juez: «Bien, basta
Para librarle su error,
Porque con la edad se gasta
La fuerza y poder de amor.»

Tus cuidados y tus penas,
Con que el mundo se destruye,
Por el mar y sus arenas
Y por las tierras ajenas
Van siguiendo á quien te huye,
Sin dejallo.
En paz, á pié ni á caballo
Yo, triste, pues ¿qué haré?
Dime, Amor, ¿adónde iré?
Que do voy allá te hallo.
De mil maneras padezco,
Espero lo que no espero,
De lo que tengo carezco,
Y lo que mas aborrezco
Es lo mismo que mas quiero.
Soy cautivo
De amores, y fugitivo
Tornado por los cabellos;
No puedo vivir sin ellos,
Y con ellos menos vivo.
Dame, Amor, ya facultad
Que no piense en tí ni crea
Que puedes decir verdad,
Pues tanta dificultad
Hay en lo que se desea.
¡Guay del triste
A quien tú para amar diste
Inclinacion de natura,
Y le falta la ventura
Del gozo que prometiste!
Pon en libertad mis ojos,
Manos, piés y corazon,
Para excusar los enojos
Que causa con sus antojos
Tu mala conversacion
Trabajosa,
Por una parte sabrosa,
Por otra amarga y horrible,
En un momento apacible,
Y en el mismo rigurosa.
Y pues sin haber socorro
He sido, Amor, tu soldado,
Y tan viejo, que me corro,
Dame ya carta de horro
Para vivir descuidado,
Sin estar
En todo tiempo y lugar
Con mi seso peleando,
Y de contino pensando
En qué poderte agradar.
¡Ay del pobre que padece
El dolor de que querello,
Que á cada paso se ofrece
Ver lo que bien me parece,
Y no poder gozar dello!
Y así ando,
Como Tantalo, penando
Por lo que delante está,
Y por lo que se me va
De las manos suspirando.
Suplícote que nos digas
Por qué, Amor, tus desafueros
Y sospechas enemigas
Me cuestan tantas fatigas
Y congojas y dineros.
¡Oh mal grado!
Que pagado ó no pagado,
Cuando mas me fuiste amigo
Nunca me tomé contigo
Sin salir descalabrado.
Entre las dificultades,
Trabajos, rabias y quejas,
Mudanzas y novedades,
De tus importunidades
Solo un consuelo me dejas,
Que es paciencia
Forzosa con penitencia,
Y que lo que no he alcanzado
Al menos no me ha quedado
Por descuido ó negligencia.
La libertad del mirar,
Que nos das, ¿por qué se quita
A la boca del hablar
Y á las manos de tocar
Lo que el alma solicita?
No es razon
Ser de menos condicion
Los otros miembros humanos,
Y que los ojos ufanos
Lleven todo el galardon.
Leyes son muy rigurosas
No poder gozar cualquiera
De las mujeres hermosas
Como de las otras cosas,
Por ley comun y soltera,
Sin andar
Obligados á pasar
Tantos enojos y males,
Al respeto de los cuales
Es nada nuestro gozar.
¡Oh gran Dios, y cuán gran mal
Fué poner nuestros placeres
En un tan descomunal
Y peligroso animal
Como lo son las mujeres,
Tras que andamos!
Y así el medio que buscamos
Para nuestra enfermedad,
Fundado en su liviandad,
Tarde ó nunca lo hallamos.
Quid leviùs vento? fulmen;
Quid fulmine? flamma;
Quid flamma? mulier;
Quid muliere? nihil.
¿Cuál cosa hay que ligera
Pasa al viento y no reposa?
El rayo que sale fuera;
¿Y al rayo? La llama fiera;
Y á la llama ¿qué otra cosa?
La mujer;
Y á la mujer en su sér
¿Qué cosa ligera y vana
La vencerá de liviana?
Ninguna á mi parecer.
De do viene que tu oficio,
Amor loco, todo es viento,
Pues no puede el edificio
Carecer de falta y vicio
Donde es malo el fundamento
E imperfeto;
Y así al amante pobreto
Nunca le falta laceria,
Siendo vana la materia,
Y mucho mas el sugeto.
Mas, caso que los amores
Vayan bien por parte dellas,
Siempre hay duelos y dolores,
Que á los pobres amadores
Dan mil causas de querellas
Y fatigas.
De las mas ciertas amigas
No se excusan mil pasiones,
Gastos y tribulaciones,
A que tú, Amor, nos obligas.
Cuanto mas que de las tales
Muy pocas hay al presente;
Todas son interesales.
Ya murieron las leales
Que en España antiguamente,
Diz que habia;
Tal uso paso solia,
Que las Indias y mineras
Y otras gentes forasteras
Lo han hecho mercaduría.
Entre los daños sin cuento
De tus yerros y mudanzas,
No es el menor perdimiento
La porfía y seguimiento
De tus vanas esperanzas;
Con las cuales
Nos causas, Amor, mas males
Que si nos desesperases,
Y la cuenta rematases
De las esperanzas tales.

Mas yo, por mi desventura,
Nunca la vi fenecida,
Y entre una y otra locura,
Sin tener hora segura,
He consumido la vida
En prision.
Mirad qué consolacion
Para el mal de mi querella,
Que el mayor bien que hay en ella
Es la desesperacion.
Gran ribaldo eres, Amor;
El Turco no se te iguala;
No quieres, por ser señor,
Que ningun tu servidor
Tenga fuerza que le vala;
Y si alguno,
De pesado é importuno
Y grave de soportar,
Se te puede comparar,
El gran Turco es solo uno.
Él es grande en demasía,
Y tú grande sin igual;
El en hacer mal porfia,
Y tú de noche y de dia
No causas de hacer mal
A dos manos;
El á los presos cristianos
Fuerza su ley confesar;
Y tú la fe renegar
A los mas á ti cercanos.
El no guarda fe ni sí
A hombre de su valía,
Tan poco como tú á mí;
Tan bien va contra el Sofí
Como contra el rey de Hungría.
El no popa
A nadie en Asia ni Europa,
De cualquiera ley que sea;
Tú matas toda ralea
Y haces á toda ropa.
El ha de todas naciones,
Suertes y formas de gentes,
Oficios y profesiones,
Estados y condiciones,
Por esclavos y sirvientes
Naturales;
Tú de estados desiguales
Tambien tienes gran gentío,
Y aun llega tu señorío
A los brutos animales.
Cabe él hay diversos grados
De cargos, como bajanes,
Y otros grandes y privados,
Genízaros y soldados,
Sanjacos y capitanes
De su gente;
Y asi, Amor, por consiguiente,
De los á ti sometidos
Hay diversos repartidos
En estado diferente.
El Turco con su grandeza
Hace grandes á los suyos
De dineros y riqueza;
Y tú, de tu gentileza,
Amor, tambien á los tuyos;
De tal suerte,
Que tienen que agradecerte
El bien que de ti les viene;
Mas ninguno dellos tiene
Castillo ni casa fuerte.
Tú y el Turco á la fin fin
Haceis bienes y favores
Que salen al gallarin,
Como fué lo de Abrain,
A los tristes servidores;
Cualquier don,
Mando, gracia ó galardon
Que dais á vuestros vasallos,
Puede bien regocijallos,
Mas al fin esclavos son.
Ambos tratais con desden
A los malos y á los buenos;
El tirano y tú tambien;
El tiene á Jerusalen,
Y tú á Roma, que no es menos,
Tuya es.
De la haz y del envés
Sois una misma sustancia;
El tiene liga con Francia,
Y tú das el mal francés.
Al olor de tu placer
Se beben tristes jarabes
Por mujeres que, á mi ver,
Son para nos ofender,
Como en el campo las aves;
Que las vemos,
Y con los ojos podemos,
Mirando, dellas gozar,
Mas queriéndolas tomar,
Entre manos las perdemos.
Y si alguno las gozó,
No por eso está pagado,
Porque, á lo que alcanzo yo,
Nunca nadie se hartó
De aquello á que es inclinado.
No hay poder
Que baste á satisfacer
De amores al amador
Ni de juego al jugador
Ni al borracho de beber.
El avariento logrero
Cada vez sale á la plaza
Con mas hambre de dinero,
Y al cazador ó montero
Nunca le basta la caza
Que mató;
Si otra de nuevo salió,
Es fuerza que la desee,
Y cada ciervo que vee
Es el primero que vió.
No sé de dónde te vino
Este nombre que te dan,
Amor, aunque eres latino,
Pues de título tan dino
Tus obras tan léjos van.
Fué postizo
De algun loco advenedizo,
Inventado por error;
Porque quien te llamó amor
No supo lo que se hizo.
Mas justo fuera amargura
Que amor por nombre ponerte,
Mordaza, morbo, locura,
Furia, rabia, mordedura,
Mortaja, tártago, muerte.
Mal parece
Nombre que no se merece,
En poder del Can-Cerbero;
Porque el amor verdadero
A solo Dios pertenece.

SERMON DE AMORES,

DEL MAESTRO BUEN-TALANTE FRAY FIDEL, DE LA ÓRDEN DEL TRISTEL (15).

Introduccion por un cura.

Huelgo que os hayais juntado
Los buenos de este lugar,
Porque viene á predicar
Un muy famoso letrado
De Florencia,
Extremado en toda ciencia,
Y en bien hablar sin segundo,

(15) De esta obrita puse varios pasajes de los suprimidos por la Inquisicion en mi *Exámen filosófico de las causas de la decadencia de España;* los cuales reimprimió mister Tomás Parker en la version inglesa de este libro, pero sin traducirlos.

Lopez de Velasco, comisionado por el Santo Oficio, hizo grandes mutilaciones en esta obrilla de CASTILLEJO. No solo le quitó el

Unico por todo el mundo
Para casos de conciencia.
En Levante
Fué muy notable estudiante,
Del Gran Turco muy bienquisto;
Llámanle, segun he visto,
El maestro Buen-Talante,
Fray Fidel.
Hacen mucho caso dél
Cuantos saben su venida;
Es hombre de muy gran vida,
De la órden del Tristel;
Extranjero,
Mas no bozal ni grosero
En la lengua castellana,
Y en su habla palenciana
Se muestra ser caballero
Bien gracioso.
Es cortés y virtuoso,
Y notados sus primores,
Debiera saber de amores
Antes de ser religioso.
Fué ventura
Llegar á tal coyuntura,
Que anoche bien tarde vino,
Porque pasa de camino
La via de Extremadura.
Y acertó
A mi casa, é preguntó
Si tenia en qué hospedalle.
Yo holgué de aposentalle,
Por no le decir que no.
Y no quisiera,
Agora que sé quién era,
É cuán digno de servicio,
Por todo mi beneficio
Que de mi casa se fuera
Descontento;
Porque tengo en pensamiento,
Si acabamos que predique,
Que su sermon edifique
En este nuestro convento.
Mas no sé
Si con él lo acabaré,
Porque ya fuera partido,
Mas yo lo he detenido,
Y tengo sobre la fe
Que me dió
De esperar hasta que yo
Dispense con su tardanza,
Porque su buena crianza
Hasta esto comedió
Mi mandado.
Y aun no estoy desconfiado,
Antes que parta de aquí,
Que él venga á buscar de mí,
Porque él tiene ya ensillado
Para andar,
Acabando de rezar,
Lo cual quedaba haciendo.
Yo, señores, os le vendo
Por persona singular
Y excelente;
Pésame terriblemente
De no le haber mas servido,
Y de haberle conocido,
Pues se va tan brevemente,
Sin gozalle.
Si pudiera encaminalle
Que predique entre nosotros,
Cada uno de vosotros
Puede muy bien preguntalle,
Si quisiere,
Cualquier duda que tuviere
O lo que saber querrá;
Que este padre le dirá
Cuanto pedido le fuere,
Pues lo sabe.
No cumple que mas le alabe;
A su saber me refiero,
Que será fiel mensajero
Del saber que en él cabe;
Mas conviene
Que, en tanto que él se detiene,
Le pongais aquí en qué este,
Que hará lo que le diré;
Y el alma me da que viene
Por acá.
Asomar le veo ya;
Todo el mundo se sosiegue,
Que al fin fin predicará,
Muy rogado.
Yo tomo dello cuidado,
Sin que trabaje ninguno,
Porque basta un importuno
A vencer á un bien criado,
Si le apura.

(*Entra el predicador.*)

PREDICADOR.

Deo gratias, señor Cura;
Mandadme ya dar licencia,
Y soltadme la obediencia
Por el tiempo que me dura
La licencia,
Que, por ser apresurada,
No puedo mas asistiros;
Mas despues para serviros
Siempre quedará obligada
Mientras vivo;
Que de quien merced recibo (16)
Nunca jamás se me olvida,
Y la de vos recibida
En la memoria la escribo,
Do la llevo
Muy bien pintada de nuevo
Para siempre conocella,
Y si puedo agradecella
É servilla como debo,
Si bastare,
Y vuestra merced mandare
Con las muchas que me hace,
Predicara, si le place.

CURA.

Si yo le suplicare
Un poquito,
Aunque menoscabo y quito
El tiempo del caminar,
Porque goce este lugar
De vuestro sermon bendito
Con placer.

PREDICADOR.

No me lo mandeis hacer,
Que el tiempo no sufre tanto.
No se entiende sino en cuanto
Aparejan de comer
Como quiera;
Que para jornada entera
Es tarde para partir,
Y no es razon de salir
A buscar qué comer fuera
De poblado.
Cumpliré vuestro mandado
Como debo y es honesto;
Mas no me hallo dispuesto
Ni tengo nada estudiado.

CURA.

No os dé pena;
Que en casa tan rica y buena (17),

título, sino tambien la forma de sermon, dándole el epígrafe de *Capítulo del amor*, segun queda dicho en otro lugar.

Los ejemplares impresos del *Sermon de amores* tienen tantos y tales yerros, y se contradicen tanto, que difícilmente puede sacarse un texto correcto. Se ha hecho todo lo posible por restaurar esta obrita, publicándola, si no como salió de la pluma de su autor, al menos libre de las mutilaciones inquisitoriales.

(16) En el original antiguo habla desde aquí el cura.

(17) Parece que debe decir *llena*, al tenor del proverbio: «En casa llena presto se guisa la cena.»

Ya sabe vuestra merced
Que nadie muere de sed,
Pues presto se guisa cena.
No pedimos
Honduras, ni las sentimos,
Ni otras habilidades;
Bastarán moralidades,
É muy mejor las oimos (18)
Los de aldea.

PREDICADOR.

Ruégoos, Señor, que me sea
Licito ser descortés (19),
Porque no os pese despues
Que mi desgracia se vea,
Si predico.

CURA.

A vuestra merced suplico
No ponga dificultad,
Pues yo sé bien que es verdad
Lo que yo de vos explico (20),
Pues lo veo;
No maltrateis mi deseo,
Pues vuestro saber, Señor,
Me ha quedado fiador
De todo cuanto yo creo,
Y es ansí.
Por eso no cabe aquí
Encarecer ni excusar;
Que os tengo de importunar
Hasta que digais que sí (21).

PREDICADOR.

Ya lo digo,
Que por serviros me obligo
A haceros mal servicio,
Pues deseo con mi oficio
Conservaros por amigo
Verdadero,
Por ser cierto lo primero
En que mi duda se os muestra;
Mas la culpa sera vuestra,
De mi razonar grosero
Sin saber.
Pensar, Señor, de vencer
A vuestra paternidad
En crianza y humildad (22),
Es buscar en qué entender
A mi costa,
Por serviros, puesto en posta (23),
Los dichos é los primores;
Para tan anchos favores
Cierto vive muy angosta
Mi presencia.

CURA.

Suba vuestra reverencia,
Y no arguyamos los dos;
Hora por amor de vos
Doy contra mí la sentencia (24).

(18) Otras ediciones dicen:

E muy mejor las vivimos.

(19) Otras ediciones dicen:

Lícito é descortés.

(20) En otras ediciones se lee:

Lo que yo de vos suplico.

(21) En otras:

Has que digais de sí.

(22) Otras ediciones dicen:

De crianza y humildad.

(23) Otras ediciones:

Que servicios puesto en posta.

(24) Creo, con Blasco de Garay, que no es de CASTILLEJO esta introduccion. Garay dice: «Lo mismo me parece de cierto *Sermon de amores*, el que por una entrada que tiene, *y no sé si diga pegadiza de algun vano trovadorcillo que por aventura se la añadió*, se llama vulgarmente de fray Puntel» (Sic).— *Prólogo al Diálogo de las mujeres.*

Comienza el sermon de amores.

TEMA.

¿Adónde iré? ¿Qué haré?
¡Qué mal vecino es el amor! (25)

Habeis de saber, señores,
Cuantos aquí sois venidos,
Que todos los hoy nascidos
Tienen su punta de amores (26);
De la cual
Se desapega muy mal
La nuestra carne mezquina,
Porque á ello nos inclina
La inclinacion natural
Que tenemos;
A cuyos grandes extremos
Apenas hay quien resista,
Que cuerpo que carne vista,
Carne pide que le demos

(25) Segun CASTILLEJO, este tema es sacado de la novela intitulada *Cárcel de amor*, escrita por Diego de San Pedro, alcaide de los Donceles. En algunas ediciones del *Sermon de amores* se hallan mas adelante unos versos suprimidos por la Inquisicion, en que así lo dice. No en todos los textos consultados se hallan; lo cual me hace sospechar que tal vez fueron añadidos por alguno, como la introduccion.

Yo, cuitado pecador,
Puta vieja, ¿qué haré?
Madre mia, *¿adónde iré?*
¡Qué mal vecino es el amor!
¿Adónde iré?
¡Qué mal vecino es el amor!
Las palabras que tomé,
Señores, por fundamento
De este sermon que os presento,
Señaladas las hallé
Sabiamente
En un tratado excelente,
De grande doctrina y fama,
Que *Cárcel de amor* se llama,
Muy sabido de la gente
Española;
Díjolas á Laureola
Su servidor Leriano,
Viéndose á muerte cercano
Por amores della sola,
Y en pasion.

La Inquisicion prohibió esta novela, notando que su mismo autor la habia reprobado. Y es así, segun parece del *Desprecio de la fortuna*, poesía de Diego de San Pedro, que se lee en antiguos cancioneros:

Mi seso, lleno de canas,
De mi consejo engañado,
Hasta aquí con obras vanas
Por escrituras livianas
Siempre anduvo desterrado.
Y pues carga la edad,
Donde conozco mi yerro,
Afuera la liviandad,
Pues que ya mi vanidad
Ha cumplido su destierro.
Aquella *Cárcel de amor*,
Que así me plugo ordenar,
¡Qué propia para amador,
Qué dulce para sabor,
Qué salsa para pecar!
Y como la obra tal
No tuvo en leerse calma,
He sentido por mi mal
Cuán enemiga mortal
Fué la lengua para el alma.
Y los yerros que ponia
En un *sermon* que escribí,
Como fué el amor la guia,
Me hizo que no los vi.
Y aquellas cartas de amores,
Escritas de dos en dos,
¿Qué serán, decid, señores,
Sino mis acusadores
Para adelante de Dios?

(26) Lopez de Velasco, al convertir el *Sermon de amores* en *Capítulo de amor*, le puso este principio:

Dicen los sabios doctores,
Los expertos y leidos
Que todos los hoy nacidos, etc.

Abundanle,
Contra lo cual no es bastante
El socorro de razon (27);
Porque cuantas cosas son
Codician su semejante
De continuo,
Y tenemos por vecino
El natural apetito,
En el cual, como en garlito,
Caen por este camino
Los sentidos.
Todos van de amor heridos,
Dice un devoto doctor (28),
A las leyes del Amor
Muchos están sometidos (29);
En Oriente,
En Levante y en Poniente,
No solo los racionales,
Mas los brutos animales,
Le siguen naturalmente,
Y se van
Cuantos heridos están
En busca de quien los hiere.
Similis similem quiere,
Por la pena que le dan (30)
Los deseos.
No veréis amores feos,
Ni caben en un subgeto;
No parece mal lo prieto
A los indios ni guineos,
Ni los daña.
Al que Amor hiere y apaña (31),
El hierve sin que le aticen,
Porque hay ojos, segun dicen,
Que se pagan de legaña,
A mi ver.
Guárdeos Dios del bien querer,
Que en él ponen el tesoro.
Mama el cuervo granos de oro
A sus hijos y mujer,
Que es bonica.
Si el aguijon de amor pica,
Excusado es poner tregua;
Va el caballo tras la yegua
Y el asno tras la borrica
Rebuznando,
El toro sigue bramando
A la vaca por la sierra,
El perro va tras la perra,
A las veces arrastrando
Por el lodo;
Embebecido y beodo
Anda el gato por hebrero,
Con voces de pregonero,
Llanteando el dia todo (32)
Tras la gata.
Ved cuánto ciervo se mata
En el tiempo de la brama;
El gamo va tras la gama,
Y el raton busca la rata
Por el suelo;
Las avecicas del cielo,
Heridas, sienten amores;
Con ansia los ruiseñores
Cantan cantares de duelo
Dulcemente;
Con lengua muy elocuente
Se quejan las golondrinas,
Y el gallo con las gallinas,
De celoso, es diligente
Y lozano.

Será trabajar en vano
Traer mas comparaciones,
Pues todas generaciones
Publican de llano en llano
Mi opinion.
La hembra por el varon
Ansias en su pecho siembra,
Y el varon ha por la hembra
En sus entrañas pasion;
Y cualquiera
Busca su forma primera;
Que Adan en el paraíso
Compañero no le quiso,
Mas demandó compañera,
En quien hubo
Los hijos que después tuvo
Por natural experiencia,
Mediante concupiscencia
Que entre ellos ambos anduvo.
Y esta es
La que nos quedó despues
Por herencia que heredamos,
De que vestidos andamos
De la cabeza á los piés;
Cuyo ardor
Es un amargo dulzor,
Que por honra le han querido
Los dotores de Cupido
Que lo llamemos amor.
Y este es ciego,
Que aunque se meta en el fuego
No sabe por dó saltar,
Antes quiere allí quedar
Por vasallo solariego.
Mas mirad
Que para su ceguedad
Tiene un mozo que le adiestra,
Que se llama en lengua nuestra,
Por su nombre, *Voluntad*,
Que le guia;
Esta es sorda todavía,
Que á ninguno oye ni cree,
Y el Amor, como no vee,
Va tras ella en compañía
Zanqueando,
En sus piernas tropezando;
Y la Razon desdichada
A veces, de importunada,
Va con ellos cojeando
Con temor;
De tan gran perseguidor
Hecha esclava, que no fué,
Va diciendo: «¿Adónde iré,
Que me escape del Amor?
No lo siento;
Que el ligero pensamiento,
Aunque muda la ocasion,
No muda la condicion,
Que es penar tras cada viento
Que se sopla;
Verso ni prosa ni copla
No le pueden declarar,
Porque hoy está en Gibraltar,
Mañana en Constantinopla;
Do redunda
Que quien sobre amor se funda,
Ha de vivir so su ley,
Sometiendo, como buey,
La cabeza á la coyunda
Y al arado.
Un gentil enamorado,
Segun cuenta Juan Bocacio,
Se estuvo muy de su espacio
Ensillado y enfrenado
Todo un dia,
Porque la que bien queria
Holgaba de vello así;
Y yo por mis ojos vi
Otro galan que sufria
Sin fatiga
Que le saltase su amiga
Con sus chapines y faldas,

(27) Contra lo cual es bastante
El socorro á la razon.—*Texto antiguo.*
Contra lo cual no es bastante
El seso ni la razon.—*Texto de Velasco.*
(28) Dice un famoso doctor. — *Id.*
(29) Todos están sometidos. — *Id.*
(30) Por la pena que les dan. — *Textos antiguos.*
(31) Al que amor puede y apaña. — *Texto de Velasco.*
(32) «Llamado el dia todo», dicen algunas ediciones antiguas.

El desnudo y de espaldas,
Encima de la barriga.
Todo va
De esta suerte por allá:
Amores son los que reinan.
¡Cuántos se pulen y peinan
Que tienen arrugas ya!
Porque Amor
Es tan gran rey y señor,
Que á cualquier parte que vais,
Hallaréis, si lo buscais,
Sus angustias y dolor
Lastimero.
Todos le debemos fuero,
Porque es señor absoluto,
Y á pagar este tributo
El mas hidalgo es pechero
Sometido,
Vasallo bien poseido,
Pero mal gratificado,
Esclavo nunca ahorrado,
Por mucho que haya servido;
No se escapa
Hombre vivo, desde el Papa,
Reyes ni emperadores,
Duques y grandes señores,
Hasta quien no tiene capa,
Desta guerra (33);
De los que están so la tierra
Muchos fueron lastimados.
Es mal que á todos estados
En sus cadenas afierra
Y aprisiona;
Y no conoce á persona;
Ninguno de este cuidado
Hallaréis privilegiado,
Aunque sea de corona
Ni de grados,
Ni obispos ni perlados;
Tambien entran en sus bretes
En él, en vez de roquetes.
Hay mil obispos llagados
Desta lanza (34);
Tan bien entran en la danza
Casados como solteros;
A pobres y caballeros
Igualmente les alcanza
Este pecho.
Empadronados á hecho,
Van los ruines y los buenos,
Y todos, cual mas, cual menos,
Le pagan este cohecho.
Cortesanos,
Labradores, ciudadanos,
Oficiales, escuderos,
Abades y baliesteros,
Todos vienen á sus manos.
De manera
Que es una red barredera,
Un cáncer universal,
Un pedido desigual
De la moneda forera
Que se paga.
Heridos van de esta llaga
Las tres partes de los vivos;
Aun á los contemplativos (35)
Muchas veces los amaga
Y rodea;
Por los yermos se pasea,
Buscando los ermitaños;
Por los desiertos extraños
Se deleita y se florea,
E se extiende
En los conventos, y asciende
Sus dulzores amorosos,
Tentando los religiosos,
Y en su consuelo los prende
Con dulzura.
Es cazador de natura:
Caza con sutiles lonjas
Las entrañas de las monjas;
Que no valen cerradura
Ni paredes (36).
Tendidas tiene sus redes
Por casadas y doncellas,
Y él mediante, hacen ellas
Gentilezas y mercedes
Y favores
A los buenos servidores;
Y á las veces á los ruines
El les calza los chapines,
Porque parezcan mayores
De su estado;
Este las pone en cuidado
De vestirse y de tocarse,
De bruñirse y de afeitarse,
Y de tener á su lado
El espejo,
Con el cual toman consejo
Cuando salen do las vean;
Si bien aman y desean,
Este les busca aparejo
Diligente;
Este delicadamente
El corazon les ablanda;
Este otorga la demanda,
Sin temer inconveniente
Ni pesar;
Este enseña á desviar
Los estorbos y tropiezos,
Y á que se muerdan los bezos
Cuando no pueden hablar.
¡Oh amor mio,
Cuán grande es tu poderío!
Puedes cuanto tú te quieres;
De los hombres y mujeres
Ordenas á tu albedrío,
Y les pones
En prision los corazones.
Viene un triste labrador,
Abrasado de calor,
Harto de quebrar terrones,
En verano,
Llena de callos la mano,
Un arado entre sus brazos,
Molido, hecho pedazos,
Mas hambriento que un alano
O camello,
Lleno de polvo el cabello,
Y la barriga de sopas,
La caperuza de estopas,
Que habréis mal asco de vello,

(33) Así se lee en las ediciones no expurgadas por la Inquisicion. Lopez de Velasco puso:

No se escapa
Hombre vivo ni solapa
De reyes ni emperadores,
Duques y grandes señores,
Hasta el que no tiene capa,
Desta guerra.

(34) La Inquisicion varió estos versos, poniendo:

No reconoce á persona,
Ni alguno deste cuidado
Hallaréis privilegiado,
Aunque sea de corona,
Sin tardanza;
Tambien entran en la danza
Casados como solteros, etc.

(35) La Inquisicion puso en lugar de estos versos:

Heridos van de esta llaga
Las tres partes de los vivos,
Que á los severos y esquivos
Muchas veces los amaga.

(36) La Inquisicion puso:

Por los desiertos extraños
Se deleita y se recrea
Con dulzura;
Es cazador de natura,
Caza con sutiles mañas
Las mas guardadas entrañas;
Que no valen cerraduras
Ni paredes.

Y en su pecho
Trae el amor del barbecho,
Y si antes que recree,
A la zagala no vee,
Nada le hace provecho.
¡Qué afan
Ver un pobre sacristan
De una miserable aldea,
Que todo el año vocea
Por seis varas que le dan
De palmilla!
Vive ledo á maravilla,
Que amor le da gran consuelo,
Y pone el grito en el cielo
Cuando entra Marinilla.
¡Oh misterio! (37)
¿Quién te trajo al monesterio,
Amor poderoso, di,
Que muchas veces por tí
Mientan versos del psalterio,
Que es donaire?
Tú, que tienes con el fraire
En el coro qué entender;
Que allí le haces tener
Los sentidos en el aire,
Comediendo
Lo que tú le estás diciendo;
Por estarte contemplando,
Va con su coro callando,
Y el otro respondiendo
Trasportado;
No sabe si han acabado
O si hablan de Gaiferos;
A fray veinte y tres dineros
Responde, de descuidado.
¡Oh gran cosa!
Ved una dama hermosa,
De niña, monja metida,
Que no supo en esta vida
Sino vida religiosa
E apartada;
Tras mil torres encerrada (38)
Con su velo é campanilla;
Del coro al almohadilla
Continamente abezada
En rezar,
¿Quién la enseña á sospirar
Y á disimular amores?
Quién le muestra los primores
Del escribir y hablar?
Quién le quita
Del sueño, y solicita
Holgarse de ser amada,
Y á quedar regocijada
Cuando alguno la visita
Que desee?
Quién la fuerza á que se emplee
Con mil angustias de muerte
En quien la hace de suerte
Que lo que canta y que lee
Ni lo vea? (39)
Domine labia mea
Está cantando, y solloza
Diciendo: «¡Guay de la moza
Que se vee y se desea!» (40)

¿Qué dirémos
De mil doncellas que vemos
So las alas de sus madres,
Temerosas de sus padres,
Que buscan, como sabemos,
Mil senderos,
Mil resquicios y agujeros
Para escribir y hablar?
¿Quién les enseña á enviar
Suspiros por mensajeros
De su pena?
Decidme: ¿quién tiene llena
Media España de cornudos?
Quién rompe los fuertes nudos
Que la santa Iglesia ordena?
Suspirando
Uno andaba, no sé cuándo,
De amores, en su posada,
De una bonica casada,
Y por su causa penando
Gravemente;
Y ella, por el consiguiente,
Penaba por gozar dél;
Mas su marido cruel
Era gran inconveniente
Para ello.
No habiendo para hacello
Manera cierta ninguna,
En manos de la fortuna

¡Gran linaje de tormento,
Ver que en descontentamiento
Se me van mis tristes años!
. . . . . .
Sepultada estoy aquí,
Do muero hasta que muera;
¡Desventurada de mí!
De madre libre nací,
¿Quién me hizo prisionera?
. . . . . .
Yo desque monja metida,
Inocente de mi daño,
Hasta despues de crescida,
Que el dolor desta herida
Me da queja del engaño.
. . . . . .
Desta causa, á mi pesar,
Estoy puesta en tal abismo
De tristeza y de penar,
Que no lo basta á contar
Ningun cuento de guarismo.
. . . . . .
Júntanse tambien á esto
Otras cosas de quebranto,
Que hacen triste á mi gesto,
Porque con ellas me acuesto
Y con ellas me levanto.
. . . . . .
¿Qué diré de las pasiones,
De las congojas continas,
Pesadumbres á montones,
Y graves reprehensiones,
Castigos y disciplinas?
. . . . . .
Las amigas que tomé
Leales nunca me fueron...
Mas ¿en quién busco yo fe,
Pues las tetas que mamé
Para mí no la tuvieron?
. . . . . .
Queriendo darme mas pena,
Como padres indignados,
No bastó echarme en cadena,
Y en una prision tan buena,
Que quedaron bien vengados.
. . . . . .
Así que, podré decir
Que el tener me hizo mal,
Pues me pudiera yo ir,
Y me pudiera venir
Sin tormento tan mortal.
. . . . . .
¡Oh vosotras que escuchais
Por este torno traidor,
Yo vos ruego que creais
Que ningun mal que sintais
Iguala con mi dolor.

(37) Desde aquí suprimió la Inquisicion versos, hasta el que dice:

Que se vee y se desea.

(38) Otras ediciones dicen:

Tres mil torres encerrada.

(39) Otras ediciones dicen:

Que la fuerza que se emplee
En mil angustias de muerte,
¿Quién la hace, que no siente
Lo que canta e lo que lee? etc.

(40) Hay una poesía antigua intitulada *Las doce coplas moniales*, que pinta las penas de una infeliz á quien habian violentado á ser monja. Véanse algunas destas coplas, suprimidas algunas, y entre ellas las que el autor adornó de pasajes latinos, sacados de libros de rezos.

Mayor que mi sentimiento
Es el mayor de mis daños;

Acordaron de ponello.
Sucedió
Que el marido adolecio,
Hablando con reverencia,
De cámaras y correncia
De unas uvas que comió
Sobre cena.
Dióle Dios en hora buena
Aquella noche tal gana,
Que antes de la mañana
Hizo mas de una docena;
Y otro dia,
Creciendo el mal todavía,
Y ellos viendo el aparejo,
Entraron en su consejo
Para ver lo que se haria.
Fué acordado
Que el gentil enamorado,
Si mas cámaras hubiese
Aquella noche, estuviese
So la cama sepultado,
Tras la sarga;
De barriga y á la larga
Estúvose muy tendido,
Y el cuitado del marido,
La boca seca y amarga,
Se acostó.
Fortuna favoreció
El hecho de los amantes,
Que si cámaras hubo antes,
Con doblados acudió.
No hubo entrado
En la cama el desdichado,
Y apenas cubrió la manta,
Cuando luego se levanta,
Con la prisa fatigado
De su mal.
Mostróse el Amor parcial
Para que mejor se hiciese;
Que era menester que fuese,
A fuer de España, al corral
De contino,
Por partir con el vecino;
Tan bien comedido estuvo,
Que quince veces anduvo
Por aquel mismo camino
Que solia;
Y cada vez que salia,
Entre tanto que tornaba,
El que tras la cama estaba
En su lugar se ponia,
Por guardar
Aquel proverbio vulgar
Y sentencia muy esquiva,
Que el que fuese á lo que iba;
Dice que pierda el lugar.
Su tormento
Creciendo mas con el viento
Y el sereno que cogia,
En rebatos le ponia
Y en priesas cada momento
Que venian.
Los dos señores, que vian
Los dolores con que andaba,
Cuanto mas él se quejaba,
Tanto mas ellos reian
Y holgaban,
Y muy sin pasion estaban
De su pasion y querellas.
Creciendo la causa dellas,
Las cámaras aquejaban
Bravamente;
Vínole súpitamente
Una priesa tan terrible,
Que diz que no fué posible
Sostener el accidente
Presuroso.
Como estaba correoso,
Y le tomaba desnudo,
Con mucho trabajo pudo
Darse un poco de reposo,
Congojado
Por pasar al otro lado
Por cima de su mujer,
A cumplir su menester,
Do estaba el enamorado
So las tejas,
Descubiertas las orejas.
No hallando mejor plaza,
Descargó la viaraza
Entre sus ojos y cejas
De través;
Y como puso los piés
Sobre él, y lo halló blando,
Dijo: «Mujer, ¿en qué ando?
¿Qué está aquí? Qué cosa es
Lo que piso?
Ella, con gentil aviso,
No perdida ni turbada,
Sino muy disimulada,
Respondióle de improviso,
Sin temor,
Diciendo: «¿Luego, Señor,
¿Habeis acabado ya?
Dad presto la vuelta acá,
Que es dañoso ese frescor
Y os enfria;
Y trayendo todo el dia
Congoja de vuestros males,
Puse ahí dos cabezales,
Temiendo lo que seria.»
Y con esto,
Ayudándole de presto
Con las manos á subir,
Dió lugar á se encubrir
Peligro tan manifiesto.
Y tornado
A la cama el lacerado,
Necio, ciego, sordo y mudo,
Al cabo quedó corrido,
Y el otro salió cagado,
Con perdon (41).
Demos hora conclusion,
Y digamos que en España
Y en Italia y Alemaña,
Y en todo el Setentrion,
En Turquía,
Oriente ni Mediodía,
Y en fin fin por todo el mundo,

(41) Creo oportuno advertir que este cuento, nada decente y limpio, no fué suprimido por la Inquisicion. Así se halla en todas las ediciones expurgadas.

Sobre la inmoralidad y las trapacerías de las mujeres casadas en aquel siglo, véase el siguiente cuento, tomado de la obra *Estilo de escribir cartas mensajeras*, por Gaspar de Tejeda (Valladolid, 1549).

«Diceme una señora por su carta, que un caballero cortesano deseaba como la vida trasegar el vino de una mujer casada y hermosa, y que no faltaba mas de que hubiese lugar, porque las voluntades eran conformes; y que el buen cortesano se aprovechó de la industria que pudo, escribiendo una carta á un caballero andaluz, su amigo, con el buen hombre portador de la cornamusa, en que le contaba muy por extenso el negocio á que iba, de la manera que lo hacen las mozas de casa cuando sus amos están en misa, y quieren almorzar ó hacer otra cosa sin que lo vea nadie, envian los muchachos de casa con ronces, diciendo: *vé á la señora Fulana, y dile que te dé un poco de tenme acá.* Y ansí le detienen adonde va hasta que ven que es hora de soltarle. Esto mismo se hizo con el dicho mensajero, que llegado que fué, el caballero recibió la carta y le aposentó en su casa y le hizo los regalos que eran menester para entretenerle. Y porque le pareció que aquello no era cosa de gozarlo á solas, cabalgó una tarde, la carta en la mano, y llevó á las ancas el sobredicho; y á los caballeros que topaba amigos ó conocidos, y aun á los enemigos, dábales á leer la carta; y como en ella se contenia todo el hecho muy á lo descubierto, el que habia leido la carta decia: *Y ¿quién es el portador de esta?* Respondia el andaluz: *Este señor que traigo conmigo.* Ellos decian al paciente: *¿Sois vos, Señor?* Él respondia: *Sí, Señor, yo soy.* Ellos á él: *Sedlo enhorabuena.* Esto duró todo el tiempo que duró la comision. Cumplido el tiempo, volvióse á su casa con toda la paciencia del mundo, á tiempo que las cosas estaban ya sosegadas.»

No reconoce segundo
Amor en su compañía,
Ni igualdad;
Con soberbia y libertad
Todo lo ciñe y abarca;
Es poderoso monarca
De nuestra sensualidad.
No aprovecha
Desviar á mau derecha;
Que, por mas artes que trayas,
Por donde quiera que vayas
Hallarás su ley estrecha
Y extendida,
Guardada y obedecida
De todos ó de los mas;
En cada reino verás
Su bandera descogida,
Sus soldados,
Sus ansias y sus cuidados,
Sus pífaros y atambores,
Sus angustias y dolores,
Sus reales asentados,
Como digo,
Deste señor enemigo,
Que no perdona á ninguno;
Y séase cada uno
De su corazon testigo,
Sin engaño.
¡Oh gran Dios, y cuán extraño
Es el amor halagüeño!
¡Cuán alegre y cuán risueño
Cuando todo va de un paño
De ambas partes!
Cuán sin cautelas ni artes
Van los dos en sus peleas!
Mas cuando el uno coxquea
Son aciagos los mártes
Y los juéves,
Las horas de placer breves,
Largas las de mohindad;
El uno trata verdad,
Y el otro cien mil aleves
Y falsías,
Despechos, descortesías,
Mudanzas y novedades,
Desvíos, dificultades,
Mil sobras y demasías
Y baldones;
Falsas disimulaciones,
Desdenes y disfavores,
Desgracias y desamores
Y mentiras á montones,
Y ruindades;
Engaños y falsedades,
Mentiras y trampantojos,
Cien mil fingidos enojos,
Dolores y enfermedades
Que levanta.
Con la soga á la garganta,
Con muy clara voluntad,
Con amor y lealtad,
Con ansia que le quebranta
Y le hiende,
Con deseo que le enciende,
Con aficion que le inflama,
Llega el triste del que ama
Delante de quien le prende
Y cautiva.
La dama se muestra esquiva
Y finge que está ocupada;
Hácese grave y pesada,
Honesta, contemplativa
Y muy devota;
Altérase y alborota
De cualquier buena razon,
Y cuanto ella dice son
Razones de carta rota,
Desatadas;
Las ciertas desamoradas,
Fingidas las amorosas,
Las del sí son mentirosas,
Las del no, determinadas,
Y de veras;
Nuevas formas y maneras
Busca para despedirse,
Abrevia para partirse
Con palabras lisonjeras
Coloradas,
Con la boca pronunciadas,
Mas no con la verdadera;
Que ya cuando salen fuera
Como nieve van heladas,
Del enfado.
El pecador del penado
Trabaja por entendellas,
Y á las veces queda dellas
Alegre, mas engañado
Y vendido;
Desvelado y embebido
Se va pensando en aquello,
Y ella rie dél y dello,
Diciendo: «Ved qué perdido;
¡Qué hastío!
Ved con qué se viene el frio,
Mas necio que su zapato;
¡Qué mal empleado rato!
Qué donoso desvario!
¡Ved qué gesto,
Qué flaco y qué mal dispuesto,
Qué enfadoso y qué grosero!
¿No mirais qué majadero,
Con qué se me viene el cesto
Cada dia?»
El cuitado, todavía
Esforzado en su pasion,
Vuélvese á su peticion,
Continuando su porfía
Trabajosa;
Y visto cuán poca cosa
Valen las buenas razones,
Con presentes y con dones
Hace de la desdeñosa
Amigable,
Granjeando que le hable
Con interese siquiera.
Dásele desta manera
Algun tanto favorable
Con cohecho
Mientras dura aquel provecho,
Como la leña en el fuego;
Mas tórnase á morir luego,
Porque no sale de pecho
Encendido.
El miserable vencido,
Aunque sospecha el engaño,
Disimulando su daño,
Hace del favorecido,
Deseando;
Y tórnase suspirando
Con ansia de tal tardanza,
Entre temor y esperanza,
La respuesta examinando
Que le dió.
Lleva de lo que pasó
La memoria sospechosa.
Aunque no se olvida cosa
De cuantas ella habló,
Va el cuitado
Incrédulo y confiado
Como si fuese el psalterio;
Piensa que hay algun misterio,
Y que puede ser fundado,
Sobre cierto;
El sentido siempre alerto
Por ver cuándo será hora;
Y quédase la señora
Riendo de verlo muerto
Y en cadena.
Toma gloria de su pena
Y que por ella se pierda;
Mas del ido no se acuerda
De cosa mala ni buena,
Ni le da
Por lo que viene ni va

Una blanca ni un cornado;
Y si le siente enojado,
Mucho mas alegre está,
De cruel.
Y por darle á beber hiel,
Aunque no se le da nada,
Fingese estar enojada
Y que tiene quejas dél
Falsamente,
Haciendo que el inocente
Compre caros los enojos,
Con dos higas en los ojos,
Cuando sienten que le siente
Sus ruindades.
Huelga de estas novedades,
Porque tiene averiguado
Que á costa del lacerado
Se harán las amistades;
Y aunque yerra,
Queda hecha mora perra
Contra el cautivo cristiano,
Porque sabe que en su mano
Está la paz y la guerra.
¡Oh gran Dios!
Y ¿cómo permitis vos
Tan peligrosa dolencia
Y tan grande diferencia
Entre estos amantes dos?
¿Cuál razon
Sufre que sufra pasion
El que trata la verdad,
Y viva á su voluntad
La que trata la traicion
Y falsia?
No puede haber en Turquia
Cautiverio mas esquivo
Que el del amante cautivo
Tratado con tiranía,
Sin favor.
Puede tanto el desamor
En el pecho de una dama,
Que por solo que la ama,
A veces al amador aborrece,
Sin mirar si le merece.
Siempre lo trata con ira,
Y cada vez que lo mira,
De un diablo le parece
Semejanza;
Y cuando ya el triste alcanza
A contalle sus mancillas,
No se amansa con oillas,
Antes recibe venganza
Señalada.
Tan esquiva y desgraciada
Y tan desdeñosa está,
Que apenas confesará
Que huelga de ser amada
Ni servida,
Y de mal agradecida,
Le aconseja que la olvide;
Con la boca lo despide,
Con los ojos lo convida
Y apiada.
Dale á entender que se enfada
De que siga tal empresa,
No porque dello le pesa,
Sino porque no le agrada
Ni contenta.
De verse libre y exenta
Desprecia su servidumbre,
Y tiene por pesadumbre
Las lástimas que le cuenta
Con dulzura.
Mientra el malquerer les dura
Pecan de mala crianza;
No saben tener templanza,
Cortesía ni mesura
Ni castigo.
Este desamor que digo,
Aun lo guardan en la cama;
Que la hembra al que desama
Tiénele por enemigo
Capital,
Y han por regla general
Con malquerencia desden;
No saben, no, querer bien (42),
Que luego no quieran mal,
Sin tener
Capacidad de poner
Entre dos extremos medio;
No se saben dar remedio
Entre amar y aborrecer,
Ni encubierta.
Si está cerrada la puerta
De la buena voluntad,
La mentira y falsedad
Luego la veréis abierta
A la clara.
No saben torcer la vara
De justicia á la razon,
Ni dejar el corazon
De dar muestras en la cara
Conocidas.
Las mas falsas y sabidas
No pueden disimular,
Que, sabiéndolo mirar,
Luego no sean entendidas
Claramente;
Que aunque Cupido consiente
Nuestros males y dolores,
No sufre que los amores
Engañen al inocente
Pecador;
Que bien que le ciegue amor
A que se deje vencer,
Mas no le priva de ver
Sus daños y disfavor
Y mancilla;
Y esta es grande maravilla
Y alta cosa de entender,
En que muestra su poder
Amor cuando nos humilla
Y encarcela.
Sin engaño ni cautela
Nos enseña sus zozobras,
Alumbrando con sus obras
Como con una candela,
Con que vemos
Sus reveses, sus extremos,
Por experiencia de otros.
Cuando huye de nosotros,
Entonces mas le queremos
Y seguimos.
Claro está que lo sentimos,
Que él mismo nos desengaña;
Pero cuando mas se ensaña,
Le adoramos y servimos
De rodillas.
Con achaques y rencillas
Nos hace vivir contentos;
Y así, cumple estar atentos
A entender sus maravillas
Y secretos;
Porque los que son discretos
Y mantienen presuncion
Huyan de tal ocasion,
Por no ser della sujetos,
Como fueron
Otros muchos que perdieron
Por ella su autoridad;
Porque amor y majestad
Jamás se compadecieron.
Es de ver
Un ejemplo de placer:
Un maestro, gran letrado,
Era acaso enamorado
De una pobreta mujer,
Que él queria
Mas que á la lumbre del dia,
Y ella tomábale cuenta.
El, por tenella contenta,

(42) Otras ediciones dicen:
Nunca saben querer bien,

Dábale cuanto tenia
Y alcanzaba.
No dormia ni velaba,
Con el ansia que traia;
Y ella mas le aborrecia
Cuanto mas él la trataba
Con paciencia.
Creciendo la malquerencia,
No valiendo el interese,
Fué menester que sufriese
Sobre cuernos penitencia
A la rasa;
Que, encendida como brasa
De un coraje que tomó,
La vergüenza le perdió,
Y ausentósele de casa
En un punto.
El triste quedó difunto,
Sin poder estudiar letra,
Porque amor, cuando penetra,
Cuerpo y seso roba junto,
Como diestro.
El miserable maestro,
Cargado de pensamientos,
Anda bebiendo los vientos,
Trayéndolo de cabestro
Su pasion;
Va de canton en canton
Por las calles á buscalla,
Y al cabo vino á hallalla
Metida en un bodegon,
Descuidada,
Dando, de regocijada,
Risadas en alta voz,
Con un soldado feroz
A su placer abrazada.
¿Qué haria
Él sin ventura, que via
Tan sin pena de su pena,
Y tan presto tan ajena
La por quien él se moria?
Y vencido,
Con la pasion atrevido,
Desde el pié de la escalera
Le habló de esta manera,
Como hombre desfallecido
Que se fina:
«¡Ah, señora Catalina!»
Y ella, visto que era él,
No hizo mas caso dél
Que de un mozo de cocina.
Él porfia
A llamarla todavía
Con ansia que le forzaba;
Y ella, tornada mas brava
Que leona cuando cria,
Dijo así:
«Dotor, no cureis de mí,
Pues yo no curo de vos;
Si no, yo os prometo á Dios
Que os haga matar ahí.»
El cuitado
Cayó, de desconsolado,
Amortecido en el suelo;
De un cabo le cerca duelo,
De otro pena y cuidado.
En nonada,
De verla tan indignada,
Estuvo de traspasarse;
Y acordó de encomendarse
Al huésped de la posada
Por dinero;
El cual, siendo medianero,
Movido de piedad,
Con muy gran dificultad
Alcanzó que ante tercero
La hablase.
Un enemigo no pase
Por el paso que él pasó,
Ni sienta lo que sintió
Antes que la comenzase
A hablar.
Comenzóla de mirar
Todo perdido y turbado,
Temblando como azogado,
Con miedo de la enojar.
A tal hora
Díjole: «Decid, Señora,
¿Por qué holgais de mi muerte?
Por qué tratais de tal suerte
Al que sabeis que os adora
Y padece?
Catalina, ¿qué os parece
Por vuestra causa cuál vengo?
Cierto el grande amor que os tengo
Tan mal pago no merece,
Reina mia;
¿Por qué matais mi alegría?
Por qué enterrais mi placer?
¿Qué mas quereis que tener
Un maestro en teología
Por esclavo?
¿Por qué se muestra tan bravo
Vuestro corazon de acero
Contra tan manso cordero,
En cuya sangre me lavo
Por quereros?
A vos os sobran dineros,
Vestidos y de comer,
Y cuanto habeis menester
Para muy bien manteneros
En la vida;
Sois señora conocida
De mi casa sin mas cuenta;
De todo lo que os contenta
Es vuestra boca medida.
Pues decid:
¿Por qué me teneis en lid
Con vos, conmigo, con Dios,
Que ando perdido tras vos
Por toda Valladolid.
¿Qué os he hecho
Que merezca tal despecho?
No teneis otra razon
Sino seros mi aficion
Mayor que vuestro provecho;
Mas, pues veis
Que estas dos cosas teneis
Ciertas á vuestro servicio,
Haced de mí sacrificio,
Y no me desampareis.»
¡Oh señores,
Los que saben de dolores!
Contemplen en este paso
Cuán avariento y escaso
Es el amor sin amores
Que le hieran.
¿A qué hombre no movieran
Palabras tan lastimeras?
Que aun las alimañas fieras
Es razon que las sintieran,
Siendo tal
Y tan crecido su mal;
Mas, aunque las oyó ella,
No le hicieron mas mella
Que pajas en pedernal;
Antes luego,
Encendida en vivo fuego,
Como víbora saltó.
Y con furia respondió
Al amante triste y ciego
Toda via,
Llena de melancolía:
«¿Quereis que os diga, dotor?
Los pasatiempos de amor
No han menester teología.»
Ved qué pago,
Ved qué le prestó el halago
Y la razon amigable,
Ved si pudo al miserable
Serle dia mas aciago.
Dios nos guarde
De la mujer que no arde
En el fuego que os quemais;

Que, por mas que la sirvais,
Nunca la veréis, ó tarde,
Ser piadosa.
Quiero contar una cosa
De infinitas que yo vi
Mientras en el siglo fuí,
Que os parecerá espantosa,
Mas es cierta.
En una noche desierta
Andábamos otro y yo,
Y ventura nos guió
Al resquicio de una puerta,
Donde vimos
Un hombre, que conocimos
Que pasaba de setenta,
Puesto el triste en tal afrenta,
Que, aunque mozos, nos movimos
A mancilla.
No se tenga por hablilla,
Que lloraba de sus ojos,
Hincados ambos hinojos
Delante de una putilla
Que allí estaba,
Que cierto que no llegaba
A cumplidos trece años,
Aunque en mentiras y engaños
De los ochenta pasaba
La malvada.
Estaba en extremo airada,
Dándole con un chapin,
Diciéndole: «Viejo ruin,
No entreis mas en mi posada
Ni yo os vea;
Que sois la cosa mas fea
Que hay en el infierno todo,
Don Gargajiento beodo,
Difunto que se menea,
Balsamado;
Tomad cuanto me habeis dado,
Y llevadlo á los establos;
Idos con todos los diablos,
Monstruoso corcovado,
Asqueroso;
No me seais enojoso,
Que veros es vituperio,
Y hedeis á cimenterio,
Culcosido, lagañoso.—
Alma mia,
El pobre viejo decia,
No me des estos baldones,
¿No te basta que me pones
Los cuernos á mediodía?
Sin conciencia
Me los plantas en presencia;
Y pues yo lo sufro y callo,
Cese ya, Señora, el rallo,
Ten un poco de paciencia,
Ten empacho.»
Ella responde: «Borracho,
¿Y por cuáles negros duelos
Me habeis vos de pedir celos,
Viejo ruin, rapaz, mochacho,
Alfaquí?
No parezcais ante mí
A decir esas vejeces;
Ya os lo he dicho muchas veces
Que no me vengais aquí,
Cazcarriento;
Si no, hago juramento
Por los huesos de mi padre
Y la vida de mi madre,
De haceros un escarmiento
Señalado.»
Y con corazon airado
Dando con él en el suelo,
Le trabó del blanco pelo,
Y tal cual el mal pecado
Se lo para,
Escupiéndole la cara,
Dándole cien mil porrazos,
Y tan crudos chapinazos,
Que un asno no los llevara,
Ni pudiera.
Y él con voz muy lastimera,
Con los ojos arrasando,
El triste todo temblando,
Le daba de esta manera
Sus querellas:
«Agora, que me desuellas
Y me tratas como á moro,
Agora, Juana, te adoro,
Y beso lo que tú huellas.»
¡Oh Dios grande!
El no permita ni mande,
Ni acaezca en nuestros dias,
Que en semejantes porfias
Ninguno corra ni ande
De nosotros.
Miremos unos por otros,
Porque no seamos vasallos;
Que salen mansos cáballos
Si se doman bien de potros;
Y mirad
Que de nuestra libertad
Solo un punto no perdamos,
Ni pudiendo, la pongamos
En ajena voluntad;
Que muy presto
Se suele perder por esto
Lo que muy tarde cobrar.
¡Donoso debiera estar
Virgilio dentro del cesto
Que colgaba,
Y Hércules cuando hilaba
Con aquellas mismas manos
Con que los bravos hircanos
Leones descarrillaba!
¡Gran placer
Fuera, cierto, ver coser
Al gran rey Sardanapalo!
Sed libera nos à malo.
No nos tiente la mujer
Tan adentro;
Bien que del primer encuentro
¿Cuál y cuál puede escapar?
Mas no deje aposentar
El apetito en el centro
Y rincon
Del secreto corazon,
Especialmente si viere
Que la dama á quien él quiere
No responde á la razon
Del penado.
Pues los males que he contado
Hasta aquí del mal querer,
Todos se pueden tener
Por tortas y pan pintado.
Los dolores
Principales y mayores;
Las verdaderas cosquillas,
Las fatigas no sencillas
De los tristes amadores
Desamados,
Aquestos no están contados
Ni está dada la sentencia.
Guarde Dios de competencia
Los que son enamorados;
Que esta es
Muy peor que el mal francés,
Cuando no son bien queridos;
Porque han de andar tullidos
De la cabeza á los piés.
Yo no siento
Otro mas grave tormento
Ni mas terrible dolor
Que tener competidor
De mayor contentamiento
Con la dama.
Él calla y ella le llama;
Vos llamais, y no responde;
Buscándola vos, se esconde,
Y vase el otro á la cama.
¡Ved qué vida!
Con vos está desabrida,

Mas amarga que la hiel;
Al otro dale la miel,
Y con ella le convida,
Muy pagada.
Con vos habla de pasada,
Del otro nunca se harta;
Del uno jamás se aparta,
De vos contino se enfada
Y se estrecha;
El anda á la man derecha,
Y vos debajo los piés;
Y lo que mas dolor es,
Que lo mismo que él desecha
Deseais.
Muy áspera la hallais,
Y él muy amorosa y blanda;
Mas vale lo que él le manda
Que lo que vos suplicais.
No teneis
Cosa cierta en que os fieis,
Ni él cosa que le desvele;
Él delante della huele,
Y vos contino hedeis.
A la puerta
Siempre la veis rostrituerta,
Y él favorable y graciosa;
Ya que otorgue alguna cosa,
Los conciertos que concierta
Son aviesos.
Él comete los excesos,
Y á vos se carga la culpa;
Él se come al fin la pulpa,
Y á vos os dan con los huesos
Sobre cena.
Vos no teneis hora buena,
Y él se lleva la vitoria;
Él holgando gana gloria,
Y vos trabajando, pena
Con querella.
Al fin fin el goza della,
Y vos la sentis cruel:
Ella se muere por él,
Y vos os perdeis por ella.
¡Oh amor loco!
A propósito lo toco;
Dice un refran: «Yo por tí,
Tú por otro, y no por mí;
Antes me tienes en poco.»
¡Ved qué albricias!
Con vos usa de malicias,
Con el otro de verdades;
Con vos dos mil crueldades,
Con el otro mil caricias
Y ventajas;
Estáis á lumbre de pajas,
Y el otro con buen brasero;
Él desecha el pan entero,
Y vos cogeis las migajas.
No hay morir
Que se iguale con vivir
Vida tan triste y amarga;
Llevais á cuestas la carga,
Y encima habeis de sufrir
Mil pesares,
Desabrimientos á pares.
Cosa no se os endereza;
Que si os duele la cabeza
Os curan los carcañales.
Pues ¡qué enojo
Es ver los cuernos al ojo!
Que si quereis demandallos,
Diz que habeis de soportallos
O que os echeis en remojo.
Tolerallo
Podeis, pero no quejallo;
Porque es ley siciliana,
Si la yegua está sin gana,
Dar de coces al caballo.
Si esperais
De haber lo que deseais,
Sois comendador de espera;
Que esperais que aqueste muera,
En cuya plaza quepais;
Y entre tanto
Olvidad vuestro quebranto,
Ensanchad el corazon;
Que muy ordinarios son,
Por mas que seais un santo,
Desafueros
Que compran por sus dineros
Los amantes; porque el rey
Cupido no guarda ley
Igual con sus caballeros,
Que trabajan;
Nunca los amores cuajan
Cuando amor á ambos no hiere,
Porque cuando uno no quiere,
Dicen que dos no barajan.
Y es oficio
Do no basta beneficio;
Que por bien que hayas servido,
Donde no sois bien querido,
No vale fe ni servicio.
Desta cuenta
No se entiende ser exenta
La mujer, ni Dios lo quiera;
Que de la misma manera
El amor las atormenta;
Y muchas dellas
Se queman en sus centellas,
Y le pagan este fuero;
Que amor, como justiciero,
Consiente que sientan ellas
Sus heridas.
Quieren y no son queridas,
Aman y no son amadas;
Por hombres viven penadas
De quien son aborrecidas
Con engaños.
Estos agravios y daños,
Estas burlas y entremeses,
Estos trances y reveses,
Estos tormentos extraños,
Esta muerte,
Por ellas tambien se vierte,
Aunque no tan á menudo:
Tambien roen este ñudo
Cuando les cabe la suerte
Lisonjera.
Con esta ley barredera
Amor las juzga y maltrata,
Porque quien á hierro mata
A hierro es justo que muera,
Y que trague
Estos tragos y se llague
Con la lanza que nos llaga;
Porque es muy debida paga,
Quien tal hace que tal pague
Con razon.
De esta grave maldicion,
Para que mejor se crea,
Es buen testigo Medea,
Desdeñada de Jason;
Do se arguye
Y claramente concluye
Ser lo que digo verdad;
Porque es una enfermedad
Ser malquisto, que destruye
La salud.
Pocas usan de virtud
Si el amor no las calienta;
Porque andan en una renta
Desamor é ingratitud;
Ni se entienda
Que el amor de balde venda
Sus gozos y sus venturas,
Sino á vueltas de amarguras,
Que se venden en su tienda
Muy espesas.
Muy ciertas son sus promesas
Con los suyos, no lo niego;
Muy sabroso es su sosiego;
Pero no lo son sus priesas
Y agonías;

Muy dulces sus alegrías,
Más sus pesares pesados;
Con un barril de lenguados
Vienen cuatro de acedias
Al mercado.
Aquel dotor afamado,
Nuestro Publio Ovidio Naso,
Habla muy bien en el caso,
Como bien acuchillado
Por amar.
Si supiésemos contar
Cuántas yerbas tiene el suelo,
Cuántas estrellas el cielo,
Cuántas arenas la mar.
Y la tierra
Animales de la sierra,
Y árboles con hoja y flores,
Tantas penas y dolores
Amor encubre y encierra;
Maguer bueno.
Lleno está su placer, lleno
De lacras y penas muchas;
Porque no se toman truchas
Con las manos en el seno,
Como digo;
Porque no me contradigo
Ni revoco mis sentencias
Por decir las diferencias
Que suele el amor consigo
Poseer.
Sabed que sabe hacer
Que sea blanco lo prieto,
Y caber en un sugeto
Dos contrarios en un sér
Juntamente.
Claro está que está doliente
El que enamorado está;
Pero mientras bien le va,
Con el favor, no lo siente,
De contento.
Adormece el pensamiento
El sabor de este potaje,
Como cuando dan brevaje
Al que quieren dar tormento.
¡Oh cuán varios,
Muy continuos y ordinarios
Suelen ser estos aferes!
Pero para sus placeres
A veces son necesarios
Con razon.
Habiendo contradicion,
Sabemos lo deseado;
Porque va tras lo vedado
Nuestra flaca inclinacion
Natural.
Como gentil oficial,
Envuelve amor en la miel
Los bocados de la hiel
Porque no sienta su mal
El goloso;
Encúbrelos, de mañoso,
Porque ninguno los tema;
Está frio, y diz que quema
Como caldo de raposo.
Más mirad
Que, para decir verdad,
Otras cosas bien miradas
Y con esta cotejadas,
No hallaréis novedad
Conocida.
¿Qué gozos hay en la vida,
De cuantos podeis decir,
Que no los veais medir
Con esta misma medida
De cuidados?
Todos están aforrados
De zozobras semejantes;
Díganlo los negociantes
En la corte sepultados
Sin que mueran;
Aunque hagan cuanto quieran
Y negocien á su gana,
Del mismo negocio mana
Contino con que se hieran
Y fatiguen;
Que por bien bien que litiguen
Los que en Granada pleitean,
Yo os digo que no se vean
Sin tramas que los obliguen
A pasion.
Siempre están en confusion,
Temerosos en audiencia;
Y aunque tengan la sentencia,
Temen el apelacion
Venidera.
La revista que se espera
Los pone luego en congoja;
Cuando de una parte afloja,
Comienza en otra manera
A apretar;
Pues los que andan en la mar,
Aunque tengan esperanza,
Viento en popa y mar bonanza,
No dejan de revesar,
Sin comer;
Cuando mas á su placer
Navegan á velas llenas,
Van temiendo las ajenas,
Y suspiran por se ver
En la tierra;
Cuando la noche se cierra,
Ved qué tristeza les viene.
Decidme, ¿que vida tiene
El gentilhombre de guerra,
Tan segura?
Ved si le falta amargura,
Aunque tenga doble paga;
Por merced que Dios le haga,
Le sobra mala ventura
Y temores,
Enojos y sinsabores,
Peligros y diferencias,
Mal francés y otras dolencias,
Y música de atambores,
Que da pena.
Ya que la fortuna ordena
La vitoria, como alcalde,
Mirad si la da de balde;
Dígalo la de Ravena
Que sabemos.
Pues si comparar queremos
La vida del amador
Con la del guerreador,
En mil cosas la verémos
Semejante.
Anda en guerra todo amante;
No lo digo solo yo,
Porque Ovidio lo escribió
En verso muy elegante
Y polido:
Habet sua castra Cupido,
En que tiene mas soldados
Y á menos costa pagados,
Que ningun rey ha tenido,
Ni es posible.
La edad que es convenible
Al que la guerra mantiene,
Esa misma le conviene
Al amador apacible
Requebrado.
Fea cosa es el soldado
Que so la pica envejece,
Y muy feo nos parece
Ser el viejo enamorado
Y galan.
Los años que el capitan
Pedirá al fuerte guerrero
Demanda en el compañero
La dama, si se le dan;
Pues el mal
Ambos le pasan igual,
Ambos velan, á mi ver,
Y entrambos suelen tener
La tierra por cabezal

De barriga.
A la puerta de su amiga
El uno hace la vela;
El otro la centinela (43)
En el campo, con fatiga,
No con vicio (44).
Luenga vida es el oficio
Del que en la guerra se emplea,
Y sin fin es la tarea
Del amor y su bullicio
Tras las dueñas (45).
Asperos montes y peñas,
Rios altos y sin puente (46),
Nieves grandes fácilmente
Pasan ambos tras sus señas (47)
Y banderas;
Ambos andan tan de veras,
Que habiendo de navegar,
No se curan de esperar
Otoños ni primaveras (48),
Ni los vientos,
Ni aguardan los movimientos
Del cielo para partir;
Antes piensan de salir
Al son de sus pensamientos
Con su brio.
Las noches del bravo frio
Y las nieves sobre el hielo,
Las lluvias grandes del cielo,
¿Quién querrá por su albedrio
Padecellas?
Quién no se excusará dellas,
Sino el guerrero cruel
O el enamorado fiel,
Abrasado en sus centellas
Y calor?
Va el jinete corredor
A descubrir enemigos,
Sus ojos hace testigos
Contra su competidor,
Y el que ama;
El uno por ganar fama
Ciudades cerca y rodea,
El otro ronda y pasea
Los umbrales de su dama
Cada dia.
El uno con batería
Muros y puertas destroza,
Y el otro los de su moza,
Dando voces á porfía,
Por entrar.
Del oficio militar
Es acometer, pudiendo,
Los enemigos durmiendo,
Por los prender ó matar
Desarmados.
Durmiendo fueron entrados
Los reales del rey Reso,
Y el mismo gran rey fué preso,
Y sus caballos tomados
Y perdidos.
Del sueño de los maridos
Usan así los amantes,
Que al concierto hecho de antes,
Cuando duermen son vendidos
Sin dinero.
Del amante y del guerrero
Es pasar guardas y velas,
Y escapar con sus cautelas
De las manos del portero
Por la puerta.
Dudosa cosa é incierta
Es la guerra y sus favores,
Y así son los amadores,
Metidos en encubierta
De ventura.
Los que hoy tienen estrechura,
Mañana gozan y cantan;
Los vencidos se levantan,
Como de la sepultura,
A vencer;
Y aquellos que al parecer
Invencibles parecian,
Suelen, cuando mas se fian,
Ser vencidos y caer;
De manera,
Señores, que donde quiera
Hallaréis un mal vecino,
Y un rato de mal camino,
De Toledo á Talavera
Caminando.
Y por esta ley y bando
Echa amor á las criaturas;
Dales duras y maduras,
Porque no os vais alabando
Los queridos.
Y pues de tales gemidos
Ninguno vive seguro,
Y las penas son de juro
A los mas favorecidos
Y privados,
Los que son enamorados,
Al repartir del despojo,
Echen la barba en remojo,
Esperando ser tocados
Mala vez.
Pocas veces sale el mes
Sin que algun pesar hayamos;
Pero, si bien lo miramos,
Mal de muchos gozo es;
Y está claro
Que á la fin nos cuestan caro,
Como aquí se ha discurrido,
Los placeres de Cupido,
Aunque dé carta de amparo.
Bien sabemos
Que es mejor de dos extremos
Mucha paz que buena guerra,
Y mejor estar en tierra
Que llevar gentiles remos
Por la mar.
Mejor es no navegar
Que ver la mar mansa y rasa,
Y mejor estar en casa
Que á buen meson aportar
Quien camina.
Hacemos á la contina
De necesidad virtud;
Mas mejor es la salud
Que la buena medicina.
Pues mirado
El fin del enamorado,
Claro está que es muy mejor
No ser el hombre amador
Que serlo aunque sea amado;
Y de verdad,
Mas vale con libertad
Pan y agua con cebolla
Que cabecera de olla
Por ajena voluntad
Y privanza.
Mas decidme, ¿quién alcanza
En la vida este lugar?
Quién nace para gozar
Desta bienaventuranza
Con sosiego?
Quién está en paz con el fuego
De su carne pedigüeña?
Quién es el que con su leña
No hace contra si fuego
Do se encienda?
Quién hay que tenga la rienda

(43) Y el otro la centinela.
(44) Y con vicio.
(45) E al fin él acarrea
Del amor e su bollicio
Tras las breñas.
(46) Rios altos y con puente.
(47) Pasan ambos con sus señas.
(48) No se excusan de esperar
Por abatir sus trincheras.

De su propia inclinacion?
O ¿quién no cae en tentacion,
Por mucho que se defienda
Y abroquele?
Que el cuerpo sin carne huele (49),
Y jamás podrá estar quedo.
¿Quién no muestra con el dedo
El lugar donde le duele
Señalado?
Quién habrá tan concertado,
Que á la corta, que á la luenga
Su gironcillo no tenga
De loco ó de requebrado?

(49) Otras ediciones dicen:

Que el cuerpo su carne huele.

Final al Amor y á la Fortuna.

Dios, que somos bien librados
Los hombres desde la cuna,
Pues nacimos sentenciados
A ser siempre gobernados
Por amor ó por fortuna.
El niño y ella mujer,
Ella ciega y él con ella,
Ambos locos y sin sér,
¿Qué reino pueden tener
Donde no reine querella? (50)

(50) Velasco, al terminar el *Capitulo de Amor*, dijo:
«El capitulo precedente de *Amor y su poder* es fragmento ó parte de una obra que por cierto respeto pareció que no se debia imprimir como estaba; y así, porque toda no se perdiese, se puso lo que de ella se pudo dejar, en la forma que se ha puesto.»

LIBRO SEGUNDO.

DE LAS OBRAS DE CONVERSACION Y PASATIEMPO.

CONTRA LOS ENCARECIMIENTOS DE LAS COPLAS ESPAÑOLAS QUE TRATAN DE AMORES.

Estando conmigo á solas,
Me viene un antojo loco
De burlar con causa un poco
De las trovas españolas
Al presente;
De aquellas principalmente
Muy altas y encarecidas,
Excelentes y pulidas,
Que mucho estima la gente;
Y de aquellos extremados
Que por estilo perfeto
Sacan del pecho secreto
Hondos amores penados.
Son del cuento
Garci-Sanchez y otros ciento
Muy gentiles caballeros,
Que por esos cancioneros
Echan suspiros al viento.
No se me achaque ó levante
Que me meto á decir mal
De aquel subido metal,
De su decir elegante;
Antes siento
Pena de ver sin cimiento
Un tan gentil edificio,
Y unas obras tan sin vicio
Sobre ningun fundamento.
Los requiebros y primores
¿Quién los niega, de Boscan,
Y aquel estilo galan
Con que cuenta sus amores?
Mas trovada
Una copla muy penada,
El mismo confesará
Que no sabe dónde va
Ni se funda sobre nada.
Aunque no por un tenor,
Todos van por un camino,
Tambien sabe Guardamino
Quejar su mal y dolor
Sin paciencia;
No hay dél otra diferencia
Al que se cuelga de un hilo,
Que no ser tal el estilo
Sobre la misma sentencia.
Y de aquí debe venir
Que contando sus pasiones,
Las mas mas comparaciones
Van á parar en morir;
Y de suerte
Que nunca salen de muerte
O de perderse la vida;
Quitaldes esta guarida,
No habrá copla que se acierte (1).
Por donde los trovadores
Son de burlar y reir,
Que no se dan á escribir
Sino penas y dolores.
¡Cosa vana,
Que la lengua castellana,
Tan cumplida y singular,
Se haya toda de emplear
En materia tan liviana!
Coplas dulces, placenteras,
No pecan en liviandad,
Pero pierde autoridad
Quien las escribe de veras,
Y entremete
El seso por alcahuete
En los misterios de amor;
Cuanto mas si el trovador
Pasa ya del caballete.
Y algunos hay, yo lo sé,
Que hacen obras fundadas
De coplas enamoradas,

(1) Garci-Sanchez, en sus *Lamentaciones de amores*, dice:

Y ¡tú, féñix, que te quemas,
Y con tus alas deshaces
Por victoria;
Y despues que ansí te extremas,
Otro de ti mismo haces
Por memoria!
Ansí yo, triste, mezquino,
Que muero por quien no espero
Galardon,
Dóme la muerte con tino,
Y vuelvo como primero
A mi pasion.

Sin tener causa por que.
Y esto está
En costumbre tanto ya,
Que muchos escriben penas
Por remedar las ajenas,
Sin saber quién se las da.
Pero digo que arda en ellas
De los piés á la cabeza,
Decidme ¿á quién endereza
Sus coplas y sus querellas?
Si las vende
A la dama que le prende,
¿Qué mayor desaventura
Que hablar por escritura
Con quien sé que no la entiende?
Cuanto mas que ni leer
Saben las mas ni escribir,
Y en el dar ó recibir
Aun hay algo que hacer.
Mal mascada
Vais, copla desventurada,
Y la que mas os estima
Devana su seda encima,
Y quedais vos allí aislada.
Ved qué donoso presente,
Que la que mas fe aventura
Por gozar de esta locura,
Ni la gusta ni la siente;
Y el provecho
Es que la meta en su pecho
Alguna dama loquilla,
Y diga por maravilla:
«¡Ay, qué coplas que me han hecho!»
Pues si donde era razon
Tan pequeño fruto hacen,
Con los demás, aunque aplacen,
Deshonesta cosa son;
Y muy vano
Ejercicio, y aun profano,
Publicar yo mis flaquezas,
Liviandades y bajezas,
Y escribirlas de mi mano.
Sobra de bien y pan tierno
Hace que los amadores
Comparen el mal de amores
A las penas del infierno.
Tú, Cupido,
Estás muy favorecido
Pensando que aquello es,
Mas adonde hay mal francés
El tuyo queda en olvido.

Final.

Coplas y locuras mias,
Vuestro tiempo se ha llegado
Para aliviar el enfado
Destos trabajosos dias.
Todas pasaréis por buenas,
Siendo aquel que os da favor,
Por natura mi señor,
Y por suerte mi Mecénas.

CONTRA LOS QUE DEJAN LOS METROS CASTELLANOS Y SIGUEN LOS ITALIANOS.

Pues la santa Inquisicion
Suele ser tan diligente
En castigar con razon
Cualquier secta y opinion
Levantada nuevamente,
Resucítese Lucero (2)
A corregir en España (3)
Una muy nueva y extraña,
Como aquella de Lutero (4)
En las partes de Alemaña.
Bien se pueden castigar (5)
A cuenta de anabaptistas,
Pues por ley particular
Se tornan á bautizar
Y se llaman petrarquistas.
Han renegado la fe
De las trovas castellanas,
Y tras las italianas
Se pierden, diciendo que
Son mas ricas y galanas (6).
El juicio de lo cual
Yo lo dejo á quien mas sabe (7);
Pero juzgar nadie mal
De su patria natural
En gentileza no cabe;
Y aquella cristiana musa
Del famoso Juan de Mena,
Sintiendo desto gran pena,
Por infieles los acusa
Y de aleves los condena (8).
«Recuerde el alma dormida»,
Dice don Jorge Manrique;
Y mostróse muy sentida (9)
De cosa tan atrevida,
Porque mas no se platique.
Garci-Sanchez respondió:
«¡Quién me otorgase, Señora,
Vida y seso en esta hora
Para entrar en campo yo
Con gente tan pecadora!»
«Si algun Dios de amor habia,
Dijo luego Cartagena,
Muestre aquí su valentía
Contra tan gran osadía,
Venida de tierra ajena.»
Torres Naharro replica:
«Por hacer, Amor, tus hechos
Consientes tales despechos,
Y que nuestra España rica
Se prive de sus derechos.»
Dios dé su gloria á Boscan (10)
Y á Garcilaso, poeta,
Que con no pequeño afan
Y con estilo galan
Sostuvieron esta seta,
Y la dejaron acá
Ya sembrada entre la gente;
Por lo cual debidamente
Les vino lo que dira
Este soneto siguiente:

Soneto.

Garcilaso y Boscan, siendo llegados
Al lugar donde están los trovadores
Que en esta nuestra lengua y sus primores
Fueron en este siglo señalados,
Los unos á los otros alterados
Se miran, demudadas las colores,
Temiéndose que fuesen corredores
O espías ó enemigos desmandados;
Y juzgando primero por el traje,
Pareciéronles ser, como debia (11),
Gentiles españoles caballeros;

(2) Resucita tú el lucero.—*Texto de Ulloa, al fin de las obras de Boscan y Garcilaso.*
Lucero fué un inquisidor que en Córdoba, á principios del siglo XVI, persiguió á muchos como herejes. Su dicho *constante* no podia ser mas humanitario ni mas hijo de sus buenas entrañas. Véase aquí: *Dánele judío, y darte-he-le quemado.*—Puigblanch, *Inquisicion sin máscara.*

(3) Así Ulloa; Velasco pone:
A castigar en España.
(4) Como aquella del Lutero.—*Texto de Ulloa.*
(5) Bien se puede castigar.—*Id.*
(6) Son mas ricas y lozanas.—*Id.*
(7) Yo lo dejo á quien lo sabe.—*Id.*
(8) Así Ulloa; Velasco pone:
Y de aleve los condena.
(9) Así Ulloa; Velasco pone:
Y muéstrase muy sentida.
(10) Dé Dios su gloria á Boscan.—*Texto de Ulloa.*
(11) Así Ulloa; Velasco pone:
Pareciéndoles ser como debia.

Y oyéndoles hablar nuevo lenguaje (12),
Mezclado de extranjera poesía (13),
Con ojos los miraban de extranjeros (14).

Mas ellos, caso que estaban
Sin favor y tan á solas (15),
Contra todos se mostraban,
Y claramente burlaban
De las coplas españolas,
Canciones y villancicos,
Romances y cosa tal,
Arte mayor y real,
Y piés quebrados y chicos,
Y todo nuestro caudal.

Y en lugar de estas maneras
De vocablos ya sabidos
En nuestras trovas caseras,
Cantan otras forasteras,
Nuevas á nuestros oidos:
Sonetos de grande estima,
Madrigales y canciones
De diferentes renglones,
De tercia y octava rima,
Y otras lindas invenciones (16).

Desprecian cualquiera cosa (17)
De coplas compuestas antes,
Por baja de ley, y astrosa
Usan ya de cierta prosa (18),
Medida sin consonantes.
Ya muchos de los que fueron
Elegantes y discretos
Tienen por simples pobretos,
Por solo que no cayeron
En la cuenta á los sonetos.

Daban en fin á entender
Aquellos viejos autores (19)
No haber sabido hacer
Buenos metros ni poner
En estilo los amores;
Y que el metro castellano
No tenia autoridad
De decir con majestad
Lo que se dice en toscano
Con mayor facilidad.

Mas esta falta ó manquera (20)
No la dan á nuestra lengua,
Que es bastante y verdadera,
Sino solo dicen que era
De buenos ingenios mengua;
Por lo cual en lo pasado
Fueron todos carecientes
Destas trovas excelentes
Que han descubierto y hallado
Los modernos y presentes.

(12) Sigo tambien á Ulloa, lo mismo que en las demás variantes del soneto. Velasco lee equivocadamente:

Y oyéndoles hablar nuestro lenguaje.

(13) Mezclado en extranjera poesía.—*Texto de Velasco.*

(14) Con ojos los miraron de extranjeros.—*Id.*

(15) Sin sabor y tan á solas.—*Id.*

(16) Así el texto de Ulloa; el de Velasco, seguido por Fernandez, dice:

Y en lugar destas maneras
Y vocablos ya sabidos
En nuestras trovas primeras,
Cantan otras forasteras,
Nuevas á nuestros oidos:
Sonetos de gran estima,
Madrigales y canciones
De diferentes renglones,
Octava y tercera rima,
Y otras bravas invenciones.

(17) Así Velasco; Ulloa pone:

Despreciaban cualquier cosa.

(18) Ulloa dice:

Y usaban de cierta prosa.

(19) Ulloa lee:

A aquellos viejos autores.

(20) Mas esta falta y manquera.—*Texto de Velasco.*

Viéndoles que presumian
Tanto de la nueva ciencia (21),
Dijéronles que querian
De aquello que referian
Ver algo por experiencia;
Para prueba de lo cual,
Por muestra de novel uso,
Cada cual de ellos compuso
Una rima en especial,
Cual se escribe aquí de yuso (22).

Soneto de Boscan (23).

Si las penas que dais son verdaderas,
Como muy bien lo sabe el alma mia,
¿Por qué ya no me acaban? y seria
Sin ellas mi morir muy mas de veras (24);
Mas si por dicha son tan lisonjeras,
Que quieren retozar con mi alegría (25),
Decid, ¿por qué me matan cada dia
Con muerte de dolor de mil maneras? (26)
Mostradme este secreto ya, Señora,
Y sepa yo de vos, pues por vos muero,
Si aquesto que padezco es muerte ó vida;
Porque, siéndome vos la matadora,
Mayor gloria de pena ya no quiero (27)
Que poder yo tener tal homicida.

Octava rima de Garcilaso (28).

Y ya que mis tormentos son forzados,
Aunque vienen sin fuerza consentidos (29),
Pues ¿qué mayor alivio á mis cuidados (30)
Que ser por vuestra causa padecidos?
Si, como son por vos bien empleados (31),
De vos fuesen, Señora, conocidos,
La mas crecida angustia de mi pena (32)
Seria de descanso y gloria llena.

Juan de Mena, como oyó
La nueva trova pulida,
Contentamiento mostró,
Caso que se sonrió
Como de cosa sabida,
Y dijo: «Segun la prueba,
Once silabas por pié
No hallo causa por que
Se tenga por cosa nueva,
Pues yo mismo las usé (33).

(21) Viendo pues que presumian
Tanto de la buena ciencia.—*Texto de Velasco.*

(22) Como se sigue de yuso.—*Id.*

(23) Ulloa no dice cúyo sea este soneto; Velasco lo pone como de Boscan, sin embargo que no se halla impreso entre las obras de este.

(24) Sin ellas el morir muy mas de veras.—*Texto de Ulloa.*

(25) Y quieren reforzar con mi alegría.—*Id.*

(26) De muerte y de dolor de mil maneras.—*Id.*

(27) Mayor gloria de pena no la quiero.—*Id.*

(28) Ulloa no dice el autor de esta octava, que Velasco pone como de Garcilaso.

(29) Bien que son sin fuerza conocidos.—*Texto de Ulloa.*

(30) Que mayor alivio en mis cuidados.—*Id.*

(31) Y si como son en vos bien empleados.—*Id.*

(32) La mayor angustia de mi pena.—*Id.*

(33) Así Ulloa; Velasco pone:

Pues yo tambien las usé.

Comunmente se cree que CASTILLEJO afirma haber sido usados por Juan de Mena los versos endecasílabos. De otra manera entendió este pasaje Pedro de Cáceres y Espinosa, en la vida de Gregorio Silvestre, impresa al frente de las poesías de este ingenio. Véanse sus palabras:

«Y que en España no se supiesen, ni la trujesen los que trujeron la poesía toscana á ella, parece en que CASTILLEJO aun no supo la medida española de arte mayor, pues queriendo conferir la una y la otra, introduce á Juan de Mena, diciendo de las trovas italianas:

Juan de Mena como oyó, etc.

«De suerte que CASTILLEJO quiere probar que las composturas de Juan de Mena y Juan Boscan son una misma cosa, pues constan de once silabas. Y dejado que la española tiene doce, aunque fuera

Don Jorge dijo: «No veo
Necesidad ni razon
De vestir nuestro deseo (34)
De coplas que por rodeo
Van diciendo su intencion.
Nuestra lengua es muy devota
De la clara brevedad,
Y esta trova, á la verdad,
Por el contrario, denota
Oscura prolijidad (35).»
Garci-Sanchez se mostró
Estar con alguna saña,
Y dijo: «No cumple, no,
Al que en España nació
Valerse de tierra extraña;
Porque en solas mis *lecciones*,
Miradas bien sus estancias,
Veréis tales consonancias,
Que Petrarca y sus canciones
Queda atrás en elegancias (36).»
Cartagena dijo luego,
Como práctico en amores:
«Con la fuerza de este fuego
No nos ganarán el juego
Estos nuevos trovadores:
Muy mal entonadas son (37)
Estas trovas, á mi ver,
Enfadosas de leer
Y tardas de relacion (38),
Y enemigas de placer.»
Torres dijo: «Si yo viera
Que la lengua castellana
Sonetos de mí sufriera,
Fácilmente los hiciera,
Pues los hice en la romana;
Pero ningun sabor tomo (39)
En coplas tan altaneras,
Escritas siempre de veras,
Que corren con piés de plomo,
Muy pesadas de caderas.»
Al cabo la conclusion
Fué que por buena crianza
Y por honrar la nacion
De parte de la invencion
Sean dignas de alabanza (40).
Y para que á todos fuese
Manifiesto este favor,
Se dió cargo á un trovador
Que aquí debajo escribiese
Un soneto en su loor.

Soneto.

Musas italianas y latinas,
Gentes en estas partes tan extraña,
¿Cómo habeis venido á nuestra España (41),
Tan nuevas y hermosas clavellinas?
O ¿quién os ha traido á ser vecinas
Del Tajo y de sus montes y campaña?
O ¿quién es el que os guia ó acompaña (42)
De tierras tan ajenas peregrinas? —
Don Diego de Mendoza y Garcilaso
Nos trujeron, y Boscan y Luis de Haro (43),
Por órden y favor del dios Apolo,
Los dos llevó la muerte paso á paso,
El otro Soliman, y por amparo
Solo queda don Diego, y basta solo (44).

verdad que tuviera once, no supo que de once á doce hay mucha diferencia, por no entender la medida de los piés, la cual se descubrió en España en esta sazon, y en Granada fué el que las descubrió, que no ha dado poca perfeccion al verso.»

(34) Velasco dice:
De vestir nuevo deseo.

(35) Estas dos quintillas no se leen en el texto de Ulloa.

(36) Alude Castillejo á las *Lecciones de Job apropiadas á sus pasiones de amor*, que escribió Garci-Sanchez, y mandó borrar en el *Cancionero* la Inquisicion, segun se ve en los Indices expurgatorios. Comienzan las lecciones así:

Pues amor quiere que muera,
Y de tan penada muerte,
En tal edad,
Pues que vó en tiempo tan fuerte,
Quiero ordenar mi postrera
Voluntad.

Véase cómo Garci-Sanchez trova el *Homo natus de muliere*:

El hombre nacido de
Mujer vive brevemente;
Mas amor no me consiente,
Porque siempre en pena esté,
Sino que viva doliente,
De muchas tristezas lleno.
Así como flor salí
Y me sequé;
Sequéme porque me dí
A quien mas que como ajeno
Me trata, que en darme á mí
Me trate.

(37) Así Ulloa; Velasco pone:
Muy malencónicas son.

(38) Así Ulloa; Velasco lee:
Tardías de relacion.

(39) Así Ulloa; Velasco pone:
Pero ningun gusto tomo.

(40) Así Ulloa; Velasco escribe:
Y por honrar la invencion,
De parte de la nacion
Eran dignos de alabanza.

(41) Decí, ¿cómo venistes á la España?—*Texto de Velasco.*

(42) ¡Oh, quién es el que os guia y acompaña!—*Id.*

(43) Así Ulloa; Velasco pone:
Nos trujeron Boscan y Luis de Haro.

(44) Soliman el uno, y por amparo
Nos queda don Diego, y basta solo.

Gregorio Silvestre, en la *Visita de amor* (véase en sus obras, Granada, 1599), se declaró enemigo, como Castillejo, de los versos italianos, en que mas tarde vino á escribir:

Unas coplas muy cansadas,
Con muchos piés arrastrando,
A lo toscano imitadas,
Entró un amador cantando
Enojosas y pesadas.
Cada pié con dos corcovas,
Y de peso doce arrobas,
Trovadas al tiempo viejo.
Dios perdone á Castillejo,
Que bien habló de estas trovas.
Dijo Amor: «¿Dónde se aprende
Este metro tan prolijo,
Que las orejas ofende?
Por estas coplas se dijo
Algarabía de allende.
El sugeto frio y duro,
Y el estilo tan oscuro,
Que la dama en quien se emplea
Huda, por sabia que sea,
Si es requiebro ó si es conjuro.
«Ved si la invencion es basta,
Pues Garcilaso y Boscan,
Las plumas puestas por asta,
Cada uno es un Roldan,
Y con todo no le basta.
Yo no alcanzo cuál engaño
Te hizo, para tu daño,
Con locura y desvarío
Meter en mi señorío
Moneda de reino extraño.»
Con dueñas y con doncellas
Dijo Vénus: «¿Qué pretende
Quien les dice sus querellas
En lenguaje que no entiende
El ni yo, ni vos ni ella?
Sentencio al que tal hiciere
Que la dama por quien muere
Lo tenga por cascabel,
Y que haga burla de él
Y de cuanto le escribiere.

RESPUESTA Á UN CABALLERO QUE LE ENVIÓ UNA COPLA MAL TROVADA.

Una copla me enviastes,
Señor, de mala yacija,
Hecha con piés de estornija;
El mal es que trasnochastes,
Y al cabo paristes hija.
Mas, sin mas satisfaccion
De los yerros que hay en ella,
Sois digno de haber perdon
Siquiera por la pasion
Que pasastes en hacella.

Á OTRO, POR OTRO TANTO.

Vuestras coplas recibí,
Y es cierto que, si no fuera
Porque no digais de mí
Que de envidia no las vi,
De asco no las leyera.
Y porque daros razon
De los yerros que llevaban
Era daros mas pasion,
No os digo sino que son
Cuales de vos se esperaban.

Á OTRO, POR LO MISMO.

El que las coplas hicistes,
Todos los que las miramos
Sabed que en deuda os quedamos
De la risa que nos distes;
Pero vos de vos y dellas
Quejaros tambien podréis,
Porque el tiempo nos debeis
Que gastamos en leellas.

Á UNO QUE QUERIA QUE LE GLOSASE UN MOTE Á CIERTO ENTENDIMIENTO FUERA DE PROPÓSITO.

No sufre glosa ninguna,
Porque huyen de rondon
La razon y la intencion
Por su parte cada una.
Y de tal entendimiento
El mote tan léjos va,
Que no lo confesará
Sino á fuerza de tormento.

Á UNO QUE APOSTÓ DE SACAR UNA CIFRA Ó SACAR UNA COPLA.

Pues falta no la hay en vos,
Desempeñad vuestra prenda;
Que esta cifra de contienda,
Mejor me perdone Dios
Que vuesamerced la entienda.
Y mirad á qué me atrevo,
Que aunque la echeis en la cama,
Yo lo consiento y apruebo,
Tan sin temor de su fama
Como si fuese una dama.

RESPUESTA.

No sé si huya de vos
O busque quien me defienda;
Porque en tan estrecha senda
No ternéis en mucho á dos
Si correis suelta la rienda.
Y aunque el mote no fué nuevo,
Nueva querella me llama
De vengarme con renuevo
Si en mí prueba vuestra dama
Cuán justamente os desama.

Á UNA DAMA Á QUIEN UN CABALLERO DEJÓ POR HEREDERA DE SU ALMA Y FE EN UN TESTAMENTO QUE HIZO.

¡Qué buen caballero era,
Perdónele Dios, amen,
Dejando tal heredera!
Si antes de escribir muriera,
¡Oh cómo muriera bien!
Su pensamiento fué vano,
Aunque sano
Si le terciara el estilo.
Válgale por codicilo,
Pues lo escribió de su mano.
Mas si acuerda de aceptar
Vuesamerced esta herencia,
Quiéroos, Señora, avisar
Que no os podeis excusar
De pleito ni diferencia;
Porque el alma que os dió á vos
Es de Dios,
Si quisiere recibirla;
La fe no pudo partirla,
Pues no puede ser de dos.

Á UN AMIGO, CON UN PRESENTE DE VINO DE RIBADAVIA Y UNAS RIENDAS.

No os burleis de la invencion
De este mi nuevo presente;
Que se hace por razon
Que este caballo bridon
Espuelas no las consiente.
Por su nombre lo veréis,
Que deriva de lozano.
Mirad cómo arremeteis,
Porque á lo menos quedeis
Con las riendas en la mano.

Á UN MAL PAGADOR.

Pues no se excusa perderos,
Segun que camino va,
Yerro pienso que será
Dejar perder mis dineros.
Y pues por tan poco precio
Perderme, Señor, quereis,
Mas quiero que me acuseis
De importuno que de necio.

Á UNA QUE ESTANDO MAL CON SU AMIGO, SE CASÓ CON UN BARBERO.

Hi de puta, ¿qué señal
De querer quitar baraja,
Estando conmigo mal,
Señora, pesar de tal,
Echais mano á la navaja?
Bastaba para una mora
Los regalos y sainetes
No dármelos ya, Señora,
Sin que me querais agora
Trasquilar á panderetes.

Á UN CABALLERO QUE TRAIA DE CONTINO UN COLLAR DE ORO DE MUY POCO PESO.

Por grosera cosa ser
Los dejó toda la gente;
Y vos, por bien parecer,
Holgais, Señor, de traer
El vuestro públicamente;
Por tanto, si no quereis
Que reniegue la paciencia,
Suplícoos que os le quiteis,
Salvo si no lo traeis
En señal de penitencia.

Que en traer tan sin razon
Collar que tan poco pesa,
A muchos dais ocasion,
Señor, de murmuracion,
Juzgándolo por empresa;
Mas, pues para lo dejar
Hay uso sobre razon,
No lo debeis dilatar,
Porque tan pobre collar
Peor es que de jubon.

UNA GUARNICION DE TERCIOPELO QUE LE ENVIÓ UN CABALLERO.

En cueros me la envió
Con mil golpes por la cara;
Si el pelo no le faltara,
El tercio bien acudió;
Pues viene sobreraida,
Señal es que fué borron,
Porque para guarnicion
Viene muy desguarnecida.

LA FIESTA DE LAS CHAMARRAS.

MERCADO Á SU CHAMARRA.

¡Oh chamarra de papel!
En hora fuerte y menguada
Vos fuisteis invencionada,
Pues por vos me dicen cruel.
De cuya causa cuidado (45)
Nace que el alma me arranca;
Que ¿por qué, siendo vos blanca,
Me paro yo colorado?

SU CHAMARRA Á MERCADO.

Mas me siento yo injuriada
De vos, descortés hidalgo.
Pues que siendo en paño algo,
En chamarra no soy nada.
Si quedó por mi ocasion
Vuestro pecho sin abrigo,
Vuestra fué la culpa, amigo;
Vuestra fué, que mia, non.

SU CHAMARRA Á CANSECO.

Señor, vos buscais mi mengua;
Mucha queja de vos tengo,
Pues sabiendo dó yo vengo,
No teneis tiento en la lengua.
Mis tachas parecerán;
Que á vuestra causa mezquina
Caballeros de Medina
«Mal amenazado me han» (46).

CANSECO Á SU CHAMARRA.

No temais, chamarra mia,
Que os puedan á vos decir
Sino que por me seguir
Dejastes la compañia.
Si me tuvistes amor,
No estuvistes engañada,
Pues yo os quise deshonrada,
Por veros de mi color.

PREGON GENERAL.

Hacer manda esta justicia
A las chamarras presentes,
Por los delitos siguientes,
La reina nuestra, Malicia.

(45) Velasco pone *Cuitado.*

(46) Verso del romance viejo de *Doña Lambra y los siete infantes de Lara.*

Los hijos de doña Sancha
Mal amenazado me han
Que me cortarian las haldas
Por vergonzoso lugar.

Y el pregon de su querella
Desta manera comienza:
«Que salgan á la vergüenza,
Pues osan andar sin ella.»

Comienzan.

Salgan segun su vejez,
Hagamos honra á las canas.
Salid vos, la de Manzanas,
Hecha en el año de diez;
No alegueis por *leonada;*
Que ya, por tener teson,
Habeis perdido el *leon,*
Y quedastes en la *nada.*

Vos, Castillejo, salid
Con la que en azul fué novia,
Tejida dentro en Segovia,
Cortada en Valladolid;
Por todo el mundo traida,
Y en su triste senectud
Salió de Calatayud,
De viejo luto teñida.

Fernan Perez eche fuera
La suya, azul, clara y vieja,
A dar cuenta de una ceja
Que tuvo en la delantera.
No le valgan sus afanes,
Aunque alegue por raida,
Pues al cabo de su vida
Se puso de tafetanes.

Diego Ramirez presente
La suya, gris, tinta en lana,
Que tiene muestras de sana
Y secretos de doliente;
Y pasa muy á la clara
Vergüenza, pues la perdió
El dia que consintió
Cuchillada por la cara.

La de Alvar Perez, morada,
Pague por su desamor;
Mas, pues es comendador,
Sea antes desgraduada;
Pero tómenla en los brazos,
Y miren bien á la luz,
Que al quitarla de la cruz
No se les haga pedazos.

Sin culpa sale ni tacha,
Al pregon, la de Tobar,
Pues que mantuvo collar
De seda cuando mochacha;
Mas los ribetes así
Dicen, mostrando su cuero:
«Tiempo es, el caballero,
Tiempo es de andar de aquí (47).»

Menéses y su cuñado
Saquen sus dos alemanas
A pagar, pues son hermanas,
Juntamente su pecado.
Han cometido traicion;
Que en Castilla se criaron,
Y fueron luego, y dejaron
Lo mejor en Aragon.

La de Pinedo se olvida:
Salga acá, dará su vuelta;
Que aunque mal parece suelta,
Muy peor anda ceñida;
Y á todos ponga mancilla;
Que el traidor que la cortó,
De los pliegues la quitó,
Por crecer en la capilla.

Salid vos, la de Sarmiento,
Vieja, escura y leonada,
Que por mal guarneteada
Podeis perder casamiento;
Y decid esta cancion,
Llorando vuestro desastre:

(47) Versos de un romance viejo, que mas adelante se verá glosado.

«Por mi mal os vi yo sastre,
Que por vos salgo al pregon.»
Salinas salga, y escote
La suya, mangas de boba,
Que cuando moza fué loba
De luto con capirote;
Y por tales cuchilladas
No se escape de pregones,
Aunque muestre los botones
Con que las tiene cerradas.
La corta desvergonzada
De Piedra salga á las bodas,
Que para mengua de todas
Las chamarras fué criada;
Y por tan mala invencion,
Traje, color y planeta,
No se escape aunque se meta
So las faldas del sayon.
Tapia, el aposentador,
Saque la suya á la pena;
Que aunque su hechura es buena,
Es muy triste su color;
Y tambien su presuncion
Es caso que toca al Papa,
Porque le sirve de capa
Sin tener dispensacion.
Salga acá la de Villoria,
Que piensa, por ser ferrete,
De quedar con su ribete
In perpetua rei memoria;
Mas yo, como amigo fiel,
Que la despida le mando,
Porque le está amenazando
De vivir mas que no él.
Salga la desesperada
De Canseco, y dará fe
De cómo dos veces fué
Su mala guerra ganada (48);
Do cobró tales raices
De codicia por el mundo,
Que aun con el amo segundo
Anda ganando perdices.
Salga con su gruesa lana
La de Somonte á la hora,
Que siete veces fué mora
Y otras tantas alemana;
Y al cabo de sus delitos,
Sin que el Papa lo otorgó,
A san Francisco negó
Por tornarse de benitos.
La de Mercado, alevosa,
Hecha con tanta miseria,
Desque revolvió la feria
Puso piés en polvorosa;
Que viendo que estas padecen
Sin culpa, por su pecado,
Dijo en secreto á Mercado:
«A los piés, Señor; que ofrecen.»
No falta quien las acuse,
Que las manden desterrar;
Mas tornóse á revocar
Porque no hay quien ya las use;
Y es el mal que sin consuelo
Ni esperanza quedarán;
Que esta mengua que les dan,
Jamás se la cubrirá pelo.

Á UN MAESTRESALA QUE LE MANDABAN TRAER EL MANJAR CON LINTERNA.

Maestresala, sentir pena
No debeis de esta costumbre;
Que siendo tan ruin la cena,
Ruin ha de ser, y no buena,
La lumbre con que se alumbre;
Pero puédese pensar,
De veros ir con linterna
Acompañando el manjar,
Que quereis con él entrar
A cenar en la taberna.

CIERTOS CABALLEROS AL AUTOR.

Siempre en juéves de la Cena,
Por remembranza y memoria,
Solemos estar en pena;
Pero vos, segun se suena,
Diz que estuvistes en gloria.
Los banquetes son crueles
Do carne sola se da;
Mas esto no se dirá,
Pues las tortas y pasteles
Bien las supimos acá.

RESPUESTA DEL AUTOR.

Injustamente condena
Mi fama la falsa historia;
Mal se habla en culpa ajena
En una casa tan llena
De culpa, y culpa notoria.
Al repique de broqueles
Estáis tan á punto ya,
Que do quier que carne está,
No son puestos los manteles,
Cuando la huelen allá.

RAZONAMIENTO DE UN CAPITAN GENERAL Á SU GENTE.

Señores y compañeros
Que salistes de Bohemia
Por virtud, y no por premia,
A ganar honra y dineros,
Ya sabeis que hasta aqui,
Mientra quiso la fortuna,
No ha habido falta ninguna
Por vosotros ni por mi.
Agora, por los pecados
De alguno, veis que nos vemos
Do de hambre perecemos,
De toda parte cerrados.
Veis los turcos poderosos,
Y mas fuertes á la fin,
Y muerto Pedro Rachin
Y otros hombres valerosos.
Pues ya que con osadía
Queramos acometellos,
Antes de tocar en ellos
Nos mata el artillería.
Para estar aqui perdidos
Estas causas grandes son,
Cuanto mas que hay traicion
Y estamos todos vendidos.
Y por nuestra mala suerte,
Si esperamos á mañana,
Morirémos, y no gana
El Rey nada en nuestra muerte.
El remedio es retraer,
Por excusar tanto mal,
Y el Capitan General
Es del mismo parecer.
Y caso que de este hecho
Alguna mengua ganemos,
Al menos excusarémos
De no morir sin provecho.
Cualquier daño y perdicion
Con la vida se repara;
Mas vale vergüenza en cara
Que mancilla en corazon.
Pero diga quien dijere;
Que si es honra el combatir,
No es menos saber huir
Cuando el tiempo lo requiere.
Aperciba pues cualquiera

(48) Velasco pone:
De mala guerra ganada.

Los piés, si quereis salvaros,
Porque yo pienso llevaros,
Si puedo, la delantera.

Á UN CABALLERO SU AMIGO EN CIERTA OCASION DE TIEMPO.

Pues estáis donde me vi
Con tan próspera ventura,
Gozad del bien mientras dura;
Dejen todos para mí
El dolor y la amargura.
Pideme la voluntad
Con grave necesidad
Que no esté sin veros hoy;
¿Qué haré ¡triste que soy!
Ajeno de libertad?

Mas, pues de las ansias mias
El remedio está apartado,
Quédese por excusado,
Y vuélvanse mis porfias
A cumplir vuestro mandado.
Juno, Vénus y Diana,
Todas tienen una gana
De dar al dueño su cuarta;
Mas la que menos se aparta
Piensa que es la mas anciana.

Á UN VIZCAÍNO PIDIENDO AGUINALDO.

Servido no ge lo tienes,
Aunque en gana le tenia;
Mas mire su señoría,
Generacio, dónde vienes.
No mires merecimiento
De barbero guipuzquiano,
Mas el razon que le cuento;
Y Machin vaya contento
Con guinaldo de su mano.

EL MISMO.

El Navidad es pasado,
Y Reyes otro que sí;
Mas del copla que le dí
Ya le tienes olvidado.
Prometido pues me habia
El aguinaldo, Señor.
Mande vuesa señoría
Que la cumpla todavía
Con Machin, su servidor.

Á UN HERMAFRODITO.

Cuando mi madre cuitada
En el vientre me traia,
Viéndose grave y pesada,
Diz que á los dioses, penada,
Consultó qué pariria.
Febo dijo: «Varon es;»
Marte *hembra*, y *neutro* Juno.
Yo, naciendo, era despues
Hermafrodito, y de tres,
Dijo verdad cada uno.

Preguntado el fin que habria
Tras esto, dijo la Diosa
Que con armas moriria;
Y mas dijo, que seria
Muerto de cruz espantosa.
Febo dijo: «En agua espera
Acabar su triste vida»
La suerte, en fin, de cualquiera
Dellos en mí fué cumplida,
Y por mi mal valedera.

En un árbol que hacia
Sombra al agua me subió
La triste ventura mia,
Do la espada que ceñia
Abajo se me cayó;
Y yo, acaso desdichado,
Tambien allí desbarré;
Y cayendo así turbado,
Sobre ella quedé colgado
De las ramas por el pié.

La cabeza encontinente
Fué en el agua zapuzada,
Y el cuerpo quedó pendiente,
Quedando yo juntamente
Mal herido de mi espada.
Y desta suerte pendiendo,
Perdí la vida y la luz.
Al fin mereci, muriendo,
Hembra, macho y neutro siendo,
Muerte de agua, hierro y cruz.

ENHORABUENA DEL CASAMIENTO DEL CONDE LEONARDO DE NOGUEROL.

Por muchos años y buenos
Sea, Señor, este dia,
De salud y de alegria
Y de prosperidad llenos;
Y sea muy en hora buena,
Tan en buena recibida,
Que dure muy luenga vida,
Sin un momento de pena;
Y la misma tambien sea
Con igual voluntad dada,
Y en igual hora tomada
Para la que en vos se emplea.
A ambos os haga Dios
Dichosos y sin querella,
Pues vos fuistes digno della,
Y ella fué digna de vos.
Y él os dé, para que deis,
Mas bien que vos deseais,
Dándoos, sin que lo pidais,
Lo que, Señor, mereceis.
Y si parece sobrada
La demanda, como creo,
Déos lo que yo os deseo;
Que no se perderá nada.

ENHORABUENA DEL DESPOSORIO DE DON PEDRO LASO DE CASTILLA.

Tan en hora buena sea
Cuanto en cosa nunca fué,
En tal punto y en tal pié,
Cual vuesamerced desea.
Todos os somos agora
En gran deudo nuevamente,
Pues ya que nos dais señora,
Nos la dais tan excelente.

Mia es la enhorabuena,
Aunque me toma en la cama,
Donde he ganado por ama
A la linda Policena.
Pues cobrastes tal amiga,
Alargad, Señor, el paso;
Porque es muy bien que se diga,
Mas no se sienta, lo laso.

EN ALABANZA.

Alabanza es no alabar
Persona tan excelente,
Porque es gran inconveniente
Querer que quepa la mar
En espacio de una fuente.
Para daros el loor
De que sois merecedor
No basta mi suficiencia;
Que mi principal herencia
Es ser vuestro servidor.

CONTRADICTORIA EN ALABANZA DE UN CABALLERO AMIGO SUYO.

Quien quiere loaros, ilustre Señor,
El mismo se amengua y pierde el caudal,
Pues pluma ni lengua, vos siendo ya tal,
No pueden doraros con oro mejor.
Serviros, honraros es noble labor;
Es por yerros nuestros dejar de hacello.
Los muy grandes vuestros no son un cabello,
Estando tan claros en vuestro favor.
Vos sois de los buenos muy cierta esperanza,
Mortal enemigo de toda maldad
Y muy grande amigo de toda bondad,
De males ajenos socorro y holganza.
Por mas ni por menos torceis la balanza,
Seguis lo mejor donde hay diferencia,
Y de lo peor huis con prudencia;
Henchis vuestros senos de amor y templanza,
Gracioso y humano, sin mezcla de mal,
Menos que ninguno de vicios vencido,
Pesado, importuno á hombre nacido,
A todo cristiano os dais liberal.
Por primo ni hermano no torceis de leal,
Usais de virtud con todos á hecho,
Y la ingratitud os hace despecho;
Teneis á la mano verdad natural.

Á UNA BEATA MOZA, ENVIÁNDOLE UNA RUECA.

Pues tomastes religion
Que á estar recogida os ata,
Por no entrar en tentacion,
Cuando acabeis de oracion
Hilad, devota beata.
Y pues con conciencia sana
No podeis, aunque hayais gana,
Vestiros ropa de lino,
Por no torcer el camino,
Nunca hileis sino lana.

Á UNA DONCELLA QUE SE METIÓ MONJA.

Nueva planta sois, María,
Puesta en el huerto de Dios;
Desde hoy mirad por vos,
Que os cumple, de noche y dia.
En buena tierra quedais;
Procurad de arraigaros,
Porque no pueda arrancaros
El viento cuando crezcais.

Á OTRAS DOS QUE TOMABAN EL VELO.

Señoras, con este velo
Vuestra libertad se entierra;
Presas seréis en la tierra
Por ser libres en el cielo.
Procuren vuesas mercedes
De gozaros tras las redes,
Pues moris para vivir;
Que ya no podeis huir
Aunque salteis las paredes.

COMPARACION ENTRE LAS HUELGAS DE BÚRGOS Y BELEN DE VALLADOLID.

Ayer, señoras, entré
En las Huelgas á mirar;
Es casa muy singular,
Donde sin duda hallé
Muchas cosas que loar:
Sus anchuras y grandeza,
Su vejez y antigüedad,
Sus muros y fortaleza;
Lo que falta en gentileza
Suplen con autoridad.
Tú, Belen, tierra de gloria,
Cierto no eres la menor;
Contemplado tu valor,
Quedarás en mi memoria
Escrita por la mejor.
De tí me saldrá cuidado
Que rija mi pensamiento;
Eres el mundo abreviado,
Palacio de rey privado,
Arca de contentamiento.
En fin, aunque de desdenes
Entrambas llenas estén,
Son el fin de todo bien:
Las Huelgas tienen mil bienes,
Diez mil sobran á Belen;
Una y otra bien mirada,
Tórnome á afirmar agora
En la sentencia pasada:
Ser las Huelgas encantada,
Y Belen encantadora.

LA FÁBULA DE ACTEON,

TRADUCIDA DE OVIDIO, MORALIZADA.

Segun Ovidio da nuevas
Y nos hace relacion,
Andando á caza Acteon,
Príncipe mozo de Tébas,
En peligrosa sazon,
Por desastre de ventura
Se metió por la espesura
De un bosque, donde nacia
Una fuente clara y fria,
Hecha á manos de natura.
En la cual, segun solia
Cuando el sol la fatigaba,
La diosa Diana estaba
Con sola su compañía,
Y desnuda se bañaba,
Muy segura y descuidada,
Sin temor de ser mirada
De ningun hombre mortal;
Del colegio virginal
De sus ninfas rodeada.
Pues, como se viese ser
En tal forma conocida
De Acteon, toda encendida,
Quisiera luego tener
Con que quitarle la vida;
Pero no pudiendo mas,
En aquel punto y compás,
Tomando del agua clara,
Le dió con ella en la cara,
Vueltos los ojos atrás,
Y díjole muy sañuda:
«Véte agora do quisieres,
Y cuenta por donde fueres
Cómo me viste desnuda,
Si bien contarlo pudieres.»
Luego el triste se miró
En el agua, y se halló
En ciervo todo mudado,
De grandes cuernos cargado,
Que grande espanto le dió.
Y comenzando á pensar
Lo que en tal caso haria,
Si al palacio volveria,
O si se debe quedar
En el monte todavía,
No sabe lo que es mejor;
Porque su mismo dolor
Ni le toma ni le suelta;
Vergüenza impide la vuelta,
Y la quedada el temor.
Así que, mientras dudaba
Entre dos contrarios yerros,
Fué sentido de sus perros,
Que corren con furia brava
Tras él por valles y cerros.

Y al fin, por sus servidores,
Tornados perseguidores,
Rompidas piernas y brazos,
Acabó, hecho pedazos,
La vida con mil dolores.

MORALIDAD DE LA FÁBULA PRECEDENTE.

Este fabuloso cuento,
Puesto por comparacion,
Se escribe con intencion
Que nos sirva de escarmiento
El castigo de Acteon.
Por el cual así perdido,
Se muestra ser entendido
Cualquier persona de estado,
A caza muy inclinado,
Y tras ella embebecido
Por las selvas y boscajes,
Islas, montes y labrados,
Tras los ciervos espantados,
Osos y puercos salvajes
Y otros cualesquier venados,
Con redes, cuerdas y telas,
Bocina, guardas y velas,
Podencos, galgos, lebreles,
Ballestas y casçabeles,
Capirotes y pihuelas.
Por la diosa que halló,
De cuya beldad se prende,
La misma caza se entiende,
Que desque una vez la vió,
No pudo partirse dende;
Y así, preso enamorado,
A caza del todo dado
Sin órden y sin medida,
Aquel es en esta vida
Su soberano cuidado.
En el cual siempre metido
Y pensando noche y dia,
Allí pone su alegría,
Allí todo su sentido
Con diligente porfía;
Aventurando á perder
Todo cuanto puede haber,
Peligro, cansancio, pena;
Recibiéndola por buena
Por gozar de este placer.
Así se encarna el deleite
Que aquel agua significa,
Con que el rostro le salpica,
Que, como mancha de aceite,
Pega y cunde do se aplica;
Del cual el corazon preso,
El juicio queda leso,
De libre tornado siervo,
Convertido en aquel ciervo,
Animal de poco seso.
De allí van en perdimiento
Las cosas mas substanciales,
Los negocios principales
Pospuestos cada momento
Por el trato de animales.
Hácese por consiguiente
Descuidado y negligente,
Descomedido y tardio;
En otras cosas muy frio,
Y en esta sola berviente.
Lo cuarto, que se embaraza
Cuando en el agua se vió,
Significa que entendió
Los afanes de la caza
Cuando bien se conoció;
Usando fuerzas y mañas
Contra brutas alimañas,
Batallas y escaramuzas,
Y trepando por camuzas
A las enhiestas montañas.
Do se sigue que de ver
Ser deleite peligroso,
Aunque dél esté goloso,
No puede dejar de ser
Como ciervo temeroso;
Mas, en fin, como cordura
Pueda menos que natura,
Cualquier peligro pasado
En un punto es olvidado
Al sabor desta locura.
Al fin le comen los canes;
Lo cual denota de veras
Perros de todas maneras,
Halcones y gavilanes
Y otras bestias placenteras;
Cazadores y monteros,
Caballos, mozos y perros,
Y cuanto la caza toca,
Que muerden y tienen boca,
Y cuestan muchos dineros.
Mas el sentido derecho
Es que sus mismos privados,
Viéndolo entre los cuidados,
Buscan con él su provecho
Y le comen á bocados.
Estos le hacen la guerra,
Cada cual traba y aferra,
Segun que tiene los dientes,
De sus carnes inocentes,
Hasta dar con él en tierra.
Así que, la conclusion
Y entendimiento moral
Desta fábula real
Es, que cualquier Acteon
O persona principal
Por su placer y servicio
Se ocupe en el ejercicio
Del campo templadamente,
Y no para que la gente
Se lo conozca por vicio.
Y no se deje olvidar
Por la caza en proveer
Lo que mas es menester,
Porque no venga el pesar
A ser mayor que el placer;
Ni menos tenga por uso,
Para no verse confuso
Por una vana holgura,
De ponerse á la ventura
Que el rey Favila se puso.

AL AÑO TRABAJOSO DE CUARENTA.

Allá irás el de cuarenta
Por esas ondas leteas,
Do nunca mentado seas,
Ni se haga de tí cuenta
Sino con las furias feas.
Hasnos hecho cien mil males,
Muerto muchos principales,
Y de los otros sin cuento,
Y trocado el movimiento
De los cursos celestiales.
Hasnos abrasado el suelo
Con tus calores aleves,
Y con humidades breves
Desterrádonos del cielo
Las justas lluvias y nieves.
Hasnos dado sequedad
En toda la cristiandad,
Desde Grecia hasta España,
Y traido en Alemaña
Verano por Navidad.
Has dado licencia nueva
A Landgrave en bigamía,
Y al de Lóndres osadía
De dejar, hecha la prueba,
La mujer que ya tenia.
Hasnos muerto cardenales
Buenos, limpios y leales,
Y escapado de la muerte

A Pero Luis el Fuerte
Para bodas obispales.
Has tornado á concertar
El turco con venecianos,
Y al noble rey de romanos
Hecho fuerza de tomar
Las armas contra cristianos.
Has muerto al rey Juan de Hungría,
Y dado por peoría
Un niño que en ella queda,
Para que fray Jorge pueda
Colocar su tiranía (49).
Así que, vé donde vas,
Año de cuarenta triste;
No te alabes que nos viste
Ni vuelvas la cara atrás,
Pues con ella nos heriste.
No nos dejas qué comer,
Pero bien en qué entender
Por mil duelos por tí dados,
Y los rios agotados,
Que apenas hay qué beber.
Vos, el de cuarenta y uno,
Que venis por sucesor,
Entrad manso y con amor;
No nos seais importuno
Como vuestro antecesor.
Dadnos el aire templado,
Natural y concertado,
Lleno de fertilidad,
Y volved la sanidad
Que estotro nos ha quitado.
Enmendad vos sus aviesos,
Corregid los temporales,
Sed propicio á los mortales,
Y dadnos buenos sucesos,
Privados y generales.
No seais del bien escaso,
Y entrad vuestro paso á paso,
Próspero, alegre, dichoso,
Por casa del generoso
Mi señor don Pero Laso.

QUERELLA DE UN MACHO CONTRA SU AMO, QUE LE CARGABA DEMASIADO HACIENDO JORNADA EN LA CORTE DE REY DE ROMANOS.

¿Qué es esto, noble Señor?
Qué crueldad tan indina?
¿Soy yo moro, ó soy traidor,
Que con tanto disfavor
Tratais mi carne mezquina?
No bastándoos el sillar,
Colgais de mi flaco cuello
Lo que, por Dios, un camello
Apenas podrá llevar
Sin dar en tierra con ello.
Sayos, calzas y jubones,
Cabestros, herramental,
Botas, zapatos, calzones,
Colgados de mis arzones,
Como si fuese varal.
Yo, miserable machuelo,
Con el peso trasijado,
Llevo, como veis, forzado,
Los hocicos por el suelo
Por hacer vuestro mandado.
Pero vos, sin compasion
De cuanto sufro delante,
Asestaisme un halijon
En mis ancas de cabron,
Que es carga de un elefante.
Y en la silla, otro que si,
Un mozo se me plantó;
Que nunca descanse, no,
Si lo que va sobre mi
No pesare mas que yo.
Yo voy ya para morir,
Y ¡ojalá fuese ya muerto,
Siquiera por no sentir
El escarnio de ver ir
El maleton descubierto,
Puesto á orza y recalcado
De colchon y cabezales,
Que por ambos cornejales
Le salen al desdichado
Las tripas y los pañales!
De lo cual, por lo que os toca,
Aunque mal de muerte os quiero,
Por el mal que me provoca
Tengo congoja no poca,
Porque sois buen caballero;
Y tambien de parte mia,
Como ya no soy mochacho,
Verme solo triste macho,
Con tanta caballería,
Me causa, Señor, empacho,
Aliviadme de esta pena,
Pues no lo pido con vicio,
Y quitadlo de la avena,
Que me hallo en tierra ajena,
Y cojo en vuestro servicio.
Cargadme la barjuleta,
Que me basta, y no se entienda
Que yo pueda, aunque me hienda,
Soportar tan gran maleta
Con toda vuestra hacienda.
O ponedme dos cestones,
Como esotros caballeros,
Y no tales maletones,
Si quereis que mis riñones
Lleguen á Flándes enteros;
Mas, si ya quereis que al fin
Con mi desventura vaya,
Porque la carga no caya
Proveedme de un cojin
Al menos con que la traya.
Con todo, no quiero ser
Ingrato de la bondad
Que usasteis conmigo ayer,
Comenzándome á hacer
Un poco de caridad.
Y para mas obligaros
A servir siempre clemente
En el trabajo presente,
Acuerdo, Señor, cantaros
El villancico siguiente:

Villancico.

¡Oh cuán mala que sois! Mala
Para mí;
Por mi mal os conocí.

En casa del coronel,
Mi señor, gentil y bueno,

(49) Don Nicolás de Oliver y Fullana, en su *Recopilacion histórica de los reyes, guerras, tumultos y rebeliones de Hungría* (Colonia, 1687), obra notable por la enérgica concision con que está escrita, dice lo siguiente:

«El rey Juan Zapolia, luego que estuvieron hechas las paces con el rey don Fernando, trató de casarse con Isabel, hija del rey Segismundo de Polonia. Celebráronse con majestuoso regocijo y suntuosas fiestas las bodas y coronacion de la Reina en los campos de Alba-Real, cubiertos de riquísimas tiendas, y á 7 de julio de 1540 parió la Reina un hijo, que, de los nombres del padre y abuelo, se llamó Juan Segismundo. Siguió catorce dias despues la muerte del padre en edad de cincuenta y tres años, príncipe de grandes prendas, si no las hubiera manchado la ambicion, que afirma Salustio, *hace prevaricar á muchos hombres*. Fué sepultado con regia pompa en Alba-Real, nombró por tutor del hijo, asistente y consejero de la Reina viuda, y gobernador de sus estados, á *Jorge Martinucio*, natural de Dalmacia, educado en casa de Juan Corvino, hijo del rey Matías Huniades. Cansado de la corte, tomó el hábito de monje del órden de San Pablo, aunque sin letras, que aprendió con facilidad, y se ordenó.» Este Martinuzi fué muerto violentamente en 1547.

Con sola mi silla y freno
Era muy contento él.
Vos, Señor, como cruel,
Echaisme el albarda así;
Nunca yo os lo merecí.
¡Oh cuán mala que sois! Mala
Para mí.

RESPUESTA DEL AMO.

Macho falso, gruñidor,
Que echais palabras al viento,
¿Quién os hizo trovador?
Quién os ha dado favor
Para tanto atrevimiento?
Osaros así atrever
Y mostrarme así los dientes,
Indicios son evidentes
Que debeis, macho, tener
En esta corte parientes.

Si sospecha de traicion
Me dais, en ello pensando,
Pues contra mi sin razon
Cuantos en la corte son
Se muestran de vuestro bando,
Hallastes procurador
Y relator bueno, y tal,
Mayordomo y Marichal;
Hasta el Rey, nuestro señor,
Os ha sido parcial.

Y aunque hay causa que me sienta
De contraste de tal arte,
Del cual se me sigue afrenta,
Quiero estar con vos á cuenta,
Puesto mi dolor aparte.
Ya sabeis, macho malvado,
Cuando á mi poder venistes
Los achaques que trajistes,
Hambriento, cojo, matado,
Y en mi casa guarecistes.

Ya sabeis que el que me os dió,
Si vuestra boca no miente,
Por do quiera que os llevó
Siempre de vos se sirvió
Con albarda solamente.
Yo, por haberos mancilla,
Bien que os planto sin pasion
Por albarda el balijon,
Mas échoos tambien la silla
Por vuestra reputacion.

En lo de la cobertura
Que pedis de la balija,
Bástale la hermosura
Del pelo que la natura
Le dió, con que se cobija;
Y en lo que toca al cojin,
Que asimismo habeis pedido,
Ya está tambien proveido;
Que no hay mulo ni rocin
Que os pueda ser preferido.

La carga, si os enojó
En este camino luengo,
No yendo sobre vos yo,
No puede ser mucha, no,
Con solo lo que yo tengo.
Mas la causa, á mi pensar,
De vuestra melancolía
Es, que teneis fantasía,
Y os quereis, macho, igualar
Con otros de mas valía.

No penseis de anteponeros
Al de Presinga privado,
Que lleva seda y dineros,
Y va con dos escuderos,
Como dueña, acompañado.
Si le hace cortesía
Y quiere bien su señor,
Es por ser de su color;
Y sin ser vos de la mia,
Os tengo tambien amor.

Ni juzgueis, macho, lo vuestro
Por lo de nadie mirado,
Que un mozo le va de diestro,
Tirando por el cabestro,
Y otro detrás azotando.
No os engañe el papahigo
De aljófar y terciopelo,
Que ya en tiempo de su abuelo
Fué, segun dice un testigo,
Capirote de mochuelo.

Ved el gran caballerizo,
Que, aunque no es hombre cruel,
Con sola su habla hizo
Un buen caballo castizo
Desmayar de miedo dél.
Ved á Marichal, que deja
Atrás su Turco garrido,
Perniquebrado, perdido,
Pagado con sola queja
De todo cuanto ha servido.

Mirad la haca preciada
Del gran Martin de Guzman,
Que á la segunda jornada
Con una carga de nada
Desmayó, con el afan.
Ved cuál lleva en su Castaña
Don Hermando su maleta,
Caballera á la jineta;
Cosa no vista en España
Ni en la ley de barjuleta.

Bien sé que vais envidioso
De la haca de Tovar
Por su descanso y reposo,
Pareciéndoos piadoso
Su cargo para llevar;
Mas no se queda detrás
A llorar duelos ajenos;
Todos vais de quejas llenos,
Unos por carga de mas,
Otros por carga de menos.

Ved cómo viene envarado
El terrible maleton,
Remendado de mercado,
Cubierto con un listado
Alfamar de recaton;
Caso que va como un gamo,
Se roza de dos en dos,
Diciendo: «Plugúiese á Dios
Que llevase yo á mi amo,
Y no, maleton, á vos.»

Y aun el pobre caballejo
Que lleva la sin ventura
Camilla de Castillejo
Ya tiene so el pestorejo
Una gentil matadura.
Ser la cama como un puño,
Y el caballo no mayor,
No carecen de primor,
Porque salieron de un cuño
Del talle de su señor.

Mirad cuál va sin reir
El alfaraz de Jarava,
Diciendo: «Para morir,
Dejadme, Señor, ya ir
A descansar á la cava.
Bien habia yo escogido
Adonde con vos caí,
Sepultura para mí,
Si vos fuérades servido
Que yo me quedara allí.»

Ved cuál lleva su garrudo
Y gran frison Hazailla,
Desmembrado, aunque membrudo,
De su cabalgar muy crudo
Y golpazos de la silla.
Parece costal de nueces;
Y el pobre rocin querria
Por alivio y mejoria
Que se llevasen á veces,
Pues que van en compañía.

Ved el caballo en que va
Cristóbal el de Menéses,
Que el suelo le dice ya:
«Quita tu cabeza allá,
Guarda, rocin, no me beses.»
Bien que el mozo, como astuto,
Por alegrar al cuitado,
Se pone disimulado
Sobre el balandran de luto
Papahigo colorado.

Con estos ejemplos tales,
Y otros que contar podria
De personas principales,
Tened, macho, en vuestros males
Sufrimiento todavía;
Y aunque mas mas os aticen
Malas lenguas á quejar,
No las cureis de escuchar;
Que aun os queda, como dicen,
La cola por desollar.

Á UN CABALLO DE UN AMIGO LLAMADO TRISTAN.

Decidme cómo le va,
En breve, señor Tristan,
Y de duelos cómo está
Vuestro caballo alazan;
Porque acá dicho nos han
Cuantos vienen de allá fuera
Que sobre todo su afan,
De cuartos y esparavan
Le ha nacido una papera.

Tengo tanto sentimiento
De veros con tal fatiga,
Y el caballo en tal tormento,
Que no sé cómo os lo diga.
Cierto le tuvo enemiga
El planeta en que nació,
Pues le secó como espiga,
Sin caderas ni barriga,
Y tan enorme quedó.

Fuera harto autorizado,
Juzgado por su longura,
Pues hay en el desdichado
Media legua de andadura;
Mas es flaco de cintura,
Aunque largo de sillar,
Y de tan mala hechura,
Que, aunque está sin matadura,
Hace asco en lo mirar.

Los ojos tiene sumidos
Y el pescuezo prolongado,
Derramados los oidos
Como orejas de un arado;
Alto, pando, corcovado,
Muy carnuda la cabeza,
De los muslos muy delgado,
De los brazos estevado,
Y á cada paso tropieza.

Tiene el rostro conejuno
Y es muy corto de costillas;
No le puede ver ninguno
Sin ver en él maravillas;
Muy delgado de canillas,
Ambos á dos brazos mancos,
Pues mirando las cuartillas,
Son tan largas y sencillas,
Que parece que anda en zancos.

Tiene pequeña la frente,
Las caderas derribadas,
Las espuelas no las siente,
De ser largas las hijadas.
No sé, viendo sus quijadas,
Cómo no quedais corrido,
Siendo tan desvariadas,
Muy gordas y muy cerradas,
Y el pecho todo sumido.

Si alguna vez se alboroza,
No le pueden sosegar;
De piés y manos se roza
Solamente en pasear.
Aunque vos, por remediar
El daño que en él sentis,
Siempre le soleis calzar,
Mas no lo basta á tapar
Un cuero de borceguis.

Otras sus tachas cubiertas
Bien las quisiera callar;
Pero por las descubiertas
Están claras de juzgar.
Vos podeis estercolar
Con lo que él echa, una haza;
Bébese toda la mar,
Es muy malo de herrar,
No consiente el almohaza.

Mulero, mal comedor,
Cazcorvo, mal enfrenado;
No tiene cosa mejor
Que ser de los piés calzado.
Es cenceno y ahusado,
Que para galgo le basta;
Zancudo demasiado,
Que si en ello habeis mirado,
Parece pollo de casta.

Pasea con muy buen tiento,
Muy corto y muy sosegado;
Corre con tan buen aliento
Como un asno enalbardado.
Es izquierdo y desbocado
Y muy blando de carona;
Vos solo lo habeis librado
De andar á vender pescado
O moler en atahona.

No sé para qué nació
Bestia tan sin proporcion;
La yegua que lo parió
Debiera tener torzon.
Causa ninguna ó razon
Yo por cierto no la hallo
Por que este lerdo haron
Sin talle ni sin facion
Se haya de tomar caballo.

El no es para jineta,
Mucho menos para brida;
Pero, puesto á la carreta,
Aun podrá ganar su vida;
Mas, porque quede perdida
Del todo ya su memoria,
Ponedle por despedida
En una huerta escondida
En servicio de una noria.

¿Dónde tuvistes las mentes
Cuando tal rocin comprastes?
Los amigos y parientes
En ello mal injuriastes.
Honra ninguna ganastes
Con bestia de tan mal talle.
Lo que en tal gomia empleastes,
Decidme si lo hallastes,
Señor Tristan, en la calle.

SOBRE UN DESASTRE QUE ACONTECIÓ Á UN CONFESO.

(*Habla con el médico.*)

Mandad, señor bachiller,
Proveer
En un caso desastrado
De un hombre que, de espantado,
Está para perecer
Si presto no es remediado.
Ved ahina
Lo que manda medicina
Sobre males de esta suerte;
Porque este queda á la muerte,
Y entre manos se nos fina.

El hizo cierta jornada
Bien pensada,

Y provechosa le fuera,
Si mal no le sucediera
Con una haca alquilada,
Que nunca llevar debiera.
Fué avisado
Este malaventurado
Que no la deje jamás
Suelta, si como Jonás
No quiere verse tragado.
Mas, siendo ya su caida
Prevenida
Para el trance de esta lid,
Descuidado y sin ardid,
El aviso se le olvida
Entrando en Valladolid.
Muy ufano
Se levanta muy temprano
A entender en su cobranza,
Y en el establo se lanza
Con su cebada en la mano.
Ella, en viéndole asomar,
Por le dar
Gracias por esos cuidados,
Arrojóle dos bocados
Y empezóle á saludar
Con los dientes regañados.
Ved, Señor,
Qué trance de pecador,
Que, del miedo que cobró,
Ningun pulso le quedó
Arriba del salvo honor.
Pues en tan gran turbacion
Y perdicion,
Viéndole todo temblar,
Ofrecióse de llegar
Una moza del meson
A ayudársela á tomar.
La rabiosa
Haca, falsa, maliciosa,
Teniendo por muerto á él,
Arremetió muy cruel
A la moza piadosa.
Él, en vez de socorrer
La mujer,
Viendo la haca tan fiera,
No se acordando quién era,
Huyó, por se guarecer,
Apriesa por la escalera;
Y esto visto,
Argüido este malquisto
De los que huir le vieron,
Respondió: «Tambien huyeron
Los discipulos de Cristo.»
La mujer amortecida,
Bien mordida,
Harto mejor que ayudada,
Quedó la desventurada
En aquel suelo tendida,
La garganta magullada;
Y el maldito,
Mas medroso que contrito,
Por quitarse de pasion,
Hizose luego lanzon,
Y lanzóse en San Benito.
Venció el temor la codicia
Y avaricia,
Por ser su complexion flaca;
De un cabo teme la haca,
Y del otro la justicia,
Que recia pesquisa saca.
No seguro
Tras aquel devoto muro,
Acordó de caminar
A pié, sin le embarazar
Camino largo ni duro;
Y es llegado aquí el mezquino
Vizcaino,
Muerto, flaco, trasijado,
Y del temor ha purgado
Tanta cosa en el camino,
Que viene desainado
Y deshecho;
Y dice que se le ha hecho
Una grande opilacion
Encima del corazon,
Hácia la parte del pecho.

RESPUESTA DEL MÉDICO.

Son dolencias peligrosas
Y penosas
Las que nacen de temor,
Porque llevan el calor
A las partes vergonzosas
De la parte interior;
Y acaece,
Cuando al hombre se le ofrece
Semejante sobresalto,
Que el huelgo deja lo alto,
Y la habla se enflaquece.
Y así, puede muy bien ser
Y acontecer
Que tanto miedo sobrase,
Que el corazon se quedase
Sin sangre do se valer,
Y que el hombre peligrase;
Y al presente,
Tornando á vuestro doliente,
Tiene un bien este su mal,
Que pienso ser natural,
Y no haber sido accidente.
Y en tal caso Galieno
Da por bueno
Que se apliquen drogas vivas,
Alegres, confortativas,
Y que le hagan ajeno
De viandas purgativas.
Son pasiones
Que huyen las ocasiones;
Y Avicena manda y quiere
Que le hagan, si muriere,
La huesa de cagajones.

SOBRE UNA CIERTA CONTIENDA CON OTRO.

Hasta aquí con piedad
He esperado vuestra emienda;
Mas, pues vuestra necedad
Ha vencido mi bondad,
Contra vos suelto la rienda;
Y porque ya me teneis
Enfadado acá dedentro
Con lo poco que sabeis,
Quiero, porque desperteis,
Daros, Señor, un encuentro.
Mas, porque querer poner
Vuestras tachas por escrito
Del todo no puede ser,
De vuestro poco saber
Haré proceso infinito;
Que si mi vida durase
Tanto mientras que pudiese
Decir lo que en vos hallase,
Yo sé bien que no acabase
De morir, aunque quisiese.
Y si no tengo paciencia
Para callar lo que siento
De vuestra gran inocencia,
Es que mi mesma conciencia
Acusa mi sufrimiento;
Y es razon que lo sepais
De mí, que tambien lo sé,
Para que mas no vivais
Engañado, ni podais
Decir que no os avisé.
Cuando yo la grosería
Que en vos cabe, do no hay cabo,
Tan por cabo no sabia,
Quise vuestra compañía,
De lo cual me desalabo;

Pero despues de sabido,
Aunque me hallé burlado
Y de la burla corrido,
Helo callado y sufrido
Por no mostrarme engañado;
Mas nunca medre el trapero
Que me vendió tan ruin paño,
Que no llegó al mes entero,
Cuando su hilo grosero
Me mostró claro el engaño;
Que vuestro primer hablar
Rayo del sol parecia (1)
De léjos en blasonar;
Mas cuando quise apretar,
Hallé la mano vacía.
Quien no os ha visto, no os vió
Bien si en esto no ha caido;
Que el que bien os conoció,
Teneros ha, como yo,
Por necio no conocido;
De lo cual en tal manera
El que os hizo proveyó,
Que si de saber os diera
La mitad, él os hiciera
El mas sabio que nació.
Si miran vuestro semblante,
Segun andais mesurado,
No os tendrán por ignorante;
Mas si pasan adelante,
Necio sois disimulado.
No me doy, Señor, un cuarto
Por vuestra espada y broquel;
De necedad estáis harto,
Necio sois antes del parto,
En el parto y despues dél.
Y vos, desto muy contento,
Por la falta de razon,
Armais sobre este cimiento
De necedades sin cuento,
Gran torre de presuncion;
Y vuestra capacidad,
No bastando tan en lleno
A daros mas claridad,
Vivis en la necedad
Como el albur en el cieno.
Teneis-os por bien hablado,
Mejor os perdone Dios;
Mas traen-os engañado,
Con el seso trastornado;
Catad que burlan de vos;
Que, porque toman placer
De ver que desto os picais,
Dicen que sabeis hacer;
Nas no dejan de saber
Cuánto de necio pecais.
Y segun dice el cantar,
Sois bueno para cornudo,
Y por mas lo confirmar,
Os quiso Dios remediar
Con el remedio del mudo,
Que en carecer del oido
Él no hablar no le empece,
Y el necio desproveido,
Con carecer de sentido,
No siente de qué carece.
Ni yo siento, á la verdad,
Remedio con que saneis
De tan gran enfermedad,
Confirmada con edad,
Con que al cabo moriréis;
Pero si teneis dolor
De ver vuestro perdimiento,
Miráos en derredor;
Que la cabeza, Señor,
Traeis muy llena de viento.

(1) En unas ediciones se lee *rara*, y en otras *raza*.

Á UN CIERTO ESCRIBANO CONFESO, BARATON Y APAÑADOR, PERO BUEN COMPAÑERO.

Al muy impotente, bestial, vagabundo
Hernando Corneja, buharro, torzuelo;
Aquel contra quien de dichos abundo,
Aquel ante quien es lindo el mochuelo,
Aquel que de tierra jamás alzó vuelo,
Por ser como plomo su cuerpo pesado;
Milano tripero en cieno mudado,
Pihuelas de esparto, nariz por señuelo.
Tus cascos enormes, enorme cantamos
Tus ansias crueles, codicias que tocas,
Ardites y cuartos y tarjas que trocas,
Y los que en tu tinta borrados hallamos.
En esta provincia adonde moramos
De bolsas ajenas codicia tu pluma
Por fas y por nefas hacer grande suma;
Férialeis á tí domingo de Ramos (2).

RECADO FALSO EN NOMBRE DE ESTE MISMO, CONTRA OTROS QUE HACIAN PALACIO CON ÉL POR PASATIEMPO.

Ved qué grandeza la mia,
Que he subido con mi oficio
A tener en mi servicio
Aves de volatería.
Dos muy cobardes milanos,
Dos rateros cortesanos
Que caen á mi señuelo
Prenden las tripas del suelo;
Para mas no tienen manos.
No vuelan con mas de una ala,
Porque es muy baja la presa;
No toman mayor empresa
De cuanto monta su gala.
Son cernícalos galanes;
No llegan á gavilanes,
Aunque cazan codorniz;
Por tocarme en la nariz
Se abaten á ser truanes.

RECADO FALSO Á CANSECO, DE PARTE DE UN CONCEJO DONDE LE PRENDIERON SU MACHO PORQUE ENTRÓ EN UN ALCACER.

Consentir tales locuras
No debeis á vuestro macho,
Pues sabeis que no es muchacho
Para hacer travesuras;
Y mirá que siendo preso,
Estuvistes en perder,
Por un poco de alcacer,
Él el cuero y vos el seso.
Y no piense que aunque vuela
Ha de huir, por ser bermejo,
La bebida del concejo
Como huye del espuela;
Que en tiempo del rey don Juan,
Que otro tal le aconteció,
Siendo de silla se vió
En manos de un ganapan (3).

Á UN MAESTRO MAS TEÓLOGO QUE TROVADOR, QUE ENTRE OTROS MUCHOS HIZO UNAS COPLAS AL DICHO MACHO.

El proceso mal trovado
Que el maestro presentó,

(2) Estas dos octavas son trovas de las dos primeras de *El laberinto* de Juan de Mena:

Al muy prepotente don Juan el Segundo,
Aquel con quien Júpiter tuvo tal celo, etc.

(3) Aquí parece aludir CASTILLEJO á los versos de Juan de Mena *sobre un macho que compró de un archipreste:*

Cuando ya pude tornallo
Mal ó bien, me di al trasache;
Rabiando por enviallo,
Dije al mozo que despache:
«Toma, toma este diablo,
Mételo allá en el establo
De aquel que vi en un retablo
Pintado por momarrache.»

A sentenciar se llevó
A un famoso letrado,
El mejor que se halló;
El cual, visto sabiamente,
Sin temer inconveniente,
Como varon de conciencia,
Pronunció luego sentencia
En esta forma siguiente:

«Maestro que tan mal trova
Hallamos que debe ser
Condenado á no traer
Monjil, bonete ni loba,
Si no fuere de alquiler;
Y que en su vida se vea
Con las barbas que desea,
Ni crezca mas adelante;
Y aunque yerre el consonante,
Que no lo alcance ni crea.

»Y por cuanto en su jardin
Tales posturas no vemos,
Justa sospecha tenemos
Que del macho ó del rocin
Saca los piés que leemos.
Por lo cual se determina
Que le cabalguen abina
Sobre la haca al revés,
Y reciban todos tres
Juntamente disciplina.

»Venga delantero el macho,
Por guardar sus ancianías;
Que ya con los muchos dias
Habrá perdido el empacho
De estas tales romerías;
Y el pregon de la sentencia
Diga y haga diferencia
Que sufren esta justicia
Macho y haca por malicia,
Y el amo por inocencia.»

RECADO FALSO Y RESPUESTA EN NOMBRE DE UNAS SEÑORAS MONJAS Á UN CIERTO TROVADOR.

Sin nuestra respuesta os fuistes,
Malicioso descortés;
Señal es que os atrevistes
Para lo que mal dijistes
En esfuerzo de los piés;
Y vuestros renglones falsos
Y pensamientos livianos
Bien publican vuestra mengua,
Pues os servis de la lengua
En defecto de las manos.

Y de ver que os respondemos
No os engañe el pensamiento
A poneros en extremos
De pensar que lo hacemos
Por vuestro merecimiento;
Que vuestra razon culpada,
Digna de ser desechada
Por prolija y deshonesta,
Justamente de respuesta
Se juzga por excusada.

Mas por daros á entender
Que os tenemos por grosero,
Sin gana de responder,
Acordamos de hacer
Tras vos este mensajero,
Para que por él sepais
Cuán falsamente juzgais
El son de la campanilla,
Y os espanteis en oilla
Por donde quiera que vais.

No penseis que á cada uno
Es costumbre de tañerse;
Táñese cuando entra alguno
Cuyo mirar importuno
Da causa para esconderse;
Y el cubrirnos con el velo
No se hace por recelo
De ser vistas, mas de ver
Cosa que pueda traer
A la vista desconsuelo.

Tambien se suele tocar
Para que secretamente
De algun secreto lugar
Nos paremos á mirar
Si hay algo que nos contente;
No para mal ni pecado,
Mas porque por lo criado
Loemos al Criador;
Y vuestra vista, Señor,
Nos quitó deste cuidado.

Así que, nuestro cubrir
No nos condena ni acusa,
Ni vos os debeis sentir,
Pues se hizo por huir
El peligro de Medusa.
Podeis-os quejar de vos,
No del velo ni de nos,
Ni menos del esquilon,
Que de pura compasion
Queda doblando por vos.

OTRO RECADO FALSO CON OTRO.

Unas coplas vuestras vi,
Señor padre fray Antonio,
Y por ellas entendí
Que os movistes contra mí
Por la boca del demonio;
Y segun vos mal hablais,
No podeis ser bien pagado;
Pero seréis hostigado,
Porque sepais que os tomais
Con el señor del sobrado.

Yo, sobrado principal
De casas altas reales,
Tomarme parece mal
Con vos, que para por tal
Os faltaron los umbrales;
Pero disteme pasion,
Y es menester castigaros;
Que, pues osastes lanzaros
En narices de leon,
Es forzado estornudaros.

Mas no quiero mal traer
Del todo vuestras razones;
Que, como solemos ver,
No es cosa nueva roer
En el queso los ratones;
Pero fuistes importuno
En morder, para morderos,
Todos los quesos enteros;
Quedara siquiera uno
Para vuestros compañeros.

Que, segun los mordiscais,
En temor me dejais puesto,
Si con gato no topais
Primero que acá volvais,
Quereis entrar por el resto;
Pero podráse tener
En ello buena manera.
Rogad á Dios que no muera;
Que yo os mandaré hacer
Una gentil ratonera.

Lo que mas es de culparos
Es que culpais su hechura.
Motejais por motejaros;
Que ellos y vos mostrais claros
Los defectos de natura.
Falta parece de seso,
Mal aviso, acá entre nos,
Y soberbia para Dios,
Que no sufrais vos á un queso
Lo que ellos sufren á vos.

Vuestro y suyo es el dolor,
Vuestra y suya la ocasion;
Mas lo de ellos es mejor,

Que suplen con el sabor
La mala disposicion.
En este nombre se ahoga
Cuanto bien Dios os ha dado;
Mas tóquese delicado;
Que es peligro mentar soga
En casa del ahorcado.

OTRO RECADO FALSO CONTRA EL MISMO.

Del monte de Matallana
Diz que fuistes querelloso;
Mal parece el religioso
De nada publicar gana,
Cuanto mas de ser goloso.
Yo mismo lo mereci,
Que dejé partir asi,
Sin prenda, los convidados,
Pues otros mas estirados
La suelen dejar allí.
Acusais en la bajilla
Las manos del pobre ollero,
Sin considerar primero
Que en Valencia y en Sevilla
Puede haber barro grosero.
No es justo pedir primores
De los pobres pecadores;
Que á las veces hace Dios
(Si no, miradlo por vos)
Otras vasijas peores.
La salsera por candil,
Para veros, se sacó,
Y hubo alguno que juró
Que érades agnamanil,
A lo que le pareció.
Ella hizo su deber;
No hay por qué la maltraer;
Que si le faltó la mecha,
De vuestra propia cosecha
Se pudiera proveer.
Tampoco teneis razon
De decir mal del cabrito;
Que, segun vuestro apetito,
No bastará ser cabron
Para dejaros ahito.
No tengais por cosa extraña
Cuernos en una alimaña;
Que si á vos, padre, os nacieron,
Por el sátiro os tuvieron
Que vió Paulo en la montaña.
Culpa fué del cocinero
Las sopas mal remojadas;
Que, á estar ellas bien caladas,
Como alcuza de santero
Os quedarán las quijadas;
Mas teneis justicia poca
Si en lo gordo se les toca,
Porque cuando las corté,
En mi verdad que os tomé
La medida de la boca.
Confites sobre cocina
Digo ser impertinentes,
Especial en vuestros dientes,
Porque azúcar y cecina
Son cosas muy diferentes.
A falta de frutas verdes
Comed puerros, si quisierdes,
Que sé que os darán sabor;
Y otra vez pagad mejor
La comida que comierdes.

PREGUNTA DE UN HONRADO BACHILLER QUE PREGUNTA DE SI MISMO AL AUTOR.

Segun de mi mismo yo pude juzgar,
No sienten algunos segun que yo siento;
Y algunos me juzgan por hombre sin tiento,
Y yo tengo á ellos por locos de atar.
Yo os ruego que vos me querais informar,
Y en lo que dijerdes os quiero creer,
Y en todo pregunto vuestro parecer,
Porque yo sepa en qué soy de tachar.

RESPUESTA DEL AUTOR.

No sé qué respuesta os pueda yo dar
A vuestra pregunta, la cual yo leí,
Sino cuatro coplas que os quise enviar,
Que son las siguientes escritas aquí.
Si fueren leidas enteras en sí,
Dirán de vos mismo lo que juzgais vos;
Empero si de una hiciéremos dos,
Es lo que parece á otros y á mí.
Dechado y espejo de buena crianza,
De necios beodos del todo quitado,
Por muchos de modos estáis ya marcado
En todo ya viejo, sin otra mudanza.
Razon y reposo no os falta jamas;
Vos nunca tuvistes en boca maldades,
Vos nunca entendistes en viles ruindades,
En ser virtuoso no puede ser mas.
Vos sois muy amigo de hablar verdad,
De envidia y codicia no es vuestra costumbre,
De amor y justicia estáis ya en la cumbre,
Mortal enemigo de toda maldad.
De hombres viciosos vos os apartais,
Vos sois estandarte de sabios prudentes,
Vos no teneis parte con pésimas gentes,
Con los virtuosos vivis y tratais.
Sois acostumbrado huir de lujurias,
Decir necedades no lo acostumbrais,
Hablar las verdades vos nunca dudais,
Es muy excusado hablar con injurias.
En vos resplandece la santa prudencia,
La hipocresía es vuestro enemigo
Y la cortesía teneis por amigo,
En vos no parece ofender en ausencia.
Vos nada entendeis en hechicería,
En hechos honestos muy buen compañero,
De sabios modestos vos sois el primero,
Ni oís ni aprendeis de trafagueria.
En murmuracion nunca sois hallado,
No teneis pereza en la devocion,
En toda nobleza teneis aficion,
Gran odio y pasion al naipe y al dado.

TRASFIGURACION DE UN VIZCAÍNO GRAN BEBEDOR DE VINO.

Hubo un hombre vizcaíno,
Por nombre llamado Juan,
Peor comedor de pan
Que bebedor de buen vino,
Humilde de condicion
Y de bajos pensamientos,
De corta disposicion
Y de flaca complexion,
Pero de grandes alientos.
Fué devoto en demasía,
Especial de san Martin
Y de los montes del Rin
Y valle de Malvasía;
Y con esta inclinacion,
Aunque delicado y flaco,
Prometió con devocion
Obediencia y religion
Al poderoso dios Baco;
En la cual fué tan constante,
Que el fervor de la niñez,
Creciendo con la vejez,
Iba con tino adelante;
Y con el fuego de amor
Su rostro todo inflamado
De aquel divino licor,
Mudó su propia color
En moreno y colorado (4).

(4) Otras ediciones dicen:
De moreno y colorado.

Tuvo con esto á la par
Una risica donosa
De Marta la piadosa,
Dispuesta para colar;
Y de la continuacion
Del estrecho coladero,
Hizosele en conclusion
Sed perpetua en el pulmon
Y callos en el gargüero.

Por lo cual fué menester,
Sin que excusar se pudiese,
Que siempre siempre tuviese
Por no morir, qué beber;
Pero junto al paladar
Tuvo una esponja por vena,
Que, acabada de mojar,
Se le tornaba á secar
Como el agua en el arena.

De suerte que todavía
La sed se le acrecentaba,
Porque lo que la mataba,
Eso mismo la encendia;
Y las ganas le crecian
Como llamas en la fragua,
Que se avivan y se crian
Cuanto mas mas las rocian
Los herreros con el agua.

Y con esta sed devota,
Hecha natural costumbre,
No le era mas una azumbre
Que si bebiera una gota;
Y de estar así embebido
En el beber de contino
Andaba tan aturdido,
Encorvado y sometido
Al espíritu del vino.

En fin, su beber fué tal,
Que mil veces pereciera
Si Dios no le socorriera
Con un amo liberal;
Mas, no bastando á la larga
Renta, viña ni majuelo
A matar la sed amarga,
Hubo de dar con la carga,
Como dicen, en el suelo.

Mientras monedas habia,
Que la bolsa lo bastaba,
Con ella se remediaba
Lo que la gana pedia;
Pero no pudiendo dar
Fin á tan larga demanda,
A luego luego pagar,
Fué menester enviar
Sus prendas á Peñaranda.

Las mas partes de las cuales,
Por sus cuentas, rematadas
Y en un jarro sepultadas
Quedaron por sus cabales.
Es lástima de decir,
Y mayor era de ver,
Que al tiempo de despedir,
«Ojos que las vieron ir
Nunca las vieron volver» (5).

Bebió calzas y jubones,
Y en veces ciertas espadas,
Camisas de otro labradas (6),
Bolsas, cintas y cordones;
Bebió gorras y puñal,
Y papahigo y sombrero,
Y el sayo, que era el caudal,
Y el ajuar principal,
Que fué las botas y cuero.

En fin, bebió sus alhajas
Hasta no dejar ninguna,
Consumidas una á una
Al olor de las tinajas.

Y demas de eso, bebió
Todo cuanto pudo haber,
Hasta el cuero en que paró;
Que cosa no le quedó,
Sino el alma, que beber.

Yéndose pues á morir
Porque el beber fallecia,
Y si siempre no bebia
Era imposible vivir,
Arrimado á la pared,
Hincó en tierra los hinojos
Por pedir á Dios merced,
Y dijo, muerto de sed,
Llorándole entrambos ojos:

«¡Oh dios Baco poderoso,
Mira qué bien te he servido,
Y no me eches en olvido
En trance tan peligroso!
Mira que muero por ti
Y por seguir tu bandera,
Y haz siquiera por mi,
Si es fuerza morir aquí,
Que al menos de sed no muera.»

Acabada esta oracion,
Sin del lugar menearse,
Súbito sintió mudarse
En otra composicion.
El corpezuelo se troca,
Aunque antes era bien chico,
En otra cosa mas poca,
Y la cara con la boca
Se hicieron un rostrico.

Las piernas se le mudaron
En unas zanquitas clíicas,
Los brazos en dos alicas
Encima dél asomaron;
Cobró mas el dolorido
Dos cornecicos por cejas,
Por voz un cierto sonido
A manera de ruido,
Enojoso á las orejas.

En fin, fué todo mudado
Y en otro sér convertido,
Pero no mudó el sentido,
Solicitud y cuidado.
Quedándole entera y sana
La inclinacion y apetito,
Sin mudársele la gana,
Mudó la figura humana,
Y quedó hecho un mosquito.

VIDA BUENA Y DESCANSADA.

Bienaventurada vida,
Si alguna lo puede ser,
Estas cosas á mi ver
Son, Señor, por su medida
Las que la pueden hacer:
Hacienda no mal ganada
Con sudor, mas heredada;
Campo bien agradecido,
Lugar durable sabido,
Y pleito jamás por nada.

Pocos cargos de que dar
Cuenta ni tener cuidado,
Y el ánimo sosegado;
Buenas fuerzas á la par
Y cuerpo sano templado,
Prudente simplicidad,
Y amigos con igualdad,
Y fácil conversacion,
La mesa sin presuncion
Y sin pompa y vanidad.

La noche no sepultada
En torpe borracheria,
Mas de congojas vacía;
Cama no desconsolada,
Pero casta todavía;
Sueño quieto y sabroso,

5) Versos de un autor antiguo.
6) «Camisas de oro labradas», dice el texto de Velasco.

Que haga con su reposo
Breves, dulces y seguras
Las tinieblas mas oscuras
Y el tiempo mas trabajoso.
Item. que mientras vivieres,
Para que vivas de veras,
Tan solamente ser quieras
Aquello mismo que fueres,
Y á nada no lo prefieras;
Y que la muerte que crees,
En tanto que no la vees,
Porque no te dé postemas,
En ningun tiempo la temas
Ni tampoco la desees.

GLOSA DEL ROMANCE *Por la dolencia va el viejo*, CONTRAHECHO AL QUE DICE *Por la matanza va el viejo* (7).

Gran señora sois, Fortuna,
Mas yo, Laceria, no menos
Que de ruines y buenos,
Sin diferencia ninguna,
Tengo muchos reinos llenos.
Perderéis la fantasía,
Si competimos las dos;
Porque duelos á porfía
Y negra postrimería,
Yo las doy, yo; que no vos.
Vos usais de liviandad
Con los de vuestro jaez,
Yo á quien apaño una vez,
Si le azoto en mocedad,
Le desuello en la vejez
En los huesos y pellejo,
Con miserable semblante,
No valiéndole consejo;
Por la dolencia va el viejo,
Por la dolencia adelante (8).
Y pensar volver atrás
Por socorro es excusado;
Porque del bien ya pasado,
Cuanto caminare mas,
Hallará menos recado.
Suspirar y dar gemidos
Puede, mas no bracear,
Porque de males sabidos
Los brazos lleva tullidos,
No los puede rodear (9).
Desplaceres y desgrados
Van con él en compañía,
Enojos por alegría,
Por regocijo cuidados,
Por sangre malenconia.
Los pasatiempos de amores
Aquí vienen á parar,
Y en lugar de sus dulzores,
Halló en ellos mil dolores,
Mas no halló á dó holgar.
Y como necesidad
Haga al hombre diligente,
Aquejado reciamente
De la grave enfermedad
Y terrible mal presente;
Con gana de remediallo,
Mas que no de retozar,
Aunque en duda de hallallo,
Vuelve riendas al caballo,
El remedio va á buscar.
No lo busca entre las damas,
Donde nunca se halló,
Ni entre dulce gente, no;
Porque es andar por las ramas
Buscalle do se perdió;
Mas siguiendo su destierro,
Entre gente de pesar,
Por fuerza mas que por yerro,
Vió un cirujano perro
Que velaba en el ganar (10).
No le fué mas su vision
Que ver la de Bercebud;
Mas hizo por la salud,
De las tripas corazon,
De necesidad virtud;
Y aunque de hablar le pesa,
Porque fuese mas suave
Y conforme á tal empresa,
Hablóle en lengua francesa,
Como aquel que bien la sabe (11).
No le pregunta por nuevas
De papa ni emperador;
Otro cuidado mayor
Y otras mas amargas pruebas
Le cercan en derredor.
Con dulce rostro y humano,
Aunque el corazon no es tal,
Le dijo con voz de hermano:
«*Dime, amigo cirujano,*
Dios te guarde para mal (12),
»Siendo mucho menester,
Como es, tu diligencia
En una grave dolencia,
Que se rie del placer
Y burla de la paciencia;
Sin sacarte condiciones,
Pues eres tan singular
En cuanto la mano pones,
Caballero con pasiones,
¿Si le sabrás tú sanar (13)?
»—Segun fuere la pasion,
Dió por respuesta, ó el vicio,
Así valdrá el beneficio;
Mas en cualquiera ocasion
No faltará mi servicio.
Y porque pueda mejor
Mirar lo que convernà
Hacer en vuestro favor,
Ese doliente señor,
Decidme ¿qué males ha? (14)
»—Conocida razon tienes
De preguntar por sus males,
El primero de los cuales
Es que nunca tuvo bienes
Ni persona sustanciales.
Las venas tiene vacías,
Que ya no sufren afan,
Y entre otras sus valentías,
El era viejo de dias,
Pero no gran barragan (15).
»A su mala complexion
Es su apetito contrario;
Y así, tiene de ordinario
Forzada conversacion
Con físico y boticario.

(7) El romance no empieza así, sino de este modo:

En los campos de Alventosa
Mataron á don Beltran;
Nunca lo echaron de menos
Hasta los puertos pasar.

Mas adelante se halla el verso que dice:

Por la matanza va el viejo.

(8) Por la matanza va el viejo,
Por la matanza adelante.

(9) Los brazos lleva cansados
De los muertos rodeare.

(10) Vido en esto estar un moro
Que velaba en un alarbe.

(11) Hablóle en algarabía
Como aquel que tan bien la sabe.

(12) Ruégote por Dios, el moro,
Me digas una verdade.

(13) Caballero de armas blancas
Si lo viste acá pasare.

(14) Ese caballero, amigo,
Dime tú qué señas trae.

(15) Blancas armas son las suyas,
Y el caballo es barragane.

Cuantas lacras Diós ha hecho
Van con él do quier que él ande:
Achaques, penas, despecho,
Y en el su brazo derecho
Tenia un dolor muy grande (16).

»El cual es tan pertinaz
Y de natura tan perra,
Que le consume y atierra,
Y jamás le deja en paz,
Como fué ganado en guerra.
Cuyo principio maldito
No se puede averiguar
Ni lo hallarás escrito;
Que él, maguer que era chiquito,
Lo ganó por pelear (17).

»—Cualquiera, Señor, que oyere
Negocio tan trabajoso,
Lo terná por peligroso,
No que yo lo desespere,
Porque Dios es poderoso;
Mas por el arte que sigo,
Segun regla natural,
No hayais á mal lo que digo:
Ese caballero, amigo,
Morirá en el hospital (18).

»Y pues su suerte le lleva
A tan pobre sepultura,
Errará si no procura
Una cama en el de Esgueva,
Donde el alma está segura;
Que pensar en nuevas vidas
De que se puedan gozar,
Esperanzas son perdidas,
Porque tiene dos heridas
De que no puede sanar.»

Entre las cosas contadas,
Como veis, de ese doliente,
Venidas naturalmente
Y por su lanza ganadas,
Do remedio no se siente,
Y do no vale una nuez
Medicina ni verdad,
Ni sentencia de juez,
La una era de vejez,
Cargada de enfermedad.

De quien no sin causa temo,
Pues se va tan de corrida
Apartando de la vida,
Y llegando al otro extremo,
Do la muerte la convida.
Esta pues de quien se reza
Ya veis que es llaga mortal,
Fin de toda gentileza,
Y la otra era pobreza,
Que es un águila caudal.

Final.

Pues teniendo él estas dos,
Como parecen aquí,
En el campo contra sí,
Milagro será de Dios
Si se escapare de allí.
Mas durando el apetito,
Sus males un bien tendrán:
Que no morirá de ahito,
Pues vive de dia y vito,
Como hace el gavilan.

16) En el carrillo derecho
El tenia una señale.

17) Que siendo niño pequeño,
Se la hizo un gavilane.

18) Ese caballero, amigo,
Muerto está en aquel portale.

EN ALABANZA DEL PALO DE LAS INDIAS, ESTANDO EN LA CURA DE ÉL (19).

Guayaco, si tú me sanas
Y sacas de estas pendencias,
Contaré tus excelencias
Y virtudes soberanas
Dulcemente;
No por estilo elocuente
Ni en lengua griega ó romana,
Sino por la castellana,
Que es bastante y suficiente;

Que, caso que la latina
Tenga mas autoridad,
No hay aquí necesidad
De elocuencia peregrina;
Y que la haya,
No es honra nuestra que caya
Tu loor en tanta mengua,
Que le calle nuestra lengua,
Y la ajena te la traya.

Si halló Marco Caton
Causa de alabar la berza,
Mas la terné yo, por fuerza,
De celebrar con razon
La virtud
De un árbol que da salud
Do se tiene por perdida,
Y á las veces vuelve en vida
El mal de la juventud.

Aunque no diera mas parte
De gloria á nuestra nacion
La conquista de Colon
Que ser causa de hallarte,
Es tamaña,
Tan divina, tan extraña
Esta, que por ella sola
Puede muy bien la Española
Competir con toda España.

Abajen los orientales
La presuncion y la vela,
Con sus clavos y canela,
Y otros mil árboles tales
Que hay entre ellos,
Odoríferos y bellos,
En aquel vergel de Apolo;
Que nuestro Guayaco solo
Vale mas que todos ellos.

Todas las plantas preciosas
De saludables secretos
Comunican sus efetos,
Ayudadas de otras cosas;
De manera
Que la que mas mas se esmera,
Muy poquitas veces sana
La dolencia mas liviana
Si no le dan compañera.

Mas vos, guayaco gentil,
Descubierto nuevamente
Por bien comun de la gente
Y remedio de cien mil,
Sin escudo
Y á solas contra el mas crudo
Mal que en el mundo se halla,
Do la medicina calla,
Entrais en campo desnudo.

Tiene el cedro por su altura,
La palma por su grandeza,

(19) El *guayaco*, *el guayacan*, *el palo santo*, *el leño de Indias* y *cuatro leños*: tales son los nombres de un vegetal americano que se empleaba mucho en la curacion de las bubas.

Citanlo los autores de las dos apologías de ellas: uno Gaspar Lúcas Hidalgo, en sus *Carnestolendas de Castilla*, y el otro Cristóbal de Mosquera, que en 1569 compuso tres apologías, á saber: la de los cuernos, la de las narices largas y la de las mismas bubas. Estas tres existen manuscritas en la biblioteca Colombina sin nombre de autor, que declaran otras copias que corren en manos de curiosos.

El laurel por su nobleza
Y el ciprés por su hermosura,
Excelencia;
Mas, llegada en competencia
La de todos con la tuya,
De tu virtud á la suya
Hay muy grande diferencia.

No me burlo yo contigo,
Como el otro del nogal,
Pues te espero liberal
En tan gran trance conmigo;
Porque alcanzas
Tantas prendas y fianzas
Por do quiera ya de amigos,
Que tienes muchos testigos,
Sin mí, de tus alabanzas.

En las cuales pongo aquí
Un silencio por agora;
Ten mi fe por fiadora
De lo que te prometí,
Porque creo
Dirán que te lisonjeo
Por irme como me va;
Hasta ver lo que será
No acabo, mas sobreseo.

Pero ruégote y suplico
Que alargues en mí tu mano,
Porque pueda verme sano,
Pues no puedo verme rico.
¡Oh guayaco!
Enemigo del dios Baco
Y de Venus y Cupido,
Tu esperanza me ha traido
A estar contento, de flaco.

Mira que estoy encerrado,
En una estufa metido,
De amores arrepentido,
De los tuyos confiado.
Pan y pasas
Seis ó siete onzas escasas
Es la tasa la mas larga,
Agua caliente y amarga,
Y una cama en que me asas.

AL AGUA, HABIÉNDOLE MANDADO QUE BEBIESE VINO.

Bien sé que estáis enojada,
Señora Linfa hermosa,
Por una parte quejosa,
Por otra maravillada
De tan no pensada cosa;
Y que con la confianza
De los pasados favores
Estará vuestra esperanza
Muy cierta de mis amores
Y segura de mudanza.

Yo conozco que teneis
Ocasion de estar sentida,
Teniéndoos por ofendida
De mi fe, pues en mí veis
Mudanza tan conocida;
Y que de tanta aficion
Era muy justo pensarse
Tan dulce conversacion,
Jamás poder apartarse
Sin la pala y azadon.

Todo lo podeis decir,
Señora, porque así fué,
Y nunca jamás pensé
Sino vivir y morir
En la ley que comencé;
Pero la necesidad,
Causada de la ocasion,
Madre de la novedad,
Hizo fuerza á la razon,
Sin pecar la voluntad.

Y si vos teneis espanto,
Maravillada de ver
Que se trocó mi querer,
Yo lo estoy, Señora, tanto,
Que no lo puedo creer;
Pero, si va bien mirado
Lo que por vos he sufrido,
Antes me debe ser dado
Galardon por lo servido
Que culpa por lo pecado.

Cincuenta años os servi
Como leal amador,
Hasta que por vuestro amor
Cerca de muerto me vi
Y enterrado en mi dolor;
Pero yo, con mi locura,
De muy vuestro enamorado,
Aun allá en la sepultura
Nunca pude ser mudado,
Por mal que dijo ventura.

Vos sabeis que por beberos
Cualquiera placer dejaba;
Tan preso de vos estaba,
Que dejaba de quereros,
Y por Dios os adoraba.
Con tanta fidelidad
Y firmeza os quise bien
Y os mantuve la lealtad,
Que no hay moro en Tremecen
Que tuviese la mitad.

Mi alma, señora Linfa,
En vos estaba metida,
En vos mesma convertida,
Teniéndoos por una ninfa
Entre todas escogida;
Tanto, que estando doliente,
De que no pensé escapar,
Me mandaba expresamente,
Si allí muriese, enterrar
En la boca de una fuente.

Arroyos, fuentes y rios,
Y especial las fuentecicas,
Do salen las arenicas,
Eran los deleites mios,
Y mis glorias las mas ricas.
Por do quiera que pasaba,
Señora Linfa, y os via,
Con los ojos os miraba,
Con la boca os requeria,
Con el alma os adoraba.

Fuí tan aguado de veras,
Y vos de mí tan amada,
Que no temiendo de nada,
Os bebí de mil maneras
Y figuras transformada.
Por no probar otra cosa,
Os bebí tan á la larga,
No solo fria y sabrosa,
Pero caliente y amarga,
Y alguna vez peligrosa.

Cuando en Madrid me hallé,
Donde reinaba a la hora
La fuente de la Priora,
Por vuestra causa llegué
Hasta la muerte, Señora.
Y vuestra presencia bella,
Siéndome allí defendida,
Por gozar á hurto de ella
Mil veces puse la vida
A peligro de perdella.

Ya sabeis que de camino
Yendo á Aranda, no bien sano,
Paseándome en verano
Por la isla de un molino
Que Dios me puso á la mano.
Una fuentecica vi
Que manaba en la ribera,
Tan linda, que enmudecí,
Y ahina casi me perdiera
Por un beso que le dí.

Saltaban las arenillas
Como aljófar á la cara,
Y estaba tan fresca y clara,

Que me hinqué de rodillas
Con gana que me besara.
Y mirándola muy ledo
Con ojos enamorados,
Estaba suspenso y quedo,
Entre dos grandes cuidados
Metido, de amor y miedo.

«Si te bebo, le decia,
Dañarásme y moriré;
Si te dejo, llevaré
Lástima de mi alegría,
Que por tí la perderé.
Ninfa de tanta beldad,
Tú, que tan bien me pareces
Y robas mi voluntad,
Ciertamente no careces
De alguna divinidad.»

Así suspenso, turbado
Y sin sentido, dudoso,
De una parte temeroso,
De otra muy esforzado
Y sediento, deseoso,
La determinacion loca
Fué de tomarla siquiera
Para lavarme la boca,
Mas que en ninguna manera
Bebiese mucha ni poca.

Esto concertado así,
A la bocada primera
Tornéla á echar luego fuera,
En la segunda ofendí,
Y perdíme á la tercera;
La cual del todo tragada,
Dije: «Encomiéndome á Dios,
Que en cosa tan deseada
Y sabrosa un trago ó dos
No me puede dañar nada.»

Mas, tragados dos ó tres
Mas de lo capitulado,
El apetito malvado
No pudo tener despues
Templanza en lo comenzado;
Y dejándole tragar
Cuanto me quiso pedir,
Dije por me consolar:
«¿Dónde puedo yo morir
Mejor que en este lugar?»

En fin, fué tal el beber,
Que mi vientre todo entero
Se hinchó como pandero,
Hasta que entrar ni caber
No pudo mas en el cuero;
Pero, segun la sed era,
Si lo sufrieran las venas,
Yo pienso que me bebiera
La fuente con sus arenas
Antes que de allí partiera.

La paga de estos amores
Y servicios tan leales
Fueron dolencias y males,
Y martirios y dolores,
Cual nunca se vieron tales;
Y por remate queria
Aun darme vuesamerced
Nuevo mal de hidropesía,
Porque muriese de sed
Aun en vuestra compañía.

Yo, vista la ingratitud
De que usábades conmigo,
Di la vuelta, como digo,
Proveyendo en mi salud
Con consejo de un amigo;
Y fuéme fuerza hacer
Mudanza, no de mi gana,
Sino para guarecer,
Trocando por lo que sana
Lo que me daba placer.

Dejo aparte los placeres
De que he por vos carecido,
Que por beberos he sido
De los hombres y mujeres
Mil veces aborrecido;
Y aunque seais bendita,
Me sois causa de flaqueza,
Y el vino me resucita;
Vos soleis poner tristeza,
Mas estotro me la quita.

Y de esta causa forzado,
Señora Linfa, á dejaros,
Y aunque ya conozco claro
Los provechos que he ganado,
No puedo bien olvidaros.
Vuestros amores primeros
Durarán en mi memoria,
Pues fueron tan verdaderos;
Mas llévanse la victoria
A la fin estos postreros.

Y aunque nuestro apartamiento
Se hizo con mi despecho,
Despues que una vez es hecho,
No me duelo ni arrepiento,
Conociendo su provecho.
Caso que me pone horror
En aquel primer encuentro
El vino con su sabor,
Despues que una vez va dentro,
Es sin duda muy mejor.

Conocedle la ventaja,
Señora Agua, con razon,
Sin tomar dello pasion,
Pues no debe haber baraja
Donde no hay comparacion.
Y no os pese del pesar
Que tengo de haber tardado
En negaros y dejar
A quien sé que me ha enfermado
Por quien me puede sanar.

Y pues esta diferencia
Es tan grande y conocida,
Y vos desagradecida,
Dadme, Señora, licencia,
Que es fuerza que me despida,
No de ser en escondido
Siempre vuestro servidor,
Aunque me viese perdido,
Y amaros como amador,
Pero no como marido.

Entre dia y en la siesta
Nunca seréis olvidada
Con cualque buena asomada,
Y en secreto una traspuesta
Jamás os será negada;
Mas, como pena notoria,
Como lo ha sido mi mal,
Vos, que antes en mi gloria
Fuistes parte principal,
Quedaréis por acesoria.

Y pues de vuestro consorcio
Me aparto tan justamente,
Recibid como prudente
El libelo de divorcio
En esta carta presente;
Que los muy buenos casados
Por diversas ocasiones
A veces son apartados,
Y los padres con pasiones
De los hijos muy amados.

Y vos, Baco, gran señor,
Padre de las alegrías,
Que en los mis postreros dias
Venistes á ser autor
De las no pensadas mias;
Triunfa ya de los licores
De las cisternas y pozos,
Fuentes y rios mayores,
Pues vuestro placer y gozos
De todos son vencedores.

Y vos, Pedro, gran doctor,
Que tal consejo me distes,
Con que los mis dias tristes

Y cubiertos de dolor
En gloria los convertistes,
Vivaisme mas que Noé,
Pues nunca jamás tal hombre,
Despues dél, para mí fué;
Que sobre esa piedra y nombre
Mi iglesia edificaré.

ESTANDO EN LOS BAÑOS.

Si quereis saber, señores,
Qué es la vida destos baños,
Es sabor de sinsabores,
Por un placer mil dolores,
Por un provecho mil daños.
Es un dulce desvarío
Con que se engaña la gente,
Do combaten juntamente
Lo caliente con lo frio,
Lo frio con lo caliente.

Vienen de todos estados
Tras estos locos placeres
Muchos mal aconsejados,
Frailes, clérigos, casados,
Hombres varios y mujeres,
Caballeros y señores,
Hidalgos y cortesanos,
Mercaderes, ciudadanos,
Oficiales, labradores,
Niños, mancebos, ancianos.

Las mujeres á manadas,
Mozas y viejas barbudas,
Muchachas, amas, criadas,
De placer regocijadas
Solo por verse desnudas.
Vienen con mil ocasiones
Casadas y por casar,
Pero las mas á ganar
Los muy devotos perdones
De parir ó de empreñar.

Andamos allí mezclados
En el agua á todas horas,
Despues de una vez entrados,
Los amos con los criados,
Las mozas con las señoras.
Es forma de purgatorio,
Do cada cual comparece
A pagar lo que merece,
Sin ser á nadie notorio
Lo que el vecino padece.

Unos de mal de riñones,
Otros sarna y comezon,
Catarros y hinchazones,
Y otras diversas pasiones
Que no sufren relacion;
De las cuales con la gana
Que llevan de verse buenos,
Van todos de placer llenos;
Y aunque el baño no los sana,
Encúbrelas á lo menos.

Hay buena conversacion
Entre los ya conocidos;
Los que mas y menos son,
Dejan la reputacion
A vueltas de los vestidos;
Cuentan cuentos de placer,
De lo que acaso se ofrece
Y por el mundo acontece;
Mas los mas son de beber
O cosa que lo parece.

Por consiguiente, los cuentos
De las mujeres caseras
Son, segun sus pensamientos,
Desposorios, casamientos,
Vientres, partos y parteras;
Cuántos hijos tiene Marta
Y cómo empreña Rodrigo,
Lo que ella pasa consigo
Cuando su tiempo se aparta
Del contorno del ombligo.

Hay licencia de mirar,
Si hay algo digno de vello,
De reir y de burlar,
Y á veces de retozar
Quien tiene plática de ello;
Mas al fin, habeis de ser
Como Tántalo, que toca
Las manzanas con la boca,
Y no las puede comer,
Teniendo hambre no poca.

ROMANCE

CONTRAHECHO AL QUE DICE *Tiempo es, el caballero.*

Tiempo es ya, Castillejo,
Tiempo es de andar de aquí;
Que me crecen los dolores
Y se me acorta el dormir;
Que me nacen muchas canas
Y arrugas otro que sí;
Ya no puedo estar en pié,
Ni al Rey, mi señor, servir.

Tengo vergüenza de aquellos
Que en juventud conocí,
Viéndolos ricos y sanos,
Y ellos lo contrario en mí.
Tiempo es ya de retirar
Lo que queda del vivir,
Pues se me aleja esperanza
Cuanto se acerca el morir;
Y el medrar, que nunca vino,
No hay ya para qué venir.
Adios, adios, vanidades,
Que no os quiero mas seguir.
Dadme licencia, buen Rey,
Porque me es fuerza el partir (20).

GLOSA.

Aunque mi deseo se olvida,
Bien me avisa la razon
Que para mudar de vida
No solamente es venida,
Mas pasada, la sazon.
Y tomando este consejo,
Yo mismo me digo á mí:
Pues te vas haciendo viejo,
Tiempo es ya, Castillejo,
Tiempo es de andar de aquí.

Sirviendo, como debia,
Acabé la juventud;
Y siguiendo esta porfía,
Voy perdiendo cada dia
Las fuerzas y la salud.
Los dias me son mayores
De lo que puedo sufrir,
Y las noches muy peores;
Que me crecen los dolores
Y se me acorta el dormir.

Pasada la mocedad
Y el calor de su deporte,
Es muy grande ceguedad
Seguir sin prosperidad
Los trabajos de la corte;

(20) Muy glosado ha sido este romance viejo. Hay una glosa muy decente, donde se hallan sus versos de este modo:

Tiempo es, el caballero,
Tiempo es de ir de aquí;
Que me crece la barriga
Y se me acorta el vestir.
Vergüenza he de mis doncellas,
Las que me dan de vestir,
Miranse unas á otras,
No hacen sino reir;
Si teneis algun castillo
Donde nos podamos ir.—
Paridlo vos, mi señora,
Que ansí hizo mi madre á mí;
Hijo soy de un labrador
Que á cavar es su vivir.

Ni ya por sus glorias vanas
Me doy un maravedí
Cuando miro á las mañanas
Que me nacen muchas canas
Y arrugas otro que sí.

En fin, yo me siento tal,
Si no se muda fortuna,
Que á trueque del hospital
Daré la casa real,
Pues no tengo otra ninguna.
Tal me hallo, que no sé
Cómo ni dónde me ir
Ni cómo quedar, porque
Ya no puedo estar en pié,
Ni al Rey, mi señor, servir.

Asimismo me fatigo
Algun tanto y me confundo,
Que sirviendo, como digo,
Aunque he cumplido conmigo,
No he cumplido con el mundo.
Mis duelos, por conocellos,
Me tienen rendido así;
Que á veces por causa dellos
Tengo vergüenza de aquellos
Que en juventud conocí.

Porque habiendo entonce sido
Señalado el fundamento,
Parece que estoy corrido
De ver que no ha respondido
El suceso al pensamiento.
Y de muchos cortesanos
Que en menos estado vi
Tienen empacho mis manos,
Viéndolos ricos y sanos,
Y ellos lo contrario en mí

Pero, ya que la ocasion
De esta queja es acabada,
No pido otro galardon
Sino topar con meson
Al cabo de la jornada.
No tengo casa ni hogar
Adonde poder huir;
Pues no conviene esperar,
Tiempo es ya de retirar
Lo que queda de vivir.

Si en treinta años que he seguido
La conquista de ventura,
Ella siempre me ha huido,
Y que haga algun partido
Será honrar la sepultura;
Y aun en esta confianza
No se debe hombre dormir,
Conocida su mudanza,
Pues se me aleja esperanza
Cuanto se acerca el morir.

Gran estado ni interese
No hay para qué deseallo,
Ya que tan caro no fuese;
Porque, aunque agora viniese,
No hay tiempo para gozallo.
Pues todo va de camino
Cuanto se puede pedir,
El medrar, que nunca vino,
No hay ya para qué venir.

No se entienda que el deseo
De servir esté mudado,
Aunque sé que devaneo;
Mas la angustia en que me veo
Me pone en otro cuidado;
Y porque con las edades
Suelen de nuevo acudir
Diversas enfermedades,
Adios, adios, vanidades;
Que no os quiero mas seguir.

Y no me tengan á mal
Esta confesion que hago,
Porque de lo principal,
Que es la fe de muy leal,
Ya tengo carta de pago;
Pues he cumplido la ley
Hasta aquí de bien servir
Tras el yugo como buey,
Dadme licencia, buen Rey,
Porque me es fuerza partir.

RESPUESTA DEL AUTOR Á UN CABALLERO QUE LE PREGUNTÓ QUÉ ERA LA CAUSA DE HALLARSE TAN BIEN EN VIENA.

No sé si por darme pena
Me demandais, caballero,
Por qué yo, siendo extranjero,
Me huelgo tanto en Viena,
Y por morada la quiero.
Andemos á las verdades:
Yo confieso ser así
Por sus buenas calidades
Y grandes comodidades
Que todos hallan allí.

La ciudad llana y gentil,
Y capaz de mucha gente,
Iglesia muy excelente,
Cual puede ser entre mil,
Y en lugar muy competente.
Del un lado rodeada
Del Danubio poderoso,
Por la otra acompañada
De gran llanura, poblada
De campo muy abundoso.

Tanta abundancia y frecuencia,
Que apenas cabe en la plaza,
Y á las veces se embaraza;
Salidas por excelencia,
Y toda suerte de caza.
Nunca falta compañía,
Que allí acude á la contina
De Bohemia y su valía,
Y de Selesia y Hungría,
É Italia, que está vecina.

Pues la Cámara de Cuentas
Y Regimiento real,
Do se juzga el bien y el mal
Y se trata de las rentas,
Es cosa muy principal.
Hay docta universidad
Y devota clerecía,
Que dan honra á la ciudad,
Y gentes de autoridad
Que tratan mercadería.

Yo tengo buena posada,
Y en lugar bien conveniente,
Proveida honestamente,
Do, ya que no siembre nada,
Hambre ninguna se siente,
Porque amigos comarcanos,
Sin que se sienta ni vea,
Con muy liberales manos,
Como señores y hermanos,
Hacen que esto se provea.

De Laxamburque me viene
De heno, paja y avena
Tanta copia, que anda llena
Mi caballeriza, y tiene
Poca envidia de la ajena.
Crevices, otro que sí,
Una gran copia y monton
Me suelen venir de allí,
Los mas hermosos que vi,
Cuando viene su sazon.

De Enzesfelt se me envia
El pescado muy copioso,
Trucha y axe muy hermoso,
Que en toda Austria no se cria
Otro tal ni tan sabroso.
Pájaros y salvajinas,
Y alcachofas tan agudas,
Tan duras, firmes y finas,
Que no sé yo para espinas
Cuáles pueden ser mas crudas.

De Rodan soy proveido,
Y de otras partes vecinas,

De frutas frescas continas
Y vino muy escogido,
Y cabritos y gallinas,
Hojaldres y pastelejos,
Con sus torres y castillos,
Y otros tales regalejos
De rosquillas, artalejos
Y de carne de membrillos.

Con esta provision buena,
Ventajas y condiciones,
Ya veis, Señor, si hay razones
Del preferir á Viena
A todas otras naciones.
Y cuando falta algo desto,
Que pocas veces se siente,
Hay un remedio de presto,
Muy suficiente y honesto,
Que contino está presente.

En el Of hay paja y heno
Cuanto se puede querer,
Y en Ochoc-Marks á placer
Mucho pescado y muy bueno,
Cuanto se puede comer.
El Paud-Marks es un mar
De cosas, que de mirallas
Tomais placer singular,
Que no cuestan sino echar
Mano á la bolsa y llevallas.

¿Quién te engañó, Castillejo,
Estando bien en España,
A venirte en Alemaña,
Para dejar tu pellejo
En tierra ajena y extraña?
Si el engaño de tus ganas
Y del mal yerro tamaño
Fueron esperanzas vanas,
Ya murieron, pues tus canas
Les han hecho el cabo de año.

No me engañara esperanza
Del interese traidor,
Ni apetito de favor
Ni deseo de privanza,
Mas engañóme el amor;
Y este dió
Causa al yerro, porque amó
A su rey demasiado;
Con lo cual se han engañado
Otros muchos como yo.

DIALOGO

QUE HABLA DE LAS CONDICIONES DE LAS MUJERES.

Son interlocutores

Aletio, *que dice mal de mujeres,*
y **Fileno**, *que las defiende.*

ALETIO.

Bien se conoce, Fileno (21),
Que andais alegre y ufano.

FILENO.

¿No os parece, Aletio hermano,
Que es bien gozar de lo bueno
Y alaballo?
Cuanto mas que yo me hallo
Preso de lindos amores,
Y tan rico de favores,
Que peno cuando los callo.

ALETIO.

Sinrazon
Les haceis, si tales son,
Pues la ley de amor perfeto
Nos manda tener secreto
Lo que está en el corazon.

FILENO.

Bien seria,
Pero yo no tomaria
Placer grande ni sencillo
A trueque de no decillo (22),
Y gozar en compañía
Mi favor;
Porque, así como el dolor
Duele mas siendo callado,
El placer comunicado
Diz que se hace mayor.

ALETIO.

En buen hora;
Mas decidme vos agora,
¿En qué fundais vuestra gloria?

FILENO.

En el amor y memoria
De mi amiga y mi señora.

ALETIO.

Ceguedad.
Ya que eso fuese verdad,
Locura seria dañosa
Fundar el placer en cosa (23)
En que no hay seguridad.

FILENO.

¿Cómo no?

ALETIO.

Porque luego que crió
Dios la primera mujer,
Por su culpa aquel placer
Ya veis cuán poco duró.

FILENO.

Fué engañada.

ALETIO.

Es verdad, mas no forzada;
Y ella se dejó engañar;
De donde para burlar
Y mentir quedó vezada.

FILENO.

La serpiente
Con astucia diligente
La hizo ser pecadora.

ALETIO.

Ella fué consentidora,
Y cobró súbitamente
Mal siniestro
Para mal y daño nuestro;
Y pues fraude entre ellos hubo,
¿Qué se espera de quien tuvo
Al diablo por maestro?

FILENO.

Si el callara,
Ella nunca le buscara.

ALETIO.

Puede ser; mas si él no viera
Primero quién ella era,
Por dicha no la tentara
Para mal;
Y pues era el principal
Adan en aquel vergel,
¿Por qué no le tentó á él?
Sino por verle leal
Y constante,
Y no viéndose bastante
Para tentallo y vencello,
Dióle á ella el cargo de ello,
Como á quien le va delante
En engaño;
Y así, del yerro tamaño

(21) Así la edicion de Blasco de Garay; la de Juan Lopez de Velasco y la de Fernandez dicen:

Bien se parece, Fileno.

(22) Así Garay; Velasco pone *A trueco.*

(23) Así Garay; Velasco pone:

Fundar el amor en cosa.

Dando Adam su testimonio,
A la mujer, no al demonio,
Echó la culpa del daño.

FILENO.

Si pecó
Eva porque se engañó.
Las otras ¿qué culpa tienen?

ALETIO.

De la misma cepa vienen
Donde tal fruto nació.

FILENO.

¡Mal pecado!
Vos debeis venir tentado
De decir mal de mujeres
Por estar de sus placeres
Por ventura desechado,
Con querella;
Y para satisfacella
Promoveis esta materia,
Pregonando de la feria
Segun ganastes en ella.

ALETIO.

Puede ser
Que para mejor saber
Su maldad por experiencia,
Disfavor y malquerencia
Me hayan sido menester (24);
Mas yo he sido
Alguna vez bien querido,
Y otras tambien desdeñado;
De unas mujeres amado
Y de otras aborrecido;
Y diria
Que al fin hallo todavía
En las unas liviandad,
Y en las otras crueldad
Y soberbia y tiranía.

FILENO.

Ciertamente,
Aletio, sois maldiciente,
Lo que no pensé de vos,
Y en cosa que es contra Dios (25)
Y en ofensa de la gente.

ALETIO.

Cuán ajeno
Estáis en esto, Fileno,
De lo que debeis sentir,
Si pensais ser mal decir
Llamar al negro moreno.

FILENO.

Mal hablar
No se puede colorar
Con elocuencia ninguna.

ALETIO.

Así es, si es contra alguna
Persona particular;
Mas si el mal
Es comun y general
En daño de los nacidos,
Atapalle los oidos
Es gran pecado mortal.
Y; ojalá
En cosa que tanto va
Fuese tal mi habilidad
Para decir la verdad
Cuanta causa ella me da!

FILENO.

Por tal via
En tan injusta porfía
No podeis quedar sin mengua.

ALETIO.

Es verdad, porque mi lengua
No llega donde la envia
La razon.

FILENO.

Léjos vais de mi opinion,
Porque tengo firmemente
Ser cosa mas excelente
La mujer que no el varon.

ALETIO.

¿De qué modo?

FILENO.

Cuando Dios lo crió todo,
Y formó el hombre primero,
Ya veis que como á grosero
Lo hizo de puro lodo;
Mas á Eva,
Para testimonio y prueba
Que debemos preferilla,
Sacóla de la costilla
Por obra sutil y nueva;
Y mandó
Que el hombre que así crió,
Padre y madre desechase,
Y á la mujer se juntase,
Que por consorte le dió
Singular,
Mandándosela guardar (26)
Como á su propia persona,
Por espejo y por corona
En que se debe mirar.

ALETIO.

Así fuera
Si ella constancia tuviera,
Y luego no resbalara
Para que se conservara
En la dignidad primera;
Mas pecando,
Y á nuestro enemigo dando
Las sus orejas altivas,
Perdió las prerogativas,
Y tornóse de su bando
Y obediencia.
Pero nuestra diferencia
No es agora en conocer
Entre el hombre y la mujer
Cuál es de mas excelencia
En condicion.
Quitada está la cuestion
Do tan clara es la ventaja,
Y cesa toda baraja
Donde no hay comparacion.
Solamente
Hablamos aquí al presente
De los males que la hembra
En el mundo causa y siembra
Y trata continuamente;
Sus ruindades,
Mudanzas de voluntades,
Todo para nuestros daños;
Trampas, mentiras, engaños
Y flaqueza de verdades.

FILENO.

Ya que hubiese
Alguna que tal no fuese,
No sería bien juzgado
Que el particular pecado
A todas se atribuyese;
Pues se sabe,
Aunque yo no las alabe,
Ser tantas las excelentes
De pasadas y presentes,
Que no hay lengua que lo acabe
De contar.
Cielos y tierras y mar
Están poblados y llenos
De hechos santos y buenos
Que nos mandan pregonar

(24) Así Garay; las demás ediciones ponen *haya*.
(25) Así Garay; las demás ediciones dicen *caso*, en vez de *cosa*.
(26) Velasco y Fernandez ponen:
Mandándosele guardar.

Bienes de ellas,
Casadas, viudas, doncellas,
Que al mundo con su grandeza
Adornan de gentileza,
Como al cielo las estrellas.
Siempre ha habido
Por el círculo sabido
De la tierra en derredor
Hembras que con su valor
Han el mundo esclarecido.
No hay historia
Do no se haga memoria
De algun caso señalado
De mujeres que han ganado
Inmortal y digna gloria;
Por lo cual
El que para decir mal
De mujeres tiene boca,
En él queda y en él toca
La vergüenza principal.

ALETIO.

No se entienda,
Fileno, ni se defienda
No haber hembras señaladas
Que deben ser eceptadas
De aquesta buena contienda
Y proceso;
Que claramente confieso
Haber siempre, á la verdad,
Hartas de cuya bondad
Se puede bien decir eso;
De las cuales,
Verdaderas y leales,
Vaya léjos tal afrenta,
Y solamente esta cuenta
Se entienda de las no tales;
Antes estas
Son causa que las honestas,
Viniendo á ser conocidas,
Queden mas esclarecidas (27),
Adornadas y compuestas
De virtud;
Mas en tanta multitud
De traidoras y alevosas,
Las buenas y virtuosas
Son deseo de salud.
Entre espinas
Suelen nacer rosas finas,
Y entre cardos lindas flores,
Y en tiestos de labradores
Olorosas clavellinas.
A buscar
Se va el oro y á hallar
A montes y peñascales,
Y las perlas orientales
En las conchas de la mar.
Todas cosas
Por ser raras son preciosas.
Menos villas hay que aldeas,
Y al respeto de las feas
Muy pocas son las hermosas.
Y así, son
Las buenas, en conclusion,
Tomadas en especial.
No hay regla tan general,
Que no tenga su excepcion
A la mano;
No se hizo para el sano
La ciencia de medicina,
Y una sola golondrina
Diz que no hace verano.
Poderoso
Es Dios, como piadoso,
De estas piedras que aquí están
Hacer hijos de Abraham
Por caso maravilloso;
Mas si dar
A la verdad su lugar
Quereis, sin tocar extremos,
De lo general hablemos;
Dejad lo particular.

FILENO.

Diferente
Es en el mundo la gente;
Hay de mas y menos dignos.

ALETIO.

Los espíritus malignos
No son malos igualmente.

FILENO.

Vos, amigo,
Siempre como mal testigo,
Respondiéndome con arte,
A la mas siniestra parte
Interpretais lo que digo,
Con falsía;
¿Qué os parece que valdria
El hombre sin la mujer?

ALETIO.

Lo que deja de valer
Por su mala compañía.

FILENO.

Pues ¿qué fuera
Del hombre si no tuviera
Mujer con quien entenderse?

ALETIO.

Si eso pudiera hacerse,
Mucho mejor se entendiera.

FILENO.

Mal quedara
Si Dios de ella le privara.

ALETIO.

Si fuera servido de ello,
Muy bien pudiera hacello,
Y á todo el mundo librara
De pendencia.

FILENO.

Pues si Dios con su sapiencia
Las mujeres ordenó,
No sin causa nos las dió.

ALETIO.

Diónoslas por penitencia,
Y pudiera
No criarlas, si quisiera;
Y ¡ojalá no las criara,
Y á nosotros nos formara
De otra materia cualquiera!

FILENO.

Sin mujeres
Careciera de placeres
Este mundo, y de alegría,
Y fuera como seria
La feria sin mercaderes.
Desabrida
Fuera sin ellas la vida,
Un pueblo de confusion,
Un cuerpo sin corazon,
Un alma que anda perdida
Por el viento;
Razon sin entendimiento,
Arbol sin fruto ni flor,
Fusta sin gobernador
Y casa sin fundamento.
¿Qué valemos,
Qué somos, qué merecemos,
Si la mujer nos faltase,
A la cual se enderezase
El fin de lo que hacemos
Y pensamos?
¿Quién es causa que seamos
Particioneros de amor,
Que es el mas dulce sabor
Que en esta vida gozamos?
Quién tenia
Cargo de la policía,
Y cuenta particular

(27) Así Garay; los demás dicen *quedan*.

De la casa y del hogar
Y hacienda y granjería?
Su consuelo,
Tan cierto, tan sin recelo,
En nuestras adversidades,
Trabajos y enfermedades,
Tenemos en este suelo.
De ellas mana
Cuanto bien el hombre gana,
Y ellas son la gloria de ello,
La guarda, firmeza y sello
De nuestra natura humana.

ALETIO.

Bien está;
No hableis mas de eso ya;
Que yo os quiero conceder
Que las hemos menester,
Como otras cosas, acà,
De que usamos:
Bestias en que caminamos,
Animales que comemos,
Alhajas que poseemos
Y casas en que moramos.
Cada cosa
Es mas y menos preciosa,
Segun en su calidad,
Y en nuestra necesidad
Nos puede ser provechosa;
Y en su sér
Tambien tiene la mujer
Lo que todos saben de ella;
Mas no para encarecella
Como vos quereis hacer;
Que loada,
Luego queda levantada,
Cobrando nueva locura,
Y sale del andadura
En medio de la jornada,
Y tropieza.
En fin, es tan mala pieza
De la haz y del envés,
Que si la echais á los piés,
Se nos sube á la cabeza (28).
Es razon
Que sirvan de lo que son,
Como caballos de caza
O como yeguas de raza,
Para la generacion.
Vanidad
Es de nuestra humanidad
Andar tras sus calabazas,
Y llevarlas por las plazas
En pompa y autoridad (29).

FILENO.

¿No mirais,
Aletio, que despreciais
Lo que todo el mundo estima,
Y lo que ha de estar encima
Por el suelo derribais?
No hay señor
Tan grande ni emperador
Que á mujeres no haya sido
Inclinado y sometido
Por gozar de su favor
Y aficion;
Y tras esta obligacion
Van debajo de sus leyes
Grandes, príncipes y reyes,
Como lo fué Salomon
Poderoso,
Y su padre glorioso,
Gran rey de Jerusalen;
Heródes despues tambien,
Y el gran Hércules famoso,
Y otros tales.

(28) Fernandez:
Se subirá en la cabeza.
(29) Así Garay; otros dicen *con*.

ALETIO.

Pero no decis los males
Que sacaron de querellas;
Y al fin fin usaban dellas (30)
Como de otros animales
En manadas;
Ascondidas y encerradas (31),
Como se hace en Turquía,
Do las tienen noche y dia
En el serralle guardadas,
Sin les dar
Aparejo ni lugar
De ser vistas ni de ver,
Por quitalles el poder
De bullir y trafagar.

Casadas.

FILENO.

Mejor fuera
Que cualquier de esos tuviera,
Segun usamos agora,
Una sola por señora,
Por mujer y compañera
De su nido,
En quien tuviese imprimido
Su corazon todo entero,
Porque el amor verdadero
No debe ser repartido.

ALETIO.

Ya seria
No mala tal compañía
Si en una mujer hallase
El hombre lo que buscase,
Y fuese la que él querria
Y desea;
Que, puesto caso que sea
Mas hermosa que fué Elena,
No le basta si no es buena,
Ni buena, si fuere fea,
O en secreto
Tiene algun otro defeto
Que por defuera se calla,
Pues pocas veces se halla
Cuerpo de mujer perfeto;
Y á quien toca
Gustarlo no tiene poca
Necesidad de ventura,
Porque no hay suerte segura
Desde los piés á la boca.
Y por esto,
Como daño manifiesto,
Se debrian (por ley nueva)
Dar las mujeres á prueba,
Si no fuese deshonesto.
Un caballo,
Que, como hoy puedo comprallo,
Puedo mañana vendello,
Me dejan reconocello
Y corrello y paseallo.
La mujer,
Con quien he de padecer
Hasta el fin de la jornada,
Dánmela á carga cerrada,
Habiendo tanto que ver
Y tentar;
De do suelen resultar
Muchos casos desastrados
A los míseros casados
Que se dejan engañar
Del diablo.
En razon de esto que hablo
Pongo por comparacion
Un rey que tiene un monton
De caballos en su establo,

(30) Así Garay y Velasco; Fernandez pone este verso:
Y al fin usaban de ellas.
(31) Así Garay; otros ponen:
Escondidas y encerradas.

Y acaece
Entre ellos, cuando se ofrece
Necesidad de buscalle,
No haber uno en quien se halle
Todo lo que pertenece.
¿Qué hará
El desdichado que está
Preso en una yegua sola,
De cuya boca ni cola
Ningun sabor se le da?
Un pobreto
Que por verse así sujeto
Le tómó nueva codicia,
Delante de la justicia
Diz que fué puesto en aprieto
Y acusado.
Probósele ser casado
Cinco, seis ó siete veces,
Por lo cual de los jueces
A muerte fué sentenciado;
Y al sacar
Para llevarle á ahorcar,
El juez le preguntó:
«Mal hombre, ¿qué te movió
Tantas veces á quebrar
Tan sin tiento
Las leyes del casamiento?
Di, ¿no te bastaba á ti
Una mujer, como á mí,
Como el santo sacramento
Nos lo ordena?»
Respondióle muy sin pena,
Como quien dél se burlaba:
«Si bastaba, y aun sobraba;
Mas yo buscaba una buena
Sin pecado;
Y estaba determinado,
De lo cual no me arrepiento,
De no parar hasta ciento;
Mas vos me habeis atajado.»

FILENO.

Son hablillas,
Que en la forma de decillas
Se conoce, Aletio, y siente
Cuán apasionadamente
Os moveis á referillas;
Y dejadas
Aparte las lastimadas
De esa lengua mordedora,
Señaladamente agora
Decis mal de las casadas,
No mirando
Que lo que así murmurando
A las mujeres ofende,
Por los maridos se entiende,
Que han de ser de su bando,
Pues les dais
Causa con lo que hablais
De ser vuestros enemigos.

ALETIO.

Antes me serán testigos
De lo que vos me negais,
Pues lo saben;
Que, caso que las alaben,
Vencidos de su placer,
No dejan de conocer
Los vicios que en ellas caben.

FILENO.

Bien lo creo;
Mas con todo eso, los veo
Satisfechos y contentos.

ALETIO.

No veis vos sus pensamientos,
Voluntades y deseo
Y gemidos.

FILENO.

No son todos los maridos
De una suerte bien tratados.

ALETIO.

Ni querría mas ducados
De los que hay arrepentidos.

FILENO.

Posible es
Que se hallen mas de tres
De contrarios pareceres.

ALETIO.

Sin culpa de las mujeres
Muy pocos dan de través
No forzados;
Mas aunque viven pagados
Y contentos tras sus muros,
No por eso están seguros
De no vivir engañados
Y sujetos;
Avisados y discretos
Y bienquistos pueden ser,
Mas no llegar á saber
De ellas y de sus secretos
La mitad;
Y vos, Fileno, pensad
Y creed, una por una,
Que hay muy pocas ó ninguna
Que diga entera verdad
Por natura.

FILENO.

Eso será, por ventura,
A los que ellas bien no quieren.

ALETIO.

Y aun con los que bien quisieren
Nunca falta dobladura.
Su querer
No les puede defender
De mentira todas veces,
Porque ellas y sus dobleces
No se pueden entender.
Su aficion
No nos salva de pasion,
De rencillas ni de enojos,
Porque les toman antojos,
Con que meten en quistion
Y cuidados
A los mas de ellas amados;
Y nunca les faltan duelos
Con mil achaques y celos
Que de ellas son demandados.
Mala ó buena,
Nunca deja de dar pena
Con quejas y liviandades,
Bajezas y poquedades,
De que está la casa llena.
Si es hermosa,
Es soberbia y peligrosa,
Y si fea, aborrecible;
Si generosa, terrible,
Y si sabia, desdeñosa;
Y si fuere
Honesta cuanto quisiere,
¿Qué vale si es desgraciada
O mal acondicionada
Con el hombre que tuviere,
O viciosa,
Desperdiciada, costosa,
Granjera de la ceniza,
O liviana antojadiza;
Que entre ellas es una cosa
Muy usada?
Una dueña, diz que honrada,
Mujer de pompa y arreo,
Adoleció de deseo
De una saya verdugada
Muy lozana,
Y, á su parecer, galana,
Que yendo á la iglesia vió,
De que luego le tomó
Infinitísima gana;
Y tornada
A casa muy congojada,
En sentándose á comer,

Comenzóse á entristecer
Y mostrar muy fatigada.
No comia,
Mas suspiraba y gemia;
Y como que enferma estaba,
La causa disimulaba
De la pasion que tenia.
El marido,
Congojado y afligido
De tan súbito accidente,
Cuanto ella estaba doliente
El estaba dolorido
Y cuitado;
Y con temor y cuidado
Que fuese el daño mayor,
Envió por un dotor,
Médico muy señalado,
Conocido,
El cual, muy presto venido,
A la mujer se llegó,
Y los pulsos le tocó
Muy atento y sin ruido;
Y así, yendo
Despues de eso procediendo
Por sus preguntas sabidas
Las causas bien entendidas,
Luego fué reconociendo
La dolencia;
Y por hacer experiencia
De lo que así conoció,
Al marido se volvió
Con alegre continencia,
Y muy quedo
Le dijo: «No tengais miedo
Que de este mal muera ya
Vuestra mujer, ó no habrá
Mercaderes en Toledo.
Su pasion
Procede del corazon;
Y, á mi parecer, seria
Menester darle alegría
Y alguna recreacion
Y consuelo.
Compradle sin mas recelo,
Si la quisierdes ver sana,
Seis varas de tina grana
Y cuatro de terciopelo (32)
Carmesí;
Y póngaselas allí,
Porque se alegre de verlas,
Algunas onzas de perlas (33);
Lo demás dejadlo á mí.»
En un punto
Ya estaba allí todo junto,
Sin momento de tardanza:
Y él, con sola esta esperanza,
Estando casi difunto,
Revivió;
Y ella luego que lo vió
Se le alegraron sus ojos,
Y cesando los enojos,
Doblado sana quedó.
¿Qué diré
De cien otras mil que sé,
Necias, torpes y pesadas,
Sucias y desaliñadas,
Sin bien, provecho ni fe?
Tanto mal
No se puede en especial
Relatar en poco espacio:
Remítolo á Juan Bocacio,
Torrellas y Juvenal.

FILENO.

Cierto os son
En muy poca obligacion
Hoy, Aletio, las casadas,
Siendo así vituperadas
Con tan falsa relacion.
De loar
Son antes, á mi pesar,
Como buenas y discretas,
Que huelgan de estar sujetas
Por excusar de pecar,
Y en paciencia
Sufren con gran obediencia
Nuestras importunidades,
Forzando sus voluntades
Por no hacer resistencia
Ni desman;
No vencidas del afan,
Trabajos, tribulaciones,
Y de muchas ocasiones
Que los maridos les dan
De flaqueza;
Antes con mucha firmeza,
Nunca haciendo mudanza,
Muchas veces de templanza
Nos vencen, y fortaleza.

ALETIO.

Eso es bueno,
Yo lo confieso, Fileno,
Y es justo que me convenza
Que alguna vez la vergüenza
Del mundo les pone freno,
Y el temor
De la fama, que es mayor,
De quien tienen escarmiento;
Mas no que su pensamiento
Sea por eso mejor
O en su ser.

Doncellas.

FILENO.

Pues no puedo convencer
Vuestra protervia malvada,
Dándola por condenada,
Quiero tambien entender
Y sentir
Lo que sabréis argüir
Contra las simples doncellas.

ALETIO.

Habiendo tan pocas de ellas,
No habrá mucho que decir.

FILENO.

¿Cómo pocas?

ALETIO.

Porque, allende que de locas
Pecan muchas que sé yo,
No son todas sanas, no,
Las que veis andar sin tocas,
Ni se crean;
Pero dado que lo sean
De la haz y del envés,
No pueden serlo despues
Que ya no serlo descan;
Ni conviene
Tal nombre, por bien que suene,
A la virgen boba ó necia
Que al nombre de que se precia
Conformes obras no tiene.
Tales fueron
Las vírgenes que salieron,
Como el Evangelio cuenta,
Para recibir afrenta
Cuando los novios vinieron;
Que hallaron,
Al tiempo que despertaron,
Sus lámparas apagadas,
Y se quedaron burladas
Cuando á la puerta llegaron.

FILENO.

¡Gran error!
Siempre asis de lo peor;

(32) Así Garay; Velasco pone:
Y el cuarto de terciopelo.

(33) Así Velasco; Garay escribe:
Si os place, algunas perlas.

Contais las cinco excluidas,
Y no las cinco admitidas,
Por quitarles el favor
Que merecen,
Pues que veis que resplandecen
En el cielo coronadas,
Y acá de todos honradas,
La tierra nos esclarecen,
Do tenemos,
Si conocerlo queremos
(No siendo vos el juez),
Muchas del mismo juez,
A quien servicio debemos
Y alabanza.
Y esta bienaventuranza
Que de ellas al mundo mana,
Es la mas alta y ufana
Que en esta vida se alcanza.
Comparadas
Son a las perlas preciadas
Y margaritas preciosas,
Y á las yerbas olorosas
En los jardines criadas,
Y á las flores
Adornadas de colores,
Y al alba clara, serena,
Y á la linda luna llena,
Y al sol con sus resplandores,
Y á los prados
Floridos y no hollados,
Y al verano sin estío,
Y al delicado rocío
De los campos apartados,
Y á las aves,
Que con sus cantos suaves
Y sabrosas melodías
Hacen mas dulces los dias,
Y las noches menos graves.
Tales son,
Haciendo comparacion,
Las doncellas de valor,
De quien mana á Dios loor
Y al mundo consolacion.

ALETIO.

Su partido
Es de vos favorecido
No poco pertinazmente;
Mas, pasado este accidente,
Quedaréis arrepentido.

FILENO.

No me curo
De amenazas de futuro
En tanta prosperidad:
Yo sé que digo verdad,
Lo cual me hace seguro
Y contento
De tal arrepentimiento,
Pues cuanto mas las alabo,
Tanto menos hallo el cabo
De tanto merecimiento.
Adornado
Está todo lo poblado
Del estado virginal,
Como sobre otro metal
Resplandece lo dorado.
No valiera,
Si de este don careciera,
Nuestra vida un caracol;
Fuera claridad sin sol
Y vestidura grosera.
Cesaria
Sin ellas la policía,
Las galas y los arreos,
Y las justas y torneos
Superflua cosa seria.
Los primores
Que nacen de los amores
Perderian su sabor,
Despojándose el amor
De sus honestos ardores
Y sus llamas.
Los palacios sin las damas
Serian cuerpos pintados,
Justamente comparados
A los árboles sin ramas.
Ellas dan
Nuevo espíritu al galan,
Con que muestre lo que vale;
De ellas le resulta y sale (34)
En el peligro y afan
Valentía;
Ellas son nuestra alegría,
Porque son nuestro tesoro;
Siendo las mujeres oro,
Estas son la pedrería.

ALETIO.

No condeno
De todo punto, Fileno,
Vuestra razon, pues la escucho.
Vos habeis hablado mucho,
Y es fuerza haber algo bueno;
Pero, dado
Que fuese todo brocado
Lo que por vos se nos vende,
De las doncellas se entiende
En quien va bien empleado,
De las cuales,
Por motivos naturales
Y reglas de astrología,
Hay hoy muy gran carestía,
Y muchas menos leales
Que pensais,
Caso que lo que hablais
Oro fino se os antoja;
Pero volviendo la hoja,
Luego veréis cómo vais
Muy errado;
Mas vos, como enamorado
Y á vuestra pasion sujeto,
Juzgais lo blanco por prieto
Y lo azul por colorado.

FILENO.

¿Cómo así?

ALETIO.

¿Por qué me quereis aquí
Dar á entender una cosa
Por muy sana y muy sabrosa,
Donde muchas veces vi
Quebradura?
Bien que lo que se murmura
De ellas se disculpa en parte,
Porque si pecan por arte
Es vicio de su natura
Halagüeña,
Que en naciendo las enseña
Desgaires y damerías
Y otras mil hipocresías,
Con que el hombre se desdeña
O se envicia
Cuando al amor se acodicia;
Porque en sabiendo hablar
Comienzan á trampear
Y á descubrir la malicia
Que salió
Del vientre que las formó,
Apegada como tiña.
Si no, mirad una niña
Que há dos años que nació,
Si burlando
O con ella retozando
Le tocais en el cabello,
No se hace caso de ello,
Antes lo sufre callando
Sin rifar;
O en cualquier otro lugar,
No siendo de los vedados,
No se le da dos cornados

(34) Así Garay; Velasco pone:
De ella se resulta y sale.

De cuanto querais tocar;
Mas si yendo
En el juego procediendo,
Le tocais en las tetillas,
Luego siente las cosquillas,
Y os rehusa sonriendo
Muy contenta;
Y creciendo en esta cuenta,
Cuando llega á los diez años
Ya saben puntos y engaños
Mas que un hombre de cuarenta.
Pues llegada
A los trece, aun siendo nada,
Ya se repica de dama,
Y se engrilla, aunque no ama,
A holgar de ser tentada (35)
Por amores,
Y de tener servidores
Y de saber despachallos,
Y á veces acariciallos
Con sus ojitos traidores
Retorcidos;
Y con todos sus sentidos
Hace ya de allí adelante
Guerra cruel al amante,
Y atapalle los oidos
Y los ojos,
Y causarle mil enojos
Con desdenes y desvios,
Locuras y desvarios,
Y burlas y trampantojos
Setecientos,
Y dar sus entendimientos
A solo parecer bien,
Aunque no tengan á quien
Apliquen sus pensamientos
Y aficiones;
Y entre estas conversaciones
Y tratos de liviandad
Aprenden tanta ruindad,
Que lo callan mis renglones,
Por razon
De mas de la inclinacion
Que el diablo se lo dice;
Mas aunque él no las atice,
Lo sacan por discrecion.

FILENO.

Muy contrario
Es, Aletio, lo ordinario
De todo el mundo, á mi ver,
De ese vuestro parecer,
De doncellas adversario
Y enemigo;
Y si quereis ser testigo
De la verdad sin pasion,
Contra vuestra relacion
Confesaréis lo que digo,
Pues negar
No podeis que si loar
Alguna cosa queremos,
A una dama la solemos
Por mas gloria comparar.

ALETIO.

Yo os concedo
Ser así; mas lo que puedo
De esos chistes colegir
Son maneras de decir
Como rábanos de Olmedo,
Por la fama.
No es lo mesmo que se llama
Todas veces lo que oimos,
Y menos cuando decimos:
«Es cortés como una dama.»

FILENO.

¿Por qué via?

ALETIO.

Porque la descortesia
Del desprecio y del desden,
No sé yo gentes en quien
Mas que en ellas reina hoy dia
La locura,
Presuncion de hermosura,
Esquividad y aspereza,
Salvo cuando las aveza
Amor á tener dulzura
Y caridad.

FILENO.

Eso no es esquividad
Ni desprecio desdeñoso,
Sino celo virtuoso
De guardar su honestidad
Y concierto;
Y vos les haceis gran tuerto
En juzgar tan al revés.

ALETIO.

Menos digo de lo que es,
Porque todo no lo acierto
A relatar,
Bien que por disimular
Con su honra así lo hacen;
Mas á los que las aplacen,
No se les saben mostrar
Descorteses.
Los enojos y reveses
No son á todos iguales,
Porque ellas son animales
De una haz y dos enveses.

FILENO.

¿Cómo así?

ALETIO.

Por lo que mil veces vi
En ellas por mi fortuna,
Y especialmente con una
Que por mi mal conocí.
Mi pecado
En cierto tiempo pasado
Me mostró tras un canton
Un diablo en condicion,
En ángel transfigurado;
Una estrella
Que pintar cosa mas bella
A lo que fuera se via,
Pintar ninguno podria,
En figura de doncella.
A gran pena
Pudo ser la linda Elena
Mas linda siendo muchacha,
Si no se tiene por tacha
Ser un poquito morena.
Gesto era
Que á cualquier hombre pudiera
Mover á nuevos antojos,
Y especialmente sus ojos,
Hermosos sobre manera.
Su beldad
En tan nueva y tierna edad,
Y el semblante de su cara,
A cualquiera asegurara
De su engaño y falsedad.
Yo, espantado
De gesto tan extremado
Y tan digno de querer,
No me pude contener
De quedar enamorado
Y vencido;
Y sintiéndome herido
Fui forzado á procurar (36)
Los medios que suele usar
Un enfermo de Cupido.
Mas, tentadas
Mis humildes embajadas

(35) Así Garay; Velasco y Fernandez leen:

Ya se engrie, aunque no ama,
Y huelga de ser tentada.

(36) Así Garay; Velasco escribe:

Fué forzado procurar,

Con cartas y con promesas,
Todas salieron aviesas,
Por ella menospreciadas,
Y muy brava.
Yo, triste de mí, pensaba,
Viendo la dificultad,
Que de su simple bondad
El disfavor me manaba;
Y sufria
Mil angustias cada dia
Alongado de esperanza,
Por la gran desconfianza (37)
Que su virtud me ponia;
Y en paciencia
Encubriendo mi dolencia,
Al cabo de muchos dias
Alcancé por ciertas vias
A saber de cierta ciencia
No ser todo
Oro fino, sino lodo,
Aquello que relucia,
Y que la dama tenia
Un disimulado modo
De tratar,
Dando á unos rejalgar
Y á otros dulces bocados,
Caso que en ser repelados
Todos iban á la par.
Avisado
Yo de esto, como penado,
Procuré, que no debiera,
Por medio de una tercera
De probar de nuevo el vado
De la vida,
Por gozar de recaida
De cosa tan deseada,
Y tomarla de quebrada,
Pues no pude de herida.
La respuesta
De mi segunda requesta
Vino un poco mas graciosa,
Sobre falsa, algo piadosa,
Y tirana sobre honesta;
Do manó
Que cuando le pareció,
Como mujer de experiencia,
Ser tiempo de darme audiencia,
Al fin, al fin, me la dió,
Muy rogada,
Mostrándose tan turbada,
Que cualquier necio creyera
Ser aquella la primera
Vez que se vió colorada
Y vergonzosa;
Con lo cual, sobre hermosa,
Tan hermosa parecia
Y tan buena, que hacia
Ser la fama mentirosa;
Y así yo
No creia, loco, no,
Ya lo que se publicaba,
Porque el amor me quitaba
La sospecha que me dió;
Y ella era
Tan astuta y tan artera,
Que bastaba por su parte
A disimular por arte
Mil delitos que hiciera;
Hasta que
Un poco mas la traté,
Y en ciertas veces que así
Nos juntamos conocí
A do llegaba su fe
Refalsada,
Y sentí que era taimada,
Y aunque muchacha, muy fina
Ave nueva de rapina,
En otras partes cebada;
Y vi claros
Sus pensamientos avaros
Y dichos engañadores,
Vendiéndome los favores
Muy escasos y muy caros (38),
Dilatando,
No me asiendo ni soltando
Ni negando voluntad,
Mas falta de libertad
Por su disculpa tomando,
No lo siendo;
Algunas veces fingiendo
Lágrimas nunca vertidas,
Que me fuesen referidas,
Por mas prenderme mintiendo,
Por tercero,
Trayéndome al retortero
De suerte, que conocia
Que por las botas lo habia
Mas que por el escudero;
Bien que daba
Muestras con que me engañaba:
Con los ojos me heria,
Con la boca me vendia,
Con las manos me robaba (39).
Yo, cautivo,
Ni bien muerto ni bien vivo,
Aun tenia otro pesar,
De no la poder hablar
En la lengua que lo escribo.
Y así andando
A escuras y tropezando,
Nunca al vado ni á la puente,
Ni bien sano ni doliente,
En los amores soñando
Comenzados,
De mi parte muy penados,
Leales y verdaderos,
De la suya lisonjeros,
Falsos y disimulados,
Sucedió
Que su madre adoleció
De dolencia repentina,
De que la pobre mezquina
Muy brevemente murió;
Y ella muerta,
Quedando casi desierta
Ya la casa y sin pastor (40),
A las locuras de amor
Se dió del todo la puerta,
Y lugar
Libre para negociar,
Y se entraron de rondon
Alcahuetas á monton
Y galanes á la par,
Sin recelo;
Y vínole por consuelo
Otra su hermana mayor;
Mayor, pero no mejor
Ni de mas honesto celo
De su fama.
Allí viérades la dama,
Entre aquellas sus cuadrillas,
Hacer grandes maravillas
Desde el palacio á la cama,
No turbada
De verse tan rodeada
De gente que combatia;
Antes con su lozanía
Daba muy asegurada
Facultad
De decirle en puridad (41)

(37) Así Garay; Velasco pone *muy*, en vez de *la*.

(38) Así Garay; Velasco pone *claros*.

(39) Sigo á Garay; Velasco y Fernandez escriben:
Con las manos maltrataba.

(40) Así Garay; las otras ediciones ponen:
Y la casa sin pastor,
A las locuras de amor
Se dió, teniendo la puerta
Y lugar, etc.

(41) Así Garay; Velasco y Fernandez escriben:
Decirle con puridad.

Sus conceptos cada uno,
No desechando á ninguno
Ni diciéndole verdad.
Tal andaba
En las tramas que tramaba,
A su parecer secretas,
Que las mismas alcahuetas
Mintiendo desbarataba.
Ya las mias
Por las contrarias espías
Andaban desatinadas,
Yendo las manos cargadas
Y tornándolas vacías.
Yo sentia
Mas novedad que solia,
Mas faltas y mas errores,
Porque los competidores
Uno á otro se impedia;
De los cuales
Uno de los principales,
Que debiera serme fiel,
Me hizo guerra cruel
Por medios interesales,
Por su mal,
Porque luego otro no tal
Me dió de él justa venganza
Mal segura es la privanza
Del que en mujer no leal
Se fiare,
Y á su prójimo dañare;
Porque, segun el refran,
Matarás y matarte han,
Y á quien á ti te matare.
La garrida,
Con tales formas de vida,
Tan ajenas de doncella,
Siempre á su parecer de ella
Por vírgen era tenida.

FILENO.

Enfadado
Me teneis y muy cansado,
Aletio, con vuestro cuento,
Y de estar vos descontento,
Viene estar apasionado (42)
Con dolor
De la falta de favor
Que en esa moza sentistes,
Porque vos no le caistes
En mas gracia ni sabor;
Mas si os fuera
Agradable y placentera,
Favorable y amorosa,
Dijérades otra cosa,
Y otro mundo os pareciera
De dulzura;
Mas no teniendo ventura,
Los golpes que estando bravo
Habeis de dar en el clavo,
Los dais en la herradura.

ALETIO.

Algo hay de eso,
Fileno, yo lo confieso;
Porque quien nos da ocasion
De despecho y de pasion
Es en culpa del exceso (43),
Ni hay quien diga
Bien de semejante amiga;
Mas aunque bien me quisiera,
No por eso careciera
De molestia y de fatiga (44).
Sinsabores
Es fruta de los amores,
Por muy bien que se maticen,
Porque ya sabeis que dicen
«Por un placer mil dolores.»
Ni consiento
Que vos tengais pensamiento
Que del mal que habeis oido
Toda la causa haya sido
Mi poco merecimiento;
Porque habia,
Al tiempo que lo sufria
De esta que mal me trataba,
Otra mejor que me amaba
Mas que ella me aborrecia,
Sin faltar
Un punto de me mostrar
Con verdad y diligencia
Toda la benevolencia
Que se puede desear;
De la cual,
Siéndome tan liberal,
Hay causa de decir bien;
Pero no faltará quien
La tenga de decir mal,
Porque á mí,
Bien que se me daba así,
Permitiéndolo mis hados,
Otros de ella eran tratados
Como de estotra yo fui;
Y aun alguno
Que en parte por importuno
Con la primera valió,
De esta segunda quedó
De todo favor ayuno.
Mas aun esta,
Estando siempre muy presta
A quererme sin dobleces,
No me dejó muchas veces
De ser pesada y molesta.
Y así va,
Porque pongamos fin ya
Al hablar de las doncellas,
Que el que menos cura de ellas
Mejor librado será;
Porque, dado
Que seais de ellas amado,
Hay dos mil inconvenientes
De madres y de parientes,
Con que andais embarazado
Y afligido.
Pues si sois aborrecido,
¿Qué mayor mal y mancilla
Que andar tras una loquilla
Desvelado, enloquecido
Por do quiera,
O tras una bestia fiera,
Desgraciada, zahareña,
Preciando á quien os desdeña,
Sirviendo do no se espera
Galardon?
Y si os cobran aficion,
Luego sin comedimiento
Os demandan casamiento
Y os meten en tentacion.

Monjas (45).

FILENO.

Dicho habeis,
Aletio, cuanto sabeis
De las doncellas seglares,
Y cosas particulares,

(42) Otras ediciones dicen:
Viene á estar apasionado.

(43) Velaseo lee:
Es la culpa del exceso.

(44) Velaseo pone:
De molestia ni fatiga.

(45) Todo este pasaje, que trata de las monjas y de su mal vivir en aquel tiempo, solamente se halla en las ediciones de Venecia y Alcalá, y tal vez en alguna otra que no conozco. La Inquisicion mandó suprimir este pedazo de la obra de CASTILLEJO en las ediciones posteriores. Yo reimprimí los trozos mas importantes en nota al capítulo 17 de mi *Exámen filosófico de las principales causas de la decadencia de España* (Cádiz, 1832). Mi sabio amigo mister Tomás Parker los ha reimpreso en la página 149 de la elegante y fiel traduccion que ha hecho de este libro (Lóndres, 1835.)

Con que mas las ofendeis.
Pues dejadas
Estas ya por agraviadas
Tan sin causa y tan sin tiento,
Mostrad vuestro atrevimiento
Tambien contra las sagradas.

ALETIO.

¿Cuáles son?

FILENO.

Las que están en religion,
Ya del mundo despedidas,
Ocupadas y metidas
En obras de devocion
Solamente,
Con vida muy continente,
Sin tráfagos y lisonjas.

ALETIO.

Ya sé que se llaman monjas
Y que es peligrosa gente.

FILENO.

¿Peligrosa?

ALETIO.

Peligrosa y deseosa,
Y aun, si mas quereis que os diga,
Alguna no muy amiga
De la vida religiosa.

FILENO.

¿Cuál es esa?

ALETIO.

Alguna que, aunque profesa,
Tomaria por partido
Servir mas á su marido
Que obedecer su abadesa.

FILENO.

Mal hablais;
Parece que despreciais
Aquel religioso estado.

ALETIO.

No confieso tal pecado,
Y vos me lo levantais;
Antes digo
Que apruebo y alabo y sigo
La religiosa doctrina,
Y al que á ella no se inclina
Le tengo por enemigo
De la fe.

FILENO.

Pues luego, Aletio, ¿por qué
Decis mal de las pobretas
A la religion subjetas?

ALETIO.

Solo digo lo que sé.
Desta cuenta,
Que habrá mas de cuarenta
Discretas, nobles, hermosas,
Y aun algunas generosas
Que pudieran sin afrenta
Ser señoras,
Y querrian muchas horas
Verse mas en sus posadas,
Por aventura casadas,
Que quizá verse prioras
Del convento;
Porque sobre el fundamento
De nuestra natura humana,
Les acrecienta la gana
El mismo defendimiento,
Por estar
Donde para desear
Lo que pide el apetito
Tienen lugar infinito,
Y poco para gozar.

FILENO.

No mirais,
Aletio, que os condenais
En lo que dellas decis,
Pues con lo que las heris,
Con eso las alabais,
Confesando
Que padescen, deseando,
Ansias y necesidad,
Contra su fragilidad
De contino peleando,
Y en paciencia,
En vigilias y abstinencia
Y oficios santos y buenos,
Por los pecados ajenos
Hacen allí penitencia
En la edad
Que se suele la beldad
Gozar con la juventud,
Y prefieren la virtud
A la propia voluntad,
La razon
Al deseo y aficion,
Lo grave á lo deleitoso,
Y lo amargo á lo sabroso,
Teniendo con su pasion
Sufrimiento;
Cuanto mas que son sin cuento
Las que en ser monjas se arrean,
Y en aquello solo emplean
Todo su contentamiento,
Sin pensar
En querer ni desear
Cosa en que haya resistencia,
Sino en sola su obediencia,
Y en ella perseverar
Sin graveza.
Pues mirada la flaqueza
Del estado mujeril,
Apenas el varonil
Usa de tanta firmeza
Y constancia.

ALETIO.

Por Dios, que les es ganancia
Ser vos su procurador,
Y que sois buen orador,
Si tal fuese la sustancia
Que tratais;
Y ¡ojalá lo que hablais
Fuese siempre así, Fileno,
Y todo fuese tan bueno
Como vos lo imaginais
En ausencia,
Como hombre sin experiencia
Y cosa de léjos vista,
Engañado por la vista
Y por sola la apariencia
Lisonjera;
Testigo de lo de fuera,
Pero no de lo de dentro,
Sin peligro del encuentro,
Porque veis de talanquera!
Dios os guarde
Del mal que en algunas arde,
De sus temas y porfias,
Contiendas y banderias,
Cuando salen en alarde
Sus pasiones,
Con muy grandes escuadrones
De envidias, odios, cosquillas,
Diferencias y rencillas,
Y corajes y quistiones
Y barajas.
Por el fuero de dos pajas
Sostienen enemistades,
Que aun al fin de sus edades
Las llevan en las mortajas
Apegadas.
Despues que una vez airadas
Se desaman ó baldonan,
Con dificultad perdonan,
Aunque vayan inclinadas,
Sometidas;
Al sacramento rendidas,
Queriendole recibir,
Algunas podria ser ir,

No del todo arrepentidas,
Perdonando.
Al tiempo que están rezando
O cantando sus maitines,
Allí suelen los chapines
Alguna vez ir volando
Por el coro.
No hay saña de ningun moro
Que haga tal impresion,
Ni braveza de leon,
Onza ni tigre ni toro
Ni de alano,
Ni con Héctor el troyano
Fué tanto el furor de Aquiles,
Ni el de las guerras civiles
Que nos escribe Lucano
De romanos,
Ni de aquellos dos hermanos
De Tébas y de sus llamas,
Cuanto son los destas damas
Cuando llegan á las manos (46).
Y el rencor
Crece con el desamor,
Viendo delante contino
Por objeto y por vecino
El bando competidor
Faz á faz,
Con que se turba la paz
Detrás de aquellas cortinas,
Aunque están, como gallinas,
Metidas en alcahaz.

FILENO.

Desbocado
Vais, Aletio, y muy sobrado
Contra quien no os lo merece,
Sabiendo bien que acaece,
Sin ser caso reservado,
Algun momento
Que por un desabrimiento
Haya alguna inquietud
Donde hubiere multitud
De gentes en un convento,
Y ocasion
Honesta de disension,
Como sabeis que la hubo
Entre los mismos que tuvo
Cristo en su conversacion.

ALETIO.

Diferencia
Hay de esa desavenencia
A la de estas mis señoras,
Que la tienen todas horas
Con puntos y competencia
De dolor,
Hasta llegar el furor
A venir á los cabellos.

FILENO.

Tambien entendieron ellos
Sobre cuál era mejor.

ALETIO.

Fué un nublado
De simple pecho engendrado,
Deshecho luego en el viento;
Mas estotro encendimiento
No puede ser apagado,
Ni se cierra
El postigo de la guerra
En tales siervas de Dios,
De quien habrá mas de dos
Sobre la haz de la tierra.
Y aun os digo
Que, en falta de otro enemigo,
Porque la paz se turbase,
Que hay alguna que holgase
De no tenerla consigo.
Sus conquistas,
De las unas por baptistas,
A que son aficionadas,
Suelen llegar á puñadas
Contra las evangelistas,
Sus contrarias,
Inmortales adversarias.
Ved si fueron los san Juanes,
Al cabo de sus afanes
Y fatigas ordinarias,
Bandoleros;
Mas, si no son caballeros,
A las monjas no les placen,
Y desta causa los hacen,
Despues de muertos, guerreros
Con espada.
Y á la bienaventurada
Magdalena, aunque mujer,
Hombre la quieren hacer,
Viendo ser apostolada;
Y en sus cantos
No les basta darle tantos,
Como á santa muy bendita,
Pero quieren que compita
Con los apóstoles santos,
Batallando,
Y que entre tambien en bando
A fin de sus liviandades.
Déjome otras liviandades
Que quiero pasar callando,
Por no dar
Ocasion de os enojar,
Ni cuenta de mas flaquezas
Que á vueltas de las bravezas
Las suelen aprisionar.

FILENO.

Si así fuese,
Como por vuestro interese
Lo decis, fuerza seria,
Aletio, que por tal via
La religion padeciese,
Recibiendo
Tal daño; mas no lo siendo,
Va creciendo de contino,
Y vos por muy mal camino
Esas cosas componiendo,
No mirando
Que siempre van mejorando
Con Dios estas sus doncellas,
Y el número santo dellas
Mas y mas multiplicando
Por España.
Y una cosa es muy extraña,
No desnuda de misterios,

(46) No andaban muy en paz en aquel tiempo las gentes que vivian en religion. Gaspar de Tejeda, en su *Estilo de escribir cartas mensajeras cortesanamente* (Valladolid, 1549, por Sebastian Martinez), cuenta lo siguiente: «Cerca deste lugarejo hay un monesterio, donde algunas veces voy á misa. Es de unos padres que están en esparto. Diré á vuesamerced lo que le acaeció al superior dellos, que vino á ponellos en regla; el cual comenzando á ordenarlos, el convento ó comunidad, que en tal pararon, apelaron y amotináronse; y andando en esta rebelion, cerróse la noche, y al bueno del reformador diéronle tres ó cuatro cuchilladas. Al estruendo de la turba fueron allá algunos labradores á ver qué era, y hallaron cerrado, y oyeron gran ruido de *fustibus et armis*, y vinieron corriendo á mí á que fuese á poner paz. Yo, porque no me tuviesen por cobarde ó porque no me matasen villanos, hiceme con ellos, y lleváronme al monesterio. Y preguntando que qué era aquello, respondieron: «Cosas de entre frailes.» Yo á ellos: «Padres, no haya mas; que no dais buen ejemplo.» Ellos á mí: «Señor, andad con Dios; que vos no podeis alcanzar el secreto destos negocios.» Yo á ellos: «Juro á tal que lo tengo de saber; porque por tan sola una vez que mis ojos alcé me levantaron que habia revuelto unas monjas, é segun soy desdichado, lo mismo me podria acaescer agora.» Con esto sosegaron el bullicio un poco, y diéronme lugar á que saliese á una ventana y les predicase un poco. Comencé el tema en romance, porque yo ni ellos no sabemos latin. «*Cuchilladas teneis, amigo, y duélenvos*, etc. Reverendo auditorio, las cuchilladas que habeis dado á fray Fulano por sus pecados, tuviéradeslas vosotros, y no él. ¿Qué dirán las gentes, qué dirán los ángeles, los mártires, los confesores, que están en el cielo? Y ¿qué dirá el espejo de vuestra órden de una cosa tan mala?» Con estas y otras cosas, que serian largas de escribir, los apacigué por aquella noche.»

Ver llenos mil monesterios
Desta bendita compaña
Piadosa,
Que con vida trabajosa,
Ajena de libertad,
Conservan su honestidad
Y la hacen gloriosa,
Sin noticia
Del mundo ni su codicia.

ALETIO.

Mal estáis en la verdad;
¿Pensais que sola bondad
Las guarda, y no su malicia?

FILENO.

¿Qué decis?

ALETIO.

Esto, Fileno, que ois.

FILENO.

Oyolo, mas no lo entiendo.

ALETIO.

Entendido está, queriendo.
Y cierto, si lo sentis
A derechas,
Digo que son contrahechas
A veces sus santerías,
Por desmentir las espias
Y deshacer las sospechas
Y pisadas,
Viviendo tan recaladas
Como en tierra de enemigos,
Porque no habiendo testigos,
No pueden ser acusadas,
Ni tener
De se someter
A las lenguas que difaman,
Ni á las monjas que desaman
Dar sus brazos á torcer,
Ni la mano
Al enemigo cercano;
Mas, con todas estas mañas,
Se les entra en las entrañas
El venenoso gusano
De Cupido,
Que les ablanda el sentido
Aunque esté como una peña,
Y la carne halagüeña
Sigue luego su partido
Con razones
Que mueven los corazones
De las mas bravas personas,
Y las tornan, de leonas,
Ovejas en condiciones,
Y las ligan
De suerte, que se mitigan
Y someten á cuidados
Amorosos y penados,
Que las incitan y obligan
A pensar,
Y pensando, á desear,
Y deseando, á querer,
Y bien queriendo, á caer
En las ondas de la mar (47).

Y ser puede
Que, cuando así no sucede
Por haber impedimentos,
Al menos los pensamientos
No hay torno que se los vede.

FILENO.

No lo creo,
Aletio, pues no lo veo,
Ni vos lo debeis creer;
Levantado debe ser
De algun malino deseo;
Ni conviene
Afirmarlo, pues que viene
De gana de decir mal,
Que es dolencia general
Y que en el mundo se tiene
Ya por uso.
Patrañas son que compuso
Por ventura algun juglar;
Y queriéndolas probar,
Os hallaréis muy confuso.

ALETIO.

No creamos,
Si os place, lo que miramos;
Mas, segun lo que leimos,
Hablamos de lo que vimos,
Lo visto testificamos.
Una vi
En cierta tierra do fui
Vecino dos años buenos,
Con un hombre muy de menos
A quien dió parte de sí;
Y tan dada,
Que siendo monja encerrada,
Forzosamente allí puesta,
Del monesterio traspuesta,
Se le vino á la posada,
Do tenia
Por dulce la compañía
Que su locura le dió,
Mas porque ella se venció
Que porque él la merecia
Ni trataba
Tan bien como la gozaba;
Y era lástima de ver
Cómo tan linda mujer
En un hombre se empleaba
Tan grosero,
Que si llegara primero
Que ella el velo se tocara,
Pienso que no le tomara
Para mas que acemilero.
Veis aquí
Lo que os digo ser así,
Y puedo bien afirmallo
Mejor que no vos negallo,
Porque yo los conocí
En su morada,
Y la vi cabe él sentada
Con una saya de frisa,
Remendando una camisa
Que estaba mal baratada.
Y tenia
Otras cosas que os podria

(47) Como prueba del mal vivir de las monjas de aquel siglo, véase lo que Martin de Salinas escribia al infante don Fernando, en 22 de julio de 1524, acerca de la muerte del licenciado Vargas, tesorero general y de los consejos de Guerra y de Indias.

«Otro dia, viérnes á la noche, acaeció la muerte del licenciado Vargas de la manera siguiente: parece que el dicho licenciado tenia emprendido amores con una monja en las Huelgas de Búrgos, y para cumplir su voluntad habia buscado persona que le supiese guiar dentro en el monesterio, y halló un cierto carpintero que habia labrado dentro, el cual servia de mozo de caballos al dicho licenciado, y el mozo le hizo una escala con que subia por las paredes, y entraba dentro en el monesterio. A los 22 del mes pasado acordó de ir á ver su dama, y llevó consigo el mozo de caballos y un escudero suyo..... Y el licenciado entró en el monesterio, y con él el mozo de caballos; y el escudero quedó defuera. Y despues de haber holgado con su dama, queriendo salir por la escala, sintióse un poco mal dispuesto, y no embargante esto, determinó de subir, y á los dos escalones desmayó y cayó súpitamente muerto entre la monja y su criado; y ellos, viendo de la suerte que estaba, dieron aviso al escudero, que estaba defuera, el cual entró, y no pudieron sacalle, á la cual causa hubo de ir á la ciudad y traer sus hijos y compañía, y con cuerdas le sacaron fuera y le atravesaron en una mula, y así muerto le metieron á la alba del dia en su posada y publicaron haberse muerto en su cama de un desmayo. Y como las tales cosas no pueden ser secretas, luego se supo la verdad, y á la hora fueron secrestados sus bienes, así los que consigo tenia como los que en cualquiera parte. Su fin ha sido este que á vuestra alteza escribo, y ha hecho mucho daño á su hacienda é hijos; é al presente en otra cosa no se habla en esta corte. Su majestad manda ir al obispo de Canaria á la reformacion del monesterio.» (Códice C. 71 de la biblioteca de la Academia de la Historia.)

De vista testificar,
Y no las quiero contar
Por excusar longuería
Sin razon;
Mas de ajena relacion
Supe una vez una cosa,
Que, si no fué mentirosa,
Fué de gentil invencion
De pecado (48):
Dicen que en tiempo pasado
Una dama de un convento
De harto merescimiento,
Cuyo nombre está callado,
No miró,
Y cuando no se cató
Sintió crecer la barriga,
Con noticia de una amiga,
A quien lo comunicó;
De la cual,
Como persona leal,
En tan terrible jornada
Fué servida y ayudada
Con corazon liberal.
Ella era
Su secreta consejera;
Ella la que la encubria,
La que por ella suplia,
Y al cabo fué su partera.
Ella daba
Recaudo á lo que importaba,
Hasta que el tiempo llegó
Que ver la luz deseó
Lo que en tinieblas estaba.
Y llegado,
Allí se hizo doblado
El trabajo de las dos,
Si no socorriera Dios,
Que á todo desconsolado
Busca y llama.
Estando la pobre dama
En dos peligros metida,
De una parte el de la vida,
Y de otra el de la fama
Pregonera,
La discreta compañera
Ya de antes sabiamente
La fingia estar doliente,
Y la tuvo de manera
Prevenida,
Apartada y defendida,
Con solamente una sarga,
Que al fin descargó su carga
Sin ser de nadie sentida.
Mas valió
Que era noche, y Dios le dió
Lugar para se valer,
Y tiempo para poner
En cobro lo que nasció
Con ventura,
Metiendo la criatura
Envuelta en cierta ropita,
En una sotil arquita,
La llave en la cerradura,
Ordenada
Con tiempo y aparejada
Para tal necesidad,
Y para mas brevedad,
Con un buen cordel atada
Gentilmente,
Y con priesa diligente
Se fué con ella á un lugar
Do podia bien mirar
Cuándo pasaba la gente;
Y en llegando,
Vió uno andar paseando
Calle arriba, calle abajo,
Que ventura se le trajo
Cual lo estaba deseando;
Que allí á escuras
Buscaba sus aventuras,
Muy callado y muy contrito;
Y llamándole pasito
Con voz llena de dulzuras
Y de amor,
Le dijo: «¡Ce, ce, Señor!»
El respondió: «¡Ce, Señora!—
¿Paréceos, Señor, que es hora?—
No la puede ser mejor,
Dijo él.—
Pues asid de este cordel,
Dijo ella, y desta arquilla,
En que va mi hacendilla
Y rosarios y el joyel
Que sabeis;
Ponedlo donde quereis,
Y volved luego por mí
Al lugar que os escribí,
Porque allí me hallaréis;
Y corred.—
Descuelgue vuesamerced,
Dijo él; que es tiempo ya,
Y en un punto soy acá
A sombra de esta pared.»
Y tomado
Con sus manos el recado,
Y pensando que hurtaba
Bogas, y que la burlaba,
El al fin quedó burlado;
Porque yendo
A su posada corriendo,
A un amigo lo mostró,
Y abierto el cofre, halló
El pobre niño gimiendo,
Bien marchito,
Pero vivo y muy bonito,
Y un anillo allí con él,
Escondido en un papel,
En este tenor escrito,
Bien borrado:
«¡Oh vos, que llevais hurtado
»El tesoro que aquí va,
»Guardadlo, que no os será
»Por mí jamás demandado
»Ni pedido;
»Pero suplicoos y pido
»Por el ansia que me queda,
»Hagais de suerte que pueda
»Por tiempo ser conocido!»
El quedó
Corrido cuando se vió
Hecho por fuerza ser padre
Del infante, cuya madre
Nunca jamas conosció.

Viudas.

FILENO.

Bien sentis
De eso, Aletio, que decis
De casos así donosos,
Que son cuentos fabulosos
Como aquellos de Amadís.
No penseis
Que con ellos ofendeis
Las monjas santas honradas,
Pues se están por sí loadas (49),
Aunque vos las desloeis.
Quédense estas,
Y mirad si teneis prestas

(48) En el códice 115 de varios de la biblioteca de jesuitas de la corte, hoy agregada á la de la real academia de la Historia, hay una relacion escrita en febrero de 1545, donde se cuenta el mismo suceso de la monja y el niño encajonado como acaecido en Ebora á un platero el año anterior. La edicion mas antigua que conozco de este diálogo es de Venecia (1544).

(49) Así Garay; Velasco y Fernandez ponen:

No penseis
Que con ellas ofendeis
Las doncellas no tocadas,
Pues se están por sí loadas.

Las manos del mal decir (1)
Para llagar y herir (2)
Tambien las viudas honestas.

ALETIO.

No por cierto;
Mas querria verme muerto
Que á las de tal condicion
Que honestas y cuerdas son
Hacer agravio tan cierto.
Mas, juzgadas
Por esta ley, y sacadas
Las que podeis escoger,
No habria muchas, á mi ver,
Que puedan ser agraviadas
De este cuento.

FILENO.

Por Dios, que sois avariento
De virtud y compasion,
Pues que contra la aficion
Mostrais el mal pensamiento.
¿No os parece
Que á los buenos pertenece
Con las tristes lastimadas
Viudas y desamparadas
Mostrar donde se merece
Caridad,
Y haber de ellas piedad?

ALETIO.

En verdad yo se la he,
Salvo aquellas que yo sé
Que lo son por voluntad.

FILENO.

¿Hay alguna
Tan sin bien y sin fortuna,
Tan cruel ó tan liviana,
Que sea viuda de gana?

ALETIO.

Mas cierto de veinte y una
Que por sello
No se tuercen un cabello,
Y muchas, si se buscasen
Y en secreto examinasen,
Que fueron la culpa de ello.

FILENO.

Doloridas,
Angustiadas y afligidas
Las veo, y sin alegria,
Llorando la compañía
De que se hallan partidas
En la edad
En que mas necesidad
Por ventura tienen de ella,
Juntándose esta querella
A la pena y soledad
Que cobraron
Cuando solas se hallaron.

ALETIO.

No os engañe su llorar,
Porque lo suelen usar
Con los mismos que mataron;
Por ventura,
O por odio que les dura,
Tienen su muerte por buena,
O al menos no les da pena
Verlos en la sepultura,
Por poder
Mas libremente hacer
A solas nueva moneda;
Y la que mas llora queda
A veces con mas placer,
Muy pagada
De verse ya libertada;
Mas si alguno la visita,
Luego está la lagrimita
En el ojo aparejada
Por el muerto.

FILENO.

No estáis, Aletio, en lo cierto;
Porque de estas muchas tales
Vierten lágrimas leales,
Sin dejar nada encubierto
Ni fingido
En su secreto sentido,
Publicando con amor
El verdadero dolor
Que tienen por su marido,
Como vemos
En muchas que conocemos;
Y de las que nunca vimos,
Por nuevas ciertas oimos
Fidelísimos extremos
De tristeza,
Cual la mostró con pureza
Y constante corazon
Porcia, hija de Caton,
Con grandísima firmeza.

ALETIO.

No os lo niego;
Mas aconhortasen luego
Las mas viudas de sus penas.
Esas de tierras ajenas
No las metais en el juego;
Que son vanas,
Muy curiosas y profanas,
Fundadas en vanagloria,
Por dejar de si memoria
Esas griegas ó romanas.
Y al presente
Hallaréis en el Oriente
Y en la India occidental
Esa costumbre bestial,
Usos y fines de gente
Tan perdidos
Y á vanidad sometidos,
Que con fiestas y placeres
Se abrasan muchas mujeres
Cuando mueren sus maridos.
No hablamos
De esas, con quien no tratamos,
Peregrinas y extranjeras,
Sino de estotras caseras,
Con quien damos y tomamos
Comunmente;
Que aunque mas las atormente
Soledad y desconsuelo,
Y con verdadero celo
Queden fiel y limpiamente
Lastimadas,
Presto son aconhortadas,
Al menos las de Alemaña;
Acá las de nuestra España
Van algo mas entonadas
De prestado;
Mas al fin aquel cuidado
Se les aparta y apoca,
Quedando solo en la boca
El nombre del mal logrado.

FILENO.

Mal seria
Si durasen todavía
Las congojas y dolor
En aquel mismo tenor
Que estaban el primer dia.
No se sigue
Que toda viuda se obligue
A siempre siempre llorar;
No hay tristeza ni pesar
Que el tiempo no la mitigue
Y consuele;
Y á vueltas de lo que duele,
Siempre hay algo que hacer,
Que les ayude á poner
En olvido lo que suele
Dar pasion:

(1) Sigo á Garay. *De mal decir*, se lee en Velasco.
(2) Leo *llagar*; otros escriben *llegar*.

La buena gobernacion
De su casa y de sus cosas,
Y otras obras piadosas
Que les dan ocupacion
Virtuosa,
La vida triste penosa
Con virtud aconhortando,
Por pasatiempo tomando (3)
La soledad trabajosa.

ALETIO.

Bien hablais;
Mas otra cosa olvidais
Con que ellas mas propiamente
Mitigan el accidente
Del dolor que publicais
Tan entero,
Que es pasar por el primero
Amor del otro marido,
Y puesto aquel en olvido,
Pensar en el venidero.
Bien escrita
Traen aquella muy bendita
Sentencia consoladora:
«La mancilla de la mora
Con mora verde se quita.»
Y no dura
Aquella negra tintura
De la muerte del difunto
Mas de llegar aquel punto
De probar otra ventura
Semejante;
De la mujer mas constante
No se debe esperar mas,
Porque olvidan lo de atrás
Por ir tras lo de adelante.
Moza ó vieja,
Todas son de esta conseja,
De se tornar á casar,
Y de no lo dilatar
Cuando hallan su pareja
Tal con tal;
Muchas veces por lo cual
Se hacen otras locuras,
Y no pocas criaturas
Se dejan al hospital (4),
Desechados
Los hijos ó maltratados,
En poder de su padrastro,
Sin mas respeto ni rastro
De los padres ya pasados.
Y entre tanto,
Despues de aquel primer llanto,
Mientras dura la viudez,
Hasta que llegue la vez
De este otro término santo,
Son de ver
A quien lo sabe entender
Sus deseos, sus secretos,
Sus desinios y conceptos (5),
Su tramar y revolver,
Y sus cuentos,
Motivos y pensamientos;
Cuanto se dice y replica,
Cuanto se trata y platica,
Todo huele á casamientos.
Su ayunar,
Sus limosnas y rezar,
Su velar y su dormir,
Su suspirar y gemir,
En aquello va á parar
De boleo;
Aquel es el jubileo
Por quien hacen romerías,
Y á veces hechicerías
Por alcanzar su deseo;
Y alcanzado,
Luego sale otro nublado;
Por eso rogad á Dios
Que os guarde, Fileno, á vos
De ser con viuda casado.

FILENO.

Si se nota,
Razon es de carta rota,
Aletio, lo que hablais,
Y parece que jugais
Con ellas á la pelota.
Si tan dadas
A casarse y tan penadas
Como vos decis, están (6),
Argumento es que serán
Muy buenas siendo casadas;
De manera
Que podrá vivir quien quiera
Con descanso y alegría,
Tomando por esa via
La viuda por compañera.

ALETIO.

Muy siniestra
Opinion es esa vuestra;
Y si á mí no me creeis,
Podeis probar, y veréis
A qué sabe la menestra
Que os darán.
A la hambre no hay mal pan;
Cuando estamos deseosos,
Y á lo dulce los golosos
De buena gana se van.
Y así ellas,
Mientras saltan las centellas
De aquel fuego y agonía,
Con cualquiera compañía
Ponen fin á sus querellas,
Hasta ver
Con el tiempo y conocer
Si en el nuevo desposado,
Despues de bien apaipado,
Hay algo que aborrecer.
Mas despues,
Si por ventura no es
Tan á su contentamiento,
Luego el negro casamiento
Comienza á dar de través
Con desgrado,
Y cualquier tacha ó pecado
Que en el marido se siente,
Es en el que está presente
Muy mayor que en el pasado;
Que si fuera
Vivo ver no le quisiera,
Despues de muerto le ama,
Y en su defensa le llama.
Ved qué donosa manera
De discante;
Que aunque haya tenido ante
Por marido algun escuerzo,
Luego toma en él esfuerzo
Para ponerle delante
Por memoria,
Trayéndole por historia
Contra el nuevo sucesor,
Oponiéndole el amor
Y bondad del que haya gloria;
Al cual quiso
Enviar á paraíso
Por mártir de sus enojos,
Y allí lo tiene en los ojos,
Como si fuera Narciso.

FILENO.

Puede ser
Haber alguna mujer
De seso menos templado;

(3) Así Garay; Velasco pone: *por pasar tiempo.*
(4) Así Garay; Velasco pone: *en especial.*
(5) Velasco pone, en contraposicion de Garay:
Sus deseosos secretos,
Sus designios, sus concetos.

(6) Así Garay; Velasco escribe:
Como vos decis que están.

Mas no siendo vos casado,
¿Cómo lo podeis saber?

ALETIO.

Ni querria;
Mas al tiempo que solia
Mirar mas en estas cosas,
Vi muchas harto donosas,
De quien contar os podria;
Mientra estuve
En lugares por do anduve
Tras la corte encantadora;
Y se me acuerda aun agora
De una huéspeda que tuve,
Madrigada,
Que habiendo sido casada
Con dos maridos primero,
Lo estaba con el tercero
Cuando allí tuve posada.
Los primeros
Decia que eran caballeros,
Grandes y ricos dotores,
Pero no tan hacedores
Cuales ella en vivos cueros
Los queria,
Ni como se los pedia
Su corazon deseoso;
Y el uno diz que potroso,
Hablando con cortesía;
Y la fama,
Que los secretos derrama,
Publicaba, y era cierto,
Ser alguno de ellos muerto
Por contiendas de la dama
Sin paciencia;
Que no le valió la ciencia
De Baldo ni de Galeno,
Padeciendo, como bueno,
Sobre cuernos penitencia
Sin razon.
Y por su misma ocasion
Y otras causas de ruido
Con el tercero marido
Nació tambien disension
Y quistiones,
Enojos y turbaciones,
Diferencias y rencillas
Tan grandes, que á referillas
No me bastan mis razones.
Tal andaba
La cosa, y ella tan brava,
Que no se os puede decir;
Y comenzando á reñir,
Sus dotores alegaba,
Blasfemando;
Y decia suspirando:
«Dotor Juan, ¿quién te llevó?
Muriera contigo yo
Para no vivir penando,
Como muero
Con este torpe grosero,
Perezoso, haragan,
Chocarrero, charlatan,
Alfarnate, mesonero,
Dormidor.»
Esta forma de loor,
Caricias y bendiciones
Eran las salutaciones
Del marido pecador
Cada dia,
Alegando todavía
Con los dotores pasados,
Que fueron martirizados
Con la misma tiranía.
Y el pobreto
Pasaba, como discreto,
Por las mas de estas querellas,
Sabiendo la causa de ellas,
Y deciame en secreto,
Sonriendo:
«¿Veis el bien que está diciendo
De estos dotores que canta?
Yo os voto á la casa santa,
Que ella los mato riñendo
Como á mí.»
Ved ahora, Fileno, aquí
Por los casamientos tales
De viudas pestilenciales
Lo que se sigue de allí,
Por estar
Ya muy diestras en notar
Buenas y malas maneras;
Y como son ya matreras,
No se pueden engañar
Ni rendir.

FILENO.

Mala forma de argüir
Es que por una medida
De esa mujer desabrida
Querais, Aletio, medir
Las honradas,
Corteses y bien criadas,
Por el mundo repartidas,
Honestas y comedidas,
Continentes y templadas
Y discretas;
Y por pocas no perfetas
Penseis condenarlas todas.

ALETIO.

Al fin, las mas quieren bodas,
O públicas ó secretas;
De las cuales
Salen cuentos muy reales,
Y algunos malos recados
Y partos disimulados,
Ascondidos en costales
Por rincones,
Con sutiles invenciones
De dar color á lo hecho,
Porque no pierdan derecho
Sus honras y presunciones.
Mas aun estas
Que en demandas y respuestas
Se saben bien gobernar,
Se podrian perdonar,
Porque hay otras deshonestas,
Desmandadas,
Y de esto tan descuidadas,
Con el vicio á que se dan,
Que por do quiera que van
Dejan rastros y pisadas
Del delito,
Que llega á ser infinito
Desque una vez se comienza,
No teniendo en él vergüenza,
Ni modo en el apetito;
Mas tornando
A las que lo van callando,
¡Ay Dios, y cuán pocas son
Las que con su tentacion
No están siempre batallando!
Bien que halla
El rigor de esta batalla
Alguna vez resistencia,
Porque la fama y prudencia
Suelen servir de muralla
O de freno;
Mas no os engañen, Fileno,
Las tocas azafranadas
Ni las colas arrastradas
Por el polvo y por el cieno,
A pensar
Que todo se ha de juzgar
Lo que anda en las conciencias
Por aquellas apariencias
Y señales de pesar
Lisonjero,
Ni aunque fuese verdadero;
Porque á sombra de aquel luto
Anda el ojo disoluto
Y el corazon carnicero.

Solteras.

FILENO.

Ya que veo,
Aletio, vuestro deseo
Y propósito cruel
De con esa lengua infiel
Llevarlas todas arreo,
De tal arte
Levantando el estandar'e
De mal decir y hablar,
Quiero de nuevo probar,
Y tentar por otra parte
Las almenas,
Y ver si culpas ajenas
Por ventura os darán alas
A decir bien de las malas,
Pues decis mal de las buenas,
Como veis.
Veamos lo que diréis
De las mujeres solteras.

ALETIO.

No son cosas decideras,
Fileno; no me tenteis,
Que desmayo;
Hágoos saber que no trayo
Suficiencia ni caudal
De poder bien decir mal
De gente de tanto ensayo,
Cautelosa;
Mas, porque es algo dudosa
La materia que tratais,
Aclaráme, si mandais,
Un poco mas esa cosa
Que pedis.
Las solteras que decis,
Cuáles son, si lo sabeis,
Y qué nombre les poneis
Y lo que de ellas sentis.

FILENO.

Soy contento:
Lo que de este nombre siento
Es un linaje de gente
Que vive mas libremente,
De todas leyes exentó;
No obligadas
A ser viudas ni casadas,
Y menos á religion;
Doncellas ya no lo son
Ciertas ni disimuladas,
Como quiera
Que este nombre de soltera
Tambien se toma por bueno.

ALETIO.

Ya, ya lo entiendo, Fileno,
Y sé toda su manera:
Son mujeres
Que para darse á placeres
Tienen gracias singulares,
Y para darnos pesares
Bastantísimos poderes;
Son llamadas
Mujeres enamoradas,
Hembras del mundo profanas,
Damas tambien cortesanas,
Y otras menos estimadas
Cantoneras,
Con reverencia rameras,
Etcetera de esta vez,
Y algunas de este jaez
Con nombre de costureras,
Y otras tales
Personas interesales,
Que fuera de los estados
Arriba comemorados
Son causa de muchos males.

FILENO.

De esas digo;
No por serles enemigo,
Pues no hay causa para sello,
Sino por ser despues de ello
Mas abonado testigo
Defensor.

ALETIO.

Careced de ese temor,
Pues nadie puede ofendellas;
Ni decirse cosa de ellas
Que no sea en su loor;
Porque excede
A lo que decir se puede
Lo que decir se podria,
Mas que el sol de mediodía
A la noche que sucede.
Darme os quiero
O demandar con Homero
A las musas su favor,
Para contar sin error
El ejército guerrero
De grecianos
Que salió contra troyanos;
Y yo le pido tambien
Para sentir el desden
De tan tiránicas manos,
Do se encierra
Mas luenga y áspera guerra
Que fué aquella de Elena (7),
Porque de estas anda llena
Toda la haz de la tierra
De contino,
Cuyo espíritu malino
Y pensamiento cruel
Nos vende por dulce miel
Su ponzoñoso venino;
Bestias fieras
De mil formas y maneras,
Lobas contino hambrientas,
Harpías crudas, avarientas,
Y leonas carniceras
O halcones,
Que viven de las prisiones
De sus uñas y sus picos;
Buitres que á pobres y ricos
Arrancan los corazones;
Sacomanos,
Enemigos inhumanos,
Que roban en tierra llana,
Sedientas de sangre humana
Y de ropas de cristianos.

FILENO.

No haya mas,
Aletio, volved atrás;
Decid mal, pero mas paso;
Sed un poco mas escaso,
Que vais fuera de compás.
No consiento
Que con tanto atrevimiento
Os mostreis así contrario
Al pueblo que es necesario
Para mas adornamiento (8)
De esta vida,
Que á no estar así afligida
De diversas profesiones
De hembras y de varones,
Seria muy desabrida
Y muy dura
Para toda criatura;
Porque por el variar;
Segun el refran vulgar,
Es hermosa la natura,
Y no en vano
Formó Dios el cuerpo humano
De miembros tan diferentes,
Como los ojos y dientes
Son del brazo y de la mano.

(7) Sigo á Garay; Velasco escribe así estos versos:

Mas larga y áspera guerra
Que fué de aquella de Elena.

(8) Así Velasco; Garay pone *adornamento*.

Desiguales
Son tambien los animales
En formas y condiciones;
Cualesquier generaciones
Tienen suertes especiales
Que loar;
Los pescados de la mar,
Arboles, yerbas y plantas,
Con diversidades tantas,
Que no se pueden contar
En presencia,
Porque aquella diferencia
Y diversidad de cosas
Las hace muy mas hermosas
Y de mayor excelencia
Y perficion,
Y por la misma razon
Está muy bien ordenado
Que haya hembras en su estado
De diversa condicion
Y poder
Para pesar y placer,
Y lo que mas se requiere;
Y quien lo contradijere
Terná tan mal parecer
Como vos.

ALETIO.

Líbrenos, Fileno, Dios
De hacer tal travesura,
Que á las obras de natura
Contradigamos los dos
Locamente;
Pero gran inconveniente
Y peligroso embarazo
Seria meter el brazo
En boca de una serpiente
Denodada,
Por decir que fué criada
Por la mano del Señor,
Y por el mismo tenor
En la mujer endiablada
Que os despecha.
Alabo el alma que es hecha
A imágen de la divina,
Mas no la mente malina
Que tiene de su cosecha
Natural;
Y aunque es tacha general
De todas, principalmente
Las tienen las que al presente
Entran en el memorial,
A las cuales,
Pues por leyes mundanales
Se permite el tal oficio,
Consintámosles su vicio,
Mas no los descomunales
Desafueros
Con que á nobles caballeros,
A quien Dios libres ha hecho,
Hacen para su provecho
Tributarios y pecheros.
Sus maldades,
Engaños y falsedades,
Trampas, mentiras, ficciones,
Malicias y traiciones,
Bajezas y poquedades
Y falsías;
Cubiertas hipocresías,
Tramas, astucias, cautelas,
Trampantojos y novelas,
Tráfagos y burlerías
Y finezas;
Ardides y sutilezas,
Embustes y embaucamientos,
Dobleces de pensamientos,
Desvergüenzas y vilezas,
Presunciones,
Falsas disimulaciones,
Novedades y entremeses,
Contracambios y reveses
Y baratos á montones,
Y mudanzas;
Tratos dobles, asechanzas;
Aleves y deslealtades,
Injustas enemistades,
Crueldades y venganzas;
Demasías,
Befas y descortesías,
Enfados, ascos, hastíos,
Esquivezas y desvíos,
Desprecios y roberías
Y despojos;
Atrevimientos, antojos,
Fieros despechos, ultrajes,
Resabios de mil linajes,
Y lágrimas en los ojos
Asestadas,
Falsamente derramadas,
Con fingidas aficiones
O falsas denegaciones
Indignamente tomadas
Por partido,
Para poner en olvido
Con sobrada ingratitud
El servicio y la virtud
Que de vos ha recibido.
Son diablos
Detrás de aquellos retablos,
Con que nos sacan de tiento,
Que aunque los alcanzo y siento,
Tengo falta de vocablos
Suficientes
Para hablar de estas gentes
Y de sus obras y menguas,
Aunque tuviese mil lenguas,
Y todas muy elocuentes.

FILENO.

No peneis
Por ellas, si me creeis,
Ni las debeis desear (9);
Porque para mal hablar
Os basta lo que teneis.
Yo no niego
Poder ser dañoso el juego
Al que á jugar quiere darse,
Ni dejar de calentarse
El que anda cerca del fuego;
Mas mirad
Que, pues teneis libertad
De guardaros, useis de ella,
Y no cargueis la querella
Sino á vuestra voluntad.
Provocaros
Pueden, pero no forzaros,
A que gusteis de su miel,
De suerte que de su hiel
Podeis muy bien apartaros
Y holgar;
Pero no podeis negar,
Aletio, que muchas de ellas
No son hermosas y bellas
Y sabrosas de gozar
Y dispuestas,
Aparejadas y prestas
A convites y banquetes,
Regalos y sainetes,
Y regocijos y fiestas,
Y lindezas;
A galas y gentilezas,
Vestidos, pompas y arreos,
Con que con dulces deseos
Nos alivian las tristezas
Y pesares,
Con gracias particulares
De danzar, cantar, tañer,
Que suelen bien parecer
En los tiempos y lugares
Que conviene,
Con que el hombre se despene

9) *Cureis*, dicen Velasco y Fernandez.

Y deleite en las oir,
Con libertad de decir
Lo que en el corazon tiene,
Sin ruido
De madre ni de marido,
De tornos ni campanillas,
Ni de tocas amarillas,
Que os hacen andar tullido
Y penado,
Cuando sois enamorado
En otras partes mejores,
Do el palacio y los primores
Suelen ser mate ahogado,
Por faltar
La libertad y lugar
Que sobran á las solteras,
Con gracias de mil maneras
De que se suelen hallar
Rodeadas,
Y muchas de ellas dotadas
De virtudes excelentes,
No pocas de las presentes
Y muchas de las pasadas,
Sus iguales;
Thais, Flora y otras tales,
Y Safo con armonía,
Y Leoncia, que sabia
Las siete artes liberales.

ALETIO.

Enlodadas
Quedan mas que no loadas
De esas gracias que alegais,
Y cierto vos las dejais
En mal lugar empleadas,
Siendo buenas;
Porque esas sus cantinelas
Y músicas, yo las llamo
Los cantares del reclamo
O cantos de las sirenas
Mal sentidos.
Pues las galas y vestidos
Que tanto pueden y valen,
Decidme, ¿de dónde salen,
Sino á costa de perdidos
Que las dan?
Y el placer tras que se van
Es la manzana de Eva (10),
Que le sale al que la prueba (11)
Al precio de la de Adan.
Ni alabeis
Tampoco, pues no debeis,
Aquellas sus libertades,
Que son deshonestidades,
Si por nombre las quereis
Conocer;
Tan solteras suelen ser
Para mal, y desenvueltas,
Que conviene echarles sueltas
Porque las han menester,
Y aun trabones
Contra las inclinaciones
Que tienen de liviandad,
A la cual la libertad
Les da grandes ocasiones;
Y es la entrada
De la costumbre malvada
A que despues se van dando
Por oficio, y ley tomando
La vida desvergonzada,
Que es la fuente
De do sale la corriente
De tanta bellaquería,
Teniendo por granjería
Vendernos públicamente
Sus deleites,
Usando de mil afeites
Y suciedades sin cuenta,
Por hacer mejor su venta
A fuerza de los aceites
Y posturas,
Deformando sus figuras
Para salir por las plazas
Con pláticas y trapazas
Engañadoras, escuras
Y bellacas
Sacaliñas, redrosacas,
Todas á fin de robar:
En lo cual son de loar
Las ovejas y las vacas
Muy mas que estas,
Pues se muestran mas honestas
Con los toros y carneros,
No les pidiendo dineros
Por las semejantes fiestas
De natura.
La yegua tiene mesura
De no pedir al caballo
Interese por dejallo
Gozar de su hermosura.
Mirad cuáles
Son los brutos animales,
Que la hembra con el macho,
Sin ningun precio ni empacho,
Se juntan como leales
A placer;
Sola la falsa mujer
Pone su recreacion
En despojar al varon
Los cueros, si puede ser.

FILENO.

Guárdense ellos
De no venir á perdellos;
Mire por si cada uno;
Que ellas á galan ninguno
Tirarán por los cabellos
Ni pestañas.

ALETIO.

Tíranle por las entrañas,
Salteando con el gesto,
Urdiendo por el fin de esto
Diversas artes y mañas
Cautelosas;
Que bien que nos son forzosas
Por el rigor de justicia,
La fuerza de la malicia
Las hace muy poderosas;
Con las cuales
Hacen insultos y males,
Robos, fuerzas y destrozos,
Que en el monte de Torozos
Nunca se hicieron tales;
Son polilla
De las bolsas y mancilla,
Y cáncer de cortesanos
Cruel, que no hay cirujanos
Que lo curen en Sevilla
Ni aun en Roma;
Son el pulgon y carcoma
De la viña y de la casa;
Vasijas en que se embasa
Cuanto se hurta y se toma,
Corre y gana;
Mirad la corte romana,
Que en estos silos ensila
Cuanto Marta diz que hila
Y cuanto Pedro devana.

FILENO.

No hableis,
Aletio, que no sabeis
Esas cosas cómo van;
Mirad que dice el refran
Que creais lo que veréis (12)
Solamente;
Y cuando fuerdes presente,
Romano vivito more.

(10) *Son*, en vez de *es*, dice Garay.
(11) Garay escribe *sabe*.

(12) Así Garay; *que creais lo que veis*, dice Velasco.

ALETIO.

No hay, Fileno, quien ignore
Que hablais como prudente
Concertado;
Y si veis que voy errado,
Corregidme con paciencia;
Pero cierto acá en ausencia,
De muchos soy informado
Que hay ramera
Tan hábil y tan granjera,
Que, á falta de mejor paga,
En breve tiempo se traga
Una calongía entera
Con regreso;
Y sin fulminar proceso
Se mete en la posesion,
Comiéndola á discrecion
Hasta no le dejar hueso;
Y mujeres que gastan en alfileres
Mas que algunas en faldillas,
No comiendo sin vajillas,
Y pagando de alquileres
Necesarios
Y en tributos ordinarios
Muy gran suma de ducados,
Que pienso no ser ganados
A coser escapularios
Ni á hilar.
Pues si queremos entrar
Por nuestra corte española,
Ella nos bastará sola
Para poder murmurar
De tal fuero,
Dó se va tanto dinero
Desde aquel tiempo que aun era
Viva Isabel de Herrera (13)
Y Quartal el despensero,
Su querido (14),
Y otras que habeis conocido
Despues acá mas modernas,
Apañadoras eternas
De todo lo que han podido.
Son langosta,
Que despues que se regosta
A la espiga candeal,
No hay bolsa tan liberal,
Que no se le haga angosta.

FILENO.

No creais
Ser tanto como pensais;
Porque en todo hay su medida.

ALETIO.

Por Dios, que me dais la vida
Si esa virtud les hallais (15).
Mal diréis
Lo que de ellas entendeis,
Negando tan á la llana,
Pues solamente Fulana,
Que vos muy bien conoceis,
Bastaria,
Segun su gran tiranía,
Que muchos saben de coro,
A tragarse todo el oro
Que de las Indias se envia.
Pues los daños
Que demás de estos engaños
Y robos suelen causar,
No hay quien los baste á pintar,
Ni aun pensar en muchos años
Las quistiones
A que nos dan ocasiones,
Cuchilladas y ruidos,
Do muchos quedan heridos
O muertos por los cantones
Desastrados.
¡Cuántos gentiles soldados
Y valientes de loar
Han quedado al hospital
Y vivido deshonrados
Con querellas,
Y hecho campo por ellas,
Donde quedaron tendidos,
Y otros muchos consumidos
En sus brasas y centellas,
O cobrado
Males que les han durado
Hasta meterlos so tierra!
Y ellas al fin son la guerra
Que mas hombres ha tragado
En poniente,
Y en Italia mayormente,
Que es sepulcro de naciones.

FILENO.

No se excusan disensiones
Do quiera que hay mucha gente;
Y si fuese
Ya posible que no hubiese
Mujeres de esta valía,
No por eso dejaria
De valer el interese
Muy de veras (16).

Alcahuetas.

No son solas las solteras
Las que van por tal camino.

ALETIO.

Bien decis, porque contino
Andan otras aparceras
Cerca de estas,
Que no son menos molestas,
Y son sus colaterales,
Que las sirven de oficiales
En demandas y respuestas
De sus tramas.
Algunos las llaman amas
Honestas, viejas pobretas,
Cuyo nombre es alcahuetas,
Sin mas andar por las ramas.
Muy sin pena
Por cal os venden arena;
Es gente de rapapelo,
Que de nadie tienen duelo
Por comer á costa ajena.
Unas dueñas,
Amorosas, halagüeñas
En sus gestos y visajes,
Van y vienen con mensajes,
Mas son algo pedigüeñas
Y pesadas;
Y como están desarmadas
Algunas veces de muelas,
Chupan como sanguijuelas
La sangre, muy mesuradas,
Dulcemente.
Es pueblo muy diligente
En prometer y mentir,
Y nunca se arrepentir,
Porque no se lo consiente

(13) En el *Cancionero general* copilado por Hernando del Castillo se cita en las obras de burlas á esta *Isabel de Herrera*, famosa meretriz:

Vi sobre todas que estaba triunfando
Isabel de Herrera, tan mere profana,
Que de insaciable, toda la humana
Lujuria querria tener á su mando.

La decencia prohibe trasladar aquí lo demás que se lee en dicha obra acerca de la *Isabel*.

(14) Velasco, á quien copia Fernandez, alteró estos versos del modo siguiente:

Viva la gran lavandera
Y su amigo el despensero
Muy querido.

Yo sigo las ediciones no expurgadas.

(15) Velasco dice *dais*.

(16) En Garay dice Aletio este último verso.

Su maldad.
Ninguna seguridad
Os da su prometimiento,
Porque han hecho juramento
De nunca decir verdad
Sin cohecho;
Y aun con él no hay nada hecho,
Porque esta gente engañosa
No tiene fin á otra cosa
Sino solo á su provecho;
Y su intento
No es que vuestro pensamiento
Venga jamás en efeto,
Sino que su falso peto
Quede del vuestro contento.
Mientras tratan,
Ellas mismas desbaratan
Los negocios á las veces,
Y como falsos jueces,
Los estorban y dilatan
Sin constancia;
Y con mucha vigilancia
Van alargando la cura,
Porque mientra el pleito dura
Dure tambien la ganancia
Toda via,
Y crezca la robería
Por no mentiros en balde.

FILENO.

A nadie quita el alcalde,
Aletio, su granjería
Con razon;
De cualquiera condicion
Que el servicio pueda ser,
Nadie lo quiere hacer
Sin esperar galardon.
Todos van
A sombra de aquel refran,
Que el abad, adonde canta,
De allí se dice que yanta
Y suele ganar su pan
Ordinario.
Digno es el mercenario
De su jornal cotidiano;
Ninguno trabaja en vano
Ni quiere ser tributario
Del servicio
Sin esperar beneficio;
Cuanto mas, que estas terceras
Algunas son verdaderas
Y hacen bien el oficio
Comenzado,
Que si no fuese guiado
Por su mano y tercería,
Pocas veces se vernia
Al fin de lo deseado.

ALETIO.

Parte son
A veces de conclusion
Y medio con la persona;
Que ella mesma se aficiona
A teneros devocion;
Con las cuales
No van tampoco leales,
Porque son dobles espias,
Y quieren por ambas vias
Mejorar sus cabezales
Sin sudores,
Como buenos corredores
Que de ambas partes apañan;
Y ellas mismas las engañan
Por comer de los amores
Semejantes.
Así son participantes
De los pechos y provechos
Y despachos y despechos
De los tristes negociantes
Que desdeñan.
Ellas las joyas empeñan
Por tener causa y color
De pedir al amador,
Y las amuestran y enseñan
A pelear (17),
Fingir y disimular,
Rehusar y prometer,
Dilatar y encarecer,
Con nunca se les quitar
De la oreja.
Guárdeos Dios de tal pareja
Y de la ley en que vive,
Segun lo que Ovidio escribe
De cierta malvada vieja.
Sus reportes
De parte de sus consortes
Siempre van con intencion
De demanda y peticion,
Porque allí van los deportes
A parar;
Y si aquello no ha lugar
Por lo mucho que han llevado,
Vienen á pedir prestado
Para nunca lo tornar.
En rebato
Estáis puesto cada rato
Con ellas; que no hay reparo,
Porque os venden siempre caro,
Y compran de vos barato
Cualquier cosa.
Una vieja maliciosa
Que de esta arte conocí,
Me trajo una vez á mí
Una demanda donosa,
Enviada
Por parte de otra malvada
Con dos anillos groseros,
Harto pobres y ligeros,
Y una manilla quebrada,
Que pesado
Todo ello, y bien contado,
Cuatro escudos no valia;
Pero con ello queria
Hacer un cambio forzado,
Y mandaba,
Si servir la deseaba,
Que yo recibiese aquello
Y que pusiese sobre ello
Si alguna cosa faltaba;
Y tomados
A cuenta los lacerados
Anillejos y manilla,
Le diese una cadenilla
De hasta veinte ducados;
Y aun sobre esto,
La vieja de falso gesto
Que vino con el mensaje
Pedia su corretaje
Para beberlo de presto
Tras la lumbre;
Y esta, en fin, es la costumbre
De aquella gente non santa,
Con que se acuesta y levanta
Para darnos pesadumbre
Y cuidados
Con reportes y recados,
Las mas veces mentirosos,
Pero caros y costosos,
Envueltos en mil enfados
De dolor.
Trabajoso es el amor
Que por sus manos se guia,
Porque os venden cada dia
A vuestro competidor,
Y malean,
Mienten, burlan y trampean,
Urdiendo tales secretas.
Dios nos libre de alcahuetas,
De cualquier edad que sean,
Pues probadas,
Si son viejas son taimadas,
Avezadas á robar,

(17) Velasco pone *pelar*.

Y diestras en engañar
Por haber sido engañadas,
Y maestras;
Y si mozas, no son diestras,
Porque les falta experiencia,
Y tienen otra dolencia,
Que luego van dando muestras
Para sí,
Y como toquen allí,
Es materia peligrosa,
Y no hacen despues cosa
Que valga un maravedí.
¡Oh cuitado
Del cautivo enamorado
Que por medio de traidoras
Alcahuetas robadoras
Esperaba ser librado
De prision!
Porque cuantas ellas son,
Y sus madres y madrinas,
Hijas, mozas y vecinas,
Todas van con intencion
De pelaros,
Roeros y desollaros
Por su parte cada una,
Sin misericordia alguna,
Hasta abriros y sacaros
Los livianos
Con mil ardides tiranos,
Astucias claras y ocultas;
Porque *fit cito per multas*
El robo donde hay mas manos.

FILENO.

Yo no aprucho
Por buena, pues que no debo,
La libertad de tal uso,
Pero tampoco la acuso,
Porque veo que no es nuevo
Ni vedado.
Siempre jamás se han usado
En el mundo esas mujeres,
Que, como otros mercaderes,
Pueden vender su hilado;
Muy peores
Son los hombres, y mayores
Tramposos y baratones,
Malvados, trincapiñones,
Renegadores, traidores
Y malinos,
Que hacen hechos indinos
Y cometen mil maldades,
Hurtando por las ciudades
Y robando en los caminos.
Dejá estar
La cuenta particular
De semejantes estados,
Que siendo bien cotejados,
No podeis mucho ganar,
Y volvamos
Al punto que atrás dejamos
De hablar en general,
Pues que ya del especial
En parte, Aletio, quedamos
Satisfechos;
Y si teneis mas pertrechos
Que tirar sin piedad,
Soltaldos, ó confesad
La verdad y los provechos
Tan sobrados,
Y consuelos señalados,
Honras y comodidades,
Ventajas y autoridades,
Y bienes acompañados
De alegría,
Que la mujer noche y dia,
Por donde quiera que sea,
A los hombres acarrea
En su dulce compañía
Natura
Que es tan universal,
Que quien de ella ha carecido
Va fuera de lo acaecido
En esta vida mortal.
Y de aquí
Vemos que en el *Genesi*
Se escribe que Dios crió
Macho y hembra, y los juntó
En conformidad allí;
De manera
Que por esta ley primera
Tiene el hombre obligacion
Al deseo y aficion
De tan dulce compañera,
Y á creer
La autoridad y saber
Del poeta castellano
Que dice, y no en vano:
«Gran corona es la mujer
Del varon (18).»

ALETIO.

Pasad al otro renglon,
Do dice, si sé leer:
«Cuando quiere obedecer
A la ley de la razon (19).»
Y cumplilla;
Y con esta palabrilla
Queda, Fileno, borrado
Eso que habeis alegado
En favor de esta hablilla
O sentencia;
Porque si con diligencia
Examinarlo quereis,
Entre mil no hallaréis
Una que tenga obediencia
Verdadera,
Ni que á la razon se quiera
Someter de todo punto,
Sin que haya allí luego junto
Alguna falta ó manera
Desabrida.
Por una parte os convida
Y por muchas os despecha,
Mostrando bien que fué hecha
Para darnos mala vida.
¡Oh animal
Mas que bruto irracional,
Y malvada bestia, á quien
Hizo Dios por nuestro bien,
Y ella piensa nuestro mal
Sin hartura!
¡Imperfeta criatura,
Hecha para ser esclava,
Cruel, enemiga brava
Y soberbia de natura!
¡Careciente,
General y comunmente (20),
De razon, órden y ley;
Reino loco, donde el rey
Se rige por accidente
De contino!
No se puede tomar tino
A la hembra, ni le tiene,
Porque nunca va ni viene

(18) Versos de los *Proverbios* de don Iñigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana:

Gran corona del varon
Es la mujer

(19) Cuando quiere obedecer
A la razon.

Alguno que era del parecer de Aletio contrahizo esta copla, diciendo:

Gran carcoma del varon
Es la mujer
Si no quiere obedecer
A la razon.

Véase la centuria cuarta de la *Filosofía vulgar* de Juan de Malara.

(20) Velasco dice:

General inconveniente
De razon, órden ni ley.

Sino fuera de camino;
Desviada
De los medios, y allégada
Siempre mas á los extremos;
De do viene que la vemos
Por antojos gobernada,
En el viento
Volando su pensamiento,
Ora acá, ora acullá;
Nunca por el medio va,
Mas siempre fuera de tiento
Y mesura;
O como una peña dura
Se queda, estando parada;
O corre desenfrenada
Tras el fin de su locura,
Que la guia;
Una vez helada y fria
Muy mas que el invierno frio,
Otra como el mismo estio
Inflamada en demasia,
Nunca alcanza
La hembra cierta templanza
De guiar tras la verdad
Ni tener en igualdad
Puesta jamás la balanza
Del querer:
O vos ama, sin poder
Encubrir lo que padece,
O sin causa os aborrece
Hasta no poderos ver,
Y vengarse.
Si grave quiere mostrarse,
Pónese triste, pesada,
Rostrituerta, encapotada,
Que apenas deja mirarse;
Y si acuesta
A ser cortés y modesta,
Dejando la gravedad,
Da muestras de liviandad
Con risa menos honesta,
Y muy presto
Aquella gracia del gesto,
Con que se muestra amigable,
Se hace vituperable
En su hocico compuesto.
En un hora
Canta y gruñe, rie y llora,
Es sabia y loca en un punto,
Osa y teme todo junto,
Y niega al mismo que adora,
Y le vende;
Quiere y no quiere, ni entiende
Lo que quiere ni desea;
Consigo mismo pelea,
Contraria de sí, se ofende
Y destruye;
Sigue lo mismo que huye,
Lo que sabe no lo sabe,
Concierto ninguno cabe
En lo que ordena y concluye
Con razones,
Porque contrarias pasiones
Le perturban la razon,
Y en una misma opinion
Tiene muchas opiniones.
Una dama,
De mejor gesto que fama,
Me acuerdo que vi en Toledo,
Con tanta saña y denuedo
Como un toro de Jarama
Carnicero,
Que en brazos de un caballero,
Casi bramando, decia:
«¡Qué desventura la mia,
Que no sé lo que me quiero!»
Y de aquí
Nace, como siempre vi,
No poder en esta vida
La mujer ser entendida,
Porque no se entiende á sí,
De mudable,
Inconstante, variable,
Vaga, vana, charladora,
Deslenguada, mordedora,
Mentirosa, intolerable,
Maliciosa,
Arrogante, imperiosa,
Mandona, descomedida,
Temeraria de atrevida,
Impaciente, querellosa,
Robadora,
Pesada, revolvedora;
Ambiciosa y avarienta,
Vindicativa, sangrienta,
Sañuda, amenazadora,
Envidiosa,
Descomunal, desdeñosa,
Creedora de ligero,
Idólatra del dinero,
Por quien hace toda cosa
Lisonjera;
Por una parte santera
Y por otra muy profana,
Supersticiosa, liviana,
Adevina, hechicera,
Perezosa,
Deshonesta y lujuriosa
Cuando el tiempo da lugar,
Dotora del paladar
Y tragadora golosa (21),
Regalada;
Por la mayor parte dada
A toda delicadeza,
Y á ser de su gentileza
Curiosa y apasionada,
Y á locuras
Y deleites y blanduras,
Y á caricias y halagos,
Y á revueltas y trafagos
Y secretas travesuras;
Guardadora
Del odio que en ella mora,
Hasta que halla sazon
De vengar su corazon,
Del cual es ejecutora
Muy airada;
Malina, desvergonzada
Y terrible, impetuosa,
Corajuda y furiosa,
Súpita y acelerada
Y guerrera;
Indomable, dura y fiera,
Ingrata, falsa, traidora,
Rebelde, pleiteadora,
Achacosa, insufridera;
Por su vicio
Os zahiere el beneficio,
Y con voces entonadas
Y palabras muy osadas
Defiende su maleficio
Y pecados.
Entre los mas sosegados
Siembra y enciende quistiones,
Conciertos y condiciones
No los tiene en dos cornados,
Ni verdades.
Burla de las amistades
Y hace de ellas barato,
No metiendo en el contrato
Sino sus comodidades,
Y florea,
Juega y mofa y lisonjea,
Y murmura gravemente,
Malsinando al inocente,
Aunque ofendida no sea.
Es parlera
Y no menos novelera
De cosas nunca sabidas,
Y relata las oidas

(21) Velasco dice:
Traidora, falsa y golosa.

Contino de otra manera,
Añadiendo,
Acrecentando y poniendo
De su casa la mitad,
Y de cualquier vanidad
Muy grande historia haciendo.
Pues fiaros
De la que pensais amaros
No debeis, si sois discreto,
Porque no guardan secreto
Aunque muestren adoraros;
Y es doblado
El yerro si con cuidado
La amonesteis que lo guarde,
Porque tanto menos tarde
Lo dirá, si él es vedado,
Si se enoja,
Y si tambien se le antoja,
Como de su natural
Sea infiel y desleal
Y vuelva presto la hoja.
Pues hablar
De su gran disimular
Y fingir causas compuestas
Con muy sutiles respuestas,
Es para nunca acabar
En un año.
Trama y urde cualquier daño
Y maldad en un instante,
Aplicando su semblante
A la fraude y al engaño,
Remedando
Con él y representando
Con muy fácil movimiento
Cualquier caso ó pensamiento (22),
Que la lengua va hablando
Falsamente.
No hay quien así represente
Cualquier fábula en su sér
Para dárosla á entender
Al revés de lo que siente,
Sin conciencia.
Tened, Fileno, paciencia
Si me alargo, porque os quiero
Dar un ejemplo casero
En razon de esta sentencia.
Parad mientes:
Yendo de gentes en gentes,
Me vine á hallar un dia
En una casa do habia
Aposentos diferentes;
Y yo, estando
En uno de ellos cenando,
Entró por aquella parte
Una mujer de buen arte,
Mustia y triste, suspirando,
Que venia
Con una congoja pia
Y demanda de dinero
A cierto buen compañero
Que por caso allí comia;
Y en razon
De aquella su peticion,
Sin haber nunca tal sido,
Alegaba haber parido
Un hijo de maldicion,
Que tocaba,
Segun ella lo juraba,
Poniendo á Dios por testigo,
A un otro nuestro amigo
Que en ausencia se hallaba;
Informando
Punto por punto del cuándo
Y cómo aquello pasó,
Y el peligro en que se vió;
Humildemente publicando
Sus pasiones,
Pobrezas, tribulaciones,
Trabajos, peregrinajes,
Con meneos y visajes
Conformes á las razones
Piadosas
Y palabras dolorosas,
Mostrando su desventura
Y la de la criatura
Con lágrimas abundosas,
Tan constante,
Miserable y elegante,
Que mal año en conclusion
Para Tulio Ciceron,
Aunque estuviera delante;
Que pudiera
Vencernos de tal manera,
Porque todos en oilla
Nos movimos á mancilla,
Creyendo lo que no era;
Y creida,
Luego fué bien proveida,
Y llevó ciertos ducados,
Dejándonos lastimados
De verla tan dolorida
Y cuitada;
Y luego que fué apartada
Fuera de aquel aposento.
Se fué á otro apartamiento
De aquella misma posada,
Donde habia
Gente, segun parecia,
Con quien ella mas holgaba,
Y con quien no se mostraba
Tan triste y sin alegría.
Yo salí
Dende á un poco por allí,
Y mirando por defuera,
Vila estar tan chocarrera,
Que apenas la conocí,
Asentada en una mesa cuadrada
Con otros, puestos de codos,
Alegrándolos á todos,
De puro regocijada,
Placentera,
De la tristeza primera
Ningun indicio en su cara,
Que pensé que le durara
Todo el tiempo que viviera.
Muy lozana
Hacia de la truhana,
Tanto, que, á mi parecer,
En mi vida vi mujer
Reir de tan buena gana.
Yo, espantado
De ver un tan gran nublado (23)
En un momento esparcido,
Volvime medio corrido
Al aposento dejado,
Por probar
A enviarla á llamar;
Vino luego allí en presencia
Con la misma continencia
Y semblante de pesar
Que primero,
Mostrando ser valedero
Lo llorado y referido,
Siendo del todo fingido,
Mentiroso y lisonjero.
¿Qué diréis
A esto, pues no podeis
Huir de tales fianzas
Y cautelas y asechanzas,
Por bien que en ello os mireis,
Ni escapar
De sus formas de dañar?
Tantas son siempre las artes
Y astucias de todas partes
Que tienen para engañar
Los cristianos;
Aunque con indicios llanos
Las tomeis en el pecado

(22) *Cosa*, dice Velasco.

(23) Velasco pone:
De ver tan grande ñublado.

A vista de ojos mirado,
Y con el hurto en las manos,
Os lo osa
Negar, porque es poderosa
Con sus ardides sabidos
De embaucaros los sentidos
Y dorar cualquiera cosa,
Por mas fea
Y manifiesta que sea,
Y ninguna hay que poder
No tenga de hacer creer
Lo que quiere que se crea.

FILENO.

Alargado
Os habeis, Aletio, y dado
Causa de nuevos aferes,
Pues decir mal de mujeres
Es hablar en lo excusado;
Que al fin somos
Sus mozos y mayordomos,
Obligados á sufrillas,
A querellas y servillas
Con pies y manos y lomos
Y hacienda;
Porque no hay quien se defienda
Contra su poder crecido,
Y es fuerza quedar vencido
Vos tambien en la contienda
Que tenemos;
Pero, pues seguis extremos
Contra cosa tan sabida,
Decidme por vuestra vida,
¿Qué consejo tomarémos
Los soldados
Que ya estamos ocupados (24)
En esta guerra sabrosa?

ALETIO.

Que pues es tan peligrosa,
Vivamos muy recatados
Sin desmanes,
Do los mismos capitanes
Tienen las mismas querellas,
Y que no fiemos de ellas
Ni aun un saco de alacranes
O de arena,
Pues el refran las condena
Do sabiamente señala
«Que te guardes de la mala,
Y no fies de la buena».

FILENO.

Es forzado
Ser el hombre enamorado.

ALETIO.

Al freir pues lo veréis,
Y á la fin me lo diréis,
Cuando volvais del mercado.

FILENO

Pues decid:
Ya que la contienda y lid
De mujeres tanto empece,
Segun a vos os parece,
¿Sabeis vos algun ardid
Y contraste
Tan suficiente, que baste
A huilla ó á vencella,
Porque el seguimiento de ella
No nos consuma ni gaste?

ALETIO.

Yo confieso,
Fileno, que no sé deso
Casi nada, aunque lo sigo,
Bien que soy del mal testigo,
Mas no toca mas en grueso
Mi doctrina.
Cerner sin echar harina
Es la alquimia de tal ciencia.
Conozco bien la dolencia,
Mas no sé la medicina
Ni la hallo,
Remedio no sé buscallo,
Que satisfaga y contente;
Alcanzo el inconveniente,
Pero no sé remediallo.
Comparado
Es en esto al ahorcado
El que enamorado es,
Que se sube por sus piés
Donde ha de quedar colgado.
Es verdad
Que nuestra sensualidad,
Con sus ardores y brios,
De estos tales desvarios
Nos hace necesidad,
Que se heredan,
Y que las mujeres puedan
Tanto, que nos humillemos
A ellas y las amemos;
Pero no por eso quedan
Desculpadas;
Antes muy mas condenadas
Con sus pliegues y dobleces;
Manos se besan a veces
Que debrian ser cortadas.
Asi que,
Perdonad, que no podré
Cumplir con vuestro deseo;
El daño conozco y veo,
El remedio no lo sé.

FILENO.

Sea asi;
Dejaldo quedar ahi,
Que otro dia hablarémos,
Y solamente tratemos
De lo que me toca á mi
Por agora,
Y de aquella mi señora
Que os decia y sus amores,
Dignos y merecedores
De quien os ama y adora;
Porque son
De extremada perfeccion,
Dulces, graciosos y bellos;
Yo os quiero dar cuenta dellos
Para mi consolacion.

ALETIO

Holgaria
Yo tambien de parte mia,
Pues vuestro placer, Fileno,
No lo tengo por ajeno,
Y en todo tiempo os querria
Complacer;
Pero tengo qué hacer
Agora, y es tarde ya;
Quédese, si os placerá,
Para despues de comer (25).

DIALOGO ENTRE EL AUTOR Y SU PLUMA.

Á MARTIN DE GUZMAN, CAMARERO DEL REY DE ROMANOS, ENVIÁNDOLE ESTA OBRA.

He acordado de presentar á vuesa merced antes que á otro esta obrecilla, por muchas causas que no digo; la menor de los cuales es mayor que yo y ella, y aun estoy por decir que vuesa merced, á quien suplico, pues sabe bien á qué saben los dolores del servir y no medrar, en la dicha obra contenidos, la reciba en su correccion y amparo; y si le pareciere digna de conmemorar y comunicar mas que

(24) Velásco lee:

Que estamos tan ocupados.

(25) En contraposicion de este libro hay uno impreso en Milan el año de 1580, escrito por Juan de Espinosa. Intitúlase *Diálogo en laude de las mujeres*. Es libro raro. Defiéndese en él con la autoridad de Ciceron el tiranicidio.

á sí solo, le ponga de su casa lo que le falta de la mia, que es buena gracia de leella: especialmente que la materia de que trata, de sí es desabrida, y por eso mezclé con ella las burletas y refranes que á la mano me vinieron; y en recompensa y servicio del trabajo que vuesa merced ha de tomar en promovella, si á bien saliere, quedaré obligado á hacer, y lo mismo en otra alguna que vuesa merced hará á este propósito; pues, á Dios gracias, tiene mejor causa para ello que para ocuparse en llorar duelos ajenos, si el valor de su ánimo no le aconhortase de los propios. Perdone vuesa merced el atrevimiento de mis palabras; porque, demás de la libertad de criado viejo, me regocijo y huelgo de hablar con él en semejante materia, por aquel verso que dice: *Solatium est miseris socium habere pœnarum;* y con todas las mias seré siempre, como he sido, servidor de vuesa merced.

DIALOGO.

Interlocutores.

Castillejo y su pluma.

CASTILLEJO.

Sus, sus péñola tardía;
Descúbranse los engaños,
Perded ya la fantasía,
Dadme cuenta de treinta años
Que os habeis llamado mia.
Decidme, ¿qué habeis ganado
En esta larga tardanza,
Perdida tras confianza?
No tengais mas mi cuidado
Suspenso con esperanza.

Decidme lo que habeis hecho
Con tanta tinta y papel
Gastado contra derecho,
Pues de vos, della ni dél
Tengo tan poco provecho.
Las muchas cuentas y sumas
Y cartas de tan gran cuento,
¿Qué es de ellas? Que á lo que siento,
Tales palabras y plumas
Son las que se lleva el viento.

El gavilan ó el alcon
Por la pluma se mantiene;
Ella le da el galardon,
Pues volando, al fin le viene
A las uñas la prision.
Vos, volando tanto há
Cabe la real laguna,
Por vuestra mala fortuna
La noche se os viene ya
Sin hacer presa ninguna.

¿Qué excusa me podeis dar
De haber sido desastrada?
Pues no podeis alegar
Que no fuistes empleada
En excelente lugar;
So las alas y favor
Y servicio muy leal
Del águila principal;
En el mundo, y la mejor
Despues de la imperial;

Cerca del esclarecido
Infante-rey don Fernando,
Al cual solo habeis servido
Poco menos desde cuando
Por nuestro bien fué nacido;
Cuyo valor y virtud,
Adquirido y heredado,
Han ya tan alto volado,
Que se halla en juventud
Tres veces rey coronado (26).

Y aun le falta, siendo tal,
Mucho de lo que merece
Por humano y liberal,
Que es gracia que resplandece
En su persona real;
Lo cual se ha bien parecido
En muchos á quien sobró
La dicha que me faltó,
Que acerca dél han tenido
Mas favorable que yo.

Mas agora no digamos
De este señor excelente
Loores, pues no bastamos,
Ni la materia presente
Lo pide, de que tratamos.
A vos, péñola, tornemos,
De quien hemos comenzado,
Que llevando tal recado
De nave, velas y remos,
Tan mal habeis navegado.

Si por caso acaeciera
No daros tal amo Dios,
Medrando de esta manera,
Decid, ¿qué fuera de vos
Con otro que tal no fuera?
Sin duda nuestra laceria
Llegara por su natura
A morir de hambre pura,
Segun la larga miseria
De vuestra corta ventura.

Y aun con tanta mejoría
Y ventaja de tal dueño
Hallaréis muchos hoy día
Que con otro mas pequeño
Han hecho mas granjería.
Y mil no bien empleados,
Que con plumas de gallina
Han volado tan ahina,
Que valen mas sus salvados
Que toda vuestra harina.

Empacho debeis tener
De mil vuestros conocidos
Que comenzaron ayer,
Y los vemos hoy subidos
Do no se soñaban ver.
Vos, por llegar muy temprano
A ver salir el estrella,
Distes causa á mi querella;
Que otros ganan por la mano,
Y vos perdistes por ella.

Pues de mí, si la aficion
De mí mismo no me ciega,
Pienso que no dí ocasion
Al galardon que se os niega,
Confesando la razon;
Porque fe con diligencia
Tuve siempre por ganancia,
Y tanta perseverancia,
Que, aunque os falte suficiencia,
Se suple con mi constancia.

La cual y mi voluntad
Jamás se vieron mudadas
Por ninguna novedad,
Antes siempre confirmadas
Con verdad y lealtad;
Caso que pude escoger
Otros amos generosos,
No para mí tan honrosos,
Mas quizá pudieran ser
Para vos mas provechosos.

Y pues, como veis, cumplí
Mi deber tan á la luenga,
Bien se colige de aquí
Que no tengo por qué tenga
Ninguna queja de mí.
Y porque mas claro os diga
En el caso mi opinion,
De nuestro mal galardon
Vuestra fué la culpa, amiga,
«Vuestra fué, que mia non» (27).

(26) Don Fernando, hijo de Felipe el Hermoso, fue archiduque de Austria, rey de Bohemia y tambien de romanos.

(27) Versos de un antiguo romance.

Por donde estoy en cuidado
De qué podeis ya servir
Con que emendeis lo pasado,
Pues en volar y escribir
Tan mal habeis aprobado.
Y no hallo entre las gentes
Oficio que os pueda dar,
Ni de qué me aprovechar
De vos, que de mondadientes,
Si tuviese qué mondar.

Porque, ya que yo presuma
Jugar con vos de mas botes,
Y por razon de ser pluma
Emplumar con vos birotes,
Y que en ello me consuma,
Sé que podeis alegar
Para quedar excusada
Por no servirme de nada,
Que no podeis emplumar
Estando tan desplumada.

Así que, no sé qué sea
De vos y mí, ni do vamos
Vestidos de una librea,
Segun con ella quedamos
Rotos en esta pelea.
La tierra toda tomada,
Ninguna guarida cierta,
La esperanza casi muerta,
Yo rendido y vos cansada,
Y la vejez á la puerta.

PEÑOLA.

Acabad, Señor, por Dios;
Que hablais mas que conviene,
En mengua de ambos á dos;
No deis quejas á quien tiene
Por ventura mas que vos.
Pero, pues me lo mandais,
Yo soy de ello muy contenta,
De venir con vos á cuenta;
Paga no me la pidais,
Pues no la sufre mi renta.

Y en querellar nuevamente
Mal de tan vieja herida,
Como cosa de presente,
Dais sospecha conocida
Que hablais con accidente;
Mas, ya que tengais razon
De mostraros mal contento,
Serlo de mí no consiento,
Que escribo vuestra pasion,
Y escribiéndola la siento.

Cuanto mas, que de haber sido
Vuestro trabajo tan vano,
La misma parte ha cabido
A la pluma que á la mano
Del poco fruto cogido;
Que si este respondiera
Como cualquiera pensara,
Ya yo triste descansara,
O á lo menos escribiera
Cosa que mas me agradara.

De suerte que no sería
Derecho juzgar el nuestro
Si en esta nuestra porfía
Fuese el daño mio y vuestro,
Y la culpa toda mia;
Antes hallaréis quien diga
Que vos por vuestro interese
Quisisteis que yo tuviese
Alas como la hormiga,
Para con que me perdiese.

Y pues que vos lo hecistes,
Y segun de ello sentis,
Por ganarme me perdistes.
¿Para que me zaheris
El lugar do me pusistes?
Que por mí pueden decir,
Como suelen, gran tocado,
Y con el chico recado,
Siendo mi pobre vivir
Con el nombre cotejado.

Fuera por cierto mejor
Para ganar de comer,
Que estuviera yo, Señor,
Con un gentil mercader
O con un buen recetor,
Pagador ó tesorero,
Que con una peñolada
Pudiera en una nonada
Rentaros mas mi tintero
Que en toda estotra jornada.

Que las virtudes sin par
Del señor á quien servimos,
Bien es dejallas estar,
Pues ni yo ni vos subimos
Po las podamos loar;
Mas, ya que podais contallas
Como debeis conocellas,
No podeis aquí metellas,
Pues son mas para dorallas
Que no para comer dellas.

Ni de sus nuevos estados
Espereis nuevos consuelos,
Pues lo ponen en cuidados,
Con que vos y vuestros duelos
Del todo estáis olvidados.
Antes le tienen trocado;
Que ya no se acuerda, no,
De Alcalá, donde nació,
Ni de Arévalo el honrado,
Donde niño se crió (28).

Pero, pues es ya pasada
La mas parte de la vida,
Puedo estar muy conhortada
De ser antes bien perdida
Que si fuera mal ganada.
Y vos, pues os sentis flaco
De provecho y de merced,
A la honra os acoged,
Pues no caben en un saco
Entrambos, ni en una red;

Que si otros han tenido
Ventura sin merecella,
Y os parece estar corrido
De no poder vos tenella
Habiéndola merecido,
Partidos son de fortuna,
Guiados por movimientos
Del mundo y acertamientos,
Do no se guarda ninguna
Orden de merecimientos.

Y en semejante dolencia,
Medicina señalada
Será que nuestra conciencia
No puede ser acusada
De culpa ni negligencia.
Yo hice vuestro mandado,
Vos lo que virtud obliga;
Si dicha nos fué enemiga,
Lo que á los otros ha dado,
San Pedro se lo bendiga.

Razon teneis de sentir
Pena de haber madrugado
Tan de mañana á servir,
Y haberse tanto tardado
El galardon en venir;
Mas debeis considerar
Que no toda medicina
Obra bien á la contina,
Ni por mucho madrugar
Amanece mas ahina;

Que en suerte tan pecadora
Cual la nuestra no conviene
Aquel refran por agora,
Que «quien á la postre viene
Dicen que primero llora».

(28) Nació don Fernando en Alcalá el 10 de marzo de 1503.

Antes, segun la Escritura,
Los postreros son primeros,
Y los primeros postreros,
Porque nos llamó ventura
Para dejarnos en cueros.

Ni tengais por mejoría
Haber sido el delantero;
Que ya veis lo que decia
El de la viña al obrero
Que vino al alba del dia;
Bien que podeis alegar
Que sois contento de ser
Igual en el alquiler
Con quien vino á trabajar
A las horas del comer.

Mas en fin no os aprovecha
De desdicha decir mal,
Ni buena ni mala trecha,
Porque es fruta natural
Propia de vuestra cosecha;
Y al derecho y al revés
Fué mal hado que os cubrió,
De que soy sin culpa yo,
Porque es como mal francés,
Que de vos se me pegó.

Así que, ningun provecho
Espereis, Señor, de mí,
Sino trabajo y despecho;
Porque el medrar es aquí
Como el grano del helecho;
El remedio de lo cual
Será tornaros soldado,
Pues es camino trillado
Para ir al hospital,
Donde vais encaminado.

CASTILLEJO.

Con sobra de libertad
Sois, Pluma, descomedida,
Y no es poca necedad
Que seais tan atrevida,
Caso que digais verdad;
Mas de esta vuestra simpleza
Lo que mas me desagrada,
Por veros tan mal criada,
Es sentir que la pobreza
Os hace desvergonzada.

Mas no por eso os desamo,
Vista la causa del yerro;
Que, aunque me quejo y reclamo,
Bien sé que cualquiera perro
Con rabia muerde á su amo;
Y que del caso por quien
Mi justa queja os acusa,
No podeis quedar confusa,
Teniéndola vos tambien,
Ni os ha de faltar excusa.

Pero no puedo dejar
De quejarme como quejo
De vuestro mal acertar;
Porque si de vos me dejo,
No tengo á quién me tornar.
Mirad cuán mal entablada
Está mi suerte en el juego
Del viento con que navego,
Que con vos no gano nada,
Y sin vos soy mate luego.

Ni me queda con vos hoy
Suerte ninguna segura
Por el camino do voy;
Sino sola la locura
De haber sido cuyo soy.
Con lo cual seré contento,
Ya que no puedo dichoso;
Mas de vos siempre quejoso,
Pues al sastre su instrumento
Le debe ser provechoso.

Con el martillo el herrero
Hace su casa mas rica,
Con la lanza el caballero,
El soldado con la pica,
Con la azuela el carpintero;
Mantiene la lanzadera
En su estado al tejedor,
Las redes al pescador,
Al tundidor la tijera,
Y el arado al labrador.

La azada da de comer
Y vestir al hortelano,
Los libros al bachiller,
La péñola al escribano
Cuando hace su deber;
El horno no se calienta
Sin la paja y su servicio;
Y en fin fin, cualquier oficio
Saca de su herramienta
Señalado beneficio.

Sino yo, que porfiando
Tras el bien que nunca vi,
Sin él me voy acabando
Con vos, que sois para mí
Pluma de buitre volando;
Y así quedamos en calma
En nuestra navegacion,
Esperando la sazon,
Vos como planta de palma,
Yo como camaleon.

Así que, no podeis ya
Agraviaros del castigo
Que por mi boca se os da,
Pues de vuestra feria digo
Segun que en ella me va.
Y aunque mas os disculpeis,
No me podeis sanear
De mi daño, ni negar,
Ya que no me aprovecheis
De ayudármelo á contar.

Y aun esto finalmente
Quedaré de vos pagado
En pajas en que me asiente
A contar de lo pasado,
Como lloro lo presente;
Que para lo venidero,
Si por camino mas llano
Por ventura no lo gano,
Por el vuestro no lo espero,
Pues ya me tiembla la mano.

PÉÑOLA.

Por dar lugar al antojo
Hablais, Señor, alterado,
Y vencido del enojo,
Mostrais haberme criado
Para sacaros el ojo;
Pero siendo yo obligada
A seguir vuestro partido,
Ya por mi mal he sabido
Que no puede ser ganada
Quien anda tras el perdido.

Mas si quereis corregir
Un poquito el pensamiento,
Para no le consentir
Que haga torres de viento,
Do no se puede subir;
Y no pintarme tamaños
Los agravios y despechos,
Usurpando los derechos,
Ni contar solo los daños,
No contando los provechos;

Hallaréis que no teneis
Razon en lo que decis
Contra mí, ni la veréis
Jamás de lo que pedí,
Si pedis lo que debeis;
Antes, si bien lo mirais
Con corazon sosegado,
Aunque estáis bien alcanzado,
Eso poco que alcanzais,
Conmigo lo habeis ganado.

Y pues sabeis que lo sé,
Perdonadme lo que digo,

Y poned en cuenta que
Siendo de Ciudad-Rodrigo,
Do nunca la corte fué,
Conversais entre señores,
Y á mi causa habeis venido,
No solo á ser conocido
De reyes y emperadores,
Mas tambien favorecido.

Bien que podeis responder
Que de tan bajo cimiento
Vienen muchos á tener
Mucho mejor cumplimiento
De lo que han menester;
Mas en caso semejante
Hay siempre menos y mas;
Vos saliendo de compás,
Mirais los que van delante,
No los que quedan atrás.

Esta consideracion
Es falta de donde os viene
El orgullo y presuncion,
Que no dice ni conviene
Con vuestra disposicion;
La cual, si yo me durmiese,
Aun os es inconveniente,
Porque muy ligeramente
Podeis, si por mí no fuese,
Perderos entre la gente.

Tambien os falta un primor
Que hace á los hombres ricos,
Y es, que sois bullidor
Como suelen ser los chicos
Acerca de su señor;
Que aunque sepais bien servir,
Si no sabeis demandar,
Poco puede aprovechar
Mi trabajo en escribir
Ni vuestro filosofar.

Más, ya que en esto faltamos,
Será bien que lo emendemos,
Y que de nuevo aprendamos
Arte con que negociemos,
O del todo nos rindamos;
Pero, porque se requiere
Para tal filosofía
Mas tiempo del que hoy habría,
Si, Señor, os pareciere,
Quédese para otro dia.

Y pues la mas larga vida
Está colgando de un hilo,
Tratemos de la partida;
Quizá mudando el estilo
Será menos desabrida.
Que si el bien se nos aleja,
Ya que nunca se nos haga
Alivio de nuestra llaga,
Es quedar con buena queja
A trueque de mala paga.

Villancico final.

Vi los barcos, madre,
Vilos, y no me vale.

Yo, loco, creia
Ser órden y ley
Salvar cualquier rey
Aquel que le via;
Mas esta fe mia
Muy vana me sale.
Vilos, y no me vale.

LIBRO TERCERO,

DE OBRAS MORALES Y DE DEVOCION.

OBRAS MORALES.

Mal engañado me has,
Mundo; ya siento tus daños;
Hasme llevado treinta años,
De lo que me pesa mas.
Jugaste con mi moneda
Sin poner tú solo un tanto;
Con pérdida me levanto,
Por no perder lo que queda.

Mas con todo mi dolor,
Alegre quedo al partir,
Con que te podré decir:
«Allá quedarás, traidor.»
No tengo de qué alabarme;
Mas tú quedarás corrido
De verte que me has perdido
Donde pensabas gozarme.

Muy gran peligro y afrenta
Es morir la libertad,
Quedando la voluntad
Viva, rebelde y exenta.
Vos, Virgen, de cuya cuenta
Es razon que esto se escriba,
Haced que muera la viva,
Porque la muerta consienta.

QUERELLA CONTRA FORTUNA.

Sé ya contenta, Fortuna,
Ten ya segura tu rueda;
Cesa ya, pues no me queda
Bien ni esperanza ninguna,
Ni mal que venir me pueda.
De bienes me has despojado,
Y de males rodeado
Fuera de toda medida,
Y hasme dejado la vida
Porque viva lastimado.

Quieres mostrar contra mí
Tan crudamente tus sañas,
Y no miras que te engañas,
Y que te ofendes á ti
En lo mucho que me dañas;
Porque del mal que querello
Así te plugo hacello
Y de tal tinta pintallo,
Que, aunque quieras remediallo,
Ya no bastas para ello.

No me queda, en conclusion,
Sino el alma que perder,
Do no basta tu poder;
Que de tu jurisdiccion
La quiso Dios defender.
Que de dilatar mi muerte
No tengo que agradecerte,
Pues la vida que dejaste,
Ya sé que la desechaste
Por la mas astrosa suerte.

De cuya causa mis quejas,
En mi corazon escritas,
No menos son infinitas
De ti por lo que me dejas,
Que son por lo que me quitas.
Y si algun bien me heciste,
Tan presto te arrepentiste,
Que ya no lloro, cuitado,
Por ver que me lo has quitado,
Sino porque me lo diste.

Y así, no quedo dudoso
En esta mi desventura,
Viendo el bien cuán poco dura,
Que aquel es mas venturoso
Que nunca tuvo ventura;
Que do tu felicidad,
Mudada en adversidad,
Se vuelve en otro color,
Muy mayor es el dolor
Que fué la prosperidad.

Mas, ya que así me querias
Mostrar sañuda tu cara,
Que llevaras te bastara
Lo que tú dado me habias,

Y lo démás me quedara.
Pero jugaste conmigo
A guisa de falso amigo,
Prestándome al gallarin,
Porque quedase á la fin
Lo de ambos á dos contigo.

Honra que tuve y favor,
Y crédito y confianza,
Muy gran cabida y privanza
Acerca de mi señor,
Y no pequeña esperanza;
Amigos, otro que sí,
Y otras cosas que perdí,
Por tu mano se me dió,
Pero la libertad no;
Que con ella me nací.

Y que todo lo llevaras,
Salvo aquello, tuyo era;
Que, aunque desnudo me viera,
Si esta sola me dejaras,
En muy poco te tuviera.
Pero la libertad muerta,
Así cerraste la puerta
Del remedio á mí, cautivo,
Que ya mientras fuere vivo
No la espero ver abierta.

Que aquel á quien bienes das,
Y despues es mal andante,
Porque nunca se levante,
Tan poco puede ir atrás
Como pasar adelante.
De este arte le descabezas
La libertad cuando empiezas,
Y lo dejas atajado,
Dándole mate ahogado
Entre medias de sus piezas.

¡Oh libertad deseada
De quien te tiene perdida,
Hasta allí no conocida,
Y despues siempre llorada!
Lástima es que no se olvida;
Joya no bien apreciada,
Por ningun oro comprada,
Y mucho menos vendida;
Quien te pierde sin la vida,
La muerte gana doblada.

De estos daños de tu mano,
Cuya memoria me atierra,
Porque el remedio se cierra,
El menor y mas liviano
Me hace muy cruda guerra.
Mas hay otro que senti
Sobre cuantos van aquí:
Que, por mas me lastimar,
Consentiste rebelar
Mis amigos contra mí.

Do con Job podré llorar,
Y con David cantaré,
Que aquel á quien mas amé,
En lugar de me ayudar,
Mas adversario me fué;
Que si mi enemigo fuera
De quien daño me viniera,
Fuera caso sufridero;
Pero de quien bien espero
Es cosa muy lastimera.

Así que, queda probado,
Y por mi mal queda sabido,
Fortuna, que me has buscado
Cuantos males has podido,
Y de ninguno guardado;
Y que por todas las vias
En que dañarme podias,
Quisiste mi perdimiento,
Condenando el pensamiento
A llorar noches y dias.

Causa me da que te arguya
Mi justa queja rabiosa;
Siendo yo tan poca cosa,
¿Qué poquedad fué la tuya
Mostrarte tan poderosa?
Contra castillo tan triste
Mucha pólvora metiste,
Y maravillado estó,
Estando tan bajo yo,
Cuán lleno me cogiste.

Y tú, no bien satisfecha
Con tenerme ya deshecho,
Aun continúas mi despecho;
No sé de qué te aprovecha,
Pues ya no soy de provecho.
Dejaste por mi enemiga,
Que de contino me siga,
A mi memoria conmigo,
Que por do quiera que sigo,
Acordando me fatiga.

Tus vanos bienes de ayer,
Que hoy son causa de pesar,
No me dejan olvidar
Cuán buenos son de perder
Y cuán malos de ganar.
Das ansias en deseallos,
Trabajos en alcanzallos,
Congojas en poseellos,
Mil dolores en perdellos,
Y el mayor es acordallos.

¡Oh cara desvergonzada,
Halagüeña, lisonjera!
A aquel te muestras de fuera
Mas alegre y mas pagada
Que mas sañuda te espera.
Amiga de novedad,
Tu falsa seguridad
Es como la paz de Júdas,
Que al mejor tiempo te mudas
Y cambias de voluntad.

Aquel que á favorecer
Comienzas y á levantar,
Sábesle tan bien cegar,
Que le haces entender
Que no le puedes faltar.
En cuanto pone la mano,
De todo se halla ufano,
No juega de balde treta;
De mil cazadas que meta,
Ninguna le sale en vano.

Hácesle de su caida
Tan seguro y confiado,
Y de ti tan descuidado,
Que de todo punto olvida
Que puede verse burlado;
Dástele tan sosegada,
Que no temiendo de nada,
Piensa tenerte de juro,
Y cuando está mas seguro,
Revuelves con tu celada.

Tan sin recelo vivimos,
Que aun ya despues que te vemos
Mudada no lo creemos;
De los medios nos sentimos,
Pero no de los extremos.
Y mirando lo de atrás,
Pensamos que volverás
A lo mismo que solias,
Hasta que de dia en dias
Te vas alejando mas.

Caminas por nuestros males,
Siempre en ellos te afirmando,
Y los bienes desviando,
Mostrando claras señales
Que eres vuelta de otro bando.
Cuanto pensamos despues,
Todo nos sale al revés;
No jugamos buena pieza,
Ni nos basta la cabeza
Do nos bastaban los piés.

Do queda que tu poder
Es, Fortuna, general
Para bien y para mal;
Mas del mal, por mal hacer,
Usas como principal;
Porque muchos abajaste,
Que despues no levantaste,
Pero de los que subiste,
A muy pocos sostuviste,
Que al fin no los derribaste.

Es tan grande tu grandeza,
Que á toda grandeza sobra,
Y toda bajeza cobra,
Y sobre naturaleza
Infinitas veces obra;
Porque en subir y bajar
Puedes, queriendo, alcanzar
Donde el mismo pensamiento,
Haciendo torres de viento,
Apenas puede llegar.

Y con cuanto poder tienes,
Muy pequeño le tuvieras,
Si solamente pudieras
Despojarnos de los bienes,
Y en mas no te entremetieras;
Mas eres tan atrevida,
Cruel y descomedida,
Que, despojados los hombres,
Les robas tambien los nombres,
Viéndolos ir de vencida.

Mejor es nombre de bueno,
Como Salomon lo reza,
Que multitud de riqueza;
Y de este haces ajeno
Al que abajas á pobreza.
Siendo el mismo que solia,
¿Qué es del nombre que tenia?
Porque suya ya no eres;
Lo pierde al tiempo que quieres
Deshacer la compañía.

Si buenas obras obró
No le son galardonadas,
Y muchas cosas pasadas,
Que por virtudes usó,
Por vicio le son contadas.
Haces por serle cruel;
Que del amigo mas fiel
Reciba menos consuelo,
Y que las piedras del suelo
Se levanten contra él.

Sea ejemplo Cipion,
Despues de tantas hazañas,
Conquistadas las Españas
Y librada su nacion
De Aníbal y de sus mañas;
Despues de haber sojuzgado
A Cartago, á su senado,
En lugar de galardon,
Acusado por ladron,
En fin murió desterrado.

Pues su contrario Aníbal,
Que por honra de su tierra,
Haciendo llana la sierra,
No popando ningun mal,
Sostuvo tan luenga guerra,
De sus mismos ciudadanos
Prometido á los romanos,
Buscando ajeno favor,
Reputado por traidor,
Muerte tomó por sus manos.

Y abajando desde aquí
A otros que menos fueron,
¿Cuántos hay que recibieron
Grandes favores de ti,
Que ganando se perdieron?
Que á la corta, que á la larga,
Al que tu dulzor embarga,
No se te escapa ninguno
Que en su estado á cada uno
No te le muestres amarga.

Por prueba de mi intencion
Bastan estos alegados,
Que los de ti lastimados
Sin ningun número son,

De diferentes estados;
A los cuales no asegura
Razon, bondad ni cordura,
Ni seso, maña ni arte;
Porque alegas por tu parte
No hay razon si no hay ventura.

Y esto bien considerado,
Muy bien puede ser tenido
En tu mudable partido
El perdido por ganado,
Y el ganado por perdido.
Pues no sabes ser igual,
Ni guardas en especial
Orden de cómo ni quién;
Y tu mal puede ser bien,
Y tu bien puede ser mal.

Pues bien lo considerando,
¿Qué mayor mal, tras tí yendo,
Podemos tener, viviendo,
Que es estar siempre esperando
O de continuo temiendo?
Y con tal conocimiento,
Pienso que mi perdimiento
No fué pequeña ganancia,
Por quedar en pobre estancia,
Ya de tí libre y exento.

Que en el mal en que me veo,
Por muy crecido bien hallo
Ni temello ni esperallo,
Y refrenarse el deseo
Con miedo de deseallo.
Y aunque tengo qué llorar,
Tengo con qué me alegrar;
Que tengo con no tener
Seguro de no perder,
Pues no tengo qué ganar.

Caso que mi desconsuelo
Muchas veces me desvela,
Una cosa me consuela:
Que no puede venir duelo
Que ya lo medio me duela.
Mas mal del que recibí
Ya no le temo de tí,
Ni yo espero de tí nada;
De suerte que es acabada
Tu posesion sobre mí.

Y de hoy mas yo me despido,
Con temor de tus mudanzas,
De tus vanas esperanzas;
Ni te quiero ni te pido,
Ni temo tus asechanzas.
Todo cuanto puedes dar
De placer y de pesar,
Ya sé cuán presto se pasa,
Y que la mas larga tasa
No puede mucho durar.

En aquel bien soberano
Es de poner la esperanza,
Que si una vez se alcanza,
No se suelta de la mano
Ni se teme de mudanza;
Do el Dador de la riqueza
Usa de tanta largueza
Y de términos tamaños,
Que delante de él mil años
Son un dia en ligereza.

De tal órden se mantiene,
Sin igual merecimiento,
En tener contentamiento,
Que el que menos gloria tiene
Está del todo contento;
Do los servicios pasados,
Trabajos, penas, cuidados,
Bien padecidos acá,
Sin achaque son allá
Satisfechos y pagados.

Final.

Y pues hemos de morir,
Que no se puede excusar,
Excusado es porfiar
En de contino seguir
Tras lo que se ha de acabar.
Y tú, mudable Fortuna,
Si es verdad que eres alguna,
Dañar puedes en el mundo;
Que allá en el otro segundo
No nos serás importuna.

CONSOLATORIA ESTANDO CON MIL MALES.

Cuando las angustias mias
Mas se esfuerzan contra mí,
Que es al tiempo que los dias
Juntan con las noches frias
La postrer parte de sí;
Cuando á los que están sin pena,
Sin pasion y sin cadena,
Cual yo no me pienso ver,
Les causa nuevo placer
La nueva noche serena;

Sino á mí, que quebrantado
De las fatigas del dia,
Quedo con nuevo cuidado
De sufrir el mal doblado
Cuando la luz se desvia;
Cercado de mil dolores,
No de burlas ni de amores,
Los cuales gran tiempo há
Rindieron sus armas ya
A las trabajos mayores;

Estando muy descontento,
Dentro de mi corazon
Luchando con mi tormento,
Y movido el pensamiento
A gran desesperacion,
No sé decir si dormia
O si me lo parecia;
Bien sé que lo procuraba,
Y que el dolor lo estorbaba,
Necesidad lo pedia.

Acaso súpitamente,
Si vale mi parecer,
Vi delante mi presente
Una persona excelente
En figura de mujer;
Dè limpieza guarnecida,
Con gravedad no fingida,
Honestidad extremada,
De tocas blancas tocada
Y azules ropas vestida.

Espantéme á la verdad,
Entre mí mismo turbado,
De ver con tal novedad
Mujer de tal calidad
En tiempo tan no pensado;
Y mirando mas en ella,
Parecióme conocella
Y habella visto sin duda,
No con tocas de viuda,
Sino en cofia de doncella.

Mas, porque la dilacion
No fuese mas que debia,
Con la tal admiracion
Hice disimulacion
De aquella mi fantasía,
Y dije: «¿Quién es, Señora,
Vuesamerced, que á tal hora
Me venis á visitar?
¿Quién os trajo á este lugar,
Do placer ninguno mora?

»Porque si placeres fueron
Los que tales se pensaron,
De dos suertes me mintieron:
Unos que nunca vinieron,
Otros que ya se pasaron;
Y hame quedado tristeza,
Vejez, cansancio, flaqueza,
Indignacion y amargura,
Queja, dolor, desventura,
Enfermedad y pobreza.»

Atajó mi querellar
La dueña con su prudencia;
Que con gracia singular
Dijo: «Dejad el pesar,
Tened, hermano, paciencia,
Porque yo, por relacion
De vuestra tribulacion,
Vengo por vuestro consuelo,
Enviada desde el cielo;
Llámome Consolacion.

»Mi comision es poner
En vuestro mal medicina;
Pero será menester
Disponeros á tener
Atencion á mi doctrina,
Y hacer que el sentimiento
Dé lugar al sufrimiento
Y olvide un poco su llaga,
Para que la razon haga
Su ley sin impedimento.—

»Bien sea vuesta excelencia
Venida, respondí yo;
Que puede con su presencia,
Saber y benevolencia
Sanar á quien enfermó;
Mas hállome tan cobarde
Para salir en alarde,
Que estoy con mucho temor
Que este socorro y favor
Ha ya llegado muy tarde.

»Porque tengo ya creido
Que á mi desconsolacion,
Estando yo tan rendido,
No hay otro ningun partido
Sino desesperacion;
La cual me quita cuidado
De andar siempre desvelado
Tras el remedio á buscarlo,
Y es alguno no esperarlo
Do no puede ser hallado.

»Que lo que padezco yo
De males nuevos y viejos
No admite médico, no,
Como gota que añudó
Encima de los artejos;
Porque esta mi triste vida
Ha sido tan combatida
De miserias y pesares,
Que por docientos lugares
No puede ser defendida.

»Caso que tal embajada
Y con tal embajador,
Es merced muy señalada,
Que yo no puedo con nada
Ser della merecedor;
Y aunque no traya de hecho
Bien para mí, ni provecho,
Por la sobra de mis males,
Os doy gracias inmortales,
Puesto por tierra mi pecho.

»Y suplícoos, pues que así
Fuistes de verme servida,
Me digais, Señora, aquí
Cómo venistes á mí
Sin ser de mí requerida;
Y qué fué la principal
Causa que tan liberal
Se me da vuestra nobleza,
Y movió vuestra grandeza,
A moveros de mi mal.—

»Soy contenta, respondió,
De dar razon suficiente
De lo que antes precedió,
Y agora me convidó
A la jornada presente;
Y dos causas al fin fueron
Las que á venir me movieron,
De diversa calidad,

Fundadas en caridad,
De quien ambas procedieron.

»La primera es por razon
Del cargo que Dios me ha dado,
Con poder y comision
De buscar consolacion
Al que está desconsolado;
Y son leyes soberanas
Que á las personas cristianas
Acuda con medicina
La consolacion divina,
Cuando faltan las humanas.

»Para la cual no se miran
Las voces del que adolece,
Que lamentan y suspiran
Segun le pungen y tiran
Los dolores que padece;
Que el que sabe la intencion
No juzga por la pasion
De aquella querella loca
Los clamores de la boca,
Sino los del corazon.

»Y por deuda de mi oficio,
Que pide su cumplimiento,
No por privado servicio,
Os hago este beneficio
Sin vuestro requerimiento;
Y así, viendo ser llegada
La sazon aparejada,
Vengo, queriéndolo Dios,
A veros sin ser de vos
Con voz expresa llamada.

»La segunda razon que
Me ha dado causa de veros,
Es obligacion de fe,
Que privadamente sé
Mucho tiempo há teneros;
Desde aquella primavera
De vuestra vida primera,
Cuando todo parecia
Verde y lleno de alegría
Cuanto acerca de vos era.

»Cuando yo, desde la cuna
Criada con gran pujanza,
Era en estos mundos una
Mensajera de fortuna,
Y me llamaba Esperanza.
Y bien se os acordara
Que veinte y siete años há,
Siendo vos de veinte y tres,
Y algunas veces despues,
Os visité por acá.

»Yo confieso que moví
Vuestro nuevo pensamiento
A pensar mucho de sí,
Y con mis soplos henchí
Vuestra cabeza de viento;
No con falta de verdad,
Con cautela ó falsedad,
Sino por lo que creia,
Juzgando por lo que via
De aquella oportunidad.

»Y vuestro seso cebé
De mi virtud á la clara;
Alterada, os alteré,
Engañada, os engañé;
Pero ¿quién no se engañara
Viéndoos en casas reales
A par de los principales
Y en gracia de vuestro dueño?
Si ha salido todo en sueño,
Engañaron las señales.

»De lo cual está sabido
El gran daño que os alcanza
Por el tiempo así perdido,
Cuerpo y seso consumido
Tras tan incierta libranza;
Y de tal loca porfía,
De todo fruto vacía,
Bien que fué, como se muestra,
La pérdida toda vuestra,
Mas la afrenta es toda mia:

»Vos perdistes sin razon
Sobre esta vana heredad,
La edad y la opinion;
De venir en posesion
Yo perdí la propiedad;
Pero para lo futuro
Vos podeis estar seguro
De semejantes errores,
Y tener ya mis favores
Por mas cierto que de juro.»

Atónito me tenia
Con su hablar mesurada,
Y aquello que me decia
Los ojos me enternecia
Con la memoria pasada;
Pensando con diligencia
En la muy gran diferencia
De aquellos tiempos floridos,
Y en las cuitas y gemidos
De esta mi pobre presencia.

Y con angustia le digo:
«Oh Señora, y cuán aviesas
Mostró sus obras conmigo
El tiempo, que por testigo
Quedó de vuestras promesas;
El cual sin ningun cuidado
De cumplir vuestro mandado
Se echó á dormir como muerto,
Y si acaso le despierto,
Vuélvese del otro lado.

»Y con su mucho tardar,
Enfadéme tanto dello,
Que cansado de esperar,
Cuanto ya me puede dar
No lo estimo en lo que huello.
Y ojalá se contentara
Que yo privado quedara
De todas mis esperanzas,
Y otras nuevas mal andanzas
A ello no me juntara.

»Y pues aquello faltó
Tenido por verdadero,
Y á vos misma os engañó,
¿Qué esperanza podré yo
Tener de lo venidero?
Si en aquella edad florida
Vuestra fe tan prometida
No tuvo seguridad,
¿Cuál será la de esta edad,
Ya por el suelo caida?»

Respondió con sufrimiento,
Y dijome: «Hermano mio,
Estad ya de hoy mas atento,
Y guiad el pensamiento
Al lugar do yo lo guio;
Y no os desasegureis
De la prenda que teneis
Ya de mí para adelante,
Por el ejemplo que ante
De lo contrario poneis.

»Que si mucho os prometí,
Y al cabo salió fruslera,
Caso que así lo creí,
No pequé solo por mí,
Sino como mensajera.
Fortuna sorda, sandía,
Yo ciega de su ufanía,
Ambas hembras y sin sér,
¿Qué pudimos prometer,
Que no mienta cada dia?

»Especial que son profanas
Las cosas que prometemos;
Temporales y mundanas,
Perecederas y vanas,
Sujetas á mil extremos.
Y no solo prometidas,
Mas despues de poseidas,
Fortuna con su locura
A nadie las asegura,
Que no puedan ser perdidas.

»Cuanto mas, que sus favores,
Ya que conociesen leyes,
Tienen por ejecutores
A solos emperadores,
Papas, príncipes y reyes;
Los cuales, ó por error,
Por olvido ó desamor,
Como son hombres tambien,
No tienen respeto á quien
Es de ello merecedor.

»Do viene ver mil astrosos,
Indignos, ásperos, fieros
Levantados, poderosos,
Y á buenos y virtuosos
Hacerse mil desafueros;
Y sin temor ni recelo
Empinadas hasta el cielo
Personas no merecientes,
Y á otros hombres excelentes
Derrocados por el suelo.

»Porque con la ceguedad,
Que es de los príncipes lonja,
Oyendo poca verdad,
Tienen ya la voluntad
Sometida á la lisonja.
Esta los ablanda y liga,
Y la otra su enemiga,
Necesidad, los enfrena,
Pero la virtud ajena
Pocas veces los obliga.

»Y siendo tambien tocados
De desagradecimiento,
Muchas veces los criados
Son al fin remunerados
Como lo sois en el viento;
Porque liberalidad
Y oficios de caridad
Donde reina ingratitud
No se hacen por virtud,
Sino por necesidad.

»Y así, mirando el Profeta
Esta vanidad tan loca,
A toda gente discreta,
Como con una trompeta,
Amonesta con su boca,
Escribiendo en versos claros:
—No cureis de confiaros
De los príncipes mortales,
Hijos de hombres terrenales,
Porque no pueden salvaros.—

»Y yo, viendo ser así,
Y las trampas y accidentes
De la vivienda de aquí,
Con tiempo me recogí
Por no engañar á las gentes;
Y con el favor divino
Eché por otro camino,
Mudado mi propio sér,
Por no tener que hacer
Con pueblo tan serpentino.

»Agora, si os placerá,
Volvamos á lo pasado
Por que fui venida acá,
Que en mi memoria no está,
Aunque suspenso, olvidado;
Y decidme, si os agrada,
Qué fué la causa fundada
Que desque Dios nos crió
En el mundo que fundó,
Y nos hizo de no nada,

»No quiso ni fué contento
Que ningun hombre estuviese
En paz con su pensamiento,
Ni tuviese cumplimiento
De todo lo que quisiese;
Sino porque esté dudoso,
Recatado y sospechoso,
Y nunca llegue á pensar

Que hay en el mundo lugar
De verdadero reposo;
»Ni piense jamás tener
En esta mortal morada
Algun perfecto placer,
Pues aun la vida ha de ser
Por poco tiempo prestada;
Sino que todas sus cosas
Estén siempre sospechosas,
Pendientes de las del cielo,
Y de allí espere el consuelo
Cuando le son trabajosas.
»Y en este sentido van
Las palabras á la clara,
Que se dijeron á Adan:
—Comerás de hoy mas tu pan
En el sudor de tu cara;—
Mostrándonos que el cuidado,
A trabajos obligado,
Afan, cansancio, dolencia,
Son la natural herencia,
Y lo demás es prestado.
»Pero Dios, con su largueza,
Con que nos gobierna y sana,
Usó de mayor grandeza,
Conociendo la flaqueza
De la condicion humana;
Y mostrando su clemencia,
Quiso que aun acá en presencia
Hubiese consolaciones
Para aliviar las pasiones
Y entretener la paciencia.
»Porque el hombre mas dichoso
Y mas bienaventurado,
Sano, sabio, virtuoso,
Bien dispuesto, generoso,
Mancebo, rico, letrado,
Cuando bien se mirará,
Con queja se hallará
De cosas que le fallecen,
¿Qué harán los que carecen
De todo cuanto aquí va?
»Y pues por fuerza es haber
Mil cosas que se deseen,
Es medio y es menester
Consolarlas, á mi ver,
Con otras que se poseen;
Y siguiendo esta razon,
Si interviene discrecion,
Por mano de Dios regida,
Imposible es que la vida
Esté sin consolacion.
»Con un honesto recado
De vida mansa, segura,
Puede estar aconhortado
Un hombre que á mas estado
No le subió su ventura:
Con la virtud de la ciencia
Se consuela, y con prudencia,
La falta de juventud,
Y la mengua de salud
Con ventaja de conciencia.
»Bien que el dolor corporal,
Mientra punge y atormenta
En esta vida mortal,
Es de los males el mal
Que mas quebranta y afrenta;
Mas la desesperacion,
De que hecistes mencion,
Nunca permitais que os venza,
Porque es terrible vergüenza
Del cristiano corazon.
»La falta de habilidad
Con bondad está pagada,
Y á la generosidad
La valerosa humildad
No le queda á deber nada;
Las gracias y gentileza
Del cuerpo, y la fortaleza,
No son de mas cuenta y peso
Que las del ingenio y seso,
Ni tienen tanta firmeza.
»La falta de la esperanza,
Paciencia la recompensa,
Y do riqueza no alcanza,
Moderacion y templanza
Son suficiente defensa;
Mayormente si miramos
En lo que desperdiciamos
Y superfluo que se gasta,
Y lo poco que nos basta,
Y lo mucho que buscamos.
»Así que', todos los males
Y faltas, por mas que duelan,
Con recompensas iguales
De otros beneficios tales
Se aconhortan y consuelan;
Y la pasada vitoria
Con la presente memoria,
Y la mala y triste suerte
Con el fin de buena muerte,
Y la muerte con la gloria.»
Con ánimo placentero
Estando gozando yo
De este sueño verdadero,
Despertóme un ballestero,
Que de lado me tiró;
Y halléme sin la dama
En mi solitaria cama,
Harto ledo y consolado;
Mas sujeto y obligado
Al tormento que me llama.

Final.

No faltes, esfuerzo;
Que males y afan
Su fin se ternán.

Si vos, penas mias,
Consuelo quereis,
Ejemplo teneis,
En Job y Tobias.
Los míseros dias
Que vienen y van
Su fin se ternán.

DIÁLOGO

ENTRE MEMORIA Y OLVIDO.

OLVIDO.

Dime tú, Memoria, di,
Que presumes sin derecho,
¿Por qué causa el mundo á tí
Loa y precia mas que á mí,
Que le soy de mas provecho?
Tú con tu importunidad
Les causas guerra contina,
Yo paz y tranquilidad;
Eresles enfermedad,
Yo salud y medicina.

MEMORIA.

¿Quién eres tú, desastrado,
Que hablas tan atrevido?

OLVIDO.

Soy un pobre desechado,
De todo el mundo olvidado,
Y así me llaman Olvido.
Soy libre de condicion,
Que apenas conozco dueño,
Y contrario á tu opinion,
Porque no tomo pasion
De nada, ni pierdo el sueño.

MEMORIA.

Siendo pues eso verdad,
Que eres quien dices, amigo,
¿Qué locura y liviandad
Es querer tú en dignidad
Cotejarte aquí conmigo,
Y que por una medida
Pienses tú de ser medido
Con mi valor en la vida,
Siendo yo virtud sabida,
Y tú vicio conocido.

OLVIDO.

Sé tú quien tú te quisieres,
Que no me doy una paja,
Pues con todo cuanto fueres,
En provechos y placeres
No te conozco ventaja,
No te esfuerces ni te ayudes
De fieros y fantasías;
Vengamos á las saludes,
Saca á plaza tus virtudes,
Yo tambien diré las mias.

MEMORIA.

No seas tan insolente,
Olvido desvergonzado;
Porque Dios entre la gente
Potencia mas excelente
Que yo soy no la ha criado.
Bien sé que la alma, por ser
Sempiterna, es desigual;
Pero yo con mi saber
Casi llego á parecer
Tambien cosa celestial.

OLVIDO.

Si por celestial te tienes,
Memoria, súbete al cielo,
Donde vas y de do vienes;
Que yo no pido mis bienes
Sino en este dulce suelo,
Donde sin ningun cuidado
De cosas mias ni ajenas,
De presente ni pasado,
Soy exento y reservado
De tus congojas y penas.

MEMORIA.

¿No sabes tú que yo soy,
Entre las cosas criadas,
La que en toda parte estoy,
Y que con mi lumbre doy
Sér y vida á las pasadas?
Mediante lo cual tenemos
Noticia de ellas tan cierta
Como de las que sabemos
Y con nuestros ojos vemos
Cada dia ante la puerta.
Pues los puntos y primores
De tantas ciencias y artes,
De que tan graves autores
Y de tan diversas partes
Fueron y son inventores;
La verdad y autoridad
De todo cuanto pasó
En la vieja antigüedad,
¿Quién las hace en esta edad
Manifiestas, sino yo?
¿Quién hace vivir la fama
De los excelentes hombres,
Que tan léjos se derrama,
Y á muchos otros inflama
En la invidia de sus nombres,
Sino yo, que si durmiese,
Y con virtud y fortuna
La cuenta se me perdiese,
No habria quien se moviese
A gentileza ninguna?
Pero la gloria mediante
De los ejemplos famosos
Que yo les pongo delante,
Convida á que se levante
El alma á los virtuosos,
Para estar siempre despiertos,
Menospreciando el morir,

Siendo seguros y ciertos
Que por mí, despues de muertos,
Comenzarán á vivir.

OLVIDO.

Quizá que concederia,
Por complacerte, Memoria,
Y templar nuestra porfía,
Que de esa tu fantasía
Llevases alguna gloria,
Si de los hechos pasados
Acordases solamente
Los dignos de ser loados,
Excelentes, señalados
Para ejemplo de la gente;
Mas tan bien haces mencion
Y llevas de mano en mano,
Por ejemplos y razon,
De Calígula y Neron
Como de Augusto y Trajano;
Tan bien cuentas del ladron
Malo como del bienquisto,
Y nos das informacion
Tan bien de la condicion
De Júdas como de Cristo.
No te hinchas pues los senos
De esos gozos y regalos,
Y si por ejemplos buenos
Haceis provecho, no menos
Haceis daño con los malos;
Porque el mundo pecador,
A todo vicio inclinado,
Siempre sigue lo peor;
De manera que es mejor
Quedar conmigo callado.

MEMORIA.

Calla, miserable Olvido,
Hijo de la misma muerte;
No compares tu partido,
Que ser tuyo ó no haber sido
Todo casi es una suerte;
Y vén en conocimiento
De mi gracia y excelencia;
Que yo soy de nacimiento,
Hija del entendimiento,
Madre de la providencia.
Mi cuidado y mi saber,
Que no se duermen ni trocan,
Dan aviso en proveer
Todo lo que es menester
De las cosas que nos tocan.
Yo hago que el hombre entienda
Con vigilancia y cuidado
En su honra y su hacienda,
Y con cordura defienda
Lo con fatiga ganado.
Yo doy lumbre á los errores
Que tú causas y procuras;
Alumbro á los oradores,
Letrados, predicadores,
Que sin mí quedan á escuras.
Quito los inconvenientes,
Y por medio de testigos
Pongo paz entre las gentes,
Y hago que estén presentes
En ausencia los amigos.

OLVIDO.

Todo eso es la verdad,
Y está, Memoria, muy claro,
Y sería en calidad
De no poca utilidad,
Si no costasen tan caro;
Pero hágote saber
Que el que de mucho se acuerda,
Jamás pudo carecer
De algun duelo ó desplacer
Que le aflija y que le muerda.
Las dulces cosas pasadas,
Acordadas, dan pasion,
Y las duras y pesadas
Tambien, no siendo olvidadas,
Aprietan el corazon;
Y cuando nos apartamos
Del lugar do bien quisimos,
Cuanto mas nos acordamos,
Tanto mas y mas lloramos
La soledad que sentimos.
Alegas el buen servicio
Que haces á los humanos,
Pero de este tal oficio
Poco ó ningun beneficio
Se les sigue de tus manos;
Que á los que vienes y vas
Con avisos singulares,
Y á los que visitas mas,
Por un placer que les das
Les causas treinta pesares.
Por tu medio son mayores
Cualesquier adversidades,
Penas y angustias de amores,
Y otros cualesquier dolores,
Pérdidas y enfermedades.
Todos los males serian
Menores si tú cesases,
Y los que pena tornian,
El descanso que querrian
Si tú no los atizases.
Enojos, enemistades,
Iras, bravezas y furias,
Bandos y parcialidades
Y vanas prosperidades,
Odios, afrentas, injurias,
Quistiones, guerras, batallas,
Y cosas de este tenor
Tú entiendes en despertallas,
Y yo entiendo en olvidallas:
Mira cuál es lo peor.
Y porque esta competencia
Ya, Memoria, se concluya,
Yo te digo, ten paciencia,
Que hallo gran diferencia
De mi virtud á la tuya;
Porque es muy mas eficaz
Para el cuerpo y para el alma,
Pues durmiendo á su solaz,
Los placeres tienen paz
Y los pesares en calma.
Y que al fin soy una cosa,
Si no lo quieres negar,
Que, allende de ser sabrosa,
Muchos, por ser tan preciosa,
No la pueden alcanzar;
Por lo cual, si se hiciese
Mercado de ti y de mí,
No dudo, dama, que hubiese
Quien por onza de mí diese
Mas que por libra de tí.
En cualquier cosa perdida
Que no puede ser cobrada,
Tú renuevas la herida;
Yo soy solo en esta vida
Medicina señalada.
Por tanto, Memoria amiga,
Piensa que estás en error,
Y si no te da fatiga,
Que mi mote te lo diga:
«Olvidar es lo mejor.»

DIÁLOGO

Y DISCURSO DE LA VIDA DE CORTE.

Interlocutores.

Lucrecio y Prudencio.

LUCRECIO.

No sé qué camino halle
Para tener de comer,
Y conviéneme buscalle,
Que á la fin es menester,
Pese á tal;
Que veo que cada cual
Pone todo su cuidado
Por ser rico y principal,
Y no vivir afrentado
Con pobreza;
La cual, aunque no es vileza,
Segun el dicho vulgar,
Eslo al fin si por pereza
Deja el hombre de llegar
A ser algo.
Yo, pobre gentil hidalgo,
De bienes desguarnecido,
Si por mí mismo no valgo,
Siempre viviré caido
Sin reposo;
Que al mancebo virtuoso,
Obligado á mas valer,
Para vivir deseoso,
Mas le valiera no ser
Entre gentes.
Pues confiar de parientes
El que no tiene de suyo,
Mas cerca tiene sus dientes,
Y es gran cosa, ave de tuyo.
No hay hermano
Ni pariente tan cercano,
Ni amigo tan de verdad,
Como el dinero en la mano
En cualquier necesidad.
Cualquier cosa,
Fácil ó dificultosa,
Se alcanza con el dinero,
Y se nos muestra graciosa
Donde él va por mensajero
Del deseo.
No hay tan despierto correo,
Ni cosa que haber se pueda,
Aunque venga de bolco
A cumplirse do hay moneda,
Sin que pene
Por ella aquel á quien viene;
Mas el pobre pena y muere,
Porque quien dineros tiene,
Dicen hace lo que quiere.
Y así va
El mundo, do nunca habrá
En este caso mudanza;
Que nadie vale mas ya
De cuanto tiene y alcanza,
Como vemos
En mil ruines que sabemos
Presumen de caballeros,
De quien gran caso hacemos
Por solo tener dineros
Y poder,
Y otros que, por carecer
De estos bienes temporales,
Ninguno los quiere ver,
Siendo nobles y leales;
De manera
Que me es fuerza, aunque no quiera,
Por no dormir en las pajas,
Buscar camino ó carrera
De mejorar mis alhajas,
Y salir
Por el mundo á descubrir,
Sin volver la cara atrás,
Algun modo de vivir
Para venir á ser mas.
Mas primero,
Segun hace el marinero
Cuando sale de arrancada,
Es de ver adónde quiero
Enderezar mi jornada,
Y mirar
Desde luego á encaminar
La nave á seguros puertos,
Pues dicen que al enhornar
Se hacen los panes tuertos;
Que despues

Que el barco da de través
La enmienda suele ser dura;
Y así, el bien acertar es
Do consiste la ventura.
Yo, mancebo,
Si agora que el tiempo nuevo
De escoger me da lugar,
No lo acierto como debo,
Siempre tendré qué llorar.
Ocho estados
Suelen ser los mas usados
Del vivir entre los buenos;
Los cuales, aquí notados,
Escogeré por lo menos
Uno honroso,
A vueltas de provechoso,
Sin lo cual no hay nada hecho;
Cosa que es dificultoso,
Juntar honra con provecho.
Oficial
No me parece muy mal
Si el nombre no fuese vicio;
Que aunque es suyo el delantal,
Quien ha oficio ha beneficio;
Y es seguro
Como hacienda de juro
Do quier que el hombre se vea;
Mas la honra que procuro
Lo excluye por cosa fea.
Mercader
Es cosa á mi parecer
Tambien de harta ganancia,
Y que lo puede bien ser
El que tuviere sustancia
Para ello;
Y así, yo no puedo sello
Ni aun de agujas y albaquías,
Si de orejas y cabello
No hago mercaderías.
Mas no sé,
Si ya que tuviere qué
Vender y sacar en tienda,
A mi verdad y á mi fe
Pornia en tanta contienda
Y conciencia;
Cuanto mas, que aquella ciencia,
Ya que traiga utilidad,
Tiene á vueltas penitencia
Y poca seguridad,
Y el sentido
Vigilante, embebecido,
Con recato y con aviso
En mil partes repartido,
Y muy poco en paraíso.
Pues letrado,
Para vivir de abogado,
O médico principal,
Que demás de ser honrado,
Es oficio interesal,
Bien vernia;
Mas no fué la suerte mia
Que yo letras aprendiese,
Ni que con tal granjería
Mi necesidad pudiese
Proveer.
Léjos van de mi saber
Las leyes y medicina,
Salvo escribir y leer
Y mi latin de cocina;
Pero, dado
Que las hubiera estudiado,
No sé cómo usara dellas;
Porque pienso haber pecado
En la forma de vendellas
A la gente,
Por ser de otras diferente
El uso destas dos artes,
Vendiéndose comunmente
Al antojo de las partes,
Sin tasar
Lo que merecen ganar;
Y así se halla cirujano
Que es peor en desollar
Que Falaris el tirano.
El estado
De la guerra y ser soldado
Como muchos buenos son,
Es cosa tambien que ha dado
A muchos reputacion
Y dineros;
Señores y caballeros,
Personas de perfecion,
Se precian de ser guerreros,
Y son desta profesion
Generosa;
Mas veo que es una cosa
En que anda de pasada
La vida muy peligrosa
Y la honra delicada,
Todo en vano;
Cuyo vivir inhumano
Nunca bien me pareció,
Porque es un pueblo profano,
Que hoy son y mañana no.
Y por via,
De la Iglesia no seria
Mal librado mi partido,
Si de cualquier canongía
Pudiese ser proveido,
Segun veo
Que lo son á su deseo
Otros de menos valor,
Que con pompa y con arreo
Pasan la vida á sabor,
Sin cuidado,
Quedándoles reservado
Su derecho so la capa
De subir de grado en grado
Hasta llegar á ser papa
Cualquier prete;
Mas no se inclina ni mete
A serlo mi devocion,
Porque loba ni bonete
No son de mi condicion;
Ni me oso
Tampoco á ser religioso
Inclinar, que bien podria
Si en ello fuese dichoso
De alcanzar un abadía;
Mas es larga
La esperanza, y muy amarga
Aquella forma de vida,
Y aun para algunos es carga
Muy pesada y desabrida,
Y el reposo,
Que por defuera es sabroso
Y convida á tal vivienda,
Para otros achacoso
Y mezclado de contienda,
Que le atierra.
Pues quien no huelga de guerra,
Ni de oilla ni de vella,
Fresco está si se encierra
Do siempre viva con ella
Trabajado;
Despues de todo probado
Cuanto el mundo puede dar,
Y de ello desesperado,
Esto no puede faltar.
Yo, si quiero
Darme como hombre granjero
Al campo y á la labor,
Y tornarme de escudero
Rico, honrado labrador,
No haria
Yerro, pues por esta via
Los padres del Testamento
Gozaron con alegría
De grandes bienes sin cuento,
Verdaderos.
Pues acá en los ganaderos
Del consejo de la Mesta,
De montones de dineros
No se hace mucha fiesta
Ni caudal;
Mas hay en el hombre un mal,
Que aunque yo quiera hacer
Lo mismo, no hay un real
Con que por obra poner
Tal afan,
Pues no alcanzo solo un pan,
Casa ni tierra ni viña,
Y como dice el refran,
Ni una roza en la campiña
Que labrar.
Así que, cumple pensar
En otra suerte de cosa
De que yo me pueda honrar
Y me sea provechosa;
Y no veo,
Para cumplir mi deseo,
Pensando en ello de espacio,
Sin andar por mas rodeo,
Sino acogerme á palacio
De algun rey
O príncipe de mi ley,
Gran señor ó gran prelado;
Sometido como el buey
Mi cabeza su mandado
Por medrar,
Y en algun tiempo llegar
A ser lo que otros han sido,
Pues hay muchos que notar,
Que por servir han subido,
Dios mediante
Y su industria vigilante,
A ser grandes de pequeños,
Y algunos tan adelante,
Que son dueños de sus dueños
Y señores,
Con privanzas y favores
Mas que yo puedo decir,
Y mas riquezas y honores
Que ellos pudieran pedir
Ni querer.
Ya pues podrá suceder,
Si mi ventura lo guia,
Que yo tambien llegue á ser
Uno destos algun dia;
Y así, inclino
A tomar este camino
Mi voluntad sin mas ocio,
Caso que no determino
La ejecucion del negocio
Hasta ver
Cerca della el parecer
De Prudencio, mi pariente,
Que con su mucho saber
Dirá en ello lo que siente
Claro y llano,
Y como fiel hombre anciano,
Me hablará sin engaños,
Cuanto mas que es cortesano
De cuarenta y tantos años;
Y no siento
A quien con mas fundamento
Comunique que á este viejo,
Que para mi pensamiento
Quede con su buen consejo
Descansado.
A la puerta está asentado,
Y es ya despues de comer.
Tomarle he regocijado;
Parlarémos á placer.

PRUDENCIO.

¿Dónde bueno por acá?
¿Cómo va, señor sobrino?

LUCRECIO.

Bien, señor Prudencio, va
A ratos, y mal contino.

PRUDENCIO.

¿Cómo así?

LUCRECIO.

Porque, aunque me veis aquí

Sano y bueno al parecer,
No alcanzo un maravedi,
Ni aun sé de dónde lo haber.

PRUDENCIO.

Con salud,
Que teneis, y juventud,
No hay riqueza que se iguale.

LUCRECIO.

Es verdad, mas la virtud
Sin riqueza poco vale;
Por lo cual,
Como á deudo principal,
Vengo á daros, Señor, cuenta
De mi bien y de mi mal,
Para atajar el afrenta
Con que vivo;
Que visto que la recibo
Con lo poco que aqui gano,
He tomado por motivo
De hacerme cortesano
Y servir
En palacio, por venir
A ser mejor algun dia;
Lo cual pienso conseguir
Mejor por aquella via,
Que es honrosa.
Mas, porque cualquiera cosa
Que ha de ser bien acertada
Se hace mas ventajosa
Con buen consejo guiada,
Y son raros
Los buenos consejos claros,
Quiero en esta mi ocurrencia,
Señor Prudencio, rogaros
Que con la mucha prudencia
Que teneis,
Por el bien que me quereis
Y gran virtud que en vos cabe,
Vuestro parecer me deis,
Como aquel que bien lo sabe.

PRUDENCIO.

Yo, Lucrecio,
Bien puedo pecar de necio,
Como otros muchos lo son,
Mas á lo menos me precio
De verdad y de razon;
Y estas dos,
Cuanto al mundo y cuanto á Dios,
Allende de lo que os quiero,
Me obligan á ser con vos
Fiel, leal y verdadero.
Claro veo
Dispuesto vuestro deseo
A la vida de palacio,
Y cosa tan de rodeo
Cumple tomalla de espacio,
Y vagar
Para podello tratar;
Y pues hay bien que hacer,
Debeisos aqui sentar,
Que será bien menester
Yo os prometo;
Y decidme aqui en secreto
Qué es la causa y fundamento
De aqueste vuestro conceto,
Voluntad y pensamiento
Cortesano;
Porque suele el seso humano
A veces en escoger
Errarse, y salir en vano
Lo que piensa que ha de ser
Provechoso,
Y lo de léjos hermoso
Tener de cerca otra vista,
Y engañarse en lo dudoso
Muchas veces por la lista
La opinion.

LUCRECIO.

Teneis, Prudencio, razon,
Yo os confieso ser así;
Pero desta mi intencion
Yo os diré la causa aqui
Brevemente,
Y es, que veo mucha gente
En palacio que de chicos
Llegan sin inconveniente
A ser muy grandes y ricos
Y dichosos,
Y los veo andar pomposos,
Ufanos y bien vestidos,
Honrados y poderosos,
Privados y favoridos
Y contentos,
Sin temer los movimientos
De la mar ni de la tierra,
Ni los acontecimientos
Ni peligros de la guerra
Trabajosa;
Y que es la corte una cosa
Alegre y regocijada,
Dé provechos abundosa,
Y á vueltas dellos honrosa;
Y á mi ver,
Aunque dicen no caber
En un saco honra y provecho,
En palacio á su placer
Duermen ambos en un lecho;
Y he pensado
Que yo, que soy inclinado
Al provecho con honor,
No podré en otro estado
Vivir mas á mi sabor.

PRUDENCIO.

Bien me agrada
Esa cuenta, y bien fundada
Va tambien vuestra esperanza,
Si de Dios está ordenada
Vuestra dicha y bien andanza
Sin afan,
Segun el dicho y refran
Que dicen, «Todo es ventura,
Comer en palacio pan
A sabor y con hartura.»
Y ¡ojalá,
Señor Lucrecio, pues ya
Ser cortesano quereis,
Os vaya tan bien allá
Como vos lo mereceis
Y acordais!
Aunque á la corte do vais
Sea Dios el que os conduce,
No es, no, como pensais,
Todo oro lo que reluce,
Ni es igual
A todos en general
En palacio la fortuna;
Que á unos es parcial,
Y á otros brava é importuna,
Ruin y escasa;
A unos da muy por tasa
Los bienes muy merecidos,
Con otros excede y pasa
De los límites debidos
De favor.
Y porque entendais mejor
Lo que de la corte pienso
Y he visto por mi dolor,
Tomemos mas por extenso
La materia.
Vos pensad que es una feria
La corte de trafagantes,
Donde unos pasan miseria
Y otros viven triunfantes,
Abastados;
Pero bien examinados
Los demás y los de menos,
Todos andan de cuidados,
Congojas y riñas llenos.
No es bastante
Bien ninguno, aunque abundante,
A que no pene por mas,
Y por pasar adelante
O por no volver atrás,
Y crecer;
Pero el mas ó menos sér
No salva sus corazones
De invidia y de mal querer
Y despechos y pasiones.
Las riquezas,
Bienes, mandos y grandezas
Que alegais y encareceis,
Mezclados van de gravezas,
Que vos, Lucrecio, no veis;
De las cuales
Resultan trabajos tales,
Que á las veces es mejor
La cama de cabezales
En que duerme el labrador
Muy sin pena;
Y así, nuestro Juan de Mena
Canta por vida segura
La mansa pobreza, ajena (1)
De los tragos de amargura
Cortesanos,
Adonde los mas cercanos
Del favor que los convida
Andan mas ciegos y vanos
Y mas lejos de la vida
Descansada,
En la cual es todo nada
Si falta la libertad,
Y ha de andar siempre colgada
De la ajena voluntad,
Como el buey
Del arado, tras la ley
Del dueño que lo posee;
Y así, dicen que ese es rey
El que al Rey jamás no vee,
Ni por ello
Se mata hasta tenello,
Obedeciendo sus pechos,
Pues cualquiera puede sello
En torno de sus provechos
Y hogar,
Conforme al dicho vulgar
Que dice: «Cien doblas vale,
Y no hay mas que desear,
Si ya de compás no sale.»
Ser merino,
Como dicen, de un molino,
De sabios es aprobado;
Pero no lo es ir contino
Tras los reyes afanado
Locamente.
Cuatro suertes hay de gente
A quien esta profesion
De palacio se consiente
Por diferente razon:
Los primeros
Son nobles y caballeros,
Y otros mancebos de corte,
Que allí gastan sus dineros
Por su placer y deporte,
Por hallar
Conversacion y lugar
Conforme á sus ejercicios,
Con libertad de gozar
De sus virtudes ó vicios
Y deseos,
Galas y trajes y arreos,
Danzas, juegos y primores,
Fiestas, justas y torneos,
Con otros hechos de amores,
En que emplean
Sus tiempos, y se pasean
Por las cortes muy pulidos,
Y las adornan y arrean
Como al cuerpo los vestidos;
Y es honor,

(1) ¡Oh vida segura la mansa pobreza,
Dádiva santa desagradecida!

Cuanto al lustre exterior,
En la corte el tal oficio,
De que el Rey ó gran señor
Recibe mucho servicio,
Y un estado
En ella bien empleado
Durante la mocedad,
Que la pasa sin enfado
La nueva gentilidad
Mientras dura.
Otros hay que la ventura,
Como madrastra enemiga,
Les dió en corte sepultura
Y pobreza con fatiga
Perdurable;
Cuya suerte miserable,
De que los mete en miseria,
Nunca les es favorable
Para salir de laceria,
Ni poder
Llegar jamás á tener
Sino lo que el primer dia,
Ni para se retraer
Tampoco de su porfía
Cortesana;
Y de la esperanza vana
Inducidos y engañados,
Do pensaron sacar lana
Se hallaron trasquilados,
Sin ser mas;
Y saliendo de compás
Ya su edad con lo esperado,
No pueden volver atrás,
Y quedan mate ahogado,
Como el pece,
Que en el agua al fin perece;
Y segun el refran quiere,
El que en palacio envejece,
En pajas dicen que muere.
De estos tales
Se pueblan los hospitales,
Que no sabiendo dónde ir,
En los palacios reales
Les es forzado morir.
Los terceros
Son otros mas extranjeros,
Personas extravagantes,
Legados y mensajeros,
Fatores y negociantes,
Que allí van,
Y en la corte donde están
Se tienen por peregrinos;
Mas con trabajo y afan
La siguen por los caminos
Y carreras,
Y de burlas y de veras,
Por el tiempo que les cabe,
Padecen de mil maneras,
Y prueban bien á qué sabe
Ser fatores.
Por servir á los señores
O negociar de otra suerte
Sufren duelos y dolores,
Y algunas veces la muerte
Temerosa,
Tras la justicia dudosa,
Andando contino en vela,
O como la mariposa
En torno de la candela
Deslumbrados;
Mas los menos mal librados
Son estos á la verdad,
Pues los pleitos acabados,
Vuelven á su libertad
Ausentada.
La cuarta gente granada
Que navega con buen norte,
A quien es licenciada
De la vivienda en la corte,
Son aquellos
Que la mandan, y en pos de ellos
Se va la gente golosa,
Y algunos por los cabellos,
Aunque muestran otra cosa.
Estos son
Los que en la gobernacion
Tienen poder, y con ello
Harto cuidado y pasion;
Pero al fin con padecello
Se enriquecen.
Estos son los que parecen
Al mundo cosa divina,
Y les sirven y obedecen
Con diligencia contina
Muy crecida,
Y su boca es su medida
Con sobrado cumplimiento
De cuanto hay en esta vida,
Excepto contentamiento
Y hartura,
Porque cuanto su ventura
Y astucia les acarrean
No basta, segun natura,
Al sosiego que desean;
Y al sabor
De la privanza y favor,
Riquezas, mandos y honores,
Créceles mas el ardor
De la corte y sus amores;
En la cual,
Segun dice Marcial,
Tres ó cuatro comunmente
Se gozan lo principal,
Los otros andan á diente.
Estos grados
Aquí, Lucrecio, contados
Son los que, á mi parecer,
En palacio perdonados
Y admitidos, pueden ser
Constreñidos,
Convidados y movidos,
Unos por necesidad
Y otros por embebecidos
En la tal prosperidad
Y grandeza,
Otros por la gentileza
De la edad en su razon,
Y algunos por la graveza
De accidental ocasion,
Que se ofrece:
A uno porque carece
De otro medio de vivir,
Y á otro porque florece,
Y huelga de se servir
De los buenos;
Los unos por estar llenos,
Y los otros por vacios,
Por cartas de mas ó menos
Se quedan allí estantíos,
Aislados;
Mas, fuera de estos estados,
Que tocan en los extremos,
Hay otros menos forzados,
A quien mas culpa ponemos;
Y estos son
Los que en esta profesion
Cortesana ni son ricos
Ni hombres de presuncion,
Ni muy grandes ni muy chicos,
Que podrian
Apartarse, y vivirian
Sin la corte ni querella,
Y aparte carecerian
De cien mil trabajos de ella
Que hay allí;
Y no lo haciendo así,
Estos son los mas honrados,
Y podeis contarme á mí
Por uno de los culpados.

LUCRECIO.

Ya, señor Prudencio, entiendo
Lo que antes no sabia,
Y me parece ir sintiendo
Un poco mas que solia
De este cuento.
Ya tomo conocimiento
Que en la corte hay bueno y malo,
Y que tras su seguimiento
Se da del pan y del palo;
Mas si os place,
Lo que á mi negocio hace,
Mas por menudo se note,
Porque antes que me enlace
Mire por dó va el birote,
Y me avise,
Porque ninguno me pise,
De arrimarme á lo mas firme,
Para que de esto que quise
No venga á arrepentirme,
Ni lo espero;
Pero suplicoos y quiero
Que de esos estados todos
Me digais, Señor, primero
Las condiciones y modos,
Y su vida,
Para que, bien entendida,
Aunque sea brevemente,
Sepa buscalle salida,
Y huya de inconveniente,
Si pudiere
Y mi ventura quisiere,
Pues el hombre apercibido,
Dicen que do quier que fuere
Va ya medio defendido.

PRUDENCIO.

A mi ver,
Bien os será menester
Cualquier apercebimiento,
Lucrecio, para hacer
Tal jornada con buen tiento,
Y pensar
Que la corte es un gran mar,
Profundo y tempestuoso,
Por do habeis de navegar,
Que suele ser peligroso
De tormentas,
Contrastes y sobrevientas,
Con viento nunca bien cierto,
Do se pasan mil afrentas
Antes de llegar á puerto,
Y no llegan,
De dos mil que lo navegan,
A los puertos deseados,
Que en el camino se anegan,
Y son manjar de pescados;
Sin sacar,
Con velar y trasnochar,
De su hilado mazorca,
Y antes de ver el lugar
Les aparece la horca.
Y así andando,
Con fortuna navegando
Por las ondas de la corte,
Van con el mar peleando,
Sin mostrárseles el norte
Jamás claro,
San Telmo ni san Amaro,
Y en lo mas grave del mar
Menos socorro y amparo,
Aparejo ni señal
De bonanza.
Y ya que haga mudanza,
Sale de contrario calma,
De que ningun bien alcanza
El cuerpo, menos el alma.
Pues mirados,
Demás de esto, los estados
De los que tras corte guian,
Bien pueden ser comparados
A los peces que se crian
En las mares,
Tantos cuentos y millares,
Formas y suertes de gentes,
De estados particulares

Y entre sí tan diferentes.
Hay continas
En las cortes por vecinas,
Como están las mares llenas
Desde muy chicas sardinas
Hasta muy grandes ballenas;
Mas pensad
Que, aunque son de calidad
Diversos y de figura,
En buscar su utilidad
Todos son de una natura
Y de una arte,
Y sin que nadie se harte,
Unos á otros se tragan,
Pero por la mayor parte
Los mas pequeños lo pagan,
Y se ahoga
El que al remo bien no boga
Por ser de fuerza menguado,
Que, segun dicen, la soga
Quiebra por lo mas delgado;
Y en la mar
Suelen los vientos soplar,
Dando pesar al placer,
Y unas veces ayudar
Y otras echar á perder;
Y estos son
En la corte la ambicion,
Favor, invidia y maldad,
Pobreza y uso ladron,
Viciosa superfluidad,
Y otros tal
Nordestes y vendabales,
Que llevan allí de vuelo,
Unos á los arenales,
Y otros levantan al cielo;
La primera
Es viento, que por do quiera
Tiene fuerza principal,
Mas en palacio se esmera
Y muestra mas general,
Y no hay cosa
Tan ardua ni peligrosa,
Tan pública ni secreta,
Que la ambicion deseosa
No la emprenda ni acometa.
Este viento
Con continuo movimiento
Hiere, sacude y altera
Las velas del pensamiento,
A que no pueda ni quiera
Ver reposo;
Y así, ningun ambicioso
Puede jamás sosegar,
Porque vive congojoso
Por subir y por mandar
Y poder,
Por fas ó nefas, crecer
En honra y autoridad,
Y por ellas posponer
Cualquier deudo y amistad,
Ley y amor.
El segundo es el favor,
Viento cierzo, que cercena
Y sopla con gran furor
Hasta romper la entena
De la nave;
Con unos blando, suave,
Con mar bonanza y en popa,
Y con otros duro y grave,
Por proa, donde les topa,
Y esto es
El que levanta los piés
En la corte á ruines gentes
Y hace dar de través
A otros bien merecientes,
Y desquicia
Las puertas de la justicia,
Vendiéndolas muchas veces,
Porque de nuestra caricia
Allí tuercen los jueces
La balanza,
Y lo que un bueno no alcanza
Con virtud y con razon,
Lo suele dar la privanza
A muchos que no lo son.
Pues pensad
Que la invidia y la maldad
Son de vientos regañones,
Que aun contra la caridad
Suelen mostrarse leones
Mordedores,
Que delante los señores
Y do quiera que se hallan,
Sirven de murmuradores
Y tiran piedras y callan;
Pues pobreza
Es viento que en ligereza
Suele entre otros señalarse,
Porque hambre con pereza
No pueden bien concertarse,
Ni dejar
Dia y noche de buscar
De lo que padecen mengua;
Y de aquí vienen á hablar
Las piezas nuestra lengua;
Que ninguno
Se huelga de estar ayuno;
Y este viento de codicia,
Demás de ser importuno,
No carece de malicia,
Por querer
Por bien y mal proveer
Con sus dichos y pesares,
Y por tener de comer
Roballo de los altares,
Sin mas tiento.
El otro terrible viento
Es la costumbre de cosas,
Ladron público y exento,
Que las hace ser forzosas
Por tal via,
Que tras una bobería
O locura cortesana
Se van de noche y de dia
Con solicitud muy vana
Mil perdidos,
Burlados, embebecidos,
Al hilo de la costumbre
De los trajes y vestidos,
Siguiendo la muchedumbre,
Que los lleva
Tras cualquiera cosa nueva,
Sin saber por qué se hace,
Sino porque se lo aprueba
El uso que les aplace;
Porque yo,
Solo despues que volvió
El Rey Católico á España
Y en Búrgos se le juntó
De gente nuestra y extraña
Gran gentío,
Creciendo á todos el brio
Con las buenas experiencias
He visto en el atavío
Mas de treinta diferencias
Palacianas,
Pareciéndoles galanas
Por ser de tierras ajenas,
Aunque algunas harto vanas
El uso las hace buenas;
Con el cual
Anda junto y al cabal
Otro viento destemplado,
Que es gasto descomunal,
Superfluo, demasiado
En comer,
Vestir, jugar y hacer
Otros excesos costosos,
Con que al fin vienen á ser,
De pródigos, codiciosos
Y tiranos,
Asiendo con ambas manos
Lo que pueden apañar
De moros y de cristianos,
Para tener qué gastar.
Suele haber
Tambien, segun podeis ver,
En la mar peñas y rocas,
Donde se suelen romper
En ellas fustas no pocas,
Y estas son
En corte la indignacion,
Ira y saña y disfavor,
Con razon ó sin razon,
Del privado ó del señor,
Y sospechas
Derechas ó no derechas,
Y malas informaciones,
Que se tiran como flechas
Y enclavan los corazones
Y sentidos
De los mas bien entendidos
Príncipes y relatados,
A pensar ser ofendidos
De sus mayores privados,
Do el favor
Se convierte en desamor,
Y se toma en posesion
El mas leal de traidor;
Tanto puede la opinion
Diferente,
Teniendo por delincuente
Al justo de allí adelante,
Al bueno por negligente
Y al sabio por ignorante.
Estos tales
Accidentes naturales
Son escollos y bajios
En los palacios reales,
Do se pierden los navíos
Cuando topa
En ellos la proa ó popa,
Y cuando así estropieza,
Algunos pierden la ropa
Y otros pierden la cabeza,
Segun dan
Ejemplo con su desman
Dos condestables á una
En tiempo del rey don Juan,
Avalos y aquel de Luna
Sin igual,
Y aquel inglés cardenal,
Que por hacerse tan bravo,
Tratado tan bien y mal
De su rey Enrique Octavo;
Y tras él,
Su sucesor Cramuel,
A quien este rey nombrado
Al cabo fué tan cruel,
Habiéndolo gobernado
Dulcemente;
Mas dando en el accidente
De su saña sospechosa,
Perdieron en continente
Honra y vida y toda cosa
Con afan,
Y al cabo por aquí van
Muchos, como fué Abrain
Acerca de Soliman,
Con quien hizo amarga fin.
Pues notad
Que en la mar sin piedad,
Demás destas sus tormentas,
Tampoco hay seguridad
De sus peligros y afrentas
Ordinarios,
Y ladrones y corsarios,
Que en palacio es cosa cierta
Ser malsines adversarios,
Metidos en encubierta
Asechanza,
Que aunque vais con mar bonanza,
Os salteau en poblado
Y os atajan la esperanza
Del descanso deseado.

Veis aquí
Por lo que antes prometí,
Lucrecio, entre estas y estas,
Lo que me parece á mí
Para en parte de propuestas
Cerca desto;
Lo cual así propuesto,
Pues lo entendeis, como pienso,
A lo demás estoy presto
De responder por extenso.

LUCRECIO.

Señor Prudencio, vien veo
Cuán por órden y razon
Y conforme á mi deseo
Llevais esta relacion,
Como diestro.
Bien dice el proverbio nuestro
Que «El que las sabe, las tañe;»
Así yo con tal maestro
Bien es que me desengañe
Y aperciba
A subir la cuesta arriba,
Y el trabajo á que me atrevo
En paciencia lo reciba,
Y no le tenga por nuevo
Puesto en él,
Que, aunque mancebo novel,
Ya sé bien que en esta vida
No suele ser todo miel
Lo que con ella convida,
Ni hay estado
Tan seguro y descansado
En este mundo traidor,
Que al fin no esté rodeado
De afan, peligro y dolor
Comunmente;
Y así por el consiguiente,
Entiendo bien á la llana
No faltar inconveniente
En la vida cortesana,
Tras que voy;
Pero, como dije, estoy
Inclinado á dalle un tiento,
Porque para quien yo soy
Otro mejor no lo siento;
Cuanto mas,
Que tornando á lo de atrás
Que decis de los estados,
Que en el término y compás
En corte son aceptados
Los primeros
Mancebos libres, solteros
Y de fresca juventud,
Hidalgos y caballeros
Inclinados á virtud
Singular;
En ningun otro lugar
De mas honra y mas deporte
Pueden tan bien emplear
Su tiempo como en la corte,
Triunfando,
Discurriendo y paseando
Por palacios y por salas,
A sí y á su rey honrando
Con gentilezas y galas,
Y aprendiendo
Mil lindezas, que viviendo
Sirven despues cada dia
Al arte que van siguiendo
De proeza y cortesía,
De do salen
Despues varones que valen,
Grandes para gobernar
Y para que se señalen
En el arte militar;
Y se eligen
Hombres sabios que corrigen
A otros con su prudencia,
Y que en paz y guerra rigen
El mundo con la experiencia
Con que van;
Segun el Gran Capitan,
Por dichos de muchos sé,
De cortesano galan
Salió á ser el que fué;
De manera
Que desde la edad primera
Parece que en el estado
De palacio está cualquiera
Hidalgo bien empleado,
Porque allí,
Segun me habeis dicho aquí,
Aprenden gentil crianza,
Y echan cargo al Rey de sí
Para tener esperanza
De medrar.

PRUDENCIO.

No os lo puede eso negar,
Cierto, Lucrecio, ninguno,
Ni nadie puede estorbar
Su desinio á cada uno,
Porque son
De diversa condicion
Los pareceres humanos,
Y cualquiera profesion
Tiene al fin sus parroquianos.
No hay oficio
De tan civil ejercicio,
Ni aun de sucios curtidores,
Que en su uso y su servicio
No tenga sus servidores
Y oficiales,
Y en los palacios reales
Tambien hay, por su natura,
Quien por causas especiales
Vaya á probar su ventura;
Mas si yo
Al tiempo que me llevó
Allá mi dicha supjera
Lo que despues me mostró
La experiencia verdadera
No sin daños,
Y entendiera los engaños,
Creedme, Lucrecio, á mí,
Que aquellos mis nueve años
No se gastaran así;
Mas yo, estando
So ajeno poder y mando,
A la corte fui llevado
En tiempo de don Fernando,
Inclito rey, señalado
En bondad,
Valor y prosperidad
Entre los príncipes buenos,
Siendo entonces yo de edad
De quince años, y aun de menos,
No cumplidos,
Los cuales doy por servidos
Antes de venir allí,
Y los demás por perdidos
Despues que á la corte fui.
Y si fuese
Posible que yo pudiese
Tornarlos á recibir,
Daria buen interese
Por tornarlos á vivir,
Y pasar
En otra parte y lugar
De mas sosiego y asiento,
De do pudiese sacar
Menos arrepentimiento
Y manquera;
Y si Dios hijos me diera
En quien esto enmendara,
Tan mal padre no les fuera,
Que en corte los empleara.

LUCRECIO.

¿Cómo no,
Señor Prudencio? Pues yo
No creia ni pensaba
Sino aquel que se crió
En corte se aventajaba
Con servir,
Conversar, ver y oir
Diversas cosas y gentes,
De donde suelen salir
Mas discretos y prudentes,
Avisados,
Valerosos, bien criados.

PRUDENCIO.

Y aun podeis decir pomposos;
Mas muchos, desvergonzados,
Deshonestos y viciosos
Baratones,
Jugadores y glotones,
Y otras tales gallardías,
Con otras conversaciones
Y peores compañías;
Pues llegados
Mas adelante á los grados
De la edad del alear,
En que son enamorados,
Comienzan á loquear
Y estirarse,
Suspirar y requebrarse,
Echar ojos á las damas,
Y á la causa embarazarse
En muchos pleitos y tramas
Y honduras
De simplezas y locuras,
Barajas y competencias,
De do manan travesuras,
Enojos y diferencias
Y quistiones,
Discordias y disensiones,
Fruta de la ociosidad,
A que les dan ocasiones
La soberbia y vanidad
Tras que van.
A no pocos tambien dan
Ocasion sus vanidades
De comer despues su pan
Con dolor y enemistades
Y cuidados,
Porque quedan obligados
A punto de honra y afrenta;
De donde los afrentados
Viven vida descontenta
Con dolores,
Y si son afrentadores,
Peligrosa y mal segura,
Con recelos y temores
De la venganza futura,
Que merecen;
Do se siguen y recrecen
Desastres y desvaríos,
Con que á las veces perecen
En campos y desafíos,
Y porfías,
Contiendas y fantasías,
Y sospechas y querellas,
Do viven amargos dias,
Y mueren al fin con ellas
En ruido,
Como creo habeis oido;
Mas, Lucrecio, de una vez
Que ha en la corte acaecido
En cosa deste jaez
Poco há,
A muchos que sabeis ya,
Y por molestia no nombro,
Que les cumple acá y allá
Andar la barba en el hombro
Con pasion.
Y estos trances al fin son
Los que depriesa ó de espacio
Los mozos por galardon
Pueden sacar de palacio;
Sin lo cual
Hay entre ellos otro mal:
Que aun los mas cuerdos y holgados
Andan siempre en general

No poco necesitados
Y corridos,
Empeñados, y aun vendidos,
Por valerse y sustentar
Las galas y los vestidos
Con que los veréis triunfar
Con arreos;
Ni os venzais de los deseos
De la apariencia hermosa
De sus justas y torneos,
No mirando la tal cosa
Lo que cuesta;
Y como les es molesta,
Porque suele, bien que agrada,
Ser acabada la fiesta,
Y la ropa no pagada,
Y vacia
La bolsa lo mas del dia,
Y aun el cofre sin dineros,
Y á su puerta todo el dia
Los sastres y cordoneros;
Lo cual quiero
Probar con un caballero
De quien no poco se gusta,
Que habiendo sido el primero
Mantenedor de una justa
Bien galana,
Otro dia de mañana
Con diligencia forzosa
Le convino sin su gana
Poner piés en polvorosa.
Los placeres
Y servicios de mujeres,
De vestir y festejar,
A manos de mercaderes
Al cabo van á parar;
Con los cuales
Los nobles galanes tales
Y mancebos cortesanos
Tienen tratos muy reales
Y mohatras á dos manos.
Mas ¿qué digo?
De lo cual fué buen testigo
En aquella sazon buena
Un trapero gran mi amigo
Y su mujer la morena,
Que solian,
Cuando en la corte vivian,
Saber destos repiquetes;
Los cuales me referian
De uno de los mancebetes
Deste cuento,
Que sobre su juramento
Le pidió ropa liada,
Dándole conocimiento
Con que fuese asegurada
De presente,
Prometiendo gentilmente,
Demás del justo interese,
De pagarlo incontinente
Que su padre se muriese,
Que aun vivia;
Pero, segun él decia,
Y es de creer deseaba,
Tres años solo podia
Vivir; y así, se obligaba
Que valiese,
Y si por dicha viviese
Mas deste tiempo pasado,
Desde allí adelante fuese
El interese doblado.

LUCRECIO.

¡Oh mal hijo,
Que por ningun regocijo,
Fiesta ni necesidad
De tan secreto escondrijo
Descubre tal poquedad
Descortés!

PRUDENCIO.

A la verdad así es;
Mas la corte y sus excesos
Causa que salgan despues
Los mozos así traviesos
Y atrevidos.
Pues de verlos ir pulidos
Invidia tampoco os hagan;
Que si fuera van lucidos,
Dentro de casa lo pagan,
Porque andando
A sus locuras pensando,
Es ley de aquella su empresa
De gallofar granjeando
La vida de mesa en mesa,
Y agradar
Al Duque para yantar
Y al Conde para la cena,
Y á servir y acompañar
Por comer á costa ajena,
Y hacer para aquel negro comer
Zalemas é hipocresías,
Y aun usar, si es menester,
De algunas lisonjerías
Diestramente,
Y recibir de la gente
A ratos algun baldon,
Y aun beber agua caliente,
Los de menos condicion;
Pues pasadas
Ya por dicha, y no acertadas
Las horas de comer fuera,
El hacerlo en las posadas
Suele ser á la ligera;
Y es de ver
Que el remedio suele ser
Acogerse á los pasteles,
Y suplir su menester
A las veces sin manteles,
Porque en casa
No hay cocina, y menos brasa,
Olla, sarten ni caldera,
Sino algun jarro sin asa,
Ajuar de la frontera;
De lo cual
Os puedo, sin decir mal,
Dar un ejemplo casero
De un galan muy principal
Y gentil aventurero,
Que tenia
Otro tal en compañía,
Y ambos eran á la iguala
La flor de la lozanía,
En su gentileza y gala
Señalados,
De las damas estimados,
En las danzas los primeros,
Y los mas regocijados
En hechos de caballeros;
Y traian
De mozos que les servian
Harta copia y apariencia,
Iban á corte y venian
Vestidos por excelencia.
Yo miraba
En ellos, porque posaba
Allí junto, y siempre via
A un paje que tornaba
De la plaza á mediodia
Muy ligero
Y apriesa, y en un sombrero
Le vi traer muchas veces
Cosas de poco dinero:
Queso, ciruelas y nueces,
Pan y peras,
Y semejantes maneras
De frutas de tal linaje,
Que yo pensaba de veras
Ser golosinas del paje,
O señal
De merienda ó cosa tal,
Que algunas veces usamos;
Pero no lo sustancial
De la mesa de sus amos;
Ni creyera,
Segun su rica manera,
Vestidos, galas y arreo,
Que su despensa cupiera
Toda junta en un chapeo,
Hasta que
Ocasion dada me fué
De visitar su posada,
Y una vez que en ella entré
Por cierta causa privada
Bien honesta,
Con ser en medio la fiesta,
Y la tarde ya vecina,
Ni la mesa estaba puesta
Ni alumbaba la cocina.
La vajilla
Era un peine y escobilla,
Y los galanes sentados
Tras una pobre mesilla
En unos bancos quebrados,
Suspirando,
Y unas veces solfeando,
Y con un par de vihuelas
De rato en rato tocando,
Comian de sus ciruelas
Muy contentos.
Veis aquí los cumplimientos
Del vivir de los galanes,
Muy altos los pensamientos,
Mas envueltos en afanes.

LUCRECIO.

Bien, señor Prudencio, habria
Sobre eso qué replicar;
Mas, por excusar porfía,
Quiero dejarlo pasar
Adelante;
Y segun dijiste ante,
La segunda profesion
Es de gente mendicante
Y de servil condicion,
Que forzados
De su suerte y de sus hados
Y hambre que los convida,
Quedan en corte arrastrados,
Como gente ya rendida,
Sin tener,
Para poderse valer,
Lugar mas cierto y estable
Do se puedan acoger,
Que á la vida miserable
Cortesana,
La cual, por fuerza ó de gana,
Tomada ya por costumbre,
Se quedan allí á la llana
En perpetua servidumbre;
De los cuales,
Y sus miserias y males,
Os ruego querais contar,
Porque tenga de los tales
Relacion particular,
Cual se espera;
Bien pues que adonde quiera
Hay trabajos como en corte,
Sufridos en ella ó fuera,
Todos, en fin, por un norte.

PRUDENCIO.

Es verdad,
Lucrecio; pero mirad
Que miserias y fatigas
Sufridas con libertad
No nos son tan enemigas
Ni tan duras,
Y que las pobres venturas
Y bajeza de fortuna
Menos relucen á oscuras
Que al resplandor de la luna.
Y en la vida
Apartada y retraida
De bullicio cortesano
No hay tanta ocasion que pida

Al apetito liviano
Gollorías,
Con que en ver las fantasías
Y las ventajas ajenas
Andamos noches y dias
Combatidos con mil penas
Y pasion
De envidia y de ambicion,
Porque lo que el ojo vee
Es fuerza que el corazon
Lo codicie y lo desee,
De tal arte,
Que muchos que en otra parte
Serian hombres templados,
En corte no hay quien los harte
De deseos excusados
Sin holganza;
Y en faltando la esperanza,
Que consuela al que padece,
La caridad y templanza
Tambien se acorta y perece;
De manera
Que al que en otra parte fuera
De su fortuna contento,
En palacio desespera
De su descontentamiento,
Sin paciencia;
Y aun hay otra diferencia
Del uno al otro dolor,
Y es, que cuanto á la conciencia,
Lo de corte es muy peor,
Porque acá
La pobreza, al que la ha,
A veces es meritoria,
Y el pobre soberbio allá
No tiene parte en la gloria;
Y los dos,
Como al fin los veréis vos,
Son mártires de quien hablo;
Mas el uno lo es de Dios,
Y el de corte es del diablo,
Porque allí
No se conocen á sí,
Y se truecan de tal suerte,
Que lo que es virtud aquí
En vicio se les convierte.
¿No habeis visto
Entre los siervos de Cristo
Aquel padre tan honrado,
De su señor tan bienquisto
Y de sí tan confiado,
Que no habia
Cuatro horas que se ofrecia
A morir por amor dél,
Y que con tanta osadía
Combatió por serle fiel;
Y en nonada,
Aun no bien mete la espada,
Ni aun amansa la furia y brio
De la fiera cuchillada
Que dió en el huerto al judío,
Y en entrando
Tras nuestro Dios, suspirando,
En la corte de Caifás,
Luego se fué retirando
De su esfuerzo para atrás;
Y el valiente,
Cobarde súpitamente,
Negó luego á su Señor
Por complacer á la gente
Que allí estaba al rededor
A su lado?
Pues á Júdas el malvado
¿Quién le hizo rebelar,
Habiéndole Dios llegado
A sí y al alto lugar
Donde estaba,
Sino que comunicaba
Con hombres de esta ralea
Cuando Cristo se hallaba
En la corte de Judea?
Mas, dejado
Esto aparte, por probado,
Quiero, por obedecer
A lo por vos preguntado,
Si supiere, responder
Brevemente:
Notad pues que de presente,
Y en los tiempos que ya fueron,
Siempre de mísera gente
Los palacios anduvieron
Proveidos;
Unos desfavorecidos,
Otros á quien no les bastan
Los salarios y partidos
Al tercio de lo que gastan
Y querrian,
Especial cuando solian
Usarse en corte escuderos,
Que lo mas del mes vivian
Excusados de dineros
Y ducados.
Verlos heis muy estirados
Y ufanos al parecer,
Voceando de enfadados
De esperar para comer
A la una,
Con su pobreza importuna
Quejosos segun su cuenta,
De la contraria fortuna,
Que les fué tan avarienta
De favor;
Con cuidado del señor,
Si cabalga ó no cabalga,
Y fuera del corredor
Esperándolo que salga
Noche y dia.
Mil trabajos os podria,
Tomándolo de reposo,
Contar, que saber solia
Deste pueblo deseoso
De que ois,
Cuando usaban borceguís
Y era el sueldo un año entero
Cinco mil maravedís,
Y el tablon del despensero,
Do el placer
Del banquete suele ser
Por ordinario manjar
Vaca cocida á comer,
Vaca fiambre á cenar,
Y aun helada,
De sobremesa sobrada,
Y escudilla de cocina,
A veces mas apurada
Que caldo de melecina
O cristel,
Y el despensero cruel
Que os dice: «Muy desgraciado,
Habed paciencia con él
Hasta el dia del pescado;»
En el cual
Vuestro pecado cecial
Dará á los mas favorecidos,
Y si aquel les hace mal,
Un par de huevos podridos.
Pues hedor
De la chusma y tajador
Es pestilencia no poca,
Y algunos que el salvo honor
Hace ventaja á su boca,
Asentados
Juntos y muy apretados,
Con voces y confusion,
Y los manteles pegados,
De muy sucios, al tablon.
Dios os guarde,
Lucrecio, temprano ó tarde
Destas miserias y duelos,
Y de entrar en el alarde
De despensas y tinelos
De señores,
Y de la hambre y olores
De la mas limpia y mejor,
Cuanto mas de los primores
De la del Comendador;
Digo aquel
Cuya tasa y arancel
Muy por lo delgado yendo,
Diz que una vez vino á él
Su despensero diciendo,
Muy paciente:
«Toda, Señor, esta gente
De cas de vuesamerced
Se queja terriblemente
De la hambre y de la sed,
Y de mí,
Que no se lo merecí,
Y trátanme de mal modo,
Diciendo todos así,
Que la causa dello todo
Yo lo soy;
Que han dado mil voces hoy,
Diciendo que el año en peso
A la cena no les doy
Sino rábanos y queso;
Y enojados,
Dicen que están muy cansados
De tal forma de vivir,
Y que de muy enfadados,
No lo pueden mas sufrir.—
Gran razon,
Dijo él, y aun ocasion
Tienen esos de querella,
Y tu poca discrecion
Es toda la causa della;
Y el enfado
Del que se te han querellado
Nace de causa donosa,
Que es darles demasiado,
Y siempre una misma cosa
A porfía;
Pero dándoles un dia
Los rábanos solamente,
Y otra el queso, apostaría
Que cada cual se contente;
Hazlo así,
Y el que torciere de allí
Y se mostrare agraviado,
Yo te doy licencia á tí
Que lo hagas licenciado.»

LUCRECIO.

No me agrada
Despensa tan estirada
Y religion tan estrecha,
Ni cena tan apocada,
Ni poquedad tan derecha;
Eso tal,
Mas es cosa de hospital
Que casa de caballero,
Donde es menos liberal
El señor que el despensero;
Mas, ya que ese
Tan escaso señor fuese,
Otros mil habrá, do quiera
Que al miserable interese
No miren de esa manera.

PRUDENCIO.

Yo confieso
Ser así; mas fuera deso,
Hay miserias infinitas,
Lucrecio, que en el proceso
De palacio están escritas
Y alegadas,
Por necesarias forzadas,
Que de la gente mezquina
Suelen ser tambien guardadas,
Y especial cuando camina,
Con sufrir
En el comer y vestir
Diversas obras y menguas
Y gravezas, que decir
No pueden cincuenta lenguas,
Con jornadas

Enojosas y pesadas,
Y las posadas porcunas,
Sucias y desventuradas,
Y muchas veces ningunas,
Por mesones,
Por pajares y rincones,
Con vientos y tempestades,
Y trabajos á montones
Y mil incomodidades;
Y pasando,
Tras los señores andando,
Hambre y sed, calor y frio,
Y otras molestias gustando
Del invierno y del estio,
Y rigores
Y enojosos sinsabores
De la via, polvo y pasiones,
De chinches y sus hedores,
Pulgas, moscas y ratones,
Y otras tales
Vejaciones, generales
Al grande como al menor;
Mas el pobre en todos males
Al fin pasa lo peor.
Y aunque todos
Sufren duelos de mil modos,
Muy gran diferencia hallo
Del que va á pié por los lodos
Al que va en un buen caballo
Cabalgando;
Pero haber de ir arrancando
Los pobres acemileros
En invierno, renegando,
Por puertos y atolladeros
Como van,
Ver su trabajo y afan
Con una carga caida,
A dolor os moverán,
Aunque es gente desmedida,
Regañada,
Mayormente en la jornada
Del Rey por Extremadura,
Hasta ser su fin llegada
En el lugar de aventura,
Do salió
Ya tal, que cuando llegó
Con pena á Madrigalejos
Su santa vida acabó,
Que no valieron consejos
De Avicena.
Pues la gran fatiga y pena
Que por allí se sufria
En tierra extraña y ajena
De corte, ¿quién la podria
Referir?
Tierra se puede decir
Por todo extremo fragosa,
Sin camino por do ir,
Pero de aguas abundosa,
Y trampales,
Lagunas y tremedales,
Pocos y tristes lugares,
Arroyos y chapatales,
Dehesas y colmenares
Apartados,
Do viérades atollados
Acemileros caidos,
Mozos de espuelas mojados,
Y los pajes ateridos
En la silla,
Que era, cierto, gran mancilla
Cuando allí se caminaba
Ver la pobre gentecilla
Y el trabajo que pasaba.
Y aun decian
Algunos que se dolian,
Que las muchas maldiciones
De los que allí padecian
Dieron priesa á las pasiones
Del rey bueno,
Tocándole tan en lleno,
Y alcanzándole de suerte,
Que como á extraño y ajeno
Le llegaron á la muerte.
¿Qué os diré
De cosas que visto he
En la corte de Castilla,
Y á muchos andar á pié
Sin su gana por seguilla
Harto en vano,
Que, sin ser mas en su mano,
Andan con cuidado eterno
Por el polvo en el verano,
Por el lodo en el invierno,
Con dolor?
Tambien vi, muy sin favor
De noble gente pobreta,
De casa de un gran señor
Ir quince en una carreta
Alquilada,
Que por fiesta señalada
Los ibamos á mirar
Al llegar de la posada
Y á la entrada del lugar,
Por reir.
Pues en casos de morir
Farsas he visto donosas,
Muy dignas para escribir,
Y de sufrir trabajosas;
Mas de ver,
Y de contar por placer,
Si el tiempo fuere bastante;
Y podéismelas creer,
Porque fuí participante,
Y me vi
La primer noche que fuí
A palacio á ser soldado,
Tal que no me conocí,
Entre tantos acostado,
Mis iguales,
El número de los cuales
Era, por nuestros pecados,
Sobre cinco cabezales
Once pajes estrellados.

LUCRECIO.

No hay, señor Prudencio, duda
Ser esa suerte de vida
Por una parte muy cruda
Y por otra desabrida,
Y aun estado
Harto desaventurado
De personas abatidas;
Que aunque no lo he probado,
Ya sé algo por oidas,
Y he placer,
Para mejor entender,
Que por ejemplo se muestre,
Porque eso tal debe ser
Los colchones del maestre
Que he oido;
Que aunque no lo habia entendido
Por el cabo hasta agora,
Que pienso verse cumplido
En quien en palacio mora
Bajamente.
Mas ya que la pobre gente
Tan mal se siente tratar,
Y que es inconveniente
El luengo perseverar;
Que simpleza
Es, padeciendo pobreza
Y no teniendo esperanza,
Tener en corte firmeza
Sin hacer nueva mudanza,
Y buscar
En otra parte ó lugar
Otro pan menos amargo
Y otros artes de medrar,
Pues es el mundo tan largo,
Y huir
De palacio, por vivir
Sin sus duelos y querellas,
A parte do sin servir
Carezca dellos y dellas.

PRUDENCIO.

Vos hablais
Muy bien, Lucrecio, y estáis
En un parecer conmigo,
Pues en eso os conformais
Con lo mismo que yo digo
Y querria,
Por ser lo que convernia
A muchos; y ¡ojalá fuese
Tal mi dicha cual seria
Huir el que lo pudiese
Bien hacer!
Mas hágoos, Señor, saber
Que la mayor desventura
De palacio suele ser
Una constante locura
Con que ando,
La boca abierta, mirando
A los otros que mas son,
Y con ellos publicando
Lo que niega el corazon.
Infinitos
Son los que suelen dar gritos
Fingidos y verdaderos
Contra los usos malditos
De la corte, y vanse en cueros
En pos della;
Que con toda su querella,
Jamás pueden olvidarla;
Bien pueden aborrecella,
Mas no del todo dejarla.
Muchos vi,
Comuniqué y conocí
De la corte descontentos,
Que al fin quedaron allí
Con todos sus pensamientos
Y cuidados;
Que estaban determinados
De no morir cortesanos,
Y al cabo los vi enterrados
En corte por otras manos
Que esperaban,
Léjos de donde pensaban;
Porque al fin las cortes tienen
Mil retrabos do se traban
Los piés de los que á ellas vienen
De morada,
Mayormente esta cuitada
Gente pobre, cuya suerte
Fué de ser allí arrastrada
Y en prision hasta la muerte.

LUCRECIO.

Bien está,
Señor Prudencio. Pues ya
Habemos desto hablado,
Tratemos, si os placerá,
Del otro tercero estado,
Negociante,
Que, segun dijistes ante,
Aunque va por otro norte,
Es tambien participante
De los duelos de la corte.
Y aunque aquello
No me toca en un cabello,
Pues no voy á negociar,
Quiero saber algo dello,
Siquiera para avisar.

PRUDENCIO.

Ya os podria,
Si vuestra suerte lo guia,
Ser, Lucrecio, menester
Andar en pleito algun dia,
Trafagar y revolver;
Que no enfada,
Por ser cosa muy usada
En palacio la codicia;
Y así, no se pierde nada
Que tengais dello noticia.
Y sabida
La condicion desabrida

Del mundo para adelante,
Y la maldicion y vida
Del cuitado pleiteante
Cortesano,
Que muchas veces en vano,
Y en peligro de perder,
Anda, como mal cristiano,
Con deseo de vencer
Y dañar;
Y así, lo veréis andar
Solicito y ocupado,
Y en todo tiempo y lugar
Pensativo y congojado,
Sin reposo,
Recatado y sospechoso,
Importuno y desabrido,
Descontento y enfadoso,
Y gastado y aborrido,
Rodeado
De congojas y cuidado,
Esperanzas y temor,
De casa del abogado
A cas del procurador.

LUCRECIO.

Donde quiera
Suelen ser desa manera
Los pleitos, segun se suena;
Que el que mejor fin espera
Suele vivir con mas pena
Congojada;
Porque es guerra guerreada,
Y la sentencia es la lid,
Ahora sea en Granada,
Ahora en Valladolid.

PRUDENCIO.

Así son,
Lucrecio, teneis razon,
Los pleitos de cualquier parte;
Pero dan mayor pasion
En corte que en otra parte,
Porque van
Mas á la larga, y no están
En un lugar de contino,
Y es muy terrible desman
Con pleitos en el camino
Tener cuentas,
Y aun con las Mil y quinientas
Para la corte apeladas,
Se pasan cien mil afrentas
Antes de ser acabadas.
Pues dolores,
Cuidados, priesas, temores,
Y otros males semejantes
De los solicitadores
Y cualesquier negociantes
Cortesanos,
No hay notarios ni escribanos
Que los basten á decir.
Ni ellos pueden darse manos
De barbullar y mentir
Por entrar
A descubrir y calar
El estado de las cosas,
Y entender y averiguar
Las inciertas y dudosas;
Pero saber
Avisar y proveer
En los casos convenientes;
Y así, les es menester
Ser sabios y diligentes,
Avisados,
Astutos y recatados,
Desenvueltos y sesudos,
Graciosos, disimulados,
Entremetidos, agudos
Y discretos
Para entender los secretos
De quien entra y de quien sale;
Lo cual todo á los pobretos
A las veces no les vale
A dejar
De engañarse y engañar,
Y ser ordinariamente
Enfadosos de escuchar,
Y malquistos de la gente.
Gentil cosa
Es tambien, y muy honrosa,
Ser en corte embajador,
Que con pompa poderosa
Representa á su señor;
Y un legado
Reverendo, autorizado,
Que con debidos honores
Va á palacio acompañado
De nobles y servidores
Cabe sí.

LUCRECIO.

Así me parece á mí,
Y veo ser cosa honrada
Cuando pasan por aquí
De Roma con la embajada
Que se ofrece,
Y sin duda me parece
Una gran felicidad,
Y cargo que resplandece
Con favor y autoridad
Muy sin pena,
Y que van, la bolsa llena,
A gozar y ser honrados,
Y comen de bolsa ajena
Sin afanes ni cuidados.

PRUDENCIO.

Así es,
Lucrecio; pero despues
Hay cosas continuamente
En que la haz del envés
Suele ser muy diferente;
Que llegados
Adonde son enviados
A corte de cualquier rey,
Han de vivir obligados
A condiciones y ley
Muy estrecha.
Si no van á man derecha
Conforme á su comision,
El rey do está se despecha
Y no escucha su razon
Con placer,
Y aun suele acontecer
Al que en lo tal estropieza,
Por cumplir con su deber
Dejar allí la cabeza
Por nonada,
Y alguna vez enclavada,
Segun lo hizo con rabia
Y soberbia acelerada
Un baiboda de Moldavia,
Mal tirano,
Al arador veneciano
Porque no se le humilló
Con el bonete en la mano
Al tiempo que le habló.
Y en autores
Muy ciertos historiadores
Hallaréis desta manera
Afrentas que á embajadores
Se hacen por donde quiera
Cada dia
Con desden y demasía,
De que están los libros llenos;
Y aun me dicen que en Turquía
Los empalan por lo menos,
Que es peor,
Pues el triste embajador
Desto se descuida y calla,
O quiere andar á sabor
Del príncipe do se halla,
Con intento
De darle contentamiento
Mas de lo que le es mandado,
Es culpable atrevimiento
Contra aquel que le ha enviado
Y elegido,
El cual quedando ofendido,
Va en peligro el orador
De ser por ello pugnido,
Por ser mal negociador;
Pero ya
Que en la corte donde está
No declina á los extremos,
Y navega por do va
Con buenas velas ó remos
Gobernando,
Sin faltar cómo ni cuándo,
Su embajada como quiere,
Y al cabo della sacando
El fruto que mereciere,
No penseis,
Lucrecio, por lo que veis
De su manera pomposa,
Que, aunque vos no lo entendeis,
Deja de ser trabajosa
Y molesta;
Que, demás de lo que cuesta
Aquella forma de vida,
Es una prision honesta,
Despues de bien entendida;
Porque, entrados
Donde son apesentados,
Les es menester estar
Como dueñas encerrados,
Sin salir á pasear
Ni tener
Libertad de complacer
A su misma voluntad,
Por no se descomponer.
Y guardar su autoridad;
Y guardada,
No pueden gozar de nada,
Excepto de ir y volver
De palacio á su posada
Para tornarse á esconder,
Y esperar,
Si se quiere recrear,
Ya que ellos no salen fuera,
Que los vais á visitar
Como á gente prisionera.
Y de allí,
Segun de ellos aprendí,
Su pasatiempo y deporte
Es darse trabajo á sí
Y guerra á toda la corte,
Entendiendo,
Trabajando y revolviendo,
Inquiriendo y preguntando,
Y con algunos mintiendo,
Con otros disimulando,
Por calar,
Para saber y avisar
De lo hecho y lo no hecho,
Y á vueltas dello encajar
La suya por su provecho.
Uno habia
(Dios nos guarde) que escribia
Por ejercicio ordinario
Mas cédulas cada dia
Que hay en cas de un boticario,
Que enviaba
A diversos, do pensaba
Hacer alguna levada;
Lo cual todo se cargaba
A cuenta de la embajada;
Y pedia
Lo que bien le parecia
Con desvergüenza muy suelta,
Y con sus tramas traia
Toda la corte revuelta.
Bien que son
Ajenos de tal pasion
Otros muchos oradores,
Y de cualquiera nacion
Suele haber embajadores
Generosos,
Excelentes, virtuosos

Y sabios en negociar;
Mas aun los mas oliciosos
No se pueden excusar
De pasiones,
Molestas contradiciones,
Trabajos, dificultades
De duras negociaciones
Y otras importunidades
Cortesanas,
Y penas cotidianas
De escribir, y cosa tal,
Y otras tambien no livianas
Caseras que pueden mal
Evitarse,
Y que es forzado pasarse
Por posadas y caminos;
Así que, pueden llamarse
Cortesanos peregrinos,
Que, acabado
El tiempo determinado
De la corte do estuvieron,
Se vuelven á lo pasado,
Y al fin son los que antes fueron.
Y el honor,
Aparato y resplandor
Con que andan en figura
De algun representador,
Con diversa vestidura
Disfrazada,
Que despues de la jornada
Es como una burlería;
Que la máscara quitada,
Vuelve á ser lo que solia.
Uno vi
Destos una vez que fuí
A Venecia, y por mi fe,
Que apenas lo conocí
Cuando acaso le topé,
Que habia sido
Donde fui su conocido
Muy solemne embajador,
Y yo muy su favorido,
Gran amigo y servidor;
Mas venia
(¡Ved quién lo conocerla!)
A solas como birote,
Sin mas pompa y compañía
Que su toca y capirote;
De manera
Que si no se me riyera,
Y primero me hablara,
Cierto no le conociera,
Y de largo me pasara.

LUCRECIO.

Señor Prudencio, dejados
Esos aparte, si os place,
Hablemos de los privados
Y ricos, que es lo que hace
Y se asienta
Mas al caso desta cuenta
Y materia que tratamos,
Y lo que agrada y contenta
A los que en ella miramos,
Y aunque haya
Ocasiones con que caya
Alguna vez la privanza,
O que por ventura vaya
En peligro de mudanza
Y revés,
Que en buen vulgar cordobés
Se dice rico pinjado,
Porque al fin gran caso es
Mandar y no ser mandado,
Y hablar,
Contratar y negociar
Con reyes familiarmente,
Con favor particular,
De los otros diferente;
Ser honrado,
Estimado y acatado,
De todos obedecido,
Requerido y granjeado,
Aposentado y servido
Y alabado;
Seguido y acompañado
De mil buenos á tropel,
De nadie necesitado,
Estándolo todos dél;
Con mil dones
Y presentes á montones
Que les dan sin los pedir,
Segun de vuestras razones
Se puede bien colegir.

PRUDENCIO.

No pongais
En eso que así tratais,
Lucrecio, duda ninguna;
Que muchos mas que pensais
Suele hacer la fortuna
Y ventura,
Unas veces por natura,
Otras por merecimiento;
Pero las mas por locura
De ocasion ó acertamiento
Temporal;
Y cuando el favor real
A ser de veras acierta,
Y se muestra liberal
Con privanza descubierta,
Verdadera,
O tambien cuando cualquiera
En los palacios reales
Llega, de cualquier manera,
A cargos muy principales
Y á mandar,
Y comienza á tesorar
Para poner en el arca,
No se puede numerar
Lo que junta, lo que abarca,
Lo que allega,
Lo que se le da y entrega,
Lo que apaña y lo que traga,
Y cuanto mas se le pega,
Tanto menos le empalaga
Ni le enfada;
Porque sin costalle nada,
Sobre lo mucho que tiene,
Cuanto le place y agrada
Ello mismo se le viene
De bolco;
No les pide su deseo
Cosa, cuando en un instante
Ya llega apriesa el correo
A ponérselo delante;
Todos van
A pecharles y les dan
Hasta henchirles los almarios,
Y aun los que léjos están
Les son tambien tributarios
Y pecheros;
Príncipes y caballeros,
Los unos les dan vajillas,
Otros joyas y dineros,
Y algunas veces las villas
Y vasallos,
Y forros, armas, caballos,
Y otras cosas peregrinas
Sin cuenta, que por ganallos
Se les buscan muy continas
Sin cesar;
Al fin no podeis pensar
Lo que amontona un privado,
En quien todo va á parar,
Como piedras al tablado.
Así que,
Cuanto alegais bien lo sé
Y lo confieso, Lucrecio;
Pero vos, por vuestra fe,
No hagais dello gran precio;
Y pensad
No ser gran felicidad,
Bien entendidas las leyes,
Mucha familiaridad
Con los príncipes y reyes;
Que el favor
Que muestran al servidor
No es siempre de corazon
Ni lo hacen por amor,
Sino por ostentacion
Halaguera,
Afeitada por defuera
Por cualquier necesidad,
Engañosa ó verdadera,
Que mueva la voluntad
Y opinion.
Pero, ya que la eleccion
Proceda de buen querer
Y se funde en aficion,
Segun suele acaecer,
La privanza,
La gracia, la confianza
Y humana benevolencia,
Las menos veces se alcanza
Por méritos ni por ciencia
Ni bondad,
Ni aun por grande habilidad,
Sino por cierta ocasion,
Por antojo y liviandad,
Beldad ó disposicion,
Que alcanzada,
Cuanto mas está encumbrada,
Encarecida y honrada,
Hasta el fin de la jornada
Siempre vive peligrosa
De caida,
Por holgar y estar tenida
A voluntad que no dura
Del hombre; que en esta vida
No hay prenda menos segura
Ni durable,
Mas incierta y variable;
Y así lo escriben autores,
No haber cosa mas mudable
Que el favor de los señores,
Lisonjero,
Y en un refran extranjero
Se compara en movimiento
Al temporal del hebrero
Y á las hojas con el viento;
De manera
Que el que en señores espera
Le cumple, siendo privado,
Velar bien hasta que muera
Por sustentar lo ganado.

LUCRECIO.

Todavía,
Si yo pudiese, querria,
Con todas esas tormentas
Verme, Señor, algun dia
Metido en esas afrentas
Y cuidados;
Porque, ya que los privados
Abajen de lo que fueron,
Siempre valen sus salvados
Mas de lo que antes tuvieron;
Y á mi ver,
Siendo ya fuerza caer,
Muy mejor puede gozar
El que tiene que perder
Que el que comienza á ganar
Nuevamente;
Y de mil partes de gente
No hay una que nos confiese
Por menor inconveniente
El tener, si se pusiese
En eleccion.

PRUDENCIO.

No movais esa quistion,
Lucrecio, que es odiosa,
Y toda comparacion
Suele ser escandalosa.
Claro está
Que el que no tiene ni ha

Otra hacienda ni abrigo,
Por tener se meterá
Por puertas del enemigo;
Mas tornando
A lo que os iba contando
De las personas privadas,
Y á lo que vais apuntando
De sus riquezas sobradas,
Que aunque cayan
No por eso se desmayan,
No padeciendo pobreza,
Creed, Lucrecio, que aunque hayan
Subido de gran bajeza
Hasta el cielo,
Cuanto mas alto fué el vuelo,
Si de aquel mando y favor
Les falta despues un pelo,
Tanto mas es el dolor
Y pesar,
Sin poderse conhortar
Con todo cuanto les queda,
Aunque no sepan contar
Las riquezas y moneda
Que allegaron;
Porque, como se llegaron
Con el poder que tuvieron,
No miran lo que ganaron,
Sino aquello que perdieron,
Que se acuerda;
Mas, ya que nada se pierda,
Y les dure el interés,
Es forzado que le muerda
La conciencia al ginovés
Si pecó;
Porque vos no dudeis, no,
Y sabed de cierta ciencia
Que nadie se enriqueció
Mucho con buena conciencia;
De do viene
Aquel usado y solene
Dicho, ya no muy moderno,
Que es beato aquel que tiene
A su padre en el infierno,
Donde están
Algunos que de su afan
Gozan al fin sus parientes.
Pues los que decis que van
Y son tanto de las gentes
Estimados,
Servidos y aun adorados,
Tambien son los doloridos,
De muchos importunados
Y en secreto aborrecidos,
Y han de estar,
Si se quieren conservar,
Ojo alerto de contino
Por no perder su lugar
Ni apartarse del camino
Del favor,
Que suele con el señor
Durar ordinariamente
Mientra el caro servidor
Le está delante presente
Y le adora,
Lisonjea y enamora,
Haciendo del ladron fiel;
Mas olvídase á la hora
Que quita los ojos dél;
Y apartado,
Aunque haya sido privado
De los íntimos mayores,
Presto se halló trocado
Por otros nuevos amores.
En presencia
Regia con su prudencia
La corte allende y aquende,
Y en poco tiempo de ausencia,
Cuando vuelve no la entiende,
Ni aun la halla,
Aunque solia gobernalla,
Sino en grande diferencia;
De suerte que entra en batalla,
O al menos en competencia,
Por tornar,
Si ser puede, á reparar
Lo que la ausencia ha dañado,
Y á residir y durar
Mas por fuerza que de grado,
Como preso;
Y cierto que si con seso
Se mira lo que á esto toca,
Puestas ambas en un peso,
Veréis que no tienen poca
Semejanza,
Porque la misma privanza
Es cárcel de muchas penas,
Y las riquezas que alcanza
Son los grillos y cadenas
Que los tiran;
Y bien que los que los miran
Defuera no pueden vellas,
Hay privados que suspiran
Dentro por verse sin ellas;
Y á mi ver,
Aunque van al parecer
Altos, lozanos y bravos,
Ellos se pueden tener
Gentilmente por esclavos,
Y lo son;
Y el turco tiene razon
En que al mas especial hombre,
Bajá ó de otra condicion,
Llama esclavo por renombre
Positivo.
Pues si yo, cuitado, vivo
Sin libertad como el buey,
¿Qué me da mas ser cautivo
Del turco que de otro rey,
Pues le adoro?
Y si soy cautivo moro
En cadénas como perro,
¿Qué importa ser mas de oro
La cadena que de hierro?
Y si queda
Preso el pez á do se enreda,
¿Qué mas honra se le cata
Por ser sus redes de seda
O el anzuelo ser de plata?
Pues juntar
Bienes para los gozar,
Cosa de cebones es,
Que los dejan engordar
Para comerlos despues;
De los cuales
En los palacios reales
De grandes emperadores
No pocos ejemplos tales
Nos cuentan los escritores
Verdaderos,
De muy altos consejeros
Y riquísimos privados,
Que por solo seis dineros
Han sido descabezados
Y proscritos,
Sin haber otros delitos;
De que aqui, Lucrecio, daros
Puedo ejemplos infinitos,
Muy auténticos y claros
Con verdad;
Mas, por ser prolijidad,
Dejo muchos que pasaron.
Bástenos la autoridad
De dos solos que se ataron
En favor
Cerca del emperador
Nero, tirano nombrado:
Séneca, su juez mayor,
Y Pallanteos, su privado;
Que, sabida
Su muerte no merecida,
Ninguno habrá que no entienda
Haber perdido la vida
Por tener mucha hacienda.
Veis aqui
Lo que se me ofrece á mí
Que de privados os cuente,
De los cuales muchos vi
Ensalzados altamente,
Y he sabido,
Maguer que favorecido,
Ser estado congojoso,
Entricado, entremetido,
Y á las veces peligroso,
Comparado
Al que estaba combatido,
Asentado en rica silla,
Proveido y abastado
De manjares y vajilla;
Mas tenia
Una espada que pendia
Sobre él, de un hilo colgada,
Cuya punta le venia
En la cabeza asentada.

LUCRECIO.

Ya, señor Prudencio, quedo
En esa parte avisado,
Y entiendo bien que no puedo
Yo llegar á tal estado
De valer:
Bien que á buscar de comer
Me levanta mi motivo,
Pero no para tener
Pensamiento tan altivo
De llegar
En algun tiempo á medrar
Con reyes tan adelante,
Que tenga que me guardar
De peligro semejante
De caida.
¡Ojalá que la subida
Estuviese ya en mi mano,
Que para esotra herida
Nunca falta cirujano!
Y pues ya
De las otras cuatro está
Platicado como quiera,
Oyamos, si os placerá,
La quinta forma y manera
De sirvientes
En palacio residentes,
A quien mayor culpa distes,
Y de los inconvenientes
Que al presente propusistes
De vivir.

PRUDENCIO.

Lo mismo torno á decir,
Señor Lucrecio, aun agora,
Que de muchos que á servir
Van á corte cada hora
A montones,
Por diversas ocasiones
Y por causas especiales
De diversas profesiones,
De que las salas reales
Andan llenas,
Hay unos que pasan penas
Y molestias en gran copia,
Y andan en casas ajenas
Pudiendo estar en la propia
Sin pasion;
Mas, como los hombres son
No todos de una natura,
Voluntad ni condicion,
Ni menos de una ventura
Si porfian,
Ni quieren, cuando podrian,
Ser de las cortes exentos,
Ni pueden, cuando querrian,
Por muchos impedimentos
Que se ofrecen;
De suerte que permanecen
Entre quieren y no quieren
Hasta que allí se envejecen,
Y no pocas veces mueren
Mal su grado;

Y de los de tal estado
Que por vicio ó por virtud
Anda palacio poblado,
Hallaréis gran multitud,
Y mil gentes
Inclinadas y obedientes
Al servicio y sujecion.
Bien que sean diferentes
En estado y condicion,
Calidades,
Costumbres, habilidades,
Trajes y forma de vida,
Deseos y voluntades,
A quien la corte convida
A pesares;
Los mas dellos son seglares,
Pero clérigos tambien,
Y religiosos á pares
De aquella Hierusalem
Cortesana;
Los unos de propria gana,
Otros por ser convidados,
Y algunos que van por lana
Y al fin salen trasquilados.
Hay dotores,
Letrados, predicadores
Y personas de conciencia,
Maestros y profesores
De toda suerte de ciencia,
Caballeros;
Hay hidalgos y escuderos,
Hombres de paz y de guerra,
Y al fin, de todas maneras
Y linajes de la tierra,
Muy costantes
Discípulos y estudiantes
De aquella devota escuela,
Que andan allí vigilantes
En torno de la candela
De valer
Por medrar y merecer,
Para lo cual los mas buenos
Han, Lucrecio, menester
Dios y ayuda por lo menos,
Y otras ciencias,
Que son odios, competencias
Y invidias con los iguales,
Lisonjas y reverencias
Para con los principales
Y privados,
Con quien los mas estirados,
Pretendiendo algun favor,
Cumple ser muy bien criados,
Y con el rey ó señor
Mucho mas.
Puestos los piés por compás,
Los ojos vivos, alertos,
Sin osar mirar atrás,
En pié siempre y descubiertos
Con cuidado,
Hablando muy atentado,
Humilde, blando y sabroso,
Todo dulce y requebrado,
Y sobre falso, amoroso;
Estimando
En mucho cuando, alcanzando
Haber con el Rey audiencia,
Le estarán como adorando
Por la tal benevolencia
Y aficion,
Y con muy grande atencion
A escucharle, y cuando acaba,
Aprobarle su razon
Y alabar lo que él alaba,
Aunque sea
Por ventura cosa fea,
Dándole luego color,
Y caso que no lo sea,
Tenerlo por lo mejor
Necesario;
Y si el Rey, por el contrario,
De alguno dijere mal,
Mostrarse luego adversario
Y enemigo capital
Contra quien
El señor muestra desden,
Y ayudalle á que padezca,
Aunque sepa no ser bien
Ni ningun mal le merezca;
Y acaece
Que uno á otro al fin empece
Y le mete la lanceta
Por la ocasion que se ofrece
De echar una lisonjeta,
Y querer,
Mal hablando, complacer;
Así que, tiene lugar
El triste de mal hacer,
Aunque no de aprovechar,
Y dañando,
Hace que burla burlando
De la mala relacion;
Al Rey, que le está escuchando,
Le queda mala impresion
Permanente;
Y aunque quiera el delincuente
Remediarla, ya no puede,
Porque continuamente
El Príncipe le concede
Sus oidos.
Guárdeos Dios de los ladridos
De los ocultos testigos,
Do muchos son ofendidos
Aun de sus mismos amigos.
Fuera desto,
El andar siempre de presto
Y apriesa por los señores
No es poco duro y molesto
A los pobres servidores,
Ser forzado,
Aunque mas estéis cansado,
De ir y venir por oficio
A palacio apresurado,
Por no faltar al servicio,
Muy ligero,
Y de andar al retortero
De la sala á la capilla,
Tras las voces del portero
Y al son de la campanilla;
De manera
Que ni dentro ni defuera
De corte ni en la posada
Se puede tener, ni espera,
Hora jamás descansada
Con sosiego,
Sin despecho y sin reniego,
De camino deseoso,
De cosa que venga luego
A estorbarle su reposo.

LUCRECIO.

Bien lo creo,
Señor Prudencio, y deseo
Oir deso que decis;
Mas paréceme que veo
Esos de quien referis
Tantas penas,
Cargados de ropas buenas,
Joyas, aforros preciados,
Y de gentiles cadenas
Y collares adornados,
Que es señal
De hacienda y de caudal
Y bienes en abundancia;
Y así, no puede haber mal
Donde bulle la ganancia
Con honor.
Y tambien mirad, Señor,
Que la noble gente tal
A quien abriga el calor
De la vivienda real,
Los estiman,
Los ensalzan y subliman
Por ganallos y tenellos,
Y se les pegan y arriman,
Y se favorecen dellos,
Por ganar
Por su medio y mejorar
Con el príncipe presente,
De do les suele quedar
En deuda perpetuamente;
Y he notado
Que me parece un estado
De calidad gloriosa
Ser el hombre así rogado
Para tan gloriosa cosa.

PRUDENCIO.

Tal es ella,
Lucrecio, si el conocella
Las gentes causa no fuese
De menosprecio y querella
Cuando falta el interese
O esperanza;
Que á la hora que se alcanza,
O viene en conocimiento
Ser el favor ó privanza
Desos á las veces viento,
Y en oliendo,
O con el tiempo sabiendo
Que bien no podeis hacelles,
Luego os va desconociendo
Mas de cuanto podeis selles
Provechoso:
Porque es ley y uso vicioso
De las cortes, do procede
Querer mal al poderoso
Y mofar al que no puede.
Bien sentis,
Lucrecio, desto que ois,
Que los mas andan vendidos,
Pues esotro que decis
De las ropas y vestidos
Y cadenas,
Que á las veces son ajenas,
Es una vana locura
De que van las cortes llenas,
Y lo nota la Escritura,
Si he mirado,
Diciendo el texto sagrado
Donde habla de san Juan:
«Los que visten delicado
En cas de reyes están.»
Y no son
De mas grado y condicion
Por ello, á mi parecer,
Porque aquella ostentacion
Una burla suele ser
Muy hermosa;
Que, aunque á la vista es graciosa,
Muchos dellos hallaréis
Que no tienen otra cosa
Mas de aquello que les veis
Sobre sí:
Muchos de los cuales vi
Andar arrastrando seda
Y brocado y carmesí,
Sin saber qué era moneda
Ni doblon;
Cargados de presuncion,
Ir con su rico collar
A comer á un bodegon
Y á dormir en un pajar.
Ni creais
Que los oros que mirais
En algunos cortesanos
Sean, como vos pensais,
Ganados allí á sus manos,
Ni que crecen
Todos los que se engrandecen
Por su vida, órden ni ley,
Ni que todos se enriquecen
Los que andan cerca del Rey;
Que muy dura
Es la ganancia, y escura,
De los que en cortes afanan,

Y muchos por su ventura
Pierden allí mas que ganan;
Que por ir,
Como suelen, á cumplir
Con sus honras á la rasa,
Yendo ricos á servir,
Vuelven pobres á su casa
Y gastados,
Porque, sin otros cuidados
Que reyes deben tener,
Siempre están necesitados
De otros y han menester
Valedores,
Y los pobres servidores
Sacan dellos poco zumo;
De suerte que los sudores
Se les convierten en humo;
Si no fueren
Los que tienen mas que quieren
Por venturas especiales,
O los que á cargo tuvieren
Oficios interesales,
Como ya
Os he dicho, y así va;
Que á los otros desdichados
Solo el sueldo se les da,
Y aun de aquel no son pagados
Sin ruido;
Que acaece estar comido
Y el cortesano empeñado,
Y no haber dél recibido
En dos años un ducado,
Trabajando
En este medio y sudando
Por caminos y carreras,
Hacienda y cuerpo gastando
De mil suertes y maneras;
Y sabido
Lo que de ello ha merecido,
Y lo que se espera de ello,
Es el hombre andar molido,
Y el príncipe no sabello.
Y es gran mal,
Siendo el servicio leal,
Y que el señor le reciba,
El galardon no ser tal,
Y navegar agua arriba
Sin favor;
Pero aun suele ser peor,
Que habiendo algunos servido
Gentilmente á su señor,
Y hecho lo que era debido,
En nonada,
Por algo que no le agrada
O por cualquier sospechuela,
Es la gracia rematada,
Y apagada la candela.
Pues que os diga,
Y hasta el cabo prosiga
Otros duelos no livianos
De congojá y de fatiga
Que pasan los cortesanos;
Novedades,
Mudanzas, dificultades,
O de asiento ó de camino,
Trabajos, necesidades,
Y otros que de contino
Se padecen,
Y especial los que se ofrecen
Al partir de algun lugar,
Y se juntan y recrecen,
Seria nunca acabar;
Porque es vida
Sin reparo y dolorida.
Si no, ved si es harta plaga
En víspera de partida
No haber memoria de paga,
Y cuidados
Infinitos y pesados
De cosas que hay que hacer
Para estar aparejados,
Segun lo que es menester;
Pues partidos,
Aun los mismos favoridos
No carecen de dolores
Y contiendas y ruidos
Con los aposentadores,
Trabajando,
Padeciendo y tolerando
La misma vida inquieta,
Y por fuerza madrugando
A la voz de la trompeta
Que los llama,
Y á las horas que mas ama
Reposo la voluntad,
Y que de estar en la cama
Tienen gran necesidad.
Caminando
El noble rey don Fernando
Con esa reina germana
De Toledo, no sé cuándo,
Por Córdoba la llana,
De pasada
Vi la corte aposentada
Toda y sus caballerizas
En una aldea cuitada
De siete casas pajizas,
Y llovia,
Que el cielo se deshacia,
Sobre la Reina y las damas,
Y por otra parte ardia
Todo el campo en vivas llamas.
Unos daban
Voces porque se quemaban
Como si fueran herejes,
Y por otra parte andaban
Nadando los almofrejes;
Y veian
No pocos que no tenian
Mejor posada que el buey,
Y por fuerza se metian
En la cámara del Rey
En manada,
La ropa toda mojada
Dentro y fuera del lugar,
Que aun al fin de la jornada
Tuvimos bien qué enjugar
Y escurrir.
De aquí, Lucrecio, inferir
Podeis, poco mas ó menos,
Lo que es menester sufrir
En palacio muchos buenos;
Por lo cual
Dije y digo que esto tal,
Los que pueden excusallo,
Es de tenérselo á mal
El sufrillo y lacerallo.

LUCRECIO.

Semejantes ocasiones
De palacio y su vivienda,
Y trabajos y pasiones
Que manan de su contienda
Y porfia,
Bien creo que cada dia
Son ordinarios allí;
Mas esto no bastaria
A ponerme espanto á mí,
Ni dejar
Por ello de ejecutar
El propósito tomado,
Si en lo que toca al medrar
No fuese tan estirado,
Ni los dones,
Mercedes y galardones
Con tanto pleito y cogijo
Como de vuestras razones,
Señor Prudencio, colijo;
Que sufrir
Trabajos por bien servir,
Y servir por merecer,
Y por merecer servir,
Dulce cosa es, á mi ver,
De prestado,
Porque, el trabajo pasado,
Quedará despues lugar
Para gozar lo ganado
Y tornarse á retirar.

PRUDENCIO.

¿Qué sabeis,
Lucrecio, si lo podréis
Hacer como lo pensais,
Y si de corte saldréis
Si una vez en ella entrais
A probar
Lo que sabe su manjar?
Porque, segun su natura,
No os podréis aconhortar
Ni tolerar por ventura
Buenamente
Con paciencia suficiente
Las molestias enojosas
Que allí hay, y mayormente
Viendo ser infrutuosas.
Y si os prende,
Muda y enlabia, y enciende
Y trastrueca el pensamiento,
No podeis libraros dende
Ni dejar su seguimiento,
Segun hace
Con muchos á quien aplace,
Como Circe á gente mucha,
Que la fuerza á que se enlace
Despues que una vez le escucha.

LUCRECIO.

Ya yo sé,
Por lo que entendido he
Hoy de vuestra relacion,
Que carecer no podré
De fatigas y pasion
Si una vez
Se me pegare la pez
De palacio ó su pesebre;
Mas quien quiere comer nuez
Es menester que la quiebre,
Aunque dura;
Pero desa otra locura
De prendar mi voluntad,
La cosa está muy segura,
Porque es mi libertad
Muy preciada.

PRUDENCIO.

Eso de la nuez me agrada
Que lo hagais por despedida;
La cual, despues de quebrada,
Suele hallarse podrida,
Hecha heces;
Y las verdaderas nueces
Son las costumbres humanas,
Que en palacio muchas veces
Peligran y salen vanas
Y viciosas,
Y aun las de sí virtuosas;
Con algunas ocasiones
Estraga el uso de cosas
Y malas conversaciones;
De do vino
Aquel proverbio latino,
Que *corrumpunt bonus mores*
Colloquia prava, y contino
Se mudan con los honores.
Su consorte
Es otro antiguo deporte,
Que dice y habla con vos,
Que se aparte de la corte
Quien quiere estar bien con Dios;
Porque allí
Cumple, segun aprendí,
El que quiere sacar fruto
Tener alas de neblí
Y ser doblado y astuto,
Lisonjero,
Disimulado y artero,

Mostrando doblada cara;
Porque no vale un dinero
La verdad desnuda y clara,
Fiel y pura,
Sino usar de la natura
De Prometeo, que podia
Transfigurar su figura
En todas cuantas queria;
Y fingir
Sin gana á veces reir,
Sin gana á veces llorar,
Por agradar y servir,
Complacer y granjear
Los privados,
Y despues de granjeados,
Cuando ya pensais tenellos
Con servicios obligados,
Teneis poca parte en ellos.
Nadie osa
Sin su ayuda peligrosa
Pedir un maravedí.
Daisle aviso de una cosa,
Y tómala para sí,
Sin cuidado
De vos, que les habeis dado
El aviso, y sin conciencia,
Sobre haberos desollado,
Quieren gracia y obediencia
Con franqueza;
De suerte que su grandeza
De provechos es desnuda;
Para otros es simpleza
En sus palabras y ayuda
Confiaros,
Porque, en lugar de ayudaros,
Si no interviene lo hecho,
Suele mas veces dañaros
Que no haceros provecho.

LUCRECIO.

Ya que sea
La gente de esa ralea,
Sin amor, sin caridad,
Y que en ellos no se vea
Señal cierta de amistad,
Es de creer
Que debe siempre haber
Otros de otra condicion,
En quien se pueda tener
Confianza y devocion
Y alegría;
Y así, entiendo cada dia
Haber muchos cortesanos
En muy dulce compañía,
Andar juntos como hermanos
Y parientes,
Y parando en ello mientes
Y pasándolo de espacio,
Creo haber muy excelentes
Amistades en palacio
Por abrigo;
Y así, hablando conmigo,
Pienso hallar y tener
En la corte algun amigo
De quien me favorecer.

PRUDENCIO.

Vos podeis.
Será cierto que hallaréis
No solo, Lucrecio, alguno,
Mas ciento si los quereis,
Pero cual cumple, ninguno;
A manadas,
De fuera y en sus posadas,
Hallaréis mil de contino,
Amigos de bonetadas,
Sálveos Dios, taza de vino,
Con malicia,
Porque do reina codicia
Es fingida la aficion;
La regla de la amicicia
Que compuso Ciceron
Falta y yerra;
Que amigo de buena guerra,
Leal, seguro y secreto,
Es ave rara en la tierra,
Semejante á cisne prieto.
Mas notad
No haber, Lucrecio, amistad
En ninguna profesion
De menos sinceridad
Que los de la corte son;
Que notados
Uno á uno los estados,
Haciendo dellos testigos,
Aun entre bravos soldados
Suele haber fieles amigos;
Mas acá
En corte apenas habrá
Una amistad verdadera,
Porque comunmente va
Interesal, lisonjera
Y fundada
En otras cosas de nada,
Liviandades y placeres;
Y en esto es diferenciada
De la de los mercaderes
Solamente,
Que son rica, honrada gente,
Si tambien no pospusiese
Al amigo y al pariente
Y á cualquier otro interese,
Por ganar.
Así que, podeis pensar,
Por estas razones llanas,
Haber poco que esperar
De amistades cortesanas
Ni aficion
De sola conversacion;
Que aunque acierta en calidades,
Nunca hay confederacion
De conjuntas voluntades
Con verdad,
Porque allí la enemistad
Es natural y vecina,
Y la amiga caridad
Extranjera y peregrina;
Y lo bueno
Es, que andando todo lleno
De finezas y malicias,
Se os meterán en el seno
Muchos haciendo caricias
Amorosas
Con palabras engañosas
Y fingiendo ofrecimiento
Por daros á entender cosas
Que no tienen pensamiento,
Y las calla
Hasta que camino halla,
Si en hablar no sois discreto,
De descoseros la malla
Y sacar algun secreto;
Y sacado,
Vos pensad que le habeis dado
Cuchillo con que os degüelle,
Y despues de degollado,
Aun os abra y os desuelle;
Mayormente
Si del hacello se siente
Algun provecho cercano,
No será mas negligente
En ganaros por la mano,
Y escondella
Despues de haberos con ella
Tirado la piedra y hecho
Todo el daño, estorbo y mella
Que puede en vuestro derecho
Y partido.
Cosas han acaecido
A mí mismo en esta parte,
En que no poco ofendido
Me sentí de cruel arte
Por aquellos
De quien, fiándome dellos,
Pensaba ser ayudado,
Y me hallé por creellos
Prevenido y salteado.
Es locura
Y prenda poco segura
La amistad en confusion
De corte, porque no dura
Mas de cuanto la ocasion;
Que si fueron
Amistades que nacieron
Por interese, aunque aplacen,
Como por él se hicieron,
Por él mismo se deshacen
Y se quitan;
Que los que las solicitan,
Aquellos las desbaratan,
Y los que mas se visitan
Son los que peor se tratan;
Y el primor
De hablarse con amor
Son armas con que se hieren,
Que á veces los que mejor
Se hablan, peor se quieren.

LUCRECIO.

Bien está,
Señor Prudencio, que ya
Entiendo bien esa cosa;
Y pues con amigos va
En corte tan achacosa,
No querellos
Ni perder tiempo tras ellos
Será la cuenta derecha;
Y así, no pienso con ellos
Tener amistad estrecha,
Sino ir
Determinado á servir
Al señor que Dios me diere,
Hasta medrar ó morir
Lo mejor que yo pudiere,
Y tener
Confianza de valer
Por solo mi buen servicio,
Sin de nadie pretender
Socorro ni beneficio,
Que haya allí.

PRUDENCIO.

Hacedlo, Lucrecio, así;
Que al fin la pena es mas leve
Cuando el hombre está de sí
Satisfecho, como debe;
Y aunque en vano,
Yendo por camino llano,
El galardon le suceda,
El se paga de su mano
Con la virtud que en él queda;
Mas querria
Avisaros todavía,
Como á quien soy obligado,
Que vais tras vuestra porfía
Algo menos confiado;
Que mas quiero,
Sea rey ó caballero
O cualquier otro señor,
De quien pretendo y espero
Premio, merced ó favor,
Sola una
Libra y onza de fortuna
Para ser hombre de cuenta,
Que de otra virtud alguna
Ni de méritos cincuenta;
Porque, dado
Que el servir vaya ordenado
De diligencia y cordura,
Todo al fin es excusado
Cuando no tercia ventura.
Demás desto,
Yo, sobrino, os amonesto,
Antes de ir esta jornada,
Que mireis en aquel texto
De la Escritura sagrada,
Que guardar
Nos manda y desconfiar

De los príncipes humanos,
Pues salud y gloria dar
No está en ellos ni en sus manos;
Y el sentido
De este texto referido
Es, que los reyes no dan
A todos por lo servido
Igual precio del afan
Y bondad,
Ni miran la voluntad
Con que el servicio fué hecho,
Ni obra necesidad,
Sino solo su provecho.
¿Qué pensais,
Lucrecio, si, como vais
A medrar y ser honrado,
Adoleceis y os hallais
Sin escudo ni ducado,
O si yendo
En el servir procediendo,
Sucede guerra ó motivo,
De vuestro deber haciendo,
Fuerdes por dicha cautivo,
Quién será
El que allí socorrerá
Para vuestra enfermedad,
O el rescate pagará
Para vuestra libertad?

LUCRECIO.

Pienso yo
Que el señor no olvida, no,
Siendo la causa tan suya,
Al que por él padeció,
Para que se restituya
Con honor;
Porque, como al servidor
Toca ser constante y fiel,
Así conviene al señor
No ser ingrato con él.

PRUDENCIO.

Con razon;
Mas tras esa devocion
No os metais en tales leyes;
Que muchos vi de prision
Olvidados por sus reyes,
Que cumplidos
Los servicios, y partidos
Del ojo los servidores,
Y los muertos y huidos
Presto son de los señores
Olvidados,
Y pocas veces pagados
Sin grandes dificultades,
Porque tienen mil cuidados
Y cien mil dificultades
Que cumplir.
Pues la causa de haber de ir
A palacio el que allí va
Es ambicion de subir
Donde por subir está.
¡Qué simpleza
Es prometerse riqueza
Donde tantos la desean
Y con tanta sutileza
La procuran y granjean,
Y tener
Animo de pretender
Oficios, cargos, honores
Donde tantos ha de haber
Hambrientos competidores,
Y pensar
De conseguir y alcanzar
Potencias, mandos y rentas
En parte que han de costar
Tantos peligros y afrentas!

LUCRECIO.

Todas son
Gran verdad en conclusion,
Señor Prudencio, esas cosas;
Mas cualquiera profesion
Tiene trechas trabajosas
Bien notadas,
Y todas examinadas
Las de palacio, á mi ver,
Serán las menos pesadas
Y mas dignas de escoger
Y seguir.
Y bien que contradecir
No puedo á vuestra sentencia,
Todavía querria ir
A verlas por experiencia;
Salvo si
Ya de todo punto aquí
Dais por cosa averiguada
No me convenir á mí
Proseguir esta jornada.

PRUDENCIO.

Yo no quiero,
Por esto que aquí profiero,
Estorbar vuestro deseño,
Aunque sé ser verdadero,
Lucrecio, lo que os enseño;
Que ya sé,
Porque yo tambien pequé,
Que aun en las cosas muy buenas
No se da á las veces le
A relaciones ajenas
Sin probarse
Y en presencia examinarse;
Porque hay pocos ó ninguno
Que quieran desengañarse
Por consejo de otro alguno;
Y es vedado
En cosas así de estado
Y eleccion de nueva vida
Dar consejo averiguado
A ninguno, aunque lo pida.
Mas yo os digo
Como no falso testigo,
Si mi voto se tomase,
Que ni á pariente ni amigo
Yo nunca le aconsejase
Emplear
Con codicia de medrar
En palacio su servicio
Mientra pudiera ocupar
Su tiempo en otro ejercicio
Menos duro,
Donde sea mas seguro
El bien, y con mas reposo,
Y el galardon mas seguro
Y el gozar menos dudoso,
Sin dolor;
Y donde, siendo menor
Por dicha la utilidad,
El gozo será mayor,
Mediante la libertad;
Que no alcanza
Igual bienaventuranza
Hombre en esta vida humana
Con todo el bien y privanza
De la vida cortesana;
Que por ser
Muy sujeta á padecer
Desta tan preciosa prenda,
Se debria posponer
A cualquier otra vivienda,
Y pensar
Que habiendo campos de arar
Y molinos de moler,
Huertas, viñas que labrar,
Y do sembrar y coger,
Y pudiendo
Pasar la vida leyendo,
En estudiar ó escribir,
Es yerro irla perdiendo
En la corte por servir;
Y gastalla
O rompella ó cautivalla
En lo mejor de la edad
Entre la chusma y canalla
Es desvarío y vanidad,
Hinchazon,
Necedad y presuncion,
Y soberbias y locuras,
Agonías y ambicion,
Y otras tales desventuras;
Cosas vanas,
Altaneras y profanas,
Y muchas lisonjerías
Que las gentes cortesanas
Platican noches y dias,
Muy ufanos,
Y entre mancebos livianos
Y caballeros gloriosos,
Galancetes y lozanos,
Estirados y orgullosos,
Que vagando
Por las calles cabalgando,
A las veces dan y prueban
Ser mas bestias, bien mirando,
Que las mismas que los llevan;
Y otros tales,
Hombres vanos, mundanales,
Y pueblo de poco vaso,
Que de virtudes morales
Se hace muy poco caso;
De manera
Que pasada la carrera
De la corte y su costumbre,
Cuando al cabo salis fuera
De la loca servidumbre
Por partido,
Veis que habeis envejecido
Entre injurias y querellas,
Y que habiéndolas sufrido,
Aun distes gracias por ellas.

LUCRECIO.

Evidente
Cosa es que comunmente
El mundo va de este modo,
Y do hay copia de gente
Es fuerza lo haya de todo;
Mas tambien
Entiendo hallarse quien
En vejez y juventud,
Sin engaño ni desden,
Use en corte de virtud
Con los buenos,
Y se hallan por lo menos
No pocos, á lo que siento,
Que aun á los pobres y ajenos
Hacen buen acogimiento,
Honra y fiesta,
Y sin llorar lo que cuesta,
Reparten de lo que tienen,
Teniendo la mesa puesta
A cuantos entran y vienen,
Muy sin pena.

PRUDENCIO.

Cierto, Lucrecio, muy buena
Es esa costumbre tal;
Pero vos de tabla ajena
No hagais mucho caudal
Ni reparo,
Ni del socorro y amparo
De mesas de caballeros,
Que suelen costar mas caro
Que comprado por dineros.
Y es el cuento
Que en el uso y seguimiento
De este tal pan de dolor,
Ni suele quedar contento
Quien lo come ni el señor
Que lo da,
El cual ha de estar y está,
Sin haber por qué, obligado
A cada necio que va,
A tenelle aparejado
De comer;
Y el donaire suele ser

Que de aquellos que á tragar
Van por dos que dan placer,
Doce suelen enfadar
Al patron,
Porque la conversacion
De todos no es de una suerte;
Que unos dan recreacion,
Y otros son la misma muerte,
De pesados;
Y á veces los convidados
Faltan cuando los querrian,
Y cuando están descuidados
Acuden mas que debrian.
Y el que viene,
Si el dicho señor no tiene
Muy á punto la comida,
Tambien es fuerza que pene
Esperando su venida,
Tras la cual,
Como cosa principal,
Se pierde lo mas del dia;
Que seria menos mal
Pasalla en una hostería
O meson.
Pues si veis la confusion
De la corte, veréis luego
Que el mar, con su alteracion,
No tiene menos sosiego.
Distraido
Anda siempre allí el sentido,
El ánimo cuidadoso
En mil partes repartido,
En ninguna con reposo.
Toda cosa,
Aunque parezca sabrosa
Y próspera en lo presente,
En palacio es trabajosa,
De descanso carecente.
No hay lugar
Ni tiempo tan sin pesar,
Tan libre, tan reservado,
Do quien sirva pueda estar
Sin mella de algun cuidado.
Aun comiendo,
Cenando, y aun durmiendo,
Por respeto de servir,
Se ha de estar siempre diciendo
Que aun hay algo que cumplir;
De manera
Que do quiera y como quiera,
La mas dulce servitud
Desasosiega y altera
Y es causa de inquietud
Y amargura;
Y el que descanso procura
En corte, no piense habello;
Que mientra el servicio dura
Es imposible tenello;
Ni lo espere
Quien tras reyes anduviere,
Porque ellos mismos aquí,
Mientra otro mundo no hubiere,
No lo tienen para sí.
Pues pensad
Que faltando libertad
Al que sirve y á su dueño,
Cualquiera prosperidad
Debe tenerse por sueño
Y se olvida,
Pues la libertad perdida
Y el trabajo, aunque se acierte,
Anda en cuenta con la vida,
Y el descanso con la muerte.

LUCRECIO.

No creyera,
Señor Prudencio, que hubiera
En la vivienda de corte
Tantos duelos, ni que fuera
Tan sin placer y deporte,
Como entiendo
De lo que mostrais diciendo;
Que si otro lo dijera,
Menos crédito teniendo
Que vos, yo no lo creyera
Sin proballo;
Pero, como veo y hallo
Ir tantos aquel camino,
No facilmente á dejallo
Me persuado ni inclino.

PRUDENCIO.

Vos podréis
Hacer lo que bien veréis,
Si de vuestra condicion
Por ventura conoceis
Tan grande moderacion
Y templanza,
Que en parte que no se alcanza
Descanso podeis pensar,
Y do falta la esperanza,
Tan caro suele costar;
Porque son
De diversa inclinacion
Los hombres, y no se emplean;
Unos reciben pasion
Con lo que otros se recrean;
Y así, hay tales
Que tienen por bien los males,
Y otros por malo lo bueno,
Segun veis que hay animales
Que su deleite es el cieno,
Agua, lodo.
En fin, por aquí va todo;
Que de todos es bienquisto
El apetito beodo.
Y yo me acuerdo haber visto
Mas de tres,
Aherrojados los piés,
Deleitarse en la galera;
Pero gran ventaja es
Mirarlos de talanquera
Cómo van
Con su miseria y afan
Muy contentos de engañados,
Y pocas veces están
En un lugar reposados,
Porque andando
Tras reyes devaneando
En vivienda peregrina,
Cada dia enfardelando,
Porque siempre se camina
Sin reposo,
Y el que dél es deseoso
Y quieto de natura,
Ved si le será sabroso
No tener parte segura
De aposento;
Pero ya que esté de asiento
La corte en algun lugar,
Tampoco estará contento
El que piensa descansar,
Porque luego
Desaparece el sosiego,
Silencio y tranquilidad,
Y suceden en el juego
Estruendos por la ciudad
Y clamores
Tras los aposentadores,
Baraundas, turbaciones,
Alborotos y rumores,
Voces, gritos y quistiones
Y ruidos,
Alharacas y alaridos,
Y otras molestias y penas
Y bullicios desabridos,
De que andan las plazas llenas,
Y encontrones
Por las calles y cantones,
Que no podeis excusallo,
Embarazos y empujones,
Y aun pernadas de caballo,
Noche y dia,
Y en lugar de policía,
Entre músicas y fiestas,
Desvergüenza y osadía,
Juegos y otras deshonestas
Alegrías,
Banquetes, borracherías,
Amores, disoluciones,
Trágagos y burlerías
Y pecados á montones,
Muy sin cuenta,
Que do la corte frecuenta
Suelen hacer residencia,
Porque el vicio se aposenta
Con muy bastante licencia
A placer.
Y si mas quereis saber
Del cortesano ejercicio,
Sabed que el aborrecer
Es el principal oficio,
Hazañar,
Meter mal y blasfemar,
Holgar, burlar y mentir,
Revolver y trafagar,
Murmurar y maldecir
Muy frecuente,
Por do queda al que esto siente,
Viendo el tiempo malgastarse,
Decir dél mas propriamente
Perderse que no emplearse,
Pues se va
Tras solo lo que les da
A entender la voluntad,
Y apenas hay hombre allá
Sin secreta enemistad;
Y es de ver,
A quien lo sabe entender
Y desto tiene noticia,
Publicarse el bien querer
Y encubrirse la malicia,
Componiendo
Alegre rostro, temiendo,
Con los ojos halagando,
Con la boca bendiciendo
Y con el alma tirando
Saetadas
Crueles, enherboladas,
Deseando verse allí,
Las cabezas derribadas,
Uno á otro cabe sí
Con rencor;
Mas mirad otro primor,
Que al principio aun habrá alguno
Que os muestre y tenga amor,
Y andando el tiempo, ninguno,
Aunque deis
Por ello cuanto teneis,
Y lo hayais bien merecido;
Vos tampoco no teneis
Amor á nadie cumplido
Ni de veras;
Que las artes y maneras
De corte, cuando se entienden,
Van descubriendo manqueras
Con que los hombres se ofenden
Y aborrecen;
Y así, los que permanecen
En palacio luengamente
Mas estudian que enriquecen,
En huir de inconveniente
Y mirar
De quién se deben guardar,
Sabiendo haber enemigos
Con quien han de conversar,
Y que aquellos son testigos
Avisados
Que andan dellos rodeados,
Y que el tiempo y seso apenas
Bastan para estar guardados
De las maldades ajenas;
Pues verdad,
Verdadera caridad,
En pocos vi que cupiese,
Salvo con necesidad

O con polvo de interese;
De lo cual
La causa mas esencial
Es la falta de virtud;
Pero tambien sale el mal
De sobra de ingratitud,
Que buscada,
Será do quiera hallada;
Pero la corte, á mi ver,
Es la mas cierta posada
Que se le puede saber;
Do veréis
No pocos á quien habréis
Hecho servicios sin cuento,
En quien despues hallaréis
Muy poco agradecimiento
O ninguno.
Ya diria yo de alguno,
Y aun de muchos que allí vi,
Especialmente de uno
A quien fielmente servi
Y ayudé,
Mas yo lo que dél saqué
Al cabo de la jornada
Fué malquerencia sin fe
Y enemistad declarada (2).

LUCRECIO.

Siendo eso
Verdad, segun del proceso
De vuestra relacion siento,
Yo conozco y lo confieso
Ser necio mi pensamiento,
Mayormente,
Pues se usa y se consiente
Que ingratitud prevalezca,
Que no hay vicio entre la gente
Que mas á Dios aborrezca,
Ni pecado
Claramente castigado
En el viejo Testamento
Con mas rigor y cuidado
Que desagradecimiento.

PRUDENCIO.

Con razon.
Pues demás desa pasion
Del estilo, órden y trato
De la corte, hay un mónton
De otras cosas buen barato,
Do quien vive
Es causa que se cautive
En ellas muy á la clara,
Como en sus *Cartas* lo escribe
Fray Antonio de Guevara;
Que á su cuenta
Son ocho que andan en venta
En corte, do se platican,
Y sin empacho y afrenta
Se pregonan y predican
Por verdades
Mentiras y falsedades,
Nuevas vanas y fingidas,
Engañosas amistades
Hombres y hembras perdidas,
Y muy finas
Invidias allí continas
Y malicias redobladas,
Palabras locas malinas
Y esperanzas engañadas;
Y con estas
Andan tambien muy compuestas
Otras dolencias y males;
Unas pesadas, molestas
Y mas espirituales
Y perfetas,
Iras, zizañas secretas,
Odios, bandos, competencias,
Que enclavan como saetas
Las almas y las conciencias
Y sentidos,
Con que muchos doloridos
Traen los bazos hinchados
Y los livianos podridos
Y los higados dañados.

LUCRECIO.

Tantas cosas me decis,
Señor Prudencio, por ciertas,
Que no solo me rendis
A meterme por las puertas
Del creer,
Pero para aborrecer
Toda vida cortesana,
Y serle, sin la saber,
Como á religion profana,
Enemigo.

PRUDENCIO.

Pues creedme por testigo,
Lucrecio, sin duda alguna;
Que todo cuanto aquí digo
No es de treinta partes una
De los males
Continuos y generales
Que á cada paso se ofrecen,
Y trabajos desiguales
Que en la corte se padecen
Con dolor;
La cual sin duda es mejor
Para de léjos oirla
Por via de relator,
Que para vella y seguilla
Ni gustalla,
Y sin entrar en batalla,
Saber lo que pasa en ella,
Que para experimentalla
Con engaños y querella;
En la cual
El que no tiene caudal
Ni favor está obligado;
Y el que vale es por lo tal
Perseguido y odiado,
Sin poder
Excusallo, y viene á ser
Que ni el pobre mantenerse
Ni alcanzar para comer,
Ni el rico puede valerse,
Con tormentos
Que les dan los pensamientos;
Y así, viven afligidos,
Y son pocos los contentos
Y muchos los aborrecidos
Con pasion,
Y es la causa la ambicion
Con que todos van á dar
A enderezar su intencion
De privanzas y medrar;
Y así es
Que muchos mueven los piés
Por ganar de cualquier modo,
Y al fin uno ó dos ó tres
Lo vienen á mandar todo
En monton;
Por do digo en conclusion
Que la corte y sus cuidados
No es buena de condicion
Sino para los privados
Favoridos,
Que con los brazos tendidos
Recogen los frutos della,
Y mancebos atordidos
Que no saben entendella,
Ni entendida,
Saben tomalle medida
Ni tiento en ninguna cosa.
Es verdad pues que la vida
De palacio es muy sabrosa,
Descansada,
Apacible y concertada,
Teniendo della noticia,
Para que, siendo gastada,
Nos pongan mucha codicia
Sus extremos,
Sino que allí padecemos
Hambre, sed, cansancio y frio,
Y duelos mas que podemos,
Del invierno y del estío,
Y pobrezas,
Pesadumbres y gravezas,
Odios y persecuciones,
Disfavores y tristezas,
Enojos y tentaciones,
Y otros tales
Inconvenientes y males
Que sin fin contar podria,
De que las cortes reales
Andan llenas todavía;
Mas notad
Que muchos, á la verdad,
Sufren miseria importuna
So color de libertad,
No teniendo allí ninguna
Conocida,
Y porque no hay quien les pida
Cuenta de la vida ociosa,
Ocupada y consumida
En holganza trabajosa,
De do mana
Otra costumbre muy vana,
Que es darse á conversaciones
Livianas, do no se gana
Sino inútiles pasiones
Muy pesadas
Y aficiones excusadas
Para mayor perdimiento,
Por accidente tomadas,
Y fundadas en el viento.

LUCRECIO.

Desa suerte,
Peor que la misma muerte
Es la vida cortesana,
Pues al cabo se convierte
En una locura vana;
Y seria
Aun mas locura la mia
Si lo que antes que os oyese,
Como ignorante, queria,
A sabiendas lo hiciese,
Sin estar
Muy seguro de ganar;
Y tengo por dicha buena
El poder escarmentar
Con tiempo en cabeza ajena;
Bien que veo
Cosas que pide el deseo,
No yendo por otras vias
Sin grandísimo rodeo,
Cómo vengan á ser mias.

PRUDENCIO.

Mucho importa
Al hombre, si se aconborta
De con poco contentarse,
Porque en esta vida corta
No puede todo gozarse
A la larga;
Antes á veces la carga
De bienes es desabrida,
Y se siente mas amarga
Al tiempo de la partida.

LUCRECIO.

Pues ¿por qué
Con tanto cuidado y fe
Buscan los hombres riqueza?

PRUDENCIO.

Por Dios, Lucrecio, no sé,
Sino por una simpleza
De gozar
En este mundo, y dejar
A los hijos cuando mueren,
Por lo cual suelen llegar
A no saber lo que quieren,

(2) Algunas ediciones dicen:
Y enemistad de callada.

Y sufrir
Trabajos hasta morir
Tras los reyes y señores,
Por alcanzar con servir
Sus mercedes y favores,
Señoríos
Y bienes con que baldíos
Sus hijos tomen placer.

LUCRECIO.

Yo por dejar á los mios
No querria padecer
Un mal dia;
Mas por propia causa mia
Y mejorar mi partido,
Cualquier afan tomaria
Por ser del Rey bien querido
Y privado.

PRUDENCIO.

Ya os he dicho ser estado,
Por una parte pomposo,
Rico, soberbio y honrado,
Y por otra peligroso;
Por lo cual
Yo para mí en especial
No querria, antes me temo
Que el Rey me quisiese mal,
Pero ni bien en extremo;
Porque amor
Es muy grave engañador,
Y así lo son, so sus leyes,
Las privanzas y favor
De los príncipes y reyes;
Y el saber
Es, pudiendo no los ver,
Honrarlos sin conocellos,
Y teniendo de comer,
No tener parte con ellos;
Porque al precio
Que lo dan, pensad ser necio
El que mucho lo porfia,
Y si me creeis, Lucrecio,
Buscaldo por otra via
Cual quisierdes,
Que siendo los años verdes,
Podeis hallarlo de espacio;
Y huid mientras pudierdes
De la prision de palacio.

LUCRECIO.

Así espero
Hacerlo, Señor; mas quiero
Avisar que esta consulta
Quede, cuanto á lo primero,
Entre nosotros oculta
Solos dos,
Y el tercero será Dios,
Porque la gente no entienda
El mal que me decis vos
De la corte y su vivienda,
Ni do quiera
Sepan la triste manera
Del proceder y vivir;
Que no habrá despues quien quiera
Ir á palacio á servir
De su grado,
Y vos quedaréis culpado
De los príncipes por ello.

PRUDENCIO.

Careced deste cuidado,
Que no hay por qué tenello,
Ni pensar
Que mientras durare el mar
Los peces han de ser pocos,
Ni en tierra podrá faltar
Copia de necios y locos
De opinion,
Que con codicia y pasion
Se van tras el apetito;
De que, segun Salomon,
Es el número infinito,
Que por ver,
Y por probar y saber,
Buscan la corte de veras,
En quien pueden escoger
Los príncipes como en peras.

LUCRECIO.

Pues así
Es, y no me cumple á mí
La tal profesion de vida,
Segun habeis dicho aquí,
Y yo la tengo entendida,
Como veis,
Suplicoos, Señor, mireis
Por otra que mas convenga,
Y cerca de ella me deis
Buen consejo á que me atenga.

PRUDENCIO.

A la llana
Harélo de buena gana,
Lucrecio, por complaceros;
Volveréis acá mañana,
Y habré de satisfaceros.

CONSILIATORIA

AL REY DE ROMANOS DON FERNANDO.

Sacra católica real majestad: De muchas trovas que en diversos tiempos he hecho, ninguna he presentado á vuestra majestad, por ser ejercicio de tan poca estima y no digno de hacerse cuenta dél; agora, por emendar lo pasado, me ha parecido ofrecer á vuestra majestad la presente obrecilla que aquí va, hecha despues que entró el año nuevo, con el regocijo dél. Suplico á vuestra majestad la reciba con su acostumbrada gracia y benignidad, y no juzgue ni condene mi seso por hacer coplas; que antes de industria le ocupo en ellas, por no acabarle de perder con el enhado de tan larga enfermedad y ocio trabajoso. Y si vuestra majestad, mientra esta dura, quisiere emplearme en este ejercicio, aunque sea poco á propósito de sus cuidados, mándeme dar el argumento de su intencion, porque sirva de algo durante el tiempo desta prision en que estoy, donde no puedo ser de provecho para otra cosa; y junto con esto, me dé vuestra majestad por libre y desculpado de la liviandad de hacer esto, en tanto que no lo estoy de la persona para ocuparme en otro oficio de mas importancia en servicio de vuestra majestad, cuya muy alta y esclarecida persona, etc. De Viena, á ocho de enero de quinientos y cuarenta y un años.

CONSILIATORIA.

Mientras voy en seguimiento
Desta salud fugitiva,
Por desmentir mi tormento
Busca el triste pensamiento
Alguna cosa que escriba;
Mas la memoria grosera
Y el juicio está ya tal,
Que de la pobre minera,
Por falta de buen metal,
No sale sino fruslera.

De la cual, cual es ó fuere,
Vuestra real majestad
Tomará, si le plugniere,
No lo que yo mal dijere,
Mas mi buena voluntad;
Y con ella le suplico
Me dé favor, porque quiero
Ser, por lo que aquí publico,
Mas pobre y no lisonjero,
Que no lisonjero y rico.

Tachas de príncipes son
Comunes, cual mas, cual menos,
Guiarse por aficion
En la paga y galardon
De los malos y los buenos;
Y tambien no se doler
De mal ajeno de alguno
De quien quiera carecer,
Ni acordarse de ninguno
No le habiendo menester.

Otras faltas hallaria,
Segun este mundo es,
De que decir se podria;
Mas para la intencion mia
Bastan solas estas tres:
Y de ellas á los presentes
Príncipes y á los que fueron
En el trato de las gentes
Se siguen y se siguieron
Muy grandes inconvenientes;

Porque ya por la primera,
Que es el dar sin discrecion
A cualquiera y como quiera,
Es que ofende en gran manera
La justicia y la razon.
Allende que es cosa fea
Ante Dios, y muy gran vicio,
Que donde el hombre se emplea,
Siendo igual el buen servicio,
El galardon no lo sea.

Mas los reyes, sin mirar,
A unos dan cuanto quieren,
O se lo dejan tomar,
Y á otros dejan estar
Hasta que de hambre mueren;
Y en este tan mal partido
Queda el príncipe engañado,
De ambas partes ofendido,
Del rico menospreciado
Y del pobre aborrecido.

Y desta desigualdad
Viene el servicio á ser duro,
Hecho sin fidelidad,
Que es por la necesidad
Y por interese puro;
Y los buenos servidores
Se convierten en tiranos,
Viendo que con sus señores
Les han de valer las manos
Mas que virtud y primores.

La cual falta de cordura
A muchos reyes pasados
Causó vida mal segura,
Y les puso en aventura
Las honras y los estados,
Segun se puede probar
Por ejemplos evidentes,
Mas que podemos contar
De príncipes excelentes
Y muy dignos de notar.

Pero baste el rey don Juan,
Que es persona conocida,
El cual por este desman
En contiendas y en afan
Consumió toda la vida;
Y don Enrique el postrero,
Su hijo, que sucedió,
Que por dador mal granjero

Como necio se perdió,
Siendo rey sabio primero.

Demás desto, ¿quién exenta
A ningun rey y señor
De haber de dar á Dios cuenta
De su casa y de su renta
Como cualquier labrador?
Y de los cinco talentos
Que el Evangelio les carga,
¿Quién allá los hará exentos
De dar la cuenta tan larga
Como los mas avarientos?

Acá por ser descuidados
En cosa que tanto va
Son del mundo importunados,
Y serán despues juzgados
Por ello mismo acullá;
Adonde como pecado
No digno de perdonar
Ha de ser lo aquí mal dado,
Y lo dejado de dar
Igualmente examinado.

¡Oh gran bien, si se ordenase
Que ningun príncipe diese,
Para que dando ganase
Al que se lo demandase,
Sino al que lo mereciese!
Porque la liberalidad
No hecha segun justicia
No es franqueza ni bondad,
Sino causa de avaricia
Y muestra de liviandad.

De donde se sigue y viene
El otro yerro segundo,
Que el tal príncipe no tiene,
Si acaso no le conviene,
Compasion de hombre del mundo,
Ni usa de caridad
Con aquel que la merece,
Ni sabe qué es piedad,
Y siendo humano, carece
De la misma humanidad.

De suerte que el mas pulido
Y sabio servidor fiel,
De su presencia partido,
Luego se pone en olvido,
Y no hay mas memoria dél.
Pues ¿qué si muere el cuitado,
Que no se espera ver mas?
Aunque haya sido privado,
Ya para siempre jamás
Queda del libro borrado.

Y en este caso, á mi ver,
Por no perder el favor,
Por ventaja tengo ser
El hombre quizá mujer,
O truhan ó cazador,
Caballo, perro ó halcon,
Y otros tales extremos,
Segun fuere la aficion
Del príncipe que tenemos,
Y segun su inclinacion.

Mas no por eso las gentes
Deben culpar á los reyes
Que en esto son negligentes,
Pues con sus mismos parientes
Usan de las mismas leyes;
Con los cuales par á par
Tienen la memoria muerta
Para nunca se acordar,
Si acaso no los despierta
Ocasion particular.

Y mirando estos errores
El vulgo como testigo,
Dice bien que los mayores
Reyes y grandes señores
No tienen deudo ni amigo,
Ni apenas hombre de quien
Se fien seguramente
Sin lisonja ni desden,
Aunque sea su pariente,
Porque á nadie quieren bien.

Mas en esto tambien ellos
No viven muy engañados
Con quien sabe conocellos;
Lo mismo hacen aquellos
De quien van mas rodeados;
Y por el mismo rasero
Son medidos en Medina,
Do precian mas el trapero,
A fuer de la Florentina,
Las botas que al escudero.

Por tanto, si bien queremos
Considerar nuestro estado
Los que bajo lo tenemos,
En algo le hallarémos
De reyes aventajado;
Porque á lo menos gozamos
De los frutos de amistad
De aquellos á quien amamos,
Y del amor y verdad
De los con quien lo tratamos.

Mas todo nuestro gozar
Y toda nuestra ventaja,
La ceguedad del reinar
Y dulzura de mandar
No lo estima en una paja;
Que cuando bien lo buscares,
Por do quiera que quisieres,
Será mucho si hallares
Rey que por nuestros placeres
Quiera trocar sus pesares.

De do nace que, cercados
De mil trabajos y llenos
De sus duelos y cuidados,
Los vemos tan apartados
De pensar en los ajenos;
Y así se les endurece
El corazon de metal,
Y el sentido se adormece
Para no sentir el mal
Del prójimo que padece.

Y la caridad preciosa,
Paciente, benigna y rica,
Que suele, de piadosa,
Sufrir y dar toda cosa,
Como san Pablo predica,
Está dellos tan ajena,
Que aunque quieran esforzarse
Y tener la intencion buena,
No pueden apiadarse
De ajeno daño ni pena.

Escríbese de un señor,
Desto que quiero decir,
Que habiéndole un servidor
Servido con mucho amor
Un gran tiempo sin pedir,
Por una merced ligera
Que le pidió finalmente,
Como si nunca le viera,
Con turbado continente
Le preguntó cúyo era.

Ved qué memoria tan fina
La de Claudio, emperador,
Que habiendo por Agripina
Hecho matar con rigor
A su mujer Mesalina,
Asentándose otro dia,
Segun costumbre, á comer,
Sin mirar lo que decia,
Preguntó por su mujer,
Como otras veces solia.

Al revés de tal olvido
Entra el tercero pecado,
Que es, por contrario partido,
Con otros que habréis oido,
Acuerdo demasiado,
Cuando por utilidad,
Como hombres interesales,
Por antojo ó voluntad,
Tienen los príncipes tales
De alguno necesidad.

Mediante la cual se miden
Con él en todo lugar,
Y le buscan y le piden,
Y aunque el quiera que le olviden,
No le quieren olvidar;
Antes, á fuer de quien ama,
No le dejan hora cierta
Ni en la mesa ni en la cama;
Que ya luego está á la puerta
El portero que los llama.

Mas esta buena ventura
Que á muchos hombres aplace,
No es de juro ni segura,
Pues no dura mas que dura
La causa por que se hace;
Que en aquel mismo momento
Que esta pasa, va con ella
Aquel soplillo de viento,
Y se vuelve en mas querella
El mayor contentamiento.

Por lo cual los servidores
Que saben destos ñublados,
Procuran por sus primores
De tener á sus señores
Contino necesitados,
Y huelgan de su pobreza
Porque aquella es su abundancia,
Su bajeza es su grandeza,
Su pérdida es su ganancia,
Y su falta es su riqueza.

Esto es tras lo que van
Estos lobos tragadores,
Porque, segun el refran,
A rio vuelto terrán
Ganancia los pescadores;
Y á esta causa el rey debria,
Por huir tal embarazo,
No dar por ninguna via
Jamás á torcer el brazo
Sino do virtud le guia.

Gran bajeza y poquedad
Es de un rey ó emperador,
Por propia comodidad,
Abatir su autoridad
A ningun otro señor;
Cuanto mas á los menores,
Personas viles, soeces,
Perversos y robadores,
Segun vemos muchas veces
Hacerse con mil traidores;

Y darse grandes estados,
Oficios, grandes mercedes,
Dignidades, obispados,
A hombres falsos, malvados,
Mas dignos de dos paredes;
Y hacerse en conclusion
Por la privada salud
Lo que nunca por razon,
Por méritos ni virtud
Vernia en ejecucion.

Mas puede ya tanto el vicio
Con esto, que aunque del daño
Tengan los reyes indicio,
Lo reciben por servicio,
Aunque es manifiesto engaño;
Y así se dejan vencer,
Que aunque saben que son malos,
Se les quieren someter,
Y los hacen mil regalos
Cuando los han menester.

Dióse la muerte Caton
Por no mostrar que tenia
Necesidad de perdon,
Ni venir en posesion
De César, que lo seguia,
Y Cleopatra, mujer,
Tambien usó de su mano
Por no dejarse torcer

De César Octaviano,
Ni meterse en su poder.
A la persona real
Cosa parece muy fea
No ser con todos igual,
Y mostrarse interesal
Por ningun cuento que sea;
Y su muy gran dignidad
Les debe poner vergüenza
De que en magnanimidad
Otro ninguno los venza
De no tanta calidad.
Que á veces entre estos tales,
So las ropas de labores,
Se hallan viles metales,
Y debajo de sayales
Animos de emperadores;
Que la gracia y gentileza
Del ánimo liberal
No consiste en la grandeza
Del estado temporal,
Sino en la propia proeza.
Lo cual si quieren tener
Los reyes do debe estar,
Debrian no anteponer
Su provecho y su placer
Al bien comun, y guardar
Que no se ofenda ó condene
El nombre que Dios les dió,
Y si necesidad viene,
No mirar la suya, no,
Mas la que dellos se tiene.
Y no consentir entrar
Avaricia en sus confines,
Ni por su particular
Interese halagar,
Ni someterse á ruines;
Y huir del lisonjero,
Y no gustar de su miel,
Y abrazar al verdadero,
Aunque no pretenda dél
Utilidad ni dinero.
Contra los tres que aquí reza
Esta trova, á lo que alcanza,
Hay cuatro de mas firmeza,
Justicia con fortaleza
Y prudencia con templanza;
Y estas pueden dar vitoria
Al rey que las llega á sí,
Con que de dulce memoria
Le quede derecho aquí,
Y acullá de eterna gloria.
Ya no sé mas que decir,
Mas dijera si supiera;
Lo dicho podrá servir
De dar causa de reir
A quien dello burlar quiera.
A lo cual echando el sello,
Pongo silencio á la boca,
Y si de lo que querello
A alguno algo le toca,
No deje de ver en ello.

Á LA CORTESÍA.

Al sonido de la fama,
De oidas enamorado,
Puse todo mi cuidado
En la busca de una dama
De valía,
Que se llama Cortesía,
De todo el mundo bienquista,
Pero de ninguno vista
Jamás de noche ni dia.
Hela buscado en España,
Francia, Italia, Esclavonia,
Flándes, Polonia y Hungría,
Inglaterra y Alemaña;
No he dejado,
Finalmente, en lo poblado,
Desde el uno al otro norte,
Reino, palacio ni corte
Donde no la haya buscado.
Con diligencia sagaz
He dado vuelta á la tierra
Entre la gente de guerra
Y entre la gente de paz.
Un correo
Soy hecho en este deseo
Por la tierra y por la mar;
Oyola en cada lugar,
Mas en ninguno la veo.
Búscola por los caminos,
Por las calles y cantones,
En las casas y mesones,
Entre amigos y vecinos
Y parientes,
Por las plazas, por las puentes,
En las iglesias y altares,
Y por todos los lugares
Donde hay concurso de gentes.
Las mesas tambien busqué,
Do suele ser convidada,
Y tampoco hallé nada
A que pueda darse fe,
Ni pensallo.
Búscola á pié y á caballo,
Pregunto acá y acullá;
Todos dicen «aquí está»,
Mas, en fin, yo no lo hallo.
Fuíme á Roma, en conclusion,
Por estar allí la silla;
Remitiéronme á Castilla,
Do tiene su habitacion
Natural;
Hice allí muy principal
Pesquisa desta doncella,
Y no pude saber della
Mas de la voz general.
Viendo pues que no hallaba
Por ajena relacion
Ninguna cierta razon
De quien tanto deseaba
Conocer,
Tomé nuevo parecer,
A dar voces en el viento,
En demanda y seguimiento
Desta tan linda mujer.
Y dije: «¿A dó os habeis ido,
Cortesía, á retirar,
Que os oye el hombre chillar,
Y no os hallamos el nido?
No se os cree,
Y pienso, segun se lee
(Perdonad si en ello peco),
Que vois sois la voz del eco,
Que se oye y no se vee.
»Si es así que no se puede
Ver vuestra cara hermosa,
Respondedme alguna cosa
Con que mi corazon quede
En sosiego.»
Respondióme una voz luego,
Que me dijo: «Amigo mio,
Pues decis tal desvarío,
Por cierto venis muy ciego.
»Ciego de vuestros antojos,
Pues preguntais y no veis
Lo que contino teneis
Delante de vuestros ojos.
Igualar
Os podréis y comparar
Al que yendo cabalgando
En la mula, no mirando,
Diz que la andaba á buscar.
»Semejante boberia
Gran vergüenza os es, hermano,
Que, siendo vos cortesano,
No sepais qué es cortesía,
Pues do estáis
Y por do quiera que vais
Os es fuerza siempre verme,
Y dejar de conocerme
No es posible aunque querais.
»Vos me habeis visto mil veces
Entre reyes y señores
Y papas y emperadores,
Y prelados y jueces
Palacianos,
Soldados y ciudadanos,
Hidalgos y caballeros,
Aunque, por serme groseros,
No me curo de villanos.
»Siempre me teneis presente
Por testigo y por ejemplo,
En la calle y en el templo,
Y en palacio especialmente.
Paniaguada
Soy de muchos, y criada,
Y vos me habeis conocido
En mil partes do he servido;
Y dentro en vuestra posada.
»Suelo ser familiar
De personas principales,
Y acerca de cardenales
Tengo infinito lugar.
Mis primores
A nuncios y embajadores
Hacen siempre compañía,
Y la santa clerecía
Se huelga con mis amores.
»Soy amorosa y afable,
Dulce, blanca, halagüeña,
Alegre, mansa, risueña,
Apacible y amigable.
Las entradas
Con esto tengo ganadas
Aun en casas de tiranos;
Muchas veces beso manos
Que querria ver cortadas.
»Encubriendo la malicia,
Uso de benevolencia,
De requiebro y reverencia,
De regalo y de caricia
Y humildad.
Por ganar la voluntad
Ajena fuerzo la mia,
Muestro gesto de alegría,
Y Dios sabe la verdad.
»Saludo por cumplimiento
Al que encuentro acá y allá,
Y acompaño al que se va,
Por dejar su pensamiento
Sin querella.
Soy una simple doncella
Al parecer, y muy llana;
Riome de buena gana,
Y algunas veces sin ella.
»Uso mucho de alabanza
En mis palabras compuestas,
Y siempre van mis respuestas
Llenas de buena crianza
Y de amor.
A todos presto favor
Y procuro de agradar;
Hacer honra y contentar
Al pequeño y al mayor.
»Bien que hago diferencia
De las personas y estados;
Que á los ricos y privados
Trato con mas apariencia
De aficion;
Y segun la condicion
Del estado de las gentes
Tengo bocas diferentes,
Con que doy satisfacion.
»Soy natural de Medina,
Criada en Valladolid,
He platicado en Madrid

Y en Toledo á la contina,
De pasada.
Tengo tratos en Granada
Y en toda la Andalucía,
Mas fuime por mejoría
A Roma á ser coronada.

»De morada permanente
No tengo cierto lugar,
Porque me conviene estar
En todos continuamente;
Mas diria
Que resido todavía
Mas en la corte romana,
Y por ser tan cortesana
Soy llamada cortesía.—

»Sea mucho enhorabuena
(Dije yo), señora dama;
Pero quien tal nombre os llama
Seria digno de pena
Por errado;
Y segun lo confesado
Por vuestra boca, Señora,
Yo quedo burlado agora,
Y vengo descaminado.

»Mi congoja de buscaros
Muy peor está que estaba,
Porque mientra no os hallaba,
Esperaba de hallaros;
Mas hallada,
He hallado no ser nada
Lo que de vos esperé;
Sé que no conseguiré
El fin desta mi jornada.

»No sois vos la que queria,
Engañado estaba yo;
Por el nombre se engañó
Mi simpleza y fantasía.
Mal recado
Hallo de lo deseado
Con tanto fervor y gana;
Yo venia acá por lana,
Y volveré trasquilado.

»Por las señas que me dais
De vos misma, no sois vos
Lo que busco, ó vos sois dos,
Que dos figuras tomais
Cautelosas;
Porque todas esas cosas
Con que pensais alabaros,
Efetos tienen muy claros
De pesadas y enojosas.

»Las cuales á mi no son
Cosa nueva ni escondida,
Pues he pasado la vida
Entre su conversacion
Importuna;
Y de todas, una á una,
Si su nombre les poneis,
Con el vuestro hallaréis
No conformarse ninguna.

»Pues siendo el efeto manco,
Cosa de risa es el nombre,
Como cuando suele el hombre
Llamar al negro Juan Blanco.
Y pensad
Que así el vuestro á la verdad,
Por cierta etimología,
Con mas razon se podria
Llamar importunidad.

»Embarazo, pesadumbre,
Estorbo, burla, graveza,
Necedad y gran simpleza,
Especie de servidumbre
Y de enhado;
Molestia, loco cuidado,
Obligacion enojosa
Y licencia trabajosa,
Trabajo bien excusado.

»Yo pensé que cortesía
Era una cosa real,
Cortés, prudente, leal,
Y sabrosa en demasía,
Y excelente;
Pero viendo claramente
Que vos con vuestros errores
A todos dais sinsabores,
Hallo que el nombre nos miente.

»No niego que alguna vez,
Cuando vais bien corregida,
No merezcais ser tenida
En mucho valor y prez
Por tal don;
Mas suele vuestra razon
Perderse porque tropieza,
Descubriendo la cabeza
Y cubriendo el corazon.

»Porque por la mayor parte
Son vuestras mercaderías
Trampas y lisonjerías,
Por necesidad ó arte
Fabricadas,
Las mas de ellas aforradas
De simplezas y de engaño;
De do resulta mas daño
Que de quedarse calladas.

»Mas, ya que engaño ninguno
En vuestro trato no haya,
No han ninguno que no caya
En pecado de importuno
Y pesado;
Porque no siendo templado
A saber tener templanza,
Sobra de buena crianza
Le hace ser mal criado.

»Deseando ser cumplida,
No teneis en ello tiento,
Y en lugar de cumplimiento,
Soleis ser descomedida
Y sobrada;
Si me topais de pasada,
Quereis sin necesidad
Y contra mi voluntad
Ir conmigo á mi posada.

»Voy por mi calle seguro,
Salísme vos al atajo
A darme nuevo trabajo
Cuando menos lo procuro
Ni lo digo;
En parte me sois testigo
Do no son menester dos;
Y yo por cumplir con vos
Dejo de cumplir conmigo.

»Visitais á quien no os llama,
Y aun á quien con vos le pesa;
Dais molestias en la mesa,
Y aun á veces en la cama;
No hay lugar
Donde dejándoos entrar,
Si comenzais á argüir,
No huelguen veros salir,
O á lo menos acabar.

»Llegais en nombre de paz,
Y sois della estorbadora,
Y entre algunos á deshora
Muy gran derrama, solaz
Y placer.
Donde tengo en qué entender
Allí vais á embarazarme,
A molerme y molestarme,
Que no me puedo valer.

»Cuando solo estar deseo
Me matais con compañía,
Y cuando yo la querria,
No os hallo, dama, ni os veo;
Cuando os quiero
Por algun caso ligero
Jamás os puedo hallar,
Y venisme á importunar
Cuando menos os deseo.

»Vuestras obras, bien miradas,
Locuras son, á mi ver,
Que se fundan en hacer
Ceremonias excusadas.
¿Qué mas vano
Uso y estilo profano
Que, sin haber para qué,
Me hagais estar en pié
Con el bonete en la mano,

»Y que muriendo de frio,
Cuando he menester pellejas
Desabrigue mis orejas
Por cumplir un desvarío
Inventado
Por algun desvariado,
Cuando primero se usó,
O que el tiempo lo mostró,
Que es tambien desvariado?

»Mas, ya que sois curiosa
De cerimonias loquillas,
Fuera bien constituillas
En otra suerte de cosa
Sin despecho:
Poner la mano en el pecho
O hacer otra señal,
Do no nos viniese mal,
Pues no nos viene provecho.

»Pecais en que vanamente
El tiempo haceis perder
En hablar y responder,
Y sembrais entre la gente
Liviandades.
Quitaisnos las libertades
Con vuestros pesados modos.
Y manan de vos á todos
Cien mil incomodidades.

»Buscad quien os aconseje,
Porque os vais mucho de boca,
Y sobre tocar en loca,
Tocais tambien en hereje
Y pagana;
Adorais cada mañana
Al hombre, que es criatura,
Y no os curais por ventura
De Dios en una semana.

»A todos haceis favores,
Como mujer del partido,
Por lo cual habeis venido
En manos de robadores;
Por tal via,
Que cuando su robería
Ya vienen á ejecutar,
Al que van á saltear
Dicen: —Haced cortesía.—

»Del mismo modo se mide
Tambien lo de las mujeres,
Pues lo que toca á placeres
Por vuestro nombre se pide
Y platica;
Y pidiendo el que suplica
Cortesía á la señora,
Se entiende luego á la hora
Lo que aquello significa.

»Sois doblada y mentirosa
Sobre vana y lisonjera,
Sobre enhadosa, grosera,
Sobre necia, maliciosa
Burladora;
Y así, el título, Señora,
Que ya las gentes os dan,
Es traeros por refran
De falsa y engañadora.

»Sois de casta de raposa
En la disimulacion,
Madre de la adulacion,
Natural de la Ventosa
Y Llerena;
Edificio sobre arena,
Engaño bien manifiesto,
Y por eso dice el texto:
—Cortesía, Juan de Mena.—

»Sois locura en que pecamos,
Amasada con falsía;
Por donde al que tras vos guia
Falso cortés le llamamos,
Cual él es;
Dos haces con un envés
Mostrais, y así no sois nada;
Y si sois, seréis llamada
Cortesía descortés.
»Habeis sido la inventora
De títulos excusados,
Superfluos, demasiados;
Que crecen mas cada hora,
Noveleros,
Tan altos, bravos y fieros,
Que no bastan los lenguajes
A hablar tantos linajes
De vocablos lisonjeros.
»Entonces Roma reinaba
En tiempo de su senado,
Cuando al cónsul mas honrado
Tú solamente llamaba;
Mas despues
Que vos metistes los piés
En vuestros títulos vanos,
Fuistes rencor de romanos,
Y todo dió de través.
»En el grado positivo
Era costumbre hablar;
Ya no podemos usar
Sino del superlativo
Con cualquiera.
Estáis ya tan altanera
En el hablar y escribir,
Que la forma del decir
Ya mil leguas del que era.
»Con vuestra nueva hablilla
Habeis del todo tirado
El estilo, y desterrado
Ya la virtud de Castilla
Sin honor;
Por afrenta y disfavor
Ya se tiene y se recibe
Si uno á otro acaso escribe
Muy virtuoso señor.
»Por engrandeceros vos
Ensanchais fueros y leyes;
A los grandes haceis reyes,
Y á los reyes llamais dios.
Sois dolencia
Que cuando estáis en presencia
De quien engañar quereis,
Todos los miembros meteis
En negocio y en prudencia.
»La cabeza se menea,
Inclinando las sus manos,
Los ojos hacen caricias
Y la boca lisonjea;
Ocupadas
Van en risa las quijadas,
Las manos en el bonete,
Los piés en el repiquete
De reverencias sobradas.
»Toda teneis usurpada
La tierra con tiranía,
Y mi consejo sería
Que fuésedes desterrada,
Y que os vais
A los montes, que buscais,
Hiperbóreos y Rifeos,
Con vuestros locos deseos,
Y nunca jamás volvais.»

DIALOGO

ENTRE LA VERDAD Y LA LISONJA.

Interlocutores.

Adulacion y Verdad.

ADULACION.

Si la lanza no me miente,
En estas mis romerías,
Yo haré que en pocos dias
Se mejore y acreciente
Mi partido.
Muy bien tengo conocido
Este mundo y sus enveses,
Y sé que á mis entremeses
Está todo sometido
Y sujeto;
Yo alcanzo bien el secreto
De los príncipes y reyes,
Y entre sus fueros y leyes
Tambien pongo y entremeto
Yo las mias.
Mis blandas filosofías,
Cubiertas con humildad,
A cualquiera voluntad
Hallan senderos y vias
Para entrar
A ganar y levantar
El corazon mas seguro,
Y hacerle, de muy duro,
Muy blando para gozar
De mi miel;
Yo sé tocar en el fiel
Del sentido mas exento,
Y darle contentamiento
Cuando bien se imprime en él
Mi dulzura;
Ya sé que de su natura
Cualquier hombre es ambicioso
De alabanza y deseoso
De regalo y de blandura
Y obediencia;
Ya sé que tengo licencia
Donde quiera de hablar
Al favor del paladar
Cuando me hallo en presencia
De cualquiera;
Yo alcanzo bien la manera
De procurarme favor,
Benevolencia y amor
Con mi dulce y placentera
Relacion,
Y con disimulacion
Dar á entender á quien toca
Que lo que dice mi boca
Procede del corazon;
Con lo cual
Hallo siempre en general,
No solamente las puertas,
Mas las entrañas, abiertas
Del mas rico y principal
Por do voy;
Y tan agradable soy,
Que todo el mundo me quiere,
Se huelga conmigo y muere
Por estar á do yo estoy,
Y me ama,
Admite, allega y llama,
Oye y escucha de grado,
Y da lugar á su lado
En su casa y en su cama
Y en su mesa,
Y me abraza y aun me besa,
Pareciéndole hermosa,
Porque nunca digo cosa
De las que á ninguno pesa;
Guardo y sigo
En cuanto respondo y digo,
Sin cubrirlo con silencio,
Lo que nos mandó Terencio
Del obsequio del amigo,
Al cual pago
Con caricia y con halago,
Porque, segun se refiere,
Cual palabra te dijere,
Un tal corazon te hago;
Sin tener
Otro fin ni parecer
Sino que vayan guiadas,
Compuestas y fabricadas
A agradar y complacer
Mis canciones;
Y así, con dulces razones,
Sin saber contradecir,
Sé mejor persuadir
Que cincuenta Cicerones
Lo que quiero,
Y por estilo ligero,
Do quiera que es menester,
Dar á todos á entender
Lo falso por verdadero;
De do mana
Que todos tienen por sana
La voluntad que publico,
Y á los que la comunico
Me miran de buena gana.
Mas aunque
Ya sepan como yo sé
Ser lo que digo compuesto,
Huelgan dello, aunque en el gesto
Dén muestras de no dar fe
A mi ciencia,
La cual tiene esta excelencia,
Que sabe y puede forzar
A que se deje engañar
Quien gusta de mi elocuencia
Amorosa;
Mas hay tambien otra cosa:
Que no solo con hablar,
Pero á tiempos con callar,
Me sé mostrar oficiosa;
Cuando veo
Que con el que lisonjeo
Es bien ir temporizando,
Salgo tras él, y callando
Otorgo con su deseo
Y lo apruebo.
Si él se mueve yo me muevo,
Y párome si se para,
Mírole siempre á la cara
Para saber lo que debo
De hacer.
Lo que le veo querer
Es la ley por do me guio:
Si él se rie yo me rio,
Y muestro mucho placer
Sin tenello;
Lo dicho, sin entendello,
Hago que lo entiendo y creo,
Y con alegre meneo
Me regocijo con ello
Dulcemente;
Y así, por el consiguiente,
Si le veo triste y mustio,
Yo me entristezco y angustio
Como quien recibe y siente
Gran tormento
De su descontentamiento.
Dice, digo; niega, niego;
Quiere, quiero; ruega, ruego,
Y en todo con él consiento,
Muy pagada,
Y del todo descuidada
De disputar ni argüir,
Sino de solo seguir
Lo que le place y agrada;
Malo ó bueno.
Desta suerte tengo lleno
El mundo con mis amores,
Y papas y emperadores

Me dan lugar en su seno
Con razon,
Porque sigo la opinion
Del filósofo Epicuro,
Y de Cenon no me curo
Ni del áspero Caton,
Su secuaz;
Huelgo de vivir en paz
Y no tener competencia,
Ni de estar en diferencia
Por rebelde y pertinaz,
Como aquella
Loca y áspera doncella
Desgraciada que allí viene,
Con quien todo el mundo tiene
Guerra, pesar y querella.

VERDAD.

En santo lugar nacida,
Y en virtudes la primera,
Segura voy por do quiera
Al menos de ser vencida.
Maltratada puedo ser
Y metida al parecer
En prision,
Pero no mi corazon,
Que no se puede vencer.

Presa no pocas veces
Soy de los bravos tiranos,
De ignorantes y livianos,
Malos y falsos jueces.
Desdichada y perseguida,
De algunos aborrecida
Por lo menos,
Solamente de los buenos
Abrazada y conocida.

David canta que salí
De la tierra en este suelo,
Y que miro desde el cielo
La justicia sobre mí;
De donde se da á entender
Que se debe anteponer
La justicia
A todo el bien y codicia
Que en el mundo puede haber.

Yo, siguiendo este partido
Y mandamiento divino,
Procedo por el camino
Enseñado y cometido;
No siempre por el mas llano
Ni por el mas á la mano
Del provecho,
Sino por el mas derecho
Y á justicia mas cercano.

Levante la mar sus olas,
La tierra sus bravos vientos,
Muévanse los elementos
Contra mis fuerzas á solas,
Amenace disfavor
De cualquier rey ó señor
Poderoso,
Esté todo peligroso
Y cubierto de temor;

No haya esperanza de bien,
Merced, galardon ni pago
De caricia ni halago,
Sino desprecio y desden;
Desespere el esperar,
Truéquese por el pesar
El placer,
Aventúrese á perder
Lo que se puede ganar;

Húndase el cielo si quiera,
Que yo no curo de nada,
Porque estoy determinada
De no torcer mi carrera
Ni dejar abiertamente
De decir lo que consiente
La razon,
Sin temer persecucion
Ni hallar inconveniente.

No pretendo ni demando
Intereses ni favores,
Ni á los grandes ni menores
Voy por ellos granjeando,
Porque mi fin principal
Es sentir del bien y el mal
Lo que debo,
Para lo cual no me muevo
Por ganancia temporal.

Yo conozco mi valor,
Aunque de humilde lo callo;
Lo bueno y lo malo hallo,
Mas uso de lo mejor;
Por premio ni galardon
Doy mi brazo á la pasion
A torcer;
Tengo nombre de mujer
Y los hechos de varon.

Soy como el oro enterrado
So la tierra, como muerto,
Que al fin siendo descubierto,
Se halla limpio apurado;
Como la perla preciada
Entre el cieno sepultada
Y perdida,
Que sale clara y pulida
Cuando viene á ser hallada.

Tal es la virtud real
De mi natura divina,
Que al fin se muestra mas fina
En su precioso metal;
Y aunque á tiempos esté escura,
Con doblada hermosura
Resplandece
Cuando despues aparece
En su perfeta figura.

Bien que como en esta vida
Es muy varia toda cosa,
Aunque á unos soy sabrosa,
A otros soy desabrida;
Unos se huelgan conmigo
Y me toman por abrigo
Cabe sí;
Otros no curan de mí
Ni me quieren por testigo.

Mil hay que quieren que huya
Léjos de su compañía,
No por culpa y falta mia,
Sino por malicia suya.
Como enfermo que apetece
Y pide lo que le empece
Y es vedado,
Y su estómago dañado
Lo que le sana aborrece;

Así mi sana dotrina
Los apetitos embarga,
Y á las veces es amarga
Como toda medicina;
Mas á la fin el doliente,
Pasado aquel accidente
Que le ataja,
Reconoce la ventaja
De mi virtud excelente.

La cual tiene tanta fuerza
Do quiera que acuesta y mira,
Que destuerce la mentira
Por mucho que ella se tuerza;
Porque lo que esta gobierna
No puede ser cosa eterna
Ni secreta;
Sola yo soy la perfeta,
Inmortal y sempiterna.

Por prueba de la cual cosa,
Como el rey Darío quisiese
Saber cuál de todas fuese
La mas fuerte y poderosa,
Sus grandes sabios juntó,
Y juntos, les preguntó
Cuatro cosas,
Las mas fuertes y forzosas
Que entre las otras halló.

La primera dellas fué
El vino con sus efetos,
Que á los necios indiscretos
Fuerza y torna de su fe;
La segunda, tras la cual
Fué la potencia real
Soberana,
A quien toda fuerza humana
Se humilla por principal.

En el término tercero
Fué propuesta la mujer,
Cuyo valor y poder
Trae el hombre al retortero;
La cuarta luego fuí yo,
Que á quien bien me conoció
Le parece
Que todo al cabo perece
Lo que á mí no se arrimó.

Juntos pues á disputar
Sobre las cuatro opiniones,
Hubo puntos y razones
Excelentes que notar;
Mas al fin Zorobabel,
Varon fuerte, sabio y fiel,
Yo por guia,
Respondió por parte mia,
Y el campo quedó por él.

Entrar puedo pues en lid
Contra la contraria gente,
Y así mi nombre es frecuente
En los salmos de David;
Y los que los leerán
Con justicia me verán
En concordia
Y paz y misericordia,
Que siempre cabe mí están.

De donde, por el contrario,
La mentira y el engaño
Tienen, temiendo su daño,
Mi nombre por adversario;
Sin mí, do quiera que estoy,
No hay bien, porque yo lo soy
Esencial,
Y voy segura del mal
Por donde quiera que voy.

ADULACION.

A mí se viene derecha
Esta loca maliciosa;
Quiero dármele sabrosa
Por desmentir la sospecha
De su pecho.
Por camino muy estrecho
Va con tino y por nivel;
Mas haré del ladron fiel,
Como otras veces he hecho;
Y no en vano
Ganar quiero por la mano,
Hablándole yo primero,
Pues no me cuesta dinero,
Antes con ello lo gano
Donde está.—
¿A qué vienes por acá?
Di, hermosa virgen.

VERDAD.

Vengo á ver qué haces tú,
Peligrosa mujer.

ADULACION.

¿Peligrosa?

VERDAD.

Peligrosa y muy dañosa,
Serpiente disimulada,
Por defuera muy pintada,
Y dedentro ponzoñosa,
Falsa, infiel,
Publicadora de miel,
Vendedora de venino;
Donde pregonas buen vino,
Vendes vinagre con hiel.

ADULACION.

Tal ó cual,
Ninguno me quiere mal,
Sino tú, que sin razon
Tomas conmigo quistion
Y te muestras criminal,
Impaciente;
Persona tan excelente
Como tú no es bien ser brava
Contra mí, que soy tu esclava,
Y te he de ser obediente,

VERDAD.

Buenas son,
Si tal fuese el corazon,
Tus palabras coloradas,
Y no fuesen desviadas
Tan léjos de tu intencion
Y conciencia.

ADULACION.

Tú, Señora, ten paciencia,
Pues mis palabras y modos
Sabes que son para todos
Señal de benevolencia.
Y aun diria
Que por ley de cortesía
Debo ser cortés y blanda,
Por una regla que manda
Saludar con alegría,
Ser afable,
Dulce, mansa y amigable,
Mostrando gracioso gesto,
Y que en todo el mundo es esto
Natural y razonable
Y alabado.

VERDAD.

Y yo no llamo pecado
Ni culpo la gentileza
Cuando va con la limpieza
Que conviene, y no aforrado
De falsía.

ADULACION.

La culpa de eso no es mia,
Sino de la misma gente,
Que se huelga extrañamente
Con la tal hipocresía
Y humildad;
Yo, viendo su voluntad
A mis caricias tan presta,
Huyo de lo que amonesta
Tu grave severidad
Enconada,
Que por ser tan limitada
Con todos en esta vida,
Eres siempre aborrecida
De quien yo soy adorada.

VERDAD.

Quien te adora
Está claro que te ignora,
Y come tu rejalgar,
O que se deja engañar
De tu lengua encantadora
Alquilada.
Pero, dime: si te agrada
Eso con que al mundo aplaces,
Si como dices lo haces
De cortés y bien criada,
Liberal,
Y con gentil natural
Tales dulzuras platicas,
Por qué no las comunicas
A todos en general
Igualmente?
¿Por qué vas tan diferente
En tus tratos importunos?
Con otros muy negligente,
Deseal,
Inconstante, parcial,
Hoy aquí, mañana allí;
¿Por qué no miras á mí;
Que con todos soy igual
En amor?
Con todos guardo un tenor
De vivir por una ley;
Tanto me doy por el rey
Como por el labrador.

ADULACION.

Muy gran yerro
Es, y digno de destierro,
Estrechar nuestra licencia,
Y no hacer diferencia
Entre la plata y el hierro;
Y tratar
A cualquiera en su lugar
Con caricias diferentes,
Y á los grandes y potentes
Con honra particular
Y gran celo;
Pues sabemos que en el cielo
Se guardan diversos grados
De méritos y de estados,
Cuanto mas acá en el suelo,
Do conviene
Al que de suyo no tiene
Arrimarse al que es mas rico,
Y valerse por su pico
Porque de hambre no pene,
Y hacer,
Por el fin de mas valer,
Cerimonias y regalos
A los buenos y a los malos
Cuando los han menester;
De los cuales,
Como sean principales
En linaje, estado y renta,
Se debe hacer gran cuenta,
Y obedecerlos por tales.

VERDAD.

Yo no siento,
En contrario de ese cuento,
Ni digo que los mayores
Se priven de sus honores
Y debido acatamiento,
Pues es dada
De Dios y muy encargada
La honra y autoridad
De la superioridad,
Y debe ser acatada;
Pero, di:
Ya que lo haces así,
Y los sirves y acompañas,
¿Por qué los burlas y engañas,
No los diciendo de mí
La mitad,
Pagando con falsedad
El bien que de ellos procuras,
Y dejándolos á escuras
Por negarles la verdad,
Y servir
De solamente mentir?

ADULACION.

¿Cómo quieres que la diga,
Que les es muy enemiga,
Y no la quieren oir
Ni escuchar?
Y debriaste de acordar,
Por no andar conmigo en puntas,
Que nos hemos vista juntas
Ante reyes á la par,
Y bien sabes,
Aunque mas me desalabes,
Que mientras mi voz les dura
Ninguno de ti se cura,
Y en ninguna parte cabes,
De malquista;
Y has visto que con mi vista
Cantan gloria y aleluya,
Y en asomando la tuya,
El mas sabio se contrista
Y enmudece.
El placer desaparece,
Y se convierte en enojo;
Hácia mí se vuelve el ojo,
Y se alegra y favorece
Con mis cuentos.
Bien has visto cuán atentos
Están á cuanto les digo;
Cómo me abrazan consigo,
Y quedan de mí contentos
Con amores,
Ora hable en sus loores
O cosas de su provecho;
Luego verás por su pecho
Correr diversos sabores
De alegría,
Oyendo mi melodía
Con voluntad muy despierta,
Y se están la boca abierta,
Mirándome á mí la mia,
Muy pagados;
Mas llegando tus enhados,
Luego el gesto se les troca;
Y en abriendo tú la boca,
Quedan mustios y añublados
Sin placer.
De mí se dejan querer.
Mostrando rostro risueño;
A ti te ponen el ceño,
Que apenas te pueden ver
Ni mirar.
Habrásme de perdonar
Si me desmando á quien eres,
Porque veo que me quieres
Hacer hoy con tu hablar
Demasía;
Y tambien me da osadía
Ver pobre á quien te platica;
Que si fueses franca y rica,
Quizá no me atreveria.

VERDAD.

¿Aun conmigo,
Que con razon te persigo,
Como si quien soy no fuese,
Pretendes el interese,
Que tengo por enemigo
Natural?
Como tu fin principal,
Con cuanto te has alabado,
Vaya siempre enderezado
A provecho interesal
Importuno,
Andando con cada uno
De falso, por engañarle,
O al menos por enlabiarle,
Sin confesar á ninguno
Sus pecados;
Antes le son alabados
De ti por embebecellos;
Congraciándote con ellos
Los traes embaucados
Y vendidos,
Trastocados los sentidos;
Por no conocerte á ti
Se desconocen á sí,
Dejándolos adormidos
Tu brevaje;
Eres del mismo linaje
De Morfeo, señor del sueño,
Que representa á su dueño
En muy diverso visaje
Y visiones.
Los dineros que á montones
Se tocan con mano abierta,
Cuando del sueño despierta
Se le vuelven en carbones;
Y así, en sueños
Con tus dichos halagüeños
Das á muchos á entender
Que es bien deberse tener

Por grandes siendo pequeños,
Y de astrosos,
Se sueñan ser valerosos,
Y de necios ignorantes,
Sabios y muy elegantes,
De crueles, piadosos,
Y de viles,
Generosos y gentiles,
Y de torpes negligentes,
Oficiosos y prudentes,
Y de Tersites, Aquiles
Principales
Se suenan los comunales,
Y de malos y viciosos
Se piensan ser virtuosos,
Y de escasos, liberales
Aprobados;
De cobardes, esforzados,
Muy honrados, de muy ruines;
Lebreles siendo mastines,
De tus dichos confiados
Y dolientes.
Andas de gentes en gentes,
Como pública mujer,
Para venderte y vender.
Los que te son obedientes
Y te creen
Oyente, mas no te ven
Ni conocen á la clara,
Porque te afeitas la cara
Para que mas te deseen
Con su daño.
La falsa color del paño
Les encubre tu malicia,
Y faltando la noticia,
Crece muy mas el engaño
De creerte.
No los dejas conocerte
Con tus astucias malditas,
Porque jamás no te quitas
La máscara, para verte
Descubierta.
Defuera parece cierta
Tu figura que convida;
Pero dentro está escondida
La ponzoña tras la puerta,
Y en tu seno,
Que de abispas anda lleno,
En vez de dulce panar,
Se halla al fin rejalgar,
Y por miel venden veneno
Tus colmenas.
Tus canciones, de amor llenas,
En desamor las acabas;
Al que con la boca alabas,
Con el alma le condenas
Y sentencias.
En solas las apariencias
Consiste tu devocion,
Y así tus ardides son
Risicas y reverencias
Excusadas,
Requiebros y bonetadas,
Por mostrarte muy cortés,
Besando manos y piés
Que querrias ver cortadas
Muy de veras.
Con tus formas lisonjeras
Turbas el entendimiento,
Quitas el conocimiento,
Los pensamientos alteras,
Que se van
Tras tí, y en lugar de pan,
Comen paja en tu pesebre;
Vendes el gato por liebre
A los que orejas te dan;
De tal son,
Que de tu conversacion
Mana al mundo ceguedad;
Eres dél enfermedad,
Y de reyes perdicion;
De los cuales
Y de los muy principales
Muchos por tu causa han sido
Los que daño han recibido
En sus estados reales
Y en su vida.
Tambien has sido homicida
De algunos emperadores
Y priacipes y señores
Por ser dellos admitida
Tu razon.
De su muy gran perficion
Derribaste el padre Adan;
Tú robaste á Roboan,
Hijo del rey Salomon,
De una vez:
Lo mas del estado y prez
Que su padre le dejó,
Por tu consejo perdió
De doce partes las diez.
Tú mataste
A Alejandro y le burlaste
Cuando en Persia le dijiste
Que era dios, y le vendiste
Cuando por Dios le adoraste.
Y así á Nero,
Gentil príncipe primero,
Antes que te conociese,
Tú le hiciste que fuese
Despues lobo carnicero.
A cristianos
Con tus deportes livianos
Tambien has hecho la guerra;
Muchos están so la tierra
Que murieron á tus manos
Sin abrigo.
Por tomarte por testigo
Y creer tus embarazos
Quedó sin armas y brazos
Y se perdió el rey Rodrigo
Y otros ciento
Que por abreviar no cuento;
Y en fin todos ó los mas,
Príncipes donde tú estás
Reciben gran detrimento
Y vaivenes
En vidas, honras y bienes,
Con tus trampas y finezas,
Falsedades y vilezas,
Con que vas y con que vienes
A tentallos,
Movellos y halagallos,
Sirviendo muy diligente
De pelillo solamente,
No mas de por engañallos
Por mil vias,
Usando chocarrerías,
Y abatiéndote á mil cosas
Muy torpes y vergonzosas,
Que tienes por granjerías,
Y sufriendo
Algunas veces, queriendo,
Vituperios y baldones,
Bofetadas, repelones
Y otras injurias riendo
Muy contenta;
No teniendo por afrenta
Humillarte á poquedades,
Bajezas y suciedades,
Y fealdades cincuenta
Cada dia.
Dime, ¿cómo te sabia
Entre tus lisonjerías
La saliva que comias,
Que Dionisio escupia
Gran tirano;
Y cuando á Galba, romano,
Le mandabas que hiciese
Otro tanto, y qué dijese
Hallarse con ello sano,
Y mezclada
Con miel y confeccionada
La saliva de Agripina,
Decia ser medicina
Excelente y delicada?
Siempre empleas
En obras torpes y feas
Tu cuidado, y las procuras.
Del que en secreto murmuras,
Delante le lisonjeas
Y engrandeces;
Por su servicio te ofreces
Con la boca á mil trabajos,
Y al que roes los zancajos
Levantas y favoreces
Y le allegas;
A los que burlas y niegas,
Y detrás dellos blasfemas,
Haces delante zalemas
Y les suplicas y ruegas,
Por mostrar
Al que quieres adular
O por ventura vender,
Que deseas su placer
Y le tienes singular
Aficion;
Y eres de la condicion
De las que á sus namorados
Desean ver despojados
Del dinero y discrecion.

ADULACION.

Muy esquiva
Te muestras y muy altiva
Con quien culpa no te tiene,
Y estas brava, de do viene
Estar tan ejecutiva
Contra mí;
Y principalmente aquí
Tú, Señora, me condenas
Que hallo en bolsas ajenas
Lo que te niegan á tí
Justamente,
Porque eres tan impaciente,
Tan amarga y enojosa,
Que no te metes en cosa
Do no se enhade la gente
De mirarte.
Yo apenas me allego á parte
Donde no quepa y acierte,
Ni tú do huelguen de verte,
Y menos de acariciarte;
Ni sé puerta
Que para mí no esté abierta;
Mas á tí y á tus antojos
Os dan con ella en los ojos
Por verte tan rostrituerta,
Desabrida;
En fin, soy reprehendida
De tí con harto despecho
Porque busco mi provecho
Do tú quedas excluida,
Y granjeo
Lo que me pide el deseo;
Y no te causes en eso,
Porque yo te lo confieso
Ser así, y en ello empleo
Yo mis dias,
Y tú con tus braverías,
Si un poco las olvidases,
Y una vez desto gustases,
Las manos te comerias
Tras la fiesta;
Pero por mostrarte honesta,
Con todos tienes baraja,
Y si piensas ser ventaja,
No me hagas otra que esta;
Que la gloria
Yo te la dejo notoria
De guardar tu autoridad,
Y que de la utilidad
Me lleve yo la vitoria;
Cuanto mas,
Que en la honra, en que tú estás
Tan constante y tan fundada,

De muchos me es á mí dada
Que á ti te dejan atrás.
Y he ganado
Con mi seso y mi cuidado,
No solamente riquezas,
Mas honores y grandezas,
A que tú nunca has llegado
Con mil partes;
Y con mis agudas artes,
Que tú tanto vituperas,
Escalo yo las barreras
Y rompo los baluartes
De tres suertes;
Y por mas que desconciertes
Mis ardides y conciertos,
Hallo los pasos abiertos
Y entradas de muchas suertes
Por do quiera;
Pues me llamas lisonjera,
Quiero serlo en mi favor,
Y pues siento mi valor,
Bien es ser yo pregonera
De mi ciencia.
Poder tanto mi prudencia,
Valer tanto mi razon,
Me confirma la opinion
Que tengo de mi excelencia,
Que florece
Por el mundo, y siempre crece
Con fruto de mil maneras;
Lo cual, aunque tú no quieras,
Es claro que no carece
De misterios.
Yo gobierno los imperios,
Y á tiempo los hago mios,
Los reinos y señoríos,
Iglesias y monasterios,
Y ciudades.
Muevo las comunidades
Y en las repùblicas ando,
Y tengo voto y aun mando
Entre sus parcialidades.
No hay estado
Ni lugar tan encerrado,
Donde hombres puedan entrar,
Que á mi virtud singular
Le pueda ser reservado;
Ni linaje
De personas ni lenguaje
Tan extraño y vizcaino,
A quien sea peregrino
Mi reporte y mi mensaje.
Mis primores
A reyes y emperadores,
Papas, obispos, prelados,
Y en fin á todos estados
Inclinan á sus favores
Naturales;
Mas aunque son generales
Mis grandes prerogativas,
Andan mas listas y vivas
En los palacios reales,
Do me es dada
Propia natural morada,
Como á la trucha en el agua,
Y do está la forja y fragua
De mi oficio colocada
Principal.
No me interpretes á mal
Tampoco, ni me baldones,
Porque mis gracias y dones
Comunico en general
A quien puedo.
Al que tú matas de miedo
Yo lo esfuerzo y aseguro,
Hago claro de lo oscuro;
Y del triste alegre y ledo,
Y gozoso;
Del frio hago donoso,
Del ignorante letrado,
Y del feo y maltratado
Muy bien dispuesto y hermoso;
Y pulido
Al viejo y al consumido,
Y á la vieja mucho mas,
Los hago volver atrás,
Remozando en su sentido
Sus intentos.
Levanto los pensamientos
Y pongo orgullo á los hombres,
Para que precien sus nombres
Y vivan de sí contentos
Sin cuidado.
Si esto llamas tú pecado,
Yo lo tengo por virtud,
Porque en falta de salud,
El consuelo es aprobado,
Y es sentencia
Loada que en la dolencia
Sola la imaginacion
Engendra consolacion,
Obrando con su apariencia
Mejoría;
Y así, yo por esta via
Cumplo con todas edades,
Y hago sus voluntades
Muy conformes á la mía,
Y de fieros
Leones torno corderos,
Y todas suertes de gentes
Me son al fin obedientes,
Excepto los mesoneros,
Con los cuales
Ya sé tú cuán poco vales
Con tus asperezas duras,
Mas ni yo con mis blanduras
Los hallo mas liberales.
Finalmente,
Dices que soy diligente
Con las gentes poderosas,
Y me les humillo á cosas
Que la bondad no consiente.
Algo hay dello,
Yo lo confieso y querello,
Porque á veces va sin gana;
Mas la condicion humana
Me fuerza para hacello,
Porque trato
Con pueblo bravo é ingrato,
Prelados, principes, reyes,
Con quien, guardando mis leyes,
Es menester gran recato
Y razones,
Halagos, inclinaciones
Humildes para ganallos,
Atraellos y amansallos,
Como á tigres y leones
No domados,
Y pueden ser comparados
A cualquier bravo animal
Cuando de su natural
No son acaso inclinados
A bondad.
Su locura y su maldad
Es menester alaballa,
O al menos disimulalla,
Y seguir su voluntad
Tal cual fuere,
Y traer quien los siguiere
En palmas siempre su yerro,
Y la mano por el cerro
Al que contentar quisiere.
Por aquí
Van los mas de cuantos vi,
Bien que hay otros diferentes,
De pasados y presentes,
Que hacen cuenta de ti
Y te miran;
Mas al fin por mi suspiran
Los mas dellos sin cesar,
Y á mí vienen á parar
Cuando de tí se retiran.
Es verdad
Que aunque mi sagacidad
Les tira de sus cabellos,
Puede mas que yo con ellos
La gentil necesidad
Valedera,
Que en poder es la primera
Con cualquier rey y señor;
Yo la segunda en favor,
Y tú apenas la tercera.

VERDAD.

Si no gano
Con ese pueblo mundano
Lo que tú, ni soy mirada,
Yo quedo mejor pagada,
Pues me pago de mi mano,
Y no espero
Que el rey ni el caballero
Me paguen como les place,
Que pocas veces se hace
Con respeto verdadero.
Siempre va
Lo mas de lo que se da
Por los reyes y señores
Mas por via de favores
Que do la virtud está;
Y enriquecen
A muchos que no merecen
Parecer entre las gentes,
Y á otros bien merecientes
Dejan y desfavorecen;
Y aun mas digo,
Lo cual probaré contigo,
Que creyendo á lisonjeros,
A veces dan sus dineros
A quien les es enemigo.
Y tu aquí
No te ensalces por ahí
Ni glorifiques por eso,
Porque yo te lo confieso,
Y sé muy bien ser así
Segun quieres;
Mas no por ello te alteres
Ni vistas de presuncion,
Pues ni por esa ocasion
Dejas tú de ser quien eres,
Amenguada,
Como mosca que asentada
En una mesa real,
No pierde su natural
De sucia desventurada.
Ni aunque crezcas
En honras te ensoberbezcas,
Pues te viene la ventura
Mas por ajena locura
Que porque tú lo merezcas,
Siendo tal;
Ni hagas mucho caudal
Tampoco de ver tendida
Tu privanza y tu cabida
Por el mundo en general.
No se dora
Con esto ni se mejora
Tu ruindad, antes ofende;
Porque cuanto mas se extiende,
Tanto mas es pecadora.
Tú te engañas
Si piensas en lo que dañas
Honrarte de tus cautelas,
Que tiendes como las telas
Que fabrican las arañas
Asquerosas,
Cuyas artes cautelosas
Son henchir de sucias redes
Los campos y las paredes
Y toda suerte de cosas
No guardada.
No hay parte tan apartada,
Hoja, ramo ni rincon,
Do no tome posesion
Y quiera tener posada,
Por prender
En seguro á su placer

Los animales cuitados
Que hallan descaminados,
Como tú sueles hacer,
De engañosa,
Doblada, falsa, raposa,
Deslavada, novelera,
En público chocarrera
Y en secreto maliciosa.
¿Qué sentias,
Me di, cuando, porque vias
Que los otros se reian,
Sin oir lo que decian,
Tú de léjos te reias?
¡Charlatana,
Que haces de la truhana
Delante del que escarneces,
Y de aquello que aborreces
Muestras tener mucha gana
Sin razon!
Peor es tu condicion
Que robar por los caminos;
Por oprobrio los latinos
Te llaman adulacion,
Cosa fea;
Y de la misma librea
Aceptacion, blandimento,
Expalpacio, y otros ciento
Vocablos de esta ralea,
Vergonzosos.
Los españoles honrosos
Otro mas propio buscaron,
Y lisonja te llamaron,
Como hombres mas curiosos,
Y hicieron
Pintarte segun sintieron
Convenir á tal vasija,
Y en figura de estornija
Con dos puntas te pusieron
Ahusadas,
Desde el medio derribadas
Y agudas, dando á sentir
Que pueden ambas herir
Como lanzas amoladas
A quien cree
Lo que en tu libro se lee,
Y que eres, cuando mas places,
Falsa cara con dos haces,
Que una á otra no se vee,
Sin través,
Cuyo medio entre ambas es
Ancho, con que significan
Tu maldad, á quien se aplican
Por la parte de los piés
Para mal.
Eres, en fin, terrenal,
Y toda sabes al suelo;
Yo, como salí del cielo,
Gusto de lo celestial.

ADULACION.

Tú, si quieres,
Gusta de lo que quisieres;
Súbete siquiera allá,
Déjame á mí andar acá
Gozando de mis placeres
Terrenales;
Que con esas cosas tales,
Y por seguir tus extremos,
Sueles andar, como vemos,
Poblando los hospitales
De perdidos
Que tus quebrados partidos
Siguen acá, como locos;
Y aunque dellos hay bien pocos;
Esos que hay andan vendidos
En la tierra,
Do tienen continua guerra
Activa y pasiblemente
Con toda suerte de gente,
Que las orejas les cierra
Con razon,
Porque á todos dan pasion
Con sus importunidades;
Y no puede haber verdades
Do no intervenga quistion,
Mucha ó poca.
No puedes abrir la boca
Sin ser causa de contienda
Con que alguno al fin se ofenda
O á tí te tengan por loca
Sin sentido.
Continuamente has metido
Este mundo en disensiones
Con mil leyes y opiniones
Que por tí tienen ruido
Y pendencias.
Todas las artes y ciencias
Que á ciegas tras tí se van,
A tu causa siempre están
En terribles diferencias
Por hallarte;
Y tú, por no declararte,
Les causas guerra importuna,
Pareciendo á cada una
Que te tienen de su parte.
Engañados
Anduvieron y burlados
En pos de tu seguimiento,
Haciendo torres de viento,
Los filósofos pasados,
Preguntando
Por tí y en sueños hablando;
Y tú, con tus fantasías,
Siempre te les escondias,
Porque yéndote buscando
Se acabasen
Y ajenos de tí quedasen,
Como al cabo lo hicieron;
Y asi todos se perdieron
Antes que á tí te hallasen,
Y hallada,
Despues de muy deseada,
Cristo, que al fin te mostró,
Muerte por tí padeció
Al cabo de la jornada;
Y despues
A Pedro, Paulo y Andrés,
Y otros tales cuya fuiste,
Mira qué pago les diste
Por armarse de tu arnés
Y creerte;
Mira las formas de muerte
De los mártires sin cuento
Que por tu conocimiento
Les cupieron en tu suerte.
Lo que dan
Tus favores á quien van,
Bien lo dijo aquellos dias
La sierra de Jeremias
Y la espada de san Juan,
Que aguzaste
Contra ambos, y los mataste
Abrazándose contigo;
Pues á Sócrates, tu amigo,
Ya sabes cuál le paraste
Por oirte.
Ya podria aquí decirte
De otros mas que han padecido
Por sostener tu partido,
Obedecerte y seguirte
Con constancia.
Si esto pues es la sustancia
Que me alegas de tu paga,
Muy buen provecho te haga;
No te arriendo la ganancia
Del loor.
Tómate todo el honor
Que se gana con morir;
Que yo mas quiero vivir
Y gozar á mi sabor
Desta vida,
Do ando favorecida,
Harta, abundosa, contenta;
Tú vives pobre, hambrienta,
Desechada y abatida;
Y perdona,
Que quien como tú baldona
A otro, cualquier que fuere,
No se ha de quejar si oyere
Las faltas de su persona,
A que has dado
Causa, habiéndome afrentado,
Y con tus hipocresías
Nuevas etimologías
Contra mi nombre buscado,
Harto dignas
De reirse por malignas,
Y en parte tambien por necias,
Pues de loca me desprecias
Y de mi letra examinas
La razon,
Cuya significacion,
Si la mas digna no fuera,
No estaria en cabecera
De nuestra pronunciacion
Y alfabeto;
Por donde cualquier discreto,
Solo en ver mi precedencia,
Verá la gran diferencia
Y lo poco que al respeto
De mí vales,
Y que no hay por qué te iguales
Conmigo, que soy primera,
Y tú última y postrera
De todas cinco vocales.
Demás que,
Por partirte de la B,
Con dos cuernos te pintaron,
Y por ruin te aposentaron
Al cabo del A B C,
Sin bondad.
Tú, por darte autoridad,
Mudaste, como arrogante,
La vocal en consonante,
Y llamástete Verdad
Mentirosa,
Tan escura y tan dudosa
Y tan mala de entender,
Que con los mas sueles ser
Engañada ó engañosa;
Hoy ligera,
Mañana grave y severa
Con quien no te lo merece;
En lo que bien te parece
Muchas veces sales fuera
De compás.
Con todo el mundo te vas,
Y con nadie te declaras;
De suerte que las dos caras
Que me achacas, tú las has,
Y el que cree
Mejor verte, no te vee,
Con dudas que contravienen;
Todos piensan que te tienen,
Y ninguno te posee
Con muralla;
Eres guerra con batalla,
Rebusca sobre vendimia,
Y la ciencia del alquimia,
Que nadie jamás la halla,
De perdida;
Nueva de léjos oida,
Cuerpo fantástico vano,
Nombre compuesto profano,
Ave jamás conocida
Ni hallada,
Fama de cosa encantada,
Nunca vista en su figura,
Y si vista, grave y dura
Y á todo el mundo pesada.

VERDAD.

De las tales,
Perversas y desleales,
Como tú, falsa mujer,
Mal puedo yo vista ser

Con esos ojos carnales
Sin sosiego.
Mal puede juzgar el ciego
La gracia de las colores,
Ni el doliente de sabores,
Ni el hielo sentir que el fuego
Le caliente;
No sufre constantemente
Al flaco mirar humano
El resplandor soberano
Del rayo del sol fulgente;
Bien así,
Los que se llegan á tí,
Cegados de tu malicia,
Carecen de la noticia
Y vista cierta de mí;
Y sin guia,
Noche se les hace el dia,
Y el sol tinieblas escuras,
Por culpa de sus locuras,
Pero no por falta mia;
Que soy llana,
Mansa, amigable y humana,
Humilde, dulce, leal,
Y clara como el cristal
A quien me mira de gana.

ADULACION.

Yo, Verdad,
No te quito tu bondad,
Si la tienes ó lo eres;
Pero déjame, si quieres,
Gozar de mi libertad
Sin pasion;
Que mas quiero ser Gnaton
Y andarme tras mis ganancias,
Que todas las elegancias
Y virtudes de Platon
Ni de Ceno.

VERDAD.

¡Oh, cómo tienes muy lleno
El seso y el corazon
De vileza y ambicion,
Y toda sabes al cieno
De avaricia!
Llena estás de la nequicia
Deste siglo temporal,
Sin tener del celestial
Un tantico de codicia
Ni cuidado.

ADULACION.

Téngolo por excusado,
Porque acá me sé valer,
Y tomar todo placer
Que puede ser deseado.
Lo de allá
En su tiempo se verná,
Como toda cosa viene;
Que quien bolsa y lengua tiene,
A Roma dicen que va.
Y aun te aviso
Que quien bienes acá quiso,
Para el cielo se aventaja,
Porque son parte y alhaja
De ganar el paraiso
Sin ruido,
Y aun, segun habrás oido
En esta sentencia mesma,
La cárcel y la cuaresma
Y el infierno dolorido,
Y otros males,
Y tambien los hospitales,
Fueron hechos por dos fines,
Para pobres y ruines
Y servidores leales;
Y do quiera
La pobreza es gran manquera,
Por lo cual el aleman
En su proverbio ó refran
Le suele llamar ramera.

VERDAD.

Reprobada
Es esa razon malvada
Por la sagrada dotrina,
Que á la gente peregrina
Y pobre necesitada
Deste suelo
Les da y dice por consuelo:
«Bienaventurados son
Los pobres de corazon,
Porque dellos es el cielo.»

ADULACION.

Gran verdad
Es eso, y gran piedad
Que Dios en el pobre emplea;
Mas yo no sé quién lo sea
De espíritu y voluntad;
Y tú, hermana,
Pues lo quieres ser de gana,
Busca el galardon allí,
Y no lo esperes aquí
Entre la gente mundana,
Do no tienes
Sino ceños y desdenes,
Desgrados y desamor,
Careciendo de favor
Y toda suerte de bienes
Y placeres;
Lo cual si saber quisieres
Por experiencia algun dia,
Yo te haré compañía
Y seguiré por do fueres.
No riñamos
Mas sobre ello, antes nos vamos
Mano á mano á pasear
Por el mundo, y á probar
Esto que aquí litigamos
Por demás;
Que en breve tiempo verás,
Si en paciencia lo recibes,
Cuán burlada andas y vives
Por donde quiera que vas.

VERDAD.

Soy contenta,
Aunque se me sigue afrenta,
De hacer la tal jornada,
Por dejar averiguada
Con tus mentiras la cuenta.

ADULACION.

Caminemos;
Sus pues, luego averigüemos
Lo que toca á esta materia;
Todo el mundo es una feria
Para mí, donde podemos
Bien proballo.
Si en Asia quieres tentallo,
Mancilla tengo de ti,
Porque me sirven á mí
Los de pié y los de á caballo
En monton;
Todos sigue mi opinion,
Y allí tengo mis tesoros,
Porque los turcos y moros
Son desta mi profesion
Halaguera.
Y Africa, su compañera,
Con la misma ley se doma,
Despues que la de Mahoma
Sucedió por heredera,
En la cual
Yo soy parte principal,
Y aquellas inclinaciones,
Humildades y oraciones
Son desta mi ley real
Buena pieza;
Todo aquello se endereza
A mí misma y á mí toca,
Donde, abriendo tú la boca,
Te derriban la cabeza.

VERDAD.

Calla ya,
Deja estar lo de acullá,
Que otra vez lo tratarémos,
Y de Europa platiquemos,
Pues nos hallamos acá
Al presente,
Y entremos primeramente
Por España de rondon,
Do soberbia y presuncion
Reina mas que en otra gente;
Y pasemos
A Francia, donde verémos
La mentira triunfante,
Y á Italia, pueblo inconstante,
Y á Hungria, do hallarémos
La maldad
De toda infidelidad,
Crueldad y tiranía,
Y á Grecia, que ser solia
Cuando tuvo autoridad,
Palabrera,
Y Moscovia la grosera,
Y á Polonia y á Rusía,
Donde la glotonería
Tiene puesta la bandera;
Y volvamos
Sobre el norte, y decendamos
A Alemaña populosa,
Pero ingrata y codiciosa
Sobre cuantas hoy hallamos;
Y bajemos
A Flándes, donde verémos
La miseria y la avaricia;
A Inglaterra y su malicia
Tras esto visitarémos
De pasada.

ADULACION.

Bien me place la jornada
Por esas provincias bellas;
Mas poner la lengua en ellas,
Como pones, no me agrada,
Ni consiente
La razon debidamente
Que tú por tu gravedad,
So color de ser verdad,
Te piques de maldiciente
General;
Y siendo perjudicial
Contra todos de tal arte,
No debes maravillarte
Que todos te quieran mal.
Pero vamos
Mas adelante, y veamos
En qué corte ó qué lugar
Debemos primero entrar,
Que la experiencia hagamos;
Porque veas
Que aun en las pobres aldeas
Te hago mucha ventaja,
Y cese nuestra baraja,
Por mas soberbia que seas.

VERDAD.

Donde quiera
Es mi virtud valedera,
Llegando á ser conocida,
Y tú, despues de entendida,
Quedarás por chocarrera
Desleal;
Mas por término final,
Do mas noticia se toma,
Vámonos derecho á Roma,
Que es la patria universal.

ADULACION.

No pudiera,
Aunque yo te lo pidiera
Con toda fidelidad,
Nombrarse corte ó ciudad
Que mas á mi gusto fuera;

Que aunque en todas,
Do tú te pierdes y enlodas,
Yo acreciento mi caudal;
Pero en esa en especial
Hago mis fiestas y bodas
Principales
Con papas y cardenales,
Legados y embajadores,
Negociantes y señores,
Y gentes interesales
De gran cuento
Y mucho merecimiento,
Que allí acuden y allí van,
Y me hacen donde están
Gran favor y acogimiento.
Pero andemos,
Porque con tiempo lleguemos,
Y de camino hablando,
Irémos algo contando
Con que el cansancio pasemos.
¡Cuán perdido
Va quien sigue tu partido!
Y es ya cosa muy notoria,
Segun un cuento de historia,
Que por dicha habrás oido,
Como yo,
Una nao que partió
A buscar sus desventuras,
Dando en unas peñas duras,
Cabe un puerto se perdió
Peregrino;
Y de aquel pueblo mezquino,
Que allí quedaron sin luz,
Diz que solo un andaluz
Se salvó y un vizcaino,
Que nadaron
Hasta que á tierra llegaron;
Y como solos se viesen,
Sin saber dónde estuviesen,
A caminar comenzaron
Por la tierra,
Andando de sierra en sierra,
Con trabajo y desatino,
Sin saber si su camino
Fuese de paz ó de guerra,
Ni do andaban,
O qué gentes habitaban
En provincia tan extraña,
Ni ver casa ni cabaña
En todo cuanto miraban;
Y así, andando
Discurriendo y rodeando,
Sobre un valle al fin llegaron,
Do gran multitud hallaron
De monazas retozando
Por un prado,
Y en medio dellas sentado,
Como persona real,
Un monazo desigual,
Muy compuesto y mesurado;
Y llegados
Los dos pobretos cuitados,
Fueron vistos y sentidos,
Y de los monos asidos,
Delante del rey llevados
Mano á mano;
El cual, muy ledo y ufano
Con la presa semejante,
Habló con gentil semblante,
Como príncipe lozano
De corona;
Y sin mirar que era mona,
Preguntó con lozanía
Qué cosa les parecía
De su gente y su persona
Singular;
A lo cual sin dilatar
El andaluz avisado
Respondió disimulado,
Segun el tiempo y lugar
Convenía,
Diciendo que nunca habia
Visto corte mas pomposa
Ni persona mas hermosa
Ni tan bella compañía,
Ni creyera
Que en el mundo todo hubiera
Tan perfeta criatura,
Ni que la sabia natura
Tal cosa hacer supiera.
Muy pagado
El mono desvergonzado,
Levantóse, y hizo el buz
Al buen gentil andaluz,
Y sentóle á su costado
Por vecino;
Y volviendo al vizcaíno,
Con el gozo que tomó,
Lo mismo le preguntó,
Pensando que el mismo vino
Venderia.
El vizcaino, que via
La fiesta del compañero,
Como simple verdadero,
Entre sí mismo decia:
«Bien está;
Si á quien miente así le va
Con esta bestia enemiga,
Con quien la verdad le diga
Mucho mejor lo hará.»
Y volviendo
La cara al mono, riendo
Le dijo: «Monazo amigo,
Perdóname si te digo
La verdad de lo que entiendo,
Y esta sea,
Que eres la cosa mas fea
Y mas sucia, otro que sí,
De cuantas yo jamás vi
Ni se hallan en Guinea,
Monstruosas,
Con tus nalgas asquerosas
Y tus vergüenzas defuera,
Que es una vision mas fiera
Que todas las espantosas
Ab æterno;
Animal de mal gobierno,
Mono viejo por vocablo,
Por delante eres diablo
Y por detrás el infierno
Bruto y feo.»
Luego aquel pueblo guineo,
Esto oyendo, asieron dél,
Y con ánimo cruel
Le mordieron á deseo
Bravamente;
De suerte que el inocente
Vizcaíno desdichado
Quedó allí despedazado
Por mostrarse tu pariente.

VERDAD.

Cual tú eres;
Y lo que buscas y quieres
Con tus bajos pensamientos,
Tales al fin son los cuentos
Que por ejemplo refieres
Fabuloso,
Al cual, por ser enojoso,
No hay respuesta que te dar,
Sino dejarlo pasar
Por reporte mentiroso
Novelero;
Mas, que fuese verdadero
Y pudiese ser así,
Mejor me parece á mí
El muerto que el chocarrero
Que á ti mira;
Porque do virtud inspira,
Muy mayor felicidad
Es morir por la verdad
Que vivir por la mentira.

ADULACION.

¡Bueno vas!
Siempre en tus trece te estás
Locamente apasionada,
De que al fin de la jornada
Poco fruto sacaras.
Pues do imos,
Pocos oimos ni vimos
Que sobre tí paren mientes;
Yo tengo cien mil parientes,
Tios, hermanos y primos
Naturales;
Muy pocos de los mortales
Me salen de parentesco,
Porque yo los busco y crezco
Con mis artes liberales
Y valor,
Y el linaje me da honor;
Que al tiempo tengo por padre
Y á la fortuna por madre,
Y por marido al favor.
Y tenemos
Una hija, que queremos
Mas que á la lumbre del dia,
Que se llama Cortesía,
Hermosa en todos extremos
De doncella;
Tú te precias de muy bella
Y de vírgen en cabello,
Y no voy en contra dello;
Pero no lo es menos ella.
Pues, cuitada,
¿Qué harás, desventurada,
Aquí en Roma, do no tienes
Otra ventaja ni bienes,
Excepto no ser casada,
Como yo?
Pero aguárdate, que no
Te desmandes a argüir,
Ni puedas después decir
Que ninguno te avisó
Del pecado;
Que ya casi hemos llegado
Nuestro poco á poco á Roma,
Y se nos muestra y asoma
Encima de su collado;
Y de hoy mas
Echa por donde verás
Que es bien que nos apartemos,
Con que despues nos tornemos
A juntar cuando querrás
Por aquí,
Adonde dirá de sí
Cada una lo que ha sido:
Tú de cómo te habrá ido,
Yo de lo que toca á mí.

VERDAD.

Mucho puede la maldad
En esta vida mezquina;
Lo mas del mundo se inclina
A la propia voluntad.
Esta lisonja traidora,
Vil esclava enlabiadora
De las gentes,
Con engaños evidentes
Se quiere hacer señora.
Lastimera cosa es ver
Lo que puede la malicia,
La desvergüenza y codicia
Desta maldita mujer.
Es un cebo general,
Que entre la gente carnal
Se platica,
Cuyo dulzor do se aplica
No se conoce su mal.
A muchos hace gran daño
Su afeitada razon bella,
Porque debajo de aquella
Se dice estar el engaño.
Es yerba de buen sabor
Cuanto al gusto exterior;
Mas comida

La ponzoña allí escondida,
Despues engendra dolor.
De lo cual su culpa está
Bien conocida y probada,
Pero tiénela doblada
El que la causa le da.
Los reyes y los señores
Son deste mal causadores,
Que, olvidados
De mí, son mal inclinados
A falsos aduladores.
Con lo cual dan ocasion
A que esta loca engreida
Se me muestre así atrevida
Con sobra de presuncion;
Porque los humanos brios,
Siguiendo su desvarios,
Mas estiman
La locura en que se arriman
Que no los consejos mios.
Los cuales dentro del fiel
Y sincero corazon
Dulces y sabrosos son
Mas que panales de miel;
Mas do llega y solicita
Esta lisonja maldita
Es veneno,
Con que el gusto de lo bueno
O se menoscaba ó quita.
Bien que desto no me quiero
Quejar por lo que á mí va,
Pues el mismo Dios acá
Pasó por este rasero;
Que en este mundo venido,
Del cual no fué conocido,
Se quejaba
Que en la verdad que hablaba
De pocos era creido.
Esta falsa fementida,
Nunca diciendo verdad,
Tiene tanta autoridad,
Que de todos es oida.
Héla va muy confiada,
Diligente, apresurada,
Sin temor
De carecer de favor
Adonde fuere escuchada.
Tras ella se van los mas,
Juzgando por el semblante;
Es hermosa por delante
Y disforme por detrás.
Yo, por contraria figura,
Aspera parezco y dura
A los ojos,
Mas pasados los antojos,
Se conoce mi dulzura.
En esfuerzo de la cual
No he temor, entrando en Roma,
Que su mal celo me coma,
Pues me come el celestial.
Debajo desta bandera
No temo en esta carrera
Peligrar;
Cuanto mas, que no hay lugar
Do falte quien bien me quiera.
Siempre hallo alguno y veo
Que me muestre alegre cara,
Bien que por ser cosa rara
La virtud dase á deseo;
Mas ya que falte en el suelo
La claridad y consuelo
Que procuro,
Tengo ganado de juro
Aquel recurso del cielo.
Y con tal seguridad
Quiero entrar con diligencia
A hacer de mí experiencia
En esta santa ciudad.
No me puede suceder
Con ganar y con perder
Cosa nueva,
Ni desastre que no deba
Recebirse por placer.

ADULACION.

El tiempo que me detengo
En esta corte romana,
No lo pierdo, pues se gana
Aquello tras que yo vengo,
Facilmente.
Pueblo es muy conveniente
Para mis recreaciones,
Porque de todas naciones
Hay gran concurso de gente,
De lenguajes
Diferentes y linajes,
Suertes, costumbres, edades,
Profesiones, calidades,
Estados, formas y trajes
Y opiniones.
Yo segun las aficiones
A que cualquiera se inclina
Aplico mi medicina
Conforme á las condiciones
Y maneras
De las gentes extranjeras,
Y las de aquí naturales,
De mi ley, entre las cuales
Escojo yo como en peras
Los mejores,
Como en yerbas de sabores
Busca su pasto la oveja,
O como hace la abeja
En campo de muchas flores.
Aquí hallo,
Sin ir léjos á buscallo,
Por entre estos cortesanos
Cuanto me bastan las manos,
Que nadie sabe negallo.
Todos son
Casi de mi profesion,
Y españoles mayormente,
Como pueblo inteligente,
Me tienen gran devocion;
Y se dan
A mi ciencia, tras que van,
Tanta priesa y buena maña,
Que ya pasan á Alemaña
Y á Italia, donde están
De prestado.
Cualquier hombre trasladado
A esta Roma, gran señora,
Se renueva y se mejora,
Y queda mas avisado
En mis artes;
Bien que hallo en todas partes
Quien me cumple mis deseos,
Y aun los indios y guineos
Siguen tras mis estandartes;
Mas aquí
Es en lin adonde á mí
Me sucede todo á punto,
Porque lo tengo aquí junto
Cuanto en muchas partes vi.
¿Qué mas quiero
Yo, ni pido, ni aun espero,
Sino que en tan pocos dias
Tengo ya dos canonglas,
Plata, ropas y dinero,
Y favores
De prelados y señores,
Gracias y prerogativas,
Oficios y espectativas
Para mis demandadores
Y queridos;
Viendo andar aquí perdidos
No pocos hombres honrados,
Del mundo menospreciados,
De todos aborrecidos
Sin ventura,
Por seguir tras la locura
De aquella mi compañera,
Que por ser tan altanera
No tiene plaza segura?
Y yo sé
Que despues que la dejé,
Por aquí con su querella
Habrá pasado por ella
Cosas de que reiré
Cuando venga;
Que caso que no es muy luenga
La ausencia hecha despues,
Habrá visto, segun es,
Algun duelo de que tenga
Que contar.
Quiero un poco aquí esperar
Por cumplir lo concertado;
Que, segun lo platicado,
No puede mucho tardar
De venir
A reñir y debatir,
Como por oficio tiene;
Mas héla dónde ya viene;
No faltará qué gruñir.
En buena hora
Vengas ya, Verdad señora,
Si vienes arrepentida;
Tambien soy recien venida
Yo, y mas contenta agora
Que jamás.
Tú no sé lo que dirás
De tus sucesos honrosos;
Los mios son gloriosos
Cada dia mas y mas.
Vesme aquí,
Que despues que me partí
De contigo el otro dia,
Tengo tanta mejoría,
Que puedo comprarte á tí
Y á tus fieros.
Príncipes y caballeros,
Y otras mil personas buenas,
Me han dado las manos llenas
De vestidos y dineros
Y otros bienes.
Tú me parece que vienes
Rostrituerta y maltratada,
Y encima descalabrada
Y cargada de desdenes,
Como sueles.
Pues cumple que te consueles
Y aconhortes de sufrir;
Que no lo puedes huir
Por mucho que te desveles.
Y pues eres
Espejo de las mujeres
En honra y autoridad,
Y llamándote Verdad,
La profesas y la quieres,
Sé contenta
De confesar sin afrenta
Cómo te fué en esta feria,
Y la mengua y la miseria
Que en tu casa se aposenta
Por alhaja;
Y conoce la ventaja
Que en este mundo te llevo,
Y que, segun él, no debo
Estimarte en una paja,
Pues te veo
Tan sin lustre y sin arreo,
Y venir tan destrozada
Al cabo desta jornada,
Hecha con tanto deseo,
Para prueba.

VERDAD.

Ya tú sabes no ser nueva
Desórden en esta vida
Que por ley descomedida
Lo mas del mundo se mueva,
Y que en ella,
Si bien quieres entendella,
No produce la natura

Cosa quieta y segura
Sin cuestion y sin querella;
Diferente
Es lo frio y lo caliente;
Lo blando contra lo duro,
Lo claro contra lo escuro
Pelean continuamente,
Mal contento.
Los vientos contra los vientos
Son muy bravos adversarios,
Y, en fin, son en sí contrarios
Todos los cuatro elementos
Naturales.
Cómense los animales
Uno á otro con sus dientes,
Las gentes contra las gentes
Con desamores mortales
Se levantan,
Con el hierro se quebrantan
Las piedras y las mineras,
Y las infernales fieras
De los del cielo se espantan,
Sin enmienda.
El vicio tiene contienda
Con la virtud por oficio,
Y la virtud contra el vicio
Busca con qué se defienda.
Su mal seno
Trae de ponzoña lleno
Contra lo bueno lo malo,
Y las manos en el palo,
Contra lo malo lo bueno.
Y así, digo
Que tú contiendes conmigo
Como el mal con la salud,
Y yo, por ley de virtud,
Hago lo mismo contigo,
Sin poder
Entre nosotras haber
En mi presencia concordia,
Tregua ni misericordia,
Sino morir ó vencer.
Mas, mirada
Tu pregunta mal criada,
Digo que en Roma me ha ido
Mas que bien, pues he cumplido
Con los que soy obligada
A quien soy,
Y lo mismo ternás hoy
Que siempre, de nuestras lides;
Mas la ventaja que pides
Para mal, yo te la doy
Y concedo,
Sin tener invidia ó miedo
De tus bienes y favores,
Ni de esos tus valedores,
En quien fundas tu denuedo,
Lo cual todo
Estimo y tengo por lodo,
Como cosa baladí
Del mundo, que va tras tí,
De tu brebaje beodo;
Y del cual
Yo hago poco caudal,
Porque no hallando en él
Morada cierta ni fiel,
Me vuelvo á la celestial
Sin error;
Que, segun David, cantor
De los divinos renombres,
La tierra se dió á los hombres,
Y el cielo para el Señor,
Que soy yo.

ADULACION.

No me pesa deso, no,
Antes me huelgo de oillo;
Mas dime, ese golpecillo
Del ojo ¿quién te lo dió?
¿Por qué via
Sufriste tal demasía?

VERDAD.

Deja, que es un cardenal,
Porque dije que era mal
Ir en máscara de dia.

ADULACION.

Todo es nada;
Mas di tambien, si te agrada,
Pues nunca para atrás caes,
¿Qué cosa ha sido? Qué traes
Detrás la cofia, rasgada
Sin provecho?

VERDAD.

Eso tambien me fué hecho
En casa de un abogado
Porque dije ser pecado
De entrambas partes á hecho
Tomar dones;
Luego ciertos baladrones
Contra mí se levantaron,
Y la cofia me rasgaron
Por darme de repelones
Con pesar.
Mas si hubiese de contar
Yo semejantes levadas
De cosas por mí pasadas,
Seria nunca acabar
En un año.

ADULACION

En eso yo no te engaño,
Pues antes que te apartases,
Te apercebí que callases,
Y si hablaste, tu daño.

VERDAD.

Y aun por eso,
Conociendo cuán avieso
Va de mi sinceridad
El mundo con su maldad,
Por no escuchar tu proceso
Determino
De tomar otro camino,
Y levantando mi vuelo,
Dar la vuelta para el cielo,
Do tengo cierta contino
La morada.
Y tú, Lisonja malvada,
Pues me voy, reina sin guerra
Sobre la haz de la tierra,
Para que fuiste criada.

OBRAS DE DEVOCION.

A LAS PINTURAS DE UNA IGLESIA.

Á LA SALUTACION.

Todo el mundo está esperando,
Vírgen santa, vuestro sí;
No detengais mas ahí
Al mensajero dudando;
Dad presto consentimiento.
Sabed que está tan contento
De vuestra persona Dios,
Que no demanda de vos
Otra cosa en casamiento.

AL NACIMIENTO.

Para estar tan bien parida
Y tan bien acompañada,
Mal estáis aposentada,
Vírgen, y mal proveida.
Yo no sé, ni nadie sabe,
De qué manera os alabe;
Que sin sentir embarazo
Teneis en vuestro regazo
Al que en el cielo no cabe.

Á LA CIRCUNCISION.

Para darnos á entender
Que no venis á holgar,
Quereis luego comenzar,
Rey de gloria, á padecer;
Y poneis en amargura
Vuestra carne tierna y pura
Para mostrarnos, Señor,
Lo que, siendo criador,
Sufris por la criatura.

Á LOS REYES.

¿En qué conoceis que es rey,
Reyes, este que adorais,
Pues lo mas que le hallais
Es un asna con un buey?
Mas vuestro conocimiento
No es de humano acertamiento;
La estrella os muestra el camino,
Y el Espíritu divino
Alumbra el entendimiento.

Á LA HUIDA DE EGIPTO.

Aunque muy cansado vais,
Viejo bienaventurado,
Mayor es vuestro cuidado
Que el cansancio que llevais.
Seguro vais de mesones,
Josef, mas no de ladrones;
Y con corazon sereno
Pasais por el hijo ajeno
Por estas persecuciones.

Á LOS SANTOS INOCENTES.

Tirano, no tengas duelo;
Que esos que matas temprano
Plantas son que de tu mano
Se trasponen en el cielo.
Y el que buscas sin reposo,
Sabe que es tan poderoso,
Que estos, muriendo por él,
Ganan en ser tú cruel
Mas que siendo piadoso.

Á LA PURIFICACION.

Publicais con humildad
En vos, Señora, defeto
Por encubrir el secreto
De vuestra virginidad;
Mas no engaña á Simeon
Vuestra disimulacion;
Que cumplirse su esperanza,
Por obra de Dios alcanza
Ser hecho, no de varon.

EN UNA ALDEA PARA CANTAR LA NOCHE DE NAVIDAD.

Juicio será fuerte,
Aspero y cruel de muerte.

Tened memoria, mortales,
Del juicio que vendrá,
Adonde se os tomará
La cuenta de vuestros males.
Una sibila pagana,
Que á Cristo no conoció,
Antes lo profetizó
Que él tomase carne humana.
Del cielo decenderá
Y en carne será presente
A juzgar toda la gente
El Rey que siempre será.
El incrédulo y el fiel
Verán á Dios poderoso,

Con sus santos glorioso
Desde el siglo en el fin dél.
Las almas serán juntadas
En su carne, como fueron
Cuando en el mundo vivieron,
Para ser allí juzgadas.
Las hembras y los varones
Sus riquezas dejarán,
Las cuales se tornarán,
Con mar y tierra, carbones.
Al infierno pornâ espantos,
Y las puertas quebrará
Por fuerza, pero será
Luz libre para los santos.
Los malos padeceran
Quemados de eterna llama,
Y lo que calló la fama
Ellos lo descubrirán.
Y Dios manifestará
Los secretos corazones;
Habrá lloros á montones,
Y el malo regañará.
Perderá su claridad
El sol y luna y estrellas,
Y el resplandor dél y dellas
Se tornará escuridad.
Los cielos se desharán,
Y abajarse han los collados,
Y los valles, abajados,
Con ellos se igualarán.
No habrá cosa alta en la tierra
Que puedan ver los humanos;
Igual a los campos llanos
Seran los montes y sierra.
La verde color del mar,
Con sus ondas presurosas,
Y todas las otras cosas
Entonces han de cesar.
La tierra perecerá,
Los rios secara el fuego;
Triste son sonara luego,
Que de lo alto se oirá.
Entonces la tierra dura,
Abriéndose, mostrará
El infierno, donde está
En su confusion escura;
Al Señor obedeciendo
Todos los reyes del suelo,
Caerá fuego del cielo
Y piedra azufre hirviendo.

PROFETAS.

ISAÍAS.

Yo el profeta Isaías
Digo que concebirá
En su vientre y parirá
Una Vírgen al Mesías,
Y aqueste será llamado
Emanuel, que es Dios con nos;
Para nos el niño Dios
Es nacido y encarnado.

JEREMÍAS.

Este es nuestro Dios eterno,
Y otro no será estimado;
Que es solo quien ha hallado
Todo el saber verdadero.
Y á Jacob siervo lo dió,
Y en nuestras tierras fué visto
Dios y hombre Jesucristo,
Que con hombres conversó.

DANIEL.

Al tiempo que verná aquel
Que es santo sobre los santos
Cesará la uncion de cuantos
Reyes hay en Israel;
Porque es justo que en el suelo
No reconozca la gente
Otro rey, siendo presente
El Rey muy alto del cielo.

HABACUC.

Oí, Señor, tu sonido
Y temeroso quedé;
Tús obras consideré
Y quedé despavorido.
Porque oyendo la grandeza
De la tu divinidad,
Espantóme la humildad
Que escogiste, y la bajeza.

NABUCODONOSOR.

Hoy metimos tres varones
En el horno aprisionados,
Y ahora siendo mirados,
Veo cuatro sin prisiones;
Y el fuego no les empece
Ni les toca en los cabellos;
La vista del cuarto dellos
Hijo de Dios me parece.

VILLANCICO Á LA MISMA NOCHE.

Pues hacemos alegrías
Cuando nace uno de nos,
¿Cuánto mas naciendo Dios?

Grandes huéspedes tenemos,
Hagamos gran regocijo,
Pues pare la Madre al Hijo
Por quien todos hoy nacemos.
Nunca vimos ni verémos
Juntos otros tales dos,
El Hijo y Madre de Dios.

CANCION Á NUESTRA SEÑORA, VINIENDO EN LA MAR.

Clara estrella de la mar,
Dichosa puerta del cielo,
Madre de nuestro consuelo,
Vírgen nacida sin par;
Reina bienaventurada,
De todos consolacion
En todo tiempo y sazon
Sed, pues sois nuestra abogada;
Mas por gracia singular,
Las rodillas por el suelo,
Pedimos vuestro consuelo
Mientra estamos en la mar.
Guardad la fusta en que vamos,
Que es nuestro cuerpo vicioso,
Deste mar, tempestuoso
Mundo por do navegamos.
La quilla dél sustentar,
Que es la carne peligrosa,
Vaya siempre temerosa
Adónde podrá topar;
La proa, que es el deseo,
No se empache en lo que topa;
La voluntad, que es la popa,
No la hiera devaneo;
Y el piloto gobernar,
Que es el flaco seso humano,
Lleve tal tiento en la mano
Que la sepa encaminar.
El mástil, que es la razon,
De tantas cuerdas asido,
Vaya enhiesto, no torcido,
No le doblegue pasion.
Para atar y desatar
Suban y bajen ligeros
Otros que son marineros,
Puestos para ejecutar.
Las velas por do se guia,
Que son los cinco sentidos,
Sean de vientos heridos
Que vengan sin travesía;
Y si no pudiere andar
Nuestra flaqueza mezquina,
Viento en popa á la bolina
Sepa al menos navegar.

Á NUESTRA SEÑORA DE MONSERRATE.

Pues no alcanzo á comtemplaros,
Madre de Dios gloriosa,
Excusado es alabaros;
Pero quiero suplicaros
Que me digais una cosa,
Que aquí se debe encerrar
Algun misterio profundo:
¿Cómo quisistes morar,
Siendo Señora del mundo,
En tan áspero lugar?
Tambien haceis vuestra estancia
En Guadalupe en las breñas,
Y así en la Peña de Francia;
Yo no siento qué ganancia
Sacais de andar por las peñas;
Mas lo que de ello sospecho
Es, que salis al atajo
A tomar, contra derecho,
Para vos este trabajo
A fin de nuestro provecho.
Por los llanos de la tierra
Los méritos son contados,
Por los montes y la sierra,
Donde nos viene la guerra,
Nuestros vicios y pecados.
Si por llano caminamos,
Ningun peligro tenemos;
En la sierra nos perdemos,
Y allí, Señora, os hallamos
Para que no peligremos.

HIMNO Á NUESTRA SEÑORA.

(*Ave maris Stella.*)

Pues navegais, alma mia,
Por el mar de pensamientos,
Do sois de contrarios vientos
Combatida cada dia;
Para no temer fortuna
Mirad siempre aquella estrella
Del norte, porque sin ella
No habréis bonanza ninguna.
Y para mas la obligar,
Decidle por oracion
Esta devota cancion:
«Ave, Estrella de la mar,
Madre de Dios criadora,
Pero Vírgen de contino,
Dichosa puerta y camino
Del cielo, y emperadora.
Oyendo aquel dulce *ave*
De la boca de Gabriel,
Con que vos, Señora, y él
Al cielo hicistes llave,
Fundadnos en paz segura,
Mudando el nombre de Eva,
Porque no se nos atreva
Quien nuestro daño procura.
Soltadnos de las prisiones
De nuestros viciosos fuegos,
Dad lumbre á los que están ciegos
De sus propias aficiones;
Nuestros males apartad,
Nuestros bienes procurando,
Para que queden de un bando
La razon y voluntad.
Mostráos, Vírgen, ser madre
A los tristes que padecen,

Sumat per te nostram precem
El que, siendo vuestro padre,
Por nosotros quiso ser
Vuestro hijo, y siendo Dios,
Se hizo dentro de vos
Hombre para padecer.

Singular Virgen sagrada,
Entre todas la mas mansa,
Y tan mansa, que descansa
Dios dentro en vuestra morada;
Limpiadnos, que estamos llenos
De las culpas que criamos,
Y hacednos que seamos
Muy mansos, castos y buenos.

Dadnos vida concertada
Y asegurad los caminos,
Porque nos hallemos dinos
Al cabo de la jornada,
Y en tal estado acabemos
Que do vamos deseando,
A Jesucristo mirando,
Siempre con él nos gocemos.

Sea alabanza, por tanto,
A Dios Padre Criador
Y á Cristo, muy gran Señor,
Con el Espíritu Santo;
Una honra á todos tres,
Sin dar ventaja á ninguno;
Que asi es lo que es de uno,
Que de todos ellos es.

LA VISITACION DE SANTA ISABÉL.

(*A instancia de una señora.*)

Decid, Reina esclarecida,
¿Dónde vais á pié, cansada,
Por el monte apresurada,
Siendo por madre escogida
De Dios y estando preñada?
Siendo señora del cielo,
¿Cómo vais por este suelo
Con tan poca autoridad?
Cómo en tanta soledad
No habeis miedo ni recelo?

Mal parece á las doncellas
Andar fuera de poblado,
Y tanto mas es notado
Cuanto mayores son ellas
En linaje y en estado.
¿Qué negocio puede haber
En que sea menester
Por fuerza vuestra presencia,
Y hacer la diligencia
Tan excelente mujer?

Entre los grandes señores,
Si cosas se han de tratar,
Es costumbre de enviar
Legados ó embajadores
Que vayan á negociar.
Ejemplo desto nos dió
El ángel que descendió
Por mensajero de Dios,
Cuando entre él, Señora, y vos
El casamiento trató.

Pues si bien sé conoceros,
¡Oh Princesa celestial!
Vos sois de sangre real,
Y la con quien vais á veros
Persona muy principal.
Fuera pues mas cierta cuenta,
Por no recibir afrenta,
Que un gran señor ó prelado
Llevara vuestro mandado
A cas de vuestra parienta.

Pero, ya que caminais,
Hermosa dama excelente,
Sin mirar inconveniente,
Decid, ¿cómo no llevais
De camino algun presente?
Parece descortesía
Ser con otros cada dia
Tan franca, tan liberal,
Y á vuestra prima carnal
Visitar mano vacia.

Tambien quiero deseoso
Saber de vuestra excelencia;
Por eso tened paciencia,
Pues teneis, Señora esposo.
Si venis con su licencia,
Que no la debió dar él,
Siendo sabio y tan fiel,
Para ir sola una doncella;
Y ya que vengais con ella,
¿Cómo venistes sin él?

RESPUESTA.

Mas con amor que con vicio
He preguntado, Señora;
Quiero responder agora,
Pues seréis de mi servicio
Muy abonada deudora.
Segura vais de cansaros,
A lo menos de enojaros,
Por cansada que os veais;
Que el cuidado que llevais
Basta para descuidaros.

La priesa no la condeno,
Pues no se sufre tardanza
Cuando corre la esperanza
A gozar de algun fin bueno
Que nuevamente se alcanza;
Y asi, vos siendo avisada
De nueva tan señalada,
Con la gana que en vos mora,
De llegar no veis la hora
Y acabar vuestra jornada.

Por do puede bien creerse
Que el misterio que os ha sido
Por seis meses escondido,
Si antes viniera á saberse,
Antes hubiérades ido;
Mas no sin causa se ordena
Que del caso estéis ajena
Hasta el necesario punto,
Porque vais á cumplir junto
El servicio y norabuena.

Ni se sufre embajador,
Legado ni mensajero;
Vos lo debeis ser primero,
Porque los gozos de amor
No se gozan por tercero;
Y el despacho que en vos va,
Que se ha de mostrar allá,
Sola vos podeis traello,
Pues que para merecello
Sola nacistes acá.

Rodeada en rededor
De celestiales compañas,
Con Dios dentro en las entrañas
No hay afrenta ni pavor
Que temer por las montañas.
Entre los robles y pinos
No careceis de vecinos,
Porque á sus ángeles Dios
Tiene mandado de vos
Que os guarden por los caminos.

Yendo vos, llevar presente
Con presencia tan hermosa
Parece superflua cosa,
Pues da gloria á toda gente
Vuestra cara tan gloriosa;
Cuanto mas que vuestra prima
Es mujer de mucha estima,
Y afrentarse ha, siendo rica,
Tomar de la pobrecica
Dones ni joyas encima.

Si Josef os dió licencia,
Yo no me meto á sabello;
Mas sé que debo creello,
Que vuestra gran obediencia
Me da testimonio dello.
Si vais con él ó con ella
La Escritura no lo sella,
Pero yo lo juraré,
Que si él con vos no fué,
Que vos no fuistes sin ella.

Agora pues caminad
A vuestra visitacion;
Que do llega la aficion,
La razon y voluntad
Una misma cosa son.
Para vos está guardada
Esta tan gran embajada,
Despues de la de Gabriel,
Por la cual será Isabel
Del caso certificada.

Por eso no trabajeis
De disimular lo hecho;
Que seréis puesta en estrecho
Que por fuerza confeseis
Lo que llevais en el pecho.
Yo quiero tras vos correr
Por gozar deste placer;
Que tan excelentes vistas
De personas tan bienquistas
Cosa será para ver.

Mas, porque es atrevimiento
Que vaya mi torpedad
Cabe tanta majestad,
Haré piés del pensamiento
Y ojos de la voluntad;
Y si no pudiere andando,
Seguiros he contemplando,
Reina nuestra, cómo vais,
Y al aposento llegais
Desta que vais deseando.

Y llegada á su presencia,
Con dulce rostro riendo,
La gravedad no perdiendo,
Con amor y reverencia
La saludastes diciendo:
«Dios os salve, Madre mia;
La gracia del que me envia
Tanta parte os dé de sí,
Cuanta gloria me da á mí
Con miraros este dia.

«Tan penada por vos vengo,
Tan vencida de deseo,
Tan llena de lo que veo,
Que ante mis ojos os tengo,
Y de gozo no lo creo,
Gran ventura fué la vuestra,
Gran dicha será la nuestra,
Oh señora prima, en quien
Dios para fin de gran bien
Tan gran maravilla muestra.

»Verdadera relacion
Hirió las orejas mias
Que en vuestros ancianos dias
Oyó Dios la peticion
De vos y de Zacarías,
Y en fin os ha consolado
Con el fruto deseado,
Otorgado en senetud,
Que os ha sido en juventud
No sin misterio negado.

»Y aunque de vuestro celarme
Tantos meses esta cosa
Podria ser querellosa,
No quiero de ello acordarme,
Ni lo sufro, de gozosa.
Con el cuerpo me he tardado,
Pero no con el cuidado,
Que es mayor que sé deciros,
De gozaros y serviros
En tiempo tan señalado.»

Con ojos bajos y graves
La matrona generosa,
Algun tanto vergonzosa,

Con palabras muy suaves,
Con voz honda y poderosa,
De Espíritu Santo llena,
Dijo con cara serena:
«¡Oh hija y señora mia,
Mensajero de alegría,
Vos vengais en hora buena!

»Bendita vos y loada
Entre todas las mujeres,
Pues pueden vuestros poderes
Abrir la puerta cerrada
De los eternos placeres;
Y bendito tambien sea
El fruto, que se desea,
De vuestro vientre bendito;
El cual, siendo en sí infinito,
Se viste nuestra librea.

»Bendito el vientre que os trajo
Y las tetas que mamastes,
Pues que tan alto volastes,
Que distes con Dios abajo
La hora que lo encarnastes.
Tan gran merced y favor,
Tal linaje de loor
¿De dónde me viene á mí,
Que me venga á ver aqui
La Madre de mi Señor?

»Madre sois de vuestro padre;
No disimuleis, Maria;
Que Dios cuando os escogia,
A vos os tomó por madre,
Y á mí me quiso por tia.
Gloria de vuestro linaje,
Vestida de nuestro traje,
A Dios vestis por aforro;
Con él andais en el corro,
Y hablais nuestro lenguaje.

»En llegando á mis oidos
La voz y dulce cancion
De vuestra salutacion,
Concibieron mis sentidos
Divina revelacion.
Y el infante aun no criado
Que en mi vientre está encerrado,
Delante su Criador,
Lleno de gozo y de amor,
Todo está regocijado.

»¡Oh cuan bienaventurada
Sois, prima, porque creistes
Lo que del ángel oistes,
Pues mediante su embajada,
Hijo de Dios concebistes!
Y las grandezas oidas,
Por el ángel prometidas,
Que por humilde se os dan,
En vos y por vos serán
Perfectamente cumplidas.

»Ya no es tiempo de callar,
Virgen bienaventurada,
Con el hurto sois tomada;
Venistes á saludar,
Y quedastes saludada.
Descubierto es el secreto:
Hombre parirá perfeto
Isabel, vos hombre y Dios;
Que en vos sola caben dos
Contrarios en un sugeto.

»Mas no cabe presuncion
En toda vuestra morada;
Que aunque os veis ya declarada
De tan alta condicion,
No sois por eso mudada.
Si os alteran los favores
De los divinos amores,
Por la respuesta parece.
—La mi ánima engrandece
Al Señor de los señores.

»Y gozoso de verdad
El mi espíritu y memoria,
En Dios mi salud y gloria,
Porque miró la humildad
Desta su sierva notoria.
Por la cual me llamarán
Bendita, y acertarán,
Todas las generaciones,
Cuantas hembras y varones
En el siglo nacerán.

»Porque hizo el que serví,
Que es muy alto y poderoso,
Y su nombre glorioso,
Muy grandes cosas por mí,
Pues se me dió por esposo.
Y en edades venideras
Para siempre duraderas,
Será su misericordia,
Que gozarán en concordia
Los que le temen de veras.

»Su gran potencia mostró
En brazo de vencimiento,
Y como polvo con viento,
Los soberbios esparció
Léjos de su pensamiento.
Los grandes y poderosos,
Altivos y desdeñosos,
De sus sillas abajó,
Y los bajos ensalzó
En estados gloriosos.

»Los probecillos hambrientos
Hinchó con sus largas manos
De los bienes soberanos,
Y á los ricos avarientos
Dejó desiertos y vanos.
Israel, que triste estaba
Porque tanto se tardaba
La vista de su Mesías,
Recibió ya en nuestros dias
El niño que deseaba.

»Y Dios no puso en olvido
Su misericordia pia,
Como desde el primer dia
Por su boca prometido
A nuestros padres lo habia;
A Abrahan, su sirviente,
Y despues á su simiente
En los siglos venideros,
Habiendo siempre herederos
De padre tan excelente.—

»¡Oh cuán bien habeis cantado,
Virgen y Madre bendita,
Con un tiple que nos quita
Cuanto tormento y cuidado
Nos daba la ley escrita!
Con lengua dulce y discreta
Nos mostrais que sois eleta
De la luz que viene ya,
Por la cual se nos dará
La ley de gracia perfeta.

»Y con toda esta grandeza
Que por vos se comunica,
Siendo tan grande y tan rica,
Quiere tomar vuestra alteza
Oficio de pobre y chica.
Y con trabajo y afan
Quereis comer vuestro pan
Sin popar ninguna pena,
Y servir en casa ajena
Hasta que nazca san Juan.»

Final.

Si yo tan gran servidor
De vuesamerced no fuera,
Harto mejor estuviera
Por hacer esta labor.
Y si no supe hacella
Tal que no vaya confusa,
Vuestro mandado me excusa
De las faltas que hay en ella.

Mas, pues es visitacion,
Vuesamerced la visite,
Y á mí me descargue y quite
De tan grande obligacion.
Si fuere merecedora
Del fuego, pague el papel;
Que yo salvo quedo dél,
Pues cumplo con mi señora.

HIMNO A LA CRUZ.

(*Vexilla regis prodeunt.*)

Las banderas de la luz
Del Rey que por nos padece
Salen fuera, y resplandece
El misterio de la Cruz.
Por el cual el Hacedor
De la carne en carne humana
Fué puesto de propia gana
En el palo del dolor.

Y encima desto, llagado
Con hierro de cruda lanza,
Abrió fuente de esperanza
En su divino costado;
De do, para nos salvar
Del pecado que reinó,
Agua con sangre manó
Por remedio singular.

Cumplióse lo que cantó
David, el profeta santo,
En versos de dulce canto
Que en testimonio dejó;
Pregonando á boca llena
Por el mundo en general
Que Dios reina sin igual
Desde el madero de pena.

¡Oh árbol bello, hermoso,
Resplandeciente, sagrado,
De la púrpura adornado
De nuestro Rey glorioso!
Escogido por señales
De tronco digno sin par,
Que mereciste tocar
Tan santos miembros y tales.

Arbol bienaventurado,
De cuyos brazos colgó
El precio que se nos dió
Del siglo, por él comprado;
Y hecho balanza y peso
Del cuerpo precioso, tierno,
Trajo el robo del infierno,
Tantos tiempos allí preso.

¡Oh Cruz de consolacion,
Unica esperanza nuestra,
Dios te salve, pues te muestra
En tiempo de tal pasion!
Acrecienta la justicia
A los justos sin pecados,
Y á los míseros culpados
Da perdon de su malicia.

A ti solo Dios y trino,
Trinidad en union,
Cuantos espíritus són
Dan alabanza contino.
Pues tan caro nos compraste,
Gobierna perpetuamente
Los que por el excelente
Misterio de Cruz salvaste.

LA INVENCION DE LA CRUZ.

(*A instancia de una señora.*)

Proemios.

Vuesamerced me mandó,
Si dello tiene memoria,
Que le trovase la historia
De la Cruz que nos salvó;
De cuya causa han estado
En batalla y diferencia,
De un cabo mi insuficiencia,
Y de otro vuestro mandado.

El uno dice que sí,
El otro dice que no,
Y quedé por juez yo
Para serlo contra mí;
Y dí por vuestro servicio
Contra mí mismo sentencia,
Porque dicen que obediencia
Vale mas que sacrificio.

Pienso que fué la intencion
De vuesamerced, Señora,
Tentar de saber agora
Dó llega mi devocion;
La cual de vos se querella,
Porque tuvistes por bueno
Darle oficio tan ajeno
Del que suele tener ella.

Que mis vanos pensamientos,
Que paz no saben hallar,
Mejor supieran trovar
La invencion de mis tormentos.
La de la Cruz de alegria
Mal parece en mi poder;
Porque yo no sé traer
A cuestas sino la mia.

Mas donde tantos peones
Ha de haber para cavar,
Serviré yo de llevar
En brazos los azadones;
Y seré desta manera
Otro Simon Cireneo,
Tocando con el deseo
El cabo della siquiera.

Y en el Dios que en ella muere
Tomando esfuerzo y aliento,
Haré vuestro mandamiento
Lo menos mal que supiere.
Y pues Cristóbal me llamo,
Valme, Cristo, y sé comigo;
Que aunque sé que no te sigo,
Sabes que no te desamo.

Contemplacion.

¿Qué cavais en este suelo,
Gran Reina, tan deseosa?—
Busco la Cruz gloriosa
En que el alto Rey del cielo
Vertió su sangre preciosa.
Y con ansia de amor quiero
Que cojan polvo mis haldas,
Por sacar aquel madero
En que el divino Cordero
Tuvo puestas sus espaldas.

Busco el palo vencedor,
Que siendo de su natura
Insensible criatura,
Sostuvo á su Criador
Hasta dalle sepultura.
Busco el árbol venturoso
Que la doliente manzana
Que Adam comió, de goloso,
Con fruto dulce y sabroso
Del todo la hizo sana.

Y cuando Cristo murió
Por la general querella,
So la tierra se entró ella
Porque en ella no halló
Manos dignas de tenella;
Y hase estado así enterrada
Doscientos y tantos años
Por no ser menospreciada,
Ni verse mal empleada
En poder de sus extraños.

Pues en empresa tan alta,
Y el galardon tan crecido,
No descansa mi sentido
Hasta que vea sin falta
Lo que busco y lo que pido.
Y en cosa tal cual es esta
Es justo perder el sueño,
Pues á Dios tanto le cuesta;
Que el trabajo en su recuesta
Amor le hace pequeño.

Y si Dios quiere que halle
Yo, por ser mas diligente,
Tesoro tan excelente,
Seré hecha por buscalle
Gloria de toda mi gente;
Y si por no ser yo tal,
Siendo viva no lo veo,
El alma, que es inmortal,
Quedará por principal
Heredera en mi deseo.

Mas tengo gran confianza
En el que esta devocion
Me puso en el corazon,
Que cumplirá mi esperanza
Y mi final intencion;
Y mi seso determina
De cavar en esta hoya,
Confiando que, aunque indina,
Verán mis ojos ahina
Esta riquísima joya.

La cual, segun he sabido,
No fué hecha de madera
Ofrecido como quiera,
Sino de palo escogido,
Plantado para lo que era;
Que Adam, segun supe yo,
En grande vejez venido,
En enfermedad cayó,
De la cual al fin murió
Por escotar lo comido.

Pues viéndole ya mortal
Su hijo Set, con cuidado
De ejecutar su mandado,
Fué corriendo al terrenal
Paraíso, ya cerrado,
Y con voz apresurado,
Como en casa conocida,
Pidió que le fuese dado
Del aceite deseado
Del gran árbol de la vida.

San Miguel le respondió
Que aquello ser no podia,
Porque Adam perdido habia
La gracia cuando pecó
Que de no morir tenia;
Y que conviene que muera
Y se parta deste mundo
Sin el remedio que espera,
Pues por la fruta primera
Perdió el remedio segundo.

Pero dióle todavía
Un ramo que se llevase
Y en el monte le plantase,
Porque ya que Adam moria,
En su memoria durase;
Y dijo: «No te adolezca
Ni desmaye el mal de Adam,
Aunque grave te parezca;
Que cuando este arbol florezca,
El y muchos sanarán.»

Habiendo Set este aviso,
Consolóse en gran manera,
Y aunque era larga la espera,
Partióse del Paraiso
Con cara mas placentera;
Pero cuando ya llegó,
Aunque se dió mucha priesa,
El padre muerto halló,
Y en su memoria plantó
El ramo sobre la huesa,

El cual se hizo plantando
Arbol de gran presuncion,
Y desde aquella sazon
Duró hasta ser cortado
En tiempo de Salomon;
Que á vueltas del muy precioso
Cedro que allí se cortaba,
Fué traido este dichoso
Para el templo muy famoso
Que á la sazon se labraba.

Viendo los maestros dél
Palo tan hermoso y neto,
Liso, derecho y perfeto,
Ponen luego mano en él,
No sabiendo su secreto;
Mas muy burlados se vian,
Que mil veces lo probaban
En la parte que querian,
Y en cuanto el ojo volvian,
Corto ó largo lo hallaban.

Los maestros de la obra
Con enojo y con despecho,
Como palo sin provecho
Por su falta y por su sobra,
Desecháronlo de hecho;
Y por darle el galardon
De su burlada porfía,
De general opinion
Le pusieron por ponton
De un arroyo que allí habia.

¡Oh madero de salud,
Por el cual es figurado
Cristo, en tí crucificado,
Pues declaras tu virtud
Cuando estás mas desechado!
De humildad me das ejemplo
Cuando, puesto en aquel suelo,
Hecho paso te contemplo
Entonces allí del templo
Como agora eres del cielo.

Y por eso levantaste,
Como del Salmista oyo,
Tu cabeza en este hoyo,
Porque bebiste y gustaste
De camino en el arroyo;
Mas la reina de Sabá
Luego vió, llegando allí,
El misterio que en tí está,
Pues por el agua se va
Por no pasar sobre ti.

La cual, visto este madero,
Y alcanzada su excelencia,
Por divina inteligencia,
Adorándole primero,
Le hizo gran reverencia;
Y despues que visitó
Al muy gran rey Salomon,
De su tierra le escribió
Deste misterio que vió
Muy cumplida relacion.

Y que por los poderios
Deste madero preciado
Seria por su pecado
El reino de los judíos
Destruido y asolado;
Y con don de profecía
Alumbrado su sentido,
Dijo que en él se pondria
Un hombre por quien seria
Todo el mundo remediado.

Este rey y gran señor,
Avisado deste hecho,
Hallóse puesto en estrecho,
Porque temor con amor
Batallaban en su pecho;
Y hizo luego buscar
Este palo, y enterrólo
En un honesto lugar,
El misterio singular
Guardando para sí solo.

Pero la virtud divina,
Que ociosa estar no consiente,
Hizo encima allí por fuente
La probática picina,
Salud del pueblo doliente;
Y aunque soterrado estaba
Do ninguno lo sabia,
Sus maravillas obraba;

Que los enfermos sanaba
Cuando el agua se movia.
Mas de ciento que llegaban
Uno no mas iba sano,
Porque aquel pueblo villano
No sentia ni gustaba
Este dulzor soberano;
Que con su conocimiento
No queda enfermo ninguno;
Entonces con este ungüento
Uno sanaba de ciento,
Y ahora ciento por uno.

Pues cuando el tiempo llegó
De padecer Jesucristo,
El arbol de Dios bienquisto
Sobre el agua se salió,
Y nuevamente fué visto;
Y el que en el templo no fué
Hábil para el edificio,
Aqui le sobra la fe,
Pues se ofrece para que
Le manden hacer su oficio.

Pues andándose buscando
Madero de que labralle
Cruz para crucificalle,
Hallaron este nadando,
Hechizo para su talle;
Y pareciéndoles tal
Cual pedia su malicia,
Labran dél el principal
Tronco de la cruz real,
Ejecutor de justicia.

Que la cruz del Rey divino
De cuatro maderos es:
En oliva están los piés,
El mástil de cedro fino,
Y el título de aciprés;
Los brazos de palma fueron,
Do las manos se clavaron;
Los que en la cruz entendieron,
Cruz de gloria la hicieron,
Cruz de pena la pensaron.

Piedad y paz notoria
La oliva nos representa,
En la cual sus piés asienta,
Y la palma la vitoria,
Do sus brazos aposenta;
Pompa del rey se figura
Por el cedro do se arrima,
Por el ciprés el altura
De la divina natura,
Que se levanta por cima.

Y segun lo que se alcanza,
Cuatro veces fué mostrada
La Cruz bienaventurada
En diversa semejanza
Antes de santificada.
A Set en ramo se da,
Y en árbol á Salomon
En el Líbano, do está,
Y á la reina de Sabá
En palo hecho ponton.

En la laguna la miran
En madero los judíos;
Pero con sus desvaríos,
Aunque la sacan y tiran,
No sienten sus señoríos;
Y aunque sin forma la vieron
Cuantos ojos la miraron,
Dichosos diré que fueron,
Pues en la fuente bebieron
Do tantos bienes manaron.

Pues ¿de cuánta diferencia
Mi bienandanza seria,
Cuán sin igual mi alegría,
Cuán rica mi diligencia,
Cuán gran ventura la mia?
¿Quién como la reina Elena,
Quién tan digna de memoria,
Quién de tales gozos llena,
Quién tan extraña de pena,
Quién tan vecina de gloria,

Si la Cruz ya consagrada
En el divino sagrario,
Hecha ya su relicario,
Hoy fuese por mí hallada
En este monte Calvario;
Y saliese este gran don
Por las mis manos á luz,
Y que por esta razon
Esta fuese la invencion
Verdadera de la Cruz?

Y será, segun confio,
Hoy descubierta por mí;
Que no dudo estar aqui,
Porque el espíritu mio
Me está diciendo que sí;
Mas, porque el propio loor
Parece desmesurado
En la boca del autor,
Será otro el relator
De este hecho señalado.

PROSIGUE LA INVÉNCION DE LA CRUZ.

Imperando Constantino,
Emperador justo y fiel,
Levantóse contra él
Majencio, varon malino
Y tirano muy cruel;
Y como fuese señor
En maldades poderoso,
Púsole tanto temor,
Que este noble emperador
Carecia de reposo.

Y aplazada la batalla
Entre ellos muy temerosa,
Constantino no reposa,
Porque en su pecho la halla
Muy terrible y peligrosa;
No sabiendo qué hacer,
Guerreaba en su sentido,
Con miedo de se perder,
El deseo de vencer
Y el temor de ser vencido.

Y estando en esta agonía
Congojado y con recelo,
Alzó sus ojos al cielo
A hora de mediodía
Por buscar algun consuelo;
Y cebó supitamente
Su vista de novedad,
Viendo á la parte de oriente
Una cruz resplandeciente
De extremada claridad;

Al rededor de la cual
Muy claras letras habia,
Cuya sentencia decia:
«En esta sola señal
Vencerás esta porfía.»
El, no pudiendo hartarse,
Despues que la vió, de vella,
Comenzó á maravillarse,
Sin saber determinarse
Qué figura fuese aquella.

Pero la noche venida,
Constantino se acostó,
No para dormirla, no,
Sino para dar salida
Al nuevo caso que vió;
Del cual estando ignorante,
Admirado de lo visto,
Apareciéle delante
Con otra cruz semejante
El redentor Jesucristo;

Y dijo: «No tengas duda,
Rey, en lo que visto has,
Ni del trance temas mas,
Porque yo seré en tu ayuda,
Y con esta vencerás.
Arma con ella tu frente
Para trabar la pelea,
Y rompe seguramente
Por Majencio y por su gente,
Por mas que valiente sea.»

El dichoso Emperador,
Quedando muy confiado,
Muy seguro y esforzado
Con el divino favor,
Perdió temor y cuidado;
Y mandó luego quitar
De la bandera romana
Su divisa militar,
Y solamente pintar
La de la Cruz soberana.

La cual puesta en su pendon,
Y él llevando otra en la mano,
Muy alegre y muy ufano
Entró con gran corazon
Contra el soberbio tirano;
Y tal ventura le dió
El que llevaba en el alma,
Que sin sangre le venció,
Y por su muerte ganó
Rica corona de palma.

Pues quedando vencedor,
Vuelto su temor en gloria,
No perdió de su memoria
La Cruz, por cuyo favor
Hubo tan alta vitoria;
Y sabida la verdad
Del misterio que hay en ella,
Propuso en su voluntad
De poner su autoridad
Por buscalla y por hallella.

Y tomando quien le muestre
La fe, porque era pagano,
Tornóse luego cristiano
Por mano de san Silvestre,
Gran pontífice romano;
Y queriendo caminar
A cumplir su romería,
El tiempo no dió lugar,
Mas procuró de enviar
Persona cual convenia.

No se contenta ni ordena
Que vaya rey ni señor;
Mas que sea embajador
Su madre la reina Elena;
Que no halló otro mejor.
Sin dilacion ni tardanza
Por cartas le certifica
Su ventura y buena andanza,
Y que cumpla su esperanza
Con humildad le suplica.

Ella, contemplando bien
Milagro tan excelente,
Partió luego incontinente
La via de Hierusalem
Con voluntad diligente;
Caso que cuando llegó
Con esta nueva el correo
A Bitina, do partió,
Inflamada la halló
Deste divino deseo.

De cuyos amores presa,
Encendida y alumbrada,
Y del hijo suplicada,
Emprendió tan alta empresa
Con diligencia doblada.
Y por gran señora que es,
Camina tan sin pasion,
Sin guardar año ni mes,
Que un paso da con los piés
Y mil con el corazon.

Con trabajo y diligencia
Llegada donde desea,
En mandar luego se emplea
Que vengan en su presencia
Los letrados de Judea;

Entre los cuales se llega
Un sabio llamado Júdas,
Que aunque á los príncipes niega
Lo que la Reina le ruega,
Al fin declara las dudas.

Este á los otros avisa:
«Sabed que nos ha juntado
La Reina por su mandado
Para sacar la pesquisa
De Cristo crucilicado.
Todos negad como yo;
Que la Cruz, tras que ella anda,
En que Cristo padeció,
Yo sé dó está; pero no
Conseguirá su demanda.»

Ante la Reina venidos,
Por ella son preguntados,
La primera vez rogados,
La segunda requeridos,
La tercera amenazados,
Que digan sin dilatar
Si oyeron, saben ó han visto
Lo que ella viene á buscar,
Y le muestren el lugar
Do padeció Jesucristo.

Todos responden callando,
Por mostrar que no sabian;
Mas, con miedo que tenian,
Están entre sí dudando
Si se lo descubririan.
No dan respuesta ninguna,
Porque en su boca no cabe;
Mas ella siendo importuna,
Todos responden á una
Que solo Júdas lo sabe.

El cual, por ella rogado,
Dijo: «Señora, no sé
Yo nada de eso, porque
Lo que nos has preguntado
Há muy gran tiempo que fué.
Y estando yo por nacer
En ese tiempo y sazon,
Mal testigo puedo ser
De lo que no vi hacer,
Ni darte de ello razon.»

Ella, visto que á su gozo
Tan contrario le hallaba,
De mansa tornada brava,
Mandólo echar en un pozo
Seco y hondo que allí estaba;
Y mandó que no le diese
De comer hombre ninguno,
Porque de hambre muriese,
O que la verdad confiese
Con la fuerza del ayuno.

El, no pudiendo sufrir
Tan dura carcelería,
Dió voces al sexto dia,
Que le saquen á decir
Lo que cubierto tenia.
Pero ya cuando salió
Hombre nuevo y bien hecho,
Muy otro de que allá entró,
Porque dentro le inspiró
Dios la verdad en su pecho.

Este Júdas fué despues
Obispo muy señalado,
San Quiriaco llamado,
De Cristo gran feligrés,
Y por él martirizado.
De cuyo convertimiento
Quedó, segun parecia,
El diablo mal contento,
Que volando por el viento,
Daba voces y decia:

«¡Oh Júdas falso, traidor,
Enemigo de tu nombre,
Digno de que de tí me asombre,
Pues partes de tu favor
A mi Júdas, tan gran hombre.
Confiesas al que él negó,
Y la cruz en que fué muerto,
Comprar hoy al que él vendió;
La muerte que él encubrió,
Tú, cruel, la has descubierto!»

Sabida pues la verdad
Por la Reina generosa,
Muy alegre y muy gozosa,
Salió con solemnidad
A buscar la Cruz preciosa;
Y despues de haber llegado
Al lugar de la justicia,
Mostró Júdas el collado
Donde fué crucilicado
El Justo por la malicia.

Mas no hallando dó fué puesta
La Cruz del Rey soberano,
Porque hizo allí Adriano
A Venus la deshonesta
Un muy gran templo profano,
A fin que cuando llegaban
Cristianos en romería,
Pareciese que adoraban,
No lo que ellos deseaban,
Mas la imágen que se vía,

Mandó la Reina, celosa
De Dios y de su servicio,
Derribar este edificio
Y la imágen de la diosa,
Tienda pública de vicio;
Y mandó que se quemase
Lo que de madera fuese,
Y la piedra se apartase,
Y que la tierra se arase,
Porque todo pereciese.

Hincados pues los hinojos,
Júdas, el santo varon,
Con muy limpia devocion
Puestos en tierra los ojos
Y en el cielo el corazon,
Muy contrito y humillado,
A Dios demandó con lloro
Que le fuese revelado
El lugar do está enterrado
Aquel divino tesoro.

Y levantado de allí
Con la merced que pedia,
Dijo con gran osadía:
«Caven, caven por aquí
Sin temor ni cobardía.»
No bien dichas ni formadas
Estas palabras serian,
Cuando están aparejadas
Tantas espuertas y azadas,
Que en el campo no cabian.

La Reina santa y bendita,
Llena de gozos ufanos,
Rodeada de cristianos,
Los peones solicita,
Que no se daban á manos.
¡Oh venturosos peones,
Que tan santo suelo cavan;
Dichosos los azadones,
Las espuertas y serones
Que de tal tierra gozaban!

Entre los hombres al sol
Andaba con alegría,
Dando priesa todavía;
El polvo le es alcohol
Y las piedras pedrería;
Y aunque es larga la labor,
No le estorba la tardanza,
Porque la fuerza de amor
Pone esfuerzo al amador
Cuando va tras la esperanza.

Ya de cansados y lasos
Los peones desfallecen,
Cuando tres cruces se ofrecen
A cabo de veinte pasos,
Que juntas les aparecen;
Las cuales con diligencia
Sacadas muy limpiamente,
Subidas con reverencia,
Fueron puestas en presencia
De la Reina y de la gente.

Y puestas así á la par,
Una gran duda causaban,
Porque cuantos allí estaban
No saben determinar
Cuál era la que buscaban;
Caso que cuando las vió
Esta señora de estima,
Y la de Cristo miró,
Dicen que la conoció
Por el título de encima.

Mas, por mas certificarse,
Y salir de diferencia,
Hicieron una experiencia,
En que pudo bien mostrarse
Su ventaja y excelencia.
Un cuerpo muerto trajeron,
Que de las andas tomaron,
Encima del cual pusieron
Una cruz, la que quisieron,
De aquellas tres que sacaron.

El cuerpo se quedó entero
Sin hacer nueva mudanza,
Porque no llega ni alcanza
La virtud de aquel madero
Para mas larga probanza.
Y quitando la primera,
La segunda ponen luego;
Mas el cuerpo no se altera,
Quedando muerto cual era
Y en aquel mismo sosiego.

La tercera cruz se pone,
La segunda removida;
La cual del muerto sentida,
Al instante se dispone
A recibir nueva vida;
Y sin que le dén la mano,
Por sí se levanta en pié,
Mas alegre y mas lozano,
Mas hermoso, recio y sano
Que jamás nunca lo fué.

¡Oh venturosa mujer,
Reina Elena, emperadora!
¿Qué sentis, decid, Señora?
¿Adónde llega el placer
De que gozais esta hora?
Especial que en aquel punto,
Por mas os certificar,
Prueban la Cruz allí junto
Encima de otro difunto
Que llevaban á enterrar;

El cual, fuerza virtud tanta
Sobre su cuerpo sintiendo,
Con vida muerte venciendo,
Ante todos se levanta
Vivo, alegre y riendo.
Santa Elena ¿qué hará
Viendo tales maravillas?
A mi parecer dirá,
Con el pueblo que allí está,
Por el suelo las rodillas:

«¡Oh Cruz de mi Redentor,
Que sin mostrar embarazos,
Abrazaste con tus brazos
El cuerpo de tal Señor,
Rompido y hecho pedazos!
¡Tú, que mereciste ser
Escaño do se arrimase,
Y serviste de doser,
Y te supiste hacer
Cama donde se acostase!

»Hazme que de compasion
Se crucifique este dia
La cruel ánima mia,
Porque sienta la pasion
Del que tal la recibia;

Y la crueldad esquiva
De sus penas tan extrañas
En mi corazon se escriba,
Y quede con sangre viva
Imprimida en mis entrañas.
»Toda memoria y cuidado
Huya de mi pensamiento,
Sino solo aquel tormento
De Cristo crucificado,
Llagado, muerto, sangriento.
Nunca plega á Dios ni quiera
Que yo en nada tome gloria
Sino en la Cruz de madera,
Que sirviendo de bandera,
Me dió parte en la vitoria.»
Habiendo ganado así
La Reina tan alto prez,
Congojada está otra vez
Porque le faltan allí
Los clavos deste jaez;
Pero fué Júdas corriendo
Adonde la Cruz hallaron,
Y á Dios oracion haciendo,
Viólos estar reluciendo
So la tierra do quedaron.
Y despues que los adora,
A la Reina los presenta,
La cual del todo contenta
Se halla en verse señora
De quien por sierva se cuenta.
Así que, la Cruz sagrada,
Tantos tiempos escondida,
En el desta fué hallada,
Y en tan buen punto ganada,
Que nunca será perdida.
En manos está de quien
No la comerá carcoma,
Que la mitad della toma
Para sí á Hierusalem
Y la mitad para Roma;
Do por la Reina traida,
No se maltrata ni quiebra,
Y por su santa venida
La Iglesia fiesta cumplida
A tres de mayo celebra.

Final.

Lo que esta mi trova reza
No fué, Señora, excusado,
Pues sirve de haber mostrado
A dó llega mi simpleza.
Ya no dejará de ser
Invencion de alguna cosa,
Pues os será nueva glosa
De mi poquito saber.
Y pues ambos lo pecamos,
Porque la mengua excusemos,
Será bien que lo rasguemos
Antes que lo descubramos.
Vuesamerced no le duela
Darle un tajo y un revés,
Pero mas seguro es
Arrimarle una candela.

FIN DE LAS POESÍAS DE CRISTÓBAL DE CASTILLEJO.

POESIAS

DE

FERNANDO DE HERRERA.

JUICIOS CRITICOS.

DEL MAESTRO FRANCISCO DE MEDINA.

(*Prólogo á las* Obras de Garcilaso, *con notas de* Herrera.)

Si en nuestra edad ha habido excelentes poetas, tanto que puedan ser comparados con los antiguos, uno de los mejores es Garcilaso, cuya lengua sin duda escogerán las musas todas las veces que hubieren de hablar castellano. A nadie de los que con mas ardor han acometido esta empresa me parece haré agravio si despues de Garcilaso pusiere á Fernando de Herrera, pues si su modestia no lo rehusara, no sé si debiamos dalle el primero... Es suya propia la elocuencia de nuestra lengua, en la cual se aventaja tanto, ó bien escriba prosa ó bien verso, que si la pertinacia de tan loables trabajos no le estraga antes de tiempo la salud, tendrá España quien pueda poner en competencia de los mas señalados poetas y historiadores de las otras regiones de Europa. Pudo la aficion deste generoso espíritu, alentada solamente con el premio de la virtud, romper por tan grandes dificultades, y con la perseverancia de tan honestos ejercicios aquistar los tesoros de la verdadera elocuencia; los cuales con hidalga franqueza de ánimo ha querido comunicar á su patria, enriqueciendo con ellos la pobreza del lenguaje comun. Primeramente ha reducido á concordia las voces de nuestra pronunciacion con las figuras de las letras, que hasta ahora andaban desacordadas, inventando una manera de escribir mas fácil y cierta que las usadas. Despues, porque la forma de nuestra plática no desagradase á los curiosos por su simplicidad y llaneza, la compuso con ropas tan varias y tan lucidas, que ya la desconocen, de vistosa y galana. Al fin, viendo que nuestros razonamientos ordinariamente discúrrian sin armonía, nos enseñó con su ejemplo cómo sin hacer violencia á las palabras las torciésemos blandamente á la suavidad de los números.

DE DON ALONSO DE ERCILLA.

(*Aprobacion de las* Obras de Herrera, *en* 1582.)

Yo he visto este libro de sonetos y canciones en buen lenguaje y verso justo; tócanse en ellas cosas y fábulas de mucho gusto para los aficionados á la poesía, en las cuales muestra Hernando de Herrera su buen ingenio y gentil espíritu, y no hallo en ellas cosa por donde no se puedan imprimir.

DE LOPE FELIX DE VEGA CARPIO.

(*En carta á un señor de estos reinos sobre la nueva poesía.*)

Nunca se me aparta de los ojos FERNANDO DE HERRERA, por tantas causas divino; sus sonetos y canciones son el mas verdadero arte de poesía. Quien quisiere saber su verdad imítele; que de Garcilaso no pienso hablar palabra, pues han llegado algunos á tanta libertad, que llaman poetas mecánicos á los que le imitan; cosa tan lastimosa, que por locura declarada carece de respuesta.

DE FRANCISCO DE RIOJA.

(*En la dedicatoria de las* Poesías de HERRERA *al conde-duque de Olivares.*)

Los versos que hizo en la lengua castellana son cultos, llenos de luces y colores poéticos; tienen nervios y fuerza, y esto no sin venustidad y hermosura. Ni carecen de afectos, como dicen algunos; antes tienen muchos y generosos, sino que se asconden y pierden á la vista entre los ornatos poéticos; cosa que sucede á los que levantan el estilo de la humildad ordinaria. Los sentimientos del ánimo afectuosos, cuanto mas delgados y sutiles, se deben tratar con palabras mas sencillas y propias, solo porque se descubran á los ojos y hieran el ánimo con su viveza; en fin, ellos se han de ofrecer, no se han de buscar entre las palabras. Quien vistiese un cuerpo muy apuesto y gentil, ó sea en el arte ó en la naturaleza, con demasiado ornato, no haria otra cosa que oscurecer y ocultar la hermosura de sus partes... De manera que las cosas, cuanto mayores, menos se han de ocultar con los modos y figuras. La grandeza se debe reservar solamente para lo humilde, porque tenga vida y se levante á la estimacion... Con esto he dicho á vuestra señoría la causa de que los versos de FERNANDO DE HERRERA no parezcan á los ojos de muchos afectuosos, que es no verse los afectos tan desnudos como en Ausías March y en Boscan; pero algo se debe conceder á quien ilustró tanto y engrandeció las musas castellanas; que verdaderamente fué el primero que dió á nuestros números en el lenguaje arte y grandeza. Tambien hay quien diga que no se ven en sus escritos imitaciones de los antiguos; y esto, á la verdad, no merece respuesta, porque quien tuviere alguna leccion siempre se encontrará en sus obras con lugares ó traducidos ó imitados... Esparció en sus versos algunas palabras antiguas, ó por el sonido ó por la significacion, ó por dar artificiosamente antigüedad á la oracion; cosa que hicieron los ilustres poetas y escritores de no vulgar saber en las letras. Tambien redujo otras voces á su entereza, que la licencia ó la ignorancia popular habia cortado y disminuido. Fué diligentísimo en los números, cuidando siempre con arte que ayudasen á sinificar las cosas que trataban... Ninguna cosa hay en este autor que no sea cuidado y estudio, aun en la trasposicion de las palabras, de que usa tal vez, siendo así que se oscurece la oracion; pero lo que fuera culpable no habiendo causa para hacerlo, cuando se hace con ella es dino de toda admiracion... Nada de lo que escribió deja de ser muy lleno de arte; pero nunca la ejecutó con tan poca prudencia, que no la ocultase con destreza. En las canciones es comparable á todos los mayores poetas de España y de Italia; en las elegías á cuantos las han escrito.

DE DON JOSÉ LUIS VELAZQUEZ.

(Orígenes de la Poesía Castellana.)

FERNANDO DE HERRERA mereció por este tiempo el renombre de *divino*, y no se puede negar que tenia espíritu y fuerzas en el decir, aunque el demasiado esmero que puso en limar sus versos los hace algo desagradables á los que aman la armonía y suavidad de la rima.

DE DON JOSÉ MARCHENA.

(*En el prólogo á sus* Lecciones de filosofía moral.)

Los mayores poetas españoles parafraseaban los salmos hebreos, los valientes pensamientos y las osadas imágenes de Job, los encendidos suspiros de la enamorada Esposa de los Cantares. Revestíase el sublime HERRERA de todo el estro de Moisés cuando, habiendo á la cabeza de sus israelitas atravesado á pié enjuto el mar Rojo, ve el brazo de Jehová, que para el tránsito de su pueblo escogido las contenia, despeñar las olas sobre las olas, y sepultar en los abismos de la mar las cuatregas de Faraon y sus peones y sus jinetes, para entonar el canto de loor de la victoria de Lepanto; resonaba su lira lamentando la temprana muerte del rey don Sebastian, los pendones de Lusitania arrollados y derribados, sus legiones desbaratadas, derrocado y desmoronado su antiguo poderío, con son no menos doliente que el del arpa que acompañaba los lamentos de Judá, que sentado triste á las orillas del rio de Babilonia, recuerda las caras ondas del patrio Jordan, huérfano de sus hijos, el templo de Jehová yermo de víctimas, de pueblo y de sacerdotes, el alcázar de Sion sin guardas, Jerusalen viuda de sus moradores... Un estudio profundo de la lengua castellana y de los poetas españoles sus coetáneos y que le habian precedido, una severa crítica, un oido sobremanera versado en la armonía y el ritmo poético, distinguen especialmente á HERRERA, á quien apellidó su siglo con el dictado de divino, á que le hacen acreedor sus cantos líricos, puesto que el petrarquismo que en sus inacabables elegías domina infunde miedo al mas osado lector. A las dos composiciones maestras que ya de él hemos citado se ha de agregar la oda á don Juan de Austria despues de la batalla de Lepanto (1), en que introduce á Apolo celebrando el impávido esfuerzo de Marte en la rota de los gigantes, pronosticando, empero, que ha de venir dia en que las hazañas del vencedor de Lepanto oscurezcan y eclipsen las del númen de la guerra. Su cancion al sueño respira la molicie tanto como la otra el ardor marcial; y con tal tino ha manejado el idioma, con maestría tal están las sílabas encadenadas, que en la primera retratan sus fuertes sonidos el estrépito de las armas, el ronco estruendo de las trompas bélicas, y en la última la dulzura del sueño, el blando sosiego del mundo, de su beleño tocado, el silencioso y suave vuelo de sus perezosas alas.

AL ILUSTRISIMO SEÑOR DON FERNANDO ENRIQUEZ DE RIBERA, MARQUES DE TARIFA.

(*Dedicatoria que puso* HERRERA *en la edicion primitiva de sus poesías.*)

Bien conozco que no ha sido mucho acertamiento haber prometido á vuestra señoría ilustrísima hacelle servicio en publicar estos versos, poco merecedores de la estimacion que les da vuestra señoría; y así, temo grandemente perder en la opinion de todos el crédito de recatado y escrupuloso en este estudio, que es lo último que me podia quedar en consuelo, ya que me hallaba falto en las demás cosas; y por esto quisiera no haber ofrecido tan liberalmente lo que descubrirá la oscuridad y rudeza de mi ingenio. Mas tengo tanto respeto á la satisfaccion que mostró tener vuestra señoría cuando me hizo merced de amparallos con su nombre, que quiero antes aventurarme al juicio, no solo de los hombres que saben, pero de los inorantes, que retraerme de mi propósito, cuanto mas que tiene fuerza de imperio el ruego de los príncipes, y no podia yo rehusar de obedecer á vuestra señoría sin caer en culpa. Suplico pues á vuestra señoría ilustrísima que los favorezca de la suerte que suele hacerme merced; que si por ventura merecieren ser vistos y acogidos de algunos, deberán eso á vuestra señoría, aunque no lo espero de su poco merecimiento.—Ilustrísimo Señor.—Besa las manos á vuestra señoría ilustrísima su servidor,

FERNANDO DE HERRERA.

(1) No es despues de la batalla de Lepanto, como dice Marchena, sino despues de la reduccion de los moriscos de las Alpujarras á la obediencia de Felipe II.

PREFACION DE FERNANDO DE HERRERA A SUS VERSOS.

(*Edicion de Pacheco.*)

Bien quisiera, ya que me dispongo tan tarde á publicar estos juegos de la juventud, que fueran tales, que me libraran en parte de la culpa que suelen dar los hombres cuerdos á los que embarazan lo mejor de su vida en semejante ocupacion. Pero, ya que estoy obligado á este riesgo, si en ellos no descubriese algun rastro de la perfeccion y excelencia que se halla en las obras de los buenos escritores, no ha sido falta de diligencia y cuidado, sino infelicidad de mi genio, que el conocerla me ha retirado muchas veces de la publicacion de estos versos; mas el deseo de agradar á quien, satisfecho dellos, piensa que merecen salir á luz, me obliga á que me sujete á la pena de este atrevimiento. Y si he de decir verdad, no ha tenido pequeña parte en mi determinacion el amor, que es tan natural en todos los que escriben, de querer ver sus obras en alguna estimacion y cuenta. Conozco de mí que no merezco esperar memoria en la edad venidera; que fuera demasiada soberbia esperarle; pero, si por estudio y trabajo y por admiracion de los antiguos se debe alguna, bien podia merecerla. Lo que ha sido en mí he hecho por acercarme á la perfeccion con la imitacion de los mejores; lo demás lo juzgará el tiempo, cierto y desapasionado censor de estas cosas, que cuando son tan pequeñas como las que yo ofrezco, es simpleza querer engrandecerlas con el aparato de luengas prefaciones.

POESÍAS

DE

FERNANDO DE HERRERA.

LIBRO PRIMERO.

COMPOSICIONES VARIAS.

SONETO PRIMERO.

Sufro llorando, en vano errór perdido,
El miedo y el dolor de mi cuidado,
Sin esperanza, ajeno y entregado
Al imperio tirano del sentido.
Mueve la voz amor de mi gemido,
Y esfuerza el triste corazon cansado,
Porque siendo en mis cartas celebrado,
Dél se aproveche nunca el ciego olvido.
Quien sabe y ve el rigor de su tormento,
Si alcanza sus hazañas en mi llanto,
Muestre alegre semblante á mi memoria.
Quien no, huya, y no escuche mi lamento;
Que para libres almas no es el canto
De quien sus daños cuenta por vitoria.

II.

Luz en cuyo esplendor el alto coro
Con vibrante fulgor está apurado,
De dulces rayos bello ardor sagrado,
Do enriqueció Eufrosina su tesoro;
Ondoso cerco que purpura el oro,
De esmeraldas y perlas esmaltado
Y en sortijas lucientes encrespado,
A quien me inclino humilde, alegre adoro;
Cuello apuesto, serena y blanca frente,
Gloria de amor, gentil semblante y mano,
Que desmaya la rosa y nieve pura,
Es esta por quien fuerzo al mal presente
Que pruebe su furor, y siempre en vano
Aventajar intento mi ventura.

III.

Pues de este luengo mal penando muero,
Sin que remedio alguno estorbe el daño,
Amor me dé, en consuelo de mi engaño,
Falso placer ajeno, aunque postrero;
Que mi dolor anime el duro acero,
Y en blanda saña el tibio desengaño,
Y el desden manso, en cuya ausencia engaño
Mi perdicion, y en vano el bien espero;
Para que de mi muerte la memoria,
Y en voluntad ingrata mi firmeza
Haga á la edad siguiente insigne historia,
Que de mis esperanzas y riqueza
Fincarán (¡corto premio á tanta gloria!)
Deseos acabados en tristeza.

IV.

¡Oh, fuera yo el olimpo, que con vuelo
De eterna luz girando resplandece
Cuando mengua Timbreo y Cintia crece
En el medroso horror del negro velo!
En lo mejor del noble hesperio suelo,
Que cerca y baña el Bétis, y enriquece,
Viera la alma belleza que florece
Y esparce lumbre y puro ardor del cielo;
Y en su candor clarísimo encendido,
Volviera todo en llama, como espira
En fuego cuanto asciende al alta etra.
Tal vigor en sus rayos ascondido
Yace, que si con fuerza alguno mira
En ella, con mas fuerza en él penetra.

V.

Amor, que me vió libre y no ofendido,
Torció, de mil despojos ricos llena,
En lazos de oro y perlas la cadena,
Y en nieve ascondió y púrpura, atrevido.
Con la flor de las luces yo perdido,
Llegué y apresuré mi eterna pena;
Tiembla el pecho fiel y me condena;
Huyo, doy en la red, caigo rendido (1).
La culpa de mis daños no merezco,
Que fué el nudo hermoso, y de mi grado
No una vez le entregara la vitoria.
Cuanto sufro en mis cuitas y padezco
Hallo en bien de mis yerros engañado,
Y del engaño salgo á mayor gloria.

VI.

Con el puro sereno en campo abierto
Vuela mi alado carro, y fresco llega
El viento arando el golfo; la paz niega
Cielo airado, aire adverso, flujo incierto.
Desampara huyendo el mar desierto;
Mas el miedo y horror lo aflige y ciega;
Noto cruel, que su furor despliega,
Las velas rompe, impide entrar el puerto.
Cuando rie una luz en occidente
Que alegra el orbe etéreo, y desfallece
El soplo austrino y cesa el ponto oscuro,
La prora vuelvo, y léjos tardamente
La tierra sola en puntas aparece,
Y nunca al puerto arribo que procuro.

(1) Así Fernandez; Pacheco pone *cayo*.

VII.

Vuela y cerca la lumbre y no reposa,
Y huye y vuelve, á su beldad rendida,
Figura simple suya, y encendida,
Siente que fué á su muerte presurosa;
Mas yo, alegre en mi luz maravillosa,
A consagrar osando voy mi vida,
Que espera, de su bello ardor vencida,
O perderse ó cobrarse venturosa.
Amor, que en mí engrandece su memoria,
Entibia mi esperanza en lento engaño,
Y en llama ingrata ufano me consumo.
Cuidé (¡tal fué mi mal!) ganar la gloria
Del bien que vi, y al fin hallo en mi daño
Que solo de mi incendio resta el humo.

VIII.

¿Qué bello nudo y fuerte me encadena
Con tierno ardor, en quien amor airado
Me enciende el corazon, y en un cuidado
Duro y terrible siempre me enajena?
El oro que al Gange indo en su ancha vena
Luciente orna, y en hebras dilatado,
Con luengo cerco y terso ensortijado,
Gentil corona en blanca frente ordena.
¡Oh vos, que al sol vencido, prestais fuego,
En quien mi pensamiento no medroso
Las alas metió libre, y perdió el vuelo!
Lazos que me estrechais, mi pecho ciego
Abrasad, porque en prez del mal penoso
Segura mi fe rinda su recelo.

ELEGÍA PRIMERA.

Esperanza enamorada.

Un divino esplendor de la belleza,
Pasando dulcemente por mis ojos,
Mi afan cuidoso causa, y mi tristeza.
Peno, pero el valor de mis enojos
Agradezco á mi llama, por quien amo
Dolor que da á mi estrella mis despojos.
Nuevo amador, en nuevo ardor me inflamo
Y me renuevo en su vigor, y espero
Aquel bien que suspiro ausente y llamo.
Primero es este mal, será postrero;
Que no podrá sufrir el tierno pecho
O mayor otro fuego ó menos fiero.
Si amor do el hielo en el rifeo lecho
Cobra rigor eterno me llevara,
Se viera de mi incendio al fin deshecho.
Cuido que el frio ponto no engendrara
Veneno mas terrible que su vista,
Ni que mas algun rayo penetrara.
Mas ¿qué fuera si acaso y cerca vista
Tal vez de mí, y gozara yo rendido
El precio de abrasarme en tal conquista?
Cuantas flechas desarma en mi herido
Corazon el tirano, tanta gloria
Atiendo, de mis males ofendido.
No me dará el cruel por mas vitoria
Que las cuitas me acaben que padezco,
Negando tanta estima á mi memoria.
Bien sé que con mi pena no merezco
Honrarme, y el sentido devanea
Osado en la pasion á que me ofrezco.
Dióme el impio sus ojos, con que vea
Mi sola perdicion; mas mi ventura
Esta mi perdicion por bien desea.
El valor, la grandeza y hermosura
Me esfuerzan al peligro, y me sustenta
En medio del dolor mi lumbre pura.
El áspero trabajo que me afrenta,
En descanso se vuelve; y si la miro,
El daño mas molesto me contenta.
Si sale de su pecho algun suspiro,
Quedo ingrato á mis males, y deseo
Y debo la razon por que suspiro.
Corto en la mucha gloria que poseo,
Por mi excelso y felice pensamiento
Hallo el humano nombre al bien que veo;
Y mas temo en la envidia del tormento
El que me excusa y roba este inhumano
Que cuanto mal me causa y cuanto siento.
No toca el puro fuego soberano
A quien no muere amando, á quien perdido
No se deja llevar de ajena mano.
Dichoso yo, que aventuré atrevido
La amada libertad en que vivia,
Y me gané, venciendo, de vencido.
Lánceme el caso vario donde enfria
Arturo y la desnuda tierra en cielo
Nevoso hiela, ó Febo do porfia.
De Africa el seco rostro con el vuelo
Abrasado, y feroz con hacha ardiente
Recocer y teñir de oscuro velo;
Que en la impresion, ó rígida ó caliente,
Alentará mi pecho desmayado
Con suave beldad mi luz presente.
Quien el deleite sabe regalado
Del triste, y el placer que encubre y tiene
El tierno corazon en su cuidado,
Solo puede entender cuán bien me aviene
En mi dulce pesar, y la holganza
Que en mi pena á mi espíritu proviene.
No puedo de mi afan hacer mudanza;
Que amor no me consiente que descanse
Del dolor que sostiene mi esperanza,
Antes quiere que en él muriendo canse.

SONETO IX.

Pues de mi bello sol el rayo ardiente
Mi débil vista ofende en claro dia,
Y tarde la suave llama envia
Al pecho, que su aliento apenas siente,
Vea yo en blanca luna su fulgente
Esplendor, que dé fuerza al alma mia,
No por mi daño incierta siempre y fria,
Mas con florida luz y ardor presente.
Que la celeste hacha será oscura,
Y la nocturna sombra luminosa,
Y podrá gloriarse en mis despojos;
Y sin cobrar temor á mi ventura,
Veré (¡oh gran bien!) mi Delia piadosa
Volver, cual á Endimion, los tiernos ojos.

X.

Lento y pesado olvido, que del daño
Eres que mas me aqueja, mayor parte,
Si á mi memoria ocupas esta parte
Que siempre me recuerda el desengaño,
Y ajeno del amor y de su engaño
Respiro, y mi dolor de mí se parte,
Prometo agradecido celebrarte
En la mesma sazon del dia y año,
De suerte que á tu nombre igual no sea
Nemosina, y se humille el claro asiento,
Y á la umbrosa region rinda tu gloria;
Si no, desierto olvido yo te vea
Padecer, olvidado con tormento,
Y eterna de tus males la memoria.

XI.

Bellas flechas del alma, ardiente llama,
Do afina y avalora sus despojos,
Lazos purpúreos, lúcidos manojos,
En cuyo cerco amor mi espíritu inflama,
Volved la luz serena á quien vos llama,
Crespas hebras floridas, dulces ojos;
Que los nudos bien siente y los abrojos
Quien pena y su mal sufre y por vos ama.
En solo un corazon tentad el fuego
Y el arco que, aunque solo, su firmeza
El precio del mayor amante encierra;
Que gastará la aljaba el niño ciego,
Y los rayos que enciende esa belleza,
Primero que desmaye en tanta guerra.

XII.

Yacia sin memoria entorpecido
Con fria sangre el corazon helado;
Amor hizo que escriba en mi cuidado
Cosas que me enajenen del olvido.

Vi una luz bella, en ella vi encendido
Que el rigor corrió en llamas desatado,
Y todo en ardor vivo transformado,
Espero ver el tiempo al fin vencido.
Levanto ya el cuidado y pensamiento;
Quieren amor y honor que ensalce el vuelo
De mas noble osadía que Perseo.
Trabajo dulce, amado sufrimiento,
Que sin pavor podeis llevarme al cielo,
Acompañad eternos mi deseo.

XIII.

A la derrota del duque de Sajonia por Cárlos V.

Do el suelo hórrido el Albis frio baña
Al sajon, que oprimió con muerta gente
Y rebosó espumoso su corriente
En la esparcida sangre de Alemaña;
Al celo del excelso rey de España,
Al seguro consejo y pecho ardiente,
Inclina el duro orgullo de su frente,
Medroso, y su pujanza, á tal hazaña.
La desleal cerviz cayó, que pudo
Sus ondas con semblante sobrar fiero
Y sus bosques romper con osadía.
Marte vió, y dijo, y sacudió el escudo:
«¡Oh gran Emperador, gran caballero!
¡Cuánto debo á tu esfuerzo en este dia!»

XIV.

La púrpura en la nieve desteñida,
El dulce ardor con tibia luz perdia,
Y en los cercos y oro parecia
Vénus desfallecer con voz vencida.
La enemiga cruel de humana vida
Su niebla alegremente esclarecia,
Y mi alma el fin último traia
En vuestros graves ojos ascondida.
Mas espirando amor suave y tierno
En el hielo y las rosas, la vitoria
Porfió y consiguió en dichosa suerte.
Centelló en vuestra faz su fuego eterno,
Y á la belleza ufano dió la gloria
Que en vida volvió leda la impia muerte.

XV.

Corta alegría, inútil vanagloria,
Deseos en ingrato afan perdidos,
Suspiros tarde en mi dolor crecidos,
Despojos que aborrezco, de impia historia,
Para amargo temor de la memoria
Vos hallais en mi daño reducidos;
Mas, despues de mis males pretendidos,
Mal podeis pretender mayor vitoria.
Conozco al fin y siento bien mi engaño,
Que el dardo que en mi pecho temblar veo
Mostró fiera experiencia de mi afrenta.
Dejadme, pues huis, mi desengaño;
Que ni vuestra promesa ya deseo,
Ni el bien de vuestra pena me contenta.

XVI.

Veo el ajeno bien, veo el contento
Que ofrece blando amor al pobre estado;
Y como al fin doliente, congojado,
Busco un liviano engaño á mi tormento.
Aparto de la pena el pensamiento,
Y espero, osadamente aventurado,
Nueva gloria en la fuerza del cuidado,
Y doy valor seguro al sufrimiento.
Surte incierto mil veces mi deseo,
La presa desparece por quien muero,
Y se remonta con desden perdido.
Temo ser otro insano Salmoneo,
Que fingió el no imitable rayo fiero,
Y fué con rayo abrasador herido.

XVII.

Las hebras que cogia en lazos de oro
Con arte vuestra blanca y tierna mano,
Miraba, y el semblante altivo y llano
Y la florida luz que amando adoro.
Creia en vos del sacro excelso coro
Que el esplendor se unia soberano;
Porque en sombra, aunque bella, y traje humano
No vió tal bien el orbe y tal tesoro.
Cuando rompiste leda el dulce espanto,
Que de vos parte ausente y solo apena,
Preguntando: «¿Qué fuerza me arrebata?»
Yo, que temo partirme, suelto en llanto,
Digo: «Pienso que á muerte me condena
Del cruel vuestro amor la saña ingrata.»

CANCION PRIMERA.

Al sueño.

Suave sueño, tú, que en tardo vuelo
Las alas perezosas blandamente
Bates, de adormideras coronado,
Por el puro, adormido y vago cielo,
Vén á la última parte de occidente,
Y de licor sagrado
Baña mis ojos tristes; que cansado
Y rendido al furor de mi tormento,
No admito algun sosiego,
Y el dolor desconhorta al sufrimiento.
Vén á mi humilde ruego,
Vén á mi ruego humilde, ¡oh amor de aquella
Que Juno te ofreció, tu ninfa bella!
Divino sueño, gloria de mortales,
Regalo dulce al mísero afligido;
Sueño amoroso, vén á quien espera
Cesar del ejercicio de sus males,
Y al descanso volver todo el sentido.
¿Cómo sufres que muera
Léjos de tu poder quien tuyo era?
¿No es dureza olvidar un solo pecho
En veladora pena,
Que sin gozar del bien que al mundo has hecho,
De tu vigor se ajena?
Vén, sueño alegre, sueño, vén, dichoso;
Vuelve á mi alma ya, vuelve el reposo.
Sienta yo en tal estrecho tu grandeza,
Baja y esparce líquido el rocío,
Huya la alba, que en torno resplandece;
Mira mi ardiente llanto y mi tristeza,
Y cuánta fuerza tiene el pesar mio,
Y mi frente humedece;
Que ya de fuegos juntos el sol crece.
Torna, sabroso sueño, y tus hermosas
Alas suenen ahora,
Y huya con sus alas presurosas
La desabrida aurora;
Y lo que en mí faltó la noche fria
Termine la cercana luz del dia.
Una corona ¡oh sueño! de tus flores
Ofrezco; tú produce el blando efeto
En los desiertos cercos de mis ojos;
Que el aire, entretejido con olores,
Halaga y ledo mueve en dulce afeto;
Y de estos mis enojos
Destierra, manso sueño, los despojos.
Vén pues, amado sueño, vén, liviano;
Que del rico oriente
Despunta el tierno Febo el rayo cano.
Vén ya, sueño clemente,
Y acabará el dolor; así te vea
En brazos de tu cara Pasitea.

SONETO XVIII.

En este que prosigo, espacio incierto,
Armado con los riscos y espantoso,
Descubro estrecho paso y afanoso,
Dudosa salud siempre y daño cierto.
Huyendo entre las peñas el desierto,
Dilato el rastro del dolor penoso;
Resuena áspero el viento, y el hermoso
Cielo yace en tinieblas encubierto.

Ya corro despeñándome sin tiento,
Ya doy en las espinas con los ojos,
Y no hallo algun fin en mi camino.
Cánsase y desespera el sufrimiento,
Y no teme el peligro y los abrojos
Cuanto llevar presente el mal contino.

XIX.

Crece y alienta fiero en el nemeo
Leon, y imprime su furor presente,
Y en el orbe terrestre esfuerza ardiente
Las llamas el dañoso Iperioneo.
Y cuando amor, ingrato á mi deseo,
Descubre en su leon mas inclemente
Los rayos, acabar indignamente
Mi estéril esperanza triste veo.
Abrasa el corazon, do nunca el frio
Tuvo lugar, ¡ay, oh dolor penoso,
A quien otro ninguno es semejante!
No puede amortiguar el llanto mio
Este incendio; que el Bétis espumoso
Ni todo el grande Océano es bastante.

XX.

Ardia, en varios cercos recogido,
Del crispante cabello en torno el oro,
Que en bellos lazos coronado adoro,
Dichoso en el dolor del mal sufrido.
Vibraba el esplendor esclarecido
Y dulces rayos, del amor tesoro,
Por quien perdida busco siempre y lloro
La gloria de mi daño consentido.
Veste negra, descuido recatado,
Suave voz de angélica armonía
Era, mesura y trato soberano.
Yo, que tal no esperaba, trasportado,
Dije, en la pura luz que me encendia:
«No encierra tal valor semblante humano.»

XXI.

De bosque en bosque, de uno en otro llano,
Solo, en medroso horror y en sombra oscura,
Voy suspirando ausente, y la luz pura
Busco, que me encubrió el amor tirano.
Corto el rio y traspaso el monte en vano;
Que no se debe mas á mi ventura;
El bien que la esperanza me procura
Huye y se me desliza de la mano.
En este duro estrecho me lamento,
Porque sea mi daño manifiesto
Y alguno se conduela en mi cuidado.
No conforta al fin esto mi tormento;
Que tanto mi dolor es mas molesto
Cuanto de ajeno pecho mas llorado.

XXII.

En tu cristal movible la belleza
Veo, Nereo padre, figurada
De mi luz, que de rayos coronada,
Muestra alegre su gracia y su grandeza.
Tus ondas vibran y arden con la alteza
De la llama titania, y la rosada
Frente alabo, y de púrpura imitada
En ellas, y de nieve la pureza.
Si alzo al polo los ojos, donde junto
Te pinta su color, presente miro
De mi lucero el dulce ardor florido.
Y dudoso del bien, al mesmo punto
Vuelvo, y en tu fulgente ponto admiro
Su esplendor, y en el cielo dividido.

XXIII.

Del fiero Marte el canto numeroso
Y de la selva olvido, y verde prado
La avena, porque vuelvo al fin cuitado,
En gloria de quien turba mi reposo;
De aquel cruel, que fuerte y poderoso,
Terror de hombres y dioses y cuidado,
Me forzó á tolerar el mal de grado,
Y en mi pasion me agrada estar lloroso.
El silencio, el semblante descontento
Y el confuso gemido es muestra abierta
De mi penoso y luengo desvario.
No me duele aunque inmenso, mi tormento;
Duéleme que mi pena, á todos cierta,
No conozca quién causa el error mio.

XXIV.

Tan alto esforzó el vuelo mi esperanza,
Que mereció perderse en su osadia;
Yo bien lo sospechaba, y le temia
De su atrevida empresa la venganza.
No me escuchó, y siguió una confianza,
Que huyó con los bienes que tenia;
Y conmigo en tal cuita y agonia
Se adolece y lamenta en la mudanza.
Para aliviar la culpa en tanto daño,
De Faeton el rayo le recuerdo,
Y de su intento ufano la memoria;
Que solo ya me sirvo del engaño
En mi mal, y en mi error penando, pierdo
Sin sazon las promesas de mi gloria.

SEXTINA PRIMERA.

Poder de unas tristezas.

Un verde lauro en mi dichoso tiempo
Solia darme sombra, y con sus hojas
Mi frente coronaba junto á Bétis;
Entonces yo en su gloria alzaba el canto,
Y resonaba como el blanco cisne;
La soledad testigo fué, y el bosque.
Despues que al bien me dió principio el bosque,
Y en la sombra gocé del dulce tiempo,
Y canté como cuando muere el cisne,
El lauro me negó sus verdes hojas;
Y en triste se trocó el alegre canto,
Y se admiró de mi lamento Bétis.
Yo busco el lauro junto al grande Bétis,
Y está cerrado en el espeso bosque,
Do apena llega el lastimoso canto
Que le ofrecí el pasado alegre tiempo;
Mas él huye de darme mas sus hojas,
Y yo me quejo como suele el cisne.
Jamás cantó tan triste el dulce cisne
En el sonante sulco del gran Bétis,
Como yo por el lauro y verdes hojas,
Que me impiden tratar el duro bosque;
Y con memoria del suave tiempo,
Resuena todo en lástimas mi canto.
Ya no sonaré yo el felice canto
Que puso envidia en Bétis al gran cisne;
Pues es contrario á mi esperanza el tiempo,
Tristeza oirá y lágrimas ya Bétis,
Y al cielo moveré contra aquel bosque
Que del lauro defiéndeme las hojas.
Pues ya no me corono de las hojas,
Enmudezca de hoy mas el tierno canto;
Así vea desnudo al triste bosque,
Y llore mi dolor el blanco cisne
Que tiende el lecho en el soberbio Bétis,
Pues el lauro me falta, y deja el tiempo.
Entristéceme el tiempo, el lauro y hojas,
El canto no me agrada, el blanco cisne
Lamente en Bétis, y arda en fuego el bosque.

SONETO XXV.

Dulce el fuego de amor, dulce la pena,
Y dulce de mi daño es la memoria
Cuando renueva amor la antigua historia
Que á su grave tormento me condena;
Mas cuando hallo mi esperanza llena
De bien y de promesas de vitoria,
Un súbito dolor turba mi gloria,
Y todos mis contentos desordena;
Que será esta luz pura de belleza
La fe del justo amor en poca tierra
Vuelta, y el fuego muerto que me inflama.
¡Oh vano ardor de la inmortal flaqueza!
¿Si el fin que ofrece paz de tanta guerra
No dejará aun ceniza de mi llama?

XXVI.

¿A dó tienes la luz, Héspero mio,
La luz, gloria y honor del Ocidente?
¿Estás puesto en el cielo reluciente
En importuno tiempo y seco estío?
Lleva tu resplandor al sacro rio,
Que tu belleza espera alegremente,
Y el céfiro te sea otro oriente,
Hecho lucero, y no Héspero tardío.
Merezca Bétis fértil tanta gloria,
Que solo él destas luces ilustrado,
A tierra y cielo lleva la vitoria;
Que tu belleza y resplandor sagrado
Hará perpetuo, de inmortal memoria,
Mientras corriere al mar arrebatado.

XXVII.

Las luces do el amor su fuerza apura
Con el sereno ardor de sus centellas;
El oro crespo, en mil sortijas bellas
De rayos coronado, y llama pura;
Las palabras vestidas de dulzura,
Que la armonía celestial en ellas
Parece, el pecho duro á mis querellas,
La mano que á la nieve vuelve oscura,
Son causa del tormento y dolor mio,
Con muchas que callando siento y veo,
Y no me valen en mi esquiva suerte.
En su dureza solo el bien confio;
Porque á vana esperanza y gran deseo
No se debe pedir sino la muerte.

XXVIII.

Incendio de Troya.

El bravo fuego sobre el alto muro
Del soberbio Ilion crecia airado,
Y todo por mil partes derramado,
Se envolvia confuso en humo oscuro.
Caia traspasado por el duro
Hierro, y ardia en llamas abrasado,
Y se rendia al ímpetu del hado
Del Frige osado el corazon seguro.
Solo el rey de Asia, muerto en la ribera,
Grande tronco ¡ay cruel dolor! yacia,
Y su cuerpo bañaba el ponto ciego.
¡Oh fuerza oculta de la suerte fiera!
Que cuando Troya en fuego perecia,
Falte á Priamo tierra y falte fuego.

XXIX.

Acabe ya el lamento grande mio,
Con quien inundo, Bétis, tu corriente;
Que mi dolor acerbo no consiente
Perpetuo estado á tanto desvario.
Este fuego en quien ardo gaste el frio,
Rompa este yugo estrecho ya mi frente,
Y amor en sus rendidos no me cuente;
Que dél á luengo paso me desvio.
No me tendrá en confuso error su olvido,
Su desden, su rigor y su tormento,
Que tanto se cansaron en mi pena.
Mas yo ¿qué digo, ausente y ofendido,
Si el impío ofrece siempre al pensamiento
De mi astro fatal la luz serena?

XXX.

Bétis, que en este tiempo solo y frio
Escuchas mi dolor, del hondo asiento,
Acoge en tu quieto movimiento (2)
Los últimos suspiros que yo envio;
Y, si tiene valor tu sacro rio,
Dame que en árbol verde mi tormento
Lamente transformado, que ya siento
Débil la voz, cual cisne, al canto mio (3);
Porque con nuevas ramas tu corriente
Cercaré coronando, y destilado
Iré en tu luengo curso y extendido (4);
Que mi luz ceñirá su bella frente
De mis hojas, ó en llanto desatado,
Seré en sus blancas manos recogido.

XXXI.

Yo vi á mi dulce Lumbre que esparcia
Sus crespas ondas de oro al manso viento,
Y con tierno y suave movimiento
Mi duro corazon enternecia;
Mi rustiqueza y torpe rebeldía
Perdió, vencida, el ostinado intento,
Y en blando y regalado sentimiento
Trocó mi alma la aspereza mia.
Nunca me vi mas preso ni rendido,
Y nunca vi en mi Luz mayor dureza,
Ni mas recio desden ni largo olvido.
A término tan grave y estrecheza,
Casas, mi triste suerte me ha traido,
Que temo de mi Lumbre la belleza.

ELEGIA II.

Poder de un desden.

Si ya la Luz que causa mi alegría
Su resplandor aparta de mis ojos,
¿Para qué quiero ver la luz del dia?
¿Para ver por ventura mis despojos
En ajeno poder, y mi memoria
Muerta, y vueltas las flores en abrojos?
Amor, porque me dió breve vitoria,
Y no entera, con daño de la vida,
Que fortuna en sus hechos nueva gloria;
Mas grave siente la inmortal herida
Con la fuerza del mal, y triste temo
A la alma á tales ímpetus rendida.
Espero ya llegar á tal extremo,
Que á todos ponga lástima mi pena,
Y no espero tornar al bien supremo.
Libre quisiera estar de la cadena
Que en los dorados nudos me ha forzado
A padecer el daño que me ordena.
Adonde la luz vuelvo fatigado,
Una sombra, un horror, un gran tormento
Se presenta en la fuerza del cuidado.
El prado, que solia estar contento,
Y el rio de mi canto entretenido,
Muestran de mi dolor el sentimiento.
Los árboles las ramas han perdido,
La yerba se consume y se deshace,
El calor en las flores esparcido.
A nadie de mi lástima le place;
Sola mi bella Luz ¡ay dura suerte!
Se alegra, y mi dolor le satisface.
¿A dó me volveré con mal tan fuerte?
¿Quién podrá remediar mi desventura,
Sino la cruda y espantosa muerte?
Aquella claridad y hermosura
Que ya algun tiempo se llamaba mia
Deshizo mi esperanza y mi ventura.
Pues me deja mi luz y mi alegría,
Y no deja el dolor, quiere que muera,
Portiando con mísera agonía
Que vanagloria de mi muerte espera.

SONETO XXXII.

Largos, sutiles lazos esparcidos
Por el rosado cuello y blanca frente;
Dorada diadema, ardor luciente,
Llenos de mis despojos ofrecidos;
Tiernos y bellos ojos encendidos,
Rayos de amor, por quien mi pecho siente
La herida inmortal que llevo ausente,
Abrasada mi fuerza y mis sentidos;

(2) Herrera, en sus *Anotaciones á Garcilaso*, pone este soneto con las variantes que siguen:

Acoge en tu callado movimiento.

(3) Cual cisne débil voz al canto mio.

(4) Iré en tu curso largo y extendido.

Dichoso yo, que merecí cadena
De vuestras ricas hebras, y la llama
Que de vos procedió en estos mis ojos.
¡Oh, si pudiera acrecentar la pena
Y avivar mas el fuego que me inflama,
Para daros debidos los despojos!

XXXIII.

El duro hierro agudo que la mano,
Rica de mis despojos por vos siente,
Y la sangre esparció que amor ardiente
Guardó cual néctar puro y soberano;
Guiólo amor, y abrió manso y humano
Lugar al dolor vuestro tiernamente;
Que el mal que siento grave y vehemente,
Blando siente el cruel pecho tirano.
La herida terrible que en mis ojos
De los vuestros entró, y causo mi pena,
Venganza toma ahora en vuestro yerro.
No esculpa vuestra, es gloria á mis despojos;
Y así, que os hiera el dulce amor ordena,
Como á mí vuestros ojos, vuestro hierro.

XXXIV.

Las hebras de oro puro que la frente
Cercan en ricas vueltas, do el tirano
Señor teje los lazos con su mano,
Y arde en la dulce luz resplandeciente;
Cuando el ivierno frio se presente,
Vencedor de las flores del verano,
El purpúreo color tornando vano,
En plata volverán su lustre ardiente.
Y no por eso amor mudará el puesto;
Que el valor lo asegura y cortesía,
El ingenio y del alma la nobleza.
Es mi cadena y fuego el pecho honesto,
Y virtud generosa lumbre mia,
De vuestra eterna, angélica belleza.

XXXV.

Si á mi triste memoria en hondo olvido
Desierta sepultase sombra oscura,
Jamás yo ausente en misera figura
Lamentaria el daño no debido;
Mas presente la llevo, y voy perdido
Por cierto error á estrecha desventura,
Y es muerte fiera él, ya de mi ventura
Rico despojo al corazon caido.
De mi gloria me acuerdo para pena,
Del mal para dolor, y nunca veo
O pienso cosa ajena de mi engaño.
Pobre de bien mi suerte, y de afan llena
Fué; y aunque no, bastara mi deseo
Para no dar lugar al desengaño.

XXXVI.

Mario en Cartago.

Del peligro del mar, del hierro abierto
Que vibró el fiero Cimbro, y espantado,
Huyó la airada voz, salió cansado
De la infelice Birsa Mario al puerto.
Viendo el estéril campo y el desierto
Sitio de aquel lugar infortunado,
Lloró con él su mal, y lastimado,
Rompió así en triste son el aire incierto (5):
«En tus ruinas miseras contemplo
¡Oh destruido muro! cuánto el cielo
Trueca, y de nuestra suerte el grande estrago.
«¿Cuál mas terrible caso, cuál ejemplo
Mayor habrá, si puede ser consuelo
A Mario en su dolor el de Cartago?»

XXXVII.

No es tan duro mi pecho, que no sienta
La fuerza del dolor que en él desciende;
Mas amor, por mas daño, me defiende
Que descubra las llagas de mi afrenta.
Quiere que calle el mal y que consienta
La pena que me aqueja y siempre ofende,
Y en fuego desusado tarde enciende
El corazon, que en llama se sustenta.
Si esta grave pasion no perturbara
El pecho, bien pudiera confiado
Llegar al dulce fin de la alegría;
Mas ¡ay, cuánto es esta esperanza cara!
Y por mirar su bien ¡cuánto ha pasado
De afan y de tormento la alma mia!

XXXVIII.

Este lauro que tiene en su corteza
Verde escrita la honra de mi pena,
Y en él el manso céfiro resuena
Mi mal, su resplandor y su belleza;
Cuando el sol elevado en mas alteza
Se vió, me dió en sus hojas sombra llena;
Fué el calor blando y la congoja buena,
Y entonces me alegraba la aspereza.
Ahora, ¡oh triste hado, avaro cielo!
Que deja el sol ardiente el paso abierto,
Y todo el mal y daño en mi fortuna,
Con llanto eterno y falto de consuelo
Miro el lauro, y padezco en el desierto,
Por su culpa, el calor que me importuna.

XXXIX.

Del mar las ondas quebrantarse via
En las desnudas peñas, desde el puerto,
Y en conflicto las naves, que el desierto
Bóreas, bramando con furor, batia,
Cuando, gozoso de la suerte mia,
Aunque afligido del naufragio cierto,
Dije: «No cortará del ponto incierto
Jamás mi nave la temida via.»
Mas ¡ay triste! que apena se presenta
De mi fingido bien una esperanza,
Cuando las velas tiendo sin recelo;
Vuelo cual rayo, y súbita tormenta
Me niega la salud y la bonanza,
Y en negra sombra cubre todo el cielo

ELEGIA III.

A unas lágrimas.

¡Oh suspiros, oh lágrimas hermosas,
Gloria del alma mia y mi cuidado,
Que de mi pena fuisteis piadosas!
¡Oh sentimiento de amoroso estado!
Oh prendas de mi alma y mi esperanza,
Que reparais el mal del bien pasado!
Si alguna vez hallare yo mudanza
Y algun desden en quien está mi vida,
Vos seréis mi reparo y confianza.
No temeré por vos ira encendida,
Si el amor no temiese; vos sois puerto
Al alma en peligroso mar perdida.
Suspiros mios, que me teneis muerto,
¿Sueño yo aqueste bien? Decí, ¿es fingido?
Decid, hermosas lágrimas, ¿es cierto?
¡Oh lágrimas, si hubiera concedido
Amor que yo os bebiera, porque el pecho
Regárades, que en fuego está encendido!
No para que pudiera ser deshecho,
Mas para que tomara blando aliento,
Y fuera este de amor ilustre hecho;
Y para que tuviera su aposento
Propio en el corazon, y relevara
Parte de mi dolor y mi tormento.
No hay néctar dulce por quien yo os trocara,
Ni pluvia de oro ¡oh lágrimas hermosas!
Por quien mi alma su dolor repara.
Tales lágrimas dulces, piadosas,
Vénus Citerea derramó, dejando
A Adónis en las selvas amorosas;
Y tales fueron los suspiros cuando
De amor de Marte presa suspiraba,
Ardiendo en fuego deleitoso y blando.
Con estas bellas lágrimas bañaba

(5) La edicion de Pacheco dice *en son triste.*

Diana el rostro blanco tiernamente
Cuando de Endimion triste se apartaba.
Hermosas perlas, que del oriente
Nacidas en la concha generosa,
Se esparcen por el último ocidente,
Vendidas por la púrpura hermosa,
No dan tal resplandor cual habeis dado,
Cayendo en los colores de la rosa.
El rocío del cielo derramado,
Y en olorosas flores esculpido,
A vuestra gran belleza no ha igualado.
¡Oh lágrimas dichosas, que el olvido
Nunca podrá borrar de mi memoria,
Con quien jamás espero ser perdido!
¡Oh mi vida, mi alma, bien y gloria!
Y vos, suspiros de amorosa suerte
Por quien gané vencido la victoria,
Vivid alegres, sin que enojo fuerte
O aspereza revoque esta alegría,
Que no podrá romper la dura muerte.
Conmigo faltaréis á un mesmo dia,
Y renovándoos los celestes ojos,
Lloraréis en la pena y muerte mia,
Y seréis del amor dulces despojos.

SONETO XL.

Ardientes hebras, do se ilustra el oro,
De celestial ambrosía rociado,
Tanto mi gloria sois y mi cuidado,
Cuanto sois del amor mayor tesoro,
Luces que al estrellado y alto coro.
Prestais el bello resplandor sagrado,
Cuanto es amor por vos mas estimado,
Tanto humilmente os honro mas y adoro.
Purpúreas rosas, perlas de Oriente,
Marfil terso y angélica armonía,
Cuanto os contemplo, tanto en vos me inflamo,
Y cuanta pena la alma por vos siente,
Tanto es mayor valor y gloria mia,
Y tanto os temo cuanto mas os amo.

XLI.

Viví gran tiempo en confusion perdido,
Y todo de mi mesmo enajenado,
Desesperé de bien: que en tal estado
Perdí la mejor luz de mi sentido.
Mas cuando de mi tuve mas olvido,
Rompió los duros lazos al cuidado
De amor el enemigo mas honrado,
Y ante mis piés lo derribó vencido.
Ahora, que procuro mi provecho,
Puedo decir que vivo, pues soy mio,
Libre, ajeno de amor y de sus daños.
Pueda el desden, Antonio, en vuestro pecho
Acabar semejante desvarío
Antes que prevalezcan sus engaños.

XLII.

Desea descansar de tanta pena,
Conociendo ya tarde el desengaño,
Mi alma, hecha á su dolor extraño,
Y del perdido tiempo se condena.
Ve su triste esperanza de ansias llena,
Poco bien, mucho mal, perpetuo daño,
Y las glorias debidas cierto engaño,
Que el su dulce tirano al fin ordena.
Siente sus fuerzas flacas y sin brio,
Y su deseo vano y peligroso,
Y medrosa levanta apena el vuelo.
Amor, porque no crezca en ella el frio,
El fuego aviva do arde, y sin reposo
Busca y gime, hallando luz del cielo.

XLIII.

El suave color que dulcemente
Espira, el tierno ardor de rosa pura,
La viva luz de eterna hermosura,
El sereno candor y alegre frente;
El semblante do yace amor presente,
La mano que á la nieve de blancura
Orna, pueden volver la noche oscura
En dia y claridad resplandeciente.
En vos el sol se ilustra, y se colora
El blanco cerco, y ledas las estrellas
Fulguran, y las puntas de Diana.
Tal vos contemplo, que la roja aurora
Y de Vénus la lumbre soberana,
En vuestra faz ardiendo son mas bellas.

XLIV.

Alzo el cansado paso, y á la cumbre,
Sufriendo encima esta pesada carga,
Pruebo llegar; mas la distancia larga
Me ofende, y mas la grave pesadumbre.
Bien que me esfuerza una pequeña lumbre
Que veo léjos; pero no descarga
Esto mi afan penoso, antes alarga
De mi prolijo error la incertidumbre:
Con el peso abrazado desfallezco;
Que mi ostinada afrenta no consiente
Que desampare ya esta empresa mia.
Luchando con el mal, pruebo, y me ofrezco
Al peligro, esperando ver presente
Alegre en tantos tristes algun dia.

XLV.

El fuego que en mi alma se alimenta,
Y consume al estéril duro frió,
Da vida al casi muerto pecho mio,
Y en virtud de sus llamas me sustenta.
Justo es que muera y viva en él y sienta
La gloria de mi dulce desvarío,
Porque de mis trabajos yo confio
La esperanza del premio en quien me alienta.
Como en inmenso frio junta espira
Inmensa oscuridad, cuya tristeza
Ocupa el corazon con grave pena;
Así con el excelso ardor conspira
Excelsa luz, que deja en su belleza
Mi alma de alegría y de bien llena.

XLVI.

De vos ausente, ocupo en llanto el dia,
Y la noche me acoge en mi lamento,
Y para mas dolor, conmigo cuento
Mi breve bien perdido y alegría.
Vuestro duro rigor ya bien debria
Enternecerse de mi sentimiento,
Y descubrirme en tanto apartamiento
Un rayo solo de la lumbre mia.
Pero si vos quereis con este olvido
Alentar la pasion que me maltrata,
Lo hecho sobra ya para venganza.
Mas aunque en soledad y aborrecido,
No podréis, aunque mas podais, ingrata,
Que yo no os ame, ajeno de esperanza.

XLVII.

Lloro solo mi mal, y el hondo rio
En sus turbadas ondas lleva el llanto;
Ya es tiempo, digo, Amor, en triste canto,
Que pongas justo fin al dolor mio;
Que sigo ausente sin tu desvarío,
Y en tu vana esperanza me levanto,
Y en este paso desamparas cuanto
De tu promesa y tu valor confio.
Ya es tiempo, Amor, que el áspero tormento
Acabe, ó que mi vida se deshaga,
La esperanza, el deseo y osadía;
Que en tanto mal ya falta el sufrimiento,
Y el crudo golpe desta acerba llaga
Al intimo llegó de la alma mia.

XLVIII.

Pues la flor do crecia mi esperanza
Quemó duro rigor de ingrato hielo,
Y á mi ardiente deseo negó el cielo
De fortuna mejor mas confianza,
Do el sol con tibio rayo tarde alcanza,
Y luenga sombra ofende el mustio suelo,

Daré ausente, olvidado, sin consuelo,
A mi injusta osadía igual venganza.
Mas no sufre la fuerza que padezco
Tan corta paga en tanto atrevimiento;
Que en la ausencia el dolor es menos fiero.
Llega ya á estrecho tal, que no merezco
Alabanza ni culpa en mi tormento;
Tanto es grande mi mal, que desespero.

SEXTINA II.

Cautiverio amoroso.

Al bello resplandor de vuestros ojos
Mi pecho abrasó amor en dulce llama,
Y desató el rigor de fria nieve,
Que entorpecia el fuego de mi alma,
Y en los estrechos lazos de oro y hebras
Sentí preso y sujeto al yugo el cuello.
Cayó mi altiva presuncion del cuello,
Y en vos vieron su pérdida mis ojos
Luego que me rindieron vuestras hebras,
Luego que ardí, Señora, en tierna llama;
Pero alegre en su mal vive mi alma,
Y no teme la fuerza de la nieve.
Yo en fuego ardo, vos helais en nieve,
Y libre del amor alzais el cuello,
Ingrata á los tormentos de mi alma,
Que aun blandos á su mal no dais los ojos;
Mas siempre le abrasais en viva llama,
Y sus alas prendeis en vuestras hebras.
Viese yo las doradas ricas hebras
Bañadas de mi llanto, si la nieve
Vuestra diese lugar á esta mi llama,
Que la dureza de ese yerto cuello
La lluvia ablandaria de mis ojos,
Y en dos cuerpos habria sola una alma.
La celestial belleza de vuestra alma
Mi alma enlaza en sus eternas hebras,
Y penetra la luz de ardientes ojos
Con divino valor la helada nieve,
Y lleva al alto cielo alegre el cuello,
Que enciende el limpio ardor inmortal llama.
Amor, que me sustentas en tu llama,
Da fuerza al vuelo presto de mi alma,
Y del terreno peso alzando el cuello,
Inflamarás la luz de sacras hebras;
Que ya, sin recelar la dura nieve,
Miro tu claridad con puros ojos.
Por vos viven mis ojos en su llama,
¡Oh luz de la alma! y las doradas hebras
La nieve rompen, y dan gloria al cuello.

ELEGIA IV.

Esperanza de consuelo.

Si es ley de amor que quien os ama muera
Y pague con la vida la osadía,
Mi pena y muerte sea la primera;
Mas si pretende Amor ¡oh Lumbre mia!
Que quien merece amaros siempre viva,
¿Por qué quereis matarme con porfía?
Acabe ya vuestra dureza esquiva;
Que no sufre razon tan gran crueza,
Ni es bien al tierno amante ser altiva.
Si no merezco amar vuestra belleza,
Y buscais con la muerte mi castigo,
Por ser indigno yo de tanta alteza,
Este amoroso puesto es buen testigo
De quien fué la ocasion de mi tormento,
Dando principio al mal que yo prosigo.
Nunca osé levantar el pensamiento
A mas que contemplar la hermosura,
Vuestro valor y blando acogimiento.
Nunca me confié de mi ventura
Tanto, que pretendiese tal victoria,
Siendo justo perder tal coyuntura.
Vos disteis causa á mi primera gloria,
Vos pusisteis aliento á la esperanza,
Prometiendo certísima memoria.
Crei vuestro deseo, y la bonanza
Que vi en el mar quieto y sosegado
Dióme vuestra amorosa confianza.
Ahora veo mi dichoso estado
En miserable vuelto, y mi alegría
En tristeza, y mi bien en mal trocado.
No sé á quién yo me vuelva en mi porfía,
Que pueda consolarme en tal fortuna,
Sino á vos, enemiga dulce mia.
Mis quejas os publico de una en una,
Muéstroos mi pena y lástima presente
Y veo que mi mal os importuna.
Estáis á mis tormentos inclemente,
Ingrata, esquiva, dura y desdeñosa,
Y de vuestra memoria estoy ausente.
Mi alma, que con vos era dichosa,
Sin vos triste, sin vos es desdichada,
Sin vos de su dolor jamás reposa.
No hay quien de mi pena lastimada
No suspire y no tenga descontento,
Y vos estáis mas cruda y ostinada.
¡Oh Luz, gloria de Hesperia y ornamento,
Criada por mostrarnos la belleza
Del alto, claro y celestial asiento!
Mirad que si en vos falta la terneza,
Perdeis parte mayor de vuestra gloria
Y el mas ilustre nombre de la alteza.
¿Sufriréis que os escriba la memoria
Por bella y por cruel? ¡oh Lumbre mia!
No deis á tal pecado tal vitoria.
Sed, pues que sois mi luz hermosa, pia,
Dad á quien os adora algun consuelo
En premio de sus penas y agonía.
No me dejeis morir con desconsuelo,
De vuestra crueldad desamparado;
Baste el dolor sufrido y su recelo.
¿Cómo sufris que muera en tal estado
Quien era vuestro amor, vuestro contento,
Y dulcemente fué de vos tratado?
Mas si vuestra dureza y mi tormento
Quieren cortar el hilo de mi vida,
Y esto es ya de los dos postrero intento,
En este breve espacio y despedida
Mostrad dolor alguno de mi muerte,
En término tan áspero ofrecida;
Que despues no habrá pena ó mal tan fuerte,
Que pueda deshacerme esta memoria,
Último bien de mi infelice suerte
Y despojo dichoso de mi gloria.

SONETO XLIX.

Lloré y canté de Amor la saña ardiente,
Y lloro y canto ya la ardiente saña
Desta cruel por quien mi pena extraña
Ningun descanso al corazon consiente.
Esperé y temí el bien tal vez ausente,
Y espero y temo el mal que me acompaña,
Y en un error, que en soledad me engaña,
Me pierdo sin provecho vanamente.
Veo la noche antes que huya el dia,
Y la sombra crecer, contrario agüero;
Mas ¿qué me vale conocer mi suerte?
La dura ostinacion de mi porfía
No cansa ni se rinde al dolor fiero,
Mas siempre va al encuentro de mi suerte.

L.

A un capitan valeroso.

El trabajo de Fidia ingenioso,
Que á Júpiter Olimpio dió la gloria,
Fué soberbio despojo de vitoria
Al tiempo, en nuestra injuria presuroso;
Pero al valor de Aquiles animoso
El siempre insigne Homero alzó la historia,
Y dió á la fama eterna su memoria
Con alta voz del canto generoso.
Yo, que mal puedo ser en honra vuestra
Nuevo Homero, consagro, luz de España,
De mis incultos versos la armonía;
Mas si me mira Caliope diestra,
Valdrá, si mi deseo no me engaña,
Mas que Fidia mortal la musa mia.

LI.

Triste esperanza, incierta, en blando pecho
Por luengo tiempo inútil engendrada,
Que mi descanso y gloria aventurada
En temor truecas vano y en estrecho,
Huye de mí, que sobra el daño hecho;
Sigue en otra ocasion mejor entrada;
Porque en vida tan misera y cansada
Es toda tu porfía sin provecho.
Si este lugar lloroso te contenta,
Busca mejor fortuna al pobre estado,
Y sosiego al furor del dolor mio;
Que atendiendo el deseo me atormenta,
Y caido y sin fuerzas mi cuidado,
Me estrecha el corazon con torpe frio.

LII.

Razon es ya que la cansada vida,
Tanto tiempo sujeta al amor vano,
Huya el fiero poder de este tirano,
Y ya deslace mi cerviz caida.
Perezca la esperanza aborrecida,
El deseo abatido y mi liviano
Intento; que mi bien ya está en mi mano,
Ya tengo mi fortuna conocida.
Seguro podré ver de hoy mas la suerte
Del misero amador, el vil denuesto,
El congojoso miedo, el celo frio;
Que no podrá respeto de mi muerte
Hacer que mude el curso al fin propuesto;
Tal ejemplo es el grave dolor mio.

LIII.

Fueron de un corto bien que huye luego,
Antes que vuelva la ocasion la frente,
Muestras las que el Amor halló presente,
Con que mi alma ardió en su eterno fuego.
Pero glorias de un niño solo y ciego,
Que cedo las deshace un accidente,
¿Cómo pueden valer á un pecho ausente,
Que en su dolor no alcanza algun sosiego?
Fundé mis esperanzas en arena,
Que el viento esparce, airado, sin concierto,
Y rendido al temor, perdí el recelo.
Cayeron, y el cruel, por mayor pena,
En altas nubes desmayó desierto,
Ni alzar osando ni inclinar el vuelo.

LIV.

Duro es este peñasco levantado,
Que no teme el furor del bravo viento,
Fria esta nieve que el soberbio aliento
Del aquilon arroja apresurado;
Mas duro es vuestro pecho y mas helado,
En quien la piedad no ha hecho asiento,
Ni el fuego de ameroso sentimiento
En él jamás, por culpa vuestra, ha entrado.
Sordas las ondas son de aqueste rio,
Pero mas sorda vos á mis clamores,
Que aun poco os pareció ser dura y fria.
Mas todo este dolor al pecho mio
No causa tantas penas y dolores,
Cuanto la soledad de la alma mia.

ELEGIA V.

Los ojos, que son luz de la alma mia,
Húmedos vi tornarse con lamento,
La púrpura bañando y nieve fria.
Un tierno y congojoso sentimiento
Con suspiros forzados fatigaba
El pecho, donde inspira amor su aliento.
A la armonía y llanto atento estaba
El aire, suspendido el alto cielo,
Y á mí junto con ella se quejaba.
¿Cuándo oyó tan suave canto el suelo,
Aunque tenga de Orfeo la memoria,
Y de Febo cubierto en mortal velo?
¿Cuándo tuvo el amor tan gran victoria?
Cuándo sintió el valor de su grandeza,
Sino en esta dichosa y sola gloria?
¿Qué piedad fué ver en tal tristeza
Los dulces ojos, que jamás vió tales
La luz del rojo sol puesto en alteza?
Los dulces verdes ojos celestiales,
Que entre la blanca nieve y frescas rosas,
A quien son las de Pesto desiguales,
Esparcian las lágrimas hermosas,
Avivando el color con el rocio
Que cubria las flores amorosas.
¡Qué lástima era ver en el sol mio
El puro resplandor que me encendia,
Amortiguado, sin aliento y frio!
¡Qué compasion mirar la gloria mia
Sujeta á un triste y miserable estado,
Y ver que Amor en ella padecia!
No hubiera pecho, aunque de acero armado,
Que al dolor no entregara sus despojos,
De la aspereza en piedad trocado;
El licor que bajaba de los ojos
Por los pechos y veste variada,
De lazos plateados y de abrojos,
En nieve con dureza congelada,
Convertida su forma en la figura
De una luciente perla bien tallada.
No cria con tal luz y hermosura
En sí el rosado y oloroso oriente
Perla de tan perfecta compostura.
Si tuviera esta perla refulgente
Juno, de la alta Samo sacra diosa,
Páris le diera el premio fácilmente.
Con esta fuera Vénus mas dichosa,
Y el resplandor mas blanco de Diana,
Y de Febo la luz mas poderosa.
Llegué yo á esta mi perla soberana,
¡Ay triste! inadvertido por mi daño
Que su luz á mis ojos fué tirana.
No me temí del amoroso engaño,
No pude persuadirme á tal afrenta,
No siendo de la ley de amor extraño.
A la luz que en mis ojos se aposenta
Iba para quejarme de la pena
Que la fortuna adversa le presenta;
Cuando cerca del mal que amor ordena
Miré con piedad y confiado
La que todas mis glorias enajena.
La luz y el dulce resplandor nevado
El corazon venció con su belleza,
Y la tomé en mis manos admirado.
Lloroso y con temor de su tristeza,
Me olvidé de la perla que traia,
Y á mi boca llevéla con simpleza.
Disuelta al punto, ¡oh dura suerte mia!
A las entrañas descendió, y en fuego
Se trasmudó la nieve dura y fria.
El corazon se abrasa ardiendo luego,
Como si por mi bella Luz no ardiera,
Y su calor dejóme á un tiempo ciego.
¡Oh crudo engaño, quién jamás creyera
Que en un cuajado y recogido hielo
Oculto un fuego líquido estuviera!
¿Qué, fuera del amor, virtud del cielo,
Pudo mostrar en lágrimas hermosas
Un nuevo efecto nunca visto al suelo?
Estas lágrimas puras y amorosas
Eran fuego de amor, eran mi muerte
Estas lágrimas tiernas y dichosas.
Si estas pudo arrojar con triste suerte
Por los ojos, doblando el desvarío
Al pecho que rindió su brazo fuerte;
Si estas pudo enviar en hielo frio,
Conociendo en la luz de su belleza
Mas virtud que en su fuerza el amor mio,
¿Por qué quiere que viva en su dureza
Siempre sujeto y preso y engañado,
Pues no trató conmigo con llaneza?
Mejor fuera que, ya que maltratado
Debia yo vivir en su tormento,
Me llevara al dolor sin ser forzado;
Y no que con su fraude y crudo intento
Me robara la gloria de mi pena,
Dejándome en confuso sentimiento,
Rebelde el cuello siempre á la cadena.

SONETO LV.

Al Bétis.

Igual al Tebro, al Arno y al Metauro;
Superior al Tajo y Duero y Ebro,
Sagrado Ispalo rio, á quien celebro,
Corre ufano al ondoso ponto mauro.
Tu bello mirto rinde al verde lauro
Y á las menores hojas del enebro;
Cuanto es mayor el lauro que el enebro,
Tanto es al mirto inferior el lauro.
Solo falta, conforme á tu alta gloria,
Lugar en el luciente y firme cielo,
Con el nombre de Eridano trocado.
Mas, ya que se te niegue esta vitoria,
Serás en el dichoso hesperio suelo
Cual Eliconio Olmeo venerado.

LVI.

La viva llama dais y luz ardiente
Del rosado esplendor y faz serena,
La gracia y risa tierna, de amor llena,
A Vénus bella, á Faeton luciente;
Al cielo el que vos dió valor presente,
La suave armonía que resuena
En vuestra dulce boca á su sirena,
El olor, perlas y oro al Oriente;
La mano y color lúcido al aurora,
Las flechas al Amor, que en mi herido
Pecho gasta cruel con ardor ciego;
A mí triste vos place dar, Señora,
Solo esquivo desden, ingrato olvido,
Que en vuestro hielo encienden mi impio fuego.

LVII.

Probó atento el artífice dichoso
A la imágen impresa y forma pura
Hacer no inferior la hermosura,
Por quien Bétis va al piélago pomposo.
La gracia dió, dió el esplendor hermoso
Que en la nieve la púrpura figura,
Lumbre que á la tiniebla vence oscura,
Mas que todos osado y temeroso;
Pero la majestad de la belleza
Tierna, y serena gloria de la frente,
Y ojos dulces do el blando amor se cria,
No pudo, y justo fué que su rudeza
Vuestra beldad no alcance floreciente,
Sola entre tantas, ¡oh ínclita María!

LVIII.

La muerte pido, un corazon amante
Vos me entregais, y me dejais ausente
De las bellas lazadas de oro ardiente
Y del sereno y celestial semblante.
¿Por qué no temo pues el mal instante,
Aunque sus rayos Marte ya clemente
Contraiga, si el dolor que está presente
Cansa el pecho en sus lástimas constante?
Este afan no esperado, esta partida
El errante furor enciende fiero,
No el trabajo cruel de enferma suerte.
Tal me hallo en la ausencia aborrecida,
Que el dado corazon fué triste agüero
Al duro cierto riesgo de la muerte.

CANCION II.

La soledad.

Algun tiempo esperé de aquellos ojos
Gozar la dulce luz que tiernamente
Se mostraba á mi llanto piadosa,
Del sol cuando Diana estuvo ausente,
Y no le desplacieron mis enojos.
Ahora, que esta sombra tenebrosa,
Se entrepone á mi lumbre venturosa,
Su esplendor me fallece en el desierto,
Cercado de terror y niebla oscura,
Y crece el mal, y el daño se apresura.
Procuro salir dél con paso incierto,
Y doy en la espesura,
Donde todo me estorba, y la esperanza
Desmaya con dolor de la mudanza;
Cualquier fulgor presente á la memoria
Vuelve de mi perdido bien la gloria.
Fué en mi luengo camino cierta guia
Mi luz, y mi cuidado embebecido
Adestraba por ella el pensamiento.
Ahora, ¡ay triste! ausente y ofendido,
En soledad confusa y agonía
La veo oscurecida sin aliento,
Culpa de quien me causa tal tormento.
Cuando en la asperidad del bosque espeso
Me enselvo mas, la claridad se aparta,
Y de su ajena gloria al alma aparta;
Temo otro nuevo error en mi progreso.
De este agravio no harta
La fortuna, un nubloso cerco opone,
Que lluvioso el bien me descompone,
Y mi estrella arrebata de los ojos;
Yo ciego voy por ásperos abrojos.
Ya subo apena y nunca descansando
Por yertos riscos, pasos despeñados,
Ya en hondos valles bajo con presteza,
Lugares de las fieras no tratados,
El pensamiento en ellos variando.
Un frio horror y súbita tristeza
Roba el vigor y engendra la flaqueza;
Cualquier soplo de viento que resuena
Entre árboles desnudos quebrantado,
Aqueja la esperanza y el cuidado,
Que piensa ser la causa de su pena;
Pero luego, engañado,
Hallo el cuidado y la esperanza vana,
Que, como sombra, se me va liviana;
Mas luego en la memoria amor despierta,
Para cobrar su bien la gloria muerta.
Salgo de esta aspereza á un verde llano,
De flores y de violas vestido,
Y de mi Luz el claro lampo veo;
La belleza el olor lleva el sentido,
Y el sereno esplendor y soberano;
Contemplo en su vigor cuanto deseo,
Y es el amor semblante á mi deseo.
El pecho abierto admite el blando fuego,
Y pruebo en la dulzura de este hecho
Que no arde con viva fuerza el pecho.
Todo mi gran placer se turba luego,
Al principio deshecho;
Admírame la culpa, que no es mia,
Y procuro encenderme con porfía,
Y tanto lo procuro por mi daño,
Que me abraso y consumo en este engaño.
Cuando oso descubrir el mal que siento,
Hallo tanta tibieza al bien que espero,
Que desconfio luego de mi gloria,
Y vuelvo al llanto y al dolor primero,
Desesperado de mi pensamiento;
Viendo muerta en mis bienes la memoria,
Olvido el dulce tiempo y dulce historia
De mi leda fortuna y apacible.
Veo mi mala andanza estar presente,
Y el remedio que aguardo siempre ausente.
Torno á la soledad; que mas terrible
Es la luz al doliente,
Y estoy en soledad con luengo llanto,
Do suena solo y gime el triste canto,
Y no espero volver al bien pasado,
Ni fin al vano error de mi cuidado.

SEXTINA III.

Por este umbroso bosque y verde selva
Con mi prolija pena ofendo el dia,
Y cuando cerca á Febo ciega noche
Renuevo mis gemidos en el llanto
Y acreciento las ondas á este rio,
Ausente de los rayos de mi Lumbre.
Tal vez pienso cuidoso que mi Lumbre
Hiere con el sereno ardor la selva,
Y cansa de mis lágrimas el rio;
Mas cuando se me aparta y huye el dia,

Desierto me resuelvo todo en llanto,
Y á mis ojos deseo eterna noche.
Si en el silencio oscuro de la noche
Riela por el cielo alguna lumbre,
Luego la que fué causa de mi llanto
Me parece presente en esta selva,
Y hace esclarecer un nuevo dia,
Y alegra el mustio bosque y hondo rio.
Testigo de mi gloria ha sido el rio,
Que engañado me vió en profunda noche,
Hasta que apareció rosado el dia,
Y allí representándose mi Lumbre,
Que enriquece la fria estéril selva,
Así dije tal vez, cesando el llanto:
«Mi sol, si á compasion vos mueve el llanto
Que produce de lágrimas un rio,
Sufrid que rompa yo esta espesa selva,
Y vaya envuelto siempre en dulce noche,
Para encender mi pecho en vuestra lumbre,
Pues me es niebla sin vos el claro dia.
»¡Oh qué seguro bien tendré en el dia
Que enjugueis de estos ojos vos el llanto,
Y envieis á mi alma aquella lumbre
Que consume en su fuego el tardo rio!
Que no verán mis ojos triste noche,
Y será alegre el tiempo en esta selva.
«La selva alcanzará un perpetuo dia,
Y estancará del llanto el grande rio
En la noche en quien viere yo mi Lumbre.»

SONETO LIX.

Despues que en mí tentaron su crueza
De Amor y vos las flechas y los ojos,
Di honra al uno, al otro los despojos,
Y sufrí saña de ambos y aspereza.
El fuego que encendió vuestra belleza
Hizo dulces y alegres mis enojos,
Y suave entre espinas y entre abrojos
El dolor que causaba mi tristeza.
Tuve esperanza incierta de mi ufana
Muerte, viendo el valor de mi tormento;
Y confié este error de mi osadía.
Mas ¡ay! que tanta gloria suerte humana
No alcanza, y no se debe al mal que siento
El bien que me negais, Estrella mia.

LX.

¿Quién debe, sino yo, acabar el llanto;
Que de mis esperanzas derribado,
Me veo en tal miseria y apartado
De aquella luz que ausente alabo y canto?
Mi alma no soporta pesar tanto,
Y el nudo que la estrecha desatado,
Ligera irá con vuelo acelerado,
Sin descansar siguiendo su ardor santo.
Si esta indigna corteza la retarda,
Y lenta engaña el gozo de su gloria,
Corta, Amor, corta presto el flaco aliento;
Que solo el bien que en mi dolor me guarda,
Por la vida que pierdo tal vitoria
Dará, que en precio exceda á mi tormento.

LXI.

Aquí donde florece la belleza,
En cuyo dulce fuego el Amor prueba
Su flecha y mil trofeos nobles lleva,
Vi de mi luz serena la pureza.
Mi bien, que fué el valor y su grandeza,
En mi memoria mísera renueva,
Y entre pasado afan y cuita nueva
No espero algun remedio á mi tristeza.
De mi gloria ¡oh dichoso antiguo puesto!
¡Cuán desigual semblante en tí contemplo!
Cuán gran mudanza aflige la alma mia!
Oscuro el dia, y siempre el sol molesto
Te hiera, y seas de mi mal ejemplo
Hasta que en tí renazca mi alegría.

LXII.

Mientra Amor vos entrega los despojos
De quien suspira tierna y cuida y ama,
Yo en vano ausente ardo en tibia llama,
Viendo trocar mis flores en abrojos.
Vos en vuestro esplendor honrais los ojos,
Yo voy á do mi ciego error me llama;
Vuestro sol vos regala y vos inflama,
Yo en lenta pena enciendo mis enojos.
Dichoso vos, que nunca ó vuestra gloria
Fué de penosas ansias ofendida,
O sentisteis la fuerza del veneno;
Mas yo jamás, mezquino, sin memoria,
Sin triste mal de amor pasé la vida,
Y del mas corto bien fui siempre ajeno.

LXIII.

Yo vi en sazon alegre un tierno pecho
Ufano dulcemente con mi pena,
Y que anudarnos pudo en su cadena
El ya cortés amor con lazo estrecho.
Yo veo el bien que tuve ya deshecho,
Y mi segura fe de cuitas llena,
Y que el ingrato en impío afan condena
A quien halla en su agravio satisfecho.
Yo vi que no fui indigno de la gloria
Que en su rigor me usurpa la mudanza,
Y en sombra del olvido ya me veo.
Entristézcome siempre en la memoria,
Desfallezco medroso en la esperanza,
Y al fin pierdo la vida en el deseo.

LXIV.

Si el fuego idalio el tierno canto inspira,
Y en tu pecho, Amalteo, algun cuidado
La estrella infunde ya que en mar turbado
Te guia, osa herir tu culta lira.
Por ti Bétis humilde al Tebro admira,
Tebro, mayor que el Arno celebrado,
Y entre lucientes astros colocado,
Envidioso Eridano lo mira.
Contigo calla el coro de Elicona,
Que baña el cuerpo en su cristal corriente,
Y pierde el dulce niño los despojos;
Que del materno mirto la corona
Teje para ceñir tu sabia frente,
O canta ó cierre siempre Amor sus ojos.

LXV.

Si yo puedo vivir de vos ausente,
Fálteme siempre el bien y ofenda el cielo,
Y al débil cuerpo mio en leve vuelo
La alma, suelta del peso, no sustente.
Si puedo respirar sin el presente
Vigor de vuestra luz, el impío suelo,
Lleno de eterna sombra y desconsuelo,
Entre el perdido número me cuente.
Si padezco doliente y apartado,
Si se enajena el bien que en vos tenia,
¿Por qué no rompe el pecho esta mudanza?
Si muero do se pierde mi cuidado,
A mis ojos Amor ¿por qué no envia
Un solo rayo dulce de esperanza?

LXVI.

A Alfonso Ramirez de Arellano, autor de un soneto en su elogio.

Alfonso, vuestro noble y grave canto,
Con quien de eternos giros la armonía
Asuena, celebrar de la Luz mia
Debiera la belleza que honro y canto;
Que yo la dura fuerza de mi llanto
Muestro, y mal fiero y la ponzoña fria,
Y el bien que á mi esperanza se desvia,
Cuando en cuitoso son la voz levanto.
No que á mi nombre humilde diera gloria,
Que ya osa alzar igual por vos la frente,
A quien ilustra el Arno, grato al cielo;
Mas estimar si puedo esta memoria
Verá el ilustre reino de Ocidente
Cuánto en vuestra alabanza ensalzo el vuelo.

LXVII.

A los que murieron en Africa con el rey don Sebastian.

Con triste voz ¡oh triste musa! suena
De estos excelsos héroes la memoria,
De quien recela el hado la vitoria,
Y las mustias exequias mustia ordena.
Porque pueda cantar, si en tanta pena
Da lugar el dolor, la ingrata historia,
Esparce en tanto en honra suya y gloria
El jacinto, amaranto y azucena.
Vos, no rendidas almas generosas,
Con desigual asedio y dura suerte
En la ribera Libia, que el mar baña,
Al cielo id veneradas, id dichosas;
Que no osará negar soberbia muerte
Que sois eterna luz y prez de España.

ELEGÍA VI.

A Juan de Malara.

En tanto que, Malara, el fiero Marte
Y el no vencido pecho del tebano
Ensalzas por do el sol su luz reparte,
Yo, siguiendo el error de Amor tirano,
Vivo en usadas quejas y lamento,
Y crezco en mi dolor, temiendo en vano.
Doy culpa á la ocasion de mi tormento,
Que no pueda ablandar de su dureza
La fuerza y el rigor del mal que siento.
No encarezco del daño la grandeza;
Que no soy en mi llanto ambicioso,
Ni procuro alabanza en mi tristeza.
Sirvo mas al dolor impetuoso
Y á la infelice suerte de mi estado
Que al deseo de nombre ingenioso.
Esto es último fin de mi cuidado,
En esto espero merecer la gloria,
Igualmente penoso y engañado.
Solo es el bien que busco y la vitoria
Agradar á mi Luz, y que mi canto
Haga de mis trabajos la memoria.
Entre suspiros dieron y entre llanto
La edad florida, el pensamiento incierto,
Ley á los versos míseros que canto.
Rendida juventud mi estrago cierto
Dudando lea, y quien en lazo eterno,
Cual yo, espera acabar de bien desierto;
Que alguno que tuviere pecho tierno
Celebrará en mis penas la firmeza,
Y culpará el furor del mal interno.
En mi Luz admirando la belleza,
El rico cerco de oro y dulces ojos,
No alabará el desden y su tibieza.
Hallará de amor triste los despojos,
Oscura piedad, poca alegría,
Claro el dolor y muchos los enojos.
Y alguna á quien la indigna suerte mia
Y su no cierta fe inclinar apena
Puede, dirá llorosa en su agonía:
«Si Amor, que á sus cruezas me condena,
Tanto bien me hiciera, que estrechara
A mí y á ti en su yugo una cadena,
»Ni yo de amante ingrato me quejara,
Ni tú de mi dureza; que antes diera
Debido y justo premio á fe tan rara.
»Mas tú, si este cruel con diestra fiera
Te hiere el pecho, dignamente airado,
Que altivo de su imperio salgas fiera (6),
»A Alcides dejarás desamparado,
Y será aquel soberbio y alto canto
En cuitoso y humilde trasformado.
Cubrirá del olvido el negro manto
Sus hechos, y tendrán fiel membranza
Tus cuidosos afanes y tu llanto.
Otra mas grave lástima y mudanza
Te ofrecerá el dolor terrible cuando
Faltare á tus fatigas la esperanza.
Codiciarás en vano el verso blando
Que mitigue suave aquella saña
Que te aflige, ya misero llorando.
Verás entonces bien que Amor se extraña
De administrar el canto piadoso,
Que en deleitoso ardor al alma engaña.
Estimarás entonces congojoso
La lira que cantar mis males usa,
Y el verso antes caido y lagrimoso;
Y al duro son del hierro y voz confusa
Del marcial estruendo preferida
Será por ti mi tierna y simple musa;
Y no podrás callar en tu crecida
Desdicha y ansia; tu amoroso pecho
Ardió siempre en su llama esclarecida.
No te pese que tenga Amor deshecho
Tu preso corazon en dulce fuego,
Y que esté de tu agravio satisfecho.
Si te da de su gloria parte luego,
Si consagra tu canto, si vencido
De él, yace el vencedor olvido ciego,
Por ti será su cetro conocido
De los purpúreos fines de Oriente
Hasta el lecho de céfiro ascondido;
Y de la fria Cintia al cerco ardiente
Irá perpetuo el nombre glorioso
Mientra encendiere en Ida el sol la frente.
El verso dulcemente generoso
Tendrá sublime honor y soberano
Del terso y culto Laso y amoroso.
Tal á su bella Laura el gran toscano
Cantó con alta, insigne y noble lira,
Guiando el niño rey su diestra mano;
Y de su Delia tal gemir la ira
Se vió el romano amante en voz quejosa,
Y por la ausente Némesis suspira.
Será eterna la llama milagrosa
De aquel que ciñe Febo el verde lauro,
Y enciende amor con fuerza poderosa;
Que do en Genil se mezcla el breve Dauro,
Ardiendo osadamente en furia pia,
Suena en el seno arabio y ponto mauro,
Vivirá de Vandalio la porfia,
La aquejada pasion y el puro canto,
Que murmurando Bétis hondo oia;
Y tú tambien harás con tierno llanto
De tu afanada pena honrosa historia,
Que te dará este premio el furor santo.
Yo, que esperé mendigo un tiempo gloria,
Loando de mi Luz la hermosura,
Temo que no merezco esta vitoria;
Porque ausente el rigor de mi ventura
De toda mi esperanza y bien me tiene,
Y siempre aguardo nueva desventura
Al dolor, que penando me sostiene.

ESTANZAS PRIMERAS.

Podrá fuerza cruel de airado cielo,
Y hacer suerte adversa de mi hado,
Que pise peregrino estéril suelo
O sulque el ancho piélago apartado;
Y no que de la fe el seguro celo
Se mude y dé lugar á otro cuidado,
Y entre, á grado de la alma ó á despecho,
Nueva llama de amor en este pecho.
No es brio de lozano pensamiento
Ni liviana promesa y mal cumplida;
Certeza firme sí de noble intento,
Que durará en el curso de mi vida;
Aunque ofendo al honor de mi tormento
Declarando verdad tan conocida,
Pues basta ser la causa de mi pena
La gran beldad de vuestra luz serena.
La luz serena vuestra y beldad pura,
Que sola en vos eterna resplandece,
El tierno acogimiento y la dulzura

(6) Herrera, en sus *Anotaciones á Garcilaso*, puso este tercetto con las variantes que se verán:

Mas tú, si amor con flecha diestra y fiera
Te hiere el pecho, dinamente airado
De verte, altivo, de su imperio fuera.

Do espira, y en mi alma el amor crece;
Así me desvanecen la ventura,
Que se pierde en el bien que no merece;
Porque es la mayor gloria que se alcanza,
Padecer en mi mal sin esperanza.
Tan encogido estuvo mi deseo,
Que aun del dolor no pretendió memoria;
Nunca se aventuró mi devaneo,
Y puse siempre en el temor mi gloria.
Amando me contento, y no deseo
Esto de vos, y pierdo esta vitoria,
Si se puede decir que la ha perdido
Quien ama tan cortés y comedido.
Volved la alegre luz de vuestros ojos,
Y afijad en los mios su belleza,
Porque renueve en ella los despojos
Y afine la alma de esta vil corteza;
No querria mas bien de mis enojos,
Que publicarse en toda la grandeza
Que el cielo ve, que tuve sufrimiento
Igual á mi osadía y mi tormento.
Despues que ya no pudo estar cubierto
El dolor en que vivo, de mi extraño,
Y amor me hizo osado al descubierto,
Lo menos de mi afrenta fué y mi daño
Lo mucho que sabeis; que el riesgo cierto
Que paso en mi temor y usado engaño,
Ni se puede decir como se siente,
Ni sentirse de pecho diferente.
Solo espero en dolor tan inhumano
Que conozcais que sin algun reposo
Lo sufro, y estoy siempre mas ufano
Cuando en mi afan me hallo mas penoso;
Si mereciese yo de Amor tirano
Este bien, en mis lástimas dichoso,
Podria ya cuidar que en vos no prende
Menos el vivo fuego que me enciende.
No cabe en la fortuna humilde mia
Tanto bien; sobra haber de vos oido
Que no vos desagrada mi osadía,
Y place ver en este error perdido;
El grande amor, medroso, desconfia,
El pequeño contino es atrevido;
Quien ama poco espere mucho; pero
Yo, que amo mucho, poco bien espero.

SEXTINA IV.

Dejo la mas florida planta de oro,
Y lloro ausente y solo aquella lumbre
Que sigo, y siento el pecho arder en fuego;
Mas el estrecho lazo de la mano
Me alienta, y la dulzura de la boca,
Que puede regalar la intensa nieve.
Yo recelé la fuerza de la nieve
Cuando no pude ver el árbol de oro,
Y perdí las palabras de su boca;
Pero volvió al partir la alegre lumbre,
Y con el blanco hielo de la mano
Todo me destempló en ardiente fuego.
Ardió conmigo junto en dulce fuego,
Y el rigor desató de fria nieve,
Y el corazon me puso de su mano
En la mia, y tendió los ramos de oro;
Y vibrando en mis ojos con su lumbre,
Ambrosia y néctar espiró en su boca.
Si oyese el blando acento de su boca,
Y fuese de mi pecho al suyo el fuego
Que procedió á mi alma de su lumbre,
Yo jamás temeria ingrata nieve;
Y cogiendo las tersas hojas de oro,
Crinaria mi frente con su mano.
Mas ya me hallo lejos de la mano,
Y no escucho el sonido de su boca
Ni veo la raíz luciente de oro;
Y no me abraso todo y vuelvo en fuego,
Pues crece siempre en mi dolor la nieve,
Y ¿no ofenden mis lástimas mi lumbre?
Abre, dulce, suave, clara lumbre,
Las nieblas, y mitiga con tu mano
Mi sed, y la dureza de tu nieve
Desencoge y resuelve, pues tu boca
Fué la última causa de mi fuego,
Y contigo me enreda el tronco de oro.
Yo espero ya, flor de oro y pura lumbre,
Tocar la tierna mano y vuestra boca,
Que deshiele en mi fuego vuestra nieve.

ELEGIA VII.

La llama que destruye el pecho mio,
Y consume cruel en fuego eterno,
Se alienta en el rigor de vuestro frio.
¿Qué nieve que engendró sitonio invierno
Basta contra su fuerza? Qué dureza
Cerca ese corazon medroso y tierno?
De mi encendido Etna la braveza
No puede regalar el tardo hielo
De vuestra blanda y áspera belleza.
Aunque de la herviente Libia el cielo
Con intensos ardores abrasase,
Y siempre el rojo sirio nuestro suelo;
Y aunque las llamas todas exhalase
De su ahumada cumbre Tifoeo,
Y con guerra al olimpo fatigase;
Con mi dolor, con mi denuesto creo
Que no podrán romper el hielo vuestro,
Ni el incendio podrá de mi deseo.
Favoreció al ardor el amor diestro,
Que le dió vida luenga en mis entrañas,
Y fuí yo mesmo en mi pasion maestro.
Aquí tienen principio sus hazañas
En la tibieza vuestra y en mi llama,
Con gloria en el suceso y pena extrañas.
Hiélase en vos Amor, en mí se inflama,
La pena que me dais tengo por gloria.
Vuestro desden me aparta, Amor me llama.
Gran valor y honra es la victoria
De un vencido, y soberbios los despojos
De un desdichado amante y sin memoria.
Conocí yo el poder de vuestros ojos,
Rendíme, y sujeté mi libre cuello
Con aquejada cuita á mis enojos.
Tejióme en bellos lazos el cabello,
Que excede al oro arabio, la cadena
Que el mal me causa y fuerza á sostenello.
La boca, en que el alado niño suena
Con armonía alegre y risa honesta,
El furor acrecienta de mi pena.
Grave error, grave culpa mia es esta,
Pues admito recelo en mi tormento,
Y á mi osadía miedo vil molesta;
Porque mi aventurado pensamiento
Halla bienes de amor jamás pensados,
Y regalos de tierno sentimiento.
¡Ay! los favores casi á fuerza dados,
La habla, la dulzura y el consuelo,
Que dan tarde los ojos recatados,
Trasportado me tienen en el cielo,
Y ledo en su memoria el bien contemplo,
Que igual no estrenó amante en mortal velo
Yo sé que muero ya y que soy ejemplo,
Aunque ofrecido al mal de mi cuidado,
De venturoso amor en alto templo.
Solo estoy de un afan desconhortado,
Que del fuego que sufro una centella
No entra en vuestro corazon helado.
Si Amor permite que esa luz, mi bella
Llama, vibre sus rayos en mi vista,
Y que el ardor presente lleve en ella,
Sé que no habrá tormento que resista
Mi gloria, y cuido ufano que el trofeo
Alzaré vencedor en mi conquista;
Que la divina fuerza que en vos veo,
Podria desatar la nieve fria
Y el hielo envejecido del Rifeo.
Gloriosa, serena estrella mia,
Relucid en el fuego que consiento,
Y dad nuevo vigor á mi osadía;
Que á vuestra alteza inclita presento
Mi dolor, mi cuidado, el daño cierto
Y el blando y lastimoso sentimiento.
Los suspiros fogosos que yo vierto
Darán fe de mis males, y admirada,

Enterneced tal vez el pecho yerto.
Sois vos mi estrella sola venerada
De la alma, que vos honra con firmeza,
Aunque no agradecida, no mudada.
Yo procuro hacer vuestra belleza
Perpetua con osado y noble canto,
Que en el tiempo asegure su grandeza.
Aliento me da Amor, con que levanto
La voz, no inferior á eterna fama,
Cubierto de purpúreo y rico manto.
Y en el ardor dichoso de mi llama
Se deshará quien viere el nombre escrito,
El nombre que en suave amor me inflama,
Tendrá jamás el término prescrito;
Porque como su inmensa hermosura
Y su valor, así será infinito.
Cual vuela la paloma blanca y pura,
Tal en la gloria, que suspenso honoro,
Mi canto volará con voz segura.
Luces bellas, sortijas crespas de oro,
Mano en nieve y en púrpura teñida,
Dulce boca, de amor dulce tesoro;
Gracia, risa, armonía nunca oida,
Valor, ingenio, conceded la gloria
A quien por vos de todo el bien se olvida;
Que aunque se debe al cielo esta vitoria,
Mi fe es digna que sola tal hazaña
Celebre y alce en vuelo su memoria
Por cuanto señorea y vence España.

SONETO LXVIII.

De aquella ardiente luz y ardor luciente,
En quien los ojos abre el amor ciego,
Centellas de suave y blando fuego
Vuelan con alas de oro dulcemente.
Unas llegan al orbe, á do presente
Vénus, estrellas puras forma luego,
Que le ornan mas, errando en bello fuego,
Que el Héspero hermoso al ocidente;
Mas otras, descendiendo por mi suerte,
Para darme valor, al tierno pecho,
Lo abrasan, condenado á eterna pena.
Yo pido, por envidia de mi muerte,
Que en este corazon, de amor deshecho,
Todas ponga mi alegre Luz serena.

LXIX.

Suave Filomela, que tu llanto
Descubres al sereno y limpio cielo,
Si lamentaras tú mi desconsuelo,
O si alcanzara yo tu dulce canto,
Prometer á mi cuita osara tanto (7),
Que esperara el dolor algun consuelo,
Y que tal vez moviera tierno celo
Los ojos cuya bella lumbre canto (8).
Mas tú con puro acento y armonía
Tu afrenta, y gimes bárbaros despojos,
Yo, triste, mayor daño ausente lloro (9).
Quiera Amor que tu voz la pena mia
Resuene, ó que yo alivie mis enojos.
Vuelto en tí, ruiseñor blando y canoro (10).

(7) Yo prometiera á mis trabajos tanto,
Que esperara al dolor algun consuelo.

(8) Los bellos ojos, cuya lumbre canto.

(9) Mas tú, con la voz dulce y armonía
Cantas tu afrenta y bárbaros despojos;
Yo lloro mayor daño en son quejoso.

(10) O haga el cielo que la pena mia
Tu voz suene, ó yo cante mis enojos,
Vuelto en tí, ruiseñor blando y lloroso.

Pedro de Quirós, poeta sevillano del siglo XVII, cuyas obras están inéditas en la biblioteca Colombina, imitó este soneto en el que principia:

Ruiseñor amoroso, cuyo llanto
No hay roble á quien no deje enternecido,
¡Oh, si tu voz cantase mi gemido!
Oh, si gimiese mi dolor tu canto!

LXX.

Volved, suaves ojos, la luz pura,
Si á esto da lugar vuestra grandeza,
Y templad mi dolor; que la dureza
No cabe en vuestra inmensa hermosura.
La soberbia y desden harán oscura
La mucha claridad de vuestra alteza,
Y no es blason de singular belleza
Trocar en mal el bien de mi ventura.
Despues que Amor dejó, serenos ojos,
Por vos el celeste orbe, el dulce puesto
Mejoró alegre en vos, y honró la tierra.
Mirad ó no mi cuita y mis enojos
(¡Tal es mi noble afan!), yo estoy dispuesto
Para morir ufano en esta guerra.

LXXI.

El roto lazo habia ya del muerto
Fuego alegre, del cuello sacudido;
Mas fué en vano el reposo concedido,
Y recreció mayor el desconcierto.
Amor á vuestros ojos trajo cierto
El corazon, y en ellos defendido,
Allí encendió su flecha, allí herido
Vos entregué mi pecho, al hierro abierto.
En la tibia ceniza resplandece
De vuestra dulce luz centella ardiente,
Y su blando calor desata el frio.
¡Oh cuál venganza al justo rey se ofrece!
Porque ya vuestro ardor mi pecho siente,
Y siente vuestro pecho el hielo mio.

LXXII.

Amor, ¿para qué vale el sufrimiento
En un pecho enseñado á tanta gloria,
Si es todo lo que guarda la memoria
Causa de afan al alma, y de tormento?
Porque no pierde triste el flaco aliento
Quien perdió, y no en su culpa, la vitoria,
Y de su dulce bien la alegre historia
Vió trocar en eterno sentimiento.
¿Por qué se esfuerza en vano mi esperanza;
Y ajeno en luenga ausencia de mi suerte,
Me sostiene en dolor y llanto fiero?
Harto es al que padece en tal mudanza
Poder honrar su vida con la muerte,
Que lentamente llega al fin postrero.

ESTANZAS SEGUNDAS.

Oid atenta el son del tierno canto,
Hermosa estrella mia; que yo veo
En vuestra luz la llama en quien levanto
Ardiendo prestas alas al deseo.
Por vos venzo el dolor y rindo el llanto,
Y lleno de la gloria que poseo,
Hallo que en vos mi pena me disculpa,
Y en mi dichoso mal estoy sin culpa.
Enciéndeme las venas este fuego,
Las junturas y entrañas abrasadas
Siento y nervios, y siento correr luego
Las llamas por los huesos dilatadas.
Mi llanto el ardor tiempla, y si sosiego,
Las centellas resuenan alentadas.
El fuego en la ceniza me revuelve,
Y en lágrimas el pecho el amor vuelve.
Cuando en vos cuido, en alta fantasía
Me arrebato y ausente me presento;
Y crece, contemplando, mi alegría,
Donde vuestra belleza represento
Las partes con que siente la alma mia,
Enlazada en mortal ayuntamiento,
Y recibe en figuras conocidas
Al sentido las cosas ofrecidas (11).

(11) HERRERA puso esta octava y la siguiente en sus *Anotaciones á Garcilaso*, con las variantes que observará el curioso:

Cuando en vos pienso, en alta fantasía
Me arrebato y ausente me presento,
Y crece contemplándoos mi alegría
Donde vuestra belleza represento.

Aunque en honda tiniebla sepultado,
Y estó en silencio oscuro y ascondido,
Casi en perpetua vela del cuidado
Se aduermen, y en el dulce bien perdido,
De esta memoria, en puro amor formado,
Se vencen, y allí todo suspendido
El espíritu vos halla, y tanto veo
Cuanto pide y espera mi deseo (12).

Con la grande igualdad que en la belleza
Vuestra mi alma tiene semejante,
Que trasfigure en mi vuestra grandeza
Me fuerza, y á mí en vos, y del semblante
Suavé y luz procede con terneza
A los ojos de vuestro humilde amante
Un furor blando, en que me pierdo, y cuanto
La vista alegra, crece el mal y el llanto.

Amor me hiere, y hace que mi pena
Exceda á la que ha sido mas terrible,
Y sufre, de mi alma hecha ajena,
Mas dolor que el que puede ser sufrible.
Solo estoy do se ufana y se condena,
Y estoy do al tardo cuerpo no es posible;
Pero gozo en mi afan de tanta gloria,
Que si es fiero, es eterna mi memoria.

Casi sin esperar, mi Luz, vos temo,
Y en temor infinito sirvo y amo
Con infinito amor, y en tanto extremo
Mas dudo cuanto siempre mas me inflamo;
Y llega mi recelo á lo supremo
Del peligro, y tal vez si triste llamo
La esperanza al favor, se me retira
Y léjos de salud mi empresa mira.

Peno, y por vos estoy sin esperanza,
Y menos me debiera si aplacara
La fuerza del tormento en confianza,
Pues por mi bien honrándome penara,
Y no por el valor que la alma alcanza;
Y esta suerte de mal, dichosa y rara,
Me obliga á presumir en mi cuidado,
Ajeno de remedio y olvidado.

Tengo esperanza de mas pena, y tengo
Por ella alguna cuenta de esta vida,
Que aborrezco, y la cuita que sostengo,
Menos, cuanto es mas áspera, es temida.
Desamo el bien, y en el dolor me vengo
De la engañada libertad perdida
Y de mí, que temia, simple y vano,
La gloria de morir á vuestra mano.

No tengo de vos bien, sino el cuidado
Que siente el corazon, y es mejor parte
Esto del don mas noble y estimado
Que vuestra incierta piedad reparte.
Tan secreto lo encubro y tan guardado,
Que jamás daré de él alguna parte;
Que solo nací yo para tenello,
Y él para darme muerte en merecello.

No esperé yo algun bien cuando mis ojos
Vos dieron de mi alma la vitoria;
Los males esperé de mis despojos,
Y ellos aplacen tanto á mi memoria,
Que ya no trocaré de mis enojos
El menor por el bien de mayor gloria
Que no venga de vos, y en ellos vivo
Tan hecho, que al descanso estoy esquivo.

Procuro, si el dolor ya nunca muere,
Que nazca mas dolor de vuestra mano,
Porque me esfuerce con razon y espere
Ser digno del tormento soberano;
Y Amor jamás podrá que desespere
Quien ve que su sandez no salió en vano,
No para confiar de bien alguno,
Sino para otro mal mas importuno.

Solo mi bien, mi galardon crecido
Es, que cuideis que, aunque por vos yo peno,
Haciendo lo que debo, en lo servido
De esperanza de premio estoy ajeno;
Que en admitir mi pena agradecido
Queda cuanto en mis males hay de bueno;
Y no que vos lo agradezcais, Luz mia;
Que no se inclina á tanto mi osadía.

Deuda es esta de amor, que siempre hago;
Si la compenso, gloria no merezco,
Pena si, con la cual no satisfago
Si el tormento huyere, á que me ofrezco;
Bien conozco esta culpa, y no la pago
Por su valor en cuanto mal padezco;
A perder de tal suerte me aventuro,
Que en la vida la muerte me aseguro.

El premio que se guarda á la fe mia
En fin de mis trabajos y mi engaño,
Es quedar con mas fuerza y agonia
Otro para pasar cruel y extraño.
Amenázame un mal, y se desvia
Para otro nuevo mal y nuevo daño;
El que viene mas fiero no me mata,
Porque de otro mayor se desbarata.

Ausente en soledad, me huelgo tanto
Por el mal que me causa mi tristeza,
Que es mi gloria en la fuerza de mi llanto.
Atender solo á él y á su dureza
Las horas que pasé y el tiempo canto
Del bien perdido, y puesto en su aspereza,
Pienso lo que ya fui, y en ello espero;
Que en lo que soy ahora desespero.

Si vos puede acordar alguna muestra
De esa inmensa belleza esclarecida,
Dadle toda la culpa, y será vuestra
La osadía á mi alma consentida;
Sea, si sufris vos la culpa nuestra,
Sea la pena sola de mi vida;
Que mi fe del error que ufano intento
Me asegura en mis miedos y tormento.

Aquiste piedad tan corta y justa
Sola mi voluntad, por quien soy vuestro;
Que será presuncion y saña injusta
Si no dais al amor el error nuestro;
Y si vuestro desden airado gusta
De mi muerte, bañad el brazo diestro
Con hierro agudo en sangre de mi pecho;
Que yo estimaré alegre el daño hecho.

Haced cuanto vos place y vos enseña
La ingrata condicion y suerte altiva;
Que mis despojos conocer desdeña,
Terrible á mi pasion y siempre esquiva;
Que aunque estéis mas instable y zahareña,
De tal parte mi lástima deriva,
Que ni volver podrá rigor ni pena
Mi voluntad de vos un punto ajena.

Si compasion vos mueve al dolor mio,
Por el bien donde ledo me vi puesto
Sea, no por el mal, en quien porfio,
Pues de mi grado me es, y fué molesto.
Mirad cuánto en mis ansias me confio,
Que no salir de sujecion protesto;
Y si cuido que en esto vos obligo,
Sedme vos y Amor siempre mi enemigo.

¡Cuánto me sois en deuda si he temido
Nunca en dificil trance la mudanza!
Mas ¿qué mal contrastar al atrevido
Pecho puede, que honrais con la esperanza?
Si en peligrosas ondas sacudido
Temí, desesperado de bonanza,
Vuestro favor me falte, que el cuidado
Ni ausente recelé ni desdeñado.

Si en honra de mi pena vos agrada,
Permitid cortesmente mi osadía;
Volved con luz serena y regalada
Los ojos que me tornan la alegría,
Porque en mortal trabajo desmayada,
No acabeis esta ufana suerte mia;
Pero si no sufris mi mucha gloria,
Y entregais al olvido mi memoria;

Las partes con que siente la alma mia
Enlazada en mortal ayuntamiento,
Y recibe en figuras conocidas
Al sentido las cosas ofrecidas.

(12) Aunque en honda tiniebla sepultado
Y estó, y grave silencio y ascondido,
Casi en perpetua vela del cuidado
Se me adormece, y en el bien crecido
Desta memoria con amor formado
Se vencen, y allí todo suspendido
El espíritu os halla, y tanto veo
Cuanto pide el amor y mi deseo.

Aunque no lo merezca el pensamiento,
Siempre á vuestros deseos enseñado,
Pues buscais, dura y áspera, el tormento
Y última afrenta al corazon cansado,
Porque nunca me duela el sentimiento,
Quejoso de no haberos agradado,
Mis males pido solos y mi engaño,
Y vos quedad contenta con mi daño.

ELEGIA VIII.

A Galatea.

El sol del alto cerco descendia,
Y el paso lentamente apresuraba,
Y no espiraba la aura mansa y fria,
Cuando suspenso el curso con que lava
El sacro muro, honor de hesperia fama,
Bétis la frente ovosa triste alzaba.
No viendo la cruel por quien derrama
Mil suspiros llorosos, en voz ajena
Dijo, ardiendo de amor en fiera llama:
«¿Adónde estás? Escucha de mi pena
La fuerza, que en tu ausencia reverdece,
Y á mayor mal me obliga y me condena.
»Vén, ninfa, adonde el ciclamor florece,
Que en la entrepuesta hiedra está sombrío,
Y do, al timble igualando, el pobo crece;
»Que todo cuanto abraza este gran rio
Es mio, y será tuyo si tú vienes.
Vén, ¡oh! vén, Galatea, al llanto mio.
»¿Qué tardas? ¿Por qué, ingrata, te detienes?
No canses mi esperanza, que afligida
Penando en confusion y en miedo tienes.
»Una guirnalda guardo retejida
De siempre ardientes rosas, blancas flores,
Y de violas blandas esparcida;
»Que enlazada en tu frente con olores
Que cria el Oriente fortunado,
Encenderás los sátiros de amores.
»Cubrirá de ostro asirio un estimado
Y rico manto el cuerpo bello y puro,
Envidia de las naides y cuidado.
»Consagraré á tu nombre un bosque oscuro,
Con empinados árboles tendido,
Que nunca ose cortar el hierro duro.
»Mas esto, Galatea, si rendido
No ha tu altivo corazon, yo quiero
Prometer otro don mas escogido.
»Las torres que el tebano alzó primero
Mira, á quien la cerúlea y alta frente
Y el curso inclina el mar de Atlante fiero;
»Do vibra la asta Marte, que caliente
Bañó en la sangre maura, y llena de ira
Pone á la aurora el yugo y ocidente;
»Donde valor, virtud el cielo inspira,
La grandeza, el imperio glorioso
Y felice fortuna siempre aspira.
»En estos dará Febo poderoso
A sublimes espíritus noble aliento
Con industria y cuidado generoso.
»Habrá quien cante humilde su tormento,
Quien beligero horror y aguda espada,
Y quien el dulce y rústico lamento;
»Que aunque tú de pastores celebrada
Seas en Aretusa y Mincio frio,
Y del lascivo sulmonés cantada,
»Si atiendes á su alegre desvarío,
Te agradará en mis brazos blandamente
Su canto, que suspira el dolor mio.
»Vén pues, vén, Galatea, que el ardiente
Calor á estas mis ondas te convida,
Templadas con el céfiro presente;
»Y en la secreta urna y ascondida
Tratarémos de amor suave y blando,
Sin nunca desear mas dulce vida.
»Cantando yo, tú ayudarás sonando,
Y la zampoña y canto confundido
Con lazo estrecho, al fin irá cesando.
»Dichoso yo si alcanzo lo que pido;
Que sí lo alcanzaré, pues tu deseo
No aborrece los juegos de Cupido.
»Aunque á la siracusia ninfa Alfeo
Busque, y con Ilia el Tebro venturoso,
Y este con Tiro el hórrido Enipeo,
»Ensalzaré yo el curso espacioso
Con puras ondas, esmaltado y lleno
De esmeraldas el suelo deleitoso;
»Y el vaso de cristal y claro seno
Coronaré con oro y perlas bellas,
La aura esparciendo espíritu sereno.
»Infundirán propicias tus estrellas
Virtud al campo alegre y flor hermosa,
Y arderé yo inflamado en sus centellas.
»¿Qué lira habrá, qué cítara llorosa,
Que no se rinda humilde y dé la gloria?
Qué silvestre zampoña y amorosa?
»Será eterna y sagrada tu memoria
En cuanto ciña el mar y Cintio vea,
Pues das al amor mio esta vitoria,
Mi dulce, bella, amada Galatea.»

SONETO LXXIII.

La luz serena mia, el oro ardiente,
En mil cercos lucientes dividido,
Y en dulce nieve y púrpura teñido,
Casa, el color suave de la frente,
Canto, y como el ingrato Amor consiente,
Ciego en su esplendor bello, estoy herido,
Y oscurezco sus glorias, ofendido
De tanto bien, con lira y voz doliente.
Oso, y aunque el deseo me levante,
El peso es grande, y culpa mi osadía
Quien amara el peligro de mi pena;
Mas el cielo cansó al soberbio Atlante,
Y no es mayor su empresa que la mia,
Pero si el vano error que me condena.

LXXIV.

Cuando el dolor desmaya al sufrimiento,
Estoy de todo bien desamparado,
Y sacudir del cuello quebrantado
Pruebo el yugo inmortal de mi tormento;
Mas, viendo el oro terso suelto al viento,
O entre sortijas bellas enlazado,
Vuelvo alegre de nuevo á mi cuidado;
¡Tan dulce me es por él el mal que siento!
Al ardiente crispar de dulces ojos
Del tierno y puro amor hermosa llama,
Descubro sin temor el pecho abierto.
Mal puedo yo negalle mis despojos
Si blanda enciende y áspera me inflama,
Y con el mal y el bien me tiene incierto.

LXXV.

Ahora, que cubrió de blanco hielo
El oro la hermosa aurora mia,
Blanco es el puro sol y blanco el dia,
Y blanco el color lúcido del cielo.
Blancas todas tus viras, que recelo
Es blanco el arco y rayos de alegría,
Amor, con que me hieres á porfía;
Blanco tu ardiente fuego y frio hielo.
Mas ¿qué puedo esperar de esta blancura,
Pues tiene en blanca nieve el pecho tierno
Contra mi fiera llama defendido?
¡Oh beldad sin amor! Oh mi ventura!
Que abrasado en vigor de fuego eterno,
Muero en un blanco hielo convertido.

LXXVI.

Por estrecho camino, al sol abierto (13),
De espinas y de abrojos mal sembrado,
El tardo paso muevo, y voy cansado
A do cierra la vuelta el mar incierto.
Silencio triste habita este desierto,
Y el mal que hay me importa ser callado;
Cuando acaballo cuido, acrecentado
Veo el sendero y veo el daño cierto (14).

(13) Por un camino solo al sol abierto.

(14) Y el mal que hay conviene ser callado;
Cuando pienso acaballo, acrecentado
Veo el camino, y mi trabajo cierto.

A un lado empina yerto inmensa cumbre
El monte hórrido, opuesto al alto cielo;
Corta un despeñadero la otra parte.
Crecer la sombra y anublar la lumbre
Siento, y no hallo, solo en mi recelo,
A dó pueda valerme alguna parte (15).

LXXVII.

Temiendo tu valor, tu ardiente espada,
Sublime Carlo, el bárbaro africano
Y el espantoso á todos otomano
La altiva frente inclina quebrantada (16).
Italia, en propria sangre sepultada,
El invencible, el áspero germano,
Y del francés osado el pecho ufano
Al yugo rinde la cerviz cansada (17)
Alce España los arcos en memoria,
Y en colunas á una y otra parte (18)
Despojos y coronas de vitoria;
Que ya en tierra y en mar no queda parte (19)
Que no sea trofeo de tu gloria,
Ni resta mas honor al fiero Marte (20).

LXXVIII.

Si algo puedo cuidar que vos ofenda,
Muera en ausencia vuestra perseguido,
Y en ciego engaño y confusion perdido,
A remediar mi daño nunca atienda;
Y jamás la esperanza me defienda
De ese injusto desden y tibio olvido;
Y cuando mas me importe ser oido,
Tarde la voz de mi dolor se entienda.
Pero si no da entrada el pensamiento
A cosa que no sea vuestra gloria,
Y de cuanto es ajeno se desvia,
¿Por qué negais, ingrata á mi tormento,
Que se ufane mi mal con la memoria
De ser la causa vos, Estrella mia?

CANCION III.

Desnuda el campo y valle el yerto ivierno,
Y empaña en torno al cielo desvelado
Negra faz de enemiga oscura niebla,
Y el sereno esplendor del sol eterno
Se confunde en una hórrida tiniebla,
Y rendido á mis lástimas, cuitado,
Miro el mísero estado
Que mi gloria enflaquece y confianza,
Cobrando siempre fuerzas la olvidanza,
Y la luz que en mi bien resplandecia
Asombró con mudanza
En triste noche al fin mi alegre via.
Esclarece en el último ocidente
El cielo, y los colores matizando,
Baña y orla la tierra de su lumbre;
Su claridad la yerba y la flor siente,
Y el árbol que corona su alta cumbre;
Mas yo, mezquino, mi dolor llorando,
Vó en vano lamentando;
Y la luz que mostraba su grandeza
Y me cubria de inmortal belleza,
Cerrada nube ofusca, y de mis ojos
La roba con presteza,
Y mi llanto acrecienta y mis enojos.
Con instable fulgor y rayos de oro
Cintia entre sombras altas aparece,
Y lleva al dulce amante á su cuidado,
A quien para gozar de su tesoro
La sazon y la suerte favorece;
Yo, laso, que me veo maltrado,
Solo y desconfiado,
Sin mi Lumbre en desierta noche y fria,
¿Qué traza seguiré? Qué cierta guia?
¿Quién podrá en esta niebla aborrecida
Adestrarme á la via
Que escogí de mi bien, tan mal perdida?
Va el piélago sulcando presurosa
La nave, enderezada de la estrella
Que gobierna su curso, y sin recelo
Sufre la ira del ponto procelosa,
Que con terror descarga toda en ella;
Yo, en quien su saña toda vierte el cielo,
El hondo mar del celo
Abro con frágil pino, y la luz clara
Veo anublarse y asconderse avara,
Ondas gemir, subir el golfo en alto;
¡Y cuán poco repara
Mi vida de la muerte el duro asalto!
En el horror nocturno brama airado
Y quebranta los árboles el viento,
Hasta que muestra el dia luz alguna,
Que retarda su ímpetu indignado,
Y espira deleitoso un blando aliento;
Mas en mi oscuridad y en mi fortuna
Una sombra importuna
Crece, encubriendo el lustre de la aurora,
Y su imágen los astros descolora.
Estruendo es todo, es ira, es furia horrible,
Y al enfermo que llora
Su mal es el remedio ya imposible.
Al dulce ardor primero y pura llama,
Las aves cantan ledas, y el rocío
Las flores cerca de esplendor luciente,
Que tiembla entre las perlas que derrama,
Y alegra el campo un aire tierno y frio;
Y cuando mi luz sale, el mal presente
Lloro, y de humor caliente
El suelo con mis mustios ojos baño,
Y no descanso con llorar mi daño;
Que mi dolor no admite algun consuelo.
Solo este desengaño
Del mal tengo en mi acerbo desconsuelo.

SONETO LXXIX.

Cuando el fiero tirano de Oriente
La afrenta que sufrió, con osadía
Se aventura á pagar, y, España mia,
Contrastas con valor su saña ardiente,
Amor se esfuerza en mi pasion doliente,
Y finge y me presenta una alegría
Vana, para que sienta en mi porfía,
Del bien cayendo, el mal mas duramente.
Yo cuido defenderme en mejor suerte,
Y resistir seguro el duro asalto,
Y descansar sin miedo en mi sosiego.
Cuando importa mostrar el pecho fuerte,
Me pierdo y hallo de valor mas falto,
Y rindo el corazon al hierro y fuego.

LXXX.

El sátiro que el fuego vió primero,
En su alegre esplendor embebecido,
Llegó á tocar, y conoció, encendido (21)
Que era, cuanto hermoso, ardiente y fiero.
Yo, que la luz vi, mísero, en quien muero,
Vuelto llama, engañado y ofrecido
A mi dolor, no en llanto convertido,
Cuidé triste acabar, como ya espero (22).
Belleza y claridad nunca antes vista (23)

(15) A un lado levantan su grandeza
Los ricos puntos, con el cielo iguales;
Al otro cae un gran despeñadero.
No sé de quién me valga en mi estrecheza,
Que me libre de amor y destos males,
Pues remedio sin vos, mi luz, no espero.

(16) Y el bravo horror del ímpetu otomano
La altiva frente humillá quebrantada.

(17) Y el osado francés con fuerte mano
Al yugo la cerviz trae inclinada.

(18) Y en colosos á una y otra parte.

(19) Que ya en la tierra y mar no queda parte;

(20) Ni le resta mas honra al fiero Marte.

(21) De su vivo esplendor todo vencido,
Llegó á tocallo, mas probó encendido.

(22) Yo, que la pura luz do ardiendo muero,
Mísero vi, engañado, y ofrecido
A mi dolor, en llanto convertido,
Acabar no pensé, como ya espero.

(23) Belleza y claridad antes no vista.

Dieron principio al mal de mi deseo,
Dura pena y afan á un rudo pecho.
Padezco el dulce engaño de la vista;
Mas, pues me pierdo al fin con cuanto veo,
¿Cómo todo ceniza no estoy hecho? (24)

LXXXI.

Alcé la vista acaso, descuidado
De mi futuro afan y cierta pena,
Destejida del cuello la cadena,
Que me trajo en mil males enredado;
Y queriendo mirar ¡ay duro hado!
El puro ardor de aquella Luz serena,
En quien amor me inflama y me condena
Y con sus flechas vibra el arco armado,
Sus ojos en los mios se encontraron,
Y con la fuerza de su fuego el pecho
Sintió la aguda vira en las entrañas,
Que no livianamente me abrasaron,
Y el golpe fiero descendió derecho
A mostrar en mi alma sus hazañas.

LXXXII.

Eustacio, yo seguí al Amor tirano
Esperando en su fe, por dolor mio;
Que al intenso rigor y ardiente estío
Prometido descanso busqué en vano.
Veo, y se me desliza de la mano,
La ocasion, y aunque en este ivierno frio
Inundo en luengo llanto el hondo rio,
Siento crecer el mal mas inhumano.
Vos, á quien Febo dió la dulce lira
Y la arte gloriosa de Melampo,
Remediad la pasion de un vuestro amigo;
Que la pocion de aquella que suspira
Por su cruel belleza el frigio campo,
Tal vez podrá tener valor conmigo.

ELEGIA IX.

Gustos de amor (25).

Rubio Febo y crinado, que ascondido
En el ondoso seno de ocidente,
Dejas el cielo en torno oscurecido;
Si en las rosadas puertas de oriente
Rielaren tus puros rayos y oro
Con ardor de luz nueva y roja frente,
Desvanezca el fulgor de tu tesoro;
Que hoy vi los ojos do perdí herida
Mi alma en la beldad que amando adoro.
Ya pasó mi dolor, ya sé qué es vida,
Ya puedo esperar bien en mi tormento,
Sin recelar mi muerte aborrecida.
Verás de tu sublime y rico asiento
La trenza que en mi afan se enreda y crece,
Suelta al tierno espirar del manso viento;
Las luces do rendido Amor se ofrece,
El semblante que en púrpura y en nieve
Dulcemente mezclado resplandece.
Pero sea, Titan, la vista breve;
Que si tu llama en ella se detiene,
Hará que en tí la suya el niño pruebe.
Clarar la tierra y polo te conviene,
Y no, ciego de aquella luz hermosa,
Que en medrosa tiniebla te condene.
Solamente á mi alma venturosa
El amor concedió de su belleza,
Y la vida y la muerte gloriosa.
Sienta el persa animoso mi riqueza,
Quien del Rin bebe osado la corriente
Y del Vístula admira la grandeza,
Mi gloria á la primera incierta fuente
Del fario Nilo, imitador del cielo,
Y corra á la apartada inculta gente,
Pues entre cuantos ciñe el mortal velo,
Dende el curso de Gánges resonante
Hasta el dichoso nuestro hesperio suelo,
Yo he sido el mas felice y cierto amante,
Y mi luz entre todas la mas bella,
Aunque el troyano incendio Homero cante.
No ilustra el giro excelso alguna estrella,
O corone á la esposa de Perseo,
O á quien de tí, Teseo, se querella,
Igual á esta mi luz, que alegre veo
Vibrar suaves rayos á mis ojos,
Y contiende en el mio su deseo,
Que de mi luengo afan de mis enojos
Repuso la ocasion, y abrió camino
Fácil entre el horror de los abrojos.
Mi alma siente ya el ardor divino
Con dulzura amorosa, y renovado
El regalo y sin fuerza el mal indino.
Vi su belleza inmensa, y vi alterado
Que el ánimo el placer me confundia,
Y la voz me dejó desamparado.
Llegó mi bien, y vi con alegria,
De favor blando el pecho enriquecido,
Y escuché el tierno acento y armonía.
Si del cielo me fuera concedido
Levantar en grandeza el nombre mio
Con diadema y cetro esclarecido,
Y al Indo ardiente y al Bisalta frio
Sujeto á mi poder, y al fiero viera
Que riega del Danubio el grande rio,
Sin esta luz serena, por quien diera
La vida, si Amor sufre tanta gloria,
El imperio y tiara no quisiera;
Que mas deseo solo y sin memoria
Estar humilde en pobre apartamiento,
Cantando de mi bien la ufana historia,
Que con ella viviera mas contento;
Y sé bien que alcanzara con su lumbre
Gloria al dolor y grave mal que siento,
Y á mi nombre lugar en alta cumbre.

SONETO LXXXIII.

Si la fuerza que ponen y cuidado
En mi dolor las lágrimas, pusiera
La voz de mi doliente suerte, fuera
El dulce son y llanto bien gastado;
Que el pecho ingrato vuestro al fin trocado
Con piedad y lástima se viera,
Y á mi estrecha esperanza no ofendiera
Desden tibio, ira injusta de mi hado.
Mas cuido que si el mísero lamento
Para gemir mi mal, y el nuevo canto
Que me enseña el amor, me ofrece el cielo,
Que, cual áspide sorda al tierno acento,
Negara al corazon, que temo tanto
Que ablande su rigor vuestro impio celo.

LXXXIV.

Esta desnuda playa, esta llanura,
De astas y rotas armas mal sembrada,
Do acabó al vencedor la ibera espada (26),
Es de España sangrienta sepultura.
Mostró virtud su precio, y la ventura (27)
Negó el suceso y dió á la muerte entrada,
Que rehuyó, dudosa y admirada
Del heróico valor la suerte oscura (28).
Venció otomano al español ya muerto,
Antes del muerto el vivo fué vencido,
Y Hesperia llora y Grecia la vitoria (29);
Pero será testigo este desierto
Que, si cayó muriendo, no rendido,
Tracia le rinde y Asia el nombre y gloria (30).

(24) Mas si me pierdo con el bien que veo,
¿Cómo no estoy ceniza todo hecho?

(25) Así Marchena intitula esta elegía.

(26) Do el vencedor cayó con muerte airada.
(27) Mostró el valor su esfuerzo; mas ventura.
(28) Del temido furor la suerte dura.
(29) Y España y Grecia lloran la vitoria.
(30) Llevó de Grecia y Asia el nombre y gloria.

LXXXV.

Duro el pecho, y fué grande el sufrimiento
Que enceló la crueza de esta llaga;
Mas bien no sé, mezquino, ya qué haga
En el dolor esquivo que consiento.
Oso y fallece el ánimo al tormento,
De mi arrojado intento justa paga;
Pero, aunque mas la pena me deshaga,
Acabará en silencio el sentimiento.
Tan grave el golpe fué, que el fiero arquero
De las purpúreas alas quedó ufano
Viéndome atravesado las entrañas.
Temblé al furor que trajo y gemí; empero
Despues ¡oh simple yo! alabé la mano
Ocasion de estas ásperas hazañas.

LXXXVI.

Aura suave y mansa de ocidente (31),
Que con el tierno soplo y blando frio
Halagaste el ardor del pecho mio (32),
¿Qué espíritu te mueve vehemente?
Ni Euro espira, ni suena el austro ardiente
En el furor desierto del estío;
Y tú secas, cruel, el prado y rio (33),
Cual al suelo africano el sol caliente.
Mas ¡ay! tú te encendiste en mi luz bella,
Y envidiando el bien de mi ventura,
Las flores y ondas abrasaste luego (34).
Cesa, aura, no me enciendas mas, que en ella
Ardo y me abraso siempre en llama pura;
No acrecientes mas fuego á mi gran fuego (35).

LXXXVII.

Si deseais que muera á vuestra mano,
¿Por qué dais vida á un corazon abierto?
Es crueldad vengar en cuerpo muerto,
Culpa, si la hay, de un simple error liviano.
Si con saña buscais de Amor tirano
Dolor eterno á un mísero desierto,
¿Por qué haceis ¡oh extraño desconcierto!
Que mengue, y mi pasion fallezca en vano?
Poco es esto si debo yo, Luz mia,
Que mis entrañas corte el hierro y parta,
Y me acabe el desden que el mal me ha hecho.
Mas que mis esperanzas y alegría
Rompa quien tanto bien, cruel, me aparta,
¿Cómo sufre y no estalla un tierno pecho?

CANCION IV.

Desciende de la cumbre de Parnaso,
Cantando dulcemente en noble lira,
¡Oh tú, de eterna juventud, Talía!
Y nuevo aliento al corazon me inspira
Aquí, donde el torcido y luengo paso
Bétis al hondo mar corriente envia,
Porque de la voz mia
Suene el canto y florezca la memoria
Hasta el término rojo de oriente,
Y do al númida ardiente
Abrasa Iperion, y en alta gloria
El nombre de la insigne hesperia planta
Que de Córdoba y Cerda se levanta,
Aquiste honor, y al céfiro templado
Ensalce este lucero venerado
Los despojos, y en árboles alzados
Los insignes trofeos, el sangriento
Conflicto del feroz dudoso Marte,
Las enseñas que mueve en torno el viento,
Los presos y los reinos conquistados
Con segura prudencia, esfuerzo y arte,
Que dieron tanta parte
De la rota y herida y muerta Francia
Al que fu éprez y honor del orbe hispano,
Que al soberbio otomano
Quebró en las jonias ondas la arrogancia,
Y en la Ausonia adquirió el heróico nombre
Con mas valor que cabe en mortal hombre,
Con alas de vitoria al fin levantan
Las vitorias que Europa y Asia cantan.
El ánimo del nieto esclarecido,
Conforme en hechos ínclitos y en fama,
Que trajo al yugo al galo quebrantado,
Cual del luciente Febo ardiente llama,
Que deshace al nublado oscurecido;
Tal parece, de luz y honor cercado,
Puesto en sublime grado,
Mezclando al blando Cintio y á Belona,
Y de lauro y de yedra floreciente
En su sagrada frente
Doblada ciñe y orna la corona;
Pero alabar su pecho generoso
Conviene á un grande espíritu dichoso.
Mas ¿qué, si canto yo la soberana
Francisca, al uno nieta, al otro hermana?
¡Oh alma enriquecida de honra y gloria,
De grandeza real excelsa muestra,
A quien mas favorable aspira el cielo,
Y sus bienes rendir con larga diestra
Se esfuerza, y cansa en vos nuestra memoria,
Que igual no ve el fulgor Cirreo, el nuestro
Reino Tartesio al vuestro
Nombre consagra humilde un claro templo
De excelente valor virtud ardiente,
Cual en la edad ausente
Acaya dedicó por noble ejemplo
A la armada doncella que sin madre
Salió de la alta frente de su padre!
¿Qué mucho que este precio vuestro sea,
Si á vos cede la vírgen Atenea?
De vos procede ¡oh sola luz de España!
El heróico valor que mi deseo
Inflama en nuevo ardor y glorioso.
Ya inferior á mí la tierra veo,
Veo el ondoso ponto que la baña,
Cortando el giro aerio, luminoso,
Y veo en el hermoso
Sol, do vuestras virtudes resplandecen,
Cuanta abundancia el cielo en sí contiene,
Que vos guarda y sostiene,
Y el número de gracias que en vos crecen;
Y en vuestra claridad contemplo atento
Seso, ingenio, inmortal merecimiento,
Y hallo alegre en vuestra lumbre pura
Rayos de aquella inmensa hermosura.
Como el vigor de Apolo á la ancha tierra
Ilustra y junto enciende y enriquece,
Haciendo el valle fértil, ledo el prado,
Que con mil varios dones reflorece,
Y el paso á la sazon estéril cierra;
Tiene así el esplendor aventajado
Nuestro ingenio alumbrado,
Y produce, esparciendo su riqueza,
El fruto del espíritu divino
Con valor peregrino,
Y ensalza las hazañas y grandeza
Con alta voz y con eterna lira;
Y tanto en vos alcanza, que se admira
Porque ve el cielo en vos y el suelo ufano
Con tanto bien, que sobra al sér humano.
Todo cuanto al terrestre cuerpo alienta,
De la celeste fuerza deducido,
Se halla en vos casi en igual efeto:
De vos el fijo globo y el tendido
Humor y el vago cerca se sustenta,
Y el ardor de las llamas inquieto;
Que con vigor secreto
A tierra y agua, al aire y puro fuego,
Cual etérea virtud y las estrellas,
Son vuestras obras bellas
La tierra, la agua, el aire, el puro fuego.
¡Oh glorioso cielo en nuestro suelo!

(31) Aura mansa y templada de occidente.
(32) Halagas el ardor del pecho mio.
(33) Ni Euro espira ni Austro suena ardiente
En el furor mas grave del estío;
Y tú abrasas el verde prado y rio.
(34) Y enemiga del bien de mi ventura,
Abrasaste las ondas y las flores.
(35) Ardo siempre y me abraso en llama pura;
¡Ah! no añadas mas fuego á mis ardores.

Oh suelo glorioso con tal cielo!
¿Quién podrá celebrar vuestra nobleza?
Quién osará alabar vuestra belleza?
Vuestro valor excede, soberano,
Al mas claro y excelso entendimiento,
Y ciega vuestra luz resplandeciente
Los ojos del humano sentimiento.
Yo, aunque el osado Amor me da la mano,
Temo del hondo Pado la corriente,
Y el mar, que dentro siente
Del atrevido jóven la caida.
No soy el insolente Salmoneo,
Que imitó con deseo
Vano del rayo la ira embravecida.
Cuanto ve Delio y cuanto el polo cubre,
Todo en vuestra alabanza se descubre,
Y toda se presenta á gloria vuestra
La grande, ingeniosa madre nuestra.

SONETO LXXXVIII.

Bello cerco y ondoso, que enlazado
En sutil vuelta y varia de ámbar pura
Teneis mi preso cuello, que aun procura
Hallarse mas revuelto y anudado;
Si el vigor de ese fuego renovado
Veo que abrasa ¡oh bien de mi ventura!
A aquella que me tiene, ingrata y dura,
Ausente y de mí todo enajenado,
No habrá en el suelo nuestro ni en el cielo
Hebras lucientes de oro terso tales,
No de amor tan hermosa red y llama;
Ni aun en el cielo habrá, ni habrá en el suelo
Despojos de cabello ilustre iguales,
Honor ó rica trenza de quien ama.

LXXXIX.

Trenzas que en la serena y limpia frente,
De anillos de oro crespo coronadas,
Formais lucientes vueltas y lazadas,
Donde el mayor Vulcano espira ardiente;
El sol, ó que aparezca en oriente
Con las puntas de llamas dilatadas,
O que las junte, de subir cansadas,
Se rinde á vuestra luz resplandeciente.
Vos, mis hermosos cercos, anudado
Teneis mi cuello, y nunca espero el dia
Principio á libertad, fin á la pena;
Porque alegre en el mal de mi cuidado,
De la prision huir no pienso mia,
Ni los lazos romper de esta cadena.

XC.

Aquí do lloro en tí, fiel desierto,
Y aquejo con mi llanto el son del rio,
Vi la luz y belleza y amor mio
En la serena noche al cielo abierto.
Esperé entonces vida, espero, muerto,
Sepulcro ahora en este asiento frio,
Y en el aliento último que envio,
Perdon humilde haber de quien me ha muerto;
Porque á tanta grandeza y hermosura
Fué mi error temerario, y justa pena
La muerte, aunque menor que mis tormentos.
Mas nunca mi memoria será oscura;
Que amor no siempre á olvido me condena,
Pues muero osando grandes pensamientos.

XCI.

Alma, que ya en la luz del puro cielo
Ardes de santo fuego, á quien suspira
Tu ausencia con suaves ojos mira,
Y alienta á levantar el flaco vuelo.
Ceñida en torno tú de rojo velo,
La llama en mi lloroso pecho inspira,
Porque sin odio, sin temor, sin ira
Desprecie el vano amor y error del suelo.
Lloré yo tu partida, amé tu gloria,
Y en tu último dolor creció mi pena,
Para seguir contigo el mesmo hado.
Si la fe te renueva la memoria
En esta sombra, vén con faz serena
A consolar el corazon cuitado.

XCII.

Justo es que la cansada incierta vida,
Tiempo tanto sujeta al amor vano,
Desdeñe al rigor impio, y del tirano
Yugo ose alzarse mi cerviz caida.
Perezca la esperanza aborrecida,
El deseo abatido y mi liviano
Intento; que mi bien ya está en mi mano,
Ya tengo mi fortuna conocida.
Seguro podré ver la indigna suerte
Del mísero amador, el vil denuesto,
El congojoso miedo, el celo frio;
Que no podrá respeto de mi muerte
Hacer que mude el curso al fin propuesto;
¡Tal ejemplo es el grave dolor mio!

ELEGÍA X.

Dulce y bello dolor de mi cuidado,
Que el corazon, cubierto de esperanza,
En temor teneis puesto y engañado,
Si en esta de mi bien cruel mudanza
Mi triste afan conhorto y sufrimiento,
De fortuna mejor no es confianza.
Hallo dispuesto al mal el sentimiento
Para mostrar la causa de mi pena,
No para pretender merecimiento.
No sufre vuestra inmensa luz serena
Que miren su esplendor aquellos ojos
Que hacen su esperanza de bien llena.
Débense á la belleza mis enojos,
Y que se pierda en cambio la vitoria
De contar como vuestros mis despojos.
No merece la vida quien la gloria
Espera de su amor por bien sufrido,
O quien intenta mas que la memoria.
El que pudo llegar á tal partido,
Que descubrió una muestra de alegría,
Conténtese del bien con ser perdido.
Venturoso fué el claro y dulce dia
Que señaló el favor del bien ya hecho
Con piedra de oriente al alma mia.
Si no fuera en sazon de tiempo estrecho,
Temor habia justo de la vida;
Que no era en tanta gloria diestro el pecho.
Pero si ser debia, bien perdida
Fuera si feneciera allí, y quedara
Recuerdo de mi suerte esclarecida.
El valor del deseo allí gozara
Si desmayado, en vuestros brazos puesto,
Tiernamente muriendo descansara.
Mas, á mi duro afan y ausencia expuesto,
Padezco en soledad, de bien desierto,
Y humilde inclino el cuello al yugo impuesto.
Y si despues que ausente fuere muerto,
Se buscare la causa de mi daño,
Muéstrese en claridad el pecho abierto;
Que en él sin velo y sin error de engaño
Escrito el nombre se verá, mi Estrella,
Vuestro el favor que tuve el dia, el año.
Veráse rutilar vuestra luz bella
En él con la suave fuerza ardiente,
Y á quien la ve que abrasa su centella.
Que ya que vos dió el cielo al ocidente,
Solo en el pecho mio pertenece
Tener lugar debido y excelente.
Ni amaros ni mirar la luz merece
El que no rinde á vos los pensamientos
Con la primera vista que se ofrece.
Despues que se mudaron mis intentos
Peno, y holgara estar, si mas pudiera,
Sujeto á nuevos y ásperos tormentos.
No cuido recelar mi suerte fiera,
Aunque aparte mis ojos de su lumbre;
Que poco duele el hado á quien lo espera.
Estáis, mi sol sereno, en alta cumbre,
Do no puede llegar nuestra bajeza,
Y de allí me mirais con mansedumbre.

Mostrais dulces vislumbres de terneza
Para dar á mi pecho algun consuelo,
Ocupado de lástima y tristeza.
Mas yo, que no levanto presto el vuelo,
Culpa del sér humano, á vuestro asiento,
Gimo desamparado en este suelo.
¡Quién me diera las fuerzas al intento
Iguales para alzarme de la tierra,
Do solo llegará mi atrevimiento!
Y hecho vencedor en esta guerra,
Entrara en los lugares que deseo,
Que la distancia y ocasion los cierra.
Dichoso tú, que al monstro Meduseo
La soberbia y frente hórrida cortaste,
Que en marmóreo rigor trocó á Fineo.
Pues con talares de oro sin contraste
Sublime al oriente y glorioso,
Por no usado camino traspasaste.
Yo, desdichado y triste, que el hermoso
Lucero de mi alma aun con la vista
Cercar no puedo ya, ni espero ni oso,
Si la vida perdiere en tal conquista
De males amorosos, esta pena
Hay sola que á su ímpetu resista.
Desdeñar, de dulzura tierna ajena,
Que ofenda á vuestro pecho soberano,
La gloria en que la muerte me condena;
Que no se debe á mi tormento insano
Tanto bien, que deshaga con la vida
Mi sufrimiento y mi dolor tirano.
Pero si en esta ausencia aborrecida
Del cuidado acercais la esquiva muerte,
Digna de mi esperanza mal perdida,
Pienso que usais conmigo en esta suerte
De última piedad en tiempo indino,
Por acortar la pena á mi mal fuerte.
Y acabaráse aquel temor contino
En este caso injusto, y la engañada
Opinion del ánimo mezquino.
Mi alma, alegremente aventurada,
Volará triunfando en los despojos
De mi afan y mi ansia, no cansada.
En tanto que se aluengan mis enojos,
Vos ¡oh mi sol hermoso! con ternezа
Mirad mi cuita y húmedos mis ojos.
Y si el deseo ausente á la belleza
Sin igual me llevare en algun dia,
Volviendo á mí los rayos de esa alteza,
Tornadme á la primera suerte mia.

SONETO XCIII.

En esta selva hórrida y desierta,
Que tiene en temor triste el viento airado,
Contemplo, en mis desdichas ostinado,
Mi peligroso estado y vida incierta.
Hallo del impio amor la senda abierta,
Que descubrió el principio á mi cuidado;
Espacio luengo veo y no tratado,
Salud siempre dificil, muerte cierta.
No veo árbol ramoso ni desnudo
Que no sea mi bella fiera, y siento
Cuajárseme la sangre al pecho fria.
¡Dichoso quien su miedo venció, y pudo
Contrastar su pasion! Mas el tormento
Que sufro no se rinde á mi porfía.

XCIV.

Luces en quien su luz el sol renueva,
Y Cupido su llama, y las estrellas,
Con cuya claridad florecen bellas
Con el nocturno horror, con la alba nueva,
¿Qué pesar os destiñe osado y prueba
Desmayar el vigor de esas centellas?
¿Por qué no descubris con fuerza en ellas
De vuestro puro fuego alguna prueba?
Así podrá con llanto, dulces ojos,
Turbar vuestro esplendor oscuro velo,
Cual nube rara al vivo ardor de Apolo.
Despues que al dolor dais estos despojos,
De luto cubre Amor su faz, y el cielo
Confuso yace en triste sombra y solo.

XCV.

Quejoso ya del tiempo mal perdido,
Las armas con que al dulce rey tirano
Ofrecido seguí, esperando en vano,
Pongo, de mis deseos ofendido.
Basta en mi tierna edad haber crecido
Amor, que en mi cansó su diestra mano;
Consejo me parece ya bien sano
Desviarme del curso proseguido.
Bien puedo, y tengo fuerzas y osadía,
Y valgo á contrastar su gran dureza
Y negar de mis males la vitoria.
Mas no sufre el cruel que en la alma mia
Mi luz no me presente su belleza;
Y así, me aflige y vence la memoria.

XCVI.

Suspiro y pruebo ya con voz doliente
Que en sus cuitas espire la alma mia (36);
Crece el suspiro en vano y mi agonía,
Y el mal renueva siempre su accidente.
Las peñas en que solo peno ausente (37)
Rompe mi suspirar en noche y dia,
Y no toca ¡oh dolor de mi porfía! (38)
A quien estos suspiros no consiente.
Suspirando no muero y no deshago
Parte de mi pasion, mas vuelvo al llanto,
Y cesando las lágrimas, suspiro.
Esfuerza amor el suspirar que hago,
Y como el cisne acaba en dulce canto,
Así pierdo la vida en el suspiro (39).

XCVII.

El tiempo que se aluenga al mal extraño,
Y mis pasos me muestra bien contados (40),
Si término pusiese á mis cuidados,
Seria á mi esperanza desengaño;
Que el oro que me enlaza en nuevo engaño (41)
Los ojos, dulcemente regalados,
Sin vigor á mis años mal gastados (42)
El remedio serian de su daño.
Pero si en él se aumenta el dolor mio,
Si el cabello y las luces inmortales
Son, y eterno el valor de heróico intento (43),
Será de amor perpetuo el desvario,
Y en los que al fin perecen, grandes males (44)
Renacerá contino mi tormento.

XCVIII.

A Alfonso Ramirez de Arellano.

Sola y en alto mar, sin luz alguna,
Con tempestad sañosa yace y viento
Mi popa abierta, y no abre el negro asiento
Del cielo la confusa incierta luna.
Esperanza, Arellano, ya ninguna
Procuro, ni se debe al pensamiento;
Fallecen fuerza y arte, y triste siento
La muerte apresurárseme importuna.
Pues el amor me olvida y cierra el puerto,
Y veo en las reliquias de mi nave
Que el ponto esparce y vuelve mis despojos,
La veste y armas de este amante muerto
Colgad, que restan del naufragio grave,
A la ara de mis bellos dulces ojos.

(36) Que en su dolor espire el alma mia.
(37) Estas peñas do solo muero ausente.
(38) Y no hieres ¡oh dolor de mi porfía!
(39) Y como el cisne muere en dulce canto,
Así acabo la vida en un suspiro.
(40) El tiempo que se alarga al mal extraño,
Y me muestra mis pasos bien contados.
(41) Que el oro, que me tiene en nuevo engaño.
(42) Sin valor á mis años malgastados.
(43) Si el oro es y las luces inmortales,
Y es eterno el valor y altivo intento.
(44) Y en las penas que á todos son mortales.

CANCION V.

De las mas ricas trenzas y hermosas
Que ve de Febo el carro esclarecido
Estoy ausente y solo en el desierto,
Que á mis quejas responde con gemido;
De las mas puras luces y amorosas
Peno en mi soledad, de bien incierto,
Rendido á dolor cierto;
De aquellas hebras bellas
Y suaves estrellas
¡Ay tormento cruel! mi suerte dura
Me aparta. ¿Quién en esta noche oscura
Me llevará al cabello y luz serena,
A cuya hermosura
Mi alma en los despojos se condena?
No son mas rutilantes y encendidos,
Cuando salen mas rojos en el dia,
Los claros rayos de Titan luciente,
Que son de la enemiga dulce mia
Los hilos, ó enlazados ó esparcidos,
Con que enriquece Amor la blanca frente,
Donde tiene presente
De fuerte red y estrecha
Noble cadena hecha
A la alma, que procura ser vencida,
Y comportar sujeta y bien perdida
La fuerza de los males que merece,
Y en su cuitosa vida
Crece el amor, y el desear mas crece.
Las llamas que fucilan en el cielo,
Con quien la noche sola se corona,
De lumbrosas figuras esmaltada,
Relazando en su frente una corona
De cándido esplendor, que ilustra el suelo,
Vence mi Luz, de puro ardor ornada,
Do al impio niño agrada
Establecer su gloria
Y estrenar su vitoria,
Y con fogosas flechas en la mano
En ella muestra bien si es rey tirano;
Y de fulgor hermoso al crispar tierno
No deja pecho sano,
Que cuanto mira, obliga á daño eterno.
Cuanto crece la sombra y mengua el dia,
Me enciende el fuego al corazon cuidoso,
Y descubrir no puedo al dolor mio
Remedio; que se esfuerza el mal penoso
En esta miserable ausencia mia.
Lloro, y mis ojos vierten un gran rio,
Que en el ivierno frio
El rigor de la nieve
Disuelve en trecho breve;
Mas de las luces blandas la terneza,
Vigor florido y llama de belleza,
Pudieran mitigar su fuerza ardiente,
Si en esta mi tristeza
No estuviera apartado y siempre ausente.
Ingrato amor, no dulce, amor amargo,
¿Con qué virtud me vales, que no muero,
De mi dichosa Estrella no alumbrado?
¿A dó está el bien? A dó el favor primero?
¿Qué tiempo de destierro es este largo?
Los ojos, de mí todo enajenado,
Vuelvo al lugar amado,
Y en un tormento intenso
Paso el dia, y suspenso
Gasto lo noche en mísero lamento,
Y mi deseo, alzando el pensamiento,
Inquiere si mi Luz pensosa yace
Y si mi apartamiento
Le duele y mi pasion le satisface.
Mil cosas imagino que deseo;
Hácelas verdaderas la esperanza,
Ultimo bien del amador mezquino.
Doy crédito á mi vana confianza
Para aquistar el fin de mi deseo.
Ya corre el pensamiento sin camino
Por el error contino
De mi antigua fortuna;
Halla tal vez alguna
Traza de su dolor, y duda y huye;
Y el fingido contento se destruye;
Y por el mesmo rastro que ha llevado
Teme entrar, y rehuye,
Tal vez de su peligro acobardado.
¿Qué podré yo, doliente, en tal extremo,
Pues mi suerte á mis lástimas me inclina,
Sino atender el mal que Amor me diere?
Estoy dispuesto ya á mi pena indina,
Y antes que reconozca el daño, temo,
Porque ni el bien me venga ni lo espere;
Y aunque cruel me hiere,
No se dirá que quiera
Rehusar la carrera.
Haga pues el dolor en mi su oficio,
Y acabe ya aquel fiero su ejercicio;
Que no podrá el tormento ser mas fuerte
Que honrar en sacrificio
Las aras de mi Lumbre con mi muerte;
Solo permita, ya que muero ausente,
Quejarme de mi afan al campo abierto,
Primero que á la espada entregue el cuello
Y al fuego abrasador el cuerpo muerto;
Y mis pasadas glorias que recuente,
Cuando el oro enlazado del cabello,
Crespo, sutil y bello,
En mi cerviz se puso,
Y me enredó confuso;
Y que escriba la causa de mi afrenta
En esta arena estéril y sedienta:
Y repitiendo de principio el daño,
Haré que el bosque sienta,
Y las fieras, la fuerza de mi engaño.
Será el desierto y mi pesar testigo
De mi liviana culpa y grave pena,
Y cuán en vano, triste, me deshago,
Porque es quien me atormenta y me condena,
Tibia, mudable y áspera conmigo,
Y no se cansa en mi mortal estrago;
Pero si el mal que pago
Sin mi ofensa turbase
Un dia, y me llevase
Mi Luz, y viese alegres yo sus ojos,
Serian dulce gloria mis enojos;
Y daria; por verme en tal estado,
Entregar mis despojos
Al olvido, á la ausencia y al cuidado.

SONETO XCIX.

En los lucientes nudos enlazado,
Ufano yo sufria mi tormento,
Y en llama dulce ardia y puro aliento,
Cual ave arabia, en ella renovado.
Creia en tales lazos anudado
Se ascondia el cruel que el mal que siento
Causa de su cadena, tan contento
Cuan sin memoria alguna en mi cuidado.
Cuando los ricos cercos relazaron
El oro terso, á la aura desparcido,
Y quedé nuevamente asido en ellos,
En los ramos que á suerte se enredaron.
Me abrasé, en vivo fuego convertido,
Y amor se consumió en los ojos bellos.

C.

Sombra y vano terror del pensamiento
Mi alma en un confuso error condena,
Y aparece, de horror medroso llena,
La sañosa aspereza que lamento.
Desmaya en el silencio el sufrimiento,
Y la ausencia ensandece mas la pena;
Crece y arde el desden, y el miedo enfrena
Las iras de un honrado sentimiento.
Revuelvo en la inquieta fantasia
Cosas que dan principio á mayor daño,
Y no acierto el remedio en tal mudanza.
¿De qué sirve huir, si mi porfía
Contrasta, asegurada de su engaño,
Y abraza en el peligro á la esperanza?

CI.

¿Podrá ser que este afan indigno acabe,
Y que de mi debida gloria cobre
Un bien pequeño, y en mi mal me sobre
Razon con que tu nombre Amor, alabe?
Gran bien te pido, pero en mí bien cabe;
Mas cuando tu favor en mí mas obre,
La esperanza se halla ya tan pobre,
Que ni gozallo puede ya, ni sabe.
Si no valgo este bien, ¿á cuándo aguarda
Tu crueldad, que su furor no harta
En lo que mas me vale y me disculpa?
O muerte ó vida luego, que si tarda
Cualquiera, y tu dudanza no se aparta,
Será la dilacion la mayor culpa.

CII.

A Fernando de Cángas.

Ardí, Fernando, en fuego claro y lento
Muchos dias dichoso, y si el turbado
Reino de amor no tiene fiel estado,
Entre los presos yo viví contento.
Despues, por dar la vela al blando viento,
Cuando la luz del cielo se ha mostrado,
De aquel estrecho nudo desatado,
Esparcí con el pié la llama al viento;
Mas la imágen de Amor airada y fiera
Siempre delante trae á mi enemiga,
Tal, que estoy á la orilla de Leteo.
Si muriendo pasare su ribera,
Escríbase en mi mármol que huia,
Y que murió luchando mi deseo.

CIII.

¿Es este el fruto, Amor, que al fin recojo
Del contino servicio de mis años?
¿Esta es la cierta fe de tus engaños?
¿De tus promesas este es el despojo?
¡Ay, qué bien yo merezco el mal que escojo,
Pues que cierro los ojos en mis daños,
Y huyo de tus claros desengaños,
Y contra mí tan sin razon me enojo!
Porque no debe un noble entendimiento
Tanto abatirse, que te dé el imperio,
Y de tí solo penda su esperanza.
Mas ¿qué, si yo amo y sigo mi tormento,
Y por la gloria abrazo el vituperio,
Y estimo por firmeza la mudanza?

CIV.

Aquel sagrado ardor que resplandece
En la belleza de la Aurora mia,
Mi espíritu moviendo, al pecho envia
La pura imágen que en mi alma crece.
En ella está fijada, y de allí ofrece
Al pecho su valor en compañía,
Y de sí misma efetos altos cria,
Con que mi ingenio y nombre se engrandece.
Vuelo tan alto, que con rayo fiero
O con ardiente sol fuera impedido
Si no me diera aliento mi Luz pura;
Mas, ya que muero como siempre espero,
Ni en mar seré ni en rio sumergido;
Que el mundo me será la sepultura.

CV.

Temerario pintor, ¿por qué, di, en vano
Te cansas en mostrar la hermosura
De la excelsa Eliodora y la luz pura
Y el semblante amoroso y soberano?
Será trabajo el tuyo sobrehumano,
Que no debe esperar lo que procura;
Mas ¿cuándo ofreció el cielo tal ventura
Al rudo conseguir de mortal mano?
Si tú, muy confiado en la grandeza
De toda la beldad que espira en ella,
Osares descubrir alguna parte,
Pinta la mesma imágen de belleza;
Y si puede imitar las luces della,
Habrás llegado á perfeccion de la arte.

CVI.

Muestras de breve bien, que huye luego,
Antes que la ocasion vuelva la frente,
Fueron las que el Amor halló presente,
Con que mi alma ardió en su eterno fuego;
Pero glorias de un niño solo y ciego,
Que presto las deshace un accidente,
¿Cómo pueden valer á un pecho ausente,
Que no sabe qué es tiempo de sosiego?
Alcé mis esperanzas sobre arena,
Que el viento aparta y lleva sin concierto,
Y no temo los golpes de mudanza;
Cayeron, y el amor, por mayor pena,
Quedó en las altas nubes descubierto,
Con temor, y sin fuerza y confianza.

ELEGIA XI.

Al desengaño (45).

Estoy pensando en medio de mi engaño
El error de mi tiempo mal perdido,
Y cuán poco me ofendo de mi daño.
Vuelvo los ojos, que el mejor sentido
Alumbra, y hallo una pequeña senda
Do paso humano apena está esculpido.
Procuro antes que el breve sol descienda
A encubrirse en el último ocidente,
Llegar al fin desta mortal contienda.
Y como quien se ve del daño ausente,
Que considera su temor pasado,
Y aun no descansa con el bien presente;
Tal, de mi afrenta y mi dolor cargado,
En la seguridad nunca sosiego,
Y en el sosiego siempre estoy turbado.
Aquel vigor, aquel celeste fuego
Que enciende mis entrañas me levanta
De la oscura tiniebla y error ciego.
Veo el tiempo veloz que se adelanta,
Y derriba con vuelo presuroso
Cuanto el hombre fabrica y cuanto planta.
¡Oh cierto desengaño vergonzoso!
Oh grave confusion de nuestro yerro,
Claro enemigo, amigo sospechoso!
Tú me pusiste solo en un destierro
De cuanto me podia dar tormento,
Y por tí á la alegría el paso cierro.
¿Cuántas veces me diste al pensamiento
Ocasiones de gloria, si yo osara
Valerme del honor de tu tormento?
Fuéme la suerte en lo mejor avara,
Sombras fueron de bien las que yo tuve,
Oscuras sombras en la luz mas clara.
Ninguna, en tantas penas que sostuve,
Puso merecimiento al amor mio
Cuando de merecer mas cerca estuve.
Acabe ya este grande desvarío,
O, pues no acaba, estas razones vanas,
Que sin provecho á quien no escucha envio.
Tus mudanzas ¡oh tiempo! soberanas,
Las cosas que revuelven y quebrantan,
Movibles, graves, firmes y livianas,
Me arrebatan el ánimo y levantan
Deste cansado peso, que contrasta,
Y en su diversa condicion me espantan.
La edad robusta huye apriesa y gasta
Las fuerzas, y se pierde la ufanía,
Y á tu furor ninguna fuerza basta.
¿Cuántas cosas mostró el sereno dia
Alegres, que tu furia apresurada
Entristeció en la noche y sombra fria?
Venció vencida Troya, y derribada
Se alzó, y en su ruïna se postraron
Los muros de Micénas estimada.
Las vencedoras llamas abrasaron

(45) Así Marchena intitula esta elegía.

Las altas torres que labró Neptuno,
Y á Grecia sus cenizas acabaron.
El africano ejército importuno
A España sepultó en sangriento lago,
Y libre su furor dejó á ninguno.
Mas roto sufre igual el duro estrago
Por la mano española, y al fin siente
El hierro, no una vez, la gran Cartago.
Y el que en el patrio suelo estrechamente
Vivia oscuro, osado se aventura
Por el remoto golfo de ocidente,
Y con valor igual á su ventura
Bravas gentes sujeta y fieros pechos,
Sin rendirse al temor de muerte oscura.
Arcos y claros títulos estrechos
Son á su gloria inmensa, pues él solo
Vence los grandes hechos con sus hechos.
No descubre la luz del rojo Apolo
Tal vigor y osadía y brazo fuerte
En cuanto cerca en uno y otro polo.
Tú, domador de toda humana gente,
Al fin vences, abates su grandeza,
Y entregas á los brazos de la muerte.
Tú ejercitas ahora la riqueza,
Las armas del soberbio turco fiero,
Y del persa el valor y fortaleza.
Las celadas y escudos el ligero
Arajes vuelve en ondas espumosas,
Del bravo trace y medo caballero.
Osadas gentes, duras y sañosas
A la ambicion, de cuyo grande pecho
Es pequeño el imperio de las cosas,
Teñid en sangre el hierro, y el estrecho,
Paso abrid ¡oh crueles! á la muerte;
Vengad el daño á vuestras honras hecho;
No volvais la fiereza y brazo fuerte
Y el furor de la ira no vencida
Sobre nuestra desnuda y flaca suerte;
Que ya la gloria del valor perdida,
Nuestra virtud en ocio se remata;
Nuestra virtud, que tanto fué temida.
Culpa de quien, pudiendo, la maltrata
Y no le da lugar; antes procura
Que muera á manos de la envidia ingrata.
La ardiente Libia es triste sepultura
Del destruido reino lusitano,
Y eterna pena á su fatal locura.
Bañado en noble sangre el africano
Campo rebosa, y con dolor suspira
Léjos Atlante, y Avila cercano.
El impio Cimbro osadamente aspira,
Y espera el cetro, y sin pavor seguro
A su marino claustro se retira.
El alto, fuerte, inexpugnable muro
Pasó la fuerza hispana y puso á tierra
Cuanto halló el furor del fuego oscuro.
Mas ¡oh infame remate de tal guerra!
Reina el vencido, y el engaño tanto
Puede, que al mesmo vencedor destierra.
¡Oh cuánto en vano se ha expendido! Oh cuánto
Valor asconde aquel ingrato suelo,
Que al turco de temor cubriera y llanto!
No ha visto el que ve todo inmenso cielo
Empresa de mayor atrevimiento,
Mas firme corazon y sin recelo,
Contumaz y cobarde movimiento,
Furor plebeyo y desleal nobleza,
Indigna de sufrir vital aliento.
¿Dó está la fe que á la real alteza
Debes? ¿A dó huyó de tu memoria,
A dó, la religion y su firmeza?
¿Piensas ó esperas alcanzar vitoria
Contra Dios, contra el Rey? ¡Oh ciego intento,
Digno de vituperio, y no de gloria!
¡Oh cómo crias en tu pecho el fuego
Que ha de abrasar tu patria generosa,
Sin que esfuerzo te valga ó humilde ruego!
Cual soberbio turbion de la fragosa
Alcázar se despeña de Apenino,
Tal va contra tí España poderosa.
Apresurar el paso á su destino
Veo las cosas todas, y en mi pecho
Hacer los pensamientos un camino.
No puedo, aunque procuro á mi despecho,
Librarme de ellos, y á mal grado mio
Voy con ellos adonde el mal me han hecho.
Oso temiendo, y con el mal porfio,
Y tal vez la razon lugar me deja
Contra mi ostinacion y desvario;
Mas poco dura, porque al fin se aleja
En la ocasion que viene, y quedo ufano
De aquello que debiera tener queja.
¡Quién pudiera traer siempre á la mano
De la razon la voluntad perdida,
Sin que temiera su ímpetu liviano!
Varias revueltas de confusa vida,
Dejadme respirar de mi deseo,
Dejadme ya curar esta herida;
Que todo cuanto pienso y cuanto veo
Es dar aliento á la amorosa llama,
Dar vigor sin provecho al devaneo.
Dichoso aquel á quien jamás inflama
Vano amor, ambicion y lo que adora,
Y teme el vulgo incierto siempre y ama.
Que el miedo y la esperanza engañadora,
Con gran pecho seguro y sosegado,
En todo trance doma, á cualquier hora;
Y de cuanto fatiga y da cuidado
A nuestros votos libre va, paciente,
En todos los peligros no turbado;
Y no sufre en su pecho ni consiente
Que algun liviano afeto le dé asalto,
Y ofenda su sosiego injustamente;
Antes mayor, mas glorioso y alto
Que lo que alcanza fortaleza alguna
Se ve, y de ricos bienes menos falto.
Firme y constante, sin temer fortuna,
Con mesurado curso va contino,
Y cualquier ocasion le es importuna.
No lo ve en el dudoso torbellino
De las cosas el dia extremo, pero
Dispuesto si á seguille en su camino.
Nosotros, turba vil, con afan fiero
Puestos en desear y amar estamos,
Y en servir á este bien perecedero.
En mil casos presentes peligramos,
Y pocas ó ninguna vez concede
Nuestra ruda ignorancia que huyamos.
Nuestro valor tan cortamente puede,
Que caemos de la alta pesadumbre,
Y alzarnos casi nunca nos sucede.
El mira de la sacra excelsa cumbre
Los que erramos, y el gozo y vano intento
Desprecia con aguda y pura lumbre.
Soplo airado no bate al yerto asiento
Del elevado olimpo si no alcanza
A su ensalzada cima el fiero viento.
Quien tan rastrera trae la esperanza
Desesperé llegar á tal estado;
Que aunque tenga de sí mas confianza,
Al fin verá que en vano se ha cansado.

SONETO CVII.

A Baltasar de Escobar.

Esas colunas y arcos, grande muestra
Del antiguo valor, que admira el suelo,
Olvidad, Escobar; moved el vuelo
A la insigne y dichosa patria vuestra;
Que no menos alegre acá se muestra
O menos favorable el claro cielo,
Antes en dulce paz y sin recelo
Vida suave y ocio y suerte diestra.
No con menor grandeza y ufanía
Que el generoso Tebro al mar Tirreno,
Bétis honra al Océano pujante;
Mas si oye vuestra lira y armonía,
No temerá vencer, de gloria lleno,
La corriente del Nilo resonante.

CVIII.

¿Adónde me dejais al fin perdido,
Ingratas horas de mi bien pasado?

¿Por qué no llevais todo mi cuidado,
Y con favor tan corto mi sentido?
Nunca volvais del puesto conocido
A amancillar el corazon cuitado;
Torced antes el curso apresurado
A la oscura region del hondo olvido.
Corred, huid con alas presurosas,
Horas de mi dolor, y mi memoria
Arrebatad, el vuelo acelerando.
Si sois crueles tanto, envidiosas
Por usurpar la sombra de mi gloria,
Que á vosotras vais mesmas acabando.

CIX.

Quien la luz de belleza amando adora,
Si quiere ver la vuestra, al sol dorado
Y al lucero de Vénus estimado
Mire, y la claridad de blanca aurora;
Los rayos que esparciendo muestra Flora,
De Diana el semblante venerado,
El valor, la grandeza, ingenio, estado
Y cuanto el sér humano en sí atesora;
Que en ellos vuestra alteza y hermosura
Verá, y la aurora y Flora y sol vencido,
Y rendirse el lucero con Diana;
Mas si hermosa, blanca la luz pura
Volveis, de casto amor dirá encendido,
Que sois toda inmortal y soberana.

CX.

Al mar desierto en el profundo estrecho
Entre las duras rocas con mi nave
Desnuda tras el canto voy suave
Que forzado me lleva á mi despecho.
Temerario deseo, incauto pecho,
A quien rendí de mi poder la llave,
Al peligro me entregan fiero y grave,
Sin que pueda apartarme del mal hecho.
Veo los huesos blanquear, y siento
El triste son de la engañada gente,
Y crecer de las ondas el bramido.
Huir no puedo ya mi perdimiento;
Que no me da lugar el mal presente,
Ni osar me vale en el temor perdido.

CXI.

Estoy pensando en mi dolor presente,
Y procuro remedio al mal instante;
Pero soy en mi bien tan inconstante,
Que á cualquier ocasion vuelvo la frente.
Cuando me aparto y pienso estar ausente,
De mi peligro estoy menos distante;
Siempre voy con mis yerros adelante,
Sin que de tantos daños escarmiente.
Noble vergüenza del valor perdido,
¿Por qué no abrasas este frio pecho,
Y deshaces mi ciego desvarío?
Si tú me sacas de este error de olvido,
Podré decir, en honra de este hecho,
Que solo debo á ti poder ser mio.

CXII.

Alegre, fértil, vario, fresco prado,
Tú, monte y bosque de árboles hermoso,
El uno y otro siempre venturoso,
Que de las bellas plantas fué tocado;
Bétis, con puras ondas ensalzado
Y con ricas olivas abundoso,
¡Cuánto eres mas felice y glorioso,
Pues eres de mi Aglaya visitado!
Siempre tendréis perpetua primavera,
Y del Elisio campo tiernas flores,
Si os viere el resplandor de la luz mia.
Ni estéril hielo ó soplo crudo os hiera;
Antes Vénus, las Gracias, los Amores
Os miren, y en vos reine la alegria.

CXIII.

Tiéneme ya el dolor en tanto estrecho,
Que el desmayado corazon doliente
Ve el grave mal que mas temió, presente,
Y no cuida rendirse al triste hecho.
Ostinada porfía esfuerza el pecho,
Y vence endurecido este accidente;
Honra es, y no es valor, quien no consiente
Que el mal tejido nudo esté deshecho.
Vos, que con generoso y alto vuelo
Alzais alegre el noble y dulce canto,
Libre de este amoroso sentimiento,
Herid la lira, y dad algun consuelo
A mi pena y afan antes que el llanto
Ultimo ponga fin á mi tormento.

ELEGIA XII.

Por el seguido paso de mi gloria
Amor me llevó triste y lastimado
A perder con la vida la memoria.
Allí se renovó mi bien pasado,
Los dichosos lugares de esperanza,
El tiempo de mis premios engañado.
Desfalleció mi alma en la mudanza,
Y rehuyó seguir por el camino
Que le dió en otro estado confianza.
Vió su presente suerte y su destino,
Y el mal que la afligia no apartarse
Del bien, que ausente causa afan contino.
Allí sintió sus fuerzas acabarse,
Y como sabidora de su daño,
En la ocasion que tiene repararse.
Mas ¿qué pudiera al fin contra el engaño
De amor, aunque excusara su presencia,
Si la trajo á perder su error extraño?
Si yo no me valia con la ausencia,
¿Cómo podia verme defendido
Presente y sin hacelle resistencia?
Por no usado tormento estoy rendido,
Y por usado mal sufro y espero,
Si puede ser, hallarme mas vencido;
Mas luego torno á ver mi dolor fiero,
Y conozco su impetu y braveza,
Y huyo y vuelvo á él, y con él muero.
Helado fué mi pecho, de aspereza
Se vistió en otros años por bien mio,
No se abatió al regalo y la terneza.
Lleno de noble ardor y osado brio,
Seguro se hallaba y confiado,
Juzgando el dulce bien por desvarío.
Viviera yo contento en tal estado
Si no viera la luz resplandeciente
Que encendió el corazon en fuego airado.
En lazos de oro y ámbar que su frente
Ufanos esmaltaban, dió á mi cuello
El yugo, que padece mansamente.
Ni desatallo pude ni rompello,
Ni pude desdeñar el duro imperio;
Que me perdió mi mal para querello.
Estoy en un estrecho cautiverio,
Ya sin algun valor, y en mi tormento
Descubre siempre Amor nuevo misterio.
Ahora, que reciente el daño siento
Con la memoria dulcemente amarga,
Busco alguna ocasion al sufrimiento.
Mas esta del dolor pesada carga
Las fuerzas enflaquece, y mi deseo,
Para crecer mas pena, el vuelo alarga.
Bien puede mi impio rey alzar trofeo
Solo de mis miserias, pues me lleva
Donde mayor afrenta siempre veo.
Si desease yo segunda prueba
De mis pasadas glorias, cobraria
Esfuerzo en el afan, que se renueva;
Mas ya no tengo fuerza ni osadía
Para sufrir presente el bien incierto,
Ni me contentan casos de alegría.
Moriré solo, ausente en el desierto,
O ante mi soberana luz presente,
Si primero que llegue no soy muerto.
Pero temo que la aura se presente
Del favor que tenia, y se deshaga
Mi triste confianza vanamente.
Amor estas mis deudas tan mal paga,

Que no pretendo premio, y solo quiero
Que de mi voluntad se satisfaga.
Promesa fué de muerte el bien primero,
Y yo la consentí, y con la mudanza
Muerte será por bien el mal postrero,
Pues niego á mis trabajos la esperanza.

SONETO CXIV.

Yo vi unos bellos ojos, que hirieron
Con dulce flecha un corazon cuitado,
Y que para encender mortal cuidado,
Sus fuerzas á las mias opusieron (46).
Yo vi que muchas veces prometieron
Remedio al mal que sufro, no cansado,
Y que cuando me vi en mejor estado,
Poco mis confianzas me valieron (47).
Yo veo que se asconden ya mis ojos
Y crece mi dolor, y llevo, ausente,
En el rendido pecho el golpe fiero.
Yo veo ya perderse mis despojos
Y el caro premio de mi bien presente (48),
Y en ciego engaño de esperanza muero.

CXV.

Llegado al fin del cierto desengaño,
¿Qué debo hacer mas en mi tormento,
Sino mostrar al ciego entendimiento
El error de su curso, siempre extraño?
Desespero, no temo ya algun daño,
Huyo, osando en el mal mi perdimiento;
Y aunque no gusto bien el bien que siento,
Huelgo hallarme libre de mi engaño.
Mas todo es vanidad, todo es braveza
De estos mis pensamientos desvalidos,
Que con cualquier favor harán mudanza.
Mal excusar ya puedo mi flaqueza
Si amor á mis mejores dos sentidos
Promete viva lumbre de esperanza.

CXVI.

Yo voy ¡oh bello sol del alma mia!
Buscando el nuevo ardor del sol luciente,
Porque desamparado el ocidente,
Vuestro esplendor no veo y mi alegría.
Podré decir que voy en noche fria
Por donde humano paso no se siente;
Mas llévame el osado amor presente,
Pensando que á nacerme torna el dia.
Encúbrense las luces que aparecen,
Cuando en ellas humilde á vos me inclino,
Y el oriente tardo se me aparta;
Que las vuestras en Ispal resplandecen,
Y la tersa corona de oro fino,
Do procuro que el cuerpo á veros parta.

CXVII.

La falda y el tendido yerto lado
Del abrasado Etna, á do suspira
Del peso opreso, y con furor respira
El espantoso Encélado inflamado,
Con yerba y verdes árboles ornado
Florece, y todo el fuego que con ira
Resonando su cumbre excelsa espira,
No ofende al fresco sitio variado;
Mas el cruel incendio de mi pecho
Consume, aunque pequeña, si aparece
La flor de la esperanza incierta mia.
Ardo todo, y en fuego al fin deshecho,
Me rehago en su llama, y siempre crece
Con el ardor la fuerza y la porfía.

(46) Yo vi unos ojos bellos, que hirieron
Con dulce flecha un corazon cuitado,
Y que para encender nuevo cuidado
Su fuerza toda contra mí pusieron.

(47) Y que cuando esperé vello acabado,
Poco mis esperanzas me valieron.

(48) Y la membranza de mi bien presente.

CXVIII.

La red, la hacha, la cadena, el dardo
Que en el bello esplendor alegre veo
De mi luz, al Amor dieron trofeo,
Y al fuego me llevaron en que ardo.
A presa tan veloz jamás el pardo
Saltó como el cruel á mi deseo;
Yo resistí en mi ofensa, y no deseo
Ser ya contra sus fuerzas mas gallardo.
El orgullo, el desden, el libre pecho
Y ufanas esperanzas de vitoria
Son vergüenza del daño que consiento.
Tan sujeto y sin gloria alguna y hecho
Estoy, por mi dolor, en mi tormento,
Que solo reina el mal en mi memoria.

CXIX.

Si Amor el generoso y dulce aliento
En mi rendido pecho ardiendo inspira,
Yo ufano ensalzaré con noble lira
La hermosa ocasion de mi tormento.
Aquel que en tierno y nuevo y alto acento
Celebró el verde lauro en quien espira
Erato, y á quien sigue, honra y admira
De Italia bella el docto ayuntamiento,
Oiria en el puro Elisio prado
Entre felices almas la armonía
Que llevaria deleitosa la aura,
Y diria, del canto arrebatado:
«O es esta la suave lira mia,
O Bétis, cual mi Sorga, tiene á Laura.»

CXX.

Rojo sol, que con hacha luminosa
Coloras el purpúreo y alto cielo,
¿Hallaste tal belleza en todo el suelo
Que iguale á mi serena luz dichosa?
Aura suave, blanda y amorosa,
Que nos halagas con tu fresco vuelo,
Cuando el oro descubre y rico velo
Mi luz, ¿trenza tocaste mas hermosa? (49).
Luna, honor de la noche, ilustre coro
De los errantes astros y fijados (50),
¿Consideraste tales dos estrellas?
Sol puro, aura, luna, luces de oro,
¿Oisteis mis dolores nunca usados? (51),
¿Visteis luz mas ingrata á mis querellas?

CXXI.

Hebras que Amor purpura con el oro,
En inmortal ambrosía rociado,
Tanto mi gloria sois y mi cuidado,
Cuanto de él solo sois mayor tesoro.
Vos, que los bellos astros y alto coro
Ornais, mis luces, de esplendor sagrado,
Cuanto el impio es por vos mas estimado,
Tanto vos honro humilde y vos adoro.
Ardientes rosas, perlas de Oriente,
Marfil vivo y angélica armonía,
Cuanto vos miro mas, tanto me inflamo;
Y por vos cuanta pena la alma siente,
Tanto es mayor valor y gloria mia,
Y tanto temo mas, cuanto mas amo.

CXXII.

El bello nombre quiere Amor que cante
De mi Luz, por do en propia ó tierra ajena
Nunca otro español pié imprimió la arena,
Siguiendo Cintia y Delia á vuestro amante.
Seré el primero osado que levante
La humilde voz do el Betis grande suena,
Y que las flores coja á mano llena
Del rico huerto nuestro y abundante.
Vos, á quien de Celiso, Eurota, Ismeno
Las dulces ondas bañan, y del Tebro,
Oid mi canto y dad á Amor la gloria;

(49) Cuando se cubre del dorado velo.

(50) De las errantes lumbres y fijadas.

(51) Sol puro, aura, luna, llamas de oro,
¿Oistes vos mis penas nunca usadas?

Porque admirando el esplendor sereno
De mi Luz, ni al Eridano ni al Ebro
Pensaréis honorar con la vitoria.

CXXIII.

Al puro ardor que vibran mis estrellas,
Do Amor sus rayos tiempla en dulce fuego,
Siente abierto mi pecho el daño luego,
Apurando mi alma en sus centellas.
Crueles, aunque siempre luces bellas,
Que no me sufren consentir sosiego;
Y es el mal que herido y preso y ciego,
La pena es galardon que nace de ellas.
Si algun lugar me finca de esperanza,
Es para padecer, y en dura suerte
Nueva ocasion presente á mis enojos.
Tal me tiene este ingrato en viva muerte,
Que puedo ya decir sin confianza:
«Amor para mi error cerró los ojos.»

CXXIV.

Puede oponerse, osando, mi cuidado
Con razon al rigor del amor fiero,
Y de este afan en que penando muero
Buscar tarde el remedio no hallado.
Puede traer la culpa del pasado
Error, y del presente y del que espero,
Y darme á conocer que sigo y quiero
Y amo mi perdicion mas ostinado.
Y no podrá romper el nudo estrecho
Ni aliviar la cerviz del grave peso;
Que tal valor su vil temor no encierra.
Solo me muestra el mal al fin del hecho,
Y aconseja que huya estando preso,
Porque me haga el impio mayor guerra.

CXXV.

¡Oh cómo vuela en alto mi deseo,
Sin que de su osadía el premio tema (1);
Que ya las puntas de sus alas quema,
Donde ningun remedio al triste veo!
Que mal podrá alabarse del trofeo
Si cae, estando ufano, en la suprema
Parte del fuego, en esta banda extrema,
Y acaba con su error y devaneo (2).
Debia en mi fortuna ser ejemplo
Dédalo, no aquel jóven atrevido
Que honró el mar con la gloria de su nombre (3);
Mas ya tarde mis lástimas contemplo;
Si porque osé yo muero al fin perdido,
Jamás empresa igual osó algun hombre (4).

CXXVI.

Cual planta que pidiendo el alto cielo,
Muestra el verde remate y la belleza,
Y del sonante rayo la braveza
La arroja con estruendo rota al suelo;
Tal mi esperanza ufana alzaba el vuelo;
Mas de vuestro desden cruel dureza
Sin gloria la derriba con tristeza
Cuando menos debia á su recelo.
La aura que de Favonio blando espira
No concede, indignado, á la alma mia
Amor, que no se harta de mi daño.
Rendido al desamor y á vuestra ira,
Sufro desesperado con porfía
De mi dolor la fuerza y vuestro engaño.

(1) Sin que de su osadía el mal fin tema.
(2) Si estando ufano en la region suprema
Del fuego ardiente en esta banda extrema,
Cae por su siniestro devaneo.
(3) Que dió al ceruleo piélago su nombre.
(4) Pero si muero porque osé, perdido,
Jamás á igual empresa osó algun hombre.

CXXVII.

Cuidé yo de tus lazos y tu fuego,
Mal grado de tu saña, Amor tirano,
Librarme, y fué mi pensamiento vano;
Que tú no me sufriste algun sosiego.
Tenté de tus engaños, rudo y ciego,
Escaparme, y huyendo en campo llano,
Vine á caer ¡oh mísero! en tu mano,
Que tarde se conmueve á tierno ruego.
¡Cuánto, decia entonces, fortunado
Es quien se te defiende, Señor fiero!
Mas ¿quién, fiero Señor, se te defiende?
¡Ay! que todo es esfuerzo imaginado;
Que tu fuerza deshace al fuerte acero,
Y tu ingenio al mas cauto engaña y prende.

CXXVIII.

Do el mauritano ponto fiero baña
De la soberbia Argel el fuerte muro,
El cielo con terror y horror oscuro
Amenazó la muerte á toda España.
Bramaba el mar, ardiendo en ira extraña;
Bramando ardia airado el mar perjuro;
Solo en tanto pavor domó seguro
César del hado adverso la impia saña.
El piélago y aliento embravecido
Abatieron su ímpetu indignado,
Y respiró el medroso libio suelo.
Vé alegre, corazon nunca vencido;
Que la vitoria no te impide el hado,
Ni el viento y mar cruel; mas todo el cielo.

CXXIX.

Si en mano del Amor yo puse el freno
De esta mi voluntad, no bien sujeta,
¿De qué me espanto pues que se prometa
Traerme tan rendido y siempre ajeno?
Tarde llego al remedio; que el veneno
Cruel destiempla el pecho con secreta
Virtud; no es justo ya en edad perfeta
Andar lleno de afan, de afrenta lleno.
Pueda abrir la razon la niebla oscura,
Y ose romper por esta selva espesa,
Que mil buenos deseos embaraza
Dura resolucion, mas bien segura;
Que quien teme el trabajo, y lento cesa,
El premio de la gloria en vano abraza.

ELEGIA XIII.

En este bosque frio, que sostiene
Mi cítara, en el sauce levantada,
Mas pena de mi triste amor no suene.
Céfiro la aura blanda y sosegada
Aparte de las cuérdas que heria
Con armonía dulce y regalada;
Que la serena Luz de la alma mia
Cubre sus bellos rayos á mis ojos,
Y del favor que tuve la alegría.
Vencen el sufrimiento mis enojos,
Porque tengo en mis cuitas tierno pecho,
No usado á caminar por los abrojos.
Ya no espero mudanza al daño hecho;
Que amor, fortuna y mi luciente Estrella
Me aprietan, puesto siempre en duro estrecho.
Cual del fuego se informa la centella,
Procede mi dolor del amor mio,
Y el luengo afan de mi mortal querella.
Sigo un error y sigo un desvario
Por el confuso rastro de mi vida,
Y aunque alcanzo mi engaño, en él porfio.
¿Cómo podré esta suerte aborrecida
Huir? Cómo podrá el cansado cuello
Sacudir esta carga desabrida?
Un blando hilo de un sutil cabello
En un lazo lo aflige apremiado,
Sin que pueda quebrallo ó deshacello.
Si fuera con acero fabricado,
O en terribles cadenas gravemente
De hierro duro y rígido labrado,
Segun el corazon la pena siente,

Poco era quebrantallo entre los brazos,
Roto con fuerza airada y saña ardiente;
Y el esparcido peso en mil pedazos
Mostrara el indignado sentimiento,
Enhiesto y libre el cuello de embarazos;
Mas ¡ay! que da este áspero tormento
Del amoroso yugo que sostengo,
Lugar, sin que se rompa, al movimiento.
Y cuando pienso, triste, que el bien tengo,
El cuello hallo atado al mesmo instante,
Y de nuevo á sufrir mis ansias vengo.
Ojos, rayos de amor, fulgor crispante
De mi alma abrasada en su veneno,
Oid esto que dice un pobre amante.
Belleza inmensa y puro ardor sereno
Do Amor su flecha, el polo sus estrellas
Tiempla, y baña de honor y gloria lleno;
La ilustre claridad de esas centellas
Me inclina al fuego, y su vigor inflama
Mi pecho en las celestes luces bellas.
Nunca tocado fuí de ajena llama,
Ni de semblante dulce fui vencido;
Que el vuestro la beldad mayor desama.
Soporté mi mal siempre, no rendido,
Subiendo á do no llega otra ventura,
Y no esperé el favor jamás debido.
Ni ardiente sol ni fria noche os ura,
Ni peligros que turban la osadía
Me impidieron mirar vuestra luz pura.
Solo fué mi regalo y mi alegría,
Con sujecion de la alma venerada,
Cuanto pudo sufrir la suerte mia.
¿Qué cosa vos dijisteis que admirada
De mí no fuese? Qué memoria augusta
Pudo ser con mas honra celebrada?
Ahora, que en mi pena gloria justa
Yo atendia por premio á mi firmeza,
Que de vos no presumo cosa injusta,
En esta soledad de mi tristeza,
Do me olvidais ausente, se dilata,
Probando en mil contrastes, mi flaqueza.
¡Ay cuánto de mis bienes desbarata
Esta grave mudanza! ¡Cuánto siente
La alma, que en daño tal amor maltrata!
Triste aquel que sus lástimas consiente,
Y ve herir su pecho rayos de ira,
Y está siempre á su agravio obediente.
Como el que en alto y bravo mar suspira,
Temiendo con pavor el furor crudo,
Y mustio el cielo oscuro en torno mira,
El raudo soplo de Aquilon desnudo
El horror le presenta de la muerte,
Cuyo golpe atraviesa el duro escudo;
Así yo, del desden sañudo y fuerte
En el golfo de olvido enajenado,
Temo el último trance de mi suerte.
El cielo, antes quieto y sosegado
Turbar veo, y trocarse en hielo frio
Blando espíritu del céfiro templado.
Crece con mi lamento el grande rio,
Y corre entre estas peñas espumoso,
Llevando al sacro Océano el mal mio.
Un tiempo, ledo en él y venturoso,
Canté la gloria ufana de mi llanto
Con lira y verso humilde y piadoso.
Bétis apareció con fresco manto
De verdes hojas, y escuchóme atento,
Y agradó á Galatea el vario canto.
Entonces con dichoso y noble aliento
Crinó mi frente el árbol de vitoria,
Y dí en mi patria á amor primero asiento.
Mas ¿para qué refiero yo la historia
De mis daños, pues hacen mis despojos
Indignos de caber en su memoria?
¡Ay mis bellos, floridos, dulces ojos!
No vos canse si al fin saber deseo
Por qué vos placen tanto mis enojos;
Que el singular honor de mi trofeo
Perdeis con tales hechos, y no debo
Padecer la esperanza del deseo.
No soy en vuestro amor, mis luces, nuevo;
Que dende que nací me dió por pena
Mi impio rey el afan que ausente llevo.
Puso á mi cuello preso una cadena,
Para señal de aquella que arrastrando
Con mi vergüenza y confusion resuena.
No sabia su fuerza, aunque penando
Andaba en esta prueba amarga mia,
Mi futura pasion pronosticando,
Hasta que en el alegre y triste dia
De mi bien y mi mal crecer presente
Vi mi ardor en la nieve vuestra fria.
Resplandeció en mis ojos dulcemente,
Cual lúcido relámpago vibrado,
Pura vislumbre de un vigor luciente.
El error descubrió y dolor pasado,
Incierta y rudamente padecido,
Que siento con mas fuerza renovado.
El soldado en la guerra envejecido
Del trabajo y horror del duro Marte
Descansa con el premio merecido;
Yo, abrazando de Amor el estandarte,
Traigo roto el pavés, cortado el pecho,
Atravesado de una y otra parte;
De espantosas heridas ya deshecho,
Que abiertas con peligro y rigor fiero,
Me arrojaron corriendo al mesmo estrecho.
Y cual si mármol fuera, ó fuera acero,
Tal desdeñoso y áspero me trata
Semblante blando y corazon severo.
Pues mi fatal Estrella me es ingrata,
Lo que esperar se debe de mi daño
Es no temer, porque el temor me mata;
Que mas vale esforzarme en el engaño,
Y no rendirme á un simple movimiento,
Y juzgarme en la pena por extraño;
Que con esto, si puedo, mi tormento
Será menos terrible; y si no basta,
Al fin acabaráse el sufrimiento
Con la vida, que opuesta al mal contrasta.

SONETO CXXX.

Grande fué, aunque infelice, tu osadía,
Que por guiar ¡oh hijo de Climene!
El carro en que gobierna solo y tiene
Febo el vivo esplendor que ilustra el dia,
Del fiero rayo muerto en yerta via,
Eridano en sus ondas te sostiene;
Glorioso sepulcro, cual conviene
A tu alto corazon y á tu porfía.
Yo, que cuidé estrenar la pura lumbre,
Y de mi sol regir los cercos de oro,
Dichoso Automedon, con diestra suerte,
Caí, abierto el pecho, de la cumbre,
Y perdí, no la vida, el bien que lloro;
Que en tal mal fuera bien hallar la muerte.

CXXXI.

El corazon huido busco y llamo;
El do el rigor esfuerza el duro hielo
Entra, y sin miedo pisa estéril suelo;
Yo, esquivando el dolor, mis males amo.
Las lágrimas y quejas que derramo
No vencen su porfía, y sin recelo
Allí se pierde, y no osa alzar el vuelo,
Y su ostinado error al fin desamo.
No porque tema ya peligro alguno;
Que no doy mas lugar á miedo cierto,
Ni admito en tanto afan remedio vano;
Mas porque es poquedad ser importuno
A un lento pecho, y ser mas precio muerto
Que esperar la salud de ingrata mano.

CXXXII.

Amor, si el fuego en quien inunda el pecho,
Que mal puede entibiar la fria nieve,
Con tus alas avivas, muerto en breve
Será tu ardor, y el corazon deshecho.
Procuro, en esta llama satisfecho,
Que sin cesar en mí su fuerza pruebe,
Porque del mal mi alma el premio lleve,
Causando el daño luengo algun provecho.

Este suave incendio me sustenta,
Y consagra en honor de mi Luz pura
Mis entrañas, que crecen apuradas.
Dichoso el corazon á quien alienta
Tal virtud, que engrandece con ventura
La gloria de mis penas renovadas.

CXXXIII.

Podrá (y no yerro) nunca luz ardiente
Tocar mi pecho, y nunca ser vencido
De oro podrá, en madejas esparcido,
Con gloria de otra ilustre y bella frente;
Que vuestra luz, do yace Amor presente,
Tiene, y el rico cerco recogido,
Mi cuello y pecho preso y mal herido,
Y dulcemente el yugo y fuego siente.
Nací yo destinado á vuestra llama,
Amor me dió valor para mi muerte,
Y pago, amando á vos, la deuda nuestra.
Volando voy do el ciego ardor me inflama,
Cual va á su fuerza el cielo, y es mi suerte
En vuestro fuego arder, y helaros vuestra.

CXXXIV.

La llama crece y arde, y crece luego
El dolor que mi gloria y bien deshace;
El pecho exhala todo, y se rehace,
Cual Ticio, sin hallar algun sosiego.
No sé dó alienta Amor, do esfuerza el fuego,
Ni de qué pena ya se satisface;
Mal me quejo del daño que me hace,
Si es cruel, voluntario, ingrato y ciego.
Felice Meleagro, cuya muerte
Gastó su ardiente hado; mas yo veo
Que renace mi vida en el tormento.
No huyo la aspereza de mi suerte,
Aunque si por la causa la deseo,
La temo por el fiero mal que siento.

CXXXV.

Regando enciendo todo, ardiendo baño
Con triste humor, prolijo, el campo abierto,
Y mi afan canso, y lloro sin concierto,
Y el llanto con suspiros acompaño.
Esperanza y razon mi injusto daño
Causa; esta y aquella al fin desierto
Me tienen de salud, y tan incierto,
Que con el bien y con el mal me engaño.
Voy como sombra pálida, y cuitoso
Doy gemidos, y asombro el bosque oscuro,
Que tarde en lasa y honda voz responde.
En tanta confusion, do estoy medroso,
Una luz se me ofrece y ardor puro
Distante, pero cerca se me asconde.

ELEGIA XIV.

Yo siempre culparé los ojos mios,
Que, enemigos del ocio de mi vida,
Siguieron de mi error los desvaríos.
Por ellos llama tal fué despedida
Al corazon, que ardiendo en las entrañas,
Crece, con nuevo ímpetu encendida.
Todo el valor de Amor y sus hazañas,
Su bien, su mal, su gloria y su tormento,
Eran á mi memoria muy extrañas;
Mas cuando con un tierno sentimiento
En mí sus rayos descubrió mi Estrella,
Y mis daños honró mi sufrimiento,
Conocí su poder y mi querella,
Y el temor que me aflige no apartado,
Y no me dolió arder en su centella.
Dulce me era el dolor, caro el cuidado,
Dichosa la membranza de mi pena,
Ledo el tiempo lloroso de mi estado.
Aquel bello esplendor de luz serena
Me miró blandamente de su alteza,
Y la culpa admitió que me condena.
El bien que cabe en la mortal flaqueza
(¿Diréle, ó no?) me dió, si se consiente,
Que ose yo pensar tanta grandeza;
Porque sufre que abrase mi doliente
Pecho su llama, y suelto el torpe frio,
Lo afine siempre en su vigor presente.
Mas ¿este, qué me vale esfuerzo mio,
Si muero en soledad, y si mis ojos
Son causa del engaño en que porfío?
Tiranos de mi gloria y mis despojos,
Que los llevais do esperan ser perdidos,
Llorad, si por vos peno, mis enojos.
El uso y la virtud de mis sentidos
Vos ocupasteis todos en mi muerte,
Sin ser á mi remedio consentidos.
La vida vence al fin el riesgo fuerte,
Y vos, como si hubiérades vitoria,
Este daño escogeis por mejor suerte.
Si visteis y gozasteis de la gloria,
Si ufanos abrazais el bien primero,
Perded ya con la vista la memoria.
Estoy tal, que otro bien de Amor no espero;
Y vos no lo espereis, pues tarde entiendo
En mi mal, que es á todos el postrero.
Aborrezco el lugar do estoy muriendo;
Ved cuán corta firmeza es esta mia,
Porque ante de mi Luz no espiro ardiendo.
Sandeces de amorosa fantasía
Son estas, que me traen en dudanza,
Ausente, con temor, sin alegría.
Mis ojos, poco debo á la esperanza
Si me duelo de vos, y temo, ajeno
De cuita, en mis dolores la mudanza.
Y aunque en mi soledad con ansia peno,
Nunca veré al Amor tan mi enemigo,
Que no juzgue mi afan por justo y bueno.
La noche, que me escucha lo que digo,
Y el cielo, de sus astros esparcido,
Será de este mi crédito testigo.
Los ojos que hube un tiempo aborrecido
Por ser principio al mal de mi deseo,
Donde quedé á mis lástimas rendido,
Mas dulces que la vida que poseo
Son, y á mi gloria vienen tan iguales,
Que al mérito el dolor ceder no creo.
Y aunque lleve vitoria de mis males
La que el progreso rompe al curso humano,
Serán en mi sus bienes inmortales.
Y porque jamás esto salga en vano,
Ante mi Lumbre afirma el amor puro
Que nunca en bien tan alto y soberano
Otro felice amante vió seguro.

SONETO CXXXVI.

Yerto y doblado monte, y tú, luciente
Rio, de mi zampoña conocido
Cuando de los pastores el gemido
Canté, y mi mal, con cítara doliente,
Si en vuestra cima siempre y pura fuente (5)
Se escucha el son de mi dolor crecido,
Y si por el camino que han seguido
Su afan otros llorando, voy presente (6),
Una Luz bella es causa, y un honesto
Semblante, que tentar en canto osara
La orígen y órden firme de las cosas.
Del curso eterno es en sazon dispuesto
Todo; espero (la edad si no es avara) (7)
Mostrar cuán varias son y cuán hermosas.

CXXXVII.

A Martin R. de Arellano.

Dura por mí fué al Tajo tu partida,
Dejando solo el Bétis, Arellano,
Y en llanto me obligó y dolor insano
Tu ausencia, de mi siempre aborrecida.

(5) Si nunca en vuestra cima y pura frente,
De oir se deja un dolor crecido.

(6) Otros su afan llorando, voy presente.

(7) Dos bellos ojos y un semblante honesto
Son causa que cantar bien deseara
El principio y los fines de las cosas;
El tiempo á todo pone en ser perfeto;
Espero pues, si me es la edad no avara.

Tú sabes que esparció á mi triste vida
Afan el cielo y cuita en larga mano,
Y en mi mal dulce amigo eras y hermano,
Y no hay quien me consuele ya en tu ida.
Hiriome fiera el pecho mi Luz bella,
Y se ascondió á mi vista, y con ardiente
Fuego á la alma abrasó, en su mal envuelta;
Y tú, que eras descanso á mi querella,
Te vas en tanto, sin dejar presente
Una incierta esperanza de tu vuelta.

CXXXVIII.

Canso la vida, y siempre espero un dia (8)
De fingido placer; huyen los años,
Y nacen de ellos mil sabrosos daños,
Que esfuerzan el error de mi porfia.
Son, por do salir pienso á mi alegría,
Tan inciertos los pasos, tan extraños,
Que rematan el curso en mis engaños (9),
Y de ellos vuelvo á comenzar la via.
Descubro en el principio otra esperanza,
Si no mayor, igual á la pasada,
Y en el mesmo deseo persevero;
Mas torno sin cesar á la mudanza (10)
De la suerte, en mi daño conjurada,
Y esperando el fin cierto, desespero (11).

CXXXIX.

Estos ojos, no hartos de su llanto,
Que á tan estrecha suerte me han traido,
Lloren sin descansar el bien perdido,
Si lágrimas prolijas valen tanto;
Que cuando mi dolor subiere cuanto
Debe al mal y al amor, en lento olvido
Solo, á la ira y al desden rendido,
Cual cisne espiraré en funesto canto.
Y este cielo, enseñado á mi lamento,
Podrá llevar por este campo abierto
Mi voz triste á la causa de mi daño;
Porque yo oso esperar que mi tormento,
Pues es venganza indigna contra un muerto,
O venza ó junto acabe con mi daño.

CXL.

Si tiene á do reinais, mi pura Estrella,
Lugar la fe, en la pena que consiento
Mostrad algun pequeño sentimiento,
Y el premio vendrá á ser que espero de ella;
Pero si vos quereis que pierda en ella
Este bien, acabad con mi tormento;
Que á quien daña el valor del pensamiento
No es justo permitais vivir con ella.
Y si estas obras, de aficion ausente,
En vuestra voluntad tal vez la gloria
Gozan que se concede al venturoso,
Aquí do estoy diré que estoy presente,
Y que mas vale el mal de mi memoria
Que el bien que causa ajeno amor dichoso.

CXLI.

Dulces contentos mios ya pasados,
Que sostuve en error de mi esperanza,
Lo que vuestro recuerdo mas alcanza
Es dolor de mis dias mal gastados;
Porque, envuelto en deseos y cuidados,
Me consumo llorando la mudanza,
Y Amor, que reconoce su venganza,
Mis daños me descubre renovados.
¿Qué puedo yo si ausente me condeno,
Sino solo al olvido y niebla fria
Esta memoria ingrata rendir muerta?
Mas ¡ay! que tiene el corazon, ajeno
De bien, presente siempre la Luz mia,
Y ofrece en cierto mal su gloria incierta.

(8) Como la vida en esperar un dia.
(9) Que al fin van á acabarse en mis engaños.
(10) Mas luego torno á la comun mudanza.
(11) Y esperando contino, desespero.

CANCION VI.

Al señor don Juan de Austria, vencedor de los moriscos de las Alpujarras.

Cuando con resonante
Rayo y furor del brazo impetuoso (12)
A Encélado arrogante
Júpiter poderoso
Despeñó airado en Etna cavernoso (13);
Y la vencida tierra,
A su imperio rebelde quebrantada (14),
Desamparó la guerra
Por la sangrienta espada
De Marte, aun con mil muertes no domada (15);
En el sereno polo
Con la suave cítara presente
Cantó el crinado Apolo
Entonces dulcemente (16),
Y en oro y lauro coronó su frente.
La canora armonía
Suspendia de dioses el senado (17);
Y el cielo, que movia
Su curso arrebatado,
El vuelo reprimia enajenado (18).
Halagaba el sonido
Al piélago sañudo, al raudo viento (19)
Su fragor encogido (20),
Y con divino aliento
Las musas consonaban á su intento.
Cantaba la vitoria
Del ejército etéreo, y fortaleza (21)
Que engrandeció su gloria,
El horror y aspereza
De la titania estirpe, y su fiereza;
De Pálas atenea
El gorgóneo terror, la ardiente lanza,
Del rey de la onda egea (22)
La indómita pujanza,
Y del hercúleo brazo la venganza.
Mas del bistonio Marte
Hizo en grande alabanza luenga muestra,
Cantando fuerza y arte
De aquella armada diestra
Que á la flegrea hueste fué siniestra (23).
«A tí, decia, escudo,
A tí, del cielo esfuerzo generoso (24),

(12) Rayo y furor del brazo poderoso.
(13) Júpiter poderoso
En Etna despeñó vitorioso.
(14) A su imperio sujeta y condenada.
(15) De Marte, con mil muertes no domada.
(16) En la celeste cumbre
Es fama que con dulce voz presente
Febo, autor de la lumbre,
Cantó suavemente,
Revuelto en oro la encrespada frente.

En el verso del texto cometió Herrera la figura *endyadis*, poco usada por nuestros poetas, diciendo *en oro y lauro* en vez de *en lauro de oro*, á semejanza de Virgilio, que escribió:

Paterisque libamus et auro.

(17) La sonora armonía
Suspende atento al inmortal senado.
(18) Se reparaba, al canto consagrado.
(19) Al alto y bravo mar y airado viento.
(20) Su furor encogido.
(21) Del cielo y el horror y la aspereza
Que les dió mayor gloria,
Temiendo la crueza
De la titania estirpe, y su bruteza.
(22) Cantaba el rayo fiero,
Y de Minerva la vibrada lanza,
Del rey del mar ligero
La temible pujanza.
(23) Mas del sangriento Marte
Las fuerzas alabo y desnuda espada,
Y la braveza y arte
De aquella diestra armada
Cuya furia fué en Flegra lamentada.
(24) A tí, valor del cielo poderoso.

Poner temor no pudo
El escuadron sañoso,
Con sierpes enroscadas espantoso (25).
»Tú solo á Oromedonte
Trajiste al hierro agudo de la muerte (26)
Junto al doblado monte,
Y abrió con diestra suerte
El pecho de Peloro tu asta fuerte (27).
»¡Oh hijo esclarecido
De Juno, oh duro y no cansado pecho,
Por quién cayó vencido (28),
Y en peligroso estrecho
Mimante pavoroso fué deshecho! (29).
»Tú, cubierto de acero,
Tú, estrago de los hombres indinado (30),
Con sangre hórrido y fiero
Rompes acelerado
Del ancho muro el torreon alzado (31).
»A tí, libre ya, debe,
De recelo Saturnio, que el profano (32)
Linaje que se atreve
Alzar la osada mano
Sienta su bravo orgullo salir vano (33).
»Mas aunque resplandezca
Esta vitoria tuya conocida (34)
Con gloria que merezca
Gozar eterna vida,
Sin que yaga en tinieblas ofendida,
«Vendrá tiempo en que tenga
Tu memoria el olvido y la termine,
Y la tierra sostenga
Un valor tan insine,
Que ante él desmaye el tuyo y se le incline (35);
«Y el fértil Ocidente,
Cuyo inmenso mar cerca el orbe y baña,
Descubrirá presente,
Con prez y honor de España,
La lumbre singular de esta hazaña (36);
»Que el cielo le concede
Aquel ramo de César invencible (37),
Que su valor herede,
Para que al turco horrible
Derribe el corazon y ardor terrible (38).

(25) El escuadron dudoso,
Con enroscadas sierpes espantoso.
(26) Diste bravo y feroz horrible muerte.
(27) Y con dichosa suerte
A Peloro abatió tu diestra fuerte.
(28) Por quien Mimas vencido.
(29) El pavoroso Runco fué deshecho.
(30) Tú, ceñido de acero;
Tú, estrago de los hombres rabioso.
(31) Y todo impetuoso,
El grande muro rompes presuroso.

Herrera despues de estos dos versos puso la siguiente estrofa, que luego suprimió, como se ve en el texto:

Tú encendiste en aliento
Y amor de guerra y generosa gloria
Al sacro ayuntamiento,
Dándole la vitoria
Que hará siempre eterna su memoria.
(32) A tí, Júpiter, debe,
Libre ya de peligro, que el profano.
(33) Alzar armada mano,
Sujeto sienta ser su orgullo vano.
(34) Esta vitoria tuya esclarecida
Con fama que merezca
Tener eterna vida,
Sin que de oscuridad esté ofendida.
(35) Vendrá tiempo en que sea
Tu nombre, tu valor puesto en olvido,
Y la tierra posea
Valor tan escogido,
Que ante él el tuyo quede oscurecido.
(36) En cuyo inmenso piélago se baña
Mi veloz carro ardiente,
Con claro honor de España
Te mostrará la luz desta hazaña.
(37) De César sacro el ramo glorioso.
(38) Para que al espantoso
Turco quebrante el brio corajoso.

»Vese el pérfido bando
En la fragosa, yerta, aeria cumbre (39),
Que sube amenazando
La soberana lumbre,
Fiado en su animosa muchedumbre (40);
»Y allí, de miedo ajeno,
Corre cual suelta cabra y se abalanza
Con el fogoso trueno
De su cubierta estanza,
Y sigue de sus odios la venganza;
»Mas despues que aparece
El jóven de Austria en la enriscada sierra,
Frio miedo entorpece
Al rebelde, y lo atierra
Con espanto y con muerte la impia guerra (41).
»Cual tempestad ondosa
Con horrisono estruendo se levanta,
Y la nave, medrosa
De rabia y furia tanta (42),
Entre peñascos ásperos quebranta;
»O cual del cerco estrecho
El flamígero rayo se desata,
Con luengo sulco hecho (43),
Y rompe y desbarata
Cuanto al encuentro su ímpetu arrebata;
»La fama alzará luego,
Y con las alas de oro la vitoria
Sobre el giro del fuego,
Resonando su gloria
Con puro lampo de inmortal memoria (44);
»Y extenderá su nombre
Por do céfiro espira en blando vuelo
Con ínclito renombre,
Al remoto indio suelo
Y á do esparce el rigor helado el cielo (45).
»Si Peloro tuviera
Parte de su destreza y valentía (46),
El solo te venciera,
Gradivo, aunque á porfía
Tu esfuerzo acrecentaras y osadía (47).
»Si este al cielo amparara
Contra las duras fuerzas de Mimante,
Ni el trance recelara
El vencedor tonante,
Ni sacudiera el brazo fulminante (48).
»Traed, cielos, huyendo
Este cansado tiempo espacioso
Que oprime deteniendo (49)
El curso glorioso;
Haced que se adelante presuroso.»

(39) Veráse el impio
En la fragosa, inaccesible cumbre.
(40) A la celeste lumbre
Confiado en su osada muchedumbre.
(41) Mas luego que aparece
El jóven de Austria en la enriscada sierra,
El temor entorpece
A la enemiga tierra,
Y con ella acabó toda la guerra.
(42) De aquella furia tanta.
(43) Con largo sulco hecho.
(24) Y con doradas alas la vitoria,
Sobre el orbe del fuego
Resonando su gloria
Con puro resplandor de su memoria.
(45) Y llevarán su nombre
De los últimos soplos de occidente,
Con inmortal renombre,
Al purpúreo oriente
Y á do hiela y abrasa el cielo ardiente.
(46) De su excelso valor alguna parte.
(47) Aunque tuvieras, Marte,
Doblado esfuerzo y osadía y arte.
(48) Si este valiera al cielo
Contra el profano ejército arrogante,
No tuvieras recelo
Tú, Júpiter tonante,
Ni arrojaras el rayo resonante.
(49) Traed pues ya volando
¡Oh cielos! este tiempo espacioso,
Que fuerza dilatando.

Así la lira suena,
Y Jove el canto afirma, y se estremece
El olimpo, y resuena (1)
En torno y resplandece,
Y Mavorte dudoso se oscurece (2).

SONETO CXLII.

Alzo ligeras alas al deseo,
Sigo el bello esplendor de mi alegría,
Hállolo reluciente en la osa fria,
Y desespero el bien que mas deseo.
Suspenso en un incierto devaneo,
Que mi esperanza cansa y mi porfía,
Digo: «¿Por qué, serena Lumbre mia,
Leda en estéril parte arder vos veo?
»Llevar debia el céfiro vitoria,
Siempre de vuestra llama esclarecido,
Al euro ufano, que con él contiende;
»Mas ¡oh! que el cielo causa mi gemido
Por honrar gente indigna de memoria,
Que el sol con tibio rayo apena enciende.»

CXLIII.

Amor con todo el fuego que el humoso
Etna espira y las islas de Vulcano
Me abrasa el pecho, que asegura en vano
A su mortal ardor algun reposo.
Con la nieve que el Cáucaso nevoso
Y el desnudo Rifeo hace cano,
Mi alma enfria, y rompe el inhumano
A la esperanza el paso temeroso;
Que en los ojos do siempre el hielo y llama
Suya en mi muerte acuerdan, fijo tiene
El ímpetu y furor de su braveza;
Y por vengarse mas, la seca rama
Do estoy asido sin quebrar sostiene,
Probando en nuevas penas mi flaqueza.

CXLIV.

Un tiempo ave caristra viví en fuego,
Pero ya blanco cisne en ondas vivo;
Que solo de mi mal cuitoso escribo
Cuanto escribí de bien en mi sosiego.
Pensé, trocando grado, trocar luego
Suerte, y fué vano error; que Amor esquivo
En uno y otro estado al fin cautivo
Me oprime y en igual desasosiego.
De mi pecho exhaló un Vesubio ardiente,
Ahora de mis ojos despedido
Corre un Istro nevoso desatado.
No esfuerza con la nieve la creciente,
Antes con el ardor mas encendido
Va en abundoso curso dilatado.

CXLV.

Ningun remedio espero en mi tormento,
Y de mejor fortuna desespero;
Muriendo vivo, aunque viviendo muero,
Ajeno y ocupado en pensamiento.
Temo el fiero dolor, y si contento
Alguno tengo, temo el dolor fiero;
Cansado, mi pasion abrazo y quiero,
Y el mal que mas rehuyo mas consiento.

(1) Sacudido y resuena.

(2) El cielo y resplandece,
Y Mavorte medroso se oscurece.

Han notado, y con razon, algunos críticos la incongruencia que hay en esto de pronosticar Apolo en presencia del olimpo y en el acto de la celebracion de la victoria alcanzada por Marte sobre los gigantes, que habia de llegar un dia en que un mortal oscureciese sus glorias. Decia á este propósito un mi amigo, censurando el descuido de HERRERA en una obra tan digna de alabanza eterna, que si Apolo tal cosa hubiera hecho, seguramente Júpiter lo hubiera enviado otra vez á guardar cabras á Admeto. Lo extraño es que HERRERA, que, segun se ve, escribió dos veces esta obra, no advirtiese el error en que habia caido.

Tan ufano estoy siempre en la tristeza,
Que nunca ceso de alabar el dia
Que fué ocasion de merecer mi daño.
No doy lugar al bien, y en mi estrecheza,
Perdiendo vanamente la edad mia,
No sé hallarme libre de mi engaño.

CXLVI.

Venció mi duro pecho Amor tirano,
Y los nervos cortó su aguda espada
De aquella ajena libertad amada
Que mísero suspiro y lloro en vano (3).
El me vuelve y me trae por la mano
A do mi afrenta y perdicion le agrada;
Mas de su afan la vida ya cansada,
Tornar procura al curso usado y llano (4);
Pero es flaca osadía, y con la muerte
Luchando, abrazo alegre el dulce engaño,
Y me aventuro en el deseo y pierdo;
Que yo no puedo ser al fin tan fuerte,
Que contraste gran tiempo á tanto daño,
Ni en tal error me vale ya ser cuerdo.

CXLVII.

«¿Dó vas, dó vas, cruel, dó vas? Refrena,
Refrena el presuroso paso en tanto
Que de mi grave afan el luengo llanto
Abre en prolijo curso honda vena (5).
»Oye la voz de mil suspiros llena,
Y de mi mal sufrido el triste canto;
Que ser no podrás fiera y dura tanto
Que no te mueva al fin mi acerba pena (6).
»Vuelve á mí tu esplendor, vuelve tus ojos
Antes que oscuro quede en ciega niebla,»
Decia en sueño ó ilusion perdido (7).
Volví, halléme solo y entre abrojos,
Y en vez de luz, cercado de tiniebla
Y en lágrimas ardientes convertido.

ELEGIA XV.

¿Quién me daria, Amor, una voz fuerte
Y espíritu en mis lástimas osado
Para cantar las cuitas de mi suerte?
Que el luengo error de mi primer cuidado
Ocupada me tiene la memoria,
Y todo mi sosiego enajenado.
Yo nací para ver, cruel, tu gloria,
Cual Tántalo engañado y al extremo,
Para llorar perdido mi vitoria.
Sufro el dolor; que ya algun mal no temo
Si, á tan estrecho paso reducido,
De ti desesperar es bien supremo;
Pero al freno me traes tan rendido,
Que en mi furor enciendes la esperanza,
Que me vuelva suspenso y confundido.
Nuevo mal al antiguo mal alcanza;
Y tal es el pasado y el que viene,
Que en su rigor no siento la mudanza.
Ni huir ni esperar ya me conviene,
Y huyo, espero, temo ya y confio,
Y lo que me desmaya me sostiene.
¿Por qué este porfioso desvarío
No extirpas, rey ingrato, y de mi pecho
No arrancas este indigno dolor mio?

(3) Venció las fuerzas el Amor tirano,
Cortó los nervos con aguda espada
De aquella dulce libertad amada,
Que sin vigor suspiro siempre en vano.

(4) El me vuelve y me trae por la mano
A do mi error y perdicion le agrada;
Mas ya la vida, de su mal cansada,
Osa tornarse al curso usado y llano.

(5) Que de mi dolor grave el largo llanto
A abrir comienza esta honda vena.

(6) Que no podrás ser fiera y dura tanto,
Que no te mueva esta mi acerba pena.

(7) «Vuelve tu luz á mí, vuelve tus ojos
Antes que quede oscuro en ciega niebla,»
Decia en sueño ó en ilusion perdido.

Téngate ya mi daño satisfecho;
Que poca es la venganza en el sujeto,
Y matar al rendido no es derecho.
Seguí siempre en lo público y secreto
Tu estandarte, y al carro aherrojado,
Tu valor celebré con tierno afeto.
Si no eres en las rocas engendrado
Del alto yerto Cáucaso espantoso,
Y de la Armenia tigre alimentado,
Serás á mis tormentos piadoso;
Que de la pena ya que la alma siente
No sé gran tiempo há lo que es reposo.
El resplandor de Febo y la fulgente
Escuadra de las lúcidas estrellas
Recoge al hondo seno de ocidente.
Yo, mezquino, constante en mis querellas,
Jamás descanso doy al mustio canto,
Y se envuelven mis lágrimas con ellas.
Que no acabe en tan duro mal me espanto,
Y que crezca á los cercos de mis ojos
Perpetua exhalacion de ardiente llanto.
Si cuidas tú, que llevas mas despojos
En mi pasion, ó gloria mas dichosa,
Y por eso acrecientas mis enojos,
Yo te protesto, Amor, por la penosa
Historia de la vida que prosigo,
Que la vitoria alcanzas afrentosa.
Fortuna que te sirva ¡oh mi enemigo!
Quiere; su imperio temo, y temo el tuyo,
Ya vasallo rebelde, infiel amigo.
En mi muerte, tirano, te destruyo,
Pues nací para amar, y solo quiero
Que se entienda cuán poco de tí huyo.
Bien sé que en vano me lamento y muero
Por ablandar esa cruel dureza,
Que sin provecho mitigar espero.
Cual revuelve la rueda con presteza
A Ixion, que se huye y va siguiendo,
Tal me revuelve y tuerce tu fiereza;
Y cual el triste Sisifo subiendo
Va el gran peñasco alzado á la alta cumbre
Siempre, descanso alguno no admitiendo;
Tal de mi afan la grave pesadumbre
Llevando léjos voy, do ausente veo
Triste sin alcanzar mi pura Lumbre.
El nieto ilustre del insigne Alceo,
En mil grandes empresas glorioso,
Se inclinó al duro yugo de Euristeo;
Yo, que no soy tan fuerte y valeroso,
Y de tu fuego, Amor, estoy herido,
¿Por qué estaré soberbio y animoso?
Mírame ante tus piés preso y rendido,
Y suena en mi cerviz el hierro puesto,
Humilde á tus cruezas, ofrecido.
Perdona mi dolor; que ya dispuesto
Estó á sufrir sin quejas mi tormento,
Y escoger por mas gloria mi denuesto.
Aspire el deleitoso y vivo aliento
A mi encendido pecho, porque en llama
Se tiemple el hielo en que enfriarme siento.
Ya que mi muerte no se excusa, inflama
Mi alma en el vigor de la Luz mia,
Porque ensalce mi nombre eterna fama;
Que el helado rigor y nieve fria
De su olvido y desden turba y detiene
A tu fuego el valor con osadía.
Si volver por los tuyos te conviene,
Por mis ojos arroja en sus entrañas
El fuego que abrasado al orbe tiene;
Que si yo veo, Amor, tales hazañas,
Daré, en justo rescate de tal pena,
Mi hierro y el ardor con que te ensañas;
Porque su libre cuello en la cadena
Ver, y encenderse el frio de su pecho,
Es todo el bien que tu poder ordena,
Si tu poder se extiende á tan gran hecho.

SONETO CXLVIII.

Cuando pienso, cansado del tormento,
Que con mi afrenta Amor herirme pudo
De una serena luz con rayo agudo,
Y que rendí el valor y entendimiento,
Vuelvo triste á mirar mi perdimiento;
Mas tan solo me hallo y tan desnudo
De fuerza, que romper el débil nudo
Que me enlazó el deseo nunca intento.
Seguir el mesmo curso en el cerrado
Laberinto, y sufrir ya mas denuesto
No debo si en mí queda algun sentido.
Acabe el vano error de mi cuidado;
Pero ¿qué digo, simple? Yo protesto
Que hablo enajenado y ofendido.

CXLIX.

Si no es llorar, ¿qué pueden ya mis ojos?
Mi alma de lamento se mantiene;
Con él crece el ardor y se sostiene,
Y la pluvia se alienta en sus despojos.
Un tiempo esperé premio á mis enojos,
Mas tarde es ya que mi pasion previene;
Pero acabar en lágrimas conviene
A quien de flores nacen los abrojos.
En llanto me consumo, y cuando espero,
Grande y nuevo milagro, dar memoria
A mi nombre resuelto en triste rio,
Ocurre el fuego, en él me abraso y muero,
Desvaneciendo en llama con mas gloria
Justo aunque grave bien al dolor mio.

CL.

Al sereno esplendor de luz ardiente,
De celestial zafiro á la belleza
La alma, volando en torno con presteza,
Las alas rojas mueve dulcemente.
Amor, que de este cielo nunca ausente
Respira, le descubre su grandeza,
Y de gloria mil bienes y riqueza,
Que sola ella los conoce y siente.
En este engaño siempre va, y se olvida
De quien, cuidoso de su afan, la llama,
Y en conocido error cansa y porfía;
Porque espera tal vez allí, encendida
De aquellas puras luces en la llama,
Hallar sepulcro igual á su osadía.

CLI.

Al Bétis.

Corre soberbio al mar del llanto mio,
Bétis claro, sagrado honor de rios,
Y no acaben mis grandes desvaríos
Donde se acaba en él tu grande rio;
Antes oyan mi afan y desvarío
Entre el fuego y rigor de hielos frios,
Y se conduelan de los males mios
Libia ardiente y desnudo Islando frio;
Y el Indo, que primero ve la aurora,
Y el otro que mas tarde alumbra Apolo,
Hagan memoria eterna de mis daños;
Y tú lamenta esta postrera hora
En que muero, de bien ausente y solo,
Rico de pensamientos, pobre de años.

CLII.

No espero en mi dolor lo que deseo,
Que tanto bien no cabe en mi mal fiero;
Mas deseo ya solo, lo que espero,
Acabar en mi ciego devaneo (8).
Tan cansado me tiene este deseo,
Que del mísero efeto desespero,
Y engañado en mi intento persevero,
El vano error que sigo, al cabo veo (9).
Pero ¿qué vale ver el mal presente,
Si porfío y contrasto, no espantado,
A los asaltos bravos de Amor crudo (10)?
No temo y oso todo libremente,
Porque es al corazon desesperado
La dura obstinacion vulcanio escudo (11).

(8) Que es acabar en este devaneo.
(9) Y al cabo el vano error que sigo veo.
(10) A los bravos asaltos de Amor crudo.
(11) La ostinacion impenetrable escudo.

ELEGIA XVI.

Si este inmortal dolor y sentimiento
Que me fuerza á penar sin esperanza
No puedo desatar del pensamiento;
Si esta fortuna súbita y mudanza
A una prolija ausencia me condena,
¿Por qué tengo en mi daño confianza?
Quien vió mi dia y vió mi luz serena
Podrá juzgar á cuánto mal me ofrezco
En noche de tiniebla y de horror llena.
Tormento nuevo en viejo mal padezco;
Que quiere este impío rey que solo sienta
Lo que esperó ninguno y no merezco.
Lidio en mi soledad, que me presenta
Siempre el pasado bien y la ventura,
Y la perdida gloria me atormenta.
Rayos de amor, inmensa hermosura,
Que suspiro y deseo y busco ausente,
Volved la claridad excelsa y pura:
Que si veo los cercos y oro ardiente
Que vos ciñe y corona en rico velo,
Descansaré del llanto y voz doliente,
Y en el herboso, fresco y fértil suelo
Que el padre y sacro Bétis deleitoso
Baña, agradable al alto y claro cielo,
Alzaré á vuestro nombre generoso,
Cual fué en Pafo á Dione consagrado,
Un templo insinemente suntuoso,
Do quien el peligroso mar sulcado
Hubiere del amor, ya salvo en puerto,
A las aras atento y humillado,
Los votos que en el ancho golfo incierto
Prometió, pagará, dejando escrita
La causa del peligro y temor cierto.
Mas voy por do no sufre la infinita
Fuerza de mi pasion y suerte indina
Que alguna muestra de esperanza admita;
Y antes que pueda ver la luz divina
Vuestra, aquel rigor último á la vida
Vendrá del mal, en que mi ardor me inclina;
Y en breve espacio fincará perdida
La esperanza desierta y el deseo,
Triunfando de mi muerte aborrecida.
Nunca temí el dolor del mal que veo;
Que entró al descuido amor blando y sereno
Para aquistar de mí el mayor trofeo.
En tal sazon ya sin remedio peno;
Que lo que menos duele es el tormento.
¡Tanto de mí me aparto y enajeno!
Quien abrir del mar ciego el alto asiento
En mi ligera nave verme pudo
Con alegre bonanza y mánso viento,
Y viese el cielo oscurecer, desnudo
De luces, borrascoso el ponto, el fiero
Noto con negro horror soplar sañudo;
Aunque su pecho armase duro acero,
En tan cruel mudanza y suerte mia,
Donde solo y sin fuerzas desespero,
De humana compasion se venceria,
Si puede un grave caso sucedido
Turbar de mortal pecho la alegría.
Ya que estoy á mis lástimas rendido,
De mis hermosos ojos, triste, ausente,
En soledad y en confusion perdido,
A do torciere el paso irá presente
El florido esplendor de la belleza,
Que me tiene abrasado en fuego ardiente.
Por difíciles riscos y aspereza
En la nocturna sombra celebrada
Será del canto mio su grandeza;
Adonde no se halle alguna entrada
De hombre ó fiera mostrará el desierto
Su figura en los árboles labrada.
Allí mi error y engaño y desconcierto
Escrito, y en mi llanto lamentado,
Será de mi dolor testigo cierto.
Aquel tierno semblante venerado,
La bella luz do el cielo gracias llueve,
La rica falda de oro ensortijado,
Y el suave color de rosa y nieve,
Las perlas por do amor alegre envia
La voz al corazon y el daño aleve,
Presentes en mi triste compañía
Para temor del alma, á la memoria
Renovarán la ufana suerte mia,
Y del perdido bien de la vitoria
Darán las ocasiones que huyeron
En el progreso luengo de mi historia.
No sé por dó los hados inducieron
Esta mi soledad en el extremo
Que en el principio nunca prometieron.
Vos, ojos, de quien cuido solo y temo
Morir penoso ausente, cuando fuere
De mi dolor el término supremo,
Humidos en mi muerte á quien vos viere
Vos descubrid, y vuestra faz llorosa
Muestre cómo mi mal vos duele y hiere;
Porque sea mi suerte mas dichosa
Que en vida, en muerte, y el tormento mio
Venza á la vuestra condicion sañosa.
¿Por qué en ausencia por el bien porfío,
Si en presencia me niegan el derecho,
Y me engaño en tan alto desvario?
Destinado nací para este hecho,
Y sujeto á belleza ingrata y dura,
Siempre afligido y triste y roto el pecho.
La aurora pareció con veste oscura,
Présaga de mi afan, y el nuevo dia
Mudó el semblante ledo y luz segura.
Jamás gocé algun hora de alegría,
Que no fuese teñida de tristeza,
Si merecí tal bien en mi osadía.
No culpo yo el rigor y la dureza
De mi luciente Estrella en tanto engaño,
Mi obstinacion si culpo, y mi firmeza.
Debia no huir mi desengaño;
Mas consiento la pena, y no rehuso,
Si abracé la ocasion, sufrir el daño;
Pero la ausencia así me descompuso
De toda la paciencia, que no hallo
En mi el lugar que la razon dispuso.
Sufriendo peno y muero, y siempre callo,
Pues me conozco al fin de Amor tirano
Humilde y pobre y sin valor vasallo.
Yo sé que un tierno pecho y soberano
Del mezquino se acuita y condolece,
Y procura su bien con larga mano;
Mas á quien la ventura desfallece,
Y no vale esperanza, es bien la muerte,
Pues en la vida misera el mal crece.
Ya no mas buscaré, si el dolor fuerte
Desmaya, porque estoy determinado
En seguimiento siempre de mi suerte;
Y de esta soledad acompañado,
Con un deseo en otro convertido,
De mis glorias iré desamparado;
Y cuando no pudiere haber olvido,
Que difícil será, no es ya tan largo
El tiempo en los trabajos consumido,
Que no me halle luego el trance amargo;
Y al cuerpo suelta el alma en vuelo presto,
Cansada dejará el pesado cargo;
Y en sombra yacerán y oscuro puesto
Mis dolores, conmigo sepultados,
Y cesarán del vago error molesto;
Que ahora no reposan mis cuidados.

SONETO CLIII.

Al doctor Martin Martinez.

Tú, que alegras el Tebro esclarecido,
Y del Bétis ondoso el curso ufano
Dejas, y el precio antiguo italiano
Miras en el sepulcro del olvido,
¿Por ventura, del yugo sacudido,
La cerviz alzas libre, y del tirano
Amor en ti desmaya el furor vano,
O en fiero ardor espiras encendido?
Que yo en la patria sin mi Luz me veo
Triste, preso, herido, solo, ausente,
Y perseguido siempre de un cuidado.
Sin esperanza aviva mi deseo,
Y apena de este rio á la corriente
Descubro el mal que sufro no cansado.

CLIV.

Mi Luz, así en la vuestra bella frente
Nunca ofenda las rosas hielo frio,
Y así blando al ingrato señor mio
Vea en esas estrellas yo presente,
Que me digais, humilde amante ausente,
Si en vuestro corazon hallo desvío,
Si vuestro pecho tierno el desvarío
Dulce como en mi tiempo alegre siente;
Porque por esa púrpura templada
En blanca y pura nieve y por los ojos
Suaves, do respira mi esperanza,
Que en la mas luenga ausencia y apartada
No vos negó mi alma los despojos,
Ni en mi temió el amor jamás mudanza.

CLV.

Cuando cantar deseo la belleza
Vuestra y serena luz, que humilde honro,
El esplendor y puros rayos de oro,
Do alinan los de Febo su riqueza,
Reconozco el valor y la grandeza
En quien de eterno ardor celeste coro
Ensalzó de sus bienes el tesoro,
Y desigual me inclino á tanta alteza.
Dadme favor alguno en vuestra gloria,
De honesto amor oh llama generosa,
Y de nuestra edad oh raro ejemplo,
Porque á la eternidad de la memoria
Por precio de beldad maravillosa
Consagre vuestro nombre yo en su templo.

CLVI.

Llegue el dolor, si puede crecer tanto,
A desatar esta secreta llaga
Que no me deja reposar, y haga
Ante quien temo el justo oficio el llanto;
Que cuando descubriere de ello cuanto
Mostrar se debe á quien tan mal se paga
De mi mal, podrá ser que se deshaga
La sombra del peligro y de mi espanto.
Si no, ascondido en esta oscura niebla
Acabe á gusto ajeno, mas de suerte
Que falte del remedio la esperanza;
Porque quien siempre yace en la tiniebla
No espere ver la luz sino en la muerte;
Que la gloria de amor tarde se alcanza.

CLVII.

Al conde de Gelves.

Señor, si este dolor del mal que siento
Veo desvanecer en mi memoria,
Y en olvido yacer la triste historia
Que fué dura ocasion á mi tormento,
De España con voz alta y noble aliento
Cantaré los triunfos y vitoria,
Y daré entre su honor y eterna gloria
Al valor vuestro insigne igual asiento;
Mas un dulce esplendor, un cerco y oro,
Que en crespas hebras arde, una armonía
Y gracia que florece y orna el suelo,
Una belleza á quien suspenso adoro,
Impiden esta altiva empresa mia,
Y en su furor me llevan hasta el cielo.

CANCION VII.

A don Luis Ponce de Leon, duque de Arcos.

¡Oh clara luz y honor del Ocidente,
Espíritu real, do puso el cielo
De su inmenso valor grandeza tanta,
En quien cubierta de oro el vario velo,
Con puro ardor de púrpura luciente
La gloria su riqueza esparce y planta;
Si el molesto dolor que me quebranta
Y me instiga á cantar la grave pena
Que aborrezco y procuro,
Me dejase algun tanto ya seguro
Del fuego en que mi pecho ardiendo suena,
Y del cruel rigor del hielo duro
Que me condena á doloroso llanto
Y á perpetua cadena,
Consagraria en honra vuestra el canto.
Mas yo siguiendo voy con paso incierto
En horror de la noche, en ciego dia,
Por los riscos y cerros no tratados,
Léjos el fulgor bello y la Luz mia,
Que me lleva á morir en temor cierto
Adonde solo entraron desdichados;
Que esto es premio á mis penas y cuidados.
Ya en la doblada imágen espartana
La coronada frente
Muestra la quinta vuelta el sol caliente,
Despues que abierto el corazon, con hierro
Me trajo amor al yugo obediente;
Siempre sonó de allí mi lira triste
En mi luengo destierro,
Y el desden, que en mi daño mi Luz viste.
La memoria, los hechos valerosos
Las colunas, del fiero armado Marte
Los trofeos alzados, que en rocio
Sangriento manan; la destreza y arte
De los inclitos pechos generosos
Que bañó Bétis, Tajo y Duero frio,
A que aspiraba el rudo canto mio,
Oscurecidos yacen en olvido;
Solo es amor mi canto,
Los ojos bellos y oro puro canto.
¡Tal me tiene el cruel preso y rendido,
Y entregado á la fuerza de mi llanto!
Recibeme la noche y deja el dia,
Celebrando perdido
El sereno esplendor de la Luz mia.
Aquel que el glorioso y rico lauro
Coronó con sus verdes hojas de oro,
Que con suave y culta noble lira,
Igual de Grecia y de Castalia al coro,
Suspende el indo piélago y el mauro,
Y con el canto al mesmo Febo admira,
Y osadamente levantarse aspira
Con felice armonía á la memoria
Y romana alabanza,
Del itálico honor clara esperanza,
Y de las almas grandes con vitoria;
Aquel vuestro valor dichoso alcanza
Solo á esculpir en el etéreo velo
Con venturosa historia;
Que no mi canto, ajeno de consuelo.
El peso inmenso y movimiento ardiente
Sufre y sustenta apena el grande Atlante,
Que siente grave, y la cerviz inclina;
Yo, que no soy tan fuerte y tan constante,
Temo caer con él, y juntamente
Mi deseo ilustrar con fama indina;
Y la muerte que á Erídano destina
El ímpetu paléneo acelerado
En la corriente umbrosa
Que hubo del hecho el nombre, do en llorosa
Honra el dudoso cletro fué engendrado,
La suerte acerba suya y lastimosa
Aparta mi esperanza y mi deseo,
Y el miserable hado
De quien perdió el caballo de Perseo.
Vuestro valor excelso, la grandeza
Del ánimo, la gloria verdadera,
El alto y vigilante pensamiento
A Esmirna ya cansado y Mantua hubiera,
Y del cisne dirceo aquella alteza
De no imitado vuelo y grave acento,
Y de Olmeo al insine ayuntamiento,
Cuanto mas una pobre estéril vena,
Aunque el oro abundoso
Que Ermo tuerce en sus ondas y el dichoso
Tajo con su luciente y rica arena,
Y del Idáspes medo el curso ondoso
Sonasen de mi canto en la corriente
De vuestra gloria llena,
Y la pluvia que Ródas vió presente.
Querer cerrar en poco el bien que el cielo
Largo y felice ofrece al nombre vuestro,

Será como quien piensa y osa en vano
Dinumerar del mar sagrado nuestro
Las ondas, ó en el seco ardiente suelo
Las arenas que mira el africano,
O los astros del cerco soberano.
Mejor es con silencio á vuestra fama
Dar la gloria debida,
Y venerar tanta virtud crecida,
Que luce y resplandece en viva llama,
Como estrella del polo esclarecida;
Que contra el tiempo y todo el rigor crudo
La lumbre en que se inflama
Es de inmortal firmeza eterno escudo.

SONETO CLVIII.

Profundo y luengo, eterno y sacro rio,
Que el ancho curso tuyo y grande frente
Mezclas en el mar hondo de Ocidente,
Y en él junto el amargo llanto mio;
De mi deseo vano, en quien porfio,
De esperanza y remedio siempre ausente,
En esta soledad por tu corriente
Hago ocasion á nuevo desvarío.
Tú, si del canto mio un tiempo oiste
El tierno son, aunque mayor que el Ebro,
Y yo ¡cuánto menor que el claro Orfeo!
Admite en estas ondas mi voz triste;
Que serás en los males que celebro
Solo mi Pimpla y mi Castalio Olmeo.

CLIX.

No puedo sufrir mas el dolor fiero
Ni ya tolerar mas el duro asalto
De vuestras bellas luces; antes falto
De paciencia y valor en el postrero
Trance, arrojando el yugo, desespero,
Y por do voy huyendo el suelo esmalto
De rotos lazos, y alzo osado en alto
El cuello, y verme libre alegre espero (12).
Mas ¿qué vale mostrar estos despojos
Y la ufania de alcanzar la palma
De un vano atrevimiento sin provecho?
El rayo que salió de vuestros ojos
Puso su fuerza en abrasar mi alma,
Dejando casi sin tocar el pecho.

CLX.

Cubre en oscuro cerco y sombra fria
Del cielo puro el esplendor sereno (13)
La noche triste, y lloro, de afan lleno,
Perdido el bien que tuve y mi alegría.
Ningun alivio en la miseria mia
Hallo, de ningun mal me siento ajeno (14);
Cuanto en la confusion nublosa peno,
Padezco en la purpúrea luz del dia (15).
En otro yerto Cáucaso el cuidado
Profundo mio y mi mortal deseo
El pecho despedaza que renueva;
Do nunca en mi tormento no cansado
Pudiera el hijo inclito de Alceo
Mostrar de su valor segunda prueba (16).

CLXI.

Viví, cuando Amor quiso, en mi cuidado
Ufano y sin temor; mas mi destino
No sufrió que este bien fuese contino;
Que no dura en amor un dulce estado.
Desierto de remedio y engañado,
Cual mísero y errante peregrino
Por los montes voy solo, sin camino,
De mí mesmo y de Amor desamparado.
En medio del dolor, en la memoria
Tal vez consiento sombras de alegría,
Que engañan dulcemente la esperanza.
Mas esto es la segur que de mi gloria
Corta lo extremo; que en la suerte mia
Del bien nace en mis daños la venganza.

CLXII.

Cuando miro el fino oro al manso viento
En lucientes rieles esparcido
O en hermosas lazadas recogido,
Mil causas justas hallo á mi tormento;
Cuando la llama y luz de puro aliento
Rutilar veo en torno, y que el vencido
Pecho tiene en su fuego convertido,
Mil causas justas hallo al mal que siento;
Cuando escucho la angélica armonía
Y admiro el valor vuestro y gentileza,
Mil causas hallo justas á serviros;
Mas cuando en la humildad contemplo mia,
Y en vuestro dulce afeto y su nobleza,
No hallo causa justa á mas suspiros.

ELEGÍA XVII.

Pues la luz que escogí por cierta guia
Sombra oscura del cielo me defiende,
Llora conmigo, Amor, la pena mia.
Ya sobre mi nubloso horror desciende
Y me aflige la suerte, y rinde á llanto,
Que el fuego que me abrasa airado enciende.
En lágrimas deshago el triste canto,
Y en ellas ya debria estar deshecho
El duro corazon, que sufre tanto.
¿Qué áspera condicion de fiero pecho
En tan siniestro caso me levanta
Y me tuerce á sufrir tan impio hecho?
¿Cómo explicar podré congoja tanta,
Si faltan las palabras, si el efeto
Triste el sentido mísero quebranta?
¿Qué podré ya temer, qué tierno afeto
Habrá que ablande en parte mi dureza,
Pues vivo en tal dolor con mal secreto?
¿Quién me impide mirar la gran belleza,
El celestial semblante y armonía
Que desterraban toda mi tristeza?
Ya para mi se ha oscurecido el dia;
Y pues en las tinieblas me lamento,
Llora conmigo, Amor, la pena mia.
El puro fuego, aquel divino aliento
Que en el blando y rendido pecho mio
Mi sol bello envió de su alto asiento,
Se altera con rigor en hielo frio,
Y acaba de la vida, ya suspensa,
La parte que estrenó mi desvarío.
Y la virtud de la alma y fuerza inmensa
Que me llevaba sin graveza al cielo,
Entorpecida está de nieve intensa.
Ya no pretendo yo encumbrar el vuelo
A algun favor; que estoy desconfiado,
Sin bien, oscuro y derribado al suelo.
Queda solo este bien á mi cuidado,
Renovar con dolor esta memoria;
Amor, lloremos mi dichoso estado.
¿A dó el favor antiguo, á dó la gloria
De mi pasado tiempo y venturoso?
A dó tantos despojos y vitoria?
Collados altos, bosque deleitoso,
Fuente abundosa y agradable puesto;
Testigos de mi bien y mi reposo,
¿A dó las luces y el semblante honesto,
El oro en rico cerco recogido
Con bello error en torno ó descompuesto?
¿A dó el coral lustroso y encendido
Y el color dulce de suave rosa,
Tiernamente tal vez descolorido?
¿A dó la blanca mano y generosa
Que el yugo puso blandamente al cuello,

(12) De rotos lazos, y levanto en alto
El cuello osado, y libertad espero.

(13) Del cielo puro el resplandor sereno,
La húmida noche, y yo, de dolor lleno,
Lloro mi bien perdido y mi alegría.

(14) Hallo, de ningun mal estoy ajeno.

(15) Padezco en la rosada luz del dia.

(16) En otro nuevo Cáucaso enclavado,
Mi cuidado mortal y mi deseo
El corazon me comen renovado;
Do no pudiera el sucesor de Alceo
Librarme del tormento no cansado,
Que excede al del antiguo Prometeo.

Y fué prenda á mi alma dolorosa?
¿A dó el ardor luciente del cabello,
A dó mas que márfil y no tocada
Nieve, del pecho tierno el candor bello?
¿A dó la perfeccion nunca imitada
De aquella imágen viva y hermosura,
Con envidia de todas admirada?
¿Qué fuerza de astro, qué cruel ventura
Puede apartarme el bien de mi deseo?
De mi grave temor ¿quién me asegura?
En un mesmo lugar estó, y no veo
La Luz que al alma da virtud crecida,
Y pierdo el bien que siempre ver deseo.
¡Grande dolor! Pero en cuitada vida
Bien lo debe abrazar quien la consiente,
Y sufre sustentar esta caida.
Si donde el sol se asconde de la gente,
O á do en rosado carro va la Aurora
Con purpúreo celaje y blanca frente,
Fortuna, de mi daño causadora,
Me llevase esta Luz serena y bella,
Que humilde reconozco por señora,
Aunque mil muertes me ofreciese en ella,
Por la tiniebla y claridad del dia
Buscando iria mi fatal Estrella.
Y ahora una enemiga compañía
El paso al bien abierto me deshace;
Llora conmigo, Amor, la pena mia.
En esta soledad me satisface
Cuanto es triste y á muchos insufrible,
Y todo extraño desconcierto aplace.
¿Quién espera en Amor, si aborrecible
Su bien y su mal es en su mudanza,
Y cuanto mas halaga mas terrible?
Si pudiese perderse la esperanza,
¡Oh cuán breve seria el ciego engaño
Que nace de amorosa confianza!
Porque descubriria el desengaño
Presente al cielo, que mis cuitas mira,
La vanidad y causa de su daño.
Mísero quien estima y quien admira,
Simple, tan frágil fuerza, y olvidado
De sí, su perdicion busca y suspira.
Pues yo ausente aun no estoy desesperado,
Para que no desmaye el dolor crudo;
Amor, lloremos mi dichoso estado.
Mis quejas oiga el ímpetu sañudo
De Vulturno, y las lleve resonando
Do Iperion asconde el rayo agudo;
Y traspase de allí al caliente bando
Y á la llena region de fria nieve,
Mi cuidado y dolor multiplicando.
Mi daño alcance quien sulcando debe
Abrir el hondo lago de Neptuno,
Y quien ¡oh Marte! á tu furor se atreve.
Si se hallare desdichado alguno
Que tuvo bien y lo perdió, este puede
Consuelo en mi tener mas oportuno.
Escrita mi infelice historia quede
En bronce, y llore de mi gloria muerta
Quejoso el mal que á tanto bien sucede.
Si algun amante en esta parte incierta
Llegare lleno de mortal fatiga,
Y con dolor herido y cuita cierta,
Señale en esta arena y mustio diga:
«Aquí no entra quien no es desdichado,
Y aquí la suerte á todo afan obliga.»
En tanto que se acerca el impío hado
Y nos escucha esta ribera fria,
Lloremos, ojos, mi dichoso estado.
Llore Bétis los versos que me oia,
Y tú, que no te ofendes de mis males,
Llora conmigo, Amor, la pena mia.
Las aves con sus cantos desiguales
Acompañan la voz de mi lamento,
Y de esta fuente rotos los cristales.
No es mi queja mayor que mi tormento;
Que el corazon que tengo es bien bastante
Para cualquier profundo sentimiento.
Mas este que padezco va delante
A todos cuantos tiene el amor fiero,
Ni puede alguno ser su semejante.
Desconfio, aborrezco, amo, espero,
Y llega á tal extremo el desconcierto,
Que ya no sé si quiero ó si no quiero.
Testigo es de mis males el desierto,
Que me ve en su desnuda y roja arena
Vencido del dolor y casi muerto.
Cándida luna, que con luz serena
Oyes atentamente el llanto mio,
¿Has visto en otro amante otra igual pena?
Mírame en este solo y hondo rio
Lamentando mi mal con su ruido,
Y me cubre del cielo el manto frio.
Repara el carro instable á mi gemido,
Y pues amor tocó tu exento pecho,
Duélete de quien ama tan perdido.
Así el dormido jóven, satisfecho
Del hermoso fulgor de tu luz pura,
Amancille jamás tu alegre lecho.
Pues de nieblas la faz rompiste oscura
Para mirar el tiempo ufano y ledo
Cuando pude esperar de mi ventura,
En este mal, en que me vence el miedo,
Ofrece algun remedio á tanto daño,
Pues valerme en mis ansias nunca puedo;
Que en este mi infortunio y mal extraño
Por ventura la suerte ofreceria
Algun flaco reparo á tal engaño.
Mas, pues Diana sigue su alta via,
Y acogida á mis lágrimas me niega,
Llora conmigo, Amor, la pena mia.
Ya que mudanza á tanto mal no llega,
Y roto del mar negro en la onda fiera,
Cruel fortuna á lástimas me entrega,
De este sonante rio en la ribera
Esperaré, si soy de tal bien dino,
Que mi esquiva pasion conmigo muera.
Y seré en esta tierra triste indino
Ejemplo del dolor que amor presenta
Al mas dichoso amante y mas mezquino.
Cubrirá mi sepulcro esta sedienta
Arena que el sol hiere en luengo dia,
Y un verso que declare así mi afrenta:
«Dió ausencia y soledad, siendo su guia,
A un mísero amador injusta muerte:
Amor, que siempre fué en su compañía,
Yace con él en una mesma suerte.»

SONETO CLXIII.

¿Qué espíritu encendido amor envia
En este frio corazon esquivo,
Que á la alba en calor grande el pecho avivo(17),
Y ardo al aparecer del nuevo dia?
Yo me inflamo si á Febo se desvia
La sombra, y cuando de aquel puesto altivo
Declina el sol, me quemo en fuego vivo,
Y abraso cuando tuerce al mar la via (18).
Centella soy si el lubrican parece,
Llama cuando se ven las luces bellas,
Y el blanco rostro á Delia se colora.
Fuego soy cuando el orbe se adormece,
Incendio al esconder de las estrellas,
Y ceniza al volver de nueva aurora (19).

CLXIV.

Lloro solo mi mal, y el hondo rio
En sus turbadas ondas mezcla el llanto;
Ya es tiempo, digo, Amor, en triste canto,
Que el cierto fin termine el dolor mio.
Sigo ausente sin bien tu desvarío,
Y en tu vana esperanza me levanto;
Y ahora desamparas todo cuanto
De tu incierta promesa mas confio.
Ya es tiempo, Amor, que el áspero tormento
Acabe ó que en mi vida se deshaga
El desigual deseo y la osadía;

(17) Que con la alba en calor el pecho avivo.
(18) Y abraso cuando al mar tuerce la via.
(19) Y ceniza á volver de nueva aurora.

Que en tanto afan ya falta el sufrimiento,
Y el golpe de esta siempre acerba llaga
Lo íntimo penetró de la alma mia.

CLXV.

Clara, suave Luz, alegre y bella,
Que el safiro y color del puro cielo
Templais de la esmeralda con el velo (20)
Que resplandece en una y otra estrella;
Fulgor divino, lúcida centella (21),
Por quien libre mi alma en alto vuelo
Las alas rojas bate y huye el suelo,
Ardiendo vuestro dulce fuego en ella;
Si yo no solo abraso el pecho mio,
Mas tierra y giro aerio, y en mi llama
Doy principio inmortal de incendio eterno (22),
¿Por qué el rigor no puedo y vuestro frio
Antiguo regalar? Por qué no inflama (23)
Mi estío ardiente á vuestro helado ivierno?

CLXVI.

Cuando de mi Luz bella el desden siento
Y fenecer mi gloria en tibio olvido,
Huyo señero y triste, aborrecido,
El áspero dolor de mi tormento.
Mis vanas esperanzas represento,
El poco bien, el mucho mal sufrido,
Y ausente, despagado y ofendido,
Mi libertad llorada osado intento.
Pero si vos despues rendido el cuello
Y viéredes colgados mis despojos,
Dudad las duras armas de amor ciego;
Que en las lucientes hebras del cabello
Y alegre fucilar de dulces ojos
Preso me pierdo todo, y ardo en fuego.

CLXVII.

Vuelvo al ufano corazon el dia
En que mi Luz mostró su luz hermosa
Y relució suave y amorosa,
Bella en mis ojos igualmente y pia:
Y acuérdome que el sol que descendia
Paró al ardiente Flegon la espumosa
Rienda, y con su tardanza espaciosa
Sintió el ínfimo polo ausencia fria.
Entonces, inflamado en dulce fuego,
Mi gloria alabo y bien, y alegre digo:
¿Cuál buena suerte alcanza a mi ventura?
No el cetro del romano envidio y griego,
Porque imperio mayor tiene consigo
Quien ama soberana hermosura.

CLXVIII.

El color bello en el humor de Tiro
Ardió, y la nieve vuestra en llama pura,
Cuando, Estrella, vibrastes con dulzura (24)
Los rayos por quien mísero suspiro.
Vivo esplendor de lúcido safiro,
Sereno cielo, eterna hermosura,
Pues merecí alcanzar esta ventura,
Acoged blandamente mi suspiro.
Con él mi alma en el celeste fuego
Vuestro abrasada viene, y se trasforma
En la belleza vuestra soberana;
Y en tanto gozo, en su mayor sosiego,
Su bien en cuantas halla alegre informa;
Que en él solo menor la gloria gana (25).

(20) Teñis de la esmeralda con el velo.
(21) Divino resplandor, pura centella.
(22) Mas la tierra y el cielo, y en mi llama
Doy principio inmortal de fuego eterno.
(23) ¿Por qué el rigor de vuestro antiguo frio
No podré ya encender? ¿Por qué no inflama.
(24) Cuando, Estrella, volvistes con dulzura.
(25) Su bien en cuantas almas halla informa;
Que en el comunicar mas gloria gana.

ELEGÍA XVIII.

A la muerte de don Pedro de Zúñiga, hijo del duque de Béjar.

Luego que el pecho me hirió el esquivo
Y triste son del caso sucedido,
Enfrió el corazon un hielo vivo.
Quise, empero, turbar á mi sentido
Y vencer á la fama con engaño;
Que tanto mal no debe ser creido;
Mas el quejoso sentimiento extraño
En el comun dolor que se veia
Me descubrió cuánto era grande el daño.
¡Cuán de otra suerte ¡ay mísero! fingia
El suceso y memoria de las cosas
Que en la pompa real se me ofrecia!
Mas ¡oh mis esperanzas gloriosas
Cuán mal surten! ¡Cuán mal divides, muerte,
La union de tantas gracias venturosas!
¿Qué corazon se ve tan duro y fuerte,
Que no acabe en sus lágrimas deshecho,
Que no estalle estrechado de tal suerte?
¿Murió ¡ay dolor! y no rompió mi pecho?
¿Qué mal, qué pena espera mi dureza
Despues de este cruel y acerbo hecho?
¿Qué señales daré de mi tristeza?
Suspiros tristes y lloroso acento,
Que condenen del hado la aspereza,
Y en exequias de eterno sentimiento
Estos versos, que sean los despojos
Del bien que ya perdí, del mal que siento.
¿Lágrimas quién dará para mis ojos?
¿Suspiros quién al corazon doliente?
¿Quién palabras que espinen como abrojos?
Ya veo, ya conozco aquí presente
Aquel semblante en viva luz cubierto,
Con pura claridad resplandeciente,
Y me culpa su espíritu desierto
Si lloro, que en region de la alegría
Está, desamparando el cuerpo muerto.
Grande causa de llanto es esta mia,
Pues contemplo cuán alta confianza,
España, te robó un oscuro dia.
Pero si vuelvo, intento esta mudanza,
Y veo á quien suspiro venerable
Donde el poder terreno tarde alcanza.
Envidia es, no congoja lamentable,
Al que huye en la senda peligrosa
Los trabajos del suelo miserable.
¿Quién llora porque goce en paz dichosa,
Lejos de estos curipos de la vida,
La alma de quien amó mas gloriosa?
Allí la ambicion vana y sin medida,
Odio y codicia, y miedo y error ciego,
Su quietud no alteran escogida;
Mas la simpleza amable y el sosiego
Que en celestes espíritus presenta
De la inmortal belleza ardiente fuego.
Nuestra mísera vida ¿á quién contenta?
¿Quién desea luchar en las cadenas
Donde la alma se cansa y atormenta?
Nuestras glorias, de afan y dolor llenas,
Sin bien, sin esperanza, sin consuelo,
Descubren con mas cuitas nuevas penas.
Nunca alzamos los ojos en el cielo,
Opresos con la carga y peso humano,
Que á la alma impide levantar el vuelo.
Revueltos en deseo y temor vano,
Temblamos, enemigos de la gloria,
De aquel felice asiento soberano.
¿A quién no ofende la cruel memoria
Do mas ensancha Bétis la alta frente,
Y da al mar de sus ondas la vitoria?
Hambre, peste, furor de Marte ardiente,
Rigor del cielo nunca mitigado
Y ansioso temor del mal ausente.
Entonces ¡oh dolor! el impio hado
Arrebató aquel jóven animoso
Con la cumbre de un monte quebrantado.
Quedó tendido el cuerpo generoso
Sin vida en la desnuda tierra, helada

Con el horror del golpe impetuoso.
No cala con tal furia acelerada
El rayo penetrante, despedido
De la nube, con ímpetu rasgada.
Turbó sus ondas Bétis con gemido,
Y sus ninfas lloraron á su amante,
Y del leon sonó el feroz rugido.
Jamás dolor á este semejante
Sintieron las riberas caudalosas
Que toca el hondo piélago de Atlante.
Crecieron las membranzas congojosas
Con su muerte, y Hesperia fué testigo
Del llanto y de las quejas lastimosas.
A ti, ¡oh gran Pedro! á ti, su estrecho amigo,
Lleva ahora tambien de nuestro rio
Léjos la suerte, desigual consigo.
Quema el fogoso ardor del seco estío
La bella flor, y de la tierna planta
Las hojas el nevoso ivierno frio;
Mas Céfiro suave las levanta
Hermosas, con alegre y blando vuelo,
Y Filomela en ellas dulce canta.
Nosotros, cuando rompe el mortal velo
Y fallece el vital y amado aliento,
Jamás el pié imprimimos en el suelo.
Breve, dudosa vida con tormento,
Cierto temor, deseos no acabados
Son de nuestra miseria el fundamento.
Aspera y justa ley, que los cuidados
Y amor desvanecido y ciego enfrena
De humanos corazones engañados.
Yo mesmo aquel dolor que me condena
Busco, y mi perdicion, y hago queja
Del cielo, que mis ímpetus refrena.
¡Cuán pocas veces la pasion nos deja!
Cuán presto la alegría queda muerta,
Y no siendo aun hallado, el bien se aleja!
Como desierta, oscura, via incierta,
Que se revuelve en sí, sin dar camino
A quien, de ella saliendo, apena acierta;
Así es la vida nuestra, que continuo
Seguimos ofuscados, sin que atienda
A remediarse el ánimo mezquino;
Hasta que allana el fin de la contienda
El yerto paso, y con tormento interno
Muestra el mortal rigor abierta senda.
Entonces de la tierra el amor tierno
Y la gloria caduca á la alma ingrata
Son congoja y temor de fuego eterno.
Las esperanzas todas desbarata
La muerte, y al que en vicio sepultado
Yace, en pena inmortal aflige y trata.
Dichoso tú, que al cielo arrebatado,
Alegre relucir ves las estrellas,
Y yuso de tus piés el mar hinchado;
Y del viento los soplos, las centellas
Que ilustran esparcido el aire errante,
Y nuestras voces oyes y querellas;
Y al Rey del alto olimpo triunfante,
Que la tierra gobierna y pone freno
Al mar, que no se extienda resonante;
De gloria y piedad celeste lleno,
Ruegas por nuestras culpas, por ventura
De amor santo alargando el ancho seno.
Aunque la voz del llanto y veste oscura
No sufra de tu suerte la alegría
Que goza de la excelsa hermosura,
Permite que tu muerte y pena mia
Publique en cuanto la grandeza hispana
Dilata la pujante monarquía.
Afeto son de la rudeza humana
Estos suspiros, que osan, y lamento,
Mostrar su afan y tu honra soberana;
Porque perpetuo siempre el sentimiento
Con memoria será del bien perdido,
Pues eras nuestra gloria y ornamento.
Yo, al amor que te debo agradecido
(Si algo pueden mis versos), te prometo
Que no asconda tu nombre ingrato olvido (26);

(26) Herrera puso este terceto en sus *Anotaciones á Garcilaso* con la variante que sigue:

Que tu nombre no asconda eterno olvido.

Antes por do el Tarteso va quieto
Al vaso inmensurable de Nereo,
Y acoge en su profundo al sol secreto;
Do los abetes mira Febo Ideo,
Que lleva del mar nuevo á la corriente,
El español muriendo en su deseo;
Y do el límite rojo de oriente (27)
Viste de pura luz la bella aurora,
Do rígida impresion Islanda siente;
Do el Indo bebe el Nilo y se colora,
Será con mas estima venerado,
No solo por tu ausencia, de quien llora,
Mas de quien tu valor aventajado,
Y oyere la excelencia de tu gloria;
Porque, siempre de todos celebrado,
Hará igual con el tiempo tu memoria.

SONETO CLXIX.

Hórrido ivierno, que la luz serena
Y agradable color del puro cielo
Cubres de oscura sombra y turbio velo
Con la mojada faz, de nieblas llena,
Vuelve á la fría gruta y la cadena
Del nevoso aquilon, y entre aquel hielo (28)
Que oprime con rigor el duro suelo,
Las furias de tu ímpetu refrena:
Que en tanto que en tu ira embravecido,
Asaltas el divino hispalio rio (29),
Que corre al sacro seno de occidente,
Yo, triste, en nube eterna del olvido
(Culpa tuya), apartado del sol mio,
No me enciendo en los rayos de su frente.

CLXX.

Cual dejando el olimpo soberano,
Por la columna ebúrnea y roja frente
Las ondas y sortijas de luciente
Oro mi Luz movió en semblante humano.
En ellas centellando Amor tirano,
Me anudó el corazon con red ardiente,
Y blando puso el yugo á mi doliente
Cuello entonces la tierna y blanca mano.
Promesa fué este dulce acogimiento
Para el bien de esperanza glorioso
Y fin del peso que sufrí cansado.
¿Qué no podré esperar de mi tormento,
Si en hebras que el sol mira envidioso
Me hallo estrechamente relazado?

CLXXI.

Oye tú solo, eterno y sacro rio,
El grave y mustio son de mi lamento,
Y confuso en tu grande crecimiento,
Mezcla en el ponto inmenso el llanto mio (30).
Los suspiros ardientes que á tí envio,
Antes que los derrame airado viento (31),
Acoge en tu sonante movimiento,
Porque se asconda en tí mi desvarío.
No sean mas testigos de mi pena
Los árboles, las peñas, que solian
Responder y quejarse á mi gemido;
Y en estas ondas altas y esta llena
Corriente que mis lágrimas porfian
Vencer, vivan mi mal y amor crecido (32).

CLXXII.

Del fresco seno lúcido la aurora
De tierno hielo perlas esparcia,

(27) Herrera puso este verso en su cancion á la pérdida de don Sebastian:

(28) Del nevoso Aquilon, y en aquel hielo.
(29) Asaltas el divino hesperio rio.
(30) Y mezclado en tu grande crecimiento,
Lleva al padre Nereo el llanto mio.
(31) Antes que los derrame leve viento.
(32) Y en estas ondas y corriente llena,
A quien vencer mis lágrimas porfian,
Viva siempre mi mal y amor crecido.

Y con purpúrea frente alegre abria (33)
El esplendor suave que atesora.
El sereno confin de Euro y de Flora (34)
Con la rosada llama que encendia
Delio, aun no rojo bien, al nuevo dia (35)
Esclarece y esmalta, orla y colora.
Cuando sale mi Luz, y en oriente
Desmaya el puro ardor, ¡oh vos del cielo (36)
Vagas lumbres! si tanto se consiente,
Digo con vuestra paz que en mortal velo,
Mas que vos bella apareció y fulgente
Mi Luz, que honora el rico hesperio suelo (37).

CLXXIII.

Ardió en las llamas de Eta Alcídes fiero,
Que desdeñó el valor nunca vencido
De su inmortal espíritu encendido,
Quedar mortal, sujeto al comun fuero;
Tal yo, que en la serena lumbre muero
De mi Estrella inflamado, aunque el perdido
Dolor me trae mísero, rendido,
Eterno en su vigor vivir espero;
Mas ¡cuánto desigual es nuestra suerte!
Que el veneno acabó su fuerte pecho,
Y del error nació su grande gloria;
Pero mi luz no se preció en mi muerte,
Y yo en sus rayos vivo, incendio hecho;
Perpetua ofrezco al tiempo esta memoria.

CLXXIV.

Dichoso fué el ardor, dichoso el vuelo
Con que, desamparado de la vida,
Dió Icaro en su gloria esclarecida
Nombre insigne al salado y hondo suelo (38),
Y quien despeñó el rayo dende el cielo
En la onda del Eridano encendida,
Que llorosa lamenta y afligida
Lampecie en el hojoso y duro velo (39).
Pues de uno y otro eterna es la osadia
Y el generoso intento, que á la muerte
Negaron el valor de sus despojos,
Yo, mas dichoso en la alta empresa mia,
Que en el olimpo me encumbró mi suerte (40),
Y ardí vivo en la luz de vuestros ojos.

CANCION VII.

Este lugar desierto
Y este silencio oscuro y ascondido,
Do el sol no halla abierto
El paso al carro ardiente,
Testigos de mi dulce bien perdido
Son, y del daño cierto;
Memoria amarga de mi gloria ausente,
Do cansa al pensamiento
El molesto dolor de mi tormento.
Aqui junto á las flores,
Al pié de este alto lauro coronado,
Volaban los amores
Por la purpúrea frente,
Que el cerco, en hebras de oro relazado,
Con los varios colores
De las dichosas piedras de Oriente
A la aura descubria,
Y al Amor mesmo de su amor heria.
Volaban rociando
Con la ambrosía el rosado apuesto cuello,
Y suspenso mirando
Su luz, yo ardia en fuego,
Preso en sortijas bellas del cabello;
Y vi mi muerte cuando
Vi en sus ojos opuesto el niño ciego,
Y en su nevado pecho
Quedó espíritu dulce el Amor hecho.
Perlas, que en rojo seno
Y del Niseo Idáspes relucian
En el curso sereno,
Muchas coronas juntas
Formaban en las trenzas que ceñian
El oro, de ámbar lleno,
Y esparciendo distantes ricas puntas
Por la frente, ardió luego
Mi alma presurosa en vivo fuego.
Cuál fué mi acerba pena
Viendo en su pura luz nacer mi muerte,
Conoce quien ordena
Que muera en tibio olvido
Con esquivo cuidado de mi suerte.
¡Cuán presto desordena
Amor lo que desea un afligido!
Que luego en la mudanza
Corta el vuelo, sin tiempo á la esperanza.
Pequeña fué mi gloria,
Pero grande el afan y grande el daño
Que dejó en la memoria
De belleza deseo,
Y dejó á la alma triste cierto engaño;
Que en su misera historia
Vuelve y revuelve el simple devaneo;
Y lleva por despojos
Fuego en el corazon, llanto en los ojos.
Vago y sereno rio,
Tú, que alegre aspirabas á mi canto;
Alto monte, y tú, frio
Bosque, solo y oscuro,
¿Cuántas veces oido habeis mi llanto?
Cuántas el pesar mio
Vuestro silencio perturbó seguro,
Sin ver de aquella ingrata
Menos desden ó voluntad mas grata?
Su nombre en la corteza
Vuestra extendiendo, en llanto deshacia
Mis ojos con terneza,
Y en el lugar donde ella
Se reclinó, cuitoso me tendia;
Y atento en su belleza,
Hasta que daba luz la Idalia estrella,
Alli estaba llorando,
Y en mis quejas al cielo importunando.
Pasó mi bien ligero
Cual niebla, que la esparce y rompe el viento;
Quedóme dolor fiero,
Que nunca de mi parte,
Y en su memoria desmayarme siento,
Y siempre desespero
Que el tiempo en mi deshaga alguna parte;
Y puesto en tal extremo,
Ni el bien deseo ya, ni el daño temo.

ELEGIA XIX.

Si el grave mal que el corazon me parte,
Y tiene siempre en áspero tormento (41),
Sin darme de sosiego alguna parte,
Pusiese fin al mísero lamento
Que en mis ojos conoce lastimoso
Solo en eterna pena propio asiento,
Podria yo vuestro dolor quejoso
Consolar, como bien ejercitado,
Señor, en mi pasion y afan cuitoso (42);

(33) Del fresco seno ya la blanca aurora
Perlas de hielo puras esparcia,
Y con serena frente alegre abria
El esplendor suave que atesora.
(34) El lúcido confin de Euro y de Flora.
(35) Delio, aun no rojo, al tierno y nuevo dia.
(36) Desmaya el vivo lustre ¡oh vos del cielo.
(37) Pareció mas que vos bella y fulgente
Mi Luz, que honora el rico hesperio suelo.

(38) En las *Anotaciones á Garcilaso* se halla este soneto con variantes:

Dió nombre á su memoria esclarecida
Icaro en el salado y hondo suelo.

(39) Y quien el rayo derribó del cielo,
Culpa de la carrera mal regida,
Que Lampecie llorosa y afligida
Lamenta en el hojoso y duro velo.
(40) Pues al cielo llegué con nueva suerte.

(41) Y siempre tiene en áspero tormento.—*Edicion* 1.ª
(42) Pusiese fin al mísero lamento
Que en los húmidos cercos de mis ojos
Conoce solo su perpetuo asiento;
Podria yo, Señor, vuestros enojos

Pero nunca permite Amor airado,
O que levante la cerviz cansada (45),
O en algo desocupe mi cuidado.
Por la prolija senda y no acabada
De mi dolor prosigo, y mi porfía
En el mayor peligro es mas osada.
En silencio de oscura noche fria
Me aflige el miedo triste del olvido (44),
Ausente de la luz de la alma mia;
Y en la sombra del aire desparcido
Se me presenta la vision dichosa,
Cierto descanso al ánimo afligido;
Mas veo mi serena Luz hermosa
Cubrirse, porque en ella haber espero
Sepulcro, cual perdida mariposa (45).
Entonces me derriba el dolor fiero,
Y mi llorosa faz fijando en ella,
Como cisne que hiere el son postrero (46),
Digo: Luz de mi alma, pura Estrella,
Si vos turba el osado intento mio (47),
Y por eso celais la imágen bella,
Ponedme, no en rigor de duro frio (48),
Mas donde á la abrasada Africa enciende
El hórrido calor del seco estío (49);
Y allí veréis que al corazon no ofende
Su fuerza toda; que el sutil veneno
Que de vos lo penetra, lo defiende.
No me ascondais el resplandor sereno;
Que siempre hé de seguir vuestra belleza,
Cual Clicie al sol, de ardientes rayos lleno.
Amo, mas con temor, vuestra grandeza
Para alinar ufano en vuestro fuego (50),
Lo que esta en mí defiende vil corteza (1).
Que es mucha gloria mia yo no niego (2);
Pero por este paso en alto vuelo
Do sin vos no es posible, osando llego (3);
Y separada del umbroso velo,
Como desea estar, mi alma pura
Se halla, y mira leda el claro cielo (4).
Espero á vuestra sola hermosura,
Por bien tan excelente, con memoria,
Del tiempo y su furor hacer segura (5).
No grabaré en colunas vuestra historia,
Ni en las tablas con lumbres engañadas,
Ni vos daré con sombras falsas gloria (6);
Mas en eternas cartas y sagradas,
Con la virtud que Febo Apolo inspira
De las Cirreas cumbres ensalzadas.
Y si á do opreso Atlante no respira
Con la pesada carga, y á do suena
Turbado el alto Gánges, lleno de ira;
Y si á do el hondo Argiro la ancha vena
Derrama, y el Duina grande y frio (7)
Las tardas ondas con el hielo enfrena,
No pudiere alcanzar el canto mio,
Honrará vuestra gloria y mis enojos (8)
Cuanto Ebro y Tajo cerca, y nuestro rio.
Seré dichoso yo, el que los despojos
Con pecho humilde y con rendida frente

Consolar, como bien ejercitado,
Del ansioso afan en los despojos.
(45) Que yo levante la cerviz cansada.
(44) En el silencio de la noche fria
Me hiere el miedo del eterno olvido.
(45) Sepulcro, como simple mariposa.
(46) Cual cisne hiere el aire en son postrero.
(47) Si os perturba el osado intento mio.
(48) Ponedme, no en horror de duro frio.
(49) El cálido vapor del seco estío.
(50) Para apurar en vuestro sacro fuego.
(1) Lo que en mí guarda esta mortal corteza.
(2) Que sea inmensa gloria yo no niego.
(3) Do es sin vos imposible alcanzar, llego.
(4) Se halla alegre en el luciente cielo.
(5) Yo espero á vuestra sola hermosura,
Por tanto bien, con inmortal memoria
Hacer del tiempo y su furor segura.
(6) Y sombras falsas os daré la gloria.
(7) Y si á do el Nilo la secreta vena
Derrama, y á do el Duina grande y frio.
(8) Al menos honrará vuestra belleza.

Osé entregar, mi Luz, á vuestros ojos (9).
Así le digo; y viendo el oriente,
Do el cielo y tierra tocan, esmaltado,
Y que mi Luz se asconde en occidente,
Al triste ministerio del cuidado
Vuelvo, ofendido de mi pena intensa (10),
De vida sí, no de pasion cansado.
En tal suerte con la alma al mal suspensa
Me halla el canto vuestro, que florece,
Y vuestro nombre ilustra en gloria inmensa (11);
Y al rudo ingenio oscuro mio ofrece
Con eterno valor perpetua fama,
Del ardor premio justo, que en vos crece (12).
Si do el deseo noble que me inflama
Fuese mi voz, seria, en honra vuestra,
Una siempre inmortal y viva llama (13);
Mas fortuna no sufre, al fin siniestra,
Que intente este gran bien; y así, me deja
Hacer solo esta corta y simple muestra (14).
El tracio amante, á cuya dulce queja
El severo Pluton enternecido
Rinde aquella que en sombra se le aleja (15),
Cuando en el frio Ródope y tendido
Yugo del alto y áspero Pangeo
Llorando se acuitó y gimió perdido (16),
Y trajo al son del número febeo
Las peñas, fieras y árboles mezclados,
Y el coro que bañó el florido Olmeo (17),
Con inmortales versos y sagrados
En la ascondida niebla referia
Los principios del mundo comenzados,
El sol ardiente, Cintia blanca y fria,
Los celestiales giros y pureza (18)
De la alta inmensa luz, y la armonía.
Arrebatado en la mayor grandeza
Del tenebroso cerco reluciente,
Cantó el candor profundo y su riqueza;
Mas porque al mortal ánimo doliente,
De sentir su belleza excelsa indino,
Turbaba aquel fulgor y ardor presente (19),
Con otro canto menos puro y dino,
Pero sublime y que rudeza humana
Huye, y sigue dificil el camino (20),
Volvió á herir la lira soberana,
Honrando á quien la bella Melpomene
Con blandos ojos mira, y la profana (21)
Multitud despreciada lo sostiene,
Do alegre nunca verse el héroe puede;
Que el favor largo suyo jamás tiene (22).
A este solo el felice bien concede
Que libre, cuando llegue la impia muerte,

(9) Seré el primero yo que con pureza
De corazon y con humilde frente
Osé mirar, mi Luz, vuestra grandeza.
(10) Al lloroso ejercicio del cuidado
Vuelvo, de mis trabajos perseguido.
(11) En tal mísero estado aquí perdido
Me halla el canto vuestro, que esclarece
Y guarda vuestra gloria del olvido.
(12) Y al rudo ingenio y nombre mio ofrece
Eternamente no cansada fama,
Merced del ardor sacro que en vos crece.
(13) Si do el deseo justo que me inflama
Fuese mi voz, seria en honra vuestra
Una inmortal y siempre viva llama.
(14) Pero no sufre la fortuna nuestra
Que intente tanto bien; y así, me deja
Desplegar solo esta pequeña muestra.
(15) Vuelve aquella que en sombra dél se aleja.
(16) Cantó llorando con dolor perdido.
(17) Y atento el coro que bañó el Olmeo.
(18) Los celestiales giros y belleza.
(19) Indino de sentir su hermosura,
Se ofuscaba en aquella luz presente.
(20) Con otra voz menos excelsa y pura,
Pero sublime y que rudeza humana
Desdeña, y solo la virtud procura.
(21) Volvió á sonar la lira soberana;
Honrando á quien la bella Melpomene
Léjos de tanta multitud profana.
(22) Con blandos ojos mira y lo sostiene
En alteza, do nunca ver se puede
El gran varon que su favor no tiene.

De su furor y olvido y sombra quede (23).
Aquel tambien que mereció tal suerte
Que el sacro verso ensalce su alabanza (24),
No temerá el agudo hierro fuerte.
Tal, de las musas gloria y esperanza,
Dió á la inmortalidad el paso abierto
Quien celebró de Grecia la venganza (25);
Y el otro no menor (y no es incierto
Lo que tú, fama, afirmas) que el troyano
Piadoso cantó, y al daunio muerto (26).
Tal el suave espíritu romano
Huyó con Delia el lago Estigio lento (27),
Y el blando, el terso y el gentil Toscano (28).
Por esta senda sube con aliento
El culto Laso, prez y honor de España,
Mezclado en el pierio ayuntamiento (29).
Do, si al deseo mio Amor no engaña,
Pienso en la cumbre veros venturoso,
Que riega, y la Castalia hufa baña (30),
Si en medio el curso no perdeis dudoso (31)
La via llana á vos, y no ofendido
Llevais por ella el paso trabajoso (32).
El rico Tajo vuestro conocido
Será por vos do extiende el curso el Indo (33),
Y el collado de Cintia, esclarecido (34)
Con tal honra, será otro nuevo Pindo.

SONETO CLXXV.

Ya pues que no resiste mi esperanza
De esta ausencia mortal el golpe fiero,
Y cuido que será dolor postrero
Este que renació en vuestra mudanza,
Acabad con mis ansias la venganza;
Que si de esta ocasion injusta muero,
Libre, que en vida triste nunca espero,
Sentiré en tanto afan tal vez bonanza.
Y si vos no sufris que mi tormento
Ponga término al daño con la muerte,
Porque jamás descanse de mi pena,
Diré contra mi mal que mas contento
Estoy con la dureza de mi suerte,
Pues esto quiere en mí quien me condena.

CLXXVI.

Voy siguiendo la fuerza de mi hado
Por este campo estéril y ascondido;
Todo calla, y no cesa mi gemido,
Y lloro ausente el bien que vi engañado (35).
Crece el camino y crece mi cuidado,
Que nunca mi dolor pone en olvido;
El curso al fin acaba, aunque extendido,
Pero no acaba el daño dilatado.
¿Qué aprovecha en un duro afan presente
Huir, si se esculpe en la memoria (36),
Y frescas muestra siempre las señales?
Vuela Amor en mi alcance, y no consiente
En mi afrenta que olvide aquella historia
Que descubrió la senda de mis males.

CLXXVII.

A do inclino los ojos, allí veo
De mi ingrata enemiga la belleza,
Y en dulce sentimiento de terneza
Cuitoso con mi pena devaneo
Cuánto debo en mi mal á mi deseo,
Que entibia mi dolor con tal destreza;
Que cuando mas envuelto en mi tristeza,
Descubro lo que busco y mas deseo.
Si este engañoso velo de mi daño
No sustentara el pecho, acostumbrado
Al perpetuo furor de mi tormento,
Ya fuera muerto; mas dañoso engaño,
Que me enlazas de nuevo en mi cuidado,
¿Por qué me huyes mas veloz que el viento?

CLXXVIII.

¿Nací yo por ventura destinado
Al amoroso engaño, y ofrecido
En mi ofensa á desden, á ingrato olvido (37),
Sujeto siempre á miserable estado?
Rompa la aguda espada el implicado
Nudo, pues de mi industria nunca ha sido
Suelto por mi dolor, que en mal perdido
El mas cruel dolor es acertado (38)
Cuelgen de este alto roble los despojos
De mi penoso error, y la que incierto
Me sostuvo esperanza un tiempo, muera (39);
Que ya no doy lugar á bellos ojos
Ni á dulce risa y habla lisonjera (40);
Y en él se escriba: «Amor quedó aquí muerto.»

CLXXIX.

Mi bien, que tardo fué á llegar, en vuelo
Pasó, cual rota niebla por el viento,
Y creció siempre horrible mi tormento (41)
Despues que me cercó el temor y el hielo.
Alzaba mi esperanza al alto cielo;
Pero en el comenzado movimiento
Cayó muerta, y llorando sin aliento,
Me lastimo, desierto en este suelo (42),
Donde, pagado solo de mi llanto,
Huyo aun livianas muestras de alegría (43),
Ausente, aborrecido y olvidado.
Triste memoria indina esfuerza el canto,
Y quejoso en la instante pena mia,
Descanso cuando gimo mas cuitado (44).

CLXXX.

No espero mas de Faeton luciente
Ni de la blanca Cintia noche ó dia;
Discurra Iperion por otra via,
Y Proserpina ocupe el Oriente;
Porque los dulces rayos de la frente
Que el cielo de la Estrella ilustran mia,
Son mi Apolo y mi Delia, cierta guia
En la oscura tiniebla y luz presente.
En tanta gloria ofende mi flaqueza;
Que tolerar no puedo en ella atento,
Cual águila, el ardor de su belleza.
Dichoso yo si, como el gran deseo
De cegar en la causa del tormento,
Argos fuera tal vez, despues Fineo.

(23) A este solo tanto bien concede,
Que cuando llegue la implacable muerte,
Libre de su furor, viviendo quede.

(24) Que el sacro verso haga dél memoria
No temerá su agudo hierro fuerte.

(25) Tal por este camino dió á la gloria
De la inmortalidad el paso abierto
Quien celebró de Grecia la vitoria.

(26) Y el otro mayor que él (si no es incierto
Lo que la fama afirma), que el troyano
Puso en Italia y cantó á Turno muerto.

(27) Huyó con Delia del mortal tormento.

(28) Y el puro, el terso y el gentil Toscano.

(29) Por esta senda sube al alto asiento
Laso, gloria inmortal de toda España,
Mezclado en el sagrado ayuntamiento.

(30) Yo espero veros siendo colocado
En la alta cumbre que Castalia baña.

(31) Si en medio el curso no dejais cansado.

(32) Llevais por ella el paso acostumbrado.

(33) Será por vos, adonde riega el Indo.

(34) Y el collado de Cintra esclarecido.

(35) Y lloro la desdicha de mi estado.

(36) ¿Qué vale contra un mal siempre presente
Apartarse y huir, si en la memoria
Se estampa y muestra frescas las señales?

(37) Herrera, en sus *Anotaciones á Garcilaso:*
Al amoroso fuego, y que encendido
Me vea á desden grave, á duro olvido.

(38) El remedio cruel es acertado.

(39) De mi engañado amor, y la esperanza
Muera que un tiempo me sostuvo muerto.

(40) Ni á falsa risa y vana confianza.

(41) Y fué siempre terrible mi tormento.

(42) Cayó muerta, y sin fuerza y sin aliento
Llorando estoy, desierto en este suelo.

(43) Do solo, satisfecho de mi llanto,
Huyo todas las muestras de alegría.

(44) Membranzas tristes viven en mi canto;
Y puesto en la presente pena mia,
Descanso cuando estoy mas lastimado.

LIBRO SEGUNDO.

ELEGIA PRIMERA.

Mi Luz, el esplendor de esa belleza
Dió aliento al simple mio y débil canto,
Y de Pieria me encumbró en la alteza.
Ni del pedido carro el miedo tanto,
Ni el fuego me cortó el atrevimiento,
Que Faetusa por mi acabase en llanto.
Llegó á mi solo bien el pensamiento;
Que solo se debia á mi ventura
Tal bien, tal esperanza y tal tormento.
Tanto puede el valor y hermosura
De vuestros ojos, que temer ya dudo
Que me encubra en olvido muerte oscura.
No alcanzara tal bien mi ingenio rudo
Si vuestro alegre espíritu amoroso
No armara al miedo el corazon desnudo.
Creció el ardor con ímpetu dichoso,
Y abrasó en su virtud mi tibio pecho,
Vuelto ligero todo y generoso.
El gran toscano amante, que deshecho
De amor, cantó su pena dulcemente,
Y quien de Adria lo sigue en el estrecho;
Y aquel por quien Sebeto alza la frente
Con guirnaldas hermosas y corales,
Do Pausilipo al mar airado siente;
Y quien del rico Tajo los cristales
Mezcla, no inferior al Arno frio,
Tierno en encarecer sus propios males.
No igualan con la pena y dolor mio;
Bien que suena menor al fin mi lira,
Ni fué tal su famoso desvarío.
Mas pues mi alma misera suspira
Por vos, mis ojos, donde muero y vivo,
Flaqueza es mia si á exceder no aspira.
En no acabado incendio yo me avivo,
Y hallo efetos que jamás pensados
Pueden ser de otro pecho á vos esquivo.
Estos pasos, que llevo tan contados,
El temor, el respeto, la esperanza,
Los favores sin tiempo enajenados,
En dudoso recelo y confianza
Me tienen trasportado, y mi porfía
Sigue por toda parte su mudanza.
Si adonde el rojo sol su luz desvia,
O á do hiere su fuerza ardiente arena,
Me pudiese poner la suerte mia,
Entre el hielo desierto con mi pena
Estaria contento, entre la llama
Sonando en mis piés presos la cadena.
Yo sé con qué vigor amor inflama
Sujetas voluntades, y que nieve
Lento en amado corazon derrama.
Yo sé que, aunque de nuevo ingrato pruebe
Su saña en mí, no olvidaré el cuidado
Ni el daño luengo ni el descanso breve;
Que solo á do estuviere y apartado,
La imágen de belleza soberana
Ya sabe que en mi pecho he transformado;
Donde jamás entró beldad profana
Despues que vi su luz, y á su deseo
Quedó mi voluntad rendida y llana.
Y allí, cuando á occidente el rayo ideo
Va, ó la aurora su límite esclarece,
Con la mas pura lumbre arder la veo.
Mi alma goza el bien que amor le ofrece,
Y humilde envia nuevos los despojos;
Y cuanto mas vencida, tanto crece
En ella el fuego vuestro, bellos ojos.

SONETO PRIMERO.

De la luz en que espira amor herido
Al corazon altivo y desdeñoso
Pasó, rompiendo el rayo glorioso
La sombra, en que dormia, del olvido.
Dolióme entonces mucho haber perdido
Un punto y vi, en mi mal dolor dudoso,
Gloria cierta, afan breve, bien dichoso,
Y el deseo en sus votos ya vencido.
De hoy mas amo y adoro cuantos daños,
Celoso de mi suerte, Amor procura,
Bienes viendo exhalar sus ojos bellos.
Eternos corran mis felices años,
Y á mi alma abrasada en llama pura
Siempre enlace la red de sus cabellos.

II.

Si fuera esta la misma de belleza
Luz que mi dulce rey pintó serena,
Juzgando lo que siento de mi pena,
Pensara en ella ver vuestra grandeza;
Mas tanta gloria y bien mortal flaqueza
No admite, y del deseo me condena:
Que Amor no sufre, oh celestial sirena,
Ni sufre veros cerca vuestra alteza.
Y es justo; que si viera de otra suerte,
Creciera con tal ímpetu mi llama,
Que mis cenizas fueran los despojos.
Mas, oh dichoso yo si de tal muerte
Acabara; que el fuego que me inflama,
Cual fénix, me avivara en vuestros ojos.

III.

Tú gozas la luz bella en claro dia,
Dichoso Endimion, de tu Diana;
Mi Luz yo veo con la luz temprana,
Y deseando pierdo mi alegría.
Tú duermes blando sueño en noche fria,
Hasta que sale la alba roja y cana;
Yo velo con herida nunca sana
La sombra siempre y luz sin la Luz mia.
En tu rosada frente y dulces ojos
Delia suspira, y tu robado aliento
De su pasado afan le aquista gloria;
Yo mi Luz sin dolor de mis enojos
Veo con rayos de oro en alto asiento,
Ingrata al que padece en su memoria.

IV.

El suave esplendor de la belleza,
Que alegre en vos espira dulcemente,
Y la serena luz do Amor presente
Templa los puros rayos de terneza,
En el mas claro asiento de la alteza
Vos hacen entre tantas diferente,
Que por vos glorioso el Occidente
Su nombre solo ensalza con grandeza.
Mas el valor, el noble entendimiento,
El espíritu, el intento generoso,
Asciende á la region de luz serena;
Y fuera del humano sentimiento
De envidia, sin temor llamaros oso
¡Oh sola en nuestra edad, bella sirena!

V.

Cuán bien, oscura noche, al dolor mio
Conformas, y resuenas á mi llanto,

Murmurando con sordo y triste canto
Entre estas duras peñas, alto rio.
Oyame este desnudo cielo frio
Si tanto con mis quejas me levanto;
Mas, pues no espero bien en daño tanto,
Vana es la queja y mal en que porfio.
Rompa del corazon mas tierna parte
Mi gran pesar, acábese encubierto,
Y á tal agravio falte la memoria;
Que no es justo que en esta ú otra parte
Se diga que perdí, sin culpa muerto,
Las debidas promesas de mi gloria,

CANCION PRIMERA.

Amor, tú que en los tiernos, bellos ojos,
Bañados dulcemente en pluvia de oro,
Centellaste, las alas esparciendo,
Y mi pecho encendiendo,
Nuevamente aquistaste los despojos;
Tu hacha pido y tu favor adoro
Para ensalzar la Luz de mi cuidado.
Las trenzas que aura mueve
Por el marmóreo cuello, que la nieve
Pura vence en blancura, y el rosado
Color, que yace al fin con pena grave
En sombra desteñido
Tiernamente de viola suave,
Do me enredé otra vez preso y perdido,
Y en la robada forma de belleza
Cantaré tu valor y su grandeza.
Cual fucila en la sola noche obscura,
Honor del cielo y astros, el lucero,
De ti, Vénus hermosa, Amor hermoso;
Tal con ardor dichoso
De mi Luz el vigor y hermosura
En el horror se descubrió primero,
Y la niebla rompió, mostrando el dia
En el nubloso manto,
Y con el regalado y dulce llanto
Enterneció el dolor á la alma mia.
Rocio celestial, que en vario lustre
Las nubes hace bellas,
Cuando esparce sus rayos Febo ilustre
No iguala en el color á sus centellas;
Que en perlas, esmeraldas y safiros
Trajeron de mi pecho mil suspiros.
No mereció esta pluvia el suelo indino,
Aunque el repuesto sitio y ascondido
Enriquezca por ella alegre Flora,
Que ya excede á la aurora;
Ésta, de quien el cielo era bien dino,
Herido destiló el amor ufano,
Y quien dejó las ondas de Citera
Por el asirio amante.
Esta, ocasion instante
De mi afan y mi muerte lastimera,
En fuego me abrasó, dando á mis males
Nueva suerte de pena
Y origen á mis cuitas desiguales.
No habrá canto agradable de sirena,
Ni de perseida circe tal engaño,
Que cual mi Luz llorosa cause daño.
Las hebras esparcidas por el cuello,
Cual oro en hilos vuelto y derramado
Sobre el terso márfil, que el manso viento
Toca ledo y contento,
Cogidas unas van en lazo bello,
Sin arte libres otras y cuidado.
Cuál juega errando incierta por la frente,
Cuál cubre un sutil velo;
Así el dorado ardor y luz del cielo,
Aun no encelan las nubes de occidente,
En unas hace amor el yugo, y tiene
En otras fabricada
La red en que mi amado error sostiene,
Presa de ricas piedras y esmaltada,
De todas vida y muerte se me ofrece,
Y siempre en el dolor mi suerte crece.
No he visto yo de púrpura encendida
Desvanecer la gracia á nueva rosa,
Que solo se descubra su blancura,
Que así quede tan pura;
Tan bella, tierna y de color perdida,
Cuanto mi Luz, turbada y lastimosa.
Blanco alabastro el rostro parecia,
Blando y descolorido,
De pasion y de lástima ofendido,
Que me robó el sosiego y alegria.
La alba, cuando enlazado al hombro ciñe
El manto entretejido,
Que la concha sidonia en orlas tiñe,
Se rinde á su semblante enternecido;
Tal es Amor hermoso y Vénus bella,
Cual mi pura y luciente y clara Estrella.
La luz medrosa pues, y esmaltes de oro
Sin órden apartados, la belleza
Del rostro blandamente desmayado,
Si no fuera el cuidado
Que tengo suyo, y el valor que honoro,
Me inclinara al poder de su grandeza.
Y aunque de su señal halló apuntada
Mi frente, y preso el cuello
Del glorioso cerco del cabello,
Mi alma se sintió y paró alterada,
Las alas sacudió, y ardió en el fuego
Que en sus centellas luce;
Quedé, cual rudo amante, opreso y ciego.
Crece la llama súbita y reluce
En las entrañas mias, y conmigo
De mi mal en la ausencia soy testigo.
Bien creo yo que puede una luz bella
Arder en amoroso pecho y tierno,
Y desatallo en la ceniza ardiente;
Mas que pueda á mi ausente
Pecho atraer la fuerza de mi estrella,
Y abrasar en un Etna ó Vesbio eterno,
Estando triste, sin cuidado, ajena
Del apuesto ornamento
Y llena de cuitoso sentimiento,
Que mueve mas á lástima que á pena,
Y que en ella se admira aquella gloria
De eterna hermosura
Con el dolor que siente en la memoria
Y en la virtud que resta en su figura;
Esto es prez de belleza soberana,
Que no debe alabar lengua profana.
Ya no procure Amor para mi daño
La dorada raíz, el vario nudo,
La luz, púrpura, nieve y el rocío,
Pues no es al dolor mio
Remedio alguno del tormento extraño
Luz llorosa, oro suelto y el desnudo
Color de no tocada y blanca nieve;
Que en ellos estoy solo
Atento, como Clicie al rojo Apolo.
Y aunque ya mi temor en vano pruebe
Sacarme de este fuego que me enciende,
Ni el amor lo permite,
Ni quiero de la llama que me ofende
Huir, ni que el pavor mi afrenta evite;
Porque yo sé que gano con la muerte
Presente nueva vida y alta suerte.
Tú, sacro Amor, que con doradas alas
Atraviesas del austro al oriente,
Y abres con tu fuerza el mar sonante,
Y á Febo, al arrogante
Marte subiendo vences, y alto igualas
A Jove y sobrepujas; tú presente,
Pues viste la Luz mia, dame aliento
Para extremar sus glorias,
Tus engaños, tus fuerzas y vitorias,
Mi firmeza, mi cuita y mi lamento.
Yo no demando premio ni deseo;
Que bien sé que no debo
Esperar algun bien á mi deseo;
Mas por el mal que siempre humilde llevo,
Te pido, no remedio, sino alguna
Mudanza en el tenor de mi fortuna.
Tú esculpiste, admitiendo bien mis ojos
La belleza, en el pecho su semblanza,
Y en él resplandeciendo por las venas,
De su forma no ajenas,
Cobro aliento y reparo á mis enojos,

Y descubro á mis ansias esperanzas.
De aqui nace el valor que de la tierra
Me alza á la inmensa alteza,
Y hace que aborrezca esta corteza,
Que lo mejor que es mio dentro encierra;
Y el puro ardor me vuelve en pura llama,
Y en la sagrada cumbre
La vista hermosura mas me llama
De la inmortal, celeste, impírea lumbre;
Y todo el bien, Amor, de ti proviene,
Y el ancho mundo en tu poder sostiene.

SONETO VI.

Serena Luz, presente, en quien espira (1)
Divino amor, que enciende y junto enfrena
Pecho gentil, que en la mortal cadena
Al alto olimpo glorioso aspira (2);
Ricos cercos y oro, do se mira (3)
Tesoro celestial de eterna vena;
Armonia de angélica sirena,
Que entre las perlas y el coral respira,
¿Cuál nueva maravilla, cuál ejemplo
De la inmortal grandeza nos descubre
La sombra del hermoso y puro velo? (4).
Que yo en esa belleza que contemplo,
Aunque á mi flaca vista ofende y cubre,
La inmensa busco y voy siguiendo al cielo.

VII.

En sortijas y flores de oro ardiente,
De perlas y rubies coronada,
Con hermosas figuras enlazada,
Cercó mi Luz la bella y blanca frente.
Los olores que siembra el oriente,
Y la ámbar que en sus hebras fué sagrada,
Se movieron con la aura sosegada,
Cual en el manso mar el sol luciente.
Espíritus de amor en aquel fuego
Armaron las saetas y cadena,
Y ardió el cruel, herido y preso cuello.
Yo, traspasado el pecho, quedé ciego;
Mas fué mucho mayor mi acerba pena,
Que en llama eterna me enredó el cabello.

VIII.

Si intentas imitar mi luz hermosa,
Templar, oh grande artífice, procura
En el candor de nieve llama pura,
Y confundir los lirios con la rosa;
Y será el color de ellos la amorosa
Terneza que florece con dulzura
Suavemente en su gentil figura,
Si la arte es para tanto poderosa.
Mezcla cinamo negro y sirio nardo,
Casia, encienso, en que cubre el rico nido
Vivo el arabio fénix en su muerte;
Que si no te atraviesa el duro dardo
De su vista, dichoso y atrevido,
Dar podrás muestra alguna de esta suerte.

IX.

Cual de oro era el cabello ensortijado,
Y en mil varias lazadas dividido,
Y cuanto en mas figuras esparcido,
Tanto de mas centellas ilustrado.
Tal, de lucientes hebras coronado,
Febo aparece en llamas encendido;
Tal discurre en el polo esclarecido (5)
Un ardiente cometa arrebatado.
Debajo el puro, propio y sutil velo,
Amor, gracia, valor, y la belleza (6)
Templada en nieve y púrpura se via.

(1) Serena luz en quien presente espira.
(2) El noble pecho que en mortal cadena
Al alto olimpo levantarse aspira.
(3) Ricos cercos dorados, do se mira.
(4) Aquesa sombra del hermoso velo.
(5) Tal discurre en el cielo esclarecido.
(6) Amor, gracia y valor y la belleza.

Pensara que se abrió esta vez el cielo,
Y mostró su poder y su riqueza,
Si no fuera la luz de la alma mia.

X.

En esta helada parte, do no envia
Su agudo rayo el sol á intensa nieve,
Quiere Amor que en ausencia el dolor lleve,
Siempre en sombra y horror y en luz del dia.
De estos ojos el llanto se desvia
Jamás, y si descanso un tiempo breve,
Con soledad llorosa pluvia llueve
De ellos contino á la alma triste mia.
No me rinde mi mal, que en él ya hecho
Estoy á padecer; mas verme ausente
Y en una vida muerta condenado,
Do el fuego me atormenta en vano el pecho,
Do veo sin remedio el bien presente
Para mas confusion de mi cuidado.

XI.

En vano error de dulce engaño espero,
Y en la esperanza de mi bien porfio;
Y aunque veo acabarme, el desvario
Me inclina del amor adonde muero (7).
Ojos, de mi deseo fin postrero,
Sola ocasion al alto furor mio,
Abrid la luz, romped el temor frio
Que me derriba opreso en dolor fiero (8);
Porque es mi pena tal, que tanta gloria
No cabe en ella, y pierdo el seso cuando
Al mal que no merezco osando llego (9).
Pues venzo mi pasion con la memoria,
Y con la honra de saber penando
Que á Troya no encendió tan bello fuego (10).

ELEGIA II.

Rendimiento enamorado (11).

Esta amorosa Luz, serena y bella,
Que en el usado curso á la alma mia
Es eterno esplendor, y al cielo estrella;
Esta, que en sombra oscura, en claro dia,
Con el inmenso ardor me abrasa el pecho,
Quedando toda en si nevada y fria;
De mi dolor, del grande agravio hecho
Con su valor me paga, y aunque muero,
Me hallo en mi tormento satisfecho.
Amor me trajo el mal, y en él espero
Volver al bien perdido; y si esto niega
El sentido, acabó el dolor primero.
Surco el áspero mar en noche ciega,
Siguiendo porfioso mi deseo,
Que sin pavor al piélago se entrega.
Yo, que al fin naufragar al triste veo
Entre las altas ondas, ¿qué esperanza
Buscar podré al temor con que peleo?
No procuro á mi daño seguranza
En la fortuna mia, ni pretendo
Mis cuitas mejorar en la mudanza;
Ni ya huyo ni oso, ni defiendo
Mi alma del peligro, ni me excuso
Del mal que en mi cercana muerte entiendo.
Todo para mi pena se dispuso,
Y lo debo, pues di ocasion en ello,
Su flecha cuando Amor al pecho puso.
Mi osado orgullo y mi lozano cuello,
La razon y el gallardo pensamiento

(7) Y aunque veo perderme, el desvario
Me lleva del amor adonde muero.
(8) Sola ocasion del alto furor mio,
Tended la luz, romped aqueste frio,
Temor que me derriba en dolor fiero.
(9) Porque mi pena es tal, que tanta gloria
En mi no cabe, y desespero cuando
Veo que el mal no debo merecello.
(10) Que nunca á Troya ardió fuego tan bello.
(11) Así la intitula Marchena.

Quedaron enredados de un cabello.
No siente en el yusano oscuro asiento,
Los cien brazos y cuerpo relazado,
Egeon con sus nudos mas tormento.
Las trenzas de oro crespo, ensortijado,
Que cual cometa ardiente resplandecen,
Esparcidas con arte ó sin cuidado;
De quien las tersas hebras se enriquecen
Del radiante hijo de Latona,
Y en color y belleza se engrandecen,
Juntas en ricos cercos y corona,
Entre lucientes piedras anudadas,
Do mi impio rey alegre se corona;
En sus hermosas vueltas y sagradas
El corazon llevaron, y herido,
Halló el error y muerte en sus lazadas.
De alli quedé sujeto y sin sentido,
Sino para dolor, y de alegria,
En cuanto amando viva, despedido.
Conmigo este mi afan y suerte mia
Temprano acabará con pena indina,
Que no dura en dolor luenga porfia.
Pues consiente mi excelsa Luz divina
Que celebre la gloria de su nombre,
Y al cuerpo humano el fuego suyo afina,
Hacer sublime espero su renombre,
Y que en sus fines últimos la aurora
Y el negro Melo y frio mar lo nombre.
Ensalce el verde lauro en voz canora
El tierno, dulce y amador Toscano,
La belleza y el bien que humilde honora;
Que yo canto, aunque el duro Amor tirano
En mis entrañas fiero el odio incita,
El valor de mi Lumbre soberano.
Y si en mi pena y lástima infinita
Se me concede espacio de reposo,
Su memoria en el tiempo será escrita.
En tanto, á do alza Bétis deleitoso
Las verdes cañas y la ovosa frente
Del puro vaso de cristal hermoso:
Y con llena, espumosa, alta corriente
Entra donde Neptuno la ancha y honda
Ribera ocupa y ciñe de Ocidente,
En la rica, dorada y fértil onda
Haré los sacros juegos en su gloria,
Y que el coro de náyades responda;
Y el árbol generoso de vitoria
Rendirá el tierno mirto, aunque mi canto
Por si no espera honrarse en tal memoria.
¡Cuántas veces rei del blando llanto
De Laso, cuyo igual no sufre España,
Ni tiene á quien venere y precie tanto!
Cualquier dolor de amor, cualquier hazaña
Me pareció, y aquel temor, fingido,
Que ahora siento bien su fuerza extraña.
Amor, que no comporta un atrevido
Y libertado pecho, el arco fiero
Torció, y al desarmar dió un gran sonido.
Pasóme el corazon, y con severo
Imperio me usurpó el dichoso estado
En que ufano cuidé vivir primero.
Quedé siempre cautivo y sojuzgado
De tales dos estrellas, que en el cielo
A todas la beldad han despojado;
Y en la purpúrea red y rico velo
De la hermosa frente vi mi vida
Presa, sin esperar algun consuelo;
Mas tal bien y tal honra vi ofrecida
A los trabajos mios, que contento
Justamente la di por bien perdida.
De alli el soberbio y animoso intento
Oscuro de mi canto quedar pudo,
Que solo dió lugar á mi tormento;
Y aquel rayo de Júpiter sañudo,
Y los fieros gigantes derribados,
Principio de mis versos grande y rudo;
Y el valor de españoles olvidados
Fincaron; que pudieron en mi pena
Mas mis nuevos dolores y cuidados.
Entre armas y entre hierro mal resuena
Cansado el noble espíritu amoroso
Del mal, que su sosiego desordena.
Dichoso quien en verso generoso
Celebra las hazañas inmortales
Y el vigor y el esfuerzo valeroso,
O quien en las regiones celestiales
Termina el vuelo, y de su cumbre mira
La vanidad y cosas de mortales.
Quien de una bella Luz arde y suspira,
Quien se ve condenado al mal presente,
Que de su pensamiento no retira,
No puede contemplar al sol luciente
Ni admirar la virtud y el nombre ajeno;
Que amor tanto reposo no consiente.
Basta el dolor en que muriendo peno,
Si cabe esta memoria en el mal mio,
Y de mi gloria ausente el tiempo bueno.
Mas yo temo que yace en horror frio
(Que el ánimo es présago de su daño)
Del olvido, en que triste desconfio
Fué siempre á mi deseo Amor extraño,
Indució mi congoja y sentimiento,
Y me encubrió la sombra de mi engaño;
Mas, pues que desconhorto el pensamiento,
O siga olvido ó el desden me hiera,
Ya estoy hecho á cansar el sufrimiento.
Por do me lleva injusta suerte fiera
Irán conmigo solos mis enojos
Hasta el fin miserable que me espera;
Y siempre volveré los mustios ojos
Donde quedó (y do yo quedar deseo)
Mi gloria, mi fortuna y mis despojos.
Si de ellos levantare algun trofeo
Mi Luz, espero ver que por ventura
Tierna se muestre y mansa á mi deseo.
No es de roca engendrada alpestre y dura;
Es blanda y cortesmente piadosa,
Y causa mi pasion mi desventura.
En color de suave y pura rosa,
Dulces ojos y angélica armonia,
Y noble trato y gracia deleitosa
No reina crueldad, ni ser podria
Que en celestial belleza se hallase
Deseo de la pena y muerte mia.
Si á los hondos estrechos me llevase
Amor del indo Océano, ó perdido
En la africana arena me abrasase,
Firme siempre estaria, no rendido;
Que en pecho, mas que fino diamante,
Está fijo el cuidado y esculpido.
Si puede ser que Iperion levante
Primera luz de España, y que el corriente
Gánges no entre en el golfo resonante,
Esperar se podrá que el pecho ardiente
Oprima el frio intenso de la nieve
O mitigue su fuego vehemente.
La pluvia que en mi faz contino llueve
Regalar puede bien el duro hielo,
Aunque apretar su fuerza Aquilon pruebe.
Gracias humilde hago al alto cielo,
Que, ya que me perdi en mi daño cierto,
Mostró en mi tiempo esta mi estrella al suelo.
Amor, cuando el pesado cuerpo muerto
Mi espíritu dejare, á mi Luz bella
Presenta mi peligro descubierto;
Que una lágrima puede sola de ella
Renovarme la gloria de la vida.
¡Dichosa si tal bien hallase en ella!
En tanto que mi suerte aborrecida
Me aqueja, cantaré desamparado
Mi presente fortuna y la perdida,
De todas esperanzas apartado.

SONETO XII.

A Fernando Melendez de Cangas.

Ya que nublosa sombra cubre, y frio,
La blanca frente de este monte alzado,
Y del grave Aquilon aliento helado
Retarda el lento curso al hondo rio,
Siento de ingrata mano al pecho mio
Nieve arrojada, y siento desmayado
Mi fuego, y culpo mi deseo osado
Y de Amor el tirano señorio;

Que por un vano bien, que huye luego
Y me deja dolor eterno, pierdo
De libertad amada la nobleza.
Mas ¡oh qué acierta mal quien anda ciego!
Y el que cuida, Fernando, ser mas cuerdo,
Descubre en tal hazaña mas flaqueza.

XIII.

Canté quejas y afan de injusta pena
Que padecí cuitoso y ofendido,
A todas las desdichas ofrecido
En que el amor a un misero condena.
Fué el premio en tibia voluntad ajena
Dolor con esperanza, á do perdido
Deseo me inclinó, y al fin vencido,
Trayo á fuerza arrastrando la cadena.
Tú, á quien rinden su gloria insignes rios,
Favorece, Tarteso padre, el canto
Que tierno y simple en honra tuya espira;
Que si me dan lugar los males mios,
No solo oirás de amor gemido y llanto,
Mas hazañas que Marte airado inspira.

XIV.

La hidra de amoroso pensamiento,
Que rota del acero siempre crece,
Contienda áspera á la alma triste ofrece,
Rendida á la impia fuerza del tormento.
Si del olvido justo y sentimiento
La aguda espada en ella se entorpece,
Y con su daño fértil reverdece,
Por un cuidado muerto alzando ciento,
Forzoso es el socorro al ya cansado
Alcides del trabajo, porque en fuego
Con el desden la acabe el duro hierro;
Mas recelo que en Juno Amor trocado,
La suba al cielo, y crezca en vano luego
Con nueva confusion mas grande el yerro.

XV.

Pienso en mi pena atento y mal presente,
Y procuro algun medio al daño instante;
Pero soy en mi bien tan inconstante,
Que vuelvo á la ocasion la incierta frente.
Cuando me aparto y cuido estar ausente,
Menos de mi peligro estoy distante;
Voy siempre con mis culpas adelante,
Sin que de tantos yerros escarmiente.
Noble vergüenza mia, que el perdido
Valor sientes, ¿por qué no abrasa el pecho
Y vence tu virtud mi desvario?
Si del error y sombra del olvido
Me sacas, diré, en honra de este hecho,
Que solo debo á ti poder ser mio.

XVI.

De mi blanca sirena la luz pura
De tierna y bella nieve se vestia,
Y entre aquel frio dulce Amor traia
Llamas en que mi alma ardiendo apura.
Al son suave, lleno de dulzura,
Mi preso corazon con gloria mia
Deja el cuerpo, y las alas, de alegría,
A perderse en sus ojos apresura,
Cuando el hielo se rompe y encendido
Reluce, y el color de ardiente rosa
Y el pecho afina en su beldad serena;
Y yo, con tanto bien enriquecido,
Me renuevo con vida gloriosa
En la inmensa virtud de mi sirena.

XVII.

Voy por esta desierta, estéril tierra,
De antiguos pensamientos molestado,
Sin el bello esplendor del sol rosado
Que de sus puras luces me destierra (12).

(12) Yo voy por esta solitaria tierra,
De antiguos pensamientos molestado,
Sin el bello esplendor del sol rosado,
Que de sus puras luces me destierra.

El paso á la esperanza se me cierra,
De una ardua cumbre á un cerro vó enriscado,
Con los ojos volviendo al apartado
Lugar, solo principio de mi guerra.
Tanto bien representa la memoria,
Y tanto mal encuentra la presencia,
A que desmaya el corazon vendido (13).
¡Oh crueles despojos de mi gloria,
Desconfianza, olvido, celo, ausencia!
¿Por qué estrechais á un misero rendido? (14).

CANCION II.

A doña Leonor de Milan, condesa de Gelves.

Esparce en estas flores
Pura nieve y rocío,
Blanca y serena luz de nueva aurora,
Y con varios colores
Estrene el bosque frio (15)
Los esmaltes de Céfiro y de Flora (16),
Pues la excelsa Eliodora
Descubre su belleza
Do con ledo semblante
Bétis corre pujante
Y del Ponto acrecienta la grandeza;
Y vos, astros hermosos,
Mirad la última Hesperia venturosos (17).
Rojo sol, que el luciente (18)
Cerco de tu corona
Sacas del hondo piélago, mirando
Del Gánges la corriente (19),
El Darien, la Sona
Y del divino Nilo el fértil bando,
Si tú llegares cuando
Esta cándida Estrella
Alza el celeste velo (20),
Dando alegría al suelo
De los floridos ojos la luz bella (21),
De aquellos rayos ciego,
Arderás en tus llamas hecho fuego.
Luna, que resplandeces
Sola, fria, argentada
En el callado cielo tenebroso,
Y tu sombra enriqueces (22)
En la hacha inflamada
De Titan con vigor maravilloso (23);
Si el lucero hermoso
Do el tierno amor se apura (24)
Mirares encendida
En su virtud crecida (25),

(13) Que me desmaya el corazon vencido.
(14) ¿Por qué cansais á un misero rendido?
(15) Se vista el bosque frio.
(16) De los esmaltes de la rica Flora.
(17) Ya muestra su belleza
A do con alta frente
Da Bétis su corriente,
Llevando al mar tendida su grandeza;
Y vos, lumbres del cielo,
Mirad felices nuestro hesperio suelo.
(18) Rojo sol, que el dorado.
(19) El Gánges derramado.
(20) Esta serena Estrella
Alza al rosado cielo.
(21) Los ojos de esta Vénus casta y bella.
(22) En el callado velo tenebroso,
Y tu luz enriquece.
(23) Del sol con resplandor maravilloso.
(24) Do el tierno amor se alienta.
(25) En llama esclarecida
Que á limpias almas en vigor sustenta,
Correrás por la cumbre
Con grande y siempre eterna y clara lumbre.

Despues de estos versos se lee en la edicion primitiva de HERRERA la siguiente estrofa, que luego suprimió en sus correcciones:

Junta á inmensa belleza
Ya está la cortesía
Y suma honestidad y humilde trato,
Con valor y grandeza,

Con mas claro esplendor y hermosura
Volarás por la cumbre,
Y la tierra ornarás de eterna lumbre.
El sacro rey de rios,
Que nuestros campos baña,
Al bello aparecer de este lucero
Cubrió los vados frios
Al pié de la montaña
Do vió su Febo fulgurar primero (26),
Del oro que el ibero
En las cavernas hondas
Halla, y con flores puras
Compuso en mil figuras (27),
Y con perlas el curso de las ondas,
Y rutilando el cielo,
Suave olor en torno esparció el suelo (28).
Las gracias amorosas
Con las ninfas un coro
Tejieron en el claro ondoso seno,
Y de purpúreas rosas
Envueltas en el oro
Con ámbar olorosa y flores lleno (29),
Dulce despojo ameno
Del revestido prado,
Las guirnaldas mezclaron,
Y alegres coronaron
Los lazos del cabello ensortijado (30);
Que cual de las estrellas,
Por el aire volaron sus centellas.
El alto monte verde
Que de Pálas es gloria
Su tristeza ya pierde,
Sintiendo en si los piés de su señora,
Y le da la vitoria
Aquel do Prometeo gime y llora,
Y aquel do la sonora (31)
Lira de Tracia espira
Y el olimpo, que sube
Y vence á la aeria nube,
Y Atlante, que del peso aun no respira (32),
Pues su cumbre sostiene
La belleza que el cielo en tierra tiene.
Yo entretejer quisiera
Su nombre esclarecido
Entre la blanca luna y sol rosado (33),
Y su gloria pusiera
En el peplo extendido
Que en otra edad Aténas vió estimado,
Cuando, el tiempo llegado,
Minerva es celebrada.
¡Dichoso el año y dia
Y quien ve el año y dia!
Herido yace allí con asta airada (34)
El áspero Tifeo,
Que muerto pierde todo su deseo.
Mas, pues que la rudeza
De este mi indigno canto,

En el dichoso dia
Que el cielo largo la volvió mas grato,
Vivo y puro retrato
De inmortal hermosura,
Rayo de amor sagrado,
Que á su consorte amado,
Consigo junto, en fuego eterno apura,
Y si parte le ofende
Es que el velo mortal su bien comprende.

(26) Do vió resplandecer su sol primero.

(27) Procura, y con las flores
Compuso en mil colores.

(28) Y esclareciendo el cielo,
esparció olor suave en torno el suelo.

(29) Con ámbar oloroso y flores lleno.

(30) El cabello sutil, crespo y dorado.

(31) Y donde la sonora.

(32) El sagrado Helicona
Con florida corona,
Y do Atlante, del peso, no respira.

(33) Entre la blanca luna y sol dorado.

(34) Y es quien ve el año y dia,
Allí herido está con asta airada.

Que un deseo produce simple y llano (35),
No puede á su belleza
Dar nombre y gloria cuanto
Se debe al valor suyo soberano,
Y mi intento es en vano,
Cisnes que la corriente
De Bétis vais cortando,
El cuello levantando,
Do el Indo rompe el mar, llevad presente
Su nombre y canto mio
Do el Bálteo seno hiela el cielo frio (36).

SONETO XVIII.

Pura, bella, suave Estrella mia,
Que sin temor de oscuridad profana (37),
Vestis de luz serena la mañana,
Y la tierra encendeis desnuda y fria;
Pues vos, á quien mi alma triste envia
Mil suspiros, moveis la soberana
Vuestra empresa, cual inclita Diana (38),
Contra Vénus y Amor con osadía,
Yo seré como aquel que su belleza
Con hierro amancilló, y el casto hecho
Lo mostró con mas gloria y hermosura;
Pero, si luna sois, tendré en la alteza
Latmia del cazador el tierno pecho (39),
Y no del que honró Arcadia la figura.

XIX.

Fértil, riente, ledo y fresco prado,
Tú, monte y bosque húmido y hermoso,
El uno y otro siempre venturoso,
Que de las bellas plantas fué tocado;
Bétis, con puras ondas ensalzado
Y con ricas olivas abundoso,
¡Cuánto eres mas felice y glorioso,
Pues quedas de mi Aglaya acompañado!
Tendréis perpetua y dulce primavera
Y del Elisio campo tiernas flores
Si vos viere el fulgor de la Luz mia.
Ni estéril soplo ni rigor vos hiera;
Antes Vénus, las gracias, los amores
Vos miren, y en vos reine la alegría.

XX.

A vuestro grave y muerto hielo frio,
Temiendo el niño ciego su aspereza,
Opuso con inútil rustiqueza
El leve y vivo ardiente fuego mio.
Su nieve muestra y llama el fuego y frio,
Y reluchando esfuerza su grandeza;
El fuego al frio ablanda la dureza
Y dispone veloz cual suelto rio.
Quedó Amor del asalto glorioso,
Y vos y yo contentos nos hallamos,
Pero todo mi bien turbóse luego;
Que por un triste caso y lastimoso
Con mi afrenta y dolor ambos quedamos,
Con mayor frio vos, yo con mas fuego.

(35) Deste mi débil canto,
Causado de un deseo simple y vano.

(36) En la edicion primitiva se lee este fin:
De Bétis vais cortando,
El canto vuestro alzando,
Su nombre y gloria resonad presente,
Y oyan Céfiro y Flora
Su inmensa hermosura con la aurora
Di humilde á esta luz pura;
Sufra vuestra belleza
Mi rústica simpleza.

(37) Que sin que os dañe oscuridad profana.

(38) Pues vos, por quien suspiros mil envia
Mi alma, cual castísima Diana,
Moveis la empresa vuestra soberana.

(39) Pero tendré de Ladmo en la esperanza,
Si luna sois, del cazador el pecho.

XXI.

Por la condesa de Gélves.

¿Quién osa desnudar la bella frente
Del fulgente esplendor y luz del cielo? (40)
Quién veda el ornamento y gloria al suelo
De las crespas lazadas de oro ardiente?
Impio Febo esta lástima consiente
Con envidia sacrílega y con celo (41),
Despues que ve cubrir de oscuro velo
La llama de sus hebras reluciente.
Con dura mano arranca los despojos
Y atiende á mejorar cuanto perdia,
Y altivo de sus rayos se corona (42),
Porque ya puedan ver mortales ojos
Con luz serena siempre un claro dia
En sus lúcidas trenzas y corona (43).

ELEGIA III.

¿Qué señales presentes de tristeza
Me roban la esperanza de alegría,
Y me rinden sujeto á su dureza?
¿Qué noche de dolor me cierra el dia?
Y ¿qué niebla del cielo oscurecida
Destiñe el fulgor puro á la Luz mia?
¡Oh misero quien sufre en triste vida
Los asaltos de amor, y ya no siente
Remedio á su fortuna aborrecida!
¿No veré yo mi Luz resplandeciente
Que esclarezca en mis ojos, y el hermoso
Ardor y crespos lazos de la frente?
Aun no es grave este mal; que si penoso
Esperase despues mudar ventura
Y ver aquel semblante generoso,
No vendria á tener por desventura
La soledad, que muerta en quien bien ama,
Pierde en él su rigor la muerte oscura.
Y tornaria aquella ardiente llama
Con la vista á abrasarme en la presencia
Del fuego en que mi alma ausente inflama.
Temo, empero, que en esta luenga ausencia
Me desampare solo en el camino,
Y desfallezca el mal con la paciencia.
El cielo, que entre el cerco cristalino
De sus astros intenta sostenella,
Claro dia podrá tener contino.
Será, si esparce mi luciente Estrella
Su esplendor y su fuerza al frio suelo,
Mas dichosa la tierra y siempre bella,
Mas hermoso el purpúreo, abierto cielo;
Pero yo mas mezquino y desdichado,
Y entregado á perpetuo desconsuelo.
¿Qué corazon tendré en mi mal, cuitado?
Qué dureza habrá en mí, si yo no muero
De terrible dolor atravesado?
Tu ánimo, presago lastimero
De mi infelice suerte, el cuerpo al punto
Desnuda del sutil vigor ligero.
Que como en el amor le fuiste junto,
Justo es que en tal estrecho no te alejes
De aquel divino y celestial trasunto.
Y antes que el peso inútil veloz dejes,
Lleva del muerto amante la memoria,
Aunque, tardando, con razon te quejes.
Sienta el misero cuerpo alguna gloria
(Si puede sentir bien helado y frio),
Y tú goza felice tu vitoria.
Mas ¡oh dolor! Oh extraño desvarío!
¿Quién me ofreció este mal de triste muerte?
¿De qué nace este vil recelo mio?
Es de alta y soberana, eterna suerte
Esta mi sola lumbre de belleza,
Y el hado, opuesto á ella, es poco fuerte.
Tan rara perfeccion, tanta grandeza
No sufre, como yo, mortal mudanza;
¿Es luego eterno su valor y alteza?
Pero en el golfo airado sin bonanza,
Donde se halla nunca algun sosiego,
Y falta en el peligro la esperanza,
Se cansa y se fatiga el vital fuego,
Y desea arribar al rico asiento
Do segura desprecie el furor ciego.
Esto es lo que recelo descontento;
Y porque el corazon, jamás rendido,
Se desmaya y se muere al sufrimiento,
Siempre cuidado tal cayó en olvido;
Que si el temor que tengo me hiriera,
Hallara amor el paso defendido.
Si la pasion de la alma consintiera,
Venciera esta afliccion que me atormenta,
Y descansado de este afan viviera;
Mas amo y busco y hallo al fin mi afrenta,
Y sigo el ancho paso de mi daño
Por donde la ocasion me lo presenta.
Nueva pena y temor, furor extraño,
Y vos, en quien mi rostro se humedece,
Lágrimas, esperanza, error y engaño,
¿Por qué el usado brio en mi fallece,
Pues en esta sospecha no estoy cierto?
Por qué el frio mis venas entorpece?
Si es porque muera ausente, ya estoy muerto
Despues que mis dos luces me dejaron
Con soledad penando en el desierto.
Todas las esperanzas me faltaron,
Y contra la fortuna de mi vida
Amor y el cielo airados conspiraron.
Ella será temprano mal perdida;
Que en tan terrible mal muy poco puede
La fuerza que en si tiene enflaquecida.
Si amor este deseo me concede,
Que faltando primero del aliento
Libre de este pesar y afrenta quede,
Daré por bueno yo mi apartamiento,
Y triste, sepultado en este ajeno
Campo, descansaré de mi tormento;
Que mi lucero el esplendor sereno
Difundirá á mi túmulo dichoso,
De eterna y nueva lumbre siempre lleno;
Y entonces con el vuelo glorioso,
Ilustrando la sombra de ocidente,
Al cielo se alzará vitorioso.
Saturno frio, el impio Marte ardiente
Tendrán de sus clarísimas centellas
Virtud y luz mas pura y excelente,
Y el coro de las cándidas estrellas.

SONETO XXII.

Un tiempo, aunque fué breve, osé atrevido,
Por ventura atendiendo la vitoria,
Quejarme, y de mi afan mostrar la historia
A quien me trae en ciego error perdido.
Ahora, ó con mas lástima ofendido,
O cierto de la falta de mi gloria,
No hago de mis males mas memoria
Que si yacieran solos en olvido.
Pero el silencio al fin no puede tanto,
Que en soledad no rompa, y lo que impide
Su vista escribo, del dolor forzado.
Comienza el dia, y doy principio al canto
Y llanto que en la noche amor despide,
Y llanto y canto avivan mi cuidado.

XXIII.

Inmenso ardor de eterna hermosura
En vuestra dulce faz se me aparece,
Y en mis entrañas arde y siempre crece
Con inmortal incendio virtud pura.
Con alteza y valor vuestra figura
Sin igual en mi alma resplandece,
Y pues ufana sufre, bien merece
Algun corto favor de su ventura.

(40) Del puro resplandor y luz del cielo
¿Quién niega el ornamento y gloria al suelo?

(41) El impio Febo este dolor consiente
Con sacrílega invidia y mortal celo.

(42) Con dura mano lleva los despojos
Y quiere mejorar cuanto perdia,
Y altivo, de sus trenzas se corona.

(43) Porque vean los mortales ojos
Siempre con viva luz un claro dia
En sus sagrados cercos y corona.

No puede ser mayor vuestra belleza,
Y no es ya justo que cegueis mis ojos,
Su flaca luz gastando en tanto fuego;
Que si al pecho mostrais vuestra grandeza,
Muriendo en llama no daré despojos,
Los que pudiera dar viviendo ciego.

XXIV.

Mi pura Luz, si olvida el fértil suelo
Que Bétis enriquece en Ocidente,
Y abre las frias nubes con ardiente
Rayo, esparciendo en torno el rico velo,
El asiento mas dino será el cielo
Al sacro esplendor suyo reluciente,
Y de allí con las llamas de su frente
Romperá el rigor duro al torpe hielo;
O ya que aun no se debe á la belleza
Sin el riesgo de ausencia, será el grado
Propio el pecho do yace obedecida;
Que á tal valor del mundo la grandeza,
O la alma en sus centellas encendida
Es de esta excelsa Luz lugar sagrado.

XXV.

Nunca mi mal terrible sentiria,
Ni descansar querria de mi pena,
Si cuidase tal vez que mi serena
Luz alegre y suave me seria;
Mas no sufre la indina suerte mia
Esta gloria, y de sí la aparta ajena,
Y á rendir la esperanza me condena,
Porque osé y di lugar á esta osadía.
Haga el cielo que pierda en menor daño
La memoria de aquel atrevimiento
Que tuve en ver mi afan no aborrecido,
Cuando agradó á mi bien que en dulce engaño
Sufriese ufano y ledo el mal que siento;
Mas ¿qué vale á quien muere en tibio olvido?

XXVI.

A Cristóbal Mosquera de Figueroa.

Cuando mi pecho ardió en su dulce fuego,
Osé cantar, Mosquera, el mal que siento,
Y dióme al tierno canto ufano aliento
El sol en cuyo ardor estuve ciego.
Osé mostrar mi llanto en blando ruego
A quien á amor desprecia y su tormento,
Y el humilde quejar de mi lamento
Me dió osadía y dió esperanza luego.
Ahora, que la luz yo pierdo ausente,
Y crece mi dolor con su belleza,
Notad el grande error de mi porfía.
Lloro el pasado bien y el mal presente,
Y puesto en soledad de mi tristeza,
La esperanza me falta y la osadía.

CANCION III.

Por la vitoria de Lepanto.

Cantemos al Señor, que en la llanura
Venció del ancho mar al Trace fiero;
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
Salud y gloria nuestra.
Tú rompiste las fuerzas y la dura
Frente de Faraon, feroz guerrero;
Sus escogidos príncipes cubrieron
Los abismos del mar y decendieron,
Cual piedra, en el profundo, y tu ira luego
Los tragó, como arista seca el fuego.
El soberbio tirano, confiado
En el grande aparato de sus naves,
Que de los nuestros la cerviz cautiva
Y las manos aviva
Al ministerio injusto de su estado,
Derribó con los brazos suyos graves
Los cedros mas excelsos de la cima
Y el árbol que mas yerto se sublima,
Bebiendo ajenas aguas y atrevido
Pisando el bando nuestro y defendido.
Temblaron los pequeños, confundidos
Del impio furor suyo; alzó la frente
Contra ti, Señor Dios, y con semblante
Y con pecho arrogante,
Y los armados brazos extendidos,
Movió el airado cuello aquel potente;
Cercó su corazon de ardiente saña
Contra las dos Hesperias, que el mar baña,
Porque en ti confiadas le resisten,
Y de armas de tu fe y amor se visten.
Dijo aquel insolente y desdeñoso:
«¿No conocen mis iras estas tierras,
Y de mis padres los ilustres hechos,
O valieron sus pechos
Contra ellos con el húngaro medroso,
Y de Dalmacia y Ródas en las guerras?
¿Quién las pudo librar? Quién de sus manos
Pudo salvar los de Austria y los germanos?
¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora
Guardallas de mi diestra vencedora?
»Su Roma, temerosa y humillada,
Los cánticos en lágrimas convierte;
Ella y sus hijos tristes mi ira esperan
Cuando vencidos mueran;
Francia está con discordia quebrantada,
Y en España amenaza horrible muerte
Quien honra de la luna las banderas;
Y aquellas en la guerra gentes fieras
Ocupadas están en su defensa,
Y aunque no, ¿quién hacerme puede ofensa?
»Los poderosos pueblos me obedecen,
Y el cuello con su daño al yugo inclinan,
Y me dan por salvarse ya la mano.
Y su valor es vano;
Que sus luces cayendo se oscurecen.
Sus fuertes á la muerte ya caminan,
Sus vírgenes están en cautiverio,
Su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio.
Del Nilo á Eufrátes fértil y Istro frio,
Cuanto el sol alto mira todo es mio.»
Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
Usurpe quien su fuerza osado estima,
Prevaleciendo en vanidad y en ira,
Este soberbio mira,
Que tus aras afea en su vitoria.
No dejes que los tuyos así oprima,
Y en sus cuerpos, cruel, las fieras cebe,
Y en su esparcida sangre el odio pruebe;
Que hechos ya su oprobrio, dice: «¿Dónde
El Dios de estos está? ¿De quién se asconde?»
Por la debida gloria de tu nombre,
Por la justa venganza de tu gente,
Por aquel de los míseros gemido,
Vuelve el brazo tendido
Contra este, que aborrece ya ser hombre;
Y las honras que celas tú consiente,
Y tres y cuatro veces el castigo
Esfuerza con rigor á tu enemigo,
Y la injuria á tu nombre cometida
Sea el hierro contrario de su vida.
Levantó la cabeza el poderoso
Que tanto odio te tiene; en nuestro estrago
Juntó el consejo, y contra nos pensaron
Los que en él se hallaron.
«Venid, dijeron, y en el mar ondoso
Hagamos de su sangre un grande lago;
Deshagamos á estos de la gente,
Y el nombre de su Cristo juntamente,
Y dividiendo de ellos los despojos,
Hártense en muerte suya nuestros ojos.»
Vinieron de Asia y portentosa Egito
Los árabes y leves africanos,
Y los que Grecia junta mal con ellos
Con los erguidos cuellos,
Con gran poder y número infinito,
Y prometer osaron con sus manos
Encender nuestros fines y dar muerte
A nuestra juventud con hierro fuerte,
Nuestros niños prender y las doncellas,
Y la gloria manchar y la luz dellas.
Ocuparon del piélago los senos,

Puesta en silencio y en temor la tierra,
Y cesaron los nuestros valerosos,
Y callaron dudosos,
Hasta que al fiero ardor de sarracenos
El Señor eligiendo nueva guerra,
Se opuso el jóven de Austria generoso
Con el claro español y belicoso;
Que Dios no sufre ya en Babel cautiva
Que su Sion querida siempre viva.
Cual leon á la presa apercibido,
Sin recelo los impios esperaban
A los que tú, Señor, eras escudo;
Que el corazon desnudo
De pavor, y de fe y amor vestido,
Con celestial aliento confiaban.
Sus manos á la guerra compusiste,
Y sus brazos fortísimos pusiste
Como el arco acerado, y con la espada
Vibraste en su favor la diestra armada.
Turbáronse los grandes, los robustos
Rindiéronse temblando y desmayaron;
Y tú entregaste, Dios, como la rueda,
Como la arista queda
Al impetu del viento, á estos injustos,
Que mil huyendo de uno se pasmaron.
Cual fuego abrasa selvas, cuya llama
En las espesas cumbres se derrama,
Tal en tu ira y tempestad seguiste,
Y su faz de ignominia convertiste.
Quebrantaste al cruel dragon, cortando
Las alas de su cuerpo temerosas
Y sus brazos terribles no vencidos;
Que con hondos gemidos
Se retira á su cueva, do silvando
Tiembla con sus culebras venenosas,
Lleno de miedo torpe sus entrañas,
De tu leon temiendo las hazañas;
Que, saliendo de España, dió un rugido
Que lo dejó asombrado y aturdido.
Hoy se vieron los ojos humillados
Del sublime varon y su grandeza,
Y tú solo, Señor, fuiste exaltado,
Que tu dia es llegado,
Señor de los ejércitos armados,
Sobre la alta cerviz y su dureza,
Sobre derechos cedros y extendidos,
Sobre empinados montes y crecidos,
Sobre torres y muros, y las naves
De Tiro, que á los tuyos fueron graves.
Babilonia y Egito amedrentada
Temerá el fuego y la asta violenta,
Y el humo subirá á la luz del cielo,
Y faltos de consuelo,
Con rostro oscuro y soledad turbada
Tus enemigos llorarán su afrenta.
Mas tú, Grecia, concorde á la esperanza
Egicia y gloria de su confianza,
Triste que á ella pareces, no temiendo
A Dios y á tu remedio no atendiendo,
¿Por qué, ingrata, tus hijas adornaste
En adulterio infame á una impia gente,
Que deseaba profanar tus frutos,
Y con ojos enjutos
Sus odiosos pasos imitaste,
Su aborrecida vida y mal presente?
Dios vengará sus iras en tu muerte;
Que llega á tu cerviz con diestra fuerte
La aguda espada suya; ¿quién, cuitada,
Reprimirá su mano desatada?
Mas tú, fuerza del mar, tú, excelsa Tiro,
Que en tus naves estabas gloriosa,
Y el término espantabas de la tierra,
Y si hacias guerra,
De temor la cubrias con suspiro,
¿Cómo acabaste, fiera y orgullosa?
¿Quién pensó á tu cabeza daño tanto?
Dios, para convertir tu gloria en llanto
Y derribar tus ínclitos y fuertes,
Te hizo perecer con tantas muertes.
Llorad, naves del mar; que es destruida
Vuestra vana soberbia y pensamiento.
¿Quién ya tendrá de ti lástima alguna,
Tú, que sigues la luna,
Asia adúltera, en vicios sumergida?
Quién mostrará un liviano sentimiento?
Quién rogará por tí? Que á Dios enciende
Tu ira y la arrogancia que te ofende,
Y tus viejos delitos y mudanza
Han vuelto contra tí á pedir venganza.
Los que vieron tus brazos quebrantados,
Y de tus pinos ir el mar desnudo,
Que sus ondas turbaron y llanura,
Viendo tu muerte oscura,
Dirán, de tus estragos espantados:
¿Quién contra la espantosa tanto pudo?
El Señor, que mostró su fuerte mano
Por la fe de su príncipe cristiano
Y por el nombre santo de su gloria,
A su España concede esta vitoria.
Bendita, Señor, sea tu grandeza;
Que despues de los daños padecidos,
Despues de nuestras culpas y castigo,
Rompiste al enemigo
De la antigua soberbia la dureza.
Adórente, Señor, tus escogidos,
Confiese cuanto cerca el ancho cielo
Tu nombre ¡oh nuestro Dios, nuestro consuelo!
Y la cerviz rebelde, condenada,
Perezca en bravas llamas abrasada.

SONETO XXVII.

Por la vitoria de Lepanto.

Hondo Ponto, que bramas atronado
Con tumulto y terror, del turbio seno
Saca el rostro, de torpe miedo lleno;
Mira tu campo arder ensangrentado;
Y junto en este cerco y encontrado
Todo el cristiano esfuerzo y sarraceno,
Y cubierto de humo y fuego y trueno,
Huir temblando el impio quebrantado.
Con profundo murmurio la vitoria
Mayor celebra que jamás vió el cielo,
Y mas dudosa y singular hazaña;
Y di que solo mereció la gloria
Que tanto nombre da á tu sacro suelo
El jóven de Austria y el valor de España.

XXVIII.

Si trasformar pudiese mi figura
Como el Ideo Júpiter solia,
En blanco cisne vuelto ya seria,
Mirando de mi Leda la luz pura;
Y sin algun temor de muerte oscura,
En honra suya el canto ensalzaria,
Su frente y bellos ojos tocaria,
Ensandeciendo ufano en tal ventura;
Mas en luciente pluvia convertido,
Perderia el eletro la fineza,
Si el velo esparce suelto en rayos de oro;
Pero siendo en la falda recogido,
Y junto al esplendor de la belleza,
Tendria el precio del mayor tesoro.

XXIX.

Mi bello Sol, si voy de vos ausente
A parte extraña, do el dolor me ofende,
Y el fuego que mi alma presa enciende
En dulce ardor contino está presente,
Aunque el color purpúreo de oriente,
Do el sol menor de vuestra luz deciende,
Vea cerca, y do el manto oscuro tiende
El apartado extremo de ocidente,
Conmigo irá el amor, igual en parte
Con la mitad de la alma que me alienta,
Que el resto vive en vuestra faz, que adora;
Y dividido en una y otra parte,
Presente con el bien que me sustenta,
Siempre veré resplandecer mi aurora.

XXX.

Aquí do me persiguen mis cuidados,
Solo, sin mi Luz bella y ofendido,

En noche de dolor siempre ascondido,
Lamento mis deseos engañados.
Vuelvo á ver mis contentos ya pasados
Para mayor afan; que el bien perdido
Mas duele al que se ve en confuso olvido,
Y contra sí sus males conjurados.
Cuanto intento alentar mi acerba pena,
Y cuanto fundo en esperanza y tengo,
Todo gasta y destruye mi tormento.
Vos, que rota de amor la impia cadena,
Respirais del trabajo que sostengo,
Dadme esfuerzo en tan grave sentimiento.

ELEGÍA IV.

Yo cuidé, dulce bien del alma mia,
Que primero con muerte al cuerpo ausente
Desamparara en tierra sola y fria,
Y que el rigor pudiera del presente
Dolor humedecer en vuestros ojos
La pura claridad y luz ardiente;
Que apartado y rendido á mil enojos,
Alentar las congojas de mi vida,
Acrecentando al mal nuevos despojos;
Mas vivo ya en ausencia aborrecida,
Y no muero en la sombra del olvido,
Donde fincó mi gloria oscurecida.
Si esto sufro, ¿qué afan no habré sufrido?
Qué puede ya imprimir el sentimiento
En este corazon endurecido?
Mayor es que el dolor el sufrimiento,
Y tal es el dolor, que debe el pecho
Justamente acabarse al mal que siento.
De heladas rocas ásperas fui hecho,
Y me crió la fiera tigre hircana,
Pues no estoy de mis lástimas deshecho.
En esta parte estéril y profana,
Do la noche con tela tenebrosa
Vence á la luz de Febo soberana,
Vuestra inmensa belleza y generosa
Conmigo veo atento, y considero
Las molestias de ausencia lastimosa.
Alguna vez me tiene el dolor fiero
Tan opreso en sus ansias y cansado,
Que á mi despecho temo y desespero.
Bétis, de mi lamento acrecentado,
Vuelve mis tristes lágrimas, sonando
En el veloz Océano mezclado.
Y creo que do la alba el rojo bando
Con las flores purpura, y la luz nueva
Abre el sol los colores matizando,
Es mi mal conocido; que la prueba
Que amor extrema en mi, señal que sea
Quiere á do sus desdichas todas lleva.
Si mi alma procura y ver desea
Vuestra serena faz, arde en su fuego
Sin que en ella su gloria y su bien vea.
Porque el dulce tirano, que en mi ciego
Pecho está siempre, ofrece á la memoria
Mi pérdida y dolor presente luego.
La muerte, si viniere, será gloria;
Pero á tan duro corazon no quiere
Dar alguna esperanza de vitoria.
Un contino temor me aflige y hiere;
Que ya, si no me mata el mal de ausencia,
No habrá por qué mi muerte amor espere;
Porque yo, que vivia en la presencia
Venturoso, deseo, estando ajeno
Y ausente, poner fin á mi dolencia.
Mi alma, en el fulgor bello y sereno
Presa de vuestra frente, me tendria
Siempre de vuestra luz ufano y lleno;
Y con el precio igual á mi osadía,
Gozara merecer; que por vos muerto,
Consagré á vuestro honor la vida mia.
Y á quien de bien alguno estaba incierto,
¿Qué mayor gloria diera su fortuna,
Si solo y sepultado en el desierto,
Mereciera gozar de sola una
Lágrima de esos bellos, tiernos ojos,
Lo que esperar no pude en suerte alguna?
Dichosos mas que flores los abrojos,
Que desa rica pluvia rociados,
Honraran la ocasion de mis enojos.
No sepulcros de mármoles labrados,
Reliquias de memoria gloriosa,
Fueran cual fuera el mio celebrados.
Mas ¡oh mi eterno Sol y Luz hermosa,
Que ni bañado de ese llanto puro,
Ni estoy muerto en mi ausencia dolorosa!
Antes, como rendido ya y seguro
En las penas de amor, me veo ausente,
Sin temer el dolor acerbo y duro.
A un tibio y lento pecho vuelve ardiente
El uso del amor, y quien bien ama,
Esperando su gloria, el mal no siente.
Mi pecho, que arde y en su afan se inflama,
Si en su tormento ingrato desfallece,
Otro aliento no siente que su llama;
Pero en sola esta llama aviva y crece,
Y solo espira en la ligera fuerza
De aquel movible ardor, que no perece.
El temor amoroso, que se esfuerza
En mi alma, sujeta al mal instante,
A perder la esperanza y bien me fuerza.
El mesurado trato y el semblante,
La bella luz en quien amor espira,
El oro en crespas ondas rutilante;
Si un tierno amante gime ya y suspira,
Que en otro tiempo alegre con ventura
Gozó mirar presente, y ya no mira;
Y desierto en la noche siempre oscura,
Lamenta con dolor solo y perdido,
Que no merece ver su hermosura;
Cúlpenle si la vida aborrecido
Desea, y si esperar mas bien pretende,
Por no perder ya mas que lo perdido.
De tal causa mi lástima deciende,
Que aun vitupero en tanto mal mi suerte
Si algun pequeño espacio no me ofende.
Por el paso que voy á ver mi muerte
Tanta envidia merezco, que no siento
En alguno dolor de mi mal fuerte.
Despues que vi y gocé de mi tormento,
Y conocí el valor desa belleza
Y de mi libertad y pensamiento,
Mis entrañas cercó vuestra grandeza,
Y ocupó vuestro nombre mi memoria,
Y amor hizo en mi asiento de firmeza.
Sin vos estuve ajeno de mi gloria,
Y quedé, siempre amando, á amar forzado,
Llevando desta fuerza la vitoria.
Siempre vive en mi alma venerado
Vuestro valor y gracia y cortesía,
De quien se halla rico mi cuidado.
Pero si ahora léjos de alegría
Padezco, á vuestros ojos yo lo debo,
Que prometieron bien á mi porfía.
Vuestra beldad merece el mal que llevo;
Que no es bien que asegure la esperanza,
Pues á tan alta empresa al fin me atrevo.
Si el amor prometiera confianza
Sin temor de peligro y desventura,
Y no trocara el bien con la mudanza,
Ofendiera el agravio esa luz pura;
Porque es deuda de pena y de tormento
Osar tanto, ofrecido á la ventura,
Mas á la ausencia, en que morir me siento,
No hallo causa alguna, y solo espero
Acabar con la vida el sufrimiento.
En esta soledad padezco y muero,
Y en la razon mis penas entretengo,
Para dar nueva fuerza al dolor fiero.
Tal vez que suspendido acaso tengo
El ímpetu de males, me levanto,
A do sin esperanza me sostengo.
Allí rompo las venas de mi llanto,
Y de la pluvia exhala el fuego ardiente,
Que en ceniza convierte el mortal manto,
Etna, que el duro hielo y frio siente
En sus coronas altas ensalzado,
Y con el blanco velo reluciente,
Cuando del impio Encélado abrasado,
Es con serpientes ásperas herido,

Y se revuelve de uno y otro lado;
El fuego, en nube espesa reducido
De ardientes globos y furor humoso,
Arroja con horrisono estampido.
El estruendo de peñas tempestoso
Con alto horror resuena en torno y brama,
Y tiembla todo el monte cavernoso.
Mi pecho, que de fuera es nieve, y llama
Dentro, cuando el amor lo mueve y hiere,
Gime, y sonando el bravo ardor derrama.
Rebosan mil incendios cuando quiere
Feroz, que á la alma abrase su crueza,
Sin jamás condolerse de quien muere.
El rayo, que sepulta con fiereza
Al terrible gigante que del cielo
Pensó regir soberbio la grandeza,
No iguala al que en eterno desconsuelo
Me deja atravesado, sin la culpa
Que él tuvo en el terrestre patrio suelo.
Sola una cosa habrá con que me culpa
Amor, que es en ausencia tener vida;
Mas el deseo mio me disculpa.
Aunque apartado siempre en mi perdida
Soledad tan hermosa y estimada
Vos hallo, que doy la honra merecida,
Con el mismo respeto venerada
Estáis, y con el mismo sentimiento
Y tierno afecto humilde siempre amada;
Ya veo vuestros ojos, y consiento
Por los mios la pena que proviene,
Ya temo el rostro airado y descontento;
Ya el temor con ligeras alas viene,
Y me deja sin luz de bien incierto,
Y preso la tristeza el pecho tiene;
Ya veo con mi gloria el cielo abierto,
Que vos contemplo alegre y piadosa,
Y honrais con vuestras plantas el desierto.
Consuelo son de ausencia congojosa
Estas muestras de vana fantasía,
Aunque es cierta mi pena lastimosa.
La esquiva soledad y mi porfia,
La tristeza y temor de mi cuidado
Me dividen de vos, ¡oh alma mia!
Muera pues quien de vos está apartado,
Acábese en la vida la memoria;
Que á un prolijo dolor desesperado
Mal puede venir bien que le dé gloria.

SONETO XXXI.

¡Oh cara perdicion! oh dulce engaño!
Suave mal, sabroso descontento,
Amado error del tierno pensamiento,
Luz que nunca descubre el desengaño;
Puerta por la cual entra el bien y el daño,
Descanso y grave pena del tormento,
Vida del mal, vigor del sufrimiento (44),
De confusion revuelta cerco extraño;
Vario mar de tormenta y de bonanza,
Segura playa y peligroso puerto,
Sereno, instable, oscuro y claro cielo;
¿Por qué, como me diste confianza
De osar perderme, ya que estoy desierto
De bien, no pones á mi afan consuelo? (45).

XXXII.

Solo y medroso ya del daño cierto (46)
Que en la guerra de amor temido habia,
Tarde con mejor suerte al fin huia
Seguro, en tempestad tan grande, al puerto;
Mas de un golpe en el medio curso incierto (47),
Cuando con mas descuido proseguia,
Amor, que en vuestros ojos me atendia,
Atravesó, cruel, mi pecho abierto (48);
Y antes que yo pudiera de mi pena (49)
Alabar la ventura, envidioso
Huyó con vos, y me olvidó perdido;
Cual huye el parto do el Eufrátes suena,
Y revuelve el caballo presuroso,
Dejando al fiero contendor herido.

XXXIII.

En esta soledad, que el sol ardiente,
Y rehuyen sus rayos, estoy puesto (50),
A todo mal de ingrato amor dispuesto,
Triste y sin mi Luz bella, y siempre ausente,
Finjo y cuido tal vez estar presente,
Alegre en el dichoso y fresco puesto (1),
Y en la gloria me pierdo; que el molesto
Dolor de la alma aparta este accidente.
Nunca silencio y soledad oscura
Pueden dar á quien ama tal contento,
Si no se cambiase la alegría.
Poco en memoria el bien de amor me dura;
Que aun en este ocioso apartamiento
No se afirma en segura fantasía.

XXXIV.

Flaca esperanza en todas mis porfías,
Deseo vano en desigual tormento,
Y inútil fruto del afan que siento (2),
Lágrimas sin descanso y ansias mias,
Sufrid que una hora alegre en tantos dias
Tristes merezca un triste descontento (3),
Y que pueda sentir tal vez contento
La gloria de fingidas alegrías.
No es justo, no, que siempre quebrantado
Me oprima el mal, y me deshaga el pecho
Nueva pena de antiguo desvarío.
Mas ¡oh! que temo tanto el dulce estado,
Que, como perdí al bien todo el derecho (4),
Abrazo ufano el grave dolor mio.

XXXV.

Huyo la blanda voz y el tierno canto,
Que celeste armonía espira y suena,
Desta, de España luz, gentil sirena;
Mas vuelvo al fin sujeto al dulce encanto.
Bien sé que este placer acaba en llanto;
Que esto es imágen cierta de mi pena,
Y amor injusto siempre me condena,
Porque sirvo y padezco y sufro tanto.
Ulises, que pudiste venturoso
Sulcar seguro y sin temor del daño
El golfo de la bella Leucosía,
¿Cuánto fueras mas grande y valeroso
Si tentaras perderte en este engaño
Oyendo á la inmortal sirena mia?

CANCION IV.

Ya bien podrás hartar de tu crueza,
Amor, en mi herido pecho el hierro,
Y tu rabia ensañar en mis entrañas;
Mas no podrás hacer que mi dureza
Dude ya mayor mal, ni en mi destierro
Que la venza el temor de tus hazañas.
Son tales tus extrañas
Leyes y condicion, que ya no espero
Remedio, ni lo quiero;

(44) Descanso y pena grave del tormento,
Vida del mal, alma del sufrimiento.

(45) De bien, no pones á mi mal consuelo?

(46) Solo y medroso del peligro cierto.

(47) Con fortuna mejor tarde huia
En tanta tempestad seguro al puerto;
Mas en el paso del camino incierto.

(48) De un golpe atravesó mi pecho abierto.

(49) Y antes que yo pudiese de mi pena.

(50) No ofende con sus rayos, estoy puesto.

(1) Tal vez me finjo y creo estar presente
En el dichoso, alegre y fresco puesto.

(2) Vano deseo en desigual tormento,
Y inútil fruto del dolor que siento.

(3) Una hora alegre en tantos tristes dias
Sufrid que tenga un triste descontento.

(4) Que, como al bien no esté enseñado y hecho;

Antes ufano abrazo el daño todo
Desta mi perdicion; que el dolor fiero
No da lugar al bien en algun modo.
Véngate en mí, cruel, que estoy desierto,
En pena vivo siempre, en gloria muerto.
No deja respirar el golpe crudo
Al triste corazon, ni deja el llanto
Que quiebre su furor; antes los ojos
Secos y el rostro de pasion desnudo
Fingen ledo semblante, pero cuanto
Procuran encerrar, de sus enojos
Son míseros despojos
De ostinacion confusa y clara afrenta.
¿Quién habrá que consienta
Tanto mal, y lo esconda en ciego olvido,
Sin que memoria alguna dél se sienta?
Mas ¡ob cuánto es mejor que esté perdido
En silencio, pues cabe tal cuidado
Solo en mi corazon desesperado!
Es cuanto pienso lástima, es tormento;
El bien me cansa, aflige la alegría
Que sin envidia en otra gente veo.
Temo el favor, procuro el descontento,
Reposo en la mudanza esquiva mia,
Y tan ajeno estoy de buen deseo,
Que olvidarme deseo
De todo lo que fué mi bien y gloria.
¿Qué presta la memoria
De perdidos contentos en un triste?
¿Qué pequeño triunfo, qué vitoria
Tan corta, Amor, en acabarme hubiste?
Tuviste, Amor, vitoria de tal suerte,
Que estoy vencido al fin, mas duro y fuerte.
Los ojos abro solo á ver mi daño,
Y holgarme con él sin confianza,
Pues desamparo ya sin ella el miedo;
Y valgo tanto ya en el desengaño,
Que, aunque me siento extraño de esperanza,
Como volver á ella nunca puedo,
Cobro tanto denuedo,
Que, si tal vez me acuerdo que la tuve,
Y con ella sostuve
Dos males que me dió tu mano fiera
Cuando en mas bien con mas favor estuve,
Aborrezco los dias y primera
Ocasion que me trajo al desvarío,
Y alabo esta ventura del mal mio.
El rayo de los tiernos ojos bellos,
El color dulce y pura faz serena,
Que mi soberbia frente quebrantaron;
El rico y terso lazo de cabellos,
Que prendieron mi alma en su cadena,
Y mil trofeos della levantaron,
Y en tu templo colgaron
Mis despojos, Amor, ya poca parte
Serán para estimarte.
Osado pecho tengo y generoso,
Que se atreve á mostrarse, sin dudarte,
Contrario de tu nombre poderoso;
Bien puedes revolver en guerra luego
Contra mí el aire, el mar, la tierra, el fuego.
Si en cuantos impío ofendes hay alguno
Que se espante de ver mi atrevimiento,
Y tenga de mi pérdida recelo,
Crea que mi dolor me fué importuno;
Y que un desesperado pensamiento
Se obliga mal á recibir consuelo.
Pero yo ¿qué recelo,
Que contra tí, oh cruel, oh mi enemigo,
Pocas injurias digo?
Y pues llego en el daño á tanto extremo,
Que estoy solo en estrecho, sin amigo,
Esfuérzome en el mal y no le temo;
Que no rehuye alguna desventura
Quien tiene tan perdida la ventura.

SONETO XXXVI.

Cual rociada aurora en blanco velo
Descubre el candor nuevo al claro dia (5);
Cual sagrado lucero, del sol guia,
Sus rayos abre ufano al puro cielo (6);
Cuál Vénus á honrar parte el fértil suelo (7)
De Cipro, y va en hermosa compañia
Con ella Amor, las gracias y alegría,
Que Céfiro las lleva en blando vuelo;
Tal salistes, mi Luz serena y bella (8),
Al dia y cielo y suelo dando gloria,
Y aquistastes de todos los despojos (9).
Tendió á aquel punto Amor su red, y en ella
Las alas quemó, preso, y la vitoria
Rindió de la alma mia á vuestros ojos (10).

XXXVII.

Sol, que con alas de oro vas luciente,
Y al Euro tu primer ardor colora,
Mostrando al blanco cerco de la aurora
La fogosa corona y roja frente;
Cuando el ondoso claustro de ocidente
Entrares, donde reina alegre Flora,
Si la luz que este ausente amante adora
Vieres, lleva esta triste voz doliente:
«Despues que vos dejé, mis bellos ojos,
Y en puras perlas hebras enlazadas,
La noche oscureció al sereno dia;
»El bien me falta, y sobran los enojos,
Y en horas de tristeza mal contadas
Ningun lugar me queda de alegría.»

XXXVIII.

Tiempo fué de dolor el que yo tuve
Sujeto á dura voluntad ajena;
Tiempo fué en que perdí mi grande pena;
Mas en perder mas fiero mal sostuve.
Tiempo fué de mi afrenta aquel do estuve
Atado y sin valor en la cadena;
Tiempo fué en que cerré á la luz serena
Los ojos, y en error perdido anduve.
Tiempo es ya que no duerman en su engaño
Mis sentidos; ya es tiempo que deshaga
La razon mi porfía y devaneo;
Que ya no es justo conocer el daño
Y abrazar la ocasion aunque en la llaga
Siempre abierta respire mi deseo.

XXXIX.

Ya que la grande fe del amor mio
Y el eterno dolor de mi tormento
No pueden descubrir un sentimiento
Liviano en vuestro ingrato pecho frio,
Mostrad con mas desden mayor desvío,
Porque con el afan que triste siento,
O acabe en triste muerte el descontento,
O huya este confuso desvarío;
Antes, pues mas no sufre el mal presente,
Volved, fiera enemiga de mi gloria;
La dulce libertad que yo tenia;
Porque de vos ya pierdo osadamente,
Sin esperanza alguna, la memoria;
Mas ¡ay cómo me engaña esta osadía!

XL.

Bien puede el vano error y la porfía
De mi ardiente deseo desfrenado
Llevarme en su furor arrebatado,
Y oscurecerme el cielo en claro dia;
Que al fin la luz serena que me guia
La vista abre de nuevo á mi cuidado,
Y de improviso horror todo ocupado,
Repugno á la perdida suerte mia.
Respiro ya del importuno peso;
Y aunque no arrojo el yugo sacudido,
No me oprime la fuerza del tormento.

(5) Muestra la nueva luz al claro dia.

(6) Sus rayos abre y tiende al limpio cielo.
(7) Cual va Vénus á honrar el fértil suelo.
(8) Tal ó mas pura, esclareciente y bella.
(9) Salistes aquistando mil despojos.
(10) Entregó de mi alma á vuestros ojos.

Ni libre canto ya, ni lloro preso,
Ni sano de mi llaga ni herido;
Dudoso estó en confuso sentimiento.

XLI.

Ya comienza á mudar su faz el cielo
Sereno de mis dias no turbados,
Ya tornan á estrecharme mis cuidados,
A amor en fuego vuelve el tibio hielo.
Incauto en tantos daños alzo el vuelo
De atrevidos deseos no cansados,
Que van en lo que siguen tan cebados,
Que pierden al peligro ya el recelo.
Ufano intento, débil esperanza
Y pocas fuerzas hacen que fallezca
En medio del camino la osadía.
Cuando trocare el caso esta mudanza,
Será para que siempre en mal padezca
Quien yerra y persevera en su porfía.

ELEGIA V.

Las quejas y suspiro y llanto luengo
De mi pasado daño, en tanto extremo
Descubran la pasion del mal que tengo.
Presente está el cruel dolor que temo,
Y conmigo no finca la esperanza,
Que de mi triste afan fué el bien supremo.
Miserables efectos de mudanza,
Que roban de mi dulce primavera
Las flores con perpetua malandanza.
Perdida bien en otro tiempo fuera
La vida, cuando lleno de alegría
Mi muerte mas plañida ser pudiera.
Pero en esta mezquina suerte mia
¿Qué consuelo tendré, si en tal estado
Mi niebla oscureció á la luz del dia?
Si yo me hubiera tanto recelado
De peligros de amor, con mas paciencia
Sufriera este dolor necesitado;
Mas quien favorecido en la presencia
Estuvo siempre, no esperó á su gloria,
Que nuciera la fuerza de la ausencia.
Antiguas ocasiones y memoria
Y mis nuevos trabajos representan
La esperada promesa de vitoria.
Los bienes y los males mas me afrentan
Cuando inquiero razon para librarme
De los lazos de amor, que me atormentan.
Pueden mis pensamientos animarme
Para mostrar ausente sufrimiento,
No osando en el peligro conhortarme.
No se debe á mi grave sentimiento
Ya compasion alguna; antes conviene
Un extraño linaje de tormento.
En tanto mal no sé por qué sostiene
Mi espíritu la vida, ni si es justo
Que en mísero temor se canse y pene.
Amor me lleva ausente por su gusto,
Para extremar en mí toda crueza,
Y obedezco por fuerza el mando injusto.
Si mi pecho constante con dureza
Se vió sin confianza y osadía,
Conocerá su ímpetu y braveza.
No doy lugar al bien en que me via,
Despues que, puesto solo en el desierto,
Mi niebla oscureció á la luz del dia.
Cuanto al dolor terrible ya estoy muerto;
Pero en la honra de sufrir tan vivo,
Que á su rigor opongo el pecho abierto.
Quien me juzgó otro tiempo muy esquivo
No me culpe si estoy sin fuerza alguna;
Que con el mal perdí el intento altivo.
Cúlpeme si abrazare esta importuna
Cuita en el corto espacio de mi vida,
Si otra vez esperare en tal fortuna.
Yo tengo la esperanza aborrecida,
Y tengo amor, y sé que no me engaño;
Pero no sé en qué parte en mi se anida.
No siente quien no sabe qué es el daño
De amor desesperado, cual el mio,
Revuelto en el horror del desengaño.
No espero, y amo y huyo ya y porfio,
Y si busco pretexto á mi ventura,
Es inútil, pues temo y desconfio.
No se vió cual la mia desventura;
Mas mirando á la causa do procede,
Bien debida al furor de tal locura,
El temor de no ver tanto en mí puede,
Que derriba mis vanos fundamentos,
Y ver mi adversa suerte no concede.
Cuidé tener seguros mis intentos
Cuando en mar sosegado navegaba
Con próspera bonanza y frescos vientos;
Mas ensañóse tempestad tan brava,
Que las crespadas ondas de alegría
En altos montes de agua levantaba.
Corrió fortuna allí la nave mia,
Y sin que me valiera confianza,
Mi niebla oscureció á la luz del dia.
Ya tarde puedo yo aguardar mudanza,
Si no espero remedio, ni lo pido,
Ni me asegura amor mas esperanza.
Tan mísero me veo y confundido,
Y rendido á la pena, que imposible
Será cual yo hallar otro perdido.
El afan que padezco es insufrible;
Mas por aquella luz do amor florece,
Cuanto es mas grave me es mas apacible.
Favor de la ventura no merece
Quien, por temor del mal, del bien rehuye,
Y al peligro su vida nunca ofrece.
El suceso en mil casos varios huye,
Cuando se pesa mas y considera,
Y toda la esperanza se destruye.
A la entrada difícil y carrera
Del amoroso y ciego laberinto
No aprovechó temer mi suerte fiera.
Amor halló mi pecho en el procinto
Tan gallardo y soberbio, que no pudo
Ser mas bravo el que rige á Delo y Cinto.
Mas vibrando sañoso el rayo crudo,
Temblóme el corazon, y desmayado
Dejé caer, medroso, el fuerte escudo.
Allí, cuando yo fuí desamparado,
Fuera justa la muerte por castigo,
Pues perdí mi temor y mi cuidado.
¿Confio yo mi vida á mi enemigo,
Muéstrole la ocasion para mi pena,
Y laméntome de él como de amigo?
Ya no daré razon tan cierta y buena,
Que me excuse de afrenta en mi porfía,
Ni habrá ya á quien admire mi cadena.
En soledad estoy sin alegría,
Y me asombra el dolor, porque en un hora
Mi niebla oscureció á la luz del dia.
Gime conmigo el sol, conmigo llora
El héspero, y la noche se lamenta,
Y conmigo te quejas, roja aurora.
¿Quién es tan olvidado, que consienta
Y procure lugar para su muerte,
Tomando la ocasion que se presenta?
No recelo el dolor del trance fuerte,
Sino que estoy ausente, y que si muero,
No puede haber memoria de mi suerte.
Si fuera piedra yo, si duro acero,
Comportara mis ansias; mas, cuitado,
No tengo en tanto mal el pecho fiero.
El ánimo, en mis llamas abrasado,
Despues de roto el nudo alzará el vuelo
Al trono donde está sacrificado;
Yo quedaré desierto en este suelo,
Premio digno á mi lástima penosa,
Y lo espera quien ve mi desconsuelo.
Tú, si bañare tu ribera ondosa,
Tartesio rio, mi sepulcro, suena,
Iliriendo triste en él, con voz quejosa,
Pues no se condolece de mi pena
Un pecho ingrato y sin amor, lloroso,
Sus iras impías y mi mal resuena.
Podrá ser que en la muerte venturoso,
Alcance claro nombre y escogido
De constante amador y no dichoso.
Pero, ya que me veo al fin partido,

De mis bellas estrellas desterrado,
Do no puedo ni espero ser oido,
Y que a molesta ausencia condenado,
Relucho, contrastando al dolor mio,
Protesto que en mi mal no soy culpado.
No para atender bien, que en pecho frio
No cabe compasion, de mal extraño,
Ni admite amor tan áspero desvío;
Mas para no dar fuerzas al engaño,
Por donde me conduce solo, ausente,
Con que pueda culparme en tanto daño.
Y pues amor mis lástimas consiente,
No quiero yo vedar á mi memoria
Cosas con que mi pena se acreciente.
Los favores, que fueron rica historia
Y dichosos despojos de alegría,
Los perdidos contentos de mi gloria,
Sean triste desdicha y suerte mia,
Pues en seguro y llano y ledo estado
Mi niebla oscureció á la luz del dia.
Mas porque no se ofenda el bien pasado,
Aunque es agravio injusto al pensamiento,
Quiero el dolor por él sufrir doblado.
Pero tengo tan tierno el sentimiento,
Que me enflaquece, y temo la caida;
Que mal se pierde tanto lasamiento.
El riesgo no me turba de la vida;
Que abandono el temor con el deseo,
Y la esperanza yace confundida.
Bien puedo ya decir que no deseo,
Mas dudo la memoria que persigue
Mi alma, á do mis bienes, triste, veo.
Amor ¿qué bien ó qué valor consigue,
Trocando á cada paso mi tristeza?
Qué gloria de mal nuevo se le sigue?
Si yo me viera rico y en grandeza,
Si estuviera rebelde y no vencido,
Si pudiera perder en mi pobreza,
Mostrara en mi la fuerza de su olvido,
Vengara su desden su airado pecho,
Y trajera contino perseguido;
Mas á quien olvidado ya y deshecho
Está de su furor, á quien no siente,
A quien llegar no puede á mas estrecho,
¿Para que lo maltrata? Que ni ausente,
Ni preso y desdeñado ni sujeto,
Tengo mas que sentir que me atormente.
Si algun bien esperara, yo prometo
Que de grado escogiera este importuno
Dolor, que no permite estar secreto.
Mis males cuento todos de uno en uno;
Hallo poca razon, y no me atrevo
A consolar mi ofensa con alguno.
Confórtome con esto, que no debo
Mas á mi bien que no haya merecido,
Y que en estos mis males no soy nuevo.
Y asi, triste y lloroso me despido
Del alma, que me da el postrer aliento,
Si del cielo no soy favorecido.
La voluntad rendida le presento
Otra vez, y consagro los despojos
De este mal y cuitoso apartamiento:
Que no es mucho que guarde mis enojos
Con las ricas memorias de alegria,
Pues voy solo y ausente de sus ojos.
Pero si la infelice suerte mia
La mueve tiernamente á mi cuidado,
Huirá mi niebla de la luz del dia;
Y siendo de sus rayos inflamado,
Aqui, do estoy ausente en dolor fiero,
Renovaré la gloria al mal pasado.
Despues de tanta sombra el sol espero,
Que el dia ilustrará á la noche oscura,
Y en aquel dulce bien de amor primero
Los ojos fijaré en mi lumbre pura.

SONETO XLII.

En la oscura tiniebla del olvido
Y fria sombra, do tu luz no alcanza,
Amor, me tiene opreso sin mudanza (11)
Este fiero desden aborrecido;
Porque de su aspereza perseguido (12),
Hecho misero ejemplo de venganza,
Del todo desampare la esperanza
De volver al favor y al bien perdido.
Tú, que sabes mi fe y que ves mi llanto,
Rompe las densas nieblas con tu fuego (13),
Y tórname á la dulce suerte mia.
Mas ¡oh! si oyese yo tal vez el canto
De mi ingrata cruel, saldria luego (14)
A la pura region de la alegría.

XLIII.

Ya siento el dulce espíritu de la aura,
Que mansamente murmurando aspira;
Ya veo el puesto adonde amor me tira,
Y á do su muerta llama el fuego instaura.
¿Cuál amador de Cintia ó Delia ó Laura
Temió mas el desden, la ardiente ira,
Que yo la Luz que tiernamente mira
Mi mal, y de la pena me restaura?
Como al que espantó el rayo con el trueno
Y lumbre, que aun le queda en la memoria
El alto estruendo del terror pasado;
Tal yo, que estuve triste y siempre lleno
De males, huyo en muestras de mi gloria,
Temiendo el bien que no esperé, engañado.

XLIV.

Tú, que con la robusta y ancha frente
Y grandes hombros sustentaste alzado,
Rey africano, el polo apresurado
Y cerco de los astros reluciente (15);
Y tú, que cuando Atlante temblar siente
La inmensa carga, sin doblar cansado
El yerto cuello tuyo levantado (16),
Sufriste tanto peso osadamente;
Aunque en valor no igual ni en la grandeza,
No vos invidio yo, porque el sereno
Cielo y estrellas, donde amor se cria (17)
Y donde reina eterna la belleza,
Sostuve glorioso y de bien lleno,
Cuanto sufrió la corta suerte mia.

XLV.

Amor en mí se muestra ardiente fuego (18),
Y en las entrañas de mi Luz es nieve;
Fuego no hay que ella no torne nieve,
Ni nieve que no mude yo en mi fuego.
La fria zona abraso con mi fuego,
La tórrida mi Luz convierte en nieve (19);
Pero no puedo yo encender su nieve,
Ni ella entibiar la fuerza de mi fuego.
Contrastan igualmente hielo y llama;
Que fuera de otra suerte el mundo hielo,
O su máquina toda viva llama;
Mas fuera; que resuelto ya en el hielo (20),
O el corazon desvanecido en llama,
Ni temiera mi llama ni su hielo.

(11) Amor, me tiene puesto sin mudanza.

(12) Porque de su crueza perseguido.

(13) Rompe las nieblas con tu ardiente fuego.

(14) De mi enemiga, que saldria luego.

(15) Rey africano, todo el consagrado
Cerco de las estrellas reluciente.

(16) El vigor de tu cuello levantado.

(17) Yo no os invidio, aunque en la grandeza
Y en valor desigual, porque el sereno
Cielo y estrellas, do el amor se cria.

(18) Amor en mi se muestra todo fuego.

(19) La ardiente mi luz vuelve helada nieve.

(20) Mas fuera; porque ya resuelto en hielo.

Este juego de consonantes, indigno del talento de Herrera, se halla en varios poetas de los siglos XVI y XVII. Sirva de prueba y ejemplo esta octava en que el doctor Alonso de Acebedo pretendió descubrir el cáos en su poema *La Creacion del mundo* (Roma, 1615).

Adonde el cielo, mar, fuego, aire y tierra
Eran la tierra, mar, fuego, aire y cielo,

XLVI.

Hurtadas glorias de esperanza incierta,
Vanos efetos, dias mal gastados
Dieron triste principio á mis cuidados
Y ocasion á mis lástimas abierta.
De mi favor y mi alegría cierta
Los pasos fueron súbito cortados,
Y fueron mis dolores renovados
Con la memoria de mi gloria muerta.
Ahora queda inútil esperanza,
Frio, calor, temor, suspiro y llanto,
Y solo amor en mi engañada suerte.
No deseo tornar en confianza;
Que no hay corazon que sufra tanto,
Ni aun bien que me defienda de la muerte.

XLVII.

Solo de unos honestos dulces ojos
Tengo lleno mi alto pensamiento;
Solo de una belleza cuido y siento,
Que da justa ocasion á mis enojos;
Solo me prende un lazo, que en manojos
De oro esparce el amor al manso viento;
Solo de una grandeza mi tormento
Procede, que enriquece mis despojos.
No escucho otra voz ni amo, y no me acuerdo
De otra gracia jamás, ni espero y veo
Otro valor igual en mortal velo;
Si no fuese saber que ausente pierdo
La gloria que se debe á mi deseo,
Nunca mas bien de amor me diese el cielo.

XLVIII.

Llevarme puede bien la suerte mia
Al destemplado cerco y fuego ardiente
De la abrasada Libia ó donde siente
Prolija sombra Tile y noche fria (21);
Que en la niebla tendré la luz del dia (22),
Templanza en el calor, aunque esté ausente
De vos, mi bien, y niegue el inclemente
Amor dulce esperanza á mi porfia (23).
Y no podrá mi áspero tormento,
Y el inmenso dolor que temo tanto,
Turbarme un solo punto de mi gloria;
Que en medio de mi grave sentimiento,
De mi hielo y mi llama alegre canto
De mi dichoso afan la rica historia (24).

XLIX.

Aquí yo vi el luciente y puro velo
Por los hermosos hombros esparcido,
Que se puso en mi cuello, y sacudido
Á la aura, el oro retocó en su vuelo.
Cual baja el bello Amor del alto cielo
Con crispante esplendor esclarecido,
Tal mi Luz pareció con encendido
Vigor, que hace ilustre y rico el suelo.
Mis ojos, que gozaron esta gloria,
Son dichosos, y guardan la alegría
Para el dolor que el alma presa siente.
¡Oh qué dulce holganza á la memoria,
Dulce bien y regalo de aquel dia,
Que siempre alabo en soledad ausente!

Y estaban cielo, mar, fuego, aire y tierra
Juntos con tierra, mar, fuego, aire y cielo;
Pero con cielo, mar, fuego, aire y tierra
Discordes tierra y mar, fuego, aire y cielo,
Era el cielo en mar, aire en fuego, en tierra,
Y era en el cielo el mar, fuego, aire y tierra.

(21) De la abrasada Libia ó do se siente
Casi perpetua sombra y noche fria.

(22) Que en la niebla tendré lumbre del día.

(23) De vos, mi bien y amor, siempre inclemente
Me niegue la esperanza de alegría.

(24) De mi dichoso mal la rica historia.

L.

A don Pedro Tello.

En tanto que en el fiero hórrido seno
De la antigua Cartago el estandarte
De España honrais, y al sarraceno Marte
El pecho de temor mostrais ajeno,
Yo aquí, do el rico Bétis, de honor lleno,
El fértil curso ufano en vueltas parte,
Dando de mi al amor la mejor parte,
De mi incierta esperanza me enajeno.
Mi Luz bella y sus lazos y oro canto,
Y aunque el valor insigne vuestro admiro,
De lauro á vos no invidio la corona;
Que á mayor premio el ánimo levanto
Si mi divina Luz, por quien suspiro,
De sus hermosas hebras me corona.

LI.

Pensoso vuelvo á la alma del pasado
Tiempo el dolor que tuve, y el presente,
Ya que razon alguna no consiente
Que en dulce error padezca enajenado.
El cuello ya levanto deslazado,
Que la señal del yugo impresa siente;
¿Cuál tuyo, oh impío Amor, grave accidente,
Digo, podrá mudar mi ufano estado?
Yo sé bien cuánto duele una esperanza
Que huye y un temor que crece en pena,
Y cuán vano es el fin de mi deseo;
Mas deshaces, cruel, mi confianza
Simple, que á tus engaños me condena,
Y voy alegre al mal que temo y veo.

LII.

Las armas fieras cante el triste hado
Del soberbio Ilion, ceniza hecho
El impío orgullo, el temerario pecho
Con saeta celeste atravesado;
El mar nunca primero navegado,
Y duras peñas del concurso estrecho,
De centauros el ímpetu deshecho,
O Egeon con cien brazos indinado;
Quien en la Aonia selva ornó su frente,
Habitador de la Cirrea cumbre,
Para vencer la muerte con memoria;
Que yo solo, si Amor tal bien consiente,
Mi pura Estrella, canto vuestra lumbre,
Que me afina en las llamas de su gloria.

LIII.

¿Por qué abrasas en nuevo encendimiento,
Impio, ingrato Señor, mi ciego pecho (25)?
Que ya casi olvidado del mal hecho,
En soledad vivia del tormento (26).
Cuando mas descuidado y mas contento
Revuelves á meterme en tal estrecho,
Obligasme, cruel, que á mi despecho
Procure contrastar tu fiero intento.
Las armas en el templo ya colgadas
Visto y el acerado escudo embrazo,
Y en mi venganza salgo á la batalla.
Mas ¡ay! que ni á las flechas que templadas (27)
En la luz de mi Estrella están, ni al brazo
Tuyo resiste bien segura malla (28).

LIV.

¿Quién rompe mi reposo? Quién desata
El dulce sueño al corazon cansado?
Quién despierta el temor de mi cuidado?
Quién mi sosiego amado desbarata?

(25) ¿Por qué renuevas este encendimiento,
Tirano Amor, en mi herido pecho?

(26) Vivia en soledad de mi tormento.

(27) Mas ¡ay! que á las saetas que templadas.

(28) Tuyo no puede resistir la malla.

La fuerza de mi afan, que me maltrata,
Turbando mi descanso; y tan pagado
Estoy del mal, que en él enajenado,
De lo mas el sentido se recata.
Fuera yo á mi pasion no agradecido
Si no buscara extremos en la pena,
Como en la presuncion de mi osadia.
El bien de mi dolor tan bien sufrido
Es pensar que cuán fiero me condena,
Tanto es mayor con él la gloria mia.

LV.

Ojos en quien mi espíritu respira
Tal vez, ardiendo en lúcidas centellas;
Ojos no, mas purísimas estrellas,
Rayos que el sol menor celoso mira;
Rico puesto, á do solo amor espira,
Dichoso en las eternas luces bellas,
Y sus llamas afina, y tiempla en ellas,
Siempre fiero y cruel, la aguda vira;
No alcanza hombre alguno á la belleza
Vuestra; y así, no digo cuánto siento,
Que tanto bien no cabe en voz humana.
Baste que para osar á vuestra alteza
Vos llame ¡oh dulce causa á mi tormento!
Ojos de mi sirena soberana.

LVI.

Céfiro renovó en mi tierno pecho
Floridas ramas de esperanza cierta,
A mansa lluvia, á sol templado abierta,
Y todo se mostraba en mi provecho;
Cuando de hielo un crudo soplo hecho
De aquella parte de calor desierta,
Abate en tierra mi esperanza muerta,
Y el trabajo en un punto fué deshecho.
Quedó en el mesmo puesto el hielo frio,
Que con el fuego en mi dolor contiende,
Y vence alguna vez, otra es vencido.
De allí siempre temí en el pecho mio
La nieve; que aunque el fuego me defiende,
Medroso estoy del daño recibido.

LVII.

Salen mil pensamientos al encuentro
Cuando estoy mas ajeno, y pueden tanto,
Que apena de mis males me levanto,
Y doy en el peligro siempre dentro (29).
Sin recelo mi afrenta sigo, y entro
Osando ¡oh ciego error! para mas llanto;
Alcanzo, aunque me esfuerzo, á valer cuanto
A las mudanzas debo en que me encuentro (30).
El esquivo dolor no es el que hace (31)
La guerra que padezco de mi daño;
Que el mal no espanta á quien lo tiene en uso.
El bien que espero y temo me deshace (32);
Que yo sé bien por el ausente engaño
Juzgar de este presente el fin confuso.

ELEGÍA VI.

Bien debes asconder, sereno cielo,
Tus luces, y tejer de oscuro manto
En torno luengamente el ancho velo,
Y España deshacerse en mustio llanto,
Y volver en un triste sentimiento
Siempre la dulce voz y alegre canto,
Y Bétis remover del hondo asiento
Negras ondas, creciendo el mar hinchado
El curso de su misero lamento,
Pues ¡oh dolor tarde temido! el hado
Pudo airado robar la luz hermosa
Al suelo eternamente despojado.
Perpetua sombra y niebla tenebrosa
Desconhorte los pechos espantados
De dureza tan áspera y llorosa.
Acábense con este los cuidados,
Las congojas antiguas y el gemido
Por todos los sucesos desdichados.
El sol de hermosura esclarecido,
Rayo de la divina hermosura,
Yace en fria tiniebla oscurecido.
Quien pudo ver la luz suave y pura,
Clarísima Eliodora, de tus ojos,
Nunca esperó tan grande desventura.
Las ricas hebras, lúcidos manojos
De oro terso, sutil y ensortijado,
Son ya de muerte míseros despojos.
Yese el dulce color amortiguado,
Y sin vigor la bella y blanca frente,
Y queda el cuello apuesto derribado.
El blando trato, el corazon clemente,
La gracia generosa y cortesía,
La fe y modestia y la virtud presente
Entrega un desdichado y cruel dia
En duros brazos de la muerte fiera,
Cuando menos al miedo se debia.
Esta engañosa vida lisonjera,
Desierta y en confuso error perdida,
Despues de tanto mal, ¿qué bien espera?
Con esta triste y última partida
Es dulce vida ya la amarga muerte,
Y amarga muerte ya la dulce vida.
Ningun caso tan áspero ó tan fuerte
Estrago, y ningun ímpetu sañoso
Del cielo que contrasta nuestra suerte
Puede, aunque quebrantando proceloso
Arranque gruesos muros bien trabados,
Y se confunda el orbe temeroso,
Rendir los corazones levantados;
Que el valor glorioso los alienta
Entre peligros mil nunca turbados.
Mas esta, que enemiga se presenta,
Y deshace cruel con impía mano
La verde flor, indina de esta afrenta,
Al mas excelso pecho y sobrehumano
Desnuda de la usada fortaleza
Que contra su rigor se opone en vano.
Terrible mal, pero comun tristeza,
Que desbarata la ambicion profana,
Freno de vanas pompas y grandeza,
Contra esta furia rígida, tirana,
Solo finca un reparo no ofendido,
Que es la ardiente virtud y soberana.
Rompa el cielo en mil rayos encendido,
Y con pavor horrísono cayendo,
Se despedace en hórrido estampido.
Tal es, que este furor y horror tremendo,
Y cuanto conspirare por su daño,
Rendido ante ella quedará gimiendo.
Bien puede al hombre ciego y della extraño
Enflaquecer, y su memoria injusta
Acabar del olvido en lento engaño;
Mas nunca podrá haber vitoria justa
De quien se aparta, y singular contino
Sigue y alcanza al bien con gloria augusta.
Dichoso aquel espíritu divino
Que la alta frente descubrió seguro,
Sin temer el comun peligro indino,
Y al estrellado claustro y ardor puro
Encumbró el fácil vuelo en paz, purgado
De corteza mortal y error oscuro.
Si amor de la virtud jamás cansado,
Si piedad, si corazon honesto,
Si sufrimiento apenas enseñado,
Y si ánimo humillado y bien dispuesto,
Si trabajos de inmenso sentimiento,
Si á santas obras pecho firme y puesto,
Pueden de este apartado y grave asiento
Colocarte ¡oh sin par bella Eliodora!
En los giros de eterno movimiento,
Tú serás en el cielo nueva aurora,
Antes luciente sol que muestre al dia
La riqueza y valor que en tí atesora;
Y cuando la desnuda noche fria
Oscurezca el fulgor, serás lucero
Que descubra en su horror serena via.

(29) Y ya me hallo en el peligro dentro.
(30) Y aunque me esfuerzo al fin, no puedo cuanto
Debo en tantas mudanzas con que encuentro.
(31) No es la tristeza ni el dolor quien hace.
(32) El bien que temo y dudo me deshace.

Y viendo el color tuyo verdadero
Variado en la púrpura y la nieve,
Y el oro que igual nunca vió el ibero,
Dirá quien te mirare, si osar debe
En tanto mal, ingrato á tu belleza:
«¿El impio hado á tanto bien se atreve?»
Tú jamás descansaste en la estrecheza
Que tu alma ofendia, y padeciste
Dolor, y siempre afanes y tristeza.
No quiso el claro olimpo, ni pudiste
Ya esperar mas trabajos, y dejaste
Alegre al cielo todo, á España triste.
Contigo arrebatado nos llevaste
El deseo de amor honesto y santo
Con el que en nuestros pechos inflamaste.
Yo canté tu valor, y ahora canto
El premio merecido de tu gloria,
Aunque á la voz impide el tierno llanto.
Mas en mí no desmaya la memoria
De tu virtud, de quien el tibio olvido
Desespere ganar jamás vitoria;
Y veo que es el llanto mal perdido,
Porque descansas libre ya y segura,
Y la ocasion de mi dolor olvido.
No podia tu inmensa hermosura,
Tu valor, tu divino entendimiento
Contento sosegar en sombra oscura;
Y desdeñando el duro ligamento,
Deslazaste, y en leve vuelo suelta,
Pisas el cerco etéreo y firme asiento.
Si puede renovarte alguna vuelta
La memoria del suelo despreciado,
En dichosa alegria y bien envuelta,
Da esfuerzo á este mi espíritu cuitado
Para sufrir la acerba y luenga pena
De esta vida, la lástima y cuidado,
Que ya de la esperanza se enajena,
Ya su intento engañado y error siente,
Y en tormento molesto se condena.
Que en tu honra inclinado el Ocidente,
El frio Ebro, el Tajo caudaloso
Venerará este dia humildemente.
Y Bétis, que contigo fué dichoso,
Pero ya desdichado, que te pierde,
Y triste y sin el ancho curso hondoso,
En medio de su fértil campo verde
Hará que el coro todo se levante
De ninfas que con dulce voz concuerde;
Y metiendo en el piélago de Atlante
La frente por su abierto y hondo seno
Con ímpetu extendido resonante,
Dará ocasion que el mar, de peñas lleno,
Alce el canto en tu gloria, rodeando
Sus bandas, de otra alguna voz ajeno;
Hasta que el claro son multiplicando,
Entre, volviendo el paso, en el Egeo,
En el último Euxino reparando.
Yo, si el cielo, presente á mi deseo,
No corta el hilo frágil de esta vida,
Y al canto aspira espíritu febeo,
Espero tu memoria esclarecida
Hacer insigne ejemplo de la fama,
Prenda solo á mis lágrimas debida.
Y quien oir pudiere de tu llama
Viva el puro esplendor y la belleza
Que por cuanto el sol cerca se derrama,
Culpará de sus hados la dureza,
Que le negó admirar en este suelo
La luz excelsa de ínclita grandeza.
Alma dichosa, tú, que al alto cielo
Enriqueces alegre, y gloriosa
Te cubres de purpúreo y sútil velo,
Vuelve á mirar á España lastimosa
En tu partida, que de bien ya ajena,
Yace en terreno afeto congojosa.
Esta triste ribera, de afan llena,
Que vió desparecer su blanca aurora,
Con mustio verso murmurando suena.
La sublime y bellísima Eliodora,
Roto el cansado y grave peso frio,
Abrasada en la eterna luz que adora,
Es tutela del sacro hesperio rio.

CANCION V.

A don Alonso Perez de Guzman, duque de Medina

Príncipe excelso, á quien el hondo seno,
Por su luciente curso y extendido,
El sacro padre Océano inclinado
Ofrece, de respeto humilde lleno,
En el corriente estrecho celebrado
El tributo debido,
Si del dirceo cisne esclarecido
La voz grande y sonora, el alto canto,
Y de Cirra el aliento en mí inspirara,
Yo nunca las hazañas ensalzara
De aquel que causó en Troya último llanto,
Ni el que, ofendido tanto
De la sañosa Juno, limpió en guerra
De fieras y tiranos la ancha tierra;
Antes pensara, alzando osado el vuelo
Por la inmensa region de vuestra gloria,
Sin perder el dichoso atrevimiento,
Entre los puros astros que orna el cielo
Con cercos de lumbroso movimiento
Vuestra insigne memoria
Entrelazar, negando la vitoria
Del claro nombre al tiempo desdeñoso;
Mas, aunque el valor vuestro y su grandeza
No admiten de mis versos la rudeza,
Y de Icaro el suceso peligroso
Me vuelva temeroso,
Y el riesgo á que me obligo atento veo,
No puedo contrastar á mi deseo.
Si el noble, liberal y cortés hecho,
Y piedad del ánimo excelente
No sufrió que la sangre generosa,
Aunque contraria con discorde pecho,
De la estirpe real y gloriosa
Casa vuestra en la ardiente
Libia acabase presa indinamente,
Premio teneis ya de esta cortesía;
Que toda cuanto es grande admira España
La honra singular de esta hazaña,
Y vencida la invidia, se desvia
De su antigua porfía,
Y á su pesar conoce en tanta muestra
Que solo pudo ser tal obra vuestra.
Vos, que cual sol, que luce entre las nieblas,
Resplandeceis en esta edad oscura,
A renovar la bella edad pasada
Cuando, venciendo alegre las tinieblas,
Fué la sola virtud mas estimada,
Pues ya por vos procura
Subir á su grandeza y lumbre pura,
Y del olvido ingrato, en quien se asconde,
Vuestro favor invoca y vuestra mano
Pide, y osa elevar el vuelo ufano
A su difícil yerta cumbre, donde
El premio igual responde;
No la desampareis, que en vos espera
Vibrar su llama y descubrir entera.
No espereis en el mármol esculpido
O en el sujeto bronce bien labrado,
Que figurado vuestro nombre espire,
Que en breve espacio yace oscurecido,
Aunque el ingenio junto y arte inspire
De Fidia aventajado;
Que este es mortal trabajo limitado;
Porque el divino coro de Elicona,
Intento á vuestra gloria, el árbol verde,
Que su esplendor florido nunca pierde,
Teje en hojas de roble y lo corona
De una inmortal corona,
Para ceñir en torno de oro ardiente,
Con siempre eterno nombre vuestra frente.
Nunca la luz jamás y la grandeza,
Que de amable virtud el fuego inflama,
Y el brio generoso el alto pecho,
Despues de la fatal comun tristeza,
Cuando al valor se niega su derecho,
Centellará en la llama,
Do la memoria mas vos busca y llama,

Si la sagrada musa, agradecida,
No deshace la sombra del olvido;
Es vano intento, es ciego error perdido,
Cuidar que pueda alguno alcanzar vida
A su nombre debida,
Si este favor pujante no proviene
De aquella inclita voz de Melpomene.
¿Cuántos famosos príncipes encubre?
Cuántos heróicos pechos encerrados
Tiene el silencio oscuro en negro velo?
El tiempo vencedor asconde y cubre
Todo cuanto valor ilustró al suelo.
De aquellos que admirados
Y fueron de los hombres venerados,
Aun rastro de su gloria no se alcanza.
Vos de tanta engañada muchedumbre
Distinto vos veréis en alta cumbre,
Con pocos alcanzando esta alabanza;
No engañeis la esperanza
Que de vos nos promete y hace cierta
La natural virtud que está encubierta.
Seguid, Señor, y osad los grandes hechos,
No menos en la paz que en dura guerra,
De los vuestros clarísimos mayores,
Cuyo valor sublime, cuyos pechos
Quebrantaron los bárbaros furores;
Que nuestra rica tierra
Por donde el africano mar la cierra
Anegaron en sangre, y la abrasada
Arenosa Numidia, helada y fria,
Roto su orgullo todo y su porfia
Vencida, en tristes lágrimas bañada,
Se les rindió humillada;
Y Atlante con horror temió presente,
Gimiendo el postrer hado amargamente.
Del mas preciado nombre y glorioso
Que España, de las gentes domadora,
Puede alabarse, sois felice lumbre;
Grande honor, gran cuidado trabajoso
Para pedir las puntas de su cumbre,
Porque la roja aurora,
Y la lista que intenso ardor colora,
Y la que en hielo torpe se condena,
Y las partes del orbe mas extrañas
Conocen el fulgor de sus hazañas;
Que su valor en todas crece y suena
Con luz de gloria llena.
Vos, á igualar sus hechos obligado,
Solo seréis de todos admirado.

SONETO LVIII.

Si puede celebrar mi rudo canto
La luz de vuestro ingenio y la nobleza,
Tendrá perpetua gloria con grandeza
De fama en el dorado y rico manto;
Pero si de mi mal no me levanto,
Y amor me ocupa todo en la belleza,
Sola y grave ocasion de mi tristeza,
Por quien suspiro y me deshago en llanto,
Será en cuanto sostenga la alma mia
El duro peso, sin temor de olvido,
Siempre vuestro valor de mí estimado;
Porque el sosiego y trato y cortesía
A vos todo me tienen ofrecido.
¡Oh ilustre honor del nombre Maldonado.

LIX.

Tal vez abrasa con vapor fogoso,
Tal vez enfria con horror helado,
De la africana fuente desatado
El cristal en el mesmo trato ondoso.
Cuando el cielo en la sombra está medroso,
Hierve en ardor su curso destemplado,
Y cuando yace el sol mas inflamado,
Corre un ivierno de rigor nevoso.
Son tales los milagros que en mi pecho,
Sujeto y condenado á tu crueza,
Haces, fiero tirano y señor mio,
Que estoy en el calor un hielo hecho,
Y un fuego de inmortal naturaleza
En la fuerza y vigor del mayor frio.

LX.

A don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz.

Asconde, tardo Bágrada, en tu seno
La fiera armada de tu osada gente,
Y arrancando los cuernos de la frente,
Pierde el orgullo, ya de esfuerzo ajeno;
Que á todo el ancho ponto pone freno,
Vengando con la aguda espada ardiente
Los insultos que sufre el Ocidente,
El domador del cita y sarraceno (33).
Verás la tierra presa, el mar sangriento,
Y al nombre de Bazan temblar medroso
El corazon mas bravo y arrogante.
Y atado en hierro el cuello descontento,
Rendirse al brazo suyo poderoso
Cuanto abrazan el Nilo y grande Atlante.

LXI.

Ausente pienso en mi dolor conmigo,
Si alguna vez estuve tan contento,
Que no diese al cuitoso sentimiento
El lugar que se debe al mas amigo;
Y hallo al fin en este mal que sigo
Que nunca un hora libre de tormento
Pude alcanzar; que al cabo el pensamiento
Es mi mayor contrario y enemigo.
Bien que pruebo traer á la memoria
Sombras de un bien que descubrí tan vano,
Que se despareció luego á mis ojos;
Mas esto no me puede causar gloria;
Antes da siempre á mi dolor la mano
Para que no se acaben mis enojos.

LXII.

A Luis Barahona de Soto.

Vos celebrando al son de noble lira,
Insine Soto, vuestra dulce pena,
Del Dauro la ribera teneis llena,
Y el bosque verde vuestro nombre admira (34).
Yo aquí, do amor en mi dolor conspira,
Solo en esta desierta ardiente arena
Mis ojos rompo triste en honda vena (35),
Y el grande Bétis con mi mal suspira.
Dichoso vos, que en luz de inmortal fuego
De vuestra fénix renovais la gloria,
Que no podrá cubrir niebla de olvido,
Yo, misero, sin bien, herido y ciego,
Avivo de mis males la memoria,
Desesperado y nunca arrepentido.

ELEGIA VII.

¿Qué honor vos pudo dar, bella enemiga,
Rendir mi pecho, que con tal cuidado
Buscastes la ocasion de mi fatiga?
Si yo nací sujeto y obligado
A perderme en las ondas del mar fiero,
Cual navegante misero engañado,
¿Por qué con dulce canto y lisonjero
Suspenso, me llevastes compelido
Al dolor grave en que lloroso muero?
Bien conocia yo, ¡aimé perdido!
De vuestro corazon el falso engaño,
Y el áspero rigor de vuestro olvido.
Huïa, temeroso de mi daño,
La luz de vuestros ojos y belleza,
Como si del amor naciera extraño.
No me valió vestirme de dureza
Contra las crudas flechas del tirano,
Que solo se contenta en mi tristeza.
Porque viendo que el golpe de su mano
No abria bien el corazon constante,
Y que su intento sucedia en vano,

(33) El domador del cita y agareno.
(34) Y el verde bosque, que de vos se admira.
(35) Rompo mis ojos en profunda vena.

Y que el arco de duro diamante
Perdia su vigor, vuelto indignado
Contra mi presuncion tan arrogante,
Se puso en vuestros ojos regalado,
Blando, lleno de tierna cortesía,
Suave y dulcemente lastimado.
Con esto mi firmeza y mi porfía
Rota, quedó vencida y entregada
A vuestra voluntad siempre la mia.
Mostrástesvos alegre y agradada
Tanto del grave afan que por vos siento,
De rigor y desden tan apartada,
Que os di mi libertad, y el pensamiento
Ocupé solo en vos, y fué mi gloria
Merecer en virtud de mi tormento.
Ahora, que soberbia en la vitoria,
Vos descubris á mi pasion esquiva,
A mi nombre negais vuestra memoria;
En vuestro pecho no sufris que viva
De tanto amor una pequeña parte
Sin deslazar mi ánima cautiva.
Este es el mal que me deshace y parte
El corazon mezquino, y con crueza
A mil varios peligros lo reparte.
Si ofende al valor vuestro y su grandeza
Que ose tanto fiar de mi cuidado,
Que adore mi humildad vuestra belleza,
No merezco por ello ser culpado;
Porque conozco bien cuán poco alcanza
Al cielo alto mi vuelo desmayado;
Pero vos alentastes mi esperanza,
Y vuestra luz me dió merecimiento
Para abrazar tan alta confianza.
La honra de mi noble pensamiento,
Mi fe y amor, á sola vos debido,
Son dignos de mas grato acogimiento.
Memorias tristes de mi bien perdido
Me siguen siempre, y me molestan tanto,
Que deseo acabarlas en olvido.
Deshecho todo en miserable llanto,
Hago testigos este prado y fuente
Del mal que sufro ausente en mustio canto.
Solo un cuidado tengo que contente
El corazon cuitado en tanta pena,
Que descanso ninguno me consiente;
Y es, que al fin quedo en esta suerte ajena
Alegre de haber muerto á vuestra mano
Antes que despedace esta cadena.
Mas yo ¿qué digo? ¿á quién me quejo en vano?
A un bello rostro y corazon de fiera,
Tierno en vista y en obras inhumano.
Mejor será que antes que yo muera
En este error huya mi suerte dura,
Y lo que la razon me ofrece quiera.
Esta luz soberana y hermosura,
Que tanto hacer pueden en mi daño,
Se cubran para mí de sombra oscura.
Otra extraña region y cielo extraño
Me conviene buscar, porque perezca
En la ausencia la causa de mi engaño.
Do nunca á la memoria se me ofrezca
El dulce nombre iré, y á do conmigo
Siempre ocasion de justo desden crezca.
Mas ¿qué valdrá? que nunca mi enemigo
Se aparta de mi pecho y me presenta
Mi pura Estrella en mi favor consigo?
A vos, mi bien, así jamás consienta
El cielo que la luz de esa belleza
Del tiempo la comun ofensa sienta,
Pido que no sufrais que mi firmeza
Acabe sin que sea agradecida,
Conforme al merecer de esa grandeza.
¿Por ventura será cosa debida
A vuestro gran valor ser vos llamada
Ingrata, desleal, desconocida?
La dulce Vénus, madre regalada
Del tierno Amor, estaba lastimosa,
Y en fatiga contina congojada (36),
Porque su hijo, cuya poderosa
Diestra rinde herido y humillado
Cuanto cerca del sol la luz fogosa,
Aunque bello y en ella figurado,
Cual parto de su inmensa hermosura,
Divinamente puro y acabado,
No crecia en grandeza y compostura
Igual á la belleza, y que vivia
Mucho tiempo sujeto á tal ventura;
Doliéndose del daño, no sabia
Qué remedio tuviese una extrañeza
Nunca vista jamás hasta aquel dia.
Al fin, del triste caso la graveza
La llevó á consultar, por mas seguro,
De las secretas cosas la certeza.
Témis, que revelaba lo futuro,
Viendo su confusion, le dice: «Olvida,
Vénus, este temor del hado oscuro.
»Este tu Amor, en esa edad florida
Si no crece, aunque solo es engendrado,
Es por oculta causa y ascondida,
»Puede solo nacer y ser criado,
Y no crecer; si quieres tú que crezca,
Pare otro hijo, Contramor llamado;
»Con tal suerte, que el uno favorezca
Mirando al otro hermano en crecimiento,
Cobrando cuerpo que al igual florezca;
»Pero si el uno falta, á un movimiento
Ambos acabarán forzosamente,
Y este es decreto de infalible asiento.»
Volvió Vénus alegre, y juntamente
Al regalo del dulce amado Marte,
Y cuanto dijo Témis vió presente.

(36) Herrera, en sus *Anotaciones á Garcilaso*, puso este *Apólogo*, tomado de uno de Porfirio, que se atribuia tambien á Alejandro Afrodiseo. Antes lo trasladó en prosa, del modo que á continuacion se puede leer:

«Habia engendrado Vénus á Eros, que es el amor. El niño era agraciado y hermoso, porque mostraba en su rostro la figura y belleza de su madre, en ninguna cosa degenerando de la belleza della; pero no podia crecer en grandeza y estatura de cuerpo, que respondiese á la hermosura; y así, quedó mucho tiempo en aquel hábito con que nació. Congojada y falta de consejo su madre, maravillábase desta extrañeza, y no entendia qué causa impidiese su crecimiento; y no menos que ella se fatigaban las Cárites, diosas de las gracias, que tenian á su cargo la crianza del niño. Al fin fueron á consultar el oráculo de la diosa Témis, que pronunciaba lo que estaba por suceder de los hados, porque aun no habia comenzado Apolo á presidir en Délfos, ni revelaba aun los secretos de las cosas ascondidas en oscuridad; y humildemente le suplicaron que buscase y les descubriese algun remedio para aquella no acostumbrada calamidad, dina de toda grande admiracion. Entonces respondió Témis:—Yo libraré vuestro ánimo desa congoja, porque aun no habeis conocido bien la naturaleza y el ingenio deste niño; porque este tu verdadero Amor, oh Vénus, puede por ventura nacer solo, pero no puede crecer solo. Y si tú quieres que él crezca en la proporcion justa del cuerpo, tienes necesidad de otro hijo llamado *Antéros*, que con reciproco y trocado amor satisfaga y compense las fuerzas de la benevolencia. Y será esta naturaleza á los dos hermanos, que el uno al otro se presten y den con igual cambio el crecimiento y grandeza, y mirándose trocadamente, serán autores de su aumento, cobrando cuerpo con igual grandeza y estatura. Pero si faltare el uno, acabarán ambos forzosamente.—Con esta respuesta de Témis, vuelta Vénus á los regalos de Marte, engendró otro hijo, á quien puso por nombre *Antéros*, como si dijésemos *Contramor*. Entonces con maravillosa novedad comenzó súbitamente Cupido á crecer en grandeza de cuerpo, y naciéndole repentinamente las alas, las extendió con lozanía y hermosura, corriendo y volando con el cuerpo igual á la belleza del rostro. Parecia que los dos hermanos competian en porfiada contienda cuál dellos crecia mas hermoso y mas grande. Admirábanse los dioses, y mas su madre, de ver crecer tan excelente generacion suya. Así creció el Amor, que siendo sujeto á esta suerte, muchas veces es perseguido y molestado de admirables y nunca oidos trabajos y fatigas; porque unas veces creco, otras mengua, y torna de nuevo á cobrar la grandeza perdida del cuerpo; mas de tal manera, que siempre está necesitado de la presencia de su hermano, el cual si ve crecer, contiende y se esfuerza en precedelle; pero si lo halla pequeño, muchas veces aun contra su voluntad se desmaya y derriba; porque el Amor, si no responden con agradecimiento de amor, no crece, antes se acaba.»

Amor luego creció, mirando aparte
A su hermano, y de sí con gran porfía
El uno daba al otro mejor parte.
El uno y otro en igualdad crecia,
Hermoso en la figura y la grandeza,
Que á Citerea admiracion ponia.
Señora, si al amor que á vuestra alteza
Tengo fallece amor agradecido
En parte alguna á mi mayor firmeza,
No digo que por mí será perdido;
Que mi fe tal error nunca ha pensado;
Mas es amor tan tierno y tan sentido,
Que temo que se acabe mal mi grado.

SONETO LXIII.

Amor, en un incendio no acabado
Ardi del fuego tuyo, en la florida
Sazon y alegre de mi dulce vida,
Todo en tu viva imágen trasformado;
Y ahora ¡oh vano error! en este estado,
No con llama en cenizas ascondida,
Mas descubierta, clara y encendida,
Pierdo en tí lo mejor de mi cuidado.
No mas; baste, cruel, ya en tantos años
Rendido haber al yugo el cuello yerto,
Y haber visto en el fin tu desvarío.
Abra la luz la niebla á tus engaños
Antes que el lazo rompa el tiempo, y muerto
Sea el fuego del tardo hielo mio,

LXIV.

A la muerte de don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz.

Pongan en tu sepulcro, oh flor de España,
La virtud militar y la vitoria
Grandes ciudades presas en memoria,
Y todo el noble mar que á Grecia baña.
Tú solo, tú con singular hazaña
Ganaste vencedor tan alta gloria;
Que las voces se cansan de la historia
Que tus inclitos hechos acompaña.
El furor de Otomano quebrantado
Será justo despojo que esculpido
En lengua de la fama alce tu nombre.
Con tal blason, valor nunca domado,
Ingenio y arte hacen que vencido
No pueda ser del tiempo un mortal hombre.

LXV.

El triste afan del corazon doliente,
Con la memoria de mis males llena,
Vó repitiendo solo por tu arena,
Sacro rey de las aguas de Ocidente.
Las ondas acreciento á tu corriente,
Socorriendo á tu curso con la vena
De mis ojos llorosa, y junto suena
El suspiro, que esfuerza á la creciente.
Al fin gasto el humor y cesa el viento,
Y exhala el fuego con incendio tanto,
Que de húmido te hace ardiente rio.
En vano intentas á este encendimiento
Resistir, pues no pudo el grave llanto
Quebrantar su furor del dolor mio (37).

LXVI.

Como en la cumbre excelsa de Mimante,
Do en eterna prision arde y procura
Alzar la frente airada, y guerra oscura
Mover de nuevo al cielo el gran gigante,
Se nota de las nubes, que delante
Vuelan y encima, en hórrida figura,
La calidad de tempestad futura,
Que amenaza con áspero semblante;
Asi de mis suspiros y tristeza,
Del grave llanto y grande sentimiento
Se muestra el mal que encierra el duro pecho.
Por eso no vos canse mi flaqueza,
Bella Estrella de amor; que mi tormento
No cabe bien en vaso tan estrecho.

LXVII.

Fiero dolor, que el corazon cuitado
Tanto afliges y cansas; dolor fiero,
Que por templar mi mal con honra quiero
Llamar solo dolor desesperado;
Pues al extremo ha tu rigor llegado,
Y del amor ningun remedio espero,
Acaba ya mi vida, ó, pues no muero,
Acábese contigo mi cuidado,
Porque si del furor de mi tormento
Puedo alentar, ya nunca mas vitoria
Daré de mí al autor de tu crueza;
Y el horror de la pena y mal que siento
Quedará siempre vivo en mi memoria,
Para huir contino tu dureza.

LXVIII.

Preso en la red de Amor dorada y pura,
Y ardiendo en vivos rayos de belleza,
Mueve el sutil pincel, y con destreza
Su fuerza en vuestra luz mostrar procura.
La arte á su fin llegó, la hermosura
Al intento excedió en estrema alteza;
En ella infunde él mesmo su grandeza,
Y espíritu se hace en su figura.
Su llama en él enciende á quien la mira,
Y en la virtud, que halla soberana,
Lleva la alma abrasada en alto vuelo;
Y con la gloria eterna, que le inspira,
Goza, excelsa y bellísima Diana,
El sereno esplendor del alto cielo.

LXIX.

Esta sola desierta, ardiente arena,
Fatal sepulcro al último ocidente,
De armas rotas, de muerta y presa gente
Y de sangrientos rios está llena.
Infamia y honra en un error condena
Al corazon cobarde y al valiente:
El premio es desigual; que el uno siente
Perpetua gloria, el otro eterna pena.
Con un súbito estrago y espantoso
Y confuso desórden acabando,
Cedió el valor heróico al africano.
Grave crímen del vulgo temeroso;
Que, pues murió, muriera peleando
Do murió, todo el reino lusitano.

LXX.

A Fernando de Cángas.

Fernando, yo sulqué con viento lleno
Del dulce amor el grande mar abierto;
Y libre de temor, sin buscar puerto,
Atravesé de un seno en otro seno.
En medio el curso se turbó el sereno
Cielo, y revuelto todo el ponto incierto,
Rompe mi flaca nave, y ya desierto
De salud, en las ondas voy ajeno.
Si en esta tempestad es tal mi suerte,
Que escape de peligro, nunca el fiero
Tirano llevará de mí vitoria;
Mas antes que en olvido cubra muerte
Mi nombre humilde, celebrar espero
Del español beligero la gloria.

LXXI.

Si no sufria ya la adversa suerte
Que mas viviera el reino lusitano,
Ardiera en guerra fiera, y Marte insano
Moviera del contrario el brazo fuerte.
Cuanta saña y furor la furia vierte,
Hierro, fuego enemigo de impia mano
Armara, y no entregara al africano
Los cobardes despojos en su muerte.

(37) Quebrantar su rigor del dolor mio.

No es vergüenza morir, y la vitoria
Y vida, el honor no, rendir osado
Al ímpetu de Libia violenta.
Fuera sin culpa mísero con gloria,
Honrárase en la queja de su hado,
Y faltara á sus lágrimas la afrenta.

LXXII.

Soberbio Tajo, que en la gran corriente
Entrabas de Neptuno impetuoso,
¿Por qué con tardo paso y temeroso
Vas humilde abatiendo tu creciente?
Si el fiero Luco osado alza la frente,
Domador de tu ejército famoso,
No debes tú por eso estar medroso,
Ni el furor libio recelar presente;
Que en tu favor el Ebro grande, el Duero
Y el sacro ondoso Bétis á porfía
El valor juntarán, la fuerza y arte.
Luego verás al númida guerrero
Perder roto el orgullo y la osadía,
Y cautivo humillado venerarte.

CANCION VI.

Por la pérdida del rey don Sebastian.

Voz de dolor y canto de gemido
Y espíritu de miedo, envuelto en ira,
Hagan principio acerbo á la memoria
De aquel dia fatal, aborrecido,
Que Lusitania mísera suspira,
Desnuda de valor, falta de gloria;
Y la llorosa historia
Asombre con horror funesto y triste
Dende el áfrico Atlante y seno ardiente
Hasta do el mar de otro color se viste,
Y do el límite rojo de oriente,
Y todas sus vencidas gentes fieras
Ven tremolar de Cristo las banderas.
¡Ay de los que pasaron, confiados
En sus caballos y en la muchedumbre
De sus carros, en tí, Libia desierta,
Y en su vigor y fuerzas engañados,
No alzaron su esperanza á aquella cumbre
De eterna luz, mas con soberbia cierta
Se ofrecieron la incierta
Vitoria, y sin volver á Dios sus ojos,
Con yerto cuello y corazon ufano
Solo atendieron siempre á los despojos!
Y el Santo de Israel abrió su mano,
Y los dejó, y cayó en despeñadero
El carro, y el caballo y caballero.
Vino el dia cruel, el dia lleno
De indinacion, de ira y furor, que puso
En soledad y en un profundo llanto,
De gente y de placer el reino ajeno.
El cielo no alumbró, quedó confuso
El nuevo sol, presago de mal tanto,
Y con terrible espanto
El Señor visitó sobre sus males,
Para humillar los fuertes arrogantes,
Y levantó los bárbaros no iguales,
Que con osados pechos y constantes
No busquen oro, mas con hierro airado
La ofensa venguen y el error culpado (38).
Los impíos y robustos, indinados,
Las ardientes espadas desnudaron
Sobre la claridad y hermosura
De tu gloria y valor, y no cansados
En tu muerte, tu honor todo afearon,
Mezquina Lusitania sin ventura;
Y con frente segura
Rompieron sin temor con fiero estrago
Tus armadas escuadras y braveza.
La arena se tornó sangriento lago,
La llanura con muertos aspereza;
Cayó en unos vigor, cayó denuedo;
Mas en otros desmayo y torpe miedo.
¿Son estos por ventura los famosos,
Los fuertes, los beligeros varones
Que conturbaron con furor la tierra,
Que sacudieron reinos poderosos,
Que domaron las hórridas naciones,
Que pusieron desierto en cruda guerra
Cuanto el mar indo encierra,
Y soberbias ciudades destruyeron?
¿Dó el corazon seguro y la osadía?
¿Cómo así se acabaron, y perdieron
Tanto heróico valor en solo un dia;
Y léjos de su patria derribados,
No fueron justamente sepultados (39)?
Tales ya fueron estos, cual hermoso
Cedro del alto Líbano, vestido
De ramos, hojas, con excelsa alteza;
Las aguas lo criaron poderoso,
Sobre empinados árboles crecido (40),
Y se multiplicaron en grandeza
Sus ramos con belleza;
Y extendiendo su sombra, se anidaron
Las aves que sustenta el grande cielo,
Y en sus hojas las fieras engendraron,
Y hizo á mucha gente umbroso velo;
No igualó en celsitud y en hermosura (41)
Jamás árbol alguno á su figura.
Pero elevóse con su verde cima,
Y sublimó la presuncion su pecho,
Desvanecido todo y confiado,
Haciendo de su alteza solo estima.
Por eso Dios lo derribó deshecho,
A los impíos y ajenos entregado,
Por la raíz cortado;
Que opreso de los montes arrojados,
Sin ramos y sin hojas y desnudo,
Huyeron dél los hombres, espantados,
Que su sombra tuvieron por escudo;
En su ruina y ramos cuantas fueron
Las aves y las fieras se pusieron.
Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
Murió el vencido reino lusitano,
Y se acabó su generosa gloria,
No estés alegre y de ufanía llena;
Porque tu temerosa y flaca mano
Hubo sin esperanza tal vitoria,
Indina de memoria;
Que si el justo dolor mueve á venganza
Alguna vez el español coraje,
Despedazada con aguda lanza,
Compensarás muriendo el hecho ultraje;
Y Luco amedrentado, al mar inmenso
Pagará de africana sangre el censo.

SONETO LXXIII.

A Francisco de Medina.

Ya que en vano contrasto al dolor fiero,
Y faltándome el bien, crece el tormento,
Y la esperanza sin ningun aliento
Me olvida, y de remedio desespero,

(38) En la edicion primitiva puso HERRERA:

No busquen oro, mas con crudo hierro
Venguen la ofensa y cometido yerro.

(39) Variantes de la edicion de 1582:

¿Son estos por ventura los famosos,
Los fuertes y beligeros varones
Que conturbaron con furor la tierra,
Que sacudieron reinos poderosos,
Que domaron las hórridas naciones,
Que pusieron desierto, en cruda guerra,
Cuanto enfrena y encierra
El mar Indo, y feroces destruyeron
Grandes ciudades? ¿Dó la valentia?
¿Cómo así se acabaron, y perdieron, etc.

(40) Variantes de la edicion de 1582:

Tales fueron aquestos, cual hermoso
Cedro del alto Líbano, vestido
De ramos, hojas con excelsa alteza;
Las aguas lo criaron poderoso
Sobre empinados árboles subido, etc.

(41) En celsitud y hermosura.—*Edicion de* 1582.

Este desierto puesto solo quiero,
Pues lo aquejó mil veces mi lamento;
Que al triste cuerpo, siempre descontento,
Sea el sepulcro de su mal postrero.
Si tuvo en vos, Francisco, Amor tirano
Tal vez imperio, á lástima movido,
Este verso cortad en mi memoria:
«Uno aquí yace que amó firme en vano,
Y cuando esperó bien, aborrecido
La vida lo dejó, y huyó su gloria.»

LXXIV.

Fria ceniza de mi ardiente fuego,
Y rotas hebras del mal firme nudo
Que me enlazó, de cuitas ya desnudo,
Vos miro alegre y libre en mi sosiego.
No es este el tiempo, no, en que anduve ciego,
Ni la ocasion que así perderme pudo;
Que contra el mal embraza el fuerte escudo
Razon, y el feudo antiguo ya vos niego.
La luz pura, en mi oscura niebla abierta,
Me descubre el error que proseguia,
Y lleva osando por el paso estrecho.
Muerto el deseo, y la esperanza muerta,
Y sin fuerza vosotros, ¿qué porfía
Vos mueve á molestar mi duro pecho?

LXXV.

Cuando rendia la arrogante frente
El ya vencido reino lusitano,
Y de Filipo el brazo soberano
Ponia el freno estrecho al Ocidente,
Con fiero influjo, con señal ardiente,
Que dió sospecha y dió temor no en vano,
El cielo se llevó con dura mano
La luz mas pura de Austria y excelente;
Mas, de estrelladas hebras coronada,
Esculpió entre los astros su belleza,
Do alegre mira el rico hesperio suelo.
¡Cuánto puedes virtud, que arrebatada
De esta humildad á la inmortal grandeza,
Eres amor y eres honor del cielo!

LXXVI.

Donde el dolor me inclina vuelvo el paso (42)
Tan cansado y perdido, que no tengo
Para arribar fuerza, y nunca vengo
A conceder holganza al cuerpo laso.
El mal me sigue de uno en otro paso,
Perpetuo y grave tal, que lo sostengo
Por entender que en mí las penas vengo (43),
Que por amor cruel ausente paso.
Si en este afan, que ha de acabarse tarde,
Osara esperar bien, fuera descanso
Dulce y regalo mi mortal congoja;
Mas ya remedio no vendrá que guarde
El corazon caido, y mas me canso
Cuando el trabajo intenso en algo afloja.

LXXVII.

Alma bella, que en este oscuro velo
Cubriste un tiempo tu vigor luciente,
Y en hondo y ciego olvido gravemente
Fuiste ascondida sin alzar el vuelo;
Ya, despreciando este lugar, do el cielo
Te encerró y apuró con fuerza ardiente,
Y roto el mortal nudo, vas presente
A eterna paz, dejando en guerra el suelo,
Vuelve tu luz á mí, y del centro tira
Al ancho cerco de inmortal belleza,
Como vapor terrestre levantado,
Este espíritu opreso, que suspira
En vano por huir desta estrecheza,
Que impide estar contigo descansado.

(42) Donde el dolor me lleva vuelvo el paso.

(43) Solo por entender que en mí me vengo
De cuanta pena por amor yo paso.

LXXVIII.

En noche sola voy con sombra, oscuro,
Sin bien, perdido, ajeno de reposo,
Con débil paso y corazon medroso,
Buscando del amor lugar seguro.
Siento al lado del arco el golpe duro,
Y de mayor peligro receloso,
Vuelvo sujeto á mi dolor penoso,
Y en mal antiguo nuevo mal procuro.
El yerto, hórrido risco despeñado,
Y la montaña áspera parece
Llana senda al deseo que me lleva.
Culpa no es dél, que siempre va engañado;
Mas la razon, que ve, ¿por qué se ofrece
Al conocido error que nunca aprueba?

LXXIX (44).

Osé y temí, mas pudo la osadía
Tanto, que desprecié el temor cobarde;
Subí á do el fuego mas me enciende y arde
Cuanto mas la esperanza se desvia.
Gasté en error la edad florida mia;
Ahora veo el daño, pero tarde;
Que ya mal puede ser que el seso guarde
A quien se entrega ciego á su porfía.
Tal vez pruebo (mas ¿qué me vale?) alzarme
Del grave peso que mi cuello oprime,
Aunque falta á la poca fuerza el hecho.
Sigo al fin mi furor, porque mudarme
No es honra ya, ni justo que se estime
Tan mal de quien tan bien rindió su pecho.

LXXX.

A Pompeyo.

Despues que Mitridates rindió al hado
El fiero pecho, y Asia sacudida,
Cayó rota, y la tierra, al fin vencida,
Vió el mar de los piratas despojado,
Lo que no pudo el medo, el parto osado,
Ni virtud de Sertorio esclarecida,
Una vil, flaca diestra la temida
Cabeza, oh gran Pompeyo, te ha cortado;
Y el cuerpo, mal cubierto de la arena,
Triste ultraje y cruel de humana gloria,
Desierto yace. ¡Oh cuánto en ti la dura
Suerte discorde se mostró y ajena!
Pues falleciendo tierra á tu vitoria,
La tierra falleció á tu sepultura.

LXXXI.

A Felipe II.

Ya que el sujeto reino lusitano
Inclina al yugo la cerviz paciente,
Y todo el grande esfuerzo de Ocidente
Teneis, sacro Señor, en vuestra mano,
Volved contra el suelo hórrido africano
El firme pecho y vuestra osada gente,
Que su poder, su corazon valiente,
Que tanto fué, será ante el vuestro en vano.
Cristo os da la pujanza de este imperio
Para que la fe nuestra se adelante
Por do su santo nombre es ofendido.
¿Quién contra vos, quién contra el reino hesperio
Bastará alzar la frente, que al instante
No se derribe á vuestros piés rendido?

LXXXII.

Al marqués de Santa Cruz, en la rendicion de las Terceras.

«Yo, que el temor al piélago Adriano
Quité, y de Etolia en el famoso estrecho

(44) Con este soneto empieza la edicion príncipe de las poesías de Herrera. Lope, al alabar á este en *El laurel de Apolo*, recuerda este soneto:

Cuando en sus rimas comenzó diciendo:
«Osé y temí, mas pudo la osadía.»

Quebré el orgullo, y sin valor deshecho
Dejé primero el ímpetu otomano,
»En este peligroso golfo insano,
Do Francia llora rota el crudo hecho,
Osando en tu valor, con fuerte pecho
Pongo fin al imperio lusitano.
»Alargue el mar su derramado seno,
Que en todo él pienso ser vitoriosa,
Siguiendo en cualquier trance tu bandera.»
España así con esplendor sereno
Dijo al grande Bazan en la dudosa
Conquista de la presa ya Tercera.

ELEGIA VIII.

¿Cuál fiero ardor, cuál encendida llama,
Que duramente me consume el pecho,
Por estas venas mias se derrama?
Abrasado ya estoy, ya estoy deshecho;
Cese, Amor, el rigor de mi tormento,
Basten los males que en mi mal has hecho.
Este dolor, que nuevo siempre siento,
Esta llaga mortal, contino abierta,
Este grave y perpetuo sentimiento,
Esta corta esperanza y siempre incierta,
Este vano deseo peligroso,
Esta, fin de mis penas, muerte cierta (45),
Tal me tienen confuso y temeroso,
Y sin valor perdido y quebrantado,
Que ni aun huir de mis pasiones oso.
No es amor, es furor jamás cansado,
Rabia es que despedaza mis entrañas
Este eterno dolor de mi cuidado.
¿Qué gran vitoria, Amor, y qué hazañas,
Atravesar un corazon rendido,
Un corazon que dulcemente engañas?
Ya que me tienes preso y tan herido,
Que en mi pecho no hallas lugar sano,
No me acabes, cruel, en duro olvido.
Mi fe y mi pensamiento soberano,
De mi grande osadía la nobleza,
No sufren que me dejes de la mano.
Nací para inflamarme en la pureza
De aquellas vivas luces que al sagrado
Cielo ilustran con rayos de belleza;
Y de sus flechas todo traspasado,
Por gloria estimo mi quejosa pena,
Mi dolor por descanso regalado.
Tal es la dulce Luz que me condena
Al tormento, y tal es, por suerte mia,
De mi enemiga la beldad serena;
Mas, aunque sin igual fué mi osadía
Y el mal que sufro, por tu fuego juro
Que contrastar no puedo á mi porfía;
Y cuanto en él mi corazon apuro
Y afino, tanto mas crece el deseo,
Y un temor con que nunca me aseguro.
¿Quién me daria, Amor, que el bien que veo
Gozase solo y libre de recelo
En aquella verdad con que lo creo?
Que nunca mi ofensor, medroso celo,
Que tan grave me aflige y desbarata,
Podria derribarme por el suelo.
¡Ay, cuánto tu crueza me maltrata!
Ay, cuánto puede en mí tu diestra airada,
Que contino me aviva y siempre mata!
Bella Señora, si mi voz cansada
Alcanza tanto bien que no os ofende,
Oidla blandamente sosegada.
Luz de eterna belleza, en quien me enciende
Y gasta Amor, y en un lloroso rio
Vuelto, contra sus llamas me defiende;
Si os puede enternecer el dolor mio,
Comiencen á ablandaros mis enojos,
No deis ya mas lugar á mas desvio.
No me negueis esos divinos ojos,
Que todo en vos me han ya trasfigurado,
Llevándose consigo mis despojos.
Si ausente estoy de vos, muero cuitado,
Y vivo alegre solo cuando os miro;
¡Mas ay, cuán poco duro en este estado!
Que cuando á verme en vos presente aspiro,
Mi enemiga fortuna no consiente
Que falte causa al mal por quien suspiro;
Y así, estoy ante vos solo y ausente.

(45) Fin de mis penas, esta muerte cierta.

CANCION VII.

Con dulce lira el amoroso canto
En alabanza de los bellos ojos,
Causa de mi error luengo y desvarío,
Probé, y aunque robaron los despojos
De mi gloria el dolor y el grave llanto,
Que acrecentó las ondas á este rio,
Oyendo el canto mio
Febo y el coro eterno de Helicona,
De mirto delicado y oloroso,
En honra de mi intento cuidadoso,
Tejiendo de sus manos la corona,
Dijeron, enlazándome la frente,
Que cantase de Amor la fuerza ardiente.
Yo entonces, de mis males ofendido,
Puse en olvido al belicoso Marte
Y los fieros gigantes fulminados,
Y celebré en la Hesperia alguna parte
Del dulce tiempo en mi dolor perdido;
Aunque en los años en amor gastados.
Mis penosos cuidados
El espacio mejor todo ocuparon,
Y dende allí huyó de mi memoria
De los iberos ínclitos la gloria
Y cuantos hechos grandes acabaron
En tierra y mar, en uno y otro polo,
Igualando en el curso al mesmo Apolo.
Y justo fué que entre el furor del hierro
El flaco son de esta mi humilde lira
Perdiese, si la tuvo, su osadía.
Mi débil canto á débil gloria aspira.
El desden, pena acerba, y mi destierro
Puede llorar la triste musa mia,
Y la antigua porfía
De mi dolor. ¿Quién á Mavorte crudo,
De adamantina túnica cubierto,
Cuando en la áspera Tracia el campo abierto
Mueve, teñido en sangre el duro escudo,
Podrá escribir, si al fin le falta el vuelo,
Y se despeña dende el alto cielo?
Bien veo, oh gloria generosa y lumbre
De la invencible y bien dichosa España,
Que en vano el canto levantar intento,
Y que es mas temeraria esta hazaña
Que la de aquel que en la celeste cumbre
Pensó regir del carro el movimiento.
Desfallece mi aliento
Cuando presumo alzar vuestra grandeza
Y aquellos altos soberanos pechos
De los mayores vuestros, cuyos hechos
Exceden toda humana fortaleza.
No cabe, no, en la inculta musa mia
Tanto valor y heróica valentía.
Mas un deseo, que á alabaros mueve
Y compele mi ánimo, no deja
Que tenga en mi lugar el temor vano;
Y aunque Amor forme toda justa queja
Que en honra ajena yo las voces pruebe
De la lira ofrecida de su mano,
Tanto entiendo que gano
En celebrar el nombre glorioso
De vuestro leon claro y excelente,
Que olvido sin temor su flecha ardiente,
Y con furor divino y venturoso
Subir de un giro en otro presto espero
Al orbe do reside Marte fiero.
Ya con no usado vuelo me sublimo
Con fuertes alas por el grande campo
Del líquido sereno, y confiado
En el instable globo el paso estampo,
Y ya en el cerco lúcido el pié imprimo,
Y en el sanguino, do feroz armado
Marte, nunca aplacado,
Vibra la asta cruel y arroja fuego,

Sin miedo entro, do veo tan extrañas
De los abuelos vuestros las hazañas,
Que cuando á dalles justa estima llego,
Veo que mi osadía en vano emprende
Lo que su luz clarísima defiende;
Que espíritu tan alto y generoso
No dudará cantar el brazo fuerte,
Y el corazon indómito que pudo
Con singular valor y diestra suerte
Romper en tierna edad al espantoso
Moro, y despues, de vil temor desnudo,
Ser de tantos escudo
En el asedio de la presa Alhama.
¿Por quién Genil temblando volvió el paso,
Lloroso, ensangrentado, triste y laso,
Oyendo del divino héroe la fama,
Que al bárbaro feroz y su denuedo
Hizo siempre cubrir de frio miedo?
Pirámides sublimes levantadas,
Ostentacion de la soberbia humana,
Grandes colosos de elevada cumbre,
El tiempo domador huyendo allana;
Mas las obras insines y extremadas,
Ardiendo con fulgor de eterna lumbre
Entre la muchedumbre
De tantos que oscurece el torpe olvido,
Sobran la inmensidad de luengos años,
La muerte, invidia, tiempo y sus engaños
Con su esplendor venciendo esclarecido,
Y os obligan, mostrando el vivo ejemplo,
Que lo sigais al glorioso templo.
Vuestro valor, vuestro ánimo prudente,
En una y otra suerte siempre entero,
El amor de virtud firme y constante
No sufre que su ímpetu ligero
El tiempo contra vos muestre inclemente,
Ni que el fatal olvido se adelante;
Antes piden que cante
En honra vuestra aquel suave Orfeo
Que revocó del reino inexorable
Su esposa, y que de vos contino hable
Con grave lira el escritor Dirceo,
Y vuele vuestra luz hasta la aurora
Dende los fines de Favonio y Flora.
Quisiera yo que fuera tal mi canto,
Que mereciera la grandeza vuestra,
Y me inspirara Clio y Melpomene;
Mas pobre vena y temerosa diestra
No me dejan alzar el vuelo tanto,
Que lo menor que en vos yo siento suene.
Quien lo poco que tiene
Ofrece no merece alguna culpa,
Y en una empresa tan dudosa y alta
Quien se atreviere, si hiciere falta,
Haber osado vale por disculpa;
Y pues vuestro valor es soberano,
No os merece ensalzar ingenio humano.
Mas, cual fuere, acoged mi simple musa;
Que yo, si no me engaña mi esperanza,
Pienso en la eternidad de la memoria
Esculpir vuestro nombre y alabanza,
Y hacer la futura edad confusa
Que invidie á la que goza vuestra gloria.
No estrenará vitoria
Ira del cielo, fuego, hierro airado,
Ni envejecido curso sin reposo,
Ni el tiempo, no cansado y presuroso,
Del canto á vuestro nombre consagrado;
Antes por la desierta Libia ardiente
Torcerá el gran Danubio su corriente.

SONETO LXXXIII.

A Juan Antonio del Alcázar.

Osé subir con poca diestra suerte
Al florido Helicon, y donde baña
El cristal de Ipocrene la campaña,
Y Castalia las puras ondas vierte,
Para alabar el pecho osado y fuerte
Los grandes hechos que honran nuestra España;
Mas no se debe á mí tan gran hazaña,
No es vencedor mi canto de la muerte.
Por no entregarme al ocio descuidado,
Antonio, escribo, y mi serena Estrella
Voy con mis rudos versos ofuscando;
Mas, si en sus vivos rayos inflamado
Me veo, vos veréis en gloria de ella
Honrando á España ir vuestro Fernando.

LXXXIV.

Dejad ya de seguir el paso incierto
Del militar honor, y aquel cuidado
De igualar al abuelo celebrado,
Y en paz tomad, Señor, seguro puerto.
Ya vuestro sol va al ocidente cierto,
De dolencia y afan, y años cargado.
¿Qué esperais? Romped ya el embarazado
Camino, y escoged el mas abierto.
Harta gloria habeis dado á nuestra España
Con el valor y la real largueza,
Que sin igual en vos conoce el suelo.
Creed que no será menor hazaña
Vivir con vos de hoy mas, y dar al cielo
Parte de vuestras obras y grandeza.

LXXXV.

Aunque el dolor que la alma triste oprime
No deja respirar al buen deseo,
Si tal vez descargado el peso veo,
Y el duro afan que menos me lastime,
Podrá ser, por ventura, que se estime
Mi canto igual con el del tracio Orfeo,
Y que el sacro furor del gran Timbreo
En la celeste cumbre me sublime.
Entonces, cuando ya vencida incline
La invidia, entre los pocos que sostiene
Mostrará vuestro nombre la memoria;
Y allí el valor y el corazon insine
Vuestro honrarán las musas de Hiprocrene,
Del hesperio leon oh excelsa gloria.

LXXXVI.

Cese tu fuego, Amor, cese ya, en tanto
Que respirando de su ardor injusto,
Pruebo á sentir este pequeño gusto
De ver mi rostro humedecido en llanto;
Que nunca el alto Etna con espanto
Los grandes miembros y el rebelde busto
Del impio que cayó con rayo justo
Puede encender, ni nunca encendió tanto.
No amortiguan mis lágrimas tu fuego,
Antes avivan su furor creciendo,
Aunque venzan del Nilo la corriente.
Si suelto en agua rompo el nudo luego,
¿Qué mas te agrada desatallo ardiendo?
¿Es menos mal lo que es mas diferente?

LXXXVII.

Sigo por un desierto no tratado,
Sin luz, sin guia, en confusion perdido,
El vano error que solo me ha traido
A la miseria del mas triste estado.
Cuanto me alargo mas, voy mas errado
Y á mayores peligros ofrecido;
Dejar atrás el mal me es defendido;
Que el paso del remedio está cerrado.
En ira enciende el daño manifiesto
Al corazon caido, y cobra aliento,
Contra la instante tempestad osando.
O venceré tanto rigor molesto,
O en los concursos de su movimiento
Moriré, con mis males acabando.

LXXXVIII.

Dulces halagos, tierno sentimiento,
Regalos amorosos, blando engaño,
Que á un rudo pecho y de su error extraño
Ocasion siempre fuistes de tormento (46),

(46) Regalos blandos y amoroso engaño,
Que á un rudo pecho y del amor extraño,
Fuistes grave ocasion de su tormento.

¿Qué dura fuerza y grande movimiento
Vos deshizo, y abrió el cubierto daño (47)?
¿Por qué no me consuela el desengaño,
Ya que me ofende ver mi perdimiento?
No me distes herida tan liviana,
Que en lo intimo de la alma no tocase,
Yaciendo en ella eternamente abierta (48).
Faltastes porque nunca yo alcanzase
Del bien, que tuve en esperanza vana,
De alegria segura un hora cierta (49).

ELEGIA IX.

No bañes en el mar sagrado y cano
Tu estrellada corona, noche oscura,
Antes de oir este amador ufano.
Y tú, abriendo la húmida hondura (50),
Alza las verdes hebras de la frente (1),
De náyades lozana hermosura.
Aquí, do el grande Bétis ve presente
La armada vencedora que el Egeo
Con sangre coloró de turca gente (2),
Quiero decir la gloria en que me veo;
Pero no cause envidia este bien mio
A quien aun no merece mi deseo.
Sosiega el curso tuyo, insine rio (3),
Oye mi gloria, pues tambien oiste
Mis quejas en tu ondoso asiento frio (4).
Tú amaste, y como yo tambien supiste
Del mal dolerte, y celebrar la gloria
De los pequeños bienes que tuviste.
Corta será en mi bien la alegre historia
De mi favor; que corta es la alegría (5)
Que tiene algun lugar en mi memoria.
Cuando en el claro cielo se desvia
Del sol luciente el alto carro apena (6),
Y casi igual espacio muestra el dia,
Con voz que entre las perlas blanda suena,
Teñida en puro ardor de fresca rosa,
De honesto miedo y tierno y de amor llena (7),
Me dijo así la bella desdeñosa
Que me negaba un tiempo la esperanza,
Sorda y dura á mi lástima llorosa (8):
«Si por firmeza y dulce amar se alcanza
Premio de Amor, tener yo espero y debo (9)
De los males que sufro mas holganza.
»Mil veces, por no ser ingrata, pruebo
Vencer tu mucho amor, mas nunca puedo (10);
Que es mi pecho á sentillo rudo y nuevo.
»Si en sufrir mas me vences, yo te excedo
En pura fe y afetos de terneza;
Vive y confia, osado amante y ledo» (11).
No sé si oi, si fui de su helleza
Arrebatado, si perdi el sentido;
Sé que alli se perdió mi fortaleza.
Turbado dije al fin: «Por no haber sido
Este sublime bien de mí esperado (12),
Pienso que debe ser (si es bien) fingido.
»Señora, bien sabeis que mi cuidado
Todo se ocupa en vos; que yo no siento
Ni pienso sino en verme mas penado.
»Mayor es que el humano mi tormento,
Y al mayor mal igual esfuerzo tengo,
Igual con el trabajo el sufrimiento (13).
»Las que por vos padezco y que sostengo
Penas me dan valor, y siempre crece
Mi fe cuanto en mis males me entretengo (14).
»No quiero concederos que merece
Mi mal tal bien que vos probeis el daño (15);
Mas ama quien mas sufre y mas padece.
»No es mi pecho tan rudo ó tan extraño,
Que no sienta en el dulce afan primero (16)
Si en esto que dijistes cabe engaño.
»Armado un corazon de fuerte acero (17)
Tengo para sufrir, y está mas fuerte
Cuanto mas el asalto es bravo y fiero.
»Dióme el cielo la causa de esta suerte (18),
Y yo la procuré, y hallé el camino
Para poder honrarme con mi muerte.»
Lo que mas entre nos pasó no es dino (19),
Noche, de oir, el austro presuroso,
Ni el viento, de tus lechos mas vecino.
Mete en el ancho piélago espumoso
Tus luengas trenzas negras y semblante (20);
Que en tanto que tú yaces en reposo,
Podrá Amor darme gloria semejante.

SONETO LXXXIX.

Al triste humor que misero destilo,
¿Cómo no falto? Cómo crece tanto
En medio de la vena de mi llanto
De ardientes ondas este eterno Nilo?
La llama esfuerza mi lloroso hilo,
Las lágrimas mi fuego, porque cuanto
Templallos pruebo, en mi dolor levanto
De su concurso un mal mezclado estilo.
No inundó mayor pluvia el duro suelo
De la ancha tierra, ni Etna de su cumbre
Exhaló mayor llama sin sosiego.
Deucalion y quien pensó del cielo
Regir incauto la perpetua lumbre,
Mas agua aquí hallaran y mas fuego.

XC.

Yo cuidé, cuando en duro hielo el justo
Desden refriar pudo el fuego ardiente (21)
Del corazon, y con osada frente
Se opuso contra Amor fiero y robusto,
Que no bastara á derribarme el gusto
Ni á torcerme el intento otro accidente;
Que ya me conocia diferente
Y libre de un tirano tan injusto;
Mas al primer sonido del asalto
Desamparo la fuerza, y el escudo
Rindo y armas, temblando antes del hecho.
Bien sé que en lo que debo á la honra falto;
Mas el temor, que de ella está desnudo,
Y otra fuerza mayor vencen mi pecho.

XCI.

¡Cuitado yo! ¿De cuál furor perdido,
Olvido el sentimiento mejor mio?
Al peligroso error y desvario
Por do voy, ¿á dó vuelo aborrecido?
El orgullo del austro embravecido,
El cielo oscuro y solo y horror frio

(47) Os deshizo, y mostró el cubierto daño.
(48) Quedando en ella eternamente abierta.
(49) Segura un hora de alegría cierta.
(50) Y tú, alza de la húmida hondura.
(1) Las verdes hebras de la bella frente.
(2) Manchó con sangre de la turca gente.
(3) Sosiega el curso, tú, profundo rio.
(4) Mis quejas en tu puro asiento frio.
(5) Breve será la venturosa historia
De mi favor; que breve es la alegría.
(6) Cuando del claro cielo se desvia
Del sol ardiente el alto carro apena.
(7) Con blanda voz, que entre las perlas suena,
Teñido el rostro de color de rosa,
De honesto miedo y de amor tierno llena.
(8) Sorda á mi llanto y ansia congojosa.
(9) Premio de amor yo tener bien debo.
(10) Vencer tu amor, pero al fin no puedo.
(11) Vive de hoy mas ya confiado y ledo.
(12) Este tan grande bien de mí esperado.
(13) Igual con el trabajo el sentimiento.
(14) Las penas que por sola vos sostengo
Me dan valor, y mi firmeza crece
Cuanto mas en mis males me entretengo.
(15) Mi afan tal bien que vos sintais el daño.
(16) Que no conozca en el dolor primero.
(17) Dióme el cielo en destino aquesta suerte.
(18) Un corazon de impenetrable acero.
(19) Lo demás que entre nos pasó no es dino.
(20) Tus negras trenchas y húmido semblante.
(21) Yo bien pensaba, cuando el desden justo
Refrió en duro hielo el fuego ardiente.

No me ponen temor; que al fin porfio,
Y venzo la razon con el sentido.
No cierro yo los ojos á mi daño:
Que quien me tiene opreso no consiente
Que merezca en mi mal hallar disculpa.
Delito es voluntario, no es engaño;
Pero sí es; que en voluntad doliente
Siempre amor da ocasion á nueva culpa.

XCII.

Pensé, mas fué engañoso pensamiento,
Armar de intensa nieve el pecho mio (22),
Porque el rayo de Amor no al lento frio
Rompiese el rigor duro en vivo aliento (22).
Procuré no rendirme al mal que siento,
Y fué todo mi esfuerzo desvario;
Mi libertad perdí y mi usado brio (24),
Cobré un dolor perpetuo en mi tormento.
La llama al hielo destempló en tal suerte (25),
Que, gastando su humor, quedó ardor hecho,
Y es inexhausto fuego cuanto espiro (26).
No puede este mi incendio darme muerte (27);
Que cuanto de su fuerza mas deshecho,
Tanto mas de su eterno afan respiro.

ELEGIA X.

En tanto que el furor del seco estío
Arde y deja de sombra ya desierto
Cuanto de Bétis parte el hondo rio,
Vos en sosiego y en seguro puerto
Vivis, luz de Cabrera, descansado
De los peligros de este mar incierto.
No os turba el corazon grave cuidado,
Ni la molestia y desigual tristeza,
Ni un trabajo con otro encadenado.
De la ambicion, el fasto y la grandeza
No os cansa; que sabeis cuán poco dura
En cosas tan caducas la firmeza.
Lo que el vulgo confuso ama y procura
Huis, y en las tinieblas veis la lumbre
Que la virtud descubre en su faz pura.
Subiendo su alta y su dificil cumbre,
Mirais abajo tanto error y engaño
De la ignorante y ciega muchedumbre.
Y apartando del cierto bien el daño,
Mostrais no haber gastado vanamente
El tiempo, causador del desengaño.
Y cuando el ocio algun lugar consiente,
Con vuestra bella esposa recogido,
Vuestro pasado amor haceis presente.
Y en su dulce memoria entretenido,
Referis con señales de alegria
Cuando por ella os vistes mas perdido.
Y satisfecho bendecis el dia
Que posesor os hizo un lędo estado
Del bien que en esperanza os ofendia.
Mas yo, misero amante, enajenado
De mí, siempre rendido y temeroso,
En frágil tabla corto el mar turbado.
Solo, sin esperanza, sospechoso,
Seguido de un perpetuo descontento,
Nunca en mi mal admito algun reposo.
Cuando quise perderme en mi tormento,
Fuera acabar la vida mejor suerte
Que abrazar un eterno sentimiento;
Mas mi hado no quiere que yo acierte
A huir los peligros, y me obliga
A padecer, viviendo, inmortal muerte.
Yo vi, no sé si será bien que diga
O si calle mi mal; yo vi mezquino
Mi dulce y hermosísima enemiga.

(22) Armar de duro hielo el pecho mio.
(23) Porque el fuego de amor al grave frio
No desatase en nuevo encendimiento.
(24) Perdí mi libertad, perdí mi brio,
Cobré un perpetuo mal, cobré un tormento.
(25) La llama al hielo destempló en tal suerte.
(26) Y es llama, es fuego todo cuanto espiro.
(27) Este incendio no puede darme muerte.

Ya otras veces la vi, y perdí contino,
Temiendo mi dolor, aquella gloria
Debida solo á espíritu divino;
Mas esta vez, que comenzó la historia
Prolija y no acabada de mi pena,
Su imágen pintó Amor en mi memoria.
Aunque la mortal suerte no es tan llena
De bien, que alcance el nombre soberano
De esta mi pura y celestial Sirena,
Mi pecho, que sufrió de Amor tirano
Los mas bravos asaltos y dureza,
Y mereció mas honra que hombre humano,
Cuando atento notó la gran belleza,
Las luces, donde amor solo respira
Y del color suave la pureza,
Cual mariposa que á perderse aspira
En la llama, corriendo con engaño
Al dulce fucilar que en ella mira,
Tal se arrojó; mas, cierto de mi daño,
A consumirme en este sacro fuego,
Y aunque veo mi mal en él, me engaño.
Mas ¡oh deseo vano y ciego!
¿Por qué me haces renovar memorias
Que no me sufren consentir sosiego?
Amor, en tus despojos y vitorias
Cuenta esta mia, y cuenta juntamente
Esta gloria mayor entre tus glorias.
Si yo pensaba descansar ausente
Y libre de mis males acabados
El breve curso de esta edad presente,
Ya estoy con nuevas penas y cuidados
Sujeto, derribado y tan rendido,
Que soy solo entre amantes desdichados.
Pero ¿cuánto es mejor ser yo perdido
Y lamentar por ella, que contento
Ser de alguna jamás favorecido?
Amor, inspira en mí el divino aliento
Para dejar perpetuo en letras de oro
Su valor, mi firmeza y mi tormento;
Que en cuanto baña y cerca el seno moro,
Y el Indo riega y el Danubio frio,
El nombre eterno irá que siempre honoro;
Y el caudaloso y rico Bétis mio,
De verde sauz la frente coronado,
Humillará á su voz el grande rio:
Y cuando por ventura mi cuidado
Pudiere relajar de tanta pena,
Que me fatiga el corazon cansado,
Diré: «Dulce y bellísima Sirena,
Cuya suave voz y tierno canto
Con celeste armonia espira y suena,
»Si puede mi tormento valer tanto,
Que satisfaga en parte mi osadía,
Yo á padecer me obligo siempre en llanto;
»Pero sufrid que piense la alma mia,
Por haberse ofrecido á vuestra alteza,
Que merece perderse en su porfia.
»No condeneis ingrata su firmeza
En sombra del olvido, y desdeñosa
Su vuelo no turbeis con aspereza.
»Sed, pues tan bella sois, sed piadosa,
Porque bien debe ser favorecido
Quien en tan alta empresa espera y osa;
»Y en honra de mis males busco y pido
Solo una corta muestra de esperanza
De ser perpetuamente mas perdido;
»Que en mi fortuna injusta la bonanza
No procuro ni atiendo, y solo quiero
Que mi pasion no alivie la mudanza.
»Otras cosas diria; mas el fiero
Dolor me aqueja tanto, que cuitado,
De todo mi remedio desespero.
»Vos, que sabeis cuán mal este cuidado
Puede arrancarse de un vencido pecho,
Con inmortales nudos enlazado,
»Vivid de vuestro estado satisfecho
Con la bella Isabela dulcemente,
En yugo honesto con blandura estrecho.
»Yo, pues mi dura suerte no consiente
Que pueda descansar de mi querella,
Solo, sin esperanza, firme, ausente,
Seguiré siempre mi cruel estrella.

SONETO XCIII.

Hacer no puede ausencia que presente
No vos tenga, mi Estrella; que en la hora
Que se viste de púrpura la aurora (28)
En su rosada falda estáis luciente.
Cuando Febo esclarece el oriente,
En su espléndida imágen vos colora,
Y en sus rayos florecen á deshora
Con puro ardor las hebras y la frente (29);
Cuando, honor de los astros, el lucero
Ilustra el orbe, entre los brazos veo (30)
De Vénus encenderse esa belleza
Allí vos hablo, allí suspiro y muero;
Mas vos, dulce enemiga á mi deseo,
Despreciais el dolor en mi tristeza (31).

XCIV.

Huyo apriesa medroso el horror frio
Y la aspereza y aterido invierno,
Y espero de Favonio el soplo tierno (32)
Contra su fuerza y contra el seco estío;
Mas, Herrera, en el grave estado mio
Me ofende el prevenir, y al fin dicierno
Céfiro breve y aquilon eterno,
Y siempre en un error, por mal porfio.
Al cabo habrá de ser que el destemplado
Estío acabe en fuego, ó en tanta nieve
Rígida bruma el pecho endurecido (33).
Vos, que en sosiego, si de amor cansado
Estáis ó si pasion presente os mueve,
Tened dolor de verme tan perdido.

XCV.

A Marco Bruto.

Al fin yaces ¡oh del valor latino (34)
Ultima gloria! por tu fuerte mano,
Tentado habiendo reducir en vano
La libertad al orbe, de ella indino.
Tu virtud te guió, perdió el destino;
Pero pudo tu esfuerzo soberano
Mostrar que fuiste capitan romano,
Y solo sucesor de Bruto dino.
¡Oh si ajena ambicion no te moviera
A desnudar el hierro, ó ya desnudo,
Siguiera tu hazaña la ventura!
Que ninguno tu igual en Roma hubiera;
Mas trájote en desprecio el hado crudo
Del grave seso y la virtud segura.

XCVI.

Tú, que del sacro imperio de Ocidente,
Francia, fuiste cabeza, y del cristiano
Valor, mísera ya, el orgullo insano
Pierde, y humilla al fin la yerta frente;
No tientes del ibero pecho ardiente,
Siguiendo el odio ciego del tirano,
Mas el poder y esfuerzo soberano;
Que á injusta empresa el cielo es inclemente.
¿A dó huyó el deseo que tenias
De imitar piadosa las hazañas
Del grande Carlo y fuerte Godofredo?
Mas, oh mezquina, en impio error porfias,
Y enciendes fiera el fuego en tus entrañas,
Y corres á tu muerte ya sin miedo.

(28) No os vea yo, mi estrella, en cualquier hora;
Que cuando sale la purpúrea aurora.

(29) Y cuando el sol alumbra el oriente,
En su dorada imágen os colora,
Y en sus rayos parecen á deshora
Rutilar los cabellos y la frente.

(30) Cuando ilustra el bellísimo lucero
El orbe, entre los brazos puros veo.

(31) Mas vos, siempre enemiga á mi deseo,
Os mostrais sin dolor á mi tristeza.

(32) Y el aura espero de Favonio tierno.

(33) Rígido invierno el pecho endurecido.

(34) Mejor estaria este verso así:
Yaces al fin, oh del valor latino.

XCVII.

Esta rota y cansada pesadumbre,
Osada muestra de soberbios pechos;
Estos quebrados arcos y deshechos
Y abierto cerco de espantosa cumbre,
Descubren á la ruda muchedumbre
Su error ciego y sus términos estrechos;
Y solo yo en mis grandes males hechos
Nunca sé abrir los ojos á la lumbre.
Pienso que mi esperanza ha fabricado
Edificio mas firme; y aunque veo
Que se derriba, sigo al fin mi engaño.
¿De qué sirve el juicio aun ostinado,
Que la razon oprime en el deseo?
De ver su error y padecer mas daño.

CANCION VIII.

Si alguna vez mi pena
Cantaste tiernamente, lira mia,
Y en la desierta arena
De este campo extendido
Dende la oscura noche al claro dia
Rompiste mi gemido,
Ahora olvida el llanto,
Y vuelve al desusado y alto canto (35).
No celebro los hechos
Del duro Marte, y sin temor osados
Los valerosos pechos,
La siempre insigne gloria
De aquellos españoles no domados;
Que para la memoria
Que canto me da aliento
Febo á la voz y vida al pensamiento.
Escriba otro la guerra,
Y en turca sangre el ancho mar cuajado,
Y en la abrasada tierra
El conflito terrible,
Y el lusitano orgullo quebrantado
Con estrago increible;
Que no menor corona
Teje á mi frente el coro de Helicona.
A la grandeza vuestra
No ofenda el rudo son de osada lira;
Que en lo poco que muestra,
Glorioso Fernando,
Aunque desnuda y sin destreza espira,
El curso refrenando
El sacro hesperio rio.
Mil veces se detuvo al canto mio.
El linaje y grandeza,
Y ser de tantos reyes decendiente;
La pura gentileza
Y el ingenio dichoso,
Que entre todos vos hacen excelente (36),
Y el pecho generoso
En esa edad florida (37),
De vos prometen una heróica vida.
No basta, no, el imperio,
Ni traer las cervices humilladas
Presas en cativerio
Con vencedora mano,
Ni que de las banderas ensalzadas
El cita y africano
Con medroso semblante,
Y el indo y persa sin valor se espante;
Que quien al miedo obliga
Y rinde el corazon, y desfallece
De la virtud amiga,
Y va por el camino
Do la profana multitud perece,
Sujeto al yugo indino,
Pierde la gloria y nombre,
Pues siendo mas, se hace menos hombre.
Los héroes famosos
Los nervios al deleite derribaron;

(35) Y vuelve al alto y desusado canto.

(36) Que entre todos os hacen excelente.

(37) Y la virtud florida.

Que ni en los engañosos
Gustos ni en lisonjeras
Voces de la sirenas peligraron;
Antes las ondas fieras
Atravesando fueron,
Por do ningunos escapar pudieron.
Seguid, Señor, la llama
De la virtud, que en vos sus fuerzas prueba;
Que si bien vos inflama
De su amor en el fuego,
Viendo su bella luz, con fuerza nueva,
Sin admitir sosiego,
Buscaréis en el suelo
La que consigo os alzará en el cielo.
No os desvanezca el pecho
La soberbia ignorante y engañada,
Ni lo mostreis estrecho;
Que para aventajaros
Entre las sombras desta edad culpada
Debeis siempre esforzaros;
Que solo aquello es vuestro
Que á vos debeis y á vuestro brazo diestro (38).
Aquel que libre tiene
De engaño el corazon, y solo estima
Lo que á virtud conviene,
Y sobre cuanto precia
El vulgo incierto su intencion sublima,
Y el miedo menosprecia,
Y sabe mejorarse,
Solo señor merece y rey llamarse;
Que no son diferentes
En la terrena masa los mortales;
Pero en ser excelentes
En valor y hazañas
Se hacen unos de otros desiguales.
Estas glorias extrañas,
En los que resplandecen,
Si ellos no las esfuerzan, se entorpecen.
Por el camino cierto
De las divinas musas vais seguro,
Do el cielo os muestra abierto
El bien, á otros secreto,
Con guia tal, que en el peligro oscuro
De perturbado afeto
Venciendo el duro asalto,
Subiréis de la gloria en lo mas alto.
Y porque las tinieblas,
Fatal estorbo á la grandeza humana,
No ascondan en sus nieblas
El valor admirable,
Haré que en vuestra gloria soberana
Siempre Talia hable;
Y que la bella Flora
Y los reinos la canten de la aurora.

SONETO XCVIII.

Bárbara tierra, que en tu frio seno
Cubres los grandes cuerpos derribados
De aquellos españoles que, domados,
Dejaron de terror el orbe lleno,
Mira en los altos troncos el ajeno
Trofeo, y gime viendo allí colgados
Los despojos, jamás nunca esperados
En tanto honor del impio sarraceno.
Y tú, mar, que manchaste tu corriente
Con generosa sangre, suena airado,
Y decid ambos tristes desta suerte:
«Heróicas almas, gloria de Ocidente,
Id dichosas; que ya el acerbo hado
Lloró España, honró el mundo vuestra muerte.

XCIX.

Rompió la prora en dura roca abierta
Mi frágil nave, que con viento lleno
Veloz cortaba el piélago sereno,
Y apena escapo al fin de muerte cierta (39).
Afirme el pié yo en tierra; que la incierta
Onda no me tendrá en su instable seno (40),
Ni la vana esperanza podrá ajeno
Traerme de mis glorias, ya desierta.
Si la sombra del daño padecido
Puede mover, Filipo, vuestro pecho,
Huid sulcar del ponto la llanura;
Y creed que ninguno de Cupido
Seguro navegó el profundo estrecho,
Que no perdiese al cabo la ventura (41).

C.

A Fernando de Cángas.

Deste tan grave peso que cansado
Sufro, Fernando, y sin valor contrasto,
Procuro alzar el cuello; mas no basto;
Que al fin doy con la carga desmayado.
De mil flaquezas mias afrentado,
Me enciendo en ira y la paciencia gasto;
Pero nunca leon hambriento al pasto
Va como yo al error de mi cuidado;
Mas, aunque imprima en mi mi mejor parte,
Ved si estoy ya de amor aborrecido,
Oso al fin, y me opongo á mi deseo;
Y en estos trances de dudoso Marte
Será de mí, si soy varon, vencido
Otro mayor que el africano Anteo.

CI.

Despoja la hermosa y verde frente
De los árboles altos el turbado
Otoño, y dando paso al viento helado,
Queda lugar á la aura de ocidente.
Las plantas que ofendió, con el presente
Espíritu de céfiro templado
Cobran honra y color, y esparce el prado
Olor de bellas flores dulcemente;
Mas ¡oh triste! que nunca mi esperanza,
Despues que la abatió desnuda el hielo,
Torna avivar para su bien perdido.
¡Cruda suerte de amor, dura mudanza,
Firme á mi mal, que el variar del cielo
Tiene contra su fuerza suspendido!

CII.

Esperé un tiempo, y fué esperanza vana,
Librar desta congoja el pensamiento
Subiendo de Castalia al alto asiento,
Do no puede alcanzar musa profana.
Para cantar la honra soberana
Ved cuán grande es, Giron, mi atrevimiento,
De quien con inmortal merecimiento
Contrasta al hado, y su furor allana;
Que bien sé que es mayor la insigne gloria
De quien Mélas bañó y el Mincio frio,
Que de quien lloró en Tebro sus enojos.
Mas ¿qué haré, si toda mi memoria
Ocupa Amor, tirano señor mio?
Qué, si me fuerzan de mi Luz los ojos?

CIII.

Error fué disponer el tierno pecho,
Usado en el dolor de amor esquivo (42),
A nueva libertad; que al fin cautivo
Vuelvo, no sé si diga á mi despecho.
Pudo traerme el crudo á tal estrecho,
Que abrió la fuerza de un semblante altivo
La vena que encendió en un fuego vivo
Al corazon, ya en vano un hielo hecho (43);

(38) Que solo es vuestro aquello
Que por virtud pudistes merecello.

(39) Y apena escapo de la muerte cierta.

(40) Onda del mar no me tendrá en su seno,
Ni de mi me podrá traer ajeno
Vana esperanza, de salud desierta.

(41) Y creed que en el golfo de Cupido
Ninguno navegó, que al fin deshecho
No se perdiese, falto de ventura.

(42) Error fué vano disponer el pecho,
Enseñado al dolor de amor esquivo.

(43) Que abrió en la fuerza de un semblante altivo
La vena que de nuevo en fuego vivo
Encendió al corazon, ya un hielo hecho.

Mas ¿qué mucho? ¿No vemos inflamarse
Un pedernal herido, y encontrado
Un hierro en otro, despedir centellas?
¿Cómo puede mi pecho no abrasarse
Al golpe del amor, si está tocado
Siempre en el fuego de mis dos estrellas?

CIV.

Al Bétis.

Así perturbe pluvia nunca ó viento
Tus bellas ondas, sacro hesperio rio,
Y á tu nombre se incline el Ebro frio,
Y el Tebro, el Nilo, el Istro violento;
Si á piedad te mueve mi tormento,
Do siempre muero y sin temor porfio,
Ausente entre mil males del bien mio,
Sin que pueda aun valerme el pensamiento,
En estos troncos guarda mi cuidado,
Y en estas peñas mi gemido y pena
Tus naides suenen con lloroso canto;
Que nadie habrá que habiendo aquí aportado,
Lea mi mal, y con la faz serena
Pase, y no bañe el rostro en tierno llanto.

CV.

Pierdo tu culpa, Amor, pierdo engañado,
Siguiendo tu esperanza prometida,
El mas florido tiempo de mi vida,
Sin nombre, en ciego olvido sepultado.
Ya no mas; baste haber siempre ocupado
El pensamiento y la razon perdida
En tu gloria y mi infamia aborrecida;
Que quien muda la edad trueca el cuidado.
Yo he visto á los piés puesto un duro hierro,
Y torcello la mano del cativo,
Y desatarse de aquel nudo fuerte;
Mas ¡oh! que ni el desden ni mi destierro
Pueden borrar del corazon esquivo
Lo que nunca podrá gastar la muerte.

CVI.

La fria falda y cumbre de Pirene,
Que parte al franco y al osado ibero,
Cuando hiela desierto aquilon fiero
Tanta copia de nieve no sostiene,
Cuanto hielo en mi pecho el temor tiene
Cuando aparta sus rayos mi lucero,
Y retraido su esplendor primero,
De avivarme en su bella luz se astiene.
Libia arenosa, aunque el ardor presente
Del sol te abrasa, si del hielo mio
El rigor sientes, perderás la fama;
Que mayor fuego me encendió este ausente
Corazon; mas en mí ya acaba el frio
El vigor, y deshace de su llama.

ELEGIA XI.

A la pequeña luz del breve dia
Y al grande cerco de la sombra oscura
Veo llegar la corta vida mia.
La flor de mis primeros años pura
Siento perder su fuerza en todo, y siento (44)
Otro deseo que mi bien procura.
Voluntad diferente y pensamiento
Reina dentro en mi pecho, que deshace
El no seguro y flaco fundamento.
Lo que mas me agradó no satisface
Al ofendido gusto, y solo admito
Lo que sola razon intenta y hace.
Del ancho mar el término infinito,
La inmensa tierra, que su curso enfrena,
Al bien que estimo son lugar finito.
Lo que la gloria vana alcanza apena (45),
Por quien se cansa la ambicion profana,
Y en mil graves peligros se condena,
La virtud menosprecia soberana,
Y contenta de sí, no para en cosa
De las que admira la grandeza humana.
Yo léjos por la senda trabajosa
Sigo entre las tinieblas á su lumbre,
Abrasado en su llama gloriosa.
Y si no rompe antes que á la cumbre
Suba, el hilo mortal, hallarme espero
Libre desta confusa muchedumbre;
Porque ya veo apresurar ligero
Y volar como rayo acelerado,
Del tiempo el desengaño verdadero.
Huyen como saeta que el armado
Arco arroja, los dias, no parando,
Invidiosos del no firme estado.
Va el tiempo, siempre avaro, derribando
Nuestra esperanza, y llévase consigo
Las cosas todas del terreno bando.
Esta caduca vida, por quien sigo
Lo que en su gusto conformar no debe,
Y soy de mí por ella mi enemigo,
Sombra es desnuda, humo, polvo, nieve,
Que el sol ardiente gasta con el viento
En un espacio muy liviano y breve.
Es estrecha prision do el pensamiento
Repara, y ve en la niebla una luz clara
De la razon, que oprime al sentimiento.
Y como quien mi libertad prepara,
Siento que, de mi sueño entorpecido,
Me llama, y desta suerte se declara:
«¡Oh mísero, oh anegado en el olvido,
O en cimeria tiniebla sepultado,
Recuerda de ese sueño adormecido!
»Estás en ciego error enajenado,
Que contigo se cria y envejece,
¿Y no das fin á tu mortal cuidado?
»¿Por ventura, mezquino, te parece
Que el sol no toca el medio de su alteza,
Y la cercana noche te oscurece?
»En tanto que está verde esta corteza
Frágil, y no la cubre torpe hielo,
Y blanca nieve llena de graveza,
»Vuelve por tí, refrena el presto vuelo,
Y coge al tiempo la mal suelta rienda;
No te condene de ignorancia el velo;
»Porque si vas por esta abierta senda,
Serás uno en la errada y ciega gente,
Do nunca el fuego de virtud te encienda.
»Cuanto Febo de aurora al ocidente,
Y ciñe dende el austro hasta Arturo,
Perece sin virtud indinamente,
»Aquel dichoso espíritu seguro
De estos asaltos vivirá contino,
Que fuere en obras y en palabras puro.
»Fuerza es de la virtud, y no destino,
Romper el hielo y desatar el frio
Con vivo fuego de favor divino.
»Desampara tu osado desvario,
No dés mas ocasion á tanto engaño;
Que la edad huye cual corriente rio.
»Serán de tu fatiga premio extraño
Dolor confuso, vergonzosa afrenta,
Tristes despojos de tu eterno daño.
»Si esto no te congoja y descontenta,
¿Qué puede dar congoja y descontento
A quien del suelo levantarse intenta?
»Tú te acabas en mísero tormento,
Pensando vanamente ser dichoso,
Y contigo tu incierto fundamento.
»Arranca de tu pecho desdeñoso
La impía raíz, que cria tu esperanza
Falsa en loco deseo y engañoso;
»Y no es otra tu gloria y confianza,
Sino perder y aborrecer, cuitado,
A tí, por quien descansa en la mudanza.»
Este sano consejo y acertado
La venda de los ojos me descubre,
Y me hace mirar con mas cuidado.
Viéndome en el error, y que se encubre
La luz que me guiaba en el desierto,
Un frio miedo el corazon me cubre;
Mas yo no puedo de mi engaño cierto

(44) Siento, Medina, ya gastarse, y siento.
(45) Lo que la vana gloria alcanza apena

Librarme, porque el fuego espira ardiente
Que al mal me tiene vivo y al bien muerto;
Y cuando espero con la luz presente
Sacalla del incendio, con dulzura
Extraña la alma presa se resiente.
Al resplandor de la belleza pura
Corre encendida con tan alta gloria,
Que ni otro bien ni otro placer procura;
Porque Amor me refiere á la memoria
De mi dulce pasion el triste dia
Que le dió nueva causa á su vitoria.
Yo ya del mil peligros recogia
El corazon cansado con reposo,
Y conmigo indignado, así decia:
«Despues de este trabajo congojoso,
Razon será que en agradable estado
Viva algun tiempo alegre y no medroso.
»¿Qué fuerza del Amor, qué brazo airado
Penetrará mi pecho endurecido
Con un hielo perpetuo y ostinado?
»No sufra el cielo ya que mas perdido
Ser pueda yo en tan luengo desvario;
Baste el tiempo en engaños expendido (46).
»El grave yugo y duro peso frio
Que oprime á la alma y entorpece el vuelo
Al generoso pensamiento mio
»Decienda roto y sacudido al suelo;
Que la cerviz ya siento deslazada,
Ya niego el feudo á Amor, ya me rebelo.
»Será el prado y la selva de mi amada,
Y cantaré como canté la guerra
De la gente de Flegra conjurada (47);
»Y levantando la alma de la tierra,
Subiré á las regiones celestiales,
Do todo el bien y quietud se cierra.
»La vanidad de míseros mortales
Miraré, despreciando su grandeza,
Causa de siempre miserables males.»
En estos pensamientos y nobleza
Pasar contento y ledo yo pensaba
De esta edad corta y breve la estrecheza;
Que aun ya de la cruel tormenta y brava
No estaba enjuto mi húmido vestido,
Ni apenas el pié en la tierra yo afirmaba,
Cuando Amor, que me trae perseguido,
En tempestad mas áspera pretende
Que yo peligre, en confusion perdido.
Con tal belleza el corazon me ofende,
Que no puede huir su nueva pena,
Ni del mal que padece se defiende.
Un furor bello, que con luz serena
Me representa una inmortal figura,
En perpetuo tormento me condena.
De la suave faz la nieve pura,
La limpia, alegre y mesurada frente,
Do mostrarse la púrpura procura,
Y apenas osa, y al fin osadamente
Quiere mostrarse, fueron en mi daño
Causa de este pestífero acidente.
Cuál yo quedase, hecho de mí extraño,
Sábelo Amor, que en la miseria mia
Me da ocasion para mayor engaño.
Suspiro y lloro cuanto es luengo el dia (48),
Y nunca cesan el suspiro y llanto
Cuanto es luenga la noche oscura y fria (49).
La dulce voz de aquel su dulce canto
Mi alma tiene toda suspendida;
Mas no es canto la voz, es fuerte encanto;
Que tras su viva fuerza y encendida
Me lleva compelido sin provecho,
Para perder en tal dolor la vida.
Duro jaspe cercó su tierno pecho,
Do Amor despunta con trabajo vano
Las flechas todas del carcax deshecho;
El rostro, do escribió Amor de su mano:
«Dichoso quien por mí pena y suspira,
Si cabe tanto bien en pecho humano.»
De este bien y peligro me retira,
Y hace que levante el pensamiento
A la grandeza que en su lumbre mira.
A todos pone espanto mi tormento,
Y ¿á quién no espantará el dolor que paso?
Y lo menos descubro en lo que siento.
Yo voy siguiendo de uno en otro paso
A mi bella enemiga presurosa,
Y la pienso alcanzar con tardo paso.
Cuando la pura aurora y luminosa
Muestra la blanca mano al nuevo dia,
Veo la de mi Estrella mas hermosa;
Mas cuanto mi fortuna me desvia
De su grandeza, tanto mas osado
Por ella sigo la esperanza mia.
Tus viras en mi pecho traspasado
Ya no caben, Amor, porque está lleno
De tantas como en él has arrojado.
En la luz bella y resplandor sereno
Estabas de sus ojos ascondido,
Y me penetró dellos el veneno.
De allí arrojaste, en ímpetu encendido,
Flechas de mi enemiga, y tu vitoria
Dellos nació, y fui dellos yo herido.
Amor, tú bien les debes esta gloria;
Que, si no fuera por la fuerza dellos,
En mí ya se perdia tu memoria.
Tal es la nieve de los ojos bellos,
Tal es el fuego de la luz serena,
Que hielo y ardo á un mesmo punto en ellos.
Del frio Euxino á la encendida arena
Que el sol requema en Africa abrasada
No se ve cual la mia otra igual pena;
Pero podrá dichosa ser llamada
Por quien me causa esta pásion interna,
Con invidia de todos admirada.
Así fuese yo el cielo que gobierna
En cerco las figuras enclavadas,
Para siempre mirar su luz eterna;
Así sus puras luces y sagradas
Volviese siempre á mis vencidos ojos,
Y me abrasase en llamas regaladas;
Como todas mis ansias, mis enojos
Serian bien y gloria, y mi tormento
Descanso en el ardor de mis despojos.
Mal podré yo decir mi sentimiento,
Si el dolor no me deja de la mano,
Si vence su rigor al sufrimiento.
Grande esperanza en un deseo vano
Es la molesta causa de mi pena,
Y un ciego error de dulce amor tirano.
No me espanto que esté mi Estrella ajena
De amor, pues he el amor todo ocupado,
Y dél solo mi ánima está llena;
Que en él todo se ha toda trasformado;
Y así, amo solo, y ella sola amada
Es, no amando un amor tan extremado.
Tal vez suele poner la faz rosada
De aquel color que suele al tierno dia
Mostrar la fresca aurora rociada;
Y le digo: «Señora dulce mia,
Si pura fe, debida á vuestra alteza,
Merece algun perdon de su osadía,
»Vuestro excelso valor y gran belleza
No se ofendan en ver que oso y espero
Premio que se compare á su grandeza.
»Tanto peno por vos, tanto vos quiero,
Y tanto di, que puedo ya atrevido
Decir que por vos vivo y por vos muero.»
Así digo; y en esto embebecido,
Con dulce engaño desamparo el puerto,
Y me abandono por el mar tendido.
Sopla el fiero aquilon, de bien desierto,
Las ondas alza, y vuelve un torbellino,
Y el cielo en negra sombra está cubierto.
No puedo ¡ay oh dolor, ay oh mezquino!
Remediar el peligro que recela
El corazon en su dolor indino.
Bien fuera tiempo de coger la vela
Con presta mano, y revolver á tierra
La prora que cortando el ponto vuela;

(46) Baste el tiempo en engaño despendido.
(47) Alusion á su perdido poema *La Gigantomaquia*.
(48) Suspiro y lloro cuanto es largo el dia.
(49) Cuanto es larga la noche oscura y fria.

Mas yo para morir en esta guerra
Nací inclinado, y sigo el furor mio
Por donde del sosiego me destierra.
El que deste amoroso desvarío
Vive libre, si puedo ser culpado
Por volver á este mal con tanto brio,
Sepa que debo mas á mi cuidado.

SONETO CVII.

A Felipe de Ribera.

Este dolor que nace en mí y se cria,
Si tal vez, desdeñoso dél, me atrevo
A dalle muerte, con furor de nuevo
Torna á crecer sin miedo en su porfía.
Poca defensa hace la alma mia,
Que en el último extremo, ya no pruebo
Poner el pecho al trance, como debo,
Mas cansado que ajeno de osadía.
Vos, que me veis, Ribera, quebrantado,
No me culpeis; que el mal que así recelo
Combate con gran ímpetu conmigo;
Cual fiero Anteo, siendo derribado,
Que, tocando la dura faz del suelo,
Mas feroz revolvia al enemigo.

CVIII.

Al marqués de Santa Cruz.

Tú, que vengando con la armada mano
El ya perdido honor del Ocidente,
Teñiste del Ionio la corriente
Con la vertida sangre de otomano;
Y volviendo, en el piélago africano
Venciste el reino antiguo y tiria gente,
Y del francés y escoto el pecho ardiente
Rompiste, y la pujanza del germano;
Y de rendir cansado el mar y tierra,
Descansas ya en la paz del alto cielo;
Que la tierra era poca á tanta gloria;
Ahora, que amenaza cruda guerra
El impio cita y tiembla todo el suelo,
Vén, ó envia á los tuyos la vitoria.

CIX.

Aquí do estoy ausente y ascondido
Lloro mi mal; pero es el dolor tanto,
Que en mis ojos desmaya el triste llanto,
Y fallece en silencio mi gemido.
Por esta oscura soledad perdido,
Huyo y yo alejándome; mas cuanto
Me aparto, el mal me sigue y pone espanto,
Y no me vence en tanto afan sufrido.
Duro pecho, porfía no cansada,
Rebelde condicion, que osa y contrasta
A tan grande mudanza y desventura,
Llevadme por la senda acostumbrada
De mi error al peligro; que ya basta
Ver el fin sin tentar nueva ventura.

CX.

Rayo de guerra, grande honor de Marte,
Fatal ruina al bárbaro africano,
Que en la temida España del romano
Imperio levantaste el estandarte;
Si la voz de la fama en esa parte
Do estás puede llegar al reino vano,
Teme con el vencido italiano
Del osado español la fuerza y arte.
Otro mayor que tú en el yugo indino
Lo puso, y un gran Leiva la vitoria
De Italia conquirió en sangrienta guerra.
Y al fin un nuevo César, que al latino
En clemencia y valor ganó la gloria,
Y añadió mar al mar, tierra á la tierra.

CANCION IX.

Al santo rey don Fernando.

Inclinen á tu nombre, oh luz de España,
Ardiente rayo del divino Marte,
Camilo y el beligero africano
Y el vencedor de Francia y de Alemaña,
La frente armada de valor y de arte,
Pues tú con grave seso y fuerte mano
Por el pueblo cristiano
Contra el ímpetu bárbaro sañudo
Pusiste osado el generoso pecho.
Cayó el furor ante tus piés desnudo,
Y el impio orgullo vándalo deshecho,
Con la fulminea espada traspasado,
Rindió la acerba vida al fiero hado.
De tí temblaron todas las riberas,
Todas las ondas, cuantas juntamente
Las colunas del grande Briareo
Miran, y al tremolar de tus banderas
Torció el Nilo, medroso, la corriente,
Y el monte Libio, á quien mostró Perseo
El rostro meduseo,
Las cimas altas humilló rendido
Con mas pavor que cuando los gigantes
Y el áspero Tifeo fué vencido.
Prostráronse los bravos y arrogantes,
Temiendo con espanto y con flaqueza
El vigor de tu excelsa fortaleza.
Pero en tantos triunfos y vitorias,
La que mas te sublima y esclarece,
De Cristo oh excelso capitan, Fernando,
Y remata la cumbre de tus glorias,
Con que á la eternidad tu nombre ofrece,
Es que, peligros mil sobrepujando,
Volviste al sacro bando,
Y á la cristiana religion trajiste
Esta insigne ciudad y generosa;
Que en cuanto Febo Apolo de luz viste,
Y ciñe la grande orla espaciosa
Del mar cerúleo, no se ve otra alguna
De mas nobleza y de mayor fortuna.
Cubrió el sagrado Bétis de florida
Púrpura y blandas esmeraldas llena,
Y tiernas perlas la ribera ondosa,
Y al cielo alzó la barba revestida
De verde musgo, y removió en la arena
El movible cristal de la sombrosa
Gruta, y la faz honrosa
De juncos, cañas y coral ornada,
Tendió los cuernos húmidos, creciendo
La abundosa corriente dilatada,
Su imperio en el Océano extendiendo;
Que al cerco de la tierra en vario lustre
De soberbia corona hace ilustre (50).

(50) Al citar el gran Lope de Vega en una de sus obras esta estrofa, prorumpió en la siguiente exclamacion, famosa entre las famosas: «Aquí no excede ninguna lengua á la nuestra; perdonen la griega y la latina.»

Esta estrofa me parece que fué inspirada por el recuerdo de los siguientes versos, que, traduciendo á Claudiano, puso Herrera en las *Anotaciones á Garcilaso*, precedidos de estas palabras: «Claudiano en el noveno consulado de Honorio pinta diferentemente esta tristeza del Po con grandísima belleza y gallardía, *porque todo su cuidado puso en la pompa de las palabras y en las figuras y modos de decir hermosamente.*» Esto mismo puede aplicarse á los versos de la cancion de Herrera. Los que se leen en las dichas anotaciones son:

Levantó en alto la sublime frente
De su corriente blanda y agradable,
Y relucieron los dorados cuernos
Con rociado rostro, desparciendo
Viva lumbre por todas las riberas;
No cubre y ciñe con humilde caña,
El vulgar ornamento de otros rios,
A su mojada crin, porque dan sombra
A su cabeza los floridos ramos
De las hijas del sol, y el ámbar puro
Corriendo va por todos sus cabellos.

Como se ve, Herrera quiso aventajarse á Claudiano, excediendo á sí mismo como traductor.

Tú, despues que tu espíritu divino,
De los mortales nudos desatado,
Subió ligero á la celeste alteza,
Con justo culto, aunque en lugar no dino
A tu inmenso valor, fuiste encerrado;
Hasta que ahora la real grandeza
Con heróica largueza
En este sacro templo y alta cumbre
Trasliere tus despojos venerados;
Do toda esta devota muchedumbre
Y sublimes varones humillados,
Honran tu santo nombre glorioso,
Tu religion, tu esfuerzo belicoso.
Salve, oh defensa nuestra, tú, que tanto
Domaste las cervices agarenas,
Y la fe verdadera acrecentaste;
Tú cubriste á Ismael de miedo y llanto,
Y en su sangre ahogaste las arenas
Que en las campañas béticas hollaste;
Tú solo nos mostraste
Entre el rigor de Marte violento,
Entre el peso y molestias del gobierno,
Juntas en bien trabado ligamento
Justicia, piedad, valor eterno,
Y como puede, despreciando el suelo,
Un príncipe guerrero alzarse al cielo.

SONETO CXI.

Subo, con tan gran peso quebrantado,
Por esa alta, empinada, aguda sierra,
Que aun no llego á la cumbre, cuando yerra
El pié, y trabuco, al fondo despeñado.
Del golpe y de la carga maltratado,
Me alzo apena, y á mi antigua guerra
Vuelvo; mas ¿qué me vale? que la tierra
Mesma me falta al curso acostumbrado.
Pero, aunque en el peligro desfallezco,
No desamparo el peso, que antes torno
Mil veces á cansarme en este engaño.
Crece el temor y en la porfía crezco,
Y sin cesar, cual rueda vuelve en torno,
Así revuelvo á despeñarme al daño.

CXII.

¿Adónde está el placer que yo sentia
En pensar que de vos era querido?
Adónde el bien que tuve me ha huido,
Cuando mas mi esperanza prometia?
¡Cuán presto gustais ver, Señora mia,
Deshecho el lazo en vos de amor tejido,
Aunque á vuestro desgrado mas torcido,
Lo siente mi cerviz en su porfía!
Excusé siempre, y recelé dudando
Vuestra altiva exencion; mas en mi daño
No me pude valer de mi cordura;
Que Amor vos tuvo, y dístesme burlando
Dulces promesas, arras del engaño,
Que da fin no debido á mi ventura.

CXIII.

Tú, que en la tierna flor de edad luciente,
Jerónimo, moriste, y apartado
De los tuyos el piélago sagrado
Honraste con tu cuerpo eternamente,
Recibe, no de mármol excelente
Digno sepulcro, del mortal cuidado
Breve gloria, do al fin yace olvidado,
Mas lágrimas de triste amor ardiente.
Recibe esta memoria de mi pena,
Que te será perpetua por ventura,
Pequeña prenda del amor estrecho.
Tú gozas de la pura luz serena,
Tú tienes todo el mar por sepultura,
Y siempre eterno vives en mi pecho.

ELEGIA XII.

Bien puedo, injusto Amor, pues ya no tengo
Fuerza con que levante mi esperanza,
Quejarme de las penas que sostengo.
No temo ya ni siento la mudanza
Que en la sombra de un bien me dió mil daños,
Nacidos de una vana confianza.
Luenga experiencia en estos cortos años (1)
De tantos males trueca á mi deseo
El curso, enderezado á sus engaños.
Pienso mil veces, y ninguna creo,
Que he de llegar á tiempo en que descanse
Del grave afan en que morir me veo.
Mas, porque tu furor tal vez se amanse,
No tienes condicion que se conduela
De ver que yo de padecer no canse.
Tendí al próspero céfiro la vela
De mi ligera nave en mar abierto,
Donde el peligro en vano se recela.
El cielo, el viento, el golfo siempre incierto
Cambiaron tantas veces mi ventura,
Que nunca tuve un breve estado cierto.
Anduve ciego viendo la luz pura,
Y para no esperar algun sosiego,
Abrí los ojos en la sombra oscura.
La fria nieve me abrasó en tu fuego,
La llama que busqué me hizo hielo;
El desden me valió, no el tierno ruego.
Subí sin procurallo hasta el cielo;
Que se perdió en tal hecho mi osadía.
Cuando me aventuré me vi en el suelo.
No estoy ya en tiempo donde á la alegría
Dé algun lugar, ni puedo á mi cuidado
Sacar del vano error de su porfía.
¿Dó está la gloria de mi bien pasado,
Que como en sueño vi tal vez delante?
¿A dó el favor á un punto arrebatado?
Mísera vida de un mezquino amante,
Siempre en cualquier sazon necesitada
Del bien que huye y pierde en un instante.
Mal puedo hallar fin á la intrincada
Senda por donde solo voy medroso,
Si no la tuerzo ó rompo en la jornada.
Tan alcanzado estó y menesteroso,
Que desespero de salud y pienso
Que vale osar en hecho tan dudoso.
Mas ¡oh cuán mal en este error dispenso
Las cosas que contienen mi remedio!
¡Con cuánto engaño voy al mal suspenso!
Tiénesme puesto, Amor, un duro asedio;
Yo no sé si me rindo ó me defiendo,
Ni sé hallar á tanto daño un medio.
Nuevo fuego no es este en que me enciendo;
Pero es nuevo el dolor que me deshace;
Tan ciega la ocasion, que no la entiendo.
La soledad abrazo, y no me aplace
El trato de la gente; en el olvido
El cuidado mil cosas muda y hace.
En árboles y peñas esculpido
El nombre de la causa de mi pena,
Honro con mis suspiros y gemido.
Tal vez pruebo, rompiendo en triste vena
Primero el llanto, con la voz quejosa
Decir mi mal; mas el temor me enfrena.
Pienso, y siempre me engaño en cualquier cosa
Que encuentra con el vago pensamiento
La atrevida esperanza y temerosa.
Dísteme fuerza, Amor, dísteme aliento
Para emprender una tan gran hazaña,
Y me olvidaste en el seguido intento.
No tiene el alto mar, cuando se ensaña,
Igual furor, ni el ímpetu fragoso
Del rayo tanto estraga y tanto daña,
Cuanto en un tierno pecho y amoroso
Se embravece tu furia cuando siente
Firme valor y corazon brioso.
¿Qué me valió hallarme diferente
En tu gloria, que huye, y conocerme
Mayor en tu vencida y presa gente? (2).
Ni tú podias mas ya sostenerme,
Ni yo en tan grande bien pude, mezquino,
Aunque mas me esforzaba, contenerme.

(1) Larga experiencia en estos cortos años.
(2) Superior entre tu presa gente?

Siempre fuí de tan alta gloria indino,
Y tambien de este fiero mal que paso;
Ni tú ni yo acertamos el camino.
Una ocasion y otra á un mesmo paso
Se me presentan, que perdí, y conmigo
Me culpo y avergüenzo en este paso.
Tú solo puedes ser, Amor, testigo
De aquellos dias dulces de mi gloria
Y cuán ufano me hallé contigo.
No te refiero yo mi alegre historia
Con presuncion; antes la traigo á cuenta (3)
Para mas confusion de mi memoria.
No es tanto el grave mal que me atormenta,
Que no merezca mas, pues viendo abierto
El cielo al bien, me hallo en esta afrenta.
Austro cruel, que en breve espacio has muerto
La bella flor en cuyo olor vivia,
Y me dejaste de salud desierto,
Siempre te hiera nieve, y sombra fria
Te cerque, y á tu soplo falte el vuelo,
Impio ofensor de la ventura mia.
Yo me vi en tiempo libre de recelo,
Que aun el bien me dañaba; ahora veo
Que el mas mísero soy que tiene el suelo.
Desespero, y no mengua mi deseo,
Y en igual peso están villano miedo,
Osadía, cordura y devaneo.
Estos cuidados, que olvidar no puedo,
Me desafian á sangrienta guerra,
Porque esperan vencerme ó tarde ó cedo.
El hijo de Agenor la dura tierra
Labra, y le ofende el fruto belicoso
Que en armadas escuadras desencierra.
A mí de mi trabajo sin reposo
Nace de cuitas una hueste entera,
Que me trae afligido y temeroso.
Del lago Argivo la serpiente fiera
No se multiplicó con tal espanto
Como en crecer mi daño persevera.
Para mayor caida me levanto
Del mal tal vez, y luego desfallezco,
Y me acuso de haber osado tanto.
El tormento que sufro no encarezco;
Que pasar mal no es hecho de alabanza;
Mas descanso en decir cómo padezco.
Horas que tuve un tiempo de holganza,
Cuando pensaba que era agradecida
Mi pena, tomad ya de mi venganza.
Yo soy, yo, el que pensé en tan dulce vida
No mudar algun punto de mi suerte;
Yo soy, yo, el que la tengo ya perdida.
El corazon en fuego se convierte,
En lágrimas los ojos, y ninguno
Puede tanto, que venza por mas fuerte.
A tí me vuelvo, amigo no oportuno,
Antes cruel contrario, antes tirano,
Robador de mis glorias importuno.
Tú me traes á una y otra mano
Sujeto al freno, y voy á mi despecho
Por fragoso camino y por lo llano (4).
Condicion tuya es rendir el pecho
Feroz; oso decir que ya te olvidas
De ella con quien me pone en tanto estrecho.
¿Tu arco y flechas dónde están, temidas?
¿Dó está el ardiente hacha abrasadora
De tantas almas á tu ley rendidas?
¿Eres tú aquel que al padre de la aurora,
Vencedor de la fiera temerosa,
Quebró el orgullo y sojuzgó á deshora?
Aquella diestra y fuerza poderosa
Que derriba los pechos arrogantes,
¿Dó está ocupada ó dónde está ociosa?
Puedes vencer los ásperos gigantes,
Los grandes reyes abatir, trocando
A un punto sus intentos inconstantes,
Y ¿no te ofendes ver ahora, cuando
Mas tu valor mostrabas, que perdiste
Las honras que ganaste triunfando?

(3) Con presuncion; antes lo trayo á cuenta.
(4) Por el fragoso y el camino llano.

Mísero Amor, ¿tan poco, di, pudiste,
Que un tierno pecho, á tanta furia opuesto,
Sin temor te desprecia y te resiste?
Ya conozco el engaño manifiesto
En que vivi; ninguna fuerza tienes,
Jamás á quien te huye eres molesto.
Solo en mi triste corazon te vienes
A mostrar tu poder; no mas ¡oh crudo!
Que ni quiero tus males ni tus bienes.
¿Ves este pecho de valor desnudo,
Abierto, traspasado á tantas flechas?
Hará de tu desden un fuerte escudo.
Aunque pesadas vengan y derechas,
Puede tanto el agravio de mi ofensa,
Que sin efecto volverán deshechas.
No sé, cuitado, si hacer defensa
Será mas daño; que tu dura fuerza
Ya siento cada hora mas intensa (5).
¿Quién puede haber tan bravo, quién, que tuerza
Un ímpetu tan grande, y que deshaga
Tu furor cuando mas furor lo esfuerza?
Tan dulce es el dolor de esta mi llaga,
Que en sentirme quejoso soy ingrato,
Porque en mi pena el mal es mucha paga.
Atrevido deseo sin recato,
Memoria que del bien ya tuve, ufana,
Mueven mi lengua al triste mal que trato.
Engaño es este de esperanza vana,
Que piensa en sus mudanzas mejorarse,
Instable siempre y sin valor liviana.
No pueden las raices arrancarse
Que en lo hondo del pecho están trabadas,
Donde pueden del pecho asegurarse.
No esperen pues tus penas, nunca usadas,
Ni espere amor la voluntad de aquella
Que las tiene en mi daño concertadas,
Hacer que de ellas yo me aparte y de ella
Me olvide un punto, porque el vivo fuego
Que nace de su luz serena y bella,
Cual siempre, me trairá vencido y ciego.

SONETO CXIV.

A Sevilla.

Reina del grande Océano dichosa,
Sin quien á España falta la grandeza,
A quien valor, ingenio y la nobleza
Hacen mas estimada y generosa,
¿Cuál diré que tú seas, luz hermosa
De Europa? Tierra no, que tu riqueza
Y gloria no se cierra en su estrecheza;
Cielo sí, de virtud maravillosa.
Oye y se espanta y no te cree el que mira
Tu poder y abundancia; de tal modo
Con la presencia ve menor la fama.
No ciudad, eres orbe; en tí se admira
Junto cuanto en las otras se derrama,
Parte de España mas mejor que el todo.

CXV.

No siento ya del modo que sentia
Del dulce amor los hechos, ni el contento
Que en el tierno dolor de mi tormento
Y en mi sola tristeza descubria;
Porque esto que perpetuo yo fingia
No alcanza mi doliente sentimiento,
Y no se puede ¡ay hado violento!
Guardar bien tanto en la memoria mia.
Pierdo triste el sentido con la pena
Que tengo en verme en tal estado puesto,
Lleno de confusion, de bien desierto.
Del cuello flojo arrastra la cadena
A mi despecho, y voy al fin dispuesto
Para sufrir de grado el daño cierto.

CXVI.

Vos, que ajeno del mal en que rendido
Fuistes al duro Amor, alzais la frente,

(5) La siento cada hora mas intensa.

Y libre ya de su dolor presente,
Señor, vivis alegre y no ofendido,
No penseis que del todo sacudido
Habeis el yugo á la cerviz doliente,
Ni estéis ufano; porque el fuego ardiente
En la muerta ceniza está ascondido;
Que no tal vez la lumbre de esperanza
Descubrirá camino, cuando luego
Volveréis, como yo, al error pasado;
Mas si vuestro valor tal suerte alcanza,
Que no déis mas lugar al furor ciego,
Seréis de mi mas que varon llamado.

CXVII.

Si de nuestra amistad el nudo estrecho
Por desden ó liviano movimiento
(Que culpa no conozco en mi ni siento)
Quereis que sea sin razon deshecho;
Aunque no me saldrá del firme pecho
Del justo amor el gran merecimiento,
Y he de llevar contino, descontento,
La injusta pena de este injusto hecho,
Romped los lazos ya de esta cadena
Que suelto á mi pesar, si al cabo os place
Poner fin triste á nuestro dulce trato.
Yo vuestra culpa sufriré y mi pena,
Pues tarde sé que en esto satisface
A tanta voluntad un pecho ingrato.

CXVIII.

Temor me impide, esfuerza la esperanza,
Y cuanto me entorpece, Alfonso, el hielo,
Tanto el ardor me alienta y alza el vuelo,
Y llega do el deseo apena alcanza.
Fijo la vista, sin temer mudanza,
En la luz bella de mi eterno cielo,
Y oso traer una centella al suelo,
Que abrasará con él mi confianza.
Si fue con pena inmensa la osadía
Que robó el fuego á la celeste rueda
Terror y ejemplo á humano atrevimiento,
Podré alabarme en la fortuna mia;
Que aunque mi grande afan al suyo exceda,
Deseo que no acabe mi tormento.

CXIX.

A Luis Barahona de Soto.

Soto, no es justo que tu canto suene,
Y honre solo al humilde Dauro frio;
Mas digno es dél el sacro Bétis mio,
Que el nombre tuyo en tanta estima tiene.
Las venas de Castalia y de Pirene
Rebosarán por ti en su ondoso rio,
Y vendrá á conocelle señorio
Quien fué sepulcro al hijo de Climene.
Aqui es la rica Arabia y el dichoso
Nido en que tu inmortal fénix enciende
El fuego que en ti afina su belleza.
Vén al florido asiento y oloroso;
Huye el desierto, do su luz se ofende
Y de tu excelso ingenio la grandeza.

CXX.

El frigio nudo deslazar procura
El grande vencedor del Oriente,
Y en vano cansa, aunque mil modos tiente,
Contra aquella dificil ligadura.
Con arte no, con fuerza se aventura
Al fin, y rompe con la espada ardiente
Toda su confusion, y juntamente
Cumple ó burla del hado la ventura.
Yo, que mal puedo con industria alguna
Desatar este lazo que mi cuello
Oprime y de valor muestra desnudo,
Hacer debo lo mesmo en mi fortuna;
Mas puedo mal; que no es cortar un nudo,
Fernando, quebrantar este cabello.

ELEGIA XIII.

De aquel error en que viví engañado
Salgo á la pura luz, y me levanto
Tal vez del peso que sufrí cansado.
Pudo mi desconcierto crecer tanto,
Que anduve de mi mesmo aborrecido,
Sujeto siempre á la miseria y llanto.
Ya vuelvo en mi, y contemplo cuán perdido
Rendi el lozano corazon sin miedo
A los dañados gustos del sentido.
Mas sé que aunque me esfuerzo apena puedo
Abrazar la razon, porque el engaño
No se me aparta de la vista un dedo.
Y no me vale, aunque en mi bien me engaño,
Pensar quién soy ni deducir del cielo
La clara origen contra un dulce daño.
¡Cuán mal se limpian del corpóreo velo
Las manchas, y cuán tarde se desata
De su pasion quien anda en este suelo!
Mil buenos pensamientos desbarata
La ocasion, á deleites ofrecida,
Cuando menos el hombre se recata.
Mas estos son peñascos de la vida,
Do se rompe la nave en mar ondoso,
Si no va con destreza bien regida.
¿Quién es tan temerario y desdeñoso,
Que se entregue á la muerte en esperanza
Del caso siempre incierto y peligroso?
Quien quisiera hartarse en la venganza
De mis males, hallara á su deseo
Colmada la medida sin mudanza,
Si, conociendo yo mi devaneo,
No diera al vano gusto de la mano
Y alzara de la tierra al fiero Anteo.
Grande trabajo es, aunque no es vano,
Querer mudar una costumbre larga;
Grande es, pero es el premio soberano.
Traje en los hombros esta grave carga
Sin reposar, como otro nuevo Atlante,
En quien de todo el cielo el peso carga.
No soy despues del daño tan constante,
Que no tiemble en pensar lo que sufria,
Y de mi ostinacion, que no me espante.
Ahora voy por una llana via
A la seguridad del bien que sigo,
Do será no acertar desdicha mia (6).
Considero, apartado yo conmigo,
Del rojo sol la inmensa ligereza
Y en cuanto infunde su calor amigo;
La tibia, instable luna, la grandeza
Del ancho mar, su vario movimiento,
El sitio de la tierra y su firmeza.
Juzgo cuánto es el gusto y el contento
De gozar la belleza diferente
Que en sí contiene este terrestre asiento,
Y cuán dulce es vivir alegremente
Espacios luengos de una edad dichosa (7),
Y contemplar tan alto bien presente,
Do en esta vista y luz maravillosa
El ánimo encendido ensalce el vuelo
A la profunda claridad hermosa;
Y allí se afine de aquel torpe velo
Que en sí lo trajo opreso, y no le impida
La gruesa niebla ni el error del suelo.
¡Cuánta miseria es perder la vida
En la purpúrea flor de la edad pura,
Sin gozar de la luz del sol crecida!
¡Cuán vana eres, humana hermosura!
Cuán presto se consume y se deshace
La gracia y el donaire y apostura! (8).
La bella vírgen, cuya vista aplace
Y regala al sentido, en tiempo breve
Al mesmo que agradó no satisface.
No así tan presto aparta el viento leve
Y disipa las nieblas, y el ardiente
Sol desata el rigor de helada nieve,

(6) Do no acertar será desdicha mia.
(7) Espacios largos de una edad dichosa.
(8) La gracia y el donaire y compostura.

Como á la tierna edad la flor luciente
Huye y los años vuelan, y perece
El valor y belleza juntamente.
¡Cuan breve y cuán caduca resplandece
Nuestra gloria! Cuán súbito en el punto
Que deleita á los ojos desparece!
Mas ¡oh, si ser pudiese que este punto
De breve vida alegres en sosiego
Gozásemos, sin miedo y dolor junto!
Cuál, de ambicion y de avaricia ciego,
Sulca el piélago inmenso, peregrino,
Y ve del sol mas tarde el claro fuego;
Cual, ardiendo en furor de Marte indino,
Arma el osado pecho en duro hierro
Contra el estrecho deudo y el vecino:
Cual, de sí mesmo puesto en un destierro,
Niega su voluntad por otra ajena,
Y sigue inferior el mayor yerro.
Lisonjeros halagos, dulce pena,
Buscando mal del desvário humano,
Traen de gusto la esperanza llena.
Ningun monte ó desierto, ningun llano
A do pueda llegar gente atrevida
Nos librará del ciego error profano.
Ira, miedo, codicia aborrecida
Nos cercan, y huir no es de provecho;
Que las llevamos siempre en la huida.
Incierto y congojoso tiene el pecho
Quien espera; no goza ni sosiega
Si sus vanos contentos no ha deshecho.
Quien sabe que se goza, y nunca entrega
Su fortuna dichosa al brazo ajeno,
De la virtud á la alta cumbre llega.
Estos deleites, que seguí sin freno,
Que al fin tan caro cuestan, me trajeron
Siempre de confusion y temor lleno.
Ni fueron firmes ni fieles fueron;
Dañáronme huyendo, y si hubo alguno,
Que no, huyó con cuantos me huyeron.
Seguro gozo puede ser ninguno,
Ninguno puede ser perpetuo en cuanto
La tierra cria y cerca el gran Neptuno.
Sola virtud, tú sola puedes tanto,
Que el gozo dar perpetuo y bien seguro
Puedes si en amor tuyo me levanto.
Lugar puede hallarse tan oscuro
Do se asconda algun tiempo el error cierto,
Mas sale á fuerza al cabo al aire puro.
La vergüenza del propio desconcierto,
El miedo, vengador de nuestras penas,
Nos muestran nuestra falta en descubierto.
El delito y las culpas son ajenas
De nuestra condicion; pero nacimos
Con flaquezas de mil miserias llenas (9);
Y tan mal nuestros bienes conocimos,
Y dimos tanta mano al torpe gusto,
Que solos sus regalos admitimos.
¿Dó está el deseo ya del honor justo?
Dó el amor verdadero de la gloria?
Dó contra el vicio el corazon robusto?
Gran hazaña es gozar de la vitoria
Del bravo contendor, y los despojos
Guardar para blason de la memoria;
Pero es mucho mayor ante los ojos
Que miran bien, por la no usada senda
Caminando entre peñas y entre abrojos,
Sobrepujar en áspera contienda
Sus contrarios, y verse en la ardua cumbre,
Do no alcance el nublado ni le ofenda.
Mas ¿quién podrá subir sin viva lumbre?
Quién sin favor que aliente su flaqueza,
Y le alce de esta grave pesadumbre?
Si yo pudiese bien en tu belleza
Fijar mis ojos, musa soberana,
Y contemplar cercano tu grandeza,
Del ciego error y multitud profana,
Que se entorpece en la tiniebla oscura,
No seguiria la opinion liviana;
Antes con libertad libre y segura (10),
Abrasado en tu amor, ocuparia
La vida en admirar tu hermosura.
Y aquí do el Bétis desigual varia
El curso y vuelve y trueca la creciente,
Un apartado puesto escogeria,
Do la ambicion de tanta errada gente,
Los deseos injustos, la esperanza,
Dulce engaño del ánimo doliente,
En este estado, libre de mudanza,
No podrian turbarme del sosiego
Que en la discreta soledad se alcanza.
Rompa los senos otro del mar ciego
Con prestas alas de su osada nave,
Do no se aventuró romano ó griego;
Llegue do el sacro Océano se trabe
Con el piélago Austral, y no cansado
Cerque el golfo que el hielo torna grave;
Que bien puede alabarse, confiado
De haber visto, tratado y conocido,
Y mil varios peligros allanado;
Pero no habrá gozado ni entendido
Los bienes que el silencio en el desierto
Da á un corazon modesto y bien regido,
Fuera de todo humano desconcierto.

(9) Con mil flaquezas de miseria llenas.
(10) Antes con voluntad libre y segura.

SONETO CXXI.

Mira, del sacro Amor oh bella esposa,
Este luciente espejo que Urania
Te ofrece, el cual de la inmortal Sofía
Es don que muestra su virtud hermosa.
Afija en él la vista generosa,
Su concierto percibe y armonía,
Y conociendo tu valor, desvía
Los ojos de esta niebla tenebrosa;
Porque, si bien estimas tu grandeza,
No te podrá teñir el claro velo
Humo ó sombra de error y de mancilla;
Antes, ardiendo en fuego de pureza,
Alzarás con tal fuerza el noble vuelo,
Que merezcas la eterna y alta silla.

CXXII.

No bastó el daño al fin y estrago fiero
Del fuerte muro y del sidonio techo,
Y el cuello haber traido al yugo estrecho
De quien domó al Tesin y al grande Ibero;
Sino á un infame Dárdano extranjero,
A quien ¡oh Roma! padre tuyo has hecho,
Decir que di rendida el limpio pecho,
Y pagué al impio amor injusto fuero.
¿Tanto pudo la envidia? ¿Pudo tanto
La musa de Virgilio mentirosa,
Que osó manchar mi nombre esclarecido?
Mas la verdad, mayor que su alto canto,
Dirá que menos casta y generosa
Lucrecia fué que la fenisa Dido.

CXXIII.

Podrá imitar la singular destreza
Del pintor el semblante generoso
Y el rayo de esas luces amoroso,
Si tanto cabe en la mortal bajeza;
Mas ¿cómo imitará tanta grandeza,
Tantos bienes que el alto y poderoso
Olimpo os dió, si al que es en ver dichoso
Ciega la luz de esa inmortal belleza?
No puede merecer la suerte humana
Bien de tanto valor, porque encogiera
En este corto espacio todo el cielo.
Baje Amor, ¡oh Francisca soberana!
Y descubra esa imágen verdadera,
Para que nunca envidie al cielo el suelo.

CANCION X.

Bien puedo en este oscuro y solo puesto,
Pues el silencio ocupa este desierto,
Romper la voz y quejas de mi llanto.
Sufri la fuerza del dolor molesto
Cuando en el mal cabia algun concierto;

Ya ni esfuerzo ni seso valen tanto,
Que le resistan cuanto
Pensé y osé esperar; mas, ¡oh perdido,
Cuán bien merezco verme en tal estado!
¿De qué sirve injuriar al afligido?
Que la pena que siento
Es harta confusion de mi cuidado.
Asconda al fin el triste apartamiento
De este cerrado bosque mi lamento.
Vos, que por luenga edad teneis en uso,
Arboles altos, de escuchar atentos
Quejas de otros amantes desdichados,
Oid tristes mi llanto y mal confuso;
Que nunca pena igual á mis tormentos
Ni cuidado se vió cual mis cuidados.
En pasos bien contados
Perdí el camino, no en la sombra oscura,
Que fuera á mi dolor algun consuelo
Hallar disculpa; mas la lumbre pura
Siguiendo atentamente,
Erré por donde me guiaba el cielo.
Pensando á la ocasion tener la frente,
Perdí todo mi bien, halléme ausente.
Procuré quebrantar mi esquiva suerte,
Poniendo el pecho osado á todo trance;
Que el dolor dió licencia á mi osadía.
Creció el furor de males, y en alcance
No vino de ellos, no, la dura muerte,
Que pusiera remedio á mi porfía.
Triste y acerbo dia,
Que siempre estará vivo en mi memoria;
Mas ¿dó me lleva mi pasion ajeno?
Desesperado bien y muerta gloria,
Vos, ¡oh! vos me trajistes
Adonde sin remedio en vano peno,
Y como si debieran ser, me distes,
Sin un alegre dia, tantos tristes.
Ahora veo tarde el desengaño;
Mas llega á tiempo que aprovecha poco;
Que pierde en mi fortuna el bien su efeto.
Aunque pensar contar parte del daño
O descubrir de este dolor que toco
Será imposible; pero en este aprieto
Alguna vez prometo
Romper por el camino mas espeso
Para salir del mal, y es error mio,
Porque me lleva con el mesmo exceso
Por la revuelta senda
Donde me causa el ciego desvarío,
Y desespero el bien, y á suelta rienda
Voy adonde no habrá quien me defienda.
Segura es la fortuna al miserable,
Porque de mayor daño falta el miedo;
Yo en última miseria estoy, y temo,
Si ya no mayor mal, mal variable;
No es mucho que lo tema, pues no puedo
Asegurarme. ¡Oh mi dolor supremo!
Sácame de este extremo,
Entrégame á los brazos de la muerte,
Pues no sé quién mi afrenta satisfaga,
Y es de linaje tal y de tal suerte,
Que es mejor no tocalla,
No pudiendo sanar esta mi llaga.
¡Triste quien solo y sin vigor se halla
Herido y sin escudo en la batalla!
Bien sé que mi pasion secreta entiende
Solo quien conoció mi pensamiento,
Y que esta queja otro ninguno alcanza;
Mas, como quien ventura ya no atiende,
No oso mostrar mi grande sufrimiento,
Y confuso en mis ansias y mudanza,
Tomo de mi venganza.
¿Qué no pudiera al fin mover mi llanto,
Si otro con menor causa mover pudo
El negro lago y sombras del espanto?
Oyóse su requesta.
Náufrago, temo el piélago sañudo;
Pero no era sazon de quejas esta
En ocasion tan grave y tan molesta.
Quiero hablar mas claro, y la vergüenza
Que tengo de mí solo no concede
Que pueda respirar el dolor fiero.
Crece el mal siempre, y siempre en él comienza
La esperanza del bien; ninguno puede
No engañarse en su daño lisonjero
Si sigue al mal primero
El bien que se conforma á su deseo.
Descubrióme la usanza de mis males,
Por el pasado engaño, este que veo;
Que me tuvo dudoso
En cuanto descubria sus señales,
Y quedé tan cobarde y sospechoso,
Que ni aun mirar de léjos el bien oso.

SONETO CXXIV.

Si para que yo sienta cuánto fuego
Abrasa vuestro pecho á la luz pura,
Y á los rayos de eterna hermosura
Quereis que llegue deslumbrado luego,
No me digais que mire con sosiego
Su resplandor y su gentil figura;
Mas que huya su ardor, si la ventura
Puede librarme ya encendido y ciego.
¿Qué maravilla es que en viva llama
Os consumais, teniendo el sol presente,
Y siendo vos á su calor de cera?
Conoce el mal ajeno quien bien ama,
Y mi pasion en su presencia siente
La fuerza de la vuestra mas entera.

CXXV.

Fué gloria de mi alto pensamiento
Osar y ver vuestra beldad serena,
Y de firmeza arder mi alma llena,
Desesperando el fin de su tormento.
Si como mereció mi atrevimiento
La honra y el valor de tanta pena,
Consintiera el cruel que me enajena
No ofenderos el bien del mal que siento,
Pensara merecer con la fe mia
Nombre de vuestro; mas á tanta alteza
La humilde mortal suerte no conviene.
Mas, ya que no vos cause mi osadía,
No pretendo consuelo á mi tristeza,
Sino que consintais que por vos pene.

CXXVI.

Pues cubre el orbe en asombrado velo
La negra oscuridad, y las estrellas
Miran, errando en torno en formas bellas,
Dudosas el desierto y hondo suelo,
Tú, noche, á quien mis lástimas revelo,
Y al gemido respondes triste de ellas,
Oye mi mal, atiende á mis querellas,
Así á ti sola sirva el vago cielo;
Que no quiero que el dia vea el llanto
De estos ojos mezquinos; que en tal pena
No conviene la luz al dolor mio.
Escucha tú, que del color el manto
De mi ventura tienes, ¡oh serena
Noche! mi queja en tu silencio y frio.

CXXVII.

Estos que al impio turco en cruda guerra,
Al moro, al anglo y al escoto airado,
Y vencen al tudesco y al dudado
Francés, y al belga en su cercada tierra,
Y los estrechos que el mar hondo encierra
Sobran, pasando por lugar vedado
Con valor cual vió nunca el estrellado
Cielo, que tantas cosas mira y cierra,
Bien muestran en la gloria de sus hechos
Que son tus hijos, ¡oh felice España!
Honra del alto imperio de Ocidente.
Alabe Roma los famosos pechos
De los suyos; que nunca, y no me engaña
El amor, fué á esta igual su osada gente.

ELEGÍA XIV.

Si el presente dolor de vuestra pena
Sufre escuchar de la pasion que siento
Esta mi musa, de dulzura ajena,

Estad, Señor, un breve espacio atento
A las llorosas lástimas que canto
Solo, puesto en olvido y descontento;
Que si yo puedo declarar bien cuánto
Estrago hace amor en mis entrañas,
En vano no será el quejoso llanto.
Mas ¿cómo las cruezas y hazañas
Del fiero usurpador de la alma mia
Decir podré, y sus vueltas siempre extrañas?
Seguro, alegre, en quietud vivia,
Con libertad y corazon ufano,
Mostrando contra Amor grande osadía.
Pensaba, mas al fin pensaba en vano,
Que contra la dureza de mi pecho
No pudiera el rigor de este tirano.
No me valió; que al cabo á mi despecho
Rendí á su yugo el quebrantado cuello,
Y fué mi orgullo sin valor deshecho.
Un sutil hilo pudo de un cabello,
Mas bello que la luz del sol dorado,
Traerme preso sin jamás rompello;
Y unos ojuelos de color mezclado,
Que prometen mil bienes sin dar uno,
Tomaron el imperio en mi cuidado.
Vilos, y me perdí; mas ¡oh importuno
Remedio, que no viéndolos me pierdo
Del mayor mal que tuvo amante alguno!
El seso pierdo cuando estoy mas cuerdo;
Pero amor es furor; quien no está loco
Dirá que hablo sin algun acuerdo.
Las cosas que de amor apunto y toco
No alcanza esa profana y ruda gente;
Vos sí, que de su mal no sabeis poco.
Yo voy por un camino diferente
En los males que tengo, y nunca espero
Sanar de este dolor que la alma siente.
Al bien medroso, al mal osado y fiero,
Y estoy de gloria y ufanía lleno
Cuando en la fuerza del tormento muero.
Si puedo alguna vez hallarme ajeno
De mi pasion, ocupo la memoria
En cuán poco merezco lo que peno.
No cabe en mi pensar que tanta gloria
Se debe á mi dolor, ni que se entienda
De mi afan la dichosa y rica historia (11).
No hallo ya razon que me defienda
De perdicion, pues corro tras mi engaño,
Y me despeño sin cobrar la rienda.
De un dia en otro voy al fin del año,
Desvanecido y lleno de esperanza,
Sin abrazar el claro desengaño.
Pienso y entiendo que hacer mudanza
Podrá valerme; mas la cruda vira
De Amor, ó cerca ó léjos, tódo alcanza.
Mil veces contra mí me pongo en ira,
Y culpo mi temor y mi flaqueza,
Que del honrado intento me retira;
Mas ¿quién tiene tan grande fortaleza?
Quién ve libre del mal aquel semblante
Y pura flor de angélica belleza?
No soy peña ni duro diamante;
Tal furor tierno vive en estos ojos,
Que de su luz se enciende en un instante.
Son pequeños, no alcanzan mis enojos
A merecer la gloria del mal mio,
Ni verse juntos entre sus despojos.
Nevoso ivierno y abrasado estio
Destruyen mi esperanza de tal suerte,
Que me acaba el calor y mata el frio (12).
Mas que otro pudo ser, mi pecho es fuerte,
Pues no fallece en tal dolor, sufriendo
Los extremos efetos de la muerte.
Cual suele Febo aparecer trayendo
La luz y los colores á las cosas
Cuando del sacro mar sale luciendo,
Tales sus dos estrellas gloriosas
Dan á mi alma claridad divina,
Que me enciende en mil llamas amorosas
Y cual se muestra el cielo si declina
La luz, y con la sombra tenebrosa
El horror de la noche se avecina,
Tal yo sin su beldad maravillosa
Estoy confuso y lleno de recelo,
Desierto y triste, en soledad penosa.
Las ricas hebras del dorado velo
Vencen á las que cercan á Ariana
En el eterno resplandor del cielo.
¡Cuánto me engaña esta esperanza vana
En contar de mi afan la triste historia,
Y el desden de mi estrella soberana!
No sufre mi fortuna tanta gloria,
Que espere merecer alguna parte
De mi dolor lugar en su memoria.
El fiero estruendo del sangriento Marte,
De que tiembla medroso el lusitano,
Atónito de tanto esfuerzo y arte,
Incita este mi canto humilde y llano
En su alabanza; pero apena puedo
Juntar las musas al furor insano.
Otro que tenga espíritu y denuedo
Podrá cantar igual á tan gran hecho;
Que yo en decir mis males estoy ledo.
El dolor que padece vuestro pecho
Permita, y la serena luz ardiente
Y el oro que os enlaza en nudo estrecho,
Que yo ¡oh sublime gloria de Ocidente!
Ose mostrar en este rudo canto
Lo que el deseo publicar consiente;
Que si como pretendo yo levanto
La voz, el indo extremo, el lapon frio,
Y aquel que el alto Febo abrasa tanto,
Y quien habita el amazonio rio,
Honrarán vuestro nombre generoso,
Admirados de oir el canto mio.
¿Cuándo será aquel dia en que el hermoso
Rayo de amor y celestial lucero
Hiera este campo y rio venturoso?
Bétis, que al grande Océano ligero
Con curso ufano contrastar porfias,
Sin espantarte su semblante fiero,
Con creciente mayor que la que envias
Rebosa, y salgan del ondoso seno
Tus ninfas á ayudar las voces mias.
Descubra el cielo el resplandor sereno,
Y virtud nueva infunda á tu ribera,
Y al campo, de mil flores siempre lleno.
La luz de hermosura verdadera,
Por quien suspira el venturoso amante,
Por quien en esperanza desespera,
De rosas con faz pura, semejante (13)
A la bella y divina cazadora,
Se te muestra, y ya casi está delante.
Pinta pues variando, orna y colora
De perlas y esmeraldas tus cristales,
Y tus arenas enriquece y dora;
Y ciñe con mil ramos de corales
La venerable frente, á cuya alteza
Son los mas grandes rios desiguales;
Y ofrece humildemente á su belleza
Los nobles dones que abundante cria
De tu fértil corriente la riqueza.
Venid diciendo: «Ya, Señora mia,
Merezca ya por vos aquesta tierra
El bien que mereció esa tierra fria,
»En esta parte el largo cielo encierra;
Tanto puede alcanzar la suerte humana,
Cuanto aparta de otras y destierra.
»Sola vuestra grandeza soberana
Le falta para ser siempre dichosa;
Venid pues, oh clarísima Diana.
»Este prado y ribera venturosa,
Este bosque, esta selva y esta fuente
Vos llama y vos suspira deseosa (14).
»Ceñid vuestra serena y limpia frente
De este florido cerco, entrelazado
De los ricos esmaltes de Oriente.
»Humilde don, mas debe ser preciado;
Que yo doy solo á vos estos despojos,

(11) De mis afanes la dichosa historia.
(12) Que me mata el calor y acaba el frio.
(13) Con pura faz de rosas, semejante.
(14) Os llama y os suspira deseosa.

A pagar mayor censo condenado.
»Ya son eternas flores los abrojos,
Y el frio ivierno vuelto ya en verano
Con la cercana luz de vuestros ojos.
»En medio de este abierto y fértil llano
Alzará de mis ninfas todo el coro
Un templo á vuestro nombre soberano;
»Y con guirnaldas en las hebras de oro
Tejerán vueltas, y traerán consigo
Las que en sus ondas cria el seno moro,
»Y todas juntas cantarán conmigo
Del sagrado himeneo en alabanza,
De que el cielo ha querido ser testigo.
»Venid, oh gloria nuestra y esperanza;
Deshaga vuestra vista el sentimiento
De quien tanto se ofende en la tardanza.»
Mas ¿dónde me arrebata el pensamiento?
¿Dó en tan alta grandeza me levanto
Con vano y temerario atrevimiento?
Vos teneis, gran Marqués, de esto que canto
La culpa, y me hicistes atrevido;
Que yo de mi no pienso ni oso tanto.
Mi ruda musa solo en mi gemido
Se ocupa, y en memoria de los daños
Que á tan mísero estado me han traido.
Sabrosa perdicion, dulces engaños,
Siempre temido mal, eterna pena,
Que sufrí, triste, de mis tiernos años.
Gloria de mil desdichas dieron llena (15)
Al simple canto, á cuya rustiqueza
Abrió el Amor una profunda vena.
Mas para celebrar la gran belleza
De la inmortal Diana y su luz pura,
Y del mucho amor vuestro la grandeza,
Ni puedo ni merezco tal ventura.

SONETO CXXVIII.

A Garcilaso.

Musa, esparce purpúreas, frescas flores
Al túmulo del sacro Laso muerto;
Los lazos de oro suelte sin concierto
Vénus, lloren su muerte los amores;
Arda la rota aljaba y pasadores,
La mirra y casia y cuanto el encubierto
Fénix quema, y con verso grave y cierto
Cante su gloria Febo y tus dolores.
Laso, por quien el Tajo al rico Tebro
Y excede al Arno puro, sepultado
Yace entre verdes hojas de amaranto.
Incline al nombre claro que celebro
Sus coronas Parnaso, y admirado,
Venere el alto y noble y tierno canto (16).

EGLOGA PRIMERA.

SALICIO.

Entre los verdes árboles do suena
Bétis con altas ondas extendido,
Llevando al mar la frente de ovas llena,
Alcon y Tirsis tristes con gemido
Lloraban de Salicio tiernamente
El miserable caso sucedido.
Cual simple tortolilla gime y siente
El caro esposo que perdió muriendo,
Y su dolor descubre en son doliente,
Violos llorar el rubio sol, naciendo
Del bosque, al uno y otro descuidado;
Violos llorar la luna apareciendo.
Alcon sobre el un brazo recostado,
«Salicio, dijo, del ganado fuerte
Un tiempo gloria y su mayor cuidado,
»Dolor cruel ahora y dura suerte
Entre nosotros siempre aborrecida,
¿Quién te llevó con rigurosa muerte?
»Contigo el dulce Amor perdió la vida;
No resuena tu canto en la aspereza
Al tierno son del aura desparcida.
»Cual Febo cuando oia su tristeza
Y suspiros de amor y afan penoso
De Anfriso la corriente ligereza,
»Cubra el cielo el color claro y hermoso;
Llorad vos, ninfas, del sonante rio
Multiplicando el curso doloroso;
»Llorad, lauros y plátano sombrío,
Y tú, Fauno, en el suelo reclinado,
Y contad en su muerte el dolor mio.
»Valles, crezca el suspiro apresurado
Por una y otra parte, y no cesando,
Suene en llanto confuso todo el prado.
»Decid, hijas de Bétis, suspirando,
Y el cisne entre sus ondas espumosas
Alce el lloroso cuello lamentando.
»Ahí, ahí pinta, Jacinto, en tus hermosas
Y tristes letras con el mal presente,
Y derrama mil quejas lastimosas.
»Oh Febo, Febo, ahora en el corriente
Xanto ó en Delo estés, vén ya ceñido
De funesto ciprés la triste frente;
»Quebranta el arco de oro guarnecido,
Despedaza los duros pasadores,
Pues tu gloria y cuidado es ya perdido.
»Vén, no esparciendo al aire tus olores,
Citerea, ni en mirto coronada
Ni mezclando las rosas á las flores;
»Mas con cerúlea veste congojada,
Y en triste hábito venga la alegría
Con negras hachas y con luz turbada.
»Y tu, lloroso Amor, en compañía,
Rotas flechas y aljaba y arco, alzando
Con las gracias del llanto la armonía.
»Traed, valles, suspiros, vos llorando,
Y el lamentable acento vaya luego
Por campo y selva y bosque resonando.
»¡Oh crudas parcas, duro hado ciego!
¿Correrá el rio con perpetua fuente?
¿Vivirán estas peñas en sosiego?
»Salicio, honor de la silvestre gente,
¿No se verá en la selva, en este cielo
Nunca se verá mas estar presente?
»Como la flor purpúrea, á quien el hielo
Del penetrable ivierno y rigor frio,
O dañó el rojo Sirio el tierno velo.
»Corred, largas ondas del gran rio,
Durad vos, peñas, alargad la vida;
Que á vos el hado es amoroso y pio.
»Mas ya no otro Salicio en la escondida
Selva ni en alto monte y valle abierto
Sonará su zampoña conocida.
»Gimen los montes mudos y el desierto
Y las matosas peñas inclinadas,
Do el aire hiere; ya Salicio es muerto.
»Sus ondas Tajo, en lágrimas trocadas,
Bañó la gruta oscura en tristes sones,
Y las montosas vueltas y apartadas.
»La vana imágen busca tus razones
Por las selvas callada, que no siente
El blando y tierno son de tus canciones;
»Que ya no te responde dulcemente
Y no imita tus labios, y se asconde
Filomela con mustia voz doliente.
»Y al canto de palomas ya responde
El llanto con murmurio, suspirando,
Que al dolor de tu muerte corresponde;
»Y nosotros, los versos resonando,
Con simple avena alzamos tus loores.
Decid, náyades tristes, lamentando,
»¿Quién sonará entre rústicos pastores
La zampoña que al mesmo Febo espanta,
Y aun espira tu canto y tus amores?
»Llora y los versos Galatea canta

(15) Dieron la gloria de desdichas llena.

(16) Este soneto y la siguiente égloga se hallan al frente de las obras de Garcilaso (edicion de Herrera). El autor, al poner una y otra composicion, dijo que fueron hechas «en los primeros años de la edad floreciente, cuando son menos culpables los descuidos y el error de la noticia destas cosas; y asi, espero que merecerán perdon las muchas faltas destos versos».

En mi opinion, el soneto puede muy bien competir con el famoso idilio de Bion en la muerte de Adonis. ¡Lástima, en verdad, que los tercetos estén asonantados!

Que te oia, aunque dura, helada y fiera,
Y con su voz al cielo los levanta;
»Y no los del ciclope en la ribera,
Cuyo nombre, en el canto celebrado,
De mi memoria está del todo fuera.
»A ti, de verde hiedra coronado,
Todos nuestros pastores rodearon,
Y te dieron la gloria en todo el prado.
»Oyendo tus canciones se admiraron
Las dríades, los faunos su aposento
Por oirte cantar desampararon.
»Lloróte, pastor sacro, el frio asiento
Del claro Tórmes y ribera umbrosa
Con mas dolor y con mayor lamento
»Que á sus pastores dos con voz quejosa
Sicilia, y á Sincero y Meliseo
Sebeto con corriente no abundosa.
»Nunca sintió, mezclada con Alfeo,
Aretusa en sus ondas tal gemido,
Ni el Ebro por la muerte de su Orfeo.
»Yo te lloro, Salicio, enternecido,
Tú el canto que engendró el dolor consiente,
Pues mas de amor que de arte va vestido;
»Que si algun tiempo el rudo son doliente
De Bétis pasa la ribera llena,
Que mete en el gran mar la altiva frente,
»Tú verás en el verso que resuena
Tu memoria y tu nombre glorioso,
Do el puro Tebro y donde el Arno suena.»
Aquí el pastor con llanto lastimoso
Paró, y al triste canto dió un gemido
Del hondo rio el curso presuroso.
Tirsis luego siguió el son esparcido,
Y atentas á su voz, fueron cesando
Las ondas en el vaso recogido:
«No resoneis ya, ninfas, lamentando;
Dejad vos, montes y peñascos frios,
Las quejas que extendisteis suspirando.
»Ahora derramad, pastores mios,
En la pintada tierra frescas flores,
Traed sombra á las fuentes y á los rios.
»Venid vosotros, faunos amadores,
A las dríades bellas descubriendo
Vuestro amor, vuestros celos y dolores:
»Porque Salicio, al cielo alto subiendo,
Así lo quiere; y llenos de alegría,
Alzad el canto, versos componiendo;
»Y junto aquella pura fuente fria
Este verso cantad en el sagrado
Lauro que de sus hojas lo ceñia;
»Porque si algun pastor allí cansado
Llegare, pueda vello y dar memoria
Del túmulo que cerca está labrado.
»Salicio, al campo y á pastores gloria,
En brazos de las musas muere puesto,
Y en el cielo está vivo con vitoria.
»Yo te pondré, Salicio, despues de esto,
Dos consagradas aras, levantando
Una á tí y otra á Febo en este puesto,
»Pues le igualas en canto dulce y blando;
Y aquí pondré dos vasos espumosos,
Ambos con leche nueva rebosando.
»Vendrán aquí pastores venturosos,
Menalca, Olimpio y Epolo, que en danza
Imitará los sátiros vellosos.
»Y cuando honrare con antigua usanza
Tu sepulcro, esparciendo el dulce vino,
Serás de los pastores esperanza,
»Y pedirémos tu favor divino
Para guardar el pasto y campo lleno
Contra el rigor del duro cielo indino.
»Tu túmulo adornando el verde seno
De Flora cubrirá, que al fresco prado
Las rosas quitará y color ameno.
»Aquí vendrán en coro concertado
Faunos, sátiros, Pan, Cintio hermoso,
Las náyades de Bétis venerado,
»Las ninfas del monte alto y confragoso,
Las de árboles y selvas, consagrando
En honra tuya el canto numeroso
»Aquí soplará manso el viento blando
Del templado Favonio, habrá contino
Verano nuevo, y Clóris con su bando.
»Palma, plátano, pobo, álamo y pino,
El grande ciclamor, el lauro verde,
Que á tu divina frente bien convino,
»Extenderán con son que nos acuerde
De tí las hojas, y con rico manto
Mostrará el prado que el color no pierde.
»Nacerá siempre eterno el amaranto,
Narciso y eliocriso deleitoso,
Y suave jacinto y tierno acanto.
»Torcerá el curso el rio no espumoso,
Con blandas ondas largo y extendido,
Para regar el campo espacioso.
»Cantarte han con dulcísimo sonido
Las selvas y los bosques altamente
En verso noble y canto esclarecido.
»Arbol no habrá que á Febo mas contente
Que el que tu nombre escrito en sí tuviere;
Tu nombre, entre pastores excelente.
»Y cuando el viento de través hiriere,
Resonará en el aire con tu gloria
El árbol que sus hojas conmoviere.
»Por tí al Tajo dará el nombre y vitoria
El puro Eurótas y el nevoso Ebro,
Que refiere de Orfeo la memoria;
»Y el mismo grande y caudaloso Tebro
Inclinará sus ondas, admirado
Del canto y del avena que celebro.
»En tanto que en el monte levantado
El jabalí espumoso tenga asiento,
Y cayere el rocío al verde prado,
»En todo el pastoral ayuntamiento
Será tu nombre eterno, y la dulzura
Y tierna voz del amoroso acento.»
Calló Tirsi, y del bosque la esposura
Hirió el viento en señal de su grandeza,
Y resonó Salicio con voz pura
El rio y de los montes la aspereza.

SONETO CXXIX (17).

¡Oh breve don de un agradable engaño,
Dulce mal del contento aborrecido,
Cuán presto pierdes el color florido,
Y muestras los despojos de tu daño!
El oro, vuelto en plata, un blanco paño
Cubre, y el color vivo y encendido
De los ojos, sin fuerza ya y perdido,
De tu vencido orgullo es desengaño.
Acabas, y tu dulce tiranía,
Y al fin, si acabas, mueres con vitoria
De nuestro error en devaneo tanto;
Mas quien por tí se olvida y desvaria
Del camino, perece sin memoria,
Con mayor culpa, en un perpetuo llanto.

CXXX.

A Francisco Pacheco.

Ya el rigor importuno y grave hielo
Desnuda los esmaltes y belleza
De la pintada tierra, y con tristeza
Se ofende en niebla oscura el claro cielo;
Mas, Pacheco, este mesmo hórrido suelo
Reverdece, y pomposo su riqueza
Muestra, y del blanco mármol la dureza
Desata de Favonio el tibio vuelo;
Pero el dulce color y hermosura
De nuestra humana vida cuando huye
No torna, ¡oh mortal suerte, oh breve gloria!
Mas sola la virtud nos asegura;
Que el tiempo avaro, aunque esta flor destruye,
Contra ella nunca osó intentar victoria.

REDONDILLAS.

Faeton con ardor ciego
Del sol llevó los caballos,

(17) Este soneto y el siguiente se hallan en la edicion príncipe de las obras de Herrera. Pacheco no lo puso en la suya, con todo de estarle dedicado el segundo.

Con que el mundo abrasó en fuego,
Porque no supo guiallos;
Y de un rayo derribado,
Puso fin á su ventura,
En el rio sepultado,
Cuyo nombre siempre dura.
Yo, que de mi sol hermoso
Presumí la pura lumbre,
Y atrevido y animoso
No desmayo en la alta cumbre,
Si quiere Amor que del cielo
Encendido baje y muerto,
Lugar pequeño es el suelo
Para tanto desconcierto.

ELEGIA XV (18).

Desterrado el ivierno frio y cano,
La tierra se vestia en mil colores
Con vivo lustre y fuerza del verano;
Y esparcidas las rosas y las flores,
Con aura fresca espiran dulcemente
En el aire tendido sus olores;
Cuando la alba salia de oriente
Cubierta de oro y púrpura hermosa,
El variado manto refulgente,
Y alegrando á la tierra deleitosa,
Con rociadas gotas regalaba
A la yerba florida y abundosa.
Yo entonces en el campo me hallaba
Cogiendo el fresco del templado aliento,
Que blandamente entre árboles sonaba.
Traia la marea un movimiento
Suave y tierno, en torno desparcido,
Que heria con dulce sentimiento.
Vi el campo en flores varias revestido,
Que del rocio estaban esmaltadas,
Con que mas su belleza ha florecido;
Vi las húmidas rosas levantadas
Abrir las hojas bellas, que primero
Tenian todas juntas y cerradas,
Y alegres con la vuelta del lucero,
Mostraban su color entremezclado,
Mas hermoso que nunca y mas entero.
No sé si la alba habia á rosas dado
O tornado el color, y si á las flores
Habia el dia nuevo retocado.
Uno el rocio y unos los colores,
Uno el dia, y de Vénus amorosa
Ambos, y por ventura unos olores;
Mas aquel con mas fuerza poderosa
Por el aire se tiende en grande alteza,
Acá mas cerca espira el de la rosa.
La reina de las gracias y belleza,
En su flor mesma y astro reluciente
Pinta del puro rojo la fineza.
Las flores ya extendian juntamente,
Con hermosas figuras reluciendo,
Su color y postura diferente.
Unas en punta suben, esparciendo
Sus tiernas hojas al abierto cielo,
Otras una corona van tejiendo,
Otras se tuercen al herboso suelo,
De verde, azul y jalde señaladas
Con violado ó con purpúreo velo;
Y casi unas con otras enlazadas,
Heridos los colores van mudando,
Y á los ojos engañan ayuntadas.
Esto miraba atónito yo, cuando
Vi toda su belleza ir de caida,
El resplandor y olores olvidando.
Maravilléme viendo así perdida
La beldad y la edad de tantas flores,
Y muerta ya la rosa aun no nacida.
Tanta belleza y varios resplandores
Un dia mesmo adorna y descompone,
Ofreciendo y robando sus colores.

(18) Es traduccion libre de Ausonio, que empieza:
Ver erat, et blando mordentia frigora, sensu, etc.
Se imprimió por vez primera en las *Anotaciones á Garcilaso.*

Nosotros nos quejamos porque pone
Naturaleza con avara mano
Tan breve gracia en flores que compone.
Aun no salen los dones del verano,
Cuando ella los derriba con la muerte,
Dejando al tiempo del despojo ufano.
Cuan largo el dia, es tan larga suerte
De las rosas, que junto en un momento
Su juventud en senectud convierte.
La que ya vió nacer el blando aliento
Del nuevo sol, morir aquesta vido
Cuando del mar bajaba al hondo asiento;
Mas bien les ha la suerte concedido
Si así mueren tan presto, que naciendo,
Sucedan á su término cumplido.
Coged las rosas vos que vais perdiendo,
Mientras la flor y edad, Señora, es nueva,
Y acordáos que va desfalleciendo
Vuestro tiempo, y que nunca se renueva.

SONETO CXXXI (19).

¡Oh soberbia y cruel en tu belleza!
Cuando la no esperada edad forzosa
Del oro, que aura mueve deleitosa,
Mude en la blanca plata la fineza,
Y tiña al rojo lustre con flaqueza
En la amarilla viola la rosa,
Y el dulce resplandor de luz hermosa
Pierda la viva llama y su pureza,
Dirás, mirando en el cristal luciente
Otra la imágen tuya: «Este deseo
¿Por qué no fué en la flor primera mia?
»¿Por qué, ya que conozco el mal presente,
Con esta voluntad con que me veo
No vuelve la belleza que solia?»

REDONDILLAS (20).

No así en el nuevo verano
Despoja al prado hermoso
El vapor mas inhumano
Del estio caluroso,
Cuando abrasa el mediodía
Con el sol, que está inflamado
En su carrera tardía,
Y arroja en el mar sagrado
A la breve noche fria;
Y el lilio, el color perdido,
Se desmaya y desfallece,
Y del verde astil florido
La dulce rosa perece;
Como el lustre reluciente
Que arde en la tierna belleza
Robar y perder se siente,
Y deshace su viveza
Cualquier pequeño accidente.
Ningun dia no llevó
Despojos de hermosura,
Y huyendo, nos mostró
La beldad no estar segura.
¿Qué sabio fia en bien vano?
Goza si el tiempo lo deja;
Mas ya te apremia liviano,
Y á la hora que se aleja
Otra peor va á la mano.

EPIGRAMA (21).

Cuando el osado Leandro,
Olvidado de temor,

(19) Traducido de otro de Tomás Mocenigo, que empieza:
E sempre à me più disdegnosa e fiera, etc.
Imprimióse por vez primera en las *Anotaciones á Garcilaso.*
(20) Traduccion de unos versos de Séneca en el Hipólito, que empiezan:
Non sic prata novo verè decentia, etc.
Imprimióse por vez primera en las *Anotaciones á Garcilaso.*
(21) Traducido del de Marcial:
Cum peteret dulces audax Leander amores, etc.
Salió á luz por vez primera en las *Anotaciones á Garcilaso.*

Iba por el mar estrecho
A gozar su dulce amor,
Cansado y puesto en peligro
Del mar lleno de furor,
Ya que las hinchadas aguas
Causaban su perdicion,
A las ondas que lo siguen
Dijo así el triste amador,
Como si jamás las ondas
Se muevan á compasion:
«Perdonadme mientras llego
A do dejé el corazon,
Y mostrad en mí á la vuelta
Vuestro ímpetu y furor.

EPISTOLA (22).

A Cristóbal de las Casas, por su *Vocabulario de las dos lenguas toscana y castellana* (Venecia, 1576).

Bien debe coronarte Febo Ideo,
Casas, la ingeniosa y docta frente
Con las hermosas hojas de Peneo,
Pues tú primero diste á la corriente
Del rey de rios, Bétis generoso,
Las perlas que Arno y Po en sus ondas siente.
Ya el casto amor y fuego deleitoso
De aquel por quien va Laura con vitoria,
Premio justo de ardor maravilloso,
Y quien dió á Mergilina insigne gloria,
Y aquel grave escriptor de Marte airado,
Que de Rugier celebra la memoria,
Y todo el coro á Cintio consagrado,
Que la rica Toscana ha producido,
Igual de Augusto al tiempo afortunado,
Roto el velo de error oscurecido
Con la luz que les das, al claro dia
Salen de las tinieblas del olvido.
Grande, pero dichosa, tu osadía,
Que consiguió este fin de una esperanza
Que solo en noble corazon se cria.
Ahora nueva vida Laura alcanza,
Y á tí debe lo mesmo que al toscano,
Pues reparas del tiempo la mudanza.
En tanto que hiriere Amor tirano
A su rendida escuadra, y en los ojos
Se viere de quien aman inhumano,
Y por un breve bien largos enojos
Diere en quien mas espera, en su crueza
Trocando y renovando sus despojos,
Deste trabajo tuyo la grandeza
Celebraráse con eterna vida,
Que no sienta del tiempo la dureza.
Y España, á tu memoria agradescida,
Tu nombre cantará perpetuamente
Entre los que la hacen conoscida.
Bétis levantará la altiva frente,
De esmeraldas lucientes adornado,
Tu gloria murmurando en su corriente,
Y llevando su curso al mar sagrado,
¡Casas! resonará en el seno Mauro;
Y de allí al Indo extremo dilatado
Irá el nombre en que Delio ilustra el lauro.

TRADUCCION (23).

Corra mi edad callada
Y sin ser de los nobles conocida,
Y cuando así mis años
Sientan los duros daños
De la muerte inclinada,
Viejo, sin nombre, acabaré mi vida
Entre la humilde plebe desvalida.

(22) No se halla esta epístola en las colecciones de poesías de Herrera.

(23) De Séneca en el *Thiestes:*

Nullis nota Quiritibus, etc.

TRADUCCION (24).

Dime, te ruego, Lidia;
Di por todos los dioses, ¿por qué á Sibáris
Quieres perder, amándote?
Di, ¿por qué ha aborrecido el campo Marcio,
Pues tiene fuerza y ánimo
Para sufrir el polvo y el sol cálido?
¿Por qué entre iguales jóvenes
A caballo no prueba la milicia,
Ni rige con freno áspero
La dura boca del bridon de Francia?
¿Por qué se muestra tímido,
Y no toca del Tebro el vaso líquido?
¿Por qué la lucha rígida
Huye mas que la sangre de la víbora,
Y no descubre cárdenos
Los fuertes brazos con las armas hórridas,
Llevando la vitoria
Con disco y dardo que traspase el término?
¿Por qué en grave silencio
Se asconde, como el animoso Tésalo
Poco antes que en Asia
Se destruyese el ilion de Dárdano,
Porque en varonil hábito
No fuese á muerte del troyano ejército?

ELEGIA XVI.

A la muerte del maestro Juan de Malara.

No se entristece tanto cuando pierde
Desnudo el ramo fértil y florido,
Ya sin vigor cortado, el árbol verde,
Cuanto yo viendo suelto y dividido
De la alma el lazo estrecho con la muerte,
Que velo no podrá cubrir de olvido.
¡Oh duro corazon, que en mal tan fuerte
No rompes! ¿Cuándo esperas ablandarte?
¿Despues de esta terrible y grave suerte?
De mi alma murió la mayor parte;
Y el cielo, que en mi llanto es buen testigo,
Ve que nunca el dolor de mí se aparte.
¡Oh ejemplo de virtud y caro amigo,
Que en mis entrañas vives juntamente!
Lo mismo que ya fuiste eres conmigo;
Que la fe del amor jamás consiente
Que la muerte consuma con tu vida
La llama que mi pecho ardiendo siente.
Cortóse el paso á la amistad crecida;
Que nuestro dulce trato es acabado,
Y el corazon de amarte no se olvida.
Pensaba yo que el cuerpo desatado
De los nudos de la alma antes viviera
Que yo sin tí esperar solo, apartado.
Al fin pasé esta vida lastimera,
Y la sufrí. ¿Qué aguardo? ¿Por qué al cielo
No te muestras mi guia verdadera?
Cansado ya, procuro alzar el vuelo
Al lugar glorioso y soberano;
Que al ánimo es pequeño asiento el suelo.
Amor terreno y un deseo vano,
Cuidado y engañosa la esperanza
No me dejan un punto de la mano.
¿Cuándo pondré en mi estado tal mudanza,
Que solo amor celeste en mi respire
Con segura firmeza y confianza?
Divino celo al corazon inspire,
Y le dé tal virtud, que solo sienta
El alto bien que á mortal pecho admire.
No me deje caer en esta afrenta,
Donde me veo en confusion perdido,
Donde el mal que conozco me atormenta.
Tú, que en el cielo estás esclarecido,
Ruega por mí al Señor de cielo y tierra
Porque no muera en sombra del olvido.
Valga la peligrosa y larga guerra
Que en mi alma se traba noche y dia

(24) De la oda de Horacio:

Lidia, dic per omnes, etc.

Hállanse estas dos poesías en las *Anotaciones á Garcilaso.*

Con quien el paso á bien obrar me cierra.
Despues que llevó muerte escura y fria
De tu mortal cuidado los despojos,
Huyó de mi el contento y la alegria.
Lágrimas abundaron en mis ojos,
Y por tu arrebatado apartamiento
En mí se renovaron los enojos.
El inmortal y claro ayuntamiento
Celebró los trofeos de tu gloria,
Y gimió Bétis, lleno de lamento.
Sonó una voz llorosa en tu memoria,
El ingenio y bondad junto acabaron;
Cuando el hado gozó de tu victoria
El valle y alto monte suspiraron,
Y á Hispális, vestida en negro manto,
Pluvias y ciegas nubes ocuparon.
Contigo pereció el alegre canto,
Y en reliquias del daño doloroso
Quedó grave y quejoso y triste llanto.
Bétis, que al sacro Océano espumoso
Llevaba el son de tu dorada lira,
Altivo y con grandeza glorioso
Mudo en su gruta oscura se retira,
Y en el profundo vaso con gemido
Las tardas ondas discurriendo mira.
De tu canto quedaba suspendido
El español osado y el romano,
Y el francés orgulloso y atrevido.
Por ti el ilustre príncipe tebano
Es mas famoso y vive su memoria,
Que por vencer al bárbaro africano.
Aunque se estime con eterna gloria
Por la fiera de Arabia embravecida,
Mas valor le dará tu noble historia.
Era trueno tu voz; pero tu vida
Claro rayo que puro resplandece
Con llama presurosa y encendida;
Que tu virtud y nombre reflorece
Con perpetua memoria, y sube al cielo
La fama, que con honra tuya crece.
Aunque tú me dejaste en este suelo,
Queda con Dios, oh alma venturosa,
Cubierta de purpúreo y rico velo;
Que si mi pena grave y dolorosa
Me da lugar en la pasion que siento,
Yo cantaré su gloria generosa.
En tanto lo que sufre mi lamento
Permite estos llorosos versos mios,
Triste muestra de duro sentimiento:
«Aquí yace sin vida el cuerpo frio
De Malara, que roto el mortal nudo
Donde á Vandalia riega el grande rio,
Voló al cielo su espíritu desnudo» (25).

EGLOGA II.

VENATORIA.

A Diana.

De aljaba y arco tú, Diana, armada,
Que por el monte umbroso y extendido
Fatigas á las fieras presurosa,
Huye del alto Ladmo, desdichada,
Donde tu cazador duerme ascondido;
Que ya otra cazadora mas hermosa
Persigue impetuosa
Al jabalí espumoso y enojado,
Que ya otra mas hermosa cazadora
Al ciervo sigue ahora.
Si Endimion la viere, tu cuidado,
Venciendo de la sierra la braveza,
Te dejara por ella con tristeza.
A Endimion no dejes tú, Diana;
Queda con él, no siga al amor mio,
Tu amor Endimion esté contigo.
En la callada noche, en la mañana,
Al sol ardiente, al importuno frio,
Mi dulce cazadora esté conmigo.
Este bosque es testigo
Cuántas veces la llamo y busco en vano;
La aurora me oye sola sin su amante,
Y se ofrece delante
Cuando espera las fieras en lo llano.
Suspira ella su amor, yo lloro el mio;
Si al monte mira, yo á mi valle y rio.
Hermosa cazadora, que has llevado
Del frio bosque mi herido pecho
Con el cabello de oro suelto al viento
Y de flores y rosas coronado,
¿Eres Napea deste valle estrecho,
Que alcanza con ligero movimiento
Al jabalí sediento
Y del ciervo la planta voladora?
Que tu paso, tu voz y tu belleza,
Mas que mortal grandeza,
Descubre á tu Menalio, que te adora.
Tal va Cintia con traje soberano
Y enciende en fuego al amador Silvano.
¿Qué dios ¡oh Clearista! te ha ofrecido
A mis ojos, corriendo yo una fiera
Sin cuidado de amor; y vista, luego
Te me llevó, dejándome perdido,
Porque en llama inmortal ardiendo muera?
De tus luces prohó el tirano ciego
Con mi daño su fuego;
Mas tú, habites el bosque oscuro y prado
O la tendida selva deste rio,
Jamás del pecho mio
Se apartará el amor que me ha abrasado.
El bosque y prado, del amor testigo,
A amarte aprenderá tambien conmigo.
O la ligera garza levantando,
Mire al alcon veloce y atrevido,
O espere al jabalí cerdoso y fiero,
O la aura entre los árboles gozando;
Con silencio y voz muda en lo ascondido
Del pecho solo lloraré primero
El dolor en que muero.
Sin ti el feroz caballo, el rayo ardiente
Del imitado trueno y la sabrosa
Caza me es enojosa;
Pues tú me dejas mísero y doliente,
Todo me agradará y será mi gloria
Si vuelves y de mí tienes memoria.
¿Por qué huyes y quieres que sin lumbre
En estas breñas muera con tormento,
Y no miras tu amante, que te llama?
Baja de esa fragosa y alta cumbre;
Que, segun el ruido grave siento
Por entre una y otra espesa rama
Que las hojas derrama,
Un feroz jabalí se ha recogido.
Con el arco en la blanca y tierna mano
Baja; que antes que al llano
Llegues, atravesado y extendido
De mi venablo y muerto, la espumosa
Cabeza llevarás vitoriosa.
No fies, Clearista, en tu belleza;
Que vendrá el dia en que las hebras de oro
Mude la edad ligera en blanca plata;
Antes muera que vea tu tristeza.
Mas ¿para qué suspiro, triste, y lloro
Por quien á mis querellas es ingrata?
Si tu dureza mata
A quien te sigue, aquel que te aborrece
¿Qué pena habrá que iguale con su culpa?
Pero ¿quién no me culpa,
Pues sigo solo el mal que se me ofrece?
Suspenso en el amor y en el deseo,
Al fin doy en ciego devaneo.
Mas vos, amores, rojos dulcemente,
Dejad las ondas claras de Citera,
Y á mi ninfa herid con vuestra llama,
Que su hermosa flor perder no siente
Sin fruto inútil en la edad primera;
Y tú, Latonia, pues amor te inflama,
Cuando el monte te llama,

(25) No fué esta elegía publicada por Pacheco en su coleccion, sin embargo de conocerla. Púsola en la vida de Juan de Malara, que dejó inédita con otros apuntes de los hechos de ingenios andaluces. En el *Semanario Pintoresco* (2 de febrero de 1845) vió por vez primera la luz esta elegía.

Por el dormido amante, y ya el tormento
Conoces del amor, si he venerado
Tus aras y colgado
Del jabali temible y violento
La alta frente y del ciervo la ramosa,
Muéstrate á mis dolores piadosa.
Si contigo viviera, ninfa mia,
En esta selva, tu sutil cabello
Adornara de rosas y cogiera
Las frutas varias en el nuevo dia,
Las blancas plumas del gallardo cuello
De la garza ofreciendo, y te trajera
De la silvestre fiera
Los despojos, contigo recostado;
Y en la sombra cantando tu belleza,
Y en la verde corteza
De tu frondosa encina mi cuidado
Extendiendo, conmigo lo leyeras
Y sobre mi las flores esparcieras.
¡Ah cuántas veces entre aqueste juego
A tu cuello los brazos rodeara,
Y en tus ojos mis ojos encendiendo,
Cuando mas descuidada de mi fuego
A tu boca el espiritu hurtara,
Mi espiritu en el tuyo convirtiendo,
Dulcemente muriendo.
Esto preciara mas que ver el vuelo
Del halcon, mas que dar de un golpe muerte
Al jabali mas fuerte,
O alcanzar por el ancho y largo suelo,
Junto al agua, herido y sin aliento,
El ciervo que atrás deja el presto viento.
No dudes, vén conmigo, ninfa mia;
Yo no soy feo, aunque mi altiva frente
No se muestra á la tuya semejante;
Mas tengo amor y fuerza y osadia,
Y tengo parecer de hombre valiente;
Que al cazador conviene este semblante
Robusto y arrogante.
Irémos á la fuente, al dulce frio,
Y en blando sueño puestos, al ruido
Del murmurio esparcido
Del agua, tú en mis brazos, amor mio,
Y yo en los tuyos blancos y hermosos,
A los faunos haria invidiosos;
Mas si te agrada ó si te agradase,
Vén conmigo á esta sombra, do resuena
La aura en los ciclamoros revestidos
De yedra, do se vió jamás que entrase
Alzado el sol con luz ardiente y llena.
Aquí hay álamos verdes y crecidos
Y los pobos floridos,
Y el fresco prado riega la alta fuente
Con murmurio suave y sosegado;
Aquí el tiempo templado
Te convida a huir el sol caliente.
Vén, Clearista, vén ya, ninfa mia;
Este prado te llama y fuente fria (26).

REDONDILLAS (27).

Hermosos ojos, serenos;
Serenos ojos, hermosos,
De dulzura y de amor llenos,
Lisonjeros y engañosos,
Quien no os ve pierde la vida,
Y el que os ve halla su muerte;
Mas quien muere desta suerte
Cobra la vida perdida.
Cuan lo veros merecí,
Tan contento me hallé
Con el gozo que sentí,
Que todo el mundo olvidé;
Y viendo tanta belleza
Fué tan grande mi placer,
Que vivo ya sin mas ver,
Con extremo de tristeza;
Porque no consiente Amor
Que viva sin sus enojos,
Que es hacer flaco el dolor
Que nace de vos, mis ojos.
Soberbio en el pensamiento
De estar en vuestra memoria,
Solo me acaba la gloria
De penar en tal tormento;
Y con tan alta locura
Consigo de mi pasion,
Por favor de mi ventura,
Lo que no cabe en razon.
Cuando me aflige el deseo
Desfallezco en mi tormento;
Mas por una hora que os veo,
Mil años vivo contento.
Torno siempre de mi pena
Al descanso de miraros,
Y alabo mi suerte buena
Porque tan bien supe amaros;
Pero despues que os miré
Vi un mal que nunca sentí,
Y troqué el bien que perdí
Por los males que gané.
Ojos en cuya blandura
Nos hace el Amor la guerra,
Y en dichosa sepultura
A cuantos os miran cierra.
¿Por qué en mi pecho sembrais
Tan dulce y ciego furor,
Que no os viendo sin dolor,
Sin respeto me tratais?
Poco ó nada me debeis
En querer yo mis enojos;
Es fuerza que me haceis
Cuando me miran mis ojos.
Adonde quiera que os veo
Todos mis males olvido,
Y en vuestra luz encendido
Llevais cual hado el deseo.

QUINTILLAS.

Vos, que sabeis conocer
Lo que yo supe entender,
Podeis bien considerar
Cuanto mas muestro en callar
Lo que me debeis doler.
Cansado ya de la vida,
Pero nunca del deseo,
Conmigo solo peleo
Con la voluntad perdida
Al dolor en que me veo;
Y no hallo otro tormento
En el grave sentimiento
De mi pasion inmortal,
Sino abrazar mas mi mal
Cuando mas crece el tormento.
Sufro mas penas que puede
Mi cuidado comportar,
Y de tanto bien amar
Solo por dolor me queda
Padecer sin descansar,
Por ventura vuestros ojos,
Hermosa luz celestial,
En mi dolor desigual
Pueden solo dar enojos,
Y no remediar el mal.
Vuestras manos me acabaron
Los bienes que en mi hicieron,
Y aunque ellos me deshicieron,
Mis deseos me mataron
Cuando ante vos me trajeron.
No cabia en mi memoria

(26) Hállase esta égloga en la edicion príncipe de las obras de Herrera. Pacheco no la reimprimió en la que hizo. Despues ha visto de nuevo la luz pública en otras colecciones.

(27) Esta composicion y las dos que siguen fueron impresas por vez primera en la *Revista andaluza*, periódico que por los años de 1840, 1841 y 1842 se publicaba en Sevilla. El erudito don Juan Colon y Colon las sacó del olvido. No honran seguramente la memoria de Herrera. A no estar publicadas, no ocuparan un lugar en la presente coleccion, caso de que hubieran sido por mí conocidas.

Presumir esta vitoria
De ser de vos bien querido;
Nadie fué jamás nacido
Que alcanzase tanta gloria.
Acerté solo en miraros
Cuando mas temia veros,
Para errar siempre en quereros;
Mas, pues yo merecí amaros,
Cómo merecí perderos?
. . . . . .
Ninguno sufrió tormento
Que igual sea al que yo siento;
Y en penas siempre mortales,
Ninguno alcanzó mis males,
Ninguno mi sufrimiento.

REDONDILLAS.

Daba por veros un hora
Serena y sin turbacion
Los bienes que mi señora
Promete por galardon;
Pero no sufre ventura
Este espacio de alegría,
Porque el bien huye y no dura
En alguna cosa mia.
Confuso y aborrecido,
Medroso y desesperado,
¿Para qué temo el olvido,
Si muero al fin olvidado?
Si la esperanza no falta,
Siempre doblará mi pena;
Que cuanto sube mas alta,
Tanto mas peligro ordena.
Solo me queda presente
De mis bienes la memoria,
Y jamás estará ausente
De mi pecho aquesta gloria.
Amor muestre su dureza
Y encienda su crueldad;
Que ya nunca su aspereza
Mudará mi voluntad;
Que en memoria del tormento
Permito mi perdicion,
Porque igualo el pensamiento
Con mi desesperacion.
En tal lugar me levanto,
Que desespero el remedio;
Mas quien piensa y osa tanto,
A su mal no busca medio.
Yo, que de mi sol hermoso
Presumí la pura lumbre,
Atrevido y animoso,
No desmayo en alta cumbre.
Si quiere Amor que del cielo
Encendido baje muerto,
Lugar pequeño es el cielo
Para tanto desconcierto (28).
¡Oh vanidad, don perdido,
Que se conoce engañado!
¿Para qué pretendo y pido
Lo que me ha de ser negado?
Quien no debe esperar bien,
Sus fantasías deshaga;
Que los golpes del desden
No dejan cerrar la llaga.

(23) Los ocho versos anteriores se encuentran repetidos en las redondillas de la página 338.

Mas crean que no porfio
Por la mudanza que viene;
Porque solo el desvario
A la esperanza entretiene;
Y la fuerza del deseo
Me consume de tal suerte,
Que á mis males yo no veo
Otro bien sino la muerte.

SONETO CXXXII.

Ardo, Amor, y no enciende el fuego al hielo,
Y con el hielo no entorpezco al fuego;
Contrasta el muerto hielo al vivo fuego,
Todo soy vivo fuego y muerto hielo.
No tiene el frio polo tanto hielo
Ni ocupa el cerco eterio tanto fuego;
Tan igual es mi pena, que ni el fuego
Me ofende mas, ni menos daña el hielo.
Muero y vivo en la vida y en la muerte,
Y la muerte no acaba ni la vida,
Porque la vida crece con la muerte.
Tú, que puedes hacer la muerte vida,
¿Por qué me tienes vivo en esta muerte?
Por qué me tienes muerto en esta vida?

CXXXIII.

A una obra espiritual que escribió don Luis Ponce de Leon.

Vuestro canto y aliento excelso y pio
Con armonía dulce así resuena,
Que se le rinde el cisne cuando suena
En el corriente vaso del gran rio.
Dichoso vos, á quien no seca el frio,
Mas puro fuego de virtud serena;
Y yo, pues vuestro noble canto ordena
Vida inmortal al nombre humilde mio,
Ya veo transferirse d' Helicona
La cumbre y de Parnaso la ribera
Al asiento de náyades ondoso,
Y que del lauro verde la corona
Os da Bétis, oh gloria de Ribera,
Y del leon mas fuerte y generoso.

CXXXIV (29).

A la muerte de don Luis Ponce de Leon.

Aquí, donde tú yaces sepultado,
Oh gloria de Leon mas excelente,
El valor todo yace de Occidente
Con invidia de Marte derribado.
No culpes la dureza de tu hado,
Qu'en tierra ajena tu dolor consiente,
Pues cuanto ves del austro al oriente
Es sepulcro á los fuertes consagrado.
Será eterna en nosotros tu memoria,
Y puesto en el dorado y alto asiento,
Defenderás mejor tu patrio suelo.
No queda ya á la muerte mayor gloria,
Pero queda igualado el sentimiento,
Tristeza á España y alegría al cielo!

(29) Estos dos sonetos últimos han sido sacados de un manuscrito que se intitula *Libro de descripcion de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*, por Francisco Pacheco.

Debo las copias que han servido de original á la bizarría de mi queridísimo amigo el ingenioso poeta sevillano don Juan José Bueno.

FIN DE LAS POESÍAS DE FERNANDO DE HERRERA.

POESÍAS

DE

DON FRANCISCO DE MEDRANO.

JUICIOS CRITICOS.

DE DON NICOLAS ANTONIO.

(En su *Biblioteca Nova.*)

«Publicata una cum DON FRANCISCI DE MEDRANO, eximii poetae, variis carminibus.»

DE DON LUIS JOSÉ VELAZQUEZ.

(En los *Orígenes de la poesía castellana.*)

Las poesías líricas de DON FRANCISCO DE MEDRANO, publicadas al fin del poema los *Remedios de amor*, de don Pedro Venegas de Saavedra, son de las mejores de aquel siglo, y se conoce el buen gusto con que se aplicó su autor á imitar la gravedad y juicio de Horacio... La traduccion del *Arte poética* de Horacio, hecha por don Vicente Espinel, es excelente, y se encuentra al fin de sus poesías. Tambien la tradujo en verso castellano don Luis de Zapata, y se publicó en Lisboa, 1592. Fray Luis de Leon tradujo algunas odas, que están con sus demás poesías impresas. Otras muchas se hallan traducidas con singular acierto por DON FRANCISCO MEDRANO entre sus rimas.

POESIAS

DE

DON FRANCISCO DE MEDRANO.

COMPOSICIONES VARIAS.

SONETO PRIMERO.

A Fernando de Soria Galvarro (1).

Sé que allá corre el mundo asaz ligero
Donde, fatal ministro de su muerte,
Pródigamente ponzoñoso vierte
Mas de dulzura el verso lisonjero;
Bien como á infante pues, que sin entero
Seso, el remedio de su mal no advierte,
Beba lo falso y á beber acierte,
Yendo engañado al bien, lo verdadero.
Solo aquel tocó el punto que prudente
Con lo dulce templó lo provechoso,
Y ¿á quién fué Apolo, á quién fué asi clemente?
Yo, Soriano, lo intento, codicioso
Del pro comun; tú apruebas que lo intente;
Suceso dén los cielos venturoso.

II.

A Flora.

Tus ojos, bella Flora, soberanos,
Y la bruñida plata de tu cuello,
Y ese, envidia del oro, tu cabello,
Y el marfil torneado de tus manos,
No fueron, no, los que de tan ufanos
Cuanto unos pensamientos pueden sello,
Hicieron á los mios, sin querello,
Tan á su gusto victorioso llanos.
Tu alma fué la que venció la mia,
Que espirando con fuerza aventajada
Por ese corporal apto instrumento,
Se lanzó dentro en mi, donde no habia
Quien resistiese al vencedor la entrada,
Porque tuve por gloria el vencimiento.

III.

A san Pedro, en una borrasca, viniendo de Roma.

Pescador soberano, en cuyas redes
Los mayores monarcas han estado
Dichosamente presos, y cambiado
En gloria sus prisiones, y en mercedes;
Tú, que abrir y cerrar el cielo puedes
Con poderosa llave á tu ganado,
Y alcázar en la tierra has alcanzado
Con columnas de pórfido y paredes,
Los ojos vuelve al mar enfurecido;
Y pues tal vez osó mojar tu planta
Aun siendo hollado de tu fe animosa,
Su hinchazon rompe, acalla su ruido,
Y enseñado discípulo, levanta
Mi fe y mis piés con mano poderosa.

(1) Este soneto es como prefacio y dedicacion de los demás. Así se lee en el libro original de MEDRANO.

IV.

En la playa de Barcelona, volviendo de Roma.

Pláceme ver el mar cuando se enoja
Y á montes de agua montes acumula,
Y al experto patron que disimula,
Prudente, su temor, puesto en congoja.
Tambien me place verlo cuando moja
La orilla mala vez, y en leche adula
A quien sus culpas llevan ó su gula
A cortejar cualquier birreta roja.
Turbio me place y pláceme sereno;
Verlo seguro, digo, dende afuera,
Y este medroso ver, y este engañado;
No porque me dé gusto el mal ajeno,
Mas por hallarme libre en la ribera
Y del mar falso asaz desengañado.

ODA PRIMERA.

A don Alonso Santillan, alférez real de los galeones (2).

Santiso, ¿ahora, ahora la riqueza
De los ingas invidias, y guerrero
Ya oprimes con acero
La frente, y con destreza
Juegas ya el hierro fiero?
Fabricas al flamenco é inglés pirata
Cadenas, y amenaza tu estandarte
A aquella oculta parte
Do sediento de plata
Osó penetrar Marte.
Sea, y ufano tus rebeldes huella,
Dellos violento dueño apoderado;
¿Servirte han de su grado
Esclava la doncella
O el mozo aprisionado?
Ardes por oro; bebe, bebe, y tanto
El avaro, y mas que Atalo poseas;
Poder matar no crea
Su sed. ¡fáltale, oh, cuánto
A quien mucho desea!
Bien posible será volver el rio
Que de altas cumbres viene despeñado
A sus fuentes de grado,
Verse helado el estío,
Y el invierno abrasado,
Cuando tú aquellas con razon divinas
Letras del Aristótil que estimaste
Ya, y Sédulo aquistaste,
¡En cuales disciplinas
Mal constante trocaste!
La ciencia noble en mercantil cuidado,
Y la que sobre todas alabanzas
Toga modesta, en lanzas,
Habiendo de ti dado
Tan otras esperanzas.

(2) Imitacion de la oda XXIX del libro primero de Horacio: *Ici, beatis nunc*, en que se reprende á Iccio por su mudanza de filósofo en soldado por la codicia.

II.

A fray Pedro Maldonado, por la constancia.

Firmio constante á las dificultades
El pecho ofrece, y ciérralo prudente
Al orgullo insolente
En las prosperidades.
Ya te embista el dolor, ya la alegría,
Atrás se vuelvan sin hacerte ofensa,
Y sabio recompensa
Uno con otro dia.
Vive despacio, olvida cuerdamente
Lo pasado, no temas lo futuro;
Mas con seso maduro
Goza del bien presente;
Que todo es humo y sombra y desparece;
Dejará Eutropio sus preciosos lares,
Sus rentas, sus lugares
Y cuanto lo envanece
Dejará, y del tesoro amontonado
Con afan gozará cual heredero;
Que no acata el dinero
Ni á la privanza el hado.
Todos serémos, todos, cuán temprana
Víctima de la muerte. ¿Qué cansamos
La vida? Hoy, hoy vivamos;
Que nadie vió á mañana.

III.

A N., hermosa y astuta dama de Sevilla (3).

Si pena alguna, Lamia, te alcanzara
Por cada voto que perjura quiebras;
Si al menos una de tus rubias hebras
En cana se trocara,
Creyérate; mas luego que engañosa
La fe rompes debida al juramento,
Tú, de la juventud comun tormento,
Despiertas mas hermosa.
Falta pues, Lamia bella, al siglo honrado
De tu difunta madre sin recelo;
Falta á tu vida mesma, falta al cielo
La fe que les has dado;
Pues de ver cuánto número confie
De mozos en tus juras, y que artera
Burles al mas atento que te espera,
Todo el cielo se rie.
Mas ¿qué? la juventud para tí crece
Toda, crécente nuevos servidores,
Y de los que hoy desprecias amadores
Ninguno te aborrece.
De tí la madre teme á su querido
Hijo, teme de tí el viejo avariento,
Teme la esposa que tu dulce aliento
Detenga á su marido.

SONETO V.

Vine y vi, y sujetóme la hermosura
De un serafin que en apariencia humana
A los mortales ojos tal se allana,
Que aunque flacos, sostengan su luz pura.
Así mirarse deja con segura
Vista el temprano sol de la mañana,
Y entre nubes de nieve, tinta en grana,
Permite á nuestra vista su figura.
Vencióme, y tan dichoso fui vencido
Cuanto sin tiempo de gozarme en sello,
Porque me priva ausencia de gozallo;
Que de muy sin ventura siempre ha sido
Llegar al bien, y vello ya y tocallo,
Y para mas dolor luego perdello.

VI.

Al licenciado Cristóbal de Mesa, en su poema de la *Restauracion de España.*

Hizo astillas el yugo, y la coyunda
Afrentosa rompió con que oprimida
Se vió España, la espada no vencida
Que imperio nuevo al gran Pelayo funda.
Tanto mal grato el tiempo con profunda
Invidia olvida gloria tan crecida,
Y á los ojos del sol y á nueva vida
Hoy la ofrece tu pluma sin segunda.
A aquella la morisma infame muerta,
A esta el olvido bárbaro vencido,
Y á una y otra su gloria debe España.
Mas, si una de los moros la liberta,
Y si otra la liberta del olvido,
¿Cuál hace de las dos mayor hazaña?

VII.

Estaba de mi edad en el florido
Abril, que fruto asaz me prometia,
Y de mi Flora en el regazo un dia
Vi reposar al niño Amor dormido.
Las alas que tan alto lo han subido,
Por no bajar, abandonado habia;
Yo, que de celos y de invidia ardia,
Tenté con ellas usurparle el nido.
Volar tenté; mas, de la luz medroso
De tus soles, ¡oh Flora! mudé intento,
Con el fracaso de Icaro avisado;
Que es mal valor tal vez ser temeroso,
Y no siempre fortuna da al osado
Favor, ni quiere el gusto ser violento.

VIII.

Borde Tórmes de perlas sus orillas
Sobre las yerbas de esmeralda, y Flora
Hurte para adornarlas, á la aurora
Las rosas que arreboláu sus mejillas.
Viertan las turquesadas maravillas
Y junquillos dorados que atesora
La rica gruta, donde el viejo mora,
Sus driadas en cándidas cestillas,
Para que pise Margarita ufana,
Tierra y agua llenando de favores;
Mas si uno y otro mira con desvío,
Ni las ninfas de Tórmes viertan flores,
Ni rosas hurte Flora á la mañana,
Ni su orilla de perlas borde el rio.

ODA IV.

A Felipe III, entrando en Salamanca.

Ilustre jóven, cuya rubia frente
En edad tan dichosa el oro ciñe,
Cuya diestra ya rige el cetro justo,
Ya del venablo vengativo tiñe
Los aceros en púrpura caliente
Del fiero jabalí, del oso adusto,
Entra gozoso, cual tu padre augusto,
En pacífica toga, alegre mira
De la ciudad vistosa el rico adorno,
La turba que te adora y ciñe en torno.
Cuál pasma, cuál te aclama, cuál se admira.
Manso escucha la lira,
Goza en julio del mayo que te ofrece
Tierra que huellas de tus piés merece.
Y si bien la florida adolescencia
Tus mejillas, adulta, apenas cubre,
Y en ellas vierte sus primeras flores,
Y aun están léjos del lluvioso octubre
Los frutos que madura la experiencia,
Pues los da el seso y el valor mejores,
Entre estos gustos que cual ruiseñores
Las memorias aduermen y cuidados,
Prudente advierte ¡oh sin igual monarca!
Que cuanto el uno y otro mundo abarca,
Cuanto atalayan dellos las dos osas
Que el mar huyen medrosas,
Tanto en este sustentas y aquel hombro,
Siendo envidia á la tierra, al cielo asombro.
Aplica, Señor, pues sabio el oido,
Y en él retumbaran los atambores
Del inconstante galo é inglés pirata;
Tiende la vista próvido, y de flores

(3) Imitacion de la oda VIII del libro 2.° de Horacio.

Mira el aire sutil enriquecido,
Que las despliega blando y las dilata.
Mira en el golfo de crespada plata
Mil portátiles torres fabricadas,
Y en la campaña joves mil valientes,
Escupiendo de sí rayos ardientes,
Cuerpos de acero y almas de ira armadas,
Con la muerte aliadas,
En una voz y en un conforme hipo
De escurecer el nombre de Filipo.
Alienta, alienta tu nativo instinto,
Generoso leon, y con la cola,
Que atrás de mil hazañas vas dejando,
Azota tu coraje, pues no es sola
La sangre de un invicto Cárlos Quinto,
De un Juan y de un Alfonso y de un Fernando
La que en tus venas arma está tocando;
Mas la de una Isabel y otras mujeres
Que á sus piés derribaron con la rueca
El orgullo del ídolo de Meca,
Y con sus vestes, Galia y sus haberes
Temió sus alfileres,
Del capitan francés glorioso ultraje,
Y gloria eterna de tu real linaje.
Ponga ya al malo horror, dé audacia al bueno
Ver que tu justa indignacion se enoja;
Desciña el oro y el acero oprima,
Nuevo David, esa melena roja;
Sienta España la espuela, sienta el freno
Quien desbocado no te sufre encima,
Y esa diestra, Señor, tal vez esgrima
Contra cien mil estoques una espada,
Tal una lanza oponga á cien mil dardos,
Y tal vez de tus jóvenes gallardos
Con el baston gobierne respetada
La poderosa armada,
Hasta que el galo y el inglés molesto
Rindan al yugo tuyo el cuello enhiesto.
Del hispano atambor rimbombe el parche,
Y al aire asorde tu sonora trompa;
El acero luciente al sol deslumbre,
Tu armada la salobre plata rompa,
Mientra que por la tierra el campo marche
Vitorioso, cual tiene de costumbre.
Suspire en afrentosa servidumbre
El pueblo que en desprecio del halago
Su castigo imprudente solicita;
Con muda lengua adore y fe marchita
Al vencedor pendon de Santiago,
Que desde el aire vago
Escupirá de rayos un diluvio
Contra el fiero britano y franco rubio.
Que pues ni en fe ni en religion ni en celo
Era mayor Teodosio, y la perfidia
De tus émulos lleva delantera
A los suyos, mal grado de la envidia,
Espera venturoso ver el cielo
Conducido, Señor, á tu bandera,
Militando por tí en escuadra fiera
La piedra, el huracan, la nube oscura,
Rayos, truenos, relámpagos, dragones,
Y otras cien mil aéreas impresiones,
Si va con luces solas de fe pura
(Pues la insignia en tí dura
Del vellocino), cual Gedeon celoso,
Vencedor no salieres milagroso.
Verás risueño entonces sus banderas;
Prospere el cielo agüeros tan felices,
Besar la tierra humildes por ejemplo,
Arrastradas sus naves infelices
A horro por tus ágiles galeras,
Y de su gran despojo ornado el templo.
Mil tablas luego y piedras mil contemplo,
Eternizados tus trofeos en ellas
Por pompa deste siglo y por invidia
Del pincel y buril de Ceuci y Fidia;
Y subir de tí, asida á las estrellas,
La fama, y colgar dellas
Tu nombre, aunque Tercero, sin segundo,
Para favor y emulacion del mundo.
Cancion, si hallas lugar entre los cisnes
Que el Tórmes rompen, y entre sus espumas,
Vueltas para mejor pulirse en ojos,
Piés ostentan y picos de oro rojos
Y de cándida plata blancas plumas,
De altiva no presumas;
Pasa entre las demás llana y sin ceño,
Cual se precia de ser tu humilde dueño.

SONETO IX.

Al mismo, entrando en las escuelas de Salamanca.

Soberano Señor, cuyo semblante
Tal vez nos representa á Marte crudo
Con el estoque vengador desnudo
Y la túnica estrecha de diamante,
Tal nos pone pacífico delante
Preso el cabello con curioso ñudo
De lauro, y con un libro por escudo,
No menos sabio á Apolo que elegante.
Honra ahora las letras, y con ellas,
Emulo de tu padre y de sus leyes,
Da á la paz el dominio de tu tierra.
De tu abuelo despues sigue las huellas,
Pues igualmente es propio de los reyes
Amar la paz y ejercitar la guerra.

X.

A Fernando de Soria Galvarro.

Vos ¡oh comun Señor! esta criatura
Vuestra hiciste del polvo, y vuestro aliento
Le prestó ser y vida y movimiento,
Y la razon derecha y la figura.
Yo ciego, y, como ciego, la dulzura
Seguí, de un breve y falso bien sediento
(¿Qué útil pudo al polvo traer el viento?),
Y olvidéos, fuente llena y siempre pura.
¡Oh agravio sin igual! ¿Qué recompensa
Dar puedo, si aun me duelo escasamente,
Y otra repito luego y otra ofensa?
Largádmelas, Señor; que si las sañas
Guardais vos, un tan franco y tan paciente
Dios, ¿en quién habrá fáciles entrañas?

ODA V.

A Luis Ferri, entrando el invierno (4).

Ves, Fabio, ya de nieve coronados
Los montes, ves el soto ya desnudo,
Y con el hielo agudo
Los arroyos parados.
Llégate al fuego, y quítame delante
Esos leños mayores. ¡Oh qué brasa!
¡Y qué á sabor las asa
Nise y el Alicante!
¿Qué tales? Come bien, que están suaves
Las batatas, y bebe alegremente;
Que no serás prudente
Si necio ser no sabes.
Remite á Dios, remite, otros cuidados;
Que él sabe y puede encarcelar los vientos
Cuando mas turbulentos
Los mares traen hinchados.
Huye saber lo que será mañana;
Salga la luz templada ó salga fria,
Tú no pierdas el dia,
No, que jamás se gana.
Y mientra no con rigorosas nieves
Tu edad marchita el tiempo y tus verdores,
Coge de tus amores,
Coge, las rosas breves.
Ahora da lugar la noche oscura
Y larga al instrumento bien templado,
Y al requiebro aplazado
Ocasion da segura.
Baja á la puerta, de su madre en vano
Guardada, con pié sordo la doncella,
Y por debajo della
Te deja asir la mano.

(4) Es imitacion de la oda de Horacio á Taliarco, libro primero, oda IX: *Vides ut alta stet nive candidum.*

«Suelte (risueña), que esperar no puedo»,
Dice, y turbada, «Suelte, no me ofenda.»
Quitarle has tú la prenda
Del mal rebelde dedo.

VI.

Al licenciado Antonio Rosel (5).

Mas dulcemente vivirás, Licino,
Si ni contino el golfo sulcar osas,
Ni huyéndolo, á las costas peligrosas
Animas tu camino;
Quien quier que ama el mediano rico estado
Seguro, ni la choza le envilece,
Y templado, del rey no le envanece
El palacio invidiado.
Mas veces bate el viento los crecidos
Pinos, y caen mas presta y gravemente
Las altas torres, hiere el rayo ardiente
Los montes mas erguidos.
Espera en el dolor, en la alegría
Teme el ánimo bien disciplinado
Otra suerte; que el cielo, un dia nublado,
Serénase otro dia.
No porque vaya mal hoy, adelante
Irá así; Apolo mismo tal vez usa
Del arco y de la flecha y de la musa,
Tal vez y del discante.
Fuerte en los casos arduos y alentado,
Te muestra sabio él mismo; en la serena
Bonanza amainarás la vela, llena
Del favor demasiado.

SONETO XI.

Veré al tiempo tomar de tí, Señora,
Por mi venganza, hurtando tu hermosura;
Veré el cabello vuelto en nieve pura,
Que el arte y juventud encrespa y dora.
Y en vez de rosas, en que tiñe ahora
Tus mejillas la edad ¡ay! mal segura,
Lilios sucederán en la madura,
Que el pesar quiten y la envidia á Flora.
Mas, cuando á tu belleza el tiempo ciego
Los lilos embotare, y el aliento
A tu boca hurtare soberana,
Bullir verás mi herida, arder el fuego
Que ni mueve la llama, calmo el viento,
Ni la herida, embotado el hierro, sana.

XII.

A Fernando de Soria Galvarro.

En el secreto de la noche suelo,
Sorino, contemplar las luces bellas,
Y mudo platicar así con ellas,
Porque invidioso no me estorbe el suelo:
«Ya, ya, soberbios astros, vuestro cielo
Flora pisa inmortal con firmes huellas:
Ya, eternamente hermosa, pisa estrellas;
Y ¡cuál sin ella yo! mas cese el duelo.
»Tú fuiste, Flora, y vos, que la robaste,
Divinas luces, para mí inhumanas,
Pues solo y vida y seso me dejastes.
»Mas, porque tú no toda mueras, Flora,
Ni en las miserias vivas toda humanas,
Viva yo y pene, y tú los cielos mora.»

XIII.

Ya sentí de la muerte el postrer hielo
Correr á largo paso por mis venas,
Y dos nubes, de angustia y rabia llenas,
Un mar dende mis ojos dar al suelo,
Cuando, así ardiendo en compasivo celo,
A Flora vi turbar sus dos serenas
Luces, por no aliviar solo mis penas,
Mas pudo en el abismo abrirme un cielo.
«Véte, me dijo triste, y si el camino
Así te es grave, pide á tu deseo
Alas para volver, y á mi esperanza.»
Dichoso mal, que alcanza tan divino
Remedio; amable infierno, donde veo,
No ya por fe, mi bienaventuranza.

XIV.

Suelta la carta y brújula el piloto,
Cansado de luchar con agua y viento;
Azota de la nave el mar hambriento
Este costado abierto y aquel roto.
Del impío marinero, ya devoto,
Envuelto en voces sube el sentimiento
Al cielo, que desprecia mal contento
Del pasajero humilde el casto voto.
Embiste el casco en un escollo duro,
Y al mas dichoso, en una tabla asido,
Escupe el mar en las arenas muerto.
Yo lucho con la ausencia; y sostenido
De mi esperanza, ¿llegaré seguro,
Flora, á tus ojos? Muera yo en tal puerto.

ODA VII.

A don Juan de Arguijo, veinticuatro de Sevilla.

Tú escribes, otro Píndaro, otro Homero,
Aquellos, ó deidades celestiales,
O héroes milagrosos,
Que en pacífica toga ó en acero
Sangriento, ya prudentes, ya espantosos,
Tus inmortales versos
Con hechos merecieron gloriosos.
Nosotros, oh don Juan, abrir el labio
Cantando el singular valor de Alcides,
El mal sano de Elena
Robo y fuego, la astucia de algun sabio
Gran dictador, la cueva inmensa llena
De Curcio, ó á Tidides,
De sus deidades par, con flaca avena.
Pequeños, tanto acometer no osamos,
Ni las á tí debidas alabanzas;
Que entre los inmortales
Héroes luz desta edad te saludamos.
Tú, don Juan, tú á tamaña alteza iguales
Versos único alcanzas,
Debido ya á las mentes celestiales.
¿Quién dinamente escribe á Marte fiero
En malla luminoso de diamante,
O al mozo aventurado
Breve dueño del orbe, ó ya severo
A Júpiter tonando, quebrantado
El orgullo arrogante
De quien turbar la paz del cielo ha osado?
Nosotros, si ayer algo conferimos
Con amigos, si el tiempo nos provoca
Con calores terribles,
Honestamente ociosos escribimos
Fáciles mesas, sombras apacibles,
Y tal vez, si nos toca
Humano ardor, no torpes ni insensibles.

VIII (6).

¿Qué pide al cielo el bien disciplinado
Filósofo? De Creso no el tesoro
Ni de Midas el oro
Ni de Augusto el estado,
Ni el trigo que Sicilia fértil siega,
Ni las vacadas de Calabria gruesas,
Ni las anchas dehesas
Que el Guadalquivir riega.
Poden aquellos á quien dió fortuna
Viña, y la plata con primor labrada
Sirva al que estima en nada
El golfo y lo importuna,
Y sulca tres y mas veces sin pena,

(5) Imitacion de la oda x del libro 2.° de Horacio á Licinio Murena: *Rectius vives, Licine, neque altum*, en que se aconseja medianía é igualdad de ánimo en la próspera y adversa fortuna.

(6) Imitacion de la oda xxxi del libro primero de Horacio: *Quid dedicatum poscit Apollinem.* Pide el poeta á Apolo, no riquezas, sino vida ocupada en placeres inocentes, con salud y juicio.

Caro á los cielos mismos; yo, contento
Con poco, el mar violento
Veré dende la arena,
Y al cielo pediré sola una honesta
Y mediana fortuna con buen seso,
Una vejez de peso,
Ni á mi ni á otro molesta.

IX (7).

Si las vertientes últimas bebieras
Del Tánais, oh Amaranta, y de un molesto
Y bárbaro marido esposa fueras,
De mí en tu puerta, opuesto
Al cierzo, te dolieras.
¿Oyes con qué ruido entre la puerta
Y entre los cidros del jardin rebrama
El viento que furioso te despierta,
Y sereno derrama
El cielo escarcha yerta?
La altivez deja, odiosa en las mujeres;
Teme no vuelva atrás de los favores
La rueda, y pues Penélope no eres,
No así á tus pretensores
Difícil perseveres.
¡Oh! aunque ni las dádivas ni el ruego
Doblarte puedan, ni la ansiosa pena
De los amantes, ni saber que el fuego
De la hermosa Filena
Arde á tu esposo ciego,
Duélaste deste humilde tu rendido,
No ya igual á los duros pedernales,
Pues no así siempre ser podré sufrido
De tus duros umbrales
Y del hielo crecido.

SONETO XV.

De Fernando de Soria Galvarro al autor, al cual pidió que en el mesmo argumento escribiese otro en concurrencia.

Flavio, ¿qué? ¿Admiras ver mal detenida
Alguna rara lágrima, ó amante
Que mucho tiempo ardió, trocar semblante
Alguna vez y fastidiar la vida?
¿Por qué ries la historia aborrecida
De mi amor infeliz, cuando delante
De la ocasion me juzgas inconstante,
Y ves que vierte sangre la herida?
¿Piensas que amamos? No; mas del pasado
Ardor centellas son, y del violento
Fuego humo ó cenizas que han quedado.
Así verás despues que calmó el viento,
El golfo, con las olas agitado,
Conservar luengo espacio el movimiento.

XVI.

Escrito del autor en el mesmo argumento.

¿Qué ansias, Flavio, son estas? Qué montones
De fatigas me embisten desiguales?
O ¿cómo eterno juzgarás mis males
De este aparato inmenso de pasiones?
Pues, Flavio, no amo, no, que á sinrazones
Mi amor calmó; tú cuántas piensa y cuáles,
Pues de lo que fué aun restan las señales,
Estas que grandes ves alteraciones.
Así por dicha viste enfurecidos
Los mares, ya del ábrego violento
Estremecer la tierra con bramidos;
Y en las olas, despues que calmó el viento,
Batiendo unas con otras los quejidos,
Luengo espacio durar y el movimiento.

XVII.

Al sepulcro de don Rodrigo de Castro, cardenal y arzobispo de Sevilla.

Mientra que la alma con seguras huellas,
En diadema de luz vuelto el capelo,
Del mundo desdeñosa, pisa el cielo,
Y al sol da luz, invidia a las estrellas,
Tú, helada piedra, en competencia de ellas
El cuerpo guarda, que inmortal, del suelo,
Nueva fénix hermosa, alzará el vuelo,
De luz cubierto en vez de plumas bellas.
El Tibre y Bétis, ambos invidiosos,
Te acatarán por el sin par tesoro
Que á su pesar, urna felice, adquieres.
Los astros, influyendo en ti amorosos,
Te ofrendarán por trigo granos de oro,
Neptuno perlas, y guirnaldas Céres.

XVIII.

Al mesmo sepulcro.

Recibe, oh mármol sacro, unos despojos,
Con quien del cielo y tierra en uno tienes
La esperanza de aquel, de esta los bienes,
Y de uno y otro en tu favor los ojos.
No por las perlas y topacios rojos,
De las manos adorno y de las sienes,
Que al cielo usurpas próvido en rehenes,
Breve consuelo á así justos enojos,
Mas por los polvos que ambicioso espera
Para crecer el cielo su riqueza,
Despojando tus senos de alabastro;
Por quienes hoy el mundo en ti venera
Los elemos puros de nobleza,
Osorio, Andrade, Portugal y Castro.

ODA X.

Voto por el viaje de don Alonso Santillan (8).

Así de Cipro la valiente diosa,
Así los dos hermanos
De Elena, estrellas claras, luz piadosa
Te dén, y los tiranos
Vientos en cárcel, céfiro templado
Te ponga al mar sosiego.
¡Oh nave á quien Santiso va fiado,
Que lo vuelvas te ruego,
Cuanto lo espera salvo su llorosa
Patria, y de bien cumplido,
Y mi media alma guardes cuidadosa
Del mar enfurecido!
Con tres hojas mal sano armó de acero
Su pecho codicioso
Quien de una frágil tabla fió el primero
Su vida al mar furioso,
Sin recelar que el Africo violento
Airado contrastase
Con el fiero Aquilon, y el turbulento
Noto el mar ensañase.
¿Qué linaje temió de muerte cruda
Quien con ojos enjutos
Vió los escollos yertos, la Bermuda
Y los caimanes brutos?
Si porque Dios prudente dividia,
Cuando zanjaba el mundo,
De la Europa la América, y ponia
Por muro el mar profundo;
Si los bajeles impíos, despreciando
Los acuerdos divinos,
El mar como la tierra van rayando
Con sendas y caminos,
Mal usada á sufrir la gente humana
Todo mal, lo vedado
Ciega apetece, y la fatal manzana
Probó aquel mal osado
Primer hombre; tras ella los ardores
De las fiebres y el resto
Entró al mundo de penas y dolores,
Y el vivir fué molesto.
Y la que de nos léjos habia estado,
Horrible muerte esquiva,
Se avecinó con paso acelerado,
Y es siempre intempestiva.
Dédalo osó romper, dicen, el viento

(7) Es imitacion de la oda x del libro 3.° de Horacio: *Extremum Tanaim si biberes, Lyce.*

(8) Es imitacion de la oda de Horacio á Virgilio cuando este se encaminaba á Aténas. Libro primero, oda III: *Sic te diva potens Cypri.*

Con ambicioso vuelo,
Negado al hombre, y escalar violento
Tentó Nembrot el cielo.
Nada dificil es á los mortales,
¿Qué no montes hollamos?
Y á Dios, de furias llenos infernales,
Mal enojar osamos.
Y nuestra vida torpe no consiente
Con vicios portentosos
Que deponga su diestra omnipotente
Los rayos espantosos.

XI (9).

El entero varon, de culpas puro,
Por do quiera sin flecha enherbolada
Y sin arco, Sabino, y sin cargada
Aljaba irá seguro,
Ora atraviese páramos desiertos,
De humanas plantas no jamás hollados,
Ora cerradas breñas ó empinados
Y mal seguros puertos.
Tal vez pasé con religioso antojo
De ver el gran pastor que el Vaticano
Mora, los montes donde el africano
Caudillo perdió un ojo;
Y de Flora cantando la belleza,
Sin armas, con que dél me defendiera,
Huyó un lobo de mí, que mayor fiera
No vió naturaleza.
Véame pues en la region ardiente,
Negra y estéril, con eterno estío;
Véame en la que siempre abrasa el frio,
Y al sol no ve luciente;
Que en cuanto el cielo vueltas multiplica
Para que el sol al mundo luz envie
Amaré á Flora, la que dulce rie,
La que dulce platica.

SONETO XIX.

A Juan Antonio del Alcázar, por la templanza.

Aquella sola, Flavio, suerte una
Justamente es del sabio suspirada,
Que ni falta en lo asaz ni sobra en nada,
Limitada ignalmente y no importuna.
Quiero, á fuer de la toga, la fortuna
Limpia, de mi medida y concertada,
Ni con grandeza pródiga sobrada
Ni corta y miserablemente ayuna.
Llegue á los piés al tanto que ceñida
No bese el suelo, no, la toga, y sea
Tal mi suerte, que sirva y luzca toda.
No, Flavio, no la quiero desceñida
Ni arrastre, no; que el desaliño afea,
Y no honra lo que arrastra, sino enloda.

XX.

A don Juan de la Sal, obispo de Bona.

El cielo experimenta aquel propicio
A quien lo asaz da Dios con parca mano,
Fortuna honesta, y seso y cuerpo sano,
De los extremos léjos y del vicio.
No envidies, no, mal próvido, Salicio,
En el que ves espléndido tirano,
De la humana grandeza el humo vano,
Y un mundo y otro atento á su servicio.
Cuando Guadalquivir con avenida
Soberbia hinchado sobre sus riberas,
Lánzase al mar con mas veloz corrida,
Bien asi las que ves perecederas
Glorias, tarde aquistadas, desta vida,
Cuando mas crecen, huyen mas ligeras.

XXI.

Esta que te consagro fresca rosa,
Primicia, Galatina, del verano,
Haya virtud, tocándola tu mano,
De hablarte muda asi, tirana hermosa:
«Esa faz, esa mesma que invidiosa
Vió la mañana y admiró el temprano
Sol, con desprecio la verá y ufano
El hesperio ya mustia y mentirosa.
»Yo naci hoy tal, que á emulacion del dia
Robé los ojos; ya no soy cual era;
Que la belleza es breve tiranía.»
Y tú ¡ay! dirás: «¡Oh nunca hermosa fuera
Si asi de breve marchitarme habia
Para mas llorar siempre que me viera!»

XXII.

El rubí de tu boca me rindiera,
A no me haber tu bello pié rendido;
Hubiéranme tus manos ya prendido,
Si preso tu cabello no me hubiera.
Los del cielo por arcos conociera,
Si tus ojos no hubiera conocido;
Fuera su polo norte á mi sentido,
Si la luz de tus ojos no lo fuera.
Asi le plugo al cielo señalarte,
Que no ya solo al norte y arcó bello
Tus cejas venzan y ojos soberanos;
Mas, queriendo á tí mesma aventajarte,
Tu pié la fuerza usurpa, y tu cabello
A tu boca, Amarili, y á tus manos.

ODA XII.

Ya, ya, y fiera y hermosa
Madre de los amores, quebrantado
Desamparé tu enseña, y tú, invidiosa,
A mi. ¿Tú á mí malsano, y derramado?
¿Qué te podré yo ser? Al vulgo vano
Risa y silbo afrentoso;
Al sabio ¡oh cuánto espanto! y al piadoso,
¡Cuál fábula al profano!
Del venusto semblante
La ya florida tez huyó marchita,
Y el pelo que en la frente alzó arrogante
Cresta, desnudo otoño lo ejercita.
Ni contender con el rival podria,
Ni esperar vanamente
Crédulo amor reciproco en la ardiente
Llama sabrosa mia.
Puedo apena sufrirme
Inútil carga, y ¿burlas ¡oh hermosa!
O provócasme seria? Y ¿conducirme
A tu milicia esperas, peligrosa?
Su Cipro ¡ay! Vénus ha desamparado,
Y en fuego convertida
Y en belleza (ya tal se mostró en Ida),
Toda en mi se ha lanzado.
Ardenme aquellos ojos
Negros de la Amarili, que serenos
Roban el sol; aquellos sus enojos
Ardenme, de sal mas que de ira llenos;
Su dulcemente acerba rebeldía,
Y de su negro pelo
El oro, el fuego. Arabia y Mongibelo
¿Tal fuego, oro tal cria?
¿Quién trocará prudente
Por cuanto el Inga atesoró, el cabello
De Amarili, y por todo el rico Oriente
Cuando ella tuerce? ¡Oh cómo hermosa, el cuello
A mis ardientes besos, y rogada,
Con saña fácil niega
Lo que ella mas que el mesmo que le ruega
Dar quisiera robada!

XIII (10).

Al licenciado Francisco Flores, capellan de los Reyes Nuevos de Toledo.

No tiene lustre alguno la ocultada
Plata en las avarientas venas, Floro,

(9) Imitacion de Horacio, oda XXII del libro primero, á Aristio Fusco, sobre que la inocencia de vida en todo lugar está segura: *Integer vitæ scelerisque purus.*

(10) Imitacion de la oda II del libro 2.°, de Horacio, á Cayo Crispo Salustio, nieto del famoso historiador del mismo nombre. Prueba que el buen uso de las riquezas y la templanza hacen al hombre dichoso: *Nullus argento color est avaris.*

De la tierra, y estimo en nada el oro,
Que me sirve de nada.
Vivirá de Alejandro glorioso,
Pese á la invidia, el apellido cuanto
Rodare el sol, no por valiente tanto,
Cuanto por dadivoso.
Y reinarás mas luenga y noblemente
Si tu ambicioso corazon rindieres
Que si cuanto ve el sol oriente adquieres,
Y ve el sol occidente.
No será que el hidrópico remita
La sed, si mal de sí compadecido,
Mas bebe y mas; pero si bien sufrido,
La causa della quita,
Vencerla ha; y solo es rey el que desea
Nada, con lo que tiene satisfecho;
No aquel, no, á quien codicia rompe el pecho,
Bien que un mundo posea.
Entre las aves al imperio aspira,
No por herencia ó sangre, la que osada
A su valor, con vista no turbada
Al sol derecha mira;
Y á aquel solo varon uno es debido
El cetro, yo juez, que mira, Floro,
Y sufrir osa el resplandor del oro
Con ojo no torcido.

SONETO XXIII.

A don Alonso de Santillan, que se embarcaba en los galeones de la armada de las Indias.

Tú sulcas ¡oh Santiso! el mar furioso,
Y de este sol huyendo la tardanza,
Te avecinas al otro en esperanza
Del hado, que te aguarda mas piadoso;
Y sabio el rostro opones y animoso
A una y otra fortuna sin mudanza;
Uno te ve y te admira la bonanza,
Y uno el Euro mas turbio y proceloso.
Yo quedo en tierra firme y mal constante;
De dolor embestido y de alegría,
Altero por momentos el semblante;
Mas si un mar brama dentro en la alma mia,
No fuera, no, cual tú lo ves delante.
Júpiter ¿cuántas formas mudaria?

XXIV.

Mustia la vid, de aquella y de esta vara
Llora el robo, y del fruto que le espera
Mal cierta, á la hoz culpa. ¡Oh si supiera,
Oh cómo si supiera no llorara!
El rústico novel con mano avara
Fia á la tierra en breve sementera
El grano, de cogerlo en fértil era
Medroso; el bien esperto ¡oh cómo osara!
El otoño enriquece, y el estío
Corona al uno y otro de racimos
Y de espigas los senos y las sienes.
Sufre y osa, varon corazon mio;
Que á la paciencia y á la audacia vimos
Ricas y coronadas de mil bienes.

XXV.

A don Gutierre de Ocampo.

Cuanta la tierra es toda comparada
Con el inmenso cóncavo del cielo
Un punto breve, y deste punto el hielo
Dos partes y una el sol tiene abrasada,
De otras que restan dos, que está ocupada
De tierra con los mares, ¡qué de suelo
Yermo está por inútil, oh Marcélo!
Y á nos un quinto resta deste nada.
Sobre él naciones tantas á porfía
Sangrientas, y sin fin se mueven guerra
(Durarles ha su posesion, ¿qué dia?);
Mas, pues tal es, y á estos llaman bienes,
En el quinto de un punto, que es la tierra,
Para te envanecer ¿qué parte tienes?

XXVI.

A las ruinas de Itálica, que ahora llaman Sevilla la Vieja, junto de las cuales está su heredamiento Mirar-Bueno.

Estos de pan llevar campos ahora,
Fueron un tiempo Itálica, este llano
Fué templo; aquí á Teodosio, allí á Trajano
Puso estatuas su patria vencedora.
En este cerco fueron Lamia y Flora
Llama y admiracion del vulgo vano;
En este cerco el luchador profano
Del aplauso esperó la voz sonora.
¡Cómo feneció todo! ¡ay! Mas seguras,
A pesar de fortuna y tiempo, vemos
Estas y aquellas piedras combatidas;
Mas, si vencen la edad y los extremos
Del mal piedras calladas y sufridas,
Suframos, Amarilis, y callemos.

ODA XIV (11).

Huyó la nieve, y árboles y prados
De hoja y grama se visten;
La tierra se reveza, y amenguados
Los rios, no la embisten.
El año te amonesta que no esperes
Bienes aquí inmortales;
Y el dia, que arrebata los placeres
Y gustos no cabales,
Amansa del invierno yerto el frio
Con favonios templados,
Y el verano ahuyentan del estío
Los soles requemados.
Este fallece luego que el sabroso
Otoño nos madura
Los frutos, y el invierno perezoso
Por tornar se apresura;
Mas los daños del tiempo presurosas
Las lunas los reparan,
Y restituye el céfiro las rosas
Que los cierzos robaran.
Nos, de peor condicion, si tal vez una
A aquella luz cedemos,
¿En qué abril, á qué viento, con qué luna
Renovarnos podrémos?

XV (12).

¿Quién es ¡oh Pirra! el mozo delicado
Que, en ámbares bañado y entre flores,
Hoy goza tus amores?
¿Para quién has trenzado
Tus rubias hebras con sencillo aseo?
¡Ay, cuántas veces, ay, tu fe y su hado
Ya llorar ha mudado!
Y admirará el Egeo,
Con vientos negros áspero, en la fiera
Tormenta nuevo, el que te cree y te adora
Por hecha de oro ahora,
El que siempre te espera
De otro cuidado ajena y siempre amable,
No advertido del viento mentiroso,
Que le espira amoroso
Aquel ¡oh miserable!
A quien tu faz de nuevo resplandece;
A mí del mar y la tormenta esquiva
Una tabla votiva
Libre al templo me ofrece.

XVI.

A Fernando de Soria Galvarro.

Todos erramos, todos,
En cuantos bienes sin acuerdo amamos,
Y aunque por varios modos,
Todos, Sorino, ciegamente erramos;

(11) Es imitacion de la oda de Horacio á Torcuato (VII del libro 4.°), convidándolo á disfrutar de una vida deliciosa mientras pueda: *Difugere nives: redeunt jam gramina campis.*

(12) Imitacion de la oda V del libro primero de Horacio: *Quis multa.*

Mas ¿qué jamás huimos,
O qué guiados de razon, seguimos?
Nadie principio ha dado
Con tan dichoso pié á felice empresa,
Que no de haberla osado
Confiese malcontento que le pesa;
Ya lo muelle nos daña
De la paz, de la guerra ya la saña.
España triste gime
De la fortuna en la mas alta cumbre;
Que la sobra y oprime
De su gran majestad la pesadumbre;
Y máquinas que el cielo
No apoya vienen con su peso al suelo.
Rie Francia hollada
Del español jinete y del infante,
Su gente acaudillada
Contra sí mesma, y de su fe inconstante
Los sucesos siniestros,
Horror y asombro de los siglos nuestros.
De fruto y paz copiosa
Italia, emulacion de sus vecinas,
Sorbe con sed rabiosa
Cuanto sudan de América las minas,
Y con juicio ciego
Cansado llama y largo á su sosiego.
Allá Grecia remisa
Sufre el yugo tirano, y el pié besa
Que la cerviz le pisa,
De así gentiles pechos digna empresa;
¿Dónde tus soberanos
Ingenios, Grecia? Dónde están tus manos?
Yo, si oponer conviene
En parangon á tan crecidas cosas
Lo que apena sér tiene
A sombra de provincias tan gloriosas,
Que se gozan errando,
De mi acertado error me iré gozando.
No á mi peso rendido
Ni á mi lloroso estrago así risueño,
De la paz no ofendido,
Ni alegre esclavo de tan triste dueño,
Como á dicha se precia
De errar España, Francia, Italia y Grecia;
Mas, en prision dichosa,
Asido al carro do triunfando sale
De entrambos victoriosa
La que mas que este mundo y aquel vale;
La que es de las estrellas
Emulacion y pasmo á todas ellas;
Aquella hermosa, aquella
En fuerte hora nacida para dueño
De cuantas almas huella
Con pié señor ó con sabroso ceño,
De cuantas mide al dia,
Unica en todo y sin igual María.
Alegre iré y ufano
Entre los grandes presos venturosos,
Que del ciego tirano
Ornan el triunfo, y ellos envidiosos
De mi suerte y ajenos
De emulacion irán y rabia llenos.
Verán que erré yo solo
Por fuerza de belleza mas divina,
Que fué la que dió á Apolo,
Y á Jove dió figura peregrina.
¡Oh yerro venturoso,
El que nació de objeto tan hermoso!

SONETO XXVII.

A don Juan de Arguijo.

Si con poco nos basta, ¿por qué, Argio,
Porque no, y animoso yo y prudente,
Mi breve censo estimaré igualmente
Que de América el ancho señorío?
Dulce es de un gran monton de plata mio
Suplir mi falta, y ¿no es tan suficiente
Cogida el agua de una breve fuente
A mitigar la sed, como de un rio?
Bebe pues de él; que suele arrebatado
Guadalquivir con súbita avenida
Llevarse á quien lo bebe mal templado.
¿Quién hay, quién hay que con lo asaz se mida?
Ni charcos este apurará afanado,
Ni entre ondas fieras perderá la vida.

XXVIII.

¡Oh tú, que al sol tan desdeñosa miras,
Y de verte mas bella que él te engries!
¿Por qué en mi dolor triste alegre ries
Despues que las osadas flechas tiras?
Reserva esas en risa envueltas iras
Para cuando mas cuerda te desvies
De ese que porque de él tu pecho fies
Colora con lisonjas sus mentiras.
Cambia, Amarili, cambia pensamiento,
Da luz á la razon; que es grave daño
Haberte á error ó deslealtad rendido.
Mas ¡oh, cómo eres ciego, Amor! al viento
Das y á la ingratitud un bien tamaño,
Debiéndolo á los años que he servido.

XXIX.

No sé cómo ni cuándo ni qué cosa
Sentí que me llenaba de dulzura;
Sé que llegó á mis brazos la hermosura,
De gozarse conmigo cudiciosa;
Sé que llegó, si bien con temerosa
Vista resisti apena su figura;
Luego pasmé como el que en noche oscura,
Perdido el tino, el pié mover no osa.
Siguió un gran gozo á aqueste pasmo ó sueño;
No sé cuándo ni cómo ni qué ha sido,
Que lo sensible todo puso en calma.
Ignorarlo es saber; que es bien pequeño
El que puede abarcar solo el sentido,
Y este pudo caber en sola la alma.

XXX.

A don Juan de Arguijo, contra el artificio.

Cansa la vista el artificio humano
Cuanto mayor mas presto; la mas clara
Fuente y jardin compuestos dan en cara
Que nuestro ingenio es breve y nuestra mano.
Aquel, aquel descuido soberano
De la naturaleza, en nada avara,
Con luenga admiracion suspende y para
A quien lo advierte con sentido sano.
Ver cómo corre eternamente un rio,
Cómo el campo se tiende en las llanuras,
Y en los montes se anuda y se reduce,
Grandeza es siempre nueva y grata, Argio,
Tal, pero es el autor que las produce
¡Oh Dios inmenso! en todas tus criaturas.

ODA XVII (13).

Cuando tú me encareces
¡Oh Amarili! de Julio el talle hermoso,
Y mirando enmudeces
A Julio con descuido mal curioso,
¡Ay cómo arde en mi pecho
Infernal rabia, y con dolor esquivo
Revienta á mi despecho
Por los ojos el llanto fugitivo!
Y cambiando colores,
Indicacion da el rostro fatigado
De cuán fieros ardores
En mi alma lentamente se han lanzado.
Quémame ver señales
De burlas en tus brazos de alabastro,
Quémame en los colores
De tus labios ver de otro fuego el rastro.
No, si tú bien me escuchas,
Con mozos libres, so color de juego,
Osada emprendas luchas;

(13) Es imitacion de la oda XIII del libro primero de Horacio. El argumento, segun las palabras de Biedma, es desavenir de la amistad de Telefo á Lidia: *Cum tu Lydia Telephi.*

Que allí oculto de Vénus yace el fuego.
¡Oh tres veces dichosos
Los que anuda con lazo Amor tan fuerte,
Que celos rigurosos
Primero no lo rompan que la muerte.

XVIII (14).

Si de renta mas cuentos
Que los ingas y chinos alcanzares,
Y tus anchos cimientos
Las tierras ocuparen y los mares,
Ni la certera flecha
De la muerte huirás, ni de su miedo
La importuna sospecha
Tenerte dejará el ánimo ledo.
¡Oh! mejor el gitano,
Sin patria conocida ni solares,
Vive, y el africano
En movedizas casas y aduares;
A quien fruto crecido,
No con lindes tasado ni mojones,
El campo agradecido
Rinde, y de trigo fértiles montones;
Y con labor de un año
Llenos, holgar permiten á la tierra,
Y al que administra ogaño
Igual otro sucede, paz y guerra.
Allí al varon no rige,
Soberbia con la dote, su casada,
Ni el vicio mal corrige,
Del poderoso adúltero fiada.
Gran dote es la nobleza
Y honestidad allí de los mayores;
El pecar gran vileza,
Y su precio morir con los favores.
¡Oh tú, quien quier que seas,
De los siglos prudentes inmortales
Si escrito ser deseas
Padre del pueblo en públicos anales,
Osa enfrenar severo
Cuerdamente la vida licenciosa,
Y al siglo venidero
Virtud que imite ofrece generosa.
Pues tal es, que invidiosos
En los presentes la virtud odiamos,
Y de ella codiciosos,
Si á los ojos fallece, la buscamos.
¿Qué sirven las querellas
Si el castigo las culpas no descrece?
¿Qué las leyes, cual ellas
Vanas, si exento el pueblo, no obedece.
Ni ya el estéril suelo
De la tórrida ardiente siempre y solo,
Ni ya el eterno hielo
De los siete triones y del polo,
Al mercader desvia
De sus torpes ganancias. Vence artero
Con pertinaz porfía
Tamaño golfo un breve marinero,
Y presta la pobreza
¡Grande oprobio! hoy paciencia y ardimiento
Para cualquier vileza,
Y pone en torpe olvido el santo intento;
O al comun, do la fama
Y aplauso popular con gloriosos
Apellidos nos llama,
O al mar vecino los rubíes preciosos;
Y el oro inútil demos,
¡De todo mal cuán ciertas ocasiones!
Y si nos mal queremos,
Las maldades, si bien somos varones.
De la torpe avaricia
Las letras no se aprendan, no, primeras;
Mas beba en la puericia
Disciplinas el ánimo severas.
No cual hoy, que no gusta
Ni andar sabe á caballo el ahembrado
Mozuelo, y la robusta
Caza teme, ó ¿el naipe así y el dado?
Y tú, ¡oh padre perjuro
Y trefe á tus amigos y usurero,
¿Con recambios el juro
Apresuras y el censo á ese heredero?
Está bien, y sin tasa
Crezca la hacienda, crezca; mas ¿qué importa,
Si la codicia escasa
Siempre en un no sé qué la llora corta?

SONETO XXXI.

De Fernando de Soria al autor.

No puedo desatar deste cuidado
Un punto mi engañado pensamiento,
Que está, cual Ixion en su tormento,
A la cadena y dura rueda atado.
En balde del camino comenzado
Apartarlo con fuerza ó maña intento,
Si de mi sangre y mal está sediento
El tirano de Amor fiero y airado.
Medrano, ¿qué haré? Romper los lazos
No puede fuerza flaca ya y rendida,
Ni vencer tanto monte de embarazos.
Mostradme vos de afuera la salida,
Sin remitirla á mi vigor ni brazos;
Que si es así no la hallaré en mi vida.

XXXII.

Respuesta del anterior soneto.

Si ya de la razon el rayo ha dado
Luz á nuestro cerrado pensamiento;
Si estimais cuerdo ahora por tormento
Lo que un tiempo placer se os ha antojado,
Osad, osad romper el anudado
Lazo que el alma os mide y el aliento;
Que por sí tiene al cielo un noble intento,
Y á la fortuna tiene el que es osado.
Diréis, Soriano: ¿Cómo y tantos lazos
Romper podrá una fuerza ya rendida,
Y vencerá un tal monte de embarazos?
En el Dios muerto para darnos vida
Hallaréis fuego vos, hallaréis brazos
Que abrase el monte y libre os dén salida.

XXXIII.

Otra respuesta en el mesmo argumento.

Despierto al fiero incendio y dél cercado
Veis ya, veis que el caballo fué don griego,
Y no mujer Elena, sino fuego;
Mal admitido don, bien mal buscado.
¿Qué temeis? Qué esperais así ocupado,
Sordo á las voces, y á las llamas ciego?
Salid por medio de ellas, salid luego;
No espereis, no; huid, y habréis triunfado.
Mas ya, si con el uso envejecido
Para vencer huyendo un mal tamaño,
La fuerza os ha, Fernando, fallecido,
En sus hombros el nuevo desengaño,
Por do estuviere el fuego mas tendido,
Sacaros sin lesion podrá y sin daño.

XXXIV.

Vive engañada mi fortuna loca
Si de mi centro desasirme piensa,
Porque no vió del mar la furia inmensa
Opuesta á su rigor mas firme roca.
Será que con distancia mucha ó poca
El sentido divida sin defensa
De su gusto. Mas ¿cómo hará ofensa
Al alma do su bien ó mal no toca?
¿Qué? Destiérreme á Italia ó á Castilla,
Que mientra de Amarili arder me veo,
Mas distante es mi ardor, mas infinito.
¿Quién pero forma desto maravilla,
Si es tan madre la ausencia del deseo
Como la privacion del apetito?

(14) Imitacion de la oda XXIV del libro 3.° de Horacio: *Intactis opulentior*. Es contra los vicios de su siglo, originados de la insaciable sed de oro.

ODA XIX.

A Francisco de Acosta, en la muerte del padre José de Acosta, su hermano.

¿Quién pondrá freno y término al deseo
De una vida, Faustino, así preciosa?
¡Oh, cómo fuera digno aquí el empleo
De tu voz numerosa
Y de tu lira, Orfeo!
Eterno sueño al grande Acosta oprime,
Cuya par no vió el sol, y la fe pura
Y la entereza sin consuelo gime
Sobre la sepultura;
Ni hay quien no se lastime.
Faltó en dolor de muchos, mas ninguno
Al tuyo igual. Tú aquel piadoso en vano
Al cerrado sepulcro, tú aquel uno
Al cielo soberano
Demandas importuno.
Bájase fácil á la hoya oscura;
Pero dar paso atrás y á aquesto aliento
Y luz comun volver, ¡oh cómo es dura
Provincia! no es intento
Permitido á criatura.
Es grave asaz la pérdida y temible,
Y fiero es el dolor que della avino;
Mas si enmendar el hado es imposible,
Modéralo, Faustino,
La paciencia invencible.

XX.

No estimes, no, por afrentoso el nudo
Que con esclava te enlazó tan bella,
Pues otra ya menos hermosa que ella
A Aquiles arder pudo.
Agamenon, la prez y honor del griego
Bando, ¿triunfo no fué de su cautiva?
Y otra la condicion de Ayace altiva
Rendir pudo á su fuego.
¿Qué, Tirso, no será, que ilustre padre
Engendrase á tu Fili, y que los cielos
Le diesen, como á ti, nobles abuelos,
Si no bien igual madre?
Su aquel ánimo, al menos generoso,
Aquel su corazon, así arredrado
De interés y doblez, no fué heredado,
No, de padre afrentoso.
¿Y el rostro? ¿Dó se vió par hermosura?
¡Qué pié, qué manos tan á torno hechas!
Sano la alabo, Tirso; ¿qué sospechas?
Ya la edad me asegura.

SONETO XXXV.

Hecho en concurrencia del que se sigue de Fernando de Soria, que le pidió que escribiese en este argumento.

Solo uno el hombre nace despojado
De bien todo, y de todos invidioso;
Mísero él solo, y solo él ambicioso,
Para nada despierto y enseñado.
A llorar sí, que solo esto de grado
Le dió naturaleza, y tan vicioso
Y tan rudo animal, y así lloroso
Para dueño de todos fué criado.
El solo ni ofender ni defenderse
En diferencia tanta de animales,
Ni comer puede ó sabe, ni moverse.
¡Oh loco! y pensará nacer de tales
Principios para solo envanecerse!
¡Cuál es la presuncion de los mortales!

XXXVI.

De Fernando de Soria á Bartolomé Leonardo de Argensola.

El hombre solo en tantos animales,
Leonardo, nació al llanto; él solo atado
Es el dia en que nace, desarmado,
Sin defensa ni piés contra los males.
Así empieza la vida: á los umbrales
Della ofreciendo llanto anticipado,
No entonces por algun otro pecado
Que el de nacer para miserias tales.
A él fué dada insaciable sed de vida;
El solo cuida de la sepultura,
Y en su alma brama un mar de ansia y afeto,
Por do algunos dijeron: «No es natura
Madre, sino madrastra aborrecida.»
Mira si error oiste mas discreto.

ODA XXI.

A Juan Antonio del Alcázar, por la templanza.

La inexpugnable torre y la ferrada
Puerta y los canes, tristes veladores,
Asaz pudieran conservar guardada
De osados amadores
A Danaes encerrada,
Si Vénus, ingeniosa, no burlara
De Acrisio, padre y guarda recatado
De la virgen, si no se transformara
Jove en metal sagrado,
Que el camino allanara.
Penetra victorioso las escuadras,
Y romper quiere el oro por las peñas
Duras, mas que los rayos poderoso,
¿Qué fuerte á sus enseñas
No se allana medroso?
Desmentidas las puertas mas leales
De los pueblos Filipo abrió con dones,
Y venció émulos reyes; sus iguales
Son ¡oh cuáles prisiones!
Las dádivas reales.
Sigue al oro el cuidado congojoso
Y la sed de mas oro. Yo prudente
El fausto siempre aborreci ambicioso,
Flavio, luz del presente
Siglo, por tí dichoso.
Quien mas negare á su deseo mendigo,
Habrá del cielo mas; de los que nada
Codician el estrecho bando sigo,
De la chusma afanada
Tras la plata enemigo.
Dueño, y mas noble de unas pocas plantas
Que si me diera luz la fama ciega,
Porque en mis torres ocultara cuantas
Mieses Sicilia siega,
Pobre en riquezas tantas.
Con un arroyo breve de agua pura,
Y tierra poca y fiel á mi esperanza,
En desprecio me viene quien la anchura
Del indio imperio alcanza
Con suerte mal segura.
Y aunque ni las abejas calabresas
Me labran miel, ni vinos regalados
De Ribadavia añejos ven mis mesas,
Ni ocupar mis ganados
De Alcudia las dehesas,
No pobreza importuna me atormenta,
Ni tú lo permitieras, y enfrenada
La codicia, ni así del fisco aumenta
Mi hacienda limitada
La mal habida renta,
Como la del que siempre afana en vano.
Fáltale á quien de poco es enemigo,
Mucho. ¡Dichoso á quien con seso sano
Dios le dió bien amigo,
Lo asaz con parca mano!

XXII (15).

Menos veces te baten las cerradas
Ventanas ya mancebos porfiados,
Ni te rompen el sueño, y desvelados
No traen así alteradas
Tus vecinas; y tú, que los umbrales
Solicita y los quicios fatigabas,
Menos ya, menos oyes las aldabas,
Y las noches cabales

(15) Es imitacion de la oda XXIV del libro primero de Horacio: *Parcius junctas quatiunt fenestras.*

Duermes, Licisca, ó lloras insidiosa,
La memoria ocupando en las porfias
Luengas de los rivales que traias
En guerra peligrosa;
Y vieja y sola ya, cuando la luna
Descrece mas ó el céfiro mas crece,
Cuando te enciende Vénus y enfurece,
Acusas importuna
Los mozos, que desprecian con enfado
Rosas que desmayó una tarde fria,
Y de las que hoy apenas abrió el dia
Se coronan de grado.

SONETO XXXVII.

Al retrato de Luciano de Negron, arcediano de Sevilla, por mano de Francisco Pacheco, pintor y insigne retratador.

Este breve retrato los mayores
Dos varones que al mundo dió Sevilla
Nos ofrece á los ojos; maravilla
Ambos y emulacion á los mejores.
Los primores del cielo, los primores
Del arte aquí la envidia vió amarilla,
Y sobrada de entrambos la rodilla
Dobla, y suelta la lengua en sus loores.
En tí ¡oh Negron! sin límite así crece
La ciencia y la bondad, que en todos mengua;
La pintura ¡oh Pacheco! en tí se suma.
Mi pluma y lengua para y se enmudece
Por no llegar á tu virtud mi lengua,
Por no llegar á tú pincel mi pluma.

XXXVIII.

En unas grandes máquinas de fuegos que se hicieron sobre el rio de Sevilla en el nacimiento del príncipe de Castilla.

Arde la llama, y á la oscura y fria
Noche el festivo incendio vence, y cuanto
De estruendo y fuego horror fué ya en Lepanto
Sirve al gusto brevísimo de un dia.
Sola una tú lo atiendes, alma mia,
De placer no alterada ni de espanto,
Siendo en tan nueva luz y en fuego tanto
La admiracion comun y la alegria.
Arde ¿quién duda? en tu mas noble parte
Mas fiera llama y mas tambien luciente.
¿Qué te podrá alegrar ó qué admirarte?
Así, presente el sol, no hay luz hermosa
Ni grande; así ningun pincel valiente,
Presente la verdad, parecer osa.

XXXIX.

Las almas son eternas, son iguales,
Son libres, son espíritus, María;
Si en ellas hay amor, con la porfia
De los estorbos crece y de los males.
Nacimos en fortuna desiguales,
No en gustos; la violencia nos desvia;
El tiempo corre lento, y deja el dia
De sí hasta en los mármoles señales.
Mas tú ni á tiempo alguno ni á violencia,
Ni á aquello desigual de la fortuna,
Ni temas á la mas prolija ausencia;
Que si nuestras dos almas son á una,
¿En quién, si no ya en Dios, habrá potencia
Que las gaste ó las fuerce ó las desuna?

XL.

A don Juan de Arguijo.

Ya sopla turbio el ábrego, ya hinchado
Se encona sordo y turba el golfo Argio,
Ya el aquilon arrebatado y frio
Crece en montes las olas, ensañado.
Rómpense unas con otras, y erizado
Brama espantable el mar, lanzando impío
Espumas contra el cielo, y tu navío
Vacila entre las ondas, afanado.
¿Qué? depon el temor, á humilde playa
Dios el que admiras piélago insolente
Rindió, «y esta, le dijo, sea tu raya.
»Jamás de aquí con ambicioso antojo
Oses pasar; aquí tu vanamente
Espantosa hinchazon rompe y tu enojo.»

ODA XXIII (16).

A don Juan de la Sal, obispo de Bona.

Ya, Salicio, al arado las reales
Fábricas dejarán pocas yugadas;
Estanques ocupadas
Tendrán, y al mar iguales,
Las hoy tierras labradas.
Sucederá á las rústicas encinas
El solitario plátano lascivo,
Y al tomillo nativo
Las flores peregrinas
Del ciclamor estivo.
Todo ministra al gusto del sentido
Ciego; ¿qué á la razon? Tras el privado
Bien, ¡oh reino amenguado!
Al comun preferido,
Corres desalentado.
De cidros y de mirtos olorosos
Bosques nos guardarán templanza y flores
En los soles mayores;
No así los gloriosos
Nuestros progenitores.
No del inculto Wamba la severa
Disciplina ó del Cid en nuestra curia
Con así grave injuria
De la nacion sufrida
Tan profana lujuria.
De los particulares era estrecho
El censo; el comun grande asaz servia
A quien lo poseia,
De abrigo y sombra el techo,
No al ocio y fantasía.
Del público con vírgenes sillares
Y robres que el cepillo despreciaban
Los pueblos reparaban,
Y á Dios nuevos altares
Y templos levantaban.

XXIV (17).

A don Fernando Niño de Guevara, cardenal y arzobispo de Sevilla.

Sosiego pide á Dios en su desierta
Y alta mar el piloto, á quien la luna
Nubes robaron tristes, y ninguna
Le luce estrella cierta;
Sosiego el aleman infante armado,
Sosiego el volador jinete moro;
Que no con perlas, Niño, ni tesoro
El sosiego es comprado;
No la América toda es de provecho
Ni las flamencas guardas ni españolas,
O á mitigar las ensañadas olas
Que baten el real pecho,
O á arredrar dél los tímidos cuidados,
Que importunos sin término rodean
Los techos que al gran dueño lisonjean,
Con oro artesonados.
Vívese bien con poco, y quien codicia
De sus abuelos el hogar pequeño,
No romperá con miedo el fácil sueño,
Ni con bruta avaricia.
¿Qué tiramos en vida, mal valientes,
Tan breve, á tan prolijas pretensiones?
Qué inquirimos, solícitos, regiones
Con otro sol caliente?
Sube á caballo, y en la nao primero
Entra que yo el cuidado congojoso,
Mas ligero que el gamo y que el nevoso
Aquilon mas ligero.
A lo presente el ánimo alentado,

(16) Imitacion de Horacio, libro 2.°, oda xv: *Jam pauca aratro.*
(17) Imitacion de Horacio, libro 2.°, oda xvi, á Crospho: *Otium divos rogat in patenti.*

Del porvenir no cuide, y la precisa
Ocasion de pesar temple con risa;
Que no hay bien consumado.
Robó á Alejandro el hado intempestivo,
Alargóse, invidioso de Adriano,
Y á mí por dicha el tiempo dará humano
Lo que á tí niega esquivo.
De apriscos á ti un ciento en torno ciñen,
Mil vacas para ti las ubres crecen,
Y para tí el relincho ensoberbecen
Mil yeguas, y se tiñen
Tus paños una y otra vez en grana;
A mí una grey dió el cielo, de vil precio,
Un grato ingenio, un señoril desprecio
De la chusma profana.

XXV.

Al licenciado Francisco de Rioja.

Vímosla ya, Leucido, ya la vimos
Ser de Guadalquivir madre arenosa
Esta que pueblan hoy, madre hermosa,
Ricas plantas de fértiles racimos,
Y si la edad, pues tanto es poderosa,
Estos pagos de viñas
Y estas de mieses hoy rubias campiñas,
¿A ser volverán rio?
¿Qué no esperar podré en el dolor mio?
Traeráme un sol, traerá á mi compañia
A Amarilis gozosa,
Si ya llorosa me la robó un dia.

SONETO XLI.

Quien te dice que ausencia causa olvido
Mal supo amar, porque si amar supiera,
¿Qué la ausencia? La muerte nunca hubiera
Las mientes de su amor adormecido.
¿Podrá olvidar su llaga un corzo herido
Del acertado hierro, cuando quiera
Huir medroso con veloz carrera
Las manos que la flecha han despedido?
Herida es el amor tan penetrante,
Que llega al alma, y tuya fué la flecha
De quien la mia dichosa fué herida.
No temas pues en verme así distante;
Que la herida, Amarili, una vez hecha,
Siempre, siempre y do quiera será herida.

XLII.

Cuando invidioso el tiempo haya robado
El tu cabello, espanto ahora de Flora,
Y el verano, que alegre gozo ahora
Y la flor de mi edad haya robado,
No seré, no, Amarili, á tu sagrado
Nombre ingrato que la alma humilde adora,
Ni el fuego celestial que en ella mora
De la edad sentirá el invierno helado;
Mas del cisne imitando la costumbre,
Con acento, por dicha mas divino,
Te cantaré, para morirme luego;
Y como llama que vigor y lumbre
Cobra cuando su fin es mas vecino,
Mas resplandecerá mi hermoso fuego.

XLIII.

Otra vez, Amarili, el proceloso
Invierno ensaña el mar y ciega el dia;
Otra vez flaca y rota nave mia
El cielo experimenta invidioso.
El se ostenta en tu daño poderoso
Y ¿un cielo santo iras tamañas cria?
¡Oh, cómo no te basta la osadia!
Piloto has menester sabio, y no ocioso.
¿Tememos? No, Amarili, aunque veamos
O embestir el bajel en los mas yertos
Escollos ó sorberlo ya el abismo.
¿Qué temeré, si juntos así estamos?
Que una ola mesma nos sepulte muertos,
O salvos nos dé al templo un voto mismo.

ODA XXVI (18).

A don Alonso de Medrano, su hermano.

Al cielo si las manos levantares
Y los ojos, Minardo, vergonzosos;
Si con votos piadosos
Sus iras aplacares,
No sentirá los astros pestilentes
Tu vid, ni las langostas tu sembrado,
Ni los hielos tu prado,
Ni los soles ardientes.
El rico, á quien el oro ensoberbece,
Diez escogidas vacas, las mas gruesas
Que pastan sus dehesas,
A Dios en voto ofrece.
A ti, de un hogar pobre humilde dueño,
No toca, no, tan ambiciosa ofrenda;
Darle has la mejor prenda
De tu redil pequeño;
Que si imploraren su deidad ajenas
Tus manos de venganza y de codicia,
Hallarla han mas propicia
Que las del rico, llenas.

XXVII (19).

Aun la tierna cerviz no es poderosa
Del yugo y de igualar con el usado
Compañero el arado,
Ni bien tolerar osa
El peso demasiado
Del encendido toro que la asalta.
Ahora solo gusta tu novilla
De retozar bobilla
Con las otras, y salta
Del Bétis á la orilla.
El apetito deja mal seguro
Del hermoso racimo, que aun acedo
Está; llegará cedo
El otoño maduro,
Y probarlo has sin miedo.
Ella te buscará; que la edad fiera
Corre sin freno, y cuantos, no sentida,
Años hurta á tu vida,
Los añade ligera
A su niñez florida.
Tú la espera la mas sabrosa y bella
Que ha visto el sol, y el suelo producido;
Mas con seso advertido
Piensa que será della
Lo que de otras ha sido.

SONETO XLIV.

Al licenciado Francisco de Rioja.

La violencia, Leucido, de los hados
¿En qué los ofendí? Lleva mi vida,
Llévate, oh Amarilis, ofrecida
A mal seguros golfos y apartados.
¿Cómo pues yo de afanes y cuidados
Batido miro el mar con tan erguida
Frente y muda paciencia, no vencida
Destos escollos yertos y callados?
Cedo á la fuerza cuerdo, y cedo al dia,
La esperanza alargando, y si no engaña
Su arte al sabio, Amarilis será mia.
Así del pece es dueño, cuando siente
Fuerzas en él mayores que en la caña,
Si le da cuerda el pescador prudente.

(18) Imitacion de la oda XXIII del libro 3.° de Horacio: *Cœlo si tuleris manus*, dirigida á Phidyle, acerca de que el don ofrecido á los dioses con manos puras, no por ser corto ó pobre es menos acepto que los sacrificios mas magníficos.

(19) Imitacion de la oda V de Horacio, del libro 2.°: *Nondum subacta.*

ODA XXVIII.

A don Alonso de Santillan.

Fió, Santiso, España sus banderas
De tu constancia y fe; tú al mar violento,
Y expuesto vas al viento
Y á las escuadras fieras
Del holandés sangriento.
El se apresta, y á duro cautiverio
Reducir nuestras gentes se asegura,
Y por darse apresura
Al español imperio
En el mar sepultura.
Llegue; que puños hallará y consejo
Buenos así, que cuando á ver su muerte
De su engaño despierte,
Cual medroso conejo
Huir quiera, y no acierte.
Tú al menos, cuando el viento ó mar derrame
A los tuyos, ansioso de mas gloria,
La muerte ó la victoria
Al cautiverio infame
Prefiere; ten memoria
De aquella hermosa y varonil gitana
Que ver pudo con frente no turbada
Vencida y destrozada
Por la gente romana
Su poderosa armada;
Y ni siguió la vergonzosa huida,
Ni la alteró cual hembra el ya desnudo
Puñal, de industria agudo;
Mas al pecho, atrevida,
Aplicó el áspid crudo.
Tal es. Osó con ánimo robusto
A morir generosa antes que viva
Verse llevar cativa,
Triunfando de ella Augusto.
¡Mujer asaz altiva!

XXIX (20).

Oyó el cielo mi voto, Elisa; el cielo
Lo oyó, Elisa; eres vieja, y linda quieres
Parecer, y á placeres
Aun te das sin recelo,
Y al amor, lento ya, con inconstante
Voz despiertas; él, pero, ama de Flora,
La hermosa, la cantora,
El sin igual semblante,
Y con alas de tí huye livianas;
De tí, á quien ya las rugas de la frente,
De tí, á quien negro el diente
Afean, y las canas.
Ni la púrpura rica ni el precioso
Rubí pueden volverte ya el pasado
Tiempo que te ha robado
El dia presuroso.
¿Dó huyó la beldad, ¡ay! dó el que te ornaba
Color, dó el brio? ¿De aquella qué has, de aquella
Que amores salian della,
Que de mí me robaba?
Dichosa y conocida y de cien sales
Llena faz, tras de Clori; á Clori ha dado
Breves años el hado,
Y con la cuerva iguales
Los dió á tí; porque pueda la traviesa
Juventud no sin risa ver la ardiente
Hacha así lentamente
Convertida en pavesa.

XXX.

A Fernando de Soria, volviendo el autor de Roma y de Madrid á Sevilla:

Sorino, rindo al cielo
Gracias veces sin par porque piadoso
A mi nativo suelo
Y del desierto al señoril reposo
Hoy me ha restituido,
De desengaño asaz enriquecido.
El avaro medroso
Las olas vea con el euro hinchadas
Del mar impetuoso,
Y de fuego las nubes vea prendidas,
Despechado el piloto,
La nave abierta, un árbol y otro roto.
De la muerte le oprima
El miedo antes que el agua, si el tesoro
Mas que la vida estima,
O como á Creso lo macice el oro,
Pues osa, de él sediento,
Luchar con el mar fiero y con el viento.
A la corte, enemiga
De verdad y reposo, siga el vano;
A la mentira siga
Del privado soberbio, que la mano
Indina y loca frente
Promete ornarle con rubís de Oriente.
Dóblele agradecido
Una y otra rodilla; el pensamiento
Traya desvanecido,
En sustentarle el paladar contento;
Falto de seso y sueño
Espire, si tal vez lo vió con ceño.
Y tú, que el triunfo creces
Del amor fiero, puesto en su cadena,
De que libre tres veces
Te viste, de contrarios la alma llena
Trae; que en sus gustos gime,
Sobrada de la carga que la oprime.
Sufre los devaneos
De un rapaz ciego y de una hembra loca,
Sujeto á sus deseos
Y al inconstante aliento de su boca.
¿Cuál mas duro castigo
Dar puede el cielo airado á un su enemigo?
Que yo, experimentado
En iguales peligros, dende afuera
Seguro, el mar turbado,
Miro inquieta la corte lisonjera
Y al Amor retozando,
Y á los que aquí y allí van peligrando.
No porque ajeno daño,
Tirano afecto, alegre mi sentido;
Mas porque es bien tamaño
De tan sin par peligro haber salido,
Que puede ser comprado
Con las ansias de haber en él buscado.
Así paso la vida,
Dueño de mí y del tiempo, ¡haber inmenso!
En nada sometida,
Cual yo la vi y la lloro, al duro censo
Y al peligro crecido
Del mar y de la corte y de Cupido.

SONETO XLV.

¡Ay de mí! siempre, vana fantasía,
Sin término dilatas tu remedio.
¿Cuándo será que libre de este asedio
De males me amanezca libre un dia?
Rendirme será infame cobardía;
¿Aguardaré? La muerte antes que el tedio
De una esperanza. Osar solo es el medio.
Osemos; que es dichosa la osadía.
Hoy pondrás fin á vida tan amarga;
Hoy, si bien sales hoy, corazon mio,
De tí sacudirás tan grave carga.
¿Quién aguarda á mañana mal prudente?
Que acabe de correr espera un rio,
Y él corre y correrá perpetuamente.

ODA XXXI.

A don Alonso de Santillan, que volvia de las Indias.

¡Oh mil veces conmigo reducido
Al postrer punto de la vida odioso!
¿Cuál astro poderoso
Hoy te ha restituido
A tu suelo dichoso?
Santiso, la mitad del alma mia,
Contigo alegremente los ardores

(20) Imitacion de la oda XIII del libro 4.° de Horacio: *Audivere, Lyce, dii mea vota.*

De los soles mayores,
Contigo no sentia
Del cierzo los rigores.
Ambos del mar huimos proceloso
La saña; á mi por medio del cerrado
Peligro mi buen hado
Alegre y victorioso
A puerto me ha sacado;
A ti, segunda vez mal advertido,
La resaca sorbió del mar hambriento,
Y al arbitrio del viento
Y al caso permitido
Te viste, y sin aliento.
Cumple tu voto, y grato al cielo santo,
Con lágrimas gozarás; ya el sereno
Rostro baña y el seno;
Que yo, Santiso, al tanto
Te espero en Mirar-Bueno.
¡Oh, fuere á mi vejez firme reposo
Este lugar! De mis navegaciones
Y peregrinaciones,
¡Oh término dichoso
Fuese, y de mis pasiones!
Este rincon, de todos los del suelo
Me place mas, do brota la primera
Y la rosa postrera,
Do siempre es uno el cielo,
Do siempre es primavera.
Este á la mesa espléndida y al vino
Y al brindis te convida. ¡Oh cuerdo exceso!
Dulce me es ser travieso,
Cobrado un tal amigo,
Dulce perder el seso.

SONETO XLVI.

¿Qué busco, ciego yo, con tan mortales
Y ansiosas buscas? Pienso que podria
Satisfacer la sed inmensa mia
Un mar de aquestos... ¿bienes diré, ó males?
¿No vi ya? No probé cuán desiguales
Son de aquello preciso que ofrecia
Su vanamente hermosa flor que el dia
Robó, descubridor de engaños tales?
Paremos ya, paremos; que el sosiego
En solo aquel, mi bien, que sin mudanza
Mueve cuanto ve el sol, hallar podrémos;
Mas ¡ay! que cuando verlo pienso y llego
Ya á asirlo, me deslumbra, y sin tardanza
Cual rayo pasa, y ciegos lo perdemos.

ODA XXXII.

Profecía del Tajo en la pérdida de España (21).

Rendido el postrer godo á la primera
Y última hermosura que en el suelo
Vió el sol, del Tajo estaba en la ribera,
Moviendo invidia al cielo
De su adorada fiera.
La real corona y cetro el ciego amante
Derribaba, y ¿qué no? á los piés de aquella;
Huéllalo todo altiva, y con semblante
Fiero otra vez lo huella;
Y él ¡ay! pasó adelante.
¡Oh mal dulce deleite! Puso luego
Calma enojosa en su corriente el rio
Para advertir, aunque ofendido, al ciego
Rey en su desvario
Del hierro asi y del fuego
Que le amenaza: «En punto desdichado
Ofendiste á esa hermosa, ¡oh godo injusto!
Que vengará con tanto y tal soldado
Africa, de tu gusto
Y de tu real estado
»Despojándote. ¡Ay, ay! ¡Cuánta fatiga,
Cuánto afan al caballo y al valiente
Infante amaga! A lanza y á loriga
Mueves contra tu gente;
¡Cuanta diestra enemiga!
»Ya suena el atambor, ya las banderas
Se despliegan al viento, ya obedientes
Al acicate, corren en hileras
Los jinetes ardientes
Y las yeguas ligeras.
»No excusas, no, la lanza y el trenzado
Arnés, en solo el ámbar y el curioso
Peine ¡oh varon! oh rey! ejercitado.
¿No ves cuán espantoso
Baja el campo formado?
»Mirá cómo Tarife atravesando
Osado por las huestes, y valiente
Tu enseña abate, y Muza destrozando,
Asombro de tu gente,
Los campos va talando.
»Conocerás allí al nunca vencido
Almanzor, que en tu mengua se engrandece;
Mas al Conde ¡ay! ¿no ves cuán sin sentido,
Y hierve y se enfurece,
Buscándote ofendido?
»No así medroso gamo, no así presto
Será que del hambriento lobo huya,
Cual flaco tú del émulo molesto,
Habiendo á aquesta tuya
Prometido no aquesto.
»Traerá, présago yo, al godo su dia,
Tras no muchos diciembres, la africana
Armada, que ya el cielo airado guia;
Caerá tu soberana
Y antigua monarquía.»

SONETO XLVII.

A Fernando de Soria.

Yo vi romper aquestas vegas llanas,
Y crecer vi y romper en pocos meses
Estas ayer, Sorino, rubias mieses,
Breves manojos hoy de espigas canas.
Estas vi que hoy son pajas mas ufanas,
Sus hojas desplegar para que vieses
Vencida la esmeralda en sus enveses,
Las perlas en su haz por las mañanas.
Nació, creció, espigó y granó en un dia
Lo que ves con la hoz hoy derrocado,
Lo que entonces tan otro parecia.
¿Qué somos pues, qué somos? Un traslado
Desto, una mies, Sorino, mas tardia;
Y ¡á cuántos sin granar los han segado!

ODA XXXIII (22).

Respuesta á otra de Juan Antonio del Alcázar, en que le convidaba á una casa de recreacion sobre el rio.

No inquieras cuidadoso
Lo que maquina el turco y el britano,
Dueño de nuestros mares afrentoso,
¡Oh Flavio! ni te altere el miedo vano
De si podrá cualquiera larga renta
Servir al uso breve de la vida,
Que del profano exceso
A grandeza modesta reducida,
Con tu profundo seso
Pequeño censo hacer podrá contenta.
Atrás huye ligera
La alegre juventud (¡quién la alcanzara!)
Mas ¡oh! antes de irse, ¡asirla quién pudiera,
Y la tez nueva y fresca de la cara!
La vejez llega siempre intempestiva,
Y aquellos pierde, aquellos orgullosos
Amores, con el ceño
Grave, y de los sentidos deseosos
Desvia el facil sueño
Sabroso ¡oh cuánto ya! á la edad lasciva.
Si los ojos al suelo
Próvidos inclinamos, ¡cómo hermosa
Cuando se rie con la luz el cielo,

(21) Imitacion de la oda XV del libro primero de Horacio: *Pastor cum traheret*, en donde el poeta propone á Antonio el ejemplo de Paris para apartarlo de Cleopatra. Véase el articulo de MEDRANO.

(22) Imitacion de la oda VIII del libro 2.° de Horacio: *Quid bellicosus*.

Sus hojas abre al nuevo sol la rosa!
Y tú, ingrato, ¿de invidia la marchitas?
Al cielo si volvemos, en la luna
No un semblante hallamos;
¿Por qué pues con prudencia así importuna
El ánimo cansamos
Menos que para trazas infinitas?
Dejemos bien prudentes,
Oh mi dulce Mecénas, oh mi amparo,
Penas que nos oprimen insolentes;
Y allí á la orilla, allí del Bétis claro
(Casas, á ti, gran dueño suyo, estrechas
A la pequeñez nuestra gran palacio)
Vivamos desceñidos,
Descuidados vivamos y despacio,
Del rio entretenidos,
Pocas, fáciles horas y derechas.
Tú así como rogando
Lo mandas, mas oculta fuerza tiene,
Fuerza de ley, aquel tu imperio blando.
¿Podrélo resistir? Barquero viene,
Toldado el barco y fresco. Mueve, mueve
Los remos á compás, y apriesa; lenta-
Mente vamos do armada
De paz ya espera fácil, ya contenta,
La mesa coronada
De flores y de frutas y de nieve,
Y de amistad sabrosa,
Sazon de todo. Y ¿Julio tuvo en precio
De un breve cetro la ambicion medrosa?
Y ¿era varon? ¡Oh deslumbrado! oh necio!
Suena la lira, Anfriso; y tú, Nerea,
Dame agua. Beso el búcaro, bebamos,
Por los pechos se vierta;
Todo es salud. ¡Oh así vivir podamos!
La ventana esté abierta,
Por si bullere un soplo de marea.

SONETO XLVIII.

A don Diego de Quiñones.

¿Quién jamás en tan luengo y espacioso
Proceso de los siglos ha nacido,
Y en mundo tan sin términos tendido,
Que usurpar ose el nombre de dichoso?
El sobresalto solo temeroso
De cambiar suerte á aquel (si alguno ha sido)
Que mas pródigo el cielo ha enriquecido
Para hacerlo infelice es poderoso;
Y ¿á cuántos, Sergio, á cuántos traen á extremos
Males, extremos bienes, estos bienes
Que los blasfemas junto y los adoras?
Mas cuando otras miserias no acusemos,
¿Cómo bien será alguno aventurado,
Si hombre ninguno hay sabio á todas horas?

XLIX.

A Filipo III, luego que heredó y se casó.

Majestad soberana, en quien el cielo
Tanto valor encierra y saber tanto,
Que ya á la invidia sobras, ya al espanto,
Hollando sabio el mar, valiente el suelo.
Emulo de tu padre y de tu abuelo,
Rompe con la memoria por Lepanto,
Y adora en Asia el monumento santo
Guardado para pompa de tu celo.
El cielo esta victoria solicita,
Y á Marte y Pálas ha juntado en uno
(Del siro y persa victorioso bando).
Un mundo es poco para cada uno,
Pues ni Isabel fué mas que Margarita,
Ni debes tú ser menos que Fernando.

L.

No siempre fiero el mar zahonda el barco,
Ni acosa el galgo á la medrosa liebre,
Ni sin que ella afloje ó él se quiebre,
La cuerda siempre trae violento el arco.
Lo que es rastrojos hoy, ayer fué charco,
Frio dos horas antes lo que es fiebre;
Tal vez al yugo el buey, tal va al pesebre,
Y no siempre severo está Aristarco.
Todo es mudanza, y de mudanza vive
Cuanto en la mar aumento de la luna,
Y en la tierra del sol vida recibe.
Y solo yo, sin que haya brisa alguna
Con que del gozo al dulce puerto arribe,
Prosigo el llanto que empecé en la cuna.

LI.

Si por ser, Amarili, el amor fuego
Lo pintan los filósofos desnudo,
Y la belleza tuya sola pudo
Dar entrada en mi alma á aqueste ciego;
Pues bella y sabia eres sin par, te ruego
Quieras soltarme aqueste sutil nudo.
¿Por qué, de ti arredrado, ardiendo sudo,
Y tiemblo helado cuando á ti me llego?
Diras que eres mi fuego y que aborrezco
El morir abrasado cuando veo
Tus llamas cerca, y de temor me enfrio;
Mas ¿cómo, si arder todo en ti deseo?
Fiebre debe de ser lo que padezco;
Que para mas arder comienza en frio.

LII.

A la renunciacion que hizo el emperador Cárlos en el hijo y el hermano.

De sostener cual nuevo Atlante el mundo
El siempre augusto Cárlos ya cansado,
«Gentes, dice, no vistas he domado,
Hollado el suelo, hollado el mar profundo.
»Hecho el persa monarca á mi segundo,
Preso al francés, al moro leyes dado,
El cielo en ambos hombros sustentado,
Mas grave con las glorias que en él fundo.»
Luego, del mundo desdeñoso y harto,
«Tú gobierna (al hermano le decia)
De Roma el ancho imperio y de Alemaña.»
Y al hijo: «Tú de la invencible España
Y del indio tendrás la monarquía,
Y entre ambos junte amor lo que yo parto.»

LIII.

Robóme ¡oh Julio! una cobarde fiera
(Fiera y cobarde, Julio, cruel seria),
La mitad me robó del alma mia,
Y ¿tú aun vives, mitad? ¡Quién lo creyera!
Ira al fin mujeril; que no cupiera
En varon semejante villanía
Necia; los que el amor y el cielo unia,
¿Quién sino tú apartarlos pretendiera?
¿Qué se puede? Vivamos divididos,
Dulce Amarilis mia, en esperanza
De vencer con paciencia y vida el hado.
Julio, ¿quién desordena mis sentidos?
Iba á hablarte, y hanme arrebatado,
Ya el amor, ya el dolor, ya la venganza.

ODA XXXIV.

A Fernando de Soria (23).

¡Ay Sorino, Sorino, cómo el dia
Huyendo se desliza,
Y unos atropellando y otros años,
A la muerte corremos á porfia!
¡Tanta priesa á volvernos en ceniza!
Y á tales desengaños,
Mal ciegos, con afanes ¡ay! tamaños,
¿Tras una sombra de ambicion mentida
Fatigamos la vida?
En vano temerosos desviamos
De nos á Marte airado,
Y al mar con Euro y Noto enfurecido,
En vano los malsanos excusamos
Abregos del otoño destemplado;

(23) Imitacion de la oda IX del libro segundo de Horacio: *Heu fugaces.*

Tal vez una el temido
Y no excusado golfo del olvido
Navegarémos; rústicos sayales
Y púrpuras reales
No atiendas, no, si en vaso cristalino
El vino resplandece
A menosprecio del rubí, y despierta
Tu paladar su dulce peregrino.
Entra suave; y ¡cómo, cómo empece
La ponzoña encubierta
De su tan breve duracion, y muerta
La alma huye! Así víbora engañosa
Ofende envuelta en rosa.
Ni te desvele el vano crecimiento
Del censo y del cuidado
(Un par de siempre males compañeros);
Mas al sér de las cosas breve atento
Aprende á ser, no sabio demasiado,
Y mezcla á los severos
Consejos, necios ratos placenteros.
¡Oh, cómo es gran saber ser en debido
Lugar desentendido!

SONETO LIV.

A Dios nuestro Señor.

¿Cómo esperaré yo que de mi pena
Tibias las quejas toquen en tu oido,
Si con la lengua libertad te pido,
Y el corazon se goza en la cadena?
Tú, Señor uno, ves cuánto esté ajena
La voz, que te importuna, del sentido;
Y así, en bandos injustos dividido,
¿Ver placada tu faz podré y serena?
Tal es; haber piedad de un quebrantado
Corazon aun es obra que en un crudo
Pecho mortal halló tal vez entrada;
Mas tirar del infierno á un obstinado
Mal grado suyo, en tí, Uno, caber pudo,
Arbitro de la muerte y de la vida.

FIN DE LAS POESÍAS DE DON FRANCISCO DE MEDRANO.

FRAGMENTOS POETICOS

DE

PABLO DE CÉSPEDES.

JUICIOS CRITICOS.

DE DON GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

(En un *Discurso leido en la real academia de San Fernando* en 14 de julio de 1781.)

Dedicado continuamente Céspedes á las artes y á las letras, hizo en uno y otro los mas brillantes progresos. Su poema de la pintura bastaria para darle un lugar muy distinguido entre los amenos literatos y entre los sabios artistas. Pero su pincel no fué menos feliz que su pluma, pues escribia y pintaba con igual inteligencia y gusto. Era exacto en el dibujo, gracioso en las fisonomías, grandioso en los caractéres y sabio en el uso de las tintas. Pacheco y Palomino lo reconocen por uno de los maestros del buen gusto en Andalucía; pero todas las artes españolas deben á su doctrina y sus ejemplos una grata y respetable memoria.

DE DON JUAN AGUSTIN CEAN BERMUDEZ.

(En el tomo primero del *Diccionario de los ilustres profesores de las Bellas Artes;* Madrid, 1800.)

Su poema de la pintura, cuyos trozos conservamos por el celo de Francisco Pacheco, es superior al que escribió en latin Du-Fresnoy, y á los de Le-Mierre y Watelet en francés, por su mejor plan y division, por la elevacion y claridad de ideas, por la pureza del idioma y por la armoniosa versificacion de sus octavas rimas.

DE DON JOSÉ MARCHENA.

(En las *Lecciones de filosofía moral y elocuencia.*)

Dos clases hay de poemas filosóficos: los primeros, que con mas propiedad se llaman didascálicos, y son aquellos en que se dan preceptos de un arte ó ciencia, como las geórgicas de Virgilio, el de la naturaleza de Lucrecio y el de la agricultura de Arato. De esta especie es el de Pablo de Céspedes sobre la pintura, del cual, por desgracia, solamente pocos fragmentos nos han quedado... Lo poco que de él... poseemos será materia de eterno desconsuelo por lo que de él hemos perdido. El episodio, en que con el motivo de la tinta introduce el elogio de los escritores que han ilustrado el linaje humano, de los grandes poetas, y especialmente de Virgilio, nada tiene que envidiar al mas perfecto de cuantos en las geórgicas de este leemos.

FRAGMENTOS

DE

EL ARTE DE LA PINTURA [1].

LIBRO PRIMERO.

Mueve al alma un deseo que la inclina
A seguir desigual atrevimiento;
Ardor, que nos parece ser divina
Inspiracion de pretendido intento;
Si el desierto vigor donde se afina,
En mí avivase el fugitivo aliento,
Diria el artificio soberano
Sin par do llegar pudo estudio humano.

¿Cuál principio conviene á la noble arte?
¿El dibujo, que él solo representa (2)
Con vivas líneas que redobla y parte,
Cuanto el aire, la tierra y mar sustenta?
El concierto de músculos y parte
Que á la invencion las fuerzas acrecienta?
El bello colorido y los mejores
Modos con que florece, ó los colores? (3).

Comenzaré de aquí: «Pintor del mundo,
Que del confuso cáos tenebroso
Sacaste en el primero y el segundo
Hasta el último dia del reposo
A luz la faz alegre del profundo,
Y el celestial asiento luminoso
Con tanto resplandor y hermosura
De varia y perfectísima pintura,

»Con que tan léjos del concierto humano
Se adorna el cielo de purpúreas tintas,
Y el traslucido esmalte soberano
Con inflamadas luces y distintas
Muestras tu diestra y poderosa mano
Cuando con tanta maravilla pintas
Los grandes signos del etéreo claustro
De la parte del Elice y del Austro;

»Al ufano pavon alas y falda
De oro bordaste y de matiz divino,
Do vive el rosicler, do la esmeralda
Reluce y el zafiro alegre y fino;
Al fiero pardo la listada espalda,
La piel al tigre en modo peregrino,
Y la tierra amenísima que esmalta
El lirio y rosa, el amaranto y calta.

»Todo fiero animal por tí vestido
Va diverso en color del vario velo;
Todo volante género atrevido,
Que al aire y niebla hiende en presto vuelo;
Los que cortan el mar, y el que tendido
Su cuerpo arrastra en el materno suelo.
De tí, mi inculto ingenio, enfermo y poco,
Fuerzas alcance, yo á tí solo invoco.»

DE LA FORMACION DEL HOMBRE.

Un mundo en breve forma reducido,
Propio retrato de la mente eterna,
Hizo Dios, que es el hombre, ya escogido
Morador de su regia sempiterna;
Y el aura simple de inmortal sentido
Inspiró dentro en la mansion interna,
Que la exterior parte avive, y mueva (4)
Los miembros frios de la imágen nueva.

Vistiólo de una ropa que compuso,
En extremo bien hecha y ajustada,
De un color hermosísimo, confuso,
Que entre blanco se muestre colorada;
Como si alguno entre azucenas puso
La rosa en bella confusion mezclada,
O del indio marfil trasflora y pinta
La limpia tez con la sidonia tinta.

LOS INSTRUMENTOS NECESARIOS PARA LA PINTURA (5).

Será entre todos el pincel primero
En su cañon atado y recogido,
Del blanco pelo del silvestre vero
(El bélgido es mejor y en mas tenido);
Sedas el jabalí cerdoso y fiero
Parejas ha de dar al mas crecido:
Será grande ó mayor, segun que fuere
Formado á la ocasion que se ofreciere (6).

Un junco que tendrá ligero y firme
Entre los dedos la siniestra mano (7),
Do el pulso incierto en el pintar se afirme,
Y el teñido pincel vacile en vano;
De aquellas que cargó de tierra firme
Entre oro y perlas navegante ufano,
De ébano ó de marfil, asta que se entre
Por el cañon y con el pelo encuentre (8).

Demás un tablonciillo relumbrante
Del árbol bello de la tierna pera,

(1) Sigo el texto de Pacheco en el *Arte de la pintura*, y tambien el órden con que puso estos fragmentos.

(2) Toda esta estancia se halla en el texto de don Ramon Fernandez sin interrogancia. El segundo verso dice en este:

Del dibujo, que él solo representa.

(3) Modos con que florece, y los colores.

(4) Que la parte exterior avive, y mueva.—*Texto de Fernandez.*

(5) Pacheco dice que estas estancias son del libro primero. Segun se ve en el *Arte de la pintura* de este autor, preceden las siete primeras á la que empieza:

Una ampolla de vidrio cristalina.

Se restituyen pues á su lugar, no obstante que don Ramon Fernandez y otros las colocan al fin de los Fragmentos.

(6) Segun Pacheco, alusion á las brochas.

(7) Segun el mismo, el tiento.

(8) Segun el mismo, astas de los pinceles

O de aquel otro que del triste amante
Imitare el color en su madera,
Abierto por la parte de delante,
Do salga el grueso dedo por defuera;
En él asentarás por sus tenores
La variedad y mezcla de colores (9).

Un pórfido cuadrado, llano y liso,
Tal que en su tez te mires limpia y clara (10),
Donde podrás con no pequeño aviso
Trillarlos con sutil mixtura y rara;
De tres piernas la máquina de aliso,
De una á otra poco mas que vara (11),
Las clavijas pondrás en sus encajes,
Donde á tu mano el cuadro alces ó bajes.

De macizo nogal y sazonado
Derecha regla, que el perfil recuadra,
Tendrás tambien, de acero bien labrado,
No faltará ocasion, la justa escuadra;
El compás del redondo fiel trabado,
A quien el propio nombre al justo cuadra,
Que, abriéndose ó cerrando, no se sienta
El salto donde el paso mas se aumenta.

Demás de esto, un cuchillo acomodado (12),
De sus perdidos filos ya desnudo (13),
Que incorpore el color, y otro delgado
Que corte sin sentir, fino y agudo (14);
Los despojos del pájaro sagrado,
Cuya voz oportuna tanto pudo
De la Tarpea roca en la defensa,
Cuando tenerla el fiero galo piensa.

Sea argentada concha, do el tesoro
Creció del mar en el extremo seno,
La que guarde el carmin y guarde el oro,
El verde, el blanco y el azul sereno;
Un ancho vaso de metal sonoro,
De frescas ondas transparentes lleno,
Do molidos á olio en blando frio,
Del calor los defienda y del estío (15).

Una ampolla de vidrio cristalina,
Que el perfecto barniz guarde, distinta
De otra do se conserva y do se alina
Olio con que mas cómodo se pinta (16);
Con estas otra que á la par destina (17)
A la letra, y dibujo obscura tinta,
De caparrosa hecha, agalla y goma,
Con el licor que da la fértil Soma.

DE LA DURACION DE LA TINTA.

Tiene la eternidad ilustre asiento
En este humor por siglos infinitos,
No en el oro ó el bronce, ni ornamento
Pario ni en los colores exquisitos;
La vaga fama con robusto aliento
En él esparce los canoros gritos (18)
Con que celebra las famosas lides
Desde la India á la ciudad de Alcides.

¿Qué fuera (si bien fué segura estrella,
Y el hado en su favor constante y cierto)
Con la soberbia sepultura y bella (19)
De las cenizas del esposo muerto
La magnánima Reina, si en aquella
Noche oscura de olvido y desconcierto
La tinta la dejara y los colores
De versos y eruditos escritores?

Los soberbios alcázares alzados
En los latinos montes hasta el cielo,
Anfiteatros y arcos levantados
De poderosa mano y noble celo,
Por tierra desparcidos y asolados,
Son polvo ya que cubre el yermo suelo;
De su grandeza apenas la memoria
Vive, y el nombre de pasada gloria.

De Priamo infelice solo un dia
Deshizo el reino tan temido y fuerte;
Crece la inculta yerba do creeia
La gran ciudad, gobierno y alta suerte;
Viene espantosa con igual porfia
A los hombres y mármoles la muerte;
Llega el fin postrimero, y el olvido
Cubre en oscuro seno cuanto ha sido.

Humo envuelto en las nieblas, sombra vana
Somos, que aun no bien vista, desparece;
Breve suma de números que allana
La Parca cuando multiplica y crece;
Tirana suerte en condicion humana,
Que con nuestros despojos enriquece.
Deuda cierta nacemos y tributo
Del gran tesoro del hambriento Pluto (20).

Todo se anega en el Estigio lago:
Oro esquivo, nobleza, ilustres hechos;
El ancho imperio de la gran Cartago
Tuvo su fin con los soberbios techos;
Sus fuertes muros de espantoso estrago
Sepultados encierra en sí y deshechos,
El espacioso puerto, donde suena
Ahora el mar en la desierta arena.

Espantoso su nombre fué, espantoso
El hierro agudo á la ciudad de Marte;
Ella lo sabe y Trasimeno ondoso,
Que en su sangre hervió de parte á parte,
Caverna ahora del leon velloso,
Do Aspe sorda y Cerasta se reparte,
A do no humano acento, mas bramidos
De fieras resonantes son oidos.

Vos sentisteis tambien menos amigos
Los tristes hados con discurso extraño,
No tanto por los golpes enemigos,
Mas por vuestro valor, último daño (21),
¡Oh Numancia! oh Saguntó! que testigos
Ahora sois de humano desengaño;
Caisteis, mas quitó vuestra venganza
Al vencedor la palma y la esperanza.

¿Qué? Si la edad hambrienta lleva (22)
Las peñas enriscadas y subidas,
El fiero diente y su crueza ceba
De piedras arrancadas y esparcidas;
Las altas torres con extraña prueba
Al tiempo rinden las eternas vidas;
Hiéndese y abre el duro lado en tanto
El mármol liso, el simulacro santo.

Del gran Señor la omnipotente mano,
Que las ruedas formó del ancho mundo
Y cuanto adorna el pavimento humano,
Y el mar y cuanto asconde en el profundo,
¿No vemos que refrena ó va á la mano
De la natura el gran poder segundo?
Pues todo cuanto á luz sacar le place
Acaba, y con morir su curso hace.

¿Cuántas obras la tierra avara esconde,
Que ya ceniza y polvo las contemplo?

(9) Segun Pacheco, tablon de peral ó de boj.
(10) Segun el mismo, losa.
(11) Segun el mismo, el caballete.
(12) Segun el mismo, cuchillo de templar colores.
(13) En la coleccion de Fernandez, en la de Quintana y otros se lee así el verso:

De sus pérfidos filos ya desnudo.

Sigo el texto de Pacheco.
(14) Segun Pacheco, el cuchillo de cortar plumas.
(15) Segun el mismo, colores en sus conchas dentro y fuera del agua.
(16) Así Pacheco; Fernandez y Marchena leen:

Olio con que mas cómoda se pinta.

(17) Así Pacheco; Fernandez, Marchena y otros dicen:

Con estas otras que á la par destina.

(18) Fernandez, Marchena y otros escriben:

En él esparce los sonoros gritos.

(19) Con la soberbia sepultura bella.—*Textos de Fernandez y otros.*

(20) Fernandez omitió esta octava.
(21) Mas por vuestro valor ó último daño.—*Texto de Fernandez.*
Mas por vuestro valor el postrer daño.—*Texto de Marchena.*
(22) Así Pacheco; Fernandez lee:

¡Que si el tiempo y la edad hambrienta lleva.

Marchena pone:

Que así el tiempo y la edad hambrienta lleva.

¿Dónde el bronce labrado y oro, y dónde
Atrios y gradas del asirio templo,
Al cual de otro gran rey nunca responde,
De alta memoria peregrino ejemplo?
Solo el decoro que el ingenio adquiere
Se libra de morir ó se difiere.

No creo que otro fuese el sacro rio
Que al vencedor Aquiles y ligero
Le hizo el cuerpo con fatal rocío
Impenetrable al homicida acero,
Que aquella trompa y sonoroso brio
Del claro verso del eterno Homero,
Que viviendo en la boca de la gente,
Ataja de los siglos la corriente;

Como se opuso con igual aliento
El verso grande de Maron divino,
Cuando con paso audaz de ilustre intento
Del áurea eternidad halló el camino;
Puso en el trono del purpúreo asiento
La noble tinta del poeta Andino
Al magnánimo Eneas, no el inico
Pasaje y la creciente de Numico.

PRINCIPIOS PARA ADESTRAR LA MANO.

Primero romperás lo menos duro
Deste arte, poco á poco conquistando;
Procura un órden, por el cual seguro
Por sus términos vayas caminando;
Comienza de un perfil sencillo y puro
Por los ojos y partes figurando
La faz; ni me desplugo deste modo
Un tiempo linear el cuerpo todo.

Un dia y otro dia, y el continuo
Trabajo hace práctico y despierto,
Y despues que tendrás seguro el tino
Con el estilo firme y pulso cierto,
No cures atajar luengo camino
Ni por allí te engañe cerca el puerto;
Vedan que el deseado fin consigas
Pereza y confianzas enemigas.

Así la universal naturaleza
Cuantos produce al esplendor del cielo,
No primero los arma de firmeza
Ni con osado pié huellan el suelo;
Que el sabor de la leche la terneza
Funde y condense del purpúreo velo (23);
Y como va creciendo el alimento,
Refuerza con igual mantenimiento.

Hasta que ya crecida allega al punto
Adulta edad de mas perfecto estado,
El sustento dispone, y dalo junto
Al cuerpo y al vigor acomodado;
No quieras adornar mas tu trasunto
De lo que conviniere al primer grado;
Que cuanto mas en él te detuvieres,
Irás mas pronto al otro á que subieres.

Ya que el aura segunda de la suerte
Descubre en tu favor felice agüero,
No puede, segun esto, sucederte
Menos el resto que el sudor primero;
Por ende con ahinco anteponerte
Pretende entre los otros delantero,
Llevando siempre, y vencerás, por guia
La libre obstinacion de tu porfía.

La elegancia y la suerte graciosa
Con que el diseño sube al sumo grado
No pienses descubrirla en otra cosa,
Aunque industria acrecientes y cuidado,
Que en aquella excelente obra espantosa,
Mayor de cuantas se han jamás pintado,
Que hizo el Bonarrota de su mano
Divina en el etrusco Vaticano (24).

Cual nuevo Prometeo en alto vuelo
Alzándose, extendió las alas tanto,
Que puesto encima el estrellado cielo,
Una parte alcanzó del fuego santo,
Con que tornando enriquecido al suelo,
Con nueva maravilla y nuevo espanto
Dió vida con eternos resplandores
A mármoles, a bronces, á colores.

Era perpetua noche y sombra oscura
La ignorancia, que tanto ocupa y tiene
Cuando con llama relumbrante y pura
Esta luz clara se aparece y viene;
Vistióse de no vista hermosura
El siglo inculto y rudo, á quien conviene
Con título vencer debido y justo
La fortunada edad del gran Augusto (25).

¡Oh, mas que mortal hombre, ángel divino!
¡Oh! ¿cuál te nombraré? No humano, cierto,
Es tu sér; que del cerco impíreo vino
Al estilo y pincel vida y concierto;
Tú mostraste á los hombres el camino
Por mil edades ascondido, incierto,
De la reina virtud; á tí se debe
Honra que en cierto dia el sol renueve.

(23) Funde y condensa en el corpóreo velo. — *Texto de Fernandez.*

(24) Segun Pacheco, en el *Arte de la pintura*, alude aquí CÉSPEDES al fresco del Juicio final hecho por Miguel Angel.

(25) Segun Pacheco, alude CÉSPEDES al tiempo del emperador Cárlos V. Fernandez lee este último verso:

La fortunada edad del grande Augusto.

LIBRO II.

DE LA PROPORCION DE LOS HOMBRES.

Y aunque en la proporcion generalmente
De los antiguos muchos difirieron,
Una intento seguir, la mas corriente
Que en las mayores obras eligieron;
Yo la vi y observé en aquella fuente
De perenne saber, de do salieron
Nobles memorias de valiente mano,
Que ornan la alta Tarpeya y Vaticano.

Del alto de la frente, do el cabello
Se comienza á espesar oscurecido,
Hasta donde adornado de su vello
El perfil de la barba es mas crecido
Y do mas bajo se avecina al cuello,
En tres partes iguales dividido,
La medida será con que midieres
Grande ó pequeña imágen que hicieres.

DE LA PROPORCION DE LOS ANIMALES.

El estudio no menos y el cuidado
Que pusiste en humanas proporciones,
A cualquier animal representado
Aplicarás por partes y razones;
Al corzo ligerísimo, al venado,
Pero en particular á los leones
Con fuerte garra y con lanudas crines,
Y cierta ley de rigurosos fines.

El hermoso lebrel, el crudo alano
Pintado, ser de grande ornato hallo;
El jabalí espantoso, el tigre hircano,
Y otros en grande número que callo;
Mas sobre todo ten siempre á la mano
El bizarro dibujo del caballo,
Con que tanto enriquece la pintura
El aliento, caudal y hermosura (26).

PINTURA DE UN CABALLO.

Muchos hay que la fama ilustre y nombre
Por estudio mas alto ennobleciera
Con obras famosísimas, do el hombre
Explica el artificio y la manera;
Solo el caballo les dará renombre
Y gloria en la presente y venidera
Edad, pasando del dibujo esquivo
A descubrirnos cuanto muestra el vivo.

(26) El aliento, el caudal y la hermosura. — *Texto de Fernandez.*

Que parezca en el aire y movimiento
La generosa raza do ha venido;
Salga con altivez y atrevimiento
Vivo en la vista, en la cerviz erguido;
Estribe firme el brazo en duro asiento
Con el pié resonante y atrevido,
Animoso, insolente, libre, ufano,
Sin temer el horror de estruendo vano;

Brioso el alto cuello y enarcado,
Con la cabeza descarnada y viva;
Llenas las cuencas, ancho y dilatado
El bello espacio de la frente altiva;
Breve el vientre rollizo, no pesado
Ni caido de lados, y que aviva
Los ojos eminentes; las orejas
Altas sin derramarlas, y parejas.

Bulla hinchado el fervoroso pecho
Con los músculos fuertes y carnosos;
Hondo el canal dividirá derecho
Los gruesos cuartos limpios y hermosos;
Llena el anca y crecida, largo el trecho
De la cola, y cabellos desdeñosos,
Ancho el hueso del brazo y descarnado,
El casco negro, liso y acopado.

Parezca que desdeña ser postrero
Si acaso caminando ignota puente
Se le opone al encuentro, y delantero
Precede á todo el escuadron siguiente (27);
Seguro, osado, denodado y fiero
No dude de arrojarse á la corriente
Raudal, que con las ondas retorcidas
Resuena en las riberas combatidas.

Si de léjos al arma dió el aliento
Ronco la trompa militar de Marte,
De repente estremece un movimiento
Los miembros, sin parar en una parte;
Crece el resuello, y recogido el viento,
Por la abierta nariz ardiendo parte;
Arroja por el cuello levantado
El cerdoso cabello al diestro lado.

Tal las sueltas madejas extendidas
De la fiera cerviz con fiero asalto,
Cuando con los relinchos encendidas
El aire y blanca nieve á Pelio alto,
Las matas mas cerradas esparcidas
Al vago viento igual de salto en salto,
En el encuentro de su ninfa bella,
Saturno volador delante della;

Tal el gallardo Cilaro iba en suma,
Y los de Marte atroz iban y tales;
Fuego espiraba la albicante espuma
De los sangrientos frenos y bozales;
Tal con el tremolar de libia pluma (28)
Volaban por los campos desiguales
Con ánimos y pechos varoniles
Los del carro feroz del grande Aquiles (29),

A los cuales excede en hermosura
El cisne volador del señor mio (30);
Que la vitoria cierta se asegura
De otro cualquiera en gentileza y brio;
Va delante á la nieve helada y pura
En color, y en correr al Euro frio,
Y á cuantos en su verso culto admira
La ronca voz de la pelasga lira.

Salve, gran madre, á quien dichoso parto
Digno engrandece de corona y cetro,
Cuyo esplendor se extiende y crece harto
Mas vivo y puro que el diurno eletro,
Rendido el persa, el agareno y parto
A su valor con sonoroso pletro;
Si, el suelo tiene aun quien venza y quiebre
De Esmirna y Roma el presumir celebre.

Cuales en torno el carro levantado
De uncidos ferocisimos leones
Van al abrigo del materno lado
De estrellas los ardientes escuadrones;
No menor gozo tienta el pecho amado
Ver tú salir de ti tales varones,
Cuya virtud cual el celeste fuego
Reluce, y mas el gran marqués de Priego (31).

Este, por quien de gloria coronada
Viste de eterno honor mil ornamentos,
Córdoba, de laureles adornada
Y de palmas sus altos fundamentos;
Luz de su ilustre patria, levantada
Encima á cualesquier merecimientos;
Y es bien razon que en serlo della sea
De cuanto alumbra el sol y el mar rodea.

Y si tú, grave cítara, pretendes
Seguir este subido heróico intento,
Y el valor celebrar donde te enciendes
Tanto, y alzar tu voz al claro asiento,
No consienten tus fuerzas lo que emprendes,
Que pocas son, y el ya cansado aliento;
Vuelve, vuelve, y conoce la carrera
Que ya tomaste á proseguir primera.

DE LA PERSPECTIVA.

Si enseñarte pudiese los conceptos
Escritos, y la voz presente y viva
Los primeros abriera, y los secretos
Que encierra en si la docta perspectiva;
Como extendidos por el aire y rectos
Los rayos salen de la vista esquiva;
Como al término llegan de su intento,
Do paran como en basa y fundamento;

Osaré confesar que alguna parte
El continuo trabajo alcanzar puede,
Por gastar largo tiempo en aquesta arte,
Y la esperanza audaz, que al fin sucede,
De mirar dónde acaba y dónde parte
El corte de las lineas, y dó quede
Señalado el escorzo con certeza
En breve forma y con mayor belleza.

DEL ESCORZO.

Acórtase por esto, y se retira
El perfil que á los miembros ciñe y parte,
Y asimismo escondiéndose á la mira,
Y desmiente á la vista una gran parte,
Donde una gracia se descubre y mira
Tan alta, que parece que allí el arte,
O no alcanza de corta, ó se adelanta
Sobre todo artificio, ó se levanta.

Esto llaman *escorzo*, introducido
Que en la habla comun se entienda y nombre,
De tierras extranjeras conducido,
Trajo con la arte misma el mismo nombre;
Ora pues ni el trabajo conocido
Tal vez te haga acobardar ni asombre,
Ni la dificultad severa pueda
Romperte el paso á la sublime rueda.

LA PINTURA DE ALEJANDRO POR APÉLES.

¿Qué diré de la tabla que desvia
El fulminante brazo y los colores?
Vivo parece, y viva fuerza envia
El golpe entre fingidos resplandores,
Al cual se rindió el Asia, y la porfía
De los partos huyendo vencedores,
Y la pintura tan subida y nueva,
Que con relinchos su caballo aprueba.

(27) Preceda á todo el escuadron siguiente. — *Texto de Fernandez.*

(28) Tal con el tremolar de Lidia pluma.— *Texto de Marchena.*

(29) Así Pacheco; Fernandez y Marchena dicen:

Las del carro feroz del grande Aquiles.

(30) Segun Cean Bermudez, aqui aludió Céspedes al marqués de Priego, de quien se habla en la nota siguiente.

(31) Segun Cean Bermudez, fué don Pedro Fernandez de Córdoba y Aguilar, tercer marqués de Priego, cuya casa se señaló por la mejor casta de caballos.

DE LA CUADRÍCULA.

Bien hay donde extender la blanca vela
Por ancho campo, donde el fin no es cierto (32),
Y traer mil preceptos que la escuela
Tuvo de los antiguos y el concierto;
Mas mientras la intencion mas se desvela,
Mas cerca pide el deseado puerto;
Con todo, descubrir el fin se debe
Del camino mas fácil y mas breve.

Y para mayor luz, sabrás que hay una
Industria con que muchos han obrado,
Y acudiendo el favor de la fortuna (33),
Y el suceso al estudio y al cuidado,
Sus pinturas ilustres una á una
Las colocaron en tan alto grado,
Tan firmes, que la fuerza no ha podido
Del tiempo oscurecerlas, ni el olvido (34).

Harás de cuatro listas bien labradas,
Que entre sí puedan encajarse, un cuadro,
Y por iguales trechos señaladas
A la redonda sean del recuadro;
De señal á señal atravesadas (35)
Vayan las hebras á encontrarse en cuadro,
Cual el vario ajedrez suele mostrarse,
Y de ébano y marfil diferenciarse.

Podrás como quisieres la figura
En tabla ó en papel representarla,
En la cual se descubra en la escultura
Un movimiento vivo en que mirarla;
De suerte la acomoda en la postura,
Que habrás despues con tintas de pintarla,
Si aspira el noble pecho á la alta gloria
Que da de siglo á siglo la memoria.

El ya dicho instrumento en medio puesto
De esta figura y de tu opuesta vista,
La membrana ó papel tendrás dispuesto,
Do tu dibujo con razon consista;
Un trazo suba por derecho enhiesto,
Y corra por través la ciega lista
Con otros tantos cuadros y señales,
Todas al justo ó todas desiguales.

Y luego mirarás por dónde pasa
Cierto el contorno de la bella idea,
De rincon en rincon, de casa en casa
De aquella red que contrapuesta sea;
A tus cuadrados los perfiles casa
Con oscura ematite, do se vea (36)
El escorzo tan justo, con efeto
Igual en todo al imitado objeto.

DE LA IMITACION DE LA NATURALEZA.

Y pues ya sale y resplandece y dora
Con belleza de luz del nuevo dia
El cielo oscuro la florida aurora,
Y alza la faz rosada al aura fria,
A vos llamo y á vos convoco ahora,
Ilustre y animosa compañía,
Que conmigo entendido aquella parte
Habeis de los principios de aquesta arte.

Mas ¿qué me canso de pintar, si al vivo
Desfallece el matiz y apenas llega,
Si con humilde ingenio lo que escribo
Mal el verso declara ó mal despliega?
Del natural pretende alto motivo
Seguir que á solo estudio no se entrega;
Del natural recoge los despojos
De lo que pueden alcanzar sus ojos.

Busca en el natural, y si supieres
Buscarlo, hallarás cuanto buscares;
No te canse mirarlo, y lo que vieres
Conserva en los diseños que sacares;
En la honrosa ocasion y menesteres
Te alegrará el provecho que hallares;
Y con vivos colores resucita
El vivo que el pincel é ingenio imita.

No me atrevo á decir ni me prometo
Todas las bellas partes requeridas
Hallarse de contino en un sugeto,
Todas veces sin falta recogidas;
Aunque las cria sin ningun defeto,
A todas en belleza preferidas,
Naturaleza, tú entresaca el modo,
Y de partes perfectas haz un todo.

DE LAS IMÁGENES DE LA FANTASÍA.

En el silencio oscuro su belleza,
Desnuda de afectadas fantasías,
Le descubre al pintor naturaleza
Por tantos modos y por tantas vias,
Para que el arte atienda á su lindeza
Con nuevo ardor cuando en las cumbres frias
La luna embiste blanca y en cabello
Al pastorcillo desdeñoso y bello.

Las frescas espeluncas ascondidas
De arboredos silvestres y sombríos,
Los sacros bosques, selvas extendidas
Entre corrientes de cerúleos rios;
Vivos lagos y perlas esparcidas
Entre esmeraldas y jacintos frios
Contemple, y la memoria entretenida
De varias cosas queda enriquecida.

PREDICCION DE SÍ MISMO.

Si dispusiese el soberano cielo,
Cuyo imperio corrige y ley gobierna
Cuanto á luz manifiesta el ancho suelo,
Y el estado mortal siguiendo alterna,
Que despues que dé vuelta el leve vuelo
Del tiempo, que consume y desgobierna
Cuanto produce y cria el universo,
Viviese la memoria de mi verso,

Será quizá que entre otros desvaríos
En que dan los que aquesta humana senda
Huellan, mirase en los precetos mios
Uno que alzarse á la virtud pretenda,
Y añadiendo al cuidado nuevos brios,
Levantar á su antiguo honor emprenda
Esta arte ya perdida y desechada,
Sin honra en el olvido sepultada.

¿Cómo? ¿No puede ser? Un tiempo estuvo,
Y pasaron mil años, ascondida,
En tanto que la niebla oscura tuvo
De la ignorancia la virtud sin vida,
Hasta que aventajadamente hubo
Quien la ensalzó do ahora está subida;
Mas, como todas cosas, nunca puede
Firmarse donde permanezca y quede.

No asienta en nada el pié ni permanece
Cosa jamás criada en un estado;
Este hermoso sol que resplandece
Y el coro de los astros levantado,
El vago aire y sonante, y cuanto crece
En la tierra y el mar de grado en grado
Mueven, como ellos cambian vez y asientos,
Y revuelven los grandes elementos.

(32) Por ancho campo, donde el fin es cierto. — *Texto de Fernandez.*
(33) Y acudiendo el favor en la fortuna.—*Texto del mismo.*
(34) Del tiempo oscurecerlos, ni el olvido.—*Texto del mismo.*
(35) El texto de Pacheco dice:
De señal la señal atravesadas.
(36) Segun Pacheco, alude al lápiz negro.

FRAGMENTO

EN ELOGIO DE FERNANDO DE HERRERA [37].

A FRANCISCO PACHECO.

Bien puedo confiar de la bonanza
Que tantas veces prometió el engaño,
Y trocar en dolor tierna esperanza,
Que el corazon alimentó en mi daño;
Mas ya no mas, no burle confianza
Con mentirosa faz al desengaño,
Y cambie el aura presurosa y viva
La fortuna, el amor mi mente esquiva.

Volví mis ojos con descuido un dia,
Con descuido volví los ojos mios
A dos soles bellísimos, y via
Con un casto desden mostrarse pios.
¡Oh qué breve contento! Oh qué alegría
Caduca! Oh bienes de mi bien vacios!
Niebla oscura y cruel cubrió el tesoro
Que vi por las patentes puertas de oro.

¿Qué hago pues? ¿Adónde iré, que pueda
O remediar ó desterrar mis males?
Allá quizá do el gran planeta veda
Aliento á los ardientes arenales,
Y con perpetua sed la Libia queda
Yerma de gentes, bosques y animales,
O con pié vago por contrarios axes
De Scitia fiera ó del gortinio Oaxes.

Dichoso tú, pues tan dichoso hubiste
El raro don del cielo soberano,
Donde el cielo, ¡oh Pacheco! en que consiste
La flor suprema del ingenio humano,
Que con vivos colores mereciste
Llegar do llega artificiosa mano,
Y con el verso numeroso en suma
A emparejar con el pincel la pluma.

Tú, que del torpe olvido soñoliento
Levantaste la imágen verdadera
Contra la ley del tiempo y movimiento
Al divino Fernando de Herrera;
A tí pues toca con sublime acento
Celebrar sus despojos de manera,
Que no envidie de Mausolo la gloria
Ni de la antigua Ménfis la memoria.

Tú, Pacheco, en la sombra opaca y fria
Enseñas sosegado al monte, al llano,
El nombre á resonar, que en tí confia
Vivir, y al tiempo no resiste en vano;
Dichoso si los dos en compañía
El sagrado argumento mano á mano
Proseguirán contigo; ver espero
El echionio Pindaro y Homero.

Dos que exceden al rayo almo y sereno
Que á la bermeja aurora va delante,
Dos esparcidas luces del terreno
Que el hermano ilustró del mauro Atlante:
Don Juan de Arguijo, en el aonio seno
Criado en Pindo ú Olmo resonante,
Y Juan Antonio del Alcázar, guia
De valor, de nobleza y cortesía.

Carta ninguna habrá que aceta sea
De laureado Febo y rubio, cuanto
Aquella en cuya frente escrito lea
El nombre de Herrera ilustre bando.
Herrera el bosque resonar se vea,
Y forme al viento volador su canto,
El verde mirto y el laurel florido,
Y el álamo de Alcides escogido.

Desplegaba ya el aura el áureo velo
Do resplandece su inmortal tesoro,
Y el aire alegre en el color de hielo
Muestra un misto matiz de fuego y oro
Ni recoge del todo el dubio cielo
Las bellas luces del ardiente coro,
Ni el cándido ligustro y amaranto
Rehuye en parte el colorido manto.

En aquella sazon con paso lento
La reina del amor y hermosura,
Dejando el mar cerúleo y el asiento
De Nereo y la onda mal segura,
Sulcaba el campo del sereno viento
Entre una niebla transparente y pura,
Arriba acaso, do con voz, Fernando,
Triste cantaba y con acento blando.

Repite dulcemente sus querellas
Al vario son de resonante plectro,
A la par los dos soles y las bellas
Idalias flores y esplendor de electro;
Culpa el fiero destino y las estrellas
Señoras y el soberbio indigno cetro
Que le sujeta á dura ley y esquiva,
Que del mal de que muere espire y viva.

Como el concierto oyó la cipria diosa,
La voz suave y la meonia lira,
Revuelve el carro de obra artificiosa,
Donde el oro y valor menos se admira;
Hace callar la escuadra numerosa
Que el rico peso por el aire tira;
Todas se ven enmudecer, y en tanto
Vénus comienza el regalado canto.

(37) Este fragmento fué publicado por vez primera en el *Semanario pintoresco* (número 38, año de 1845). Hállase al fin de la vida de Herrera en el manuscrito intitulado *Libro de descripcion de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones, por Francisco Pacheco.* Para el texto me he servido de una copia que me ha facilitado mi erudito amigo el ingenioso poeta sevillano don Juan José Bueno. Pacheco dice al copiar estos versos: «Aunque muchos aventajados ingenios hicieron versos en su alabanza, me pareció poner aquí parte de un elogio de PABLO DE CÉSPEDES, por ser persona á quien estimó mucho Fernando de Herrera.»

FIN DE LOS FRAGMENTOS POÉTICOS DE PABLO DE CÉSPEDES.

POESIAS

DE

FRANCISCO PACHECO.

COMPOSICIONES VARIAS.

SONETO PRIMERO.

En loor de Fernando de Herrera (1).

Goza, oh nacion osada, el don fecundo
Que te ofrezco en la forma verdadera
Que imaginé del culto y gran Herrera,
Y el fruto de su ingenio alto y profundo.
Ya que amaste al primero, ama el segundo,
Pues pudo el uno y otro en su manera,
Aquel honrar del Tajo la ribera,
Este del Bétis, y los dos el mundo.
El dulce y grande canto el espumoso
Océano á naciones diferentes
Lleve, y dilate ufano su pureza,
Porque tu nombre ilustre y generoso
No invidie ya otras liras mas valiente,
Ni del latino ó griego la grandeza.

II.

A la muerte de Miguel Angel.

(*Traduccion del que escribió Laura Batiferra de* gli Ammannati.)

Razon es ya que el mármol duro, helado,
Que espíritu de tí recibió ardiente,
Vierta lágrimas tristes, pura fuente
Vuelto, de vida y honra despojado;
Razon es que el color vil ó preciado
Que á tanta forma ministró valiente,
Persuadiendo verdad en lo aparente,
Sin valor muera en su primer estado;
Razon es ya que el alto ilustre templo
Que adornaste con sacro y real decoro,
Oscuro quede del dolor vecino;
Y que lloroso de Aganipe el coro
Viva, pues no de hoy mas, cual raro ejemplo,
Versos te oirá cantar, Angel divino.

III.

A Diego de Silva Velazquez (2).

Vuela, oh jóven valiente, en la ventura
De tu raro principio; la privanza
Honre la posesion, no la esperanza
Del lugar que alcanzaste en la pintura.
Anímete la augusta alta figura
Del monarca mayor que el orbe alcanza,
En cuyo aspecto teme la mudanza
Aquel que tanta luz mirar procura.
Al calor deste sol tiempla tu vuelo,
Y verás cuánto extiende tu memoria
La fama por tu ingenio y tus pinceles;
Que el planeta benigno á tanto cielo
Tu nombre ilustrará con nueva gloria,
Pues es mas que Alejandro, y tú su Apéles.

IV.

Andrómeda y Perseo.

La vírgen del color patrio teñida
En duro lazo aguarda en alta roca,
Por la voraz armada horrible boca
El triste fin de su fatal partida.
Por azabache y perlas conocida
Pluvia y cabello que la cubre y toca
Fué del jóven vendido, á quien provoca,
Por no morir, á darle dulce vida.
Y mi parte inmortal por culpa oscura
Del dragon casi ya en la boca fiera,
Aun á su libertad niega el deseo;
Y aunque fuerza del cielo la asegura,
Ni el daño teme ni el remedio espera;
¡Tanto es ingrata al celestial Perseo!

V (3).

A Cristo.

Pudieron numerarse las señales
Que en vuestra carne delicada y pura
¡Oh imágen de la eterna hermosura!
El reparo imprimió de nuestros males;
Aunque fueron en sí tantas y tales,
Que el ingenio, no solo á la pintura,
Vencen, y tú ¡oh sagrada vestidura!
A trasladar en tí su gloria vales.
Mas el amor que cela el rojo velo
¿Quién lo podrá contar, si aun el efeto
La arte noble á formarlo no es bastante?
Fué sin principio, eterno será. ¡Oh cielo!
¿Cómo á tan grande amor no me sujeto?
¿Qué hago ¡oh piedra! en deuda semejante?

(1) Hállase este soneto al frente de la edicion de las obras de Fernando de Herrera hecha por Pacheco.

(2) Léese este soneto en el *Arte de la pintura* con el epígrafe siguiente: «A Diego de Silva Velazquez, pintor de nuestro católico rey Felipe IV, habiendo pintado su retrato á caballo, le ofreció su suegro Francisco Pacheco, estando en Madrid, este soneto.»

(3) Pacheco dice en el *Arte de la pintura:* «Es decir, el Señor que une estrechamente consigo aquella veste incorpórea sutil que representa sus escogidos, estando bañado en su propria sangre, para que, teñida en la flor della, quede hecha púrpura real.»

VI.

A don Fernando Enriquez de Ribera, tercer duque de Alcalá (4).

Osé dar nueva vida al nuevo vuelo
Del que cayendo al piélago dió fama,
Príncipe excelso, viendo que me llama
El honor de volar por vuestro cielo.
Temo á mis alas, mi subir recelo
¡Oh gran Febo! á la luz de vuestra llama;
Que tal vez en mi espíritu derrama
Esta imaginacion un mortal hielo.
Mas promete al temor la confianza
No del jóven la muerte, antes la vida
Que se debe á una empresa gloriosa;
Y esta por acercarse á vos se alcanza;
Que no es tan temeraria mi subida,
Puesto que es vuestra luz mas poderosa.

MADRIGAL.

(*Traduccion del Marino.*)

A una imágen de la Vírgen con Cristo muerto en su regazo, obra de Miguel Angel.

No es piedra esta Señora
Que sostiene piadosa, reclinado
En sus brazos, al muerto Hijo helado;
Mas piedra eres ahora
Tú cuya vista á su piedad no llora,
Antes eres mas duro;
Que á muerte tal las piedras con espanto
Se rompieron, y aun suelen hacer llanto.

A LA IMÁGEN DE LA NOCHE,

obra de Miguel Angel.

(*Traduccion de unos versos latinos.*)

La noche, que en accion dulce al reposo
Rendida ves, de un ángel fué esculpida
En esta piedra, y dale el sueño vida;
Llámala y hablará, si estás dudoso.

(*Traduccion de la respuesta de Miguel Angel.*)

Dormir y aun ser de piedra es mejor suerte,
Mientras la invidia y la vergüenza dura,
Y no ver ni sentir me es gran ventura;
Pues calla ó habla bajo, no despierte.

SOBRE LA BREVEDAD DE LA HERMOSURA.

Fragmento (5).

¡Cuán frágil eres, hermosura humana!
Tu gloria en esplendor es cuanto dura
Breve sueño, vil humo, sombra vana.
Eres humana y frágil hermosura,
A la mezclada rosa semejante,
Que alegre se levanta en la luz pura;
Pero vuelta la vista en un instante,
Cuanto cambia el azul el puro cielo
Las hojas trueca en pálido semblante.
Yace sin honra en el humilde suelo;
¿Quién no ve en esta flor el desengaño,
Que abre, cae, seca el sol, el viento, el hielo?

Á LA MUERTE DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

Habiendo llevado el cielo
El primer Lope del mundo,
¿Qué mucho lleve el segundo,
Si no los merece el suelo?
Mas déjanos un consuelo
Con pérdida tan extraña:
Que cuanto sol y mar baña
Celebrará la memoria
De los dos, que fueron gloria
La mayor que tuvo España.

EL PINCEL.

Enigma.

De un humilde animal vengo,
Soy blando de condicion,
Y sin lengua doy razon
De todo, aunque no la tengo;
Y aun parece mas que humano,
De mi poder la grandeza,
Porque otra naturaleza
Hago al que me da la mano.
Lo que estimo sobre todo,
Que no solo artificiales,
Pero sobrenaturales
Cosas hago en alto modo.
Todo cuanto quiero hago,
Y lo vuelvo á deshacer;
Sin término es mi poder
Y sin término mi estrago.
Es mi poder en el suelo
Tan semejante al Eterno,
Que puedo echar al infierno
Y puedo llevar al cielo;
Y aquí para entre los dos,
Llega mi poder á tanto,
Que no solo haré un santo,
Pero haré al mismo Dios.

Á PABLO DE CÉSPEDES.

Fragmento.

Mas ¡oh cuán desusado del camino
Que intenté proseguir tomé la via,
Honor de España, Céspedes divino!
Vos podeis la ignorancia y noche mia,
Mas que Apéles y Apolo, ilustremente
Volver en agradable y claro dia;
Que en vano esperará la edad presente
En la muda poesía igual sugeto,
Ni en la ornada pintura y elocuente.
A la futura edad prometo
Que el nombre vuestro vivirá seguro
Sin la industria de Sostrato, arquiteto.
El faro excelsa torre, el grande muro,
Mausoleo, pirámides y templo,
Simulacro, coloso en bronce duro,
Vuelto todo en cenizas lo contemplo;
Que el tiempo á dura muerte condenadas
Tiene las obras nuestras para ejemplo.
Mas si en eternas cartas y sagradas
Por nos se extiende heróica la pintura
A naciones remotas y apartadas,
Cercando de una luz excelsa y pura
En el sagrado templo la alta fama,
En oro esculpirá vuestra figura.
Ahora para la luz de vuestra llama
Sigo el intento y fin de mi deseo,
Encendido del celo que me inflama.

(4) «Así tambien comencé el año de 1605 á pintar de colores los lienzos de fábulas del camarin de don Fernando Enriquez de Ribera, tercero duque de Alcalá, á la sazon que Pablo de Céspedes estaba en Sevilla, el cual quiso ver cómo manejaba el temple, y yo le mostré el primer lienzo que hice para muestra... Esta era la fábula de Dédalo y su hijo Icaro, cuando, derretidas las alas, cae al mar por no haber creido á su padre. Y me acuerdo que viendo el desnudo del mancebo pintado, dijo Céspedes que aquel era el temple que habian usado los antiguos, y que él se acomodaba al que habia aprendido en Italia, llamado aguazo... Pues este lienzo en el techo vi que conseguia lo que habia deseado, concerté la obra en mil ducados, y ofrecí con el lienzo un soneto al Duque, que por descansar y dar gusto al lector lo pongo aquí.»—Francisco Pacheco, *Arte de la pintura.*

(5) «Hurtaré estos versos de una epístola que envié á don Juan de Jáuregui estando (este) en Roma, y pasen por variedad y por pintura.» Pacheco, *Arte de la pintura.*

LA DEVOCION INDISCRETA.

Cuento.

Era en la sazon dichosa
Cuando ajena de alegría
A su esposo y rey hacia
Honras la sagrada esposa;
Yandando en su movimiento,
Un loco encontró un lanzon,
Y al punto le dió aficion
De guardar un monumento.
Puesto en su ejercicio piò,
Vido acercarse á rezar
A un honrado del lugar,
Pero en fama de judio.
Con la aprehension ó el celo
Enarboló la cruel
Asta, con que dió con él
Mas que aturdido en el suelo;
Y al pueblo, que le cercó
Para vengar esta injuria,
Daba voces con gran furia:
¿Hemos de guardar ó no?»
Fabio mio, la razon
Siga un camino quieto;
Que nunca el celo indiscreto
Alcanzó reformacion.

EPIGRAMA.

Sacó un conejo pintado
Un pintor mal entendido;
Como no fué conocido,
Estaba desesperado;
Mas halló un nuevo consejo
Para consolarse, y fué,
Poner de su mano al pié
De letra grande *conejo*.

EPIGRAMA (6).

Pintó un gallo un mal pintor,
Y entró un vivo de repente,
En todo tan diferente,
Cuanto ignorante su autor.
Su falta de habilidad
Satisfizo con matallo;
De suerte que murió el gallo
Por sustentar la verdad (7).

SONETO VII (8).

En medio del silencio y sombra oscura,
Manto de horribles formas espantosas,
Veo la bella imágen de tres diosas,
Compuesta de oro, grana y nieve pura.
Su ornato, resplandor y hermosura
Son partes para mí tan poderosas,
Que aunque enlazado estoy en varias cosas,
Me arrebata, entretiene y asegura.
¡Oh vos, luces del cielo las mayores!
Digo, con vuestra paz, que sois vencidas
De dos soles que en gloria juzgo iguales,
Y que precio sus claros resplandores
Tanto, que en estas sombras extendidas
No envidio vuestros rayos celestiales.

(6) Este epigrama fué primero publicado por Espinosa en las *Flores de poetas ilustres*. Reimprimióto Pacheco en el *Arte de la pintura*. Corre equivocadamente como obra del conde de Villamediana entre las poesías de este autor. Tradújolo en lengua francesa monsieur de Gramvenville.

(7) Porque dijo la verdad. — *Edicion de las obras de Villamediana.*

(8) Publicó este soneto Pedro de Espinosa en sus *Flores de poetas ilustres.*

FIN DE LAS POESÍAS DE FRANCISCO PACHECO.

POESIAS

DE

FRANCISCO DE RIOJA.

JUICIOS CRITICOS.

DE DON J. J. LOPEZ DE SEDANO.

(En el tomo IV de *El Parnaso español*, Madrid, 1770.)

Las obras de este excelentísimo poeta español, aunque son bastantes, no existen impresas ni conocidas. No les falta requisito de cuantos pide la buena poesía, ni de hermosura de pensamientos, ni de propiedad de imágenes, ni de pureza de estilo, ni de armonía y dulzura de la versificacion, que no resalten en ellas, principalmente del fondo de moral sobre que las establece; porque no ignorando nuestro autor, como poeta tan docto, que las poesías de asuntos amatorios ó tomados de imágenes simples y materiales, pero desnudas de ejemplo ó moralidad provechosa, no tienen mas utilidad que el mérito del buen lenguaje y la viveza de las pasiones, para darlas mas realce dirigió todas sus obras á ejemplos y alusiones morales de mucha oportunidad y conveniencia.

DE DON JOSÉ MARCHENA.

(En las *Lecciones de filosofía moral y elocuencia.*)

Mas quien elevó hasta el ápice de la perfeccion la poesía lírica fué su paisano, y acaso su discípulo, Rioja (1). El afecto que la célebre cancion á las ruinas de Itálica anima es la melancolía filosófica que las vastas reliquias de los edificios en que se ufanaba el humano poderío en los mortales infunde. Tremendos documentos de la flaqueza del hombre y la fuerza de la naturaleza, el moho que sus derribadas columnas carcome, el amarillo jaramago que en los fragmentos mal seguros de sus medio allanadas paredes crece, nos están contino señalando la honda sima que á nosotros, las obras nuestras, nuestros vicios y nuestras virtudes nos ha de sepultar un dia. La aniquilada potencia del pueblo-rey que fundó á Itálica, los soberbios edificios de esta colonia, la gloria de sus hijos, señores los unos del universo, ilustres otros por sus tareas literarias, todo se retrata con viveza á la mente del autor. Las regaladas termas, el vasto anfiteatro, los palacios que habitaron los Césares, hijos de Itálica, las piedras que publicaban sus hazañas, todo

(1) Marchena habla de Fernando de Herrera.

ha sido víctima del tiempo y la muerte. La sacra Troya, la altiva Roma, la docta Aténas se le representan entonces; y tan nobles ruinas aumentan su dolor. Por fin, en el silencio de la noche oye una lamentable voz que grita *cayó Itálica*, eco repite *Itálica*; y al oir tan claro nombre lanzan profundos gemidos las nobles sombras de los altos varones que en su antiguo esplendor la poblaron... La epístola satírica de Rioja combate con fuerza la loca solicitud de los que pasan la vida pretendiendo cargos y humillándose ante los palaciegos; pero mas bien es un elogio de la vida exenta de ambicion y codicia, que la expresion de un enérgico encono contra los ambiciosos. Los únicos contra quien se irrita el virtuoso y filósofo poeta son los frailes hipócritas que, encenagados en los vicios mas torpes, predican la virtud en las plazas y sitios públicos:

No quiera Dios que imite á los varones
Que gritan en las plazas macilentos,
De la virtud infames histriones;
Esos inmundos trágicos atentos
Al aplauso vulgar, cuyas entrañas
Son infectos y oscuros monumentos.
¡Qué plácida resuena en las montañas
El aura, respirando blandamente!
Qué gárrula y sonante por las cañas!

POESÍAS

DE FRANCISCO DE RIOJA.

SONETOS AMOROSOS.

I.

Súplica al Guadalquivir (2).

Corre con albos piés al espacioso
Océano, veloz tarteso rio,
Así no ciña el abrasado estío
Tu dilatado curso glorïoso,
Y di á mi amor que crece tu espumoso
Seno á las muchas lágrimas que envio,
O esparza la dudosa luz rocío,
O muestre Cintia lustre generoso;
Que viendo en mustio son mi afan ardiente
De ti con crespa lengua resonado
En verde prado ó en sedienta arena,
Será que blandas luces al herviente
Humor muestre, ya en vano derramado,
Mi acerba y dulce y clara luz serena.

II.

A la vid.

Sube, frondosa vid, y en extendido
Ramo corona la desnuda frente
De este infelice pobo que al corriente
Cristal yace, de honor destituido;
Sube, así no amancille el aterido
Invierno en duro hielo tu excelente
Cima, ni Febo, cuando mas ardiente
Muestra á tu gloria el rayo embravecido;
Que pues cuando en su lustre florecia
Te dió el áspero tronco y dilatado
Seno, donde luciese tu ufanía,
Es razon, sacra vid, que el despojado
Leño de verde y fresca lozanía
Ornes agora en su funesto estado.

III.

A unos álamos blancos (3).

Ya del sañudo Bóreas el nevoso
Soplo cesó, y el triste ivierno helado,
Dando paso al divino ardor templado,
Huyó al profundo centro tenebroso;
Y vuelve el verde honor al espacioso
Seno vuestro, del hielo despojado,
Sacros pobos, que ornais el intrincado
Curso del claro Guadiamar ondoso.
¡Felices vos, que ufanos al suave
Rayo de Febo coronais la frente,
Libres del yerto humor que os oprimia!
Mas ¡triste yo, que de importuno y grave
Hielo siento oprimir la frente mia,
Léjos de ver mi altiva luz ardiente!

(2) Mas parece el estilo de Herrera que de Rioja.
(3) Mas parece el estilo de Herrera que de Rioja. Lo mismo puede decirse de algunos de los sonetos que van en esta coleccion.

IV.

A un rio.

Ménova, que con turbia y alta frente
Vuelas veloz al gran tartesio rio,
Horrible a fuerza del pluvioso y frio
Austro, la selva oprime tu corriente;
Y vi yo cuando en la sazon ardiente,
Corriendo apena, de cristal vacío,
Ella te defendió del cano estío,
De tu ceñudo humor mustia y doliente.
No des al aire pues, oh rio sagrado,
Raíces de tan fiel y generosa
Selva, que te asombró al estivo fuego.
Templa la saña y el confuso y ciego
Hervir de tu profunda agua espumosa,
Así discurras puro y dilatado.

V.

A unos labios.

Marchite ¡oh! nunca frio y cano hielo
De tus labios la dulce y blanda rosa,
Do la gracia de amor siempre reposa,
Ni otro sitio envidiando ni otro cielo.
De ellos nunca á herir levanta el vuelo
Ni hacha cruda ó flecha rigurosa,
Que una blanda palabra generosa
Arma y enciende en el purpúreo velo.
De estos pues blandos, rojos y suaves
Labios, do se arma Amor, y que encendieron
Mi pecho en llama y rosa dulcemente,
Nunca ¡oh tiempo! permitas que los graves
Hielos de edad la púrpura ardiente
Amortigüen, y llama en que me ardieron.

VI.

Al Héspero.

Salve, oh mancebo, flor de la hermosa
Llama que enciende y cerca el puro cielo;
Cuanto menos que Cintia generosa,
Tanto luces mas cándido en el suelo.
Apacible destierra en la sombrosa
Noche el horror de su medroso velo;
Que aun no vibra su hacha luminosa
Vénus, mirando al gran señor de Delo.
Luce en su vez ¡oh Héspero dichoso!
En su silencio, y con tu luz me invia
A mi dulce esplendor y mi cuidado;
Y si tal vez sentiste el amoroso
Fuego que así encendió mi pecho helado,
Dame no errar por tenebrosa via.

VII.

Al Guadalquivir.

Otro tiempo profundo y dilatado
Te vi correr, ¡oh sacro hesperio rio!
Y ya te ciñe el abrasado estio,
Y tu luciente mármol seca arado.

Triste pensaba yo nunca sobrado
Sentir tal vez el ardimiento mio,
O helase el Tánais el invierno frio,
O regalase el sol su curso helado;
Pero si tú, gran lustre de occidente,
Bétis, siendo deidad del inhumano
Tiempo, la ves y sientes la crueza,
No desespero de mi ardor insano;
Vuelta veré en ceniza la grandeza
Mientra Febo rayare en oriente.

VIII.

Lánguida flor de Vénus, que escondida
Yaces y en triste sombra y tenebrosa,
Verte impiden la faz del sol hermosa
Hojas y espinas, de que estás ceñida;
Y ellas el puro lustre y la vistosa
Púrpura en que apuntar te vi teñida
Te arrebatan, y á par la dulce vida
Del verdor que descubre ardiente rosa.
Igual es, mustia flor, tu mal al mio;
Que si nieve tu frente descolora
Por no sentir el vivo rayo ardiente,
A mí, en profunda oscuridad y frio,
Hielo tambien de muerte me colora
La ausencia de mi luz resplandeciente.

IX.

A don Juan de Arguijo.

Ya la hoja que verde ornó la frente
Desta selva, don Juan, en el verano,
Tiende amarilla por el suelo cano
Fuerza de helado espíritu inclemente;
Y la ova que en agua vi pendiente
De un hueco risco con verdor lozano,
Mustio ya y sin color, despojo vano,
Bétis esplaya con mayor corriente;
Y yo así bien no desigual mudanza
Siento en mi mal; que ya mi ardor intenso
Cambia el hielo en ceniza vana y fria.
¿Quién esperó igual bien? ¡Oh grata usanza
Del tiempo, pues fallece á par del dia,
Si un hermoso verdor, un fuego inmenso.

X.

Imitacion de Horacio.

Aunque pisaras, Laida, la sedienta
Arena que en la Libia Apolo enciende,
Sintieras ¡ay! que el aquilon me ofende,
Y del hielo y rigor la pluvia lenta.
Oye con qué ruido la violenta
Furia del viento en el jardin se extiende,
Y que apena aun la puerta se defiende
Del soplo que en mi daño se acrecienta.
Pon la soberbia, oh Laida, y blandos ojos
Muestra, pues ves en lágrimas bañado
El umbral que adorné de blanda rosa;
Que no siempre tu ceño y tus enojos
Podré sufrir, ni el mustio invierno helado,
Ni de Bóreas la saña impetuosa.

XI.

Sobre la inconstancia.

Claro y tranquilo el mar me conducia
A que sulcara su profundo seno,
Y apena entré, cuando el color sereno
Huyó de Bóreas con la saña fria.
Crespos montes de humor al cielo vía
Subir, y el mar, de oscura sombra lleno,
Cambiar varios semblantes, y el terreno
Asiento entre las olas parecia.
Entonce ¡ay, oh mezquino! un mortal hielo
Me cubria, y el hueco leño roto
Luchaba con las aguas fatigado.
En tanto afan, con voz ya incierta al cielo
Movi á piedad; libróme, é hice voto
De fiar nunca en ponto sosegado.

XII.

El dolor de la ausencia.

Cuando entre luz y púrpura aparece
La alba, y despierto ¡ay triste! y miro el dia,
Y no hallo la dulce Laida mia,
Alba y púrpura y luz se me oscurece.
Lloro, y crece mi llanto cuanto crece
Mas la lumbre, y la sombra se desvia,
Y un torpe hielo así me ata y resfria,
Que aun la voz para alivio me fallece.
Y á un tiempo apura amor con alto fuego
En este ancho desierto el pecho mio,
Donde el pesar lo aviva mas y enciende.
Lloro pues y ardo; así mi amor se extiende
Tanto, que á luz y á sombra y á rocio
Muero en llamas, y en lágrimas me anego.

XIII.

A una selva.

¡Ay, amarilla selva, que desnuda
Yaces, y en cano y yerto humor cubierta!
¡Cómo tu hórrida faz en mí despierta
Nuevo mal á mi incendio y llama cruda!
Siéntome ¡ay, triste! arder cuando se muda
Tu frente, y se descubre blanca y yerta;
Y cuando el alma tierra mas desierta
Se ve de luz, mi llama es mas aguda.
Pero ¡qué mucho, oh selva, si la ardiente
Hacha con que te alienta el claro dia
Declina tanto al Austro pluvïoso!
Y yo estoy tan cercano al refulgente
Rayo, que de sus luces siempre envia
Mi dulce ardor, Aglaya, y glorioso.

XIV.

Exhortacion á amar.

No esperes, no, perpetua en tu alba frente
¡Oh Aglaya! lisa tez, ni que tu boca,
Que al mas helado á blando amor provoca,
Bañe siempre la rosa dulcemente.
¿Ves el sol, que nació resplandeciente,
Cuál con luz desvanece tibia y poca?
Y tú sorda á mis ruegos como roca
Estás, en quien se rompe alta corriente.
Goza la nieve y rosa que los años
Te ofrecen; mira, Aglaya, que los dias
Llevan tras sí la flor y la belleza;
Que cuando de la edad sientas los daños
Has de envidiar el lustre que tenias,
Y has de llorar en vano tu dureza.

XV.

A un fresno.

Cuando te miro ¡oh fresno! así al helado
Soplo del aquilon calvo la frente,
Y altivo y blando soplo de occidente,
De purpúreo verdor la cima ornado,
Alegre vuelvo á mi infelice estado,
Y esfuerzo así mi corazon doliente:
«Espera, no importunes al luciente
Cielo con voces y con llanto airado.
»Tiempo será que tan crecida pena
Acabe, y tú luz goces, si oprimido
Yaces ahora en tan profundo hielo.
»Y si el volver del incansable cielo
Da á un mudo tronco el verde honor perdido,
¿Cómo á ti no tu pura luz serena?»

XVI.

De un naufragio.

Yo acabaré infelice en el ondoso
Golfo que ensaña y turba el viento airado,
Pues en nevoso invierno sulqué osado
Piélago así profundo y proceloso.
Ya me arrebata el ponto furioso,
Y miro el leño en piezas desatado

Entre la espuma errar, ¡ay yo cuitado!
Y no el cielo á mis lágrimas piadoso.
Yo acabaré, pues me rei imprudente
Del manso mar, que inmenso me rodea,
Y volverá en sus olas mis desnudos
Huesos. No fie de cristal luciente,
Tome ejemplo en mi mal quien no desea
Ser, cual yo, pasto de nadantes mudos.

XVII.

Del escarmiento.

Onda náufraga, ¡oh cuál tu leda frente,
Mientras el ocio fácil poseia,
Otra vez me ha engañado, que creia
Siempre tranquilo tu cristal luciente!
Ya no miro encresparse dulcemente
El mar con la aura que occidente invia;
Mas espumosos montes que á porfia
Levanta al cielo el euro furiente.
Tres veces fueron ya que el hondo Egeo
Rompí mal cauto con aguda prora,
Náufrago, y tantas lo sulqué animoso.
Debiera escarmentar, porque no ahora,
Opuesto en vano al mar impetuoso,
Llorara el cierto fin en que me veo.

XVIII.

Perlinacia de un afecto amoroso.

Este sediento campo, que abundoso
De roja mies contemplo en el estío,
Vi cubierto de humor luciente y frio
En el hórrido invierno y proceloso.
Y este de luengos cuernos caudaloso,
Bétis, correr con nuevo orgullo y brio
Vi ya, y descrece, y con angosto rio
Entra en el ancho piélago espumoso.
Mas nunca ¡ay, oh dolor! mi incendio veo
Menguarme un punto, ó robe soplo helado
Honra á la selva, ó tibio la corone.
Y el hado aun en tal grave mal dispone
Que muera en mi importuno devaneo,
En lágrimas y en fuego desatado.

XIX.

A Lesbia.

¿En qué excelso lugar, Lesbia, formada
La nieve fué de tu hermosa frente?
La que á Moncayo coronó luciente
No es blanca, á su pureza comparada.
¿Con cuál purpúrea llama retocada
Fué á partes su belleza floreciente,
Que desmaya y abrasa ocultamente
A la alma mas soberbia y mas helada?
Tus puras luces, dulcemente atroces,
¿Qué rayo celestial cerca y enciende?
¿Cómo suspende tu razon divina?
Mas ¡oh necio, cuán poco las veloces
Palabras pueden! Lesbia peregrina,
Quien menos habla en ti, menos te ofende.

XX.

Poder del amor.

Donde con presto paso y frente leda,
Fedro amigo, caminas diligente,
Llevas ¡oh cuán en vano! la hacha ardiente
Que esparce de la cumbre el humo en rueda.
¿Ignoras por ventura cuánto pueda
Mas extender su luz resplandeciente
La llama que en mi pecho acerbamente,
Y dulce el engañoso amor hospeda?
Esa puede apagar fuerza de viento,
Y la pluvia que ya se precipita
Con ímpetu del cielo y con ruido;
Pero de Vénus el ardor que siento,
Si la misma deidad no le marchita,
Nunca será de otro poder rendido.

XXI.

A Fabio.

Fabio, tú viste, y luego á la amorosa
Hacha ardiste; no culpo la presteza;
Que es nueva admiracion la alma belleza
De la en ti dulcemente poderosa.
Los cándidos jazmines y la rosa
Que en su frente esparció naturaleza
¿Quién vió jamás, y quién la alta belleza
Y llama de sus luces gloriosa?
Y tú, prudente, que el correr no ignoras
Del puro sol, á escura noche fria
Ardes en viendo lumbre soberana.
Arde, que huyen las veloces horas,
Y no se sabe si al presente dia,
Fabio, podrá añadirse el de mañana.

XXII.

A Lesbia.

¡Oh cómo cuando vi tu blanca frente,
Lesbia, yo pareci! Cómo encendido
Con nueva llama el pecho endurecido
Ya siento regalar sabrosamente!
Mas ¿cuál admiracion, si á un excelente
Y peregrino amor se ve rendido,
De altivas luces quien miró atrevido
Resplandor que vibraron refulgente?
Pero que en transparente, tersa y pura
Nieve se asconda del helado ciego
La no vencida hacha abrasadora,
Y que muera en incendios cada hora
Quien de nieve tocó humana figura,
¡Oh admiracion! Oh no entendido fuego!

XXIII.

A un pintor.

No canses el ingenio ni la mano
En imitar las luces á la nieve,
Lelio, de aquella faz con que se atreve
Arte sublime á competir en vano.
Que ni el negro cabello simple y vano,
Que tal vez por la frente el aura mueve,
Imitará la tinta aunque mas pruebe
Sobrar en fuerzas al saber humano;
Y ¿podrá las palabras y el aliento
Mentir temple ingenioso de colores?
¡Oh! no hagas tan grave injuria al arte.
Cuando el calor me pintes á las flores,
Y la llama del sol y el movimiento,
De Egle podrás la mas dificil parte.

XXIV.

A Manlio.

Manlio, las pocas horas que solia
Contar al suelo, al ocio y al engaño,
Dolor tuyo y tu incendio con extraño
Sentimiento á mi mente les debia.
Y ni en la sombra ni en la luz del dia
Me da apenas alguna desengaño,
Ni la piedad lo ofrece de tu daño,
Llama que no será ceniza fria.
Pues érame escarmiento, peregrina
Forma de padecer, porque temiera
Errar, cual tú, por un Vesubio ciego;
Mas ¿cómo ¡ay! si es la causa tan divina?
¡Oh bien dichoso, aunque abrasado muera!
¿Quién pudo arder en tan ilustre fuego?

XXV.

Consuelo á una hermosura eclipsada por la edad.

Sin razon contra el cielo, Aglaya mia,
Mueves airada el labio porque ha dado
Veloz fin ya á tu lustre y al dorado
Pelo que en tu alba frente relucia,
Si la flor que aparece al mediodia
El crespo seno, en púrpura bañado,

Con color se ve en tierra desmayado
Antes que él mismo al mar tuerza la via;
Porque el fuego y la nieve dulcemente
En tu rostro mezclados, ¿qué otra cosa
Son que una breve flor? Templa la saña;
Que la fatal disposicion no engaña,
Si á quien alta belleza floreciente
La edad le da de la purpúrea rosa.

XXVI.

Ardo en la llama mas hermosa y pura
Que amante generoso arder pudiera,
Y necia envidia, no piedad severa,
Tan dulce incendio en mi apagar procura.
¡Oh, cómo vanamente se aventura
Quien con violencia y con rigor espera
Que un alto fuego en la ceniza muera,
Mientras un alma á sabor en él se apura!
Si yo entre vagas luces de alba frente
Me abraso, y entre blanda nieve y roja,
Es culpa de tu amor no hacer caso.
No es la lumbre del sol mas poderosa,
Y agrada mas naciendo en el oriente
Que cuando se nos muere en el ocaso.

XXVII.

De los rosados cercos donde suena
Dulcemente ofendido el puro aliento
Pendes ufano, ¡oh búcaro sangriento!
Dando á envidioso amante acerba pena.
Mas que á la mano de artificio llena,
Tanto bien debes al ardor violento,
Y mas que á su primero nacimiento,
Aunque de rara fué y purpúrea arena.
No así de amor sucede al rayo airado,
Que alto, encendido en mi alma se eterniza.
Ardo sin dicha entre la llama ciego;
Mas ¡ay! que sientes tanta gloria helado,
Y si el favor no se comprehende al fuego,
Filis, yo no lo envidio en la ceniza.

XXVIII.

Prende sutil metal entre la seda
Que el pelo envuelve y ciñe ilustremente,
El rico lazo que de excelsa frente
Sobre el puro alabastro en punta queda;
O prende la vistosa pompa y rueda
Del traslucido velo refulgente
Debajo el cuello tierno y floreciente,
En quien ó ni el pesar ni el tiempo pueda;
Que en mi será tu aguda punta ociosa,
Y de nuevo herir ó dar favores
No puede otra virtud en ti escondida,
Mientras hay viva nieve y blanda rosa,
Y en desmayados ojos resplandores
Arbitros de la muerte y de la vida.

XXIX.

Filis, la destemplanza con que suena
Tu voz á mi desden siempre me advierte
Que tambien para ti guardó la suerte
El fuego á que severa me condena.
A tratar nueva injuria como ajena,
Filis, mal puede ser que el arte acierte;
Que no hay remedio á no prevista muerte
Ni prevencion en no advertida pena.
En vano á persuadirme te dispones
Con forzada razon tus falsos hielos,
Si tus alientos no te son propicios.
¿Sabes que dieron próvidos los cielos
Al humano secreto las acciones,
Solas de su verdad fieles indicios?

XXX.

Rompo con lisa frente las prisiones,
Filis, que tus engaños fabricaron;
Lágrimas tu mentir acreditaron
Contra hábitos de fieles presunciones.
¡Oh cuántas veces, Fili, á tus acciones,
Que mal ardiente llama en mi apagaron,
En mis hielos piedad solicitaron,
Y turbaron prudentes prevenciones!
Pero ya de tu llanto la elocuencia
Y de tus modos el silencio, el arte
No podrá introducir nuevos engaños;
Y yo mas quiero á solas envidiarte
Que ver siempre obstinada la prudencia
Al persuadir de tantos desengaños.

XXXI.

¿Qué secretos no vistos en mis males
Inventas, Cloe? Miro las acciones
Que fabricaron á mi paz prisiones,
Como cuando en tus gracias siempre iguales
Tambien las puras luces celestiales,
Contra quien no hay humanas prevenciones;
Mas ¿qué oculto veneno en ellas pones,
Pues las siento, muriendo, desiguales?
¡Oh modos eficaces y elocuentes,
Cómo hablais en las injurias mias
Lo que niegan palabras y favores!
Que no entendida fuerza de temores
Descubris en silencio; ¡ay! florecientes
Mis glorias llevan los veloces dias.

XXXII.

Movió mi fuego á compasion los dias,
Y llevaron veloces y severos,
Fili, á tus ojos dulcemente fieros
La flor que perturbó las paces mias;
Y á los que en competencias y en porfías
De pretender vió tu verdor primeros,
Aun la piedad no hace lisonjeros
De las cenizas que contemplan frias;
Como si fuera al tiempo permitido
Volver, y por las luces de tu frente
Rayo de risa centellando ardiera;
Fueras con tu belleza mas prudente,
Y el hermoso color nunca se viera
Con tanto aplauso á sombras reducido.

XXXIII.

Hiere con saña el mar y con porfía
La seca arena á su crueldad desnuda,
Y el agua, siempre en el herir mas cruda,
Temblor envuelto en su furor le envia;
Pero nunca á sus ímpetus desvia
La frente el polvo numeroso, ó duda
Permanecer en su constancia muda,
Por mas que oculto se repare el dia.
Solo ofendiendo el ponto entre sus iras,
Suspira en el silencio del arena,
Como si alguna vez fuera ofendido;
Tal, Lisi, entre las lágrimas suspires,
Y el repetido aliento en mi mal suena,
Mudo yo á tu furor y endurecido.

SONETOS MORALES.

I.

Pasa, Tírsis, cual sombra incierta y vana
Este nuestro vivir, y como nieve
Al tibio rayo, desvanece en breve
Todo apacible bien y gloria humana.
Mira cuánto en color, cuánto en lozana
Juventud confiar el hombre debe,
Si así acabó Medrano en vuelo leve,
Subido ya á la estanza soberana.
Siento tu fin veloz, aunque no incierto;
Triste imagino á aquel que nos aguarda
Solo por no avenirle en pena, en lloro.
Tírsis, deja este mar, vuelve ya al puerto
La nave y busca el celestial tesoro;
Que á nos quizá tan triste fin no tarda.

II.

Este que ves, oh huésped, vasto pino,
Util solo á la llama ya en el puerto,
Selva frondosa un tiempo en descubierto
Cielo dió amiga sombra al peregrino.

De la cumbre citoria al ponto vino
Por la mordaz segur el tronco abierto,
Y despues alta máquina el incierto
Golfo abrió siempre con hinchado lino.
Vientos, agua sufrió; llegó al aurora,
Veloz naye, rompió luengos caminos,
Y á su patria volvió soberbia y rica;
Mas no firme á sufrir del mar ahora
Los ímpetus, por voto á los marinos
Dioses Cástor y Pólux se dedica.

III.

Almo, divino sol, que en refulgente
Carro sacas y escondes siempre el dia
Y otro, y el mismo naces tras la fria
Sombra que huye la alba luz ardiente.
Pura y cándida Ilitia, que luciente
Eres del cielo honor, si se desvia
El áurco rayo que tu hermano envia
A tu hermosa faz resplandeciente,
Venid ambos, venid, lustre del cielo,
Fáciles á mis ruegos; tú, Lucina,
Seas blanda á Celia en la cercana hora.
Y pues te honra, oh Febo, con divina
Voz, da al infante, cuando sienta el hielo
Del aire, ingenio y dulce voz sonora.

IV.

A las ruinas de una ciudad sepultada en el mar.

Este ambicioso mar, que en leño alado
Sulcas hoy, pesadumbre peregrina,
De fundacion en otra edad divina,
Ha entre soberbias olas sepultado.
Cuando se ve ceñido y retirado
Aparece admirable alta ruina,
Y la llaman; oh Manlio! Salmedina,
Que sombra de su nombre aun no ha quedado.
¿Quién creyera que envidia de grandeza
En lisonjero ponto se hallara?
¡Oh mal segura fe de agua inconstante!
Borró desta ciudad la ilustre alteza
Por dilatarse, como ya borrara
El ancho imperio y el poder de Atlante.

V.

Date en qué ejercitar el sufrimiento
Y la grandeza de ánimo fortuna,
¿Y desmayas así? Ocasion alguna
Menospreciar debieras de tormento.
¿Sabes que es infelice el siempre exento
De padecer debajo de la luna;
Que un mal sufrido, y aspereza una
Número da entre dioses y alto asiento?
Mira cómo del hierro y la herida
La mal derecha vid orna su frente
Con verde veste y con purpúrea gloria.
Pues la inclita Sagunto, por sufrida,
Mas que á sus fuertes muros y á su gente,
Debe á la adversidad su alta memoria.

VI.

Manlio, si alguna vez la igualdad mia,
De la fortuna en el mayor aprieto,
Te causó admiracion, verme sujeto
A tan fácil rigor, risa podria;
Pero si sabes bien de valentía,
No engañe lo exterior tu alto conceto;
Que ¿quién sabe si mas violento efeto
Hizo este mal en mí que en otro haria?
Nave que pudo al mar embravecido
Firme sufrir, y al viento mas airado,
Ya vi perder un arenoso asiento.
Y el vidrio, á luenga edad nunca rendido,
Ni del agua y la llama sojuzgado,
Lo vence y lo consume el blando aliento.

VII.

En vano del incendio que te inflama
Eternidad presumes, aunque extienda
Su fuerza mas, y el pecho tuyo encienda;
Que fin breve y veloz tiene quien ama.
Si furioso y violento se derrama
Por tus venas en áspera contienda,
Por mas que el rojo humor se le defienda,
Pasto será de su ambiciosa llama.
No temas pues del inconstante y ciego
Vulgo ser habla un poco, que alterado
Súbito, como el mar su furia deja;
Que si soberbio ardor así te aqueja,
Serás en breve al no sonante fuego
En humo y en cenizas desatado.

VIII.

A las ruinas de la Atlántida.

Este mar, que de Atlante se apellida,
En inmensas llanuras extendido,
Que á la tierra amenaza embravecido,
Y ella tiembla á sus olas impelida,
Cubre, Antonio, la parte mas lucida
Del orbe, y yace envuelta en alto olvido;
Vivir el hombre apenas ha podido,
Y fué mayor que el Africa encendida.
En un sol y una sombra esta grandeza
La agua cubrió; di, ¿y temes alterado
De tus males eterna la aspereza?
¡Oh cuán cerca te juzgo de engañado
Si imaginas en animos firmezas!
Que todo huye cual sombra ó viento airado.

IX.

¿Es esta vez, oh Manlio, la primera
Que sentiste las iras temeroso
Del agua y del vulturno proceloso,
O que llegaste á ver la muerte fiera?
¿Por qué la frente con la paz severa
Turbas ora con llanto vergonzoso?
De estas olas y viento impetuoso
En vano acusas la celeste esfera;
Que no ignorabas tú cuán mal seguras
Son del mal las lisonjas, y cuán ciertas
A deslizarse sus tranquilas horas.
Llora la humana condicion, si lloras,
Manlio, y que al mar de ayer nunca despiertas
Las mientes con que hoy mides tus venturas.

X.

Temes en vano el rayo que te ofende
Ser en polvo y en humo convertido,
Aunque del pecho tuyo en lo escondido
Tanto con ambicioso ardor se extiende.
El regalo ¿á cuál ánimo defiende?
Antes lo tiene débil y oprimido,
Solo constante te hará y sufrido
A padecer el fuego que te enciende.
Como el barro, que diestra mano informa
De la impelida rueda al movimiento,
Apena estable en su primer figura,
Que mientra al agua y viento se conforma
Yace frágil, y firme sufrimiento
Le dé la llama con que eterno dura.

XI.

¿Sabes cuán raro bien sigue á las horas,
Y que podrás apenas en el dia
Contar alguno, y la tristeza mia
Ya admiras y ya culpas y ya lloras?
Engáñaste si piensas que mejoras,
O borras así el mal que el cielo envia;
¿No ves que al sol, como á la sombra fria,
Siempre acompañan penas voladoras?
Juzgó, Manlio, tu mente que sin duda
El ánimo y el tiempo se mudara
Si otro el lugar y si otro el aire fuera;
Mas ¿qué hizo el que mares mil sulcara
E incógnitas naciones anduviera?
Que el cielo, ¡ay! y no el ánimo, se muda.

XII.

Vime del Adria en la soberbia fiera
El vigor y el aliento desmayado;
Luego ya de las olas arrojado,
Soy náufrago despojo en la ribera.
Don Juan, ¿en mi ventura quién creyera
Tan súbita piedad de ponto airado?
Temíme entre sus iras sepultado,
Y salvo á un tiempo me contemplo fuera.
Colgar húmida veste en sacro templo
Al eterno y comun Señor por voto;
Seré acaso escarmiento al atrevido.
Mas como á mí, inconstante, si al sentido
No asiste en viva imágen para ejemplo,
Viento, y turbado mar y pino roto.

XIII.

Levanto el cuerpo, que sustento apena,
Desta playa, que el ponto hiere y baña,
Libre ya de los ímpetus y saña
Que teme y tiembla la azotada arena;
Y miro la agua, de piedad ajena,
Que entre montes de espuma con extraña
Crueza me volvió, cómo ahora engaña,
Que mansamente por la playa suena;
Pero yo, que me vi en el trance extremo
Tantas veces, y sé cuánta distancia
Hay de su alegre á su turbada frente,
Huyo su imágen, aunque vanamente;
Que si conozco su mudanza, temo
Como igual á sus olas mi constancia.

XIV.

¿No viste siempre en firme lazo atadas
La piedad y la fe á la mansedumbre?
Ya en líquida y sonante pesadumbre
Son con frecuente ejemplo desatadas.
Mira cuántas ciudades fabricadas,
Que al cielo amenazaran con su cumbre,
Y arriba fueron por su excelsa lumbre,
Callan entre las aguas sepultadas.
Este pues tan cruel, tan ambicioso
Humor, que lame fiero altas ruinas,
Es fiel y pio á la tierra un tronco helado.
¡Oh afectos oh piedad, que al proceloso
Ponto ilustran tus obras peregrinas,
Y á mí ni aun sombra fría no haya tocado!

XV.

¿Cómo será de vuestro sacro aliento
Depósito, Señor, el barro mio?
Llama á polvo fiar mojado y frio
Fué dar leve ceniza en guarda al viento.
¿Qué superior, qué puro movimiento
Habrá en ardor á quien el peso impío
Desta tierra mortal apaga el brio,
Y los esfuerzos á su ilustre asiento?
Piedad este encendido soplo aguarda,
Que en mí se halla duramente atado,
Mientra el postrer desmayo se difiere;
Y si entre tanta oposicion dejado
Fuere de vos, mi eterno fin no tarda;
Que un breve fuego aun sin contrarios muere.

XVI.

A Itálica.

Estas ya de la edad canas ruinas,
Que aparecen en puntas desiguales,
Fueron anfiteatro, y son señales
Apenas de sus fábricas divinas.
¡Oh á cuán mísero fin, tiempo, destinas
Obras que nos parecen inmortales!
Y temo, y no presumo, que mis males
Así á igual fenecer los encaminas.
A este barro que llama endureciera
Y blanco polvo humedecido atara,
¡Cuanto admiró y pisó número humano!
Y ya el fausto y la pompa lisonjera
De pesadumbre tan ilustre y rara
Cubre yerba y silencio y horror vano.

XVII.

En mi prision y en mi profunda pena
Solo el llanto me hace compañía,
Y el horrendo metal que noche y dia
En torno al pié molestamente suena.
No vine á este rigor por culpa ajena,
Yo dejé el ocio y paz en que vivia,
Y corrí al mal, corrí á la llama mia,
Y muero ardiendo en áspera cadena.
Así del manso mar en la llanura,
Levantando la frente onda lozana,
La tierra al agua en que nació prefiere;
Mueve su pompa á la ribera ufana,
Y cuanto mas sus cercos apresura,
Rota mas presto en las arenas muere.

XVIII.

No se acredita el dia, antes se infama
Con la injuria que hace á la belleza;
Huyenos con oculta ligereza,
Y va tras él la mas ilustre llama.
¿Qué breve fin no temerá quien ama?
Clori, la dulce flor y la pureza
De tus luces y nieve con presteza
Desvaneció y enmudeció la fama (4).
Así en el aire discurrir lucientes
Vi de la tierra alientos estivales,
Y morir cuanto mas resplandecientes;
Y así á importunas pluvias celestiales
Formarse en la agua cercos trasparentes,
Sin dejar de su pompa aun las señales.

XIX.

A la fugacidad del tiempo.

Como se van las aguas de este rio
Para nunca volver, así los años,
Y solo dejan infalibles daños,
Que reparar no puede voto mio.
Fundamos esperanzas al estío
Desde el invierno, ¡oh ciego error! oh engaños!
Y nos huyen los tiempos por extraños
Modos, y huye el floreciente brio.
La dulce atrocidad de aquellos ojos,
Ante quien ya perdí color y aliento,
Tras sí la lleva á mas andar el dia.
Vive tú á la opinion, de honor sediento;
Que yo al ocio plebeyo viviria,
Si apenas hay de lo que fui despojos.

XX.

Si mides tu ambicion con tu fortuna
Mientras la edad sin detenerse vuela,
Sin causa, Fabio, tu razon desvela,
Que haya á tu suerte oposicion alguna.
En lo interior del orbe de la luna
No esperes paz al bien que el alma anhela;
Antes, oh Fabio, al sufrimiento vela
Alegre al que contrario lo importuna.
Como la siempre floreciente llama
Por quien renace y por quien muere el dia,
Que igual raya en el cielo y resplandece,
Ya montañas de nubes á porfía
En su mayor oposicion parece
Que de hermosas luces las inflama.

XXI.

A un ánimo incontrastable.

¡Cómo á ser inmortal, Manlio, caminas!
Pues cuando el orbe, en piezas dividido,
Cae con ímpetu horrendo, y con ruido
Intrépido te hieren sus ruinas,
Emulas, Manlio, son de las divinas
Tus acciones; del número embestido,
Ni pasas á sus voces advertido,
Ni á sus injurias aun la frente inclinas.

(4) Así el texto de Fernandez; Sedano lee:
Desvaneció y enmudeció aun la fama.

Así al luciente cerco de la luna,
Rayando en muda noche el oriente,
Furioso can latiendo va erizado,
Y ella igual y segura y refulgente
Sube mal advertida á la importuna
Voz del can simple, en daño suyo airado.

XXII.

¡Oh rotos leños y mojado lino,
Horror á la ambicion mas lisonjera,
Que mal fundado error tu luz primera
En la selva turbó robusto pino!
Y tú, atrevida yerba, que camino
A fábrica naval diste en la fiera
Agua, ya por su injuria en la ribera
Eres triste escarmiento al peregrino.
¡Oh mil veces dichoso el que igual cuenta
Largas horas en ocio entre sus lares,
Superior á vulgares opiniones!
Que ni la suerte envidiará sedienta,
Ni, inútil peso, temerá en los mares
Escudriñar sus intimas regiones.

XXIII.

Cánsome en fabricar lenta fortuna
Con el error que á los humanos lleva;
Mas la experiencia á mi razon le prueba
Que igual me ha de seguir la de la cuna.
Esta luz, para mí nunca oportuna,
Solamente en mi daño se renueva,
Ni sé qué mas á sus orientes deba
Que la vez de los casos importuna.
Y estoy ya tan de parte del engaño,
Que fabulosas glorias me propone,
Que accion no acuso de funesta suerte;
Así á sus leyes ambicion dispone
El ánimo, y en tanto errar no advierte
La verdad, que le avisa el desengaño.

XXIV (5).

Quintinio Mesio, pintor.

(*Traduccion de un epigrama latino de Sampsonio*) (6).

El cántabro metal formé en la llama,
Que impelido y secreto soplo alienta,
Cual ciclope en el monte, que alimenta
Los eternos incendios que derrama;
Y Amor, que raras glorias dió á quien ama,
Mi pecho ardió con hacha violenta,
Y con desden solicitó mi afrenta
En la soberbia lumbre que me inflama.
Pintor, émulo amante, preferido
Vi, y al hierro sonante el pincel mudo,
Pintar me hizo Amor; mis tablas muestra
Breve martillo, oh Publio; así en ti pudo
Ser Vulcano pintor introducido
Cuando á Enéas Dione armó la diestra.

Á SAN CRISTÓBAL (7).

(*Traduccion de unos versos latinos de Francisco Pacheco [el tio].*)

Cristóbal y fortísimo gigante
Es á quien, caminando en las tinieblas,
La fe, de maravillas obradora,
Amanece; no teme de las sombras
Las vanas amenazas, ni anegarse
En las ondas inmensas de las cosas;
Estriba siempre en Dios. Tal te creemos,
¡Oh grande entre los santos! y del templo
Te ponemos ejemplo á los piadosos
En los sacros umbrales, y á tus aras
Ofrecemos honores merecidos.

(5) Pacheco pone este soneto en el *Arte de la pintura*, diciendo que «solicitada una honesta doncella en Flándes de un pintor y un herrero, aficionada á la pintura, quisiera que trocaran oficios por admitir al herrero por marido, que era gentil mancebo de hasta treinta años, el cual no estimó. Sintiendo él esto mucho, por conseguir su virtuoso intento se aplicó á la pintura, aunque era famoso en su oficio.»

(6) Hállase este epigrama en el libro de Domingo Lampsonius, intitulado *Elogia in effigies pictorum celebrium Germaniæ inferioris*, 1572, en 4.°

(7) Pacheco en el *Arte de la pintura* publicó estos versos de Rioja. Los versos latinos del tio fueron escritos para el san Cristóbal de la catedral de Sevilla.

SILVAS.

I.

A la rosa.

Pura, encendida rosa,
Emula de la llama
Que sale con el dia,
¿Cómo naces tan llena de alegría,
Si sabes que la edad que te da el cielo
Es apenas un breve y veloz vuelo?
Y no valdrán las puntas de tu rama (8)
Ni tu púrpura hermosa
A detener un punto
La ejecucion del hado presurosa.
El mismo cerco alado,
Que estoy viendo riente,
Ya temo amortiguado,
Presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu crespo seno
Te dió Amor de sus alas blandas plumas,
Y oro de su cabello dió á tu frente.
¡Oh fiel imágen suya peregrina!
Bañóte en su color sangre divina
De la deidad que dieron las espumas;
Y esto, purpúrea flor, y esto ¿no pudo
Hacer menos violento el rayo agudo?
Róbate en una hora,
Róbate licencioso su ardimiento
El color y el aliento;
Tiendes aun no las alas abrasadas,
Y ya vuelan al suelo desmayadas.
Tan cerca, tan unida
Está al morir tu vida,
Que dudo si en sus lágrimas la aurora
Mustia tu nacimiento ó muerte llora.

II.

Al clavel.

A tí, clavel ardiente,
Envidia de la llama y de la aurora,
Miró al nacer mas blandamente Flora;
Color te dió excelente,
Y del año las horas mas suaves.
Cuando á la excelsa cumbre de Moncayo
Rompe luciente sol las canas nieves
Con mas caliente rayo,
Tiendes igual las hojas abrasadas;
Mas ¿quién sabe si á Flora el color debes
Cuando debas las horas mas templadas?
Amor, Amor sin duda dulcemente
Te bañó de su llama refulgente
Y te dió el puro aliento soberano;
Que eres flor encendida,
Pública admiracion de la belleza,
Lustre y ornato á pura y blanca mano,
Y ornato, lustre y vida
Al mas hermoso pelo
Que corona nevada y tersa frente;
Sola merced de Amor, no de suprema
Otra deidad alguna.
¡Oh flor de alta fortuna!
Cuantas veces te miro
Entre los admirables lazos de oro,
Por quien lloro y suspiro,
Por quien suspiro y lloro,
En envidia y amor junto me enciendo.
Si forman por la pura nieve y rosa,
Diré mejor por el luciente cielo,

(8) Así el texto de Sedano; otros leen:

Y ni saldrán las puntas de tu rama.

Las dulces hebras amoroso velo,
Quedas, clavel, en cárcel amorosa
Con gloria peregrina aprisionado.
Si al dulce labio llegas, que provoca
A suave deleite al mas helado,
Luego que tu encendido seno toca,
A tu color sangriento
Vuelves ¡ay, oh dolor! mas abrasado.
¿Dióte naturaleza sentimiento?
¡Oh yo dichoso á habérseme negado!
Hable mas de tu olor y de tu fuego
Aquel á quien envidias de favores
No alteran el sosiego.

III.

A la rosa amarilla.

¿Cuál suprema piedad, rosa divina,
De alta belleza transformó colores
En tu flor peregrina,
Teñida del color de los amores?
Cuando en ti floreció el aliento humano,
Sin duda fué soberbio, amante y necio
Cuidado tuyo y llama,
Y tú descuido suyo y su desprecio;
Diste voces al aire, fiel en vano.
¡Oh triste, y cuántas veces
Y cuántas, ay, tu lengua enmudecieron
Lágrimas que copiosas la ciñeron!
Mas tal hubo deidad que conmovida
(Fuese al rigor del amoroso fuego
O al pio afecto del humilde ruego),
Bori ó tus luces bellas
Y apagó de tu incendio las centellas,
Desvaneció la púrpura y la nieve
De tu belleza pura
En corteza y en hojas y astil breve.
El oro solamente
Que en crespos lazos coronó tu frente,
En igual copia dura,
Sombra de la belleza,
Que pródiga te dió naturaleza
Para que seas, oh flor resplandeciente,
Ejemplo eterno y solo de amadores,
Sola eterna amarilla entre las flores.

IV.

Al jazmin (9).

¡Oh, en pura nieve y púrpura bañado,
Jazmin, gloria y honor del cano estío!
¿Cuál habrá tan ilustre entre las flores,
Hermosa flor, que competir presuma
Con tu fragante espíritu y colores?
Tuyo es el principado
Entre el copioso número que pinta
Con su pincel y con su varia tinta
El florido verano.
Naciste entre la espuma
De las ondas sonantes,
Que blandas rompe y tiende el ponto en Chio,
Y quizá te formó suprema mano,
Como á Vénus tambien, de su rocío;
O si no es rumor vano,
La misma blanca diosa de Citera
Cuando del mar salió la vez primera,
Por do en la espuma el blando pié estampaba
De la playa arenosa,
Albos jazmines daba;
Y de la tersa nieve y de la rosa
Que el tierno pié ocupaba,
Fiel copia apareció en tan breves hojas.
La dulce flor de su divino aliento
Liberal escondió en su cerco alado,
Hizo inmortal en el verdor tu planta,
El soplo la respeta mas violento
Que impele, vuelto en nieve, el cierzo frio,
Y la luz mas flamante
Que Apolo esparce altivo y arrogante.
Si de suave olor despoja ardiente
La blanca flor divina,
Y amenaza á su cuello y á su frente
Cierta y veloz ruina,
Nunca tan licenciosa se adelanta,
Que al incansable suceder se opone
De la nevada copia,
Que siempre al mayor sol igual florece,
E igual al mayor hielo resplandece.
¡Oh jazmin glorioso!
Tú solo eres cuidado deleitoso
De la sin par hermosa Citerea,
Y tú tambien su imágen peregrina.
Tu cándida pureza
Es mas de mi estimada
Por nueva emulacion de la belleza
De la altiva luz mia,
Que por obra sagrada
De la rosada planta de Dione;
A tu excelsa blancura
Admiracion se debe
Por imitar de su color la nieve,
Y á tus perfiles rojos
Por emular los cercos de sus ojos.
Cuando renace el dia
Fogoso en oriente,
Y con color medroso en occidente
De la espantable sombra se desvia,
Y el dulce olor te vuelve
Que apaga el frio y que el calor resuelve,
Al espíritu tuyo
Ninguno habrá que iguale,
Porque entonces imitas
Al puro olor que de sus labios sale.
¡Oh, corona mis sienes,
Flor que al olvido de mi luz previenes.

V.

A la arrebolera.

Tristes horas y pocas
Dió á tu vivir el cielo,
Y tú, á su eterna ley mal obediente,
A no fáciles iras lo provocas;
Alzas la tierna frente,
¿Diré en llama ó en púrpura bañada?
De la gran sombra en el oscuro velo,
Y mustia y encogida y desmayada,
Llegas á ver del dia
La blanca luz rosada.
¡Tan poco se desvia
De tu nacer la muerte arrebatada!
Si es pues de alto decreto
Que el tiempo breve de tu edad incluyas
En solo el cerco de una noche fria,
¿Qué te valdrá que huyas
Con ambicioso afeto
De acrecentarle instantes á la vida?
No inquietes atrevida
El cano seno á los profundos mares,
Que por ventura negarán camino
En daño tuyo á tu serrado pino,
Y en vez de la acogida
Que en las pardas entrañas
Hallaste siempre de la tierra dura,
Hallarás en sus aguas sepultura.
Dime, ¿cuál necio ardor te solicita
Por ver de Apolo el refulgente rayo?
¿Qué flor de las que en larga copia el mayo
Vierte, su grave incendio no marchita?
¡Oh, cómo es error vano
Fatigarse por ver los resplandores
De un ardiente tirano
Que impio roba á las flores
El lustre y el aliento y los colores!
Y tú, admirable y vaga,
Dulce honor y cuidado de la noche,
Si la llama y color el sol se apaga,
¿Cuál mayor dicha tuya
Que el tiempo de tu edad tan veloz huya?
No es mas el luengo curso de los años

(9) Sedano publicó incompleta en el *Parnaso español* esta silva (tomo IV). Despues la reimprimió íntegra (tomo IX).

Que un espacioso número de daños.
Si vives breves horas,
¡Oh cuántas glorias tienes!
Tú las divinas sienes
Ciñes de la callada noche oscura,
Y no una vez ofrece á las auroras
La soñolienta diosa
De tus colores bellos
Tintas para su frente y sus cabellos.
Deja el mar ambiciosa;
Que por tu errar inmenso y dilatado
No añadirá fortuna
Hora á tu edad alguna,
Ni por mudar lugar tan apartado,
Que otro sol lo visite y otra luna;
Y pasa en ocio y paz aventurada
De tu vivir el tiempo oscuro y breve,
Esperando aquel último desmayo
A quien tu luz y púrpura se debe.

VI.

Al verano.

Fonseca, ya las horas
Del invierno aterido,
Aunque tarde, se fueron,
Y su vez agradable permitieron
Al céfiro florido.
Ya el verano risueño
Nos descubre su frente,
De rosas y de púrpura ceñido.
Remite el aire el desabrido ceño,
Y el sol libra sus rayos
De las nubes oscuras,
Y con luces mas vivas y mas puras
Regalando la nieve
Al blando pié de los parados rios (10),
Las prisiones de hielo alegre quita,
Y su antiguo correr les solicita.
Viste de yerba el suelo,
Y de verdor lozano
Frentes que desnudara el cierzo cano;
En la copia de flores que aparece
Por los troncos desnudos,
Que rara y breve hoja cubre apenas,
Esperanzas ofrece
Del rústico al sudor, premio mal cierto,
Bien que sabroso engaño
De los frutos que espera
En el copioso ramo y en la era.
La pesadumbre líquida no crece
Con el sudor de los oscuros vientos (11),
Que ásperos la levantan y remueven
De sus hondos asientos;
Mas antes ya serena y clara gime
Con el peso de máquinas aladas,
Que su tranquila y lisa frente oprime.
Filomena con voces acordadas
Se oye sonar en los confusos senos
De ramas intrincadas
Y en los prados amenos.
¡Oh, cómo es el verano
Tiempo el mas genial y mas humano (12)
Que otro alguno que da el volver del cielo!
¡Oh cuál número y cuánto trae de flores!
Oh cuál admiracion en sus colores!
De la imágen de Amor, ardiente rosa,
Las encendidas alas,
Que fueron ya de sus espinas galas (13),
Con el color, con el olor divino
Son lustre y ornamento al blanco lino,
Do al gusto se ministra coronando
La mesa regalada
Y fruta sazonada
Con el puro rocío blanqueando.

(10) Sedano lee:

Al blanco pié de los parados rios.

(11) Con el furor de los oscuros vientos.—*Texto de Sedano.*
(12) Tiempo mas genial y mas humano.—*Id.*
(13) Que fueron ya de sus espinos galas. —*Id.*

Pues ¡cuál parece el búcaro sangriento
De flores esparcido,
Y el cristal veneciano,
A quien la agua, de helada,
La tersa frente le dejó empañada!
¿A cuál vaga lazada de oro crespo,
A cuál púrpura y nieve
Por do las gracias y el Amor se mueve,
No aumentó hermosura peregrina
Alguna flor divina?
¡Oh florido verano!
Si á mi afecto se debe,
Camina á lento paso,
Deja el volar, deja el volar ligero
Para tiempo mas triste y mas severo.
Tú, cándido y suave y blando espira,
Y tardo te retira (14);
Pero sordo y difícil á mi ruego,
Veloz pasas volando (15),
Al humano linaje amonestando,
Viendo las rosas que su aliento cria
Cómo nacen y mueren en un dia;
Que las humanas cosas,
Cuanto con mas belleza resplandecen,
Mas presto desvanecen.
¿Y tú la edad no miras de las rosas?
Arde, Fonseca, en el divino fuego (16)
Que dulcemente engaña tu cuidado;
Toma ejemplo del tiempo, que nos huye,
Y en sus flores de tardos nos arguye,
Y no dejes pasar en ocio un punto;
Que tan excelsa llama
A nueva gloria y resplandor te llama.
¿Y sabes si á este dia claro y puro
Otro podrás contar ledo y seguro,
O si del bello incendio que te apura
Ha de lucir eterna la hermosura? (17).

VII.

A un pintor que no acertaba á pintar á Apolo en una tabla de laurel (18).

Mancho el pincel con el color en vano
Para imitar ¡oh Febo! tu figura
En tabla de laurel, ó los colores
No obedecen la mente ni la mano,
O huye tambien Dafne tu pintura,
Arbol, aun no olvidando tus amores.
Perdió la grana y nieve que solia
Teñir su boca y frente,
El casto afecto no con que vivia,
Pues aun lo guarda en la corteza dura;
Si perdió solamente
El color y hermosura,
Y anima el duro tronco Dafne esquiva,
En tu desden aun á tu imágen viva.
A la aurora pinté en el horizonte
Entre inflamadas nubes y distintas,
Con puras luces y rosado arreo.
De la ninfa que habita el hueco monte
Mentí con los pinceles el deseo,
Cuerpo dando á la voz con varias tintas.

(14) Así Sedano; Fernandez lee:

Y tarde te retira.

(15) Veloz pasa volando. — *Texto de Sedano.*
(16) Arde en aquel ilustre y blando fuego.—*Id.*
(17) Así el texto de don Ramon Fernandez; Sedano escribe:

O si el hermoso incendio que te apura
Lucirá con eterna hermosura?

(18) «Si no tienen por verdad el ingenioso y poético pensamiento de Libanio, sofista griego, traido á nuestra lengua en una valiente silva por don Francisco de Rioja, honra desta ciudad, que porque, á mi ver, viene aqui muy á propósito, con él darémos glorioso remate á este discurso. Introduce pues un famoso pintor que, habiendo salido gloriosamente con su intento en sus obras, se queja en una, donde queriendo pintar la imágen de Apolo, y poniendo toda la industria de su arte, la tabla de laurel sobre que pintaba le resistia, no admitiendo semejante forma.» —Pacheco, *Arte de la pintura.*

Y tú, Marte soberbio, aunque guerrero,
Contra mí no vibraste el limpio acero
Porque con los colores te mostrara
Espirando fiereza;
Sola esta virgen prueba su dureza
En mí, porque intentara
Que, leño informe, Apolo la abrazara.
Dafne al arte ha vencido,
Venció ya Dafne al arte;
¡Oh Cinto! culpa tuya (19).
¿Do está el arco? dó está el divino aliento?
A tan flaco poder mengua es que huya,
Y que de él se remita alguna parte.
Dime, ¿la antigua llama
Con imperio en tu sangre se derrama?
Que el desden solo puede en un rendido.
Ya tu desprecio, y no el del arte, siento;
Que se queda sin gloria, intonso Apolo (20),
Tu fábula, y sin lustre al mundo solo.

VIII.

A la tranquilidad.

(*Imitacion de Horacio.*)

Ocio á los dioses pide
Pálido, con helada voz é incierta,
El que en mal firme nave
Aspero mira el campo del Egeo,
Y aquel que apenas con el peso grave
De las armas respira
Cuando el metal horrendo, envuelto en humo,
Hierro ó plomo despide,
Y el que entre el fuego y el furor no acierta
A hacer en el ocio de si empleo,
Lo huelga frecuentar con el deseo.
Yo pues ¡cuánto me engaño si presumo
Entre el polvo que vuelto en llama espira
El hueco bronce, ó entre turbias olas,
Ocio hallar en frágil leño. ¡Oh Mario,
No venal por la púrpura ni el oro!
En vano me aconsejas que sulquemos
Mares que en breve airados temerémos.
Mas doy que vuelen nuestras naves solas,
No con alas de lino, el ponto vario,
Y que lleguen al puerto, y las arenas
Ya pisemos de playas peregrinas;
Y doy que luego las profundas minas,
No como siempre avaras, el tesoro
Nos ofrezcan que esconden en sus venas
Por los montes de oro levantados;
¡Ay! que no libra el oro y la grandeza
De alborotos la mente,
Ni la region con otro sol caliente.
Daste al agua atrevido y su aspereza,
Y huyes esta patria, este elemento
Que primero espiraste
Y en quien primeras lágrimas vertiste.
No huyas; que aunque huyas al abismo,
No podrás de tí mismo,
Y todos los pesares
Que en la tierra tuviste
Tambien te han de seguir por altos mares.
No dejes por un pino el firme asiento,
Donde mas de una vez el ocio hallaste.
¿Sabes que los cuidados voladores
Suben ligeros mas que airado viento
A las naves mayores?
Sábeslo, y la codicia
Tu alta razon pervierte.
Mira que la avaricia
A nadie quita la debida muerte
O le aumenta al vivir un solo dia.
Yo, aunque mas obstinado me aconsejes,
No he de huir de mi nativo suelo,
Y aunque de mí te alejes,
Como dices, á mas benigno cielo,
Que es lo que mas de tí sentir podria;
Que ya en segura paz y en descuidado
Ocio alegre, desprecio
El diverso sentir de vulgo necio,
Sin esperanza alguna
De mas blanda fortuna;
Y aguardo sosegado el dia postrero,
Que verá poco alegre mi heredero.

IX.

A la constancia.

(*A Francisco Pacheco.*)

¿Ves cómo las riberas permanecen
Firmes, Pacheco, al ponto embravecido,
Que aunque al horrendo golpe se estremecen
Con el temor quizá del gran ruido,
Despues de roto un mar con igual frente,
Animosas aguardan el siguiente?
Tal juzga mi firmeza,
Aunque cambio semblante
A los golpes del vulgo enfurecido;
Que el ánimo constante
No ostenta su grandeza
En negar á los males sentimiento,
Mas solo en no abatirse á su apereza.
Armense ciento á ciento
Los que muerden con rabia envidiosa,
Y furiosos en mí su fuerza prueben;
Que en lo adverso constancia se acredita.
¡Oh, ejercite yo siempre el sufrimiento
Con frente no marchita!
Que los valientes ánimos mas deben
A la acerba ocasion que á la dichosa,
Porque en el daño su valor se aumenta,
Como el estéril campo, que acrecienta
Su virtud abrasado
En incendio sonante, y dilatado;
Su vicio se destierra,
Y la copia de frutos producida
Debe mas á la llama que á la tierra.
¡Oh, cuánto es infelice quien la vida
Breve pasa olvidado!
Siempre igual, cuando nace y cuando muere,
Yace en alto silencio sepultado!
¡Y cuánto aquel dichoso
Que la común envidia mereciere,
Pues que vive envidiado, no envidioso,
De cuanto bien reparte la fortuna
Debajo el arco de la blanca luna!
Presente la virtud no resplandece
Como debe, con honra no manchada,
Antes es perseguida y denostada;
Mas descúbrese ausente, y aparece
El puro lustre suyo,
Y entonce aun del contrario es deseada.
Con este fundamento nunca huyo
Mientras vivo, Pacheco, peregrino,
Del enemigo el diente mas agudo,
Ni formo queja alguna
Del mas amigo en mi alabanza mudo;
Que en el último dia
Comenzará á vivir la gloria mia.
Tú pues que en la pintura con destreza
A la naturaleza
Ya vences y ya igualas,
No temas de enemiga
Pluma ó de acerba lengua lo que diga;
Que tu nombre divino
El tiempo llevará sobre sus alas,
Y por tu ingenio y arte
Dirá del orbe en la escondida parte,
Nunca en tus alabanzas importuno,
Que antes te envidia que te imita alguno.

X.

A la riqueza.

¡Oh mal seguro bien, oh cuidadosa
Riqueza, y cómo á sombra de alegría
Y de sosiego engañas!

(19) Fernandez pone:
¡Oh Cintio, culpa es tuya!

(20) Asi el texto de Pacheco; Fernandez lee:
Que si queda sin gloria, ilustre Apolo.
Pacheco no pone, sin embargo, *que se queda*. Siempre hay confusion en los dos últimos versos.

El que vela en tu alcance y se desvia
Del pobre estado y la quietud dichosa,
Ocio y seguridad pretende en vano,
Pues tras el luengo errar de agua y montañas,
Cuando el metal precioso coja á mano,
No ha de ver sin cuidado abrir el dia.
No sin causa los dioses te escondieron
En las entrañas de la tierra dura;
Mas ¿qué halló difícil y encubierto
La sedienta codicia?
Turbó la paz segura
Con que en la antigua selva florecieron
El abeto y el pino,
Y trájolos al puerto,
Y por campos de mar les dió camino.
Abrióse el mar y abrióse
Altamente la tierra,
Y saliste del centro al aire claro,
Hija de la avaricia,
A hacer á los hombres cruda guerra.
Saliste tú, y perdióse
La piedad, que no habita en pecho avaro.
Tantos daños, riqueza,
Han venido contigo á los mortales,
Que aun cuando nos pagamos á la muerte,
No cesan nuestros males,
Pues el cadáver que acompaña el oro
O el costoso vestido,
Solo por opulento es perseguido;
Y el último descanso y el reposo
Que tuviera en pobreza le es negado,
Siendo de su sepulcro conmovido.
¡A cuántos armó el oro de crueza,
Y á cuántos ha dejado
En el último trance ó dura suerte!
Pierde su flor la virginal pureza
Por tí, y vese manchado
Con adulterio el lecho no esperado.
Al menos animoso,
Para que te posea,
Das, riqueza, ardimiento licencioso.
Ninguno hay que se vea
Por tí tan abastado y poderoso,
Que carezca de miedo.
¿Qué cosa habrá de males tan cercada,
Pues ora pretendida, ora alcanzada,
Y aun estando en deseos,
Pena ocultan tus ciegos devaneos?
Pero cánsome en vano, decir puedo;
Que si sombras de bien en tí se vieran,
Los inmortales dioses te tuvieran.

XI.

A la pobreza.

Desde el infausto dia
Que visité con lágrimas primeras
Me tienes ¡oh pobreza! compañía;
Aunque tan buena como dicen fueras,
Por ser tanto de mí comunicada,
Me vinieras á ser menospreciada.
Diré tus males, sin que mucho ahonde
En ellos; que es muy raro
Lo que por glorias tuyas contar puedes.
Tal vez el que en su casa un monte asconde
De Numidia y de Paro
En aras y paredes,
Cuando entre el blando lino se rodea,
Puesto de los cuidados en el fuego,
Sin conocerte alaba tu sosiego,
Y nunca, aunque lo alaba, lo desea.
Llegas á ser de alguno al fin loada;
Mas de ninguno apenas deseada.
Si eres tú de los males
El que nos trata con mayor crueza,
¿Cómo podrá ninguno codiciarte?
Despues que nació el oro,
Y con él la grandeza,
Murió tu sér, murió tu igual decoro,
En otra edad divino;
Si, por eso, pobreza, en toda parte
Con enfermo color andas contino.
Con preciosos metales
Siempre veo levantado
Lo que tienes tú sola derribado.
¿Qué ciudad populosa
Se sabe que por tí se haya fundado?
Qué fuerza inexpugnable y espantosa
Por tí se ha fabricado?
El suave color, la hermosura,
Solo en tu ausencia con su lustre dura.
Pintame la belleza
Mayor que imaginares,
Compuesta de jazmines y de grana,
Si con vestido tuyo la adornares,
Su lustre pierde y gracia soberana,
Pues cuando el agro invierno,
Hijo tuyo sin duda,
Que como tú tambien, siempre desnudo,
Roba al bosque el verdor, y lo despoja,
Pobre por tí su frente,
Ni su sombra codicia ya la gente
Ni sus ramas las aves.
Y si yo vanamente no discierno,
¿Cuándo armarse pudieron vastas naves
Donde se vió tu sombra?
Cuándo ejércitos gruesos?
El número infinito de sucesos
Que por tí han avenido ¿á quién no asombra?
Hablen los nunca sepultados huesos
Que en las playas blanquean,
De tantos que por falta de sustento
Al mar rindieron el vital aliento.
¿Cuántos has escondido
En los anchos desiertos
Para que al mal seguro caminante
Asalten encubiertos?
O ¿en cuántas partes se verá teñido
El campo con la sangre de los muertos?
No hay voz, aunque de hierro, que bastante
Sea á decir los males que acarrean
Duras necesidades.
Los que pobres habitan las ciudades,
¿Qué afrenta no padecen?
Lo que por sus ingenios merecieron,
¡Oh pobreza! por tí lo desmerecen.
¿Qué pobre hubo discreto?
¿Cuándo tuvo amistades,
Que aun con pequeño honor correspondieron?
Cuándo con la pobreza algun respeto
Jamás se tuvo á las tendidas canas,
Que tú de blanca nieve, edad, coloras?
¡Oh de la humana gente mentes vanas!
No cuideis á despecho
De vuestra pobre y mísera fortuna
Levantaros al cerco de la luna.
Mirad que cuantos hijos van saliendo
Del nunca en vano frecuentado lecho,
Tantos esclavos hoy os van creciendo
Que ocupeis en mezquina servidumbre,
No sin tormento vuestro, no sin llanto;
¿Qué vale ¡oh pobres! levantaros tanto?
Mirad que es necio error, necia costumbre
Soltar á la soberbia así la rienda;
Que yo apenas, humilde y sin contienda,
Puedo contar en paz algunas horas
De las que paso en el silencio obscuro,
Olvidado en pobreza y no seguro.

XII (21).

Hervíente ardor en los primeros años
Así rigió tu acero,
Que su furor temblaba Marte fiero,
Llorando al mismo tiempo los engaños
De Lais y Flora, á Vénus obediente.
Luego, en edad mas alta y floreciente,
Al britano pirata, al enemigo

(21) Fernandez dice en su coleccion:
«Este fragmento y el siguiente se han sacado del códice donde están las poesías de Rioja. Parecen semejantes á las cosas que él hacia, y por eso los hemos colocado aquí, sin que nos atrevamos á asegurar que sean efectivamente suyos.»

Belga, que con airada y fuerte mano
Infestaba la paz del Oceano,
Fuiste horror y castigo.
Ya fiel á la natura, que te llama
Con las musas el templo de la Fama,
Tan culto el plectro suena,
Que iguala, si no vence, tu camena
La de Minturno y Taso,
Y es esplendor del español Parnaso.
Así lebrel valiente y generoso,
De la ira llevado,
Indómito y furioso,
Rompe los hierros á que estaba atado,
Y á la primera voz del dueño ausente,
Confuso, la prision dura consiente,
Venciendo con leal naturaleza
La llama juvenil de su fiereza.

XIII.

Al fuego.

El fuego que emprendió leves materias,
Ligeras y atrevidas,
Cuanto fueron mas fáciles y aerias,
Cuanto mas estorbadas y oprimidas,
Tanto con mas espíritu se esfuerza
A levantar en sus ardientes alas
Los palacios augustos
Y los montes mas altos y robustos;
Mas apenas tonante
De los cóncavos senos de la mina
El aire se arrebata
Y en círculos de humo se dilata,
Cuando no se ve mas que la rüina,
Rotas columnas y deshechas basas,
Ceniza y polvo obscuro
Del alta mole y del trabado muro.
Impia hazaña y fiera,
Por conseguir el natural intento
Resolver la firmeza al grave asiento
De inmudable montaña;
Impia y atroz hazaña
Y cruda condicion, dar al deseo
Imperio de tirano
Y al vano afecto poderosa mano.
No así vagante llama
Tiende el cabello sobre antigua selva,
Y rompe y se derrama
Por los hojosos senos, ambiciosa
De conservar su luz maravillosa,
Y esforzada del viento,
Discurre por el bosque á paso lento.
Esplende y arde en el silencio obscuro,
Emula de los astros;
Arde y esplende al rutilante y puro
Cándido aparecer de la mañana,
Y sobra y vence al sol siempre segura.
Abrasadora del verdor del pino,
Levanta entre sus ramas
Globos de fuego y máquinas de llamas,
Y en el sólido tronco y mas secreto
Del laurel y el abeto
Estalla y gime y luce,
Nunca del Euro ó Noto escurecida
Ni de la inmensa pluvia destruida;
Tal en mi pecho inapagable incendio
Eterno se sustenta,
Y tal como violenta
Y vana y leve exhalacion huyeron
Las llamas, Clori, que en tu pecho ardieron.

CANCION.

A las ruinas de Itálica (22).

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa;
Aquí de Cipion la vencedora
Colonia fué; por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente
De su invencible gente.
Solo quedan memorias funerales
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo;
Este llano fué plaza, allí fué templo;
De todo apenas quedan las señales.
Del gimnasio y las termas regaladas

(22) Esta poesía, segun opinion comun entre los literatos, está escrita á imitacion de una sobre el mismo asunto que compuso en 1604 Rodrigo Caro. Hállase en el *Memorial de Utrera* (manuscrito en la biblioteca Colombina). Rioja aprovechó algunos versos de su paisano, dejando la cancion con mayor mérito. El principio de la suya es semejante á un soneto al mismo asunto que escribió Medrano, como puede verse en sus poesías. La cancion de Rodrigo Caro, que ha sido en varias ocasiones publicada, dice así:

Este es, si no me engaño, el edificio
De Publio Scipion, de Roma gloria,
Colonia de sus gentes victoriosas;
Con él el tiempo ejercitó su oficio,
Y porque se leyese su memoria
Dejó aquestas reliquias espantosas,
Que las manos rabiosas
De el alarbe fiero
En el dia postrero
Le consagró en sus aras inmortales.
Los muros, ya que tan ilustres fueron,
Combatidos de arietes cayeron
Para campos de incultos matorrales.
¡Qué de dorados lazos tragó el fuego,
Qué de soberbias torres sumió luego
El hondo abismo! ¡Aun apenas vemos
Iguales en la tierra sus extremos!

Aqueste destrozado anfiteatro,
Donde por daño antiguo y nueva afrenta
Renace ahora el verde jaramago,
Ya convertido en trágico teatro,
¡Cuán miserablemente representa
Que su labor se iguala con su estrago!
¡Cómo, desierto y vago,
La grita y vocería
Que oirse en él solia
Se ha convertido en un silencio mudo,
Que aun siendo herido en cavernosos huecos,
Apenas vuelve mis dolientes ecos,
De su artificio natural desnudo!
Mas, si para entender estos despojos
Los oidos del alma son los ojos,
Aunque confusos miran lo presente,
Mil voces de dolor el alma siente.

En esta turbia y solitaria fuente,
Que un tiempo sus purísimos cristales
En mármol y alabastro derramaba,
Dejando el padre Bétis su corriente,
Con debido laurel las inmortales
Sienes del docto Silio coronaba,
Y claras le mostraba
En sus ondas azules
Las fasces y curules
Con que á Roma y al mundo mandaba,
Y aquel sangriento y lamentable estrago
Que por los hados de la gran Cartago
En grave y alto estilo cantaria.
¡Bétis! ¡ah Bétis! Sordo pasa el rio.
Silio ¿dónde estás? ¡Silio, Silio mio!
Silio despareció, y la fuente ahora
Con el agua que vierte á Silio llora.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Columna de la paz, honor de España,
Felice triunfador, regio Trajano,
Ante quien muda se postró la tierra
De las islas que el mar pérsico baña
Hasta el límite patrio gaditano;
Aquí de Elio Adriano,
De Teodosio excelente,
De su padre valiente
Rodaron de marfil y oro las cunas;
Aquí, ya de laurel, ya de jazmines
Coronados los vieron los jardines,
Que ahora son zarzales y lagunas;
La casa para el César fabricada,
Hoy del lagarto vil es habitada;
Casas, jardines, césares murieron,
Y aun las piedras que de ellos se escribieron.

Mas, ya que en balde lloro tu ruina,
Y con el mio tu dolor renuevo,
¡Oh para siempre Itálica famosa!
Pues de toda tu historia peregrina
Solo el dolor y la memoria llevo,
A quien te mira como yo, forzosa,

Leves vuelan cenizas desdichadas;
Las torres que desprecio al aire fueron
A su gran pesadumbre se rindieron.
Este despedazado anfiteatro,
Impio honor de los dioses, cuya afrenta
Publica el amarillo jaramago,
Ya reducido á trágico teatro,
¡Oh fábula del tiempo! representa
Cuánta fué su grandeza y es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
De su desierta arena
El gran pueblo no suena?
¿Dónde pues, fieras, ¡ay! está el desnudo
Luchador? Dónde está el atleta fuerte?
Todo despareció, cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo;
Mas aun el tiempo da en estos despojos
Espectáculos fieros á los ojos,
Y miran tan confusos lo presente,
Que voces de dolor el alma siente.
Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de España,
Pio, felice, triunfador Trajano,
Ante quien muda se postró la tierra
Que ve del sol la cuna y la que baña
El mar, tambien vencido, gaditano.
Aquí de Elio Adriano,
De Teodosio divino,
De Silio peregrino
Rodaron de marfil y oro las cunas.
Aquí ya de laurel, ya de jazmines
Coronados los vieron los jardines,
Que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada
¡Ay! yace de lagartos vil morada;
Casas, jardines, césares murieron,
Y aun las piedras que de ellos se escribieron.
Fabio, si tú no lloras, pon atenta
La vista en luengas calles destruidas;
Mira mármoles y arcos destrozados,
Mira estatuas soberbias que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas,
Y ya en alto silencio sepultados
Sus dueños celebrados.
Así á Troya figuro,
Así á su antiguo muro,
Y á tí, Roma, á quien queda el nombre apenas,
¡Oh patria de los dioses y los reyes!
Y á tí, á quien no valieron justas leyes,
Fábrica de Minerva, sabia Aténas,
Emulacion ayer de las edades,
Hoy cenizas, hoy vastas soledades,
Que no os respetó el hado, no la muerte,
¡Ay! ni por sabia á tí, ni á tí por fuerte.
Mas ¿para qué la mente se derrama
En buscar al dolor nuevo argumento?
Basta ejemplo menor, basta el presente,
Que aun se ve el humo aquí, se ve la llama,
Aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento;
Tal genio ó religion fuerza la mente
De la vecina gente,
Que refiere admirada
Que en la noche callada
Una voz triste se oye, que, llorando,

Permíteme piadosa,
En pago de mi llanto,
Que vea el cuerpo santo
De Geroncio, tu mártir y prelado;
Dame de su sepulcro algunas señas,
Y cavaré con lágrimas las peñas
Que cubren su sarcófago sagrado;
Pero mal pido tu único consuelo,
Pues solo aquese bien te dejó el cielo.
Guarda en las tuyas sus reliquias bellas
Para envidia del mundo y las estrellas.
¡Ay, despoblada y de conceptos llena,
Itálica hermosa,
Que los que comunicas lastimosa
Los borra al producir la grave pena;
Y como muda lloras tu ruina,
Lágrimas y silencio es tu doctrina!
Cayó Itálica dice, y lastimosa,
Eco reclama *Itálica* en la hojosa
Selva que se le opone, resonando
Itálica, y el claro nombre oido
De *Itálica* renuevan el gemido
Mil sombras nobles de su gran ruina;
¡Tanto aun la plebe á sentimiento inclina!
Esta corta piedad que, agradecido
Huésped, á tus sagrados manes debo,
Les dó y consagro, *Itálica* famosa.
Tú, si lloroso don han admitido
Las ingratas cenizas, de que llevo
Dulce noticia asaz, si lastimosa,
Permíteme, piadosa
Usura á tierno llanto,
Que vea el cuerpo santo
De Geroncio, tu mártir y prelado.
Muestra de su sepulcro algunas señas,
Y cavaré con lágrimas las peñas
Que ocultan su sarcófago sagrado;
Pero mal pido el único consuelo
De todo el bien que airado quitó el cielo.
Goza en las tuyas sus reliquias bellas
Para invidia del mundo y las estrellas (23).

EPISTOLA MORAL (24).

Sobre la vida del filósofo.

Fabio, las esperanzas cortesanas
Prisiones son do el ambicioso muere
Y donde al mas astuto nacen canas (25).
El que no las limare ó las rompiere (26),
Ni el nombre de varon ha merecido,
Ni subir al honor que pretendiere.
El ánimo plebeyo y abatido
Elija, en sus intentos temeroso,
Primero estar suspenso que caido;
Que el corazon entero y generoso
Al caso adverso inclinará la frente
Antes que la rodilla al poderoso.
Mas triunfos, mas coronas dió al prudente
Que supo retirarse la fortuna,
Que al que esperó obstinada y locamente.
Esta invasion terrible é importuna (27)
De contrarios sucesos nos espera
Desde el primer sollozo de la cuna (28).
Dejémosla pasar como á la fiera
Corriente del gran Bétis, cuando airado
Dilata hasta los montes su ribera.
Aquel entre los héroes es contado
Que el premio mereció, no quien le alcanza
Por vanas consecuencias del estado.
Peculio propio es ya de la privanza,
Cuanto de Astrea fué, cuanto regia
Con su temida espada y su balanza.
El oro, la maldad, la tiranía
Del inicuo procede y pasa al bueno.
¿Qué espera la virtud ó qué confia?
Vén y reposa en el materno seno
De la antigua Romúlea, cuyo clima
Te será mas humano y mas sereno;
Adonde por lo menos, cuando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
«Blanda le sea,» al derramarla encima;
Donde no dejarás la mesa ayuno
Cuando te falte en ella el pece raro
O cuando su pavon nos niegue Juno.
Busca pues el sosiego dulce y caro,
Como en la obscura noche del Egeo

(23) Los modernos colectores de poesías acostumbran suprimir esta última estancia por creerla indigna de Rioja. Es verdad que este ingenio anduvo en ella mas cristiano que poeta.

(24) Sedano puso esta epistola en el tomo primero de *El Parnaso español* como obra de Bartolomé Leonardo de Argensola.

(25) Así Sedano; Fernandez, Marchena y otros leen:

Y donde al mas activo nacen canas.

(26) Y el que no las limare ó las rompiere.—*Texto de Sedano.*

(27) Esta invasion prolija é importuna.—*Id.*

(28) Desde el primer sollozo hasta la cuna.—*Id.*

Busca el piloto el eminente faro;
Que si acortas y ciñes tu deseo,
Dirás: «Lo que desprecio he conseguido;
Que la opinion vulgar es devaneo.»
Mas precia el ruiseñor su pobre nido (29)
De pluma y leves pajas, mas sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,
Que agradar lisonjero las orejas
De algun príncipe insigne, aprisionado
En el metal de las doradas rejas.
Triste de aquel que vive destinado
A esa antigua colonia de los vicios,
Augur de los semblantes del privado.
Cese el ansia y la sed de los oficios;
Que acepta el don y burla del intento
El ídolo á quien haces sacrificios.
Iguala con la vida el pensamiento,
Y no le pasarás de hoy á mañana,
Ni quizá de un momento á otro momento.
Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica, y ¿qué esperas (30),
Oh error perpetuo de la suerte humana?
Las enseñas grecianas, las banderas
Del senado y romana monarquía
Murieron, y pasaron sus carreras (31).
¿Qué es nuestra vida mas que un breve dia (32)
Do apena sale el sol cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fria?
¿Qué mas que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde? ¡Oh ciego desvarío!
¿Será que de este sueño me recuerde (33)?
¿Será que pueda ver que me desvío
De la vida viviendo, y que está unida
La cauta muerte al simple vivir mio?
Como los rios, que en veloz corrida (34)
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.
De la pasada edad ¿qué me ha quedado?
O ¿qué tengo yo, á dicha, en la que espero,
Sin ninguna noticia de mi hado?
¡Oh, si acabase, viendo cómo muero,
De aprender á morir antes que llegue
Aquel forzoso término postrero;
Antes que aquesta mies inútil siegue
De la severa muerte dura mano,
Y á la comun materia se la entregue!
Pasáronse las flores del verano,
El otoño pasó con sus racimos,
Pasó el invierno con sus nieves cano (35);
Las hojas que en las altas selvas vimos
Cayeron, ¡y nosotros á porfía
En nuestro engaño inmóbiles vivimos!
Temamos al Señor que nos envia
Las espigas del año y la hartura,
Y la temprana pluvia y la tardía (36).
No imitemos la tierra siempre dura
A las aguas del cielo y al arado,
Ni la vid, cuyo fruto no madura.
¿Piensas acaso tú que fué criado
El varon para rayo de la guerra (37),
Para sulcar el piélago salado,
Para medir el orbe de la tierra
Y el cerco donde el sol siempre camina?
¡Oh, quien así lo entiende, cuánto yerra!

Esta nuestra porcion, alta y divina,
A mayores acciones es llamada
Y en mas nobles objetos se termina.
Así aquella que al hombre solo es dada (38),
Sacra razon y pura, me despierta,
De esplendor y de rayos coronada;
Y en la fria region dura y desierta
De aqueste pecho enciende nueva llama (39),
Y la luz vuelve á arder que estaba muerta.
Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,
Y callado pasar entre la gente,
Que no afecto á los nombres ni la fama (40).
El soberbio tirano del Oriente,
Que maciza las torres de cien codos
Del cándido metal puro y luciente,
Apenas puede ya comprar los modos
Del pecar; la virtud es mas barata,
Ella consigo misma ruega á todos.
¡Pobre de aquel que corre y se dilata (41)
Por cuantos son los climas y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata!
Un ángulo me basta entre mis lares (42),
Un libro y un amigo, un sueño breve,
Que no perturben deudas ni pesares.
Esto tan solamente es cuanto debe
Naturaleza al simple y al discreto (43),
Y algun manjar comun, honesto y leve.
No, porque así te escribo, hagas concepto
Que pongo la virtud en ejercicio (44);
Que aun esto fué difícil á Epiteto.
Basta al que empieza aborrecer el vicio (45),
Y el ánimo enseñar á ser modesto;
Despues le será el cielo mas propicio.
Despreciar el deleite no es supuesto
De sólida virtud; que aun el vicioso
En sí propio le nota de molesto (46);
Mas no podrás negarme cuán forzoso
Este camino sea al alto asiento,
Morada de la paz y del reposo.
No sazona la fruta en un momento
Aquella Inteligencia que mensura
La duracion de todo á su talento.
Flor la vimos primero hermosa y pura,
Luego materia acerba y desabrida,
Y perfecta despues, dulce y madura;
Tal la humana prudencia es bien que mida
Y dispense y comparta las acciones
Que han de ser compañeras de la vida.
No quiera Dios que imite estos varones
Que gritan en las plazas macilentos,
De la virtud infames histriones (47);
Esos inmundos trágicos, atentos
Al aplauso comun, cuyas entrañas
Son infectos y oscuros monumentos (48).
¡Cuán callada que pasa las montañas
El aura, respirando mansamente!

(29) Mas quiere el ruiseñor su pobre nido.—*Texto de Sedano.*
(30) Así el texto de Marchena; Sedano dice:

Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica, y esperas.

Don Ramon Fernandez lee:

Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica, ¿y esperas?

(31) Murieron acabando sus carreras.—*Texto de Sedano.*
(32) ¿Qué es nuestra vida mas de un breve dia?—*Id.*
(33) Así Sedano y Marchena; Fernandez escribe:

¿Será que de este sueño se recuerde?

(34) Como los rios en veloz corrida.—*Texto de Sedano.*
(35) Pasó el invierno con sus nubes cano.—*Id.*
(36) Y la temprana mies y la tardía.—*Id.*
(37) Así Marchena; Sedano, Fernandez y otros leen:

El varon para el rayo de la guerra.

(38) Así aquella que á solo el hombre es dado.—*Texto de Sedano.*
(39) De aqueste pecho enciende viva llama.—*Id.*
(40) Que no afecto los nombres ni la fama.—*Textos de Sedano, Fernandez y otros.*
(41) ¡Mísero aquel que corre y se dilata!—*Texto de Sedano.*
(42) Un ángulo me falta entre mis lares.—*Id.*
(43) Fernandez, Marchena y otros leen:

Naturaleza al parco y al discreto.

(44) Que pongo la verdad en ejercicio.—*Texto de Sedano.*
(45) Basta que empiece á aborrecer el vicio,
Y del camino enseñe al que es modesto.—*Id.*
(46) En sí propio le trata de modesto.—*Id.*
(47) Copio el texto de Marchena; Sedano escribe:

No quiera Dios que siga los varones
Que moran nuestras plazas macilentos.

Fernandez pone:

Ni quiera Dios que imite estos varones
Que moran nuestras plazas macilentos.

(48) Así Sedano, Marchena y otros; Fernandez lee:

Son infaustos y oscuros monumentos.

¡Qué gárrula y sonante por las cañas! (49);
¡Qué muda la virtud por el prudente!
Qué redundante y llena de ruido (50)
Por el vano, ambicioso y aparente!
Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres solo á los mejores,
Sin presumir de roto y mal ceñido (1).
No resplandezca el oro y los colores
En nuestro traje, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.
Una mediana vida yo posea,
Un estilo comun y moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.
En el plebeyo barro mal tostado
Hubo ya quien bebió tan ambicioso
Como en el vaso Murino preciado;
Y alguno tan ilustre y generoso,
Que usó, como si fuera plata neta,
De cristal transparente y luminoso.
Sin la templanza ¿viste tú perfeta
Alguna cosa? ¡Oh muerte! vén callada (2),
Como sueles venir en la saeta,
No en la tonante máquina preñada
De fuego y de rumor; que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.
Así, Fabio, me muestra se cubierta,
Su esencia la verdad, y mi albedrío (3)
Con ella se compone y se concierta.
No te burles de ver cuánto confio (4),
Ni al arte de decir, vana y pomposa,
El ardor atribuyas de este brio.
¿Es por ventura menos poderosa
Que el vicio la virtud? Es menos fuerte (5)?
No la arguyas de flaca y temerosa.
La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar, la ira á las espadas,
Y la ambicion se rie de la muerte.
Y ¿no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De mas ilustres genios ayudadas?

(49) ¡Qué calada que pasa á las montañas
El aura, respirando blandamente!
¡Qué jarrula sonante por las cañas. —*Texto de Sedano.*

(50) Que redundante altera de ruido.—*Id.*
(1) Sin presumir de roto ó mal ceñido.—*Id.*
(2) Alguna cosa ó muerta ó encallada.—*Id.*
(3) Su esencia la verdad y el albedrío.—*Id.*
(4) No te burles de mí cuando confio.—*Id.*
(5) Que el vicio la virtud ó menos fuerte.—*Id.*

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
De cuanto simple amé; rompí los lazos.
Vén y verás al alto fin que aspiro (6),
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

SEXTINA (7).

Crespas, dulces, ardientes hebras de oro,
Que ondas formais por la caliente nieve,
¿Cuándo veré salir las albas luces,
Contento de encenderme en vuestro fuego,
Que deje de volver al triste llanto,
Bañado en cana espuma como cisne?
Igual entonces al tebano cisne,
Siempre ilustrara los celajes de oro,
Por quien el corazon destilo en llanto,
O asombren sueltos la purpúrea nieve
Que esparce rayos de invisible fuego,
O recojan en áurea red sus luces.
Mas mientras viere tus divinas luces
No dejaré de andar cual blanco cisne,
Cantando en muerte el amoroso fuego
En que me encienden, y los cercos de oro
Que me desatan, como el sol la nieve,
Por los ojos contino en dulce llanto.
Siempre resuelto estoy en puro llanto,
Salgan de Febo ó del Dragon las luces,
Caya dulce rocío ó caya nieve;
Y aunque mas dulce cante que albo cisne,
Nunca veré el compuesto en nieve y oro
Con blandos ojos á mi ardiente fuego.
¡Oh, si ya consumiese el duro fuego
El miserable corazon en llanto,
Y nunca viesen mas bordarse en oro
El cielo á la mañana aquestas luces!
Pues ando siempre en ondas, como cisne,
Cuando sale la noche y cae la nieve.
Bien sé, triste, que puede arder la nieve
Cuando se acabe mi infinito fuego,
Y que habitar en él bien puede el cisne
Cuando toque piedad del grave llanto
A mi Eliodora en sus acerbas luces,
Y cuando esté ligado en lazos de oro.
Pues no me enlaza el oro ni la nieve,
Dén fin tus luces á mi ardiente fuego,
Y en llanto y muerte cantaré cual cisne.

(6) Vén, y verás el grande fin que aspiro.—*Texto de Sedano.*
(7) Hállase en el tomo VIII de *El Parnaso español.* No se reimprimió en la coleccion de Fernandez. El estilo mas parece de Herrera que de Rioja.

FIN DE LAS POESÍAS DE FRANCISCO DE RIOJA.

POESIAS

DE

DON JUAN DE ARGUIJO.

JUICIOS CRITICOS.

DE LOPE DE VEGA.

(*En la dedicatoria de la* Dragontea *al mismo* Arguijo.)

Si como de amigos familiares, fueran de todos vistos los versos que vuestra merced escribe, no era menester mayor probanza de lo que aquí se trata; que huyendo toda lisonja, como quien sabe cuánto vuestra merced la aborrece... dudo que se hayan visto mas graves, limpios y de mayor decoro, y en que tan altamente se conoce su peregrino ingenio.

DEL MAESTRO FRANCISCO MEDINA.

(*En los* Apuntamientos á los sonetos de Arguijo; *Sevilla*, 1841.)

O yo estoy tan olvidado de esta facultad, ó es el autor de los sonetos tan aventajado en ella, que los dientes de la lima no hallan en qué hacer presa, por mas que los aguce la mala intencion de quien tiene mas de Zoilo que de Aristarco.

DE RODRIGO CARO.

(*En los* Claros varones en letras, naturales de Sevilla.)

Don Juan de Arguijo, veinte y cuatro de Sevilla, no solo elegantísimo poeta, sino el Apolo de todos los poetas de España.

DE LORENZO GRACIAN.

(*En la* Agudeza y arte de su ingenio; *Madrid*, 1674.)

Don Juan de Arguijo, uno de los mayores ingenios de España... atiende mas á la profundidad y gravedad del concepto que á la verbosa altanería.

POESÍAS

DE DON JUAN DE ARGUIJO.

COMPOSICIONES VARIAS.

SONETO PRIMERO.

Dido y Enéas.

De la fenisa reina importunado
El tenero huésped, le contaba el duro
Estrago que asoló el troyano muro (1)
Y echó por tierra el Ilion sagrado;
Contaba la traicion y no esperado
Engaño de Sinon falso y perjuro,
El derramado fuego, el humo oscuro,
Y Anquíses en sus hombros reservado;
Contó la tempestad que, embravecida,
Causó á sus naves lamentable daño,
Y de Juno el rigor no satisfecho;
Y mientras Dido escucha enternecida
Las griegas armas y el incendio extraño,
Otro nuevo y mayor le abrasa el pecho.

II.

Troya.

El que soberbio á no temer se atreve
La fuerza oculta del violento hado (2),
Y en alegre fortuna confiado,
De los dioses creyó el aplauso leve,
Ejemplo tome de mi gloria breve,
En cuyo fin dejó el egipcio armado
El turbio Nilo, y vino el scita osado (3)
Que el puro Tánais y el Oronta bebe.
Troya fui, de los dioses obra ilustre,
Honor del Asia, hermosa, rica y fuerte (4),
Madre de reinos, y del mundo espanto.
Cayó mi gloria, y de su antiguo lustre
Solo han quedado ¡oh miserable suerte! (5)
Cenizas viles y afrentoso llanto.

III.

La constancia.

Aunque en soberbias olas se revuelva (6)
El mar, y conmovida en sus cimientos
Gima la tierra, y los contrarios vientos
Talen la cumbre en la robusta selva (7);
Aunque la ciega confusion envuelva
En discordia mortal los elementos,
Y con nuevas señales y portentos
La máquina estrellada se disuelva,
No desfallece ni se ve oprimido
Del varon justo el ánimo constante (8),
Que su mal como ajeno considera;
Y en la mayor adversidad sufrido,
La airada suerte con igual semblante
Mira seguro y alentado espera.

IV.

A Baco.

A tí, de alegres vides coronado,
Baco, gran padre domador de Oriente,
He de cantar; á tí, que blandamente
Tiemplas la fuerza del mayor cuidado;
Ora castigues á Licurgo airado,
O á Penteo en tus aras insolente,
Ora te mire la festiva gente (9)
En sus convites dulce y regalado,
O ya de tu Ariadna al alto asiento
Subas ufano la mortal corona (10),
Vén fácil, vén humano al canto mio;
Que si no desmerece el sacro aliento (11),
Mi voz penetrará la opuesta zona,
Y al Tibre envidiará el Hispalio rio.

V.

A la muerte de Ciceron (12).

Deten un poco la cobarde espada,
Cruel Pompilio, ingrato, y considera
La injusta empresa que á tu brazo espera,
Y largos siglos ha de ser llorada.
¿Posible es que se ve tu mano armada
Contra el gran Tulio, á quien librar debiera
En igual recompensa de la fiera
Muerte, á tu ingratitud recomendada?
¡Oh, cuán poco aprovecha la memoria
Del recibido bien, que al obstinado
Ninguna cosa de su error le muda!
Desciende el golpe sobre la alta gloria
De la latina lengua; derribado (13)
Deja el valor, y la elocuencia muda.

(1) El texto de Colon dice:

Estrago que abrasó el troyano muro.

(2) La varia fuerza del mudable hado.—*Texto de Colon.*

El maestro Medina decia que *mudable* «epiteto es que no le he visto dar al hado, aunque veo se lo da vuestra merced por el efecto. Yo dijera *la varia* fuerza del violento hado.»

(3) Al claro Nilo, y vino el scita osado.—*Texto de Colon.*

(4) De la Asia honor, hermosa, rica y fuerte.—*Id.*

(5) Solo ha quedado ¡miserable suerte!—*Id.*

(6) Aunque en furiosas ondas se revuelva.—*Id.*

(7) Talen la cumbre de robusta selva.—*Id.*

(8) Del varon fuerte el corazon constante.—*Texto de Fernandez.*

(9) Ora te halle la festiva gente.—*Texto de Colon.*

(10) Subas ufano la inmortal corona.—*Id.*

(11) Que si no desmerezco el sacro aliento,
Mi voz quebrantará la opuesta zona,
Y al Tibre inundará el Hispalio rio.—*Texto de Fernandez.*

El maestro Medina dice en sus *Apuntamientos:*

«La fanfarria poética de este último terceto parece de algun trovador nacido y crecido en la *rua nova de Lisbona.* Salga por ende de Castilla.

»Este soneto seria bueno á sus solas, pero no lo parece puesto en decena de otros mejores; podemos decir dél lo que dijo el cazador vizcaino del ruiseñor que mató: «Amigo, amigo, todo sois palabras.» Habíale agradado el estruendo del canto, mas no le agradó la sustancia del cuerpo.»

(12) El maestro Medina dice:

«Vos, soneto, sois el mejor que leí en mi vida, y sin tocaros, os venero de léjos.»

(13) De la latina lengua y derribado.—*Texto de Colon.*

VI.

Júpiter á Ganimédes.

No temas ¡oh bellísimo troyano!
Viendo que, arrebatado en nuevo vuelo,
Con corvas uñas te levanta al cielo
La feroz ave por el aire vano.
¿Nunca has oido el nombre soberano
Del alto olimpo, la piedad y el celo
De Júpiter, que da la pluvia al suelo
Y arma con rayos la tonante mano,
A cuyas sacras aras humillado,
Gruesos toros ofrece el teucro en Ida,
Implorando remedio á sus querellas?
El mismo soy; no al águila eres dado
En despojo; mi amor te trae, olvida
Tu amada Troya y sube á las estrellas (14).

VII.

Psíquis á Cupido.

A tu divina frente ¡oh poderoso
Niño! una venda con trabajo y arte
Teji de oro y colores, donde parte
Dibujé de tu triunfo glorioso (15);
En ella se ve atado al vitorioso
Carro el gran Febo, que la luz reparte,
Preso Mercurio, encadenado Marte,
Y Vulcano con muestras de celoso.
No se pudo librar con las reales (16)
Insignias Jove; mal pudiera Psique
Resistir, si á estos rindes la fiereza (17).
Agravan mi prision mayores males.
Pues es fuerza que á un niño sacrifique (18)
Mi firme amor, y á un ciego mi belleza.

VIII.

Del tiempo.

(*A Fernando de Saavedra.*)

Mira con cuánta priesa se desvia
De nosotros el sol, al mar vecino,
Y aprovecha, Fernando, en tu camino
La luz pequeña de este breve dia.
Antes que en tenebrosa noche fria
Pierdas la senda, y de buscarla el tino,
Y aventurado en manos del destino,
Vagues errando por incierta via.
Hágante ajenos casos enseñado,
Y el miserable fin de tantos pueda
Con fuerte ejemplo apercibir tu olvido.
Larga carrera, plazo limitado (19)
Tienes, veloz el tiempo corre, y queda
Solo el dolor de haberlo mal perdido.

IX.

Al Guadalquivir, en una avenida.

Tú, á quien ofrece el apartado polo,
Hasta donde tu nombre se dilata,
Preciosos dones de luciente plata (20),
Que invidia el rico Tajo y el Pactolo (21);
Para cuya corona, como á solo
Rey de los rios, entreteje y ata
Pálas su oliva con la rama ingrata
Que contempla en tus márgenes Apolo;
Claro Guadalquivir, si impetuoso
Con crespas ondas y mayor corriente (22)
Cubrieres nuestros campos mal seguros,
De la mejor ciudad, por quien famoso
Alzas igual al mar la altiva frente,
Respeta humilde los antiguos muros.

(14) Tu amada Troya, y sube á mis estrellas.—*Texto de Colon.*
(15) Retraté de tu triunfo glorioso.—*Id.*
(16) Ni se pudo librar con las reales.—*Id.*
(17) Resistir si á estos rindes la fiereza.—*Id.*
(18) Siendo fuerza que á un niño sacrifique.—*Id.*
(19) Larga jornada, plazo limitado.—*Id.*
(20) Preciosos dones y luciente plata.—*Id.*
(21) Y cuando envidia el Tajo y el Pactolo.—*Id.*
(22) Con prestas ondas y mayor corriente.—*Id.*

X.

Fabio y Licori, ramera.

De la astuta Licori á los umbrales
Te vió saliendo el sol, ¡oh Fabio amigo!
Creció en su luz el dia, y fué testigo
De tu lamento y quejas desiguales.
Oyó tambien el Héspero tus males,
La blanca luna se dolió contigo;
Mas el ingrato dueño, tu enemigo,
Ni aun de corta piedad mostró señales.
¿Cuál otro galardon en tal porfía,
Inútil yedra de su puerta, esperas?
¿Hasta cuándo tu propio engaño adoras?
Huye la fiera Circe y cruel arpía,
Que alegre en ver que por su causa mueras,
Riendo está lo mismo que tú lloras.

XI.

Vénus en la muerte de Adónis.

Despues que en tierno llanto desordena
Citerea la voz por el violento
Fin de su Adónis, y con triste acento
El bosque Idalio á su dolor resuena,
Y en flor sobre el acanto y azucena
Hermosa trueca el mísero y sangriento
Jóven, modera el grave sentimiento,
Y el ímpetu á sus lágrimas enfrena;
Y no hallando en su tristeza medio (23),
Vuelve al usado ornato, y reflorece
Del ya sereno rostro la luz pura;
Así el pesar con la razon descrece
Desesperado el bien; que tal vez cura
A un grande mal la falta de remedio.

XII.

Las estaciones.

Vierte alegre la copia en que atesora (24)
Bienes la primavera, da colores
Al campo y esperanza á los pastores
Del premio de su fe la bella Flora (25);
Pasa ligero el sol adonde mora
El cancro abrasador, que en sus ardores (26)
Destruye campos y marchita flores,
Y el orbe de su lustre descolora;
Sigue el húmedo otoño, cuya puerta
Adornar Baco de sus dones quiere (27);
Luego el invierno en su rigor se extrema (28).
¡Oh variedad comun, mudanza cierta!
¿Quién habrá que en sus males no te espere?
Quién habrá que en sus bienes no te tema?

XIII.

Apolo á Dafne.

«Victorioso laurel, Dafnes esquiva,
En cuyas verdes hojas la memoria
De tu rigor y de mi triste historia (29)
Quiere el amor que eternamente viva.
»La antigua palma y abundante oliva (30)
A ti de hoy mas inclinarán su gloria;
Tú ceñirás en premio de vitoria
Del fuerte vencedor la frente altiva.»
Dijo el burlado Cintio, y á la dura (31)
Corteza asido, la contempla, y luego
Repite: «¡Dafne fiera! ¡Mármol frio!
»Del rayo ardiente vivirás segura;
Que no es bien que consienta ajeno fuego
Quien pudo resistir al fuego mio.»

(23) Y no hallando á su tristeza medio.—*Texto de Colon.*
(24) Vierte alegre su copia, en que atesora.—*Id.*
(25) Da el premio de su fe la bella Flora.—*Id.*
(26) El cancro destruidor, que en sus ardores.—*Id.*
(27) Baco de dulces dones vestir quiere.—*Id.*
(28) Sigue el ivierno, y su rigor se extrema.—*Id.*
(29) De tu desden y de mi triste historia.—*Id.*
(30) La antigua palma y la abundosa oliva.—*Id.*
(31) Dijo el crinado Apolo, y á la dura.—*Id.*

XIV.

Sísifo.

Sube gimiendo con mortal fatiga
El grave peso que en sus hombros lleva
Sisifo al alto monte, y cuando prueba
Pisar la cumbre, á mayor mal se obliga.
Cae el fiero peñasco, y la enemiga
Suerte cruel su nuevo afan renueva (32);
Vuelve otra vez á la dificil prueba,
Sin que de su trabajo el fin consiga.
No iguala aquella á la desdicha mia,
Pues algun tiempo alivia en su tormento
Los hombros, á tal carga desiguales (33).
Sufro peso mayor con tal porfía;
Que un punto no perdona al pensamiento
La importuna memoria de mis males.

XV.

Lucrecia.

Baña llorando el ofendido lecho
De Colatino la consorte amada,
Y en la tirana fuerza disculpada,
Si no la voluntad, castiga el hecho.
Rompe con hierro agudo el casto pecho,
Y abre camino al alma, que indignada
Baja á la obscura sombra, do vengada.
Aun duda si su agravio ha satisfecho (34).
Venció al paterno llanto endurecida,
Y de su esposo el ruego, que no basta,
Menospreció con un fatal desvío (35).
« Ceda al debido honor la dulce vida (36):
Que no es bien, dijo, que otra menos casta (37)
Ose vivir con el ejemplo mio.»

XVI.

Casandra.

Cuando en horror medroso y ciego espanto
Por los teucros discurre Alecto airada,
Y el impio acero de la griega espada
Hace crecer con frigia sangre el llanto,
Entre los gritos y confuso llanto (38)
De la mísera gente descuidada
Alza la voz Casandra, arrebatada
De profético aliento y furor santo (39).
« En tus cenizas, dice, ¡oh patria cara!
Se guarda el fuego cuya llama ardiente
Hará costosa á Grecia esta vitoria.
»Otra renacerá de tí mas clara
Troya, por quien tu nombre eternamente
Vuelva á vivir en mas dichosa historia.»

XVII.

La avaricia (40).

Castiga el cielo á Tántalo inhumano,
Que en impia mesa su rigor provoca,
Medir queriendo en competencia loca
Saber divino con engaño humano.
Agua en las aguas busca, y con la mano
El árbol fugitivo casi toca;
Huye el copioso Eridano á su boca,
Y en vez de fruta aprieta el aire vano.
Tú, que espantado de su pena, admiras
Que el cercano manjar en largo ayuno
Al gusto falte y á la vida sobre,
¿Cómo de muchos Tántalos no miras
Ejemplo igual? Y si codicias uno,
Mira el avaro, en sus riquezas pobre.

XVIII.

Ulises.

El griego vencedor que tantos años
Vió contra sí constante la fortuna;
El que pudo sagaz de la importuna
Circe vencer los mágicos engaños;
El que en nuevas regiones y en extranos
Mares temer no supo vez alguna;
El que, bajando á la infernal laguna
Libre volvió de los eternos daños,
Los ojos cubre y cierra los oidos
De las sirenas á la vista y canto,
Y se manda ligar á un mástil duro;
Y negando al objeto los sentidos,
La engañosa belleza y fuerte encanto
Huyendo vence, y corta el mar seguro.

XIX.

Píramo

«Tú, de la noche gloria y ornamento,
Errante luna, que oyes mis querellas;
Y vosotras, clarísimas estrellas,
Luciente honor del alto firmamento,
»Pues ha subido allá de mi lamento (41)
El son y de mi fuego las centellas,
Sienta vuestra piedad, ¡oh luces bellas!
Si la merece; mi amoroso intento.»
Esto diciendo, deja el patrio muro
El desdichado Píramo, y de Nino
Parte al sepulcro, donde Tisbe espera.
¡Pronóstico infeliz, presagio duro
De infaustas bodas, si ordenó el destino
Que un túmulo por tálamo escogiera!

XX.

Al mismo asunto.

El triste fin, la suerte infortunada (42)
(Ajeno premio de la fe constante)
Del uno y otro miserable amante,
A quien perdió una noche y una espada,
Oculta en sombra obscura esta labrada (43)
Piedra. Tú, peregrino caminante,
Repara el grave caso, y con semblante
Pio suspende el curso á tu jornada;
Que darás tiernas lágrimas no dudo
A estas cenizas, donde aun dura ardiente (44)
El fuego que causó desdicha tanta (45);
Debida compasion al mal que pudo
Mudar color en la cercana fuente,
Y el de su fruto en la silvestre planta (46).

XXI.

Artemisa.

Labra Artemisa el grande mausoleo,
Que los altos pirámides afrenta
Del egipcio soberbio, y no contenta,
Busca á su ilustre fe mayor trofeo.
Del tierno y casto pecho en nuevo empleo (47)
Hacer sepulcro al nuevo esposo intenta,
Cuyas cenizas, de su amor sedienta,
Bebe con ansias de inmortal deseo (48).
« En vano, dice, pretendió la muerte (49)
De tí, dulce Mausolo, dividirme,

(32) Suerte cruel su duro afan renueva.—*Texto de Colon.*
(33) Los hombros á la carga desiguales.—*Id.*
(34) Aun duda si su ofensa ha satisfecho.—*Id.*
(35) Desestimó con un mortal desvío. — *Id.*
(36) Ceda el debido honor la dulce vida. — *Texto de Fernandez.*
(37) Que no es justo que otra menos casta. — *Texto de Colon.*
(38) Entre las quejas y confuso llanto. — *Id.*
(39) El maestro Medina tiene por admirables estos cuartetos.
(40) Este soneto, antes que por Fernandez, fué publicado por Espinosa en las *Flores de poetas ilustres*, y despues por Gracian en la *Agudeza y arte de ingenio.*
(41) Pues han subido allá de mi lamento. — *Texto de Colon.*
(42) El nuevo fin, la suerte infortunada. — *Id.*
(43) Encierra en sombra oscura esta labrada. — *Id.*
(44) A las cenizas donde aun dura ardiente. — *Id.*
(45) El fuego en que cayó desdicha tanta. — *Texto de Fernandez.*
(46) Y el de su fruto en la insensible planta. — *Id.*
(47) Del tierno y casto pecho nuevo empleo.—*Texto de Colon.*
(48) Bebe con ansias de mortal deseo. — *Id.*
(49) Mal podrá, dice, la enemiga muerte. — *Id.*

Y en largo olvido sepultar tu gloria (1);
»Que de su injuria basta á defenderte (2)
Mi pecho, mas que el bronce y mármol firme,
Y eternizar mi amor y tu memoria.

XXII.

Ariadna.

«¿A quién me quejaré del cruel engaño,
Arboles mudos, en mi triste duelo?
¡Sordo mar! ¡Tierra extraña! ¡Nuevo cielo!
¡Fingido amor! ¡Costoso desengaño!
»Huyó el pérfido autor de tanto daño,
Y quedé sola en peregrino suelo (3),
Do no espero á mis lágrimas consuelo;
Que no permite alivio mal tamaño (4).
»Dioses, si entre vosotros hizo alguno
De un desamor ingrato amarga prueba,
Vengadme, os ruego, del traidor Teseo.»
Tal se queja Ariadna en importuno (5)
Lamento al cielo, y entre tanto lleva
El mar su llanto, el viento su deseo.

XXIII.

Narciso.

Crece el insano amor, crece el engaño (6)
Del que en las aguas vió su imágen bella;
Y él, sola causa en su mortal querella,
Busca el remedio y acrecienta el daño.
Vuelve á ver en la fuente ¡caso extraño! (7)
Que della sale el fuego; mas en ella
Templarlo piensa, y la enemiga estrella
Sus ojos cierra al fácil desengaño (8).
Fallecieron las fuerzas y el sentido
Al ciego amante amado; que á su suerte
La belleza fatal cayó rendida (9);
Y ahora, en flor purpúrea convertido,
La agua, que fué principio de su muerte,
Hace que crezca, y prueba á darle vida.

XXIV.

Orfeo.

«Desiertas selvas, monte yerto y frio,
Ródope, que en el cielo tocar osas (10);
Vosotras, de Estrimon ondas hermosas,
A quien vencer presume el llanto mio,
»Seréis testigos largo tiempo, fio,
De mi dolor y quejas lastimosas (11),
Que en vano esparzo al aire, y con piadosas
Voces al rey del lago obscuro envio.»
Así cantando llora el tracio amante;
Y á sus blandos acentos enmudece (12)
El viento, y la agua su corriente enfrena;
Y enternecidas truecan el semblante
Las fieras ¡corto alivio! mientras crece
Del ya perdido bien la justa pena.

(1) Ni en largo olvido sepultar tu gloria. —*Texto de Colon.*
(2) Que de su injuria puede defenderte.—*Texto de Fernandez.*
(3) Así Espinosa y así Gracian; Fernandez y Colon escriben:

Huye el pérfido autor de tanto daño,
Y quedo sola en peregrino suelo.

(4) Así Espinosa, Gracian y Colon; Fernandez pone:

Pues no permite alivio mal tamaño.

(5) Así Espinosa, Gracian y Colon; Fernandez escribe:

Tal se quejaba Ariadna en importuno.

(6) Crece el insano ardor, crece el engaño.—*Texto de Colon.*
(7) Vuelve á verse en la fuente, ¡caso extraño!
Del agua sale el fuego mas en ella.—*Texto de Fernandez.*
(8) Sus ojos cierra al frágil desengaño. — *Id.*
(9) La costosa beldad cayó rendida.—*Id.*
(10) De Ródope, que al cielo tocar osas.— *Texto de Colon.*
(11) De mi dolor y quejas lamentosas.—*Id.*
(12) Y á los tiernos acentos enmudece. —*Id.*

XXV.

Al mismo.

A tí en los versos dulce y numeroso (13)
¡Oh primer padre de la lira, Orfeo!
Lloró por largo tiempo de Nereo
Cuanto contiene el término espacioso;
A tí lloró Estrimon, á tí el fragoso
Ródope y altas cumbres de Pangeo (14),
A tí las ninfas del sagrado Alfeo,
Obligadas del canto generoso.
Tus divididos miembros, no estimados
Del bacanal furor, que osadamente
Los esparció por el ingrato suelo,
Como á precioso don en sus sagrados
Senos Ebro recoge, y la prudente
Cabeza Lésbos, y la lira el cielo.

XXVI.

Andrómeda y Perseo:

Expuesta en firme escollo al mar insano (15)
La no culpada hija de Cefeo,
Mueve á piedad el reino de Nereo,
Remedio á su dolor pidiendo en vano,
Cuando rompiendo el aire con liviano
Vuelo se muestra el vencedor Perseo,
Que con el gran despojo meduseo
Orna glorioso la triunfante mano.
De la doncella el llanto y la hermosura
Enviaron á un tiempo al pecho fuerte
De lástima y amor agudas flechas.
Del mar la libra y de la bestia dura,
Trocando en vida la temida muerte,
Y en nupciales cantares las endechas.

XXVII.

La tempestad y la calma.

Yo vi del rojo sol la luz serena
Turbarse, y que en un punto desparece (16)
Su alegre faz, y en torno se oscurece
El cielo con tiniebla de horror llena.
El austro proceloso airado suena,
Crece su furia, y la tormenta crece,
Y en los hombros de Atlante se estremece
El alto olimpo y con espanto truena;
Mas luego vi romperse el negro velo
Deshecho en agua, y á su luz primera (17)
Restituirse alegre el claro dia,
Y de nuevo esplendor ornado el cielo
Miré, y dije: ¿Quién sabe si le espera
Igual mudanza á la fortuna mia?

XXVIII.

La recaida.

Otras dos veces del furioso noto
Probé las iras en el mar turbado,
Y no volver jamás á tal estado,
Arrepentido, prometí y devoto.
De la deshecha jarcia y leño roto
Di los despojos al altar sagrado,
Y apenas pisé el puerto deseado,
Cuando olvidé el peligro y rompí el voto;
Y ahora, que continua y fiera lucha,
Mar y vientos se esfuerzan en mi daño,
Y sus enojos aplacar porfio,
Mis sordas voces sin piedad escucha
El justo cielo. ¡Oh inútil desengaño,
Cuán tarde llegas al remedio mio!

(13) A tí, en los dulces versos numeroso.— *Texto de Colon.*
(14) Ródope y altas cumbres del Pangeo. — *Id.*
(15) En duro escollo expuesta al mar insano. — *Id.*
(16) Turbarse, y que en un punto desfallece. — *Texto de Fernandez.*
(17) Deshecho en agua y á la luz primera.—*Id.*

XXIX.

Horacio Cocles.

Con prodigioso ejemplo de osadía
Un hombre miro en la romana puente(18)
Resistir solo de la etrusca gente
El grueso campo que pasar porfía.
Ni la enemiga fuerza le desvia,
Ni de su vida el cierto fin presente (19);
Que su valor dejar no le consiente
La difícil empresa en que insistia (20).
Oigo del roto puente el son fragoso
Cuando al Tibre el varon se precipita
Armado, y sale de él con nueva gloria;
Y al mismo punto escucho del gozoso
Pueblo las voces, que aclamando grita:
«¡Viva Horacio; de Horacio es la vitoria!»

CANCION (21).

En la fiesta que la ciudad de Jerez hizo á los mártires Eutiquio y Estéban.

Celebra ufana el venturoso dia
¡Oh cesárea ciudad! en que levantas
A divinos honores la memoria
De aquellos sacros héroes por quien cantas,
Llena de pio afecto y alegria,
Los ínclitos trofeos y alta gloria,
Y con clara victoria
Contra el olvido avaro, que pretende
Sus nombres esconder, sus nombres lleva,
Y con ellos tu fama á la mas nueva
Region, por donde el mar su curso extiende,
Y en cuanto de su luz Febo enriquece
Del rojo toro el argentado pece.

Las suntuosas aras que dedicas
A los nuevos patronos, ya obligados
De tu amor noble y generoso celo,
Ornen, á su firmeza dedicados,
Claros diamantes, esmeraldas ricas,
Y el zafiro, que imita al puro cielo.
Ante el devoto suelo
Tiendan sus hojas los olivos sacros,
Humíllense las palmas vitoriosas;
Blancos jazmines, encendidas rosas
Coronen sus ilustres simulacros,
Y el mas precioso olor entre el incienso
Pague á los aires agradable censo.

Plectro dorado en acordada lira
Resuene dulcemente los gloriosos
Hechos, que exceden al valor humano;
Blandas canciones, versos numerosos,
Que del sagrado monte Cintio inspira,
Canten aquel esfuerzo soberano
Que al soberbio tirano
Burló de sus intentos la esperanza.
Y tú, divina Euterpe, pues segura
Con tu favor, á tanto se aventura,
Mi voz esfuerza, que á subir no alcanza
Loca osadía, si á tan alto empleo
Es desigual la lira y voz de Orfeo.

Mas enfrene mi vuelo en su carrera
La memoria del jóven imprudente
Y flacas alas, en su mal rendidas;
Vosotros, que de Bétis dignamente
Ilustrais, blancos cisnes, la ribera,
Alzad las voces largo espacio oidas;
Cantad las ofrecidas
Víctimas al cuchillo, el celo ardiente,
Religiosa piedad y fe sincera
De Honorio, Eutiquio, Estéban; ved que espera
Vuestras canciones la festiva gente.
Suene, suene el dulcísimo contento,
Que enfrena el agua y enmudece al viento.

Cual canta el triste fin y estrago de Asta,
De Asta cruel las míseras ruinas,
Fábricas, templos, máquinas deshechas,
Los reales alcázares, la vasta
Mole de sus murallas peregrinas,
Inútil polvo y vil ceniza hechas;
Y las tristes endechas
Trueque, anunciando venturosa suerte
A ti, Jerez, que alegre te apercibes
A la celebridad con que recibes
Los hijos á quien Asta dió la muerte.
Honor, felicidad, corona ilustre
Te pronostique con eterno lustre.

Cual celebre el afecto poderoso,
Y al devoto espectáculo presentes
Junte en grata concordia las edades;
Diga cómo sus diestras las lucientes
Antorchas ornan, cómo ante el precioso
Altar con nuevo ejemplo á las ciudades,
Rendidas voluntades
Entre espléndidos dones sacrifican,
Y con humilde ruego confiados,
El firme patrocinio á sus cuidados
Como remedio mas seguro aplican;
Y vos, lumbres clarísimas del cielo,
Mirad propicias el vandalio suelo.

Huya medroso el escuadron de males
Que furioso amenaza, y asegure
Tan alta proteccion nuestro deseo;
La dulce paz eternos años dure,
Ofrezcan ya con manos liberales
Copiosos frutos Céres y Lieo;
Por sus ondas Nereo
Seguro paso muestre al conducido
Tesoro que el Américo apartado
A nuestras playas rinde, y el nombrado
Guadalete, perdiendo de su olvido
El nombre, de este dia y de su gloria
Conserve eternamente la memoria.

EPÍSTOLA.

Aquí, donde el rigor del hado mísero
Me conduce á vivir entre los árboles,
Léjos, á mi pesar, de los domésticos
Lares, mi pensamiento melancólico
Corre á veces por sendas tan difíciles,
Llenas de espinas y de abrojos ásperos,
De ponzoñosas y revueltas víboras,
Que acobardan el paso al mas intrépido;
Donde no encuentra sino casos flébiles,
Historias tristes y sucesos trágicos,
Que cansan la memoria. Como Sísifo
La grave carga del peñasco hórrido
Discurre por su mal con priesa súbita,
Que excede el curso del ligero Hipómenes,
Y ve de males un inmenso número;
Mas, como no descubre fin ni límite
Del incierto viaje, teme viéndose
De desventuras en un ancho piélago,
Y arrepentido, busca otros mas fáciles
Caminos, que le vuelvan al pacífico
Puerto de do partiera tan improvido.

Mas, tarde lo procura, y un ejército
De daños hace á su demanda obstáculo;
Hoy con duros martirios, como en Lippara
La membruda cuadrilla de los cálibes,
Le combaten con una fuerza indómita
Y le deshacen en pequeños átomos.
Otras veces levanto el flaco espíritu
Al corto arrimo de consuelos débiles,
Y á mí mismo me engaño, prometiéndome,
Como si fuese cierto, un fin fantástico,
Y sobre tanto mal, sucesos prósperos,
Una salud segura y tiempos fértiles;
Pues no da pluvias siempre el austro húmedo,
Que tal vez se convierte en blando céfiro,
Y el fiero mar, que amenazó colérico
Al cielo con sus ondas, reprimiéndolas,

(18) Un hombre miro en el romano puente. — *Texto de Fernandez.*

(19) Ni la enemiga furia le desvía,
Ni de la vida el cierto fin presente.—*Texto de Colon.*

(20) La temeraria empresa en que insistia. — *Id.*

(21) Esta cancion fué publicada por el padre Martin de Roa en sus *Santos de Jerez.*

Serena sesgo sus cristales plácidos,
Y ofrece paso á la ambicion hidrópica.

Mas ¿qué aprovechan esperanzas frágiles
Con que me alienta el mentiroso oráculo
De la imaginacion con falsa máscara,
Que á sus bienes soñados, como fábula,
Quiere que preste entendimiento crédulo?
Salgo de aqueste error, y cual frenético
Al tema usado vuelvo, y de propósito
Hago segunda vez nuevo catálogo.

¿Cuál gente vió jamás de la pretérita
Edad, desde do vive el scita frígido
Hasta do quema el sol á los etíopes,
De desventuras tan crecido cúmulo?
¿Cuándo tan fiero se mostró el belígero
Marte, vestido de acerada túnica,
Como despues que del furor británico
Se vió ofendida la ribera bética
Con gruesas naves que sostiene el Támesis?
¿En qué siglo se vieron los maléficos
Planetas á la vida tan opósitos?
O ¿cuándo mas apriesa de Prosérpina
Pobló los tenebrosos regnos Atropos?
¿Qué bien nos queda, ó cuál infausto género
De males no acrecienta justas lágrimas?

Entre estos pensamientos tan inútiles,
Por dar, si puedo, algun alivio al ánimo,
Determiné escribiros esta epístola
Con el divino aliento de Melpómene,
Que inspira las camenas elegíacas.
Perdonadme si, en vez de alegre plática,
Os entristece mi afligido cántico;
Que no permite el tiempo versos líricos.
Este el exordio fué, y este el epílogo
Tambien habrá de ser de mis esdrújulos.

Digo pues que el rigor del mal pestífero
Muestra en esta ciudad su fuerza indómita
Con no menor estrago que vió Nápoles
En nuestra edad, cuya ruina insólita
Aun no ha acabado de llorar Parténope.
Pero ¿qué fuerza oculta de malévolas
Estrellas hiere á las ciudades ínclitas
Con semejante plaga castigándolas?
Cual en su daño ve la region Bélgica,
Y de la antigua Grecia la metrópolis,
Y la que mira el fin del Tajo aurífero,
A quien hizo famosa el señor de Itaca.
Mas sobre todas, deste suelo vándalo
La mejor parte con dolor legítimo,
Poderoso á mover en las Euménides,
Del no visto contagio nueva lástima,
Confusa atiende de sus hijos únicos
El grave mal y enfermedad mortífera,
Sin que les pueda socorrer la física.

Discurren presurosos con Tesífone
Sus dos hermanas, de la muerte pálida
Fieros ministros, y su ardiente cólera
Hace mil suertes en robustos jóvenes,
En tiernos niños y en hermosas vírgenes,
Sin reservar la senectud llemática;
Que todos son sus obedientes súbditos.
Baten la humilde casa del mecánico,
Y con igual denuedo los alcázares,
Y aun desprecian la estimada púrpura
Como el tosco sayal y vasto cáñamo;
Y hacen en medio de las plazas públicas
Los despojos del mal, duro espectáculo,
Que aun á los nobles no permite Némesis
La pompa funeral y honroso túmulo.
Todo es suspiros y dolor acérrimo,
Y de llanto materia abundantísima.

Bien predijeron esto los astrólogos,
Atentos á mirar el curso rápido
De airados euros, y la madre próvida
Naturaleza con señales lúgubres
No se abstuvo en mostrar el daño próximo.
Largo tiempo corrieron vientos áfricos,
Que del vapor confuso y nubes tétricas
Poblaron la region del aire lúcido.
Armó de rayos el tonante Júpiter
La fuerte diestra, y con estruendo horrísono
Hizo temblar, airado, el orbe esférico,
Y al peso estremecióse el hombro atlántico,
Bramó Orion y las llorosas Hiadas,
Que la ciudad volvieron largo océano.
Salió soberbio el Bétis por sus márgenes,
Y acometió á romper la fuerte fábrica
Que ciñe en torno el edificio de Hércules.
Resonó por el aire en son tristísimo
El endechoso canto de aves fúnebres,
Y el pico anunciador y los murciélagos
Infaustos discurrieron como atónitos,
Dejando sus nocturnas casas lóbregas,
Sin extrañar el resplandor olímpico;
Y las fieras que habitan en las cóncavas
Cavernas de los montes y las rústicas
Y humildes chozas se volvieron pávidas;
Y ahora el sol, de los planetas príncipe,
Su luz vital, á los mortales pródiga,
Doliente nos la muestra, escasa y trémula,
Y al levantarse del dorado tálamo
Parece que rehusa del Zodíaco
La sabida carrera, y los alígeros
Caballos con un paso lento y tímido
Del carro tiran la luciente máquina;
Triste portento, que llegando á Géminis,
Su alegre faz nos representa túrbida,
Como si viera en el diciembre rígido
Del Capricornio las estancias húmidas.

Tal canta quien se vió del campo Tésalo
En el contorno y extendidos términos,
El heróico escritor de la Farsálica;
Ni á tí, ciudad antigua del gran Príamo,
Sobre quien se mostró la fuerza Argólica,
Faltó en su acerbo fin igual pronóstico.
Mas ¡ay dolor cruel! que cuando el ímpetu
De males que amenazan el fin último
Debiera á cada cual de su propósito
Reducir con razon á mejor método,
Con loco frenesí se están inmóbiles,
Sin sentimiento, duros mas que mármoles;
Y tan soberbios como el altó Livano,
Se prometen vivir años nestóricos,
Siguiendo de sus gustos falsos ídolos.

¡Dichoso vos que del antigua Líberis
Gozais los campos y vistosos cármenes
Aventajados al romano Tívoli,
Y mas de estima que los huertos Pénsiles,
Con que á la Babilonia ornó Semíramis,
Veis correr del Genil el agua líquida,
Que del nevado risco despeñándose,
Al canto se acomoda de los pájaros
Con apacible y no aprendida música;
Y retirado del bullicio y tráfago,
Gastais el tiempo en los estudios útiles,
Vuestra suerte gozad con beneplácito
Del cielo, que se os muestra tan benévolo,
Y no olvideis á quien por justo título
Debeis amor y voluntad recíproca.

SILVA.

A la vihuela.

En vano os apercibo,
Dulce instrumento mio,
Si templar mi dolor con vos pretendo;
Y la grandeza de mi mal ofendo,
Si alentado confio
Que pueda el corto alivio que recibo
Con vuestro blando acento,
De mi antiguo tormento
En la memoria introducir olvido.
¡Oh, como en vano tanto bien os pido!
¿Sois por ventura la famosa lira
Del que al mar arrojado
Supo aplacar su ira,
O la que pudo en número acordado
Ceñir de muro á Tébas? Sois acaso
Aquel plectro divino
Que por nuevo camino
A las ondas Estigias halló paso.

Para bajar seguro
De la infelice gente al reino oscuro?
Mayor hazaña fuera
Suspender mi dolor y pena fiera.
Responderéis que no desprecie ahora
La antigua compañía
Que en soledad tan larga me habeis hecho,
Ya cuando huye de la noche el dia,
O ya cuando el aurora
La anuncia, y deja de Titan el lecho,
O cuando el sol en la mitad del cielo,
Piadoso de mi mal, oye mi duelo.
El comun beneficio
De la dulce armonía
Alegaréis, y aquel piadoso oficio
Con que á sufrir esfuerza
Su cautiverio aquel, su prision este.
Apenas hay trabajo á quien no preste
Algun alivio : el que con remo á fuerza
Hiere la blanca espuma,
Su desventura suma
Cuida olvidar, y al son de la cadena
Cantando, intenta mitigar su pena.
Así lo experimento
En medio de mis males,
¡Oh suave instrumento!
Pero cuéstanme caro alivios tales,
Cuando el discurso, un rato suspendido
Con el grato sonido,
Cobra para afligirme fuerza nueva,
Con que despues mis lágrimas renueva,
Y de la amarga historia
Mi enemiga memoria
Vuelve al usado empleo,
Y relucha mas fuerte como Anteo.
Ya me tiene enseñado
La continua miseria de mi estado
Que es socorro engañoso, corto y leve
El que me dais, y que admitir no debe
La música sonora
Quien sus desdichas sin remedio llora.

TRADUCCION DE UNOS VERSOS DE SAN GREGORIO NACIANCENO (22).

Fácil al blando ruego,
Y en vil precio obligada
A ser víctima impura de amor ciego,
Codiciosa ramera
Corria apresurada
A los profanos lares
Del impúdico jóven que la espera.
Mas apenas pisó de la primera
Puerta el umbral, cuando ocupó sus ojos
La imágen venerable y fiel trasunto
Del grande Polemon, que al mismo punto
Con eficaz modestia, bien que mudo,
Su culpa acusar pudo;
Y usurpándole á Vénus los despojos,
Enfrenó el libre paso,
Reprimió el torpe afecto,
Venció el ardor lascivo.
¿Qué otro mayor efecto
Esperarse debiera
Si presente le viera,
Si le mirara vivo?

SONETO XXX.

A Rómulo, que mató á su hermano Remo.

Las armas tomó apriesa el esforzado
Quirino, de su hermano mal seguro,
Y en la nueva ciudad el primer muro
Con la sangre fraterna fué manchado.
Primero dividido que fundado,
Sintió el pueblo en su daño el hierro duro,
Presagio cierto del rigor futuro,
Que amenazaba el disponer del hado.
No consintió á sus ojos ver presente
Algun igual al ánimo ambicioso,
Ni sufrió compañero la corona.
Al natural amor venció impaciente
El amor de reinar, mas poderoso,
Pues á su mismo hermano no perdona.

XXXI.

A Fabio contra Aníbal Africano.

Mientras que de Cartago las banderas
Triunfar intentan del valor romano,
Y esperar vitorioso el africano
Pisar del vago Tibre las riberas,
Tú, grande dictador, entre las fieras
Trompas, con lento pié y segura mano,
Sin sangre alguna derribaste el vano
Orgullo de las armas extranjeras.
No te venció de la opinion contraria
El opuesto rumor á tu alabanza,
Que fácilmente lo desprecia el sabio.
¡Oh prudente esperar, oh voluntaria
Constancia, por quien Roma ver alcanza
A Aníbal roto, y vencedor á Fabio!

XXXII.

A Dido (23).

La tirana codicia del hermano,
Impia ocasion del fin de tu Siqueo,
Huiste fiel por el airado Egeo,
Elisa, hasta el término africano;
Donde reliquias del ardor troyano
Encendieron en ti nuevo deseo,
Y entregaste en infausto himeneo
Al Teucro engañador la fe y la mano.
Despreciaste, en tu daño presurosa,
La merecida fama, que destruyes
Con el engaño que obstinada quieres.
¡Oh en ambas bodas poco venturosa!
Muriendo el uno, perseguida huyes;
Huyendo el otro, desdeñada mueres.

XXXIII.

A Julia, hija de Julio César y mujer de Pompeyo.

Julia, si de la Parca el furor ciego
Permitiera en tu vida mas tardanza,
No viera Roma en su mayor pujanza
De las guerras domésticas el fuego;
Que semejante en el piadoso ruego
A las sabinas, la furiosa lanza
Redujeras, depuesta la venganza,
A paz alegre y á comun sosiego.
Al detenido daño y armas fieras
Tu acelerada muerte abrió camino,
Rota la fe, que violentada estaba.
Tú sola el istmo destas ondas eras;
Mas acabó la fuerza del destino
Vida que tantas muertes excusaba.

XXXIV.

A Julio César mirando la cabeza de Pompeyo.

Presenta ufano á César vitorioso
El tirano de Ménfis inclemente
La temida cabeza que al Oriente
Tuvo al son de las armas temeroso.

(22) Publicó esta version Francisco Pacheco en el *Arte de la pintura*. Sigo su texto, apartándome del de don Ramon Fernandez por lo incorrecto.

(23) Imitacion de un famoso epigrama de Ausonio Galio, que dice:

Infelix Dido, nulli benè nupta marito;
Hoc perente fugis; hoc fugiente peris.

Está elegantemente traducido en lengua castellana por don Manuel Salinas,

¡Ay Dido desdichada;
Con marido ninguno bien casada!
Muere el uno, y te pones en huida;
Huye el otro, y te quitas tú la vida.

No pudo dar el corazon piadoso
Enjutos ojos ni serena frente
Al don funesto; mas gimió impaciente
De tal crueldad, y repitió lloroso:
«Tú, gran Pompeyo, en la fatal caida
Serás ejemplo de la humana gloria
Y cierto aviso de su fin incierto.
»¡Cuánto se debe á tu virtud crecida!
¡Cuán costosa en tu muerte es mi vitoria!
Vivo te aborrecí, te lloro muerto (24).»

XXXV.

A Curcio.

La sima horrible con espanto mira (25)
En su gran plaza Roma, y el dudoso
Portento, grave al pueblo vitorioso,
No enseñado á temer, suspenso admira.
En tanta confusion turbado aspira
A buscar el remedio, y presuroso
Consulta si de Jove poderoso
Se pudiese aplacar la justa ira.
Asegura el oráculo invocado
De daño al pueblo si á la grande cueva (26)
Lo mas ilustre ofrece de su gloria.
Curcio, de acero y de valor armado,
Se arroja dentro, y deja con tal prueba
Libre la patria, eterna su memoria (27).

XXXVI.

A Diógenes.

Con una lumbre en la mayor del dia
Corre la llena plaza atentamente
Diógenes, mostrando entre la gente
Buscaba alguna cosa que no via;
Mas el confuso pueblo, que atendia,
La causa pide, y el varon prudente,
«Hombres busco,» responde, y diligente
Con nuevo ahinco vuelve á su porfia.
¡Qué maravilla que buscase un hombre
El sabio entre aquel número perdido,
Que imitaba de fieras las costumbres,
Si en los que agora tienen este nombre,
Y en mejor tiempo, oh mal poco sentido,
Lo hallarán apenas muchas lumbres!

XXXVII.

A los gigantes que combatieron el cielo.

Oprime el Etna ardiente á los osados
Encélado y Tifon, que el claro asiento
De Júpiter con vano atrevimiento
Conquistar intentaron confiados;
Donde sus pensamientos castigados
Con pena digna de tan loco intento,
En las cavernas yacen, con violento
Rayo de la alta cumbre derribados.
Vió el cielo la ambicion que impetuosa
Cual fuego á lo mas alto se avecina,
Y con el fuego castigarla quiso;
Porque la tierra advierta temerosa
Cómo de la soberbia en su ruina
No queda sino el humo por aviso.

(24) El texto de Colon dice:

Vivo te aborrecí, y te lloro muerto.

(25) Aunque Colon tuvo por inédito este soneto, hállase en las *Flores de poetas ilustres*, que ordenó y publicó Pedro de Espinosa. El texto de este dice:

La horrible sima con espanto mira
En la gran plaza Roma, y el dudoso
Portento al grave pueblo vitorioso.

(26) Al pueblo de temor si á la gran cueva.—*Texto de Espinosa.*
(27) Libre su patria, eterna su memoria.—*Id.*
El maestro Medina dice en sus *Apuntamientos:*
«*Libre la patria.—Salva. Libre* se refiere á cautividad ó tiranía, y el portento amenazaba mayor mal, total ruina y destruimiento. Además que *libre* es de flacos unido para este lugar. *La patria,* porque es comun; *su memoria,* porque es de él propia.»

XXXVIII.

A Pompeyo.

Del vencedor huyendo, á Lésbos deja
Pompeyo, roto en la farsalia guerra;
Con su esposa se embarca, y á la tierra
Que inunda el Nilo, por su mal se aleja;
Que el hado riguroso que le aqueja,
Y al extranjero reino le destierra,
En la seguridad que busca encierra
El fin que dió á Cornelia eterna queja.
Fiera tormenta en el buscado puerto
El gran Pompeyo halla en vez de abrigo.
¿Quién las mudanzas de la suerte ignora?
¿Quién no recelará el suceso incierto,
Si da la muerte el obligado amigo,
Si el enemigo vencedor le llora?

XXXIX.

A Polimnéster, que mató á Polidoro.

Vuelta en ceniza Troya, y su tesoro
En despojo del dolope extranjero,
El codicioso Polimnéster fiero
La muerte ordena al tierno Polidoro.
¿A qué no obligarás, hambre del oro,
Sacrílega codicia del dinero,
Si quebrantas el inviolable fuero
Del sagrado hospedaje y real decoro?
Con justa indignacion reprueba el suelo
La culpa avara del cruel tirano,
Que poco gozará tales despojos.
Nueva venganza le previene el cielo;
Porque de una mujer la débil mano
Hará que su castigo vea sin ojos.

XL.

A Alejandro, envidioso de Aquiles.

Sobre el sepulcro del ilustre griego
Que honró con sus cenizas el Sigeo
Mejor que á Caria el rico mausoleo,
Alejandro paró, y exclamó luego:
«¡Oh gloria de la Grecia, claro fuego,
Cuya llama las nieblas del Leteo
No bastan á encubrir, ni su trofeo
Robar podrá jamás olvido ciego.
»A tí, dichoso jóven, guardó el cielo,
Porque eterno tu nombre al mundo fuera,
Del grande Homero la divina historia;
»Que si de aquella pluma el alto vuelo
Faltara, un mismo túmulo cubriera
Tu mortal suerte y tu inmortal memoria.»

XLI.

A Apolo y Dafne.

Con presto curso y con veloz denuedo
Sigue Apolo la hija de Peneo;
Hurtó el uno las alas al deseo,
Y al otro le prestó sus piés el miedo.
«¿Por qué te alejas, si alcanzar te puedo,
Le dijo, de mi amor oh digno empleo?
¿Piensas, cual Aretusa de su Alfeo,
Huir de mí, que al vago viento excedo?»
Alentó la carrera, y ya vencida
Cuidó tener de Dafne la dureza;
Tanto se le acercó el amante ciego;
Mas del piadoso padre socorrida,
Trocando en árbol su mortal belleza,
Burló sus brazos y avivó su fuego.

XLII.

A Cartago.

Este soberbio monte y levantada
Cumbre, ciudad un tiempo, hoy sepultura
De la grandeza, cuya fama dura
Contra la fuerza de la suerte airada,
Ejemplo cierto fué en la edad pasada,
Y será fiel testigo á la futura,
Del fin que ha de tener la mas segura
Pujanza, vanamente confiada.

Mas en tanta ruina nueva gloria
No os pudo fallecer, ¡oh celebrados
De la antigua Cartago ilustres muros!
Que mucho mas creció vuestra memoria
Porque fuistes del tiempo derribados
Que si permaneciérades seguros.

XLIII.

Al mismo asunto.

No los mármoles rotos que contemplo,
Reliquias nobles de la gran Cartago,
Ni de Numancia el miserable estrago,
Ni los despojos del efesio templo;
No de Sagunto el fin, único ejemplo
De la lealtad y de su injusto pago,
Descrecen mi dolor, ni satisfago
Con su memoria el mal que nunca templo.
Bien que prueba tal vez la fantasía,
Mas en vano, aliviar su desventura
Con el desastre de sucesos tales;
Mas la razon advierte que confia
En remedio engañoso si procura
Con los ajenos consolar sus males.

XLIV.

A Hércules.

El jabalí de Arcadia, el leon nemeo,
El toro á los cien pueblos pavoroso,
Cayeron á mis piés, y vitorioso
De la hidra me vió el lago Lerneo.
El can de tres gargantas y Tileo,
Fieras guardas del claustro tenebroso,
No burlaron mi intento generoso,
Ni le valió caer al fuerte Anteo.
Ejemplos de mi ilustre vencimiento
Son Aceloo, Busíris y Diomédes,
Y el rey á quien huir Hesperia mira;
Mas ¿por qué ufano mis vitorias cuento,
Cautivo en tu prision? ¡Cuánto mas puedes
Si me rendiste, oh bella Deyanira!

XLV.

A don Enrique de Cuzman.

Enrique, cuatro veces el estío
Robó al florido campo sus colores,
Y al verano otras tantas vertió flores
Por los márgenes verdes de este rio,
Despues que lisonjero desvario,
Sulcando el falso mar de los amores,
Corrí fortuna, y roto entre clamores
Dados en vano, se anegó el navío.
Libre á tierra salí, besé la arena,
Y los despojos de la undosa furia
Pagué, cumpliendo el voto, al sacro templo.
¿Qué me llama otra vez la faz serena
Del mar? Vuelva por mí mi propia injuria,
Y de la ajena basta en ti el ejemplo.

XLVI.

Al gran señor del Asia y venerado
Padre de tantos reyes ¡suerte fiera!
Falta sepulcro, y yace en la ribera
Sin cabeza y sin nombre el cuerpo helado.
Y cuando se ve en Troya derramado
Mas fuego que contiene la alta esfera,
Falta al desnudo tronco la postrera
Llama, y solo le baña el ponto airado.
En tí admiramos de la humana suerte
La inconstancia, ¡oh ejemplo sin segundo!
En tí las vueltas de la incierta vida.
¿Cuál voz habrá que dignamente acierte
A lamentar tu fin? ¿Cuándo vió el mundo
Ni grandeza mayor ni igual caida? (28).

XLVII.

A la amistad.

Contienden por morir en importuna
Porfía Oréstes y el focense amigo,
Niso se ofrece al rútulo enemigo,
Y sigue de su teucro la fortuna.
En la fe de Damon sospecha alguna
No sufre Pitias, aunque ve el castigo,
Ni rehusa bajar Teseo contigo,
Pirotoo, fiel á la infernal laguna.
Pólux con Cástor parte el don divino,
Y porque el Oreo satisfecho quede,
Muriendo compra la fraterna vida.
Teme vivir el jóven Prenestino
Faltando Caspio. Tales cosas puede
De la amistad la fuerza no vencida.

XLVIII.

A Orfeo.

Pudo con diestra lira y dulce canto
Bajar Orfeo á la region oscura,
Y del dolor que eternamente dura
La fuerza suspender y el triste llanto.
Del divino concento pudo tanto
La fuerza, y de su fe constante y pura,
Que á recobrar su prenda mal segura
Halló entrada en los reinos del espanto.
Venturoso amador, si no rompiera
El preceto fatal, y conservara
El bien que con tan largo afan conquista;
Mas ordena ¡oh dolor! la suerte fiera
Que cuanto con la voz dulce ganara,
Vuelva á perder con la atrevida vista.

XLIX.

Pues ya del desengaño la luz pura
Desenbre el vano error de mi cuidado,
Y del camino que escogí engañado
Me reduce á otra senda mal segura,
¿Cómo no rompo el lazo que en tan dura
Prision me tiene gravemente atado?
¿Por qué tardo? ¿Qué espero, sepultado
Del ciego olvido en la region oscura?
¡Afrentoso temor, tarda pereza,
Que estorbais la vitoria al desengaño!
Ríndase á su valor vuestra porfía;
No se diga, culpando mi flaqueza:
«Al que atrevido se arrojó en su daño,
Para seguir el bien faltó osadía.»

L.

A Icaro.

Osaste alzar el peligroso vuelo,
Icaro, vanamente confiado
En mal seguras alas, y olvidado
Del sano aviso, te acercaste al cielo,
Donde el ardor del que gobierna Delo,
Deshaciendo tus plumas, castigado
Te arrojó al mar, á quien tu nombre has dado,
Y sepultura á tí en el hondo suelo.
Por mas cierto camino el sabio viejo
De tal peligro discurrió ligero,
Y á Febo dedicó el cumano templo (29).
¡Oh, si guardar supieras su consejo,
Y no quedara en tu castigo duro
De las rendidas alas el ejemplo!

LI.

A Arion, músico.

Mientras llevado de un delfin piadoso
Pasa Arion el mar, suspende el viento
Y las aguas enfrena el blando acento
De la cítara y canto artificioso.

(28) El maestro Medina enmienda en sus *Apuntamientos*:
O grandeza mayor ó igual caida;
diciendo que la interrogacion sola niega, y así, es superflua la voz de negar *ni, ni*.

(29) El maestro Medina escribe en sus *Apuntamientos*:
«*Y á Febo dedicó. — Levantó*. Mas propio es de un artífice labrar un templo que dedicarlo; no sabemos que Dédalo lo dedicó, mas sabemos que lo edificó. *Posuitque immania templa*.»

Las nereidas, dejando el espumoso
Albergue, al dulce son de su instrumento
Tejen en concertado movimiento
Festivo coro en el teatro undoso.
Tétis, Nereo y Dóris con espanto
Oyeron su armonía; ni faltaste,
Grande Neptuno, y tú, Glauco, saliste.
¡Oh inmensa fuerza del suave canto!
Si la fiera codicia no amansaste,
Aguas, vientos, delfin, dioses venciste.

LII.

A Mucio Scévola:

Ofrece al fuego la engañada diestra
Ante el rey enemigo el esforzado
Scévola, y de aquel yerro no culpado,
Con denuedo espantoso el pesar muestra (30).
Del fuerte corazon la insigne muestra
El ofendido rey miró turbado,
Y aquella mano respetó admirado,
Que supo errando á tantas ser maestro.
«No castigueis, le dijo, valeroso
Mancebo, el fuerte brazo, cuyo engaño (31)
Me dió vida y á dártela me mueve.
»Hoy Roma por tu intento generoso
Verá que, libre de tan cierto daño,
Mas á tu hierro que á sus fuerzas debe.»

LIII.

A Julio César.

Del gran Pompeyo el enemigo fuerte
Llega en oscura noche al pobre techo
Do Amiclas con seguro y libre pecho
Ni teme daño ni recela muerte.
Ya que llamar segunda vez advierte,
Rogado deja el mal compuesto lecho,
Y en frágil barca el peligroso estrecho
Corta, présago de siniestra suerte.
Brama furioso el mar, sintiendo el peso
Que sostiene, y al tímido piloto
César anima y dice: «Rema, amigo,
»Y olvida el miedo de infeliz suceso;
Aunque mas se contrasten Euro y Noto,
La fortuna de César va contigo.»

LIV.

A una estatua de Niobe que labró Praxitéles.

(*De Ausonio.*)

Viví, y en dura piedra convertida,
Labrada por la mano artificiosa
De Praxitéles, Niobe hermosa,
Vengo segunda vez á tener vida.
A todo me volvió restituida,
Mas no al sentido, la arte poderosa,
Que no lo tuve yo cuando furiosa
Los altos dioses ofendí atrevida.
¡Ay triste, cómo en vano me consuelo
Si ardiente llanto espira el mármol frio,
Sin que mi antigua pena el tiempo cure,
Pues ha querido el riguroso cielo,
Para que sea eterno el dolor mio,
Que, faltándome la alma, el llanto dure!

LV.

A Leandro.

En la pequeña luz de Sesto pone
Desde el puerto los ojos, y atrevido
Rompe Leandro el mar, que embravecido,
A sus intentos con furor se opone.
Mas él, cuidando que la muerte abone
Su grande amor, se ofrece al conocido
Peligro, y de las ondas ya vencido,
A amansallas en vano se dispone.
«Ondas, dijo muriendo, si consiente
Vuestro furor de un triste amante el ruego,
Sed por un rato á mi dolor piadosas;
»Frenad el curso á la veloz corriente,
Mostráos benignas solo mientras llego,
Y cuando vuelva me anegad furiosas.»

LVI.

A César viendo la estatua de Alejandro en Cádiz.

De Alejandro el trasunto, muda historia
Que animó en bronce artificiosa mano,
Do fijó sus columnas el tebano,
César mira, envidioso de su gloria.
Viendo que en corta edad larga vitoria
Ganó del orbe el macedon ufano,
De sus años lamenta el curso vano,
Que aun no ha dado principio á su memoria.
«Tú, ilustre jóven, dice, solo viste
Glorioso fin de tu alto pensamiento;
Tú al mundo grande, á tí pequeño el mundo.
«¿Quién á la excelsa cumbre que subiste
Podrá llegar? Ni ¿cuál osado intento
Presume ser á tu valor segundo?»

LVII.

A Damócles, que no quiso ser rey.

Si sobre su cabeza ve pendiente
De un sutil hilo la desnuda espada;
Si cada punto espera ver llegada
La postrera hora, y mira el fin presente,
¿Qué mucho que despida de su frente
Damócles la corona, y la estimada
Púrpura menosprecie, que obligada
A tal temor y á tal peligro siente?
En aparente bien cubierto daño
Descubrió del imperio codicioso,
Y en caduco placer tormento fiero.
Hazaña fué de un claro desengaño,
Que el cetro renunciase el ambicioso,
Y dijese verdad el lisonjero.

LVIII.

A Faeton.

Pudo quitarte el nuevo atrevimiento,
Bello hijo del sol, la dulce vida;
La memoria no pudo, que extendida
Dejó la fama de tan alto intento (32).
Glorioso aunque infelice pensamiento
Disculpó la carrera mal regida,
Y del paterno carro la caida
Subió tu nombre á mas ilustre asiento.
En tal demanda al mundo aseguraste
Que de Apolo eras hijo, pues pudiste
Dél alcanzar la empresa á que aspiraste.
Término ponga á su lamento triste
Climene, si la gloria que ganaste
Excede al bien que por osar perdiste.

LIX.

En segura pobreza vive Eumelo
Con dulce libertad, y le mantienen
Las simples aves, que engañadas vienen
A los lazos y liga sin recelo.

(30) El texto de Colon dice *afecto* en vez de *denuedo*. Sigo la correccion del maestro Medina.

(31) El maestro Medina escribe en sus *Apuntamientos: Mancebo, el fuerte brazo. — Soldado*; no sé la edad que tenia Scévola, pienso que seria mejor *Soldado*, que es palabra mas general y decente á un rey que no conocia en particular á Scévola.»

(32) Dice el maestro Medina en sus *Apuntamientos*, á propósito del primer cuartel de este soneto:

«Vicios juzgan ser los lógicos atribuir á una causa por efecto el que no lo es, como si dijésemos: *El vino pudo quitar á Lot el uso de la razon, pero no el brio para hacer madres á sus hijas.* Efecto del vino es privar de razon, pero no lo es privar de fuerza para engendrar; bien asi se puede decir ser efecto del atrevimiento quitar la vida, pero no lo es quitar la fama, antes la dió á muchos que sin ella no fueran conocidos; por esto pienso no es la sentencia de este primer cuarteto de la viveza que se imagina.»

Por mejor suerte no importuna al cielo,
Ni se muestra envidioso á la que tienen
Los que con ansia de subir sostienen
En flacas alas el incierto vuelo.
Muerte tras luengos años no le espanta,
Ni la recibe con indigna queja,
Mas con sosiego grato y faz amiga.
Al fin, muriendo con pobreza tanta,
Ricos juzga sus hijos, pues les deja
La libertad, las aves y la liga.

LX.

Si pudo de Anfion el dulce canto
Juntar las piedras del tebano muro (33);
Si con süave lira osó seguro
Bajar el tracio al reino del espanto;
Si la voz regalada pudo tanto,
Que abrió las puertas de diamante duro,
Y un rato suspendió de aquel escuro
Lugar la pena y miserable llanto;
Y si del canto la admirable fuerza
Enternece los fieros animales,
Si enfrena la corriente de los rios (34),
¿Qué nueva en mi dolor se esfuerza,
Pues con lo que descrecen otros males (35),
Se van acrecentando mas los mios?

LXI.

A Curcio.

Ya el jóven fuerte que con muestra hermosa
Y con doradas armas refulgente
Librar intenta la romana gente
De la profunda sima peligrosa,
Abrevia la carrera presurosa;
Que no sufre tardanza el impaciente
Amor de gloria, y con alegre frente (36)
Se arroja en la caverna prodigiosa.
¡Dichoso tú, que contra injustos hados,
Comprando tantas vidas con la muerte (37),
No recibió tu pensamiento engaño.
Yo, que en mas hondo abismo de cuidados
Me arrojé, ¿qué esperar podré en mi suerte,
Si á nadie causó bien mi mortal daño?

CANCION.

En la sazon dichosa
Que viste Flora el campo de colores,
Y con artificiosa
Labor le diferencia de mil flores,
Quedando nuestro suelo
Hecho un retrato del octavo cielo;
Y en el mayor reposo
De una serena noche, que la falta
De Febo luminoso
Puso en olvido, porque el prado esmalta,
Descubriendo mas clara
La esposa de Titan su alegre cara,
Del Bétis en la orilla
Está el pastor Arcicio recostado;
La mano en la mejilla,
Todo en sudor y lágrimas bañado,
Con tan copiosa vena,
Que abrió camino en la menuda arena.
Al rumor que sonaba
Del céfiro que suena blandamente,
Y al agua que pasaba
Se quejaba el pastor tan tiernamente
Como si dar pudiera
Con llorar el remedio que quisiera;
Y aunque el alegre puesto
Bastara á consolar un afligido,
Tan al contrario de esto
Siente el efecto Arcicio, y tan rendido
Le tiene su ventura,
Que le es dañoso lo que á muchos cura.
Allí llora su suerte,
Y de Tircerio el fin apresurado,
Pastor á quien la muerte
Con injusto furor y rostro airado
Hizo sentir sus daños
En juveniles y floridos años.
Siente tambien la falta
De una firme amistad, mayor tesoro
Y dádiva mas alta
Que otorga al mundo el estrellado coro;
Y en tales ocasiones
No sobra el llanto, sobran las razones;
Porque si alguna cosa
Entre la humana puede y mortal gente
A un alma generosa
Ocasionar tan misero accidente,
Es perder un amigo
Que fué del pensamiento fiel testigo.
No con tantos gemidos
En la egipciana playa Codro anciano
Quemó los esparcidos
Huesos del gran Pompeyo, que el tirano
Mató dentro en su tierra,
Do se acogió de la sangrienta guerra;
Ni con dolor tan fiero
Lloró el Tebacio, músico divino,
El caso lastimero
De su consorte, á quien el cruel destino
Le trajo lamentando,
Por las selvas de Ródope vagando;
Y al fin ningunos males
Humanos pechos han sentido tanto,
Que hayan de ser iguales
A nuestro Arcicio, cuyo triste llanto
Fué tanto mas copioso
Cuanto á cualquier de aquellos mas famoso;
Que todo lo merece
La limpia fe de un verdadero pecho
Que al amigo se ofrece
Cuando, de su bondad ya satisfecho,
Le tiene la experiencia,
Que en tales casos es la mejor ciencia;
Y mas en un sugeto
Como Tircerio, á quien con larga mano
Y poderoso efeto
Hizo tan rico el cielo soberano
De celestiales dones,
Que fué un nuevo alguacil de corazones.
Mas, porque nadie extrañe
Cómo es posible que á un pastor grosero
Tal virtud acompañe,
Este suceso trataré primero
Que prosiga mi intento,
Volviendo luego al comenzado cuento.
En Córdoba dichosa,
A quien sus hijos por extrañas tierras
Han hecho ser famosa,
Cuál escribiendo las civiles guerras,
Cuál en modos suaves
Dejando libros de sentencias graves,

(33) Colon dió como inédito este soneto, sin embargo de estar impreso en las *Flores de poetas ilustres* y en la *Agudeza y arte de ingenio:*

Juntar las piedras del troyano muro.
(*Textos de Espinosa y Gracian.*)

(34) Domestica los fieros animales
Y enfrena la corriente de los rios.
(*Textos de Espinosa y de Gracian.*)

(35) ¿Qué nueva pena en mi dolor se esfuerza,
Que con lo que descrecen otros males.
(*Texto de Colon.*)

Sigo el de Espinosa y el de Gracian.

(36) Tambien dió Colon como inédito este soneto. Hállase en las *Flores de poetas ilustres:*

Deseo de gloria y con alegre frente.
(*Texto de Espinosa.*)

(37) Así el texto de Espinosa; el de Colon dice:

Dichoso tú, que contra infaustos hados,
Tantas vidas comprando con la muerte.

El amigo de Arcicio
Aquí nació, no en pastoril cabaña,
Sujeto al ejercicio
Que acostumbra el pastor en la campaña,
Ni á guardar el ganado
Ni al tratar del zurron, honda y cayado;

Antes entre parientes
Y en medio del bullicio peligroso
Del trato de las gentes
Vivió un tiempo, no poco temeroso
De verse en un estado
Poco seguro y menos sosegado.

Fué con la edad creciendo
Este temor en los primeros años,
Hasta que, conociendo
Cuán cerca está de peligrosos daños
La incauta muchedumbre,
Su vista aclara la divina lumbre.

Ve crecidos enojos,
Tristes envidias, ásperas mudanzas,
Atrevidos antojos,
Un número infinito de esperanzas
Postradas por el suelo
De quien se levantaba hasta el cielo;

Ve al pobre descontento,
Y al rico en medio de su plata y oro
Mas falto de contento
Cuando está mas sobrado de tesoro;
Que á muchos acaece
Menguar el gusto si el estado crece.

Solo juzga por buena
La pacífica vida del que á solas
La suya en paz ordena,
Libre del mundo y sus hinchadas olas,
Sin buscar pretensiones,
Infierno de ambiciosos corazones.

Siguiendo aqueste intento
E inspiracion que á su deseo convino,
Dejó su patrio asiento,
Guiando á la ribera su camino,
Donde tú, fuerte Alcides,
Al sacro Bétis con tus torres mides.

Estaba en estos llanos
Arcicio, otro pastor, de cuyos tratos,
Aunque humildes y llanos,
Tanto gustó Tircerio algunos ratos,
Que en amistad estrecha
De las dos almas una quedó hecha.

No el Tebano y Teseo,
Ni Plotino y Amelio, que mostraron
Un conforme deseo,
En amistad tan firme se trataron,
Ni Tolomeo y Galétes,
Ni Timágoras, Celio y Malétes;

Que los que de mayores
Amigos alcanzaron nombre y gloria
Le fueron inferiores,
Aunque se nos renueve la memoria
De Niso y del Troyano
Que en sus versos celebra el Mantuano.

Hasta en los mayorales
De Tircerio creció un amor secreto,
Porque entre los zagales
Otro pastor que fuese mas discreto
No pisó la campaña
Que Tórmes riega ó el Henáres baña;

Pero de este nudo fuerte
No duró mucho en tan feliz pujanza;
Que la envidiosa suerte
En lo que está mas libre de mudanza
La furia insana muestra
De su voltaria y mal segura diestra.

Ofreció el tiempo airado
A Tircerio forzosas ocasiones
Para dejar el prado,
El caro amigo y los demás garzones
Que habitaban la vega,
Y al rigor de esta ausencia el pecho entrega.

Llegó á los prados bellos
Que términos al suelo hispano ponen,
Aunque no gozó de ellos,
Porque los hados en su mal disponen
Que la Parca atrevida
Tambien los ponga allí á su dulce vida.

Apenas las colunas
De Hércules vido en la arenosa tierra,
Cuando con importunas
Fiebres le hizo la Parca cruel guerra,
Que usurpó los despojos
Que á Arcicio ocasionaron sus enojos;

Pero su justa pena
Y doloroso llanto á todas horas
Con abundante vena
Contadlo vos, ¡oh ninfas moradoras
De Pierio! que á tanto
No se puede obligar mi débil canto.

Mil veces á la orilla
Del claro Bétis, en la noche oscura,
Mueve á nueva mancilla
Los que habitan del agua la hondura,
Y en la sazon presente
Esta es la causa del dolor que siente;

A cuyo triste acento,
Y al son de sus querellas lastimosas,
Del húmedo aposento
Las náyades salieron presurosas
A do estaban las driades
Con las endechadoras amadriades;

Yá un punto se juntaron
Sátiros, faunos, Pan, que conducidos
De sus voces, llegaron
Á tal tiempo, que Bétis con gemidos
En las cavernas hondas
Su casa oscureció con turbias hondas;

Mas ya que el dolor fiero
Dió lugar que la muerte lamentase
Del dulce compañero
Antes que Febo el curso apresurase,
De sus glorias deshechas
Celebraron el fin estas endechas:

«¡Oh dioses moradores
Del sacro olimpo, que con rostro enjuto
Mirais nuestros dolores,
Y libres ya deste mortal tributo,
Con eterno consuelo
Las sillas ocupais del alto cielo!

»Si el rigor é inclemencia
Vuestros benignos pechos ya renuncian,
¿Cómo aquesta sentencia
Contra la firme fe del mio pronuncian?
¿Por qué como á enemigo
Privan á Arcicio de su fiel amigo?

»Si vuestras justas leyes
Como atrevido acaso he quebrantado,
Pues sois supremos reyes,
Haced que sea mi yerro castigado,
Sin admitir disculpa,
Y no padezca quien está sin culpa;

»Que yo estoy satisfecho
De que vuestra piedad sacra y inmensa
De su hidalgo pecho
Jamás ha recibido injusta ofensa;
Que sus glorias mayores
Eran daros continuo mil loores;

»Mas, pues todos lo hicistes,
A vuestra voluntad el cuello inclino;
Sin duda fué que vistes
Que no era de tal bien el suelo dino;
Y así, la Parca cruda
Cortó la hebra, de piedad desnuda;

»Y pues su golpe fiero
Tan presto de tal bien pudo privarme,
A ella volverme quiero;
Quizá hallaré remedio con quejarme
A mi pena crecida,
O fin mas breve de mi triste vida.

»Parca cruel, airada,
Reina de agravios, contra cuyas leyes

Sirven poco ó no nada
Coronas altas de temidos reyes,
Por ser tus armas tales,
Que al cetro hacen y al cayado iguales;
»Tú, que mas glorias tienes
Cuando las nuestras en pesares tornas;
Tú, que de ajenos bienes
Tus cavernosos páramos adornas;
Tú, que en ser cruel y fiera
Los privilegios gozas de primera;
»Tú, que al mas fuerte pecho
Con tu mano sujetas y acobardas,
Y hasta el triste lecho,
Sin respetar las vigilantes guardas,
Con tu guadaña llegas,
Y al duro yugo de tu ley lo entregas;
Tú, que en nuestra memoria
La tuya engendras cual cicuta amarga;
Tú, que á mi triste historia
Materia has dado tan copiosa y larga
Para que en este prado
Llore el fin triste de Tircerio amado;
»Mas dura, inexorable,
Cual suele ser el animoso viento
Cuando el mar variable
Parece que le muda de su asiento;
Mas temida que Arturo
Y el tempestuoso Orion cuando está oscuro:
»Si tu crueldad celebras,
Y de ser impia cobras arrogancia,
¿Cómo conmigo quiebras
La triste y desabrida consonancia,
Dándome ajena vida,
Si en tus manos quedó la mia perdida?
»¿Cómo tu golpe esquivo
Hizo en un corazon tales efetos,
Que muera y quede vivo?
Pero son cautelosos tus secretos,
Y menos entendidos
Cuanto de mi con mas dolor sentidos.
»No pienses que apetezco
La vida amarga que gozar me dejas;
Que aunque vivo parezco,
Solo viven en mí mis justas quejas;
Y si mas me concedes,
Muerte será; que vida dar no puedes;
»Pero si lo parece,
Dada por mano tuya no la quiero;
De grado Arcicio ofrece
La suya al golpe de tu brazo fiero.
Si puedes ser piadosa,
Sélo siendo conmigo rigurosa;
»Pero cánsome en vano;
Que si en llamarte por mi bien me empleo,
Tu poco cortés mano
Hará el tiro al revés de mi deseo;
Que al que huye destruyes,
Y del cuidado, que te busca, huyes.
»Seráme necesario
Al trocado contigo armar el fuego,
Pues haces lo contrario
De mi tan justo cuan humilde ruego;
Pido que te detengas;
Quizá vendrás diciendo que no vengas.
»Sin causa me detengo
Si aplico leña al fuego que me quema.
¡Triste, que ya no tengo
Ni bien que espere ni dolor que tema!
Cierto es el desengaño
Que quien no espera bien no tema el daño.
»Tú ¡oh celestial teatro!
Y vosotras, estrellas, sabidoras
De nuestro limpio trato,
Habeis sido testigos que á las horas
Que Febo está en oriente
O ya traspuesto dora el occidente,
»Cuando la noche oscura
Al mundo hace acostumbrado ultraje,
La amarilla figura
Del caro amigo en desusado traje
Ante mí se presenta,
Con que las fuerzas al dolor aumenta;
»Y aun el pasado dia,
¡A cuántos esto ¡ay triste! ha sucedido!
Soñaba que tenia
Presente al que ya lloro por perdido,
Y que con él hablando
Andaba, nuestros campos paseando.
»Con tal acaecimiento
Alegre estaba yo; mas la fortuna,
Que en caso de contento
No supo detenerse en cosa alguna,
Hizo mi pena cierta,
Huyendo el sueño por la ebúrnea puerta.
»Salté despavorido,
Y cual otra Lampecie congojada,
Que al hermano atrevido,
Faeton, con voz amarga y lastimada
Llamaba insanamente,
Orillas del Eridano inclemente;
»Así yo en este llano,
Turbando de las aves el reposo,
Llamaba el nombre en vano
De Tircerio, y con eco doloroso
Las selvas acudieron,
Y los montes *Tircerio* respondieron.
»¡Oh alma felice tanto
Cuanto es rabiosa mi crecida pena
Y sin igual quebranto,
Que en esta vega, de amargura llena,
Es la mas rica y grave
Que ha visto Bétis ni que el Tajo sabe!
»Pues de este trago esquivo
Saliste, cual la fénix, renovado,
Para Dios siempre vivo,
Segura de perder tan firme estado,
Ten ahora memoria
De quien celebra tu pasada historia;
»Porque en la mia de suerte
La perfeccion de la amistad se halla,
Que ni la dura muerte
Ni nueva voluntad podrá apartalla;
Antes mas cada dia
Lloraré tu perdida compañía.
»Los versos mal compuestos
De mi corto caudal y tosca pluma
Con honores funestos
Dedicaré á tu nombre en breve suma;
Que por solo este empleo
Codiciaré la lira de Tirteo.
»Será tu sepultura
De mí no pocas veces visitada,
Y con víctima pura
De mis humildes manos ofrendada,
Coronando mis sienes
De los cipreses que en tu campo tienes;
»Aunque por mas dichoso
Entre tantos trabajos me tuviera,
Si del dulce reposo
Que tú tienes, gozando yo estuviera,
Y no donde me dejas.»
Así dió fin á sus piadosas quejas;
Que con la pesadumbre
Del dolor grave se traspuso cuando
Febo, autor de la lumbre,
La altura de los montes va rayando;
Que de ellos alcanzado,
Al sueño entregó el cuerpo fatigado.

FIN DE LAS POESÍAS DE DON JUAN DE ARGUIJO.

POESIAS

DE

BALTASAR DEL ALCÁZAR.

JUICIOS CRITICOS.

DE DON JUAN DE JAUREGUI.

Los versos de Baltasar del Alcázar descubren tal gracia y sutileza, que no solo lo juzgo superior á todos, sino entre todos singular, porque no vemos otro que haya seguido lo particularísimo de aquella suerte de escribir. Suelen los que escriben donaires, por lograr alguno, perder muchas palabras; mas este solo autor usa lo festivo y gracioso mas cultivado que las veras de Horacio. No sé que consiguiese Marcial salir tan corregido y limpio de sus epigramas. Y lo que mas admira es, que á veces con sencilla sentencia ó ninguna hace sabroso plato de lo mas frio, y labra en sus burlas un estilo tan torneado, que solo el rodar de sus versos tiene donaire, y con lo mas descuidado despierta el gusto. En fin, su modo de componer, así como no se deja imitar, apenas se acierta á descubrir.

DE FRANCISCO PACHECO.

Las cosas que hizo este ilustre varon viven por mi solicitud y diligencia; porque siempre que le visitaba, escribia algo de lo que tenia guardado en el tesoro de su felice memoria. Pero entre tantos sonetos, epístolas, epigramas y cosas de donaire, la *Cena jocosa* es una de las mas lucidas obras que compuso, y el *Eco*, de lo mas trabajoso y artificioso que hay en nuestra lengua.

POESÍAS

DE BALTASAR DEL ALCAZAR.

COMPOSICIONES VARIAS.

SU MODO DE VIVIR EN LA VEJEZ.

Deseais, señor Sarmiento,
Saber en estos mis años,
Sujetos á tantos daños,
Cómo me porto y sustento.
Yo os lo diré en brevedad,
Porque la historia es bien breve,
Y el daros gusto se os debe
Con toda puntualidad.
Salido el sol por oriente,
De rayos acompañado,
Me dan un huevo pasado
Por agua, blando y caliente,
Con dos tragos del que suelo
Llamar yo néctar divino,
Y á quien otros llaman vino
Porque nos vino del cielo.
Cuando el luminoso vaso
Toca en la meridional,
Distando por un igual
Del oriente y del ocaso,
Me dan asada y cocida
De una gruesa y gentil ave,
Con tres veces del suave
Licor que alegra la vida.
Despues que cayendo viene
A dar en el mar hesperio,
Desamparando el imperio
Que en este horizonte tiene,
Me suelen dar á comer
Tostadas en vino mulso,
Que el enflaquecido pulso
Restituyen á su sér.
Luego me cierran la puerta,
Yo me entrego al dulce sueño;
Dormido soy de otro dueño,
No sé de mí nueva cierta.
Hasta que habiendo sol nuevo,
Me cuentan cómo he dormido;
Y así, de nuevo les pido
Que me dén néctar y huevo.
Ser vieja la casa es esto,
Veo que se va cayendo;
Voile puntales poniendo,
Porque no caiga tan presto.
Mas todo es vano artificio;
Presto me dicen mis males
Que han de faltar los puntales
Y allanarse el edificio.

SECRETO PARA CONCILIAR Y SACUDIR EL SUEÑO.

No es el sueño cierto lance;
Variedades tiene el sueño (1);
Ya lo alcanza presto el dueño,
Ya no puede dalle alcance.
Este tan vario accidente
Suele á veces dar disgusto;
Yo le corrijo y ajusto
Con el aviso siguiente:
Cuando el sueño se detiene
Rezo por poder pasar (2),
Y en comenzando á rezar,
En el mismo punto viene.
Si carga mas que debia,
Pienso en las deudas que debo,
Y el sueño huye de nuevo,
Como la sombra del dia.
Ved el áspero y cruel
Cuán manso vuelve al oficio,
Y con cuán poco artificio
Hago lo que quiero de él,
Con tanta puntualidad,
Que como galan y dama,
Tenemos á mesa y cama
Perpetua conformidad.
Revelóme este secreto
Una vieja de Antequera,
Que desde la vez primera
Hizo verdadero efeto.
Y así, por larga experiencia
He venido á conocer
Que con rezar y deber
Se repara esta dolencia.

(1) Sus caprichos tiene el sueño.

EPIGRAMA PRIMERO.

En un muladar un dia
Cierta vieja sevillana,
Buscando trapos y lana,
Su ordinaria granjeria,
Acaso vino á hallarse
Un pedazo de un espejo,
Y con un trapillo viejo
Lo limpió para mirarse.
Viendo en él aquellas feas
Quijadas de desconsuelo,
Dando con él en el suelo,
Le dijo: «Maldito seas.»

UNA CENA (3).

En Jaen, donde resido,
Vive don Lope de Sosa,
Y diréte, Inés, la cosa
Mas brava de él que has oido.
Tenia este caballero
Un criado portugués...

(2) Rezo para reposar.

(3) Sedano publicó del modo siguiente esta poesia; yo sigo el texto de Fernandez.

En Ronda, donde resido,
Mora don Diego de Sosa,
Y diréte, Inés, la cosa
Mas brava de él que has oido:
Tenia este caballero
Un criado portugués...
Pero cenemos, Inés,
Si te parece, primero.

Pero cenemos, Inés,
Si te parece, primero.
La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de cenar junto,
Las tazas del vino á punto,
Falta comenzar la fiesta.
Comience el vinillo nuevo,
Y échole la bendicion;
Yo tengo por devocion
De santiguar lo que bebo.
Franco fué, Inés, este toque;
Pero arrójame la bota,
Vale un florin cada gota
De aqueste vinillo aloque.
¿De qué taberna se trajo?
Ma ya... de la del Castillo;
Diez y seis vale el cuartillo;
No tiene vino mas bajo.
Por nuestro Señor, que es mina
La taberna de Alcocer;
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.
Si es ó no invencion moderna,
Vive Dios, que no lo sé,
Pero delicada fué
La invencion de la taberna;
Porque allí llego sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Midenlo, dánmelo, bebo,
Págolo y voime contento.
Esto, Inés, ello se alaba,
No es menester alaballo;
Solo una falta le hallo,
Que con la priesa se acaba.
La ensalada y salpicon
Hizo fin; ¿qué viene ahora?
La morcilla, ¡oh gran señora,
Digna de veneracion!
¡Qué oronda viene y qué bella!
¡Qué través y enjundia tiene!
Paréceme, Inés, que viene
Para que demos en ella.
Pues sus, encójase y entre;
Que es algo estrecho el camino.

La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de comer junto,
Y el vino y tazas á punto;
Pues comiéncese la fiesta.
Rebana pan; bueno está;
La ensaladilla es del cielo,
¿Y el salpicon y el ajuelo,
No miras qué tufo da?
Esto, Inés, ello se alaba,
No es menester alaballo;
Sola una falta le hallo:
Que con la priesa se acaba.
Echa vino, y por tu vida,
Que le dés tu bendicion;
Yo tengo por devocion
De santiguar la bebida.
Bueno fué, Inés, este toque,
Franco fué; mas yo ¿qué hago?
Vale un florin cada trago
De aqueste vinillo aloque.
La taberna de la esquina
Le suele á veces vender;
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.
Echa otra vez, serán dos,
Ya que la cosa va rota;
¿Quién de él tuviera una bota
Para mas servir á Dios?
La ensalada y salpicon
Hizo fin; ¿quién viene agora?
La morcilla, ¡oh gran señora,
Digna de veneracion!
¡Qué oronda sale y qué bella!
Qué bizarro garbo tiene!
Yo sospecho, Inés, que viene
Para que demos en ella.
Pues sus, encójase y entre;
Que sale angosto el camino,
No eches agua, Inés, al vino;
No se escandalice el vientre.

No eches agua, Inés, al vino;
No se escandalice el vientre.
Echa de lo tras añejo,
Porque con mas gusto comas;
Dios te guarde, que así tomas,
Como sabia, mi consejo.
Mas di, ¿no adoras y precias
La morcilla ilustre y rica?
¡Cómo la traidora pica!
Tal debe tener especias.
¡Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
Y asada por esas manos,
Echas á cebar lechones.
El corazon me revienta
De placer; no sé de tí,
¿Cómo te va? Yo por mí
Sospecho que estás contenta.
Alegre estoy, vive Dios;
Mas oye un punto sutil,
¿No pusiste allí un candil?
¿Cómo me parecen dos?
Pero son preguntas viles;
Ya sé lo que puede ser:
Con este negro beber
Se acrecientan los candiles.
Probemos lo del pichel,
Alto licor celestial;
No es el aloquillo tal,
Ni tiene qué ver con él.
¡Qué suavidad! qué clareza!
Qué rancio gusto y olor!
Qué paladar! qué color!
¡Todo con tanta fineza!
Mas el queso sale á plaza,
La moradilla va entrando,
Y ambos vienen preguntando
Por el pichel y la taza.
Prueba el queso, que es extremo,
El de Pinto no le iguala;
Pues la aceituna no es mala,
Bien puede bogar su remo.
Haz pues, Inés, lo que sueles,

Ande apriesa el tras añejo,
Porque con mas gusto comas;
Dios te guarde, que así tomas,
Como sabia, el buen consejo.
Mas di, ¿no adoras y precias
La morcilla ilustre y rica?
¡Como la traidora pica!
Tal debe de estar de especias.
¡Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
Y asada por esas manos,
Hechas á cebar lechones.
¡Vive Dios, que se podia
Poner al lado del Rey!
Al fin puerco á toda ley,
Que hinche tripa vacía.
Probemos lo del pichel,
Alto licor celestial;
No es el aloquillo tal,
Ni tiene qué ver con él.
¡Qué suavidad, qué clareza!
Qué cuerpo rancio y olor!
Qué paladar, qué color!
¡Todo con tanta fineza!
El corazon me revienta
De placer, y á tí te veo
Muerta de risa; yo creo
Que debes de estar contenta.
Mas el queso sale á plaza,
La moradilla va entrando,
Y ambos vienen preguntando
Por el pichel y la taza.
Prueba el queso, que es extremo;
El de Pinto no le iguala,
Y la aceituna no es mala;
Bien puede bogar su remo.
Pues haz, Inés, lo que sueles;
Dame de la bota llena;
Bebamos, hecha es la cena;
Levántense los manteles.
Ya, Inés, que habemos cenado, etc.

Daca de la bota llena
Seis tragos; hecha es la cena,
Levántense los manteles.
Ya que, Inés, hemos cenado
Tan bien y con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.
Pues sabrás, Inés hermana,
Que el portugués cayó enfermo...
Las once dan, yo me duermo;
Quédese para mañana.

DIALOGO ENTRE UN GALAN Y EL ECO.

GALAN. En este lugar me vide
Cuando de mi amor partí;
Quisiera saber de mi,
Si mi suerte no lo impide.

ECO. Pide.

GALAN. Temo novedad ó trueco,
Que es fruto de una partida;
Mas ¿quién me dice que pida
Con un término tan seco?

ECO. Eco.

GALAN. ¿La que siguió con tal priesa
Las pisadas de Narciso?
La que por Jupiter quiso
Ser contra Juno traviesa?

ECO. Esa.

GALAN. ¿Qué andas por aquí buscando,
Bella ninfa? ¿Es á tu amor,
O vencida del dolor,
Andas tus males llorando?

ECO. Ando.

GALAN. Así Narciso te vea
Con mas piedad que solia,
Que informes al alma mia
De las cosas que desea.

ECO. Sea.

GALAN. Respóndeme pues del cerro
Cavernoso: ¿haberme ido
Fué yerro, no habiendo sido
Necesario mi destierro?

ECO. Yerro.

GALAN. Hora debió ser menguada,
Donde reinó el interés;
La lealtad y fe de Inés
¿Qué han medrado en mi jornada?

ECO. Nada.

GALAN. El caso va descubierto,
Algun desconcierto ha hecho;
¿Es cierto lo que sospecho
De haber hecho desconcierto?

ECO. Cierto.

GALAN. ¿Vístele romper el hilo
Que anudó nuestra amistad?
No quieras con liviandad
Hacerme cera y pavilo.

ECO. Vilo.

GALAN. A vilo no hay que dudarse,
Yo te doy entera fe;
Mas lo que viste ¿qué fué?
¿Fué olvidarme ó fué mudarse?

ECO. Darse.

GALAN. ¡Qué, en tales trances y puntos
Inés con otro se halla!
Di cómo los viste, y calla
Las circunstancias y adjuntos.

ECO. Juntos.

GALAN. Ella fué nave sin lastre,
Que dió conmigo al través;
Y ¿de qué calidad es
El autor de mi desastre?

ECO. Sastre.

GALAN. Mira no se lo levantes;
Antes que la conociese
Pudo ser que sastre fuese,
Mas no en tiempos semejantes.

ECO. Antes.

GALAN. Pues ya no usando el oficio,
Que mucho es que se engañase,
¿Quién la obligó á que olvidase
Mi tierno amor y servicio?

ECO. Vicio.

GALAN. Acaba de resumirte;
De este vicio y perdicion,
¿Cuál fué la cierta ocasion?
Que tenga yo que servirte.

ECO. Irte.

GALAN. Pues presto vine, mas tarde
Para corazon tan vario;
¿Quiere bien á mi contrario?
Dímelo, así Dios te guarde.

ECO. Arde.

GALAN. Arda, pues tan poco valgo,
Que dejo arder esos fuegos;
¿Resistió mucho á los ruegos
De ese venturoso hidalgo?

ECO. Algo.

GALAN. ¿Las amorosas porfías
Y recaudos importunos
Duraron meses algunos?
Dilo, pues que lo entendiste.

ECO. Dias.

GALAN. La paga parece breve;
Y pues que lo redujeron
A dias, di cuántos fueron,
Aunque mi mal se renueve.

ECO. Nueve.

GALAN. Corta en palabras anduvo,
Propiedad de vizcaínos;
Y ¿hubo acaso en los vecinos
Quien tanta ventura tuvo?

ECO. Hubo.

GALAN. Pues á propósito llega,
Dime el nombre sin tardanza
De aquel que el mar en bonanza
Y el viento á popa navega.

ECO. Vega.

GALAN. Primero que me partiese
Tuve yo del mal espina;
No es Vega, junto á la esquina,
Con quien tuve el interese.

ECO. Ese.

GALAN. Que cometió aquel delito
Que todos saben del trigo,
Por quien le vino el castigo
Que en flor lo dejó marchito.

ECO. Chito.

GALAN. ¿Que calle? Donosa estás.
¿No fué público el engaño,
Y él no me ha hecho mas daño
Que yo le haré jamás?

ECO. Mas.

GALAN. Al fin su amor fué al desgaire;
Debió ser, porque en efeto
Cuanto le dí fué un soneto
Y otros versos de donaire.

ECO. Aire.

GALAN. Yo se los dí por dinero
De mas valor y provecho;

Mas ¿qué son versos en pecho
Sin amor, hecho de acero?

ECO. Cero.

GALAN. Por experiencia lo vi,
Que realmente en mis amores
Codició fruto, y no flores;
¿Tú no lo entendiste así?

ECO. Sí.

GALAN. ¡Cómo la ingrata olvidó
Lo que mostraba estimar!
Y él ¿de qué ardid supo usar,
Que tan presto la rindió?

ECO. Dió.

GALAN. Acertó, y es el decoro
Que ha de guardar el que ama;
Pero ¿qué le dió á la dama
Que tan sin término adoro?

ECO. Oro.

GALAN. Artillería es que expugna
La mayor fuerza de amor;
Y ¿hubo á caso en su favor
Del galan tercera alguna?

ECO. Una.

GALAN. Dígolo porque esta allana
Cualquier duda y la atropella;
Bien sé que fué hermana de ella,
Pero no sé cuál hermana.

ECO. Ana.

GALAN. Si alguna tercera hubiere,
Esa ha de ser, y otra no;
La madre ¿cómo calló,
Visto el deshonor que adquiere?

ECO. Quiere.

GALAN. Mis versos quisiera solos
Cobrar, pero no me atrevo;
¿Dióles al amante nuevo,
O por ventura escondiólos?

ECO. Diólos.

GALAN. ¡Que á tal cosa se dispuso
La desenvuelta muchacha!
¿Y él puso en los versos tacha,
Sabiendo quien los compuso.

ECO. Puso.

GALAN. Hallaríalos oscuros,
Versos inútiles, cojos,
Duros, bajos, y tan flojos,
Que se caen de maduros.

ECO. Duros.

GALAN. Bien sabe de cortesano;
¿No está llano que en blandura
Son sin igual, y en lisura,
Y en estilo castellano?

ECO. Llano.

GALAN. Pero el sugeto fué indino,
No me espanto; y la infiel
¿Vino á murmurar con él
Tambien del verso divino?

ECO. Vino.

GALAN. ¿Quién tan gran maldad hiciera
Por un amante segundo?
¿Cómo ha de llamalla el mundo
Cuando el caso se refiera?

ECO. Fiera.

GALAN. Poco es fiera, yo le hallo
Mejor nombre que le dén;
Mas calla, que yo tambien
Me corro de publicallo.

ECO. Callo.

GALAN. Que sufra yo una querella
Tan justa no quiera Dios,
Muera el uno de los dos;
¿Cuál será, di, ninfa bella?

ECO. Ella.

GALAN. ¿La palomilla sin hiel
Ha de morir? ¡ay dolor!
¿Cuál hallas tú que fué autor
De este delito cruel?

ECO. El.

GALAN. Pues muera, que yo no soy
De quien es bien que se alabe.
¿Cuándo quieres que le acabe?
Porque resoluto estoy.

ECO. Hoy.

GALAN. Mucha priesa es para mí;
Pero hoy no me determino;
Oye otro nuevo camino
Mejor del que yo entendí.

ECO. Di.

GALAN. Rematar este debate
Con muerte, hay Dios que lo vede,
Pues mátele Dios, que puede,
Y asegúrase el remate.

ECO. Mate.

GALAN. Si yo lo mato me pierdo,
Porque no hay caso escondido;
¿Qué te parece que ha sido
Todo este mi nuevo acuerdo?

ECO. Cuerdo.

GALAN. Viva lo que Dios mandare;
Solo me di lo que haga
Del sexo que así me estraga,
Para que mi mal repare.

ECO. Pare.

GALAN. ¿Cómo ha de parar un potro
Cerrero y desenfrenado?
Y ¿cuál amor hay criado
Que me haga olvidar este otro?

ECO. Otro.

GALAN. Ya te entiendo, y es exceso;
¿Quieres decir que procure
Nuevo amor, que el viejo cure
Por haber salido avieso?

ECO. Eso.

GALAN. No osaré intentar tal cosa,
Porque quizá es escapar
De una desventura, y dar
En otra mas peligrosa.

ECO. Osa.

GALAN. Y cuando me aventurara,
¿Qué dama fuera mejor
Para servir sin temor
Que con otro se mezclara?

ECO. Clara.

GALAN. De su madrastra he sabido
Que es bellísima y honrada,
Blanda, humilde y avisada;
Pero tiene un mal marido.

ECO. Ido.

GALAN. Ya sé que se fué á la guerra;
Mas hay quien le profetice,
Si no yerra el que lo dice,
Que será presto en la tierra.

ECO. Yerra.

GALAN. Quieres decir que mintió.
¿Al fin fin no ha de volver
A su casa y su mujer,
Como al partir lo ordenó?

ECO. No.

GALAN. Pues el mayor sobresalto
Me allanas, yo he de probar

Por tu consejo asaltar
Ese peligroso salto.

ECO. Alto.

GALAN. Que ya entiendo que lo manda
Quien la rueda mueve y guia;
Y siendo así, ninfa mia,
Yo me parto en la demanda.

ECO. Anda.

IMITACION DE UN APÓLOGO.

Quiso Mercurio saber,
Juzgándose sin segundo,
La estimacion que en el mundo
Su deidad pudo tener.
Y halló ser necesario
Para enterarse del hecho,
Irse á la tienda derecho
De un insigne estatuario.
En esto pues resumido,
Hizo al punto su viaje,
Mudando el divino traje
Para no ser conocido,
Sin mirar cuán fácil es
Al escarbar la gallina
Descubrir la aguda espina
Que le lastima los piés.
Vido llena la oficina
De tablas artificiosas,
Todas de dioses y diosas
De belleza peregrina.
Tambien vió la suya entre ellas,
Que á su parecer ultraja
Las demás con la ventaja
Que el sol hace á las estrellas.
Hallóse á todo presente
El artífice discreto,
Con quien el Dios inquieto
Tuvo el coloquio siguiente;
«Esta tabla principal
De Júpiter ¿cuánto vale?
—Esa de ordinario sale
Vendida en medio real.
¿Y esta de la diosa Juno
En qué se suele vender?
—Esta, por ser de mujer,
Suele venderse por uno.
¿Y esta del famoso dios
Mercurio en qué sueles dalla?
—De balde suele llevalla
Quien me compra esotras dos.»
Amargóle esta verdad,
Pero juzgo sin pasion
Que la propia estimacion
No suele dar calidad,
Y que los que mas están
Con su estimacion casados,
Solo tienen de estimados
Lo que los otros les dan

CANCION.

Pues el pago de mi fe,
Juana, es verme cual estoy,
Al rey de Francia me voy,
No me preguntes á qué.
Sufriendo las sinrazones
Que me hiciste, me han salido
Dos bultos tras el oido,
Que parecen lamparones.
Si lo son yo no lo sé;
Mas por la duda en que estoy
Al rey de Francia me voy,
No me preguntes á qué.
Si no fueras melindrosa
Pasara con buen gobierno,
Sin intentar sobre invierno
Jornada tan trabajosa;
Pero, como en ella esté
Tan cursado como estoy,
Al rey de Francia me voy,
No me preguntes á qué.

CANCION.

Tres cosas me tienen preso
De amores el corazon:
La bella Inés, el jamon (4)
Y berengenas con queso.
Esta Inés, amantes, es (5)
Quien tuvo en mí tal poder,
Que me hizo aborrecer
Todo lo que no era Inés.
Trájome un año sin seso,
Hasta que en una ocasion
Me dió á merendar jamon
Y berengenas con queso.
Fué de Inés la primer palma,
Pero ya júzgase mal
Entre todos ellos cuál
Tiene mas parte en mi alma.
En gusto, medida y peso
No le hallo distincion;
Ya quiero Inés, ya jamon,
Ya berengenas con queso.
Alega Inés su beldad,
El jamon que es de Aracena,
El queso y la berengena
La española antigüedad (6).
Y está tan en fiel el peso,
Que, juzgado sin pasion,
Todo es uno: Inés, jamon
Y berengenas con queso.
A lo menos este trato (7)
Destos mis nuevos amores
Hará que Ines sus favores
Me los venda mas barato,
Pues tendrá por contrapeso,
Si no hiciere la razon,
Una lonja de jamon
Y berengenas con queso.

SOBRE LOS CONSONANTES.

Quisiera la pena mia
Contártela, Juana, en verso;
Pero temo el fin diverso
De cómo yo lo querria;
Porque si en verso refiero
Mis cosas mas importantes,
Me fuerzan los consonantes
A decir lo que no quiero.
Ejemplo: Inés me provoca
A decir mil bienes della;
Si en verso la llamo bella,
Dice el consonante *loca;*
Y así, vengo á descubrir
Con término descompuesto,
Que es una loca, y no es esto
Lo que yo quiero decir.
Y si la alabo de aguda,
Y mas ardiente que fuego (8),
A la aguda dice luego
Su consonante *picuda.*
Y así la llamo en sustancia
Picuda quizá sin sello,
A lo menos sin querello,
Por solo la consonancia;
El verso en todo me impide,
Y podrán hacerme cargo
Que en la relacion me alargo
Mas de lo que el cuento pide;
Aunque puede haber descuento
Si el mentir no es excesivo,
Pues si miento en lo que escribo,
Por los consonantes miento.

(4) La dulce Inés, el jamon. — *Texto de Sedano.*
(5) Una Inés, amantes, es. — *Id.*
(6) Su andaluza antigüedad. — *Id.*
(7) Servirá este nuevo trato. — *Id.*
(8) Presta, ardiente como fuego.—*Texto de Fernandez.*

Demás desto, tengo duda
Que mi verso te contente,
Mirado menudamente,
Porque despuntas de aguda;
Y no siendo cual deseas,
Te fastidian versos malos,
Y será darte de palos
Obligarte á que los leas.
Pues, Juana, si hago fiucia
De tratar contigo en prosa,
Tú eres limpia y melindrosa,
Y es mi prosa un poco sucia;
Porque por ser tan añejo
Ya en los años, suelo usar
En escribir y en hablar
Palabras del tiempo viejo;
Y la experiencia me avisa
Que no será maravilla
Que la esperada mancilla
La conviertas toda en risa;
Y así, si yo no me engaño,
Parecerá menos feo
Desamparar mi deseo
Que seguillo con mi daño.
Y de estas dificultades
Resulta, si bien lo miras,
Que en el verso irán mentiras,
Y en la prosa necedades.

CONSEJOS Á UNA VIUDA.

Deja el llanto y la tristeza,
Gloria de las Isabeles,
Que son verdugos crueles
De tus años y belleza.
La pérdida del marido
Considera que pasó,
Y el pasar no reparó
Cosa de lo ya perdido;
Y sustentar la herida
Siempre abierta del dolor
No promete bien mayor
Del que le das á tu vida;
Porque la tienen de suerte
Tus lágrimas y crueldad,
Que la luz de tu beldad
Se ha vuelto sombra de muerte.
Si quieres ver manifiesto
El ciego error en que estás,
Toma el espejo, y verás
El estado en que te ha puesto;
Porque visto el daño, espero,
Compadecida de ti,
Que recibirás de mí
Lo que aconsejarte quiero.
Deja el triste luto aparte,
Pon los alegres doseles,
Y arma la cama en que sueles
Con tu Adónis recrearte.
Ardan los ricos pebetes
Que en tus regalos consumes
Y usa de nuevos perfumes,
Y de varios ramilletes.
Cubre de perlas el cuello;
Da lustre á la tez hermosa,
Cobra tu color de rosa
Y esparce al viento el cabello.
Ponte la rica cintura
Con los curiosos zarcillos,
Los brazaletes y anillos
Adornen tu hermosura.
Haz ventana para ver
Los ratos desocupados,
Desvanece á los mirados
Si lo merecieren ser.
Tus ojos cojan y lleven
Las banderas y despojos
De las almas y los ojos
De los que á verte se atreven.
La arpa ya olvidada encuerda,
Tañe y canta letra mia,
Pues que tu dulce armonía
Con la del cielo concuerda.
Bebe clarete, que quita
Melancolías y alegra;
Di luego mal de tu suegra,
Y ande la risa y la grita.
Recibe á brazos abiertos
Cualquier placer que viniere;
Si Vénus algo pidiere,
No te acuerdes de los muertos;
Porque en cualquiera razon
Que madama se declara,
Mas vale vergüenza en cara
Que mancilla en corazon.
Tus afligidas doncellas,
Que ya no se lo desean,
Ten por bien que no lo sean;
Serás adorada de ellas.
Y en satisfaccion y á cuenta
De un hecho tan cortesano,
Te darán ripio á la mano
Para que vivas contenta.
Ande pues tu planta bella
Siempre verde y regalada,
De contentos cultivada
Por el fruto que habrás della;
Y así vivirás ufana
Largo tiempo, y al fin dél
Podrás usar, Isabel,
El oficio de Diana.

EPIGRAMA II.

Magdalena me picó
Con un alfiler un dedo (9);
Díjele, picado, quedo,
Pero ya lo estaba yo.
Rióse, y con su cordura
Acudió al remedio presto;
Chupome el dedo, y con esto
Sané de la picadura.

III (10).

Mostróme Inés por retrato
De su belleza los piés;
Yo le dije: «Eso es, Inés,
Buscar cinco piés al gato.»
Rióse; y como eran bellos,
Y ella por extremo bella,
Arremetí por cojella,
Y escapóseme por ellos.

EL PINTOR PROTÓGENES (11).

Intentó con osadía
Protógenes los pinceles
Vencer y el arte de Apéles
Y su ufana valentía;
Para lo cual sabiamente
De la Grecia las mas bellas
Y aquestas cinco doncellas
Buscó y halló diligente.
Del ornato las despoja,
Y libres de compostura,
Descubrió su hermosura,
Sin dejarles ni una hoja.
Contemplaba su belleza
Y admiraba cada parte,
Atendiendo siempre al arte,
Nunca á la naturaleza.

(9) Con un alfiler el dedo. — *Texto de Espinosa.*
(10) *Flores de poetas ilustres.*
(11) Segun dicen otros autores, este caso fué de Cénsis. Trae estos versos Pacheco en su *Arte de la pintura*, diciendo: «Galanamente pintó este caso (aunque atribuido á Protógenes) don Melchor del Alcázar, florido ingenio sevillano, que murió en la corte, de treinta y siete años, el de 1627, en estas coplas castellanas.» Como se ve, los versos del texto fueron obra de Melchor, hermano de Baltasar.

La gracia y color sacó
De esta, y la parte mas bella
Y artificiosa de aquella,
Y una imágen acabó,
Tal que á Vénus, que el hermoso
Velo estrellado oscurece,
Por trasunto se la ofrece
De Apéles vitorioso;
Pero si atrevido osara
Hoy la luz de mi cuidado
Retratar, della abrasado,
Tabla y pincel arrojara;
Y de sus rayos vencido,
Ufano de padecer,
No cuidara de vencer,
Cuidara de ser vencido.

FRAGMENTO DE UN ELOGIO AL RETRATO DE FRANCISCO PACHECO, PINTADO POR ESTE MISMO (12).

Allí sujetó la idea
De su arte no vencida,
Deseada, mas no habida
Jamás de quien la desea;
Y él, glorioso de tenella,
Con ingenio soberano
Va sacando de su mano
Divinos traslados della;
Y así, no es de humano intento
Lo que Pacheco nos pinta;
De otra materia es distinta,
De celestial fundamento,
Pues con destreza invencible
Lo que es espiritual,
Dándole retrato igual,
Le forma cuerpo visible.

EPIGRAMA IV (13).

Revelóme ayer Luisa
Un caso bien de reir;
Quiérotelo, Inés, decir
Porque te caigas de risa:
Has de saber que su tia ..
No puedo de risa, Inés;
Quiero reirme, y despues
Lo diré, cuando me ria.

V (14).

Donde el sacro Bétis baña
Con manso curso la tierra
Que entre sus muros encierra
Toda la gloria de España,
Reside Inés la graciosa,
La del dorado cabello;
Pero ¿á mi qué me va en ello?
Maldita de Dios la cosa.

MADRIGAL (15).

Dejó la venda, el arco y el aljaba
El lascivo rapaz, ¡donosa cosa!
Por coger una bella mariposa
Que por el aire andaba.
Magdalena la ninfa, que miraba
Su descuido, hurtóle
Las armas y dejóle
En el hermoso prado,
Como á muchacho hobo y descuidado.
Ya de hoy mas no da Amor gloria ni pena;
Que el verdadero amor es Magdalena.

(12) Hállanse en el *Arte de la pintura* de Pacheco, precedidos de estas palabras: «Con mucha gracia explicó esto Baltasar del Alcázar en tas coplas castellanas del elogio que hizo á mi retrato.»
(13) *Flores de poetas ilustres.*
(14) Id., id.
(15) Coleccion de Sedano, tomo ix.

ODA (16).

Al amor.

Suelta la venda, sucio y asqueroso,
Lava los ojos llenos de legañas,
Cubre las carnes y lugares feos,
Hijo de Vénus.
Deja las alas, las doradas flechas,
Arco y aljaba y el ardiente fuego,
Para que en falta tuya lo gobierne
Hombre de seso.
Cuando tu madre se sintiere de esto
Puedes decille que como á muchacho
Loco, atrevido, vano, antojadizo,
No te queremos;
Y que pues tiene de quien ella sabe
Mil cupidillos, que nos dé, de tantos,
Uno que rija su amoroso imperio,
Menos infame.
Tú, miserable, viéndote sin honra,
Vuélvete á casa de tu bella madre,
Porque te vista; que andas deshonesto,
Pícaro hecho.
Ponlo por obra, porque no me hagas
Que ande el azote; mas, si no me engaño,
De estos azotes y aun de mí te ries,
Fiero tirano.

LETRILLA PRIMERA (17).

De la dama que da luego,
Sin decir «vuelva á la tarde»,
Dios os guarde.

De la que á nadie despide,
Y al que le pide á las nueve,
A las diez ya no le debe
Nada de lo que le pide;
De la que así se comide,
Como si no hubiese tarde,
Dios os guarde.

De la que no da esperanza,
Porque no consiente medio
Entre esperanza y remedio,
Que el uno al otro se alcanza;
De quien desde su crianza
Siempre aborreció dar tarde,
Dios os guarde.

De la que en tal punto está,
Que de todo se adolece,
Y al que no le pide ofrece
Lo que al que le pide da;
De quien dice al que se va
Sin pedirle que es cobarde,
Dios os guarde.

De la que forma querella
De quien en su tierna edad
Le impidió la caridad
Y los ejercicios de ella;
De la que si fué doncella
No se acuerda, por ser tarde,
Dios os guarde.

II (18).

Si te casas con Juan Perez,
¿Qué mas quieres?

Si te trae del mercadillo
Saya y manto de soplillo,
Y un don para el colodrillo,
Prendido con alfileres,
¿Qué mas quieres?

(16) Coleccion de Sedano, tomo ix.
(17) Id., id.
(18) Id., id.

Si es de tan buena conciencia,
Que llevará con paciencia
Sobre cuernos penitencia
La vez que se los pusieres,
¿Qué mas quieres?

Si te permite que veas
Y goces lo que deseas,
Y al fin, pasa porque seas
La peor de las mujeres,
¿Qué mas quieres?

Si para tu condicion
Le deseas dormilon,
Y él duerme mas que un liron
Cuando menester lo hubieres,
¿Qué mas quieres?

Si el Juan Perez es de hechura
Que todo el año procura
Que todos por tu figura
Te hagan dos mil placeres,
¿Qué mas quieres?

EPIGRAMA VI (19).

Tiene Inés por su apetito
Dos puertas en su posada:
En una un hoyo á la entrada,
En otra colgado un pito.
Esto es avisar que cuando
Viniere alguno pidiendo,
Si ha de entrar, entre cayendo;
Si no cayendo, pitando.

EPIGRAMA VII (20).

Tu nariz, hermana Clara,
Ya vemos visiblemente
Que parte desde la frente;
No hay quién sepa dónde para.
Mas, puesto que no haya quién,
Por derivacion se saca
Que una cosa tan bellaca
No puede parar en bien.

DIÁLOGO ENTRE DOS PERRILLOS.

¿Cómo os llamais, gentil hombre?
— Zarpilla, Señor, me llamo.
— Pues ¿por qué? — Porque mi amo
Quiso ponerme este nombre.
—¿Quién sois ó de dónde ó cúyo?
— Gozquejo soy sevillano,
Y de un alcaide inhumano;
Que ojalá no fuera suyo.
— ¿Tan mal te va en tu posada?
¿Qué es esto de par del ojo?
— Si no lo habeis por enojo,
Sacóme una rebanada.
—¿De dónde, cómo ó por quién?
— Daré relacion cumplida
Del discurso de mi vida,
Para que lo entendais bien.
Yo, Señor, nací en Sevilla,
De padres gozques honrados,
Y entonces, por mis pecados,
No me llamaban Zarpilla.
Era un sastre á quien servia,
Y con los años aviesos
Vine á quedarme en los huesos,
De lo poco que comia.
Dióme despues un bellaco
En el pié con un ladrido.
Considerad un gozquillo
Hambriento, cojuelo y flaco.
Todo el dia echado al sol,
De tal manera me vi,
Que no diérades por mí
Lo que vale un caracol.
Viéndome en tan mala vida,
Acordé buscar señor
Que me tratase mejor
En esto de la comida.
Fuíme de mi amo el sastre,
Dí conmigo dondestoy,
Y cuán venturoso soy
Lo veréis en mi desastre.
Topé un señor de buen arte,
Que me quiso en pocos dias,
Puesto que mis monerías
Y donaires fueron parte.
La pasada vida estrecha
Y la codicia del pan
Me hacian ser truhan
Sin serlo de mi cosecha.
Daba saltos en el aire,
Triscaba por complacelle,
Y acertaron á caelle
Estas cosas en donaire,
Y con esto me hartaba.
Limpiéme, que estaba sucio,
Púseme tan gordo y lucio,
Que mil gozques me envidiaban.
Y estando así, sucedió
Que un gato, mi compañero,
Comió á mi amo un silguero,
Que privaba como yo.
Siendo mi amo informado
Del homicida cruel,
Quisiera vengarse de él,
Mas no quiso mi pecado.
No acertó donde él quisiera,
Ni donde quisiera yo;
Que de acertar, si acertó;
Que acertar nunca debiera.
Yo estaba en el otro cabo,
Y viendo el golpe venir,
Con el temor de morir,
Hice broquel de su rabo.
Fué tan bellaco el broquel,
Que lo rebanó por medio,
Y rebanó sin remedio
Cuanto abroquelé con él.
Llevóme el cruel ingrato
Lo que falta de esta pieza;
Y así pagó mi cabeza
Lo que hizo la del gato.

SONETOS

DIRIGIDOS Á GUTIERRE DE CETINA.

I.

Si subiera mi pluma tanto el vuelo,
Que al deseo igualara que la inclina
A celebrar, carísimo Cetina,
Cuanto bien sobre vos derrama el cielo,
Viérades, en honor del patrio suelo,
La clara fama que la rueda empina
Del gran hijo de Tétis, como indina,
Cubierta á vuestros piés de negro velo;
Mas ya que el hado le negó esta palma (21)
Al tardo ingenio, porque tal supuesto (22)
Pide mas alta (23), numerosa suma,
Yo os celebro, Señor, dentro mi alma,
Donde os veréis en aquel punto puesto
Do no llegó (24) el ingenio ni la pluma.

II.

Si el llanto, Febo, á tu deidad indino,
Que los desiertos tésalos (25) oian;
Si los ojos de amor que te hacian (26)

(19) Hállase en las *Flores de poetas ilustres.*
(20) *Flores de poetas ilustres.*

(21) Esta gloriosa palma.
(22) De alabaros me impide y el sugeto.
(23) Pide alabanzas de infinita.
(24) Habré de celebraros en mi alma.
(25) Campos tesálicos.
(26) Si los hermosos ojos que podian.

Quedar en este mundo (27) por vecino;
Si los rubios cabellos de oro fino,
Que con el fresco viento se esparcian;
Si aquellas blancas manos que tenian
Presa tu libertad, siendo divino,
Está ya oscurecido en tu memoria (28)
O por el tiempo ó grave inconveniente (29),
Vuelve á la vida tu amorosa historia (30);
Y honra de hoy mas tu lauro eternamente (31),
Pues le vemos ceñir con nueva gloria (32)
Del gran Cetina la ingeniosa frente (33).

ROMANCE.

El pastor mas triste
Que en el valle y sierra
Pace su ganado
La fragante yerba,
Con lágrimas dice
A la causa de ellas
Sus ansias mortales,
Que mucho le aquejan:
Morena bella,
Tóquete de mi fuego
Una centella.

Del alado dios
Un rayo te encienda,
Pues al de tus ojos
No hallo defensas,
Aunque para verte
En ceniza vuelva
Lo que mas deseo
Y menos deseas.
Morena bella, etc.

Me llamas, Belisa,
Mas falso que Enéas,
Y sin conocerme,
Por tal me condenas;
Si á otro cielo adoro,
Fálteme la tierra,
Y el de tu hermosura
Me falte en ausencia.
Morena bella, etc.

La luz de tu rostro,
Que mis ojos ciega,
Destierre del mio
Las tristes tinieblas;
Hasta que te ablandes
Crezcan mis endechas,
Crezcan mis suspiros,
Mis lágrimas crezcan.
Morena bella, etc.

Y que cuando caigan
De las altas sierras
Las escuras sombras
De la noche negra,
Hácia su majada
El pastor da vuelta,
Y en el monte y valle
El eco resuena,
Morena bella, etc.

REDONDILLAS.

Esclavo soy, pero cúyo
Eso no lo diré yo;
Que cuyo soy me mandó
Que no diga que soy suyo (34).

Cuyo soy jurado tiene
De ahorcarme si lo digo;
Líbreme Dios de un castigo
Que á tales términos viene.

¿Yo horro, siendo de un cuyo
Tal cual quien me cautivó?
Bien librado estaba yo
Si dijera que soy suyo.

Ando á ganar para mí;
Mas no quiero libertad;
Que esto de mi soledad
Por ser esclavo la dí.

Harto he dicho; pero cúyo
Puedo yo ser, eso no;
Dígalo quien me mandó
Que no diga que soy suyo.

Púsome en el alma un clavo
Su dulce nombre y la ese,
Porque ninguno pudiese
Saber de quién soy esclavo.

Quien quisiere saber cúyo
Lea donde se escribió,
Y verá quién me mandó
Que no diga que soy suyo.

Quiero al fin decir quién es,
Si no me lo estorba el miedo.
Soy de Inés... ¡Perdido quedo!
Señores, no soy de Inés.

Burlando estaba en el cúyo.
¡Mal haya quién me engañó!
No estaba en mi seso, no,
Si he dicho que soy suyo.

OTRAS.

Tengo la cabeza rota,
En esta cama tendido,
Del cruel dolor herido.
Que el médico llama gota.

Las horas que el sufrimiento
Con el alivio cobraba,
Eran que se preparaba
Para el futuro tormento.

Considerando mi mal
Y el que padece un amante,
Halléle tan semejante,
Y el martirio tan igual,

Que vengo á dar por sentencia,
Compadre mio y señor,
Que entre la gota y amor
No hay ninguna diferencia.

(27) Detenerte en el mundo.
(28) Si por el tiempo, robador del gusto.
(29) O por otro cualquier grave accidente.
(30) Ha hecho en tu memoria nuevo trueco.
(31) De hoy mas podrás honrar mas propiamente.
(32) Tu olvidado laurel, que es premio justo.
(33) De la ingeniosa frente de Pacheco.

Hállanse estos sonetos en la traduccion de la *Historia de la literatura española de Sismondi.* Van con las mismas variantes allí indicadas, por las cuales se ve que el segundo fué corregido y dedicado á Francisco Pacheco.

(34) El padre Benito Remigio Noydens, en la *Historia moral del dios Momo* (Madrid, 1666), dice: «El que se precia de buen ingenio tambien se precia de buen entendimiento. No escriba cosa que ofenda los oidos y manche el alma, que es bien de ponderar que há pocos años andaba un cantar profano que un poeta habia inventado, y era, como dicen los cortesanos, muy valido, y era este: «Esclavo soy, pero cúyo, etc.» Y sucedió que sacando un sacerdote los espíritus de una endemoniada, preguntó por curiosidad (que siempre se ha de huir en tales casos) al demonio qué sabia. Respondió que era músico. Hizo el sacerdote traer una vihuela, y de tal manera meneaba los dedos de la villana, que parecia el hombre mas diestro del mundo; y diciéndole que cantase, dijo:

Esclavo soy, pero el cúyo
No puedo negarlo yo,
Pues cuyo soy me mandó
Que dijese que era suyo,
Pues al infierno me envió.»

Bien merece glosa el cantar del demonio. Como se ve por esta cita del padre Noydens, el diablo tenia en lo antaño muy buen gusto literario, y era aficionado á los versos de Baltasar de Alcázar, hasta el punto de servirse de ellos para sus glosas y otras diabluras literarias. Esto siempre honra á nuestra literatura, pues aunque el aplauso de los malos no debe lisonjear mucho, sin embargo, aplauso es.

La gota generalmente
De un humor caliente empieza,
Que corre de la cabeza
Como de su propia fuente;

Así amor de fuego viene,
Que en la cabeza se cria
Cuando la encuentra vacía
Del seso que le conviene.

Si la gota quita el sueño,
La paciencia y el comer,
No es amor ni suele ser
Mas hidalgo con su dueño;

Y si el cuitado paciente
Ayes entona diversos,
El amador hace versos,
Que descubren lo que siente.

En las coyunturas duele
La gota con mas vigor,
Y en coyunturas amor
Hacer maravillas suele;

Y si suele dar en cama
La gota con el mas fuerte,
Amor de la misma suerte
Con el amante y su dama.

Cuando el mal al pié desciende
Y el dolor hiere sin tasa,
La sombra y aire que pasa
Todo lo agravia y ofende.

Así quien de veras ama
Tales celos forma y cria,
Que aun el aire no querria
Que le tocase á su dama.

Cuando la gota convida
A que echen la sangre fuera,
Al amante una tercera
Le chupa la sangre y vida.

Al gotoso en su dolor
Suelen por todas las vias
Aplicarle cosas frias
Que resistan el dolor;

Y aplicada de este modo
La nieve de larga ausencia
En la amorosa dolencia
Suele curarla del todo.

Al gotoso comunmente,
Cuando mas salud alcanza,
Si el tiempo hace mudanza,
Luego la salud lo siente;

Y al galan que sin razon
Su dama se le retira,
Luego veréis que suspira,
Y enferma del corazon.

Cuando la gota se ensaña,
Lo que mas es menester
Es la templanza en comer,
Porque todo exceso daña;

Y el galan no vale un cuarto,
Si lo da de comedor,
Porque en el juego de amor
Se suele morir de harto.

La gota curada en vano,
Viene el negocio á parar
Por un tiempo en cojear
Con un bordon en la mano;

Así amor por galardon
Regala con mal francés,
Y no se tiene en los piés
El galan sin su bordon.

Esto es, en resolucion,
Lo que me movió á tener
Un tan nuevo parecer:
Juzgad si tengo razon.

FIN DE LAS POESÍAS DE BALTASAR DEL ALCÁZAR.

POESÍAS

DEL DOCTOR JUAN DE SALINAS.

COMPOSICIONES VARIAS.

EPITAFIO Á UN JABALÍ QUE MATÓ LA DUQUESA DE OSUNA, QUE FUÉ HERMOSÍSIMA SEÑORA.

Un jabalí yace aquí,
Muerto por una deidad;
Muriera de vanidad
Otra vez á estar en sí.
No fué solo el jabalí
El muerto; que no hallarás
Caminante que jamás
Quede en la selva con vida;
Que este murió de la herida,
Y de envidia los demás.

CELEBRA EL DOCTOR UN TIRO QUE LA MISMA DUQUESA HIZO Á UNOS GORRIONES.

Belisa á cinco tiró
Gorriones, y á cuatro dellos
Antes con sus ojos bellos
Que con el tiro mató.
Él otro solo quedó,
Y luego se fué á un desierto,
Y sobre un peñasco yerto
Escribió el pico dorado:
«Aquí yace un desdichado
Que murió de no haber muerto.»

FINGE QUE UNA DAMA RECELA QUE SU AMANTE LA OLVIDASE EN AUSENCIA.

Pregunta. Viva Bras, aunque es partido;
Mas su fe buen siglo haya.
Respuesta. Aunque es partido Pelaya,
Seguro está tu partido;
Porque habiendo merecido
Ver tus bellos ojos Bras,
Que en matar dejan atrás
Los mas activos venenos,
Ni debe abatirse á menos
Ni puede aspirar á mas.

CELEBRA EL DOCTOR UN DICHO DEL PADRE MAESTRO FARFAN DE SAN AGUSTIN.

Determinaron echar
Un novicio que solia
A todos cuanto podia
De las celdas agarrar.
Viendo al padre lamentar,
Farfan en esta ocasion
Dijo con gran compasion:
«Todos lo hemos lamentado;
Que nos tenia robado
Hasta el mismo corazon.»

Á DOÑA ANA DE MENDOZA Y MELGAREJO, CUANDO TOMÓ EL HÁBITO DE RELIGIOSA EN EL CONVENTO DE SAN LEANDRO.

Mucho os pareceis, Señora,
A Dios en los atributos,
Pues dais de esas manos frutos
Que aun el pensarlos ignora.
Calificada está agora
En esta pródiga accion
Vuestra real condicion;
La mia pide que os dé,
Yo no sé, Señora, qué,
Si teneis mi corazon.

Á LA CRUZ Y TRIBULACION.

Los que me vieron en cruz
Mil parabienes me dén;
Que en la cruz está mi bien,
Pues mi bien está en la cruz.

Á UNA CONTEMPLACION QUE TENIA EL DOCTOR, Y DESEÁNDOLA, NO LA QUERIA LOGRAR.

SONETO.

Si desdicha en amor desdicha fuera,
Yo fuera mas que todos desdichado,
Pues siempre pretendí desesperado,
Porque nunca alcancé lo que quisiera;
Mas si dejar de amarte yo pudiera,
Al punto diera fin á mi cuidado,
Con la experiencia ya desengañado
De que mi amor sin fruto en vano espera.
Quisiera no quererte por gozarte;
Que es ya desdicha en mi haberte querido,
Pues si te gozo tengo de perderte.
No quiero bien si he de dejar de amarte;
Que el amarte no mas mi vida ha sido,
Y no quiero gozarte por perderte.

Á UNA DAMA QUE FINGIENDO DESCUIDO ENSEÑÓ LAS LIGAS AL DOCTOR.

Cubrid las ligas, amiga,
Sin meterme en tentacion;
Que no soy yo gorrion
Para que me armeis con liga.

Hallaisme ya tan de paz
Y tan templado á los viejos,
Que no bastan rapacejos
Para tornarme rapaz.
No espereis á que os lo diga
Por segunda monicion;
Que no soy yo gorrion
Para que me armeis con liga.

La receta que os parece
Que ha de ponerme osadía
Es rosa de Alejandría,
Que me estraga y enflaquece.
Acabad de echar, amiga,
A la jaula el pabellon,
Que no soy yo gorrion
Para que me armeis con liga.

Aunque puede en la refriega
Armar la liga morada,
No es de la liga esta armada,
Ni contra el turco navega.
No penseis que me perdiga
Tan moderada ocasion;
Que no soy yo gorrion
Para que me armeis con liga.

Á UN CLÉRIGO QUE NO QUISO PRESTAR AL DOCTOR LA MULA, Y ERA MUY PUERCO.

Cierto abad de Cantillana,
Tan viejo como guardoso
(Dejo aparte lo asqueroso,
Que eso dirá la sotana),
Su mulilla rabicana
Jamás la quiso prestar,
Verificando á la par
Con evidencias notorias
En sí dos contradictorias:
No dar mula y muladar.

Á UN FRAILE VIEJO, MENTIROSO Y FALTO DE DIENTES.

Vuestra dentadura poca
Dice vuestra mucha edad,
Y es la primera verdad
Que se ha visto en vuestra boca.

Á UNA HECHURA DE UN SANTO CRISTO DE CERA.

Pecador, que estás temblando
De mi justicia severa,
Llégate; que soy de cera
Y fácilmente me ablando.

EPITAFIO Á DOÑA LUISA MALDONADO, MUJER QUE FUÉ DE DON FERNANDO MELGAREJO, Á QUIEN POR MAL NOMBRE LLAMABAN BARRABÁS.

Quien vivió con Barrabás
Yace en esta losa fria;
Que la vida que tenia
No pudo sufrirla mas;
Y así, nos queda el consuelo
En muerte tan á deshora,
Que, pues Barrabás la llora,
Sin duda que está en el cielo.

ROMANCE (1).

De amor con intercadencias,
Que es de linaje de pulsos
Que por momentos se mueve (2),
Y se para por minutos,
Abrenuncio.

De doncellas alcorzadas,
Que siendo plantas sin fruto,
Pretenden adoracion
Por lo blanco y por lo rubio,
Abrenuncio.

De terceras disonantes,
Que pegan en mí de agudo,
Teniéndome por tan necio,
Que no entiendo el contrapunto,
Abrenuncio.

De peticiones en tercio,
Hechas con traza y estudio,
Y dichas despues á versos,
Como salmos de nocturno,
Abrenuncio.

De damas que si os ofrecen
Medio cornado de gusto,
A fuer de la vida eterna
Esperan ciento por uno,
Abrenuncio.

De aficiones repartidas
Mas que pecho ni tributo,
Que en admitir variedades
Son el arca del diluvio,
Abrenuncio.

De reinas en cuyas cortes,
Sin guardar á nadie el turno,
Habla, si es rico, Toledo,
Y calla, si es pobre, Búrgos,
Abrenuncio.

De tablas de malos léjos,
Damas que aunque quieran mucho
Hacen las mismas obsequias
Al ausente que al difunto (3),
Abrenuncio.

De las que no se enternecen
No siendo de oros el triunfo,
Si les tañen mas guitarras
Que fueron contra el Maluco,
Abrenuncio.

De poetas que no escriben
Sino Apolo el rubicundo,
Y por mas soles que gastan,
No deja de hacer oscuro,
Abrenuncio.

De tiples que meten letra,
Y dan tan bajos los puntos,
Que podian ser polilla
Del serrallo del Gran Turco,
Abrenuncio.

(1) Este romance ha corrido hasta ahora impreso como de don Luis de Góngora. En el códice de las *Obras del doctor Juan de Salinas* se lee:

«En las obras de don Luis de Góngora, que recogió é imprimió don Gonzalo de Hoces y Córdoba el año de 1633, pusieron el romance que comienza *De amor con intercadencias*, y lo hizo el doctor SALINAS, el cual, viéndolo en la dicha impresion, hizo esta:

Delito á mis ojos es,
No de los menos atroces,
Entrarse violentas hoces
En ajena y pobre mies;
Estas mis querellas pues
Aunque en metáfora van,
Por ventura sacarán
Algun *miserere mei*,
Como al adúltero rey
La conseja de Natan.

Hijo ingrato, así disfamas,
En pobres paños nacido,
A tus padres, y engreido,
A caballero te llamas.
El festivo entre las damas
Ya en soledades se ve,
Do no huella humano pié;
O yo no alcanzo el misterio,
O me cometió adulterio
La musa con quien casé.»

(2) *Que por momentos aguija*, dicen otras ediciones.

(3) En muchas ediciones se lee:

Al presente que al difunto.

De cascos desvanecidos,
Bonetes que tienen humos
De nuncios del Padre Santo,
Pudiendo estar en el Nuncio,
Abrenuncio.

De fanfarrones del ampa,
Que pretenden, por lo rufo,
Dar á las damas en votos
Lo que ellas quieren en juros,
Abrenuncio.

De varas que al primer toque,
Cual de otro Moisen segundo,
Sacan arroyos de plata
De los peñascos mas duros,
Abrenuncio.

De discretos putativos
En el aplauso del vulgo,
Que por mas que anden compuestos,
Son simples en todo el mundo,
Abrenuncio.

De buenas caras al olio,
Que á pura fuerza del unto
Piensan dejar encubiertos
Los defectos del dibujo,
Abrenuncio.

De otras mil cosas que veo
En estos siglos caducos,
Que las he por expresadas,
Y de mí porque las sufro,
Abrenuncio.

Á DOÑA MANUELA DEL ALCÁZAR, CUANDO NIÑA SE PUSO CHAPINES LA PRIMERA VEZ, Y ERA HERMOSÍSIMA.

Peces que á vuestro albedrío
En deleitoso país
Por el seno discurris
Deste claro y manso río,
Huid por consejo mio
Del corvo anzuelo á la mar;
Que á Filis vi preparar,
Famosa en la pesquería,
El corcho que no tenia
En su caña de pescar.
Guarte, Gil, de entre esos riscos
De una zagala en chapines,
Como dos mil serafines,
Como dos mil basiliscos.
Cien mil arcos berberiscos
Con bélicas algazaras
No matizan tantas jaras
De vivos esmaltes rojos,
Como un flechar de sus ojos.
¡Ay de tí, si lo miraras!

DECIMAS.

EN ALABANZA DE LA ROSA EN COMPETENCIA DEL JAZMIN.

El que eligió en el jardin
El jazmin no fué discreto,
Que no tiene olor perfeto
Si se marchita el jazmin;
Mas la rosa hasta su fin,
Porque aun su morir se alabe,
Tiene olor mas dulce y suave,
Fragancia mas olorosa;
Luego mejor es la rosa,
Y el jazmin menos suave.
Tú, que rosa y jazmin ves,
Eliges la pompa breve
Del jazmin, fragante nieve
Que un soplo al céfiro es;
Mas conociendo despues
La altiva lisonja hermosa
De la rosa, cuidadosa
La antepondrás á mi amor;
Que es el jazmin poca flor,
Mucha fragancia la rosa.

ENVIÓ EL DOCTOR Á UNA RELIGIOSA UNAS PLUMAS PARA ESCRIBIR Y ARENILLA PARA LAS CARTAS.

Las plumas símbolo son
Del vuelo á que el alma santa
Fervorosa se levanta
En alta contemplacion;
Y porque en esa region
Cuando soplare violento
De la vanidad el viento
No os precipite y arrastre,
Las arenas son el lastre
Del propio conocimiento.

CONSOLANDO Á UNA PERSONA QUE PADECIA TRABAJOS.

No te amargues en lo fuerte
De tan duras extorsiones;
Que en su rigor te dispones
Para mas dichosa muerte,
Pues llegando á empobrecerte,
No habrá en las horas postreras
Ricas prendas lisonjeras
De que con dolor te acuerdes,
Turbando con lo que pierdes
El gozo de lo que esperas.

FIN DE LAS POESÍAS DE JUAN DE SALINAS.

POESIAS

DE PEDRO DE QUIRÓS.

COMPOSICIONES VARIAS.

SONETO PRIMERO.

A Itálica.

Itálica, ¿dó estás? Tu lozanía
Rendida yace al peso de los años.
¿Quién á la luz que dan tus desengaños
En la sombra veloz del tiempo fia?
Cedió tu pompa á la fatal porfía
De tirana ambicion de los extraños;
Mas hízote el ejemplo de tus daños
Libro de sabios, de ignorantes guia.
Mal dije; no humilló tus torres claras
Tiempo ni emulacion con manos fieras;
Que, á resistirte, de los dos triunfaras.
Tu morir fué deber; que si hoy vivieras,
Ni á tus héroes mas triunfos les hallaras,
Ni del mundo en el ámbito cupieras.

II.

Al último duque de Alcalá.

El coronado yelmo, el real escudo,
Primor que admiras del cincel valiente,
De esta urna de pórfido luciente
Lengua es que rompe su silencio mudo.
Sellado el mármol ocultar no pudo
Tanto sol retirado al occidente;
Que sus glorias la fama reverente
En bronce graba con buril agudo.
Alma del tiempo es esta pira grave,
Que al postrimer Afan le da reposo,
Cuyo nombre en su fama apenas cabe;
Su fama, que es el triunfo mas glorioso
Que á la inmortalidad torció la llave;
Deidad, le veneró Marte dichoso.

III.

A una perla, alusion á la Vírgen María.

Del cristalino piélago se atreve
Tal vez marina concha á la ribera,
Y el fulgor puro de la luz primera
Su seo, menor que su avaricia, bebe.
De la preciosa perla apenas debe
Quedar fecunda el alba lisonjera
Cuando al mar se retira, porque fuera
Ve los rayos del sol manchar su nieve.
En el mar de la gracia ¿quien no mira
Que eres ¡oh Vírgen! tú la perla pura
Por cuya luz aun la del sol suspira?
Mancha el sol de tu perla la blancura;
Mas que en ti no haya mancha ¿á quién admira,
Si aun al sol presta rayos tu hermosura?

IV.

¡Oh tú, cualquier que fueses, el primero
Que á verdes canas el enrubio diste,
Y rotos dientes con marfil supliste,
Seas pasto infeliz del Cancerbero!
Por tí, á pesar de casi un siglo entero
De años que tiene doña Guzmia, insiste
En que es niña, y del malo se reviste
Porque yo por sus rugas no me muero.
Niña dentipostiza y trencicana,
No quieras que arrastrando el apetito,
Por tí sea yo mártir del demonio.
¡Ay! olvídame; así, cuando mañana
Rapagona te llame aquel bendito,
Nadie diga: «¡Oh qué falso testimonio!»

V.

Ruiseñor amoroso, cuyo llanto
No hay robre que no deje enternecido,
¡Oh, si tu voz cantase mi gemido!
Oh, si gimiera mi dolor tu canto!
Esperar mi desvelo osara tanto,
Que mereciese por lo bien sentido
Ser escuchado, cuando no creido,
De la que es de mi amor hermoso encanto;
¡Qué mal empleas tu raudal sonoro
Cantando la alba y á las flores bellas!
Canta tú; oh ruiseñor! lo que yo lloro.
Acomoda en tu pico mis querellas;
Que si las dices á quien tierno adoro,
Con tu voz llegarás á las estrellas.

REDONDILLAS.

Dulce Ardenia bella,
A quien mi albedrío
Llama norte mio
Como el mar su estrella;
Por quien de llorar
Tus duros enojos

Son rios mis ojos,
Que corren al mar;
Agora que el manso
Viento el mar serena
Y ofrece á mi pena
La noche descanso;
Mientras lisonjero
Va el viento veloz,
Escucha la voz
De tu marinero.
Oye, no te abscondas,
La luz manifiesta
De un sol que se acuesta
En las rubias ondas;
Oye los suspiros
De quien firme te ama,
Si porque te llama
No son tus retiros;
Si hay en tí aficion,
Dueño hermoso, vén.
Las horas del bien
¡Oh qué tardas son!
Si amor no te obliga
Cuando me despeña,
Dame alguna seña
Para que te siga.
En vano te alejas,
Pues para alcanzarte
El amor reparte
Plumas á mis quejas;
Si huyes de amar,
Buscarte es error;
Que quien no halla amor,
Nada puede hallar.
Sin tí se ven solas,
Y en sus escarceos
A mudos gorgeos
Te llaman las olas.
Su voz cristalina
Acordes rompieran
Si heridas se vieran
De tu luz divina.
Y la noche obscura
Luciera tan clara,
Que el dia envidiara
Su alegre hermosura.
No mar, sino cielo
Debiera llamarse,
A poder copiarse
En el mar tu velo.
Mas fuera mi mal;
Que no hallo un amante
En lienzo inconstante
Firme original.
A tus niñas bellas
Haciendo reflejo,
No estimara espejo
Ser de las estrellas.
Gozara bonanza
El mar de mis ojos,
Pues libre de enojos
Viera su esperanza.
Sin tí nada veo
De serenidad,
Porque es tu beldad
Fin de mi deseo.

CANCION PRIMERA.

El tiempo que vivieron
Sin ser tuyos mis ojos, Celia mia,
A cuanto entonces vieron
Miran hoy como noche, porque el dia,
Vestido de arreboles,
No pudo amanecer sin tus dos soles.
Ya de tus luces bellas,
Mi amor, si mariposa no encendida,
Será por medio de ellas
El ave rara que en Arabia anida,
Pues si abrasado yace,
Fénix será el amor que en tí renace.
¡Ay dulce, hermoso dueño!
Si es sueño grave mi felice suerte,
Como hay vida que es sueño,
Sea mi vida dilatada muerte,
Porque esté mas segura
Vida que es muerte, sueño que es ventura.
Morir por adorarte,
Aunque sin esperar el merecerte,
Amar por solo amarte,
Tener por dulce fin solo el quererte,
Es gloria donde el alma
Tiene sin interés su fe por palma.
Mas ¡ay, Celia divina!
Que cuando me acredito mas de amante
Y cuando mas camina
Mi amor en su propósito constante,
En un grave tormento
Vacila el alma, gime el pensamiento.
No sé si declararte
Podrá su pena el corazon difunto,
Pues con imaginarte
De mas dichoso amor posible asunto,
En lágrimas deshecho,
Triste á los ojos se traslada el pecho.
Ya te he dicho la causa,
Con brevedad, de mi insufrible daño;
Que no es bien hacer pausa
En el dolor quien teme un desengaño;
Mal mi pasion resisto...
¡Ay Celia, quién tu luz no hubiera visto!

II.

Altivo pensamiento,
No afectes ardimiento soberano,
Porque es atrevimiento
Seguir tanta deidad con vuelo humano.
Mira que la ventura
Está, cuando mayor, menos segura.
Pensamiento atrevido,
Para estar de tí mismo confiado
Eres tan desvalido
Como de nobles causas engendrado;
Teme, si al sol te igualas,
Que á su calor se quemarán tus alas.
No busques tanta gloria,
Pues te falta caudal para el empleo;
Imposible victoria
Es la que pretendió solo el deseo,
Y á una luz tan divina
El atreverse es la primer ruina.
Incontrastable muro
Mal combatir intenta tu cuidado;
Mas rebelde, mas duro
Le hallarás mientras fueres mas osado;
Que está en un amor muerto
Dormido el gusto, y el rigor despierto.
En la luz de su esfera
Rigor fatal conocerás de muerte,
Si con alas de cera
De Icaro sigues la ambiciosa suerte.
Mira que es desvario
Esperar que amor venza un mármol frio.

MADRIGAL.

Tórtola amante, que en el robre moras,
Endechando en arrullos quejas tantas,
Mucho alivias tus penas, si es que lloras,
Y pocos son tus males, si es que cantas.
Si de la que enamoras
El desden te desvia,
No durará el desden, pues tu porfía
Está un pecho de pluma conquistando.
¿Podrá un pecho de pluma no ser blando?
¡Ay de la pena mia,
En que medroso y triste estoy llorando,
Y enternecer procuro
Pecho de mármol, cuanto blanco, duro!

ROMANCE.

Heria el sol en las ondas,
Que unas con otras combaten,
Desconcertados los vientos,
Desaliados los mares;
Amedrentados los riscos
O gimen ó se deshacen;
Que no á la vista tan fieros
Son como el cierzo cobardes.
En la sorda playa quiebran
Las olas que flecha el aire,
Amenazando al romperse
A medio mundo tragarse.
En una pobre barquilla,
Que aun parece que no cabe
En todo el mar, que furioso
La arroja de una á otra parte,
Remando á vista de tierra,
Una de abril fiera tarde
(Que ni es abril siempre flores,
Ni siempre enero huracanes),
Al compás de la tormenta
Y al tenor de sus pesares
Así cantaba Daliso,
Mas que venturoso, amante:

«Amarílis ingrata,
Desde que te vi
El mar no me mata,
El amarte sí.
»Aunque el mar juró
Sus olas por bravas,
Tú eres quien me acabas;
Que las olas no.
Mi muerte temí
Al temerte ingrata;
El mar no me mata.
El amarte sí.
»Si mi pecho vieras,
Bien conocerias
Cuánto mas podias
Que las aguas fieras,
Pues es para mí
La tormenta grata;
Que el mar no me mata,
El amarte sí.»

Mientras al viento dispensa
Estos acentos suaves,
De enamorados delfines
Le escucha escuadron nadante;
Pero al golpe de las olas
Se rinde el barquillo frágil,
Y busca Daliso tierra
En hombros de los cristales.
Viendo que las aguas fueron
Sepulcro á su leño errante,
Sentado sobre una roca,
Vuelve á decir y á quejarse:

«Amarílis ingrata,
Desde que te vi
El mar no me mata,
El amarte sí.»

REDONDILLAS.

Al breve hermoso pié de una dama.

Zagala, yo vi tu pié;
Si digo lo que sentí,
En mí mucho fuego fué
La poca nieve que vi.
Dándome pié para hablar,
Mudo estoy, mi fe te empeño;
Y es que no hallo qué glosar
Sobre pié que es tan pequeño.
Flecha que el alma penetra,
Pues ves mi pluma turbada,
Vén tú, y al pié de la letra
El pié á la letra traslada.
Del bello pié y de mi amor,
Lisi, solo decir sé
Que cuanto puede el amor
Lo puedes tú con tu pié,
Pues con él así triunfaste,
Lisi divina, esta vez,
Que por el pié derribaste
La torre de mi altivez.
Hoy me hace pagar apriesa
Amor la deuda forzosa,
Si no al pié de la francesa,
Al tuyo, española hermosa;
Y para dejar deshecha
La dureza que mostré,
En vez de punta de flecha
Se valió de puntapié.
Aunque del bien que hoy me ofrece
Casi quiero presumir
Que darme el pié mas parece
Que es ayudarme á subir.
No mi bien nacido amor
Profanará el tiempo osado,
Pues mi dicha y tu favor
Con tan buen pié ha comenzado.
Esta esperanza alentó,
Dulcísima Lisi, el ver
Que amor que de piés nació
Dichoso promete ser.
Si albergue en tu pecho hallara
Dichosa fuera mi fe,
Pues no hay duda que medrara
En casa de tan buen pié;
Mas en mi dulce penar,
Amado ó aborrecido,
A tus piés siempre he de estar,
Como agora estoy, rendido.

EPIGRAMA PRIMERO.

Amarílis, si no fuera
Por el desden que padezco,
El amor de que adolezco
Mi vida acabado hubiera.
De amor la llama hace fiera
Del pecho ardiente despojos;
Llanto causan tus enojos;
Mas témplase en proporcion
El fuego del corazon
Con el llanto de los ojos.

II.

A una que se casó con un calvo.

Hoy la tierna Lisi pudo
Darse á talludo velado
En copete mal velado
Y en barba bien copetudo;
Muestra el capitel desnudo
Cascos, dureza y osario;
O ya salga temerario,
Pobre ó necio el tal testuz,
Temo que haya mucha cruz,
Lisi, donde hay tal *calvario.*

III.

Siguióme Filis, huí;
Seguí yo á Filis, huyó.
¡Oh, si mi no fuera sí!
Oh, si mi sí fuera no!

IV.

No amaba yo, vi á Leonor;
Miré incauto, hirióme hermosa;
Rie mi amor rigurosa;
Lloro tierno su rigor.
Nieve fuí, sol es mi ingrata;
Mi llanto admirar no debe;
Que hiriendo el sol á la nieve,
En arroyos la desata.

V.

Bellos ojos tiene Fílis,
Clenarda hermoso cabello,
Cristal es de Elisa el cuello,
Rubí el labio de Amarilis;
¿Cuál de tan dulces despojos
Quisiera emprender tu fuego,
Amor? Pero siendo ciego,
¿Quién duda que quieres ojos?

FIN DE LAS POESÍAS DE PEDRO DE QUIRÓS.

POESIAS

DE

DON LUIS DE GONGORA Y ARGOTE.

JUICIOS CRITICOS.

DE LOPE DE VEGA.

(*En una respuesta á un señor de estos reinos, en que da su parecer en razon de la nueva poesía.*)

El ingenio de este caballero... en mi opinion... es el mas raro y peregrino que he conocido en aquella provincia, y tal, que ni á Séneca ni á Lucano, nacidos en su patria, le hallo diferente, ni á ella por él menos gloriosa que por ellos... Escribió en todos estilos con elegancia, y en las cosas festivas, á que se inclinaba mucho, fueron sus sales no menos celebradas que las de Marcial, y mucho mas honestas. Tenemos singulares obras suyas en aquel estilo puro, continuadas por la mayor parte de su edad, de que aprendimos todos erudicion y dulzura, dos partes de que debe constar el arte... Mas no contento con haber hallado en aquella blandura y suavidad el último grado de la fama, quiso, á lo que siempre he creido, con buena y sana intencion, y no con arrogancia, como muchos que no le son adeptos han pensado, enriquecer el arte y aun la lengua con tales exornaciones y figuras cuales nunca fueron imaginadas ni hasta su tiempo vistas.

DE FRANCISCO CASCALES.

(*En carta á Luis Tribáldos de Toledo.*)

¿Quién puede presumir de un ingenio tan divino, que ha ilustrado la poesía española á satisfaccion de todo el mundo, ha engendrado tan peregrinos conceptos, ha enriquecido la lengua castellana con frases de oro felicemente inventadas y felicemente recibidas con general aplauso, ha escrito con elegancia y lisura, con artificio y gala, con novedad de pensamientos y con estilo sumo lo que ni la lengua puede encarecer ni el entendimiento acabar de admirar, atónito y pasmado, que habia de salir ahora con ambajiosos hipérbatos y con estilo tan fuera de todo estilo, y con una lengua tan llena de confusion?

(*En carta á don Francisco del Villar.*)

Digo pues, conformándome con vuestra merced, que á ese caballero siempre le he tenido y estimado por el primer hombre y mas eminente de España en la poesía, sin excepcion alguna, y que es el cisne que mas bien ha cantado en nuestras riberas. Así lo siento y así lo digo. Pero,

como yo concedo esto, me ha de conceder vuestra merced y todos los doctos que han de ser en esto solamente oidos, que aquella oscuridad perpetua debe ser condenada.

DE DON JOSÉ PELLICER Y TOBAR.

(*En el* Fénix; *Madrid*, 1630.)

El príncipe de los poetas españoles, nuestro gran cordobés DON LUIS DE GÓNGORA, solo comparable á Píndaro de los griegos, cuyas obras salieron á luz póstumas con nombre del Homero español, título desigual, si no por el genio, por lo escrito; que DON LUIS jamás escribió poema épico. Solo vagó como Claudiano, igualando á Marcial en las sales.

DE DON DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO.

(*En la* República literaria.)

En nuestros tiempos renació un Marcial cordobés en DON LUIS DE GÓNGORA, requiebro de las musas y corifeo de las gracias, gran artífice de la lengua castellana, y quien mejor supo jugar con ella y descubrir los donaires de sus equívocos con incomparable agudeza. Cuando en las veras deja correr su natural es culto y puro, sin que la sutileza de su ingenio haga impenetrables sus conceptos, como le sucedió despues queriendo retirarse del vulgo y afectar la oscuridad: error que se disculpa con que aun en esto mismo salió grande y nunca imitable. Tal vez tropezó por falta de luz su *Polifemo*, pero ganó pasos de gloria. Si se perdió en sus *Soledades*, se halló despues tanto mas estimado, cuanto con mas cuidado le buscaron los ingenios y explicaron sus agudezas.

DE FRAY ANDRES FERRER DE VALDECEBRO.

(*En el* Templo de la Fama; *Madrid*, 1680.)

A todas estas estatuas hacian frénte en órden diferente otras tan valientes y famosas, y se leia el letrero de la primera, que decia: *El Taso*. Este ¿no es el *Torcuato?* Si, y puede ser collar de oro del mismo Apolo. Le hacia lado la de *Garcilaso*, príncipe de lo lírico, y á ambas otra con culto artificio fabricada, y decia la letra de la tarjeta: GÓNGORA, *natural de Córdoba*. Este no ha tenido segundo ni quien le imite, y si igualaran á los versos los asuntos, habia de tener mejor lugar que Homero.

POESIAS

DE DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE.

SONETOS.

I.

A la historia de Felipe II que escribió Luis de Cabrera, su coronista.

Vive en este volúmen el que yace
En aquel mármol, rey siempre glorioso;
Sus cenizas allí tienen reposo,
Y dellas hoy él mismo aquí renace.
Con vuestra pluma vuela, y ella os hace,
Culto Cabrera, en nuestra edad famoso;
Con las suyas le haceis victorioso
Del francés, belga, lusitano y trace.
Plumas de un fénix tal, y en vuestra mano
¿Qué tiempo puede haber que las consuma?
Y ¿qué invidia ofenderos, sino en vano?
Escriba, lo que vieron, tan gran pluma,
De los dos mundos uno y otro plano,
De los dos mares una y otra espuma.

II.

A la segunda parte de la dicha historia de Felipe II.

Segundas plumas son, oh lector, cuantas
Letras contiene este volúmen grave;
Plumas siempre gloriosas, no del ave
Cuyo túmulo son aromas tantas;
De aquel sí cuyas hoy cenizas santas
Breve pórfido sella en paz suave;
Que en poco mármol mucho fénix cabe,
Si altamente negado á nuestras plantas.
De sus hazañas pues hoy renacido,
Debe á Cabrera el fénix, debe el mundo,
Cuantas segundas bate plumas bellas.
A Cabrera, español Livio segundo,
Eternizado, cuando no ceñido
De iguales hojas que Felipe estrellas.

III.

A la *Austriada*, que en octava rima compuso Juan Rufo, jurado de Córdoba.

Cantastes, Rufo, tan heróicamente
De aquel César novel la augusta historia,
Que está dudosa entre los dos la gloria,
Y á cuál se deba dar ninguno siente.
Y así la fama, que hoy de gente en gente
Quiere que de los dos la igual memoria
Del tiempo y del olvido haya victoria,
Ciñe del lauro á cada cual la frente.
Debeis con gran razon ser igualados,
Pues fuisteis cada cual único en su arte:
El solo en armas, vos en letras solo,
Y al fin ambos igualmente ayudados:
El de la espada del sangriento Marte,
Vos de la lira del dorado Apolo.

IV.

A la fábula de Faeton, que compuso el conde de Villamediana.

En vez de las Heliádas, agora
Coronan las Piérides el prado,
Y tronco la mas culta levantado,
Suda electro en los números que llora.
Plumas vestido, ya las aguas mora
Apolo, en vez del pájaro nevado,
Que á la fatal del jóven fulminado
Alta ruina, voz debe canora.
¿Quién pues, verdes cortezas, blanca pluma
Les dió, quién de Faeton el ardimiento?
A cuantos dora el sol, á cuantos baña
Términos del Océano la espuma,
Dulce fias tu métrico instrumento,
Oh Mercurio, del Júpiter de España.

V.

Al obispo de Sigüenza, pasando por Córdoba, donde le hicieron unas fiestas de toros y juego de cañas.

¡Oh de alto valor, de virtud rara
Sacro esplendor, en toda edad luciente,
Cuya fama los términos de oriente
Ecos los hace de su trompa clara!
Vuestro cayado pastoral, hoy vara,
Dará flores, y vos gloriosamente
Del pellico á la púrpura ascendiente,
Subiréis de la mitra á la tiara.
No es voz de fabulosa deidad esta,
Consultada en oráculo profano,
Sino de la razon muda respuesta.
Deja su urna el Bétis, y lozano,
Cuantos engendra toros la floresta
Por vos fatiga en hábito africano.

VI.

A don Antonio Venégas, obispo de Sigüenza.

Sacro pastor de pueblos, que en florida
Edad pastor, gobiernas tu ganado
Mas con el silbo que con el cayado,
Y mas que con el silbo con la vida;
Canten otros tu casa esclarecida,
Mas tu palacio, con razon sagrado,
Cante Apolo, de rayos coronado,
No humilde musa, de laurel ceñida.
Tienda es gloriosa, donde en lechos de oro
Victoriosos duermen los soldados,
Que ya despertarán á triunfo y palmas;
Milagroso sepulcro, mudo coro
De muertos vivos, de ángeles callados,
Cielo de cuerpos, vestuario de almas.

VII.

A un niño, hijo del conde de Salinas.

Del leon que en la selva apenas cabe,
O ya por fiero ó ya por generoso,

Que á dos sarmientos, cada cual glorioso,
Obedeció mejor que al garzon grave (1),
Real cachorro y pámpano suave
Es este infante, en tierna edad dichoso,
Cupido con dos soles, que hermoso,
De ángel tiene lo que el otro de ave.
La alta esperanza en él se vea lograda
Del claro padre y de la antigua casa
Que á España le da héroes, si no leyes;
Tal, que do el norte hiela al mar, su espada
Temida, y donde el sol la arena abrasa,
Triunfador siempre, coma con sus reyes.

VIII.

Al conde de Lêmos, desde Monfort, donde el cardenal don Rodrigo de Castro, arzobispo de Sevilla, fundó una universidad.

Llegué á este monte fuerte, coronado
De torres convecinas á los cielos,
Cuna siempre real de tus abuelos,
Del reino escudo y silla de tu estado.
El tiempo vi á Minerva dedicado,
De cuyos geométricos modelos (2),
Si todo lo moderno tiene celos,
Tuviera envidia todo lo pasado.
Sacra ereccion de príncipe glorioso,
Que ya de mejor púrpura vestido,
Rayos ciñe de luz, estrellas pisa.
¡Oh cuánto deste monte imperioso
Descubro! Un mundo veo; poco ha sido,
Que seis orbes se ven en tu divisa.

IX.

A los campos de Lepe, á las arenas
Del abreviado mar en una ria,
Extranjero pastor llegué sin guia,
Con pocas vacas y con muchas penas.
Muro real, orlado de cadenas,
A cuyo capitel se debe el dia,
Ofreció á la turbada vista mia
El templo sacro de las dos sirenas (3).
Casta madre, hija bella, veneradas
Con humildad de prósperos vaqueros,
Con devocion de pobres pescadores,
Si ya á sus aras no les di terneros,
Dieron mis ojos lágrimas cansadas,
Mi fe suspiros y mis manos flores.

X.

Vencidas de los montes Marianos
Las altas cumbres, con rigor armadas,
De calvos riscos, de hayas levantadas,
Cunas inacesibles de milanos;
Y el rio que á piratas africanos
Espadañas opone en vez de espadas,
Testigos son las torres coronadas
De Lepe, cuando no lo sean los llanos.
Pisado el yugo, al Tajo y sus espumas,
Que salpicando os dorarán la espuela,
El nido venerad humildemente
Del Fénix hoy que reinos son sus plumas;
¿Qué mucho si el oriente es, cuando vuela,
Una ala suya, y otra el occidente?

XI.

A la armada en que los marqueses de Ayamonte pasaban á ser vireyes de Méjico.

Velero bosque, de árboles poblado,
Que visten hojas de inquieto lino;
Puente instable y prolija, que vecino
El occidente haces apartado;
Mañana ilustrará tu seno alado (4)
Soberana beldad, valor divino.
No ya el de la manzana de oro fino,
Griego premio, hermoso, mas robado.
Consorte generosa del prudente
Moderador del freno mejicano,
Lisonjeen el mar vientos segundos;
Que en su tiempo, cerrado el templo á Jano,
Coronada la paz, verá la gente
Multiplicarse imperios, nacer mundos.

XII.

A la duquesa de Ayamonte, enviándole unas piedras bezares.

Corona de Ayamonte, honor del dia,
Estas piedras que dió un enfermo á un sano,
Hoy os tiro, mas no escondo la mano,
Porque no digan que es cordobesía;
Que dar piedras á vuestra señoría
Tirarlas es por medio de ese llano,
Pesadas señas de un deseo liviano,
Lisonjas duras de la musa mia.
Término sean pues y fundamento
De vuestro imperio, y de mi fe constante
Tributo humilde, sino ofrecimiento.
Camino, y sin pasar mas adelante,
A vuestra deidad hago el rendimiento
Que al monte (5) de Mercurio el caminante.

XIII.

A los poetas de la casa del marqués de Ayamonte.

Cisnes de Guadiana, á sus riberas
Llegué y á vuestra dulce compañía,
Cuya suave métrica armonía
Desata montes y reduce fieras;
No á escuchar vuestras voces lisonjeras,
Sino al segundo ilustrador del dia
Consagrarle la humilde musa mia,
Que cantó burlas y eterniza veras;
Al Apolo de España, al de Ayamonte
Culto honor. Si labraren vuestras plumas
Digna corona á su gloriosa frente,
Flores á vuestro estilo dará el monte,
Candor á vuestros versos las espumas
De Helicona darán, y de su fuente.

XIV.

Al marqués de Ayamonte, enseñándole un retrato de la Marquesa.

Clarísimo Marqués, dos veces claro,
Por vuestra sangre y vuestro entendimiento
Claro dos veces, otra y otras ciento
Por la luz de que no me sois avaro;
De los dos soles que aquel pincel raro
Dió de su luminoso firmamento
A vuestro seno, ilustre atrevimiento
Que aun en cenizas no saliera caro,
¿Qué águila, Señor, dichosamente
La region penetró de su hermosura
Con copiaros los rayos de su frente?
Cebado vos los ojos de pintura,
En noche caminais, noche luciente;
Que mal será con dos soles oscura.

XV.

Al marqués de Ayamonte.

Alta esperanza, gloria del Estado,
No solo de Ayamonte, mas de España,
Si quien me da su lira no me engaña,
A mas os tiene el cielo destinado.
De vuestra fama oirá el clarin dorado,
Emulo ya del sol, cuanto el mar baña;
Que trompas hasta aquí han sido de caña
Las que memorias han solicitado.
Alma al tiempo dará, vida á la historia
Vuestro nombre inmortal, ¡oh digno esposo
De beldad soberana y peregrina!
Corónense estos muros ya de gloria,
Que serán cuna y nido generoso
De sucesion real, si no divina.

(1) Algunas ediciones dicen *baston* en vez de *garzon*.
(2) Otros leen *desvelos*.
(3) Otros leen *santo*.
(4) Otros leen *helado*.
(5) Otros leen *monton*.

XVI.

A un retrato de don Juan de Acuña, presidente de Castilla.

Este que en traje lo admirais togado,
Claro no á luces hoy de lisonjero
Pincel, sino de claro caballero,
Esplendor del buen dia que lo ha dado;
Este, ya de justicia, ya de estado,
Oráculo en España verdadero,
A quien por tan legal, por tan entero,
Sus balanzas Astrea le ha fiado,
Clava serán de Alcides en su diestra,
Que de monstros la edad purgue presente,
Y á los siglos invidia sea futuros.
Este pues, gloria de la nacion nuestra,
Don Juan de Acuña es; buril valiente
Al tiempo lo vincule en bronces duros.

XVII.

A don Cristóbal de Mora, primer marqués de Castel-Rodrigo gran privado de Felipe II.

Arbol de cuyos ramos fortunados
Las nobles moras son quinas reales,
Teñidas en la sangre de leales
Capitanes, no amantes desdichados,
En los campos de Tajo mas dorados
Y que mas privilegian sus cristales,
A par de la sublime palma sales,
Y mas que los laureles levantados.
Gusano, de tus hojas me alimentes (6);
Pajarillo, sosténganme tus ramas,
Y ampáreme tu sombra, peregrino.
Hilaré tu memoria entre las gentes,
Cantaré enmudeciendo ajenas famas,
Y votaré á tu templo mi camino.

XVIII.

A don Pedro de Cárdenas y Angulo, que estaba en Granada.

Hojas de inciertos chopos, el nevado
Cabello, oirá el Genil tu dulce avena,
Sin invidiar al Dauro en poca arena
Mucho oro de sus piedras mal limado;
Y del leño vocal solicitado,
Perdonará no el mármol á tu vena,
Ocioso, mas la siempre orilla amena
Canoro ceñirá muro animado.
Camina pues, oh tú, Anfion segundo,
Si culto no revocador suave
Aun de los moradores del profundo;
Que el Bétis hoy, que en menos gruta cabe,
Urna suya los términos del mundo
Lagrimosos hará, en tu ausencia grave.

XIX.

A don Luis de Ulloa, un caballero de Toro que pasó por Córdoba.

Generoso esplendor, si no luciente,
No solo es ya de cuanto el Duero baña
Toro, mas del zodiaco de España,
Y gloria vos de su murada frente.
¿Quién pues region os hizo diferente
Pisar amante? Mal la fuga engaña,
Mortal saeta, dura en la montaña,
Y en las ondas mas dura de la fuente.
De venenosas plumas os lo diga
Corcillo atravesado, restituya
Sus trofeos el pié á vuestra enemiga.
Tímida fiera, bella ninfa huya,
Espíritu gentil, no solo siga,
Mas bese en el arpon la mano suya.

XX.

Al licenciado Soto de Rójas, abogado en la real chancillería de Granada.

Poco despues que su cristal dilata,
Orla el Dauro los márgenes de un Soto,
Cuyas plantas Genil besa devoto;
Genil, que de las nieves se desata.
Sus corrientes por él cada cual trata,
Las escuche el antípoda remoto,
Y el culto seno de sus minas roto,
Oro al Dauro le preste, al Genil plata.
El pues de rojas flores coronado,
Nobles en nuestra España por ser Rojas,
Como bellas al mundo por ser flores,
Con rayos dulces mil de sol templado
Al mirto peina y al laurel las hojas,
Monte de musas ya, jardin de amores.

XXI.

A la tercera parte de la *Historia pontifical*, que escribió el doctor Babia, capellan de la capilla real de Granada.

Este que Babia al mundo hoy ha ofrecido
Poema, si no á números atado,
De la disposicion antes limado
Y de la erudicion despues lamido,
Historia es culta, cuyo encanecido
Estilo, si no métrico, peinado,
Tres ya pilotos del bajel sagrado
Hurta al tiempo y redime del olvido.
Pluma pues que claveros celestiales
Eterniza en los bronces de su historia (7),
Clave es ya de los siglos, y no pluma.
Ella á sus nombres puertas inmortales
Abre, no de caduca, no, memoria;
Que sombras sella en túmulos de espuma.

XXII.

A un retrato de don Alvaro Bazan, primer marqués de Santa Cruz.

No en bronces que caducan mortal mano,
Oh católico sol de los Bazanes,
Que ya entre gloriosos capitanes
Eres deidad armada, Marte humano,
Esculpirá tus hechos, si no en vano,
Cuando describir quiera tus afanes,
Y los bien repartidos tafetanes (8)
Del turco, del inglés, del lusitano.
El un mar de tus velas coronado,
De tus remos el otro encanecido,
Tablas serán de cosas tan extrañas.
De la inmortalidad el no cansado
Pincel las logre, y sean tus hazañas
Alma del tiempo, espada del olvido.

XXIII.

A don fray Diego de Mardónes, obispo de Córdoba, en la dedicacion de unos villancicos que le hizo Juan Risco, maestro de capilla de la santa iglesia de Córdoba.

Un culto Risco en venas hoy suaves
Concetuosamente se desata,
Cuyo néctar, no ya líquida plata,
Hace canoras aun las piedras graves.
Tú pues que el pastoral cayado sabes
Con mano administrar al cielo grata,
De vestir digno manto de escarlata
Y de heredar á Pedro en las dos llaves,
Este, si numeroso, dulce escucha
Torrente, que besar desea la playa
De tus ondas, ¡oh mar! siempre serenas.
Si armonioso leño selva mucha
Atraer pudo, vocal risco atraya
Un Mardónes hoy todo á sus arenas.

XXIV.

A la retórica que compuso el padre Francisco de Castro, de la compañía de Jesus.

Si ya el griego orador la edad presente,
O el de Arpina dulcísimo abogado,
Merecieran gozar, mas enseñado
Este quedara, aquel mas elocuente,

(6) La mora es la hoja que come el gusano de seda.

(7) Gracian lee *tiempos*.

(8) Otros leen *reportados*.

Del bien decir bebiendo en la alta fuente,
Que en tantos rios hoy se ha desatado
Cuantos en culto estilo nos ha dado
Libros vuestra retórica excelente.
Vos reducis ¡ oh Castro ! á breve suma
El difuso canal desta agua viva ;
Trabajo tal el tiempo no consuma,
Pues de laurel ceñido y sacra oliva,
Haceis á cada lengua , á cada pluma
Que hable néctar y que ambrosia escriba.

XXV.

A la toma de Larache, fuerte de Africa, año de 1610.

La fuerza que infestando las ajenas,
Argentó luna de menguante plata,
Puerto hasta aquí del bélgico pirata,
Puerta ya de las líbicas arenas,
A las señas de España sus almenas
Rindió al fiero leon que en escarlata
Altera el mar, y al viento que lo trata
Imperioso aun obedece apenas.
Alta haya de hoy mas volante lino
Al Euro dé , y al seno gaditano
Flacas redes seguro humilde pino ;
De que ya deste ó de aquel mar tirano
Leño holandés disturbe su camino,
Prenda su libertad bajel pagano.

XXVI.

A la grandeza y dilatacion de Madrid, corte de los reyes de España.

Nilo no sufre márgenes ni muros;
Madrid , ¡ oh peregrino , tú , que pasas !
Que á su menor inundacion de casas
Ni aun los campos de Tajo están seguros.
Emula la verán siglos futuros
De Ménfis no, que el término le tasas ;
Del tiempo sí, que sus profundas basas (9)
No son en vano pedernales duros.
Dosel de reyes , de sus hijos cuna
Ha sido y es, zodiaco luciente
De la beldad, teatro de fortuna.
La invidia aquí su venenoso diente
Cebar suele , á privanzas importuna;
Camina en paz , refiérelo á tu gente.

XXVII.

A la pasada de los condes de Lémos por los puertos de Guadarrama.

Montaña inaccesible, opuesta en vano
Al atrevido paso de la gente,
O nubes humedezcan tu alta frente,
O nieblas ciñan tu cabello cano.
Caistro el mayoral, en cuya mano
En vez de baston vemos el tridente,
Con su hermosa Clóris, sol luciente
De rayos negros, serafin humano.
Tu cerviz pisa dura , y la pastora
Yugo te pone de cristal, calzada
Coturnos de oro el pié , armiños vestida.
Huirá la nieve de la nieve agora,
O ya de los dos soles desatada ,
O ya de los dos blancos piés vencida.

XXVIII.

A la consagracion de don Pedro Gonzalez de Mendoza, arzobispo de Granada.

Consagróse el seráfico Mendoza,
Gran dueño mio , y con invidia deja
Al bordon flaco, á la capilla vieja ,
Báculo tan galan , mitra tan moza.
Pastor, que una Granada es vuestra choza,
Y cada grano suyo vuestra oveja ,
Pues cada lengua acusa, cada oreja
La sal que busca, el silbo que no goza.

(9) La edicion de Faria dice *profanas* en vez de *profundas*.

Silbelas desde allá vuestro apellido,
Y al Genil, que esperándoos peina nieve,
No frustreis mas sus dulces esperanzas;
Que sobre el márgen , para vos florido,
Al son alternan del cristal que mueve,
Sus ninfas coros y sus faunos danzas.

XXIX.

A una galería que en la casa arzobispal de Sevilla hizo el cardenal y arzobispo don Fernando Niño de Guevara, donde pintó todos los papas y padres del yermo.

Oh tú , cualquiera que entras, peregrino,
Si mudo admiras , admirado para
En esta bien por sus cristales clara ,
Y clara mas por su pincel divino,
Tebaida celestial, sacro Aventino,
Donde hoy te ofrece con grandeza rara
El cardenal heróico de Guevara
Freno al deseo, término al camino.
Del yermo ves aqui los ciudadanos ,
Del galeon de Pedro los pilotos ;
El arca allí , donde hasta el dia postrero
Sus vestidos esperan , aunque rotos ,
Algunos celestiales cortesanos.
Guarnécelos de flores, pasajero.

XXX.

A una casa de placer del conde de Salinas, orillas de Duero.

De rios soy el Duero acompañado
En estas apacibles soledades,
Que despreciando muros de ciudades,
De álamos camino coronado.
Este que siempre veis alegre prado
Teatro fué de rústicas deidades,
Plaza agora , á pesar de las edades,
Deste edificio, á Flora dedicado.
Aqui se hurta al popular ruido
El sarmiento real , y sus cuidados
Parte aquí con la alegre primavera.
El yugo de esta puente he sacudido
Por hurtarle á su ocio mi ribera.
Perdonad , caminantes fatigados.

XXXI.

Al Escurial, convento de San Jerónimo , dedicado á san Lorenzo, á quien llaman octava maravilla , por haberlo eregido con grandísimas expensas el rey Felipe II para sepulcro de los reyes de España.

Sacros , altos , dorados capiteles,
Que á las nubes robais los arreboles (10),
Febo os teme por mas lucientes soles,
Y el cielo por gigantes mas crueles.
Depon tus rayos, Júpiter; no celes
Los tuyos, sol ; de un templo son faroles,
Que al mayor mártir de los españoles
Erigió el mayor rey de los fieles.
Religiosa grandeza del monarca
Cuya diestra real al Nuevo Mundo
Abrevia y el Oriente se le humilla ,
Perdone el tiempo, lisonjee la parca
La verdad desta octava maravilla ,
Los años deste Salomon segundo.

XXXII.

A don Tomás Tamayo de Vargas, coronista de su majestad, exhortándole á la publicacion y ilustracion de las obras de Garcilaso, natural de Toledo, príncipe de los poetas castellanos.

Tú , cuyo ilustre entre una y otra almena
De la imperial ciudad , patrio edificio,
Al Tajo mira en su húmido ejercicio
Pintar los campos y dorar la arena ,
Descuelga de aquel lauro en hora buena
Aquellas dos , ya mudas en su oficio ,
Reliquias dulces del gentil Salicio,
Heróica lira, pastoral avena.

(10) Así el texto de Espinosa; Hoces lee :
Que á las nubes borrais sus arreboles.

Llégalas ¡oh clarísimo mancebo!
Al docto pecho, á la suave boca,
Poniendo ley al mar, freno á los vientos;
Sucede en todo al castellano Febo,
Que agora es gloria mucha y tierra poca
En patria, en profesion, en instrumentos.

XXXIII.

A don Diego Paez de Castillejo y Valenzuela, veinticuatro de Córdoba.

No entre las flores, no, señor don Diego,
De vuestros años áspid, duerma breve
El ocio, salamandra mas de nieve
Que el vigilante estudio lo es de fuego.
De cuantas os clavó flechas el ciego,
A la que dulce mas la sangre os bebe
Hurtadle un rato alguna pluma leve,
Que el aire vago solicite luego.
Quejáos, Señor, ó celebrad con ella
El desden ó el favor de vuestra dama,
Sirena dulce, si no esfinge bella.
Escribid, que á mas gloria Apolo os llama,
Del cielo la haréis tercera estrella,
Y vuestra pluma vuelo de la fama.

XXXIV.

A una casa de placer de don Antonio de Venégas, obispo de Pamplona, que está en una aldea llamada Burlada.

Este á Pomona, cuando ya no sea
Edificio al silencio dedicado
(Que si el cristal le rompe desatado,
Suave el ruiseñor le lisonjea),
Dulce es refugio, donde se pasea
La quietud, y donde otro cuidado
Despedido, si no digo burlado,
De los términos huye desta aldea.
Aquí la primavera ofrece flores
Al gran pastor de pueblos, que enriquece
De luz á España y gloria á los Venégas.
Oh peregrino, tú, cualquier que llegas,
Paga en admiracion las que te ofrece
El huerto frutas y el jardin olores.

XXXV.

A una monteria que hizo Felipe III nuestro señor, con la Reina nuestra señora.

Clavar victorioso y fatigado
Al español Adónis vió la aurora
Al tronco de una encina vividora
Las prodigiosas armas de un venado.
Conducida, llegó á pisar el prado,
Del blanco cisne que en las aguas mora,
Su Vénus alemana, y fué á tal hora,
Que en sus brazos depuso su cuidado.
«Este trofeo, dijo, á tu infinita
Beldad consagro:» y la lisonja creo
Que en ambos labios se la dejó escrita.
Silbó el aire, y la voz de algun deseo,
«Viva Felipo, viva Margarita,
Dijo, los años de tan gran trofeo.»

XXXVI.

Al sol peinaba Clori sus cabellos
Con peine de marfil, con mano bella;
Mas no se parecia el peine en ella
Como se escurecia el sol en ellos.
Cogió sus lazos de oro, y al cogellos,
Segunda mayor luz descubrió aquella
Delante quien el sol es una estrella,
Y esfera España de sus rayos bellos.
Divinos ojos, que en su dulce oriente
Dan luz al mundo, quitan luz al cielo,
Y espera idolatrarlos occidente.
Esto amor solicita con su vuelo,
Que en tanto mar será un arpon luciente,
De la cerda inmortal mortal anzuelo.

XXXVII.

Descaminado, enfermo, peregrino,
En tenebrosa noche, con pié incierto,
La confusion pisando del desierto,
Voces en vano dió, pasos sin tino.
Repetido latir, si no vecino,
Distinto oyó de can siempre despierto,
Y en pastoral albergue mal cubierto
Piedad halló, si no halló camino.
Salió el sol, y entre armiños escondida,
Soñolienta beldad con dulce saña
Salteó al no bien sano pasajero.
Pagara el hospedaje con la vida;
Mas le valiera errar en la montaña
Que morir de la suerte que yo muero.

XXXVIII.

Soneto cuatrilingüe: castellano, latino, toscano y portugués.

Las tablas del bajel despedazadas,
Signum naufragii pium et crudele,
Del templo sacro con le rotte vele,
Ficaraon nas paredes penduradas.
Del tiempo las injurias perdonadas,
Et orionis vi nimbosæ stellæ
Racoglio l' smarrite pecorelle
Nas ribeiras d' ò Betis espalhadas.
Volveré á ser pastor, pues marinero
Que Dio non vuo che col suo strale sprona,
Do austro os sopros è do Oceano as agoas;
Haciendo al triste son, aunque grosero,
Di questa canna, gia selvaggia donna,
Saudade â as feras, è aos peneos magoas.

XXXIX.

A las damas de palacio.

Hermosas damas, si la pasion ciega
No os arma de desden, no os arma de ira,
¿Quién con piedad al andaluz no mira,
Y quién al andaluz su favor niega?
En el terrero ¿quién humilde ruega,
Fiel adora, idólatra suspira?
Quién en la plaza los bohordos tira,
Mata los toros y las cañas juega?
En los saraos ¿quién lleva las mas veces
Los dulcísimos ojos de la sala,
Sino galanes de la Andalucía?
A ellos les dan siempre los jueces,
En la sortija el premio de la gala,
En el torneo el de la valentía.

XL.

La dulce boca que á gustar convida
Un humor entre perlas destilado,
Y á no invidiar aquel licor sagrado
Que á Júpiter ministra el garzon de Ida,
Amantes, no toqueis si quereis vida;
Porque entre un labio y otro colorado
Amor está, de su veneno armado,
Cual entre flor y flor sierpe escondida.
No os engañen las rosas, que al aurora
Diréis que, aljofaradas y olorosas,
Se le cayeron del purpúreo seno;
Manzanas son de Tántalo, y no rosas,
Que despues huyen del que incitan hora,
Y solo del amor queda el veneno.

XLI.

A una dama que, habiéndola conocido hermosa niña, la vió despues hermosísima mujer.

Si Amor entre las plumas de su nido
Prendió mi libertad, ¿qué hará agora,
Que en tus ojos, dulcísima señora,
Armado vuela, ya que no vestido?
Entre las violetas fuí herido
Del áspid que hoy entre los lilios mora;
Igual fuerza tenias siendo aurora
Que ya como sol tienes bien nacido.

Saludaré tu luz con voz doliente,
Cual tierno ruiseñor en prision dura
Despide quejas, pero dulcemente
Diré cómo de rayos vi tu frente
Coronada, y que hace tu hermosura
Cantar las aves y llorar la gente.

XLII.

¡Oh marinero, tú, que cortesano,
Al palacio le fias tus entenas,
Al palacio real, que de sirenas
Es un segundo mar napolitano,
Los remos deja, y una y otra mano
De las orejas las desvía apenas;
Que escollo es, cuando no sirte de arenas,
La dulce voz de un serafin humano.
Cual su acento tu muerte será clara
Si espira suavidad, si gloria espira
Su armonía mortal, su beldad rara.
Huye de la que, armada de una lira,
Si rocas mueve, si bajeles para,
Cantando mata al que cantando mira (11).

XLIII.

Ilustre y hermosísima María,
Mientras se dejan ver á cualquier hora
En tus mejillas la rosada aurora,
Febo en tus ojos y en tu frente el dia;
Y mientras con gentil descortesía
Mueve el viento la hebra voladora
Que la Arabia en sus venas atesora
Y el rico Tajo en sus arenas cria;
Antes que de la edad Febo eclipsado,
El claro dia vuelva en noche oscura,
Huya la aurora del mortal nublado;
Antes que lo que hoy es rubio tesoro
Venza á la blanca nieve su blancura.
Goza, goza el color, la luz, el oro (12).

XLIV.

Mientras por competir con tu cabello,
Oro bruñido, el sol relumbra en vano;
Mientras con menosprecio en medio el llano
Mira á tu blanca frente el lilio bello;
Mientras á cada labio, por cogello,
Siguen mas ojos que al clavel temprano,
Y mientras triunfa con desden lozano
Del luciente marfil tu gentil cuello;
Goza cuello, cabello, labio y frente,
Antes que lo que fué en tu edad dorada
Oro, lilio, clavel, marfil luciente (13),
No solo en plata ó viola truncada
Se vuelva, mas tú y ello juntamente
En tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.

XLV.

Ya que con mas regalo el campo mira,
Pues del nubloso manto se desnuda,
El rojo sol, y aunque con lengua muda
Suave Filomena ya suspira,
Templa, noble garzon, la noble lira,
Honren tu dulce plectro y mano aguda
Lo que al son torpe de mi avena ruda
Me dicta Amor. Caliope me inspira.
Ayúdame á cantar los dos extremos
De mi pastora, y cual parleras aves,
Que á saludar al sol á otros convidan,
Yo ronco y tú sonoro despertemos
Cuantos en nuestra orilla cisnes graves
Sus blancas plumas bañan y se anidan.

XLVI.

A unos álamos.

Verdes hermanas del audaz mozuelo
Por quien orilla el Po dejastes presos
En verdes hojas y en troncones gruesos (14)
El delicado pié, el dorado pelo;
Pues entre las ruinas de su vuelo
Sus cenizas bajar en vez de huesos,
Y sus errores largamente impresos
De ardientes llamas vistes en el cielo (15),
Acabad con mi loco pensamiento
Que gobernar tal carro no presuma
Antes que lo desate por el viento
Con rayos de desden la beldad suma,
Y las reliquias de su atrevimiento
Envuelva el desengaño en poca espuma.

XLVII.

No destrozada nave en roca dura
Tocó la playa mas arrepentida,
Ni pajarillo de la red tendida
Voló mas temeroso á la espesura;
Bella ninfa la planta mal segura,
No tan alborotada ni afligida,
Hurtó de verde prado que escondida
Víbora regalaba en su verdura,
Como yo, Amor, la condicion airada,
Las rubias trenzas y la vista bella
Huyendo voy, con pié ya desatado,
De mi enemiga, en vano celebrada.
Adios, ninfa cruel; quedáos con ella,
Dura roca, red de oro, alegre prado.

XLVIII.

Verdes juncos del Duero á mi pastora
Tejieron dulce y generosa cuna;
Blancas palmas, si el Tajo tiene alguna,
Cubren su pastoral albergue agora.
Los montes mide y las campañas mora,
Flechando una dorada media luna,
Cual dicen que á las fieras fué importuna
Del Eurótas la casta cazadora.
De un blanco armiño el esplendor vestida,
Los blancos piés distinguen de la nieve
Los coturnos que calza esta homicida;
Bien tal pues montaraz y endurecida
Contra las fieras solo un arco mueve,
Y dos arcos tendió contra mi vida.

XLIX.

Tras la bermeja aurora el sol dorado
Por las puertas salia del oriente,
Ella de flores la rosada frente,
Y él de encendidos rayos coronado.
Sembraban su contento ó su cuidado,
Cuál con voz dulce, cuál con voz doliente,
Las tiernas aves con la luz presente,
En el fresco aire y en el verde prado.
Cuando salió bastante á dar Leonora
Cuerpo á los vientos y á las piedras alma,
Cantando de su rico albergue, y luego
Ni oí las aves mas ni vi la aurora;
Porque al salir, ó todo quedó en calma,
O yo, que es lo mas cierto, sordo y ciego.

(11) Otros leen: *al que matando mira.*

(12) Este soneto tiene las variantes que siguen:

Hermoso dueño de la vida mia,
Mientras se dejan ver á cualquier hora
En tus mejillas la *dorada* aurora,
Febo en tus ojos, y en tu frente el dia;
Mientras que con gentil descortesía
Mueve el viento la hebra voladora
Que el Arabia en sus venas atesora
Y el rico Tajo en sus arenas cria;
Antes que de la edad Febo eclipsado,
Y el claro dia *vuelto* en noche oscura,
Huya el aurora de inmortal cuidado,
Y antes que lo que hoy es rubio tesoro
Venza la blanca nieve en su blancura,
Goza, goza el color, la luz el oro.

(13) *Cristal* en vez de *marfil* dice el texto de Faria.

(14) Así Espinosa; Hoces y Faria leen:

En verdes hojas ya y en troncos gruesos.

(15) Así Espinosa; Hoces y Faria ponen *suelo.*

L.

Ni en este monte, este aire, ni este rio
Corre fiera, vuela ave, pece nada,
De quien con atencion no sea escuchada
La triste voz del triste llanto mio;
Y aunque en la fuerza sea del estío
Al viento mi querella encomendada,
Cuando á cada cual dellos mas le agrada,
Fresca cueva, árbol verde, arroyo frio,
A compasion movidos de mi llanto,
Dejan la sombra, el ramo y la hondura,
Cual ya por escuchar el dulce canto
De aquel que de Strimon en la espesura
Los suspendia cien mil veces. ¡Tanto
Puede mi mal y pudo su dulzura!

LI.

Tres veces de Aquilon el soplo airado
Del verde honor privó las verdes plantas,
Y al animal de Colcos otras tantas
Ilustró Febo su vellon dorado,
Despues que sigo, el pecho traspasado
De aguda flecha, con humildes plantas
¡Oh rubia Clori! tus pisadas santas
Por las floridas señas que da el prado.
A vista voy, tiñendo los alcores
En roja sangre, de tu dulce vuelo,
Que el suelo pinta de cien mil colores (16);
Tanto, que ya nos siguen los pastores
Por los extraños rastros que en el suelo
Dejamos, yo de sangre, tú de flores.

LII.

Al tramontar del sol la ninfa mia,
De flores despojando el verde llano,
Cuantas troncaba la hermosa mano,
Tantas el blanco pié crecer hacia.
Ondeábale el viento que corria
El oro fino con error galano,
Cual verde hoja de álamo lozano
Se mueve al rojo despuntar del dia;
Mas luego que ciñó sus sienes bellas
De los varios despojos de su falda,
Término puesto al oro y á la nieve,
Juraré que lució mas su guirnalda
Con ser de flores, la otra ser de estrellas,
Que la que ilustra el cielo en luces nueve.

LIII.

En el cristal de tu divina mano
De amor bebí el dulcísimo veneno,
Néctar ardiente que me abrasa el seno,
Y templar con la ausencia pensé en vano;
Tal, Claudia bella, del rapaz tirano
Es arpon de oro tu mirar sereno,
Que cuanto mas ausente dél, mas peno,
De sus golpes el pecho menos sano (17).
Tus cadenas al pié, lloro al ruido
De un eslabon y otro mi destierro,
Mas desviado, pero mas perdido.
¿Cuándo será aquel dia que por yerro
¡Oh serafin! desates, bien nacido,
Con manos de cristal nudos de hierro?

LIV.

A un ruiseñor.

Con diferencia tal, con gracia tanta
Aquel ruiseñor llora, que sospecho
Que tiene otros cien mil dentro del pecho (18),
Que alternan su dolor por su garganta;
Y aun creo que el espíritu levanta,
Como en informacion de su derecho,
A escribir del cuñado el atroz hecho
En las hojas de aquella verde planta.
Ponga pues fin á las querellas que usa,
Pues ni quejarse ni mudar estanza
Por pico ni por pluma se le veda;
Y llore solo aquel que su Medusa
En piedra convirtió, porque no pueda
Ni publicar su mal ni hacer mudanza.

LV.

Si ya la vista, de llorar cansada,
De cosa puede prometer certeza,
Bellísima es aquella fortaleza
Y generosamente edificada.
Palacio es de mi bella celebrada,
Templo de amor, alcázar de nobleza,
Nido del fénix de mayor belleza
Que bate en nuestra edad pluma dorada.
Muro que sojuzgais el verde llano,
Torres que defendeis el noble muro,
Almenas que á las torres sois corona;
Cuando de vuestro dueño soberano
Merezcais ver la celestial persona
Representadle mi destierro duro.

LVI.

Descripcion de una dama.

De pura honestidad templo sagrado,
Cuyo bello cimiento y gentil muro
De blanco nácar y alabastro duro
Fué por divina mano fabricado;
Pequeña puerta de coral preciado,
Claras lumbreras de mirar seguro,
Que á la esmeralda fina el verde puro
Habeis para viriles usurpado;
Soberbio techo, cuyas cimbrias de oro (19)
Al claro sol, en cuanto en torno gira,
Ornan de luz, coronan de belleza;
Idolo bello, á quien humilde adoro (20),
Oye piadoso al que por ti suspira,
Tus himnos canta y tus virtudes reza.

LVII.

A un arroyo.

¡Oh claro honor del líquido elemento,
Dulce arroyuelo de luciente plata (21),
Cuya agua entre la yerba se dilata
Con regalado son y paso lento (22);
Pues la por quien helar y arderme siento (23),
Mientras en tí se mira, Amor retrata
De su rostro la nieve y escarlata
En tu tranquilo y blando movimiento,
Véte como te vas; no dejes floja
La undosa rienda al cristalino freno
Con que gobiernas tu veloz corriente;
Que no es bien que confusamente acoja
Tanta belleza en su profundo seno
El gran señor del húmido tridente.

LVIII.

Raya, dorado sol, orna y colora
Del alto monte la lozana cumbre,
Sigue con agradable mansedumbre
El rojo paso de la blanca aurora;
Suelta las riendas á Favonio y Flora,
Y usando al esparcir tu nueva lumbre
Tu generoso oficio y real costumbre,
El mar argenta y las campañas dora,
Para que desta vega el campo raso
Bordes, saliendo Flérida, de flores (24);

(16) Otros leen: *que el cielo pinta.*
(17) Faria lee: *de tus golpes.*
(18) *Dentro en el pecho*, dice Espinosa.

(19) *A cuyas hebras de oro. — Texto de Espinosa.*
(20) Así Espinosa y Hoces; Faria lee:
Alto de amor, dulcísimo decoro.
(21) Así Espinosa y Hoces; Faria lee: *de corriente plata.*
(22) Así el texto de Espinosa; Hoces y Faria escriben:
Con regalado son, con paso lento.
(23) Pues ya por quien helar. — *Texto de Faria.*
(24) Así el texto de Espinosa; Hoces y Faria pusieron:
Borde, saliendo Flérida de flores.
Parece mas natural que el obsequio sea dirigido á Flérida, y no

Mas si no hubiere de salir acaso,
Ni el monte rayes, ornes ni colores,
Ni sigas de la aurora el rojo paso,
Ni el mar argentes ni los campos dores.

LIX.

Varia imaginacion, que en mil intentos,
A pesar gastas de tu triste dueño (25),
La dulce municion del blando sueño,
Alimentando vanos pensamientos,
Si traes los espíritus atentos (26)
Solo á representarme el grave ceño
Del rostro dulcemente zabareño,
Gloriosa suspension de mis tormentos,
El sueño, autor de representaciones,
En su teatro, sobre el viento armado,
Sombras suele vestir de bulto bello.
Siguelo: mostraráte el rostro amado,
Y engañarán un rato tus pasiones
Dos bienes, que serán dormir y vello.

LX.

Cual parece al romper de la mañana
Aljófar blanco sobre frescas rosas (27),
O cual por manos hecha artificiosas
Bordadura de perlas sobre grana,
Tales de mi pastora soberana
Parecian las lágrimas hermosas
Sobre las dos mejillas milagrosas
De quien mezcladas leche y sangre mana.
Lanzando á vueltas de su tierno llanto
Un ardiente suspiro de su pecho,
Tal que al mas duro canto enterneciera,
Si enternecer bastara un duro canto;
Mirad qué hará con un corazon hecho (28)
Que al llanto y al suspiro fué de cera.

LXI.

¿Cuál del Gánges márfil ó cuál de Paro
Blanco mármol, cuál ebano luciente,
Cuál ámbar rubio ó cuál oro fulgente (29),
Cuál fina plata ó cuál cristal tan claro,
Cuál tan menudo aljófar, cuál tan caro
Oriental zafir, cuál rubí ardiente,
O cuál en la dichosa edad presente,
Mano tan docta de escultor tan raro,
Bulto dellos formara, aunque hiciera
Ultraje milagroso á la hermosura
Su labor bella, su gentil fatiga,
Que no fuera figura al sol, de cera,
Delante de sus ojos su figura,
Oh rubia Clori, oh dulce mi enemiga?

LXII.

Suspiros tristes, lágrimas cansadas,
Que lanza el corazon, los ojos llueven,
Los troncos bañan y las ramas mueven
Destas plantas, á Alcides consagradas,
Mas del viento las fuerzas conjuradas
Los suspiros desatan y remueven,
Y los troncos las lágrimas se beben,
Por ellos y por ellas derramadas (30).
Hasta en mi tierno rostro aquel tributo
Que dan mis ojos, invisible mano
De sombra ó de aire me lo deja enjuto,
Porque aquel ángel fieramente humano
No crea mi dolor; y así, es mi fruto
Llorar sin premio y suspirar en vano.

LXIII.

A la sangría del tobillo de una dama.

Herido el blanco pié del hierro breve,
Saludable si agudo, amiga mia,
Mi rostro tiñes de melancolía
Mientras de rosicler tiñes la nieve.
Temo, que quien bien ama temer debe,
El triste fin de la que perdió el dia,
En roja sangre y en ponzoña fria
Bañado el pié que descuidado mueve.
Temo aquel fin, porque el remedio para
Si no me presta el sonoroso Orfeo
Con su instrumento dulce su voz clara.
Mas ¡ay! que cuando no mi lira, creo
Que mil veces mi voz te revocara,
Y otras mil te perdiera mi deseo.

LXIV.

No enfrene tu gallardo pensamiento (31)
Del animoso jóven mal logrado
El loco fin, de cuyo vuelo osado
Fué ilustre tumba el líquido elemento (32).
Las dulces alas tiende al blando viento,
Y sin que el torpe mar del miedo helado
Tus plantas moje, toca levantado
La encendida region del ardimiento.
Corona en puntas la dorada esfera
Do el pájaro real su vista afina,
Y al noble ardor regálese la cera;
Que al mar, do su sepulcro se destina,
Gran honra le será, y á su ribera
Que le hurte su nombre tu ruina.

LXV.

A unos álamos.

Gallardas plantas, que con voz doliente
Al osado Faeton llorastes vivas,
Y ya sin envidiar palmas ni olivas,
Muertas podeis ceñir cualquiera frente,
Así del sol estivo al rayo ardiente
Blanco coro de náyades lascivas
Precie mas vuestras sombras fugitivas
Que verde márgen de escondida fuente;
Así bese, á pesar del seco estío (33),
Vuestros troncos, y á un tiempo piés humanos,
El raudo curso deste undoso rio,
Que lloreis, pues llorar solo á vos toca
Locas empresas, ardimientos vanos,
Mi ardimiento en amar, mi empresa loca.

LXVI.

Caminando en dias lluviosos.

Cosas, Celalva mia, he visto extrañas:
Rasgarse nubes, desbocarse vientos (34),
Altas torres besar sus fundamentos,
Y vomitar la tierra sus entrañas;
Duras puentes romper cual tiernas cañas
Arroyos prodigiosos, rios violentos,
Mal vadeados de los pensamientos,
Y enfrenados peor de las montañas;
Los dias de Noé, gentes subidas
En los mas altos pinos levantados,
En las robustas hayas mas crecidas.
Pastores, perros, chozas y ganados
Sobre las aguas vi, sin forma y vidas,
Y nada temí mas que mis cuidados.

LXVII.

A una dama vestida de leonado.

Del color noble que á la piel vellosa
De aquel animal dió naturaleza,

que Flérida borde el campo, sin duda para que el poeta se recree. Como se ve, el texto legítimo parece ser el de Espinosa.

(25) Así Espinosa; Hoces y Faria leen *dulce*.

(26) Así Espinosa; el texto de Hoces y Faria dicen: *pues traes*.

(27) Así Espinosa; Hoces y Faria ponen: *blancas rosas*.

(28) Todas las ediciones dicen equivocadamente *habrá* por *hará*.

(29) Así Hoces: Espinosa lee: *á cual oro excelente*. Lo mismo lee Faria.

(30) Así Espinosa; Hoces y Faria dicen:

Mas ellos, y peor ellas derramadas.

(31) No pene tu gallardo pensamiento. — *Texto de Espinosa*.

(32) El húmedo elemento. — *Id*.

(33) Así Espinosa; Hoces escribe; *Y así bese*.

(34) Otros leen *cascarse*, y otros *casarse*.

Que de corona ciñe su cabeza,
Rey de las otras, fiera generosa,
Vestida vi á la bella desdeñosa,
Tal, que juzgué, no viendo su belleza,
Segun decia el color con su fiereza,
Que la engendró la Libia ponzoñosa;
Mas viéndola, que Alcides muy ufano
Por ella en tales paños bien podia
Mentir su natural, seguir su antojo,
Cual ya en Lidia torció con torpe mano
El huso, y presumir que se vestia
Del nemeo leon el gran despojo.

LXVIII.

A la enfermedad grave de una dama.

Sacra planta de Alcides, cuya rama
Fué toldo de la yerba, fértil soto,
Que al tiempo mil libreas le habeis roto,
De verdes hojas, de menuda grama,
Sed hoy testigos destas que derrama
Lágrimas Licio, y de este humilde voto
Que al rubio Febo hace, viendo á Cloto
De su Clori romper la vital trama.
Ardiente morador del sacro coro,
Si libre á Clori por tus manos deja
De alguna yerba algun secreto jugo,
Tus aras teñirá este blanco toro,
Cuya cerviz así desprecia el yugo
Como el de amor la enferma zagaleja.

LXIX.

Aunа casa de campo de una dama á quien celebraba.

¡Oh piadosa pared, merecedora
De que el tiempo os reserve de sus daños,
Pues sois tela do justan mis engaños
Con el fiero desden de mi señora!
Cubra esas nobles salas desde agora (35),
No estofa humilde de flamencos paños,
Do el tiempo pueda mas, sino en mil años
Verde tapiz de yedra vividora;
Y vos, aunque pequeño, fiel resquicio,
Porque del carro del cruel destino
No pendan mis amores por trofeos,
Ya que secreto, sedme mas propicio
Que aquel que fué en la gran ciudad de Nino
Barco de vistas, puente de deseos.

LXX.

A Guadalquivir, rio de Andalucía.

Rey de los otros rios caudaloso (36),
Que en fama claro, en ondas cristalino,
Tosca guirnalda de robusto pino
Ciñe tu frente y tu cabello undoso,
Pues dejando tu nido cavernoso
De Segura en el monte mas vecino,
Por el suelo andaluz tu real camino (37)
Tuerces soberbio, raudo y espumoso,
A mí, que de tus fértiles orillas
Piso, aunque ilustremente enamorado,
La noble arena con humilde planta (38),
Dime si entre las rubias pastorcillas
Has visto que en tus aguas se han mirado
Beldad cual la de Clori, ó gracia tanta.

LXXI.

A los celos.

¡Oh niebla del estado mas sereno,
Furia infernal, serpiente mal nacida!
Oh ponzoñosa víbora escondida
De verde prado en oloroso seno!
¡Oh entre el néctar de amor mortal veneno,
Que en vaso de cristal quitas la vida!
Oh espada sobre mí de un pelo asida,
De la amorosa espuela duro freno!
Vuélvete al lugar triste donde estabas,
¡Oh celo, del favor verdugo eterno!
O al reino, si allá cabes, del espanto (39);
Mas no cabrás allá, que pues há tanto
Que comes de tí mesmo y no te acabas,
Mayor debes de ser que el mismo infierno.

LXXII.

A Juan Rufo, jurado de Córdoba.

Culto jurado, si mi bella dama,
En cuyo generoso mortal manto
Arde como en cristal de templo santo,
De un limpio amor la mas ilustre llama (40),
Tu musa inspira, vivirá tu fama
Sin invidiar tu noble patria á Manto (41),
Y ornarte ha, en premio de tu dulce canto,
No de verde laurel caduca rama,
Sino de estrellas inmortal corona.
Haga pues tu dulcísimo instrumento
Bellos efectos, pues la causa es bella;
Que no habrá piedra, planta ni persona
Que suspensa no siga el tierno acento,
Siendo tuya la voz, y el canto de ella.

LXXIII.

Contra los que dijeron mal de las *Soledades* de DON LUIS.

Con poca luz y menos disciplina
Al voto de un muy crítico y muy lego
Salió en Madrid la *Soledad*, y luego
A palacio con lento pié camina.
Las puertas le cerró de la Latina
Quien duerme en español y sueña en griego (42),
Pedante gofo, que de pasion ciego,
La suya reza, y calla la divina.
Del viento es el pendon pompa ligera,
No hay paso concedido á mayor gloria,
Ni voz que no la acusen de extranjera.
Gastando pues en tanto la memoria
Ajena invidia mas que propia cera,
Por el Cármen la lleva á la vitoria.

LXXIV.

Sentéme á las riberas de un bufete
A jugar con el tiempo á la primera;
Pasóse el año, y luego á la tercera
Carta brujuleada me entró un siete.
Hizo mi edad cuarenta y cinco, y mete
Una corona la ambicion fullera,
Y aunque es de falso, dice que la quiera
La que traigo debajo del bonete.
Piérdese un vale, que el valer hogaño
No es muy seguro; no haya mazo alguno
Cuya madera pueda dar cuidado.
Entróme en la baraja, y no me engaño;
Que aunque pueda ganar ciento por uno,
Yo no quiero ver vacas en mi prado.

LXXV.

A cierta dama que se dejaba vencer del interés antes que del gusto.

Mientras Corinto, en lágrimas deshecho,
La sangre de su pecho vierte en vano,
Vende Lice á un decrépito indiano
Por cien escudos la mitad del lecho;
Mas ¿quién se maravilla deste hecho,
Sabiendo que halla ya paso mas llano,
La bolsa abierta, el rico pelicano,
Que el pelicano pobre abierto el pecho?

(35) Equivocadamente dicen las demás ediciones *falta*.
(36) Así Espinosa y Hoces; Faria y otros leen: *rio caudaloso*.
(37) *Por el monte*, dice Faria.
(38) *Tu noble arena*, dice Espinosa.

(39) En Hoces y Faria están trocados estos versos. El que es aquí primero es en sus textos segundo, y el segundo es primero. Sigo á Espinosa.
(40) De un limpio amor la mas profunda llama. — *Texto de Espinosa.*
(41) *A tanto*, dice el texto de Espinosa.
(42) Alusion á Quevedo.

Interés, ojos de oro como gato,
Y gato de doblones, no amor ciego,
Que leña y plumas gasta, cien arpones
Le flechó del aljaba de un talego.
¿Qué Tremecen no desmantela un trato,
Arrimando á este trato cien cañones?

LXXVI.

A la bajada de muchos señores caballeros de Madrid á socorrer la fuerza de la Maamora, que estaba cercada de moros (43).

¡A la Maamora, militares cruces!
¡Galanes de la corte, á la Maamora!
Sed capitanes en latin ahora
Los que en romance há tanto que sois duces.
¡Arma, arma, en silla, carga! ¿Qué arcabuces?
No golo, sino aquella cantimplora,
Las plumas riza, las espuelas dora,
Armese España ya contra avestruces.
Pica, Bufon, ¡oh tú, mi dulce dueño!
Partiendo me quedé, y quedando paso
A acumularte en Africa despojos.
¡Oh tú, cualquier que el agua pisas leño,
Escuche la vitoria yo, ó el fracaso
A la lengua del agua de mis ojos.

LXXVII.

A una señora de Cuenca, á quien llevó cartas de otras señoras de Córdoba, y le pagó el porte con hacer muestra de unas doncellas suyas muy feas.

¿Son de Tolú, ó son de Puerto-Rico,
Ilustre y hermosísima María,
O son de las montañas de Bugía
La fiera mona y el disforme mico?
Gracioso está el balcon, yo os certifico;
Desnudadle de hoy mas de celosía,
Goce Cuenca una y otra monería,
Dén á unos de cola, á otros de hocico.
Un papagayo os dejaré, Señora,
Pues ya tan mal se corresponde á ruegos
Y á cartas de señores principales,
Que os repita el parlero cada hora
Cómo es ya mejor Cuenca para ciegos,
Habiéndose de ver visiones tales.

LXXVIII.

A la ciudad de Valladolid, estando allí la corte.

Valladolid, de lágrimas sois valle,
Y no quiero deciros quien las llora;
Valle de Josafat, sin que en vos hora,
Cuanto mas dia, de juicio se halle.
Pisado he vuestros muros calle á calle,
Donde el engaño con la corte mora,
Y cortesano sucio os hallo agora,
Siendo villano un tiempo de buen talle.
Todos sois condes, no sin nuestro daño;
Dígalo el andaluz, que en un infierno
Debajo de una tabla escrita posa.
No encuentro al de Buendia en todo el año,
Al de Chinchon si agora, y el invierno
Al de Niebla, al de Nieva, al de Lodosa.

LXXIX.

A la confusion de la corte.

Grandes mas que elefantes y que abadas,
Títulos liberales como rocas,
Gentiles-hombres solo de sus bocas,
Ilustre cavaglier, llaves doradas;
Hábitos, capas digo remendadas,
Damas de haz y envés, dueñas con tocas,
Carrozas de á ocho bestias, y aun son pocas,
Con las que tiran y que son tiradas;
Cata-riberas, ánimas en pena,
Con Bartulos y Baldos la milicia (44),
Y los derechos con espada y daga;
Casas y pechos todo á la malicia,
Todos con perejil y yerba-buena:
Esta es la corte; buena pro les haga.

LXXX.

Entrando en Valladolid, estando allí la corte.

Llegué á Valladolid; registré luego
Desde el bonete al clavo de la mula;
Guardo el registro, que será mi bula
Contra el cuidado del señor don Diego.
Busqué la corte en él, y yo estoy ciego,
O en la ciudad no está ó se disimula;
Haciendo penitencia vi á la gula,
Que Platon para todos está en griego;
La lisonja hallé y la ceremonia
Con luto, idolatrados los caciques,
Amor sin fe, interés con sus birotes (45).
Todo se halla en esta Babilonia,
Como en botica grandes alambiques,
Y mas en ella títulos que botes.

LXXXI.

A la misma ciudad.

¿Vos sois Valladolid? Vos sois el valle
De olor? ¡Oh fragrantísima ironía!
A rosa oleis, y sois de Alejandría,
Que pide al cuerpo mas que puede dalle.
Serenísimas damas de buen talle,
No os andeis cocheando todo el dia,
Que en dos mulas mejores que la mia
Se pasea el estiércol por la calle.
Los que en esquinas vuestros corazones
Asais por quien alguna noche clara,
O vertió el pebre y os mechó sin clavos,
¿Pasais por tal, que sirvan los balcones,
Los dias á los ojos de la cara,
Las noches á los ojos de los rabos?

LXXXII.

A la tela de justar de Madrid, que la sacaron al campo.

Téngoos, señora Tela, gran mancilla.
— Dios la tenga de vos, señor soldado.
—¿Cómo estáis acá fuera?—Hoy me han echado,
Por vagamunda, fuera de la villa.
—¿Dónde están los galanes de Castilla?
—¿Dónde pueden estar sino en el Prado?
—¿Muchas lanzas habrán en vos quebrado?
—Mas respeto me tienen; ni una astilla.
—Pues ¿qué haceis ahí?—Lo que esta puente,
Puente de anillo; tela de cedazo,
Desear hombres como rios ella,
Hombres de duro pecho y fuerte brazo.
—Adios, Tela; que sois muy maldiciente,
Y esas no son palabras de doncella.

LXXXIII.

A una creciente del rio Manzanares.

Duélete de esa puente, Manzanares;
Mira que dice por ahí la gente
Que no eres rio para media puente,
Y que ella es puente para treinta mares.
Hoy arrogante te ha brotado á pares
Humildes crestas tu soberbia frente,
Y ayer me dijo humilde tu corriente
Que eran en marzo los caniculares.
Por el alma de aquel que ha pretendido
Con cuatro dragmas de agua de achicoria
Purgar la villa y darte lo purgado,
Me di cómo has menguado y has crecido,
Cómo ayer te vi en pena y hoy en gloria.
—Bebióme un asno ayer, y hoy me ha meado.

(43) Los nombres de los principales caballeros que acudieron al socorro de la villa de la Maamora se hallan en un curioso y raro librito intitulado: *Discurso historial de la presa que del puerto de la Maamora hizo el armada real de España en el año* 1614, por Agustin de Horozco. Madrid, por Miguel Serrano, 1615.

(44) Así Faria; Hoces lee *abades*.

(45) Así Hoces; Faria lee *bigotes*.

LXXXIV.

A la puente segoviana de Madrid, que está sobre el rio Manzanares.

Señora doña puente Segoviana,
Cuyos ojos están llorando arena,
Si es por el rio, muy en hora buena,
Aunque estás para viuda muy galana.
De estrangurria murió; no hay castellana
Lavandera que no llore de pena,
Y Fulano Sotillo se condena
De olmos negros á loba luterana.
Bien es verdad que dicen los doctores
Que no es muerto, sino que del estío
Le causan parasismos los calores;
Que á los principios de diciembre frio
De sus mulas harán estos señores
Que los orines dén salud al rio.

LXXXV.

A Pisuerga, rio que pasa por los muros de Valladolid.

Jura Pisuerga á fe de caballero
Que de vergüenza corre colorado
En pensar que de Esgueva acompañado
Ha de entrar á besar la mano á Duero.
Es sucio Esgueva para compañero,
Culpa de la mujer de algun privado,
Y perezoso para darle el lado,
Y así ha corrido siempre muy trasero.
Llegados á la puente de Simáncas,
Teme Pisuerga; que una estrecha puente
Temella puede el mar sin cobardía.
No se le da á Esguevilla cuatro blancas;
Mas ¿qué mucho, si pasa su corriente
Por mas estrechos ojos cada dia?

LXXXVI.

Al auto general de la fe que se celebró en la ciudad de Granada (46).

Bien dispuesta madera en nueva traza,
Que un cadahalso forma levantado,
Admiracion del pueblo desgranado
Por el humilde suelo de la plaza (47);
Cincuenta mujercillas de la raza
Del que halló en el mar enjuto vado,
Y la jurisprudencia de un letrado,
Cuyo ejemplo confunde y embaraza (48);
Dos torpes, seis blasfemos, la corona
De un fraile mal abierta y peor casada,
Y otro dos veces que él no menos ciego;
Cinco en estatua, solo uno en persona,
Encomendados justamente al fuego,
Fueron el auto de la fe en Granada.

(46) En el códice S 106 de la biblioteca Nacional se lee este mismo soneto contrahecho y con el epígrafe y las variantes que siguen:

Soneto de Diego de Soto y Aguilar, cuyo es lo escrito en el auto de la fe.

Bien dispuesta madera en nueva traza,
De cadahalso en forma levantado,
Admiracion del pueblo ya sentado
En el húmido suelo de la plaza;
Trece mujercillas de la raza
Del que halló en el mar enjuto vado
Y la jurisprudencia de un letrado,
Cuyo ejemplo confunde y amenaza;
Diez torpes, seis blasfemos, la corona
De un fraile mal abierta sin ardid,
Y otro no menos que él dos veces ciego;
Cuatro estatuas y siete en persona
Encomendados justamente al fuego
Fueron el auto de la fe en Madrid.

El auto este se hizo en 4 de julio de 1632.

(47) Por el húmido suelo de la plaza. — *Texto de Faria.*

(48) Así Hoces; Faria lee *amenaza.*

LXXXVII.

A Esgueva, rio que pasa por medio de Valladolid, donde echan todas las inmundicias de la ciudad.

¡Oh qué malquisto con Esgueva quedo,
Con su agua turbia y con su verde puente!
Miedo le tengo, y hallará la gente
En mis calzas los títulos del miedo.
Quiere ser rio, yo se lo concedo;
Corra, que necesaria es su corriente,
Con órden y ruido el que consiente
Antonio en su reglilla de ordo-pedo (49).
Camine ya con estos pliegos míos
Peon particular, quitado el parte (50),
Y ejecute en mis versos sus enojos;
Que le confesaré de cualquier arte
Que, como el mas notable de los rios,
Tiene llenos los márgenes de ojos.

LXXXVIII.

El Conde mi señor se va á Napóles,
Y el Duque mi señor se va á Francia;
Príncipes, buen viaje, que este dia
Pesadumbre daré á unos caracoles.
Como sobran tan doctos españoles,
A ninguno ofrecí la musa mia;
A un pobre albergue sí de Andalucía,
Que ha resistido á grandes, digo á soles.
Con pocos libros libres, libres digo
De expurgaciones, paso, y me paseo (51),
Ya que el tiempo me pasa como higo.
No espero en mi verdad lo que no creo;
Espero en mi conciencia lo que digo,
Mi salvacion, que es lo que mas deseo.

LXXXIX.

A la salida de la corte del duque de Humena, embajador del rey de Francia.

Despidióse el francés con grasa buena
(Con buena gracia digo, señor Momo);
Hizo España el deber con el Bandomo,
Y el pagar lo hará con el de Pena.
Reales fiestas le pidió al de Humena
La ya engastada Margarita en plomo,
Aunque no hay toros para Francia como
Los de Guisando su comida y cena.
Estrellóse la gala de diamantes
Tan al tope, que alguno fué topacio,
Y á un don Cristalian mintió linezas.
Partióse al fin, y tan brindadas antes
Nos dejó las saludes de palacio,
Que otro dia enfermaron sus altezas.

XC.

Contra los que dijeron mal del *Polifemo* de don Luis.

Pisó las calles de Madrid el fiero
Monoculo, galan de Galatea,
Y cual suele tejer bárbara aldea
Soga de gozques contra forastero;
Rigido un bachiller, otro severo,
Crítica turba al fin, si no pigmea,
Su diente afila y su veneno emplea
En el disforme cíclope cabrero.
A pesar del lucero de su frente,
Lo hacen escuro, y él en dos razones,
Que en dos truenos libró de su occidente,
«Si quieren, respondió, los pedantones
Luz nueva en hemisferio diferente,
Dén su memorial á mis calzones.»

XCI.

A lo poco que hay que fiar en el favor de los señores de la corte.

Señores cortegiantes, ¿quién sus dias
De codicioso gasta ó lisonjero

(49) Así Hoces; Faria lee *vido-pedo.*

(50) *Y con particular,* dice Faria.

(51) Así Faria; otros leen *expugnaciones.*

Con todos estos príncipes de acero,
Que me han desempedrado las encias?
Nunca yo tope con sus señorías,
Sino con media libra de carnero,
Tope manso, alimento verdadero
De jesuitas, santas compañías.
Con nadie hablo, todos son mis amos,
Quien no me da, no quiero que me cueste;
Que un árbol grande tiene gruesos ramos.
No me pidan que lie ni que preste,
Sino que algunas veces nos veamos,
Y sea el fin de mi soneto este.

XCII.

A cierto caballero que juzgaba lo que no entendia.

Música le pidió ayer su albedrío
A un descendiente de don Peranzúles;
Templáronle al momento dos baules
Con mas cuerdas que jarcias un navío.
Cantáronle de cierto amigo mio
Un desafío campal con dos gazules,
Que en ser por unos ojos entre azules,
Fué peor que gatesco el desafío.
Romance fué el cantado, y que no pudo
Dejarlo de entender, si el muy discreto
No era sordo, ó el músico era mudo;
Y de que lo entendió yo os lo prometo,
Pues envio á decir con don Bermudo
Que vuelvan á cantar aquel soneto.

XCIII.

A un señor titulado, que queriendo DON LUIS salir de la corte, le pidió le esperase para venirse juntos, y DON LUIS le esperó mas de un mes, pagando de vacío las mulas, y el señor se vino sin avisalle.

De chinches y de mulas voy comido;
Las unas culpa de una cama vieja (1),
Las otras de un señor que me las deja
Veinte dias y mas, y se ha partido.
De vos, madera anciana, me despido,
Miembros de algun navío de vendeja,
Patria comun de la nacion bermeja,
Que un mes sin deudo de mi sangre ha sido.
Venid, mulas, con cuyos piés me ha dado
Tal coz el que quizás tendrá mancilla
De ver que me comeis el otro lado.
Adios, corte envainada en una villa,
Adios, toril de los que has sido prado;
Que en mi rincon me espera una morcilla.

XCIV.

No mas moralidades de corrientes,
Bien sean de arroyuelos, bien de rios,
Corran apresurados ó tardíos;
Que no me hizo Dios conde de Fuentes.
A un rincon desviado de las gentes
Apelaré de todos sus desvíos,
Choza que abrigue ya los años mios,
Aunque pajas me cueste impertinentes.
Ministros de mi rey, mis desengaños
Los piés os besan desde acá, sea miedo
O reverencia á sátrapas tamaños.
Adios, mundazo, en mi quietud me quedo.
Por esconder mis postrimeros años
Al señor Nuncio, digo, al de Toledo.

XCV.

A don Pedro de Cárdenas y Angulo, disuadiéndole de salir al toro á la tarde, por ser muy manso.

Sali, señor don Pedro, esta mañana
A ver un toro que en un nacimiento
Con mi mula estuviera mas contento
Que alborotando á Córdoba la llana.
Romper la tierra he visto en su avezana (2)
Mas prójimos con paso menos lento (3),
Que él se entró en la ciudad tan sin aliento,
Y aun mas, que me dejó en la barbacana.
No desherreis vuestro zagal; que un clavo (4)
No ha de valer la causa, si no miente
Quien de la cuerda apela para el rabo.
Perdonadme el hablar tan cortesmente
De quien, ya que no alcalde por lo bravo,
Podrá ser, por lo manso, presidente.

XCVI.

Por niñería un picarillo tierno (5),
Huron de faltriqueras, sutil caza,
A la cola de un perro ató por maza,
Con perdon de los clérigos, un cuerno (6).
El triste perrinchon en el gobierno
De una tan gran carroza se embaraza;
Gritale el pueblo, haciendo de la plaza,
Si allá se alegran, un alegre infierno.
Llegó en esto una viuda mesurada,
Que entre los signos, ya que no en la gloria,
Tiene á su esposo, y dijo: «Es gran hajeza
«Que un gozque arrastre así una ejecutoria
Que ha obedecido tanta gente honrada,
Y aun se la ha puesto sobre su cabeza» (7).

XCVII.

Al túmulo de la reina nuestra señora doña Margarita.

No de fino diamante ó rubí ardiente (8),
Luces brillando aquel, este centellas,
Crespo volúmen vió de plumas bellas
Nacer la gala mas vistosamente,
Que obscuro el vuelo, y con razon doliente (9),
De la perla católica que sellas,
A besar te levantas las estrellas,
Melancólica aguja, si luciente.
Pompa eres de dolor, seña no vana
De nuestra vanidad; dígalo el viento,
Que, ya de aromas, ya de luces, tanto
Humo te debe. ¡Ay ambicion humana,
Prudente pavon, hoy con ojos ciento,
Si al desengaño se los das y al llanto!

XCVIII.

Al mismo asunto.

Máquina funeral, que de esta vida
Nos dices la mudanza, estando queda,
Pira, no de aromática arboleda,
Si á mas gloriosa fénix construida;
Bajel en cuya gabia esclarecida
Estrellas hijas de otra mejor Leda
Serenan la fortuna de su rueda,
La volubilidad reconocida;
Farol luciente sois, que solicita
La razon, entre escollos naufragante,
Al puerto, y á pesar de lo luciente,
Oscura concha de una Margarita
Que, rubí en caridad, en fe diamante,
Renace á nuevo sol ya en nuevo oriente.

XCIX.

Al túmulo que la ciudad de Córdoba hizo á las honras de la reina nuestra señora doña Margarita de Austria.

A la que España toda humilde estrado,
Y su horizonte fué dosel apenas,
El Bétis esta urna en sus arenas
Majestuosamente ha levantado.
¡Oh peligroso, oh lisonjero estado,
Golfo de escollo, playa de sirenas!
Trofeo son del agua mil entenas,
Que, aun rompidas, no sé si han recordado.
La Margarita pues, luciente gloria

(1) De una encina vieja.— *Texto de Faria.*
(2) Avezana es una cuadrilla de yuntas de arados.
(3) *Mis prójimos*, dice el texto de Faria.
(4) Zagal se llamaba un caballo deste caballero.
(5) *Por niñear*, dicen Faria y Gracian.
(6) Con perdon del bonete, un lego cuerno.—*Texto de Gracian.*
(7) Texto de Gracian; otros dicen: *y se la ha puesto.*
(8) Así Gracian; otros leen *y rubí.*
(9) Otros leen *oscura.*

Del sol de Austria, y la concha de Baviera,
Mas coronas ceñidas que vió años,
En polvo ya el clarin final espera,
Siempre sonante á aquel cuya memoria
Antes peinó que canas desengaños.

C.

A la capilla de nuestra Señora del Sagrario, que para entierro suyo reedificó suntuosísimamente en la santa iglesia de Toledo el cardenal arzobispo della, don Bernardo de Rójas y Sandoval.

Esta que admiras fábrica, esta prima
Pompa de la escultura, oh caminante,
En pórfidos rebeldes al diamante,
En metales mordidos de la lima,
Tierra sella que tierra nunca oprima;
Si ignoras cúya, el pié enfrena ignorante,
Y esa inscripcion consulta que elegante
Informa bronces, mármoles anima.
Generosa piedad urnas hoy bellas
Con majestad vincula, con decoro
A las heróicas ya cenizas santas
De los que á un campo de oro cinco estrellas
Dejando azules con mejores plantas,
En campo azul estrellas pisan de oro.

CI.

A la muerte de tres niñas hijas del duque de Feria.

Entre las hojas cinco generosa,
Si verde pompa, no de campo de oro,
Prendas sin pluma á ruiseñor canoro
Degolló mudas sierpe venenosa;
Al culto padre, no con voz piadosa,
Mas con gemido eterno y dulce lloro,
Armoniosas lágrimas al coro
De las aves oyó la selva umbrosa.
Lloró el Túria cristal, á cuya espuma
Dió poca sangre el mal logrado terno,
Terno de aladas cítaras suaves.
Que rayos hoy, sus cuerdas y su pluma,
Brillante siempre luz de un sol eterno,
Dulcemente dejaron de ser aves.

CII.

Al sepulcro de Dominico Greco, excelente pintor.

Esta forma elegante, oh peregrino,
De pórfido luciente dura llave,
El pincel niega al mundo mas suave,
Que dió espíritu al leño, vida al lino.
Su nombre, aun de mayor aliento dino
Que en los clarines de la fama cabe,
El campo ilustra de ese mármol grave:
Venéralo, y prosigue tu camino.
Yace el Griego; heredó naturaleza
Arte, y el arte estudio, Iris colores,
Febo luces, si no sombras Morfeo.
Tanta urna, á pesar de su dureza,
Lágrimas beba y cuantos suda olores,
Corteza funeral de árbol sabeo.

CIII.

Pálida restituye á su elemento
Su ya esplendor purpúreo casta rosa,
Que en planta dulce un tiempo, si espinosa,
Gloria del sol, lisonja fué del viento.
El mismo que espiró suave aliento
Fresca, espira marchita, y siempre hermosa,
No yace, no, en la tierra, mas reposa
Negándole aun el hado lo violento.
Sus hojas sí, no su fragrancia, llora
En polvo el patrio Bétis, hojas bellas,
Que aun en polvo el paterno Tajo dora.
Ya en nuevos campos una es hoy de aquellas
Flores que ilustra otra mejor aurora,
Cuyo caduco aljófar son estrellas.

CIV.

Al sepulcro de la duquesa de Lerma, mujer del primer duque don Francisco de Rójas y Sandoval, gran privado de Felipe III.

Ayer deidad humana, hoy poca tierra;
Aras ayer, hoy túmulo; ¡oh mortales!
Plumas, aunque de águilas reales,
Plumas son; quien lo ignora, mucho yerra.
Los miembros que hoy este sepulcro encierra,
A no estar entre aromas orientales,
Mortales señas dieran de mortales;
La razon abra lo que el mármol cierra.
La fénix que ayer Lerma fué su Arabia
Es hoy entre cenizas un gusano,
Y de conciencia á la persona sabia.
Si una urca se traga el Oceano,
¿Qué espera un bajel luces en la gabia?
Tome tierra, que es tierra el ser humano.

CV.

A la muerte violenta que Francisco Ravaillac dió al rey Enrique IV de Francia.

El Cuarto Enrico yace mal herido
Y peor muerto de plebeya mano,
El que rompió escuadrones y dió al llano
Mas sangre que agua Orion humedecido.
Glorioso francés esclarecido,
Conducidor de ejércitos, que en vano
De lilios de oro el ya cabello cano,
Y de guardia real ibas ceñido.
Una temeridad astas desprecia,
Una traicion cuidados mil engaña;
Que muros rompe en un caballo Grecia.
Armas burló el fatal cuchillo. ¡Oh España! (10)
Belona de dos mundos fiel te precia,
Y armada teme la nacion extraña.

CVI.

Al sepulcro de la duquesa de Lerma.

Lilio siempre real nací en Medina
Del cielo con razon, pues nací en ella;
Ceñí de un duque excelso, aunque flor bella,
De rayos mas que flores frente dina.
Lo caduco esta urna peregrina,
Oh peregrino, con majestad sella
Lo fragrante, entre una y otra estrella,
Vista no fabulosa determina.
Estrellas son de la guirnalda griega,
Lisonjas luminosas de la mia,
Señas escuras, pues ya el sol corona
La suavidad que espira el mármol. Llega:
Del muerto lilio es; que aun no perdona
El santo olor á la ceniza fria.

CVII.

Ceñida no, asombrada sí, la frente
De una y de otra verde rama obscura,
A los pinos dejando de Segura
Su urna lagrimosa, en son doliente
Llora el Bétis no lejos de su fuente,
En poca tierra ya mucha hermosura (11),
Tiernos rayos en una piedra dura
De un sol antes caduco que luciente.
¡Cuán triste sobre el pórfido se mira
Casta Vénus llorar su cuarta gracia,
Si lágrimas las perlas son que vierte!
¡Oh Antonio, oh tú, del músico de Tracia
Prudente imitador! tu dulce lira
Sus privilegios rompa hoy á la muerte.

CVIII.

A la muerte de dos damas de Córdoba.

Sobre dos urnas de cristal labradas,
De vidrio en pedestales sostenidas,
Llorando está dos ninfas ya sin vidas
El Bétis en sus húmidas moradas;

(10) Otros leen: *arcas burló el fatal cuchillo.*
(11) En poca tierra ver mucha hermosura

Tanto por su hermosura dél amadas,
Que, aunque las demás ninfas doloridas
Se muestran por tan tierno fin sentidas (12),
El, derramando lágrimas cansadas,
«Almas, les dice, vuestro vuelo santo
Seguir pienso hasta aquesos sacros nidos,
Do el bien se goza sin temer contrario;
Que vista esa belleza y mi gran llanto
Por el cielo, serémos convertidos,
En Géminis vosotras, yo en Acuario.

CIX.

Famoso monte, en cuyo vasto seno
Duras cortezas de robustas plantas
Conservan aquel nombre en partes tantas (13)
De quien pagó á la tierra lo terreno;
Así cubra de hoy mas cielo sereno
La siempre verde cumbre que levantas,
Que me escondas aquellas letras santas
De que á pesar del tiempo has de estar lleno.
La corteza do están desnuda, ó viste
Su villano troncon de hierba verde,
De suerte que mis ojos no las vean.
Quédense en tu arboleda, ella se acuerde
De fin tan tierno, y su memoria triste,
Pues en troncos está, troncos la lean.

CX.

Al nacimiento de nuestro Señor.

Pender de un leño, traspasado el pecho,
Y de espinas clavadas ambas sienes,
Dar tus mortales penas en rehenes
De nuestra gloria, bien fué heróico hecho;
Pero mas fué nacer en tanto estrecho (14),
Donde para mostrar en nuestros bienes,
Adónde bajas y de dónde vienes,
No quiere un portalillo tener techo.
No fué esta mas hazaña ¡oh gran Dios mio! (15)
Del tiempo, por haber la helada ofensa
Vencido en tierna edad con pecho fuerte (16);
Que mas fué sudar sangre que haber frio (17),
Sino porque hay distancia mas inmensa
De Dios á hombre que de hombre á muerte.

CXI.

Al monte Santo de Granada.

Este monte, de cruces coronado,
Cuya siempre dichosa excelsa cumbre
Espira luz y no vomita lumbre,
Etna glorioso, Mongibel sagrado,
Trofeo es dulcemente levantado,
No ponderosa y grave pesadumbre,
Para oprimir en Flegra la costumbre (18)
Del bando contra el cielo conjurado.
Gigantes miden sus ocultas faldas,
Que á los cielos hielos hicieron fuerza, aquella
Que los cielos padecen fuerza santa.
Sus miembros cubre y sus reliquias sella
La bien pisada tierra; veneraldas
Con tiernos ojos, con devotas plantas.

CXII (19).

Urnas plebeyas, túmulos reales
Penetrad sin temor, memorias mias,
Por donde ya el verdugo de los dias
Con igual pié dió pasos desiguales;
Revolved tantas señas de mortales,
Desnudos huesos y cenizas frias,
A pesar de las vanas, si no pias,
Caras preservaciones orientales;
Bajad luego al abismo, en cuyos senos
Blasfeman almas, y en su prision fuerte
Hierros se escuchan siempre y llanto eterno,
Si quereis, oh memorias, por lo menos
Con la muerte libraros de la muerte
Y el infierno vencer con el infierno.

CXIII.

A la purísima Concepcion de nuestra Señora, donde se glosó el último pié en un certámen poético:

Virgen pura, si el sol, luna y estrellas.

GLOSA.

Si ociosa no asistió naturaleza,
Admirada, á la tuya, oh gran Señora,
Concepcion limpia, donde ciega ignora
Lo que muda admiró de tu pureza,
Díganlo, oh Vírgen, la mayor belleza
Del dia cuya luz tu manto dora,
La que calza nocturna brilladora,
Los que ciñen carbunclos tu cabeza.
Pura la iglesia ya, *pura* te llama
La escuela, y todo pio afecto sabio
Cultas en tu favor da plumas bellas;
¿Qué mucho pues, si aun hoy sellado el labio,
Si la naturaleza aun hoy te aclama
Vírgen pura, si el sol, luna y estrellas?

CXIV.

A la beatificacion de san Ignacio, en un certámen poético, donde se glosó el último pié:

Ardiendo en aguas muertas llamas vivas.

GLOSA.

En tenebrosa noche, en mar airado (20),
Al través diera un marinero ciego
De dulce voz y de homicida ruego,
De sirena mortal lisonjeado,
Si el fervoroso celador cuidado
Del grande Ignacio no ofreciera luego
Farol divino su encendido fuego
A los cristales de un estanque helado.
Trueca las velas el bajel perdido,
Y escollos juzga que en el mar se lavan,
Las voces que en la arena oye lascivas;
Besa el puerto, altamente conducido
De las que para norte suyo estaban
Ardiendo en aguas muertas llamas vivas.

CXV.

A unas fiestas de cañas y toros en la plaza de Valladolid.

La plaza un jardin fresco, los tablados
Un encañado de diversas flores,
Los toros doce tigres matadores,
A lanza y á rejon despedazados;
La jineta dos puestos coronados
De príncipes, de grandes, de señores;
Las libreas bellísimos colores,
Arcos del cielo, ó propios ó imitados;
Los caballos, fabonios andaluces,
Gastándole al Perú oro en los frenos,
Y los rayos al sol en los jaeces.
Al trasponer de Febo ya las luces
En mejores adargas, aunque menos,
Pisuerga vió lo que Genil mil veces.

CXVI.

Deja el monte, garzon bello, no fies
Tus años dél y nuestras esperanzas;
Que murallas de red, bosques de lanzas
Menosprecian los fieros jabalies.

(12) Así Espinosa; Hoces y Faria leen: *de su tierno fin sentidas.*
(13) Así Espinosa; Hoces lee *contienen.* Lo mismo pone Faria.
(14) Pero ¿qué fué nacer en tanto estrecho?— *Textos de Faria y de Gracian.*
(15) *No fué esta gran hazaña,* dicen Hoces y Faria. Sigo el texto de Espinosa.
(16) Espinosa lee: *venciendo en flaca edad.*
(17) Espinosa escribe: *que hacer frio.*
(18) Así Espinosa; Hoces lee:
Para oprimir sacrílega costumbre.
(19) Segun parece del códice de Ribas Tafur, hoy del señor Guerra y Orbe, este soneto no es de GÓNGORA.
(20) *En temerosa noche*, dice Gracian.

En sangre á Adónis, si no fué en rubíes,
Tiñeron mal celosas asechanzas,
Y en urna breve funerales danzas
Coronaron sus huesos de alhelíes.
Deja el monte, garzon; poco luciente
Venablo en Ida aprovechó al mozuelo,
Que estrellas pisa agora en vez de flores.
Cruel verdugo el espumoso diente,
Torpe ministro fué al ligero vuelo;
No sepas mas de celos y de amores,

CXVII.

Volvió al mar Alcion, volvió á las redes
De cáñamo, excusando las de hierro;
Con su barquilla redimió el destierro,
Que era desvío y parecia mercedes.
Redujo el pié engañado á las paredes
De su alquería y alfragoso cerro (21)
Que ya con el venablo y con el perro
Pisa Lesbin, segundo Ganimédes,
Gallardo hijo suyo, que los remos
Menospreciando con su bella hermana,
La montería siguen importuna,
Donde la ninfa es Febo y es Diana,
Que en sus ojos del sol los rayos vemos,
Y en su arco los cuernos de la luna.

CXVIII.

Contra los que dijeron mal de las *Soledades* de DON LUIS.

Restituye á tu mudo horror divino,
Amiga soledad, el pié sagrado,
Que cautiva lisonja es del poblado
En hierros breves pájaro ladino.
Prudente cónsul, de las selvas dino,
De impedimentos busca desatado
Tu claustro verde, en valle profanado
De fiera menos que de peregrino.
¡Cuán dulcemente de la encina vieja
Tórtola viuda al mismo bosque incierto
Apacibles desvíos aconseja!
Endeche el siempre amado esposo muerto
Con voz doliente; que tan sorda oreja
Tiene la soledad como el desierto.

CXIX.

A una enfermedad de don Antonio de Pázos, obispo de Córdoba.

Deste mas que la nieve blanco toro,
Robusto honor de la vacada mia,
Y destas aves dos, que el nuevo dia
Saludaban ayer con dulce lloro,
A tí, el mas rubio dios del alto coro,
De sus entrañas hago ofrenda pia,
Sobre este fuego, que vencido envia
Su humo al ámbar y su llama al oro;
Porque á tanta salud se ha reducido
El nuestro sabio docto pastorcico (22),
Que aun los que por nacer están lo vean,
Ya que de tres coronas no ceñido,
Al menos mayoral del Tajo, y sean
Grana el gaban, armiños el pellico.

CXX.

A Juan de Villégas Cebállos, gobernador del estado de Luque.

En villa humilde si, no en vida ociosa,
Vasallos riges con poder no injusto,
Vasallos de tu dueño, si no augusto,
De estirpe en nuestra España generosa.
Del bárbaro ruido á curiosa
Dulce leccion te hurta tu buen gusto;
Tal del muro abrasado hombro robusto
De Anquise redimió la edad dichosa.
No invidies, oh Villégas, del privado
El palacio gentil, digo el convento,
Adonde hasta el portero es presentado.
De la tranquilidad pisa contento
La arena enjuta, cuando en mar turbado
Ambicioso bajel da lino al viento.

CXXI.

A este que admiramos en luciente,
Emulo del diamante, limpio acero,
Cual nos lo ha dado España caballero,
Que es de la guerra Marte y rayo ardiente (23),
Laurel ceñido pues debidamente,
Las coyundas le lian del severo
Suave yugo, que al lombardo fiero
Le impidió si, no le oprimió la frente.
¿Qué mucho, si frustró su lanza arneses,
Si fulminó escuadrones ya su espada,
Si conculcó estandartes su caballo?
Del Cambresi lo digan los franceses;
Mas no lo digan, no; que en trompa alada
Musa aun no sabrá culta celebrallo.

CXXII.

A Liofares risueños de Abilela (24)
El blanco alterno pié fué vuestra risa
En cuantos ya tañeis coros, Belisa,
Undosa de cristal, dulce vihuela,
Instrumento hoy de lágrimas; no os duela,
Su epiciclo, de donde nos avisa
Que rayos ciñe, que zafiros pisa,
Que sin moverse, en plumas de oro vuela.
Pastor os duda amante, que si triste (25)
La perdió su deseo en vuestra arena,
Su memoria en cualquier region la asiste;
Lagrimoso informante de su pena
En las cortezas que el aliso viste,
En los suspiros cultos de su avena.

CXXIII.

A fray Hortensio Félix Paravicino, de la órden de la Santísima Trinidad, predicador de su majestad, diciéndole del sufrimiento y tolerancia con que el confesor del Rey despachaba los muchos negocios que tenia.

Al que de la conciencia es del Tercero
Filipo digno oráculo prudente,
De una y otra saeta impertinente,
Si mártir no le vi, le vi terrero.
Tanto pues le ceñia ballestero
Cuanta le estaba coronando gente,
Dejándole el concurso el expediente
Hecho pedazos, pero siempre entero.
Hortensio mio, si esta llamo audiencia,
¿Cuál llamaré robusta montería,
Donde cien flechas cosen un venado?
Ponderé en nuestro dueño una paciencia,
Que en la atencion modesta fué alegría
Y en la resolucion sucinto agrado.

CXXIV.

Al tronco descansaba de una encina
Que invidia de los bosques fué lozana,
Cuando segur legal una mañana
Alto horror me dejó con su ruina.
Laurel que de sus ramas hizo dina
Mi lira, ruda si, mas castellana,
Hierro luego fatal su pompa vana
Culpa tuya, Caliope, fulmina (26).
En verdes hojas cano el de Minerva
Arbol culto, del sol yace abrasado,
Aljófar sus cenizas de la yerba.
¡Cuánta esperanza miente á un desdichado!
¿A qué mas desengaños me reserva?
A qué escarmientos me vincula el hado?

(21) *Que al fragoso cerro*, dice Faria.
(22) Así Faria; otros leen: *pastor rico*.

(23) Otras ediciones dicen:

Que de la guerra Flándes rayo ardiente.

(24) Otros leen *visela*.
(25) Así Faria; otros leen: *duda amante*, en vez de *duela*.
(26) Así Hoces; Faria lee: *culpa mia*.

CXXV.

A una dama que estando dormida le picó una abeja en la boca.

Al tronco Fílis de un laurel sagrado
Reclinado el convexo de su cuello,
Lamia en ondas rubias el cabello,
Lascivamente al aire encomendado.
Las hojas del clavel, que habia juntado
El silencio en un labio y otro bello,
Intentaba violar, y pudo hacello,
Sátiro mal de yedras coronado;
Mas la invidia interpuesta de una abeja
Dulce, libando púrpura al instante,
Previno la dormida zagaleja.
El semidios, burlado, petulante,
En atenciones tímidas la deja
De cuanto bella tanto vigilante.

CXXVI.

En la manchada holanda del tributo
Que todas las kalendas paga Lice
Cogió una rana Clito, el infelice
Esposo suyo, felizmente astuto.
Púsole en odio el adulterio, fruto
Del ranicidio, segun Plinio dice;
De hoy mas ni Tolomeo á Berenice
De casta alabe, ni á su Porcia Bruto.
¡Oh César! Oh repúblicas! Oh reyes!
Si Lice excede á egipcias y á romanas,
Edilicalde á Clito estatuas y arcos.
Perezca la ley julia, vengan ranas,
Pesquen los magistrados por los charcos,
Pues mas pueden las ranas que las leyes.

CXXVII.

Deprecacion á la Vírgen nuestra Señora por la salud del rey nuestro señor don Felipe III.

En vez, Señora, del cristal luciente,
Licuores nabateos espirante,
Los faroles, ya luces de levante,
Las banderas ya sombras de occidente;
Las fuerzas litorales que á la frente
Harán de Africa gémino diamante,
Tanto disimulado al fin turbante
Con generosidad expulsó ardiente.
Votos de España son, que hoy os consagra
Sufragios de Felipo, á cuya vida
Aun los siglos del fénix sean segundos.
Fiebre pues tantas veces repetida
Perdone al que es católica visagra,
Para mas gloria vuestra, de ambos mundos.

CXXVIII.

Erase en Cuenca lo que nunca fuera,
Erase un caminante muy ayuno;
Pidió un mollete, si habia tierno alguno,
Y diéronle un bizcocho de galera.
Desta impiedad fué un ángel la arrobera;
Y si pidiera mas el importuno,
Le dieran los peñascos uno á uno
Que Júcar baña en su áspera ribera.
De bizcochos apela el caminante
Para piedras; que en Cuenca eso se usa,
Y deso están las piedras tan comidas.
Quizá vieron el rostro de Medusa
Estos peñascos, como lo vió Atlante,
O damas son de pedernal vestidas.

CXXIX.

Esta de flores, cuando no divina,
Industriosa union, que ciento á ciento
Las abejas, con rudo no argumento,
En ruda sí confunden oficina;
Cómplice Prometeo en la rapina
Del voraz fué, del lúcido elemento,
A cuya luz suave es alimento,
Cuya luz su recíproca es ruina.
Esta pues confusion, hoy coronada
Del esplendor que contra sí fomenta,
Por la salud ¡oh Vírgen Madre! erijo
Del mayor rey, cuya invencible espada
En cuanto Febo dora y Cintia argenta
Trompa es siempre gloriosa de tu Hijo.

CXXX.

Al túmulo que la villa de Madrid hizo á las honras del rey nuestro señor don Felipe III.

Este funeral trono, que luciente,
A pesar de esplendores tantos, piensa
Fragante luto hacer la nube densa
De los aromas que lloró el Oriente;
Avaro riega con rigor decente,
Y ponderoso oprime sin ofensa
En breve, mas real polvo, la inmensa
Jurisdicion de un cetro, de un tridente.
Rey de ambos mundos, freno de ambos mares,
Rey pues santo, que ya Africa dió almenas
A sus pendones y á su Dios altares;
Que las reliquias expelió agarenas
De nuestros ya mas de hoy seguros lares,
Rayos ciñe en regiones mas serenas.

CXXXI.

Al conde de Lémos, que fué virey de Nápoles.

Florido en años, en prudencia cano,
Riberas del Sebeto, rio que apenas
Humedecen sus aguas sus arenas,
Gran freno moderó tu cuerda mano;
Donde mil veces escuchaste en vano
Entre los remos y entre las cadenas,
No ya ligado al árbol, las sirenas
Del lisonjero mar napolitano.
Quede en mármol tu nombre esclarecido,
Firme á las ondas, sordo á la armonia,
Blason del tiempo, escollo del olvido.
¡Oh águila de Castro! que algun dia
Será para escribir tu excelso nido
Un cañon de tus alas pluma mia.

CXXXII.

Ave real, de plumas tan desnuda,
Que aun de carne voló jamás vestida,
Cuya garra, no en miembros dividida,
Inexorable es guadaña aguda;
Lisonjera á los cielos ó sañuda
Contra los elementos de una vida
Florida en años, en beldad florida,
Cual menos, piedad advierte ó duda (27).
No á deidad fabulosa hoy arrebata
Garzon que en vez del venatorio acero
Cristal ministre impuro, si no alado,
Espíritu que en cítara de plata
Al Júpiter dirige verdadero
Un dulce y otro cántico sagrado.

CXXXIII.

Aunque á rocas de fe ligada vea
Con lazos de oro la hermosa nave
Mientras en calma humilde, en paz suave,
Sereno el mar la vista lisonjea;
Y aunque el céfiro esté, porque lo crea,
Tasando el viento que en las velas cabe,
Y el fin dichoso del camino grave
En el aspecto celestial se lea (28),
He visto blanqueando las arenas
De tantos nunca sepultados huesos,
Que el mar de amor tuvieron por seguro,
Que de él no fio si sus flujos gruesos
Con el timon ó con la voz no enfrenas,
¡Oh dulce Arion, oh sabio Palinuro!

(27) Otros leen:

Cual menos piedad árbitra lo duda.

De cualquier modo me parece mal.

(28) Faria dice: *se vea*, pero es error.

CXXXIV.

Camina mi pension con piés de plomo,
El mio, como dicen, ya en la huesa;
Mas yo, á ojos cerrados, tenue ó gruesa,
Por dar mas luz, al mediodia la tomo.
Merced de la tijera, á punta ó lomo
Me conhorta de murtas una mesa;
Ollay la mejor voz es portuguesa,
Y la mejor ciudad de Italia *Como*.
No mas, no, borcegui ni chimenea;
Basten los años, que ni aun breve raja
Los profanó de cocina ó de aceituno.
¡Oh cuánto tarda lo que se desea!
Llegue; que no es pequeña la ventaja
De comer tarde al acostarse ayuno.

CXXXV.

Al rey nuestro señor don Felipe IV, ausente de la Reina nuestra señora.

Claro arroyuelo de la nieve fria
Bajaba mudamente desatado,
Y del silencio que guardaba el prado
Con labios de claveles se reia.
Con sus floridos márgenes partia,
Si no su amor Fileno, su cuidado;
No ha visto á su Belisa, y ha dorado
El sol casi los términos del dia.
Con lágrimas turbando la corriente,
El llanto en perlas coronó las flores,
Que ya volvieron en cristal la risa.
Llegó en esto Belisa,
La alba en los blancos lilios de su frente,
Y en sus divinos ojos los amores
Que de un casto veneno
La esperanza alimentan de Fileno.

CXXXVI.

Al marqués de Velada, que habiendo en unas fiestas reales muerto un toro y queriendo esperar otro, su majestad le mandó salir de la plaza.

Con razon, gloria excelsa de Velada,
Te admira Europa, y tanto, que celoso
Su robador mentido pisa el coso,
Piel este dia, forma no alterada.
Bajó tu fresno, y extinguió tu espada
En su sangre su espíritu fogoso,
Si de tus venas ya lo generoso
Poca arena dejó calificada.
Lloró su muerte el sol, y del segundo
Lunado signo su esplendor vistiendo,
A la satisfacion se disponia,
Cuando el monarca deste y de aquel mundo
Dejar te mandó el circo, previniendo
No acabes dos planetas en un dia.

CXXXVII.

Pidiendo cierta merced el autor á su majestad, y tratando de partirse á su casa, hizo este soneto.

De la merced, Señor, destituido (29),
Pues que lo quiso así la suerte mia,
De mis deudos iré á la compañía,
No poco de mis deudas oprimido.
Si haber sido del Cármen culpa ha sido
Sobre el que se me dió hábito un dia,
Huélgome que es templada Andalucía,
Ya que descalzo partó al patrio nido.
Mínimo pues, si capellan indino
Del mayor rey, monarca al fin de cuanto
Pisa el sol, lamen ambos Oceanos,
La fuerza obedeciendo del destino,
El cuádragesimál voto en tus manos,
Desengañado haré corrector santo.

(29) Así Faria; otros leen: *señores despedido.*

CXXXVIII.

A un libro que compuso el licenciado Fresno.

De vuestras ramas no la heróica lira
Suspende Apolo, mas en lugar della
La avena pastoral, ya ninfa bella,
Que en caña algun dios rústico suspira,
Si dulce sopla el viento, dulce espira.
Su voz y dulcemente se querella,
Tanto, que el áspid no la oreja sella,
Mas escucha la música sin ira.
Sois Fresno al fin, cuya agradable sombra
Mata el veneno, y así el docto coro
De las ninfas con casto movimiento
Seguro pisa la florida alfombra,
Y el pié descalzo del coturno de oro,
Ciñendo el tronco, honrando el instrumento.

CXXXIX.

El conde mi señor se va á Napóles
Con el Gran Duque; príncipes, adios;
De acémilas de haya no me fio,
Fanales sean sus ojos ó faroles.
Los mas cariredondos girasoles
Imitará, siguiéndoos, mi albedrío,
Y en vuestra ausencia, en el provecho mio (30)
Será un torrezno el alba entre las coles.
En sus brazos Parténope festiva,
De aplausos coronado Castilnovo,
En clarines de pólvora os reciba;
De las orejas yo teniendo al lobo,
Incluso esperaré en cualque misiva
Beneficio tan simple, que sea bobo.

CXL.

¿En año quieres que plural cometa
Infausto corte á las coronas luto,
Los vestigios pisar del griego astuto?
Por cuerdo te juzgaba, aunque poeta.
Con lanza espere otro y con trompeta
Mosquito Antoniano resoluto,
Y á pesar del verano mas enjuto (31),
Amor con botas, Vénus con bayeta;
Fresco verano, clavos y canela,
Nieve mal de una estrella dispensada,
Aposento en las gabias el mas bajo;
El primer dia folion, y pela
El segundo en cualquiera encrucijada,
Inundaciones del noturno Tajo.

CXLI.

A un libro del *Perfecto regidor*, que compuso don Juan de Aguado y Castilla, veinticuatro de Córdoba.

Generoso don Juan, sobre quien llueve
La docta erudicion su licor puro,
Con que nos dais en flor fruto maduro,
Y un bien inmenso en un volúmen breve;
Déle la eternidad, pues se le debe,
Para perpetuo acuerdo en lo futuro
A vuestro vulto heróico en mármol duro
Glorioso entalle de inmortal relieve,
Pues hoy da vuestra pluma nueva gloria
De Córdoba al clarísimo senado,
Y pone ley al español lenguaje
Con doctrina y estilo tan purgado,
Que al olvido hará vuestra memoria
Ilustre injuria, valeroso ultraje.

CXLII.

A un excelente pintor extranjero, que le estaba retratando.

Hurtas mi vulto, y cuanto mas le debe
A tu pincel, dos veces peregrino,
De espíritu vivaz el breve lino
En los colores que sediento bebe,
Vanas cenizas temo al lino breve,
Que émulo del barro le imagino,

(30) Otros dicen: *proverbio mio.*
(31) Así Faria; otros leen: *y aunque á pesar de tiempo.*

A quien (ya etéreo fuese, ya divino)
Vida le fió muda, esplendor leve.
Belga gentil, prosigue el hurto noble;
Que á su materia perdonará el fuego,
Y el tiempo ignorará su contextura.
Los siglos que en sus hojas cuenta el roble,
Arbol, los cuenta sordo, tronco, ciego;
Quien mas ve, quien mas oye menos dura.

CXLIII.

Yacen aquí los huesos malogrados
De una amistad que al mundo será una,
O ya para experiencia de fortuna,
O ya para escarmiento de cuidados.
Nació entre pensamientos, aunque honrados,
Grave al amor, á muchos importuna,
Tanto, que la mataron en la cuna
Ojos de invidia y de ponzoña armados.
Breve urna los sella como huesos,
Al fin, de malograda criatura;
Pero versos los honran inmortales,
Que quedarán en el sepulcro impresos,
Siendo la piedra Filismena dura,
Daliso el escultor, cincel sus males.

CXLIV.

La aurora, de azahares coronada (32),
Sus lágrimas partió con vuestra bota,
Ni de las peregrinaciones rota
Ni de sus conductores esquilmada;
De sus risueños ojos desatada,
Fragrante perla cada breve gota,
Por seráfica abeja fué devota,
A bota peregrina trasladada.
Uvas os debe Clio, mas ceciales;
Mínimas en el hábito, mas pasas,
A pesar del perifrasis absurdo.
Las manos de Alejandro haceis escasas,
Segunda la capilla del de Iláles,
Izquierdo Estéban, si no Estéban zurdo.

CXLV.

Al conde de Villamediana, curioso en piedras preciosas, caballos y pinturas.

Las que á otros negó piedras Oriente,
Emulos brutos del mayor lucero,
Te las expone en plomo su venero,
Si al metal ya no atadas, mas luciente.
Cuanto en tu camarin pincel valiente,
Bien sea natural, bien extranjero,
Afecta mudo voces, y parlero
Silencio en sus vocales tintas miente;
Miembros apenas dió al soplo mas puro
Del viento su fecunda madre bella,
Iris, pompa del Bétis, sus colores;
Que fuego él espirando, humo ella,
Oro te muerden en su freno duro,
¡Oh esplendor generoso de señores!

CXLVI.

Los blancos lilios que de ciento en ciento
Hijos del sol nos da la primavera,
A quien del Tajo soñ en la ribera
Oro su cuna, perlas su alimento;
Las frescas rosas, que ambicioso el viento
Con pluma solicita lisonjera,
Como quien de una y de otra hoja espera
Purpúreas alas, si lascivo aliento (33);
A vuestro gentil pié cada cual debe
Su beldad toda; ¿qué hará la mano,
Si tanto puede el pié, que ostenta flores?
Porque vuestro color venza su nieve,
Venza su rosicler, y porque en vano,
Hablando vos, espiren sus olores.

(32) Se cree que este soneto es contra Quevedo.
(33) Asi Faria; otros leen: *y lascivo.*

CXLVII.

Al viaje que hizo al Andalucía el rey nuestro señor Felipe IV, el año de 1624, que nevó y llovió en toda aquella tierra excesivamente.

Los dias de Noé bien recelara
Si no hubiera, Señor, jurado el cielo
En su arco tu piedad, ó hubiera el hielo
Dejado al arca ondas que surcara.
Denso es mármol la que era fuente clara
A ninfas que peinaba undoso pelo;
Montes corona de cristal el suelo;
Atado el Bétis á su márgen, para.
A inclemencias pues tantas no perdona
El fénix de Austria al mar, fiando al viento,
No aromáticos leños, sino alados.
Aun á tu iglesia mas que á su corona
Importan tus progresos acertados;
Serena aquel, aplaca este elemento.

CXLVIII.

A una enfermedad de Felipe IV, rey de España, nuestro señor.

Los rayos que á tu padre son cabello,
Barba, Esculapio, á ti peinas en oro;
Tu facultad en lira humilde imploro,
Dicte números Clio para ello.
Asiste al que dos mundos, garzon bello,
Veneran rey y yo deidad adoro;
Purpureará tus alas blanco toro
Que ignore yugo su lozano cuello.
Piedras lavó ya el Gánges, yerbas Ida;
Escondió á otros la de tu serpiente,
O mas limada hoy ó mas lamida;
En polvo, en jugo virtuosamente
Soliciten salud, produzgan vida,
Humano primer fénix siglos cuente.

CXLIX.

A Licito, caballero muy necio y muy rico.

Lugar te da sublime el vulgo ciego,
Verde ya pompa de la selva oscura;
Que no sin arte religion impura
Aras te destinó, te hurtó el fuego (34).
Mudo mil veces yo, la deidad niego,
No el esplendor á tu materia dura;
Idolos á los troncos la escultura,
Dioses hace á los idolos el ruego.
En lenguas mil de luz por tantas de oro
Fragrantes bocas el humor sabeo
Te aclama, ilustremente suspendido.
En tus desnudos hoy muros ignoro
Cuántas de grato señas te deseo,
Leño, al fin con lisonjas desmentido.

CL.

Mariposa, no solo no cobarde,
Mas temeraria, fatalmente ciega,
Lo que la llama al fénix aun le niega,
Quiere obstinada que á sus alas guarde,
Pues en su daño arrepentida tarde,
Del esplendor solicitada, llega
A lo que luce, y ambiciosa entrega
Su mal vestida pluma á lo que arde.
Yace gloriosa en la que dulcemente
Huesa le ha prevenido aguja breve,
Suma felicidad á yerro sumo.
No á mi ambicion contrario tan luciente,
Menos altivo, si cuanto mas leve,
Cenizas la hará si abrasa el humo.

CLI.

Menos solicitó veloz saeta,
Destinada señal, que mordió aguda,
Agonal carro por la arena muda
No coronó con mas silencio meta;
Que presurosa corre, que secreta,
A su fin nuestra edad, y ¿quién lo duda? (35)

(34) Otros leen: *al fuego.*
(35) Otros leen: *á quien lo duda.*

Fiera que sea de razon desnuda;
Cada sol repetido es un cometa.
Conliésalo Cartago, ¿y tú lo ignoras?
Peligro corres, Licio, si porfias
En seguir sombras y abrazar engaños.
Mal te perdonarán á ti las horas;
Las horas, que limando están los dias,
Los dias, que royendo están los años.

CLII.

En la capilla estoy, y condenado
A pasar sin remedio desta vida,
Siento la culpa mas que la partida,
Por hambre expulso como sitiado.
Culpa ha sido el ser yo tan desdichado,
Mayor de condicion tan encogida;
De ambas me acuso en esta despedida,
Por morir á lo menos confesado.
Examine mi suerte el hierro agudo,
Que á pesar de sus filos, me prometo
Alta piedad de vuestra excelsa mano;
Ya que mi encogimiento ha sido mudo,
Los números, Señor, deste soneto
Lenguas sean y lágrimas no en vano.

CLIII.

A la ciudad de Córdoba y su fertilidad.

¡Oh excelso muro, oh torres levantadas
De honor, de majestad, de gallardía!
Oh gran rio, gran rey de Andalucía,
De arenas nobles, ya que no doradas!
¡Oh fértil llano, oh sierras encumbradas,
Que privilegia el cielo y dora el dia!
¡Oh siempre gloriosa patria mia,
Tanto por plumas cuanto por espadas!
Si entre aquellas ruinas y despojos
Que enriquece Genil y Darro baña
Tu memoria no fué alimento mio,
Nunca merezcan mis ausentes ojos
Ver tus muros, tus torres y tu rio,
Tu llano y sierra, ¡oh patria, oh flor de España!

CLIV.

Oro no, rayo sí, flamante grana,
Como vuestra purpúrea edad agora,
Las dos que admite estrellas vuestra aurora,
Y soles, expondrá vuestra mañana.
Ave, aunque muda ya, emula vana
De la mas culta, de la mas canora,
En este, en aquel sauce que decora
Verdura sí, bien que verdura cana;
Insinuaré vuestra hermosura cuanta
Contiene hoy vuestro albor y dulce esfera
En horas no caducas este dia (36).
Responda pues mi voz á beldad tanta;
Mas no responderá aunque Apolo quiera;
Que la beldad es vuestra y la voz mia.

CLV.

Peinaba al sol Belisa sus cabellos
Con peine de marfil, con mano bella;
Mas no se parecia el peine en ella,
Como se oscurecia el sol en ellos.
En cuanto pues estuvo sin cogellos,
El cristal solo, cuyo márgen huella,
Bebia de una dulce y otra estrella
En tinieblas de oro rayos bellos.
Fileno en tanto, no sin armonía,
Las horas acusando, así invocaba
La segunda deidad del tercer cielo:
«Ociosa, Amor, será la dicha mia,
Si lo que debo á plumas de tu aljaba
No lo fomentan plumas de tu vuelo.»

(36) Otros leen: *vuestro dia.*

CLVI.

A una dama que, quitando del dedo una sortija de diamantes, se hirió con un alfiler, de que salió mucha sangre.

Prision del nácar era articulado
De mi firmeza un émulo luciente,
Un diamante ingeniosamente
En oro tambien él aprisionado.
Clóris pues, que su dedo apremiado
De metal aun precioso no consiente,
Gallarda un dia, sobre impaciente,
Lo redimió del vínculo dorado.
Mas ¡ay! que insidioso laton breve
En los cristales de su bella mano
Sacrílego divina sangre bebe;
Púrpura ilustró menos indiano
Marfil, envidiosa sobre nieve,
Claveles deshojó la aurora en vano.

CLVII.

Cuantas al Duero le he negado ausente,
Tantas al Bétis lágrimas le lio,
Y de centellas coronado el rio,
Fuego tributa al mar de urna ya ardiente.
Volcan desta agua y destas llamas fuente
Es, ingrata señora, el pecho mio;
Los suspiros lo digan que os envio,
Si la selva lo calla que lo siente.
Cenefas deste Eridano segundo
Cenizas son, igual mi llanto tierno
A la de Faeton loca experiencia.
Arde el rio, arde el mar, humea el mundo;
Si del carro del sol no es mal gobierno,
Lágrimas y suspiros son de ausencia.

CLVIII.

Cuantos forjare mas hierros el hado
A mi esperanza, tantos oprimido
Arrastraré cantando, y su ruido (37)
Instrumento á mi voz será acordado;
Jóven mal de la invidia perdonado,
De la cadena tarde redimido,
De quien, por no adorarle, fué vendido,
Por haberle vendido fué acordado.
¿Qué piedra se le opuso al soberano
Poder, calificado aun de real sello,
Que el remedio frustrase del que espera?
No tanto de la industria opuso en vano
Legal prudente aquesto, atento aquello,
Que pide admiracion, culto venera (38).

CLIX.

Sople rabiosamente conjurado
Contra mi leño el austro embravecido;
Que me ha de hallar el último gemido,
En vez de tabla, al ancora abrazado.
¿Qué mucho, si del árbol desatado,
Deidad no ingrata mi esperanza ha sido
En templo que, de velas hoy vestido,
Se venera de mástiles besado?
Los dos lucientes ya del cisne pollos,
Que Leda hijos adoptó, mi entena
Los testifique, dellos ilustrada.
¿Qué fuera del cuitado que entre escollos,
Que entre montes que cela el mar de arena,
Derrotado seis lustros há que nada?

CLX.

A una montería que hizo el rey don Felipe IV, nuestro señor, orillas de Manzanares, en que mató un jabalí.

Teatro espacioso á su ribera
El Manzanares hizo verde muro,
Su corvo márgen y su cristal puro
Hundosa puente á Calidonia fiera.

(37) Otros leen *arrostrare.*

(38) Así Faria y otros; Hoces pone así el segundo terceto:

Conducido alimenta de un cabello
Uno á otro profeta, nunca en vano
Fué el esperar aun entre tanta fiera.

En un hijo del Céfiro la espera,
Garzon real, vibrando un fresno duro,
De quien aun no estará Marte seguro,
Mintiendo cerdas en su quinta esfera.
Ambiciosa la fiera colmilluda,
Admitió la asta, y su mas alta gloria
En la deidad solicitó de España.
Muera feliz mil veces, que sin duda
Siglos ha de lograr mas su memoria,
Que frutos ha heredado la montaña.

CLXI.

Al serenísimo infante cardenal, arzobispo de Toledo, hermano de Felipe IV, rey de España, nuestro señor.

Purpúreo creced ya, raro luciente
Del sol de las Españas, que en dorado
Dosel el Tiber os verá sagrado
Leves dar algun dia á su corriente,
De coronas entonces vos la frente,
Vuestro padre de orbes coronado,
Deba el mundo un redil, deba un cayado
A vuestras llaves y á su espada ardiente.
Creced á fines tan esclarecidos,
¡Oh vos, á cuyo glorioso manto
Sombras son rubicundos esplendores,
Y en quien debidamente repetidos
De vuestros dos se ven progenitores
El nombre, lo católico, lo santo!

CLXII.

Sea bien matizada la librea,
Las plumas de un color, negro el bonete,
La manga blanca, no muy de roquete,
Y atada al brazo prenda de Niquea;
Cifra que hable, mote que lo sea,
Bien guarnecida espada de jinete,
Borceguí nuevo, plata y tafilete,
Jaez propio, bozal no de Guinea;
Caballo valenzuela bien tratado,
Lanza que junte el cuento con el hierro,
Y sin veleta el Amadís que espera
Entrar cuidosamente descuidado,
Firme en la silla, atento en la carrera,
Y quiera Dios no se atraviese un perro.

CLXIII.

A Vicente de Santana, músico de don Diego de Várgas, corregidor de Córdoba, que se venia á comer sin convidarlo.

A ganas de comer descomedidas
Convite cordobés, Vicente hermano;
Que á pájaros que vienen á la mano
Basta un valdrés y tres plumas fingidas.
A tordos que así buscan sus comidas,
Cañaveral en ellos, pues es llano
Que en Castillejo y en el Bejarano
Cebándolos están uvas podridas.
A Santana con hambre peregrino
San Lázaro le hospede, y sea este año,
Porque de sus carneros algo le ase.
Claridad mucha causa mucho daño;
Arrollad, Musa, vuestro pergamino,
Y dejad maliciosos en su clase.

CLXIV.

No sé qué escriba á vuestra señoría,
Que las nuevas de acá todas son viejas;
Falta de pan y sobra de pellejas,
Claro temor y escura valentía;
Pocos caballos, mucha infantería,
De la estéril cebada dando quejas,
Yeguas que correrán veinte parejas
Si el jinete no afloja ó se resfria;
Envidia propia, soledad extraña,
El gasto enano, el ánimo gigante,
Dada la extrema-uncion á la comedia;
El dinero arrimándose á una caña,
La milicia pidiendo con un guante,
Y mas habrá, si Dios no lo remedia.

CLXV (39).

Una vida bestial de encantamento,
Arpias contra bolsas conjuradas,
Mil vanas pretensiones engañadas,
Por hablar un oidor mover el viento;
Carrozas y lacayos, pajes ciento,
Hábitos mil con vírgenes espadas,
Damas parleras, cambios, embajadas,
Caras posadas, trato fraudulento;
Mentiras arbitreras, abogados,
Clérigos sobre mulas, como mulos,
Embustes, calles sucias, lodo eterno;
Hombres de guerra medio estropeados,
Títulos y lisonjas, disimulos:
Esto es Madrid, mejor dijera infierno.

CLXVI.

Tonante monseñor, ¿de cuándo acá
Fulminas lovenetos? Yo no sé
Cuánta pluma ensillaste para el que
Sirviéndote en la copa aun hoy está.
El garzon Frigio, á quien de bello da
Tanto la antigüedad, besara el pié
Al que mucho de España esplendor fué,
Y poca, aunque fatal, ceniza es ya.
Ministro, no grifaño, duro sí,
Que en Liparis Estérope forjó,
Piedra digo bezar de otro Perú,
Las hojas inflamó de un alhelí,
Y los acroceraunos montes no,
¡Oh Júpiter, oh tú, mil veces tú!

CLXVII.

A una rosa.

Ayer naciste, y morirás mañana,
Para tan breve ser ¿quién te dió vida?
¡Para vivir tan poco estás lucida,
Y para no ser nada estás lozana!
Si te engañó tu hermosura vana (40),
Bien presto la verás desvanecida,
Porque en esa hermosura está escondida (41)
La ocasion de morir muerte temprana.
Cuando te corte la robusta mano,
Ley de la agricultura permitida,
Grosero aliento acabará tu suerte.
No salgas, que te aguarda algun tirano;
Dilata tu nacer para tu vida (42);
Que anticipas tu sér para tu muerte.

CLXVIII (43).

Sella el tronco sangriento, no le oprime,
De aquel dichosamente desdichado,
Que de las inconstancias de su hado
Esta pizarra apenas lo redime.
Piedad comun en vez de la sublime
Urna que juntamente le han negado,
Padron le erige en bronce imaginado,
Que el tiempo en vano en las memorias lime.
Risueño con él, tanto como falso,
El mundo cuatro lustros en la risa
El cuchillo quizá envainaba agudo.
¡Desde el sitial, despues al cadahalso,
Precipitado! ¡Oh cuánto nos avisa!
Oh cuánta trompa es su ejemplo mudo!

CLXIX.

Al año climatérico de su edad.

En este occidental, en este ¡oh Licio!
Climatérico lustro de la vida,
Todo mal afirmado pié es caida,
Toda fácil caida es precipicio.

(39) En un códice que posee mi erudito amigo, el señor Guerra y Orbe, se asegura que no es de Góngora este soneto.
(40) Si tu hermosura te engañó mas vana.—*Texto de Gracian.*
(41) Así Gracian en el *Arte de ingenio;* otros leen: *tu hermosura.*
(42) Dilátate en nacer para tu vida.
(43) Parece ser este soneto á don Rodrigo Calderon.

Caduca el paso, ilústrese el juicio,
Desatándose va la tierra unida;
¿Qué prudencia del polvo prevenida
La ruina aguardó del edificio?
La piel, no solo sierpe venenosa,
Mas con la piel los años se desnuda,
Y un hombre no; ¡ciego discurso humano!
¡Oh aquel dichoso que, la ponderosa
Porcion depuesta en una piedra muda,
La leve da al zafiro soberano!

CLXX.

Ser pudiera tu pira levantada,
De aromáticos leños construida,
¡Oh fénix! en la muerte, si en la vida
Ave aun no de sus piés desengañada.
Muere en quietud dichosa y consolada,
A la region asciende esclarecida,
Pues de mas ojos que desvanecida
Su pluma fué, tu muerte es hoy llorada.
Purificó un cuchillo en vez de llama (44)
Su sér primero, y gloriosamente
De su vertida sangre renacido,
Alas vistiendo, no de mortal fama,
De cristiano valor si, de fe ardiente,
Mas deberá á su tumba que á su nido (45).

CLXXI (46).

Al Santísimo Sacramento.

Rebelde y pertinaz entendimiento,
Sed preso.—¿Quién lo manda?—Dios glorioso.
—¿Por qué?—Porque con ánimo dudoso
Negaste la obediencia al Sacramento.
—¿Quién ha de ejecutar el prendimiento?
—La voluntad y afecto piadoso.
—¿Quién es el carcelero riguroso?
—La fe, que enseña el conocimiento.
—Y la cárcel ¿cuál es?—La Iglesia santa.
¡Oh cárcel! clara luz deste hemisferio (47),
Dulce prision, que tal tesoro encierra;
Do el fruto deste altísimo misterio
Se goza con dulzura y gloria tanta,
Que excede cuanto bien hay en la tierra.

CLXXII.

Al túmulo que la ciudad de Córdoba hizo á las honras de la reina nuestra señora doña Margarita de Austria.

Icaro de bayeta, si de pino
Cielope no, tamaño como el rollo,
Volar quieres con alas á lo pollo,
Estando en cuatro piés á lo pollino.
¿Qué Dédalo te induce peregrino
A coronar de nubes el meollo,
Si las ondas, que el Bétis de su escollo
Desata, han de infamar tu desatino?
No dés mas cera al sol, que es bobería,
Funeral avestruz, máquina alada,
Ni alimentes gacetas en Europa.
Aguarda á la ciudad; que á mediodía,
Si maese Duelo no encapirotada,
La servirá maese Borracho en sopa (48).

CLXXIII.

A un mancebo que siendo donado de las monjas Corpus Christi de Córdoba, se fué, y volvió muy galan y casado de la corte.

Soror don Juan, ¿ayer silicio y jerga,
Holanda y sedas hoy? Ayer donado,
Hoy galan? Ayer dueña y hoy soldado?
¿Disciplinas anoche, y hoy pandnerga?
Algun demonio que en la corte alberga
Nos lo quiso enviar papirrandado;
¿Quién noslo encadenó? Quién lo ha enredado
Mas que una calabaza de Pisuerga?
Esclavo es fugitivo, y en cadenas (49)
Vuelve á su dueño, mas cadenas de oro
No son de esclavo, no, del Sacramento.
Mejor se la darán que en las ajenas
En la casa de Luna, y aposento
Mucho mejor que en el meson del Toro.

CLXXIV.

A un caballero que colgó en una capilla de un título un alfanje y una bandera.

¿Qué es? ¿hombre ó mujer lo que han colgado?
—Uno y otro: él dorado, ella amarilla;
—¿Cómo es su nombre? Alfanje y banderilla,
Moros ambos, y cada cual herrado.
—¿Qué quieren ser?—Vergüenza de un soldado,
Aunque él los cuelga aquí por maravilla.—
—¿Qué piden á la Iglesia?—Su capilla,
Si á necedades vale lo sagrado (50).
Pues maldito diablo, reconoce
Tu sentencia de olvido, y da la gloria
Al Conde tu señor de esos despojos.
Y pues quien fama y número á los doce
Le da, no cuelga señas de vitoria (51),
No hagas lenguas tú de nuestros ojos.

CLXXV.

A una junta de estudiantes en una casa que habia padecido incendio, y era de un convento, y se juntaban á murmurar en ella.

Señores académicos, mi mula,
Si el pienso ya no se lo desbarata,
En los cuadriles dicen que se mata
Por ser de la academia de la gula.
Su determinacion no disimula
De entrar en la academia, do se trata
De convertir en nuncio la anunciata,
Y su congregacion en farandula.
Teme la casa quien está mirando
Entrar buñuelos y salir apodos,
Y piensa que segunda vez se abrasa;
Y la verdad, no está muy mal pensando;
Que allí en lenguas de fuego hablan todos.
¡Padre Ferrer, cuidado con la casa!

CLXXVI.

A cierto hidalgo pobre que juntó de limosna el dote de dos hijas para entrarlas en religion.

Antes que alguna caja luterana
Convierta en Hernandico el mochilero,
Y antes que algun abad y ballestero
Le dé algun saetazo á Sebastiana,
Procuradles hoy antes que mañana,
Como padre cristiano y caballero,
A la una un seráfico mortero,
A la otra una dominica campana.
Si faltare la casa de los locos,
No os faltará Aguilar, á cuyo canto
Salta Pan, Vénus baila, Baco entona.
El se aprovechará de vuestros cocos,
De su rabazo vos, que es todo cuanto
Se pueden dar un galgo y una mona.

CLXXVII.

Al sepulcro de una mujer.

Yace debajo desta piedra fria
Mujer tan santa, que ni escapulario
Ni cordon ni correa ni rosario
De su cuerpo jamás se le caia.
Trajo veinte y dos años, dia por dia,
Un cilicio de cerdas ordinario;

(44) *Purificó el cuchillo* se lee en algunas ediciones.
(45) Parece ser este soneto á don Rodrigo Calderon.
(46) En un códice del siglo XVII, que para en poder del señor Guerra y Orbe, se afirma que no es de GÓNGORA este soneto.
(47) Otros leen:
¡Oh cárcel clara! luz deste hemisferio.
(48) Otros leen *maese Bochorno.*
(49) Otros leen: *fugitivo de cadenas.*
(50) Otros leen:
Si vale á necedades lo sagrado.
(51) Otros leen, en vez de *le da, creció.*

Todo el año ayunaba á san Hilario,
Porque nunca hilaba ni cosia.
Fué su casa un devoto encerramiento,
Donde iban á hacer los ejercicios
Y á llorar sus pecados las personas.
Murió sin olio, no sin testamento,
En que mandó á una prima sus oficios,
Y á cuatro amigas cuatro mil coronas.

CLXXVIII.

A los túmulos que hicieron las ciudades de Jaen, Ecija y Baza á las honras de la reina nuestra señora doña Margarita.

¡Oh bien haya Jaen, que en lienzo prieto,
De luces mil de sebo salpicado,
Su túmulo paró, y de pié quebrado
En dos antiguas trovas sin conceto.
Ecija se ha esmerado, y os prometo
Que en bultos de papel y pan mascado
Gastó gran suma, aunque no ha acabado
Entre catorce abades un soneto.
Todo es obras de araña con Baeza,
Donde fiel vasallo el regimiento,
Pinos corta, bayetas solicita.
Hallaron dos, y toman una pieza
Para el tumbo real ó monumento.
¡Nunca muriera doña Margarita!

CLXXIX.

A una enfermedad muy grave que tuvo en Salamanca don Luis, de que le tuvieron tres dias por muerto, y sanó.

Muerto me lloró el Tórmes en su orilla,
En un parasismal sueño profundo,
En cuanto don Apolo el rubicundo
Tres veces sus caballos desensilla.
Fué mi resurreccion la maravilla
Que de Lázaro fué la vuelta al mundo;
De suerte que yo soy otro segundo
Lazarillo de Tórmes en Castilla.
Entré á servir un ciego, que me envia
Sin alma vivo, y en un dulce fuego,
Que ceniza le hará la vida mia.
¡Oh qué dichoso que seria yo luego,
Si á Lazarillo le imitase un dia
En la venganza que tomó del ciego!

CLXXX.

Gracias os quiero dar sin cumplimiento,
Dulce fray Diego, por la dulce caja;
Tal sea el alaud de mi mortaja,
Y de mis guerras tal el instrumento.
Consagrad, musas, hoy vuestro talento
A la monja que almibar tal le baja,
Pues quien suele acabar en una paja
Sella agora el estómago contento.
Cualquier regalo de durazno ó pera
Acoto suyo, si podrá un amigo
Acotar un discípulo de Escoto.
Confieso que de sangre entendí que era
Cámara aquella, y si lo fué, yo digo
Que servidor seais, y no devoto.

CLXXXI.

Al sol, porque salió estando con una dama, y le fué forzoso dejarla.

Ya besando unas manos cristalinas,
Ya anudándome á un blanco y liso cuello,
Ya esparciendo por él aquel cabello
Que Amor sacó entre el oro de sus minas;
Ya bebiendo en aquellas piedras finas (1)
Palabras dulces mil sin merecello,
Ya cogiendo de cada labio bello
Purpúreas rosas sin temor de espinas,
Estaba, oh claro sol, envidioso,
Cuando tu luz, hiriéndome los ojos,
Mató mi gloria y acabó mi suerte.
Si el cielo ya no es menos poderoso,
Porque no dén los tuyos mas enojos,
Rayos, como á tu hijo, te dén muerte.

(1) Otros leen *Quebrando*.

CLXXXII.

A la pareja que corrieron don Bernardino de Mendoza y el marqués de Astorga.

Yo vi vuestra carrera, ó lo imagino,
Pues solo deja señas de creida;
Yo os vi tan uno, que os sobró una vida,
Veloz Marqués, alado Bernardino.
La saeta en el aire cristalino
No solo alcanzaréis, haréis dormida;
Tarde os puse la vista en la partida;
Tarde, porque primero fué el camino.
La vista os une, el número os difiere;
Ambos dicen verdad, aunque ninguno
De su verdad efectos manifiesta.
Dejad que os mire aquel que atento os viere,
Y haced por parecernos otra fiesta;
Que de igual nadie alaba lo que es uno.

CLXXXIII.

A las fiestas del nacimiento del príncipe don Felipe Dominico Víctor, y á los obsequios hechos al embajador de Inglaterra.

Parió la Reina; el luterano vino
Con seiscientos herejes y herejías,
Gastamos un millon en quince dias
En darles joyas, hospedaje y vino.
Hicimos un alarde ó desatino,
Y unas fiestas que fueron tropelías,
Al ánglico legado y sus espías
Del que juró la paz sobre Calvino.
Bautizamos al niño Dominico,
Que nació para serlo en las Españas;
Hicimos un sarao de encantamiento;
Quedamos pobres, fué Lutero rico;
Mandáronse escribir estas hazañas
A don Quijote, á Sancho y su jumento (2).

CANCIONES.

CANCIONES HEROICAS.

I.

A la toma de Larache, plaza fuerte de Africa, que se entregó por trato con Muley Jeque, rey de Fez, año de 1610.

En roscas de cristal serpiente breve (3),
Por la arena desnuda el Luceo yerra (4);
El Luceo, que con lengua al fin vibrante,
Si no niega el tributo, intima guerra
Al mar, que el nombre con razon le hebe,
Y las faldas besar le hace de Atlante.
Desta pues siempre abierta, siempre hiante (5)
Y siempre armada boca,
Cual dos colmillos, de una y otra roca,
Africa (ó ya sean cuernos de su luna,
O ya de su elefante sean colmillos)
Ofrece al gran Filipo los castillos,
Carga hasta aquí, de hoy mas militar pompa (6);
Y del fiero animal hecha la trompa
Clarin ya de la fama, oye la cuna,
La tumba ve del sol, señas de España,
Los muros coronar que el Luceo baña (7).

(2) Este soneto se atribuye por don Juan Antonio Pellicer, en la *Vida de Cervantes*, á don Luis de Góngora.

(3) Pellicer lee:

En rocas de cristal serpiente breve,
Por la arena desnuda el Luco yerra;
El Luco, que con lengua al fin vibrante,
Si no niega el tributo, intima guerra.

(4) Así Hoces; Faria, así en este verso como en el siguiente, lee *Lucus*.

(5) Hoces lee equivocadamente *tirante*. Sigo á Faria.

(6) *Caigan*, dice Hoces. Sigo á Faria.

(7) *Lucus*, segun Faria.

Las garras pues, las presas españolas
Del rey de fieras, no de nuevos mundos,
Ostenta el rio, y gloriosamente
Arrogándose márgenes segundos (8),
En vez de escamas de cristal, sus olas
Guedejas visten ya de oro luciente.
Brama, y menospreciándolo serpiente,
Leon ya no pagano,
Lo admira reverente el Oceano.
Brama, y cuantas la Libia engendra fieras,
Que lo escuchaban, elefante apenas,
Surcando ahora piélagos de arenas,
Lo distante interponen, lo escondido,
Al imperio feroz de su bramido.
Respóndenle confusas las postreras
Cavernas del Atlante, á cuyos ecos,
Si Fez se extremeció, tembló Marruecos.

Gloriosa y del suceso agradecida,
Dirige al cielo España en dulce coro
De sacros cisnes cánticos suaves,
A la alta de Dios si, no á la de un moro (9)
Bárbara majestad reconocida,
Por las fuerzas que le ha entregado llaves
De las mazmorras de Africa mas graves.
Forzadas no ya donde
De las fragnas que ardiente el Etna esconde
Llamas vomita, y sobre el yunque duro
Gime bronce, y Estérope no huelga,
Sino en las oficinas donde el belga
Rebelde anhela, el berberisco suda,
El brazo aquel, la espada este desnuda,
Forjando las que un muro y otro muro
Por guardas tiene llaves ya maestras
De nuestros mares, de las flotas nuestras.

Al viento mas opuesto abeto alado
Sus bajas plumas crea rico el seno,
De cuanta Potosí tributa hoy plata,
Leño frágil de hoy mas al mas sereno;
Copos fie de cáñamo anudado,
Seguro ya sus remos de pirata,
Piloto el interés, sus cables ata;
Cuando ya en el puerto,
Del soplo ocidental del golfo incierto,
Pescadora la industria flacas redes,
Que dió á la playa desde su barquilla (10),
Graves revoca á la espaciosa orilla
La libertad al fin, que salteada,
Señas ó de cautiva ó despojada
Dió un tiempo de Neptuno á las paredes,
Hoy bálsamo, espirantes cuelga ciento
Faroles de oro al agradecimiento.

Vuestra, oh Filipo, es la fortuna, y vuestra
Del Africa será la monarquia;
Vuestras banderas nos lo dicen, puesto
Duro yugo á los términos del dia,
En los mundos que abrevia tanta diestra;
Que si á las armas no, si no al funesto
Son de las trompas, que no aguardó á esto,
Avila su coluna
A vuestros piés rindió, á vuestra fortuna.
Calpe desde su opuesta cumbre espera
(Aunque lo ha dividido el mar en vano)
El término segundo del tebano,
Complicado al primero, y penetrada
La ardiente Libia vuestra ardiente espada;
Que el Tigris no en su bárbara ribera,
El Nilo si con militar decoro,
La sed os temple ya en celada de oro.

Verás cancion del César africano
Al nieto Augusto, armada un dia la mano,
Hacer de Atlante en la silbosa cumbre,
A las purpúreas cruces de sus señas,
Nuevos calvarios sus antiguas peñas.

(8) Así Faria; otros escriben *arrojándose*.
(9) A la alta de Dios, no á la de un moro.—*Texto de Faria.*
(10) Así Faria; otros en vez de *playa* leen *pluma*.

II.

A la armada que el rey Felipe II, nuestro señor, envió contra Inglaterra.

Levanta, España, tu famosa diestra
Desde el francés Pirene al moro Atlante,
Y al ronco son de trompas belicosas
Haz, envuelta en durísimo diamante,
De tus valientes hijos feroz muestra
Debajo de tus señas victoriosas,
Tal, que las flacamente poderosas
Fieras naciones contra tu fe armadas (11),
Al claro resplandor de sus espadas
Y á la de tus arneses fiera lumbre,
Con mortal pesadumbre
Ojos y espaldas vuelvan (12),
Y como al sol las nieves, se resuelvan;
O cual la blanca cera desatados (13)
A los dorados luminosos fuegos
De los yelmos gravados,
No menos que de fe, de vista ciegos (14);

Tú, que con celo pio y noble saña
El seno undoso al húmido Neptuno
De selvas inquietas has poblado,
Y cuantos en tus reinos uno á uno
Empuñan lanza contra la Bretaña,
Sin perdonar al tiempo, has enviado
En número de todos tan sobrado,
Que á tanto leño el húmido elemento
Y á tanta vela es poco todo el viento,
Fia que en sangre del inglés pirata
Teñirá de escarlata
Su color verde y cano
El rico de ruinas Oceano;
Y aunque de léjos con rigor traidas (15),
Ilustrarán tus playas y tus puertos (16)
De banderas rompidas,
De naves destrozadas y hombres muertos (17).

¡Oh ya isla católica y potente,
Templo de fe, ya templo de herejía,
Lumbre de Marte, escuela de Minerva (18),
Digna de que las sienes que algun dia
Ornó corona real de oro luciente
Ciña guirnalda vil de estéril yerba;
Madre dichosa y obediente sierva
De Arturos, de Eduardos y de Enricos,
Ricos de fortaleza, y de fe ricos;
Agora condenada á infamia eterna
Por la que te gobierna
Con la mano ocupada
Del huso en vez del cetro y de la espada,
Mujer de muchos, y de muchos nuera!
¡Oh reina infame (19); reina no, mas loba
Libidinosa y fiera!
¡Fiamma d'el ciel su le tue treccie piova!

Tú en tanto mira allá á los otomanos,
Las jonias ondas, que el Sicano bebe (20),
Sembrar de armados arboles y entenas,
Y con tirano orgullo en tiempo breve,
Domando cuellos y ligando manos,
Y sus remos hiriendo las arenas,

(11) Así Espinosa y Faria; Hoces escribe:
Tierras, naciones contra su fe armadas.
(12) Espinosa lee:
Ojos y espadas vuelvan.
(13) Así Espinosa; Hoces y Faria leen:
Y como al sol las nieblas se revuelvan,
O cual la blanda cera desatados.
(14) Sigo el texto de Espinosa; Hoces y Faria ponen:
Queden como de fe, de vista ciegos.
(15) *Caidas*, dice Faria.
(16) Así Espinosa.
(17) De naves destrozadas, de hombres muertos.—Así Hoces. Sigo á Espinosa.
(18) *Campo de Marte*, escriben Hoces y Faria.
(19) *¡Oh reina torpe!—Textos de Hoces y Faria.* Sigo el de Espinosa.
(20) Así Espinosa; Hoces y Faria ponen:
Las jonias aguas que el Sicano bebe.

Despoblar islas y poblar cadenas.
Mas cuando su arrogancia y nuestro ultraje
No encienda en ti un católico coraje,
Mira, si con la vista tanto vuelas,
Entre hinchadas velas
El soberbio estandarte
Que á los cristianos ojos, no sin arte,
Como en desprecio de la cruz sagrada,
Mas desenvuelve mientras mas tremola (21),
Entre lunas bordada
Del caballo feroz la crespa cola.
Fija los ojos en las blancas lunas,
Y advierte bien (en tanto que tú esperas
Gloria naval de las bretañas lides)
No se calen rayendo tus riberas,
Y pierdan el respeto á las colunas,
Llaves tuyas y término de Alcides (22);
Mas si con la potencia el tiempo mides (23),
Enarbola, oh gran madre, tus banderas (24),
Arma á tus hijos, vara tus galeras (25),
Y sobre los castillos y leones
Que ilustran tus pendones
Levanta aquel leon fiero
Del tribu de Judá, que honró al madero;
Que él hará que tus brazos esforzados
Llenen el mar de bárbaros nadantes,
Que entreguen anegados
Al fondo el cuerpo, al agua los turbantes.
Cancion, pues que ya aspira
A trompa militar mi tosca lira,
Despues me oirán (si Febo no me engaña)
El carro helado y la abrasada zona (26)
Cantar de nuestra España
Las armas y los triunfos y corona (27).

III.

Al año de 1600, que fué el tercero del reinado de Felipe III, nuestro señor.

Abra dorada llave
Las puertas de la edad y el nuevo Jano,
Pues entre siglos sabe
Que el tercer año guarda el tiempo cano,
Contando dia por dia
Para el tercer Felipo, á quien le envia.
Hoy lo introduzga á España,
De paz vestido y de vitoria armado;
La copia á la campaña
Rubias espigas dé con pié dorado,
La salud pise el suelo,
Purgando el aire y aplacando el cielo.
Tráiganos hoy, Lucina,
Al palacio real real venera
De nuestra perla fina,
Madre de perlas, y que serlo espera
De un sol luciente agora,
Si há pocos años que nació la aurora.
Venga alegre, y con ella
Vengan las gracias, que dichosas parcas,
Rayos de amiga estrella,
Hilen estambre digno de monarcas;
Cuide real fortuna
Del dulce movimiento de la cuna.
Felicidades sean
Las que administren sus primeros paños,
Las virtudes se vean
Mover el pié de sus segundos años,
Unas y otras edades
Virtudes sean y felicidades.
Armada á Pálas veo,
Soltar el huso y empuñar la lanza (28);
Lisonja es del deseo,
Corresponde el deseo á la esperanza.
Príncipe tendrá España;
Que nunca una deidad tanto se engaña (29).

IV.

A la armada en que pasaron los marqueses de Ayamonte á ser vireyes de Méjico.

Verde el cabello undoso,
Y de la barca el pié escamas vestido,
Aliento sonoroso
Daba Triton á un caracol torcido,
Y en las alas del viento
Voló el son para el último elemento.
Cuantos las aguas moran
Antiguos dioses y deidades nuevas,
Por las ondas que doran
Los rayos de la luz dejan sus cuevas,
Y ocupan los vacíos
Que á la playa perdonan los navíos.
«¿Veis, dice el dios marino,
Estas que de la barra á las arenas
Despliegan blanco lino,
Solicitan timon, calan entenas?
Nubes son, y no naves,
Carros de un sol en dos ojos suaves.
»En estos ojos bellos
Febo su luz, Amor su monarquía
Abrevian, y así en ellos
Parte á llevar al occidente el dia
Con naval pompa extraña
La gloria de los Zúñigas de España.
»Si á un sol los caracoles
Dejan su casa, dejan su vestido
A estos divinos soles,
El fondo es bien dejar mas escondido,
Y coronar su popa
Cuernos del toro que traslada Europa.
»Serenísimas plumas,
Vista del Alcion el austro insano;
Perlas sean las espumas,
Y las olas cristal del Oceano;
No hay cristal de roca
Que en solo el nombre cada bajel toca.
»Regale sus orejas
En dulce sí, mas bárbaro instrumento,
De corales y almejas,
De las ninfas el coro y su concento
No lisonjee aquel sueño,
Que la falsa armonía al griego leño.»

V.

Del mar, y no de Huelva,
Los escollos, el sol los muros raya,
Gimiendo el Alcion, era en la playa
Ruiseñor en la selva,
Cuando pescador pobre
Mucho despide, red de poco robre.
Al que le escuchó en vano
Golfo, á pesar del norte siempre inquieto,
Se queja del Amor, á quien sujeto
Obedece, tirano,
En las prisiones bellas
De la esfera mayor de sus centellas.
Escollo cristalino,
A quien el pescador cuanto padece,
Sentado, en su crueldad dulce le ofrece,
Sin hallar el divino
Canto alivio á sus quejas.
¡Triste del que á una roca pide orejas!

(21) Mas desenvuelve y mientras mas tremola. — *Texto de Espinosa.*
(22) Claves tuyas y término de Alcides. — *Id.*
(23) Mas si con la importancia el tiempo mides. — *Texto de Hoces y Faria.*
(24) Arbola ¡ oh gran monarca! tus banderas. — *Texto de Espinosa.*
(25) Arma á tus hijos para tus galeras. — *Id.* Sigo el de Hoces. *Varar*, segun Covarrubia, era echar al agua algun bajel, llevándole por algunos maderos, que llamaban *varas.*
(26) El carro helado á la abrasada zona. — *Texto de Hoces;* Faria dice: *carro alado.*
(27) Así Espinosa; Hoces escribe:
Las armas, los triunfos, las coronas.
(28) Otras ediciones dicen *hueso* en vez de *huso.*
(29) Otros leen: *Te engaña.*

VI.

Por este culto bien nacido prado,
Que torres lo coronan eminentes,
Que guarnece el cristal de Guadiana,
Su monte deja Apolo de dos frentes
Con una y otra musa soberana,
Sacro escuadron de abejas, si no alado,
Susurrante y armado
De liras de marfil, de plectros de oro;
Este pues docto enjambre y dulce coro,
Maravillas libando, no ya aquellas
Efímeras de flores
Que a la madre gentil de los amores
Deben, y á sus estrellas,
Tan breve ser, que en un dia que adquieren
Alegres nacen y caducas mueren,
Sino otras maravillas,
Que marchitar en vano
Pretende el tiempo desde las orillas,
Que los términos besan del tebano,
Hasta el hombro robusto
Del español Atlante,
Del muro de diamante
Del Pirineo adusto:
Sacras plantas, perpetuamente vivas,
Emulas no de palmas ni de olivas,
Que en duracion se burlan y en grandeza
De cuantas ostentó naturaleza;
Sino de las piramides de Egito,
De la estatua de Ródas,
Puesto que ya son todas
Polvos de lo que dellas está escrito,
Incultas se criaron y difusas
En lo que España encierra;
Pero ya poca tierra
Alimento las hace de las musas;
Que en este prado solo
Las ha querido recoger Apolo;
Donde sus sombras solicitan sueño,
Tal que el Dios se ha dormido
En el campo florido,
Y mudo pende su canoro leño,
Para quien luego apela
El docto enjambre que sin alas vuela,
Y con arte no poca
Las flores trasladando de su boca
A la sacra vihuela,
Dulzuras acrecientan á dulzuras.
El rubio dios recuerda,
Y pulsando una dulce y otra cuerda,
La métrica armonía
Que en Délfos algun dia
Al tiempo le hurtó cosas futuras,
De suavidad agora el prado baña.
Erudicion de España,
Goza lo que te ofrece
Este jardin de Febo,
Dulce Helicona nuevo,
Que torres honran y cristal guarnece;
Goza sus bellas plantas;
Que maravillas tantas
Admiraciones son y desenojos,
Néctar del gusto y gloria de los ojos.

CANCIONES AMOROSAS.

I.

A una dama, presentándola unas flores.

De la florida falda
Que hoy de perlas bordó el alba luciente,
Tejidos en guirnaldas
Traslado estos jazmines á tu frente,
Que piden, con ser flores,
Blanco á tus sienes y á tu boca olores.
Guarda destos jazmines
De abejas era un escuadron volante,
Ronco si de clarines,
Mas de puntas armado de diamante;
Púselas en huida,
Y cada flor me cuesta una herida.
Mas, Clori, que he tejido
Jazmines al cabello desatado,
Y mas besos te pido
Que abejas tuvo el escuadron armado;
Lisonjas son iguales
Servir yo en flores, pagar tú en panales.

II.

Corcilla temerosa,
Cuando sacudir siente
Al soberbio Aquilon con fuerza fiera
La verde selva umbrosa,
O murmurar corriente,
Entre la yerba corre tan ligera,
Que al viento desafia
Su voladora planta,
Con ligereza tanta,
Huyendo va de mi la ninfa mia,
Encomendando al viento
Sus rubias trenzas, mi cansado acento.
El viento delicado
Hace de sus cabellos
Mil crespos nudos por la blanca espalda,
Y habiéndose abrigado
Lascivamente en ellos,
A luchar baja un poco con la falda,
Donde, no sin decoro,
Por brújula, aunque breve,
Muestra la blanca nieve
Entre los lazos del coturno de oro;
Y así, en tantos enojos,
Si trabajan los piés, gozan los ojos.
Yo pues, ciego y turbado,
Viéndola cómo mide
Con mas ligeros piés el verde llano,
Que del arco encorvado
La saeta despide
Del parto fiero la robusta mano,
Y viendo que es mi mengua (30)
Lo que á ella le sobra,
Pues nuevas fuerzas cobra,
Apelo de los piés para la lengua,
Y en alta voz le digo:
«No huyas, ninfa, pues que no te sigo.»
Enfrena, oh Clori, el vuelo,
Pues ves que el rubio Apolo
Pone ya fin á su carrera ardiente;
Ten de tí misma duelo,
Depongo un rato solo
El honesto sudor tu blanca frente.
Bastante muestra has dado
De cruel y ligera,
Pues en tan gran carrera
Tu bellísimo pié nunca ha dejado
Estampa en el arena,
Ni en tu pecho cruel mi grave pena.
Ejemplos mil al vivo
De ninfas te pondria,
Si ya la antigüedad no nos engaña;
Por cuyo trato esquivo
Nuevos conoce hoy dia
Troncos el bosque y piedras la montaña;
Mas sírvate de aviso
En tu curso el de aquella,
No tan cruda ni bella,
A quien ya sabes que el pastor de Anfriso
Con pié menos ligero
La siguió ninfa y la alcanzó madero.
Quédate aquí, cancion, y pon silencio
Al fugitivo canto:
Que razon es parar quien corrió tanto.

III.

¡Qué de envidiosos montes levantados,
De nieves impedidos,
Me contienen tus dulces ojos bellos!
Qué de rios del hielo tan atados,

(30) Así Faria; Hoces escribe:
Y viendo que en mi mengua.

Del agua tan crecidos,
Me detienden el ya volver á vellos!
Y ¡cuál, burlando de ellos (31)
El noble pensamiento,
Por verte viste plumas, pisa el viento!
Ni á las tinieblas de la noche oscura
Ni á los hielos perdona,
Y á la mayor dificultad engaña;
No hay guardas hoy de llave tan segura,
Que nieguen tu persona,
Que no desmienta con discreta maña,
Ni emprenderá hazaña
Tu esposo cuando lidie,
Que no registre él, y yo no envidie (32).
Allá vuelas, lisonja de mis penas,
Que con igual licencia
Penetras el abismo, el cielo escalas;
Y mientras yo te aguardo en las cadenas
Desta rabiosa ausencia,
Al viento agravian tus ligeras alas.
Ya veo que te calas
Donde bordada tela
Un lecho abriga y mil dulzores cela (33).
Tarde batiste la envidiosa pluma,
Que en sabrosa fatiga
Vieras (muerta la voz, suelto el cabello)
La blanca hija de la blanca espuma,
No sé si en brazos diga
De un fiero Marte, de un Adónis bello,
Y anudada á su cuello,
Podrás verla dormida,
Y á él casi trasladado á nueva vida.
Desnuda el brazo, el pecho descubierta,
Entre templada nieve
Evaporar contempla un fuego helado,
Y al esposo en figura casi muerta,
Que el silencio le bebe
Del sueño, con sudor solicitado;
Dormid, que el dios alado,
De vuestras almas dueño,
Con el dedo en la boca os guarda el sueño;
Dormid, copia gentil de amantes nobles,
En los dichosos nudos
Que á los lazos de amor os dió himeneo;
Mientras yo, desterrado destos robles
Y peñascos desnudos,
La piedad con mis lagrimas granjeo (34);
Coronad el deseo
De gloria, en recordando
Sea el lecho de batallas campo blando.
Cancion, di al pensamiento
Que corra la cortina,
Y vuelva al desdichado que camina.

IV.

A don Diego Lopez de Haro, que murió niño.

Donde las altas ruedas
Con silencio se mueven,
Y á gemir no se atreven
Las verdes olorosas alamedas,
Por no hacer ruido
Al Létis, que entre juncias va dormido,
Sobre un peñasco roto,
Al tronco recostado
De un fresno levantado,
Que escogió entre los árboles del soto
Porque su sombra es flores,
Su dulce fruto dulces ruiseñores,
Coridon se quejaba
De la ausencia importuna,
Al rayo de la luna,
Que al perezoso rio le hurtaba,
Mientras que él no lo siente,
Espejos claros de cristal luciente.
«Injusto Amor, decia,
Pues permites que muera
En extraña ribera,
Que por extraña tengo ya la mia,
Válgame contra ausencia
Esperanzas armadas de paciencia.»

V.

Vuelas, oh tortolilla,
Y al tierno esposo dejas
En soledad y quejas,
Vuelves despues gimiendo,
Recibete arrullando,
Lasciva tú, si él blando;
Dichosa tú mil veces,
Que con el pico haces
Dulces guerras de amor y dulces paces.
Testigo fué á tu amante
Aquel vestido tronco
De algun arrullo ronco;
Testigo tambien tuyo
Fué aquel tronco vestido
De algun dulce gemido (35);
Campo fué de batalla,
Y tálamo fué luego;
Arbol que tanto fué perdone el fuego.
Mi piedad una á una
Contó, aves dichosas,
Vuestras quejas sabrosas;
Mi envidia ciento á ciento
Contó, dichosas aves,
Vuestros besos suaves.
Quien besos contó y quejas,
Las flores cuente á mayo,
Y al cielo las estrellas rayo á rayo.
Injuria es de las gentes
Que de una tortolilla
Amor tenga mancilla,
Y que de un tierno amante
Escuche sordo el ruego
Y mire el daño ciego;
Al fin es Dios alado,
Y plumas no son malas
Para lisonjear á un Dios con alas.

VI (36).

Dichosa pastorcilla,
Que del Tajo en la orilla,
Por ella mas que por su arena rico,
Viste sincera y pura
Blancura de blancura,
Nieve el pecho y armiños el pellico,
Y al viento suelta el oro encordonado
Cuando vestirse quiere de brocado;
A sombras de un aliso,
Que al ruiseñor ya quiso
Servir de jaula de sus dulces quejas,
Despues que han argentado
De plata el verde prado,
Reduce á sus rediles sus ovejas,
Do las ordeña, compitiendo en vano
La blanca leche con la blanca mano.
Sus piés la primavera,
Calzados, la ribera
De perlas siembra, el monte de esmeraldas;
Síguenla los pastores,
Coronados de flores,
Porque á sus piés les deben sus guirnaldas,
Y siervos coronados pagan ellos
Sus libres pasos á sus ojos bellos.
Pastorcilla dichosa,
Si ya te hizo esposa
Dulce propria eleccion, no fuerza ajena,
Al de plumas lozano
Avestruz africano,
Que vuela rey en su desnuda arena,
Menosprecia la tórtola, y en suma
Mas arrullos escoge y menos pluma.

(31) Otros leen *que*, y otros *cuán*.
(32) *Que no la registre*, dicen muchos editores.
(33) Asi Faria; Espinosa y Hoces leen: *mis dulzores*.
(34) Faria lee *mil* en vez de *mis*.
(35) *Ronco gemido*, dice el texto de Faria.
(36) Hállase esta cancion en la comedia, *Las firmezas de Isabela*.

CANCIONES LÍRICAS.

I.

A una golondrina.

A la pendiente cuna
Vuelves, al que fiaste nido estrecho,
Oh huéspeda importuna,
De las retamas frágiles de un techo,
Que arboleda celosa aun no le fia
De cuanta le concede luz el dia.

¡Oh tú, de las parleras
Aves la menos dulce y mas quejosa!
¿Por qué el silencio alteras
De una paz muda sí, pero dichosa,
Que en tu ruido presuma
Que miente voz la envidia y viste pluma?

Magníficas orejas
Ofendan en alcázares dorados
Tus repetidas quejas,
Mientras yo entre estos sauces levantados
Aplauso al ruiseñor le niego breve
Sobre la yerba que este cristal bebe.

¿Cuál, di, bárbara arena,
De sierpes, has dejado, engendradora,
Por turbar la serena
Dulce tranquilidad que en este mora
Tan grato como pobre albergue, donde
Sellado el labio, la quietud se esconde?

Aquí pues al cuidado
Niego estos quicios, niego la cultura
De ese breve cercado,
Cuyo líquido soto plata es pura
De arroyo tan oblicuo, que no deja
La fragrancia salir, entrar la abeja.

II.

Tenia Mari-Nuño una gallina
En poner tan contina
Cuanto la vieja atenta á su regalo.
Sucedió un año malo,
Tal, que el pasto faltándole suave,
Negó su feudo el ave;
Perdone Mari-Nuño,
Que la overa se cierra cuando el puño.

Mucho nos dicta en la paraboleja
De nuestra buena vieja
Monseñor interés. Sangró una ingrata
Cierto jayan de plata,
Enano Potosí, cofre de acero
De un bobo perulero,
A quien le dejó apenas
Sangre real en sus lucientes venas.

Sintiendo los deliquios ella luego,
Con la venda del ciego
La sangradura le ata, y se retira.
¿Quién de lo tal se admira,
Si en dueñas hoy y todo su partido
Lo mas obedecido
Es lo que acuña el cuño?
Quien quisiere pues huevos abra el puño.

Aguila, si en la pluma, no en la vista,
El togado es legista,
Atento al pleito de su litigante,
Si no á la rutilante
Bolsa, de cuatro mil soles esfera.
¡Ciego de aquel que espera
Vista, aunque no sea poca,
De un aguileño cósanme esta boca!

Con qué eficacia el pendolar ministro
Reduce su registro
De la ley de escritura á la de gracia,
Batida su eficacia
De un acicate de oro; el papel diga
A cuánto rasgo obliga
El dorado rasguño,
Y qué overas cerró un cerrado puño.

Que peine oro en la barba tu hijo Febo,
¿Quien lo tendrá por nuevo,
Si no peina en las palmas de las manos?
Cualquiera matasanos,
Si Toledo no vió entre puente y puente,
A barbo dar valiente
Carrete, mas prolijo
Que á rico enfermo tu barbado hijo.

Cuantos, ó mal la espátula desata,
O desmiente la plata,
Fármacos, oro son á la botica,
Caudales que lambica,
Y simples hablen tantos como gasta.
Envainad, musa basta,
El que ha pillado cuño,
Quien os la pegará quizá de puño.

CANCIONES FÚNEBRES.

I.

A la nueva falsa que vino de la muerte del conde de Lémos, virey de Nápoles, y por saberse luego la falsedad, no se acabó esta cancion.

Moriste en plumas, no en prudencia cano,
Gloria de Castro, envidia de Caistro,
Cisne gentil, cuyo final acento
Entre fieras naciones oyó el Istro (37),
Lágrimas, y al segundo rio africano
Señas, aunque vocal de sentimiento.
Moriste, y en las alas fué del viento,
Lastimando su dulce voz postrera
Las orillas del Gánges, la ribera
Del rey del Occidente,
Flechero paraguay, que de veneno
La aljaba armada, de piedad el seno,
Tu fin sintió doliente.
¡Oh tú, que de Severo en las arenas
Mueres, cisne llorado de sirenas,
Brazos te fueron de las gracias cuna,
Y de las musas sueño el armonía,
En tus primeros generosos paños.
Dichoso el esplendor vieras del dia
Si la que el oro ya de tu fortuna
El estambre hilara de tus años,
¡Oh de la muerte irrevocables daños,
Si de la envidia no ejecucion fuera,
Parca cruel, mas que las tres severa!
Si alimentan tu hambre
Sierpes del Ponto y áspides del Nilo,
¿Cuál pudo humedecer livor el hilo
De aquel vital estambre?
Camisa del centauro fué su vida,
Aun antes abrasada que vestida.
No entre delicias, no, si ya criado
Entre grandezas de la falda amada,
A la magistral férula saliste
En letras fuego, en generosa espada
De Quiron, no biforme ejercitado,
Togado Aquiles cultamente fuiste,
Cuando de flores ya el bulto se viste
Al fogoso caballo Valenzuela,
Purpúreas plumas dándole tu espuela,
En el oficio duro
De la robusta caza las riberas
Del Sil te vieron fatigar las fieras,
Y aun á su cristal puro
De tu lanza llegar atravesado
El mismo viento en forma de venado.
De semidioses hija, bella esposa,
Que nácar su color, perlas su frente,
Corona de crepúsculos el dia.
La tea de himeneo mal luciente
Te condujo ya al tálamo, y la rosa
Que á las perlas del alba aun no se abria
Libaste en paz; mas ¡ay! que la armonía
Del coro virginal, gemido alterno
De ave nocturna ó pájaro de averno,

(37) Así Faria; Hoces pone:
Entre fieras nació, resacó al Istro.

Interrumpió, no en vano,
Tu (á pesar de prodigios tantos) hecho,
Si abejas los amores, corcho el lecho;
El néctar soberano,
Despreciadas de Júpiter dormido,
Al ventilar al lado de Cupido.

II.

Al sepulcro del gran duque de Medina-Sidonia, don Alonso Perez de Guzman.

Alcidon.—Licidas.

ALCIDON.

Perdona al remo, Lícidas, perdona
Al mar en cuanto besa
Maravillas, no bárbaras, en esa
Aguja que de nubes se corona;
El tridente de Tétis, de Belona
Incluye el asta, ó cuanto
Sella esplendor, desmiente gloria humana,
Esa al márgen del agua construida,
Si no indice mudo desta vida,
Pompa aun de piedras vana,
Urna hecho dudosa, jaspe tanto,
De poca tierra, no de poco llanto.

LÍCIDAS.

Erré, Alcidon, la codiciosa mano,
Siguió las ondas, no en la que ejercitan
Piedad ó religion, sobre los remos,
Los marinos reflujos aguardemos
Que su lecho repitan.

ALCIDON.

Lamer en tanto mira al Oceano,
Licida, el mármol que Neptuno viste
De tantas, si no mas, náuticas señas,
Que militares ya despojos Marte,
Y las que informó el arte
De afecto humano peñas,
Bulto exprimiendo triste.

LÍCIDAS.

¿Quién, dime, con aquella de quien dudo
Cuál mas dolor ó majestad ostente,
Plumas una la frente,
Palmas otra, y el cuerpo ambas desnudo (38)?

ALCIDON.

Mal la pizarra pudo
Lisonjealles el color, aquella
Hará del sol edades ciento agora,
Templo de quien el sol aun no es estrella,
La grande América es, oro sus venas,
Sus huesos plata, que dichosamente,
Si Ligurina dió marinería
A España en uno y otro alado pino,
Interés ligurino
Su rubia sangre hoy dia
Su médula chupando está luciente;
Esotra naval, siempre infestadora
De nuestras playas, Africa, es temida,
Si no por los que engendran sus arenas,
Por los que visten púrpura leones,
En tantos hoy católicos pendones,
Cuantas le ha introducido á España almenas,
De quien tímido Atlante á mas lucida,
A region mas segura se levanta,
Debida á tanta fuga ascension santa.

III.

Al sepulcro de Garcilaso de la Vega, excelente poeta toledano, que está enterrado en Toledo con su mujer.

Piadoso hoy celo culto,
Cincel hecho de artífice elegante,
De mármol espirante
Un generoso anima y otro bulto
Aquí, donde entre jaspes y entre oro
Talamo es mudo, túmulo canoro;
Aquí, donde coloca
Justo afecto en aguja no eminente,
Si no en urna decente,
Esplendor mucho, si ceniza poca,
Bien que, milagros despreciando egipcios,
Pira es suya este monte de edificios.
Si tu paso no enfrena
Tan bella en mármol copia, oh caminante,
Esa es la ya sonante
Emula de las trompas, ruda avena,
A quien del Tajo deben hoy las flores
El dulce lamentar de dos pastores.
Este el corvo instrumento
Que el albano cantó, segundo Marte,
De sublime ya parte
Pendiente, cuando no pulsarlo al viento,
Solicitarlo oyó, selva confusa,
Ya docta sombra, ya invisible musa.
Vestido pues el pecho
Túnica Apolo de diamante gruesa,
Parte la dura huesa,
Con la que en dulce lazo el blando lecho,
Si otra inscripcion deseas, véte cedo;
Lámina es cualquier piedra de Toledo.

IV.

Al sepulcro de tres niñas, hijas del duque de Feria.

Tres violas del cielo,
Tres de las flores ya breves estrellas
Fragante mármol sellas,
Que aljofaró la muerte de su hielo,
Si las trenzas no están ciñendo ahora
De una alba que crepúsculos ignora.

CANCIONES SACRAS.

I.

A la traslacion de una reliquia del santo príncipe Hermenegildo al colegio de su nombre, de la compañía de Jesus, en Sevilla.

Hoy es el sacro y venturoso dia
En que la gran metrópoli de España,
Que no te juró rey, te adora santo;
Hoy con devotas ceremonias baña
El blanco clero el aire en armonía,
Los pechos en piedad, la tierra en llanto;
Hoy á estos sacros himnos, dulce canto,
Ayuda con silencio la nobleza,
Haciendo devocion de su riqueza;
Hoy pues aquesta tu latina escuela
A la docta abejuela,
No sin devota emulacion, imita,
Vuela al campo, las flores solicita,
Campo de erudicion, flor de alabanzas,
Por honrar sus estudios de ti y dellas,
En tanto que tú alcanzas
Ver á Dios, vestir luz, pisar estrellas.
Hoy la curiosidad de tu tesoro
Con religiosa vanidad ha hecho
Extraña ostentacion, alta reseña;
Hoy cada corazon deja su pecho,
Cuál en púrpura envuelto, cual en oro,
Y su valor devotamente enseña
Quien lo que, con industria no pequeña,
Labró costoso el persa, extrañó el china
Rica labor, fatiga peregrina
Alegremente en sus paredes cuelga;
Quién de ilustrarlas huelga
Con modernos angélicos pinceles,
Milagrosas injurias del de Apéles,
Quién da á la calle y quita á la floresta,
De suerte que los grandes, los menores (39),
En tu solemne fiesta
Veen pompa, visten oro, pisan flores.

(38) Así Faria; Hoces lee: *y el cuerpo mas desnudo.*

(39) Así Hoces: Espinosa lee: *los mejores.*

Príncipe mártir, cuyas sacras sienes,
Aun no impedidas de la real corona,
La fiera espada honró del arriano;
Tú, cuya mano, al cetro si perdona,
No á la espada, que en ella agora tienes (40),
Digna palma, si bien heróica mano,
Pues eres uno ya del soberano
Campo glorioso de gloriosas almas
Que ciñen resplandor, que enristran palmas,
Donde se triunfa y nunca se combate,
Mi lengua se desate
En dulces modos y los aires rompa
A celestial soldado, ilustre pompa (41),
Conozca el Cancro ardiente, el carro helado;
¡Oh católico sol de vice-godos!
La espada que te ha dado
Vida á ti, gloria á Bétis, luz á todos.

Estas aras que te ha erigido el clero,
Y estas que te cantamos alabanzas,
Juntas con lo que tú en el cielo vales,
A Filipo le valgan el Tercero,
En quien de nuestro bien las esperanzas
Están como reliquias en cristales;
Logra sus tiernos años, sus reales
Pensamientos, católico, segunda,
Tal, que su espada por su Dios confunda
La nueva torre que Babel levanta,
Y ardiendo en saña santa,
Haga que adore en paz quien no lo ha visto
El gran sepulcro que mereció á Cristo;
Que pues de sus primeros nobles paños
Invocó á su deidad por su abogada,
Es bien que veen sus años
Larga paz, feliz cetro, invicta espada.

Y tú, ¡oh gran madre, de tus hijos cara!
Emula de provincias gloriosa,
En lo que alumbra el sol, la noche ciega,
Ciudad mas que ninguna populosa,
Para quien no tan solo España ara,
Y siembra Francia, mas Sicilia siega,
No porque el Bétis tus campañas riega;
El Bétis, rio y rey tan absoluto,
Que da leyes al mar, y no tributo;
Ni porque agora escalen su corriente
Velas del Occidente,
Que, mas de hojas que de viento llenas,
Hacen montes de plata tus arenas;
Mas por haber tu suelo humedecido
La sangre deste hijo sin segundo,
En tí siempre ha tenido
La fe escudo, honra España, invidia el mundo.

CANCION HEROICA.

A la creacion del cardenal don Enrique de Guzman, hijo de don Diego Lopez de Haro, marqués del Carpio, y de doña Francisca de Guzman, hermana del conde de Olivares, duque de San Lúcar la Mayor, gran privado del rey nuestro señor don Felipe IV.

Generoso mancebo,
Mas purpúreo en la edad que en el vestido,
Menos en rosicler luciente Febo
A envidiarte ha salido;
Tú en tanto esclarecido
Del rubí, en hilos reducido á tela,
Dignamente serás hoy agregado
Al colegio sagrado,
Fecundo seminario de Claveros.
¡Oh cuánta beberás en tanta escuela
Religion pura, dogmas verdaderas,
Gobierno prudencial, profundo estado,
Política divina;
Consistorio del Santo
Espíritu asistido.
Digalo tanto dubio decidido,
Tanta sana doctrina.
Aclamaré á los tales
Príncipes, mucho mas es cardenales,
Flamante en celo el mas antiguo manto,
Si bien toda la púrpura de Tiro
Grana es en polvo al último suspiro.
Tu exaltacion instada
De Felipo fué el Cuarto, de monarca
Que al sol fatiga tanto
Lustralle sus dos mundos en un dia,
Al siempre Urbano santo,
Octavo en nombre, y en prudencia uno,
Santísimo piloto de la barca,
Que repetido en él Pedro le fia;
No fué el ruego importuno
Del católico, pues si dilatada
Tu creacion, la gracia le fué hecha,
¡Oh, quiera Dios unir en liga estrecha
Estos dos de la Iglesia tutelares!
Ya, jóven cristianísimo, con ellos
Libarán tres abejas lilios bellos,
Y melificarán, no en corchos vanos,
Sino en la que abrirán nuestros leones
Bocas de paz, tan dulce alimentadas,
Llaves dos tales, tales dos espadas,
Escondiendo con velos nuestros mares;
Cuantos les dió sacrílegos altares
Europa á la herejía
Extirparán un dia
Y otro; no solo, no, abominaciones,
Darán de Babilonia al fuego entrando
Los muros de Sion; mas alternando
Himnos sagrados, cánticos divinos,
Abrirán paso á cuantos peregrinos
Tan libres ya podrán, como devotos,
Besando el marmol desatar sus votos.
El Conde-Duque, cuya confidencia
Reclinatorio es de su gran dueño,
Cuan bien su providencia
Timon del basto ponderoso leño,
Gobierno al fin de tanta monarquía,
Lamiendo escollos ciento,
Lo ha conducido en paz á salvamento.
Este pues pompa de la Andalucía,
Gloria de los clarísimos Sidones,
De los Guzmanes, digo, de Medina,
Solicitó suave tu capelo;
¿Qué mucho ya, si el cielo,
Entre los muchos que te incluye dones,
Sobrino te hizo suyo de una hermana
Valerosa y real sobre divina?
Digalo el Bétis, de quien es Diana;
El Carpio, de quien es deidad, lo diga.
Tú á la fortuna amiga
Atomo no perdones de propicia;
Goza la dignidad cardenalicia,
Unos dias clavel, otros viola,
La ingenuidad observes española,
La duplicidad huyas extranjera;
Tus colegas admiren la severa
Dulce afabilidad que te acompaña;
Que al duodécimo lustre, si no engaña
Cuanto abrazan las zonas,
Te espera el Tíber con sus tres coronas.

OTRA.

A la serenísima infanta María, ya reina de Hungría, que mató un jabalí de un arcabuzazo.

Las duras cerdas que vistió celoso
Marte, viste hoy amante,
Ya deidad fulminante,
El planeta ofrecido belicoso,
De un plomo muere al rayo glorioso.
Muere, dichosa fiera;
Que España ilustrará la quinta esfera,
Bellísima, pues tu Cintia española
Cerdosos brutos mata
En cuanto de tu hermano,
No esplendor soberano,
Sombras si de las señas que tremola,
Altamente desata
Vapores de la envidia coligados,
Ejércitos, provincias, potentados.

(40) Así Espinosa; Hoces y Faria leen, en vez de *espada*, *palma*.
(41) Así Espinosa; Hoces y Faria ponen *trompa*.

CANCION HEROICA.

A las *Lusiadas* de Camoes, que tradujo de portugués en castellano Luis Gomez de Tapia.

Suene la trompa bélica
Del castellano cálamo,
Dándole lustre y sér á las *Lusiadas*,
Y con su ritma angélica
En el celeste tálamo
Encumbre su valor entre las híadas,
Napeas y hamadríadas.
Con amoroso cántico
Y espíritu poético
Celebren nuestro Bético
Del mauritano mar al mar Atlántico,
Pues vuela su Calíope
Desde el blanco francés al negro etíope.

Aquí la fuerza indómita
Del Pacheco diestrísimo
Descubre de su rey el pecho y ánimo.
La envidia deja atónita
Con su valor rarísimo,
Y el Samorin soberbio pusilánimo
Muéstrase aquí magnánimo,
Alburquerque y solícito
Capitan integérrimo,
Que al amador misérrimo
Crudamente castiga el hecho ilícito,
Y á Goa y su potencia
Dos veces la sujeta á su inocencia.

Almeida, que á los árabes
Con la venganza honrada
Sus muros y edificios va talándoles,
Y á los rumes y alábares,
Debajo de la Tórrida,
Con valerosa espada domeñándoles,
Y mayor pena dándoles
Con el hijo beligero,
Que en el seno cambáico
Contra el moro y hebráico
Muere mostrando su furor armígero,
Sirviéndole de túmulo
De mamelucos el sangriento cúmulo.

Cuanta pechos heróicos
Te dan fama, clarifica
¡Oh Lusitania! por la tierra cálida;
Tanta versos estóicos
Te dan gloria mirífica,
Celebrando tu nombre y fuerza válida.
Dígalo Castálida,
Que al soberano Tapia
Hizo que mas que en árboles,
En bronces, piedras, mármoles,
En su verso eterniza tu prosapia,
Dándole el odorífero
Lauro por premio del gran dios Lucífero.

CANCION FÚNEBRE.

Al sepulcro del rey Felipe III, nuestro señor.

Suspenda, y no sin lágrimas, tu paso,
¡Oh peregrino errante!
Este augusto depósito, este vaso,
Emula su materia del diamante,
Su forma de la mas sublime llama
Que á Egipcio construyó bárbara fama.

No admires, no, la variedad preciosa
De piedras, de metales;
No el arte que sudando estudiosa,
Glorias dará á los siglos de si tales,
Que caduco no muera el tiempo, y ellas
Besando permanezcan las estrellas.

Húrtale al esplendor, bien que profano,
Altamente debido,
La atencion toda, no al objeto vano,
Ciego la fies al mejor sentido;
Abran las puertas exterioridades
Al discurso, el discurso á las verdades.

Rey yace excelso, sus cenizas sella
Esta augusta eminente.
Quién fué, muda lo está diciendo aquella
Piedra animada de *hic jacet* valiente,
Religion sacra, que doliente en vulto,
El un pecho da á celo, el otro al culto.

Su fin, ya que no acerbo, no maduro,
Dulcemente llorando,
Acusa la clemencia al mármol duro,
De sus vertidas bien lágrimas blando,
El árbol de Minerva suspendida
La invicta espada que ciñó su vida.

La liberalidad, si el jaspe llora,
Ver, caminante, puedes,
Tan copiosa de lágrimas ahora
Cuanto fué cuatro lustros de mercedes;
Desatada la América sus venas,
Suplió magnificencia tantas penas.

Aquel mórbido jaspe mira, y luego
¡Oh huésped! soleniza,
No del buril mentida la que el fuego
En el paler bebió de la ceniza,
Sino aquella que fué por excelencia
O pureza fecunda ó continencia.

Estas virtudes, altamente santo,
Ejercitó el tercero
De los Felipes; tú, deshecho en llanto,
Las venera, y prosigue ¡oh pasajero!
Tus pasos antes que se acabe el dia,
Porque es breve aun del sol la monarquía.

OCTAVAS.

OCTAVAS SACRAS.

A la descension de la Vírgen nuestra Señora á dar la casulla á su capellan san Ildefonso en la santa iglesia de Toledo.

Era la noche: en vez del manto oscuro,
Tejido en sombras y en horrores tinto,
Crepúsculos mintiendo al aire puro,
De un árbol ni confuso ni distinto,
Turbada así de Tésalo conjuro
Su esplendor corvo la deidad de Cinto,
A densa nube fria, que dispensa
Luz como nube y rayos como densa,

Fulgores arrojando, se presiente
Nocturno sol en carro no dorado,
En trono si de pluma, que luciente
Canoro nicho es, dosel alado;
Concentuoso coro diligente,
A tanto ministerio destinado,
En hombros pues querúbicos María
Viste al aire la púrpura del dia.

Al cerro baja, cuyos levantados
Muros, alta de España maravilla,
De antigüedad salian coronados
Por los campos del aire á recibilla;
En tantos la aclamó plectros dorados,
Cuantas se oyeron ondas en su orilla,
Glorioso el Tajo en ministrar cristales
A empíreas torres ya, no imperiales.

Busca al pastor que del metal precioso
Sacro es cayado su torcido leño,
Docto conculcador del venenoso,
Helvediano áspid, no pequeño.
Hallólo; mas hurtándose al reposo
Que los mortales han prescrito al sueño,
El templo entraba cuando al santo godo
Alta le escondió luz el templo todo.

El luminoso horror tan mal perdona,
Cuan bien impide su familia breve,
Pues con la menos tímida persona
Un término de mármol fuera leve;
Aguila pues al sol que lo corona,
Intrépido Ildefonso rayos bebe,
Fieles á una pluma que ha pasado,
Con lo que ha escrito de lo que ha volado.

Postrarse humilde en el que tanta esfera
Majestuoso rosicler le atiende,
Y absorto en la de luz region primera,

Se libra tremolante ó inmóbil pende (42);
De lo que ilustre luego reverbera,
Se remonta á lo fúlgido que enciende,
Ejecutoriando en la revista
Todos los privilegios de la vista.

Desde el sitial la Reina esclarecido
Ornamento le viste de un brocado,
Cuyos altos no le era concedido
Al serafin pisar mas levantado;
Invidioso aun antes que vencido,
Carbunclo ya en los cielos engastado,
En bordadura pretendió tan bella
Poco rubí ser mas que mucha estrella.

De las gracias recíprocas la suma
Que el don satisfacieron soberano,
Que celebraron la divina pluma,
Otra la califique en otra mano;
Huyendo con su océano la espuma,
El márgen restituye menos cano,
Que iluminado el templo restituye
Extenuada luz que á su luz huye.

¡Oh Vírgen siempre, oh siempre gloriosa!
Aun de humildes dignada afectos puros,
Fábrica te construye suntuosa
De jaspes varios y de bronces duros,
Pastor, mas de virtud tan poderosa,
Que al tiempo de obeliscos y de muros
Devorador sacrílego se atreve
Con la que te erigió piedra mas breve.

Augusta es gloria de los Sandovales,
Argos de nuestra fe tan vigilante,
Que ciento ilustran ojos celestiales
Aun la que arrastran púrpura flamante;
De los que estolas ciñen inmortales
Crezca glorioso el escuadron ovante,
Quien devoto consagra hoy á tu bulto
Tan digno trono cuan debido culto.

OTRA FÚNEBRE.

Al túmulo que la ciudad de Córdoba hizo á la reina nuestra señora doña Margarita de Austria.

En esta que admirais de piedras graves
Labor no egipcia, aunque á la llama imita,
Ungüentos privilegian hoy suaves,
La muerta humanidad de Margarita (43);
Si de cuantos la pompa de las aves
En su funeral leños solicita,
Hay quien distile aroma tal en vano,
Resistiendo sus troncos al gusano.

OTRA VARIA (44).

En sola su confusa montería
Hay donde un buen oido se dilate,
El corvo cuerno atruena, el alcon pia,
El caballo relincha, el perro late,
El cascabel no olvida su armonía
Si se sacude el pájaro ó se abate;
Así que, todo hace un dulce yerro,
Caballo, cascabel, cuerno, alcon, perro.

OCTAVAS SACRAS.

A la beatificacion de san Francisco de Borja, de la compañía de Jesus.

Ciudad gloriosa, cuyo excelso muro
Fábrica fué sin duda la una parte
De la lira de Apolo, si del duro
Concento la otra del furor de Marte,
Cuyos campos el céfiro mas puro
Jardinero cultiva no sin arte,
A tus cisnes canoros no sea injuria
Que ánsar del Bétis cuervo sea del Turia.

Obscuro pues la voz como la pluma,
Cantaré el generoso Borja santo,
Si de su gloria la pureza suma
No ofenden las tinieblas de mi canto;
Depuso el fausto, parto de la espuma,
La púrpura ducal creciendo tanto,
Le indujo horror la mas esclarecida
Corona en un cadáver definida.

Fomentando este horror un desengaño,
Que á trompa final suena, solicita
Crecer humilde el número al rebaño,
Del silbo, del cayado jesuita;
¡Del palacio á un redil! efecto extraño
De impulso tan divino, que acredita
Al mayoral y alienta su ganado,
Apostólico este, aquel sagrado!

Religioso Quiron, no solo iguala (45),
Sino excede en virtud al mas perfecto,
Sucediendo silicios á la gala,
Que aun el mas venial liman afecto;
El ayuno á su espíritu era un ala,
La oracion otra, siempre fiscal recto
De su conciencia; bien que garza el Santo,
Las plumas peina orillas de su llanto.

Tempestades previendo, suele esta ave
Graznar cantando al despuntar del dia.
El remedio despues tormenta grave,
Que antes amenazó su profecía,
Al que á Dios mentalmente hablarle sabe,
Mucho de lo futuro se le fia;
Bajel lo diga de quien fué piloto,
De escollos mil besado, y nunca roto.

Pisando pompas quien del mejor cielo
En su celda la luz bebia mas clara,
El sacro honor renuncia del capelo,
Glorioso ingreso á la tercer tiara;
Húrtase al mundo, que en tocando el suelo,
Sierpe se hace aun de Moisen la vara;
Religioso sea pues beatificado
Quien duque pudo ser canonizado.

OCTAVA (46).

Al Santísimo Sacramento.

El pelicano rompe el duro pecho
Con pecho, con amor, con osadía;
Deja del mismo pecho manjar hecho,
Con que á su pecho los hijuelos cria;
¡Oh eterno pecho, que en amor deshecho,
Tu pecho das con pecho y valentía,
Porque el pecho del hombre regalado
Con tu pecho á tus pechos se ha criado!

TERCETOS.

TERCETOS HEROICOS.

A la historia de Felipe II que escribió Luis Cabrera, su cronista.

Escribis ¡oh Cabrera! del Segundo
Filipo las acciones y la vida,
Con que el cielo adquirió, si admiró el mundo.

Alto asunto, materia esclarecida,
Digna, Libio español, de vuestra pluma,
Y pluma tal á tanto rey debida.

Léase pues deste prudente Numa
El largo cetro, la gloriosa espada,
En culto estilo ya con verdad suma.

Sea la felicísima jornada
En sus primeros años florecientes
Lisonja de mi oreja fatigada.

Provincias, mares, reinos diferentes,
Peregrino gentil pisó ceñido
De enjambres, no de ejércitos de gentes.

Cual ya el único pollo bien nacido,
De crestas vuela, de oro coronado,
Si bien de plata y rosicler vestido,

(42) Faria lee *inmoble*.
(43) Así Faria; otros leen *humildad*.
(44) Segun un códice del señor Guerra y Orbe, no es de Góngora esta octava.

(45) Así Faria; otros leen *cyron*.
(46) No es de Góngora esta octava, segun un códice del señor Guerra y Orbe.

Que de tropas de aves rodeado,
La variedad matiza del plumaje
El color de los cielos turquesado;

Tal el jóven procede en su viaje,
Fénix, mas no admirado del dichoso
Arabe en nombre, bárbaro en linaje,

Ni del egipcio un tiempo religioso,
Si no hospedado del fiel lombardo,
Temido del helvecio belicoso.

Tantos siguen al príncipe gallardo,
Que el rio que vadean cristalino,
O al mar no llega, ó llega con pié tardo.

Hierve, no de otra suerte que el camino,
De próvidas hormigas, ó de abejas
El aire al colmenar circunvecino.

Balcones, galerías son y rejas
Del número que ocurre á saludarlo
Las altas hayas, las encinas viejas.

A los piés llega al fin del Quinto Carlo,
Que en sus brazos lo acoge, y tiernamente
Lo abraza, y no desiste de abrazarlo (47).

TERCETOS BURLESCOS.

A lo poco que hay que fiar de los favores de los príncipes cortesanos, por lo cual se sale de la corte.

¡Mal haya el que en señores idolatra
Y en Madrid desperdicia sus dineros,
Si ha de hacer al salir una mohatra!

Arroyos de mi huerta lisonjeros;
Lisonjeros mal dije, que sois claros,
Dios me saque de aquí y me deje veros.

Si correis sordos, no quiero hablaros,
Mejor es que corrais murmuradores;
Que llevo muchas cosas que contaros.

Tenedme, aunque es otoño, ruiseñores,
Ya que llevar no puedo ruiseñores,
Que entre pámpanos son lo que entre flores.

Si yo tuviera veinte mil ducados,
Tiplones convocara de Castilla,
De Portugal bajetes mermelados (48),

Y á fe que á la pajísima capilla
Tiorbas de cristal vuestras corrientes
Prestaran dulces en su verde orilla;

Pájaros suplan pues faltas de gentes,
Que en voces, si no métricas, suaves,
Consonancias desaten diferentes,

Si ya no es que de las simples aves
Contiene la república volante
Poetas, ó burlescos sean ó graves;

Y cualque madrigal sea elegante,
Librándome el lenguaje en el concento,
El que algun culto ruiseñor me cante,

Pródigo dulce que corona el viento,
En unas mismas plumas escondido
El músico, la musa, el instrumento;

Mas ¿dónde ya me habia divertido?
Risueñas aguas, que de vuestro dueño
Con razon os habeis siempre reido,

Guardad entre esas guijas lo risueño
A este dómine bobo que pensaba
Escaparse de tal por lo aguileño,

Celebrando con tinta, y aun con baba,
Las fiestas de la corte, poco menos
Que hacérselas á Júdas con octava.

Cantar pensé en sus márgenes amenos
Cuantas Dianas Manzanares mira,
A no arromadizarme sus serenos.

La lisonja, con todo, y la mentira,
Modernas musas del favonio coro,
Las cuerdas le rozaron á mi lira.

¿Valió por dicha al leño mio canoro,
Si puede ser canoro leño mio,
Clavijas de marfil ó trastes de oro?

Sequedad lo ha tratado como á rio;
Puente de plata fué que hizo alguno
A mi fuga quizá de su desvío.

No mas, no, que aun á mí seré importuno,
Y no es mi intento á nadie dar enojos,
Sino apelar al pájaro de Juno.

Gastar quiero de hoy mas plumas con ojos,
Y mirar lo que escribo; el desengaño
Preste clavo y pared á mis despojos.

La adulacion se queden, y el engaño,
Mintiendo en el teatro, y la esperanza
Dando su verde un año y otro año;

Que si en el mundo hay bienaventuranza,
A la sombra de aquel árbol me espera,
Cuyo verdor no conoció mudanza.

Su flor es pompa de la primavera,
Su fruto, ó sea lo dulce ó sea lo acedo,
En oro engasta, que al romperlo es cera.

Allí el murmurio de las aguas ledo,
Ocio sin culpa, sueño sin cuidado
Me guardan, si acá en polvos no me quedo,

Molido del dictámen de un letrado,
En la tahona de un relator, donde
Siempre hallé para mí el rocin cansado.

¡Dichoso el que pacífico se esconde
A este civil ruido, y litigante,
O se concierta ó por poder responde,

Solo por no ser miembro cortegiante
De sierpe prodigiosa que camina
La cola, como el gámbaro, delante!

¡Oh soledad de la quietud divina,
Dulce prenda, aunque muda ciudadana
Del campo, y de sus ecos convecina!

¡Sabrosas treguas de la vida urbana,
Paz del entendimiento, que lambica
Tanto en discursos la ambicion humana!

¿Quién todos sus sentidos no te aplica?
Ponme sobre la mula; verás cuánto
Mas que la espuela esta opinion la pica.

Sea piedras la corona, si oro el manto
Del monarca supremo; que el prudente
Con tanta obligacion no aspira á tanto.

Entre pastor de ovejas y de gente
Un político medio lo conduce
Del pueblo á su heredad, della á su fuente (49).

Sobre el aljófar que en las yerbas luce,
O se reclina, ó toma residencia
A cada vara de lo que produce.

Tiéndese, y con debida reverencia
Responde, alta la gamba, al que le escribe
La expulsion de los moros de Valencia.

Tan cerimoniosamente vive,
Sin dársele un cuartin de que en la corte
Le dén título á aquel, ó el otro prive.

No gasta así papel, no paga porte
De la gaceta que escribió las bodas
De doña Calamita con el Norte.

Del estadista y sus razones todas
Se burla visitando sus frutales,
Mientras el ambicioso sus baibodas.

No pisa pretendiente los umbrales
Del que trae la memoria en la pretina,
Pues della penden los memoriales.

El márgen de la fuente cristalina
Sobre el verde mantel que da á su mesa,
Platos le ofrece de esmeralda fina.

Sírvele el huerto con la pera gruesa,
Emula en el favor, y no comprada
De lo mas cordial de la camuesa.

A la gula se queden la dorada
Rica bajilla, el bacanal estruendo;
Mas basta, que la mula es ya llegada.
A tus lomos, oh rucia, me encomiendo.

(47) Estos tercetos parecen fragmentos de una larga epístola.
(48) Otros leen equivocadamente *bajeles*, en vez de *bajetes*.
(49) Así Faria; otros leen *frente*.

FÁBULA

DE POLIFEMO Y GALATEA.

Al excelentísimo señor Conde de Niebla.

Estas que me dictó rimas sonoras,
Culta sí, aunque bucólica Talía,
¡Oh excelso Conde! en las purpúreas horas
Que es rosa la alba y rosicler el dia,
Agora, que de luz tu niebla doras,
Escucha al son de la zampoña mia,
Si ya los muros no te ven de Huelva
Peinar el viento ó fatigar la selva (1).

Templado pula en la maestra mano
El generoso pájaro su pluma (2),
O tan mudo en la alcándara, que en vano
Aun desmentir el cascabel presuma;
Tascando haga el freno de oro cano
Del caballo andaluz la ociosa espuma;
Gima el lebrel en el cordon de seda,
Y al cuerno en tin la cítara suceda (3).

Treguas al ejercicio sean robusto (4)
Ocio atento, silencio dulce, en cuanto
Debajo escuchas de dosel augusto (5)
Del músico jayan el fiero canto;
Alterna con las musas hoy el gusto;
Que si la mia puede ofrecer tanto
Clarin, y de la fama no segundo,
Tu nombre oirán los términos del mundo.

FÁBULA.

Donde espumoso el mar siciliano
El pié argenta de plata al Lilibeo (6),
Bóveda (7) de las fraguas de Vulcano
O tumba de los huesos de Tifeo,
Pálidas señas cenizoso un llano,
Cuando no del sacrílego deseo,
Del duro oficio da; allí una alta roca
Mordaza es á una gruta de su boca.

Guarnicion tosca deste escollo duro
Troncos robustos son, á cuya greña
Menos luz debe, menos aire puro,
La caverna profunda que á la peña;
Caliginoso lecho el seno oscuro
Ser de la negra noche nos enseña (8),
Infame turba de nocturnas aves,
Gimiendo tristes y volando graves.

Deste pues formidable de la tierra
Bostezo el melancólico vacío,
A Polifemo, horror de aquella sierra (9),
Bárbara choza es, albergue umbrío
Y redil espacioso, donde encierra
Cuanto las cumbres ásperas cabrío
De los montes esconde, copia bella
Que un silbo junta y un peñasco sella.

Era un monte de miembros eminente
Este que, de Neptuno hijo fiero,
De un ojo ilustra el orbe de su frente,
Emulo casi del mayor lucero;
Ciclope, á quien el pino mas valiente
Baston le obedecía tan ligero,
Y al grave peso junco tan delgado,
Que un dia era baston y otro cayado.

Negro el cabello, imitador andoso
De las oscuras ondas del Leteo (10),
Al viento, que lo peina proceloso,
Vuela sin órden, pende sin aseo;
Un torrente es su barba impetuoso,
Que adusto hijo deste Pirineo
Su pecho inunda, ó tarde ó mal ó en vano
Sulcado aun de los dedos de su mano (11).

No la Trinacria en sus montañas fiera
Armó de crueldad, calzó de viento,
Que redima feroz, salve ligera
Su piel manchada de colores ciento;
Pellico es ya la que en los bosques era (12)
Mortal horror al que con paso lento (13)
Los bueyes á su albergue reducia,
Pisando la dudosa luz del dia.

Cercado es, cuanto mas capaz, mas lleno,
De la fruta el zurron casi abortada,
Que el tardo otoño deja al blando seno
De la piadosa yerba encomendada;
La serva, á quien le da rugas el heno,
La pera, de quien fué cuna dorada
La rubia paja, y pálida tutora
La niega avara, y pródiga la dora (14).

Erizo es el zurron de la castaña,
Y entre el membrillo, ó verde ó datilado,
De la manzana hipócrita, que engaña,
A lo pálido no, á lo arrebolado;
Y de la encina, honor de la montaña,
Que pabellon al siglo fué dorado,
El tributo, alimento, aunque grosero,
Del mejor mundo, del candor primero.

Cera y cáñamo unió, que no debiera,
Cien cañas, cuyo barbaro ruido
De mas ecos que unió cáñamo y cera
Albogue es duramente repetido (15);

(1) Así Pellicer; Hoces, Salcedo, Faria y otros leen:

Peinar el viento y fatigar la selva.

(2) Pellicer lee *alcándora*.

(3) Así Hoces, Salcedo y otros; Pellicer y Faria escriben: *el fin*.

(4) *Treguas del ejercicio*, dice Cascales.

(5) Otros ponen: *del dosel*.

(6) Pellicer escribe: «Dicen que *argentar de plata* es lo mismo que *dorar de oro* y *platear de plata*, no dándose por entendido algun andaluz que lo notó, que es frase provincial y solo usada en la Andalucía, donde *argentar* sirve al oro y plata, y se dice *argentar de oro y argentar de plata*; y esto es mas frecuente en los borceguíes.»

Salcedo Coronel dice que si le fuera lícito, enmendara: *El pié calza de plata al Lilibeo*, porque, habiendo dicho pié, se diria con mas propiedad *calzar*.

Yo, en mi *Gran diccionario de la lengua española*, digo en la voz *argentería* que es conjunto de oro y plata ó de monedas, y cito un pasaje de las *Eróticas* de Villégas, donde se lee, al tratarse de la lluvia de oro de Danae:

Ya diosas me cercaban,
Ya diosas me ocurrian,
Y ni cesaba el canto
Ni Júpiter veniá;
Yo, celoso, dejélos,
Y á ti volví, Licinnia,
Como amante que teme
Lluvias de argentería.

Tambien es bordadura de oro, plata, azabache, etc. Arguijo, en su *Relacion de las fiestas de toros y cañas*, escribe: «*Lanzas, desnudas* con banderillas y cometas azules y plata, mangas de holan, cuajadas de *argentería de oro... y argenterías negras.*»

(7) En algunas ediciones se dice: *Boveda ó de las fraguas.*

(8) Así Pellicer; otros escriben: *nos lo enseña.*

(9) Así Hoces, Salcedo, Faria y otros; Pellicer, refiriéndose á manuscritos de Góngora, dice:

Al cabrero mayor de aquella sierra.

(10) Así Pellicer; otros escriben *aguas* en vez de *ondas.*

(11) Así Pellicer, concertando *sulcado* con torrente; otros leen *sulcada*, con alusion á *barba*.

(12) Pellicer dice que algunos manuscritos leen:

Pellico es del jayan la que antes era.

(13) *Fiero terror*, en vez de *mortal horror*, pone Pellicer.

(14) Segun Pellicer, en algunos manuscritos se lee la mitad de esta estancia distintamente, y *no sé si diga mejor* (son sus palabras):

La delicada serva, á quien el heno
Rugas le da en la cuna, la opilada
Camuesa, que el color pierde amarillo
En tomando el acero del cuchillo.

(15) Así Salcedo Coronel; Pellicer y otros leen:

Albogues duramente *es* repetido.

Salcedo explica el verso diciendo:

«De mas ecos que juntó el cáñamo y cera es repetido duramente *albogue*. Esto es, los ecos que formaba duramente el instru-

La selva se confunde, el mar se altera,
Rompe Triton su caracol torcido,
Sordo huye el bajel á vela y remo;
Tal la música es de Polifemo.

Ninfa de Dóris, hija la mas bella
Adora que vió el reino de la espuma;
Galatea es su nombre, y dulce en ella
El terno Vénus de sus Gracias suma;
Son una y otra luminosa estrella
Lucientes ojos de su blanca pluma.
Si roca de cristal no es de Neptuno,
Pavon de Vénus es, cisne de Juno.

Purpúreas rosas sobre Galatea
La alba entre lilios cándidos deshoja;
Duda el Amor cuál mas su color sea,
O púrpura nevada ó nieve roja;
De su frente la perla es Eritrea
Emula vana; el ciego dios se enoja,
Y condenado su esplendor, la deja
Pender en oro al nacar de su oreja.

Invidia de las ninfas y cuidado
De cuantas honra el mar deidades era,
Pompa del marinero, niño alado,
Que sin fanal conduce su venera:
Verde el cabello, el pecho no escamado,
Ronco sí, escucha á Glauco la ribera
Inducir á pisar la bella ingrata
En carro de cristal campos de plata.

Marino jóven las cerúleas sienes
Del mas tierno coral ciñe Palemo,
Rico de cuantos la agua engendra bienes
Del faro odioso al promontorio extremo,
Mas en la gracia igual, si en los desdenes
Perdonado algo mas que Polifemo
De la que no le ovó, y calzada plumas,
Tantas flores pisó como él espumas:

Huye la bella ninfa, y el marino
Amante nadador ser bien quisiera,
Ya que no áspid á su pié divino,
Dorado pomo á su veloz carrera (16);
Mas ¿cuál diente mortal, cuál metal fino
La fuga suspender podrá ligera
Que el desden solicita? ¡Oh cuánto yerra
Delfin que sigue en agua corza en tierra!

Sicilia en cuanto oculta, en cuanto ofrece,
Copa es de Baco, huerto de Pomona;
Tanto de frutos esta la enriquece,
Cuanto aquel de racimos la corona;
En carro que estival trillo parece,
A sus campañas Céres no perdona,
De cuyas fertilísimas espigas
Las provincias de Europa son hormigas.

A Páles su viciosa cumbre debe
Lo que á Céres, y aun mas, su vega llana,
Pues si en la una granos de oro llueve,
Copos nieva en la otra mil de lana;
De cuantos siegan oro, esquilan nieve
O en pipas guardan la esprimida grana,
Bien sea religion, bien amor sea,
Deidad, aunque sin templo, es Galatea.

Sin aras no; que el márgen donde para
Del espumoso mar su pié ligero,
Al labrador de sus primicias ara,
De sus esquilmos es al ganadero;
De la copia á la tierra poco avara
El cuerno vierte el hortelano entero
Sobre la mimbre que tejió prolija,
Si artificiosa no, su honesta hija.

Arde la juventud, y los arados
Peinan las tierras que sulcaron antes
Mal conducidos, cuando no arrastrados
De tardos bueyes, cual su dueño errantes,
Sin pastor que los silbe, los ganados
Los crugidos ignoran resonantes
De las hondas, si en vez del pastor pobre
El céfiro no silba, ó cruje el robre.

Mudó la noche el can; el dia dormido
De cerro en cerro y sombra en sombra yace;
Bala el ganado, al mísero balido
Nocturno el lobo de las selvas nace;
Cébase, y fiero deja humedecido
En sangre de una lo que la otra pace.
Revoca Amor los silbos, á su dueño
El silencio del can siga ó el sueño (17).

La fugitiva ninfa en tanto, donde
Hurta un laurel su tronco al sol ardiente
Tantos jazmines cuanta yerba esconde (18),
La nieve de sus miembros da á una fuente;
Dulce se queja, dulce se responde (19)
Un ruiseñor á otro, y dulcemente
Al sueño da sus ojos la armonía
Por no abrasar con tres soles el dia.

Salamandra del sol vestido estrellas,
Latiendo el can del cielo estaba, cuando
Polvo el cabello, húmidas centellas,
Si no ardientes aljofares sudando,
Llegó Acis, y de ambas luces bellas
Dulce occidente viendo al sueño blando,
Su boca dió y sus ojos cuanto pudo
Al sonoro cristal, al cristal mudo.

Era Acis un venablo de Cupido,
De un fauno medio hombre y medio fiera (20),
En Simétis, hermosa ninfa, habido,
Gloria del mar, honor de su ribera;
Al bello iman, al ídolo dormido,
Acero sigue, idólatra venera (21);
Rico de cuanto el huerto ofrece pobre,
Rinden las vacas y fomenta el robre.

El celestial humor recien cuajado
Que la almendra guardó entre verde y seca,
En blanca mimbre se lo puso al lado,
Y un copo en verdes juncos de manteca (22);
En breve corcho, pero bien labrado,
Un rubio hijo de una encina hueca,
Dulcísimo panal, á cuya cera
Su néctar vinculó la primavera.

Caluroso al arroyo da las manos,
Y con ellas las ondas á su frente

mento de Polifemo repetian que era *albogue*, ó en los ecos repetidos de tantas voces se conocia que el instrumento que las formaba era *albogue*.»

Pellicer interpreta de este modo:

«Cuyo estruendo bárbaro, grande... repetian mas ecos que unieron cáñamo y cera *albogues*; de modo que si el instrumento constaba de cien cañas ó cien cicutas, que es aquella distancia que hay de nudo á nudo en la caña, el eco repetia cuatrocientas voces.»

(16) *En su veloz carrera.—Texto de Pellicer.*

(17) Pellicer dice:

A su dueño
El silencio del can siga, ó el sueño.

Así se ha de leer, no

O á su dueño
El silencio del can sigan, y el sueño,

que no hace sentido; lo que quiso don Luis decir, es que los silbos que habia de dar el pastor no los daba, por obedecer al amor, ora durmiese de dia ó callase de noche, como su can.»

(18) Salcedo dice que estos versos deben entenderse así:

«Le da tantos jazmines á una fuente cuanta yerba esconde con la nieve de sus miembros; esto es, recostada al márgen de una fuente, le da tantos jazmines en lo cándido de sus miembros cuanta yerba esconde la nieve de ellos mismos. Así entiendo yo este lugar, aunque don Gabriel del Corral, cuyo ingenio y erudicion honran felizmente á España, me dijo le entendia de otra manera: que recostada Galatea cerca de una fuente en la parte superior, retratándose en sus aguas, le daba en su imágen tantos jazmines cuanta yerba escondia la nieve de sus miembros, oprimiéndola con ellos.»

(19) Pellicer dice que así se ha leer, no *dulce le responde*, como se ve en algunos manuscritos é impresos.

(20) Así Pellicer; otros suprimen en este verso la *y*.

(21) Así Pellicer; los demás dicen equivocadamente:

El bello iman, el ídolo dormido
Que acero sigue, idólatra venera.

(22) Así Pellicer, Salcedo y otros; Hoces, Faria y algunos mas leen:

Y un poco en verdes juncos de manteca.

Entre dos mirtos que, de espuma canos,
Dos verdes garzas son de la corriente;
Vagas cortinas de volantes vanos
Corrió Favonio lisonjeramente,
Ala de viento, cuando no sea cama
De frescas sombras, de menuda grama.

La ninfa pues la sonorosa plata
Bullir sintió del arroyuelo apenas,
Cuando, á sus verdes márgenes ingrata,
Segur se hizo de sus azucenas (23);
Huyera, mas tan frio se desata
Un temor perezoso por sus venas,
Que á la precisa fuga, al presto vuelo
Grillos de nieve fué, plumas de hielo.

Fruta en mimbres halló, leche exprimida
En juncos, miel en corcho, mas sin dueño,
Si bien al dueño debe, agradecida
Su deidad culta, venerado el sueño;
A la ausencia mil veces ofrecida
Este de cortesía no pequeño
Indicio la dejó, aunque estaba helada,
Mas discursiva y menos alterada.

No al cíclope atribuye, no, la ofrenda;
No á sátiro lascivo ni á otro feo
Morador de las selvas, cuya rienda
El sueño afloja que aflojó el deseo (24);
El niño dios entonces de la venda,
Ostentacion gloriosa, alto trofeo
Quiere que al árbol de su madre sea
El desden hasta allí de Galatea.

Entre las ramas del que mas se lava
En el arroyo, mirto levantado,
Carcax de cristal hizo, si no aljaba,
Su blanco pecho de un arpon dorado;
El monstro de rigor, la fiera brava
Mira la ofrenda ya con mas cuidado,
Y aun siente que á su dueño sea devoto,
Confuso alcaide mas, el verde soto.

Llamarálo, aunque muda, mas no sabe
El nombre articular que mas querria (25),
Ni lo ha visto, si bien pincel suave
Lo ha bosquejado ya en su fantasía;
Al pié no tanto ya del temor grave
Fia su intento, y tímida en la umbría
Cama de campo, y campo de batalla,
Fingiendo sueño al cauto garzon halla.

El bulto vió, y haciéndolo dormido,
Librada en un pié, toda sobre él pende,
Urbana al sueño, bárbara al mentido
Retórico silencio que no entiende;
No el ave reina así el fragoso nido
Corona inmóbil mientras no deciende
Rayo con plumas al milano pollo
Que la eminencia abriga de un escollo;

Como la ninfa bella, compitiendo
Con el garzon dormido en cortesía,
No solo para, mas el dulce estruendo
Del lento arroyo enmudecer querria;
A pesar luego de las ramas, viendo
Colorido el bosquejo que ya habia
En su imaginacion Cupido hecho
Con el pincel que le clavó en su pecho,

De sitio mejorada, atenta mira
En la disposicion robusta aquello
Que, si por lo suave no la admira,
Es fuerza que la admire por lo bello;
Del casi trasmontado sol aspira
A los confusos rayos su cabello;
Flores su bozo es, cuyas colores,
Como duerme la luz, niegan las flores.

En la rústica greña yace oculto
El áspid del intonso prado ameno
Antes que del peinado jardin culto
En el lascivo regalado seno;
En lo viril desata de su bulto
Lo mas dulce el Amor de su veneno;
Bébelo Galatea, y da otro paso
Por apurarle la ponzoña al vaso.

Acis, aun mas de aquello que dispensa
La brújula del sueño vigilante,
Alterada la ninfa esté ó suspensa,
Argos es siempre atento á su semblante,
Lince penetrador de lo que piensa,
Ciñalo bronce ó múrelo diamante;
Que en sus paladiones Amor ciego,
Sin romper muros introduce fuego.

El sueño de sus miembros sacudido,
Gallardo el jóven su persona ostenta (26),
Y al marfil luego de sus piés rendido,
El coturno besar dorado intenta;
Menos ofende el rayo prevenido
Al marinero, menos la tormenta
Prevista le turbó ó pronosticada;
Galatea lo diga, salteada.

Mas agradable, menos zabareña (27),
Al mancebo levanta venturoso,
Dulce ya concediéndole y risueña
Paces no al sueño, treguas si al reposo;
Lo cóncavo hacia de una peña
A un fresco sitial dosel umbroso,
Y verdes celosías unas hiedras,
Trepando troncos y abrazando piedras.

Sobre una alfombra que imitara en vano
El tirio sus matices, si bien era
De cuantas sedas ya hiló gusano,
Y artífice tejió la primavera,
Reclinados al mirto mas lozano,
Una y otra lasciva, si ligera,
Paloma se caló, cuyos gemidos,
Trompas de amor, alteran sus oidos.

El ronco arrullo al jóven solicita;
Mas con desvíos Galatea suaves
A su audacia los términos limita,
Y el aplauso al concento de las aves;
Entre las ondas y la fruta imita
Acis al siempre ayuno en penas graves;
Que en tanta gloria infierno son no breve,
Fugitivo cristal, pomos de nieve.

No á las palomas concedió Cupido
Juntar de sus dos picos los rubíes,
Cuando al clavel el jóven atrevido
Las dos hojas le chupa carmesíes;
Cuantas produce Pafo, engendra Guido
Negras violas, blancos alhelíes
Llueven sobre el que Amor quiere que sea
Tálamo de Acis ya y de Galatea.

Su aliento humo, sus relinchos fuego,
Si bien su freno espumas, ilustraba
Las columnas Eton que erigió el griego,
Do carro de la luz sus ruedas lava,
Cuando de amor el fiero jayan ciego
La cerviz le oprimió á una roca brava,
Que á la playa, de escollos no desnuda,
Lanterna es ciega y atalaya es muda.

Arbitro de montañas y ribera,
Aliento dió en la cumbre de la roca
A los albogues que agregó la cera,
El prodigioso fuelle de su boca;

(23) Todas las ediciones dicen:

Seguir se hizo de sus azucenas.

Conformándome con el texto de Pellicer, pongo en el mio *segur*.

Este erudito interpretaba:

«Cuando ingrata al lecho que la ofreció la márgen, marchitó pisando las azucenas, ó se levantó en pié, con que quedaron muertas, faltándoles los miembros de Galatea.»

(24) Pellicer dice:

«Afloja el sátiro la rienda al deseo, déjase llevar del apetito, y á este deseo le da mas rienda viendo entregado al sueño lo que apetece... Algunos leen *el sueño aflija*, pero mal, porque no hace sentido alguno, porque la rienda no se *aflige*, sino se *afloja*.»

Salcedo decia que don Luis puso *afligir la rienda* por *ajustar*.

(25) Otros leen *queria*; sigo á Pellicer.

(26) Así Pellicer; otros leen: *la persona*.

(27) Así Pellicer; otros ponen: *y menos zahareña*.

La ninfa los oyó, y ser mas quisiera
Breve flor, yerba humilde, tierra poca,
Que de su nuevo tronco vid lasciva,
Muerta de amor, y de temor no viva;

Mas, cristalinos pámpanos sus brazos,
Amor la implica si el temor la añuda
Al infelice olmo que pedazos
La segur de los celos hará aguda;
Las cavernas en tanto, los ribazos
Que ha prevenido la zampoña ruda,
El trueno de la voz fulminó luego;
Referildo, Piérides, os ruego.

«¡Oh bella Galatea, mas suave
Que los claveles que troncó la aurora,
Blanca mas que las plumas de aquel ave (28)
Que dulce muere y en las aguas mora;
Igual en pompa al pájaro que grave
Su manto azul de tantos ojos dora
Cuantas el celestial zafiro estrellas;
Oh tú que en dos incluyes las mas bellas!

»Deja las ondas, deja el rubio coro
De las hijas de Tétis, y el mar vea,
Cuando niega una luz un carro de oro (29),
Que en dos las restituye Galatea;
Pisa la arena, que en la arena adoro
Cuantas el blanco pié conchas platea,
Cuyo bello contacto puede hacerlas,
Sin concebir rocío, parir perlas.

»Sorda hija del mar, cuyas orejas
A mis gemidos son rocas al viento,
O dormida te hurten á mis quejas
Purpúreos troncos de corales ciento,
O al disonante número de almejas,
Marino, si agradable no, instrumento,
Coros tejiendo estés, escucha un dia
Mi voz, por dulce, cuando no por mia.

»Pastor soy; mas tan rico de ganados,
Que los valles impido mas vacíos,
Los cerros desparezco levantados
Y los caudales seco de los rios (30);
No los que de sus ubres desatados,
O derivados de los ojos mios,
Leche corren y lágrimas; que iguales
En número á mis bienes son mis males.

»Sudando néctar, lambicando olores,
Senos que ignora aun la golosa cabra,
Corchos me guardan mas que abeja flores
Liba inquieta é ingeniosa labra (31);
Troncos me ofrecen árboles mayores,
Cuyos enjambres, ó el abril los abra,
O los desate el mayo, ámbar destilan
Y en ruecas de oro rayos del sol hilan.

»Del Júpiter soy hijo de las ondas,
Aunque pastor; si tu desden no espera
A que el monarca de esas grutas hondas
En tronco de cristal te abrace nuera,
Polifemo te llama, no te escondas;
Que tanto esposo admira la ribera
Cual otro no vió Febo mas robusto
Del perezoso Bolga al Indo adusto (32).

»Sentado, á la alta palma no perdona
Su dulce fruto mi robusta mano;
En pié, sombra capaz es mi persona
De innumerables cabras el verano.
¿Qué mucho, si de nubes se corona
Por igualarme la montaña en vano,
Y en los cielos desde esta roca puedo
Escribir mis desdichas con el dedo?

»Marítimo Alcion, roca eminente
Sobre sus huevos coronaba el dia,
Que espejo de zafiro fué luciente
La playa azul de la persona mia;
Miréme, y lucir vi un sol en mi frente
Cuando en el cielo un ojo se veia;
Neutra el agua, dudaba á cuál fe preste (33),
Al cielo humano ó al cíclope celeste.

»Registra en otras puertas el venado
Sus años, su cabeza colmilluda
La fiera, cuyo cerro levantado
De helvecias picas es muralla aguda;
La humana suya el caminante errado
Dió ya á mi cueva, de piedad desnuda,
Albergue hoy, por tu causa, al peregrino,
Do halló reparo, si perdió el camino.

»En tablas dividida rica nave
Besó la playa miserablemente,
De cuantas vomitó riquezas grave
Por las bocas del Nilo el Oriente;
Yugo aquel dia, y yugo bien suave,
Del fiero mar á la sañuda frente
Imponiéndole estaba, si no al viento,
Dulcísimas coyundas mi instrumento;

»Cuando entre globos de agua entregar veo
A las arenas ligurina haya,
En cajas los aromas del Sabeo,
En cofres las riquezas de Cambaya,
Delicias de aquel mundo, ya trofeo
De Scila, que ostentado en nuestra playa
Lastimoso despojo fué dos dias
A las que esta montaña engendra arpías.

»Segunda tabla á un ginovés mi gruta
De su persona fué, de su hacienda;
La una reparada, la otra enjuta,
Relacion del naufragio hizo horrenda;
Luciente paga de la mejor fruta
Que en yerbas se recline ó en hilos penda,
Colmillo fué del animal que el Gánges
Sufrir muros le vió, romper falanjes.

»Arco digo gentil, bruñida aljaba,
Obras ambas de artífice protijo.
Y de Malaco rey á deidad Java (34)
Alto don, segun ya mi huésped dijo;
De aquel la mano, desta el hombro agrava;
Convencida la madre, imita al hijo;
Serás á un tiempo en estos horizóntes
Vénus del mar, Cupido de los montes.»

Su horrenda voz, no su dolor interno,
Cabras aquí le interrumpieron cuantas
Vagas el pié, sacrílegas el cuerno
A Baco se atrevieron en sus plantas;
Mas, conculcado el pámpano mas tierno,
Viendo el fiero pastor, voces él tantas,
Y tantas despidió la honda piedras,
Que el muro penetraron de las hiedras.

De los ñudos con esto mas suaves
Los dulces dos amantes desatados,
Por duras guijas, por espinas graves
Solicitan el mar con piés alados;

(28) Así Salcedo y otros; Pellicer dice *aquella*. Añade además que en algunos manuscritos se lee *blanda* en vez de *blanca*.

(29) Así Pellicer; otros ponen: *la luz*.

(30) Pellicer, Salcedo y otros así escriben este verso; otros ponen *raudales* en vez de *caudales*.

(31) Así Pellicer; otros suprimen la *y*.

(32) Así Pellicer; los mas de los editores de GÓNGORA leen:

Del perezoso Belga al Indo adusto.

Pellicer dice:

«Así se ha de leer *Bolga*, no *Belga*. Dos explicaciones tiene este verso; ó lo podemos entender desde Bulgaria á la India, por los rios ó por las provincias de estas dos naciones... Dirán que no es buena frase desde Septentrion á Oriente. Aquí DON LUIS solo pone los dos extremos de calor y frio de Scitia y Etiopía, para significar la distancia que hay de una zona á otra.»

Salcedo escribe:

«Llama don Luis al *Belga* perezoso. No sé qué le pudo mover, siendo este epiteto opuesto totalmente á su naturaleza, porque son animosos, atrevidos, armígeros, fuertes, inquietos y sumamente arrojados. Yo creo que fue yerro de los manuscritos, y que DON LUIS dijo *del belicoso Belga*, y no del *perezoso*. Desta duda nos sacará la interpretacion de Pedro de Ribas, y aunque yo no me conformo en este sentido, la pondré para que el lector elija lo que mas gustare.» Lee Pedro de Ribas:

Del perezoso Bolga al Indo adusto.

Aquí se habla de los dos rios, el Bolga y el Indo.

(33) Así Salcedo, Pellicer, Faria y otros; algunos leen: *se preste*.

(34) Otros leen *Maluco* en vez de *Malaco*.

Tal redimiendo de importunas aves,
Incauto meseguero sus sembrados
De liebres dirimió copia así amiga (35),
Que vario sexo unió y un sulco abriga.

Viendo el fiero jayan con paso mudo
Correr al mar la fugitiva nieve,
Que á tanta vista el líbico desnudo
Registra el campo de su adarga breve,
Y al garzon viendo, cuantas mover pudo
Celoso trueno, antiguas hayas mueve,
Tal antes que la opaca nube rompa
Previene rayo fulminante trompa.

Con violencia desgajó infinita
La mayor parte de la excelsa roca (36),
Que al jóven, sobre quien la precipita,
Urna es mucha, pirámide no poca;
Con lágrimas la ninfa solicita
Las deidades del mar, que Acis invoca;
Concurren todas, y el peñasco duro
La sangre que exprimió cristal fué puro.

Sus miembros lastimosamente opresos
Del escollo fatal fueron apenas,
Que los piés de los árboles mas gruesos
Calzó el líquido aljófar de sus venas;
Corriente plata al fin sus blancos huesos
Lamiendo flores y argentando arenas (37),
A Dóris llega, que con llanto pio
Yerno lo saludó, lo aclamó rio.

SOLEDADES.

Al excelentísimo señor Duque de Béjar.

Pasos de un peregrino son errante
Cuantos me dictó versos dulce musa,
En soledad confusa
Perdidos unos, otros inspirados (38).
¡Oh tú, que de venablos impedido,
Muros de abeto, almenas de diamante,
Bates los montes, que de nieve armados,
Gigantes de cristal, los teme el cielo;
Donde el cuerno, del eco repetido,
Fieras te expone, que al teñido suelo
Muertas, pidiendo términos disformes,
Espumoso coral le dan al Tórmes,
Arrima a un fresno el fresno, cuyo acero
Sangre sudando, en tiempo hará breve
Purpurear la nieve,
Y en cuanto da el solícito montero,
Al duro robre, al pino levantado,
Emulos vividores de las peñas,
Las formidables señas
Del oso que aun besaba, atravesado,
La asta de tu luciente jabalina,
O lo sagrado supla de la encina
Lo augusto del dosel ó de la fuente,
La alta cenefa lo majestuoso
Del sitial á tu deidad debido.
¡Oh Duque esclarecido!
Templa en sus ondas tu fatiga ardiente,
Y entregados tus miembros al reposo
Sobre el de grama césped no desnudo,
Déjate un rato hallar del pié acertado,
Que sus errantes pasos ha votado;
A la real cadena de tu escudo
Hoore suave, generoso nudo,
Libertad, de fortuna perseguida;
Que á tu piedad Euterpe agradecida,
Su canoro dará dulce instrumento,
Cuando la fama no su trompa al viento.

(35) Otros leen: *así copia.*

(36) Así Salcedo, Pellicer y otros; algunas ediciones leen: *La mayor puerta.*

(37) Otros ponen:

Lamiendo flores, argentando arenas.

(38) *Y otros inspirados*, dicen algunas ediciones.

SOLEDAD PRIMERA.

Era del año la estacion florida
En que el mentido robador de Europa
Media luna las armas de su frente,
Y el sol todos los rayos de su pelo,
Luciente honor del cielo
En campos de zafiro pace estrellas,
Cuando el que ministrar podiada copa
A Júpiter mejor que el garzon de Ida,
Náufrago y desdeñado, sobre ausente,
Lagrimosas de amor dulces querellas
Da al mar, que condolido
Fué á las ondas, fué al viento,
El mísero gemido,
Segundo de Arion dulce instrumento,
Del siempre en la montaña opuesto pino
Al enemigo noto,
Piadoso miembro roto,
Brave tabla, delfin no fué pequeño
Al inconsiderado peregrino
Que á una Libia de ondas su camino
Fió, y su vida á un leño;
Del Océano pues antes sorbido,
Y luego vomitado
No léjos de un escollo coronado
De secos juncos, de calientes plumas,
Alga todo y espumas,
Halló hospitalidad donde halló nido
De Júpiter el ave.
Besa la arena, y de la rota nave
Aquella parte poca
Que le expuso en la playa dió á la roca;
Que aun se dejan las peñas
Lisonjear de agradecidas señas.
Desnudo el jóven, cuanto ya el vestido
Océano ha bebido,
Restituir le hace á las arenas,
Y al sol lo extiende luego,
Que lamiéndolo apenas
Su dulce lengua de templado fuego,
Lento lo embiste, y con suave estilo
La menor onda chupa al menor hilo.
No bien pues de su luz los horizontes,
Que hacian desigual, confusamente
Montes de agua y piélagos de montes,
Desdorados los siente,
Cuando entregado el mísero extranjero
En lo que ya del mar redimió fiero,
Entre espinas crepúsculos pisando,
Riscos que aun igualara mal volando
Veloz é intrépida ala,
Menos cansado que confuso, escala.
Vencida al fin la cumbre
Del mar siempre sonante,
De la muda campaña
Arbitro igual é inexpugnable muro,
Con pié ya mas seguro
Declina al vacilante
Breve esplendor de mal distinta lumbre,
Farol de una cabaña
Que sobre el cerro está, en aquel incierto
Golfo de sombras anunciando el puerto.
«Rayos, les dice, cuando no de Leda
Trémulos hijos, sed de mi fortuna
Término luminoso.» Y recelando
De envidiosa bárbara arboleda
Interposicion, cuando
De vientos no conjuracion alguna,
Cual haciendo el villano
La fragosa montaña fácil llano,
Atento sigue aquella,
Aun á pesar de las tinieblas bella,
Aun á pesar de las estrellas clara,
Piedra, indigna tiara,
Si tradicion apócrifa no miente,
De animal tenebroso, cuya frente
Carro es brillante de nocturno dia;
Tal diligente, el paso
El jóven apresura,
Midiendo la espesura
Con igual pié, que el raso

Fijó, á despecho de la niebla fria,
En el carbunclo, norte de su aguja,
O el austro brame ó la arboleda cruja.
El can ya vigilante
Convoca, despidiendo al caminante,
Y la que desviada
Luz poca pareció, tanta es vecina,
Que yace en ella la robusta encina,
Mariposa en cenizas desatada.
Llegó pues el mancebo, y saludado,
Sin ambicion, sin pompa de palabras,
De los conducidores fué de cabras,
Que á Vulcano tenian coronado:
«*¡ O bienaventurado*
Albergue á cualquier hora,
Templo de Páles, alqueria de Flora!
No moderno artificio
Borró diseños, bosquejó modelos,
Al cóncavo ajustando de los cielos
El sublime edificio;
Retamas sobre robre
Tu fábrica son pobre,
Do guarda, en vez de acero,
La ignorancia al cabrero
Mas que el silbo al ganado.
¡ O bienaventurado
Albergue á cualquier hora!
No en tí la ambicion mora
Hidrópica de viento,
Ni la que su alimento
El áspid es gitano;
No la que en vulto comenzando humano,
Acaba en mortal fiera,
Esfinge bachillera,
Que hace hoy á Narciso
Ecos solicitar, desdeñar fuentes,
Ni la que en salvas gasta impertinentes
La pólvora del tiempo mas preciso;
Ceremonia profana
Que la sinceridad burla villana
Sobre el corvo cayado.
¡ Oh bienaventurado
Albergue á cualquier hora!
Tus umbrales ignora
La adulacion, sirena
De reales palacios, cuya arena
Besó, y á tanto leño
Trofeos dulces de un canoro sueño,
No á la soberbia está aqui la mentira
Dorándole los piés en cuanto gira
La esfera de sus plumas,
Ni de los rayos baja á las espumas
Favor de cera alado.
¡ Oh bienaventurado
Albergue á cualquier hora!» (39).
No pues de aquella tierra, engendradora
Mas de fierezas que de cortesía,
La gente parecia
Que hospedó al forastero
Con pecho igual de aquel candor primero,
Que en las selvas contento,
Tienda el fresno le dió, el robre alimento.
Limpio sayal, en vez de blanco lino,
Cubrió el cuadrado pino,
Y en hoj, aunque rebelde, á quien el torno
Forma elegante dió sin culto adorno;
Leche que exprimir vió la alba aquel dia,
Mientras perdian con ella
Los blancos lilios de su frente bella,
Gruesa le dan y fria,
Impenetrable casi á la cuchara,
Del sabio Alcimedon invencion rara;
El que de cabras fué dos veces ciento
Esposo casi un lustro, cuyo diente
No perdonó á racimo aun en la frente
De Baco, cuanto mas en su sarmiento,
Triunfador siempre de celosas lides,
Lo coronó el Amor; mas rival tierno,
Breve de barba y duro no de cuerno,
Redimió con su muerte tantas vides,
Servido ya en cecina,
Purpúreos hilos es de grana fina.
Sobre corchos despues mas regalado
Sueño le solicitan pieles blandas,
Que al príncipe entre holandas
Púrpura tiria y milanés brocado.
No de humosos vinos agravado
Es Sisifo en la cuesta y en la cumbre;
De ponderosa vana pesadumbre (40)
Es, cuanto mas despierto, mas burlado.
De trompa militar no, ó destemplado (41)
Son de cajas, fué el sueño interrumpido;
De can si embravecido,
Contra la seca hoja
Que el viento repeló á alguna coscoja.
Durmió, y recuerda en fin, cuando las aves,
Esquilas dulces de sonora pluma,
Señas dieron suaves
De la alba al sol, que el pabellon de espuma
Dejó, y en su carroza
Rayó el verde obelisco de la choza.
Agradecido pues el peregrino,
Deja el albergue, y sale acompañado
De quien lo lleva, donde levantado,
Distante pocos pasos del camino,
Imperioso mira la campaña
Un escollo, apacible galería,
Que festivo teatro fué algun dia
De cuantos pisan faunos la montaña.
Llegó, y á vista tanta
Obedeciendo la dudosa planta,
Inmóvil se quedó sobre un lentisco,
Verde balcon del agradable risco.
Si mucho poco mapa le despliega,
Mucho es mas lo que neblas desalando,
Confunde el sol y la distancia niega;
Muda la admiracion, habla callando,
Y ciega un rio sigue, que luciente
De aquellos montes hijo,
Con torcido discurso, aunque prolijo,
Tiraniza los campos útilmente;
Orladas sus orillas de frutales,
Si de flores, tomadas no á la aurora,
Derecho corre mientras no provoca
Los mismos altos el de sus cristales;
Huye un trecho de sí, y se alcanza luego;
Desviase, y buscando sus desvíos,
Errores dulces, dulces desvarios
Hacen sus aguas con lascivo fuego,
Engazando edificios en su plata,
De quintas coronado, se dilata
Majestuosamente,
En brazos dividido caudalosos
De islas, que paréntesis frondosos
Al período son de su corriente
De la alta gruta donde se desata (42)

(39) Solís introduce, en su comedia *Amor es arte de amar*, el fragmento siguiente de las *Soledades*, con las variaciones que se verán:

¡ Oh bienaventurado
Albergue á cualquier hora!
No en tí la ambicion mora
Ni á tí llega el cuidado,
¡ Oh bienaventurado!
¡ Oh bienaventurado!
Retamas sobre robre
Tu fábrica son pobre,
Tu cetro es el cayado,
¡ Oh bienaventurado!
¡ Oh bienaventurado!
Do guarda, en vez de acero,
La ignorancia al cabrero
Mas que el silbo al ganado,
¡ Oh bienaventurado!

(40) Así Pellicer, Faria y otros; Hoces lee *poderosa*.

(41) Así Pellicer; otros leen: *ó de templado*, en vez de *destemplado*.

(42) Este y los trece versos que le preceden no se hallan en las ediciones de Hoces, Faria y otros. En su lugar se lee lo siguiente:

Orladas sus orillas de frutales,
Quiere la copia que su cuerno sea,

Hasta los jaspes líquidos, adonde
Su orgullo pierde y su memoria esconde.
«Aquellas que los árboles apenas
Dejan ser torres hoy, dijo el cabrero
Con muestras de dolor extraordinarias,
Las estrellas nocturnas luminarias
Eran de sus almenas (43),
Cuando el que ves sayal fué limpio acero,
Yacen agora sus desnudas piedras;
Visten piadosas yedras,
Que á ruinas, estragos,
Sabe el tiempo hacer verdes halagos.»
Con gusto el jóven y atencion le oia,
Cuando torrentes de armas y de perros,
Que si precipitados no los cerros,
Las personas tras de un lobo traia.
Tierno discurso y dulce compañía
Dejar hizo al serrano;
Que del sublime espacioso llano
Al huésped al camino reduciendo,
Al venatorio estruendo
Pasos dando veloces,
Número crece y multiplica voces;
Bajaba entre sí el jóven admirado,
Armado, á Pan ó Semicapro á Marte
En el pastor mentidos, que con arte
Culto principio dió al discurso, cuando
Rémora de sus pasos, fué su oido
Dulcemente impedido
De canoro instrumento, que pulsado
Era de una serrana junto á un tronco
Sobre un arroyo, de quejarse ronco,
Mudo sus ondas, cuando no enfrenado.
Otra con ella montaraz zagala
Juntaba el cristal líquido al humano
Por el arcaduz bello de una mano,
Que al uno menosprecia, al otro iguala.
Del verde márgen otra las mejores
Rosas traslada y lilios al cabello,
O por lo matizado ó por lo bello,
Si Aurora no con rayos, sol con flores;
Negras pizarras entre blancos dedos
Ingeniosa hiere otra, que dudo
Que aun los peñascos la escucharan quedos.
Al son pues deste rudo (44)
Sonoroso instrumento,
Lasciva el movimiento,
Mas los ojos honesta,
Altera otra, bailando, la floresta.
Tantas al fin el arroyuelo y tantas
Montañesas da el prado, que dirias
Ser menos las que verdes hamadrías
Abortaron las plantas;
Inundacion hermosa
Que la montaña hizo populosa
De sus aldeas todas
A pastorales bodas.
De una encina embebido
En lo cóncavo el jóven mantenia
La vista de hermosura y el oido
De métrica armonía;
El sileno buscaba
De aquellas que la sierra dió bacantes,
Ya que ninfas las niega ser errantes
El hombro sin aljaba,
O si del Termodoonte,
Emulo el arroyuelo desatado
De aquel fragoso monte,
Escuadron de amazonas desarmado,
Tremola en sus riberas
Pacíficas banderas.
Vulgo lascivo erraba
Al voto del mancebo,

Si el animal armaron de Amaltea;
Diáfanos cristales,
Engazando edificios en su plata,
De muros se corona,
Rocas abraza, islas aprisiona,
Hasta los jaspes líquidos, adonde, etc.

(43) Otros leen *fueron*.
(44) Algunos leen *mudo*.

El yugo de ambos sexos sacudido,
Al tiempo que, de flores impedido
El que ya serenaba
La region de su frente rayo nuevo,
Purpurea terneruela conducida
De su madre, no menos coramada,
Entre albogues se ofrece acompañada
De juventud florida (45).
Cual dellos las pendientes sumas graves
De negras baja, de crestadas aves,
Cuyo lascivo esposo vigilante
Doméstico es del sol nuncio canoro,
Y de coral barbado, no de oro
Ciñe, si no de púrpura, turbante.
Quien la cerviz oprime
Con la manchada copia
De los cabritos mas retozadores,
Tan golosos, que gime
El que menos peinar puede las flores
De su guirnalda propia.
No el sitio, no, fragoso,
No el torcido taladro de la tierra,
Privilegió en la sierra
La paz del conejuelo temeroso;
Trofeo ya su número es á un hombro,
Si carga no y asombro.
Tú, ave peregrina,
Arrogante esplendor, ya que no bello,
Del último occidente
Penda el rugoso nácar de tu frente
Sobre el crespo zafiro de tu cuello,
Que Himeneo á sus mesas te destina (46).
Sobre dos hombros larga vara ostenta
En cien aves cien picos de rubíes,
Tafiletes calzados carmesíes,
Emulacion y afrenta
Aun de los berberiscos,
En la inculta region de aquellos riscos,
Lo que lloró la aurora,
Si es néctar lo que llora,
Y antes que el sol enjuga,
La abeja que madruga
A libar flores y á chupar cristales,
En celdas de oro líquido en panales
La orza contenia
Que un montañés traia.
No excedia la oreja
El pululante ramo
Del terneruelo gamo,
Que mal llevar se deja,
Y con razon, que el álamo desdeña
La sombra aun de lisonja tan pequeña.
El arco del camino pues torcido,

(45) Pellicer escribe en su *Comento*:
«En algunos manuscritos hallo en pos de los versos de arriba un trozo no vulgar, que dice:

»Treinta robustos montaraces dueños
De las que á los pitones
En la tierna lujuela temer vieras,
No ya á la vaca, no en las empulgueras
Del arco de Diana,
Damería serrana.

»Como si dijera que la juventud florida que venia acompañando la terneruela eran treinta mancebos, hermanos ó deudos de las montañesas, que temian mas los encuentros de la terneruela y sus cuernecillos con melindres de damas, que á la vaca que venia enmaromada ó con guindaleta. En los manuscritos que enmendó DON Luis no se hallan estos versos; pero no obstante, quise estampallos para que se entienda la bondad de sus escritos, pues las limaduras son del mismo metal que lo demás.»
(46) El mismo Pellicer dice lo siguiente:
«La edicion de Madrid lee así, pero en muchos manuscritos se lee diferente, aunque ambas con un mismo sentido:

»Tú, ave peregrina,
Cuya cuna en los últimos remates
Del occidente queda,
Sea, si enojo no, pompa á tu rueda,
Que en cuanto tu cellar se determina
A ser todo zafiro, y no grande,
Destinada la veo
A goloso himeneo.»

Que habian con trabajo
Por la fragosa cuerda del atajo
Las gallardas serranas desmentido,
De la cansada juventud vencido
Los fuertes hombros con las cargas graves,
Treguas hechas suaves,
Sueño le ofrece á quien buscó descanso
El ya sañudo arroyo, agora manso.
Merced de la hermosura que ha hospedado,
Efectos, si no dulces, del concento
Que en las lucientes de marfil clavijas
Las duras cuerdas de las negras guijas
Hicieron á su curso acelerado
En cuanto á su furor perdonó el viento.
Menos en renunciar tardó la enema
El extranjero errante
Que en reclinarse el menos fatigado
Sobre la grana que se viste lina
Su bella amada, deponiendo amante
En las vestidas rosas su cuidado.
Saludólos á todos cortesmente,
Y admirado no menos
De los serranos que correspondido,
Las sombras solicita de unas peñas,
De lágrimas los tiernos ojos llenos,
Reconociendo el mar en el vestido,
Que beberse no pudo el sol ardiente
Las que siempre dará cerúleas señas.
Político serrano,
En canas grave, habló desta manera:
« ¿Cuál tigre, la mas fiera
Que clima infamó hircano,
Dió el primer alimento
Al que ya deste ó aquel mar primero
Surcó labrador fiero
El campo undoso en mal nacido pino,
Vaga Cilicie del viento,
En telas hecho antes que en flor el lino?
Mas armas introdujo este marino
Monstruo, escamado de robustas hayas,
A las que tanto mar dividió playas,
Que confusion y fuego
Al frigio muro el otro leño griego.
Náutica industria investigó tal piedra,
Que cual abraza yedra
Escollo, el metal ella fulminante
De que Marte se viste, y lisonjera
Solicita el que mas brilla diamante
En la nocturna capa de la esfera;
Estrella nuestro polo mas vecina,
Y con virtud no poca
Distante la revoca,
Elevada la inclina
Ya de la aurora bella
Al rosado balcon y á la que sella
Cerúlea tumba fria
Las cenizas del dia.
En esta pues fiándose atractiva,
Del norte amante dura, alado roble
No hay tormentoso cabo que no doble
Ni isla hoy á su vuelo fugitiva.
Tifis el primer leño mal seguro
Condujo, muchos luego Palinuro,
Si bien por un mar ambos, que la tierra
Estanque dejó hecho,
Cuyo famoso estrecho
Una y otra de Alcides llave cierra,
Piloto hoy la codicia, no de errantes
Arboles, mas de selvas inconstantes,
Al padre de las aguas Oceano,
De cuya monarquía
El sol que cada dia
Nace en las ondas, y en las ondas muere,
Los términos saber todos no quiere,
Dejó primero de su espuma cano,
Sin admitir segundo
En inculcar sus límites al mundo.
Abetos suyos tres aquel tridente
Violaron á Neptuno,
Conculcado hasta allí de otro ninguno,
Besando las que al sol el occidente
Le corre el lecho azul de aguas marinas,
Turquesadas cortinas.
A pesar luego de áspides volantes,
Sombra del sol y lósigo del viento,
De caribes flechados, sus banderas
Siempre gloriosas, siempre tremolantes,
Rompieron los que armó de plumas ciento
Lestrigones el istmo, aladas fieras;
El istmo que al Océano divide
Y sierpe de cristal juntar le impide
La cabeza del norte coronada
Con la que ilustra el sur cola escamada
De antárticas estrellas.
Segundos leños dió á segundo polo
En nuevo mar, que le rindió no solo
Las blancas hijas de sus conchas bellas,
Pero los que lograr no supo Midas
Metales homicidas.
No le bastó despues á este elemento
Conducir orcas, alistar ballenas,
Murarse de montañas espumosas,
Infamar blanqueando sus arenas
Con tantas del primer atrevimiento
Señas, aun a los buitres lastimosas,
Para con estas lastimosas señas
Temeridades enfrenar segundas.
Tú, Codicia, tú pues de las profundas
Estigias aguas torpe marinero,
Cuantos abre sepulcros el mar fiero
A tus huesos desdeñas.
El promontorio que Eolo sus rocas
Candados hizo de otras nuevas grutas,
Para el austro de alas nunca enjutas,
Para el cierzo espirante por cien bocas
Doblaste alegre, y tu ostinada entena
Cabo le hizo de esperanza buena.
Tantos luego astronómicos presagios
Frustrados, tanta náutica doctrina,
Debajo de la zona aun mas vecina
Al sol, calmas vencidas y naufragios,
Los reinos de la aurora al fin besaste,
Cuyos purpúreos senos perlas netas,
Cuyas minas secretas
Hoy te guardan su mas precioso engaste;
La aromática selva penetraste,
Que al pájaro de Arabia, cuyo vuelo
Arco alado es del cielo,
No corvo, mas tendido,
Pira le erige, le construye nido.
Zodiaco despues fué cristalino
A glorioso pino,
Emulo vago del ardiente coche
Del sol, este elemento
Que cuatro veces habia sido ciento
Dosel al dia y tálamo á la noche,
Cuando halló de fugitiva plata
La visagra, aunque estrecha, abrazadora
De un Océano y otro siempre uno,
O las colunas bese ó la escarlata,
Tapete de la aurora.
Esta pues nave agora
En el húmido templo de Neptuno
Varada pende á la inmortal memoria
Con nombre de Vitoria.
De firmes islas no la inmóvil flota
En aquel mar del alba te describo,
Cuyo número, ya que no lascivo,
Por lo bello agradable y por lo vario
La dulce confusion hacer podia,
Que en los blancos estanques del Eurota
La virginal desnuda montería
Haciendo escollos ó de mármol pario
O de terso marfil sus miembros bellos,
Que pudo bien Acteon perderse en ellos.
El bosque dividido en islas pocas,
Fragante productor de aquel aroma
Que traducido mal por el Egito,
Tarde le encomendó el Nilo á sus bocas,
Y ellas mas tarde á la golosa Grecia;
Clavo no, espuela si del apetito,
Que en cuanto conocella tardó Roma
Fué templado Caton, casta Lucrecia;
Quédese, amigo, en tan inciertos mares,

Donde con mi hacienda
Del alma se quedó la mejor prenda,
Cuya memoria es buitre de pesares.»
En suspiros con esto,
Y en mas anegó lágrimas el resto
Del discurso prolijo (47)
Que el viento su caudal y el mar su hijo.
Consolallo pudiera el peregrino
Con las de su edad corta historias largas,
Si, vinculados todos á sus cargas,
Cual próvidas hormigas á sus mieses,
No comenzaran ya los montañeses
A esconder con el número el camino,
Y el cielo con el polvo. Enjugó el viejo
Del tierno humor las venerables canas,
Y levantando al forastero, dijo:
«Cabo me han hecho, hijo,
Deste hermoso tercio de serranas;
Si tu neutralidad sufre consejo,
Y no te fuerza obligacion precisa,
La piedad que en mi alma ya te hospeda
Hoy te convida al que nos guarda el sueño,
Política alameda,
Verde muro de aquel lugar pequeño
Que á pesar de esos fresnos se divisa;
Sigue la femenil tropa conmigo,
Verás curioso y honrarás testigo
El tálamo de nuestros labradores,
Que de tu calidad señas mayores
Me dan que del Océano tus paños,
O razon falta donde sobran años.»
Mal pudo el extranjero agradecido
En tercio tal negar tal compañía
Y en tan noble ocasion tal hospedaje.
Alegres pisan la que, si no era
De chopos calle y de álamos carrera,
El fresco de los céfiros ruido,
El denso de los árboles celaje
En duda ponen cuál mayor hacia
Guerra al calor ó resistencia al dia.
Coros tejiendo, voces alternando,
Sigue la dulce escuadra montañesa
Del perezoso arroyo el paso lento,
En cuanto él hurta blando
Entre los olmos que robustos besa
Pedazos de cristal que el movimiento
Libra en la falda, en el coturno ella
De la coluna bella,
Ya que celosa basa.
Dispensadora del cristal no escasa.
Sirenas de los montes su concento
A la que menos del sañudo viento
Pudiera antigua planta
Temer ruina ó recelar fracaso,
Pasos hiciera dar el menor paso
De su pié ó su garganta.
Pintadas aves, cítaras de pluma
Coronaban la bárbara capilla
Mientras el arroyuelo para oilla
Hace de blanca espuma
Tantas orejas cuantas guijas lava,
De donde es fuente adonde arroyo acaba.
Vencedores se arrogan los serranos
Los consignados premios otro dia,
Ya al formidable salto, ya á la ardiente
Lucha, ya á la carrera polvorosa.
El menos ágil cuantos comarcanos
Convoca el caso, él solo desafia,
Consagrando los palios á su esposa,
Que á mucha fresca rosa
Beber el sudor hace de su frente (48),
Mayor aun del que espera
En la lucha, en el salto, en la carrera.
Centro apacible un círculo espacioso
A mas caminos que una estrella rayos
Hacia, bien de pobos, bien de alisos,
Donde la primavera,
Calzada abriles y vestida mayos,
Centellas saca de cristal undoso
A un pedernal ornado de narcisos.
Este pues centro era
Meta umbrosa al vaquero convecino
Y delicioso término al distante,
Donde aun cansado mas que el caminante
Concurria el camino.
Al concento se abaten cristalino
Sedientas las serranas,
Cual simples codornices al reclamo
Que les miente la voz, y verde cela
Entre la no espigada mies la tela.
Músicas hojas viste el menor ramo
Del álamo que peina verdes canas;
No céfiros en él, no ruiseñores
Lisonjear pudieron breve rato
Al montañés, que ingrato
Al fresco, á la armonía y á las flores,
Del sitio pisa ameno
La fresca yerba, cual la arena ardiente
De la Libia, y á cuantas da la fuente
Sierpes de aljófar, aun mayor veneno
Que á las del Ponto tímido atribuye,
Segun los piés, segun los labios huye.
Pasaron todos pues, y regulados
Cual en los equinocios surcar vemos
Los piélagos del aire libre algunas
Volantes no galeras,
Si no grullas veleras,
Tal vez creciendo, tal menguando lunas,
Sus distantes extremos
Caractéres tal vez formando alados
En el papel diáfano del cielo
Las plumas de su vuelo (49).
Ellas en tanto en bóvedas de sombras,
Pintadas siempre al fresco,
Cubren las que Sidon telar turquesco
No ha sabido imitar verdes alfombras.
Apenas reclinaron la cabeza
Cuando en número iguales y en belleza,
Los márgenes matiza de las fuentes
Segunda primavera de villanas,
Que parientas del novio aun mas cercanas
Que vecinos sus pueblos, de presentes
Prevenidas concurren á las bodas.
Mezcladas hacen todas
Teatro dulce, no de escena muda,
El apacible sitio, espacio breve
En que á pesar del sol cuajada nieve,
Y nieve de colores mil vestida,
La sombra vió florida
En la yerba menuda.
Viendo pues que igualmente les quedaba
Para el lugar á ellas de camino
Lo que al sol para el lóbrego occidente,
Cual de aves se caló turba canora
A robusto nogal que acequia lava
En cercado vecino
Cuando á nuestros antípodas la aurora
Las rosas gozar deja de su frente,
Tal sale aquella que sin alas vuela
Hermosa escuadra con ligero paso,
Haciéndole atalayas del ocaso
Cuantos humeros cuenta la aldehuela.
El lento escuadron luego
Alcanzan de serranos,
Y disolviendo allí la compañía,
Al pueblo llegan con la luz que el dia
Cedió al sacro volcan de errante fuego,
A la torre de luces coronada,

(47) Así Hoces, Pellicer y otros; Faria lee:

De su discurso el montañés prolijo.

(48) Pellicer dice:

«El sentido que esto tiene no es muy fácil; yo decia que los serranos, fatigados en el cansancio y fatiga de las cargas que llevaban, sudaban y llegaban al rostro sus mujeres, y entre las rosas de sus mejillas enjugaban el sudor; pero nuestro amigo don Gabriel de Roa, gran poeta, gran amigo de DON LUIS y grande imitador suyo, de cuyo manuscrito me he valido, me advirtió que lo que DON LUIS quiso decir allí era que cada zagala limpiaba á su esposo con puñados de rosas deshojadas el sudor de su frente. A mi se me hace duro; otro lo decida.»

(49) Pellicer omite este verso.

Que el templo ilustra y á los aires vanos
Artificiosamente da exhalada
Luminosas de pólvora saetas,
Purpúreos no cometas.
Los fuegos pues el jóven solenniza,
Mientras el viejo tanta acusa tea
Al de las bodas dios, no alguna sea
De nocturno Faeton carroza ardiente,
Y miserablemente
Campo amanézca estéril de ceniza
La que anocheció aldea.
De Alcides le llevó luego á las plantas,
Que estaba no muy léjos,
Trenzándose el cabello verde á cuantas
Da el fuego luces y el arroyo espejos.
Tanto garzon robusto,
Tanta ofrecen los álamos zagala,
Que abreviara el sol en una estrella
Por verla menos bella
Cuantos saluda rayos el Bengala,
Del Ganges cisne adusto.
La gaita al baile solicita el gusto
A la voz el Salterio;
Cruza el Trion mas fijo el hemisferio,
Y el tronco mayor danza en la ribera;
El eco, voz entera,
No hay silencio á que pronto no responda;
Fanal es del arroyo cada onda,
Luz el reflejo, el agua vidriera.
Términos le da el sueño al regocijo,
Mas al cansancio no; que el movimiento
Verdugo de las fuerzas es prolijo.
Los fuegos, cuyas lenguas ciento á ciento
Desmintieron la noche algunas horas,
Cuyas luces, del sol competidoras,
Fingieron dia en la tiniebla oscura,
Murieron, y en sí mismos sepultados,
Piedras son de su misma sepultura.
Vence la noche al fin, y triunfa mudo
El silencio, aunque breve, del ruido;
Solo gime ofendido
El sagrado laurel del hierro agudo.
Deja de su esplendor, deja desnudo
De su frondosa pompa al verde aliso
El golpe no remiso
Del villano membrudo,
El que resistir pudo
Al animoso austro, al euro ronco,
Chopo gallardo, cuyo liso tronco
Papel fué de pastores, aunque rudo;
A revelar secretos va á la aldea,
Que impide amor que aun otro chopo lea.
Estos árboles pues ve la mañana
Mentir florestas y emular vi. les,
Cuantos muro de líquidos cristales
Agricultura urbana
Recordó al sol, no de su espuma cana,
La dulce de las aves armonía,
Sino los dos topacios que batia
Orientales aldabas Himeneo.
Del carro pues febeo
El luminoso tiro,
Mordiendo oro el eclíptico zafiro,
Pisar queria, cuando el populeso
Lugarillo, el serrano
Con su huésped, que admira cortesano,
A pesar del estambre y de la seda,
El que tapiz frondoso
Tejió de verdes hojas la arboleda,
Y los que por las calles espaciosas
Fabrican arcos rosas,
Oblicuos nuevos, pénsiles jardines,
De tantos como violas, jazmines.
Al galan novio el montañés presenta
Su forastero; luego al venerable
Padre de la que en sí bella se esconde
Con ceño dulce y con silencio afable,
Beldad parlera gracia muda ostenta,
Cual del rizado verde boton donde
Abrevia su hermosura virgen rosa,
Las cisuras cairela
Un color que la púrpura que cela
Por brújula concede vergonzosa;
Digna la juzga esposa
De un héroe, si no augusto, esclarecido,
El jóven, al instante arrebatado
A la que, neufragante y desterrado,
Lo condenó á su olvido.
Este pues sol que á olvido le condena,
Cenizas hizo las que su memoria
Negras plumas vistió, que infelizmente
Sorda engendran gusano, cuyo diente,
Minador antes lento de su gloria,
Inmortal arador fué de su pena;
Y en la sombra no mas de la azucena,
Que del clavel procura acompañada
Imitar en la bella labradora
El templado color de la que adora,
Víbora pisa tal el pensamiento,
Que la alma por los ojos desatada
Señas diera de su arrebatamiento,
Si de zampoñas ciento
Y de otros, aunque bárbaros, sonoros
Instrumentos, no en dos festivos coros
Vírgenes bellas, jóvenes lucidos,
Llegaran conducidos.
El numeroso al fin de labradores
Concurso impaciente
Los novios saca; él de años floreciente,
Y de caudal mas floreciente que ellos;
Ella la misma pompa de las flores,
La misma esfera de los rayos bellos.
El lazo de ambos cuellos
Entre un lascivo enjambre iba de amores;
Himeneo añudado,
Mientras invocan su deidad la alterna (50)
De zagalejas cándidas voz tierna
Y de garzones este acento blando.

CORO PRIMERO.

Vén, Himeneo, vén donde te espera
Con ojos y sin alas un Cupido,
Cuyo cabello intonso dulcemente
Niega el vello que el bulto ha colorido;
El vello, flores de su primavera,
Y rayos el cabello de su frente,
Niño amó la que adora adolescente,
Villana Psiques, niña labradora
De la tostada Céres. Esta agora
En los inciertos de su edad segunda
Crepúsculos vincule tu coyunda
A su ardiente deseo.
Vén, Himeneo, vén; vén, Himeneo.

CORO SEGUNDO.

Vén, Himeneo, donde entre arreboles
De honesto rosicler previene el dia
Aurora de sus ojos soberanos;
Vírgen tan bella, que hacer podia (51)
Tórrida la Noruega con dos soles
Y blanca la Etiopia con dos manos,
Claveles del abril, rubíes tempranos.
Cuantos engasta el oro del cabello,
Cuantas del uno ya y del otro cuello
Cadenas, la concordia engaza rosas,
De sus mejillas, siempre vergonzosas,
Purpúreo son trofeo.
Vén, Himeneo, vén; vén, Himeneo.

CORO PRIMERO.

Vén, Himeneo, y plumas no vulgares
Al aire los hijuelos dén alados
De las que el bosque bellas ninfas cela;
De sus carcajes, estos argentados,
Flechen mosquetas, nieven azahares;
Vigilantes aquellos, la aldehuela
Rediman del que mas ó tarde vuela,
O infausto gime pájaro nocturno;
Mudos coronen otros por su turno
El dulce lecho conyugal, en cuanto

(50) Pellicer lee *invoca*.
(51) Pellicer lee *podria*.

Lasciva abeja al virginal acanto
Néctar le chupa hibleo.
Vén, Himeneo, vén; vén, Himeneo.

CORO SEGUNDO.

Vén, Himeneo, y las volantes pias
Que azules ojos con pestañas de oro
Sus plumas son, conduzgan alta diosa,
Gloria mayor del soberano coro.
Fie tus nudos ella, que los dias
Disuelvan tarde en senectud dichosa,
Y la que Juno es hoy á nuestra esposa,
Casta Lucina (en lunas designales)
Tantas veces repita sus umbrales,
Que Niove inmortal la admire el mundo,
No en blanco mármol por su mal fecundo,
Escollo hoy de Leteo.
Vén, Himeneo, vén; vén, Himeneo.

CORO PRIMERO.

Vén, Himeneo, y nuestra agricultura
De copia tal á estrellas deba amigas
Progenie tan robusta, que su mano
Toros dome, y de un rubio mar de espigas
Inunde liberal la tierra dura;
Y al verde jóven floreciente heno
Blancas ovejas suyas hágan cano
En breves horas educar la yerba;
Oro le exprimen líquido á Minerva,
Y los olmos casando con las vides,
Mientras coronan pámpanos á Alcides
Clava empuñe Lyco.
Vén, Himeneo, vén; vén, Himeneo.

CORO SEGUNDO.

Vén, Himeneo, y tantas le dé á Pales
Cuantas á Pálas dulces prendas esta,
Apenas hija hoy, madre mañana
De errantes lilios: unas la floresta
Cubran corderos mil, que los cristales
Vistan del rio en breve undosa lana,
De Aráqnes otras la arrogancia vana
Modestas acusando en blancas telas,
No los hurtos de amor, no las cautelas
De Júpiter compulsen, que aun en lino
Ni á la pluvia luciente de oro fino (1)
Ni al blanco cisne creo.
Vén, Himeneo, vén; vén, Himeneo.

El dulce alterno canto
A sus umbrales reverció felices
Los novios del vecino templo santo.
Del yugo aun no domadas las cervices,
Novillos (breve término surcado)
Restituyen así el pendiente arado
Al que pajizo albergue los aguarda;
Llegaron todos pues, y con gallarda
Civil magnificencia el suegro anciano,
Cuantos la sierra dió, cuantos el llano
Labradores convida (2)
A la prolija rústica comida
Que sin rumor previno en mesas grandes.
Ostente crespas blancas esculturas
Artífice gentil de dobladuras
En los que damascó manteles Flándes,
Mientras casero lino Céres tanta
Ofrece agora cuantos guardó el heno
Dulces pomos, que al curso de Atalanta
Fueron dorado freno,
Manjares que el veneno
Y el apetito ignoran igualmente
Les sirvieron, y en oro no luciente
Confuso Baco ni en bruñida plata
Su néctar le desata,
Sino en vidrio, topacios carmesíes
Y pálidos rubíes.

Sellar del fuego quiso regalado
Los golosos estómagos el rubio
Imitador suave de la cera,
Quesillo, dulcemente apremiado
De rústica vaquera
Blanca hermosa mano, cuyas venas
La distinguian de la leche apenas (3).
Mas ni la encarcelada nuez esquiva;
Ni el membrillo pudieran anudado,
Si la sabrosa oliva
No serenara el bacanal diluvio,
Levantadas las mesas, al canoro
Son de la ninfa un tiempo, agora caña,
Seis de los montes, seis de la campaña
(Sus espaldas ravando el sutil oro
Que negó al viento el nácar bien tejido),
Terno de gracias bello, repetido
Cuatro veces en doce labradoras
Entró bailando numerosamente;
Y dulce musa entre ellas (si consiente
Bárbaros el Parnaso moradoras),
«Vivid felices, dijo,
Largo curso de edad nunca prolijo,
Y si prolijo, en mil los amorosos
Siempre vivid esposos;
Venza no solo en su candor la nieve,
Mas plata en su esplendor sea cardada
Cuanto estambre vital Cloto os traslada.
De la alta fatal rueca al huso breve.
Sean de la fortuna
Aplausos la respuesta
De vuestras granjerias;
A la reja importuna,
A la azada molesta
Fecunda os rinda (en designales dias)
El campo agradecido
Oro trillado y nectar exprimido.
Sus morados cantuesos, sus copadas
Encinas la montaña contar antes
Deje que vuestras cabras, siempre errantes,
Que vuestras vacas, tarde ó nunca herradas.
Corderillos os brote la ribera,
Que la yerba menuda
Y las perlas excelsas del rocío
Su número, y del rio
La blanca espuma, cuantos la tijera
Vellones les desnuda,
Tantos de breve fábrica, aunque ruda,
Albergues vuestros las abejas moren,
Y primaveras tantas os desfloren,
Que cual la Arabia madre ve de aromas
Sagros troncos su lar fragantes gomas,
Vuestros corchos por uno y otro poro
En dulce se desaten líquido oro.
Próspera al fin, mas no espumosa tanto
Vuestra fortuna sea,
Que alimente la envidia en vuestra aldea
Aspides mas que en la region del llanto;
Entre opulencias y necesidades
Medianias vincule competentes
A vuestros descendientes
(Previniendo ambos daños) las edades.
Ilustren obsequiosas las ciudades
A los rayos de Júpiter expuesta,
Aun mas que á los de Febo, su corona,
Cuando la choza pastoral perdona
El cielo, fulminando la floresta;
Cisnes pues una y otra pluma en esta
Tranquilidad os halle labradora
La postrimera hora,
Cuya lámina cifre desengaños,
Que en letras pocas lean muchos años.
Del himno culto dió el último acento
Fin mudo al baile, al tiempo que seguida
La novia sale de villanas ciento
A la verde florida palizada,
Cual nueva fénix en llamantes plumas
Matutinos del sol rayos vestida,
De cuantas surca el aire acompañada
Monarquia canora;

(1) Otros leen equivocadamente *pluma*.
(2) Sigo el texto de Pellicer; Hoces, Faria y otros leen:

Cuantos la sierra dió, cuantos dió el llano
Labradores convida.

(3) Así Pellicer; otros leen: *la distinguieron.*

Y vadeando nubes, las espumas
Del rey corona de los otros rios;
En cuya orilla el viento hereda agora
Pequeños no vacios
De funerales bárbaros trofeos,
Que el Egipto erigió á sus Ptolomeos.
Los árboles que el bosque habian fingido,
Umbroso coliseo ya formando,
Despejan el egido,
Olímpica palestra
De valientes desnudos labradores.
Llegó la desposada apenas, cuando
Feroz ardiente muestra
Hicieron dos robustos luchadores
De sus músculos, menos defendidos
Del blanco lino que del vello obscuro.
Abrazáronse pues los dos, y luego
Humo anhelando el que no suda fuego,
De recíprocos nudos impedidos,
Cual duros olmos de implicantes vides,
Hiedra el uno es tenaz del otro muro.
Mañosos, al fin hijos de la tierra,
Cuando fuertes no Alcides,
Procuran derribarse, y derribados,
Cual pinos se levantan arraigados
En los profundos senos de la sierra.
Premiólos honra igual; y de otros cuatro
Ciñe las sienes gloriosa rama,
Con que se puso término á la lucha.
Las dos partes rayaba del teatro
El sol, cuando arrogante jóven llama
Al expedido salto
La bárbara corona que le escucha.
Arras del animoso desafío
Un pardo gaban fué en el verde suelo,
A quien se abaten ocho ó diez soberbios
Montañeses, cual suele de lo alto
Calarse turba de envidiosas aves
A los ojos de Ascalafo, vestido
De perezosas plumas. Quién de graves
Piedras las duras manos impedido,
Su agilidad pondera, quién sus nervios
Desata estremeciéndose gallardo.
Besó la raya pues el pié desnudo
Del suelto mozo, y con airoso vuelo
Pisó del viento lo que del egido
Tres veces ocupar pudiera un dardo.
La admiracion, vestida un marmol frio,
Apenas arquear las cejas pudo;
La emulacion, calzada un duro hielo,
Torpe se arraiga, bien que impulso noble
De gloria, aunque villano, solicita
A un barquero de aquellos montes, grueso,
Membrudo, fuerte roble (4),
Que, ágil á pesar de lo robusto,
Al aire arrebata, violentando
Lo grave tanto, que lo precipita,
Icaro montañés, su mismo peso,
De la menuda yerba el seno blando
Piélago duro hecho á su ruina.
Si no tan corpulento, mas adusto
Serrano le sucede,
Que iguala y aun excede
Al ayuno leopardo,
Al corcillo travieso, al muflon sardo,
Que de las rocas trepa á la marina
Sin dejar ni aun pequeña
Del pié ligero bipartida seña (5);
Con mas felicidad que el precedente (6)
Pisó las huellas casi del primero
El adusto vaquero.
Pasos otro dió al aire, al suelo coces,
Y premiados graduadamente,
Advocaron á sí toda la gente
Cierzos del llano y austros de la sierra;
Mancebos tan veloces,
Que cuando Céres mas dora la tierra,
Y argenta el mar desde sus grutas hondas
Neptuno, sin fatiga
Su vago pié de pluma
Sulcar pudiera mieses, pisar ondas,
Sin inclinarse espiga,
Sin violar espuma.
Dos veces eran diez, y dirigidos
A dos olmos que quieren abrazados
Ser palios verdes, ser frondosas metas,
Salen cual de torcidos
Arcos, ó nerviosos ó acerados,
Con silbo igual, dos veces diez saetas.
No el polvo desparece
El campo, que no pisan á la yerba;
Es el mas torpe una herida cierva,
El mas tardo la vista desvanece,
Y siguiendo el mas lento,
Cojea el pensamiento.
El tercio casi de una milla era
La prolija carrera
Que los hercúleos troncos hace breves;
Pero las plantas leves
De tres sueltos zagales
La distancia sincopan tan iguales,
Que la atencion confunden judiciosa.
De la Penelda, virgen desdeñosa,
Los dulces fugitivos miembros bellos
En la corteza no abrazó reciente
Mas firme Apolo, mas estrechamente,
Que de una y otra meta gloriosa
Las duras basas abrazaron ellos
Con triplicado nudo;
Arbitro Alcides en sus ramas, dudo
Que el caso decidiera,
Bien que su menor hoja un ojo fuera
Del lince mas agudo.
En tanto pues que el palio neutro pende
Y la carroza de la luz desciende
A templarse en las ondas, Himeneo,
Por templar en los brazos el deseo
Del galan novio, de la esposa bella
Los rayos anticipa de la estrella,
Cerúlea agora, ya purpúrea guia
De los dudosos términos del dia.
El juicio al de todos indeciso
Del concurso ligero,
El padrino con tres de limpio acero
Cuchillos corvos absolvello quiso.
Solicita Junon, Amor no omiso,
Al son de otra zampoña que conduce
Ninfas bellas y sátiros lascivos,
Los desposados á su casa vuelven,
Que coronada luce
De estrellas fijas, de astros fugitivos,
Que en sonoroso humo se resuelven.
Llegó todo el lugar, y despedido,
Casta Vénus, que el lecho ha prevenido (7)
De las plumas que baten mas suaves
En su volante carro blancas aves,
Los novios entra en dura no estacada;
Que siendo Amor una deidad alada,
Bien previno la hija de la espuma
A batallas de amor campos de pluma.

SOLEDAD SEGUNDA.

Entrase el mar por un arroyo breve
Que á recibillo con sediento paso
De su roca natal se precipita,
Y mucha sal no solo en poco vaso;
Mas su ruina bebe
Y su fin cristalina mariposa,
No alada, sino undosa,
En el farol de Tétis solicita.
Muros desmantelando pues de arena,
Centauro ya espumoso el Oceano,
Medio mar, medio ria,
Dos veces huella la campaña al dia,
Escalar pretendiendo el monte en vano,

(4) Hoces lee: *alado roble.*
(5) Pellicer pone: *del pié partido.*
(6) Pellicer omite este verso.

(7) Otros leen *proveido.*

De quien es dulce vena
El tardo ya torrente
Arrepentido, y aun retrocediente.
Era lozano así novillo tierno,
De bien nacido cuerno
Mal lunada la frente,
Retrógado cedió en desigual lucha
A duro toro, aun contra el viento armado.
No pues de otra manera
A la violencia mucha
Del padre de las aguas, coronado
De blancas ovas y de espuma verde,
Resiste obedeciendo, y tierra pierde.
En la incierta ribera,
Guarnicion desigual á tanto espejo,
Descubrió el alba á nuestro peregrino
Con todo el villanaje ultramarino,
Que á la fiesta nupcial, de verde tejo
Toldado, ya capaz tradujo pino.
Los escollos el sol rayaba cuando
Con remos gemidores
Dos pobres se aparecen pescadores,
Nudos al mar de cáñamo fiando;
Ruiseñor en los bosques no mas blando,
El verde robre que es barquillo agora,
Saludar vió la aurora,
Que al uno en dulces quejas y no pocas,
Ondas endurecer, liquidar rocas.
Señas mudas la dulce voz doliente
Permitió solamente
A la turba, que dar quisiera voces
A la que de un ancon segunda haya,
Cristal pisando azul con piés veloces,
Salió improvisa, de una y otra playa
Vínculo desatado, instable puente.
La prora diligente
No solo dirigió á la opuesta orilla,
Mas re lujo la música barquilla
Que en dos cuernos del mar caló no breves
Sus plomos graves y sus corchos leves.
Los senos ocupó del mayor leño
La marítima tropa,
Usando al entrar todos
Cuantos les enseñó corteses modos
En la lengua del agua ruda escuela,
Con nuestro forastero, que la popa
Del canoro escogió batel pequeño (8);
Aquel, las ondas escarchando, vuela,
Este con perezoso movimiento
El mar encuentra, cuya espuma cana
Su parda aguda prora
Resplandeciente cuello
Hace de augusta coya peruana (9),
A quien bilos el sur tributó ciento
De perlas cada hora;
Lágrimas no enjugó mas de la aurora
Sobre violas negras la mañana,
Que arrolló su espolon con pompa vana
Caduco aljófar, pero aljófar bello.
Dando el huésped licencia para ello,
Recurren no á las redes, que mayores
Mucho Océano y pocas aguas prenden,
Sino á las que ambiciosas menos penden,
Laberinto nudoso de marino
Dédalo, si de leño no, de lino,
Fábrica escrupulosa, y aunque incierta,
Siempre murada, pero siempre abierta.
Liberalmente de los pescadores
Al deseo el estero corresponde,
Sin valelle al lascivo ostion el justo
Arnés de hueso, donde
Lisonja breve al gusto,
Mas incentiva, esconde;
Contagio original quizá de aquella
Que, siempre hija bella,
De los cristales, una
Venera fué su cuna.
Mallas visten de cáñamo al lenguado,
Mientras en su piel lúbrica fiado
El cóngrio, que viscosamente liso (10),
Las telas burlar quiso,
Tejido en ellas, se quedó burlado.
Las redes calítica menos gruesas,
Sin romper hilo alguno,
Pompa el salmon de las reales mesas,
Cuando no de los campos de Neptuno,
Y el travieso robalo,
Goloso de los cónsules regalo.
Estos y muchos mas, unos desnudos,
Otros de escamas fáciles armados,
Dió la ria pescados,
Que nadando en un piélago de nudos,
No agravan poco al negligente robre,
Espaciosamente dirigido
Al bienaventurado albergue pobre,
Que de carrizos frágiles tejido,
Si fabricado no de gruesas cañas,
Bóvedas le coronan de espadañas.
El peregrino pues, haciendo en tanto
Instrumento el batel, cuerdas los remos,
Al céfiro encomienda los extremos
Deste métrico llanto:

«Si de aire articulado
No son dolientes lagrimas suaves
Estas mis quejas graves,
Voces de sangre, y sangre son del alma.
Fielas de tu calma,
¡Oh mar! quien otra vez las ha fiado
De tu fortuna aun mas que de su hado.
»¡Oh mar, oh tú, supremo
Moderador piadoso de mis daños!
Tuyos serán mis años,
En tabla redimidos poco fuerte,
De la bebida muerte,
Que ser quiso en aquel peligro extremo
Ella el forzado y su guadaña el remo.
»Regiones pisé ajenas;
Oh clima propio, planta mia perdida,
Tuya será mi vida,
Si vida me ha dejado que sea tuya
Quien me fuerza á que huya
De su prision, dejando mis cadenas
Rastro en tus ondas mas que en tus arenas.
»Audaz mi pensamiento
El cénit escaló, plumas vestido,
Cuyo vuelo atrevido,
Si no ha dado su nombre á tus espumas,
De sus vestidas plumas
Conservarán el desvanecimiento
Los anales diáfanos del viento.
»Esta pues culpa mia
El timon alternar menos seguro (11)
Y el báculo mas duro
Un lustro ha hecho á mi dudosa mano,
Solicitando en vano
Las alas sepultar de mi osadía
Donde el sol nace ó donde muere el dia.
»Muera, enemiga amada,
Muera mi culpa, y tu desden le guarde,
Arrepentido tarde,
Suspiro que mi muerte haga leda,
Cuando no le suceda,
O por breve ó por tibia ó por cansada,
Lágrima antes enjuta que llorada.
»Naufragio ya segundo,
O filos pongan de homicida hierro
Fin duro á mi destierro;
Tan generosa fe, no fácil honda,
No poca tierra esconda,
Urna suya el Océano profundo,
Y obeliscos los montes sean del mundo.

(8) Otros leen *bajel*.
(9) Segun Pellicer, los incas del Perú llamaban á su emperatriz *coya*, que es lo mismo que señora:
«Esta *coya* trae al cuello tantas sartas de perlas, que en esa alegoria dice don Luis que la proa del batelillo rodeada de espuma parecia garganta de *coya*.»

(10) Así Pellicer; otros ponen *vistosamente*.
(11) Otros leen *alterar*.

»Túmulo tanto debe
Agradecido Amor á mi pié errante;
Líquido pues diamante
Calle mis huesos, y elevada sima
Selle si, mas no oprima,
Esta que le fiaré ceniza breve,
Si hay ondas mudas y si tierra hay leve» (12).

No es sordo el mar (la erudicion engaña),
Bien que tal vez sañudo,
No oiga á piloto, ó le responda fiero;
Sereno disimula mas orejas
Que sembró dulces quejas
Canoro labrador, el forastero
En su undosa campaña.
Espongioso pues se bebió y mudo
El lagrimoso reconocimiento,
De cuyos dulces números no poca
Concentuosa suma
En los dos giros de invisible pluma
Que fingen sus dos alas, hurtó el viento;
Eco vestida, una cavada roca
Solicitó curiosa, y guardó avara
La mas dulce, si no la menos clara
Sílaba, siendo en tanto
La vista de las chozas fin del canto.
Yace en el mar, si no continuada
Isla, mal de la tierra dividida,
Cuya forma tortuga es perezosa;
Díganlo cuantos siglos há que nada
Sin besar de la playa espaciosa
La arena de las ondas repetida.
A pesar pues del agua que la oculta,
Concha, si mucha no, capaz ostenta
De albergues, donde la humildad contenta
Mora y Pomona se venera culta.
Dos son las chozas, pobre su artificio,
Mas, aunque caduca su materia,
De los mancebos dos la mayor cuna;
De las redes la otra y su ejercicio
Competente oficina,
Lo que agradable mas se determina,
Del breve islote ocupa su fortuna;
Los extremos de fausto y de miseria
Moderando, en la plancha los recibe
El padre de los dos, émulo cano
Del sagrado Nereo, no ya tanto
Porque á la par de los escollos vive,
Porque en el mar preside comarcano
Al ejercicio piscatorio, cuanto
Por seis hijas, por seis deidades bellas,
Del cielo espumas y del mar estrellas.
Acogió al huésped con urbano estilo,
Y á su voz, que los juncos obedecen,
Tres hijas suyas cándidas le ofrecen,
Que engaños construyendo están de hilo;
El huerto le da esotras, á quien debe
Su púrpura la rosa, el lilio nieve.
De jardin culto, así en fingida gruta,
Salteó al labrador lluvia improvisa
De cristales inciertos á la seña,
O á la que torció llave el fontanero,
Urna de Acuario, la imitada peña
Lo embiste incauto, y si con pié grosero
Para la fuga apela, nubes pisa,
Burlándolo aun la parte mas enjuta.
La vista saltearon poco menos
Del huésped admirado
Las no líquidas perlas, que al momento
A los corteses juncos, porque el viento
Nudos le halle un dia, bien que ajenos,
El cáñamo remiten anudado,
Y de Vertumno al término labrado
El breve hierro, cuyo corvo diente
Las plantas le mordia cultamente.
Ponderador saluda afectuoso
Del esplendor que admira el extranjero
Al sol, en seis luceros dividido,
Y honestamente al fin correspondido
Del coro vergonzoso,
Al viejo sigue, que prudente ordena
Los términos confunda de la cena
La comida prolija, de pescados,
Raros muchos, y todos no comprados,
Impidiéndole el dia al forastero;
Con dilaciones sordas le divierte
Entre unos verdes carrizales, donde
Armonioso número se esconde
De blancos cisnes, de la misma suerte
Que gallinas domésticas al grano,
A la voz concurrientes del anciano.
En la mas seca, en la mas limpia anea
Viviticando están muchas sus huevos,
Y mientras dulce aquel su muerte anuncia
Entre la verde juncia,
Sus pollos este al mar conduce nuevos,
De Espio y de Nesea (13),
Cuando mas obscurecen las espumas,
Nevada envidia, sus nevadas plumas.
Hermana de Faeton, verde el cabello,
Les ofrece el que, jóven ya gallardo,
De flejnosas mimbres garbin pardo
Tosco le ha encordonado; pero bello,
Lo mas liso trepó, lo mas sublime
Venció su agilidad, y artificiosa
Tejió en sus ramas inconstantes nidos,
Donde celosa arrulla y ronca gime
La ave lasciva de la cipria diosa;
Mástiles coronó menos crecidos,
Gabia no tan capaz; extraño todo,
El designio, la fábrica y el modo.
A pocos pasos le admiré no menos
Montecillo, las sienes laureado,
Traviesos despidiendo moradores
De sus confusos senos,
Conejuelos que, el viento consultado,
Salieron retozando á pisar flores;
El mas tímido al fin, mas ignorante
Del plomo fulminante.
Cóncavo fresno (á quien gracioso indulto
De su caduco natural permite
Que á la encina vivaz robusto imite,
Y hueco exceda al alcornoque inculto),
Verde era pompa de un vallete, oculto
Cuando frondoso alcazar, no de aquella
Que sin corona vuela y sin espada
Susurrante amazona, Dido alada,
De ejército mas casto, de mas bella
República, ceñida, en vez de muros,
De cortezas; en esta pues Cartago
Reina la abeja, oro brillando vago,
O el jugo beba de los aires puros,
O el sudor de los cielos cuando liba
De las mudas estrellas la saliva;
Burgo eran suyo el tronco informe, el breve
Corcho, y moradas pobres sus vacíos,
Del que mas solicita los desvíos
De la isla, plebeyo enjambre leve.
Llegaron luego donde al mar se atreve,
Si promontorio no, un cerro elevado,
De cabras estrellado,
Iguales, aunque pocas,
A la que, imágen décima del cielo,
Flores su cuerno es, rayos su pelo.
«Estas, dijo el isleño venerable,
Y aquellas que, pendientes de las rocas,
Tres ó cuatro, desean para ciento,
Redil las ondas y pastor el viento,
Libres discurren su nocivo diente,
Paz hecha con las plantas inviolable.»
Estimando seguia el peregrino
Al venerable isleño,
De muchos pocos numeroso dueño,
Cuando los suyos enfrenó de un pino
El pié villano, que groseramente
Los cristales pisaba de una fuente.
Ella pues sierpe, y sierpe al fin pisada,
Aljófar vomitando fugitivo
En lugar de veneno,
Torcida esconde, ya que no enroscada,

(12) Otros leen: *y si hay tierra.*

(13) Otros leen *Galatea.*

Las flores, que de un parto dió lascivo
Aura fecunda al matizado seno
Del hurto, en cuyos troncos se desata
De las escamas que vistió de plata.
Seis chopos, de seis hiedras abrazados,
Tirsos eran del griego dios, nacido
Segunda vez, que en pámpanos desmiento
Los cuernos de su frente;
Y cual mancebos tejen anudados
Festivos coros en alegre egido,
Coronan ellos el encanecido
Suelo de lilios, que en fragantes copos
Nevó el mayo á pesar de los seis chopos.
Este sitio las bellas seis hermanas
Escogen, agraviando
En breve espacio mucha primavera
Con las mesas, cortezas ya livianas
Del árbol que ofreció á la edad primera
Duro alimento, pero sueño blando,
Nieve hilada, y por sus manos bellas
Caseramente á telas reducida,
Manteles blancos fueron.
Sentados pues sin ceremonias, ellas
En torneado fresno la comida
Con silencio sirvieron.
Rompida el agua en las menudas piedras,
Cristalina sonante era tiorba,
Y las confusamente acordes aves
Entre las verdes roscas de las hiedras
Muchas eran, y muchas veces nueve
Aladas musas, que de pluma leve
Engañada su oculta lira corva,
Metros inciertos sí, pero suaves,
En idiomas cantan diferentes,
Mientras cenando en pórfidos lucientes,
Lisonjean apenas
Al Júpiter marino tres sirenas.
Comieron pues, y rudamente dadas
Gracias el pescador á la divina
Próvida mano, «¡Oh bien vividos años!
Oh canas, dijo el huésped, no peinadas
Con hoj dentado ó con rayada espina,
Sino con verdaderos desengaños!
Pisad dichoso esta esmeralda bruta,
En mármol engastada siempre undoso,
Jubilando la red en los que os restan
Felices años, y la humedecida
A poco rato enjuta,
Próxima arena de esa opuesta playa,
La remota Cambaya
Sea de hoy mas á vuestro leño ocioso,
Y el mar que os la divide, cuanto cuestan,
Océano importuno
A las quinas del viento aun veneradas
Sus ardientes veneros,
Su esfera lapidosa de luceros.
Del pobre albergue á la barquilla pobre
Geómetra prudente el orbe mida
Vuestra planta impedida,
Si de púrpureas conchas no istriadas,
De trágicas ruinas, de alto robre,
Que el tridente acusando de Neptuno,
Menos quizá dió astillas
Que ejemplos de dolor á estas orillas.
—Dias há muchos, oh mancebo, dijo
El pescador anciano,
Que en el uno cedí y el otro hermano
El duro remo, el cáñamo prolijo;
Muchos há dulces dias
Que cisnes me recuerdan á la hora
Que huyendo la aurora
Las canas de Titon, halla las mias,
A pesar de mi edad, no en la alta cumbre
De aquel morro difícil, cuyas rocas
Tarde ó nunca pisaron cabras pocas,
Y milano venció con pesadumbre,
Sino de estotro escollo al mar pendiente,
De donde ese teatro de Fortuna
Descubrió ese voraz, ese profundo
Campo ya de sepulcros, qué sediento,
Cuanto en vasos de abeto, nuevo mundo,
Tributos digo américos, se bebe
En túmulos de espuma paga breve.
Bárbaro observador, mas diligente,
De las inciertas formas de la luna,
A cada conjuncion su pesquería,
Y á cada pesquería su instrumento,
Mas ó menos nudoso atribuido,
Mis hijos dos en un batel despido,
Que el mar cribando en redes no comunes,
Vieras intempestivos algun dia,
(Entre un vulgo nadante, digno apenas
De escama, cuanto mas de nombre) atunes
Vomitar ondas y azotar arenas.
Tal vez desde los muros de las rocas
Cazar á Tétis veo
Y pescar á Diana en dos barquillas,
Náuticas venatorias maravillas;
De mis hijas oirás ambiguo coro,
Menos de aljaba que de red armado,
De cuyo, si no alado
Harpon vibrante, supo mal Proteo
En globos de agua redimir sus focas.
Torpe la mas veloz, marino toro,
Torpe, mas toro al fin, que el mar violado
De la púrpura viendo de sus venas,
Bufando mide el campo de las ondas,
Con la animosa cuerda, que prolija
Al hierro sigue que en la foca huye,
O grutas ya la privilegien ondas
O escollos desta isla divididos
Laquésis nueva mi gallarda hija,
Si Cloto no, de la escamada fiera
Ya hila, ya devana su carrera,
Cuando desafinada pide ó cuando
Vencida restituye
Los términos del cáñamo pedidos.
Rindióse al fin la bestia, y las almenas
De las sublimes rocas salpicando,
Las peñas embistió peña escamada,
En rios de agua y sangre desatada.
Efire luego, la que en el torcido
Luciente nácar os sirvió no poca
Risueña parte de la dulce fuente,
De Filódoces émula valiente,
Cuya asta breve desangró la foca,
El cabello en estambre azul cogido
(Celoso alcaide de sus trenzas de oro),
En segundo batel se engolfó sola.
¡Cuántas voces le dí, cuántas en vano
Tiernas derramé lágrimas, temiendo,
No al fiero tiburon, verdugo horrendo
Del náufrago ambicioso mercadante,
Ni al otro cuyo nombre
Espada es, tantas veces esgrimida
Contra mis redes, ya contra mi vida;
Sino algun siempre verde, siempre cano
Sátiro de las aguas petulante,
Violador del virginal decoro,
Marino dios, que el vulto feroz hombre,
Corvo es delfin la cola.
Sorda á mis voces pues, ciega á mi llanto,
Abrazado, si bien de fácil cuerda,
Un plomo fio grave á un corcho leve,
Que algunas veces despedido, cuanto
Penda ó nade, la vista no lo pierda;
El golpe solicita, el bulto mueve
Prodigiosos moradores ciento
Del líquido elemento.
Láminas uno de viscoso acero
(Rebelde aun al diamante); el duro lomo
Hasta el luciente vi partido extremo,
De la cola vestido;
Solicitado sale del ruido,
Y al cebarse en el cómplice ligero
Del suspendido plomo,
Efire, en cuya mano al flaco remo
Un fuerte dardo habia sucedido,
De la mano á las ondas gemir hizo
El aire con el fresno arrojadizo;
De las ondas al pez con vuelo mudo
Deidad dirigió amante el hierro agudo,
Entre una y otra lámina salida
La sangre halló por do la muerte entrada.

Onda pues sobre onda levantada,
Montes de espuma concitó herida
La fiera, horror del agua, cometiendo
Ya á la violencia, ya á la fuga el modo
De sacudir el asta,
Que alterando el abismo ó discurriendo
El Océano todo,
No perdona al acero que la engasta.
Efire en tanto al cáñamo torcido
El cabo rompió, y bien que al ciervo herido
El can sobra, siguiéndole la flecha,
Volvíase, mas no muy satisfecha,
Cuando cerca de aquel peinado escollo
Hervir las olas vió templadamente,
Bien que haciendo círculos perfetos;
Escogió pues de cuatro ó cinco abetos
El de cuchilla mas resplandeciente,
Que atravesado remolcó un gran sollo.
Desembarcó triunfando,
Y aun el siguiente sol no vimos, cuando
En la ribera vimos convecina
Dando al través el monstro, donde apenas
Su género noticia, pias arenas,
En tanta playa halló tanta ruina.
Aura en esto marina
El discuso, y el dia juntamente
Trémula, si veloz les arrebata,
Alas batiendo liquidas, y en ellas
Dulcísimas querellas
De pescadores dos, de dos amantes
En redes ambos y en edad iguales.
Dividiendo cristales
En la mitad de un óvalo de plata.
Venia á tiempo el nieto de la espuma
Que los mancebos daban alternantes
Al viento quejas, órganos de pluma,
Aves digo de Leda,
Tales no oyó el Caistro en su arboleda,
Tales no vió el Meandro en su corriente.
Inficionando pues suavemente
Las ondas el Amor, sus flechas remos,
Hasta donde se besan los extremos
De la isla y del agua no los deja.
Licidas, gloria en tanto
De la playa, Micon de sus arenas,
Envidia de sirenas,
Convocacion su canto
De músicos delfines, aunque mudos,
En números no rudos
El primero se queja
De la culta Leucipe,
Décimo esplendor bello de Aganipe;
De Clóris, el segundo
Escollo de cristal, meta del mundo.

LICIDAS.

¿A qué piensas, barquilla,
Pobre ya cuna de mi edad primera,
Que cisne te conduzgo á esta ribera?
A cantar dulce, y á morirme luego;
Si te perdona el fuego
Que mis huesos vinculan en su orilla,
Tumba te bese el mar, vuelta la quilla.

MICON.

Cansado leño mio,
Hijo del bosque y padre de mi vida,
De tus remos agora conducida,
A desatarse en lágrimas cantando,
El doliente, si blando,
Curso del llanto métrico te fio,
Nadante urna de canoro rio.

LICIDAS.

Las rugosas veneras,
Fecundas no de aljófar blanco el seno,
Ni del que enciende el mar tirio veneno,
Entre crespos buscaba caracoles,
Cuando de tus dos soles
Fulminado, ya señas no ligeras (14)
De mis cenizas dieron tus riberas.

(14) Así Pellicer; otros ponen *fulminando.*

MICON.

Distinguir sabia apenas
El menor leño de la mayor urca
Que velera un Neptuno y otro surca,
Y tus prisiones ya arrastraba graves;
Si dudas lo que sabes,
Lee cuanto han impreso en tus arenas,
A pesar de los vientos, mis cadenas.

LICIDAS.

Las que el cielo mercedes
Hizo á mi forma, ¡oh dulce mi enemiga!
Lisonja no, serenidad lo diga
De limpia consultada ya laguna,
De los de mi fortuna
Privilegios, el mar á quien di redes,
Mas que á la selva lazos Ganimédes.

MICON.

No hondas, no luciente
Cristal, agua al fin dulcemente dura,
Envidia califique mi figura
De musculosos jóvenes desnudos;
Menos dió al bosque nudos
Que yo al mar, el que á un dios hizo valiente
Mentir cerdas, celoso espumar diente.

LICIDAS.

Cuantos pedernal duro
Bruñe nácares boto, agudo raya
En la oficina undosa desta playa,
Tantos Palemo á su Leucote bella (15)
Suspende, y tantos ella
Al flaco da, que me construyen muro,
Junco frágil, carrizo mal seguro.

MICON.

Las siempre desiguales
Blancas primero ramas, despues rojas,
Del árbol que nadante ignoró hijas,
Pompa Triton de la agua á la alta gruta (16)
De Nisida tributa,
Ninfa por quien lucientes son corales
Los rudos troncos hoy de mis umbrales.

LICIDAS.

Esta, en plantas no escrita,
En piedras sí, firmeza honre Himeneo,
Calzándole talares mi deseo;
Que el tiempo vuela. Goza pues agora
Los lilios de tu aurora,
Que al tramontar del sol mal solicita
Abeja aun negligente flor marchita.

MICON.

Si fe tanta no en vano
Desafia las rocas donde impresa
Con labio alterno mucho mar la besa,
Nupcial la califique tea luciente;
Mira que la edad miente,
Mira que del almendro mas lozano
Parca es interior breve gusano.

Invidia convocaba, si no celo,
Al balcon de zafiro
Las claras, aunque etíopes, estrellas,
Y las osas dos bellas,
Sediento siempre tiro
Del carro perezoso, honor del cielo;
Mas ¡ay! que del ruido
De la sonante esfera,
A la una luciente y otra fiera
El piscatorio cántico impedido,
Con las prendas bajarán de Cefeo
A las vedadas hondas
Si Tétis no desde sus grutas ondas
Enfrenara el deseo.
¡Oh cuánta al peregrino el amebeo
Alterno canto dulce fué lisonja!

(15) Otros leen *Licore*, y otros *Licote.*
(16) Así Pellicer; otros escriben: *trompa Triton del agua.*

¿Qué mucho, si avarienta ha sido esponja
Del néctar numeroso
El escollo mas duro?
Qué mucho, si el candor bebió ya puro
De la virginal copia en la armonía
El veneno del ciego ingenioso
Que dictaba los números que oia?
Generosos afectos de una pia
Doliente afinidad, bien que amorosa,
Por bella mas, por mas divina parte
Solicitan su pecho á que sin arte
De colores prolijos
En oracion impetre oficiosa
Del venerable isleño,
Que admita yernos los que él trató hijos;
Litoral hizo, aun antes
Que el convecino ardor, dulces amantes.
Concedióla risueño,
Del forastero agradecidamente
Y de sus propios hijos abrazado,
Mercurio destas nuevas diligente;
Coronados traslada de favores
De sus barcas Amor los pescadores
Al flaco pié del suegro deseado.
¡Oh del ave de Júpiter vendado
Pollo, si alado no, lince sin vista,
Político rapaz, cuya prudente
Disposicion especuló estadista
Clarísimo ninguno
De los que el reino muran de Neptuno!
¡Cuán dulce te adjudicas ocasiones
Para favorecer, no á dos supremos
De los volubles polos ciudadanos,
Sino á dos entre cáñamo garzones!
¿Por qué? Por escultores quizá vanos,
De tantos de tu madre bultos canos.
¿Cuántas al mar espumas dan sus remos?
Al peregrino por tu causa vemos
Alcázares dejar, donde excedida
De la sublimidad la vista, apela
Para su hermosura,
En que la arquitectura
A la geometría se revela,
Jaspes calzada y pórfidos vestida,
Pobre choza, de redes impedida,
Entra agora, y lo dejas;
Vuela rapaz, y plumas dando á quejas,
Los dos reduce al uno y otro leño
Mientras perdona tu rigor al sueño.
Las horas, ya de números vestidas,
Al bayo cuando no esplendor overo
Del luminoso tiro, las pendientes
Ponian de crisólitos lucientes
Coyundas impedidas,
Mientras de su barraca el extranjero
Dulcemente salia despedido
A la barquilla, donde le esperaban
A un remo cada jóven ofrecido.
Dejaron pues las azotadas rocas
Que mal las ondas lavan
Del libor aun purpúreo de las focas,
Y de la firme tierra el heno blando
Con las palas segando,
En la cumbre modesta,
De una desigualdad del horizonte,
Que deja de ser monte
Por ser culta floresta,
Antiguo descubrieron blanco muro,
Por sus piedras no menos
Que por su edad majestuosa cano;
Mármor al fin tan por lo pario puro,
Que al peregrino sus ocultos senos
Negar pudiera en vano.
Cuántas del Océano
El sol trenzas desata
Contaba en los rayados capiteles,
Que espejos, aunque esféricos, fieles,
Bruñidos eran óvalos de plata.
La admiracion que al arte se le debe,
Ancora del batel fué perdonado
Poco á lo fuerte, y á lo bello nada
Del edificio, cuando
Ronca los salteó trompa sonante,
Al principio distante,
Vecina luego, pero siempre incierta;
Llave de la alta puerta,
El duro son, vencido el foso breve,
Levadiza ofreció puente no leve,
Tropa inquieta contra el aire armada;
Lisonja, si confusa, regulada
Su órden de la vista, y del oido
Su agradable ruido,
Verde, no mudo, coro
De cazadores era,
Cuyo número indigna la ribera;
Al sol levantó apenas la ancha frente
El veloz hijo ardiente
Del céfiro lascivo,
Cuya fecunda madre al genitivo
Soplo, vistiendo miembros Guadalete
Florida ambrosía, al viento dió jinete.
Que á mucho humo abriendo
La fogosa nariz, en un sonoro
Relincho y otro saludó sus rayos,
Los overos si no esplendores bayos,
Que conducen el dia,
Les responden, la eclítica ascendiendo.
Entre confuso pues, celoso estruendo
De los caballos ruda hace armonía,
Cuanto la generosa cetrería
Desde la Mauritania á la Noruega
Insidia ceba alada,
Sin luz, no siempre ciega, aprisionada,
Sin libertad no siempre,
Que á ver el dia vuelve
Las veces que en fiado al viento dada (17),
Repite su prision y al viento absuelve.
El neblí, que relámpago su pluma,
Rayo su garra, su ignorado nido,
O lo esconde el olimpo ó densa es nube,
Que pisa cuando sube
Tras la garza argentada el pié de espuma.
El sacre, las del Noto alas vestido,
Sangriento cipriota, aunque nacido
Con las palomas, Vénus de tu carro.
El gerifalte, escándalo bizarro
Del aire, honor robusto de Gelanda,
Si bien jayan de cuanto rapaz vuela
Corvo acero su pié, flaca pihuela,
Del pié lo impide blanda;
El bahari, á quien fué en España cuna
Del Pirineo la ceniza verde,
O la alta basa que el Océano muerde
De la egipcia coluna,
La delicia volante
De cuantos ciñen líbico turbante;
El borní, cuya ala
En los campos tal vez de Meliona
Galan siguió valiente, fatigando
Tímida liebre, cuando
Intempestiva salteó leona
La melionesa gala,
Que de trágica escena
Mucho teatro hizo poca arena.
Tú, infestador, en nuestra Europa nuevo
De las aves nacido, Aleto, donde
Entre las conchas hoy del sur esconde
Sus muchos rayos Febo,
¿Debes por dicha cebo?
Templar te supo, di, bárbara mano
Al insultar los aires? Yo lo dudo
Que al preciosamente inca desnudo
Y al de plumas vestido mejicano,
Fraude vulgar, no industria generosa
Del Aguila les dió á la mariposa.
De un mancebo serrano
El duro brazo débil hace junco,
Examinando con el pico adunco (18)
Sus pardas plumas el azor britano,
Tardo, mas generoso,

(17) *Soltar en fiado* era término jurídico de las audiencias, segun Pellicer.

(18) *Adunco*, lo mismo que *torcido*.

Terror, de tu sobrino ingenioso,
Ya envidia tuya, Dédalo, ave agora
Cuyo pié tiria púrpura colora
Grave, de perezosas plumas globo,
Que á luz lo condenó incierta la ira
Del bello de la estigia deidad robo
Desde el guante hasta el hombro á un jóven cela;
Esta emulacion pues de cuanto vuela
Por los topacios bellos con que mira,
Término torpe era
De pompa tan ligera,
Can de lanas prolijo, que animoso
Buzo será de bien profunda ria,
Bien de serena playa,
Cuando la fulminada prision caya
Del rubí, á cuyo vuelo
Tan vecino á su cielo
El cisne perdonara, luminoso
Número y confusion gimiendo, hacia
En la vistosa baja para el grave;
Que aun de seda no hay vínculo suave.
En sangre claro y en persona augusto,
Si en miembros no robusto,
Príncipe le sucede, abreviada
En modestia civil real grandeza.
La espumosa del Bétis ligereza
Bebió no solo, mas la desatada
Majestad en sus ondas, el luciente
Caballo que colérico mordia
El oro que suave lo enfrenaba,
Arrogante, y no ya por las que daba
Estrellas su cerúlea piel al dia,
Sino por lo que siente
De esclarecido y aun de soberano
En la rienda que besa la alta mano,
De cetro digna. Lúbrica no tanto
Culebra se desliza tortuosa
Por el pendiente calvo escollo, cuanto
La escuadra descendia presurosa
Por el peinado cerro á la campaña,
Cual al mar debe con término prescripto
Mas sabandijas de cristal que á Egipto
Horrores deja el Nilo que lo baña.
Rebelde ninfa, humilde agora caña,
Los márgenes oculta
De una laguna breve,
A quien doral consulta
Aun el copo mas leve
De su volante nieve.
Ocioso pues, ó de su fin présago,
Los filos con el pico prevenia
De cuantos sus dos alas aquel dia
Al viento esgrimirán cuchillo vago (19).
La turba aun no del apacible lago
Las orlas inquieta,
Que tímido perdona á sus cristales
El doral. Despedida no saeta
De nervios partos igualar presuma
Sus puntas desiguales,
Que en vano podrá pluma
Vestir un leño como viste un ala.
Puesto en tiempo, corona, si no escala,
Las nubes, desmintiendo
Su libertad el grillo torneado
Que en sonoro metal lo va siguiendo
Un bahari templado,
A quien el mismo escollo,
A pesar de sus pinos eminente,
El primer vello le concedió pollo,
Que al Bétis las primeras ondas fuente.
No solo, no, del pájaro pendiente
Las caladas registra el peregrino,
Mas del terreno cuenta cristalino
Los juncos mas pequeños,
Verdes hilos de aljófares risueños.
Rápido al español alado mira
Peinar el aire por cardar el vuelo,
Cuya vestida nieve anima un hielo,
Que torpe á unos carrizos lo retira,
Infieles por raros.
Si firmes no por trémulos reparos.
Penetra pues sus inconstantes senos,
Estimándolos menos
Entredichos que el viento;
Mas á su daño el escuadron atento,
Expulso lo remite á quien en suma
Un grillo y otro enmudeció en su pluma.
Cobrado el bahari, en su propio luto,
O el insulto acusaba precedente,
O entre la verde yerba
Avara escondia cuerva,
Purpúreo caracol, émulo bruto
Del rubí mas ardiente,
Cuando solicitada del ruido,
El nácar á las flores tira torcido,
Y con siniestra voz convoca cuanta
Negra de cuervas suma
Infamó la verdura con su pluma,
Con su número el sol. En sombra tanta
Alas desplegó Ascalafo prolijas,
Verde poso ocupando (20),
Que de césped ya blando,
Jaspe lo han hecho duro blancas guijas.
Mas tardó en desplegar sus plumas graves
El deforme fiscal de Proserpina,
Que en desatarse, al polo ya vecina,
La disonante niebla de las aves;
Diez á diez se calaron, ciento á ciento,
Al oro intuitivo, invidiado
Deste género alado,
Si como ingrato no, como avariento,
Que á las estrellas hoy del firmamento
Se atreviera su vuelo
En cuanto ojos del cielo (21).
Poca palestra la region vacia
De tanta envidia era,
Mientras desenlazado la cimera
Restituyen el dia
A un gerifalte, boreal arpia,
Que despreciando la vestida nube,
A luz mas cierta sube
Cénit ya de la turba fugitiva.
Auxiliar taladra el aire luego
Undoso sacre, en globos no de fuego,
En oblicuos si engaños,
Mintiendo remision á las que huyen,
Si la distancia es mucha;
Griego al fin. Una en tanto que de arriba
Descendió fulminada en poco humo,
Apenas el laton segundo escucha,
Que del inferior peligro al sueno
Apela entre los trópicos grifanos
Que su ecliptica incluyen,
Repitiendo confusa
Lo que tímida excusa,
Breve esfera de viento,
Negra circunvestida piel al duro
Al terno impulso de valientes palas;
La avecilla parece
En el de muros líquidos que ofrece
Corredor el diáfano elemento,
Al gémino rigor, en cuyas alas
Su vista libra toda al extranjero (22).
Tirano el sacre de los menos puro
Desta primer region, sañudo espera
La desplumada ya, la breve esfera,
Que á un bote corvo del fatal acero
Dejó al viento, si no restituido,
Heredado en el último graznido (23).

(19) Pellicer dice:
«Hasta aquí llegó la impresion de Madrid de las obras de don Luis; pero en mis manuscritos se prosigue esta soledad así.»

(20) *Poso*, segun Pellicer, es un montoncillo de tierra y piedras que hacen los cazadores para que el buho se pose y las aves acudan á los osos.

(21) Pellicer antepone este verso al que precede.

(22) Pellicer dice: *toda libra.*

(23) Pellicer dice:
«Hasta aquí llegan mis manuscritos de las *Soledades* de don Luis; pero sabiendo que añadió un fragmento de cuarenta y tres

Destos pendientes agradables casos
Vencida se apeó la vista apenas,
Que del batel, cosido con la playa,
Cuantos da la cansada turba pasos,*
Tantos en las arenas
El remo perezosamente raya,
A la solicitud de una atalaya
Atento, á quien dotrina ya cetrera
Llamó cataribera.
Ruda en esto política, agregados
Tan mal ofrece como construidos
Bucólicos albergues, si no flacas
Piscatorias barracas,
Que pacen campos, que penetran senos,
De las ondas no menos
Aquellos perdonados
Que de la tierra estos admitidos.
Pollos, si de las propias no vestidos,
De las maternas plumas abrigados,
Vecinos eran destas alquerías,
Mientras ocupan á sus naturales,
Glauco en las aguas, y en las yerbas Páles.
¡Oh cuántas cometer piraterías
Un cosario intentó y otro volante,
Uno y otro rapaz, digo milano,
Bien que todas en vano
Contra la infantería, que piante
En su madre se esconde, donde halla
Voz que es trompeta, pluma que es muralla.
A media rienda en tanto el anhelante
Caballo, que el ardiente sudor niega,
En cuantas le densó nieblas su aliento
A los indignos de ser muros llega
Céspedes, de las obras mal atados;
Aunque ociosos, no menos fatigados,
Quejándose venían sobre el guante
Los raudos torbellinos de Noruega.
Con sordo luego estrépito despliega,
Injuria de la luz, horror del dia,
Sus alas el testigo que prolija
Desconfianza á la sicana diosa
Dejó sin dulce hija,
Y á la estigia deidad con bella esposa.

PANEGIRICO AL DUQUE DE LERMA (24).

Si arrebatado merecí algun dia
Tu dictámen, Euterpe, soberano,
Bese el corvo marfil hoy desta mia
Sonante lira tu divina mano,
Emula de las trompas su armonía,
El séptimo Trion de nieves cano,
La adusta Libia sorda aun mas lo sienta
Que los áspides frios que alimenta.

Oiga el canoro hueso de la fiera
Pompa de sus orillas la corriente
Del Gánges, cuya bárbara ribera
Baño es supersticioso del Oriente;
De venenosa pluma, si ligera,
Armado lo oiga el Marañon valiente,
Y débale á mis números el mundo
Del fénix de los Sandos un segundo.

Segundo en tiempo sí, mas primer Sando
En togado valor, digalo armada
De paz su diestra, diganlo trepando
Las ramas de Minerva por su espada,
Bien que desnudos sus aceros, cuando
Cerviz rebelde ó religion postrada
Obligan á su rey que fuerza grave
Al templo del bifronte dios la llave.

Este pues digno sucesor del claro
Gomez Diego, del Marte, cuya gloria
A las alas hurtó del tiempo avaro
Cuantas le prestó plumas á la historia (25);
Este, á quien guardará marmores Paro,
Que engendre el arte, anime la memoria (26),
Su primer cuna al Duero se le debe,
Si cristal no fué tanto, cuna breve.

Del Sandoval, que á Denia aun mas corona
De majestad que al mar de muros ella,
Isabel nos le dio, que aun no perdona (27)
Los rayos que él á la menor estrella;
Hija del que la mas luciente zona
Pisa glorioso, porque humilde huella
(General de una santa compañía)
Las insignias ducales de Gandía.

Alta resolucion, merecedora
Del que ya le previene digno culto,
Su nieto generoso, oculto agora (28),
Bien que prescribe su esplendor lo oculto (29);
Debido nicho la piedad le dora
La devocion al no formado bulto,
De bálsamo en el oro, que no pende,
Alimenta los rayos que le enciende.

Jóven despues el nido ilustró mio,
Redil ya numeroso del ganado,
Que el silbo oyó de su glorioso tio,
Pastor de pueblos bienaventurado,
Con labio alterno aun hoy el sacro rio,
Besa el nombre en sus arboles grabado;
Tanta le merecio Córdoba, tanta
Veneracion á su memoria santa.

Dulce habia en la prudente escuela
Ya la doctrina del varon glorioso,
Ya centellas de sangre con la espuela
Solicitaba al trueno generoso;
Al caballo veloz, que envuelto vuela
En polvo ardiente, en fuego polvoroso;
De Quiron no biforme aprenden luego
Cuantas ya fulminó armas el griego.

Tal vez la sierra que mintió el amante
De Europa con rejon luciente agita.
Tal, escondiendo en plumas el turbante,
Escaramuzas bárbaras imita;
Dura pala, si puño no pujante,
Viento dando á los vientos, ejercita
La vez que el monte no fatiga basto,
Hipólito galan, Adónis casto.

De espumas sufre el Bétis argentado
Remos que le conduzgan, ofreciendo
El oro al tierno Alcides, que guardado
Del vigilante fué dragon horrendo;
Delicias solicita su cuidado
A las nudosas redes, exponiendo
Lo que incógnito mas sus aguas mora,
Que extraña el cónsul, que la gala ignora.

Napea en tanto á descubrir comienza
Bien peinado el cabello mal enjuto,
Siendo al Bétis un rayo de su trenza
Lo que es al Tajo su mayor tributo;
Salió al fin, y hurtando con vergüenza
Sus bellos miembros á Silvano astuto,
Que infamar le vió un álamo prolijo,
Esto en sonantes nácares predijo:

«Crece, oh de Lerma tú, oh tú, de España
Bien nacido esplendor, firme coluna,
Que al bien creces comun, si no me engaña
El oráculo ya de tu fortuna;
Cloto el vital estambre de luz baña
Al que Mercurio le previene cuna,

versos á su *soledad segunda*, hice diligencia para haberle... Pude alcanzar este fragmento, que continuó DON LUIS, persuadido por el mismo don Antonio Chacon.

(24) Pellicer imprimió por vez primera este panegírico en sus *Lecciones solemnes á las obras de* GÓNGORA, diciendo: «Si mi juicio vale, es la que yo mas estimo de cuantas he leido suyas.»

(25) Pellicer dice que el duque de Lerma tuvo muchos ascendientes con el nombre de Diego Gomez; pero que, á su parecer, el poeta habla de Diego Gomez de Sandoval, primer marqués de Denia.

(26) Otros leen *informe* en vez de *engendre*. Sigo á Pellicer.

(27) Así Pellicer; otros ponen: *que al sol perdona*.

(28) Pellicer escribe: *nieto glorioso*.

(29) Algunos dicen: *esplendor oculto*.

Al santo Rey, que á tu consejo cano
Los años deberá de Octaviano.»

Siguió á la voz (mas sin dejar rompido
A Juno el dulce transparente seno)
Aplauso celestial, que fué al oido
Trompa luciente, armonioso trueno;
A mayoral en esto promovido
Su pastor sacro, el márgen pisó ameno,
En que de velas coronado el Bétis,
Los primeros abrazos le da á Tétis.

No despues mucho lazos tejió iguales
De Caliope el hijo intonso al bello
Garzon augusto, que á coyundas tales
Rindió no solo, mas expuso el cuello;
Abeja de los tres lilios reales,
Dándole Amor sus alas para ello,
Dulce aquella libó, aquella divina
Del cielo flor, estrella de Medina (30).

Deidad que en isla no que errante baña
Incierto mar, luz gémina dió al mundo,
Sino Apolos lucientes dos á España,
Y tres Dianas de valor fecundo;
Gloria del tiempo Uceda, honor Saldaña,
Orbes son del primero y del segundo,
Sidonios muros besan hoy la plata
Que ilustra la alta Niebla que desata (31).

La antigua Lémos de real corona
Inclito es rayo su menor almena
A la segunda hija de Latona,
Que de Sebeto aun no pisó la arena,
Cuando al silencio métrico perdona
La tantos siglos ya muda sirena,
Cantando las que envidia el sol estrellas,
Negras dos, cinco azules, todas bellas (32).

De un duque esclarecido la tercera
Cintia el siempre feliz tálamo honora
La que bien digna de mayor esfera,
Su luz abrevia Peñaranda agora;
Al padre en tanto de su primavera
Los verdes años ocio no desflora,
Marqués ya en Denia, cuyo excelso muro
De africanos piratas freno es duro (33).

Al régimen atento de su estado,
A sus penates lo admitió el prudente
Filipo, afecto á su elocuente agrado,
Aun entre acciones mudas elocuente.
Ya (mal distinto entonces) el rosado
Propicio albor del Hésperо luciente,
Que ilustra dos eclípticas agora,
Purpureaba al Sandoval que hoy dora (34).

Sceptro superior, fuerza suave
A la gracia (si bien implume) hacia
Del pollo fénix hoy, que apenas cabe
En los prolijos términos del dia;
De quien será en los siglos la mas grave,
La mayor gloria de su monarquía;
Eleccion grata al cielo aun en la cuna,
Si á la emulacion áulica importuna.

A la envidia, no ya á la que el veneno
Del Quelidro, que mas el sol calienta,
Sino el alado precipicio ajeno
De las frustradas ceras alimenta.
Esta pues que el mas oculto seno
De los augustos lares pisa lenta,
Celante altera el judicioso terno
De los sátrapas ya de aquel gobierno (35).

Mentida un Tulio, en cuantos el Senado (36)
Ambajes de oratoria le oyó culta,
La hiedra acusa, que del levantado
Apenas muro la estructura oculta;
Temor induce, y el temor cuidado,
Tan ponderosamente, que resulta
La merced castigada que en Valencia
Los eslabones arrastró de ausencia (37).

¡Oh ceguedad! Acuerdo intenta humano
Fatal corregir curso fácilmente;
Tal ya de su reciente mies villano
Divertir pretendió raudo torrente;
Mucho le opuso monte, mas en vano (38),
Bien que desenfrenada su corriente,
A cuanta Céres inundó vecina
Riego le fué la que temió ruina.

Sale al fin, y del Turia la ribera
Vestida siempre de frondosas plantas,
Dulce continuada primavera
Le jura muchas veces á sus plantas.
De apacibilidad hace severa
Homenaje recíproco otras tantas
El Virey, confirmando su gobierno,
Osculo de justicia y paz alterno.

Examinó tres años su divino
Talento, el que no solo de alabanza,
Mas de premio paréntesis bien dino
Al período fué de la privanza;
Dejando al Turia sus delicias, vino
Donde ya le tejia su esperanza
Los verdes rayos de aquel árbol solo
Que los abrazos mereció de Apolo.

Camina pues de afectos aplaudido
A espectacion tan infalible iguales,
Cual del puente espacioso que has roido
Con diente oculto, Guadiana, sales;
De los campos apenas contenido,
Que templo son bucólico de Páles,
La ceremonia en su recibimiento,
Oro calzada, plumas le dió al viento.

No del impulso conducido vano
De la ambicion, al pié de su gran dueño
Asciende, en cuya poderosa mano
Dos mundos continente son pequeño;
Alas batiendo luego, al soberano
Sucesor se remonta, en cuyo ceño
Se rie el alba, Febo reverbera,
Aguila generosa de su esfera.

Menos dulce á la vista satisface
Cristal, ó de las rosas ocupado
O del clavel que con la aurora nace,
De aljófares purpúreos coronado;
Que un pecho augusto ¡oh cuánta al favor yace
En libica no arena, en variado
Jaspe luciente si, pálida insidia,
Bebiendo celos, vomitando envidia!

Servia y agradaba, esta le cuente
Felicidad (y en urna sea dorada
Piedra), si breve, la que mas luciente
La antigüedad tenia destinada;
Servia, y el enfermo Rey prudente
(De su vida la meta ya pisada)
Con su hijo asentia en el afeto,
Dignando de dos gracias un sugeto.

Al mayor ministerio proclamado
De los fogosos hijos fué del viento,
Que al Bétis se bebieron ya el dorado,
Ya el purpúreo color de su elemento;

(30) Alude Góngora al casamiento del Duque con doña Catalina de la Cerda, hija de los duques de Medinaceli.

(31) Segun Pellicer, el orbe del primer Apolo fué Uceda, de donde fué duque don Cristóbal de Sandoval y Rojas, hijo mayor del Duque. El orbe del segundo fué Saldaña, de donde fué conde Diego Gomez de Sandoval, hijo segundo del Duque, por haber casado con la señora condesa de Saldaña, heredera del duque del Infantazgo. La mayor de las hijas casó con el conde de Niebla, que luego fué duque de Medina-Sidonia.

(32) Casó la hija segunda del Duque con el conde de Lémos. Por haber estado en Nápoles habla aquí del rio Sebeto el poeta.

(33) La hija tercera del Duque casó con el de Peñaranda.

(34) Segun Pellicer, hizole Felipe II gentil-hombre. El Príncipe, siendo aun niño, comenzó á inclinarse al que luego fué su valido.

(35) La envidia alteró celosa, segun Pellicer, los tres validos de Felipe II, viendo que privaba con el Príncipe el Duque. Eran el marqués de Velada, el conde de Chinchon y don Cristóbal de Moura.

(36) Otros leen: *mentido un Tulio.*

(37) Los validos de Felipe II hicieron nombrar virey de Valencia al Duque.

(38) Otros leen: *pero en vano.*

De sus miembros en esto desatado
El Rey padre, luz nueva al firmamento
En nueva imágen dió Pórfido sella
La porcion que no pudo ser estrella.

El heredado Auriga, Faeton solo
En la edad, no Faeton en la osadia (39),
A la diadema de luciente Apolo
En sombra obscura perdonó algun dia.
Luto vestir al uno y otro polo
Hizo, si anegar no su monarquía
En lágrimas, que pio enjugó luego
De funerales piras sacro luego.

Entre esplendores pues alimentado (40)
De flores ya suave, agora cera,
Y el dulcemente aroma lagrimado,
Que fragrante del aire luto era,
Los oráculos hizo del Estado
Digna merced del Sandoval primera
El Júpiter novel, de mas coronas
Ceñido que sus orbes dos de zonas.

Su hombro ilustra luego suficiente
El peso de ambos mundos soberano,
Cual la estrellada máquina luciente
Doctas fuerzas de monte hoy africano;
Ministro escogió tal, á quien valiente
Absuelto de sus vínculos en vano
El inmenso hará, el celestial orbe
Que opreso gima, que la espalda corve.

Próvido el Sando al gran consejo agrega
De espada votos, y de toga armados,
Que cuarto apenas admitió colega
La ambicion de los triúnviros pasados;
De competente número la griega,
La prudencia romana sus senados
Establecieron; bárbaro hoy imperio
Concede á pocos tanto ministerio.

Tan exhausta, si no tan acabada,
Halló no solo la real hacienda,
Mas lagrimosa aun á la insaciada
Del interés voracidad horrenda;
Que España, del Marqués solicitada,
Generosa á su rey le hizo ofrenda,
Siglos de oro arrogándose la tierra,
Copia la paz y crédito la guerra.

Confirmóse la paz, que establecida
Dejó en Berbius Filipo ya Segundo,
Que las últimas sombras de su vida
Puertas de Jano, horror fueron del mundo.
De álamos temió entonces vestida
La urna del Eridano profundo,
Sombras que le hicieron no ligeras,
Sus heliades no, nuestras banderas.

Alegre en tanto vida luminosa
El hijo de la musa solicita
A la tea nupcial, que perezosa
Le responde su llama en luz crinita;
En sus conchas el Sabo la hermosa
Guardó al Tercer Filipo Margarita,
Cuyo candor en mejor cielo agora
Suave es risa de perpetua aurora.

Esta pues gloria nuestra, conducida
Con esplendor real, con pompa rara
De Graiz con mayor fausto recebida
Del Octavo Clemente fué en Ferrara;
De joya tal quedando enriquecida
Tan gran corona de tan gran tiara,
En leños de Liguria, el mar incierto
Vencido, Vinaroz le dió su puerto.

De Valencia inundaba las arenas
España entonces, que á su antiguo muro,
Digno sí, mas capaz tálamo apenas
Del himeneo pudo ser futuro.
Desatadas América sus venas
De uno ostentó y otro metal puro;
¿Qué mucho, si pisando el campo verde
Plata pisa el caballo que oro muerde?

Del leño aun no los senos inconstante
La bella Margarita habia dejado,
Y de su esposo ya escuchaba amante
Lisonjas dulces á Mercurio alado;
Al Sandoval en céfiros volante
De treinta veces dos acompañado
Títulos en España esclarecidos,
En grana, en oro el alba, el sol vestidos.

Con pompa recibida al fin gloriosa,
La perla boreal fué soberana
En ciudad vanamente generosa
De nacion generosamente vana.
Dulce un dia despues la hizo esposa,
Flamante el Castro en púrpura romana;
Fuése el Rey, fuése España, y reverente
Pisó el mar lo que ya inundó la gente.

Esperaba sus reyes Barcelona
Con aparato, cual debia, oportuno
A rayo ilustre de tan gran corona,
A murado tridente de Neptuno;
Ninguna de las dos real persona,
Ni de los cortesanos partió alguno,
Sin arra de su fe, de su amor seña,
Aquella grande, estotra no pequeña (41).

Al santuario luego su camino
Del monte dirigieron aserrado,
Donde el báculo viste peregrino
Las paredes que el mástil derrotado;
Deste segundo en religion casino
Sus pasos votan al Pilar sagrado;
Ufana al recibillos se alboroza,
Mirándose en el Ebro, Zaragoza.

Del reino convocó los tres estados
Al servicio el Marqués, y al bien atento
Del interés real, y convocados,
Dacio logró magnífico su intento;
Sus parques luego el Rey, sus deseados
Lares repite, donde entró contento,
Cuando á la pompa sucedia el decoro
En estoque desnudo, en palio de oro.

Entre el concento pues nupcial oyendo
Del Arno los silencios, nuestro Sando
Las armas solicita, cuyo estruendo
Freno fué duro al florentin Fernando (42);
El Fuentes bravo (43), aun en la paz tremendo,
Vestido acero, bien que acero blando,
Terror fué á todos mudo, sin que entonces
Diestras fuesen de Júpiter sus bronces.

La quietud de su dueño prevenida
Sin efusion de sangre, la campaña
De Carrion le duele, humedecida,
Fértil granero ya de nuestra España,
Pobre entonces y estéril, si perdida,
La mejor tierra que Pisuerga baña (44);
La corte les infunde, que del Nilo
Siguió inundante el fluctuoso estilo.

De la esterilidad fué, de la inopia
Carrion dulcemente perdonado,
Las espigas, los pomos de la copia
A Júpiter debidos, hospedado;
Pisuerga sacro por la urna propia,
Y sacro mucho mas por el cayado,
En muros tanto, en edificios medra,
Que sus márgenes bosques son de piedra.

Vigilante aquí el Denia, cuantos pudo
Prevenir leños fia á Juan Andrea,
Que á Argel su remo les conduzga mudo,
Si castigado hay remo que lo sea;
Venda el trato al genizaro membrudo,
Cuando al corso no hay turco que no crea
Su bajel, que no importa, si en la playa

(39) Felipe III no quiso coronarse rey hasta hacer á su padre las exequias.

(40) Pellicer lee: *entre el esplendor.*

(41) Casó á los reyes el cardenal arzobispo de Sevilla don Pedro de Castro.

(42) Fernando de Médicis, quinto duque de Florencia.

(43) Salió contra el florentin á campaña don Pedro Enriquez de Acebedo, conde de Fuentes.

(44) Mandó el Duque que se regasen con zanjas los campos de Carrion, estériles entonces.

El mar se queda, que el bajel se vaya (45).
¡Oh Argel! Oh de ruinas españolas
Voraz ya campo tu elemento impuro!
Oh, á cuántas quillas tus arenas solas,
Si no fatal, escollo fueron duro!
Imiten nuestras fámulas tus olas,
Tremolando purpúreas en tu muro,
Que en cenizas te espero ver sulcado (46)
Ó de tus ondas ó de nuestro arado.

No ya esta vez, no ya la que al prudente
Cardona (47), desmentido su aparato,
Las velas que silencio diligente
Convocaba, frustró segundo trato;
Volviéndose los dos, que llama ardiente,
Si vanas previas de naval recato,
La justicia vibrando está divina
Contra esta pirática sentina.

En el mayor de su fortuna halago,
La que en la rectitud de su guadaña
Astrea es de las vidas en Buitrago,
Rompió cruel, rompió el valor de España
En una Cerda. No mayor estrago,
No, cayendo ruina mas extraña,
Hiciera un astro, deformando el mundo,
Enjugando el Océano profundo;

Que de Lerma la ya duquesa, dina
De pisar gloriosa luces bellas,
Que á su virtud del cielo fué Medina
Cuna, cuando su tálamo no estrellas,
Cuantas niega á la selva convecina
Lagrimosas dulcísimas querellas,
Da á su consorte ruiseñor viudo,
Músico al cielo, y á los hombres mudo.

Prorogando sus términos el duelo,
Los miembros nobles que en tremendo estilo
Trompa final convocara del suelo,
En los bronces selló de su lucilo:
De Pisuerga al undoso desconsuelo
Aun la urna incapaz fuera del Nilo.
¿Qué mucho, si afectando vulto triste,
Llora la emulacion, y luto viste?

Parte en el Duque la mayor tuviera
El sentimiento y aun el llanto agora,
Si la serenidad no le trujera
A la del Infantado sucesora;
La que el tiempo le debe primavera
Al Favonio en el tálamo de Flora,
Siempre bella, florida siempre, el mundo
Al Diego deberá Gomez segundo (48);

Al que delicia de su padre, agrado
De sus reyes, aplauso de la corte,
En coyunda feliz tan grande estado,
El dote fué menor de su consorte;
Mecénas español, que al zozobrado
Barquillo estudioso ilustre es norte (49).
¡Oh cuánta le darán acciones tales
Jurisdicion gloriosa en los mortales (50)!

No despues mucho, madre esclarecida
A Margarita hizo el mejor parto
Que ilustró el hemisferio de la vida
Desde el adusto can al gélido Arcto.
Pálas en esto, láminas vestida,
Quinto de los planetas, quiere al cuarto
De los Filipos, duramente hecho
Genial cuna su pavés estrecho.

Sus gracias Vénus á ejercer conduce
El ministerio de las parcas triste;
Cardó una el estambre, que reduce
A sutil hebra quien el huso viste;
Devanándolo otra lo traduce
A los giros volubiles que asiste,
Mientras el dulce de las musas coro (1)
Sueño le alterna dulce en plectros de oro.

Agradecido el padre á la divina
Eterna majestad, himnos entona
En regulados coros, que termina
La devocion de su real persona;
Piadoso luego rey, cuantas destina
Penas rigor legal, tantas perdona
A los que al sol de su cadenas gimen
En los tenaces vínculos del crimen.

Señas dando festivas del contento
Universal, el Duque las futuras
Al primero previenen sacramento,
Que del Jordan lavó aun las ondas puras;
Émulo su esplendor del firmamento,
Si piedras no lucientes, luces duras
Construyeron salon, cual ya dió Aténas,
Cual ya Roma teatro dió á sus scenas.

Diligencia en sazon tal afectada,
O casual concurso mas solemne,
Del rey hizo britano la embajada,
Y el aplauso que España le previene;
De la vocal en esto diosa alada,
Aunque litoral Calpe, aunque Pirene,
Siempre fragoso convocó la trompa
A la alta espectacion de tanta pompa.

Ambicioso el Oriente, se despoja
De las cosas que guarda en sí mas bellas,
Ceilan cuantas su esfera exhala roja
Engasta en el mejor metal centellas;
De sus veneros registro camboja
Las que á pesar del sol ostentó estrellas,
El esplendor, la vanidad, la gala,
En el templo, en el coso y en la sala.

Desmentido altamente del brocado,
Vinculo de prolijos leños ata
El palacio real con el sagrado
Templo, ereccion gloriosa de no ingrata
Memoria al Duque, donde abreviado
El Jordan sacro en márgenes de plata,
Dispensó ya el que, digno de tiara,
De la fe es nuestra vigilante vara.

Ingenioso polvorista luego
Luminosos milagros hizo en cuanto
Purpúreos ojos dando al aire ciego,
Mudas lenguas en fuego llovió tanto,
Que adulada la noche de este fuego,
No echó menos las joyas de su manto,
Que en la fiesta hicieron subsecuente
La gala mas lucida, mas luciente.

Pisó el cénit, y absorto se embaraza,
Rayos dorando el sol en los doseles,
Que visten, si no un fénix, una plaza,
Cuyo plumaje piedras son noveles,
De baño coronada mil, que abraza
En mórbidos cristales, no en laureles;
Turbado las dejo porque celoso
A Júpiter bramar oyó en el coso.

No en circos, no, propuso el Duque atroces
Juegos, ó gladiatorios ó ferales,
No en ruedas que hurtaron ya veloces
A las metas, al polvo las señales;
En plaza sí magnífica feroces
A lanza, á rejon muertos animales,
Flechando luego en céfiros de España
Arcos celestes una y otra caña.

Apenas confundió la sombra fria
Nuestro horizonte, que el salon brillante,

(45) Pellicer dice:
«Intentose la jornada de Argel; fué por general de la armada Juan Andrea de Oria. Negocióse que se diese Argel por trato en tiempo que los bajeles moros salian en corso. Fué infeliz esta jornada. Por eso dice DON LUIS que no importa que salga la armada de Argel y deje sin guarnicion la playa, si se queda el mar, porque sola la playa de Argel, sin bajeles que la defiendan, se está defendida.»

(46) Pellicer lee: *Te pienso ver.*

(47) Alude GÓNGORA á la anterior tentativa de apoderarse de Argel, hecha por el duque de Cardona.

(48) Habla del casamiento de la condesa de Saldaña, heredera del duque del Infantado, con Diego Gomez de Sandoval, hijo segundo del duque. Este era Mecénas de GÓNGORA.

(49) Pellicer lee: *Siempre es norte.*

(50) Otros leen: *A los mortales.*

(1) Así Pellicer; otros leen: *Culto de las musas.* Sin duda fué para evitar la repeticion de la voz *dulce.*

Nuevo epiciclo al gran rubí del dia,
Y de la noche fué al mayor diamante
Por la láctea despues segunda via.
Un orbe desató y otro sonante (2)
Astros de plata, que en lucientes giros
Batieron con alterno pié zafiros.

Prolija prevencion en breve hora
Se disolvió, y él lúcido topacio,
Que occidental balcon fué del aurora,
Angulo quedó apenas de palacio.
De cuantos la edad mármores devora,
Igual restituyendo al aire espacio
Que ámbito á la tierra, mudo ejemplo
Al desengaño le fabrica templo.

Solicitado el holandés pirata
De nuestra paz ó de su aroma ardiente,
No solo no al Ternate le desata,
Mas su coyunda á todo aquel oriente;
Del mar es de la aurora la mas grata,
Cuando no la mejor del continente,
Isla Ternate, pompa del maluco,
Deste inquirida siempre y de aquel buco.

Esta pues que de aquel gran mundo ha sido
Universal emporio de su clavo
Al político campo, al de torcido
Labio y cabello tormentoso cabo,
Domada fué de quien por su apellido
Y por su espada ya dos veces bravo,
Mayor será trofeo la memoria
Que el adelantamiento á su victoria (3).

Gracias no pocas á la vigilancia
Del Duque atento, cuya diligencia,
Próxima siempre á la mayor distancia,
Sombra individua es de su presencia;
Venceciana estos dias arrogancia,
De vana procedida preeminencia,
Al sacro opuesta celestial clavero,
Esgrimió casi el obstinado acero.

¡Oh del mar reina tú, que eres esposa,
Cuyos abetos el leon seguros
Conduce sacro, que te hace undosa
Cibéles, coronada de altos muros!
Alcion de la paz ya religiosa,
Los reinos serenastes mas impuros;
¡Oh Venecia, ay de ti! Sagrada hoy mano
Te niega el cielo que desquicia á Jano.

¡Ay mil veces de ti! Precipitada,
Mas república al fin prudente, ¿sabes
La que á Pedro le asiste cuánta espada
A sus dos remos es, á sus dos llaves?
De una y de otra lámina dorada
Sus miembros aun no el Fuentes hizo graves,
Que señas de virtud dieron plebeya
Las togadas reliquias de Aquileya.

Confuso hizo el arsenal armado
Reseña militar, naval registro
De sus fuerzas, en cuanto oyó el senado
Alto del Rey Católico ministro;
Néstor mancebo en sangre, y en estado
Castro excelso, dulzura de Caistro;
Este pues, variando estilo y vulto,
Duro amenaza, y persuade culto (4).

Oracion en Venecia rigurosa,
En Lombardía trompas elocuentes,
Violencia hicieron judiciosa
A la mayor corona de prudentes.
Adria, que sorbió rios ambiciosa,
Tímida agora, recusando Fuentes,
Reducida resiste, humilde cede
Al Quinto Paulo y á su santa sede.

Jacobo, donde al Támesis el dia
Mucha le esconde sinuosa vela,
Legítimas reliquias de María,
Sucesion adoptada es de Isabela;
Lo materno que en él, ceniza fria
De nuevos dogmas, semivivo cela,
A paz con el Católico le induce
Afecto que humea, si no luce.

Este pues embrion de luz, que incierto
Vivir apenas esplendor no sabe,
La nunca extinta púrpura de Alberto
Alentó pia, fomentó suave;
España á ministerio tan experto
Varon delega, cuya mano grave,
Alternando instrumentos, persuada
O con el caduceo ó con la espada.

El Tásis fué de Acuña esclarecido,
Ya de Villamediana honor primero,
El que á tan alto asunto delegido,
Suavemente le trató severo;
El de sierpes al fin leño impedido,
El fulminante aun en la vaina acero
La paz solicitaron, que Bretaña,
Que deberá al glorioso Conde España.

Alma paz, que despues establecida
Del Velasco, del rayo de la guerra,
La tantos años puerta concluida
Abrió al tráfago el mar, abrió la tierra;
Iris santa, que el símbolo ceñida
De la serenidad á Ingalaterra,
A España en nudo las implica blando,
De los odios recíprocos (5) ovando.

No menos corvo rosicler sereno
El país coronó agradable, donde
En varios de cristal ramos el Reno
Las sienes al Océano le esconde;
El belicoso de la Haya seno,
Bélgico siempre título del Conde,
Tronco del néctar fué, que fatigada
Labró la guerra, si la paz no armada (6).

A la quietud deste rebelde polo
Asistió el Duque entonces indulgente,
Que por desenlazarle un rato solo,
No ya depone Marte el yelmo ardiente;
Su arco Cintia, su venablo Apolo,
Arrimado tal vez, tal vez pendiente,
A un tronco este, aquella á un ramo fia,
Ejercitados el siguiente dia.

(2) Pellicer lee:

Un orbe y otro desató sonante.

(3) Alude el poeta á don Pedro Bravo de Acuña, conquistador de Ternate.

(4) Segun Pellicer, en tanto que en el arsenal de Venecia se hacia alarde de la gente de guerra, oró en el Senado don Francisco de Castro, embajador de Felipe III.

(5) Concluyó las paces con Inglaterra el condestable de Castilla don Juan Fernandez de Velasco. El *ovando* aquí no es apellido, sino verbo. Equivale á *triunfando*.

(6) Alude DON LUIS DE GÓNGORA á las treguas que hizo Felipe III con los holandeses por espacio de doce años.

DÉCIMAS.

DÉCIMAS AMOROSAS.

Flechando vi con rigor (7)
A una ninfa soberana
En el arco de Diana
Las saetas del Amor.
El corcillo volador,
Con ver su muerte vecina,
Aguarda, y la dura encina,
Blanco de sus tiros hecha,
En el hierro de su flecha
Besó su mano divina.

Ved cuán milagrosa y cuánta
Es su fuerza, pues la espera
Con voluntad una fiera
Y con respeto una planta;
Dulcísima fuerza y tanta,
Que herido della el viento,
Silba cada vez contento,
Deseando que á porfía
Cien veces le fleche al dia,
Por tener heridas ciento.

Esto que alcanza y sujeta
Sin que alas valgan ni piés,
No es fuerza de amor ni es
Celeridad de saeta,
Sino la virtud secreta
De la mano y del cabello,
Que da al arco marfil bello
Y á la cuerda oro sutil,
Conocido del marfil
Desde que ondeó en su cuello.

Deste pues arco que adoro,
Cuando tejieron la cuerda,
Su apellido dió la Cerda
Y sus cabellos el oro;
Corvo honor del casto coro,
Y emulacion, sino celo,
Del que con torcido vuelo
Da al aire colores vanos,
Que por serlo de sus manos
Dará el ser arco del cielo.

OTRAS.

Pintado he visto al Amor,
Y aunque lo he visto pintado,
Está vivo y aun armado
De dulcísimo rigor;
Ni es ciego, aunque es flechador,
Porque sus divinos ojos
No hieren ni dan enojos;
Que en solo un casto querer
Se dilata su poder
Y se abrevian sus despojos.

No con otro lazo engaña
Ni á otras prisiones condena
Que á la gloriosa cadena
A los Zúñigas de España;
Allá pues donde el mar baña
Las murallas de Ayamonte,
Sol de todo su horizonte,
Duras redes manda armar,
Como Tétis en el mar,
Como Diana en el monte.

El arco en su mano bella,
Su esposo la dura lanza,
El con el caballo alcanza
Al que con las flechas ella;
Al venado, que de aquella
Montaña tantos inviernos
A los robles casi eternos
Les hurtó la antigüedad (8)
Con los años de su edad,
Con las puntas de sus cuernos.

Al jabalí, en cuyos cerros
Se levanta un escuadron
De cerdas, si ya no son
Caladas picas sin hierros (9);
De armas, voces y de perros
Seguido, mas no alcanzado,
Muere al fin atravesado,
Y no sé de cuál primero,
O del rejon, que es ligero,
O del arpon, que es alado.

OTRAS.

A don Diego de Córdoba, primer marqués de Guadalcázar, viniendo de la corte.

No os dirémos, como al Cid,
Que en Cortes habeis estado,
Porque, aunque disimulado,
Sé que venis de Madrid;
Señor don Diego, venid
Mil veces en hora buena,
Aunque os hayan puesto pena;
Del palacio haced plaza,
Si no os ha puesto mordaza
La que os puso en su cadena.

Decidnos, Señor, de aquellas
Flores y luces divinas
En palacio clavellinas
Y en el firmamento estrellas;
Angeles que plumas bellas
Baten en sus hierarquías (10),
Donde son buenos los dias;
Pero las noches son malas,
Porque al coger de las alas
Sienten las plumas muy frias.

Galantísimo señor
Deste cielo, la primera
Sea el puerto y la carrera
De las Indias del amor;
El mas hermoso, el mejor
Extremeño serafin
Que dió á España Medellin.
¡Dichosa la tierra que
Pisa el cristal de su pié
En la planta del chapin! (11)

Allí donde entre alhelíes
Guadiana se desata
La pluma peinó de plata
Con el pico de rubíes
Esta de tantos neblíes
Garza real perseguida,
Y á quien sus flores le anida
El Tajo glorioso, el vuelo
Que en puntas corona el cielo
De ave tan esclarecida (12).

Si la gloria de Chacon
De la cabeza á los piés
Azúcar y almendras es,
Dulce será el corazon.
Néctar sus palabras son;
Mas sepa quien no lo sabe
Que de agudas flechas grave
En sus palabras Cupido,
Como abeja está escondido
En el panal mas suave.

A la bellísima Cerda
Para el arco que da enojos,
Saetas pide á sus ojos,
Y á su apellido la cuerda,
El niño dios porque pierda
La libertad y el oficio,
Quien se la da en sacrificio.
¡Venturoso el ermitaño
Que trajese todo el año
Destas Cerdas el silicio!

Mucho tiene de admirable
La deidad de Monterey,
Pues al mismo amor da ley
Por lo bello y por lo afable;
Cuando dulcemente hable,
Cuando dulcemente mire,
¿Quién habrá que no suspire
Cuando corone su frente
De los rayos del oriente?
Quién habrá que no se admire?

De la beldad de las Navas,
Dice Amor que cuando mira,
Dorados arpones tira
Mas que tiene en sus aljabas;
Las dos pues reales pavas
De la Coruña y Bedmar
Muy bien pueden coronar
El palacio con sus plumas,
Que escurecen las espumas
Del uno y del otro mar.

Aquella belleza rara
Que adora el Ebro por diosa,
Sol es de Villahermosa,
Hermosísimo de cara (13);
Aurora luciente y clara
Deste sol aragonés,
Si no naciera despues
Fuera su hermana divina;
Mas si no es luna menina,
Estrella de Vénus es.

De la que nació en el mar
Las veneras lunas son,
Y su hijo en el blason
Nos la hace venerar;
De aquel fénix singular,
Honor de los Pimenteles,
Buscad, oh amantes fieles!
En estas conchas la perla,
Si dejan sus ojos verla,
Que son caribes crueles!

Decidme de aquella dama
Gloria del nombre de Ulloa,
Que pues la envidia la loa,
No es bien la calle la fama;
Cuarta gracia Amor la llama
En el palacio real,
Y á fe que no dice mal
El dios que hiela y abrasa;
Que el título de su casa
Y las gracias todo es sal.

La extranjera soberana
Que en las montañas no solo,
Mas en cuanto pisa Apolo

(7) Otros leen *flechar*.

(8) Así Hoces y Verges; Faria lee:
Les juró la antigüedad.

(9) Así Faria; Hoces y Verges leen:
Celadas, picas sin hierros.

(10) Así Faria; Hoces y Verges leen:
Baten sus hierarquías.

(11) Otros leen: *en la plata*.

(12) Así se lee esta décima en las obras que he consultado, si bien los últimos versos no tienen claro sentido.

(13) Otros leen *hermosísima*.

No la desvió Diana;
¡Oh venturosa alemana,
Que privas á cualquier hora
Con la casta cazadora,
Dichoso el que en ti aventura
El logro de tu hermosura
Y el favor de tu señora!

Aquel resplandor rosado
De la luz que al mundo viene,
Aunque es Albarado, tiene
Mas de Alba que de Albarado;
No amanece, y da cuidado
A los dulces ruiseñores,
Que esperan entre las flores
Saludar al rayo nuevo
Del lucidísimo Febo,
Que ha de daros los albores.

Al Mondego dió cristal,
Si de oro al Tajo no arena,
Doña Beatriz de Villena,
Trofeo de Portugal;
Y á la que no tiene igual
En hermosura y saber,
Gloria, majestad y ser
De los Osorios de Astorga,
Amor dice que le otorga
Sus armas y su poder.

Puesta en el brinco pequeño
De Altamira la mira alta,
Hallaréis que él solo esmalta
Cuantas joyas os enseño;
Crecerá, y quitará el sueño
A la beldad y á la gala;
En el balcon y la sala
Prestará rayos al sol,
Sin que haya ángel español
Que no venza ala por ala.

Las blancas tocas, Señor,
No perdono de la guarda,
Mayor sí, pero gallarda
Tanto como la menor;
Santo y venerable honor
De su patria y de su estado,
Mas pastora de un ganado,
Que está convidando al lobo;
Yo sé decir, aunque bobo,
Que á Argos diera cuidado.

OTRAS.

La que ya fué de las aves
Mas curiosa y menos cuerda,
Cuando lazos de tu Cerda
La perdonaron suaves
A los dulcemente graves
Rayos de tus ojos bellos,
Vuelve á examinarse y vellos,
Fiada en que le harán salva
Las aves que con el Alba
Saludaba al sol en ellos.

Emula del mayor vuelo
Y de la vista mas clara,
Vuela, y deslumbrada, para
En el cristalino cielo
De tus manos, que al hijuelo
Desarmaron de la Diosa,
Donde altamente reposa,
Contenta ya en ser igual,
Si no al águila real,
A la simple mariposa.

Muere fénix, y abrasada,
Culta le renace pluma
De los cisnes, que la espuma
Del Tajo ilustran sagrada,
Dignamente celebrada;
Pues ya que tus soberanos
Ojos, tus intentos vanos
Luminosamente hicieron,
Urna de alabastro fueron
A sus cenizas tus manos.

OTRA.

Esta bayeta aforrada
En plata, señora mia,
Luto es de mi alegría,
Bien nacida y mal lograda;
Y esta por vos desatada
Hacha en lágrimas de cera,
A tener lengua, os dijera
Cuál me trae vuestro desden;
Que no es alarabe quien (14)
Me vistió desta manera.

DÉCIMAS LÍRICAS.

De un monte en los senos, donde
Daba un tronco entre unas peñas,
Dulces sonorosas señas
De los cristales que esconde,
Eco que al latir responde
Del sabueso diligente,
Condujo en perlas su frente (15),
Fatigada cazadora,
Que blancos lilios fué un hora
A las orlas de su fuente.

Montaña que eminente
Al viento tus encinas
Sonantes cuernos son roncas bocinas,
Toca, toca, toca,
Monteros convoca
Tras la blanca cierva,
Que sudando aljófar,
Corona la yerba.

Treguas poniendo al calor,
Lisonjean su fatiga,
No sé cuáles plumas diga,
Del Céfiro ó del Amor;
No á blanca ó purpúrea flor
Abeja mas diligente
Liba el rocío luciente,
Que las dos alas sin verlas
Desvanecieron las perlas,
Que envidia el nácar de Oriente.

Montaña que eminente, etc.

De Clori bebe el oido
El son del agua risueño,
Y al instrumento del sueño
Cuerdas ministra el ruido;
Duerme, y Narciso Cupido,
Cuando mas está pendiente
(No sabe el cristal corriente)
Sobre el dormido cristal,
Fiera rompiendo el jaral,
Rompe el sueño juntamente.

Montaña que eminente
Al viento tus encinas
Sonantes cuernos son roncas bocinas,
Toca, toca, toca,
Monteros convoca
Tras la blanca cierva,
Que sudando aljófar,
Corona la yerba.

DÉCIMAS BURLESCAS.

Musa que sopla y no inspira,
Y sabe por lo traidor
Poner los dedos mejor
En mi bolsa que en su lira,
No es de Apolo (que es mentira)
Hija musa tan bellaca,
Sino del que hurtó la vaca
Al pastor; á tal persona
Pongámosle su Helicona
En las montañas de Jaca.

Musa que en medio de un llano
Llevando gente consigo,
Tradujo al mayor amigo (16)
De francés en castellano;
Musa que á su medio hermano,
Hijo del planeta rojo,
O por trato ó por antojo,
Sin besallo lo vendió,
No estoy muy seguro yo,
Pues me ha besado en el ojo.

Remitiréle el proceso
A quien me pusiere dudas
En dalle nombre de Júdas
Por el trato ó por el beso;
Y aun acumularle á eso
La mano de Júdas quiero,
Pues me juró un caballero
Que en casa de una señora
La semana pecadora
Mató vela y candelero.

Y en delitos tan soeces,
Ved qué gramáticas usa,
Que ha declinado su musa
Por *templum templi* mil veces;
Y á pesar de los jueces
Y de las leyes, acierta
Con el templo y con la puerta,
Si no es que dicen por yerro
Que entra el gato como el perro
Porque halló la puerta abierta.

OTRAS.

A don Pedro Sotés, truhan que estando en Córdoba y viniendo á su posada una noche á deshora, no le quisieron abrir, y durmió al sereno

Sotés, así os guarde Dios,
Que dice la noche helada
Que la Fuenfría nevada
Es un Mongibel con vos;
Y así, infiero que la tos
Os llevará al ataud
Con prolija lentitud,
Que causan vuestras frialdades (17),
Porque de gracia y sepades
Tenéis lo que de salud.

Tanto sabeis enfriar
Al que por desdicha os topa,
Que le haréis pedir ropa
Un dia canicular;
¿Qué mucho, si haceis temblar,
En marzo y Andalucía
La que os hace compañía,
Cuando todo el mundo os niega
La que en diciembre y Noruega
Pudiera ser noche fría?

Ventosidad y no poca
Saco de vuestra fatiga;
Yo fio que ella os lo diga,
Pues las noches tienen boca;
Aunque la tendré por loca
Si estimándoos en un clavo,
No os habla por otro cabo;
Porque, señor don Sotés,
Es noche, y noche de un mes
Que sabe volver de rabo.

OTRAS.

Contra los que dijeron mal de las *Soledades*.

Por la estafeta he sabido
Que me han apologizado,
Y á fe de poeta honrado,
Ya que no bien entendido,

(14) Otros leen *alarache*.
(15) Otros ponen:
Condujo perlas su frente.

(16) Otros leen *redujo*.
(17) Otros leen: *lo causan*.

Que estoy muy agradecido
De su ignorancia tan crasa,
Que aun el sombrero les pasa,
Pues imputa oscuridad
A una opaca soledad
Quien luz no enciende en su casa.

Melindres son de lechuza,
Que en lo umbroso poco vuele
Quien en las tinieblas suele
No perdonar una alcuza;
Musa mia, sed hoy Muza;
Si empuña, si embraza acaso
Lanza y adarga el Parnaso,
Defended el honor mio,
Aunque no está, yo lo fio,
En la Vega Garcilaso (18).

OTRAS.

Esa palma es, niña bella,
Para vuestra profesion,
Aunque mas antiguas son
Las de vuestras manos que ella;
Temo, vespertina estrella,
Que esa vuestra edad de hierro
La profesion hará entierro
Antes que la palma lleve
En esa mano de nieve
Muchos dátiles de perro.

Borlas lleva diferentes,
Burlas digo, y desengaños,
Tantas como vuestros años
Y menos que vuestros dientes;
Alcuza de los prudentes
Sois, pues dicen mas de dos
Que siendo tan muda vos,
Quereis profesar en dia
Que tantas lenguas envia
El Espíritu de Dios (19).

OTRAS.

Una moza de Alcobéndas
Sobre su rubio trenzado
Pidió la fe que le he dado,
Porque eran de oro las prendas;
Concertados sin contiendas
Nuestros dulces desenojos,
Me pidió sobre sus ojos
Por lo menos un doblon;
Yo, aunque de esmeraldas son,
Se lo libré en Tremecen;
¿Hice bien?

En el dedo de un doctor
Engastado en oro vi
Un finísimo rubí,
Porque es siempre este color
El antídoto mejor
Contra la melancolía;
Yo por alegrar la mia
Un rubí desaté en oro;
El rubí me lo dió Toro,
El oro Ciudad-Real;
¿Hice mal?

OTRAS.

Habiendo ido DON LUIS á hacer unas informaciones á Galicia, hizo estas décimas.

¡Oh montañas de Galicia,
Cuya (por decir verdad)
Espesura es suciedad,
Cuya maleza es malicia,
Tal, que ninguno codicia
Besar estrellas pudiendo,
Antes os quedais haciendo
Desiguales horizontes:
Al fin, gallegos y montes
Nadie dirá que os ofendo.

¡Oh si tú, cuyos cristales
Desatas ociosamente,
Mal coronada tu frente
De castaños y nogales!
¡Qué bien de los naturales
Vas murmurando, y no paras!
Perdonen tus aguas claras
De Baco el poder injusto,
Si ellos te niegan el gusto
Y ellas te niegan las caras.

¡Oh posadas de madera,
Arcas de Noé, adonde
Si llamo al huésped, responde
Un buey y sale una fiera!
Entróme, que non debiera,
El cansancio, y al momento
Lágrimas de ciento en ciento
A derramallas me obliga,
No sé cuál primero diga,
Humo ó arrepentimiento.

¡Oh labrante mujeriego
De tierras de holandas non,
Cuyas aguijadas son
Flechas del amor gallego!
Vuestra castidad no os niego,
Antes digo será eterna,
Pues descalza la mas tierna,
Lleva la que menos ara,
Pierna que guarda su cara,
Cara que guarda su pierna (20).

¡Oh Narcisos de sayal,
Antípodas de la gala,
Cuyo pié entra en cualquier sala
Sin guante de Fregenal!
Puedo decir, y no mal,
De Galicia y sus confines,
Sin disculpar escarpines,
De los cheiros del Algalia,
Que á Génova y aun á Italia
Se la gana en juanetines.

OTRAS.

Contra las costumbres (21).

Ya de mi dulce instrumento
Cada cuerda es un cordel,
Y en vez de vihuela, él
Es potro de dar tormento;
Quizá con celoso intento
De hacerme decir verdades
Contra estados, contra edades,
Contra costumbres al fin;
No las comente el ruin
Ni las tuerza el enemigo,
Y digan que yo lo digo.

Del mercader, si es lo mismo,
Con vara y pluma en la mano
Condenarse en castellano
Que irse al infierno en guarismo;
Desátenme el silogismo
Sus pulgadas y sus ceros,
Su conciencia y sus dineros,
Y tengan por cosa cierta
Que si le cierran la puerta,
En el cielo no hay postigo;
Y digan que yo lo digo.

Ver sus tocas blanquear
A la viuda, eso me mueve,
Que ver cubierta de nieve
El puerto del muladar;
Déjase á solas pasar
De cualquiera forastero,
O peon ó caballero,
Y con sus amigas llora
A su esposo la señora
Como la Cava á Rodrigo;
Y digan que yo lo digo.

Viendo el escribano que
Dan á su legalidad,
Por ser poco él de verdad,
Nombre las leyes de fe,
Su pluma sin ojos ve,
Y su bolsa, aunque sin lengua,
Por la boca crece y mengua
Las razones del culpado,
La bolsa hecha abogado,
Y la pluma hecha testigo;
Y digan que yo lo digo.

Como consulta la dama
Con el espejo su tez,
¿No consultará una vez
Con la honestidad su fama?
Aspid al vecino llama
Que la muerde el carcañar
Cuando sale á visitar
El copete y la corona,
Y á los dos no les perdona
Desde la joya al bodigo;
Y digan que yo lo digo.

Milagros hizo por cierto
Un alcalde, y lo vi yo,
Que siendo vivo, le dió
Almas de oro á un gato muerto,
Y aun es de tanto concierto,
Que se iguala y no se ajusta,
Y si acaso á doña Justa
Algo entre platos le viene,
Deja la verdad, y tiene
A Platon por mas amigo;
Y digan que yo lo digo.

Entrase en vuestros rincones
Comadreando la vieja,
Bien como la comadreja
En nido de gorriones;
Con madejas y oraciones
Os quiebra ó degüella en suma,
Ora en huevos, ora en pluma,
La honra de vuestra hija;
Destas terceras clavija

(11) Don Juan Pablo Forner dice en sus *Reflexiones sobre la leccion crítica de Huerta* (Madrid, 1786):

«En la coleccion del *Parnaso español* se han reimpreso tambien otros dos sonetos en culto del mismo Lope, dirigidos evidentemente contra las *Soledades* de GÓNGORA; bien que no quedaron sin respuesta, pues para mí aquellos versos de este en defensa de sus *Soledades*, que dicen:

«Musa mia, sed hoy Muza,
Si empuña, si embraza acaso
Lanza y adarga el Parnaso.
Defended el honor mio,
Aunque no está, yo lo fio,
En la *vega* Garcilaso,

se dispararon evidentemente contra la mordacidad de Lope, dando á entender GÓNGORA en la traviesísima alusion que contienen, dos cosas: una, que Lope era el caudillo de los que le satirizaban; y otra, que aunque tenia el apellido de Vega, no por eso residia en él el espíritu de Garcilaso, que tuvo el mismo apellido; y por consiguiente, era enemigo poco temible.»

(19) Dúdase que sean de GÓNGORA estas dos décimas.

(20) Otros leen *guarde*.

(21) Esta composicion debiera estar entre las letrillas. Pónese, sin embargo, entre las décimas por hallarse así en las demás ediciones. Lo mismo se puede decir de los versos siguientes.

Sea la rama de un quejigo;
Y digan que yo lo digo.

De doctor mal entendido,
De guantes no muy estrechos,
Con mas homicidios hechos
Que un catalan foragido;
Si son de puñal huido
Las hojas de su Galeno,
Y si partir puede el freno
Y el dinero con su mula,
Mate, y sírvale de bula
La carta que trae consigo;
Y digan que yo lo digo.

OTRAS.

Cuán venerables que son,
Cuán digno de reverencia,
Las tocas de la apariencia,
El manto de la opinion;
¡Oh Coridon, Coridon!
Venza las tórtolas Dido
En uno y otro gemido,
Turbe el agua á lo viúdo;
Que á fe que el hierro desnudo
Desmienta al monjil vestido.

De un serafin quintañon
El menos hoy blanco diente,
Si una perla no es luciente,
Es un desnudo piñon;
¡Oh Coridon, Coridon!
Antojos calzais de necio,
Pues no entendeis á Vejecio;
Pero entenderéislo al fin
Si el quintañon serafin
Muerde duro ó tose recio.

Galan no pasea el balcon
De la reclusa doncella,
Que no lo conozca ella,
Y no conoce varon;
¡Oh Coridon, Coridon!
Fresco estáis, no sé qué os diga,
Si el amor, por lo que obliga
Un conocimiento desos,
Le sacó prendas con huesos
Del cofre de la barriga.

Solicita devocion
El rostro de la beata,
El geme, digo, de plata
Engastado en un griñon;
¡Oh Coridon, Coridon!
No hay flor de abeja segura;
Poca plata es su figura,
Poca; mas con todo eso,
En oro le paga el peso
Quien en cuartos la hechura.

Tejiendo ocupa un rincon
Penélope mientras yerra
Por mar Ulises, por tierra
Cenizas ya el Ilion;
¡Oh Coridon, Coridon!
Ella en tierra y él en mar
Papillas pudieran dar
A un gitano, puesto que él
Menos urdió en su bajel
Que ella tejió en su telar.

OTRA.

En hábito de ladron
Juez de términos fué,
Señor licenciado, el que
Limitó vuestro mojon;
De Tiro hizo un tiron
Vuestra ropa damasquina,
Porque era de seda fina;
Que solo es bien se conceda
A los mejores la seda
Que se concedió á la China.

OTRA.

A una oposicion de maestros de capilla.

Los edictos con imperio
Maese Lobo ha prorogado
Hasta que varie el grado
De su vocal magisterio;
Si no tiene otro misterio,
El nuevo término corra,
Y juegue en tanto á la morra
Nuestro pretendiente bobo,
O apele de un maese Lobo
Para otro maese Zorra.

OTRA.

A una décima que el conde de Villamediana no hizo en favor del *Polifemo* y *Soledades* (22).

Royendo sí, mas no tanto,
El mar con su alterno diente,
El escollo está eminente,
Que del ciclope oyó el canto;
Como si la envidia en cuanto
Cisne augustamente dino
De sitial cristalino
Su pluma hace elegante,
Si baston no de un gigante,
Báculo de un peregrino.

DÉCIMAS BURLESCAS.

A unas fiestas de toros y juego de cañas en la corte, donde no asistieron los reyes.

¿Qué cantarémos agora,
Señora doña Talia,
Con que todo el mundo ria
Cuando todo el mundo llora?
Inspirádmelo, Señora,
Y sea novedad que importe;
Porque el gusto de la corte
Pide nuevas á un poeta
Muchas mas que á una estafeta,
Con mucho menos de porte.

No hagamos el instrumento
Púlpito de pesadumbres;
Que esto de enmendar costumbres
Es peligroso y violento;
Nuevo dulce pensamiento
Rasque cuerdas al laud,
Sea fiscal la virtud
De los vicios; que yo en suma
Soy fiador de mi pluma
Y alcaide de mi salud.

Cada décima sea un pliego
De casos nuevos; que es bien
Cuando mas cosas se ven
Hurtarle el estilo al ciego;
De los toros y del juego
Generoso primer caso
Salga el aviso á buen paso;
Que hoy, Musa, con pié ligero
Del monte Picardo os quiero (23),
Y no del monte Parnaso.

Juegan cañas, corren toros,
Cortesanos caballeros,
Por lo gallardo Rugeros,
Y por lo lindo Medoros,
Con vistosos trajes moros;
¿Quién suspende, quién engaña
Al gran teatro de España?
Quien es todo admiracion,
Valiente con el rejon
Como galan con la caña.

Deseáronse este dia
Con las reales personas
Los rayos de sus coronas
Gloriosa infantería;
Y las que el cielo nos fia
Luces divinas, aquellas
Que si piedra son estrellas,
Estrelladas de diamantes,
A unos fueron Bradamantes,
A otros Angélicas bellas.

OTRAS.

A la toma de Larache, puerto y plaza fuerte de Africa, que se entregó por trato al marqués de San German (24).

Larache, aquel africano
Fuerte, ya que no galan,
Al glorioso San German,
Rayo militar cristiano,
Se encomendó, y no fué en vano,
Pues cristianó luego al moro,
Y por mas pompa y decoro,
Siendo su compadre el mismo,
Diez velas llevó al bautismo,
Con muchos escudos de oro.

A la española el Marqués
Lo vistió, y dejar le manda
Cien piezas, que aunque de Holanda,
Cada una un bronce es;
Dellas les hizo despues
A sus lienzos guarnicion;
Y viendo que era razon
Que un lienzo aspirase olores,
Oliendo lo dejó á flores,
Si mosquetes flores son.

OTRAS.

A un rejon que dió á un toro Simon Bonami, enano (25).

Pensé, Señor, que un rejon
Era romperlo en un toro,
Quebrar la lanza en un moro,
O un venablo en un leon;
Pero despues que Simon
Hace esta caballería,
Sepa vuesa señoría
Que ya se desembaraza
Por baja el toro en la plaza (26),
Como en la carnicería.

Viendo pues que el que se humilla
Libra mejor en el coso
En fiestas que al poderoso
Lo derriban de la silla,

(22) Así se lee este epígrafe en las ediciones de GÓNGORA. Sin embargo, Pellicer dice:

«Diego Gomez de Sandoval, hijo segundo del Duque (de Lerma), príncipe de excelentísimas partes, á quien llama Mecénas DON LUIS, porque escribió el Conde (de Saldaña) en su defensa contra los que decian mal de su *Polifemo* y *Soledades*, á lo cual hizo esta décima DON LUIS.»

(23) Verges lee *picaro*.

(24) Segun un manuscrito del señor Guerra y Orbe, parece que estas décimas no son de GÓNGORA.

(25) Lope de Vega dice en la *Dorotea*: «*Bonami*, un criado de su majestad, monstruo hermoso de la naturaleza, pues en la mayor pequeñez que puede alcanzar el pensamiento, era perfectísimo.»

(26) Otros, en vez de *baja*, leen *vaca*.

Yo apostaré que en Castilla
Se humillan los mas lozanos,
Y que exponen mis hermanos,
Los mas doctos sacristanes,
Sobre el *dimisit inanes*,
Que perdonó á los enanos.

OTRA.

A una empanada de jabalí que le envió el marqués del Carpio, habiéndolo muerto él mismo.

En vez de acero bruñido,
Que da horror, aunque da luz,
En los montes de Adamuz
Cerdas Marte se ha vestido
Contra el Adónis querido
De la Vénus de Guzman,
Tan valiente, si galan,
En este robusto oficio,
Que rompiéndole el silicio,
Nos ha dado al dios en pan.

OTRA.

A una dama sevillana, devota de DON LUIS, que amenazaba con él á quien le hacia disgusto.

Con la estafeta pasada
Me dió aviso un gentil-hombre
De que asombrais con mi nombre
Y que matais con mi espada;
Vivis, Señora, engañada;
Que el amor que os he propuesto
No es hijo de Marte en esto;
Antes es de él tan distinto,
Que si me hablais en el quinto,
No os he de hablar en el sexto.

OTRA.

A don Juan de Guzman, corregidor que fué de Córdoba, corredor en las ferias de una yegua que el autor le daba al duque de Béjar.

Ya que al de Béjar le agrada
Ser hoy de Feria, es muy justo
Vuele en mi yegua su gusto
La carga mas remontada;
Mas será cosa acertada,
Señor, que abrace mi intento
Sus escudos mas de ciento
Y de contado, porque
Don Luis no la sigue á pié,
Corriendo ella mas que el viento.

OTRA.

Truena el cielo, y al momento
La dueña enciende devota
Cera, que la menor gota
Es puntal de su aposento (27);
Vos, Luis, para el intento
Traeis en las calzas cera,
Pero no en la faltriquera,
Porque gustais ser tenido
Mas por hombre proveido
Que por persona *sin-cera* (28).

(27) Faria lee *puñal* en vez de *puntal*.

(28) He visto en un manuscrito esta décima como obra de don Juan Salinas. Sin embargo, en todas las ediciones que he consultado de GÓNGORA se pone como de este autor; la cual me parece indigna de su ingenio, aunque sea suya propia.

OTRA.

A unos jugadores de pelota que en Medina del Campo detuvieron al poeta un dia y le pagaron el carruaje, y él les volvió otro dia el dinero por mano de don Felipe de Guzman (29).

De puños de hierro ayer,
En este mismo lugar
Fuí gran hombre en el sacar,
Y hoy lo soy en el volver;
Los dineros van á ser
Restituidos por vos
Del (por la gracia de Dios)
Don Felipe al de Guzman,
Que porque faltas harán
Los quiero dejar á dos.

OTRA.

A una monja, enviándole un cuarto de ternera.

Con mucha llaneza trata
Quien, debiéndolo en escudos,
Viene á pagar en menudos
A quien le regala en plata;
De las terneras que mata
Don Alonso de Guzman
Hoy presentado me han
Ese cuarto de ternera;
Tomadle, que yo quisiera
Que fuera de tafetan.

OTRA.

A Márcos de Torres, jurado de Córdoba, administrador del lavadero de la lana.

Marco de plata excelente
Y torre segura y alta,
Pues que monsieur de Peralta
Ha llegado alegremente,
Baje el espíritu ardiente
Hablando en lenguas de fuego;
Que serémos allá luego
Con naipes, dinero y gana,
Y quizá irémos por lana,
Y nos trasquilara el juego (30).

OTRA.

A Márcos de Torres, jurado de Córdoba, administrador del lavadero de lana, deteniéndole un músico criado suyo para que cantase á una dama.

Pastor que en la vega llana
Del Bétis derramas quejas,
Ya entre lana sin ovejas
Y ya entre ovejas sin lana,
Yo entretengo hasta mañana
A tu músico zagal,
Que á un ídolo de cristal,
Que es diamante de desden,
Quiero que le cante bien
Lo que yo le quiero mal.

OTRA.

El lienzo que me habeis dado
Por dos cosas me importuna,
Por lo delgado la una,
Otra por lo presentado;
Holanda, niña, que ha andado
Entre redes no queria
Que fuese caza algun dia
Desigual para los dos,
De tórtolas para vos,
Para mí de montería.

(29) Algunos no consideran de DON LUIS esta décima.

(30) Algunos no reconocen por de GÓNGORA esta décima ni la que le sigue.

OTRA.

A una monja, enviándole dos conejos.

Dos conejos, prima mia,
Envio á vuesamerced,
Tan muertos en una red
Como aquel que los envia;
Llágaseles este dia
En vuestra celda el entierro,
Porque por dicha ó por yerro
Mudeis, Señora, de estilo;
Que si mata red de hilo,
Bien matará red de hierro.

OTRA.

No me pidais mas, hermanas,
Castañas con este frio,
Que enjertas os las envio,
Y las volveis regoldanas;
Fruta que por las mañanas,
Habiendo batallas bellas,
Hace parir las doncellas,
Milagros de monjas son,
Que sin obra de varon
Paren hijos para ellas.

DÉCIMAS FUNEBRES.

Al túmulo que la ciudad de Córdoba hizo á la reina nuestra señora doña Margarita.

La perla que esplendor fué
De España y de su corona
Yace aquí, y si la perdona
¡Oh peregrino! tu pié,
A este duro mármol que
Hoy en polvo la merece
Compungido lo agradece;
Si no lo estás, yo aseguro
Ser menos el mármol duro
Que entre ella y tu pié se ofrece.

OTRA.

Ociosa toda virtud
Muerto su ejercicio llora
La perla que engasta agora
El plomo deste ataud.
Reina que en muda quietud
Duerme, y el silencio santo
A dos mundos, y aunque es tanto,
Es mucho que no le rompa
O de su fama la trompa
O de sus reinos el llanto.

OTRA.

A don Pedro de Cárdenas y Angulo, á quien un toro le mató un caballo llamado Frontalete.

Murió Frontalete, y hallo
Que el cuerno menos violento
Le sacará sangre al viento,
Pues mató vuestro caballo;
Hipérbole es recelallo;
Mas yo, don Pedro, recelo,
Despues que no pisa el suelo
Vuestro Flegonte español,
Que á los caballos del sol
Matará el toro del cielo.

OTRA.

Al sepulcro de Simon Bonamí, enano.

Yace el gran Bonamí, á quien
Será esta piedra no leve,
Que ocupa por lo breve
Una sortija mas bien;
De Atropos aun no el desden
En tierra lo postró ajena:
Que un gusano tan sin pena
Se lo tragó, que al enano
Le sobró mas del gusano
Que á Jonás de la ballena.

DÉCIMAS VARIAS.

A don Diego Paez de Castillejo, animándole á que hiciese versos.

Por mas daños que presumas,
Vuela, Icaro español,
Que al templo ofreces del sol
En poca cera tus plumas;
Blanco túmulo de espumas
Haga el Bétis á tus huesos,
Que tus gloriosos excesos,
Si de mi musa los fias,
Los venerarán los dias
En los álamos impresos.

OTRA.

A don Diego de Argote, llamado el Moreno, entrando en la corte con unas cuartanas.

Sin duda os valdrá opinion
En palacio y en la villa
El recibiros Castilla
Con achaques de Leon;
Prolijos achaques son;
Mas el curallos condeno,
Si no pretende un moreno,
Como lienzo ó como hilado,
Salir cuando mas curado,
Mas blanco, si no mas bueno.

OTRA.

A la fábula de Faeton, que en octavas rimas compuso el conde de Villamediana.

Cristales el Po desata,
Que al hijo fueron del sol,
Si trémulo, no farol,
Túmulo de undosa plata;
Las espumosas dilata
Armas del sañudo toro
Contra arquitecto canoro,
Que orilla el Tajo eterniza
La fulminada ceniza,
Simétrica urna de oro.

OTRA.

Al licenciado Enrique Vaca de Alfaro, médico y cirujano, que escribió un libro acerca del modo de curar los heridos de la cabeza (51).

Vences, en talento cano,
A tu edad, á tu experiencia,
Así con tu sabia ciencia (52)
Como con tu diestra mano;
¡Oh Enrique, oh del soberano
Febo imitador prudente!
Ciña tu gloriosa frente
Tu verde honor, pues es dina,
Ya por el arte divina,
Ya por la pluma elocuente.

DÉCIMAS LÍRICAS.

Bras, Carillo.

BRAS.

Al hermoso dueño mio,
Carillejo, le dirás
Que mas ardo cuanto mas
De sus ojos me desvio.

CARILLO.

Bras, el Apenino frio
Tanto ardor templará luego.

BRAS.

La jurisdicion le niego;
Antes hacerlo presumo
Etna suspirando humo,
Cuando no llorando fuego.

CARILLO.

El mar será no pequeño
De esas llamas enemigo.

BRAS.

¿Qué podrá el mar, si conmigo
Navega mi dulce dueño?

CARILLO.

Mal redimirá tu leño (53)
La que en el Tajo se queda.

BRAS.

Si á la naval arboleda
Dieran las ondas enojos,
Ausentes sus bellos ojos,
Estrellas serán de Leda.

CARILLO.

Tierras interpuestas ciento
Divertirán tu cuidado.

BRAS.

El iman, cuanto apartado,
Mas procede al polo atento.

CARILLO.

Valerse del pensamiento.

BRAS.

¿Qué fuera de mí sin él?

CARILLO.

Su inconstancia es infiel.

BRAS.

Inquieta es el abeja,
Y poco su vuelo deja
De coronar el clavel.

CARILLO.

¡Ay si el viento se te opone!

BRAS.

Al norte que ausente miro
Conduzga solo un suspiro (54),
Y á las velas no perdone.

CARILLO.

Quien el pié en la ausencia pone,
Y los pisa, inmortal siente
El veneno de su diente.

BRAS.

Bien puedes atribuirme
Inmensidades de firme
A cada paso de ausente.

OTRA LÍRICA.

Atrevida confianza,
Girando con paralelos,
Emulacion de los cielos,
Sublime proeza alcanza;
Fija en nivel la balanza
Con afecto fugitivo
Fulgor de mancebo altivo,
Y para casos supremos,
Orientes une, si extremos,
De amor el ocaso vivo.

DÉCIMA LÍRICA.

A una caida que dió de un caballo un hijo de don Rodrigo Calderon.

Caballo, que despediste,
No solo un bello español,
Mas con los rayos del sol
La dura tierra barriste,
Viste ya de plumas, viste;
Que si en esto no sucedes
Al ave real, no puedes
Debidamente llevallo;
Que el águila aun es caballo
Indigno de Ganimédes.

DÉCIMA BURLESCA.

Casado el otro se halla
Con la del cuerpo vellido,
De quien perdonado ha sido
Por ser don Sancho que calla;
Los ojos en la muralla,
Su real vee acrecentado
De uno y otro que entra armado,
Y sale sin alborozo
Por aquel postigo mozo
Que nunca fuera cerrado.

DÉCIMA BURLESCA.

A una inscripcion que cierto caballero puso en el sepulcro de don Pascual, obispo de Córdoba, que comienza con muchos imperativos: *Scitote legito neque operato, hospes*, etc.

Detente, buen mensajero,
Aunque te parezca tarde;
Que Dios de inscripciones guarde
De un pedante caballero.
Don Pascual soy, que ya muero
En la region de los vivos
Tras tantos imperativos;
Si quies saber mas, detente,
Que harto mas cortesmente
Te lo dirán los archivos.

DÉCIMAS BURLESCAS.

A don Juan de Góngora y Castillejo, estudiante niño, en un coloquio.

Don Juan soy de Castillejo,
Ilustrisimo Señor,
Famoso predicador,
Sin barbas, mas con despejo.
No siempre caballo viejo
Echa en la plaza caireles;
Que potros tambien noveles
Ilustran los pedernales;

(51) Hállase esta décima al frente del libro intitulado *Proposicion quirúrgica y censura judiciosa en las dos vias curativas de heridas de cabeza, comun y particular, y eleccion de esta*, etc. (Sevilla, 1618.)

El retrato del doctor Enrique Vaca de Alfaro existe en el museo de Cádiz. Representa al doctor en el acto de reconocer con la legra la cabeza de un niño. Me parece original de Francisco Pacheco.

(52) Así se lee en el libro de Vaca de Alfaro. En otras ediciones de Góngora así:

Así con tu docta ciencia.

(53) Verges lee *remediara*.

(54) Verges lee *conduzgo*.

Vemos, si no por bozales,
Perdidos por cascabeles.
Vengo á vuestra señoría,
Dios sabe con qué dolor,
A quejarme del autor
Desta pueril compañía,
Que excluyó toda esta mia
Persona y autoridad
Del coloquio, y en verdad
Que perdió un buen compañero,
Porque sin mí y por enero
Todo ha de ser frialdad.

OTRA BURLESCA.

Doctor barbado, cruel
Como si fuera doctora,
Cien enfermos á esta hora
Se están muriendo por él;
Si el grave mortal papel
Donde venenos receta
No es taco de su escopeta,
Póliza es homicida,
Que el banco de la otra vida
Al seteno vista aceta.

OTRA LÍRICA.

Esta hermosa prision,
Que tan dulce me lastima,
Limarla deseo, y la lima
Nuevo acrecienta eslabon;
Indignada la razon,
Mi libertad solicita,
Y los medios que ejercita,
Cual hizo aleando el ave
El sutil lazo mas grave,
Mas los imposibilita.

DÉCIMA BURLESCA.

A la muerte de un perrillo de falda llamado Flor.

Yace aquí Flor, un perrillo
Que fué en un catarro grave
De ausencia, sin ser jarabe,
Comedor de culantrillo;
Saldrá un clavel á decillo,
La primavera, que Amor,
Natural legislador,
Medicinal hace ley,
Si en yerba hay lengua de buey
Que de perro la haya en flor.

OTRA BURLESCA (5).

A un poeta que para describir unas fiestas en octavas se valió de algunos amigos suyos.

Ya de las fiestas reales
Sastre, y no poeta, seas,
Si á octavas como á libreas
Introduces oficiales;
De ajenas plumas te vales,
Corneja, desmentirás
La que delante y detrás
Gémina concha te viste;
Galápago siempre fuiste,
Y galápago serás.

DÉCIMA LÍRICA.

A una dama que le daba el sol en el rostro por una vidriera.

Ni á rayo el sol perdonó,
Ni á esplendor suyo dorado,
El dia que examinado
Del cristal por do pasó;
Generoso hoy embistió,
Y os felicito importuno,
Sin valor quedando alguno,
De vuestros ojos vencido,
Si bien alega corrido
Que fueron dos contra uno.

OTRA.

A fray Gregorio de Pedrosa, electo obispo de Leon, que no quiso dejar el hábito por el de obispo.

El mas insigne varon
De su órden, el que ya
Que á san Jerónimo ha
Dejado por un leon,
Su celo, su devocion,
Ni á la cogulla ni al manto
Perdonan, y no me espanto
Que su modestia hoy no quiera
Vestir la piel de la fiera
Sobre el hábito del santo (36).

OTRA.

A un alguacil de corte, que en unas fiestas reales mató un toro de una cuchillada.

No hay que agradeceros nada
Cuando agradecerlo importe,
Si es vuestra vara de corte,
Que lo fuese vuestra espada;
La resolucion honrada,
Mas que la dichosa suerte,
Canta la fama de suerte
Que nos dice en trompas de oro
Que no solo os temió el toro,
Pero que os huyó la muerte.

DÉCIMA BURLESCA.

¡Oh jurisprudencia, cuál
Por esos lodos he visto
Con caperucilla un mixto
De médico y colegial;
Peticiones á real
Hace de su misma mano,
Y cual si fuera Ulpiano,
Informaciones á tres,
Y aun con esto dicen que es
«Carísimo en Cristo hermano».

DÉCIMA FÚNEBRE.

A la muerte de don Rodrigo Calderon.

Cuanto el acero fatal
Glorioso hizo tu fin,
Cuesta á la fama el clarín
De mas canoro metal;
Si yo promulgare mal (37)
El acto tan superior,
Ninguno podrá mejor
Que tu muerte referillo,
Siendo su lengua el cuchillo
Que examinó tu valor.

DÉCIMA LÍRICA.

Siempre le pedí al Amor,
Divina Filis, despues
Que mi rendimiento es
Ejercicio á tu rigor,
Que á una pena otra mayor
Le suceda, y pues que sabe
Cuanto él penarme es suave,
Por tí concederme quiera
Vida en que nunca se muera,
Muerte en que nunca se acabe.

OTRA.

Tropezó un dia Dantea,
Ninfa del mar, por quien son
Grosera la discrecion,
Y la hermosura fea,
Si caida es bien que sea
Tropiezo tan á compás,
A la que presume mas
De hermosa y de entendida,
Darle quiso esta caida
Para dejársele atrás.

OTRA BURLESCA.

Al licenciado Cristóbal de Heredia, su administrador, pidiéndole los alimentos de medio mes adelantado.

Señor, pues sois mi remedio,
Y sabeis que me he comido
Medio mes, que no he vivido,
Enviadme el otro medio;
Yo no hallo causa ni medio
Cómo vivir sino holgado,
A lo menos descuidado,
Porque faltándome el mes,
Pienso que la causa es
Opilacion ó preñado.

OTRAS.

Tu beldad, Clori, adoré
Culto, aunque á tu sombra dí,
Sacrificándote en mí,
Cuanto me dictó mi sér;
Gloriosa pues llamesé,
Que aun en tus ojos lucia
Cuando yo víctima ardía
En tus aras; mas despues
Desvaneció el interés
La pobre ceniza mia.
Oro te suspende y plata,
Que lo que consume el fuego
Humo es inútil y juego
Del aire que lo desata;
Ni á los metales mas grata
Que al afecto del amante,
Le corriste en un instante
A su hermosura divina
Desde la primer cortina
Hasta el último volante.
Tanto en pocos dias, y tal
Vistió sus paredes voto,
Que quebró por lo devoto
Ateista su caudal;
Y con aversion igual
A su fe primera, el culto
Negando á tu bello vulto,
El esplendor juzga en vano
De todo mármol humano,
Si bien dulcemente esculto.
Perdóneme tu piedad
Si acusare tu juicio,
Pues segundo sacrificio
Pides á mi voluntad;
Si codicia ó libertad
Absolvieron un recelo,
Si escapé lamido el pelo
De tu llama undoso engaño,
Víctima siendo otro año,
Me quieres correr tu velo.

(35) Se cree escrita contra el poeta jorobado Alarcon.

(36) Algunos no tienen por de GÓNGORA esta décima.

(37) Otros leen *ahí* en vez de *yo*.

OTRA BURLESCA.

Al serenísimo infante-cardenal don Fernando, pidiéndole una empanada de capon en mazapan que le habia prometido el conde de Villaflor, portugués.

Un conde prometedor,
Que Portugal dió á Castilla
(Tal conozca yo su villa
Como conozco su flor),
Me remitió á vos, Señor,
Para que me deis en pan
Y en adobo un Florian,
Suavísimo bocon,
Si le visten al capon
Sotana de mazapan.

OTRAS LÍRICAS.

El pensar cómo pensar
Dar alivio al pensamiento
Es pensar en un tormento
Pesado mas que el pesar;
No en sus escollos el mar
Tantas ondas rompe al año,
Cuantos mi cuidado extraño
Pensamientos rompe al dia;
Dirán que es melancolía,
Y no es sino desengaño.

Hacen esperanzas vanas
Lisonjas que son enojos,
A una razon con antojos
Y á una experiencia con canas;
Alas se visten livianas
De pensamientos, y en suma,
Sean de cera ó sean de pluma,
Sale el sol de la verdad,
Y de tanta variedad
Hace sepulcro la vida.

Mal solicitan sirenas
Sueño al forzado que vemos
Desvelado entre los remos
Dormir sobre las cadenas.
Lisonjas no mudan penas,
Que unas mismas penas son.
Mudando imaginacion,
Beba el viento, que sin duda
Muda el color, mas no muda
Su paso el camaleon (38).

OTRA.

A la muerte violenta que dieron al conde de Villamediana, sin saber quién.

—Mentidero de Madrid,
Decidnos, ¿quién mató al Conde (39)?
—Ni se sabe ni se esconde.
—Sin discurso discurrid.
—Dicen que lo mató el Cid (40)
Por ser el conde lozano.
—¡Disparate chavacano!
La verdad del caso ha sido
Que el matador fué Vellido
Y el impulso soberano.

DÉCIMAS.

Musas, si la pluma mia
Es vuestro plectro, dejad
Agora aquella deidad
En su casta monteria;
Y si quereis todavía
El instrumento hacer dardo
Contra el corcillo galiardo,
Dejad el bosque y venid;
Que las calles de Madrid
Arrabales son del Pardo.

Venid, musas, que una res
Adonde quiera se mata,
Y el que en Indias menos trata,
Ese mayor corzo es;
Vuestros numerosos piés
Calcen coturnos dorados;
Que de las selvas cansados
Los cónsules están ya,
Y Vénus mandado os ha
Parecer en sus estrados.

El mas rígido Caton
Brujulea á una chacona,
Y Lucrecia bien perdona
Al baile, pero no al son.
Cosquillas del alma son
Y lisonjas del sentido
Las dulces burlas que os pido
Hoy en la corte de España;
Que Veras en la montaña
Tiene solar conocido.

Ya los melindres están
Tan fuertes, que Flor de Lis
Se come entero un anís
Como si fuera un gañan;
Blandimarte, su galan,
Lo diga, cuyos aceros,
O los gasta en confiteros,
O á ligones se los debe,
Porque ya tanto se bebe,
Que el mas armado anda en cueros.

Si en casa de un bachiller
De tres hojas de *Digesto*
Entra el otro con mal gesto,
Y sacan buen parecer,
Válganle á su fea mujer
Tantas letras, que es dolor
Que él le compre el resplandor,
Y salgan de su posada,
Ella en vista condenada,
Y él en costas, que es peor.

Una casa de brocado
De tres altos tiene Dido,
Y en cada cual, bien servido,
Un Enéas hospedado;
Tómales muy bien tomado,
No el puñal, sino el dinero;
Que ella ya no toma acero,
Y una bolsa es buena daga
Le abrió el acero fatal.
Caminante, en caso tal,
Que da luz con su vaiven,
Poco importa correr bien
Si se ha de parar tan mal.

Cuando á la vela se haga
El troyano forastero.

Una toledana fina
Contra un pobre cortesano
Desnudó su blanca mano
De la vaina cebellina;
Dejósele en una esquina
Desnudo como un quejigo;
Mas ¿qué mucho, si yo digo,
Y con experiencia harta,
Que no hay manos que á su marta
No dejen garras y abrigo?

Desde el alba á la oracion
Pasean la forastera,
Como si su casa fuera
La ermita de San Anton;
Y es el mal que es un ligon
El paseado tambien,
Y en la calle no lo ven,
Porque anda trasero y bajo,
Que ginoveses y el Tajo
Por cualquier ojo entran bien.

En el prado tenia un paje
Parada una perdiz bella,
Mientras encaraba en ella
Ganimédes su lenguaje;
Ella batiendo el plumaje
Se le levantó al mozuelo,
Y en levantándose al vuelo
La derribó un arcabuz;
Que al arca hacen el buz
Las pajaritas del cielo.

Como si fuera empanada,
Repulgando está la niña
Con los cogollos de piña (41),
Quien la tiene concertada;
Que no es bien que sepa nada
Del desconcierto que ha habido
Quien ha de ser su marido
Con el favor de algun conde,
Que lo ha hecho proveer donde
Irá oliendo á proveido.

II.

A una oposicion de un canonicato de la santa iglesia de Toledo, que llevó el doctor Cámara.

Cierto opositor, si no
El mas valiente, á lo menos
Votos perdonando ajenos,
El mismo se proveyó;
Culpanle algunos, no yo (42).
Siempre me ha hecho entender
Que sabiendo habia de ser
Cámara el canonizando,
Se hizo camara cuando
Pretendió mejor leer.

III.

A unos caballeros devotos de monjas.

En trescientas santas Claras
Estáis, señores, penados;
O sois espejos quebrados,
O teneis trescientas caras;
Reglas son de amor muy raras,
Que nunca dejó en su arte
El maestro Durandarte;
Mas podeis decir los dos
Que teneis mucho de Dios,
Pues estáis en toda parte.

(38) Otros leen: *al camaleon.*

(39) Esta décima se atribuye falsamente á Góngora. No sé si tambien falsamente á Lope se atribuye esta respuesta:

Atenciones de Madrid,
No busqueis quién mató al Conde,
Pues su muerte no se es-*conde.*
Con discurso discurrid,
Que hay quien mate sin ser Cid
Al insolente Lozano;
Discurso fué chavacano
Y mentira haber fingido
Que el matador fué Vellido,
Siendo impulso soberano.

Igualmente sin razon se da por autor de esta otra décima al mismo Góngora:

Aquí yace, aunque á su costa,
Un monstruo en decir y hacer;
Por la posta vino á ser,
Y se acabó por la posta.
Puerta en el pecho no angosta

(40) Otros leen:

Decid que le mató el Cid.

Y en otro verso:

Lo cierto del caso ha sido.

(41) Otros leen: *en los cogollos.*

(42) Otros leen: *mas yo.*

IV.

A una monja, enviándole un menudo de ternera con muchas flores.

Presentado es el menudo,
Y de que os sabrá mejor
Que los que el padre prior
Trajo de Paris no dudo;
No ya de flores desnudo,
Que censuras y rigores
Desos vuestros superiores
Nunca ha permitido que entre
En fruto allí ningun vientre;
Y así, es fuerza que entre en flores.

OTRA.

Con Marfisa en la estacada
Entra Tristan mal guarnido,
Que su escudo, aunque rendido,
No lo rasgó nuestra espada.
¿Qué mucho, si levantada
No se vió en lance tan crudo,
Ni vuestra vergüenza pudo
Cuatro lágrimas llorar
Siquiera para dejar
De orin tomado el escudo?

OTRA.

De la estafeta pasada
Supe por un gentil-hombre
Cómo matais con mi nombre
Y cómo heris con mi espada.
Estáis, Señora, engañada;
Que el amor que os he propuesto
No es hijo de Marte en esto;
Antes es de él tan distinto,
Que si me hablais por el quinto,
No os he de hablar por el sexto.

OTRA.

A una monja, enviándole una cesta de ciruelas monjies.

Recibid ambas á dos
La cesta que para mí
Es de ciruela monji,
Y de fraile para vos;
Y así este verano Dios
Abanillos de buen aire
Os dé, que hagais donaire
En quitando el laurel fresco
De fruta que todo es cuesco
Por lo que tiene de flaire (43).

OTRA.

A la comedia de la *Gloria de Niquea*, que escribió el conde de Villamediana.

¿Quién pudo á tanto tormento
Dar gloria en tan breve suma?
Otra no fué que tu pluma,
Otro no fué que tu aliento.
A tu canoro instrumento
Anaxtarax lisonjea,
Porque tuyo el nombre sea
Que hoy se repite feliz,
O á la espada de Amadís,
O á la gloria de Niquea (44).

(43) Esta décima no se halla en todas las ediciones de las poesías de Góngora. Una de las que la tienen es la de Faria, y muy incorrectamente, segun se ve en el texto.

(44) Parece de Góngora esta décima. Hállase impresa entre las obras de Villamediana como del mismo conde, cosa inverosímil.

EPIGRAMA PRIMERO (45).

A una cortesana.

Una fuente Ana la bella
Se abrió junto á la comun,
Y mil pudiera, segun
Que entraron caños en ella.
La fuente purgando va,
Y queda claro y notorio
Que en doña Ana el purgatorio
Adonde el infierno está.

II.

A un predicador.

En predicando el prior
Va por la iglesia arropado,
Aunque lo que ha predicado
No le costó su sudor.
Di, si le vieres, Miguel,
Que esto en vanagloria topa;
Que el que lo oyó no se arropa,
Y está mas cansado que él.

DÉCIMAS.

A don Gaspar de Ezpeleta, habiendo caido de un caballo en unas fiestas celebradas en la plaza de Valladolid.

Cantemos á la jineta,
Y lloremos á la brida
La vergonzosa caida
De don Gaspar de Ezpeleta.
¡Oh si yo fuera poeta,
Qué gastara de papel
Y que nota hiciera de él!
Dijera á lo menos yo
Que el majadero cayó
Porque cayesen en él.

Dijera del caballero,
Visto su caudal y traza,
Que ha entrado poco en la plaza,
Y menos su despensero;
Que si cayera en enero
Quedara con santo honrado,
Aunque el apóstol sagrado,
Cuando Dios le hizo fiel,
Cayó de alumbrado, y él
Cayó de desalumbrado (46).

LETRILLAS.

I.

La vaga esperanza mia
Se ha quedado en vago, ¡ay triste!
Quien alas de cera viste,
¡Cuán mal de mi sol las fia!

Atrevida se dió al viento
Mi vaga esperanza, tanto,
Que las ondas de mi llanto
Infamó su atrevimiento;
Bien que todo un elemento
De lágrimas urna es poca,
Que diré á cera tan loca
O á tan alada osadía:

La vaga esperanza mia
Se ha quedado en vago, ¡ay triste!
Quien alas de cera viste,
¡Cuán mal de mi sol las fia!

(45) En algunas ediciones no se leen estos epigramas. Aquí se ponen copiados de la de Faria.

(46) Don Juan Antonio Pellicer atribuye, en su *Vida de Cervántes*, estas decimas á Góngora.

II.

Vuela, pensamiento, y diles
A los ojos que te envio,
Que eres mio.

Celosa el alma te envia
Por diligente ministro,
Con poderes de registro
Y con malicias de espía;
Trata los aires de dia,
Pisa de noche las salas
Con tan invisibles alas
Cuanto con pasos sutiles.

Vuela, etc.

Tu vuelo con diligencia
Y silencio se concluya
Antes que venzan la suya
Las condiciones de ausencia,
Que no hay fiar resistencia
De una fe de vidrio tal
Tras un muro de cristal,
Combatido de esmeriles.

Vuela, etc.

Mira que tu casa escombres
De unos soldados fiambres,
Que perdonando sus hambres,
Amenazan á los hombres;
De los tales no te asombres,
Porque, aunque tuerceen los tales
Mostachazos criminales,
Ciñen espadas civiles.

Vuela, etc.

Por tu honra y por la mia
Desta gente te descartes (47),
Que te serán estos Martes (48)
Mas aciagos que el dia;
Que la lanza de Argalía,
Es ya cosa averiguada
Que pudo mas por dorada
Que por fuerte la de Aquiles.

Vuela, etc.

Si á músicos entrar dejas,
Ciertos serán mis enojos,
Porque aseguran los ojos
Y saltean las orejas;
Cuando ellos ajenas quejas
Tanten, ronda, pensamiento,
Y la voz, no el instrumento,
Les quiten tus alguaciles.

Vuela, pensamiento, y diles
A los ojos que te envio,
Que eres mio.

III.

Ya no mas, ceguezuelo hermano,
Ya no mas.

Baste lo flechado, Amor,
Mas municion no se pierda;
Afloja al arco la cuerda
Y la causa á mi dolor;
Que en mi pecho tu rigor
Lo muestran las plumas juntas,
Y en las espaldas las puntas
Dicen que muerto me has.

Ya no mas, etc.

Para el que á sombras de un robre
Sus rústicos años gasta
El segundo tiro basta,
Cuando el primero no sobre;
Basta para un zagal pobre
La punta de un alfiler;
Para Bras no es menester
Lo que para Fierabras.

Ya no mas, etc.

Tan asaeteado estoy,
Que me pueden defender

(47) Otros leen *la*.

(48) Otros ponen *les*.

Las que me tiraste ayer
De las que me tiras hoy;
Si ya tu aljaba no soy,
Bien á mal tus armas echas,
Pues á ti te faltan flechas,
Y á mi donde quepan mas.
Ya no mas, ceguezuelo hermano,
Ya no mas.

IV.

No son todos ruiseñores
Los que cantan entre flores,
Sino campanitas de plata,
Que tocan al alba;
Sino trompeticas de oro,
Que hacen la salva
A los soles que adoro.
No todas las voces ledas
Son de sirenas con plumas,
Cuyas humildes espumas
Son las verdes alamedas,
Si suspendido te quedas
A los suaves clamores.
No son todos, etc.
Lo artificioso, que admira,
Y lo dulce, que consuela,
No es de aquel violin que vuela
Ni desotra inquieta lira;
Otro instrumento es quien tira
De los sentidos mejores.
No son todos ruiseñores
Los que cantan entre flores,
Sino campanitas de plata,
Que tocan al alba;
Sino trompeticas de oro,
Que hacen la salva
A los soles que adoro.

LETRILLAS BURLESCAS.

I.

A un Fulano de Arroyo (49).

Arroyo, ¿en qué ha de parar
Tanto anhelar y subir? (50)
Tú por ser Guadalquivir,
Guadalquivir por ser mar;
Carrillejo en acabar
Sin caudales y sin nombres,
Para ejemplo de los hombres (1).
Hijo de una pobre fuente,
Nieto de una dura peña,
A dos pasos los desdeña
Tú mal nacida corriente;
Si tu ambicion lo consiente,
En qué imaginas me di;
Murmura, y sea de ti,
Pues que sabes murmurar.
Arroyo, etc.
¿Qué dias tienes reposo?
¿A qué noches debes sueño?
Si corres tal vez risueño,
Siempre caminas quejoso;
Mucho tienes de furioso,
Aunque no en el tirar cantos,
Y asi tropiezas en tantos
Cuando te quies levantar.
Arroyo, etc.
Si tu corriente confiesa
Sin intermision alguna
Que la cabeza en la cuna
Y el pié tienes en la huesa,
¿Qué fatal desdicha es esa
En solicitar tu daño?
Pésame que el desengaño
La vida te ha de costar.
Arroyo, ¿en qué ha de parar
Tanto anhelar y subir?
Tú por ser Guadalquivir,
Guadalquivir por ser mar;
Carrillejo en acabar
Sin caudales y sin nombres,
Para ejemplo de los hombres.

II.

A dos hijos de un zapatero rico, que gastaron lo que les dejó su padre.

Los dineros del sacristan
Cantando se vienen,
Cantando se van.
Tres hormas, si no fué un par,
Fueron la llave maestra
De la pompa que hoy nos muestra
Un hidalgo de solar;
Con plumajes á volar
Un hijo suyo salió,
Que asuela cuanto él soló,
Y la bijuela loquilla
De ámbar quiere la gervilla
Que desmienta al cordoban.
Los dineros, etc.
Dos troyanos y dos griegos,
Con sus celosas porfias,
Arman á Elena en dos dias
De joyas y de talegos;
Como es dinero de ciegos,
Y no ganado á oraciones,
Recibi dueñas con dones
Y un portero rabicano;
Su grandeza es un enano,
Su melarquia un truhan.
Los dineros, etc.
Labra un letrado un real
Palacio, porque sepades
Que interés y necedades
En piedras hacen señal;
Hácelo luego hospital
Un balconero pelon,
A quien hija y corazon
Dió en dote; que ser le plugo,
Para la mujer verdugo,
Para el dote gavilan.
Los dineros, etc.
Con dos puñados de sol
Y cuatro tumbos de dado
Repite el otro soldado
Para conde de Tirol;
Fénix lo hacen español,
Collar de oro y plumas bellas,
Despidiendo estas centellas
De sus joyas; mas la suerte
En gusano lo convierte,
De pájaro tan galan.
Los dineros, etc.
Herencia que á fuego y hierro
Malogró cuatro parientes,
Halló al quinto con los dientes
Peinando la calva á un puerro;
Heredó por dicha ó hierro,
Y á su gula no perdona;
Pavillos nuevos capona
Mientras francolines ceba,
Y al fin en su mesa Eva
Siempre está tentando á Adan.
Los dineros del sacristan
Cantando se vienen,
Cantando se van.

III.

Allá darás, rayo,
En casa de Tamayo.
De hospedar á gente extraña,
O flamenca ó ginovés,
Si el huésped overo es
Y la huéspeda castaña,
Segun la raza de España,
Sale luego el potro bayo.
Allá darás, etc.
Alguno hay en esta vida
Que sé yo que es menester
Que á su querida mujer
(Nunca fuera tan querida)
Tomen antes la medida
Que á él le corten el sayo.
Allá darás, etc.
Con su lacayo en Castilla
Se acomodó una casada;
No se le dió al señor nada,
Porque no es gran maravilla
Que el amo deje la silla,
Y que la ocupe el lacayo.
Allá darás, rayo,
En casa de Tamayo.

IV.

Dineros son calidad,
Verdad (2).
Mas ama quien mas suspira,
Mentira.
Cruzados hacen cruzados,
Escudos pintan escudos,
Y tahures muy desnudos
Con dados ganan condados;
Ducados dejan ducados,
Y coronas majestad,
Verdad.
Pensar que uno solo es dueño
De puerta de muchas llaves,
Y afirmar que penas graves
Las paga un mirar risueño (3),
Y entender que no son sueño
Las promesas de Marfira,
Mentira.
Todo se vende este dia,
Todo el dinero lo iguala;
La corte vende su gala,
La guerra su valentia;
Hasta la sabiduría
Vende la universidad,
Verdad.
No hay persona que hablar deje
Al necesitado en plaza;
Todo el mundo le es mordaza,
Aunque él por señas se queje;
Que tiene cara de hereje
Sin fe la necesidad (4),
Verdad.

(49) Créese que esta letrilla está dirigida contra don Rodrigo Calderon, porque en medio de su valimiento, queria mas pasar por hijo adulterino del duque de Alba el viejo que por legitimo de Francisco Calderon, persona bien nacida y honrada.

O Góngora fué ingrato para con su favorecedor el marqués de Siete-Iglesias, ó la letrilla, á pesar de lo que se dice, no va encaminada contra este.

(50) Otros leen:

Tanto arribar y subir.

(1) En algunos manuscritos no se leen estos tres versos.

(2) Lope de Vega, en su comedia *El premio del bien hablar*, dice:

Mas presumo yo que mira
Del oro la cantidad;
Dineros son calidad,
Dijo el cordobés *Lucano.*

En la misma comedia elogia una cosa, diciendo que es

Soneto de don Luis, *Séneca* nuevo.

(3) Otros leen: *las pague.*

(4) Sigo el texto de Verges. Todas las

Siendo como un algodon,
Nos jura que es como un hueso,
Y quiere probarnos eso
Con que es su cuello almidon,
Goma su copete, y son
Sus bigotes alquitira,
Mentira.

Cualquiera que pleitos trata,
Aunque sean sin razon,
Deje el rio Marañon,
Y entre en el de la Plata;
Que hallará corriente grata
Y puerto de claridad,
Verdad.

Siembra en una artesa berros
La madre, y sus hijas todas
Son perros de muchas bodas,
Y bodas de muchos perros;
Y sus yernos rompen hierros
En la toma de Algecira
Mentira.

V.

Si las damas de la corte
Quieren por dar una mano
Dos piezas de toledano,
Y del milanés un corte,
Mientras no dan otro corte,
Busquen otro;
Que yo he nacido en el potro (5).

Si por unos ojos bellos,
Que se los dió el cielo dados,
Quieren ellas mas ducados
Que tienen pestañas ellos,
Alquilen quien quiera vellos,
Y busquen otro, etc.

Si un billete cada cual
No hay tomallo ni leello
Mientras no le ven por sello
Llevar el cuño real,
Dama de condicion tal,
Buscad otro, etc.

Si á mi demanda y porfía,
Mostrándose muy honestas,
Dan mas recias las respuestas
Que cañones de crujía,
Para tanta artillería
Busquen otro, etc.

Si algunas damas bizarras,
No les quiero decir viejas,
Gastan el tiempo en pellejas,
Y ellas se aforran en garras,
Vayan al Perú por barras,
Y busquen otro, etc.

Si la del dulce mirar
Ha de ser con presuncion,
Que ha de acudir á razon
De á veinte mil el millar,
Pues fué el mio de alquitar,
Busquen otro, etc.

Si se precian por lo menos
De que duques las requestan
Y á marqueses sueños cuestan
Y á condes muchos serenos,
A servidores tan llenos
Huélalos otro;
Que yo he nacido en el potro.

VI.

Un buhonero ha empleado
En higas hoy su caudal,
Y aunque no son de cristal,
Todas las ha despachado;
Para mi le he demandado
Cuando verdades no diga
Una higa.

Al necio que le dan pena
Todos los ajenos daños,
Aunque sea de cien años (6),
Alcanza vista tan buena,
Que ve la paja en la ajena,
Y no en la suya dos vigas,
Dos higas.

Al galan que le dan jaque
Con una dama alreguada,
Y mas bien peloteada
Que la Coruña del Draque,
Y fiada del zumaque,
Le desmiente dos barrigas,
Tres higas.

Al marido que es ya llano,
Sin dar un maravedí,
Que le hinche el alholí
Su mujer cada verano,
Si piensa que grano á grano
Se lo allegan las hormigas (7),
Cuatro higas (8).

Al que pretende mas salvas
Y ceremonias mayores
Que se deben por señores
A los Infantados y Albas,
Siendo nacido en las malvas
Y criado en las hortigas,
Cinco higas.

Al pobre pelafustan (9)
Que de arrogancia se paga,
Y presenta la viznaga
Por testigo de faisan,
Viendo que las barbas dan
Testimonio de las migas,
Seis higas.

Al que de sedas armado,
Tal para Cádiz camina,
Que ninguno determina
Si es bandera ó si es soldado;
De su voluntad forzado,
Llorado de sus amigas,
Siete higas.

Al mozuelo que en Cambray
En púrpura y en olores
Quiere imitar sus mayores,
De quien hoy memorias hay,
Que los rayos de contray
Aforraban en lorigas,
Ocho higas.

A la viuda de Siqueo,
Si no es ya de regadío,
Pues calienta el lecho frio
Con suspiros del deseo,
Ya que son, á lo que creo,
Por novenas sus fatigas (10),
Nueve higas.

VII.

Cada uno estornuda
Como Dios le ayuda.

Sentencia es de bachilleres,
Despues que se han hecho piezas,
Que cuantas son las cabezas
Tantos son los pareceres;
En materias de mujeres
Se revoca esta sentencia;
Que hay espuelas de licencia
Sin haber freno de duda.
Cada uno, etc.

Cánsase el otro doncel
De querer la otra doncella,
Que es bella, y deja de vella
Por una madre cruel;
Y apenas se cansa él,
Cuando sobra quien le cuadre,
Porque para un mal de madre
Cien escudos son la ruda.
Cada uno, etc.

Este no tiene por bueno
El amor de la casada,
Porque es dormir con la espada,
Con la víbora en el seno;
Aquel del cercado ajeno
Le es la fruta mas sabrosa;
Cual coge mejor la rosa
De la espina mas aguda.
Cada uno, etc.

Muchos hay que dan su vida
Por edad menos que tierna,
Y otros hay que los gobierna
Edad mas endurecida;
Cuál flaca y descolorida,
Cuál la quiere gorda y fresca,
Porque amor no menos pesca
Con lombriz que con aluda.
Cada uno estornuda
Como Dios le ayuda.

VIII.

—¿Por qué llora la Isabelitica,
Que cheribica? (11)

—Cheriba un ochavo de oro,
Dame un cualto de pata y lloro.
¿Quién del amor hizo bravos
Los mas dulces desenojos?
—¿Quién dió perlas á tus ojos,
Que no las redima á ochavos?
—Un viejo de los diabos
Que adora y no saquifica.
—¿Por qué llora, etc.
—Ya en pajaritos no tato,
Que se los come la gata,
Ni en cualtos, aunque de pata
Milenta vomite el gato.

ediciones que he visto, y casi todos los códices que he manejado, dicen equivocadamente:

Y aun fe la necesidad.

(5) Así Verges; otros leen:

Que yo soy nacido en el potro.

(6) Otros leen: *cuando sea.*

(7) Otros leen: *se lo llegan*, y otros, *se lo llevan.*

(8) En algunos manuscritos esta copla es la tercera, y termina:

Se lo allegan las hormigas,
Tres higas.

Desde luego se comprenderá que la que es aquí tercera está suprimida.

En pos de la que se anota se leen estas dos:

Al bravo que echa de vicio,
Y en los corrillos blasona
Que mil vidas amontona
A la muerte en sacrificio,
No teniendo del oficio
Mas que mostachos y ligas,
Cuatro higas.

Al pretendiente engañado,
Que puesto que nada alcanza,
Da pistos á su esperanza
Cuando mas desesperado,
Figurando que ha ganado
El fruto de sus espigas,
Cinco higas.

Despues de esta sigue:

Al que pretende mas salvas.

Y luego:

Al pobre pelafustan.

Concluyendo en la que empieza:

Al mozuelo que en Cambray.

(9) Otras ediciones leen equivocadamente:

Al potro pelafustran.

(10) En otras ediciones se lee:

Por mas buenas tus fatigas.

Y en otras: *poco buenas.*

(11) Segun un códice del señor Guerra y Orbe, no es de GÓNGORA esta letrilla.

—Pague ese buen viejo el pato,
Pues tal polla mortifica.
—*¿Por qué llora*, etc.
—Serle quiero sanguijuela,
Pues babosa es para mí.
—Las venas del Potosí
Sabrás chupar, Isabela.
—Esto mi señora abela
Me lo enseñó desde chica.
—*¿Por qué llora*, etc.
—¿Es galan?—Sobre Martin
Cae su gala si lo es.
—¿Sirvete con algun tres?
—Servidor es muy ruin.
—No hay barbero viéjo al fin
Que no sea de Malpica.
—*¿Por qué llora la Isabelitica*
Que cheribica?

IX.

Buena orina y buen color,
Y tres higas al dolor.
Cierto dotor medio almud
Llamar solia, y no mal,
Al vidrio del orinal
Espejo de la salud;
Porque el vicio ó la virtud
Del humor que predomina
Nos lo demuestra la orina
Con clemencia y con rigor.
Buena orina, etc.
La sanidad, cosa es llana
Que de la color se toma,
Porque la salud se asoma
Al rostro como á ventana,
Si no es alguna manzana
Arrebolada y podrida,
Como cierta fementida
Galeota del amor.
Buena orina, etc.
Balas de papel escritas
Sacan médicos á luz,
Que son balas de arcabuz
Para vidas infinitas;
Plumas doctas y eruditas
Gasten; que de mí sabrán
Que es mi aforismo el refran
Vivir bien, beber mejor.
Buena orina, etc.
¡Oh bien haya la bondad
De los castellanos viejos,
Que al vecino de Alaejos
Hablan siempre en puridad,
Y al santo que la mitad
Partió con Dios de su manto (12)
No echan agua, porque el santo
Sin capa no habrá calor.
Buena orina y buen color,
Y tres higas al dolor.

X.

Manda Amor en su fatiga
Que se sienta y no se diga;
Pero á mí mas me contenta
Que se diga y no se sienta.
En la ley vieja de Amor
A tantas hojas se halla
Que el que mas sufre y mas calla,
Ese librará mejor;
Mas ¡triste del amador
Que muerto á enemigas manos,
Le hallaren los gusanos (13)
Secretos en la barriga!
Manda Amor, etc.

(12) Alude á los famosos vinos de Alaejos y de San Martin.
(13) Otros leen *hallaron*.

Muy bien se puede culpare (14)
Por necio cualquier que fuere
Que como leño sufriere
Y como piedra callare;
Mande Amor lo que mandare,
Que yo pienso muy sin mengua
Dar libertad á mi lengua,
Y á sus leyes una higa.
Manda Amor, etc.
Bien sé que me han de sacar
En el auto con mordaza
Cuando Amor sacare á plaza
Delincuentes por hablar;
Mas yo me pienso quejar,
En sintiéndome agraviado,
Porque el mar viene alterado
Cuando el viento lo fatiga,
Manda Amor, etc.
Yo sé de algun jovencto
Que tiene muy entendido
Que guarda mas bien Cupido
Al que guardó su secreto;
Mas si murió el imperfeto
De amoroso torozon,
Morirá sin confesion
Por no culpar su enemiga.
Manda Amor en su fatiga
Que se sienta y no se diga;
Pero á mí mas me contenta
Que se diga y no se sienta.

XI.

Que pida un galan Menguilla
Cinco puntos de gervilla,
Bien puede ser;
Mas que calzando diez Menga,
Quiera que justo le venga,
No puede ser.
Que se case un don Pelote (15)
Con una dama sin dote,
Bien puede ser;
Mas que no dé en pocos dias (16)
Por un pan sus damerías,
No puede ser.
Que la viuda en el sermon
Dé mil suspiros sin son,
Bien puede ser;
Mas que no los dé á mi cuenta
Porque sepan dó se sienta,
No puede ser.
Que esté la bella casada,
Bien vestida y mal celada,
Bien puede ser;
Mas que el bueno del marido
No sepa quién dió el vestido,
No puede ser.
Que anochezca cano el viejo,
Y que amanezca bermejo,
Bien puede ser;
Mas que á creernos estreche
Que es milagro y no escabeche,
No puede ser.
Que se precie un don Pelon
Que se comió un perdigon,
Bien puede ser;
Mas que la biznaga honrada
No diga que fué ensalada,
No puede ser.
Que olvide á la hija el padre

(14) Otros leen mas acertadamente:
Muy bien hará quien culpare.
(15) El doctor Alcalá, en el *Alonso, mozo de muchos amos*, cita este verso diciendo:
Que se case un don Guillote.
(16) Otras ediciones escriben:
Mas que no dé algunos dias
Por un pan las damerías.

De buscalle quien le cuadre,
Bien puede ser;
Mas que se pase el invierno
Sin que ella le busque yerno,
No puede ser.
Que la del color quebrado
Culpe al barro colorado,
Bien puede ser;
Mas que no entendamos todos
Que aquestos barros son lodos,
No puede ser.
Que por parir mil loquillas
Enciendan mil candelillas,
Bien puede ser;
Mas que público y secreto
No tenga algun cirio efeto,
No puede ser.
Que sea el otro letrado
Por Salamanca aprobado,
Bien puede ser;
Mas que traiga buenos guantes
Sin que acudan pleiteantes,
No puede ser.
Que sea médico mas grave
Quien mas aforismos sabe,
Bien puede ser;
Mas que no sea mas experto
El que mas hubiere muerto,
No puede ser.
Que acuda á tiempo un galan
Con un dicho y un refran,
Bien puede ser;
Mas que entendamos por eso
Que en floresta no está impreso,
No puede ser.
Que oiga Menga una cancion
Con piedad y atencion,
Bien puede ser;
Mas que no sea mas piadosa
A dos escudos en prosa,
No puede ser.
Que sea el padre presentado
Predicador afamado,
Bien puede ser;
Mas que muchos puntos buenos
No sean estudios ajenos,
No puede ser.
Que una guitarrilla pueda
Mucho despues de la queda,
Bien puede ser;
Mas que no sea necedad
Despertar la vecindad,
No puede ser.
Que el mochilero ó soldado
Deje su tercio embarcado,
Bien puede ser;
Mas que le crean de la guerra
Porque entró roto en su tierra,
No puede ser.
Que se emplee el que es discreto
En hacer un buen soneto,
Bien puede ser;
Mas que un menguado no sea
El que en hacer dos se emplea,
No puede ser.
Que quiera una dama esquiva
Lengua muerta y bolsa viva,
Bien puede ser;
Mas que halle sin dar puerta
Bolsa viva y lengua muerta,
No puede ser.
Que el confeso al caballero
Socorra con su dinero,
Bien puede ser;
Mas que le dé porque presta
Lado el dia de la fiesta,
No puede ser.
Que junte un rico avariento
Los doblones ciento á ciento,
Bien puede ser;

Mas que el sucesor gentil
No los gaste mil á mil,
No puede ser.
Que se pasee Narciso
Con un cuello en paraiso,
Bien puede ser;
Mas que no sea notorio
Que anda el cuerpo en purgatorio,
No puede ser.

XII.

Ande yo caliente (17),
Y ríase la gente.
Traten otros del gobierno
Del mundo y sus monarquías,
Mientras gobiernan mis dias
Mantequillas y pan tierno,
Y las mañanas de invierno
Naranjada y aguardiente,
Y ríase la gente.
Coma en dorada bajilla
El príncipe mil cuidados
Como píldoras dorados;
Que yo en mi pobre mesilla
Quiero mas una morcilla
Que en el asador reviente,
Y ríase la gente.
Cuando cubra las montañas
De plata y nieve el enero
Tenga yo lleno el brasero
De bellotas y castañas,
Y quien las dulces patrañas
Del rey que rabió me cuente,
Y ríase la gente.
Busque muy en hora buena
El mercader nuevos soles;
Yo conchas y caracoles
Entre la menuda arena,
Escuchando á Filomena
Sobre el chopo de la fuente,
Y ríase la gente.
Pase á media noche el mar,
Y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama;
Que yo mas quiero pasar
De Yépes á Madrigar (18)
La regalada corriente,
Y ríase la gente.
Pues Amor es tan cruel,
Que de Píramo y su amada
Hace tálamo una espada,
Do se junten ella y él,
Sea mi Tisbe un pastel,
Y la espada sea mi diente,
Y ríase la gente.

XIII.

Da bienes fortuna
Que no están escritos:
Cuando pitos flautas,
Cuando flautas pitos.
¡Cuán diversas sendas
Suele seguir (19)
En el repartir
Honras y haciendas!
A unos da encomiendas,
A otros sambenitos.
Cuando pitos, etc.
A veces despoja
De choza y apero
Al mayor cabrero,
Y á quien se le antoja
La cabra mas coja
Pare dos cabritos (20).
Cuando pitos, etc.
Porque en una aldea
Un pobre mancebo
Hurtó solo un huevo,
Al sol bambonea (21),
Y otro se pasea
Con cien mil delitos.
Cuando pitos flautas.
Cuando flautas pitos.

XIV.

Al nacimiento de nuestro Señor cantaron estas letrillas sacras en la santa iglesia de Córdoba. Les dió tono el maestro Juan Risco, que lo era de aquella iglesia.

—*Cuando toquen á maitines,*
Toquen en Jerusalen,
Tañan al alba en Belen,
Tañan, tañan,
Que profecías no engañan.
—¿Por qué? Di.
—Por lo que oirás por ahí
A cien alados clarines.
—¿Cuándo? ¿Esta noche? ¡Oh qué buc-
—Toda pues gaita convoque (22) [no.
Los pastores;
Dulces sean ruiseñores
Del sol que nos ha de dar,
No en cuna de ondas el mar,
Sino en pesebre de henos
Un portal desta campaña.
—Taña el mundo, taña,
Toque el alba, toquen.
—¡Oh lo que esta noche harán
Cuando oigan las campanas
Los que ilustran con sus canas
Las tinieblas de Abrahan!
Mas no las conocerán.
David sí, cuyo ruido
Lisonja será á su oido
De concertados violines,
Cuando toquen, etc.
Abra el limbo orejas, abra,
Dios eterno; que no dudo
Que rompa el silencio mudo
Desta noche tu palabra.
No carabela, no zabra
Traerá el aviso (que es mucho);
Laud sí, donde ya escucho
Zalemas de serafines.
Cuando toquen á los maitines,
Toquen en Jerusalen,
Tañan al alba en Belen,
Tañan, tañan,
Que profecías no engañan.

XV.

Gil.—Carillo.

GIL.

No solo en campo nevado
Yerba producir se atreve
A mi ganado,
Pero aun es fiel la nieve
A las flores que da el prado.

CARILLO.

¿De qué estás, Gil, admirado,
Si hoy nació
Cuanto se nos prometió?

GIL.

¿Qué, Carillo?

CARILLO.

Toma, toma el caramillo,
Y vén cantando tras mí.
Por aquí, mas ¡ay! por allí
Nace el cárdeno alhelí.

GIL.

Vé, Carillo, poco á poco;
Mira que
Ahora pisó tu pié
Un narciso, aquí mas loco
Que en la fuente.

CARILLO

Tente por tu vida, tente,
Y mira con cuánta risa
El blanco lirio en camisa
Se está burlando del hielo.

GIL.

Lástima es pisar el suelo.

CARILLO.

Písalo, mas como yo,
Queditico.
Pisaré yo el polvico
Menudico;
Pisaré yo el polvó,
Y el prado no (23).

GIL.

¿Oyes voces?

CARILLO.

Voces oigo,
Y aun parecen de gitanos;
Bien hayan los avellanos
Deste arroyo,
Que hurtádonos los han.

GIL.

Al Niño buscando van,
Pues que van cantando dél
Con tal coro:
«Tamaraz, que zon miel y oro (24);
Tamaraz, que zon oro y miel.
A voz el cachopinito,
Cara de roza,
La palma os guarda, hermoza
Del Epigto.
Tamaraz, que zon miel y oro;
Tamaraz, que zon oro y miel.»

CARILLO.

¡Qué bien suena el cascabel!

GIL.

Grullas no siguen su coro

(17) Otros leen *ándeme.*
(18) Verges lee:
De Yépes y Madrigar.
(19) En todas las ediciones se lee equivocadamente:
¡Cuán diversas sendas
Se suelen seguir! etc
En un error gramatical de semejante clase no pudo haber incurrido DON LUIS. Debe escribirse el verso:
Sûele seguir,
haciendo diéresis.
(20) Otros leen:
Parió dos cabritos.
(21) Algunos escriben:
Al sol bambolca,
que es lo mismo.
(22) Otros leen *toca.*
(23) Estos versos debieron ser estribillo en coplas antiguas. Cervántes, en *La eleccion de los alcaldes*, pone lo siguiente:
Pisaré yo el polvico
A tan menudico,
Pisaré yo el polvó
A tan menudó.
Pisaré yo la tierra
Por mas que esté dura,
Puesto que me abra en ella
Amor sepultura,
Pues ya mi buena ventura
Amor la pisó
A tan menudó.
Pisaré yo lozana
El mas duro suelo,
Si en él acaso pisas
El mal que recelo;
Mi bien se ha pasado en vuelo.
Y el polvo dejó
A tan menudó.
(24) *Támaras*, lo mismo que *dátiles.*

Con mas órden que esta grey.

CARILLO.

Cántenle endechas al buey,
Y á la mula otro que tal,
Si ellos entran el portal.

GIL.

Alcones cuatreros son
En procesion.

CARILLO.

Ya las retamas se ven
Del portal entre esos tejos.
«Miroos desde léjos,
Portal de Belen;
Miroos desde léjos,
Pareceisme bien.»

GIL.

Brasildo llega tambien
Con todos sus zagalejos.

CARILLO.

¡Oh qué entrada
Tan sonora y tan bailada
Se puede hacer!

GIL.

¡Oh qué ajeno
Me siento de mí y qué lleno
De otro; tocad el rabel.
¿Qué dirémos del clavel
Que nos da el heno?
Mucho hay que digamos dél,
Mucho y bueno.
Dirémos que es blanco, y que
Lo que tiene de encarnado
Será mas disciplinado
Que ninguno otro lo fué;
Que de las hojas al pié
Huele á clavos, y que luego
Que un leño se arrime al fuego
De su amor,
Agua nos dará de olor,
Piadoso hierro cruel.
¿Qué dirémos del clavel
Que nos da el heno?
Mucho hay que digamos dél,
Mucho y bueno.

XVI.

Vén al portal, Mingo, vén,
Seguro el ganado dejas;
Que aun entre el lobo y ovejas
Nació la paz en Belen.
La paz del mundo escogido
En aquel ya leño grave,
Que el hombre á la fiera alabe,
Casa fué, caverna y nido;
Hoy pastor se ha establecido
Tanto, que en cualquiera otero
Retozar libre el cordero,
Y manso el lobo se ven.
Vén al portal, etc.
Sobra el can, que ocioso yace
Las noches que desvelado,
Y rediles del ganado
Los términos son que pace;
El siglo de oro renace
Con nuestro glorioso Niño,
A quien esta piel de armiño
De mi fé será rehen.
Vén al portal, Mingo, vén,
Seguro el ganado dejas;
Que aun entre el lobo y ovejas
Nació la paz en Belen.

XVII.

Portugués.—Castellano.

PORTUGUÉS.

¿A que tangem em Castela?

CASTELLANO.

A maitines.

PORTUGUÉS.

Noite he boa.

CASTELLANO.

Sí.

PORTUGUÉS.

¿E facen como en Lisboa
A frutinha de panella?

CASTELLANO.

Mucha.

PORTUGUÉS.

¿Jantarémos deila?

CASTELLANO.

Luego que confeseis vos
Que nació el Hijo de Dios
Noche tal,
No en Belen de Portugal,
Sino en Belen de Judea.

PORTUGUÉS.

¿Zombais de Afonso Correa,
Castejao?

CASTELLANO.

Ñafete, que el recien nacido
No es portugués.

PORTUGUÉS.

Ficai la.

CASTELLANO.

Ñafete, que se ha derretido
Como el sebo.

PORTUGUÉS.

Ficai la.

CASTELLANO.

Ñafete que va corrido,
Corrido va.

PORTUGUÉS.

Ficai la.
Ovis cao.

CASTELLANO.

Parientes somos.

PORTUGUÉS.

Deos naceo em Portogal,
E da mula do portal
Proceden os machos romos,
Que tem os frades heromos
No mosteiro de Belem.

CASTELLANO.

¿Quién lo alumbró deso?

PORTUGUÉS.

¿Quem?

CASTELLANO.

¿El sebo de alguna vela?

PORTUGUÉS.

¿A que tangem, etc.

CASTELLANO.

Dejó tambien casta el buey?

PORTUGUÉS.

Geração ficou no extremo.

CASTELLANO.

¿Luego era toro?

PORTUGUÉS.

Era ó demo.
Era muita que os darey
Pancada.

CASTELLANO.

¿A mí?

PORTUGUÉS.

A vos á ó rey.

CASTELLANO.

Liquidado se ha.

PORTUGUÉS.

Falades,
Haga nuestras amistades
Muncha enmelada hojuela.
¿A que tangem em Castella?

CASTELLANO.

A maitines.

XVIII.

¿Cuál podeis, Judea, decir
Que os dió menos luz, el ver
La noche dia al nacer,
O el dia noche al morir?
Las piedras sabrán oir
Antes que yo responder,
Sabránse al menos romper,
Para mas os confundir.
¿Cuál podeis, etc.
Si esta noche ó noche tal
Flores os sirvió la nieve,
Zodiaco hecho breve
De mucho sol un portal,
Adonde un bruto animal,
Viéndose rayos su pelo,
Aun con el toro del cielo
Se desdeña competir,
¿Cuál podeis, etc.
Si en espirando Dios, luego
Del sol os niega la luz,
Y en las tinieblas su cruz
Os fué coluna de fuego,
¿Cual dareis, ingrato y ciego
Pueblo, competente excusa,
Si esta noche nos acusa
Los dias que dejais ir?
¿Cuál podeis, Judea, decir
Que os dió menos luz, el ver
La noche dia al nacer,
O el dia noche al morir?

XIX.

Niño, si por lo que tienes
De cordero, tus favores
Sienten antes los pastores
Que el mundo todo, á quien vienes,
El pastor de sus bienes
Liberal,
Rico, si no tu portal
Ha hecho tu templo santo,
Viva cuanto
Las piedras que ya dotó.
Esto, Niño, pido yo,
Y yo tambien,
Y todos. Amen, Amen.
Al que le concede el mundo
Los méritos que le ha dado,
En nuestra España el cayado,
Tercero, si no segundo,
Mar de virtudes profundo,
Santo ejemplar de pastores,
Tan modesto en los favores
Cuan sufrido en los desdenes.
El pastor, etc.
Años pues tan importantes,
Iguales en la edad sean
A las piedras que desean
Para esto ser diamantes;
No pise las zonas antes
Que bese el Tiber su pié
Con esplendor tanto, que
Nieguen carbunclos sus sienes.
El pastor de sus bienes
Liberal,
Rico, si no tu portal
Ha hecho tu templo santo,
Viva cuanto
Las piedras que ya dotó.

XX.

Al Gualetehejo (25)
Del Señor Alá,
Ha, ha, ha.
Hace vosaze
Zalema é zalá,

(25) Es de moriscos.

Ha, ha, ha.
Baila Mahamú, baila,
Fala la laila.
Taña la zambra la jabena,
Fala la laila,
Que amor del Nenio me mata,
Me mata,
Fala la laila.
—Aunque entre el mula, é il vaquilio
Nacer en este pajar,
O estrellas mentir, ó estar
Califa, vos Chequitilio;
Choton, no lo oiga el cochilio
De aquel Heródes marfuz,
Que maniana hasta el cruz
En sangre estarás bermejo.
Al Gualete, etc.
Sé del terano enemigo,
Hoyes, vosanze de rabia,
Roncon teneis, yo en Arabia
Con el pasa é con el hego.
Yo estar Xeque, se conmego,
A dar manteca seniora,
Mel vos é serva madora
Comerás senior al vejo.
Al Gualelehejo
Del Señor Alá,
Ha, ha, ha.

XXI.

Esta noche un amor nace,
Niño y Dios, pero no ciego,
Y tan otro al fin, que hace
Paz su fuego.
Con las pajas en que yace
De una Virgen (aun despues
De ser madre) pura cuanto
Lo dice el sol, que es su manto,
Nace el Niño Amor que ves;
No es tu arco, no, el que es
Pompa del otro rapaz;
El símbolo sí de paz,
Que ambos polos satisface.
Esta noche, etc.
No venda el Amor divino
De sus ojos la alegria;
Vendarásela algun dia,
Que lo hagan adivino;
Sus bellos miembros el lino,
Ya que no sus soles vista;
Que mal puede el heno á vista
Abrigar de quien le pace.
Esta noche un amor nace,
Niño y Dios, pero no ciego,
Y tan otro al fin, que hace
Paz su fuego.

XXII (26).

—¡Oh qué vimo, Mangalena,
Oh qué vimo!
—¿Dónde, primo?
—No portalo de Belena.
—¿Qué fu?—Entre la hena
Mucho sol con mucha raya.
—Caya, caya,
Por en Diosa que no miento.
—Vamo alla.—Toca instrumento.
—Elamú, calambú, calambú,
Elamú.
—Tu prima sará al momento
Esceravita do nacimiento.
—E ¿qué será, primo, tú?
—Saro bu,
Se chora, ó menin Iesu.
—Elamú, calambú, calambú,
Elamú.
—Cosa vimo que creya
Pantara mucha gerquía,
Cantando con melodia
A un niño, que é Diosa, é ya Reya,
Ma tan desnuda, que un bueya
La está contino vahando.
—Veamo, primo, volando
Tanta groria é tanta pena.
—¡Oh que vimo, etc.
Someme, é vendo me á rosa,
De Gericongo Maria,
—Entra, dijo, prima mia,
Que negra so, ma hermosa.
—¿Entraste?—Si, é maliciosa
A mula un coz me tiró.
—Caya, que no fu coz, no.
—Pos ¿qué fu?— Invidia, morena.
—¡Oh qué vimo, Mangalena,
Oh que vimo!

(26) Es de negros.

XXIII.

A la venida de los Reyes á adorar á nuestro Señor recien nacido.

Pastores.—Negros.

PASTOR PRIMERO.
¿Qué gente, Pascual, qué gente,
Qué polvareda es aquella?
PASTOR SEGUNDO.
La astrología de Oriente,
Cuyo postillon luciente
Es una estrella.
NEGRO.
Praza.
PASTOR PRIMERO.
¿Quién nos atropella?
NEGRO.
Mechora, rey de Sabá,
Guan, guan, gua,
Morenica de Zafalá.
PASTOR PRIMERO.
Hi, hi, hi,
¡Qué Rey tan fuera de aquí
Hoy nos ha venido acá!
PASTOR SEGUNDO.
Ha, ha, ha.
NEGRO.
¿Rie la pastora?
PASTOR PRIMERO.
Sí.
NEGRO.
Paparico, poco á poco,
Que samo enfadado ya.
PASTOR SEGUNDO.
Ha, ha, ha.
NEGRO.
Entra, primo.
PASTOR PRIMERO.
Fuera allá,
No piense el Niño que es coco
El rey que á adorarlo va.
Hormiguero, y no en estio,
Negros hacen el portal.
NEGRO.
Hormiga sa juro á tal,
Hormiga, ma non vacio.
PASTOR SEGUNDO.
¿Qué traeis?
NEGRO.
A la rey mio;
Incienso ofrece sagrado.
PASTOR PRIMERO.
Humo al fin el humo ha dado.
NEGRO.
Sa de Dios al fin presente.
PASTOR PRIMERO.
¿Qué gente, Pascual, qué gente,
Qué polvareda es aquella?

XXIV.

A la purificacion de nuestra Señora.

La vidriera mejor
En sus brazos de cristal
Entra al sol hoy celestial
En la capilla mayor,
A cuyo resplandor,
Sin que mas luz espere,
Simeon fénix arde
Y cisne muere.

XXV.

A lo mismo.

Bras.—Carillo.

BRAS.
¡Oh qué verás, Carillejo,
Hoy en el templo!
CARILLO.
¿Qué, Bras?
BRAS.
Corre, vuela, calla, y verás
Cómo en las manos de un viejo
Pone hoy franca
La Palomica blanca,
Que pone, que pare;
Que pare como vírgen,
Que pone como madre.
Subamos, Carillo, arriba,
Subamos donde ya asoma
La deseada paloma
Con el ramo de la oliva;
La esperanza siempre viva
De Simeon hoy la guarda,
Dejándose su edad tarda
La edad del fénix atrás.
Corre, vuela, calla y verás, etc.
Entre uno y otro gemido
Del leal ofrecimiento (27),
Escucha el final acento
De aquel cisne encanecido;
Ya, Señor, ya me despido
De mi vida con quietud,
Pues he visto tu salud,
Y la nuestra mucho mas.
Corre, vuela, calla y verás
Cómo en las manos de un viejo
Pone hoy franca
La Palomica blanca,
Que pone, que pare;
Que pare como vírgen,
Que pone como madre.

XXVI.

A la Vírgen de Villaviciosa, por la salud y vida de don Diego de Mardónes, obispo de Córdoba.

Vírgen, á quien hoy fiel
Tantas arras sabe dar
A su esposa,
Sed propicia, sed piadosa,
Pues sois estrella del mar,
Y es un mar de dones él
Al padre de una piedad
Tan generosa, tan rara,
Que á pesar de la tiara
Le deben la santidad;
Si virtud vale, su edad
Prolija sea y dichosa,
Sed propicia, sed piadosa.
Inmortal casi prescriba
Los términos de la muerte;
Que quien vive desta suerte,
Desta suerte es bien que viva;
No cual otra fugitiva
Su memoria sea gloriosa,
Sed propicia, sed piadosa.

(27) Otros leen *legal*.

XXVII.

A lo mismo.

Serrana que en el alcor
De un pastor fuiste servida,
Conservad la vida
De nuestro pastor.

¿Quién, Señora, su favor
A pios afectos niega?
¡Ay que os lo pido,
Mas ay, que os lo ruega
El balido
De un ganado agradecido!

Albergue vuestro el vacio
De un alcornoque fué rudo,
Tanto de un pastor ya pudo
El devoto afecto pio;
Por él y por su cabrío
Renunciastes el poblado;
Sin duda que es un cayado
El arco de vuestro amor.

Serrana, etc.

Si lo pastoral ya tanto,
Serrana, os llevó gallarda,
Guardad hoy al que nos guarda
Generoso pastor santo.
Tiempo le conceded cuanto
Le desean sus rebaños;
Que á fe que venza los años
Del roble mas vividor.

Serrana que en el alcor
De un pastor fuiste servida,
Conservad la vida
De nuestro pastor.

XXVIII (28).

A la procesion que víspera del Córpus se hace al Sagrario.

Juana.—Crara.

JUANA.

Mañana sá Corpus Crista,
Mana, Crara;
Alcoholemo la cara,
E labémono la vista.

CRARA.

¡Ay Jesú, cómo samo trista!

JUANA.

¿Qué tiene pringa, Señora?

CRARA.

Samo nengra pecadora,
E branca la Sacramenta.

JUANA.

La alma sá como la dienta,
Crara, mana,
Pongamo fustana,
E bailemo alegra;
Que aunque samo negra,
Sa hermosa tú.
Zambambú, morenica de Congo,
Zambambú,
Zambambú, qué galana me pongo
Zambambú.
Vamo á la Sagraria, prima,
Veremo la procesiona;
Que aunque negra, sa persona
Que la perrera me estima;
A ese mármolo te arrima.

CRARA.

Mas tinta sudamo Juana
Que dos prumas de escribana.
¿Quién sa aquel?

JUANA.

La perdiguera.

CRARA.

¿Y esotro chupa-madera?

JUANA.

La señora chirimista.

CRARA.

¡Ay Jesú, cómo samo trista!

JUANA.

Mira la cabilda cuánta
Va en rengre nombre Señora,
Cuya virtud me enamora,
Cuya majestá me espanta.

CRARA.

Si viene la obispa santa,
Chilemola.

JUANA.

¡Ay qué Cravela!
Pégate, Crara, coela,
La mano le besará,
Que mano que tanto da
En Congo aun sará bienquista.

CRARA.

¡Ay Jesú, cómo samo trista!

XXIX.

Gil.—Bras.

GIL.

¿A qué nos convidas, Bras?

BRAS.

A un cordero que costó
Treinta dineros no mas,
Y luego se arrepintió
Quien lo vendió.

GIL.

¿Bastará á tantos?

BRAS.

Si, Gil,
Y es de modo
Que lo comerá uno todo,
Y no lo acabarán mil.

GIL.

Toca, toca el tamboril,
Suene el cascabel,
Y vamos á comer dél.

BRAS.

De rodillas reclinado (29),
No con báculo, no en pié,
Llega al Cordero que fué
Por el otro figurado;
Cómelo, Gil, que mechado
De tres clavos lo hallarás.

GIL.

¿A qué nos convidas, Bras?

BRAS.

De hierro instrumento no,
De palo si lo aso ya;
Tan mal con el hierro está
Quien dellos nos redimió;
Amor dió el fuego y juntó
Leños que el fénix jamás.

GIL.

¿A qué nos convidas, Bras?

XXX.

El pan que veis soberano
Un solo es grano,
Que en tierra vírgen nacido,
Suspendido
En el madero,
Se da entero
Adonde mas dividido.

Cuanto el altar hoy ofrece
Desde el uno al otro polo,
Pan divino, un grano solo,
Lleguen tres, ó lleguen trece;
Invisiblemente crece
Su unidad, y de igual modo
Se queda en sí mismo todo,
Que se da todo al cristiano.

El pan, etc.

Este grano, eterno pues,
Inmensamente pequeño,
Del vital glorioso leño
Cayó en la piedra despues;
La piedra que dias tres
En sus senos le abscondió,
Y nos le restituyó
Aun mas entero y mas sano.

El pan que veis soberano
Un solo es grano,
Que en tierra vírgen nacido,
Suspendido
En el madero,
Se da entero
Adonde mas dividido.

XXXI (30).

A la dina dana dina, la dina dana,
Vuelta soberana.
A la dana dina dana, la dana dina,
Mudanza divina.

Maldonado, Maldonado,
El de la perzona zuelta,
Dina dana.
Volteador afamado,
Dale á tu alma una vuelta,
Dana dina.
Que si contrita y azuelta
Llega á comer este pan,
No la taza le darán,
Zino el cáliz que hoy se gana.

A la dina dana dina, la dina dana;
Vuelta soberana.

Querida, la mi querida,
Bailemoz y con primor,
Dana dina.
Mudanza hagamoz de vida,
Que ez la mudanza mejor,
Dina dana.
Entre en mi alma el Ceñor,
No como en Heruzalen,
Que aunque cuatrero de bien,
No azeguró la pollina.

A la dana dina dana, la dana dina,
Mudanza divina.

XXXII.

—¿Qué comes, hombre?
—¿Qué como? Pan de ángeles.
—¿De quién?—De ángeles.
—¿Sabe bien?—Y cómo.

Fuerza da tanta y valor
Este pan, que en virtud dél,
Huyendo de Jetzabel,
Llegó al monte del Señor
Profeta, en cuyo favor
Fuego llovió el cielo airado,
Y escuadron de acero armado
Resistencia hizo de plomo.

—¿Qué comes, hombre, etc.

Deste pues divino pan
Cualquier bocado suave
Encender los pechos sabe
Que mas helados están;
No hay cual la de Zeilan,
Que hoy los manjares se altera
Fragrante, si mas grosera,
Corteza de cinamomo.

—¿Qué comes, hombre?
—¿Qué como? Pan de ángeles.
—¿De quién?—De ángeles.
—¿Sabe bien?—Y cómo.

(28) Es de negros.

(29) Otros leen *inclinado.*

(30) Es de gitanos.

XXXIII.

Oveja perdida, vén
Sobre mis hombros; que hoy,
No solo tu pastor soy,
Sino tu pasto tambien.
Por descubrirte mejor
Cuando balabas perdida,
Dejé en un árbol la vida,
Donde me subió tu amor;
Si prenda quieres mayor,
Mis obras hoy te la dén.
Oveja, etc.
Pasto al fin yo tuyo hecho,
¿Cuál dará mayor asombro,
El traerte yo en el hombro,
O traerme tú en el pecho?
Prendas son de amor estrecho,
Que aun los mas ciegos las ven.
Oveja perdida, vén
Sobre mis hombros; que hoy,
Nó solo tu pastor soy,
Sino tu pasto tambien.

XXXIV.

Alma niña, ¿quieres, di,
Parte de aquel, y no poca,
Blanco maná que está allí?
—Sí, sí, sí.
Cierra los ojos, y abre la boca.
—¡Ay Dios, ¿qué comí,
Que me sabe así?
Alma á quien han reducido
Contricion y penitencia
Al estado de inocencia,
Si golosa te ha traido
El maná que está incluido
En aquel cristal de roca,
Cierra los ojos, y abre la boca.
Niega, alma, en esta ocasion
A la vista; que la fe,
Cerrados los ojos, ve,
Mas que abiertos la razon;
Argumento y presuncion
Vano es aquí y allá loca.
Cierra los ojos, y abre la boca.

XXXV.

Que pretenda el mercader,
Sin que al grande y sin que al chico
Restituya un alfiler,
En nombre de Dios tener
Lo que ganó en Puerto Rico,
¡Oh qué lindico!
Que disimule un pariente,
Sin que á risa me provoque,
Que en el espejo luciente
Nunca se ha visto la frente
Coronada de alcornoque,
¡Oh qué lindoque!
Que una necia que bien charla,
Dama entre picaza y mico,
Me quiera obligar á amarla,
Siendo su pico de parla
Y de Jetafe su hocico,
¡Oh qué lindico!
Que piense un bobalicon
Que no hay quien su dama toque,
Y en la casa del rincon
Sé que la tomó un peon,
Y que no la quiere un Roque,
¡Oh qué lindoque!
Que pretenda un estudiante,
Sin que sea galan ni rico,
Rendir á doña Violante
Con hacer muy de lo amante,
Sin dejar flaco el bolsico,
¡Oh qué lindico!

XXXVI.

Tejió de piernas de araña
Su barbaza un colegial,
Pensando con ella el tal
Gobernar á toda España;
Cuando el impulso se engaña (31)
De los cursos que no tiene,
Pisándose á Madrid viene
La barba desde Sigüenza,
Tenga vergüenza.
Alguno conozco yo
Que médico se regula
Por la sortija y la mula,
Por el ejercicio no;
Toda su vida salió
A vender de balde peste;
Nadie le llama, ni aqueste
El ocio no le avergüenza,
Tenga vergüenza.
El marido de la bella
Que nos vende por fiel,
Vistiéndose aquello él
Que ganó desnuda ella;
Paciente sus labios sella,
Buscándole ella por eso
Entre dos plumas de hueso
Una de oro en rica trenza,
Tenga vergüenza.
La mayor legalidad,
Si el preso tiene dinero,
Salvadera hace el tintero
Que salvó su libertad;
Que es mentira la verdad
Al que es litigante pobre,
Gato aun con tripas de cobre
No halla gato que no venza,
Tenga vergüenza.
En tener á dos repara (32)
Doña Fulana Interés,
Que solo de esgrima es
Esto de guardar la cara;
De sí ya tan poco avara,
El cuatrin no menos pilla
De Oliveros de Castilla
Que á un hilero de Olivenza,
Tenga vergüenza.
Cuanto hoy hijo de Eva,
Afrentando lo galan,
Se desmiente en un Jordan
Que en ondas de tinta lleva,
Forma sacando tan nueva,
Que lo extrañan por lo sucio,
Rocin que parando rucio,
Morcillo á comer comienza,
Tenga vergüenza.

XXXVII.

Ponderemos la experiencia,
Lo que es el dinero hoy,
Porque yo dosel le doy
Y tarima á su excelencia;
Tomando mayor licencia,
Pues el cuño me perdona,
Le daré siempre corona;
Y mas definir no quiero
Qué es dinero.
Desvanecido un pelon,
Y aun á título aspirante,
Cera gasta de Levante
Mientras enristra blandon;
Tan superflua ostentacion,
Si no presuncion tan necia,
Cera alumbre de Venecia,
Y á mi de Génova acero,
Que es dinero.

(31) Otros leen: *cuanto el impulso.*
(32) Otros leen *de dos*, y otros, *dedos.*

Visitado en su posada
De una dama fué un amante,
Y al escudero portante
De porte le dió una espada;
Yo quiero que la Colada
Sea de Cid campeador;
Armado vuelve mejor
De un escudo un escudero,
Que es dinero.
Fuelles de seda calzado,
Calzones digo, un cencerro,
Que ascendió de edad de hierro
A siglo mas que dorado;
Menos agora tiznado
Con terciopelado estruendo,
Por la calle va diciendo,
Hoy tratante, ayer herrero,
Qué es dinero.
Pendolista, si enemigos
Granjeó su pluma tantos,
Pocos mas ó menos, cuantos
Su bella mujer amigos,
Deje de inducir testigos
Y conduzca infantería;
Vendiendo la escribanía
Quédese con el tintero,
Que es dinero.

XXXVIII.

Que haya gustos en la villa,
¿Qué maravilla?
Y en la corte dulce y agro,
¿Qué milagro?
Que en la corte, do se junta
Tanta risa y tanto lloro,
Haya quien nos tome el oro
Y absuelva cualquier pregunta,
Quien apunta y quien despunta,
Y entre damas y entre Roques,
Quien á tretas, quien á emboques,
Os da toda la cartilla,
¿Qué maravilla?
El que vive en el aldea
Cultivando su heredad,
Allí culpa nuestra edad
Adonde nada desea;
¿Qué mucho que bueno sea,
Y que mas en fil que un peso (33),
Ni evite ni trate en grueso,
Si él engorda con lo magro?
¿Qué milagro?
El que por favores hecho
Poderoso en el juzgado
Esté puesto á ser pagado
Mas que permite el derecho;
Que quiera sacar provecho,
Pues la esposa que le dan,
Como á nuestro padre Adan,
Le salió de la costilla,
¿Qué maravilla?
Si el que poca renta tiene
Da á su dama en un vestido
Todo el tributo caido,
Y libra el tercio que viene;
Cuando ya no se mantiene
Por la justa que mantuvo,
Que por lo que dulce tuvo,
Empiece á tener por agro,
¿Qué milagro?
Que don Alvaro de Luna
Suba á la cumbre en buen hora,
Pues con su menguante agora
Las cabezas importuna;
Si tras de tanta fortuna,
Para llegar al poder
A muchos hizo caer,
Que le armasen zancadilla,
¿Qué maravilla?

(33) Otros leen: *y que mas en fiel.*

Si el abad de poca renta,
A fuer de obispo, pasea
Con lacayos de librea,
Ahorrada en la pimienta;
Si le alcanzan en la cuenta,
Y en vano la disimula,
Que se baje de la mula
Por ver que el camino es agro,
¿Qué milagro?

XXXIX.

Será lo que Dios quisiere.

Todo el mundo está trocado,
Solo reina el recibir,
Ya nos venden el vivir,
Y vivimos de prestado;
El que tuviere un ducado
Se verá grande en un dia;
La balanza mas vacía
Subirá mas fácilmente;
Todo será diferente,
Y si algo desto no fuere,
Será lo que Dios quisiere.

Ya no hay cosa verdadera,
Ni quien decilla presuma,
Mil aves vuelan sin pluma,
Y el sol da luz por vidriera;
Las honras serán de cera,
Y el oro será el calor;
Cogeráse el fruto en flor,
Los racimos en agraz,
Y del que por bien de paz
A madurarse viniere,
Será lo que Dios quisiere.

Que habrá gran copia imagino
De médicos y letrados,
Los mas dellos graduados
Por un conde palatino;
Con la fe de un pergamino
Destruyen media Castilla,
Uno en mula y otro en silla,
Y cuando el mas docto emprenda
Vuestra vida ó vuestra hacienda,
O mejor con vos lo hiciere,
Será lo que Dios quisiere.

Del mercader y escribano
Será lo que siempre ha sido,
Que el mas pobre y mas perdido
Va al infierno mas temprano;
Téngales Dios de su mano,
Y el viérnes de la Pasion
Les dé quien por un doblon
Se arroje, y que pierda el miedo;
Mas decir seguro puedo
Que del que los absolviere
Será lo que Dios quisiere.

De las de saya ó monjil,
Si ya no fuere en la cuna,
No se hallará virgen una
Despues de las once mil;
No les dieron de marlil
Muros á su honestidad;
Y así, tengo por verdad
Que de la madre ó la hija
Que recibe la sortija,
O el juguete recibiere,
Será lo que Dios quisiere.

De viuda que mucho llora
Jamás me enterneció el llanto,
Porque sé bien que otro tanto
Sabrá alegrarse á deshora;
¿Cuál es el necio que ignora
Que despues de echar las llaves,
O estén tristes ó estén graves,
Porque la melancolía
Va con las tocas de dia,
Y á la noche que viniere,
Será lo que Dios quisiere.

En cualquier estado al fin
Mil mudanzas ha de haber;
Ya no se ha de conocer
Cuál es bueno y cuál ruin;
Téngase bien á la crin
El que está mas levantado,
Porque el mundo descansado
Sirve ya por el envés,
Y cuando agora al través
Su pináculo no diere,
Será lo que Dios quisiere.

XL.

Milagros de corte son.

Que tenga el engaño asiento
Cerca de alguna grandeza,
Y que pueda la riqueza
Dar á un necio entendimiento;
Que perezca el buen talento
Si á decir verdad aspira,
Y que tenga la mentira
Título de adulacion,
Milagros de corte son.

Que don Milano afeitado (34)
Ajeno linage infame,
Y que Mendoza se llame
Por lo que tiene de Hurtado;
Que diga ser mas soldado
Que en su tiempo el de Pescara,
Y que ya se llame Guevara
El que no es mas que Ladron,
Milagros de corte son.

Que el soldado de Pavía
Cuente y jure hazañas grandes
Porque tuvo niño en Flándes
Achaques de alferecía;
Su caudal es bizarría,
Y por lo bravo se llama
Al dormir, leon sin cama,
Y al comer camaleon.
Milagros de corte son.

Que la dama escabechada
Preste al aire trenzas rojas
Y que engañe con las hojas
Como parra vendimiada;
Que la píldora dorada,
Receta de mano suya,
Con afeite de aleluya,
Cubra arrugas de pasion,
Milagros de corte son.

Que no vean mil maridos
Cosas que las verá un ciego,
Y que á las voces del fuego
Quieran tapar los oidos;
Que se precien de entendidos
Y presuman de valientes,
Y no fueron mas pacientes
Los asnos de san Anton,
Milagros de corte son.

Que estés, Amor, tan quebrado
Y tan corto de caudal,
Que ya te pidan señal
Como á cuerpo endemoniado;
Que te precies de letrado,
Aunque los aires penetras,
Y escriban todas tus letras
En la estampa de un doblon,
Milagros de corte son.

XLI (35).

Absolvamos el sufrir,
Desatemos el callar;
Mucho tengo que llorar,
Mucho tengo que reir.

Deseado he desde niño
Y antes, si puede ser antes,
Ver un médico sin guantes
Y un abogado lampiño,
Un poeta con aliño,
Un romance sin orillas,
Un sayon con pantorrillas,
Y unas ferias sin prestar.
Mucho tengo que llorar.

Al humo le debe cejas
La que al sepulcro cabellos,
De ojos graves, porque dellos
Aun las dos niñas son viejas;
Este mico de tus rejas,
Y de los muchachos juego,
Alojado ayer de un ciego,
Hoy se nos quiere morir.
Mucho tengo que reir.

Con la gala el interés
Indignado ha descubierto
Que no se dé perro muerto
Sin ella, aun en Leganés;
Cuánta verdad esto es,
Madrid, que es grande, lo diga,
Aunque dice cierta amiga
Que es mejor Galapagar.
Mucho tengo que llorar.

Médico es, aunque lego,
Que á la menor calentura,
Su cara no siendo cura,
Da el olio y entierra luego;
Y aunque la ciencia le niego,
Le concederé de grado
Un pergamino arrollado
Y un engastado zafir.
Mucho tengo que reir.

Trajo en dote un serafin
Casa de jardin gallardo,
Con dos balcones al Pardo
Y un postigo á Balsain;
Mientras pisan el jardin
Visitas, el maridon,
Haciendo espejo un balcon,
Sus canas ve pardear.
Mucho tengo que llorar.

Pues no levanta la espuma
Con remo en el agua aquel (36)
Que ya levantó en papel
Testimonios con su pluma,
Porque otro tal no presuma
Que ley se establezca en vano,
Quítenle la diestra mano,
Y mienta un guante el pulgar.
Mucho tengo que llorar.

XLII.

Caido se le ha un clavel
Hoy á la Aurora del seno,
¡Qué glorioso que está el heno,
Porque ha caido sobre él!

Cuando el silencio tenia
Todas las cosas del suelo,
Y coronada de hielo
Reinaba la noche fria,
En medio la monarquía
De tiniebla tan cruel,
Caido se le ha, etc.

De un solo clavel ceñida
La Virgen, aurora bella,
Al mundo se lo dió, y ella
Quedó cual antes florida;
A la púrpura caida
Siempre fué el heno fiel.
Caido se le ha, etc.

El heno pues, que fué dino,
A pesar de tantas nieves,

(34) Las ediciones que hemos visto dicen todas equivocadamente:

Que de un milagro afeitado.

Verges lee:

Que don Milagro afeitado.

(35) Por algunos se ha atribuido á Quevedo esta letrilla, que en manuscritos é impresos se lee como de Góngora. Podrá ser de Quevedo, pero en el estilo mas parece obra del Marcial cordobés.

(36) Otros leen: *con el remo.*

De ver en los brazos leves
Este Rosicler divino,
Para su lecho fue lino,
Oro para su dosel.
Caido se le ha un clavel
Hoy á la Aurora del seno,
¡Qué glorioso que está el heno,
Porque ha caido sobre él!

XLIII.

—El racimo que ofreció
La tierra ya prometida,
Esta noche esclarecida
En agraz he visto yo.
—*Mas que no,*
Porque ha mucho que pasó.
—*Mas que sí,*
Porque ha poco que le ví.
—¿Dónde? Di.
—En el heno que le dió
Un portalillo pequeño,
Mientras lo cuelga de un leño
El pueblo que alimentó;
El bello racimo que
Trajeron por cosa rara,
Entre dos en una vara,
De aquesta figura fué.
—¿Sabeslo tú?—Yo lo sé
De quien lo profetizó.
—*Mas que no,* etc.
—Entre dos se trajo aquel,
Y aqueste será Sion
Entre uno y otro ladron,
Siendo la inocencia él.
—¿Adivinas?—Mas fiel
Fué ya quien lo adivinó.
—*Mas que no,*
Porque ha mucho que pasó.
—*Mas que sí,*
Porque ha mucho que le ví.

XLIV.

Ya que rompí las cadenas
De mis grillos y mis penas,
De extender con mucho error
La jurisdiccion de Amor,
Que agora me da por libre,
Dios me libre.
Y de andar mas por escrito
Publicando mi delito,
Sabiendo de ajenas vidas
Tantas culpas conocidas,
De que puedo hacer alarde,
Dios me guarde.
De dama que se atribula
De comer huevos sin bula,
Sabiendo que de su fama
Un escrúpulo ni drama
No podrá lavar el Tibre,
Dios me libre.
Y del mercader devoto,
De conciencia maniroto,
Que acrecentando sus rentas,
Pasa á menudo sus cuentas,
Y da las ajenas tarde,
Dios me guarde.
De doncella con maleta,
Ordinario y estafeta,
Que quiere contra derecho,
Pasando por el estrecho,
Llegar entera á Colibre,
Dios me libre.
Y del galan perfumado,
Para holocaustos guardado,
Que hace cara á los afeites
Para dar á sus deleites
Espaldas, como cobarde,
Dios me guarde.
De dama que de un raton
Huye al último rincon,
Desmayada de mirallo,
Y no temerá á caballo
Que Ruger su lanza vibre,
Dios me libre.
Y de galan que en la plaza
Acuchilla y amenaza,
Y si sale sin terceros,
Hará como don Gaiferos,
Aunque Melisendra aguarde (37),
Dios me guarde.
De doncella que entra en casa
Porque guisa y por que amasa,
Y hará mejor un guisado
Con la mujer del honrado
Que con clavos y gengibre,
Dios me libre.
Y de amigo cortesano
Con las insignias de Jano
Desvelado en la cautela,
Cuyo soplo á veces hiela
Y á veces abrasa y arde,
Dios me guarde.

XLV.

No me llame fea, calle;
Que la llamaré vieja, madre.
Abra los ojos y vea
Lo que la verdad señala,
Que no hay moza que sea mala
Ni vieja que no lo sea;
La mujer moza es librea (38),
Y la vieja despreciada.
Es como fiesta quitada,
Que mandan que no se guarde.
No me llame fea, calle, etc.
La mujer mas celebrada,
Si tiene el rostro arrugado,
Es, cual vid que se ha secado,
Muy buena para quemada;
No viva tan confiada,
Sino tenga por muy cierto
Que es carne de cuervo muerto (39)
La vieja de mejor carne.
No me llame fea, calle, etc.
En palacio la princesa,
En la ciudad la señora,
En la aldea la pastora
Y en la corte la duquesa;
Madre, á ninguna le pesa
Que le digan que es perfeta;
Que la mas noble y discreta
Se pierde porque la alaben.
No me llame fea, calle;
Que la llamaré vieja, madre.

XLVI (40).

Con el son de las hojas
Cantan las aves,
Y responden las fuentes
Al son del aire.
Cuando á las sospechas
De mi pensamiento
Canto á mi instrumento
Llorosas endechas;
Cuando agudas flechas
Del tirano Amor
Crecen mi dolor,
Insufrible y grave,
Responden las fuentes
Al son del aire.
Su dulce armonía
Me ofende y me enoja;
Que á un triste es congoja
La misma alegría.
Cuando sale el dia
Salgo á suspirar,
Y cuando á llorar
Me obligan mis males,
Responden las fuentes
Al son del aire.

XLVII.

A toda ley, madre mia
(*Lo demas es necedad*),
Regalos de señoría
Y obras de paternidad (41).
Aunque tan ajenos son,
Señora, mis verdes años
De maduros desengaños
Y perfecta discrecion,
Oid la resolucion
Que me dió el tiempo despues
Que me disteis al Marqués,
Y yo me di á fray Garcia.
A toda ley, madre mia, etc.
Narcisos, cuyas figuras
Dan por paga los pobretes
Que libran, de muy jinetes,
Mi yerro en sus herraduras,
Ganimédes en mesuras
Enamorados y bellos;
Yo creo que para ellos
Vuesamerced no me cria.
A toda ley, madre mia, etc.
Orlandos enamorados,
Que despues dan en furiosos,
En las paces belicosos,
En las guerras envainados,
De bigotes engomados
Y de astróloga contera,
¡Nunca Dios me haga nuera
De la hermana de su tia!
A toda ley, madre mia, etc.
Canónigos, gente gruesa,
Que tienen á una cuitada
Entre viejas conservada,
Como entre paja camuesa;
Dan poco y piden apriesa,
Celan hoy, celan mañana,
Muy humilde es mi ventana
Para tanta celosía.
A toda ley, madre mia, etc.
Almibarados poetas,
Por quien la beldad no acaba
De ser nido y ser aljaba
De Amor y de sus saetas;
Danme canciones discretas,
Y es darme á mi sus canciones
Gastar en Guinea razones,
Y cruces en Berbería,
A toda ley, madre mia, etc.
Basta un señor de vasallos
Y un grave y potente fraire;
Los demas los lleve el aire
(Si el aire quiere llevallos);
Hagan riza sus caballos,
Acuchillen sus personas,
Recen sus tercias y nonas
Y celebren su poesía.
A toda ley, madre mia, etc.
A estos solos dos mi amor
Y mis contentos aplico,
Madre; al uno porque es rico
Al otro porque es hechor;
El fraile es á mi sabor,
El Marqués me lleva en coche;
Démosle al uno la noche
Y al otro démosle el dia.

(37) Otros leen: *guarde.*
(38) Otros leen: *la mejor moza.*
(39) Otros leen: *cuerpo muerto.*
(40) En algunos códices se atribuye á GÓNGORA esta letrilla.

(41) Como se verá en otro lugar de esta coleccion, don Francisco de Trillo y Figueroa hizo con este mismo estribillo una letrilla.

A toda ley, madre mia
(Lo demas es necedad),
Regalos de señoría
Y obras de paternidad.

XLVIII.

No sé qué me diga, diga.

Que el príncipe Belisardo
Ayer venga de la rota,
Y sin venille la flota
Ande lozano y gallardo;
Que ayer vista sayo pardo,
Y hoy cadena de oro saque,
Y que sin tener achaque
En la mano traiga liga,
No sé qué me diga, diga.

Que ande doña Berenguela
De dia compuesta en coche,
Y por gatera de noche,
Hecha norte y centinela;
Que esté de continuo en vela,
Y despues al desposado
Le dén el trigo segado,
Creyendo que está en espiga,
No sé qué me diga, diga.

Que traiga doña Doncella
Consigo cierto embarazo,
Y diga que es mal de bazo;
Y el padre venga á creella,
Y mire mucho por ella,
Y le riña porque bebe;
Mas al cabo de los nueve
No tenga tanta barriga,
No sé qué me diga, diga.

XLIX.

Que no hay tal andar como estar en casa;
Que no hay tal andar como en casa estar.

Si hace la ocasion ladron,
Y putas el aparejo,
Tome de mí este consejo
La flaca de complexion:
Mire bien lo que al raton
Le cuesta por campear.
Que no hay tal andar, etc.

Nacen alas á la hormiga,
Como dicen, por su mal,
Pues pierde vida y caudal
Luego que el vuelo le obliga,
Y asimismo da en la liga
El pájaro por volar.
Que no hay tal andar, etc.

De las que van al sermon
Por ser tan santo no hablo,
Puesto que hay vez en que el diablo
Las toma por su bordon,
Y asi es segura ocasion
La de coser y labrar.
Que no hay tal andar, etc.

¡Cuántas hay en casa honradas,
Que fuera dejan de serlo,
Y mil doncellas sin serlo,
Por no haber sido casadas!
Estaciones de casadas
En cuernos suelen parar.
Que no hay tal andar, etc.

Concluyo pues con decir
Que la mujer mas perfeta
Es peligrosa escopeta
En dejándola salir,
Que la frente os ha de herir
Si la dejais disparar.
Que no hay tal andar como estar en casa;
Que no hay tal andar como en casa estar.

L.

En el almoneda
Ten la barba queda.

Mancebo orgulloso,
Que aunque barbas peinas,
Es tu edad tan corta
Como tu experiencia,
Ni en amor confies
Ni en mujeres creas;
Que su fe es fingida
Y su ley es secta.
Olvidadas quieren,
Queridas desprecian,
Lo bueno aborrecen,
Lo malo desean.
Son julio en calor,
Octubre en tibieza,
Febrero en mudanza
Y marzo en la vuelta.
Son quien de ellas hace
Amor almoneda;
Con lascivo engaño
A verlas se lleva.
En el almoneda, etc.

Hallarás figuras,
En Damasco hechas,
Quiero decir damas
Que es un asco vellas.
Verás trasformada
En blanca una negra,
Que lo que parece
No darás por ella.
Verás convertidas
En rubias mil trenzas,
Que las martirizan
Porque se conviertan.
Hallarás de dientes
Algunas aceras,
Con vecinos menos,
Que el arte los puebla.
Advertido de esto,
Mira lo que mercas;
Y porque despues
No te tires de ella,
En el almoneda, etc.

Doncella hallarás
Que ya ha sido suegra,
Y con todo aqueso,
Quiere ser doncella.
Casada hay que libra
En sí misma letras
Para el mismo dia
Que á casar la llevan.
Viudas de Siqueo
Hay que á quien las ruega
Solamente el sí
Tienen de Siqueas.
Hallarás allí
Mil sueltas solteras,
Que si el mal es patria,
Son finas francesas.
Estas y otras cosas
Similes á estas
Verás por el tiempo
Que durare el verlas.
En el almoneda
Ten la barba queda.

LI.

Si en todo lo cago
Soy desgraciada,
¿Qué quereis caga?

Labré á mi despecho
Una pieza mala,
No pude hacer sala,
Y cámara he hecho;
Quedará sin techo,
Y el cuerpo vacío,
Que un servidor mio
Cual banco quebró,
Y me recibió
Peor que una daga.
Si en todo, etc.

Camisas corté,
Y ante todas cosas,
De mil mariposas
Las faldas labré;
Si mal hecho fué,
La aguja lo ha hecho,
Cuyo ojo es estrecho
Para seda floja,
Y dame congoja
Que el lienzo se estraga.
Si en todo, etc.

Presentóme quien
Mis gustos regula,
Con higos de mula,
Pasas de Jaen,
De Lisboa tambien
Cuanto tiene nombre,
Si el asno del hombre
Rompió de una coz
Barros de Estremoz,
Conserva de Braga.
Si en todo, etc.

Sali con trabajo
De mi casa un dia,
A hora que corria
Grande aire de abajo;
El aire me trajo
Un papel con porte,
Que á un ciego en la corte
Fué (salvo su honor)
Alcoholador,
Si no fué biznaga.
Si en todo, etc.

Corriendo inquieta,
Un dia caí;
Con el ojo dí
En parte secreta;
Oli cual mosqueta,
Aunque no tan bien,
Regada de quien
Mis servicios niega,
Y la flor que riega
Mil servicios paga.
Si en todo, etc.

Aire creo que es
Con flaqueza extraña
Quien me ha hecho caña,
Y flauta despues;
Organo con piés,
Que sin saber dónde,
Organista esconde,
Fuelle y follador;
Del papa al pastor
Es bien satisfaga.
Si en todo lo cago
Soy desgraciada,
¿Qué quereis caga?

LII.

Clavellina se llama la perra;
Quien no lo creyere bájese á olella.

No tiene el soto ni el valle
Tan dulce, olorosa flor,
Que todo es aire su olor,
Comparado con su talle;
Alábenla, y cuando calle
Pongan todos lengua en ella.
Clavellina, etc.

Dios se lo perdone á quien
Clavellina la llamó;
Palma la llamara yo
Y los que la han visto bien,
Porque rellena la ven
De dátiles toda ella.
Clavellina, etc.

No hay cosa que así consuele,
Porque si no, se me antoja,
Otros huelen por la hoja,
Y este por el ojo huele;
Gusto da mas que dar suele
Otra clavellina bella.
Clavellina se llama la perra;
Quien no lo creyere bájese á olella.

LIII.

¿Qué lleva el señor Esgueva?
Yo os diré lo que lleva (42).
Lleva este rio crecido,
Y llevará cada dia,
Las cosas que por la via
De la cámara han salido,
Y cuanto se ha proveido,
Segun leyes de *Digesto*,
Por jueces que antes desto
Lo recibieron á prueba.
¿Qué lleva, etc.
Lleva el cristal que le envia
Una dama y otra dama,
Digo el cristal que derrama
La fuente de mediodia,
Y lo que da la otra via,
Sea pebete ó sea topacio;
Que al fin damas de palacio
Son ángeles de hijos de Eva.
¿Qué lleva, etc.
Lleva lágrimas cansadas
De cansados amadores,
Que de puros servidores,
Son de tres ojos lloradas;
De aquel digo acrecentadas,
Que una nube le da enojo,
Porque no hay nube deste ojo
Que no truene y que no llueva.
¿Qué lleva, etc.
Lleva pescado del mar,
Aunque no muy de provecho,
Que salido del estrecho,
Va á Pisuerga á desovar;
Si antes era calamar
O si antes era salmon,
Se convierte en camaron
Luego que en el rio se ceba.
¿Qué lleva, etc.
Lleva, no patos reales
Ni otro pájaro marino,
Sino el noble palomino,
Nacido en nobles pañales;
Colmenas lleva y panales,
Que el rio les da posada;
La colmena es vidriada,
Y el panal es cera nueva.
¿Qué lleva, etc.
Lleva, sin tener su orilla
Arbol, ni verde ni fresco,
Fruta que es de todo cuesco,
Y de madura, amarilla;
Hácese della en Castilla
Conserva en cualquiera casa,
Y tanta ciruela pasa,
Que no hay quien sin ella beba.
¿Qué lleva el señor Esgueva?
Yo os diré lo que lleva.

(42) Manuscritas corren entre los curiosos con nombre de Quevedo (sean ó no sean) las siguientes décimas contra GÓNGORA, por la letrilla *¿Qué lleva el señor Esgueva?* Nada tienen de ingeniosas, y mucho de lo que censuran en el poeta cordobés. El ejemplar que he copiado me parece muy incorrecto. Enmiende el lector lo que yo no he podido.

Vos, que coplas componeis,
Ved que dicen los poetas
Que siendo para secretas,
Muy públicas las traeis;
Cólica diz que tenels
Y por la boca purgais;
Ya que satírico estáis,
A todos nos dais matraca;
Descubierto habeis la caca
Con las cacas que cantais.
De vos dicen por ahí
Apolo y los de su bando
Que sois poeta nefando,
Pues cantais cu..... así.
. . . . . .
. . . . . .
Vuestras obras yo no cante,
Aunque me lo mande Apolo,
Que es voz de rabel tan solo
De un rabadan ignorante.
No hay música donde estén
Vuestros inmundos trabajos;
Que si suenan mal los bajos,
Los tiples no suenan bien;
Y cuando todos les dén
De las que el mundo levanta,
Que hombre ó mujer que canta,
Si tiene cabeza cuerda,
A coplas y piés de mí...
Hará pasos de garganta.
Que alabe será muy justo
Vuestros versos mi voz sola,
Porque, como son de cola,
Se pegan á cualquier gusto.
Desde el scita al negro adusto,
Y desde el Tajo dorado
Al Nilo tan celebrado,
No hay ingenio tan machucho
Ni crecido mas que mucho,
Si crece de estercolado.
O por gracia ó por antojo,
El nombre de sucio os dan,
Siendo, de puro galan.
Vuestros achaques de ojo;
Haceis versos por antojo,
Que solo los bien nacidos
Celebramos atrevidos,
Que en esta conversacion,
Por ser sucios, como son,
No pueden ser admitidos.
Son tan sucias al mirar
Las coplas que dais por ricas,
Que las dan en las boticas
Para hacernos vomitar;
Un nombre hoy ando á buscar
Que os cuadre derechamente,
Y hallo que os llama un valiente
Que de Córdoba os conoce,
Poeta de entre once y doce,
Que es cuando vacia la gente.
Ya mi parecer sin duda
Es que las vascosidades
Segun están de cagadas,
Las hicisteis con ayuda;
Mas vale que tengais muda
La lengua, y con necedades
Dejad las vascosidades;
Mirad que sois en tal caso
Albañal donde el Parnaso
Purga sus necesidades.
Acabó tarde el garzon,
Aunque comenzó á las ocho,
Y cortó con un bizcocho
La cólera á la oracion.
Reniego de la aficion,
Porque Toledo no es
Para menos que los piés
De un rocin y un cancionero.
Mandadero, etc.
A un galan lleva un recado,
A un fraile lleva un billete,
Una demanda á un bonete,
Una pregunta á un letrado,
Unos celos á un casado,
A un viudo un parabien,
A un pelon lleva un desden,
Un pésame á un majadero.
Mandadero es el arquero,
Si que era mandadero.

LIV.

Mandadero es el arquero,
Si que era mandadero.
Vió una monja celebrada
Tras la reja el niño Amor,
Bien que viuda de color,
Y de Amor bien requebrada;
Ser su devoto le agrada,
Y á ella no el recibillo,
Aunque fuera de membrillo,
Tan en carnes por enero.
Mandadero, etc.
Admitiólo en su servicio
La bellísima señora,
Y desde la misma hora
No le perdona el oficio;
A cuantos en sacrificio
Le dan el alma le envia;
Préstenle horas al dia
Y paciencia al mensajero.
Mandadero, etc.

LV.

Aprended, flores, de mí
Lo que va de ayer á hoy,
Que ayer maravilla fui,
Y hoy sombra mia aun no soy (43).
La aurora ayer me dió cuna,
La noche ataud me dió,
Sin luz muriera si no
Me la prestara la luna,
Pues de vosotras ninguna
Deja de morir así.
Aprended, etc.
Consuelo dulce el clavel
Es á la brevedad mia,
Pues quien me concedió un dia,
Dos apenas le dió á él;
Efímeras del vergel,
Yo cárdena, él carmesí.
Aprended, etc.
Flor es el jazmin y bella,
No de las mas vividoras,
Pues vive pocas mas horas
Que rayos tiene de estrella;
Si el ámbar florece, es ella
La flor que contiene en sí.
Aprended, etc.
El alheli, aunque grosero
En fragrancia y en olor,
Mas dias ve que otra flor,
Pues ve los de mayo entero;
Morir maravilla quiero,
Y no vivir alheli.
Aprended, etc.
A ninguna flor mayores
Términos concede el sol
Que al sublime girasol,
Matusalen de las flores;
Ojos son aduladores
Cuantas en él hojas ví.
Aprended, flores, de mí
Lo que va de ayer á hoy,
Que ayer maravilla fui,
Y hoy sombra mia aun no soy.

LVI.

No vayas, Gil, al sotillo;
Que yo sé
Quien novio al sotillo fué,
Que volvió hecho novillo.
Gil, si es que al sotillo vas,
Mucho en la jornada pierdes;
Verás sus álamos verdes,

(43) No hay redondilla que mas se haya glosado que esta de:

Aprended, flores, de mí.

Y alcornoque volverás;
Allá en el sotillo oirás
De algun ruiseñor las quejas,
Y en tu casa á las cornejas,
Y ya tal vez al cuclillo.
No vayas, Gil, etc.
Al sotillo floreciente
No vayas, Gil, sin temores,
Pues mientras miras sus flores
Te enraman toda la frente;
Hasta el agua trasparente
Te dirá tu perdicion,
Viendo en ella tu armazon,
Que es mas que la de un castillo.
No vayas, Gil, etc.
Mas si vas determinado,
Y allá te piensas holgar,
Procura no merendar
Desto que llaman venado;
De aquel vino celebrado
De Toro no has de beber
Por no dar en que entender
Al uno y otro corrillo,
No vayas, Gil, al sotillo;
Que yo sé
Quien novio al sotillo fué,
Que volvió hecho novillo.

LVII.

Hágasme tantas mercedes,
Temerario pensamiento,
Que no te fies del viento
Ni penetres las paredes.
Pensamiento, no presumas
Tanto de tu humilde vuelo,
Que el sugeto pisa el cielo,
Y al suelo bajan las plumas;
Otro bañó las espumas
Del Mediterráneo mar
Pudiendo mas bien volar
Que tú agora volar puedes.
Hágasme tantas mercedes, etc.
No penetres lo escondido
De aquel corazon amado
Mientras labras su cuidado
Con las aguas del olvido,
Pues un montero atrevido
Sabes que pagó sus yerros
En las bocas de sus perros
Y en los nudos de sus redes.
Hágasme tantas mercedes,
Temerario pensamiento,
Que no te fies del viento
Ni penetres las paredes.

LVIII.

Cual mas, cual menos,
Toda la lana es pelos.
Despues que de talanquera,
Ciego Amor, los toros veo
Que se corren en tu plaza,
Mansos, aunque tienen cuernos,
Como estoy subido en alto,
Mil cosas miro y contemplo,
Unas que me causan risa
Y otras que me ponen miedo.
No hay lego que no sea fraile
Ni fraile que no sea lego;
Todos son hombres al fin,
Aunque en hábito diverso.
Cual mas, etc.
Desde aquí miro doncellas
Que ya dos veces parieron,
Y en posesion virginal
Se casaron despues desto.
Otras que lo son sin duda,
Pero tal duda no absuelvo,
Porque en allegando al quinto,
No hay quien no sepa del sexto.
Al fin, unas y otras pasan
Por industria ó por enredo,
Unas doncellas selladas,
Y otras que lo son sin sello.
Cual mas, etc.
Desde aquí miro viudas
Que debajo el monjil negro
Es encarnado el color
Del aforro que traen dentro.
Otras muy contemplativas,
Con un gran rosario al cuello,
Cuyas cuentas de perdon
Se pasan contando cuentos;
De unas murmuran la gala,
De otras murmuran lo honesto,
Y para decir verdad,
De mujeres en efecto,
Cual mas, etc.
Tambien he visto doncellas
Sueltas, sin rienda ni freno,
Unas de gestos hermosos
Y otras de gestos bien gestos;
Unas visten tiritaña
Y otras seda y terciopelo;
Unas son de cuatro y ocho,
Otras de cincuenta y ciento.
De aquestos precios, al fin,
Al mas barato me atengo;
Que toda esta mercancía,
Por barata ó de gran precio,
Cual mas, cual menos,
Toda la lana es pelos.

LIX.

De aquel buen siglo dorado
Quedó la memoria sola,
Porque, como el mundo es bola,
Todo el mundo anda rodado;
Ya viste seda y brocado
Quien vestía lana y jerga,
Y que el mundo no se pierda
Con semejanta locura,
¡Válgame Dios, qué ventura!
Que la niña hermosa y bella
Se nos venda por honrada,
Y que la madre taimada
Trate solo de vendella;
Que se nos haga doncella
La que tan libre ha vivido,
Y que al fin halle marido
Que supla la soldadura,
¡Válgame Dios, qué ventura!
Que el novicio pretendiente,
Letrado del A, B, C,
Le provean porque fué
Pasa aquí del Presidente;
Que en exámen de inocente
Haya salido aprobado,
Y valga mas este grado
Que alguna colegiatura,
¡Válgame Dios, qué ventura!
Que el médico laureado
En sus curas salga cierto
Mas por los hombres que ha muerto
Que no por los que ha sanado;
Que de un dolor de costado
Con ventosas y sangrías
Despache un hombre en tres dias,
Y que le paguen la cura,
¡Válgame Dios, qué ventura!
Que la chocante casada,
Con su escuela de danzantes,
Tenga diversos penantes,
Penados por su penada;
Que tengan unos entrada
Cuando otros tienen salida,
Y que sabiendo esta vida,
Tenga el marido cordura,
¡Válgame Dios, qué ventura!
Que el marido á su mujer
Halle copete altanero
Sin gastar de su dinero
Lo que vale un alfiler;
Y sentándose á comer
Entre diversos presentes,
Y que habiendo estos pacientes,
Tengan los campos verdura,
¡Válgame Dios, qué ventura!

LX.

Digamos de lo que siento,
Maldiciente musa, en tanto
Que la viuda llore tanto,
Disimulando un contento,
Que traiga mano de adviento,
Y de pascua la camisa;
Que traiga el alma de risa,
Y se arañe por el muerto,
¡Bien por cierto!
Que quiera doña Justicia
Dejar ricos herederos
Ennobleciendo sus fueros
A la ley de la malicia;
Que trueque por avaricia
La espada por el escudo,
Deje el derecho desnudo
Por casarse con un tuerto,
¡Bien por cierto!
Que saque al rayo del sol
Al que es duro de mollera;
Que le sirva de escalera
Al que le hace caracol;
Que al cerrar del español
Esté al militar ruido,
Para su infamia, dormido,
Y ronque estando despierto,
¡Bien por cierto!

LXI.

Hermosa es y con dinero
Doña Blanca de Borbon,
No la quiere, aunque pelon,
El natural caballero;
A cualquiera forastero
Darla su padre desea.
¡Plega á Dios que orégano sea!
Hermosa mujer teneis,
Sois pobre y de bajo estado,
Don Belianis, empeñado,
Os pide que le mandeis;
Pagárselo no podeis,
Y él en pediros se emplea.
¡Plega á Dios que orégano sea!
Llevais vuestro amigo fiel
A ver la dama que amais;
Vos una vez le llevais,
Y otra vez os lleva él;
Vos fiaisos mucho dél,
Y él engañaros desea.
¡Plega á Dios que orégano sea!
Tierra dicen que comió
La niña en su opilacion,
Y fué la trasformacion
Despues que Adan se formó;
Yo no sé qué fué ó qué no,
Sé que sanó en el aldea.
¡Plega á Dios que orégano sea!
Don Gil con doña Teodora
Casó el año del diluvio;
El es como el oro rubio,
Y ella blanca como aurora,
Y nacen de la señora
Los hijos de taracea.
¡Plega á Dios que orégano sea!

LXII.

Tenga yo salud,
Qué comer y quietud
Y dineros que gastar,
Y ándese la gaita
Por el lugar.

No hago yo á nadie el buz
Por ninguna pretension;
Tenga mi bota y jamon,
Aunque me acueste sin luz;
Mis frascos sin arcabuz,
No para quien mal me quiere,
Mas porque si sed tuviere,
La pueda mejor matar.
Y ándese, etc.

Viva yo sin conocer,
Y retirado en mi aldea,
A quien la merced rodea
Porque no la sabe hacer;
No vea á nadie comer,
Si no comiere á su lado,
Ni me hable nadie sentado
Si en pié tengo de escuchar,
Y ándese, etc.

No me cojan sepan-cuantos
Debajo de sus quimeras;
Tenga mi puerco y esteras
El dia de Todos Santos;
Juguemos años por tantos
Tras la cama yo y Pascuala,
Pues no se paga alcabala
De engendrar y bostezar,
Y ándese, etc.

El médico y cirujano
Sean para mi gobierno,
Calentador en invierno
Y cantimplora en verano.
Acuésteme yo temprano,
Y levánteme á las diez,
Y á las once el almirez
Toque á la panza á mascar,
Y ándese la gaita
Por el lugar.

LXIII.

Hay unos hombres de bien
En este nuestro arrabal,
Que de todo dicen mal,
Y dicen bien.

Hay unos adonde moro,
Que á poco que les aticen,
Sobre cualquier cosa dicen
Como pasamanos de oro;
Y aunque pierdan el decoro,
Nunca la memoria pierden,
Antes de cuanto se acuerden
Dicen, dén adonde dén,
Y dicen bien.

Dicen que no hay meson ya
Sin campana y oratorio,
Aunque, como es diversorio,
No admiten Vírgen allá;
Pero aunque sin Dios está,
No está del todo perdido,
Que representa el marido
El animal de Belen,
Y dicen bien.

Dicen que hay casas de fama
Como ajedrez en valor,
Que cualquier pieza menor
Entrando llega á ser dama;
Entra moza y sale ama,
Y tal, que sin ser Dios cria
Si antes villano tañia,
Allí aprende saltarén,
Y dicen bien.

Dicen que ya las doncellas
Son de casta de pelotas,
Que si están, de saltar, rotas
Se remedian con cosellas;
Y cosida cualquier de ellas,
Como de primero salta,
Y si hubiese alguna falta,
Luego la remedia alguien,
Y dicen bien.

De las casadas cualquiera
Dice, y al fin lo que pasa,
Que astas de carnero en casa
Buscan perdigones fuera;
Y si acaso está en espera
Su mal seguro marido,
Como si fuera al mar-ido,
Ni le encuentran ni le ven,
Y dicen bien.

Que hay beatas me dicen
Entre monjas y casadas,
Que si no santificadas,
Ellas mismas se bendicen,
Y á ninguno contradicen
Que á comprar va á su almoneda,
Antes, si lleva moneda,
Tocará pieza tambien (44),
Y dicen bien.

LXIV.

De unos enigmas que traigo
Bien claras y bien dudosas
Pide la definicion
Un hombre que las ignora.
Ser una dama de corte
De estas que corren agora,
Morena cuando amanece
Y blanca de allí á dos horas,
¿Qué es cosicosa?

Tener una buena vieja
Pobre hacienda y hija hermosa;
Ser Mari-Hernandez ayer
Y de allí á un mes doña Aldonza;
Tener galas y galanes,
Labrar casas, comprar joyas,
Haber parido una vez,
Venderse por virgen otra,
¿Qué es cosicosa?

Tener hermosa mujer
Sin tener hacienda propia
Mas de aquella que en el rostro
Le puso la gran pintora;
Comer los dos sin traello,
Vestir sin que cueste cosa,
Y tener lo mas del año
Bien bastecida la bolsa,
¿Qué es cosicosa?

Partirse á una comision
Un buen hombre, y cuando torna
En su casa hallar enferma
De mal de bazo á su esposa;
Estarse un año sin verla,
Y en una semana sola
Que la trató su marido
Parir y publicar honra,
¿Qué es cosicosa?

Que pretendan dos casarse,
Que es averiguada cosa
Que el uno nació en Vizcaya
Y el otro en Constantinopla;
Que por ser pobre no halle
El vizcaíno una novia,
Y halle ciento por ser rico
El sucesor de Mahoma,
¿Qué es cosicosa?

Que se esté en su encerramiento
La doncella virtuosa,
Que en sus manos y en su aguja
Se encierra su hacienda toda;
Y que siendo la virtud
La mas estimada joya,
Nadie por mujer la pida
Porque le faltan esotras,
¿Qué es cosicosa?

Que traiga una buena viuda
Negro luto y blancas tocas,
Que en vida de su marido
Fué tan libre como agora;
Que no le temiese vivo,
Y muerto esté tan medrosa,
Que todas las noches dé
Orden de no dormir sola,
¿Qué es cosicosa?

LXV.

Que por quien de mí se olvida
En fuego amoroso pene
No me conviene;
Que los regalos que hago
Me paguen con un desden,
No me está bien.

Que me desnude adquiriendo
Solo el gusto de mi dama,
Cuando ella se está en la cama
A sueño suelto durmiendo;
Que me esté desvaneciendo
Por una desvanecida
Que de mí solo se olvida,
Y con ciento se entretiene,
No me conviene.

Que me tenga cada dia
De sus favores ayuno,
Y no se pase ninguno
Que no coma á costa mia;
Y que su madre y su tia
Le dén licencia que pueda
Recibir de mi moneda,
En lo demás no la dén,
No me está bien.

Que pague yo adelantado
Siempre la posada de ella,
Y que cuando voy á ella
Me digan que no hay posada,
Y que la tenga ocupada
Algun mi competidor,
Que de mi vianda y favor
A mi costa se mantiene,
No me conviene.

Que porque no se concluya
Mi deseado favor,
Siendo sin regla mi amor,
Continuo este con la suya;
Que de darme este bien huya,
Y yo la dé y no la goce,
Y á mis ojos otros doce
La gocen y no la dén,
No me está bien.

LXVI.

Que un galan enamorado
Por ver á quien le desvela
Esté puesto en centinela
Una noche entera armado;
Y que esté tan rematado
En su cuidoso penar,
Que se venga á encatarrar
De tanto estar al sereno,
¡Oh qué bueno!

Pero que su dama quiera
Tratarlo con tal rigor,
Que conociendo su amor,
Quiera permitir que muera,
Y que se muestre tan fiera,
Que por hacerle pesar
Guste de verle penar,
Y aun lo tenga por regalo,
¡Oh qué malo!

(44) Algunos códices dicen:
Trocará pieza tambien.

Que un marido á su mujer
Afloje tanto la rienda,
Que le deje el dia de hacienda
Ir de veinte y un alfiler,
Y que el tal no eche de ver
Lo que crece aquel toldillo,
Que aunque mas roce soplillo
Será de sudar ajeno,
¡Oh qué bueno!

Mas que llegue á tal estado
Su soberbia y vanidad
Que quiera hacer igualdad
Con la de coche y estrado,
Y que el marido informado
Le quiera abajar el punto,
Y ella por buen contrapunto
Le responda con un palo,
¡Oh qué malo!

Que dé un galan á una dama,
Si ella le guarda el decoro,
Algunos escudos de oro
Que mas aviven su llama,
Si está continuo á su cama
Y le lava y le almidona,
Y es en efecto persona
Que no pasa del treinteno,
¡Oh qué bueno!

Pero que á muchos amantes
Les sepa una dama astuta,
Encareciendo su fruta,
Pedir chapines y guantes,
Haciéndolos San Cervantes
No habiendo en Tajo nacido,
Siendo en efecto fingido
Todo su amor y regalo,
¡Oh qué malo!

Que un hidalgo, aunque sea pobre,
Se precie de ser hidalgo,
Queriendo estimarse en algo
Aunque en hacienda no sobre,
Y que por momento cobre
Nuevo crédito entre gentes,
Y que de sus ascendientes
Esté de blasones lleno,
¡Oh que bueno!

Pero que el que ayer llevaba
De San Andrés la encomienda,
Hoy en pretender entienda
Otra cruz de Calatrava,
Y quiera poner aljaba
En el arco de Cupido,
Queriendo ser preferido,
Siendo otro Sardanapalo,
¡Oh qué malo!

LXVII (45).

Paloma era mi querida,
Y sí que era palomilla.

Sus alas le dió el Amor,
Y al sol águila con él,
Caudalosamente fiel,
Le registró su esplendor;
Reconcentrando su ardor
En los soles de sus ojos,
¿Qué mucho que por despojos
Rayos su vista despida?
Paloma era, etc.

Desconfiada de sí,
Oponerse no se atreve,
Al tierno pecho la nieve
Al dulce pico el rubí;
Feliz esposo, que allí
Le concede su aficion,
Que en néctar el corazon
Del cebo le sea bebida.
Paloma era, etc.

Cuando se ausentó su esposo
De su nido y de su lecho,
Fué rasgando el blanco pecho
Su pelicano amoroso;
Ella, negada al reposo,
Por su ausencia querellosa,
Solo en lágrimas reposa,
Solo en suspiros anida.
Paloma era, etc.

El dulce arrullo y gorgeo,
Cuando mas la regalaba,
Cuando su pico le daba,
Echa menos su deseo;
Desta memoria trofeo,
La tiene en su confianza,
Y triunfando en la esperanza,
Lo que es muerte trueca en vida.
Paloma era mi querida,
Y sí que era palomilla.

(45) Está impresa como de Góngora esta letrilla en las *Delicias de Apolo*, por José Alfay. (Zaragoza, por Juan de Ibar, año 1670.)

EPIGRAMA III (46).

A una cortesana, haciéndole una promesa que el autor habia de cumplir.

Que habias de rendirte, Juana,
Dijiste ayer por ayer,
Luego que hoy habia de ser,
Hoy me dices que mañana.
No me hagas ayunar
Tu fiesta, ¡ay mis alegrías!
Caes, Juana, todos los dias,
Y quiéreste hacer guardar.

IV.

A una cortesana caida.

Cayó Inés; yo no niego
Que los piés le vi á Inés,
Porque con aquellos piés
Hice aquesta copla luego.
En tierra, mi cielo, estás;
Contigo en tierra ¿quién dió?
—¿Quién dió? Inés respondió...
No dice la copla mas.

ROMANCES.

I.

Donde esclarecidamente
Guarnecen antiguas torres
El cristal del Océano,
En que se mira Ayamonte,
Dos términos de beldad
Se levantan junto adonde
Los quiso poner Alcides
Con dos columnas al orbe.
El uno es la blanca Nais,
El otro la rubia Clóris,
Cuyas frentes de jazmines
Son auroras de sus soles:
Deidades ambas divinas,
Veneradas en los bosques,
En tantos templos de amor
Cuantos son los cazadores.
Aras son devotas suyas
Cuantos en barquillos pobres
O las redes ó los remos
En el Océano esconden.
Cuanto el campo á los monteros
Y el mar da á los pescadores,
Sacrificio es de su fe,
Y fe de sus corazones.
Arde el monte, arde la playa,
Y en los árboles del monte
Arde algun silvestre dios
En algun antiguo robre.
¿Qué mucho, si entre las ondas
Que en los escollos se rompen
Ofrece el mar las cenizas
De algunos marinos dioses?
Ellas, en vano seguidas
De suspiros y de voces,
El ciervo hacen ligero
Aljaba de sus arpones;
En cuyo alcance prolijo
Deben á sus piés veloces
(A pesar de los coturnos)
Las selvas diversas flores.
Si al campo el cristal calzado
Viste de varios colores,
El nácar desnudo al mar
Perlas da que le coronen,
Cuando requieren las nasas,
O cuando las velas cogen (47),
Ilustrando con dos lunas
Las tinieblas de la noche,
A cuyos rayos lucientes
Vieras las ondas entonces
Negar las blancas espumas
A sus resacas y golpes,
Por no dejallas vencidas
En aquella playa noble,
A manos de la blancura
Que hoy la nieve reconoce.

(46) En algunos manuscritos y en algunas (aunque pocas) ediciones de Góngora se leen estos epigramas; van aquí copiados de la de Farja.

II.

Famosos son en las armas
Los moros de Canastel,
Valentísimos son todos,
Y mas que todos Hacen,
El Roldan de Berbería,
El que se ha hecho temer
En Oran del castellano,
En Ceuta del portugués.
Tan dichoso fuera el moro
Cuan dichoso podra ser,
Si le bastara el adarga
Contra una flecha cruel,
Que de un arco de rigor
Con un arpon de desden
Le despidió Belerifa,
La hija de Ali-Muley.
Atento á sus demasías
En amar y aborrecer,
Quiso el niño dios vendado
Ser testigo y ser juez.
Mirába el fiero africano
Rendido mas de una vez
A una esperanza traidora
Y á un desengaño fiel,
Ya rindiendo á su enemiga
Y entregándole á merced
Las llaves del albedrío,
Los pendones de la fe;
Mirábalo en los ramblares
(Ora á caballo, ora á pié)
Rendir el fiero animal
De las otras fieras rey,
Y de la real cabeza
Y de la espantosa piel
Ornar de su ingrata mora
La respetada pared.
Mirábalo el mas galan
De cuantos Africa ve
En servicio de las damas
Vestir morisco alquicel,

(47) Otros leen: *los velos.*

Sobre una yegua morcilla,
Tan extrema en el correr,
Que no logran las arenas
Las estampas de sus piés;
Admirablemente ornada
De un rico y bravo jaez
(Obra al fin en todo digna
De artífice cordobés),
Solicitar los balcones
Donde se auida su bien,
Comenzando en armonía
Y feneciendo en tropel.
No le dió al hijo de Vénus
El moro poco placer,
Y detestando el rigor
Que se usaba contra él,
Miraba á la bella mora
Salteada en su vergel
De un cuidado, que es amor,
Aunque no sabe qué es (48).
Ya en el oro del cabello
Engastando algun clavel,
Ya á las lisonjas del agua
Corriendo con vana sed.
De pechos sobre un estanque
Hace que á ratos estén
Bebiendo sus dulces ojos
Su hermoso parecer.
Admiradas sus cautivas
Del cuidado en que la ven,
Risueña le dijo una
(Y aun maliciosa tambien):
«Así quiera Dios, Señora,
Que alegre yo vuelva á ver
Las generosas almenas
De los muros de Jerez.
»Como esa curiosidad
Es cuna (á mi parecer)
De un amor reciennacido,
Que volará antes de un mes.»
Sembró de purpúreas rojas
La vergüenza aquella tez,
Que ya fué de blancos lilios,
Sin sabella responder.
Comenzó en esto Cupido
A disparar y á tender
La mas que mortal saeta,
La mas que nudosa red;
Y comenzó Belerifa
A hacer contra Amor despues
Lo que contra el rubio sol
La nieve suele hacer.

III.

Apeóse el caballero
(Víspera era de San Juan)
Al pié de una peña fria,
Que es madre de perlas ya,
Tan liberal, aunque dura,
Que al mas fatigado mas
Le sirve en fuente de plata
Desatado su cristal.
Lisonjeado del agua,
Pide al sol, ya que no paz,
Templadas treguas al menos,
Debajo de un arrayan.
Concediaselas, cuando
Vió venir de un colmenar
Muchos siglos de hermosura
En pocos años de edad,
Con un cántaro una niña,
Digo una perla oriental,
Arracada de su aldea,
Si no lo es de la beldad.
Cantando viene contenta,
Y valiente por su mal
(Clavija hecha instrumento),
Este atrevido cantar:

«Al campo te desafia
La colmeneruela;
Vén, Amor, si eres dios, y vuela;
Vuela, Amor, por vida mia;
Que de un cantarillo armada,
En la estacada
Mi libertad te espera cada dia.
»Este cántaro que ves
Será contra tu fiereza
Morrion en la cabeza,
Y embrazándolo, pavés.
Si ya tu arrogancia es
La que solia,
Al campo te desafia
La colmeneruela;
Vén, Amor, etc.»
Saludóla el caballero,
Cuyo sobresalto al pié
Grillos le puso de hielo,
Y yendo á limallos él,
Amor, que hace donaire
Del mas bien templado arnés,
Embebida ya en el arco
Una saeta cruel,
Perdona al pavés de barro,
No á la que embraza al pavés,
Escondiéndole un arpon
Donde las plumas se vén.
Llegó el galan á la niña,
Y en un bello rosicler
Convirtió el color morado,
Y saludóla otra vez.
Ella, que sobre diamantes
Tremolar plumajes ve
Y brillar espuelas de oro,
Dulce le miró y cortés.
Lo lindo al fin, lo luciente,
Si la saeta no fué,
Esta lisonja afianza,
Que ella escucha sin desden:
«Colmenera de ojos bellos
Y de labios de clavel,
¿Qué hará aquel
Que halla flechas en aquellos
Cuando en estos busca miel?
Dímelo tú, y sépalo él;
Dímelo tú, si no eres cruel.
»Colmeneruela animosa
Contra el hijo de la diosa,
Si ve tus ojos divinos
Y esos dos claveles finos,
¿Qué hará aquel, etc.»
Desde el árbol de su madre,
Trincheado Amor allí,
Solicita la venganza
Del montaraz serafin.
Segunda flecha dispara,
Tal, que con silbo sutil
Las plumas de la primera
Las viste de carmesí.
Tomóle el galan la mano,
Cometiéndole á un rubí
Que le prenda el corazon
En su dedo de marfil.
La sortija lo ejecuta,
Y Amor, que fuego y ardid
Está fomentando en ella,
Le hace decir así:
«Tiempo es, el caballero,
Tiempo es de andar de aquí;
Que tengo la madre brava,
Y el veros será mi fin.»
Él, contento, lia su robo
De las ancas de un rocin;
Y ella, amante, ya su fuga
Del caballero gentil.
«Decilde á su madre, Amor,
Si la viniere á buscar,
Que una abeja le lleva la flor
A otro mejor colmenar;
Picar, picar,
Que cerquita está el lugar.
»Decilde que no se aflija,
Y perdone al llanto tierno,
Pues granjeó galan yerno
Cuando perdió bella hija.
»El rubí de una sortija
Se lo podrá asegurar,
Que una abeja le lleva la flor
A otro mejor colmenar.»

IV.

Las flores del romero,
Niña Isabel,
Hoy son flores azules,
Mañana serán miel.
Celosa estás, la niña,
Celosa estás de aquel
Dichoso, pues lo buscas
Ciego, pues no te ve.
Ingrato pues te enoja
Y confiado, pues
No se disculpa hoy
De lo que hizo ayer.
Enjuguen esperanzas
Lo que lloras por él;
Que celos entre aquellos
Que se han querido bien
Hoy son flores azules, etc.
Aurora de ti misma,
Que cuando amanecer
A tu placer empiezas,
Te eclipsa tu placer.
Serénense tus ojos,
Y mas perlas no des,
Porque al sol le está mal
Lo que al aurora bien.
Desata como nieblas
Todo lo que no ves;
Que sospechas de amantes
Y querellas despues
Hoy son flores azules,
Manana serán miel.

V.

Servia en Oran al Rey
Un español con dos lanzas,
Y con el alma y la vida
A una gallarda africana,
Tan noble como hermosa,
Tan amante como amada,
Con quien estaba una noche,
Cuando tocaron al arma.
Trescientos Cenetes eran
Deste rebato la causa,
Que los rayos de la luna
Desenbrieron las adargas;
Las adargas avisaron
A las mudas atalayas,
Las atalayas los fuegos,
Los fuegos á las campanas;
Y ellas al enamorado,
Que en los brazos de su dama
Oyó el militar estruendo
De las trompas y las cajas (49).
Espuelas de honor le pican
Y freno de amor le para;
No salir es cobardía,
Ingratitud es dejalla.
Del cuello pendiente ella,
Viéndole tomar la espada,
Con lágrimas y suspiros
Le dice aquestas palabras:
«Salid al campo, Señor,
Bañen mis ojos la cama;
Que ella me será tambien,
Sin vos, campo de batalla.
»Vestios y salid apriesa,

(48) Los ejemplares impresos dicen: *quien es.*

(49) De las trompetas y cajas. — *Texto de Verges.*

Que el general os aguarda;
Yo os hago á vos mucha sobra
Y vos á él mucha falta.
»Bien podeis salir desnudo,
Pues mi llanto no os ablanda;
Que teneis de acero el pecho,
Y no habeis menester armas.»
Viendo el español brioso
Cuánto le detiene y habla,
Le dice así: «Mi señora,
Tan dulce como enojada,
»Porque con honra y amor
Yo me quede, cumpla y vaya,
Vaya á los moros el cuerpo,
Y quede con vos el alma.
»Concededme, dueño mio,
Licencia para que salga
Al rebato en vuestro nombre,
Y en vuestro nombre combata.»

VI.

Entre los sueltos caballos
De los vencidos cenetes,
Que por el campo buscaban
Entre lo rojo lo verde (50),
Aquel español de Oran
Un suelto caballo prende,
Por sus relinchos lozano
Y por sus cernejas fuerte,
Para que lo lleve á él,
Y á un moro cautivo lleve,
Que es uno que ha cautivado,
Capitan de cien Cenetes.
En el ligero caballo
Suben ambos, y él parece,
De cuatro espuelas herido,
Que cuatro vientos lo mueven.
Triste camina el alarbe,
Y lo mas bajo que puede
Ardientes suspiros lanza
Y amargas lágrimas vierte (51).
Admirado el español
De ver cada vez que vuelve
Que tan tiernamente llore
Quien tan duramente hiere,
Con razones le pregunta
Comedidas y corteses
De sus suspiros la causa,
Si la causa lo consiente.
El cautivo, como tal,
Sin excusarlo, obedece,
Y á su piadosa demanda
Satisface desta suerte:
«Valiente eres, capitan,
Y cortés como valiente;
Por tu espada y por tu trato
Me has cautivado dos veces.
»Preguntado me has la causa
De mis suspiros ardientes,
Y débote la respuesta
Por quien soy y por quien eres.
»Yo nací en Gélves el año
Que os perdisteis en los Gélves,
De una berberisca noble
Y de un turco mata-siete.
»En Tremecen me crié
Con mi madre y mis parientes
Despues que murió mi padre,
Cosario de tres bajeles.
»Junto á mi casa vivia,
Porque mas cerca muriese,
Una dama del linaje
De los nobles Melioneses,
»Extremo de las hermosas,
Cuando no de las crueles,
Hija al fin destas arenas,
Engendradoras de sierpes.
»Era tal su hermosura,
Que se hallaran claveles
Mas ciertos en sus dos labios
Que en los dos floridos meses.
»Cada vez que la miraba
Salia el sol por su frente (1),
De tantos rayos vestido
Cuantos cabellos contiene.
»Juntos así nos criamos,
Y Amor en nuestras niñeces
Hirió nuestros corazones
Con arpones diferentes.
»Labró el oro en mis entrañas
Dulces lazos, tiernas redes,
Mientras el plomo en las suyas
Libertades y desdenes.
»Mas, ya la razon sujeta,
Con palabras me requiere
Que su crueldad le perdone
Y de su beldad me acuerde;
»Y apenas vide trocada
La dureza desta sierpe,
Cuando tú me cautivaste;
Mira si es bien que lamente.
»Esta, español, es la causa
Que á llanto pudo moverme;
Mira si es razon que llore
Tantos males juntamente» (2).
Conmovido el capitan
De las lágrimas que vierte,
Parando el veloz caballo,
Que paren sus males quiere.
«Gallardo moro, le dice,
Si adoras como refieres,
Y si como dices amas,
Dichosamente padeces.
»¿Quién pudiera imaginar,
Viendo tus golpes crueles,
Que cupiera alma tan tierna
En pecho tan duro y fuerte?
»Si eres del Amor cautivo,
Desde aquí puedes volverte;
Que me pedirán por robo (3)
Lo que entendi que era suerte.
»Y no quiero por rescate
Que tu dama me presente
Ni las alfombras mas finas
Ni las granas mas alegres.
»Anda con Dios, sufre y ama,
Y vivirás si lo hicieres,
Con tal que cuando la veas
Pido que de mí te acuerdes.»
Apeóse del caballo,
Y el moro tras él desciende,
Y por el suelo postrado,
La boca á sus piés ofrece.
«Vivas mil años, le dice,
Noble capitan valiente,
Que ganas mas con librarme
Que ganaste con prenderme.
»Allá se quede contigo
Y te dé vitoria siempre
Para que extiendas tu fama
Con hechos tan excelentes.»

VII.

Aquí entre la verde juncia
Quiero, como el blanco cisne
(Que envuelto en dulce armonía,
La dulce vida despide),
Despedir mi vida amarga,
Envuelta en endechas tristes,
Y querellarme de aquella
Tan hermosa como libre.
Descanse entre tanto el arco
De la cuerda que le aflige,
Y pendiente de sus ramas,
Orne esta planta de Alcides,
Mientras yo á la tortolilla
Que sobre aquel olmo gime
Le hurto todo el silencio
Que para sus quejas pide.
¡Bellísima cazadora,
Mas fiera que las que sigues
Por los bosques, cruel verdugo
De mis años infelices!
Tan grandes son tus extremos
De hermosa y de terrible,
Que están los montes en duda
Si eres diosa ó eres tigre.
Préciaste de tan soberbia
Contra quien es tan humilde,
Que considerados bien,
Todos los monteros dicen
Que los dos nos parecemos
Al robre, que mas resiste
Los soplos del viento airado;
Tú en ser dura, yo en ser firme.
En esto solo eres robre,
Y en lo demás flaca mimbre,
No solo á los recios vientos,
Mas á los aires sutiles.
Ya no persigues cruel
(Despues que á mí me persigues)
A los ciervos voladores
Ni á los fieros jabalíes.
Ni de tu dichoso albergue
Las nobles paredes visten
Los despojos de las fieras
Que, como á mí, muerte diste.
No porque no gustes dello,
Sino porque no te obligue
El encontrarme en la caza
A que siquiera me mires.
Los monteros te suspiran
Por todos estos confines,
Y el mismo monte se agravia
De que tus piés no le pisen,
Por el rastro que dejabas
De rosas y de jazmines,
Tanto, que eran á sus campos
Tus dos plantas dos abriles.
Haz tu gusto: que yo quiero
Dejar (pues dello te sirves)

(50) Otros leen:
Entre la sangre lo verde.

(51) Otros escriben:
Y tiernas lágrimas vierte.

Y parece que debe ser así, por lo que luego se dice.

(1) Otros leen:
Salia un sol por su frente.

(2) Mucho se contradicen las ediciones y los manuscritos que hemos examinado cuando colocan las coplas de este romance. Yo sigo el texto de Verges, por parecerme mas razonable la leccion que allí se pone. En otras ediciones se hallan las coplas en este órden:

Cada vez que la miraba...
Mas ya la razon sujeta...
Juntos así nos criamos...
Labró el oro en mis entrañas...

Casi en todas las ediciones se pone por conclusion del romance la copla que empieza:

Y apenas vide trocada
La dureza de esta sierpe.

En mi texto se restituye á su lugar verdadero; porque, si antes no dice el moro que es correspondido de la hermosura á quien ciego amaba, ¿cómo le habia de responder el capitan español

Y no quiero por rescate
Que tu dama me presente
Ni las alfombras mas finas
Ni las granas mas alegres?

(3) En las ediciones que hemos visto, menos la de Verges, se lee equivocadamente:

Que me pedirán por voto;

lo cual nada quiere decir. *Por hurto*, escribe Gracian.

El espíritu cansado
Que mis flacos miembros rige.
Conseguirémos en esto
Ambos á dos nuestros fines;
Tú el de cruel en dejarme,
Yo el de leal en morirme.
Tú, rey de los otros rios,
Que de las sierras sublime
De Segura al Oceano
El fértil terreno mides,
Pues en tu dichoso seno
Tantas lágrimas recibes
De mis ojos, que en el mar
Entran dos Guadalquivires.
Ruégote que su crueldad
Y mi firmeza publiques
Por todo el húmido reino
De la gran madre de Aquiles,
Porque no solo en las selvas,
Mas los que en las aguas viven,
Conozcan quién es Daliso
Y quién es la ingrata Nise.

VIII.

Aquel rayo de la guerra,
Alférez mayor del reino,
Tan galan como valiente
Y tan noble como fiero,
De los mozos envidiado,
Y admirado de los viejos,
Y de los niños y el vulgo
Señalado con el dedo;
El querido de las damas
Por cortesano y discreto,
Hijo hasta allí regalado
De la fortuna y el tiempo;
El que vistió las mezquitas
De venturosos trofeos,
El que pobló las mazmorras
De cristianos caballeros;
El que dos veces armado
Mas de valor que de acero,
A su patria libertó
De dos peligrosos cercos;
El gallardo Abenzulema
Sale á cumplir el destierro
A que le convida el Rey,
O el amor, que es lo mas cierto.
Servia á una mora el moro
Por quien el Rey anda muerto,
En todo extremo hermosa,
Y discreta en todo extremo.
Diéle unas flores la dama,
Que para él flores fueron,
Y para el celoso rey
Yerbas de mortal veneno,
Pues de la yerba tocado,
Lo manda desterrar luego,
Culpando su lealtad
Para disculpar sus celos.
Sale pues el fuerte moro
Sobre un caballo overo,
Que á Guadalquivir el agua
Le bebió, y le pació el heno,
Con un hermoso jaez,
Rica labor de Marruecos,
Las piezas de filigrana,
La mochila de oro y negro.
Tan gallardo iba el caballo,
Que en grave y airoso huello
Con ambas manos media
Lo que hay de la cincha al suelo.
Sobre una marlota negra
Un blanco albornoz se ha puesto,
Por vestirse los colores
De su inocencia y su duelo.
Bordó mil hierros de lanzas
Por el capellar, y en medio
En arábigo una letra,
Que dice: «Estos son mis yerros.»
Bonete lleva turquí,
Derribado al lado izquierdo,
Y sobre él tres plumas presas
De un precioso camafeo.
No quiso salir sin plumas,
Porque vuelen sus deseos,
Si quien le quita la tierra
Tambien no le quita el viento.
No lleva mas de un alfange,
Que le dió el rey de Toledo,
Porque para un enemigo
El le basta y su derecho.
Desta suerte sale el moro
Con animoso denuedo
En medio de los alcaides
De Arjona y de Marmolejo.
Caballeros le acompañan,
Y le sigue todo el pueblo,
Y las damas por do pasa
Se asoman llorando á verlo.
Lágrimas vierten agora
De sus tristes ojos bellos
Las que desde sus balcones
Aguas de olor le vertieron.
La bellísima Balaja,
Que llorosa en su aposento,
Las sinrazones del Rey
Le pagaban sus cabellos,
Como tanto estruendo oyó,
A un balcon salió corriendo,
Y enmudecida le dijo,
Dando voces con silencio:
«Véte en paz, que no vas solo,
Y en tu ausencia ten consuelo;
Que quien te echa de Jaen
No te echará de mi pecho.»
El con el mirar responde:
«Yo me voy y no te dejo;
De los agravios del Rey
Para tu firmeza apelo.»
En esto pasó la calle,
Los ojos atrás volviendo
Cien mil veces, y de Andújar
Tomó el camino derecho.

IX.

Los rayos le cuenta al sol (4)
Con un peine de márfil
La bella Jacinta un dia
Que por mi dicha la vi
En la verde orilla
De Guadalquivir.
La mano escurece al peine;
Mas ¡qué mucho, si el abril
Le vió escurecer los lilios,
Que blancos suelen salir
En la verde orilla, etc.
Los pájaros la saludan,
Porque piensan, y es así,
Que el sol que sale en oriente
Vuelve otra vez á salir
En la verde orilla, etc.
Por solo un cabello el sol
De sus rayos diera mil,
Solicitando envidioso
El que se quedaba allí,
En la verde orilla
De Guadalquivir.

X.

Ciego que apuntas y atinas,
Caduco dios y rapaz
Vendado, qué me has vendido,
Y niño mayor de edad,
Por el alma de tu madre,
Que murió siendo inmortal,
De envidia de mi señora,
Que no me persigas mas.
Déjame en paz, Amor tirano,
Déjame en paz.
Baste el tiempo mal gastado
Que he seguido á mi pesar
Tus inquietas banderas,
Foragido capitan.
Perdóname, Amor, aquí,
Pues yo te perdono allá,
Cuatro escudos de paciencia,
Diez de ventaja en amar.
Amadores desdichados,
Que seguis milicia tal,
Decidme, ¿qué buena guia
Podeis de un ciego sacar?
De un pájaro ¿qué firmeza?
Qué esperanza de un rapaz?
Qué galardon de un desnudo?
De un tirano ¿qué piedad?
Déjame en paz, etc.
Diez años desperdicié,
Los mejores de mi edad,
En ser labrador de amor
A costa de mi caudal.
Como aré y sembré cogí;
Aré un alterado mar,
Sembré en estéril arena,
Cogí vergüenza y afan.
Déjame en paz, etc.
Una torre fabriqué
Del viento en la vanidad,
Mayor que la de Nembrot,
Y de confusion igual.
Gloria llamaba á la pena,
A la cárcel libertad,
Miel dulce al amargo acíbar,
Principio al fin, bien al mal.
Déjame en paz, Amor tirano,
Déjame en paz.

XI.

En el caudaloso rio
Donde el muro de mi patria
Se mira la gran corona (5),
Y el antiguo pié se baña,
Desde su barca Alcion
Suspiros y redes lanza,
Los suspiros por el cielo
Y las redes por el agua,
Y sin tener mancilla
Mirábalo su amor desde la orilla.
En un mismo tiempo salen
De las manos y del alma
Los suspiros y las redes
Hacia el fuego y hácia el agua.
Ambos se van á su centro,
Do su natural los llama,
Desde el corazon los unos,
Las otras desde la barca,
Y sin tener mancilla, etc.
El pescador entre tanto,
Viendo tan cerca la causa,
Y que tan léjos está
De su libertad pasada,
Hácia la orilla se llega,
Adonde con igual causa
Hieren el agua los remos
Y los ojos della el alma,
Y sin tener mancilla, etc.
Y aunque el deseo de verla
Para apresurar le arma
De otros remos la barquilla,
Y el corazon de otras alas,
Porque la ninfa no huya,
No llega mas que á distancia
De donde tan solamente
Escuche aquesto que canta:

(4) Los rayos le contó al sol. — *Texto de Verges.*

(5) Se ciñe la gran corona. — *Texto de Verges.*

Dejadme triste á solas
Dar viento al viento y olas á las olas.
Volad al cielo, suspiros,
Y mirad quién os levanta
De un pecho que es tan humilde
A partes que son tan altas.
Y vosotras, redes mias,
Caláos en las ondas claras,
Adonde os visitaré
Con mis lágrimas cansadas (6).
Dejadme triste á solas, etc.
Dejadme vengar de aquella
Que tomó de mi venganza
De mas leales servicios
Que arenas tiene esta playa;
Dejadme, nudosas redes,
Pues quereis, y es cosa clara
Que mas que vosotras nudos
Tengo para llorar causas.
Dejadme triste á solas, etc.

XII.

La mas bella niña
De nuestro lugar,
Hoy viuda y sola
Y ayer por casar,
Viendo que sus ojos
A la guerra van,
A su madre dice
Que escucha su mal:
Dejadme llorar
Orillas del mar.
Pues me distes, madre,
En tan tierna edad
Tan corto el placer,
Tan largo el pesar,
Y me cautivastes
De quien hoy se va
Y lleva las llaves
De mi libertad,
Dejadme llorar, etc.
En llorar conviertan
Mis ojos de hoy mas
El sabroso oficio
Del dulce mirar,
Pues que no se pueden
Mejor ocupar,
Yéndose á la guerra
Quien era mi paz.
Dejadme llorar, etc.
No me pongais freno
Ni querais culpar;
Que lo uno es justo,
Lo otro por demás.
Si me quereis bien
No me hagais mal;
Harto peor fué
Morir y callar.
Dejadme llorar, etc.
Dulce madre mia,
¿Quién no llorará,
Aunque tenga el pecho
Como un pedernal,
Y no dará voces
Viendo marchitar
Los mas verdes años
De mi mocedad?
Dejadme llorar, etc.
Váyanse las noches,
Pues ido se han
Los ojos que hacian
Los mios velar;
Váyanse, y no vean
Tanta soledad
Después que en mi lecho
Sobra la mitad.
Dejadme llorar
Orillas del mar.

(6) *Con mil lágrimas*, dice el texto de Verges.

XIII.

Las redes sobre el arena
Y la barquilla ligada
A una roca que las ondas
Convierten la piedra en agua,
El pobre Alcion se queja
Por ver á la hermosa Glauca,
Fuego de los pescadores
Y gloria de aquella playa.
Buscándola con los ojos,
En altas voces la llama:
«Glauca, dice, ¿dónde estás?
¿Por qué nueva ocasion tardas?
»¿Haste arrepentido acaso
De haber dado tu palabra
De llegar á mis rediles
Antes que el lucero salga?
»¡Oh perjura, si á mi fe
Y á tu juramento faltas,
Esperen mayor tributo
De mis ojos estas aguas!
»Glauca mia, ¿no respondes,
O gustas de ver mis ansias
Porque á costa de mis daños
De mi fe te satisfagas?
»Si es esto, yo te perdono
Todo el tiempo que dilatas
En mostrar á tu Alcion
De su bien y mal la causa;
Mas, triste, ¡cuántos agüeros
Y señales de mudanza!
El fiero viento se esfuerza
Y las olas van mas altas,
»Los delfines van nadando
Por lo mas alto del agua,
Tormenta amenaza el mar,
Sin duda se muda Glauca.»
Venia la ninfa bella
Por la ribera descalza,
Dando cuerda á los anzuelos
Y requiriendo las nasas.
El rubio cabello al viento
De tal suerte, que quedaban
Mas que en sus anzuelos peces,
Entre sus cabellos almas,
Viendo con cuánta pasion,
Mas que nunca aljofaradas,
Competian en blancura
Las espumas con sus plantas;
Mas la hermosa pescadora,
Que estas voces escuchaba,
No pudo sufrirlas mas,
Y fué burla harto pesada;
Y viendo que el pescador
Con atencion la miraba,
De peces privando el mar,
Y al que la mira del alma,
Llena de risa, responde:
«Mi Alcion, no haya mas, basta;
Perdona el haber tardado,
Pues ganas con mi tardanza.»
Corriendo por la ribera,
Colérica, acelerada,
A su albergue se volvió,
Y el pescador á su barca.

XIV.

A Angélica y Medoro.

En un pastoral albergue,
Que la guerra entre unos robles
Lo dejó por escondido
O lo perdonó por pobre (7),
Do la paz viste pellico
Y conduce entre pastores
Ovejas del monte al llano
Y cabras del llano al monte,
Mal herido y bien curado,
Se alberga un dichoso jóven,
Que sin clavarle Amor flecha,
Le coronó de favores.
Las venas con poca sangre,
Los ojos con mucha noche
Lo halló en el campo aquella
Vida y muerte de los hombres.
Del palafren se derriba,
No porque al moro conoce (8),
Sino por ver que la yerba
Tanta sangre paga en flores.
Limpiale el rostro, y la mano
Siente al Amor que se esconde
Tras las rosas, que la muerte
Va violando sus colores.
Escondióse tras las rosas
Porque labren sus arpones
El diamante del Catay
Con aquella sangre noble.
Ya le regala los ojos,
Ya le entra, sin ver por dónde,
Una piedad mal nacida
Entre dulces escorpiones.
Ya es herido el pedernal,
Ya despide el primer golpe
Centellas de agua, ¡oh piedad,
Hija de padres traidores!
Yerbas le aplica á sus llagas,
Que si no sanan entonces,
En virtud de tales manos
Lisonjean los dolores.
Amor le ofrece su venda,
Mas ella sus velos rompe,
Para ligar sus heridas;
Los rayos del sol perdonen.
Los últimos nudos daba
Cuando el cielo la socorre
De un villano en una yegua
Que iba penetrando el bosque.
Enfrénanle de la bella
Las tristes piadosas voces,
Que los firmes troncos mueven
Y las sordas piedras oyen;
Y la que mejor se halla
En las selvas que en la corte
Simple bondad al pio ruego
Cortesmente corresponde.
Humilde se apea el villano,
Y sobre la yegua pone
Un cuerpo con poca sangre,
Pero con dos corazones.
A su cabaña los guia,
Que el sol deja su horizonte
Y el humo de su cabaña
Les va sirviendo de norte.
Llegaron temprano á ella,
Do una labradora acoge
Un mal vivo con dos almas,
Una ciega con dos soles.
Blando heno en vez de pluma
Para lecho les compone,
Que será tálamo luego
Do el garzon sus dichas logre.
Las manos pues, cuyos dedos
Desta vida fueron dioses,
Restituyen á Medoro
Salud nueva, fuerzas dobles,
Y le entregan, cuando menos,
Su beldad y un reino en dote,
Segunda envidia de Marte,
Primera dicha de Adónis.
Corona un lascivo enjambre
De cupidillos menores
La choza, bien como abejas,
Hueco tronco de alcornoque.
¡Qué de nudos le está dando
A un áspid la envidia torpe,
Contando de las palomas
Los arrullos gemidores!

(7) Y lo perdono por pobre. — *Texto de Hoces.*

(8) Así Verges; Hoces lee *mozo.*

¡Qué bien la destierra Amor,
Haciendo la cuerda azote,
Porque el caso no se infame
Y el lugar no se inficione!
Todo es gala el africano,
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende
Y el corvo alfange depone.
Tórtolas enamoradas
Son sus roncos atambores,
Y los volantes de Vénus
Sus bien seguidos pendones.
Desnuda el pecho anda ella,
Vuela el cabello sin órden;
Si lo abrocha, es con claveles,
Con jazmines si lo coge.
El pié calza en lazos de oro,
Porque la nieve se goce,
Y no se vaya por piés
La hermosura del orbe.
Todo sirve á los amantes,
Plumas les baten veloces,
Airecillos lisonjeros,
Si no son murmuradores.
Los campos les dan alfombras,
Los árboles pabellones,
La apacible fuente sueño,
Música los ruiseñores.
Los troncos les dan cortezas,
En que se guarden sus nombres
Mejor que en tablas de mármol
O que en láminas de bronce.
No hay verde fresno sin letra
Ni blanco chopo sin mote;
Si un valle *Angélica* suena,
Otro *Angélica* responde.
Cuevas do el silencio apenas
Deja que sombras las moren,
Profanan con sus abrazos
A pesar de sus errores.
Choza pues, tálamo y lecho,
Contestes destos amores,
El cielo os guarde, si puede,
De las locuras del Conde.

XV.

Clóris el mas bello grano,
Si no el mas dulce rubí,
De la Granada á quien lame
Sus cáscaras el Genil,
Enjaulando unos claveles,
Estaba en el Jaraguí,
Purpúreas aves con hojas,
Muda pompa del abril,
Bien que muda su fragrancia
Era un canoro ámbar gris,
Que ella no oye por ser roma,
Sorda digo de nariz.
De cañas labra sutiles
Prision tan cerrada al fin,
Que el aire dudaba entrar,
Porque dudaba salir.
Entre estos nudos abeja,
Que haciendo puntas mil,
Tratar quiso como á flor
Un ruiseñor carmesí,
Pagará su golosina,
El cerrar la clave, si
En el quinto no pecara
Mandamiento de marfil.
Un dedo picó, el menor,
De la arquitecta gentil,
Juzgándolo quinta hoja
De una blanca flor de lis.
Cuánto lo siente la moza
Otro lo diga por mí,
Que de casos criminales
Soy coronista civil.
Lloró aljófar, lloró perlas,
Pienso yo que un celemin,
Y aun este *pienso* no es mio,
Puntualmente fué así.
Discursos ha hecho el ocio,
Y aun se ha dejado decir
Que el abejuela era breve
Y el ceguezuelo ruin.
Mal venerado el Amor
Deste romo seralin,
Sus armas envainó todas
En el aguijon sutil.
Ganando pues cielo á dedos
El rapaz con este ardid,
Perdió Clóris tierra á palmos
Entre uno y otro alheli.
Solicitábala entonces
El señor don Belianís,
Mostachos hasta los tufos,
Con rumbos de Paladin.
Tenia de mal francés
Lo que de obispo Turpin,
Y en español la dejó
Trompa hecha de Paris.
Dió pares luego uno á Francia,
Que estaba léjos de allí,
Si no al Darro, al Dauro digo,
Y aun güele mal en latin.
Glorioso Cupidillo,
En las ramas de un jazmin
Colgando sus agridulces
Instrumentos de herir,
A enjaular flores convida
Las damas del Zacatin
En cañas cuantas refinan
Los trapiches de Motril.

XVI.

Cuatro ó seis desnudos hombros
De dos escollos ó tres
Hurtan poco sitio al mar,
Y mucho agradable en él.
Cuanto lo sienten las ondas
Batido lo dice el pié,
Que pólvora de las piedras,
La agua repetida es.
Modestamente sublime
Ciñe la cumbre un laurel,
Coronando de esperanzas
Al piloto que lo ve.
Verdes rayos de una palma,
Si no luciente, cortés,
Norte frondoso conducen
El derrotado bajel.
Este ameno sitio breve,
De cabra apenas montés
Profanado, escaló un dia
Mal agradecida fe,
Jóven digo, ya esplendor
Del palacio de su rey;
El hueco anima de un tronco
Nueve meses habrá ó diez.
A quien, si lecho no blando,
Sueño le debe fiel,
Brame el austro, y de las rocas
Haga lo que del ciprés.
Arrastrando allí eslabones
De su dorado desden,
Yerbas cultiva no ingratas
En apacible vergel.
¡Oh cuán bien la solicita
Sudor fácil, y cuán bien
Emulas responden ellas
Del mas valiente pincel!
Confusas entre los lilios
Las rosas se dejan ver,
Bosquejando lo admirable
De su hermosura cruel.
Tan dulce, tan natural,
Que abejuela alguna vez
Se caló á besar sus labios
En las hojas de clavel (9).

(9) Otros leen: *de un clavel.*

Sierpe de cristal vestida,
Escamas de rosicler,
Se escondia ya en las flores
De la imaginada tez,
Cuando velera paloma,
Alado si no bajel,
Nubes rompiendo de espuma,
En derrota suya un mes,
Le trajo, si no de oliva,
En las hojas de un papel,
Señas de serenidad,
Si al arco de Amor se cree.

XVII.

Segun vuelan por el agua
Tres galeotas de Argel,
Un aquilon africano
Las engendró á todas tres.
Y segun los vientos pisa
Un bergantin ginovés,
Si no viste el temor alas,
De plumas tiene los piés.
Mortal caza vienen dando
Al fugitivo bajel
En que á Nápoles pasaba
En conserva del Virey,
Un español con dos hijas,
Una sol y otra clavel,
Que tuvieron á Leon
Por oriente y por vergel.
Derrotólo un temporal,
Y ya que no dió al través,
A vista dió de Morato,
Renegado calabrés.
El Tagarote africano,
Que la español garza ve,
En su noble sangre piensa
Esmaltar el cascabel.
Peinándole va las plumas;
Mas el viento burla dél,
Interpuesto entre las alas
Y entre la garra cruel.
Ya surcan el mar de Denia,
Ya sus altas torres ven,
Grandeza de un duque agora,
Título ya del Marqués.
De sus torres los descubren,
Y en distinguiendo después
La cruz en el tafetan,
La luna en el alquicel,
Ocho ó diez piezas disparan,
Que en ocho globos ó diez
Envuelven de negro humo,
Al cosario su interés.
Los brazos del cuerpo ocupa
Con fatiga y con placer
El bergantin destrozado
Desde la quilla al garcés.
El leonés, agradecido
Al cielo de tanto bien,
De libertad coronado,
Dice, si no de laurel:
«¡Oh puerto, templo del mar,
Cuya húmida pared
Antes faltará que tablas
Señas de naufragios dén,
Fortaleza imperiosa,
Terror de Africa y desden,
Yugo fuerte y real espada,
Que reprime y que da ley,
Defensa os debo y abrigo;
Mi libertad vuestra es,
Y mi lengua desatada
En alabanzas tambien.
Con tus altos muros viva
Tu ínclito dueño, á quien,
Como á tí el Mediterráneo,
La envidia le bese el pié.
Inmortal sea su memoria
En la gracia de su rey,
Por galardon proseguida,

Si comenzó por merced;
Que servicios tan honrados,
Y de Acátes tan fiel,
Inmortalidad merecen,
Si no de vida, de fe.

XVIII.

Al campo salió el estío
Un serafin labrador,
Que el sol en su mayor fuerza
No puede ofender al sol,
Bien que de su blanca frente
Ventecillo adulador,
Si aljófares suda el nácar,
Aljófares le enjugó.
A dorar pues con su luz
Tantas espigas salió,
Cuantas al pié se le inclinan
Sin esperar á la hoz;
Que no puede una beldad,
Si la tierra dos á dos
Emulos lilios aborta
Del pié que los engendró;
Porque no pise rastrojos
La alba de Villa Mayor,
Sol de Uclés, y de Cupido
El mas luciente arpon.

SEGADOR.

¿A qué salió, Amor, me digas,
Tu mayor gloria?

AMOR.

A segar
Mas almas con el mirar
Que tú con la hoz espigas.

SEGADOR.

Si lo mejor ya te dí
Que en tus altares humea,
Vuelva hoy, Amor, á la aldea
Tan libre como salí.

AMOR.

¿Tienes alma?

SEGADOR.

Creo que sí.

AMOR.

Pues ¿qué aguardas, segador,
Si yo, con ser el Amor,
Sus armas temo enemigas?

SEGADOR.

¿A qué salió, Amor, me digas,
Tu mayor gloria?

AMOR.

A segar
Mas almas con el mirar
Que tú con la hoz espigas.

XIX.

A doña Elvira de Córdoba, hermana del señor Zuheros.

Cuantos silbos, cuantas voces
La Nava oyó de Zuheros,
Sentidas bien de sus valles,
Guardadas mal de sus ecos,
Vaqueros las dan buscando (10)
La hermosa por lo menos,
Cerrera luciente hija
Del toro que pisa el cielo.
¿Qué buscades, los vaqueros?
Una hay novilleja, una,
Que hiere con media luna
Y mata con dos luceros.
No contiene el bosque gruta,
Ni tronco ha roido el tiempo
Que no penetre el cuidado,
Que no escudriñe el deseo.

(10) Otros leen:
Vaqueros la van buscando.

La diligencia, calzada
En vez de abarcas el viento,
Los montes huella y las nubes,
Turbantes de sus cabezos.
¿Qué buscades, etc.
Aserrar quisiera escollos
La juventud, infiriendo
Que peñascos viste duros
Quien se niega á silbos tiernos.
Tan sorda piedad acusa
Si rumiando no beleños,
La alcanzaron tantas veces
En la region del silencio.
¿Qué buscades, los vaqueros?
Una hay novilleja, una,
Que hiere con media luna
Y mata con dos luceros.

GIL.

Pediros albricias puedo.

VAQUERO.

¿De qué, Gil?

GIL.

No deis paso.
La novilla he visto.

VAQUERO.

Paso.

GIL.

Quedo, ¡ay! quedilico, quedo.
Un no sé qué celestial,
Que tiene de obscuro y claro,
Para zafiro muy raro,
Muy azul para cristal,
La niega con llave tal,
Que cierra el paso al denuedo.
Pediros, etc.
Deidad previno celosa
Este diáfano muro,
Donde el pié vague seguro
De la novilla hermosa.
Desmintiendo aqui reposa
Tanta prevencion ó miedo.
Pediros, etc.
Dulce la mira la aurora
Entre purpúreos albores
Pacer la que trenzó flores,
Beber las perlas que llora.
Los cuernos del sol la dora
Que corona el mayo ledo.
Pediros albricias puedo.

VAQUERO.

¿De qué, Gil?

GIL.

No deis paso.
La novilla he visto.

VAQUERO.

Paso.

GIL.

Quedo, ¡ay! queditico, quedo.

XX.

Contando estaban sus rayos
Aun las mas breves estrellas
En el cristal que guarnecen
Los claros muros de Huelva,
Cuando á las serenidades
Cometieron dulce ofensa,
De la playa y de la noche,
Poco leño y muchas quejas.
¡Ay cómo gime!
Mas ¡ay cómo suena
El remo á que nos condena
El niño Amor!
Clarin que rompe el albor
No suena mejor.
Quejas de un pescadorcillo,
Honor de aquella ribera,
Que una roca solicita,
Sorda tanto como bella.
Con un remo y otro creo
(Ondas terminando y tierra)
Que su fe escribe en el agua,
Que su fe escribe en la arena.
¡Ay cómo gime!
Mas ¡ay cómo suena
El remo á que nos condena
El niño Amor!
Clarin que rompe el albor
No suena mejor.
Lisonja del Océano
Fué, y de la noche tambien,
Cuanta celebra beldad
Y cuanto acusa desden.
Del llanto pues numeroso
Lo que pudo recoger,
A pesar de las tinieblas,
Eco piadosa, esto fué:
Viva mi fe,
Viviré como desdichado;
Viviré,
Moriré.
Dulce escollo, que aun agora
Raya el sol que no se ve,
Viva mi fe.
Si eres alabastro el pecho,
Cuando no cristal el pié,
Viviré como desdichado.
¿Qué roca de tí no sabe
Aun mas de lo que yo sé?
Viva mi fe.
Pues tu nombre en tu dureza
Con tu dureza grabé,
Viviré como desdichado.
Desátenme ya tus rayos;
Que yo los perdonaré.
Viva mi fe.
Sepulcro el mar á su abuelo,
Si no á Licidas, le dé (11).
Viviré como desdichado.
Salió Clóris de su albergue,
Dorando el mar con su luz,
Por señas que á tanto oro
Holgó el mar de ser azul.
Cáñamo anudando, engaña
El ejercicio comun,
Esto fiando del viento,
Y él lo escuchó con quietud:
«*Pues nacistes en el mar,*
Nadad, Amor, ó creed
Que os ha de pescar la red
Que veis agora anudar.
Par, par, par;
Que vuela y sabe nadar.
»Ciego nieto de la espuma,
Par, par, par;
Monstruo con escama y pluma,
Par, par, par;
Nadad, pez, y volad, pato,
Par, par, par;
Que en estas redes que trato
El pato habeis de pagar.
»*Pues nacistes en el mar,*
Nadad, Amor, ó creed
Que os ha de pescar la red
Que veis agora anudar.
Par, par, par;
Que vuela y sabe nadar.»

XXI.

Cuando estuvo en Cuenca DON LUIS.

En los pinares de Jucar
Vi bailar unas serranas
Al son del agua en las piedras
Y al son del viento en las ramas.
No es blanco coro de ninfas
De las que aposenta el agua
O las que venera el bosque,
Seguidoras de Diana.

(11) Otros leen: *sino allicidas*, y otros:
Si no allí, si das, le dé.

Serranas eran de Cuenca,
Honor de aquella montaña,
Cuyo pié besan dos rios
Por besar dellas las plantas.
Alegres coros tejian,
Dándose las manos blancas
De amistad, quizá temiendo
No la trueguen las mudanzas.
¡Qué bien bailan las serranas,
Qué bien bailan!
El cabello en crespos nudos
Luz da al sol, oro al Arabia,
Cuál de flores impedido,
Cuál de cordones de plata.
Del color visten del cielo,
Si no son de la esperanza,
Palmillas que menosprecian
Al zafiro y la esmeralda.
El pié (cuando lo permite
La brújula de la falda) (12)
Lazos calza, y mirar deja
Pedazos de nieve y nácar.
Ellas, cuyo movimiento
Honestamente levanta
El cristal de la coluna
Sobre la pequeña basa,
¡Qué bien bailan las serranas!
Qué bien bailan!
Una entre los blancos dedos
Hiriendo lisas pizarras,
Instrumento de marfil
Que las musas lo envidiaran,
Las aves enmudeció,
Y enfrenó el curso del agua;
No se movieron las hojas,
Por no impedir lo que canta:
Serranas de Cuenca
Iban al pinar,
Unas por piñones,
Otras por bailar.
Bailando y partiendo
Las serranas bellas
Un piñon con otro,
Si ya no es con perlas,
De Amor las saetas
Huelgan de trocar,
Unas por piñones,
Otras por bailar.
Entre rama y rama
Cuando el ciego dios
Pide al sol los ojos
Por verlas mejor,
Los ojos del sol
Las veréis pisar,
Unas por piñones,
Otras por bailar.

XXII.

En el baile del egido
(Nunca Menga fuera al baile)
Perdió sus corales Menga
Un disanto por la tarde (13).
Dicen que se los dió en ferias
Tres ó cuatro dias antes
El Piramo de su aldea,
El sobrino del alcalde.
Los corales no tenian
Los extremos que ella hace,
Y porque de cristal fuesen,
Lloró Menguilla cristales.
¿Quién oyó, zagales,
Desperdicios tales,
Que derrame perlas
Quien busca corales?
Veinte los buscan perdidos,
Y no es mucho en casos tales
Que un perdido haga veinte,
Pues un loco ciento hace.

(12) Otros leen *brujuela.*
(13) Otros leen: *un dia santo.*

En el egido los buscan;
Que yendo Menga á lavarse,
Se los dejó entre la juncia
Del arroyo de los sauces,
Do en pago de su blancura
Menosprecian arrogantes
Blancas espumas que orlan (14)
El verde y florido márgen;
Que la nieve es sombra escura
Y el marfil negro azabache
Con la garganta de Menga,
Coluna de leche y sangre,
¿Quién oyó, zagales, etc.
Ya el cura se prevenia
De los antojos, que saben
En rúbricas coloradas
Hacer las letras mas grandes,
Cuando albricias pidió á voces
Bartolillo con donaire,
Por haber hallado Menga
En sus labios sus corales.
Los ojos fueron de antojos,
Los que descubrieron antes,
En la juncia los claveles,
En la arena los granates.
Y viendo purpurear
Las rojas prendas del ángel,
Al son dijo del salterio
Que tañia Gil Perales (15):
¿Quién oyó, zagales,
Desperdicios tales,
Que derrame perlas
Quien busca corales?

XXIII.

Frescos airecillos,
Que á la primavera
Destejeis guirnaldas
Y esparceis violetas,
Ya que os han tenido
Del Tajo en la vega
Amorosos hurtos
Y agradables penas,
Cuando del estio
En la ardiente fuerza
Alamos os daban
Frondosas defensas;
Alamos crecidos
De hojas inciertas,
Medias de esmeralda,
Y de plata medias;
De donde á las ninfas
Y á las zagalejas
Del sagrado Tajo
Y de sus riberas
Mil veces llamastes,
Y vinieron ellas
A ocupar del rio
Las verdes cenefas;
Y vosotros luego,
Calándoos apriesa
Con lascivos soplos
Y alas lisonjeras,
Sueño les trujistes
Y descuido á vueltas,
Que en pago os valieron
Mil vistas secretas,
Sin tener desvelo,
Envidia ni queja,
Ni andar con la falda
Luchando por fuerza;
Agora pues, aires,
Antes que las sierras
Coronen las cumbres
De confusas nieblas,
Y que el aquilon
Con dura inclemencia

(14) *Las blancas espumas que orlan,* dicen todas las ediciones.
(15) Otros leen: *que tenia.*

Desnude las plantas
Y vista la tierra
De las secas hojas
Que ya fueron tregua
Entre el sol ardiente
Y la verde yerba,
Y antes que las nieves
Y el hielo conviertan
En cristal las rocas
Y en vidro las selvas,
Batid vuestras alas,
Y dad ya la vuelta
Al templado seno
Que alegre os espera.
Veréis de camino
Una ninfa bella,
Que pisa orgullosa
Del Bétis la arena;
Montaraz, gallarda,
Temida en la sierra
Mas por su mirar
Que por sus saetas.
Agora la halleis
Entre la maleza
Del fragoso monte,
Siguiendo las fieras,
Agora en el llano
Con planta ligera
Fatigando el corzo,
Que herido vuela,
Agora clavando
La armada cabeza
Del antiguo ciervo
En la encina vieja;
Cuando ya cansada
De la caza vuelva
A dejar al rio
El sudor en perlas,
Y al pié se recueste
De la dura peña,
De quien ella toma
Leccion de dureza,
Llegáos á oreaila,
Pero no tan cerca,
Que lleveis suspiros
Que han corrido á ella (16);
Si está calurosa,
Soplad desde afuera,
Y cuando la ingrata
Mejor os entienda,
Decidle, airecillos:
«Bellísima Leda,
Gloria de los bosques,
Honor del aldea,
»Enfermo Daliso
Junto al Tajo queda,
Con la muerte al lado
Y en manos de ausencia;
»Suplícate humilde,
Antes que le vuelvan
Su fuego en ceniza,
Su destierro en tierra,
»En premio glorioso
En su amor merezca,
Ya que no suspiros,
A lo menos letra
»Con la punta escrita
De tu aguda flecha
En el campo duro
De una dura peña;
»Porque no es razon
Que razon se lea
De mano tan dura
En cosa mas tierna.
»Adonde le digas:
—Muere allá, y no vuelvas
A adorar mi sombra
Y arrastrar cadenas.—»

(16) Las ediciones que hemos visto escriben equivocadamente:
Y ha corrido á ella.

XXIV.

¡Oh cuán bien que acusa Alcino,
Orfeo de Guadiana,
Unos bienes sin firmeza
Y unos males sin mudanza!
Pulsa las templadas cuerdas
De la cítara dorada,
Y al son desata los montes
Y al son enfrena las aguas.
¡Oh cuán bien canta su vida,
Cuán bien llora su esperanza!
Y el monte y el agua escuchan
Lo que llora y lo que canta.
La vida es corta y la esperanza larga,
El bien huye de mí y el mal se alarga.
El bien es aquella flor
Que la ve nacer el alba,
Al rayo del sol caduca,
Y la sombra no la halla.
El mal la robusta encina,
Que vive con la montaña,
Y de siglo en siglo el tiempo
Le peina sus verdes canas.
La vida es ciervo herido,
Que las flechas le dan alas,
La esperanza el animal
Que en sus piés mueve su casa.
La vida es corta y la esperanza larga,
El bien huye de mí y el mal se alarga.

XXV.

Castillo de San Cervántes,
Tú, que estás junto á Toledo,
Fundóte el rey don Alonso
Sobre las aguas de Tejo.
Robusto, si no galan,
Mal fuerte, peor dispuesto,
Pues que tienes mas parientes
Que un hijo de un racionero.
Lampiño debes de ser,
Castillo, si no estoy ciego,
Pues siendo de tantos años,
Sin barba cana te veo.
Contra ballestas de palo
Dicen que fuiste de hierro,
Y que anduviste muy hombre
Con dos morillos honderos.
Tiempo fué, papeles hablen,
Que te respetaba el reino
Por juez de apelaciones
De mil católicos miedos.
Ya menospreciado ocupas
La esperanza de ese cerro,
Mohoso como en diciembre
El lanzon del viñadero.
Las que ya fueron corona
Son alcandara de cuervos,
Almenas que, como dientes,
Dicen la edad de los viejos.
Cuando mas mal de ti diga,
Dejar de decir no puedo,
Si no tienes fortaleza,
Que tienes prudencia al menos.
Tú, que á la ciudad mil veces,
Viendo los moros de léjos,
Sin ser Espíritu Santo (17)
Hablaste en lenguas de fuego,
En las orillas agora (18)
Del sagrado Tajo viendo
Debajo de los membrillos
Engerirse tantos miembros,
Lo callas á los maridos,
Que es mucho á fe, por aquello
Que tienes de San Cervántes,
Y que ellos tienen de ciervos.

(17) Algunos textos dicen:
Sin ser nave tronadora.
(18) Otros leen:
En las ruinas agora.

Entre todas las mujeres
Serás bendito, pues siendo
En el mirar atalaya,
Eres piedra en el silencio.
Mira, Castillo de bien,
Que hagas lo que te ruego,
Aunque te he obligado poco
Con dos docenas de versos.
Cuando la bella terrible,
Hermosa como los cielos,
Y por decillo mejor,
Aspera como su pueblo,
Si alguna tarde saliere
A desfrutar los almendros,
Verdes primicias del año
Y dulcísimo alimento;
Si de las aguas del Tajo
Hace á su beldad espejo,
Ofrécele tus ruinas
A su altivez por ejemplo;
Háblale mudo mil cosas;
Que bien sabrás, pues sabemos
Que á palabras de edificios
Orejas los ojos fueron.
Dirásle que con tus años
Regule sus pensamientos;
Que es verdugo de murallas
Y de bellezas el tiempo;
Que no crean á las aguas
Sus bellos ojos serenos,
Pues no la han lisonjeado,
Cuando la murmuran luego.
Que no fie de los años
Ni aun un mínimo cabello,
Ni le perdone los suyos
A la ocasion, que es gran yerro.
Que no se duerma entre flores;
Que recordará del sueño
Mordida del desengaño
Y del arrepentimiento;
Y abrirá entonces la pobre
Los ojos, ya no tan bellos,
Para bailar con su sombra,
Pues no quiso con su cuerpo.
¡Oh, qué diria de ti,
Si tú le dijeses esto,
Antigualla venerable,
Si no quieres ser trofeo!
Mi musa te antepondrá
A San Angel y á San Telmo,
Aunque no quisiese Roma,
Y Malta quisiese menos;
Que aunque te han desmantelado,
Y no con tantos pertrechos,
A tulliduras de grajos
Te defenderás mas presto.

XXVI.

En tanto que mis vacas,
Sin oillos condenan
En frutos los madroños
Desta fragosa sierra,
Quiero cantar llorando
A sombras de esta peña,
De áspera, invencible,
Segunda Galatea;
Que pues osó fiarle
En intrincadas trepas
Sus verdes corazones
Esta amorosa hiedra,
Fiarle podré yo
Lagrimosas endechas;
Mas ¡ay triste, que es sorda
Segunda Galatea!
¡Mal haya quien emplea
Su fe en la que con arco y con aljaba
Parece niño Amor, y es fiera brava!
Divina cazadora,
Que de seguir las fieras,
Has dado en imitallas,
Y para mí excedellas,
De esa tu media luna
Junta las empulgueras,
Y al desden satisfaga
La mas volante flecha;
Que saldrá á recibilla,
Por jubilar sus penas,
En el pecho que huyes,
El alma que desdeñas.»
No pudo decir mas,
Porque entre la maleza
Un jabalí espumoso
Le salteó sus quejas.
Lebreles le forzaron
A tomar la defensa
Y á despreciar venablos
Y perros que le aquejan.
El vaquero, admirado
De que rompiendo telas,
Huya, «¡Oh fiera, le dice,
Segunda Galatea!
»*¡Mal haya quien emplea*
Su fe en la que con arco y con aljaba
Parece niño Amor, y es fiera brava!»

XXVII.

Sobre unas altas rocas,
Ejemplo de firmeza,
Que encuentra noche y dia
El mar, estando quedas,
Aquel pescadorcillo,
A quien su ninfa bella
Dejó el año pasado
La red sobre el arena,
¡Oh, cómo se lamenta!
De una parte las aguas,
De otra parte las sierras (19),
Y de entrambas el viento
Le escuchan y se enfrenan;
Que á todas ellas hacen
Igual sabrosa fuerza (20),
Lo dulce de la voz,
La razon de las quejas.
¡Oh, cómo se lamenta!
«¿Hasta cuándo, enemiga,
Competirá en dureza
Tu duro corazon
Con las mas duras piedras?
»¿Hasta cuándo harás
Al son de mis querellas
Lo que al latido hace
De los canes la cierva?
¡Oh, cómo se lamenta!
»Hoy hace un año, ingrata,
Que huyendo ligera,
No te conoce el suelo,
Y atrás el aire dejas;
»Hoy hace un año, ingrata,
Que el mar, como por pena
De que tú no las pises,
Azota estas riberas.
¡Oh, cómo se lamenta!
»Tu vuelo en todo el mundo,
Por olas ó por tierra,
Lo mas ligero alcanza,
Lo mas libre sujeta.
»Si aquesta se te escapa,
Dime, ¿qué te aprovechan
Los filos de tus alas,
Las puntas de tus flechas?»
¡Oh, cómo se lamenta!

XXVIII.

Los montes que el pié se lavan
En los cristales del Tejo,

(19) Así algunos códices. En los impresos se lee *fieras*.
(20) Sigo el texto de Verges, como mas exacto. Las demás ediciones dicen disparatadamente:
Igual sombra la fuerza.

Cuando las frentes se miran
En los zafiros del cielo,
Tiranizados tenia
Un cerdoso animal fiero,
Terror del campo y ruina
De venablos y de perros.
Buscándolo errante un dia,
Perdido, un galan montero,
Segunda envidia de Marte,
Primer Adónis de Vénus,
Escalando la montaña
Y penetrando sus senos
Lo dejó la blanca luna
Y lo halló el luciente Febo.
¡Oh, perdido primero
Tras un jabali fiero,
No te pierdas agora
Tras esa que te huye cazadora!
La luz le ofreció una ninfa,
Que en duda pone á los cerros
A cuál se deben sus rayos,
Al sol ó sus ojos bellos.
De tres arcos viene armada,
El uno contra los ciervos,
Contra los hombres los dos,
Blanco el uno, los dos negros.
De un cordon atraillado
Un diligente sabueso,
El viento solicitaba,
Y desafiaba el viento.
Apenas vió el jóven cuando
Las cumbres vence huyendo,
El la sigue, ambos calzados,
Ella plumas y él deseos.
¡Oh, perdido, etc.
Flores le valió la fuga
Al fragoso verde suelo,
Varias de color, y todas
Hijas de su pié ligero.
A las malezas perdona
Mal su fugitivo vuelo,
Ellas, sí, al coturno de oro
Engastes del cristal tierno.
»¡Oh cobarde hermosura!
Dice el garzon sin aliento,
No huyas de un hombre mas
Que sabes huir del tiempo.»
Volviendo los ojos ella
Por flecharle mas el pecho,
De que le alcance aun la voz
Acusa al aire con ceño.
¡Oh, perdido primero
Tras un jabali fiero,
No te pierdas agora
Tras esa que te huye cazadora!

XXIX.

Las aguas de Carrion,
Que á los muros de Palencia,
O son grillos de cristal
O espejo de sus almenas,
Un pescador extranjero
En un barquillo acrecienta,
Llorando su libertad,
Mal perdida en sus riberas.
¡Oh qué bien llora!
Oh cómo se lamenta!
Vió la ninfa mas hermosa
Que dió al aire rubias trenzas
En el coro de Diana,
Que bajaba de las selvas
Tras un corcillo herido,
Que de bien flechado vuela,
Porque en la fuga son alas
Las que en la muerte son flechas.
¡Oh qué bien llora! etc.
Las redes al sol tendia
Sobre la caliente arena,
Cuando se vió salteado
De la cazadora bella.
Mas acrecientan sus ojos
Que trae su aljaba saetas,
Y tanto mas ponzoñosas
Cuanto es mas desden que yerba.
¡Oh qué bien llora! etc.
«¡Oh fiera para los hombres,
Perseguidora de fieras!
Decia al son de los remos,
Que gimen cuando él se queja.
»De ti murmuran las aguas
Por disimular mis quejas,
Que no alcanzas lo que sigue,
Y matas lo que te espera.»
¡Oh qué bien llora!
Oh cómo se lamenta!

XXX.

Esperando están la rosa
Cuantas contiene un vergel
Flores hijas del aurora,
Bellas cuanto puede ser
Ella, aunque con majestad,
No debajo de dosel,
Sino sobre alfombras verdes,
Purpúrea se dejó ver.
Como reina de las flores
Guarda la ciñe fiel,
Si son archas las espigas
Que en torno della se ven.
Al aparecer la hicieron
Una inclinacion cortés,
Y con muy buen aire todas,
Que mal pudieran sin él,
No la hicieron reverencia,
Aunque todas tienen piés,
Porque su inmovilidad
Su mayor disculpa fué.
El vulgo de esotras yerbas,
Sirviéndoles esta vez
De verdes lenguas sus hojas (21),
La saludaron tambien.
Quién pretende la privanza
De tan gran señora, y quién,
Admirando su beldad,
No osa descubrir su fé;
Que el Cupido de las flores
Es la abeja, y si lo es,
Sus flechas abrevia á todas
En el aguijon cruel.
Ella pues las solicita,
Y las despoja despues;
Por señas, que sus despojos
Son dulces como la miel.
Los colores de la reina
Vistió galan el clavel,
Príncipe que es de la sangre,
Y aun aspirante á ser rey.
En viéndola dijo: «¡Ay,
Un jacinto.» Y al papel
Lo encomendó de sus hojas,
Porque se puede leer.
Ambar espira el vestido
Del blanco jazmin de aquel
Cuya castidad lasciva
Vénus hipócrita es.
La fuente deja el Narciso,
Que no es poco para él,
Y ya no se mira á sí,
Admirando lo que ve.
¡Oh qué celoso está el lilio!
Un mal cortesano que
Calza siempre borceguí,
Debe de ser portugués.
Mosquetas y clavellinas
Sus damas son; ¿qué mas quies,
Oh tú, que pides lugar,
Que bel mirar y oler bien? (22).

(21) Otros leen *ojos*.
(22) En vez de
Que bel mirar y oler bien,
leen otros:
Que ver, mirar y oler bien.

Las azucenas la sirven
De dueñas de honor, y á fe
Que sus diez varas de holanda
Las envidian mas de diez.
Meninas son las violetas,
Y muy bien lo pueden ser
Las primicias de las flores,
Que antes huelen que se ven.
Deste real paraiso
Verde jaula es un laurel
De tres dulces ruiseñores
Que cantan á dos y á tres.
Guarda-damas es un triste
Fruncidisimo ciprés,
Efecto al fin de su fruta
Para lo que yo me sé.
Bufones son los estanques,
Y en qué lo son lo diré:
En lo frio lo primero,
Que se me ha de conceder;
En el murmurar contino
Y en el reirse tambien,
Aunque hacen poco ruido,
Con ser hombres de placer.
En el pedir, y no agua,
Que no es de agua su interés,
Ni piden lo que no beben,
Por siempre jamás, amen.
Este de la primavera
El verde palacio es,
Que cada año se erige
Para poco mas de un mes.
Las flores á las personas
Ciertos ejemplos les dén;
Que puede ser yermo hoy
El que fué jardín ayer.

XXXI.

Loa de una comedia que se representó delante del obispo de Córdoba, don fray Diego de Mardones, por sus criados. Díjola un deudo suyo.

No vengo á pedir silencio,
Que la cómica española
No calza los zuecos que
La antigüedad rigurosa.
A solicitar, sí, vengo
Una de las muchas trompas
Del monstruo que todo es pluma
Del ave que es ojos toda.
De la fama, que sin duda
Muda á su pesar agora,
Ha concurrido á este acto,
O miembros vestida ó sombras;
Mas no creo será bien
Que tanta prudencia rompa
Tan vocinglero instrumento;
Mienta pues ajenas formas,
Y á mi plectro agradecido
De cítara numerosa,
Musa hoy culta me dicte
Cuanto el Boristénes oya.
En vez de prólogo quiero,
Pues lo llama España loa,
Ofender suavemente
Las orejas siempre sordas
De tu prudencia al encanto
De la mágica lisonja,
¡Oh modelo de prelados,
Cuando no primera copia!
De tu patriarca santo,
Luciente de España gloria,
Sufre tus prerogativas
Un breve rato, ó perdona
O excusa al que parte indigna
Es de tu casa Mardona,
Que en antiguo valle ilustra
Las montañas generosas.
Permite que por mi lira
El mundo todo conozca
Tu calificada cuna,

Tu educacion virtuosa;
Y en tu adolescencia cana
Tu siempre afeccion devota
Al hábito que escogiste,
De que Barbadillo se honra;
Tu perseverante estudio,
Decorado con la borla,
Honor del púlpito grave
Y de la cátedra docta;
Tu penitencia ejemplar,
Tu humildad despreciadora
De los lugares en que
Aun la obediencia coloca;
Mas, como al fin se le debe
El candelero á la antorcha,
Y puede esconderse mal
Ciudad que el monte corona,
Los ojos venció del Duque
Tu esplendor, tus religiosas
Canas, luciente homenaje
Del muro de tu persona;
Y á tus piés contrita su alma,
Bien como herida corza,
Del dictamo solicita
Las tres veniales hojas.
Con envidia luego santa
Filipo á tus piés se postra,
Y en cada rodilla suya
No menos que un órbe dobla.
De su conciencia clavero
Tres años, las dos heróicas
Le introdujiste virtudes,
Justicia y misericordia.
De méritos, ya de edad
Cargado, y de las que coronan
Aun las espaldas de Atlante,
Comisiones onerosas,
Córdoba te mereció,
Cuando pudiera bien Roma
Impedir tus venerables
Sienes con sus tres coronas.
Aquí pues de tu piedad
Señas has dado no pocas;
Léase en Búrgos aquel
Capítulo de tu historia;
En el insigne convento
Digo de san Pablo, pompa
De la provincia por ti,
Si admiracion no de Europa.
Las piedras de tu palacio
Lenguas sean de tus sombras;
Que lenguas de piedra es bien
Que eternicen tu memoria.
Desta santa iglesia hable
La fábrica caudalosa,
Que agradecida, ser quiere
De sus reliquias custodia.
Diganlo, si no, las mudas,
Las cotidianas ondas
Del profundo, del inmenso
Océano de limosnas
Que inunda la ciudad; antes
Que en él pierda ya la sombra,
Me vuelvo á la que me espera
Compañía, aunque bisoña,
Que por tener las vacantes
De los estudios no ociosas
Le ha hecho al tiempo un engaño,
A que yo os convido agora.

XXXII.

A la ciudad de Granada.

Ilustre ciudad famosa,
Infiel un tiempo, madre
De Cegríes y Gomeles,
De Muzas y Reduanes,
A quien dos famosos rios
Con sus húmidos caudales,
El uno baña los muros
Y el otro purga las calles;
Ciudad, á pesar del tiempo,
Tan populosa y tan grande,
Que de tus ruinas solas
Se honraran otras ciudades;
De mi patria me trujiste,
Y no á darme memoriales
De mi pleito á tus oidores,
De mi culpa á tus alcaldes,
Sino á ver de tus murallas
Los soberbios homenajes,
Tan altos, que casi quieren
Hurtalle el oficio á Atlante;
Y á ver de tu fuerte Alhambra
Los edificios reales,
En dos cuartos divididos
De leones y comares;
Do están las salas manchadas
De la mal vertida sangre
De los no menos valientes
Que gallardos Bencerrajes;
Y las cuadras espaciosas
Do las damas y galanes
Ocupaban á sus reyes
Con sus zambras y sus bailes;
Y á ver sus hermosas fuentes
Y sus profundos estanques,
Que los veranos son leche
Y los inviernos cristales;
Y su cuarto de las frutas,
Fresco, vistoso y notable,
Injuria de los pinceles
De Apéles y de Timántes;
Donde tan bien las fingidas
Imitan las naturales,
Que no hay hombre á quien no burlen
Ni pájaro á quien no engañen;
Y á ver sus secretos baños,
Do las aguas se reparten
A las sostenidas pilas (23)
De alabastro en pedestales;
Do con sus damas la reina
Lavándose algunas tardes,
Competian en blancura
Las espumas con sus carnes;
Y de tu chancillería
A ver los seis tribunales,
Donde cada dosel cubre
Tres ó cuatro majestades,
Y á ver su real portada,
Labrada de piedras tales,
Que fuera menos costosa
De rubíes y diamantes,
Para cuyo noble intento,
Porque mas presto se acabe,
Echan á culpas de cera
Condenaciones de jaspe;
Y á ver tu sagrado templo,
Donde es vencida en mil partes
De la labor la materia,
Y la natura del arte,
De cuya fábrica ilustre
Lo que es piedra injuria hace
Al fino oro que perfila
Sus molduras y follajes,
De claraboyas ceñido
Por do los rayos solares
Entran á dorar á quien
Les da la lumbre que valen,
Cuyo cuerpo aun no formado
Nos promete en sus señales
Mas fama que los que Roma
Edificó á sus deidades,
Y que aquel cuyas cenizas
En nuestras memorias arden
De aquella á quien por su mal
Vió el que mataron sus canes,
Y al de Salomon, aunque eran
Sus piedras rubios metales,
Marfil y cedro sus puertas,
Plata fina sus umbrales;
Y á ver su hermosa torre,
Cuyas campanas suaves
Del aire con su armonía
Ocupan las raridades;
Tan perfeta, aun no acabada,
Que no solo los que saben
Mas del arte dicen que es
Obra de arquitecto grande,
Mas del pórfido lo bello,
Lo hermoso del filabre,
Aunque con lenguas de fuego,
Loan al maestro sage;
Y á ver tu real capilla,
En cuyo túmulo yace
Con su cristiana Belona
Aquel católico Marte,
A cuyos gloriosos cuerpos,
Aunque muertos, inmortales,
Por reliquias de valor
España les debe altares;
Y á ver tu fértil escuela
De Bártulos y de Abades,
De Galenos y Avicenas,
De Escotos y de Tomases;
Y á ver tu colegio insigne,
Tanto, que puede igualarse
A los que el agua del Tórmes
Beben y las del Henáres;
Cuyas becas rojas vemos
Poblar universidades,
Plazas, audiencias y sillas
De iglesias mil catedrales;
Y á ver el templo y la casa
De los jerónimos frailes,
Donde está el mármol que sella
El gran Gonzalo Fernandez,
Digo los heróicos huesos
De aquel sol de capitanes,
A quien mi patria le dió
El apellido y los padres;
Cuyas armas siempre fueron,
Aunque abolladas, triunfantes
De los franceses estoques
Y de los turcos alfanges;
De que dan gloriosas señas
Las banderas y estandartes,
Los yelmos y los escudos,
Tablachines y turbantes
De los genízaros fieros
Y de los bárbaros Traches,
De los segundos Reinaldos
Y de los nuevos Roldanes;
Que á solo honrar su sepulcro
De trofeos militares,
Unos rompieron el mar
Y otros bajaron los Alpes;
Y á ver tu Albaicin, castillo
De rebeldes voluntades,
Cuerpo vivo en otro tiempo,
Ya lastimoso cadáver;
Y á ver tu apacible vega,
Donde combatieron antes
Nuestros cristianos maestres
Con tus paganos alcaides;
Y á ver tu Generalife
Y aquel retrato admirable
Del terreno deleitoso
De nuestros primeros padres,
Do el ingenio de los hombres
De murtas y de arrayanes
Ha hecho á naturaleza
Dos mil vistosos ultrajes,
Donde se ven tan al vivo
De brótano tantas naves,
Que dirán, si no se mueven,
Que es por faltarles el aire;
Y á ver los cármenes frescos
Que al Darro cenefa hacen
De aguas, plantas y edificios,
Formando un lienzo de Flándes,

(23) Otros leen:
Y á las sostenidas pilas.

Do el céfiro al blando chopo
Mueve con soplo agradable
Las hojas de argentería
Y las de esmeralda al sauce,
Donde hay de árboles tal greña,
Que parecen los frutales,
O que se prestan las frutas,
O que se dan dulces paces;
Y del verde Dinadamar
A ver los manantiales,
A quien las plantas cobijan
Porque los troncos se bañen,
Entre cuyos verdes ramos
Juntas las diversas aves,
A cuatro y á cinco voces
Cantan motetes suaves;
Y á Jaragui, donde espiran
Dulce olor los frescos valles,
Las primaveras de gloria,
Los otoños de azahares (24);
Cuyo suelo viste Flora
De tapetes de Levante,
Sobre quien vierte el abril
Esmeraldas y balajes;
Y á ver de tus bellas damas
Los bellos rostros, iguales
A los que en sus jerarquías
Las doradas plumas baten,
Por quien, nevado Genil,
Es muy justo que te alabes
Que excedes al sacro Ibero,
Y al rubio Tajo deshaces,
Pues en tus nobles orillas
Milagros de beldad nacen,
Envidia de otras riberas,
Eclipse de otras beldades,
Tan gallardas sobre bellas,
Que no han visto las edades
Ni mantos de mayor brio
Ni mirar de mas donaire,
Tan discretas de razones
Y tan dulces de lenguaje,
Que dirán que entre sus perlas
Destila Amor sus panales;
Estas son, ciudad famosa,
Las que del Duero al Hidaspe
Te dan el honor y el lustre
Que al oro dan los esmaltes.

(24) Al leer este precioso romance de GÓNGORA, no puedo menos de traer á la memoria las lindísimas redondillas de Lope en loor de Granada:

Dale en tu desden entrada,
Así veas tu persona
Con la famosa corona
De nuestra imperial Granada.
Gozarás oro de Darro,
Verde jaspe de Genil,
Del Albaicin la sutil
Toca de tu frente, Lauro.
Daráte Generalife
Flores que esa mano arranque,
Comares en blanco estanque
Te dará dorado esquife.
Vivarrambla sus balcones
Para que en fiestas estés,
Y para dorar tus piés
Vivalmazan sus pendones.
Celebrados carmesíes
La calle que es de tu nombre,
Granada, porque te asombre,
Granos de rojos rubíes.
Vivatambin con soldados
Te hará salva cada dia,
Zacatin y Alcaicería
Te darán tela y brocados.
La vega, con su verdura,
Rojo trigo y verdes parras,
Si nieve las Alpujarras,
Corridas de tu blancura.
Dinadamar su corriente,
Todos los campos sus frutos,
Mis vasallos sus tributos,
Y yo el laurel desta frente.

En tu seno ya me tienes
Con un deseo notable
De que alimenten mis ojos
Tus muchas curiosidades,
Dignas de que por gozarlas,
No solo se desamparen
Las comarcanas del Bétis,
Mas las riberas del Gánges,
Y que se pasen por verlas,
No solo dudosos mares,
Mas las nieves de la Scitia,
De Libia los arenales,
Pues eres, Granada ilustre,
Granada de personajes,
Granada de serafines,
Granada de antigüedades,
Y al fin la mayor de cuantas
Hoy con el tiempo combaten,
Y que mira en cuanto alumbra
El rubio amador de Dafne.

XXXIII.

Tendiendo sus blancos paños
Sobre el florido ribete
Que guarnece la una orilla
Del frisado Guadalete,
Halló el sol una mañana
De las que el abril promete
A la violada señora
Violante de Navarrete,
Moza de manto tendido,
Lavandera de rodete,
Entre hembras luminaria
Y entre lacayos cohete.
Quiso á un mozo de nogal,
De mostacho á lo turquete,
Cuyas espaldas pudieran
Dar tablas para un bufete,
De la cámara de Marte
Gentil-hombre, mata-siete,
Como lo muestra en la cinta
La llave de un pistolete;
Que viste coleto de ante,
Virgen de todo piquete,
No tanto porque el flamenco
Lo dió á prueba de mosquete,
Cuanto porque el español
En las lides que le mete
Hizo mas fuga con él
Que Guerrero en un motete (25).
Dejóla ya por un paje
Bien peinado de copete,
Que arrima á una guitarrilla
Su poquito de bajete;
Dignísimo citarista
De un canicular bonete,
Poeta de Andalucía,
Como cristiano llamete.
Por hacelle pues á solas
De sus pechugas banquete,
Sobre la piadosa sombra
De un álamo su alcahuete,
Descalzar le ha visto el alba
Botines de tafilete
Y lavar cuatro camisas
Del veinticuatro Alderete.
Los blancos paños cubrian
El verde claro tapete (26)
Que dió flores á Violante
Para mas de un ramillete,
Cuando por la puente abajo
Del lavadero acomete
Un mozuelo vellori (27),
Entre lacayo y corchete;

(25) Algunos leen: *que Jusquin.*
(26) Algunos leen:
Y el verde y blanco tapete.
(27) Lo mismo que *bellorio.* El *Carrasco,* como luego se ve, era mulato.

Y llegando al vado, lleno
De celos hasta el gollete
Y de vino hasta las asas,
Esto á los aires comete:
«Violante, que á un tiempo fuiste
Pelota de mi trinquete,
De mis botones ojal
Y de mis cintas ojete,
»Palomeque y Fuenmayor
Me han dicho que es un pobrete
Idolo de tus cuidados,
Y de tu libertad brete;
»Un músico que tremola
Las plumas de un martinete,
Bujía en lo delicado,
Y en lo moreno pebete.
»Llamaránle á desafío
Los renglones de un billete,
Cuando yo presuma dél
Que lo lea y que lo acete;
»Y entonces vístase el pollo
Sobre un jaco un coselete,
Que yo le torceré el alma
Como tuerces tú un roquete.
»—Mas quisiera, le responde,
Una lonja entre un mollete,
Que tus bravatas, Carrasco,
Humos de blanco y clarete.
»Quiero bien á ese galan,
Y si no te quies mal, véte,
Que arena viene pisando
El de lo perdiguillete (28).»
Con un suspiro que fuera
Respuesta de un morterete,
Respondió Carrasco el bravo
Cuando hablar mas le compete.
Llegó entonces Jimenillo,
Y torciendo el de florete,
Guarnecido de oro y pardo,
Con el mulato arremete,
Haciendo que una guitarra
Las negras sienes le apriete,
Música siembra en sus cascos
Y en el campo pinabete.
Mostróle las herraduras
El sevillano jinete
Al tiempo que el jerezano
Le asegundaba un puñete.
Participó dél Violante;
Mas túvolo por juguete,
Guardándole á su Medoro
Con un abrazo un rosquete.

XXXIV.

No me bastaba el peligro
De una grave enfermedad,
Que pues no me mató ella,
Respiro para inmortal (29);
Sino condenarme agora
A deprender á labrar
Un lisonjero imposible
Y un su ave perdonar.
¿Qué te ha hecho, crudo Amor,
Esta pobre libertad,
Blanco de tus demasías,
No las llamo flechas ya?
Forastero bien venido,
Si vais para la ciudad,
Y acaso os metiere en ella
Amor ó necesidad,
Guardáos mil veces, os digo,
De un basilisco mortal,
Que está su mayor ponzoña
En su mas dulce mirar;
De un ángel el mas hermoso
Que vistió la humanidad,
Que de cruel y de bello

(28) Otros leen *pardiguillete.*
(29) Otros escriben *reptilo,* y otros *repito.*

Tiene dudoso lo mas.
Témela el Amor, y tanto,
Que han confirmado amistad
Mayor que se prometia
De mujer y de rapaz.
Todo en daño de las almas,
Ya yo lo sé por mi mal,
Que he pisado entre sus flores
Aspid que sabe matar.
Armado se esconde Amor
De saetas de crueldad
En los ojos que tremolan
Traidoras señas de paz.
Asegúrase el deseo,
Fíase la voluntad,
Y dan en las fieras puntas
Del arquero desleal.
Las señas desta alevosa,
Para que la conozcais,
Son, demás de los extremos
De su gloriosa beldad,
Que si canta se suspende
La armonía celestial,
Y si llora enjuga al alba
Sus lágrimas de cristal.
Con mi ejemplo y estas señas,
Caballero, caminad;
Que ella me condena á muerte,
Y yo me voy á enterrar.

XXXV.

¡Qué necio que era yo antaño,
Aunque ogaño soy un bobo;
Mucho puede la razon,
Y el tiempo no puede poco!
A fe que dijo muy bien
Quien dijo que eran de corcho
Cascos de caballo viejo
Y cascos de galan mozo.
Serví al Amor cuatro años,
Que sirviera mejor ocho
En las galeras de un turco
O en las mazmorras de un moro.
Lisonjas majaba y celos,
Que es el esparto de todos
Los majaderos cautivos
Que se vencen de unos ojos.
Desta dura esclavitud
Hace un año por agosto
Me redimió la merced
De un tabardillo dichoso.
A este mal debo los bienes
Que en dulce libertad gozo,
Y vame tanto mejor
Cuanto va de cuerdo á loco.
Heme subido á Tarpeya
A ver cuál se queman otros
En tan vergonzosas llamas,
Que su honor volará en polvo;
Y he de ser tan inhumano,
Que á quien otra vez piadoso
Ayudara con un grito
Acudiré con un soplo.
Háganse tontos cenizas,
Que con cenizas de tontos
Discretos cuelan sus paños,
Manchados, pero no rotos.
Quince meses há que duermo,
Porque há tantos que reposo
Sobre piedras como piedra,
Sobre plumas como plomo.
No rompen mi sueño celos,
Ni pesadumbres mi ocio,
Ni serenos mi salud,
Ni mi hacienda mal cobro.
Tengo amigos los que bastan
Para andarme siempre solo,
Y vame tanto mejor, etc.
Con doblados libros hago
Los dias de mayo cortos,
Las noches de enero breves
Por lo lacio y por lo tosco.
Cuando ha de echarme la musa
Alguna ayuda de Apolo,
Desatácase el ingenio,
Y algunos papeles borro.
A devocion de un ausente,
A quien ausente y devoto
Con tiernos ojos escribo
Y con dulce pluma lloro,
Discreciones leo á ratos,
Y necedades respondo
A tres ninfas que en el Tajo
Dan al aire trenzas de oro,
Y á la que ya vió Pisuerga,
La aljaba pendiente al hombro,
Seguir la casta Diana
Y eclipsar su hermano rojo.
Salgo alguna vez al campo
A quitar al alma el moho
Y dar verde al pensamiento,
Con que purgue sus enojos.
En mi aposento otras veces
Una guitarrilla tomo,
Que como barbero templo
Y como bárbaro toco.
Con esto engaño las horas
De los dias perezosos,
Y vame tanto mejor, etc.
Pagaba al tiempo dos deudas
Que tenía tras de un torno;
Mas ya há dias que á la iglesia
Del desengaño me acojo;
En cuyo lugar sagrado
Me ha comunicado Astolfo
Todo el licor de su vidrio
Y la razon sus antojos;
Con que veo á la fortuna
De la fábrica de un trono
Levantar un cadahalso
Para la estatua de un monstruo,
Y por las calles del mundo
Arrastrar colas de potros
A quien de carro triunfal
Se apeó en el Capitolio.
Veo pasar como humo,
Afirmado el tiempo cojo
Sobre un cetro imperial
Y sobre un cayado corvo.
Despues que me conocí,
Estas verdades conozco,
Y vame tanto mejor
Cuanto va de cuerdo á loco.

XXXVI.

Levantando blanca espuma
Galeras de Barbarroja,
Ligeras le daban caza
A una pobre galeota
En que alegre el mar surcaba
Un mallorquin con su esposa,
Dulcísima valenciana,
Bien nacida cuanto hermosa (30).
Del Amor agradecido,
Se la llevaba á Mallorca,
Tanto á celebrar las pascuas
Cuanto á festejar las bodas;
Y cuando á los sordos remos
Mas se humillaban las olas,
Mas se ajustaba á la vela
El blando viento que sopla,
Espiándola detrás (31)
De una cala insidiosa
Estaba el fiero terror
De las playas españolas.
Sobresaltóla en un punto;
Que por una parte y otra
Sus cuatro enemigos leños
Tristemente la coronan.
Crece en ellos la codicia
Y en estotros la congoja,
Mientras se queja la dama,
Derramando tierno aljófar:
«Favorable y fresco viento,
Si eres el galan de Flora,
Válgame en este peligro
Por el regalo que gozas.
»Tú, que embravecido puedes
Los bajeles que te enojan
Embestillos en la arena
Con mas daño que en las rocas;
»Tú, que con la misma fuerza,
Cuando al humilde perdonas,
Sueles de armadas reales
Escapar barquillas rotas,
Salga esta vela á lo menos
Destas manos rigorosas,
Cual de garras de alcon
Blancas alas de paloma.

XXXVII.

Sin vela y sin esperanza (32)
Rompe en mal seguro leño
Su serenidad al mar,
Y á la noche su silencio,
Un pobre pescadorcillo,
Ausente de sus deseos,
Lo que hay del mar andaluz
A los valencianos senos.
A calar salió sus redes;
Mas el hijuelo de Vénus,
Suspendiéndole de oficio,
Le condenó á pensamientos.
A dulces memorias dado,
Y arrebatado á su cielo,
Los remos deja á las aguas
Y la red ofrece al viento.
¡Barquero, barquero,
Que se llevan las aguas los remos!
No teme enemigas velas
O de renegado griego
O de enemigo pirata
De la laguna al estrecho (33),
Porque el amor lo asegura,
Que no hay cosario tan fiero,
Que para un cuerpo sin alma
Embista un bajel sin dueño.
Y así, la incierta derrota
Prosigue, velando en sueños (34),
Animosamente vivo,
Humilde pescador muerto.
Lágrimas vierten sus ojos,
Suspiros lanza su pecho
Por pagar al mar y al aire.
Forzados y marineros.
¡Barquero, barquero,
Que se llevan las aguas los remos!

XXXVIII.

En dos lucientes estrellas,
Y estrellas de rayos negros,
Dividido he visto el sol
En breve espacio de cielo.

(30) Así Verges; otros leen:
Bien nacida, si hermosa.
(31) Otros leen:
Esperándola detrás.

(32) Casi todas las ediciones que he visto dicen:
Sin Leda y sin esperanza.
(33) Otros leen:
De la laguna el estrecho.
(34) Otros escriben: *velando sueños.*

El luciente oficio hacen
De las estrellas de Vénus,
Las mañanas como el alba,
Las noches como el lucero.
Las formas perfilan de oro,
Milagrosamente haciendo,
No las bellezas oscuras,
Sino los oscuros bellos;
Cuyos rayos para él
Son las llaves de su puerto,
Si tiene puertos un mar
Que es todo golfo y estrechos.
Pero no son tan piadosos,
Aunque si lo son, pues vemos
Que visten rayos de luto
Por cuantas vidas han muerto.

XXXIX.

Criábase de Albanes
En la corte de Amurates,
No como prenda cautiva
En rehenes de su padre,
Sino como se criara
El mejor de los sultanes,
Del Gran Señor, regalado,
Querido de los bajáes.
Gran capitan en las guerras,
Gran cortesano en las paces,
De los soldados escudo,
Espejo de los galanes;
Recien venido era entonces
De vencer y de ganalles,
Al húngaro dos banderas
Y al Sofi cuatro estandartes;
Mas ¿qué aprovecha domar
Invencibles capitanes
Y contraponer el pecho
A mil peligros mortales,
Si un niño ciego le vence,
No mas armado que en carnes,
Y en el corazon le deja
Dos arpones penetrantes;
Dos penetrantes arpones,
Que son los ojos suaves
De las dos mas bellas turcas (35)
Que tiene todo Levante;
Que no hay turquesas tan finas,
Que á sus ojos se comparen;
Discretas en todo extremo,
Y de gracias singulares.
No le defendió el escudo,
Hecho de finos diamantes,
Porque el amoroso fuego
Es al rayo semejante;
Que el duro hierro en sus manos
Disminuye y lo deshace;
No para en hierro el amor,
Pues sin errar tiro sabe
Poner en el alma el hierro
Y en la cara las señales.
Fué tan desdichado en paz,
Cuanto en la guerra triunfante;
Rendido en paz de mujeres,
Siendo en guerra un fiero Marte;
Bien conoció su valor
Amor, pues para enlazalle,
Por tener sujeto amor
Al que sujetó al dios Marte,
Un lazo vió que era poco,
Y quiso con dos vendalle.

XL.

Amarrado á un duro banco (36)
De una galera turquesca,
Ambas manos en el remo
Y ambos ojos en la tierra,
Un forzado de Dragut
En la playa de Marbella
Se quejaba al ronco son
Del remo y de la cadena.
«¡Oh sagrado mar de España,
Famosa playa y serena,
Teatro donde se han hecho
Cien mil navales tragedias!
»Pues eres tú el mismo mar
Que con sus crecientes besas
Las murallas de mi patria,
Coronadas y soberbias,
»Tráeme nuevas de mi esposa,
Y dime si han sido ciertas
Las lágrimas y suspiros
Que me dice por sus letras;
»Porque si es verdad que llora
Mi cautiverio en su arena,
Bien puedes al mar del Sur
Vencer en lucientes perlas.
»Dame ya, sagrado mar,
A mis demandas respuesta;
Que bien puedes si es verdad,
Que las aguas tienen lenguas;
»Pero, pues no me respondes,
Sin duda alguna que es muerta,
Aunque no lo debe ser,
Pues que yo vivo en su ausencia;
»Pues he vivido diez años
Sin libertad y sin ella,
Siempre al remo condenado,
A nadie matarán penas.»
En esto se descubrieron
De la religion seis velas,
Y el cómitre mandó usar
Al forzado de su fuerza.

XLI.

La desgracia del forzado,
Y del cosario la industria,
La distancia del lugar
Y el favor de la fortuna,
Que por la boca del viento
Les daba á soplos ayuda
Contra las cristianas cruces
A las otomanas lunas,
Hicieron que de los ojos
Del forzado á un tiempo huyan;
Dulce patria, amigas velas,
Esperanzas y ventura.
Vuelve pues los ojos tristes
A ver cómo el mar le hurta
Las torres y de las naves (37)
Las velas, y le da espumas.
Y viendo mas aplacada
En el cómitre la furia,
Vertiendo lágrimas dice,
Tan amargas como muchas:
¿De quién me quejo con tan gran extremo,
Si ayudo yo á mi daño con mi remo?
»Ya no esperen mas mis ojos,
Pues agora no lo vieron,
Sin este remo las manos,
Y los piés sin estos hierros;
»Que en esta desgracia mia
Fortuna me ha descubierto
Que cuantos fueren mis años
Tantos serán mis tormentos.
¿De quién me quejo, etc.
»Velas de la religion,
Enfrenad vuestro denuedo;
Que mal podréis alcanzaraos,
Pues tratais de mi remedio.
»El enemigo se os va,
Y favorécelo el tiempo,
Por su libertad no tanto,
Cuanto por mi cautiverio.
¿De quién me quejo, etc.
»Quedáos en aquesta playa,
De mis pensamientos puerto;
Quejáos de mi desventura,
Y no echeis la culpa al viento.
»Y tú, mi dulce suspiro,
Rompe los aires ardiendo,
Visita á mi esposa bella,
Y en el mar de Argel te espero.
¿De quién me quejo con tan grande extremo,
Si ayudo yo á mi daño con mi remo?»

XLII.

De Tisbe y Píramo quiero,
Si quisiere mi guitarra,
Contar la historia y ejemplo
De firmeza y de desgracia.
No sé quién fueron sus padres,
Mas bien sé quién fué su patria;
Todos lo que yo sabeis,
Y para introducion basta.
Era Tisbe una pintura
Hecha en lámina de plata,
Un brinco de oro y cristal
De un rubí y dos esmeraldas.
Su cabello eran sortijas,
Memorias de oro y del alma;
Su frente el color bruñido
Que da el sol hiriendo al nácar;
Sus labios la grana fina,
Sus dientes las perlas blancas,
Porque, como el oro en paño,
Guarden las perlas en grana.
Desde la barba al pié Vénus,
Su hijuelo y las tres gracias
Deshojando están jazmines
Sobre rosas encarnadas.
La alegría eran sus ojos,
Si no eran la esperanza
Que vistió la primavera
El dia de mayor gala.
La edad, ya habeis visto el diente,
Entre mozuela rapaza,
Pocos años en chapines,
Con reverendas de dama.
Señor padre era un buen hijo,
Señora madre una paila
Dulce, pero simple gente,
Conserva de calabaza.
Regalaban á Tisbica
Tanto, que si la mochacha
Pedia leche de cisnes,
Le traian ellos natas.
Mas ¿qué mucho, si es la niña,
Como quien no dice nada,
La niña de sus dos ojos,
Los ojos de sus dos almas?
Los brazos del uno fueron,
Y del otro eran las faldas,
Los primeros años cuna,
Los siguientes almohada.

XLIII.

Guarda corderos, zagala;
Zagala, no guardes fe;
Que quien te hizo pastora
No te excusó de mujer.
La pureza del armiño,
Que tan celebrada es,
Vístela con el pellico
Y desnúdala con él.
Deja á las piedras lo firme,
Advirtiendo que tal vez,
A pesar de su dureza,
Obedecen al cincel.
Resiste al viento la encina
Mas con el villano pié
Que con las hojas corteses,

(35) Otros dicen:
De las mas hermosas turcas.

(36) *Amarrado al duro banco*, dicen otras ediciones. Sigo el texto de Verges.

(37) Otros leen *nubes*; y algunos:
Las torres y le da nuevas
Las velas y las espumas.

Que á cualquier céfiro creen (38).
Aquella hermosa vid
Que abrazada al olmo ves
Parte pámpanos discreta
Con el vecino laurel.
Tortolilla gemidora,
Depuesto el casto desden,
Talamo hizo segundo
Los ramos de aquel ciprés.
No para un abeja sola
Sus hojas guarda el clavel,
Beben otras el aljófar
Que guarda su rosicler.
El cristal de aquel arroyo,
Undosamente fiel,
Niega al ausente su imágen
Hasta que le vuelva á ver.
La inconstancia al fin da plumas
Al hijo de Vénus, que
Poblando dellas sus alas,
Viste sus flechas tambien.
No pues tu libre albedrío
Lo tiranice interés,
Ni amor, que de singular
Tiene mas que de infiel.
Sacude preciosos yugos,
Coyundas de oro no dén,
Sino cordones de lana,
Al suelto cabello ley.
Mal hayas tú si constante
Mirares al sol, y quien
Tan águila fuere en esto,
Dos veces mal haya y tres.
Mal hayas tú si mirares
En lasciva candidez
Las aves de la deidad
Que primero espuma fue.
Solicitando prolija
La ingratitud de un doncel,
Ninfa de las selvas va,
Vocal sombra vino á ser.
Si quieres pues, zagaleja,
De tu hermosura cruel
Dar entera voz al valle,
Desprecia mi parecer.

XLIV.

Al pié de un árbol robusto,
Sacro honor del encinar,
Que ha muchos años que el Bétis
Le calza el pié de cristal.
Tan robusto, que compite,
No sé cual pondere mas,
Con los montes en dureza,
Con los siglos en edad,
Sobre un pedernal torcido
Esta Fileno, si hay
Pedernal con ramas donde
Hay troncos de pedernal.
Baston fué, y á pocas horas
La fuerza de amor es tal,
Que baston que fué de encina,
Cayado de mimbre es ya.
Desdeñado anda Fileno
De la mas nueva beldad
Que engendró con rayos negros
La blanca espuma del mar.

(38) Así la edicion de Pedro Verges (Zaragoza, 1645).
Las demás dicen equivocadamente:
Que con las hojas corteses,
A cualquier céfiro cree.

XLV.

Estando en Valladolid un médico sin criado, dejó un macho que traia suelto, y fuése á visitar al Almirante, y el macho llegó á comer alcacel que estaba segado para dar verde, y cuando bajó su amo dió á huir, y por cogerlo se ensució los piés en el estiércol, y se le cayó la capa y se le ensució, de que se fué á lavar á Esgueva; y el Almirante pidió á don Luis celebrase este suceso.

Cuando la rosada aurora,
O violada si es mejor,
Escojan los epitetos,
Que ambos de botica son,
Las alboradas de abril
Vierte desde su balcon,
Como en posesion del dia,
Perlas que desata el sol,
Entre ciertos alcaceles
Una sarta se halló
Destas orientales perlas
El machuelo de un doctor.
Fióselas el aurora,
Mas él, de buen pegador,
En solo un abrir de ojo
En doblones las pagó.
Al ruido de la paga,
Que con trompetas llamó,
Ya que no con atabales,
A dar la satisfacion,
Salió el sol, y halló al machuelo
Y al médico, su señor,
Que habia contado el dinero
Con un pié y aun con los dos.
Estaba el varon cual veis,
Si es macho cada varon,
Hecho un macho por la liga
Que en la moneda halló.
Remedio contra extranjeros,
Que el oro fino español
Traducen en ginovés
Para pasallo mejor.
Yo les doy que pasen esto
Que el macho desembolsó,
Y en su lengua lo traduzgan
Con observancia y rigor.
No rocin de pernilero,
Digo de conquistador,
Con mas oro y menos clavos
En aquel tiempo se herró,
Que se herró nuestro Esculapio,
Bien bañados de ramplon,
Porque tiene malos cascos,
Y así lo alianzaron hoy.
Filósofo en el desprecio
Aun mas que en la profesion,
Debajo de los piés tiene
El tesoro que se halló.
Tanta riqueza aborrece,
Hecho un Midas, y aun peor;
Que otro pidió si tuvo,
El tiene, mas no pidió.
Hecho un sol y hecho un mayo,
Quiere que cada terron
Oro engendre, y cada yerba
Trascienda no siendo flor.
Liberal parte con todos
De lo que el macho le dió,
A patadas como mula,
O con mosca ó sin trabon.
El macho piensa que baila,
Y porque no falte son,
Ya que ha engomado las cerdas,
Su rabelilo tocó.
Dióle viento, y fué organillo,
Donde con admiracion
Oyó su trompa el soldado
Y su zampoña el pastor.
Que instrumentos manuales,
Como organillo y violon,
Taña un macho con un ojo,
Ni se ha visto ni se oyó.
No solo quiso tañer,
Sino meter una voz,
Y debió entender su amo
La letra de la cancion,
Pues á un árbol de aquel prado
Pidió apriesa un varejon,
Para llevarle en compás;
Mas el macho no aguardó.
Hizo fuga á cuatro piés,
Y el médico la siguió;
Que es bestial músico el hombre,
Y fué siempre en proporcion.
Dejó la capa corriendo
Sobre cierta provision
De Mérida, que á un correo
Por detrás se le cayó.
Pasó atrás su animalejo,
Que alzaba el pié en ocasion,
Para pedille calzado
Mas que para dalle coz.
Fatigólo por el campo,
Y despues que lo cansó,
Manso se dejó coger,
Muy contento y muy burlon.
El médico, como tal,
Deseaba, y con razon,
Su capa, como la suya
Cualquiera predicador.
Volvió al lugar donde estaba,
Y sin consideracion
Se arrebozó luego en ella,
Si no es que se emborricó.
Siente un no sé qué, y entiende
Que es el zapato; mas no,
Que está léjos el zapato,
Y es mas vecino el olor.
Huele la capa, y sospecha
Que entre tanto que él corrió
Se ha enjertado en su capilla
Algun pobre labrador.
Alarga la mano y halla
Los recaudos del peon;
El sello, mas no el papel,
Sino en cera, que es peor.
Es amarilla la cera,
Y en viéndola confirmó
Que hay difunto en la capilla,
Y con mucha compasion.
Sin hisopo fué por agua
A Esgueva, y toda la dió
A la sepultura, y dijo
Con sentimiento y dolor:
«¡Oh vos, cualquiera que entrastes
Hoy en mi jurisdicion,
Donde mi capa de paño,
Si no de tumba, os sirvió!
Sed príncipe ó sed plebeyo,
Séos decir al menos yo
Que fuera guante de ámbar
Lázaro puesto con vos.
Fuistes galan del terrero,
Desdeñado del Amor,
Que estais suspirando aquí
El desden que allá os mató;
O sois juez agraviado
En muy baja provision,
Porque oleis á proveido,
Muy mal y muy sin razon;
O sois privado de quien,
No solo aquí os despidió,
Mas os echó su mal ojo,
Que es basilisco un señor.
Sed cualquiera cosa de estas;
Que yo hago traslacion
De vuestros huesos á Esgueva,
Aunque todo pulpa sois.
Desenterrador me hago,
Sobre médico que soy;

Que esto es mucho mas que ser
Médico y enterrador.
Allá vais, cómanos peces,
Si no hay otro, cual Arion,
Delfin de algun espinazo,
Que salga en vuestro favor.

XLVI.

Tenemos un doctorando,
Discretos y generosos
Oidores de las tibiezas,
Que con empacho supongo;
Tenemos un doctorando
Criado en un oratorio,
En una casa de orates,
Por no decirla de locos;
Tan comensal, tan hermano
Aun de los mas furiosos,
Que un *orate-fratres* suyo
Será pulla para todos.
Este pues doctorandico
Quiere en la octava del Córpus,
Por autorizar el suyo,
Hacer burla de nosotros.
Hanos convidado á verlo,
Y creo que lo hacen pocos
De los que le están mirando,
Si no se ponen antojos.
Bien es verdad que su ciencia
Se paga ya muy al doblo,
Porque no nos puede ver,
Y no penseis que es por odio,
Sino por la oblicuidad
De sus dos serenos ojos,
Tan serenos, que lo tienen
Romadizado y con mocos.
Este pues doctoranduco (39)
Amaneció con golondros
De doctor una mañana
Que se le alteró el meollo.
Pidióle borla el testuzo;
Entre vano y vergonzoso
Le dijo á su señor tio:
«*Pater noster*, yo soy pollo
»Del huevo que ya empollastes,
Con vuestra pluma me honro;
Dejadme caer en esta
Tentacion de semidocto.
»Ya que lo soy de la haz,
Hacedme del revés tordo,
Dotor digo, y sea una borla
Giralda del Capitolio.»
Correspondióle su tio,
Y aunque algo escrupuloso,
De su talento á la costa
Jinetes ofreció de oro.
Conócelo porque ha sido
Del ya menguado auditorio
De sus sermonicos uno,
Y no ha querido ser otro.
Conoce lo que predica
(Reventando muy de tosco),
Frusleras italianas,
Por monseñor de Bitonto.
Conoce lo que no tiene,
Ni mas partes ni mas tomo
Que las de santo Tomás
Y del siempre agudo Escoto;
Conócelo, mas la honra
Le hizo decir: «Si otorgo,»
Aunque agora la vergüenza
Lo tiene como un madroño.
Hanos traido pues hoy
Este nieto de puspodos
(Por lo cumplido de piés,
Segun la regla de Antonio)
Donde me ha obligado á mi,
Por lo que tiene de potro
Tortural y aun apretante,
Si no de borrico y romo,
A deciros las verdades
Que he callado y ya conozco
Deste discípulo mio,
Este ya mi oyente sordo (40).
Lo que trabajé con él
Sábelo el santo glorioso
Que celebramos hoy, pues
Quizá quedo menos ronco
De dar voces al desierto
Y de convertir escollos,
Que yo de explicarle puntos
Que hoy le he de dar por el rostro.
Es tan rudo su merced,
Que puede sanar él solo
Mal de madre, muchos mas
Que darlos un alboroto.
Presume con todo eso
Su merced de ingenioso;
Mas en su ingenio de seda,
Que repite para torno,
Donde creo que ha torcido
La deste cándido copo,
Desta borla blanca digo,
Que ha pretendido baboso,
Y que ha hilado gusano
Donde se ha de quedar bobo,
Que es capullo para unos
Lo que es borla para otros,
Concédale pues el claustro
Deste doctoral adorno;
Sirva de tilde la insignia
A la Q de nuestro coco.
Que hay señor Q tilde que
Hanlo crecido de hombros
Dos hebras de seda mas
Que cuatro dedos de corcho.
Vanidad de vanidades;
Tanto levanta del polvo
Su mitra á la cogujada
Como su capelo al hongo.
Defecto natural suple
Mal remedio artificioso;
Mono vestido de seda
Nunca deja de ser mono.
Consuélese voacé,
Y goce en siglos dichosos
El debido honor á estudios
De un *Tostado* en nuestro horno.
El magisterio romped
Por lo que teneis de tronco
Los años de las encinas
De nuestro romano *Soto*.
Seais por lo autorizado
Mucho mas grave que el plomo,
Metal que igualmente ignora
La facilidad y el moho.
Llágaos por bienquisto el vulgo
El mismo aplauso que á un toro;
Victor os aclamen letras
De escolástico y redondo (41).
Tan pegado á las paredes
Vivais, que algun envidioso
Os rempuje algun suspiro
Cuando no os diga un responso.
Sonando al fin vuestro nombre
Desde el Cancro al Capricornio,
Trompas de la fama digan
Que se gradúan ya trompos.

XLVII.

Murmuraban los rocines
A la puerta de palacio,
No en sonorosos relinchos,
Que eso es ya muy de caballos,
Sino en su bestial idioma,
Ni gruñendo ni rilando,
Para mejor engañar
Las varas de los lacayos.
Cabecijuntos murmuran,
Tres á tres y cuatro á cuatro,
De sus amos lo primero,
Por mas parecer criados.
Un castaño comenzó
Rocin portugués hidalgo,
Cuyo pelo es un erizo,
Por ser fruta de castaño.
Con mas paramentos negros
Que el rocin de Arias Gonzalo,
Que en la cadera y el luto
Mas es tumba que caballo.
«Sirvo, les dijo, á un ratiño,
Macías enamorado,
Tan flaco en las carnes él,
Como yo en las carnes flaco.
»Como un esclavo le sirvo,
Aunque nunca me ha herrado
Ni la cadera con S
Ni la herradura con clavo.
»Dos cosas pretende en corte,
Y ambas me cuestan mis pasos:
La verde insignia de Avis
Y un serafin castellano;
»Porque en Africa su abuelo
Mató un leon cuartanario,
Desde una palma subido,
De cuarenta arcabuzazos.
»Fatiga tanto al Consejo,
Y al Amor fatiga tanto,
Que no irá cruzado el pecho
Sin ir el rostro cruzado;
»Porque el padre de la moza
Me dicen que le ha jurado
De darle la cruz en leño,
Que pide al Consejo en paño.»
Apenas el portugués
Acabó sus quejas, cuando
Una remendada pia,
De un comiscal cortesano,
Mordiendo el freno tres veces,
Y otras tres humo espirando
(Que es cólera de que escriben
Autores arrocinados),
«Sirvo, les dice, á un pelon,
Que no solo há veinte años
Que come de aventurero,
Mas que duerme de prestado.
»Con esta gualdrapa corta,
Y tan corta, que ha guardado
Mejor que si fuera cuello
La medida del dozavo,
La tercia parte me cubre
Deste dudoso espinazo,
Que puede ser mojonera
De un término pleiteado.
No hay alcon hoy en Noruega,
Donde el sol es mas escaso,
Tan solicito en cebarse
Como mi dueño ó mi daño,
Que volando pico al viento,
Sale muy bien santiguado
A escuchar los almireces
De las casas do hacen plato.
Entrase donde los oye,
Limpiándose los zapatos,
Y déjame á la pared
Pegado como gargajo.
No sé cómo lo reciben;
Mas sí sé que dias hartos,
Mirándome á mí los pajes,
Esto salen murmurando:
«Juro á Dios que en el comer
Es el dueño deste haco,
Sabañon en el invierno,
Salpullido en el verano.»
Desciende luego tras ellos
A mi pesar, porque al cabo,

(39) Otros leen: *doctoranduncio*.

(40) Otros leen: *deste ya mi oyente*.

(41) Otros ponen:
Solo escolástico y redondo.

Ya que no hay cebada, hay ocio,
Que no es mal pienso el descanso.
»Cobijame los cuadriles,
Y sale podenqueando
Nuevas que el dia siguiente
Valgan cocido y asado.»
De un procurador de Cortes
Habló allí un rocin mas largo
Que una noche de diciembre
Para un hombre mal casado.
«Escuchado he vuestras quejas
Con las orejas de un palmo,
Y á no sentir yo mis duelos,
Sintiera vuestros trabajos.
»Diez años tiramos juntos
Por toda tierra de campos
Yo y un tio de Babieca
El carreton de Lain Calvo.
»Servi á condes, servi á reyes,
Hasta que por varios casos
Tendimus in latium, digo,
Me mirais tendido y lacio.
»Trájome á Madrid mi dueño,
Donde apenas hay establo
A do quepa mi largueza
Si no duermo como galgo.
»La calle Mayor abrevio,
Y la carrera del Prado
Desde el copete á la cola
La ocupo, si no la paso.
»Como tan largo me ven,
Piensan todos los muchachos
Que soy algun pasadizo
De la posada á palacio.
»Por descendiente me juzgan
Los que me miran de espacio,
En la materia y la forma
De aquel caballo troyano.
»Y si como tanto hierro,
Como se queja mi amo,
Ya que no lo esté de griegos,
Estaré lleno de armados.
»De noche me quita el freno,
Porque dice que lo gasto,
Y lo pongo en cuatro dias
Como soneto limado.»
No le consintió acabar
Un extranjero cuartago,
Porque entendió que tenia
Razones de su tamaño.
«No sirvo, dijo, á pelones,
Como vosotros, cuitados,
Sino á un extranjero rico,
Miserable por el cabo.
»Y advertid que siendo aquestos
Hombres míseros y avaros,
Veréis que se llaman todos
O Césares ó Alejandros.
»La paja me da por libras,
La cebada por puñados,
Y para engañar mi hambre
Este artifice de engaños,
»Unos antojos me pone
De unos vidrios tan doblados,
Que hacen de una paja ciento,
Y cuatrocientos de un grano.
»Pero bien me satisfice
Desta burla y deste agravio
Un dia, cuya memoria
A la venganza consagro.
»Solia decir, trayéndome
Por las caderas la mano:
—Como un banco estás, amigo,
Poco te luce el regalo.—
»Tantas veces me lo dijo,
Que una dellas por un lado
Le di muy bien á entender
Que tenia piés el banco.»
Dieron entonces las once,
Y al mismo punto dejaron
Su plática los rocines,
Sus quínolas los lacayos.
Cualquier docto en esta lengua
Podrá mañana temprano
Ir á escuchar otro poco
Las mulas de los letrados.

XLVIII.

A un caballero de Córdoba que decia que Córdoba se llamó Sansueña, y que por una reja que tenia en su casa sacó don Gaiferos á Melisendra, y así destos como de otros chistes que pasaban por otros caballeros ridículos hizo este romance.

Desde Sansueña á Paris
Dijo un medidor de tierra
Que no habia un paso mas
Que de Paris á Sansueña.
Mas hablando ya en juicio,
Con haber quinientas leguas,
Las anduvo en treinta dias
La señora Melisendra
A las ancas de un *polaco*,
Como Dios hizo una bestia,
De la cincha allá frison,
De la cincha acá litera.
Llevábala don Gaiferos,
De quien habia sido ella,
Para lo de Dios esposa,
Para lo de amor cadena.
Contemple cualquier cristiano
Cuál llevaria la francesa
Lo que el griego llama nalgas
Y el frances asentaderas.
Caminaban en verano,
Y pasábanlo en las ventas
Los dos nietos de Pepino
Con su abuelo y agua fresca.
Desdichado de ti, Pierres,
Que en un rocin con soletas
Valles y barrancos saltas,
Y en el campo llano vuelas.
Con este escudero solo
Y una espada ginovesa,
Que se la prestó Roldan
Para el robo de su Elena,
Atravesaron á España
Cuando mas estaba llena
De ermitaños de Marruecos,
Fray Hamete y Fray Zulema.
Andando pues ya pisando
De las faldas pirineas
Los ribetes de Navarra,
Zurcidos ya con su lengua,
Apeóse don Gaiferos
A hacer que ciertas yerbas
Huelan mas que los jazmines,
Aunque nunca tan bien huelan.
Melisendra melindrosa,
Cansada tambien, se apea
Para oir del señor Pierres
De Paris aquestas nuevas:
»Despues que dejaste á Francia,
Como todo ha sido guerras,
Trocaron los monsiures
Las madamas en banderas.
»Quedó la corte tan sola,
Que en la juvenil ausencia
Valian veinte y cinco años
Veinte y cinco mil de renta.
Quedaron todas las damas
De su inclinacion depuestas,
El apetito con hambre
Y los ojos con dieta.
»Desayunábanse á dias,
Y cortábanse las flemas
Con dos garnachas maduras
Magníficas de Venecia.
Venturosa fuiste tú,
Que tuviste en esta era
Un moro para la brida
Y otro para la jineta.
»Don Guarinos el galan,
Pretendiendo á Berenguela,
Vistió un lacayo y tres pajes
De una liada librea.
»Fuése rompiendo el vestido,
Fuése acercando la denda,
Y fué huyendo la dama
De su gala y su pobreza.
»Don Godofre el heredado,
Hijo de Dardin Dardeña,
Desempedrando la calle,
Los higados nos empiedra.
»Sirve á doña Blanca Orliens;
Y como no hay mas que verla,
Las gafas es doña Blanca
Y el terrero doña Negra.
»Doña Alda, vuestra vecina,
La que Amor rindió á la puerta
Del templo de San Dionís,
Cada rato pide iglesia.
»Fuése á la guerra Tristan,
El marido de Lucrecia,
Y ella busca otro Tarquino
Que le rasque la mollera.
»Dicen que cuando escribiste
A tu prima la doncella,
Rugero leyó la carta
Y otro le quitó la nema;
»Y que ella despues acá,
La vez que se sangra deja
Que le aprieten bien la cinta,
Mas no que saquen lanceta.
»Por madama de Valois
Se cargaron de rodelas
Cuatro ó seis caballerotes,
Como cuatro ó seis entenas.
»Veíalos con salud,
Veíalos con paciencia,
Ni sé cuándo la hablaban
Ni cuándo reñian por ella.
»Reimundo con sus tres pajes
Mil músicas dió á la puerta
De una dama que lo oia
Abrazada de un poeta;
»Y el socarron otro dia
Les enviaba una letra,
Escondiendo el dulce caso
Entre almalafas de seda.
»Hallarás á Flor de Lis
Haciendo cuando la veas,
De las hermosas de Francia
Lo que el sol de las estrellas.
»Jinetes la solicitan,
Caballeros la pasean,
Y ella dice que da á un paje
Lo que á tantos amos niega.
»Dijo bien Dudon un dia,
Viendo dalle tantas vueltas,
—Basta, señores, que andamos
Tras la paja muchas bestias.—»
En esto llegó Gaiferos
Atando las agujetas,
Y porque el aire de abajo
Corria, pican apriesa.

XLIX.

A un caballero que se jactaba de que descendia de cuatro grandes, y no era así, ni él era de buenas costumbres.

«¿Quién es aquel caballero
Que á mi puerta dijo: Abrid?
—Caballero soy, Señora,
Caballero de Moclin.
»Nieto soy de cuatro grandes
De á tres varas de medir,
Tan dendo del conde Claros,
Que me acuesto sin candil.
»Mi hacienda es un escudo
Orlado de treinta mil,

No maravedís de juro,
Sino insignias del Sofi.
»Los carteles de mi escudo
Lo pueden ser de un jardin:
Un espino y dos romeros
Y cuatro flores de lis;
»Que verde soy de linaje,
No lo sepa algun rocin,
Que me teñirá en gualdado
Estas mañanas de abril.
»Sangre mas que una morcilla,
Honra mas que paladin,
Doña Blanca esta en Sidonia,
En mi bolsa ni un ceuti.
»Toda la tierra he corrido,
El mar he visto en latin,
Mare vidi muchas veces,
Pero no *maravedí*,
»La necesidad que tiene
El anima de un gentil,
La brújula de un gitano,
La conciencia de un neblí.
»En el real de don Sancho
Me libraron un cuatrin
Cuando las tinieblas visten
Los gatos de vellori.
»Dos hombres de armas y yo
Saliamos por ahí
A cautivar ferreruelos
Que corrian el pais.
»Tal vez no sola la capa
Nos dejaba san Martin,
Sino tambien el espada
Con que solia partir.
»Gentilhombres hice á muchos
Sin ser rey, á muchos di
Espaldarazos sin darles
El lagarto carmesí.
»Soy un Cid en quitar capas,
Perdóneme el señor Cid,
Quédesele el *Campeador*,
Y el *capeador* para mí.
»Mi camisa es la tizona,
Que tiene filos de brin,
Y no ha sido la colada (42)
Despues que me la vestí.
»Si me hiere, Dios lo sabe,
A lo menos sé decir
Que tengo hambre con ella,
Como mujer varonil.
»¡Oh cuánto puede Señora,
Un cuello de caniqui!
Si no es rosa desta espina,
El miente como ruin.»

L.

Saliéndome estotro dia,
Candidísimo lector,
A tomar el sol, que ogaño
Se usa tomar hasta el sol,
Reventando el pensamiento,
De moral alimentó,
Como gusano de seda,
Mi necia imaginacion.
Baboseando cuidados,
Y ajenos, que es lo peor,
Hiló su carcel la simple
En dos horas de reloj.
¡Qué impertinente clausura
Y qué propiamente error,
Fabricar de ajenos yerros
Las rejas de su prision
En moneda de piedad!
Boberias son de á dos,
Que no valen ni aun en plata
Un ceuti, aunque sea limon.
Que el vaso de oro en que os sirve
Vuestro gusto su licor
Sea penado para mí
Si es glorioso para vos,
Caridades excusadas
Mia fe son.
Que las flechas veniales
De vuestro mortal amor,
Que á vos no os pasan el sayo,
Me pasen á mí el jubon;
Que los alcones del otro
Poderoso gran señor,
Doliéndome de sus gastos,
Los cebe en mi corazon,
Caridades, etc.
Que me duela del tahur
Lo que hasta el alba perdió,
Riendo el alba igualmente
Su pérdida y mi dolor;
Que la viudez me lastime
De la que moza quedó,
Si fué el responso del muerto
Del vivo amonestacion,
Caridades, etc.
Que sienta la ociosidad
Del vagamundo doctor,
Que herrando nunca su mula,
Todas las curas erró;
Que á su mujer le dé el palo
Un marido, y sudeis vos,
Pagándole ella en madera
Lo que el en leña le dió,
Caridades excusadas,
Mia fe, son.
En este capullo estuvo
El juicio de don Yo
Dos horas; letor, *adio*,
Que en Bergamasco es *adios*.

LI.

Trepan los gitanos,
Y bailan ellas;
Otro nudo á la bolsa
Mientras que trepan.
Gitanos de corte,
Que sobre su rueda
Les mostró fortuna
A dar muchas vueltas.
Si en un costal otros
Han dado cien trepas,
En un zurron estos
Darán cuatrocientas.
Desvanecen hombres;
Mas ¿quién hay que pueda,
Viendo andar de manos,
No dar de cabeza?
Y si unos (43) dan brincos,
De rubíes y perlas
Otros como locos
Tiran estas piedras.
Otro nudo, etc.
Canta en vuestra esquina
Una cancion tierna
El paje con plumas,
Pájaro sin ellas;
Blanco ruiseñor,
Que en noche serena
Dulce os adormece
Y dulce os requiebra.
Si tu amo en tanto
Que hierros de reja,
Que os suspende el quiebro,
La hija os requiebra,
Deste ruiseñor
Os guardad, que os echa,
Como alano al paje,
Que os asga la oreja.
Otro nudo, etc.
A vos canta el paje,
Buen viejo; que á ella
Letrillas de cambio
Le cantan terceras.
Que no hay pié de copla
De ningun poeta
Como los de un banco,
Y mas si no quiebra.
No os fieis del quicio,
Requerid la puerta,
Que dada la uncion,
Sin habla os espera.
Bajad si por dicha
No quereis que mientras
Forma el paje puntos
Meta el amor letra.
Otro nudo, etc.
En Valladolid
No hay gitana bella
Que no haga mudanzas
Estándose queda.
El pié sobre corcho
¡Mirad qué firmeza!
Mueve con buen aire,
Mi honra y la vuestra.
Al son de un pandero,
Que á su gusto suena,
Deshace cruzados,
Que es buena moneda.
Y al conde mas rico,
Que baila con ella,
Conde de gitanos,
Desnudo le deja.
Otro nudo, etc.
Miran de la mano
La palma que lleva
Dátiles de oro;
La que no, no es buena.
De las vidas hacen
Cabes de á paleta,
Que pasan las rayas
Hasta las muñecas.
Estrellas os hallan;
Que mujeres destas
En medio del dia
Hacen ver estrellas.
Búscanos el aspa;
Mas, segun dan vueltas,
Antes hallarán
Las devanaderas.
Otro nudo, etc.
Sobre cuatro palmos
De una vara estrecha
Hace el mercader
Cien mil ligerezas.
Vuela por el mundo
La pluma en la oreja,
Dando extraños saltos
De una en otra feria,
Sin temer caida,
Porque sobre seda
Caidas de gato
Nunca dieron pena.
Fardos á Logroño
Se cargan apriesa,
Que para trepar
Se escombra la tienda.
Otro nudo á la bolsa
Mientras que trepan.

LII.

A vos digo, señor Tajo,
El de las ninfas y ninfos,
Boquirubios toledanos,
Gran regador de membrillos;
A vos el vanaglorioso
Por el extraño artificio,
En España mas sonado
Que nariz con romadizo;
Famoso entre los poetas,
Tan leido como escrito,

(42) Así el texto de Verges.

(43) Así la edicion de Verges; otros dicen equivocadamente:
Y si nos dan brincos.

Y de todos celebrado,
Como el dia del domingo,
Por las musas pregonado
Mas que jumento perdido,
Por rio de arenas de oro,
Sin habéroslas cernido;
Llamado sois con razon
De todos sagrado rio,
Pues que pasais por en medio
Del ojo del Arzobispo.
Vos, que en las sierras de Cuenca,
Mirad qué humildes principios,
Naceis de una fuentecilla
Adonde se orina un risco;
Vos, que por pena cada año,
De vuestros grandes delitos,
Os mencan las espaldas
Mas de docientos mil pinos;
Acordáos de todo aquesto,
Y bajad el toldo, amigo,
Cuando furioso regais
Los jardines de Filipo;
Cuando vuestras aguas sean
Municiones de mil tiros,
Admiracion de los ojos,
Bateria de castillos:
Cuando mil nevados cisnes
Pasen vuestros vados frios,
Cuando beben vuestras aguas
Mil ciervos de Jesucristo.

LIII.

Manzanares, Manzanares,
Vos, que en todo el acuatismo
Duque sois de los arroyos
Y vizconde de los rios,
Soberbio correis, mi pluma,
Miércoles sea corvillo
Del polvo canicular,
En que os veréis convertido.
Bien es verdad que os harán
Marqués de Poza en estio
Los que, entrando á veros sucios,
Saldrán de veros no limpios.
No os desvanezcais por esto,
Que de la piedra sois hijo,
Pues tomastes carne undosa
En las entrañas de un risco.
Enano sois de una puente,
Que pudierais ser marido,
Si al besalla en los tres ojos
Le llegarais al tobillo.
Al tobillo, mucho dije,
A la planta apenas digo,
Y esa no siempre desnuda,
Porque calzada ha vivido.
Solicitad diligente,
Alcanzándoos á vos mismo,
Los abrazos de Jarama,
Minotauro cristalino,
Para que sirvais la copa
A los parientes del signo
Que lame en su pié diamantes
Y pisa en abril zafiros.
Y sepa luego de vos
Todo cuervo masculino
Que de sus agitaciones
Esta ya acabado el circo.
La real plaza del Fénix
De Pisuerga ilustre olvido,
Teatro de carantoñas,
Cadahalso de castigos.
Decidles á esos señores
Que há mas que fueron novillos
Que serán sin duda encinas
Deste hermoso edificio.
Espectáculo feroz,
Emulo de los antiguos,
Mas desmentido en España
De dos cañazos moriscos.
Decidles que á tanta fiesta
Prevengan los mas lucidos
Sus martinetes de hueso,
Pompa de tantos cintillos;
Que estudien ferocidad,
Y de sus corvos cuchillos,
Si tienen sangre las sombras,
Beban la sangre los filos;
Que salgan de los toriles
Entre feroces y tibios,
Sin bramar á lo casado
Ni escarbar á lo gallino;
Mas si escarbaren..que sea
Para dar luz al abismo (44)
O sepulcros á los muertos
Que no se comieron vivos.
Toros sean de Diomédes,
A cuyo rocin morcillo
El pienso mas venial
Fué un celemin de homicidios;
Que aspiren á ser leones
Para que los haga erizos,
Pluralidad generosa
De rejones bien rompidos;
Que mas se querrá un bicorne
Que verse hecho un sotillo
De fresnos azafranados,
Desbarrigando pollinos.
Perdonen que el asonante
Rebuzno ha hecho el relincho
Del que morirá cornado,
Y escudos costó infinitos.
Los menos pues criminales
Por esta vez consentimos
Que rondeu, que prendan capas,
Y dén en fiado silbos;
Porque un silbo es necesario
Para cómicos delitos,
Municion de mosqueteros,
Que pretendo por amigos;
Que al fin para embravecerse
Vacunos armen garitos
Del juego del hombre, padre
De chachos ó de codillos;
Y á fe que reyes fallados
Y matadores vencidos
Hagan á los bueyes toros,
Y á los toros basiliscos.

LIV.

Erase una vieja
De gloriosa fama,
Amiga de niñas,
De niñas que labran (45).
Para su contento
Alquiló una casa
Donde sus vecinas
Hagan sus coladas.
Con la sed de amor
Corren á la balsa
Cien mil sabandijas
De natura varia,
A que con sus manos,
Pues tiene tal gracia
Como el unicornio,
Bendiga las aguas.
Tambien acudia
La viuda honrada,
Del muerto marido
Sintiendo la falta,
Con tan grande extremo,
Que allí se juntaba
A llorar por él
Lágrimas causadas.

(44) Sigo el texto de Verges, Faria y otros; algunos leen:

Para dar fin al abismo.

(45) Sigo el texto de Verges. Otras ediciones dicen:

Antigua de niñas.

LV.

A la fábula de Leandro y Ero (46).

Aunque entiendo poco griego,
En mis gregüescos he hallado
Ciertos versos de Museo,
Ni muy duros ni muy blandos.
De dos amantes la historia
Contiene, tan pobres ambos,
Que ella para una linterna,
Y él no tuvo para un barco.
Dice pues que doña Ero
Tuvo por padre á un hidalgo,
Alcaide que era de Sexto,
Mal vestido y bien barbado.
Su madre una buena griega,
Con mas partos y pospartos
Que una vaca, y el castillo
Una casa de descalzos.
Cernicalos de uñas negras
En las almenas criados,
Muchos dones á un candil,
Y témporas todo el año.
Tambien dice este poeta
Que era hijo don Leandro
De un escudero de Avido,
Pobrisimo, pero honrado.
Grandes hombres padre y hijo
De regalarse el verano
Con gigotes de pepino,
Y los inviernos de nabo.
La politica del diente
Cometian luego á un palo,
Vara, y no de vagamundos,
Pues no los ha desterrado.
Era pues el mancebito
Un Narciso iluminado.
Birote de amor, no pobre
De plumas y de penachos.
De su barrio y del ajeno
Diligentisimo braco,
Grande orinador de esquinas,
Pero ventor por el cabo;
Citarista, aunque nocturno,
Y Orfeo tan desgraciado.
Que nunca enfrenó las aguas
Que convocó el dulce canto,
Puesto que ya de Anfion
Imitando algunos pasos,
Llamó á sí muchas mas piedras
Que tuvo el muro tebano.
Este pues galan un dia,
No sé si á pié ó á caballo,
Salió. Dios en hora buena,
No muy bien acompañado.
Cualquier lector que quisiere
Entrarse en el campo largo
De las obras de Boscan,
Se podrá ir con él despacio;
Que yo á pié quiero ver mas
Un toro suelto en el campo
Que en Boscan un verso suelto,
Aunque sea en un andamio.
Y así, no sé dónde fueron
Ni cómo se convocaron
Los devotos convecinos
De templo tan visitado.
Sé al menos que concurrieron
Cuantos baña comarcanos
El sepulcro de la que iba
A las ancas de su hermano.
Esto solo de Museo
Entendí, y abreviando,
A la vela ó romeria
Llegó en un rocin muy flaco.

(46) No sé por qué se cree que este romance fué escrito contra Quevedo. No he alcanzado á comprender en qué estriban las alusiones.

El noble alcaide de Sexto
Y la alcaidesa en un asno,
Con perdon de los cofrades,
Doña Ero en un cuartago,
Gallarda de capitolio
Y de sombrero bordado,
Que le prestó para ello
La mujer de un veinticuatro.
Los demás caballeritos
En la torre se quedaron,
Cuál sin pluma, cuál con ella,
Y todos de hambre piando.
Alborotó la aula Ero,
Que el muro del velo blanco
Tenia dos saeteras (47)
Para dos ojos rasgados,
A quien se calaron luego
Dos ó tres torzuelos bravos,
Como á buho tal, y entre ellos
El Avideño bizarro
Pióla cual gorrion,
Cacareóla cual gallo,
Arrullóla cual palomo,
Hizola ruedas cual pavo.
Ella del guante al descuido
Desenvainando una mano,
Lo aseguró y le dió un bello
Cristalino cintarazo.
Quedó aturdido el mozuelo
Y medio desatinado,
Almibar dejó de amor
Caérsele por los labios.
Poco fué lo que le dijo,
Mas tan dulce, aunque tan bajo,
Que hecho sacristan Cupido,
Le corrió el velo al retablo.
Dejó caer el rebozo,
Y descubrió el sepan cuantos
Esta buena cara vieren
Que han de morir anegados.
Crepúsculo era el cabello
Del dia entre oscuro y claro,
Rayos de una blanca frente,
Si hay marfil con negros rayos.
De ébano quiere el Amor
Que las cejas sean dos arcos,
Y no de ébano bruñido,
Sino recien aserrado.
Los ojazos negros dicen:
«Aunque negros, gente samo,
Condes somos de Buendia,
Si no somos condes claros.»
Los títulos me perdonen,
Y el dibujo prosigamos,
Que si no los tuvo Grecia,
Los pidió á España prestados.
La nariz algo aguileña,
Que lo corvo vinculado
Lo dejó Ciro á los griegos,
Como alfange en mayorazgo.
De rosas y de jazmines
Mezcló el cielo un encarnado,
Que por darlo á sus mejillas,
Se lo hurtó al alba aquel año.
En dos labios dividido,
Se rie un clavel rosado,
Guarda-joyas de unas perlas
Que envidia el mar indiano.
Lo torneado del cuello,
Y del pecho el alabastro
Tentaciones son, Señor;
Sed libera nos à malo.
Entre lo que no se ve
Y lo que brujuleamos
Metió una basquiña verde
El baston terciopelado.
Estas eran las bellezas
De aquel ídolo de mármol,
Que á razones y á pellizcos
Tenia ya al mozuelo blando.
Favorecióles la noche,
Prestándoles tiempo, y tanto,
Que se contaron sus vidas,
Y sus muertes concertaron.
Señora madre devota
Se estuvo siempre rezando,
Y señor padre poltron
Se salió á dormir al patio.
Con esto dieron lugar
A que el galan diese asalto
Y escalase el pecho bobo,
Sin tocar nadie á rebato.
Celebrada pues la fiesta
Por aquellos mismos pasos,
Si bien con otros intentos,
Que vinieron, se tornaron.
Pulgas pican al pelon,
Y tiénenlo tan picado,
Que diera al tiempo las plumas
De su sombrerillo pardo,
Para que lo sincopara
El término señalado
A los gustos no cumplidos
Y á los dias malogrados.
Llegó al fin, que no debiera,
En un dia muy nublado
Y una noche muy lluviosa,
Luto el uno, el otro llanto.
Apenas la oscura noche
Las cintas se ató del manto,
Y no del manto de lustre,
Sino de soplos del austro,
Cuando el mozuelo orgulloso
Hácia el mar alborotado
Un pié con otro se fué
Descalzando los zapatos.
Llegó desnudo á la orilla,
Donde estuvieron un rato,
Las faldas de la camisa
A las olas imitando,
Haciendo con el estrecho,
Que ya le parece ancho,
Lo que el dia de la purga
El enfermo con el vaso.
La trémula seña aguarda
Que de luz corone lo alto,
Si tanta distancia puede
Vencella farol tan flaco.
Présaga al fin del suceso,
Turbada salió del caso,
Y cobarde al fiero soplo
Del animoso contrario.
Leandro, en viendo la luz,
La arena besa, y gallardo,
«¡Oh de la estrella de Vénus,
Le dice, ilustre traslado!
»Norte eres ya de un bajel
De cuatro remos por banco;
Si naufragare, serás
Santelmo de su naufragio.
»A tus rayos me encomiendo;
Que si me ayudan tus rayos,
Mal podrá un brazo de mar
Contrastar á mis dos brazos.»
Esto dijo, y repitiendo
Ero y *Amor*, cual villano
Que á la carrera ligero
Solicita el rojo palio.

(47) Unos leen *saeteras*, y otros *saetias*. Lo mismo dicen ambas lecciones.

LVI.

Continuacion del anterior.

Arrojóse el mancebito
Al charco de los atunes,
Como si fuera el estrecho
Poco mas de media azumbre.
Ya se va dejando atrás
Las pedorreras azules
Con que enamoró en Avido
Mil mozuelas agridulces.
Del estrecho la mitad
Pasaba con pesadumbre,
Los ojos en el candil,
Que del fin temblando luce,
Cuando el enemigo cielo
Disparó sus arcabuces,
Se desatacó la noche
Y se orinaron las nubes.
Los vientos desenfrenados
Parece que entonces huyen
Del órden donde los tuvo
El griego de los embustes.
El fiero mar alterado,
Que ya sufrió como un yunque
Al ejército de Jérjes,
Hoy un mozuelo no sufre.
Mas el animoso jóven
Con los ojos cuando sube,
Con el alma cuando baja,
Siempre su norte descubre.
No hay ninfa de Vesta alguna
Que así de su fuego cuide
Como la dama de Sexto
Cuida de guardar su lumbre.
Con las almenas la ampara,
Porque ve lo que le cumple;
Con las manos la defiende
Y con las ropas la cubre.
Pero poco le aprovecha,
Por mas remedios que use;
Que el viento con su esperanza
Y con la llama concluye.
Ella, entonces derramando
Dos mil perlas de ambas luces,
A Vénus y Amor promete
Sacrificios y perfumes.
Pero Amor, como llovia
Y estaba en cueros, no acude,
Ni Vénus, porque con Marte
Está cenando unas ubres.
El amador, en perdiendo
El farol que lo conduce,
Menos nada y mas trabaja,
Mas teme y menos presume.
Ya tiene menos vigor,
Ya mas veces se zabulle,
Ya ve en el agua la muerte,
Ya se acaba, ya se hunde.
Apenas espiró, cuando,
Bien fuera de su costumbre,
Cuatro palanquines vientos
A la orilla lo sacuden.
Al pié de la amada torre
Donde Ero se consume
No deja estrella en el cielo
Que no maldiga y acuse.
Y viendo el difunto cuerpo,
La vez que se lo descubren,
De los relámpagos grandes
Las temerosas vislumbres,
Desde el alta torre envia
El cuerpo á su amante dulce,
Y el alma donde se queman
Pastillas de piedra azufre.
Apenas del mar salia
El sol á rayar las cumbres,
Cuando la doncella de Ero,
Temiendo el suceso, acude;
Y viendo hecha pedazos
Aquella flor de virtudes,
De cada ojo derrama
De lágrimas dos almudes.
Juntando los mal logrados
Con un punzon de un estuche,
Hizo que estas tristes letras
Una blanca piedra ocupe:
«Ero somos y Leandro,
No menos necios que ilustres,
En amores y firmezas
Al mundo ejemplos comunes.

»El amor, como dos huevos,
Quebrantó nuestras saludes;
El fué pasado por agua,
Y yo estrellado fin tuve.
«Rogamos á nuestros padres
Que no se pongan capuces;
Sino, pues un fin tuvimos,
Una tierra nos sepulte.»

LVII.

A la fábula de Píramo y Tisbe (48).

La ciudad de Babilonia,
Famosa, no por sus muros,
Fuesen de tierra cocidos,
O sean de tierra crudos;
Sino por los dos amantes
Desdichados hijos suyos,
Que, muertos, y en un estoque,
Han peregrinado el mundo;
Citarista dulce, hija
Del archipoeta rubio,
Si al brazo de mi instrumento
Le solicitas el pulso,
Digno sugeto será
De las orejas del vulgo;
Popular aplauso quiero,
Perdónenme sus tribunos.
Píramo fueron y Tisbe,
Los que en verso hizo culto
El licenciado Nason,
Bien romo ó bien narigudo.
Dejar el dulce candor
Lastimosamente oscuro
Al que túmulo de seda
Fue de los dos casquilucios,
Moral que los hospedó,
Y fué condenado al punto,
Si del Tigris no en raices,
De los amantes en fruto.
Estos pues dos babilonios
Vecinos nacieron mucho,
Y tanto, que una pared
De oidos no muy agudos
En los años de su infancia
Oyó á las cunas los tumbos,
A los niños los gorgeos
Y á las amas los arrullos.
Oyólos, y aquellos dias
Tan bien la audiencia le supo,
Que años despues se hizo
Rajas en servicio suyo.
En el interin nos digan
Los mal formados rasguños
De los pinceles de un ganso
Sus dos hermosos dibujos,
Terso marfil su esplendor
No sin modestia interpuso
Entre las ondas de un sol
Y la luz de dos carbunclos.
Libertad dice llorada
El corvo suave luto
De unas cejas, cuyos arcos
No serenaron diluvios.
Luciente cristal lascivo,
La tez digo de su vulto,
Vaso era de claveles
Y de jazmines confusos.
Arbitro de tantas flores,
Lugar el olfato obtuvo
En forma, no de nariz,
Sino de un blanco almendruco.
Un rubí concede ó niega,
Segun alternarle plugo,
Entre doce perlas netas
Veinte aljófares menudos.
De plata bruñida era
Proporcionado cañuto
El órgano de la voz
La cerbatana del gusto.
Las pechugas, si hubo fénix,
Suyas son; si no lo hubo,
De los jardines de Vénus
Pomos eran no maduros.
El ecetera es de mármol,
Cuyos relieves ocultos
Ultraje mórbido hicieran
A los divinos desnudos.
La vez que se vistió Páris
La garnacha de Licurgo,
Cuando Pálas por vellosa
Y por zamba perdió Juno,
A esta desde el primero (49)
Umbral de su primer lustro,
Niña la estimó el Amor
De los ojos que no tuvo.
Creció deidad, creció envidia
De un sexo y otro, ¿qué mucho
Que la fe erigiese aras
A quien la emulacion culto?
Tantas veces de los templos
A sus posadas redujo
Sin libertad los galanes,
Y las damas sin orgullo,
Que viendo quien la vistió,
Nueve meses que la trujo,
De terciopelo de tripa
Su peligro en los concursos,
Las reliquias de Tisbica
Engastó en lo mas recluso
De su retrete, negado
Aun á los átomos puros.
¡Oh Píramo! lo que hace
Joveneto ya robusto,
Que sin alas podia ser
Hijo de Vénus, segundo
Narciso, no el de las flores,
Pompa que vocal sepulcro
Construyó á su boboncilla
En el valle mas profundo.
Sino un Adónis caldeo,
Ni jarifo ni membrudo,
Que traia las orejas
En las jaulas de dos tufos.
Su copetazo pelusa,
Si tafetan su testuzo,
Sus mejillas mucho raso,
Su bozo poco velludo;
Dos espadas eran negras
A lo dulcemente rufo
Sus cejas, que las doblaron
Dos estocadas de puño.
Al fin en Píramo quiso
Encarnar Cupido un chuzo,
El mejor de su armería,
Con su herramienta al uso.
Este pues era el vecino,
El amante y aun el cuyo
De la tórtola doncella
Gemidora á lo viúdo;
Que de las penas de amor
Encarecimiento es sumo
Escuchar ondas sediento
Quien siente frutas ayuno.
Intimado el entredicho
De un ladrillo y otro duro,
Llorando Píramo estaba
Apartamientos conjuntos,
Cuando fatal carabela,
Emula, mas no del humo,
En los corsos repartidos (50)
Aterró puerto seguro.
Familiar tapetada,
Que aun á pesar de lo adusto,
Alba fué, y alba á quien debe
Tantos solares anuncios,
Calificarle sus pasas
A fuer de aurora propuso;
Los críticos me perdonen
Si dijere con ligustros.
Abrazóla sobacada (1),
Y no de clavos malucos,
En nombre de la azucena,
Desmentidora del tufo,
Siendo aforismo aguileño,
Que matar basta á un difunto
Cualquier olor de costado,
O sea morcillo ó rucio (2).
Al estoraque de Congo
Volvamos, Dios en ayuso,
A la que cuatro de á ocho
Argentaron el pantuflo.
Abispa con libramiento
No voló como ella anduvo,
Menos un torno responde
A los devotos impulsos
Que la mulata se gira
A los pensamientos mudos;
¡Oh destino inducidor
De lo que has de ser verdugo!
Un dia que subió Tisbe,
Humedeciendo discursos,
A enjugarlos en la cuerda
De un inquieto columpio,
Halló en el desvan acaso
Una rima que compuso
La pared sin ser poeta,
Mas clara que las de alguno (3).
Habia la noche antes
Soñado sus infortunios,
Y viendo el resquicio, entonces,
«Esta es, dijo, no lo dudo;
»Esta es, Píramo, la herida
Que en aquel sueño importuno
Abrió dos veces el mio
Cuando una el pecho tuyo.
»La fe que se debe á sueños
Y á celestiales influjos
Bien lo dice de mi aya
El incrédulo repulgo.
»Lo que he visto á ojos cerrados
Mas auténtico presumo
Que del amor que conozco
Los favores que descubro.
»Efecto improviso es,
No de los años diuturno,
Sino de un niño en lo flaco
Y de un dios en lo oportuno (4).
»Pared que nació conmigo,
Del amor solo el estudio,
No la fuerza de la edad,
Desatar sus piedras pudo;
»Mas ¡ay! que taladró niño
Lo que dilatara astuto;
Que no poco daño á Troya
Breve portillo introdujo.
»La vista que nos dispensa
Le desmienta el atributo
De ciego en la que le ata
Ociosa venda el abuso.»
Llegó en esto la morena
Los talares de Mercurio,
Calzada en la diligencia

(48) Contra este romance se escribió una redondilla que decia:

Este romance compuso
El poeta Soiedad,
En lo largo la ciudad,
Babilonia en lo confuso.

(49) Así Pellicer; otros leen:

A esta desde el glorioso.

(50) Pellicer dice que algunos manuscritos leen: *corsos repetidos*, pero mal.

(1) Otros leen *sobarcada*; Pellicer dice que aquí se entiende que abrazó á la negra, que venia oliendo á *sobaquina*.

(2) Es decir, sea de blanca ó de negra, el olor del costado.

(3) Este alguno es Quevedo; otros leen: *que la de alguno*.

(4) Pellicer pone *importuno*.

De diez argentados puntos;
Y viendo extinguidos ya
Sus poderes absolutos
Por el hijo de la tapia,
Que tiene veces de nuncio,
Si distinguirse podia
La turbacion de lo turbio,
Su ejercicio ya frustrado
Le dejó el ébano sucio.
Otorgó al fin el infausto
Abocamiento futuro,
Y citando la otra parte,
Sus mismos autos repuso.
Con la pestaña de un lince
Barrenando estaba el muro,
Si no adormeciendo Argos
De la suegra sustitutos,
Cuando Píramo, citado,
Telares rompiendo inmundos,
Que la emula de Pálas
Dió á los divinos insultos,
«Barco ya de vistas, dijo,
Angosto no, sino augusto,
Que velas hecho tu lastre,
Nadas mas cuando mas surto,
»Poco espacio me concedes,
Mas basta; que á Palinuro
Mucho mar le dejó ver
El primero breve surco.
»Si á un leño conducidor
De la conquista ó del hurto,
De una piel fueron los dioses
Remuneradores justos,
»A un bajel que pisa inmóvil
Un Mediterráneo enjuto
Con los suspiros de un sol
Bien le deberán coluros.
»Tus bordes beso, piloto,
Ya que no tu quilla buzo,
Si revocando su voz (5)
Favorecieres mi asunto.»
Dando luego á sus deseos
El tiempo mas oportuno,
Frecuentaron el desvan
Escuela ya de sus cursos.
Lirones siempre de Febo,
Si de Diana lechuzos,
Se bebian las palabras
En el polvo del conducto.
¡Cuantas veces impaciente
Metió el brazo, que no cupo,
El garzon, y lo atentado
Lo revocaron por nulo!
¡Cuantas el impedimento
Acusaron de consuno,
El pozo que es de por medio,
Si no se besan los cubos!
Orador Píramo entonces,
Las armas jugó de Tulio;
Que no hay aspid vigilante
A poderosos conjuros.
Amor, que los asistia,
El vergonzoso capullo
Desnudó á la virgen rosa
Que desprecia el tirio jugo.
Abrió su esplendor la boba,
Y á seguillo se dispuso;
Trágica resolucion,
Digna de mayor coturno.
Media noche era por filo,
Hora que el farol nocturno,
Reventando de muy casto,
Campaba de muy sañudo,
Cuando tropezando Tisbe,
A la calle dió el pié zurdo,
De no pocos endechada
Caniculares ahullos.
Dejó la ciudad de Nino,
Y al salir funesto buho
Alcándara hizo umbrosa
Un verdinegro acebuno.
Sus pasos dirigió donde
Por las bocas de dos brutos
Tres ó cuatro siglos há
Que está escupiendo Neptuno.
Cansada llegó á su márgen,
A pesar del abril, mustio,
Y lagrimosa, la fuente
Enronqueció su murmurio.
Olmo que en jóvenes hojas
Disimula años adultos,
De su vid florida entonces
En los mas lascivos nudos,
Un rayo sin escuderos,
O de luz ó de tumulto,
Le desvaneció la pompa,
Y el tálamo descompuso.
No fué nada: á cien lejias
Dió ceniza ¡oh cielo injusto!
Si tremendo en el castigo,
Portentoso en el indulto.
La planta mas convecina
Quedó verde, el seco junco
Ignoró aun lo mas ardiente
Del acelerado incurso.
Cintia caló el papahigo
A todo su plenilunio
De temores vellorios,
Que ella dice que son nublos.
Tisbe entre pavores tantos
Solicitando refugios,
A las ruinas apela
De un edificio caduco.
Ejecutarlo queria,
Cuando la selva produjo
Del egipcio ó del tebano
Un eleoneo triunfo,
Que en un próximo cebado,
No sé si merino burdo,
Babeando sangre, hizo
El cristal líquido impuro.
Temerosa de la fiera
Aun mas que del estornudo
De Júpiter, puesto que
Sobresalto fué machucho,
Huye, perdiendo en la fuga
El manto; ¡fatal descuido,
Que protonecio hará
Al señor Piramiburro!
A los estragos se acoge
De aquel antiguo reducto,
Noble ya, edificio agora
Jurisdicion de Vertumno.
Alondra no con la tierra
Se cosió al menor barrunto
De esmerjon, como la triste
Con el tronco de un sauco.
Bebió la fiera, dejando
Torpemente rubicundo
El cendal que fué de Tisbe,
Y el monte penetró inculto (6).
En esto llegó el tardon,
Que la ronda le detuvo
Sobre el quitalle el que fué
Aun envainado verdugo.
Llego (pisando cenizas
Del lastimoso trasunto
De sus bodas) á la fuente
Al término constituto;
Y no hallando la moza,
Entre ronco y tartamudo
Se enjuagó con sus palabras,
Regulador de minutos.
De su alma la mitad
Cita á voces, mas sin fruto;
Que socarron se las niega
El eco mas campanudo.
Troncos examina huecos,
Mas no le ofrece ninguno
El panal que solicita
En aquellos senos rudos.
Madama Luna á este tiempo,
A peticion de Saturno,
El velo corrió al melindre,
Y el papahigo depuso
Para leer los testigos
Del proceso ya concluso,
Que publicar mandó el hado,
Cual mas, cual menos perjuro;
Las huellas cuadrupedales
Del coronado abrenuncio,
Que en esta sazon bramando
Tocó á vísperas de susto;
Las espumas que la yerba
Mas sangrienta las expuso;
Que el signo las babeó,
Pompa rugiente de Julio.
Indignamente extragado
Los pedazos mal difusos
Del velo de su retablo,
Que ya de sus duelos juzgo,
Viólos, y al reconocellos
Mármol obediente al duro
Cincel de Lisipo, tanto
No ya desmintió lo esculto,
Como Píramo lo vivo,
Pendiente en un pié á lo grullo,
Sombra hecho de sí mismo,
Con facultades de bulto.
Las señas repite falsas
Del engaño á quien le indujo
Su fortuna, contra quien
Ni lanza vale ni escudo.
Esparcidos imagina
Por el fragoso arcabuco,
¿Ebúrneos diré ó divinos?
Divinos digo y ebúrneos,
Los bellos miembros de Tisbe,
Y aquí otra vez se traspuso
Fatigando á Praxilétes,
Sobre copiallo de estuco.
La Parca en esto, las manos
En la rueca y en el huso,
Como dicen, y los ojos
En el vital estatuto,
Inexorable sonó
La dura tijera, á cuyo
Mortal son Píramo vuelto
Del parasismo profundo,
El acero que Vulcano
Templó en venenosos zumos,
Eficazmente mortales
Y mágicamente infusos,
Valeroso desnudó,
Y no como el otro Mucio
Asó intrépido la mano,
Sino el asador tradujo
Por el pecho á las espaldas.
¡Oh tantas veces insulso,
Cuantas vueltas á tu yerro
Los siglos dieran futuros!
¿Tan mal te olia la vida,
O bien, hi de puta puto,
El que sobre tu cabeza
Pusiera un cuerno de juro?
De violas coronada
La aurora salió con zuño,
Cuando un gemido de á ocho
(Aunque mal distinto el cuño),
Cual engañada avecilla
De cautivo contrapunto,
A implicarse desalada
En la hermana del engrudo,
La llevó donde el cuitado
En su postrimero turno
Desperdiciaba la sangre
Que recibió por embudo.
Ofrécele su regazo,
Y yo le ofrezco en su muslo
Desplumadas las delicias

(5) Otros leen: *mi voz.*

(6) Así Pellicer; otros leen: *el bosque.*

Del pájaro de Catulo (7).
En cuanto boca con boca,
Confitándole disgustos
Y heredándole aun los trastos
Menos vitales, estuvo;
Espiró al fin en sus labios;
Y ella con semblante enjuto,
Que pudiera por sereno
Acatarrar á un centurio
Con todo su morrion,
Haciendo el alma trabuco
De un ¡ay! se cayó en la espada
Aquella vez que le cupo.
Prodigio desató el yerto,
Si cruel, un largo flujo
De rubíes de Ceilan
Sobre esmeraldas de Muso.
Hermosa quedó la muerte
En los lilios amatuntos
Que salpicó dulce hielo,
Que tiñó palor venusto.
Lloraron con el Eufrátes,
No solo el fiero Danubio,
El siempre Arájes flechero,
Cuando parto y cuando turco;
Mas con su llanto lavaron
El Bucentoro diurno,
Cuando sale el Ganges loro,
Cuando vuelve el Tajo rubio.
El blanco moral de cuanto
Humor se bebió purpúreo
Sabrosos granates fueron
O testimonio ó tributo.
Sus muy reverendos padres,
Arrastrando luengos lutos
Con mas colas que cometas,
Con mas pendientes que pulpos,
Jaspes y demás colores
Que un áulico disimulo
Ocuparon en su huesa,
Que el siro llama sepulcro;
Aunque es tradicion constante,
Si los tiempos no confundo
De cronógrafos, me atengo (8)
Al que calzare mas justo,
Que ascendiente pio de aquel
Desvanecido Nabuco,
Que pació el campo medio hombre,
Medio fiera y todo mulo,
En urna dejó decente
Los nobles polvos inclusos,
Que absolvieron de ser huesos
Cinamomo y calambuco.
Y en letras de oro: «Aquí yacen
Individuamente juntos,
A pesar del Amor, dos,
A pesar del número, uno.»

LVIII.

Al pié de un álamo negro,
Y mas que negro bozal,
Pues há tanto que no sabe
Sino gemir ó callar,
Algo apartado de Esgueva,
Porque el sucio Esgueva es tal,
Que ni aun los álamos quieren
Dalle sus piés á besar,
Estaba en lo mas ardiente
De un dia canicular,
Entre dos cigarras, que
Le cantan el sol que fa,
Un miércoles de ceniza,
Vestido de humanidad,
A cuya mesa ayunaron
Los mártes de Carnaval,
Un hidalgo introduciendo
En las cuchilladas paz
De un follado incorregible,
Puesto que mayor de edad;
Que la vejez de unas calzas
Desgarros contiene mas
Que la juventud traviesa
Del cantado escarraman.
Repararlas pretendia,
Si se pueden reparar
Cuchilladas tan mortales
Con una aguja no mas.
Mecánica valentia,
Bien que su temeridad
Lo va entrando en un confuso
Laberinto criminal.
Donde fincara, no obstante
Que con fin particular
Envaine su dueño el mismo
Dedalísimo dedal;
Porque le ha metido el hilo,
Y ha de quedarse ó andar
Requiriendo á fojas ciento
Las verdes bragas de Adan.
Congójalo esto de suerte,
Que desatado nos da
Lo rengifo en el sudor
A veinte mil el millar;
Porque el sudor de un hidalgo
Todo ha de ser calidad,
Tanto, que su escarpin diga
A cien pasos el solar.
Mayores el sol hacia
Las sombras del árbol ya,
Cuando el prado pisó alegre
La portada del lugar.
Temiendo pues que la gente
No gustase de pasar.
Por las que fueron calzadas
A vista del arrabal,
Justicia en dos puntos hecho,
Si vara de tafetan,
Por lo menos llama cuantos
De laton esbirros trae,
Alfileres que le prendan
Lo que pendiendo de atrás
Nos hacia su pendencia
Sentir no bien y ver mal.
Consiguiólo, y atacando
Las que por su antigüedad
Primadas fueron de España,
A mi voto en Portugal
A solicitarse fué
Dos mulas de cordoban,
Que le hierran de ramplon
Vecinos de Fregenal.
Infante quiere seguir
A los príncipes que irán
Con su majestad á Irun
El octubre que vendrá.
Previene pues carruaje,
No alegue anterioridad,
Cualque marqués de Alfarache
O conde de Rabanal.
Porque si no, Montesino
Montañas desea catar
A Francia, y con el de Guisa
Tener estrecha amistad;
Que tanta hambre, no solo
Cata á Paris la ciudad,
Sino á la mesa redonda
Do los doce comen pan.
Penetrar quiere aquel reino,
Pues á la necesidad
Debe cuanto lemosino
En Francia puede gastar.
Seguro de encontrar nones
Donde tantos pares hay,
Si ya no es que en latin
Son mas francos que en vulgar.
No está España para pobres,
Donde esconde cada cual
En el arca de Noé
Lo que vais á demandar.
Las espaldas vuelven todos
Al pedir con prisa tal,
Que al que buscais con un peto
Le hallaréis con espaldar.
Esto pues hará á Reginfo,
Llevando mas de real
En las venas que en la bolsa,
Seguir á su majestad.

LIX.

A don Pedro de Cárdenas y Angulo, un caballero de Córdoba.

Temo tanto los serenos,
Serenísimo compadre,
Que á mis picados deseos
Les doy la casa por cárcel.
Escapé de las quemadas
Con un romadizo grave;
Porque sienes de poetas
No se entienden con el aire.
Y así, guardo mi persona
Debajo de treinta llaves,
Porque donde no hay salud,
Ni hay gracia ni habrá sepades.
Sabe Dios, señor don Pedro,
Si no fuera allá, y Dios sabe,
Si no temiera los bordes
De los candeleros grandes,
Ya que los de las bujías,
Cual pecados veniales,
Gastaron de agua bendita
Lo que ahorraron de sangre;
Témoos mucho, porque sé
Que padecieron tres naipes
Muerte y pasion porque algunos
Pecadores se salvasen;
Pecadores que se ponen
Por lo menos á llevarse
Desde la oreja al bigote
Los puntos que no lograstes.
Mas al fin en esas cartas
La cólera desarmartes,
Como el toro, que en la capa
Ejecuta su coraje.
Sin duda el lagarto rojo,
Que os marca la mejor parte
Del pecho, cuando perdeis
Os da bocados mortales,
O lo que tiene de espada
Lo muestra en atravesarse
Por el tierno corazon
Que afligidas alas bate.
Gallarda insignia, esplendor
De reales estandartes,
Que das esfuerzo en las guerras
Y calidad en las paces,
Si ya en tu virtud hicieron
Los antiguos capitanes
Rios de sangre africana,
Montes de cuerpos alarbes,
No permitas que un cruzado,
En tu órden militante,
Soberbias armas empuñe
Y humildes cristianos mate.
Con todo eso, saldré al campo,
Con tal que no muera nadie
Y que al balcon de la alcoba
Nos parta el sol de la tarde,
Hasta la hora que Reyes,
Mulatero gerifalte,

(7) Pellicer dice: «Es una malicia de don Luis de muy buen aire; pero quédese en malicia, sin que le demos explicacion.»
El traductor ó imitador de Catulo fué don Estéban Manuel de Villégas, que empieza así sus *Delicias:*

Mis dulces cantinelas,
Mis suaves delicias,
A los veinte limadas,
A los catorce escritas.

(8) Otros leen: *cronólogos.*

Se ceba en pechos de grajas
Y en piernas de alcarabanes.
Buenas noches, gran señor
Del pueblo de Gruñimaque,
Y tan buenas, que el doctor
Nos ronde los arrabales.

LX.

Despuntando mil agujas
En vestir al moriscote,
Ya de puro terciopelo,
Ya de aguado chamelote,
No mas capellar con cifra
Ni mas adarga con mote;
Que ni yo soy boticario
Ni Albayaldos era bote;
Galanes los que acaudilla
El del arco y del birote,
O tengais el bozo en flor
O espinas en el bigote,
Escuchad los desvarios
De un poeta monigote
En cuarenta consonantes
Destilados del cogote;
Escuchad las desventuras
Del mas triste galeote
Que dió en las conchas de Vénus
Las espaldas al azote.
Partir quiere á la visita
De un pastor y sacerdote,
Que se casa con su iglesia,
Con cuarenta mil de dote.
Alborótale esta ausencia,
Y no es mucho le alborote;
Que en casa del condenado
Suenan mal cuerda y garrote;
Porque en otra ida y venida
Cierto fullero angelote
A la honra le dió pique
Y á la hacienda capote.
Esperando esta pelota
Dicen que está un don Pelote,
Para que haciendo él falta,
La toque del primer bote.
Para volar su perdiz
Ha jurado un tagarote,
Que en viéndole con espuelas,
Se quitará el capirote.
Y cierto amigo que tiene
Su poco de Escariote
Dice que quiere probar
La conserva de pipote.
Conjurado se han los tres
De hacer al pobre zote
Vecino de las riberas
De Jarama ó de Torote.
¡A las armas, mozalbitos,
Que un navío filipote
Os espera en el Ferrol!
¡Plegue á Dios que se derrote!
Haced en Ingalaterra
Nobilísimo cerote,
Reduciendo al calvinista,
Saqueando al hugonote;
Que sin venir de Bretaña
No puede haber Lanzarote,
Aunque sea el que ministra
A Júpiter el zambrote.
Dejad caminar al triste
Macías ó mazacote,
A la ausencia y á los celos
Componiendo un estrambote.
Dejaldo vuelva á jugar
Con su querida en un trote;
El dice que de picado,
Yo digo que de guillote.
Dejad que ella en su partida
Crezca el mar y el suelo agote,
Fingiendo ofender su rostro,
Sin dársele un papirote.
Que le jure que en su ausencia
Se vestirá de picote,
Se tocará lienzo crudo
Y se cubrirá anascote;
Y en hábito de culebra
Luego otro dia se ensote,
Donde algun mártir asado
Se lo sirvan en gigote.
Dejadlo, por vida mia,
Y de camino se note
Que no hay fianza segura
Ni posada sin escote.

LXI.

Agora, que estoy despacio,
Cantar quiero en mi bandurria
Lo que en mas grave instrumento
Cantara; mas no me escuchan.
Arrímense ya las veras
Y celébrense las burlas;
Pues da el mundo en niñerías,
Al fin como quien caduca.
Libre un tiempo y descuidado,
Amor, de tus garatusas,
En el coro de mi aldea
Cantaba mis aleluyas;
Con mi perro y mi huron
Y mis calzas de gamuza,
Por ser recias para el campo
Y por guardar las velludas,
Fatigaba el verde suelo,
Donde mil arroyos cruzan
Como sierpes de cristal
Entre la yerba menuda,
Ya cantando orilla el agua,
Ya cazando en la espesura
Del modo que se ofrecian
Los conejos ó las musas.
Volvia de noche á casa,
Dormia á sueño y soltura,
No me despertaban penas
Mientras me dejaban pulgas;
En la botica otras veces
Me daba muy buenas zurras
Del triunfo con el alcalde,
Del ajedrez con el cura;
Gobernaba de allí el mundo,
Dándole á soplos ayuda
A las católicas velas
Que el mar de Bretaña surcan;
Y hecho otro nuevo Alcides,
Trasladaba sus columnas
De Gibraltar al Japon
Con su segundo *plus ultra;*
Daba luego vuelta á Flándes,
Y de su guerra importuna
Atribuia la palma,
Ya á la fuerza, ya á la industria;
Y con el beneficiado,
Que era doctor por Osuna,
Sobre Antonio de Lebrija
Tenia cien mil disputas.
Argüíamos tambien,
Metidos en mas honduras,
Si se podian comer
Espárragos sin la hula.
Veniame por la plaza,
Y de paso vez alguna
Para mí compraba pollos,
Para mis vecinas turmas (9).
Comadres me visitaban,
Que en el pueblo tenia muchas;
Ellas me llaman compadre
Y taita sus criaturas.
Lavábanme ellas la ropa,
Y en las obras de costura
Ellas ponian el dedal
Y yo ponia la aguja.
La vez que se me ofrecia
Caminar á Extremadura,
Entre las mas ricas dellas
Me daban cabalgadura.
A todas queria bien,
Con todas tenia ventura,
Porque á todas igualaba
Como tijeras de murtas (10).
Esta era mi vida, Amor,
Antes que las flechas tuyas
Me hicieran su terrero
Y blanco de desventuras.
Enseñásteme, traidor,
La mañana de San Lúcas
En un rostro como almendras
Ojos garzos, trenzas rubias.
Tales eran trenzas y ojos,
Que tengo por muy sin duda
Que cayera en tentacion
Un viejo con estangurria.
Desde entonces acá sé
Que matas y que aseguras,
Que das en el corazon
Y que á los ojos apuntas;
Sé que nadie se te escapa,
Pues cuando mas de tí huya,
No hay vara de Inquisicion
Que asi halle al que tú buscas;
Sé que es tu guerra civil
Y sé que es tu paz de Júdas;
Que esperas para batalla
Y convidas para justa;
Sé que te armas de diamante
Y nos das lanzas de juncia,
Y para arneses de vidro
Espada de acero empuñas;
Sé que es la del rey Fineo
Tu mesa, y tu cama dura
Potro en que nos das tormento;
Tu sueño, sueño de grullas;
Sé que para el bien te duermes
Y que para el mal madrugas,
Que te sirves como grande
Y que pagas como mula.
Perdona pues mi bonete;
No muestres en él tu furia;
Válgame esta vez la Iglesia;
Mira que te descomulga (11).
Levantas el arco y vuelves (12)
De tus saetas las puntas
Contra los que sus juicios
Significan bien sus plumas;
Mas con los que ciñen armas
Bien callas y disimulas;
De gallina son tus alas,
Véte para hi de puta.

LXII.

Triste pisa y afligido
Las arenas de Pisuerga
El ausente de su dama,
El desdichado Zulema,
Moro alcaide, y no Bellido (13),
Amador con ajaqueca,
Arrocinado de cara
Y carigordo de piernas;

(9) Algunos leen equivocadamente *plumas.*

(10) Otros leen: *tijeras de mula.*

(11) Faria lee:
Mira bien que descomulga.

(12) Algunos leen en imperativo los dos verbos de este verso, pero no vienen bien con los que luego se hallan.

(13) Alusion al romance:
Moro alcaide, moro alcaide,
El de la bellida barba.

No lleva por la marlota
Bordada cifra, ni empresa
En el campo de la adarga,
Ni en la banderilla letra;
Porque es el moro idiota,
Y no ha tenido poeta
De los sastres deste tiempo,
Cuyas plumas son tijeras.
Los ojos tiene en el rio,
Cuyas ondas se lo llevan,
Y envueltas entre las ondas
Lleva sus lágrimas tiernas.
Tanto llora el hi de puta,
Que si el año de la seca
Llorara en dos hazas mias,
Acudiera á diez hanegas.
Los espacios que no llora
De memorias se alimenta,
Porque le dan las memorias
Lo que los ojos le niegan.
Pensos se da de memorias,
Rumiando glorias y penas,
Como rábanos mi mula,
Y una moza berengenas.
Contempla luego en Velaja (14),
La cual, mientras la contempla,
Olas de imaginacion
O se la traen ó la llevan.
Y ella se está merendando
Duraznitos en su huerta,
Y tirandole los cuescos
Al que tal pasa por ella.
Ojos claros, cejas rubias
Al vivo se le presentan,
Lanzando rayos los ojos
Y flechas de amor las cejas.
El Moro, contemplativo,
A los de su dama vuela,
Como á los ojos del buho
Cernícalos de uñas prietas.
«¡Ay Mora bella, le dice,
No menos dulce que bella,
No estraguen tu condicion
Las condiciones de ausencia.
»—¡Ay, Moro, mas gemidor
Que el eje de una carreta!
Pues no soy tu mora yo,
No me quiebres la cabeza.
»—Recibe allá este suspiro
Y este llanto desta tierra,
Donde el rey me ha desterrado
Y mis cuidados me entierran.
»—Llore alto, moro amigo,
Suspire recio y con fuerza,
Que han de andar llanto y suspiro
Mas de noventa y seis leguas.»
En esto, ya salteado
De una varonil vergüenza,
A lavar el tierno rostro
De su caballo se apea.
Tambien se apea el galan,
Porque quiere en el arena
Sembrar perejil guisado
Para vuestras reverencias.

LXIII.

Hermana Marica,
Mañana, que es fiesta,
No irás tú á la amiga
Ni yo iré á la escuela.
Pondráste el corpiño
Y la saya buena,
Cabezon labrado,
Toca y alba negra;
Y á mí me pondrán
Mi camisa nueva,
Sayo de palmilla,
Media de estameña;
Y si hace bueno
Traeré la montera
Que me dió la Pascua
Mi señora agüela,
Y el estadal rojo
Con lo que le cuelga,
Que trujo el vecino
Cuando fué á la feria.
Irémos á misa,
Verémos la iglesia,
Darános un cuarto
Mi tia la ollera.
Comprarémos dél,
Que nadie lo sepa,
Chochos y garbanzos
Para la merienda;
Y en la tardecita,
En nuestra plazuela,
Jugaré yo al toro
Y tú á las muñecas
Con las dos hermanas,
Juana y Madalena,
Y las dos primillas,
Marica y la tuerta;
Y si quiere madre
Dar las castañetas,
Podrás tanto dello
Bailar en la puerta;
Y al son del adufe
Cantará Andregüela;
«No me aprovecharon,
Madre, las yerbas;»
Y yo de papel
Haré una librea,
Teñida con moras
Porque bien parezca,
Y una caperuza
Con muchas almenas;
Pondré por penacho
Las dos plumas negras
Del rabo del gallo,
Que acullá en la huerta
Anaranjeamos
Las Carnestolendas;
Y en la caña larga
Pondré una bandera
Con dos borlas blancas
En sus tranzaderas;
Y en mi caballito
Pondré una cabeza
De guadameci,
Dos hilos por riendas;
Y entraré en la calle
Haciendo corbetas
Yo y otros del barrio,
Que son mas de treinta.
Jugarémos cañas
Junto á la plazuela,
Porque Bartolilla
Salga acá y nos vea;
Bartola, la hija
De la panadera,
La que suele darme
Tortas con manteca,
Porque algunas veces
Hacemos yo y ella
Las bellaquerías
Detrás de la puerta.

LXIV.

Hanme dicho, hermanas,
Que teneis cosquillas
De ver al que hizo
A hermana Marica.
Porque no movais (15)
El mismo os envia
De su misma mano
Su persona misma,
Digo su aguileña
Filomocosia,
Ya que no pintada,
Al menos escrita;
Y su condicion,
Que es tan peregrina
Como cuantos vienen
De Francia á Galicia.
Cuanto á lo primero
Es su señoría
Un bendito zote
De muy buena vida,
Que come á las diez
Y cena de dia,
Que duerme en mollido
Y bebe con guindas;
En los años mozo,
Viejo en las desdichas,
Abierto de sienes,
Cerrado de encias;
No es grande de cuerpo,
Pero bien podria
De cualquier higuera
Alcanzaros higas;
La cabeza al uso,
Muy bien repartida,
El cogote atrás,
La corona encima;
La frente espaciosa,
Escombrada y limpia,
Aunque con rincones,
Cual plaza de villa;
Las cejas en arcos,
Como ballestillas
De sangrar á aquellos
Que con el pié firman;
Los ojos son grandes,
Y mayor la vista,
Pues conoce un gallo (16)
Entre cien gallinas;
La nariz es corva,
Tal que bien podria
Servir de alquitara
En una botica;
La boca no es buena,
Pero á mediodia,
Le da ella mas gusto
Que la de su ninfa;
La barba ni corta
Ni mucho crecida,
Porque así se ahorra
Cuellos de camisas;
Fué un tiempo castaña,
Pero ya es morcilla;
Volveránla penas
En rucia ó tordilla;
Los hombros y espaldas
Son tales, que habria,
A ser él san Blas,
Para mil reliquias;
Lo demás, señoras,
Que el manteo cobija,
Parte son visiones,
Parte maravillas.
Sé decir al menos
Que en sus niñerías
Ni pide á vecinos
Ni falta á vecinas.
De su condicion
Deciros podria,
Como quien la tiene
Tan reconocida,

(14) Otros leen *beloja*, y otros *alhaja*.

(15) Así Verges, Faria y otros; aquí no está *mover* como verbo activo, sino como neutro; *porque no movais*, significa *porque no aborteis;* otros leen:

Porque no os movais.

La primera leccion conviene mas á la malicia de Góngora.

(16) Otros leen equivocadamente *galgo*.

Que es el mozo alegre,
Aunque su alegría
Paga mil pensiones
A la melarquía.
Es de tal humor,
Que en salud se cria
Muy sano, aunque no
De los de Castilla;
Es mancebo rico
Desde las mantillas,
Pues tiene, demás
De una sacristía,
Barcos en la tierra,
Y en el rio viñas,
Molinos de aceite
Que hacen harina;
Un jardin de flores,
Y una muy gran silva
De varia leccion,
Adonde se crian
Arboles que llevan,
Despues de vendimias,
A poder de estiércol
Pasas de lejía;
Es enamorado
Tan en demasía,
Que es un mazacote,
¿Qué digo? un Macías (17);
Aunque no se muere
Por aquestas niñas
Que quieren con presa
Y piden con pinta,
Dales un botin,
Dos octavas rimas,
Tres sortijas negras,
Cuatro clavellinas;
Y á las damiselas
Mas graves y ricas
Costosos regalos,
Joyas peregrinas;
Porque para ellas
Trae cuanto de Indias
Guardan en sus senos
Lisboa y Sevilla;
Tráeles de las huertas
Regalos de limas,
Y de los arroyos
Joyas de la China.
Tampoco es amigo
De andar por esquinas
Vestido de acero,
Como de palmilla;
Porque para el
Del Ave-María
A el cuarto del Alba
Anda la estantigua;
Y porque á su abuela
Oyó que tenian
Los de su linaje
No mas de una vida,
Así desde entonces
La conserva y mira
Mejor que oro en paño
O pera en almibar;
No es de los curiosos
A quien califican
Papeles de nuevas
De estado ó milicia;
Porque son, y es cierto,
Que el Bernia lo afirma,
Hermanas de leche
Nuevas y mentiras;
No se le da un bledo
Que el otro le escriba,
O dosel le cubra
O adórnele mitra;
No le quita el sueño
Que de la Turquía
Mil leños esconda
El mar de Sicilia,
Ni que el inglés baje
Hácia nuestras islas,
Despues que ha subido
En la que le envia.
Es su reverencia
Un gran canonista,
Porque en Salamanca
Oyó teología,
Sin perder mañana
Su leccion de prima,
Y al anochecer
Leccion de sobrina;
Y así, es desde entonces
Persona entendida
Si á su oido tañen
Una chirimía;
De las demás lenguas
Es gran humanista,
Señor de la griega
Como de la escita;
Tiene por mas suyas
La lengua latina
Que los alemanes
La persa ó la egipcia;
Habla la toscana
Con tal policía,
Que quien la oye, dice
Que nació en Coimbra;
Y en la portuguesa
Es tal, que dirian
Que mamó en Logreño
Leche de borricas;
De la cosmografía
Pasó pocas millas,
Aunque oyó al infante
Las Siete Partidas (18);
Y así entiende el mapa
Y de sus medidas,
Lo que el mapa entiende
Del mal de la orina;
Sabe que en los Alpes
Es la nieve fria,
Y caliente el fuego
En las Filipinas;
Que nació Zamora
Del Duero en la orilla,
Y que es natural
Búrgos de Castilla;
Que desde la Mancha
Llegan á Medina
Mas tarde los hombres
Que las golondrinas;
Es hombre que gasta
En astrología
Toda su pobreza
Con su picardía;
Tiene su astrolabio
Con sus baratijas,
Su compás y globos
Que pesan diez libras;
Conoce muy bien
Las Siete Cabrillas,
La Bocina, el Carro
Y las tres Marías;
Sabe alzar figura,
Si halla por dicha
O rey ó caballo
O sota caida;
Es fiero poeta,
Si le hay en la Libia,
Y cuando le toma
Su mal de poesía
Hace verso suelto
Con Alejandría,
Y con algarrobas
Hace redondillas;
Compone romances
Que cantan y estiman
Los que cardan paños,
Y ovejas esquilan;
Y hace canciones
Para su enemiga,
Que de todo el mundo
Son bien recibidas (19),
Pues en sus rebatos
Todo el mundo limpia
Con ellas de ingleses
La Fuenterrabía;
Finalmente, él es,
Señorazas mias,
El que dos mil veces
Os pide y suplica
Que con los gorrones
De las plumas ricas
Os hagais gorronas
Y os mostreis arpías;
Que no sepulteis
El gusto en capillas,
Y que á los bonetes
Querais las bonitas (20).

LXV.

Diez años vivió Belerma
Con el corazon difunto
Que le dejó en testamento
Aquel francés boquirrubio.
Contenta vivió con él,
Aunque á mí me dijo alguno
Que viviera mas contenta
Con trescientos mil de juro.
A verla vino doña Alda,
Viuda del conde Rodulfo,
Conde que fué en Normandía
Lo que á Jesucristo plugo;
Y hallándola muy triste
Sobre un estrado de luto,
Riéndose muy despacio
De su llorar importuno,
Sobre el muerto corazon,
Envuelto en un paño sucio,
Le dice: «Amiga Belerma,
Cese tan necio diluvio,
Que anegará vuestros años
Y ahogará vuestros gustos.
Estése allá Durandarte
Donde la suerte le cupo;
Buen pozo haya su alma,
Y pozo que esté sin cubo.
Si él os quiso mucho en vida,
Tambien le quisistes mucho,
Y si tiene abierto el pecho,
Querédlese de su escudo.
¿Qué culpa tuvistes vos
De su entierro, siendo justo
Que el que como bruto muere,
Que le entierren como bruto?
Muriera él acá en Paris,
A do tiene su sepulcro,
Que allí le hicieran lugar
Los antepasados suyos.
Volved luego á Montesinos
Ese corazon que os trujo,
Y envialde á preguntar
Si por gavilan os tuvo.
Descosed y desnudad
Los tocas de angeo crudo,
El monjilon de bayeta
Y el manto basto peludo;
Que aun en las viudas mas viejas
Y de años mas caducos

(17) Otros leen:
Que diga un Macías.

(18) Alusion al librejo de los *Viajes del infante don Pedro de Portugal por las siete partes del mundo.*

(19) Verges lee:
Son bien entendidas.

(20) Es decir, que quieran á los clérigos, y no á los frailes.

Las tocas cubren á enero
Y los monjiles á julio,
Cuanto y mas una muchacha
Que le faltan dias algunos
Para cumplir los treinta años,
Que yo desdichada cumplo
Seis hace, si bien me acuerdo,
El dia de santo Nullo,
Que perdí aquel malogrado
Que hoy entre los vivos busco.
Holguéme de cuatro y ocho,
Haciéndoles dos mil hurtos,
A las palomas de besos
Y á las tórtolas de arrullos.
Sentí su fin; pero mas
Que muriese sin ver fruto,
Sin ver flujo de mi vientre,
Porque siempre tuve pujo;
Mas no por eso ultrajé
Mi buena tez con rasguños;
Cabal me quedó el cabello,
Y los ojos casi enjutos.
Aprended de mí, Belerma;
Holguémonos de consuno,
Llévese el mar lo llorado,
Y lo suspirado el humo.
No hileis memorias tristes
En este aposento oscuro;
Que, cual gusano de seda,
Moriréis en el capullo.
Haced lo que en su fin hace
El pájaro sin segundo,
Que nos habla en sus cenizas
De pretérito y futuro.
Llorad su muerte, mas sea
Con lagrimillas al uso;
De lo mal pasado nazca
Lo porvenir mas seguro.
Pongámonos á la par
Dos toquitas de repulgo,
Ceja en arco, manos blancas
Y dos perritos lanudos.
Yedras verdes somos ambas,
A quien dejarán sin muros
De la muerte y del amor
Baterías é infortunios.
Busquemos por dó trepar,
Que lo que de ambas presumo,
No nos faltarán en Francia
Pared gruesa, tronco duro.
La iglesia de San Dionís
Canónigos tiene muchos,
Delgados, cariaguileños,
Carihartos y espaldudos.
Escojamos como en peras
Dos clérigos capotuncios (21),
De aquestos que andan en mulas
Y tienen algo de mulos;
Destos Alejandros Magnos,
Que no tienen por disgusto,
Por dar en nuestros broqueles,
Que demos en sus escudos.
De todos los doce pares
Y sus nones abernuncio,
Que calzan bragas de malla,
Y de acero los pantuflos.
¿De qué nos sirven, amiga,
Petos fuertes, yelmos lucios?
Armados hombres queremos,
Armados, pero desnudos.
De vuestra mesa redonda
Francos paladines hubo,
Donde ayunos os sentais,
Y os levantais mas ayunos.
La de cuatro esquinas quiero;
Que la ventura me puso
En casa de cuatro picos,
De todos cuatro picudo;
Donde sirven la Cuaresma
Sabrosísimos besugos,
Y turmas en el Carnal,
Con su caldillo y su zumo.»
Mas iba á decir doña Alda;
Pero á lo demás dió un nudo,
Porque de don Montesinos
Entró un pajecillo zurdo (22).

(21) Otros leen equivocadamente:
Dos deligos capotúnicos.
Sigo el texto de Faria.

LXVI.

Noble desengaño,
Gracias doy al cielo
Que rompiste el lazo
Que me tenia preso.
Por tan gran milagro
Colgaré en tu templo
Las graves cadenas
De mis graves yerros.
Las fuertes coyundas,
El yugo de acero,
Que con tu favor
Sacudí del cuello,
Las húmidas velas
Y los rotos remos
Que escapé del mar
Y ofrecí en el puerto,
Ya de tus paredes
Serán ornamento,
Gloria de tu nombre,
Y de amor desenuento.
Y así, pues que triunfas
Del rapaz arquero,
Tiren de tu carro
Y sean tu trofeo
Locas esperanzas,
Vanos pensamientos,
Pasos esparcidos,
Livianos deseos,
Rabiosos cuidados,
Ponzoñosos celos,
Infernales glorias,
Gloriosos infiernos.
Compóngante himnos,
Y digan sus versos
Que libras cautivos
Y das vista á ciegos.
Ante tu deidad
Hónrense mil fuegos
Del sudor precioso
Del árbol sabeo.
Pero ¿quién me mete
En cosas de seso
Y en hablar de veras
En aquestos tiempos?
Porque el que mas trata
De burlas y juegos,
Ese es quien se viste
Mas á lo moderno.
Ingrata señora,
Desde tu aposento,
Mas dulce y sabrosa
Que nabo en adviento,
Aplícame un rato
El oido atento,
Que quiero hacer auto
De mis devaneos.
¡Qué de noches frias
Que me tuvo el hielo
Tal, que por esquina
Me juzgó tu perro,
Y alzando la pierna
Con gentil denuedo,
Me argentó de plata
Los zapatos negros!
¡Qué de noches destas,
Señora, me acuerdo
Que andando á buscar
Chinas por el suelo,
Para hacer la seña
Por el agujero,
Al tomar la china
Me ensucié los dedos!
¡Qué de dias anduve
Cargado de acero
Con harto trabajo,
Porque estaba enfermo!
Como estaba flaco,
Parecia cencerro,
Hierro por de fuera,
Por de dentro hueso.
¡Qué de meses y años
Que viví muriendo
En la peña pobre
Sin ser Beltenébros;
Donde me acaeció
Mil dias enteros
No comer sino uñas,
Haciendo sonetos.
¡Qué de necedades
Escribí en mil pliegos,
Que las ries tú agora,
Y yo las confieso!
Aunque las tuvimos
Ambos en un tiempo,
Yo por discreciones
Y tú por requiebros.
¡Qué de medias noches
Canté en mi instrumento:
«Socorre, Señora,
Con agua mi fuego.»
Donde, aunque tú no
Socorriste luego,
Socorrió el vecino
Con algun caldero.
Adios, mi señora,
Porque me es tu gesto
Chimenea el verano
Y nieve el invierno,
Y el brazo me tienes
De guijarros lleno,
Porque creo que bastan
Seis años de necio.

(22) C. B. Depping, en su *Coleccion de romances*, llama pésimo á este de Góngora, sin duda por no haber comprendido que es de burlas. Creyó el buen aleman, por lo que se ve, que los consejos de doña Alda no eran hijos del donaire.

LXVII.

«Ensíllenme el asno rucio
Del alcalde Anton Llorente,
Déame el tapador de corcho
Y el gaban de paño verde,
»El lanzon en cuyo hierro
Se han orinado los meses,
El casco de calabaza
Y el vizcaino machete,
»Y para mi caperuza
Las plumas de tordo dénme,
Que por ser Martin el tordo,
Servirán de martinetes.
»Pondréle el orillo azul
Que me dió para ponelle
Teresa la del Villar,
Hija de Pascual Vicente;
»Y aquella patena en cuadro,
Donde de laton se ofrecen
La madre del virotero
Y aquel dios que calza arneses,
»Tan en pelota y tan juntos,
Que en ciegos nudos los tienen,
Al uno redes y brazos
Y al otro brazos y redes;
»Cuyas figuras en torno
Acompañan y guarnecen

Ramos de nogal y espinas,
Y por letra pan y nueces.»
Esto decia Galayo
Antes que al Tajo partiese
Aquel yeguero lloron.
Aquel jumental jinete,
Natural de do nació,
De yegueros descendiente,
Hombres que se proveen ellos,
Sin que los provean los reyes.
Trajéronle la patena,
Y suspirando mil veces,
Del dios garañon miraba
La dulce Francia y la suerte.
Piensa que será Teresa
La que descubren, y prenden
Agudos rayos de envidia,
Y de celos nudos fuertes.
«Teresa de mis entrañas,
No te gazmies ni ajaqueques;
Que no faltarán zarazas
Para los perros que muerden.
»Aunque es largo mi negocio,
Mi vuelta será muy breve,
El dia de San Ciruelo
O la semana sin viérnes.
«No te pareces á Vénus,
Ya que en beldad le pareces,
En hacer de tantos huevos
Tantas frutas de sartenes.
»Cuando sola te imagines,
Para que de mi te acuerdes,
Ponle á un pantuflo aguileño
Un reverendo bonete.
»Si creciere la tristeza,
Una lonja cortar puedes
De un jamon, que bien sabrá
Tornarte de triste alegre.
»¡Oh cómo sabe la lonja
Mas que á todos cuantos leen,
Y rabos de puercos mas
Que lenguas de bachilleres!
»Mira, amiga, tu pantuflo,
Porque verás, si lo vieres,
Que se parece á mi cara
Como una leche á otra leche.
»Acuérdate de mis ojos,
Que están cuando estoy ausente
Encima de la nariz,
Y debajo de la frente.»
En esto llegó Bandurrio,
Diciéndole que se apreste;
Que para sesenta leguas
Le falta tres veces veinte.
A dar pues se parte el bobo
Estocadas y reveses
Y tajos orilla el Tajo
En mil hermosos broqueles.

LXVIII.

A un hermano del autor.

En la pedregosa orilla
Del turbio Guadalmellato,
Que al claro Guadalquivir
Le paga el tributo en barro,
Guardando unas flacas yeguas
A la sombra de un peñasco,
Con la mano en la muñeca
Estaba el pastor Galayo;
Pastor pobre y sin abrigo
Para los hielos de mayo,
No mas de por estar roto
Desde el tronco á lo mas alto.
Quejábase reciamente
Del Amor, que lo ha matado
En la mitad de los lomos
Con el arpon de un tejado.
Por la linda Teresona,
Ninfa que siempre ha guardado
Orillas de Vecinguerra (23)
Animales vidriados,
Hija de padres que fueron
Pastores deste ganado,
El uno orilla de Esgueva,
El otro orilla del Darro.
Desta pues Galayo andaba
Tiesamente enamorado,
Lanzando del pecho ardiente
Regüeldos amartelados.
No siente tanto el desden
Con que della era tratado,
Cuanto la terrible ausencia
Le comia medio lado;
Aunque para consolarse
Sacaba de rato en rato
Un cordon de sus cabellos,
Y tejido de su mano,
Tan delicado y curioso,
Tan curioso y delicado,
Que si el cordon es tomiza,
Los cabellos son esparto.
Con lágrimas le enmudece
El yegüero desdichado.
Aunque despues con suspiros
Quedó enjuto y perfumado.
Y en un papelon de estraza,
Habiéndole antes besado,
Lo envuelve, y saca del seno
De su pastora un retrato,
Que en un pedazo de angeo,
No sin primor ni trabajo,
Con una espátula vieja
Se lo pintó un boticario.
Y clavando en él la vista,
Con tono romadizado
Estos versos cantó al son
De un mortero y de su mano:
«Dulce retrato de aquella
Enemiga desabrida,
Que para acabar mi vida
No tiene en sus ojos mella.
»La paciencia se me apoca
De ver cuán al vivo tienes
La frente entre las dos sienes
Y los dientes en la boca;
»Y que es tal el regalado
Mirar de tus ojos bellos,
Que el que está mas léjos dellos,
Ese está mas apartado;
»Y así, aunque me hagan guerra,
Mirándolos me estaria
Toda la noche y el dia,
Comiendo turmas de tierra.
»Retrato pues soberano,
Que, segun es tu primor,
Tuvo al hacerte el pintor,
Cinco dedos en la mano,
»Si no quies verme difunto,
Segun por tí me derriengo,
Mirame, pues ves que tengo
La nariz tan en su punto;
»Mírame, ninfa gentil,
Que ayer me miré en un charco,
Y vi que era rubio y zarco,
Como Dios hizo un candil.»

LXIX (24).

Que se nos va pascua, mozas,
Que se nos va la pascua.
Mozuelas las de mi barrio,
Loquillas y confiadas,
Mirad no os engañe el tiempo,
La edad y la confianza.
No os dejeis lisonjear
De la juventud lozana,
Porque de caducas flores
Teje el tiempo sus guirnaldas.
Que se nos va, etc.
Vuelan los ligeros años,
Y con presurosas alas
Nos roban, como arpias,
Nuestras sabrosas viandas.
La flor de la maravilla
Esta verdad nos declara,
Porque le hurta la tarde
Lo que le dió la mañana.
Que se nos va, etc.
Mirad que cuando pensais
Que hacen la señal del alba
Las campanas de la vida,
Es la queda, y os desarma
De vuestro color ilustre,
De vuestro donaire y gracia,
Y quedais todas perdidas
Por mayores de la marca.
Que se nos va, etc.
Yo sé de una buena vieja
Que fué un tiempo rubia y zarca,
Aunque al presente le cuesta
Harto caro el ver su cara;
Porque su bruñida frente
Y sus mejillas se hallan
Mas que roquete de obispo
Encogidas y arrugadas.
Que se nos va, etc.
Y sé de otra buena vieja,
Que un diente que le quedaba
Se lo dejó esotro dia
Sepultado en unas natas;
Y con lágrimas le dice:
«Diente mio de mi alma,
Yo sé cuándo fuistes perla,
Aunque agora no sois nada.»
Que se nos va pascua, mozas,
Que se nos va la pascua
Por eso, mozuelas locas,
Antes que la edad avara
El rubio cabello de oro
Convierta en luciente nácar,
Quered cuando sois queridas,
Amad cuando sois amadas;
Mirad, bobas, que detrás
Se pinta la ocasion calva.

LXX.

A la muerte de doña Luisa de Cardona, monja en Santa Fe de Toledo.

Moriste, ninfa bella,
En edad floreciente;
Que la muerte entre flores
Se esconde cual serpiente.
Moriste, y Amor luego
Rompió el arco impaciente;
Casto Amor, no el que tira
Flechas de oro luciente.
Ninguno hay en la selva
Que tu fin no lamente,
O sátiro sea duro
O virgen inocente.
Hasta el dios que sus cuernos
Con guirnaldas desmiente,
Por darlas á tu urna
Las niega ya á su frente.
Eco, de nuestras voces
Universal oyente,
No es ya sino de quejas
Fiel correspondiente.
Al viento la arboleda,
Mas que nunca obediente,
Con él tu muerte gime
Y él con ella siente.
La casta cazadora
Seguiste puntualmente,
Ya en los montes armada,
Ya desnuda en la fuente.

(23) Otros leen *vecinguerar*.

(24) Pónese esta composicion en este lugar por ser una mezcla de romance y de letrilla.

Ligera á los piés fuiste
Del corcillo, y valiente
Del jabalí cerdoso
Al espumoso diente;
De cuya profesion
Testigo suficiente,
En el laurel sagrado
La aljaba sea pendiente.
Tumba es hoy de tus huesos,
Casta, si no decente,
El árbol cuyas ramas
No temen rayo ardiente;
El árbol que teniendo
Tu memoria presente,
No ya de aves lascivas
Torpe nido consiente.
Tierno gemido apenas
De tórtola doliente
Que muerto esposo llora,
No que lo llame ausente;
Adonde de las ninfas,
Diez á diez, veinte á veinte,
Si el llanto es ordinario,
El concurso es frecuente.
¡Oh alma, que eres ya
Deidad resplandeciente.
Daliso, porque el tiempo
Su prescripcion no intente;
El tiempo, de memorias
Fiscal tan insolente,
Que á la inmortalidad
No perdona accidente.
Aquí, donde hasta el Bétis
Sintió tu fin reciente (25),
Llorando por los ojos
Desta su antigua puente,
No túmulo te erige
De mármol diferente
Donde el sol uno á uno
Sus muchos rayos cuente,
Ni ocupada la industria
De artífice excelente,
Labrará á tus cenizas
Vasija competente,
Sino un padron humilde
Con la inscripcion siguiente,
Que piedad solicite
Y su fe represente:
«Suspende ¡oh caminante!
El paso diligente,
Y cuando no admirado,
Condolido, detente.
»Memoria soy de un sol
Que el Turia fué su oriente,
Y su occidente el Tajo;
Dilo de gente en gente.»

LXXI.

Al nacimiento de nuestro Señor.

Cuantos silvos, cuantas voces
Tus campos, Belen, oyeron,
Sentidas bien de sus valles,
Guardadas mal de sus ecos,
Pastores las dan, buscando
El que, celestial Cordero,
Nos abrió piadoso el libro
Que negaban tantos sellos.
¿Qué buscais, los ganaderos?
—Uno ¡ay! Cordero, que su cuna
Los brazos son de la luna,
Si duermen sus dos luceros.
No pastor, no abrigó fiera
Frágil choza, albergue ciego,
Que no penetre el cuidado,
Que no escudriñe el deseo.
La Penitencia, calzada,
En vez de abarcas el viento,
Cumbres pisa coronadas
De paraninfos del cielo.
¿Qué buscais, los ganaderos?
—Uno ¡ay! Cordero, que su cuna
Los brazos son de la luna,
Si duermen sus dos luceros.

GIL.

Pediros albricias puedo.

PASCUAL.

¿De qué?

GIL.

No deis mas paso;
Que dormir vi á un Niño.

PASCUAL.

Paso.

GIL.

Quedo ¡ay! queditico, quedo.
Tanto he visto celestial,
Tan luminoso, tan raro,
Que á pesar hallarás claro
De la noche, este portal.
Enfrena el paso, Pascual,
Deja á la puerta el denuedo;
Pediros albricias puedo.

LXXII.

Al Santísimo Sacramento.

¡Quién pudiera dar un vuelo
Por todo lo que el sol mira,
Y solicitar las gentes
A cena jamás oida!
Cena grande, siempre cena
A cualquiera hora del dia,
Donde en poco pan se sirve
Mucha muerte ó mucha vida.
Esta sí es comida,
Y tan singular,
Que Dios nos convida
A Dios en manjar.
Mire pues cómo se sienta
A mesa el hombre tan limpia,
Que aun los espíritus puros
Criaturas son indignas.
Nupciales ropas el alma,
Blanca, digo, estola vista,
Que á pesar del oro es
La mas blanca la mas rica.
Esta sí es comida, etc.
¡Oh tres y cuatro mil veces
Magnificencia divina!
¡El Verbo eterno hecho hoy grano
Para la humana hormiga!
¿Quién pues hoy no se desata
En voces agradecidas?
Alternen gracias los coros
Y responda la capilla:
Esta sí es comida,
Y tan singular,
Que Dios nos convida
A Dios en manjar.

LXXIII.

A la beatificacion de santa Teresa de Jesus hizo DON LUIS este romance en nombre del vicario de Trasierra, aldea de Córdoba, en Sierra-Morena.

De la semilla caida,
No entre espinas ni entre piedras,
Que acudió á ciento por uno
A la agradecida tierra,
Media fué, y media colmada,
La santa que hoy se celebra
De Avila, segun dispone
Ley de medidas expresa;
Bien que de semilla tal,
No solo quiere ser media,
Sino costal de buriel,
Cuando no halda de jerga.
Patriarca pues de á dos,
Dividida en dos fué entera,
Medio monja y medio fraile,
Soror Angel, fray Teresa.
Monja ya y fraile beata,
Hoy nos la hace la Iglesia
Trina en los estados y una,
Si única no en la esencia.
Al Carmelo subió, adonde
Con flores vió y con centellas
Zarza quizá alguna, pues
Se descalzó para verla.
Bajó de él, legisladora;
En tablas mas que de piedra
De su antigua institucion
La recopilacion nueva.
Celante y caritativa,
Tisbita como Elisea,
En el carro y con el manto
Baja de sus dos profetas.
Baja pues, y en pocos años
Tantas fundaciones deja,
Cuantos pasos da en España,
Orbe ya de sus estrellas.
Moradas, divino el arte,
Y celestial la materia,
Fabricó arquitecta alada,
Si no argumentosa abeja.
Tanto y tan bien escribió,
Que podrá correr parejas
Su espíritu con la pluma
Del prelado de su iglesia.
Pues abulenses los dos,
Ya que no iguales en letras,
En nombre iguales, él fué
Tostado, Ahumada ella.
Grande en Avila apellido,
Por quien tuvo de nobleza
Lo que de beldad, y ambas
Lo que el pavon de soberbia.
Lisonjeáronla un tiempo
Las rosas, las azucenas
Que en el cristal de su forma
Incluyó naturaleza;
Mas á breve desengaño
Caduca su primavera,
Frágil desmintió el cristal
Ser de roca su firmeza;
Desengaño judicioso,
Que con perezosa fuerza
Interno royó gusano
La verde lasciva yedra;
Cuya sombra suspendida,
Frutos mil de penitencia,
De ciudad no populosa,
Mas de provincias enteras,
No encaneció igual ceniza,
Oh Ninive, tu cabeza
Al sayal de las capillas,
Que exactamente hoy blanquea
En nuestra Europa de tanto
Ciudadano anacoreta,
Que escondido en sí, es su cuerpo
Gruta de su alma estrecha (26).
¡Oh con plumas de sayal
Penitente, pero bella,
Carmelita jerarquía,
Gloria de la nacion nuestra!
¡Oh religion propagada
Antes que nacida, apenas
Plantada, ya florescente,
Fecunda sobre doncella!
¡Oh cuán muda que procedes!
Oh cuánto discurres lenta!
¿Qué mucho si es tu instituto
Cantar bajo y calzar cuerdas?
Perdona si entre los cisnes
Saludo tu sol corneja;
Tu sol, que alba tiránica

(25) Equivocadamente leen muchos:
Aquí donde está el Bétis
Creo tu fin reciente.

(26) Otros leen *urna*.

Y espumas del Tórmes sellan;
Perdona si desatado
Mi pobre espíritu en lenguas,
Metal no ha sido canoro,
Muda caña si de aquella
Santa, de familias madre,
Que en dos viñas á una cepa
Condujo de un sexo y otro
Obreros á horas diversas;
Cuyos cilicios limando
Aun los hierros de sus rejas,
Salvados le dan al cielo,
Hechos cedazos de cerdas (27).
Desta pues virgen prudente,
A cuya nupcial linterna
El olio que guardó viva
Está destilando hoy muerta,
A la beatificacion
Laureada hasta las cejas,
Ha convocado Córdoba
Sus Lucanos y Senécas.
Si extrañaren los vulgares
Y acusaren la licencia,
Escapularios del Cármen
Mis escapatorias sean.
Todo va con regla y arte;
Que, á Dios gracias, arte y regla
Nos dejó Antonio, produzga
Todo escuchante la oreja.
At Carmen potest produci,
Como verdolaga en huerta,
A cualquiera pié concede
La autoridad nebrisensia,
Como sea pié de Cármen,
Calce cáñamo ó baqueta;
Y así, *quod scripsi, scripsi*,
A dos de octubre, en Trasierra (28).

LXXIV.

Al tronco de un verde mirto,
Enamorado Fileno,
Dos escuadrones vió armados
En la campaña de un sueño.
Amor conducia en las señas,
Que tremolaban deseos,
Esperanzas Bradamantes
Entre cuidados Rugeros.
Las perezosas banderas
Seguian del tardo tiempo,
Horas en el mal prolijas,
Dias en el mal ligeros.
Cerraron pues las dos haces,
Y el bello garzon durmiendo,
Que cerrados ya los ojos,
Aun mas Cupido es que el ciego,
«*A ellos, dicen, á ellos;*
Cierra, cierra,
Arma, arma,
Cierra, cierra,
Suenen las trompetas, suenen,
Guerra, guerra.
»A ellos, dice, soldados;
Embestildes, advirtiendo
Que láminas son de pluma
Cuantas mienten el acero;
»Mas perdonad á sus alas,
Aunque las perdone el viento;
Que el fomentar su tardanza
Disminuir es su vuelo.
»No hagais volver las espaldas
A los enemigos nuestros;
Huyendo quiero los dias,
Pero no retrocienda.
»Las horas vuelven atrás;
Que si el bien saben que espero,
Por hacerme desdichado
Joven me harán eterno.
»*A ellos, dicen, á ellos;*
Cierra, cierra,
Arma, arma,
Cierra, cierra,
Suenen las trompetas, suenen,
Guerra, guerra.»
Yedra vividora
Dichosa vestia,
Luciente alcaria
De aquel sol que adora,
Garzon siempre bello,
Que un cordero al cuello
Su ganado es;
Desta yedra pues
Fia el sueño breve.
Cuando perlas bebe
La causa en las flores,
Cuando ruiseñores
En el mirto verde,
«Recuerde, dicen, recuerde
Quien amores tiene,
Que un sol con dos soles viene,
Dulce mas que el arroyuelo,
Que las azucenas pisa.»
Llegó Belisa,
De rayos se bordó el cielo,
Y el zagal,
Aunque es águila real,
Su luz apenas sostiene;
Que un sol, etc.
Gallardo mas que la palma
Que besa el aire sereno
Salió Fileno;
En sus ojos salió el alma
A recibilla,
Y amorosa tortolilla
Hizo el caso mas solene;
Que un sol con dos soles viene,
Dulce mas que el arroyuelo,
Que las azucenas pisa.»

LXXV.

«Ave de plumaje negro,
Si bien de tanto esplendor,
Que despreciando sus rayos,
Vuestras plumas viste el sol,
»No por vuestra beldad sola
Reina de las aves sois,
Sino porque ministrais
Armas que fulmine Amor.
»Gloria será siempre vuestra,
Y durará. ¿Cuál mayor,
Vestir luces á un planeta,
O prestar rayos á un dios?
»Muchos siglos coroneis
Esta dichosa region,
Que cuando os mereció ave,
Serafin os admiró.
»Honesta permitid ya
Que los ojos de un pastor
Lo menos luciente os sufran,
Examinándose en vos;
»De un pastor que en vez de ovejas
Sigue el impulso veloz
De vuestras hermosas alas
Con las de su corazon.
»¡Cuántas veces remontada
De la esfera superior,
De donde os perdia mi vista,
Os cobraba mi atencion,
»Solicité vuestro nido,
Que hallarse apenas dejó
Sobre un escollo, de quien
Aprendistes el rigor!
»Visítolo, y si desierto
Lo halla mi devocion,
Cuantos juncos dejais frios
Abraso en suspiros yo.
»Cenizas lo digan cuantas
Están humeando hoy;
Que humedecidas despues,
Aun no olvidan el calor.
»¡Oh reina de cuanto vuela,
Envidia de cuantos son
Aguilas por privilegio,
Por naturaleza no!
»Perdonad el aire un dia,
Si no merecemos dos;
Que el Tajo os espere cisne,
Cuando no su márgen flor.»
Esto cantaba Feliso
Al dulce doliente son
De ninfa que agora es caña,
De caña que agora es voz (29).

LXXVI.

A la batalla de Lepanto.

Desbaratados los cuernos,
Y la batalla rompida,
Sus escuadras leño á leño,
Sus leños astilla á astilla;
Aluchalí hecho á la mar
Con vergonzosa huida,
Muerto el bajá, y coronada
De su cabeza una pica;
Redimidos los forzados,
Mas por la merced divina,
Que la trinidad humana,
Tres personas y una liga;
Vitoria el mar, vitoria el cielo diga,
Triunfos de la liga,
Sea á tan gran vitoria
Trompa la fama y pluma la memoria.
Glorioso parte don Juan
Con estruendo y armonía
De tiros y de clarines,
Dejando entre aquellas islas
Un mar de sangre y de fuego,
Y por espumas cenizas
Tiñe, si no son turbantes
Que van buscando la orilla.
Vitoria dicen los fuegos,
Vitoria la artillería,
Las piedras dicen *vitoria*,
Que los vencedores pisan.
Vitoria el mar, vitoria el cielo diga,
Triunfos de la liga,
Sea á tan gran vitoria
Trompa la fama y pluma la memoria.

LXXVII.

En la fuerza de Almería
Se disimulaba Hacen,
Abencerraje hurtado
A la indignacion del Rey.
Entre el cuchillo y la cuna
Interpuso Mahamet
La parte del capellar,
Que lo bastó á defender.
Negado pues al rigor,
Galan se criaba él,
Tan hijo y mas del alcaide,
Que Celidaja lo es;
Celidaja, que en sus años
Virgen era rosa, á quien
Del verde nudo la aurora
Le desata el rosicler;
Beldad ociosa crecia
En sus jardines tal vez,
Al son de un laud con ramas,
Que eran cuerdas de un laurel;
Coros alternando y zambras
Con sus moras, hasta que
Daba al céfiro su frente
Aljófares que beber;
De cuya dulce fatiga
Apelaba ella despues

(27) Otros escriben *pedazos*.
(28) Fué escrito para la justa literaria hecha en Córdoba el año 1615.
(29) Está en duda si fué ó no de Góngora este romance.

Al baño, que le templaban
Curiosidad y placer.
Un dia en que le dieron
Los jardines del vergel
Estrellas fragantes mas
Que claras la noche ve,
Averiguando la halló
Los dias de casi tres
Lustros de su tierna edad
Aquel niño dios, aquel
Fénix desnudo, si es ave,
Pollo siempre, sin deber
Segundas vidas al sol,
Nieto del mar en la fe.
Por no alterar á la mora,
En un listado alquicel,
Manto del Abencerraje,
Desmintió su desnudez;
Fiando á un mirto sus armas,
Verde frondoso dosel
De un mármol que ni Lucrecia
Ni fuente deja de ser;
Pliega el dorado volúmen
De sus alas el doncel,
Redimiendo ciegas luces,
Que mas vendadas mas ven.
Del Abencerraje luego
Copia hecho tan fiel,
Que los dudara el concurso,
Equivocado juez,
La ocupacion inquiriendo,
Donaire hace y desden
De que solicite niña
La que excusara mujer.
«Ejerced, le dice, hermana,
Vuestra hermosura, y creed
Que tan vana es la de hoy
Como ingrata la de ayer.
»Fugitivos son los dos;
Usad desos dones bien,
Que en un cristal guardeis frágil
Lo caduco de un clavel.
»Si os regulais con las flores
Que visten esa pared,
Horas son que antes el dia
Las ve morir que nacer.
»Gozáos en sazon; que el tiempo,
Tesorero ya infiel
De ese oro que peinais,
De ese marfil que escondeis,
»Desengaños restituye;
Necia en el espejo fué
La memoria, mudad antes
Parecer que parecer» (30).
Extrañando la doctrina
Del jóven que hermano cree,
La vergüenza á Celidaja
Le purpureó la tez.
El ya fraternal engaño,
Mal bebido en su niñez,
Disolvia cuando Amor,
Sintiendo el dichoso pié,
Del que ya conduce amante,
Cuanto cauteló el pincel
Desvaneció, y en su forma
Pisando nubes se fué.

LXXVIII.

En lágrimas salgan mudos
Afectos, que hasta hoy
Aun en suspiros el alma
Al aire se las fió.
Afectos que, el pié en un grillo,
Andan en el corazon,
Y se fueran por los ojos
A no revocarlos yo.
Salgan por los ojos pues
Estrellas sin esplendor
Entre ondas sin ruido
Desmintiendo lo que son;
Que recato aun al silencio
Señas teme, si no voz;
Tanta á la divina causa
Se debe veneracion.
Adoro en perfiles de oro
Dos bellas copias del sol
Tan bellas, que él pide rayos
A cualquiera de las dos;
Adórolas, y tan dulce,
Tan mortal culto les doy,
Que no penetra sus aras,
Si no es la imaginacion.
Por no profanar grosero
Su sagrado templo, estoy
Entre celos y temores
Que la envidia me causó,
Previniendo diligente
El mas luciente arpon
Que viste plumas de fuego
En la aljaba del Amor,
Para ejercitarlo el dia
Que ausencia haga un garzon,
Mas que yo, si venturoso,
Pero mas amante no.
Entre tanto la lisonja
Me junta á la emulacion;
Que á una deidad el silencio
Mudo es adulador.

LXXIX.

Al rey don Felipe IV nuestro señor, y á la Reina nuestra señora.

Las esmeraldas en yerba,
Los alcázares de quien,
Si jardinero el Jarama,
El Tajo su alcaide es,
Fileno, que lo narciso
Despreció por lo clavel,
Con Belisa coronaba
Divino lilio francés;
Pastores que, en vez de ovejas
Y de corderos, tal vez
Rayos del sol guarda ella,
De abril guarda flores él.
Amor, que indignas sus flechas
De tan altos pechos ve,
Los vínculos de Himeneo
Nudos hizo de su red.
De algun álamo lo diga
La corteza, que les fué
Bronce en la legalidad,
Y en la obediencia papel.
Cuantos afectos le deben
Los ecos del Aranjuez,
Que naciendo á ser deseos,
Suspiros fueron despues.
A cuya casta armonía
Breves ofreció un laurel,
Para número sus hojas,
Para láminas su pié.
Dulces le tejen los rios,
Si en sus márgenes se ven
Alegres coros de ninfas
Dos á dos y tres á tres.
Un dia claro y ameno
Que los cisnes de la espuma
Tiorba fueron de pluma,
Esto el aire oyó sereno:
«Viva el amor de Fileno
Cuando se excede á la par (31)
De la fe de su Belisa;
Que no hay mas que desear.
»Viva la fe de Belisa,
Cuando no mayor, igual
Al amor de su Fileno;
Que no hay mas que desear.
»Siempre amantes, venzan siempre
La recíproca amistad
De las vides con los olmos;
Que no hay mas que desear.
«Sus años sean felices
En número y en edad
Las encinas destos sotos;
Que no hay mas que desear.
»Y no sabiendo jamás
Lo que la fortuna es,
Bese la envidia sus piés;
Que no hay mas que desear.

LXXX.

A tres damas de palacio.

Las tres auroras que el Tajo,
Teniendo en la huesa el pie,
Fué dilatando el morir
Por verlas antes nacer,
Las gracias de Vénus son,
Aunque dice quien las ve
Que las gracias solamente
Se le igualan en ser tres.
Flores que dió Portugal,
La menos bella un clavel,
Dudoso á cuál mas le deba,
Al ámbar ó al rosicler.
La que no es perla en el nombre,
En el esplendor lo es,
Y concha suya la misma
Que cuna de Vénus fué.
Luceros ya de palacio,
Ninfas son de Aranjuez,
Napeas de sus cristales,
Driadas de su vergel.
Tirano Amor de seis soles,
Suave cuanto cruel,
Si mata á lo castellano,
Derrite á lo portugués.
Francelisa es quien abrevia
Los rayos de todos seis;
Sé que fulmina con ellos;
Cómo los vibra no sé.
En un favor homicida
Envaina un dulce desden,
Sus filos atrocidad
Y su guarnicion merced.
Forastero á quien conduce
Cuanto aplauso pudo hacer
A los años de Fileno
Belisa, lilio francés,
De los tres dardos te excusa,
Y si puedes, mas de aquel
Que resucita al que ha muerto
Para matallo otra vez.

LXXXI.

Al nacimiento de nuestro Señor.

Nace el Niño, y pelo á pelo
Deja el cabello á su Madre;
Que esto de dorar las cumbres
Es muy del sol cuando sale.
Leves reparos al frio
Son todos, pero mas graves
Que los alientos de un buey,
Que, aunque calientan, son aire.
De flacos remedios usa;
Que á valerse de eficaces,
Estufar pudiera el norte
La menor pluma de un ángel.
Tiembla pues, y afecta el heno
Cuando pudiera prestalle
Colcos de preciosa lana,
Moscovia en pelo suave.
Parte lo niega la yerba
Del rigor helado, y parte
Engaña el sueño, negando
Sus favores celestiales;

(30) Otros leen: *que perecer.*

(31) Otros leen *excede.*

Mas luego lo restituyen
Ganaderos que los traen,
O resplandores que ignoran,
O conceptos que no saben.
Y viendo en tanto diciembre
Que los campos mas fragrantes
Nace un Niño junto á un buey
Que el sol en el Toro nace,
Tañen en coros, tañen
Salterios pastorales,
Instrumentos que, sonoros,
De los celestiales coros
Son dulces competidores,
Mereciendo sus temores
Que ángeles los acompañen.
Tañen en coros, etc.
Mas que no el tiempo templados
Suenan dulces instrumentos,
Cielos trasladan los vientos,
Auroras pisan los prados;
Queriendo en los mas nevados
Que los abriles se engañen.
Tañen en coros, tañen,
Salterios pastorales.

LXXXII.

Pensó rendir la mozuela
El alférez de mentira,
Soldado por cien mil partes,
Y rompido por las mismas.
Pensó que la sujetara
El gavion de la liga,
Y de las terciadas plumas
La crespa volatería.
Y la capa verde oscura,
Golpeada la capilla
En mas inciertos reveses
Que una mula, y sea la mia.
Y la salta en barca azul,
Con mas pendientes de alquimia
Que la noche de San Juan
Saca toda la justicia.
Y los gregüescos de seda
Aforrados en telilla,
Mucho mas acuchillados
Que mulatos en esgrima.
Y la espada en tiros cortos
Mal pendiente de la cinta,
Por las obras temerosa,
Por las palabras temida.
Pensó con lo dicho el hombre
Sujetar la mujercilla,
Torciendo rubios bigotes,
Ayudados de alquitira.
Hablándola con los ojos,
Pisando de gallardía,
Suspirando por la calle
Y apuntalando su esquina.
Camafeo de la moza
Ser el necio pretendia,
Y á la verdad era feo,
Aunque cama no tenia;
Pero tenia un rasguño
Del bigote para arriba,
Que le hizo de merced
Él padre de las pupilas;
Y aun creo que al otro lado
Le hubiera hecho otra firma,
A no tenerlo ocupado
Con no sé qué niñería.
Con un cierto bofeton
Que en la casa de Sevilla
Llevó, vencido en la entrada
Con las manos menos limpias.
Una pues alegre noche,
Que lo halló por su desdicha
Alumbrando con su cara
Su calleja sin salida,
Llegándose poco á poco
Debajo la ventanilla,
Como estudiante francés,
Este salmo le decia:
«Yo soy de Santo Domingo,
Una ciudad de Castilla,
Donde, aunque es de la Calzada,
Hay descalzas hidalguías;
»Bien nacido como el sol,
Gracias á los Chavarrías (32);
Inquieto fuí desde niño,
Inclinado á la milicia.
»Apenas tenia quince años,
Cuando un dia á mediodia
Dejé mi tierra por Flándes,
Sepulcro de nuestras crismas;
»Donde padecí peligos
Tan grandes, que juraria
Que no me halló la muerte
Porque triunfeis de la vida.
»Cuando en el cerco de Ipre (33)
Estaba yo en Gravelinga (34)
Con un brazo romadizo,
Sonando la batería.
»Nunca salí de mi tienda
Mientras Anvers padecia (35),
Porque no me acabó un sastre
Unas calzas amarillas.
»Y aun allí por gran ventura
No me halló una culebrina,
Que me pasó por los ojos
Poco mas de media milla.
»Otra vez que hubo en Brusélas
Una pendencia reñida
Puse paz desde un terrado,
Aunque casi no me oian.
»Y aun me acuerdo, por mas señas,
Que todo el mundo decia
Que, á ser yo de la pendencia,
Me prendiera la justicia.
»Dejé al fin guerras y Flándes
Porque era tierra tan fria,
Y yo, triste, andaba enfermo
De cámaras cada dia.
»Como partí de allá pobre,
Atravesé á Picardia,
Y en un bergantin el mar
De la Rochela á Galicia.
»Del golfo destas desgracias,
Señora, he llegado á vista
De vuestra merced. Dios quiera
Que fuese en su enjuta orilla.
»Bien le debo á la fortuna
El fin de tantas desdichas;
Mas otra fuerza mejor
De todas ellas me libra;
»Porque al salir de mi tierra
Saqué, entre muchas reliquias,
Algunas plumas de gallo,
Pero mas de la gallina.
»Asado vivo por vos,
Y quisiera, reina mia,
Que, ya que habeis sido el fuego,
Fuérades tambien parrillas.»
Atenta escucha la moza
Toda su oracion prolija,
Unas veces con enfado,
Pero mas veces con risa.
No le respondió palabra;
Mas ella y otra su prima
Le exprimieron al asado
El zumo de una jeringa.

(32) Otros leen: *á las gavarillas.*
(33) Otros leen *Chipre.*
(34) Otros escriben *grave liga*, sin advertir que eso mismo quiso decir GÓNGORA al sonsonete de *Gravelingas.*
(35) Otros escriben *hambre* en vez de *Anvers.* GÓNGORA, que está tratando de Flándes, juega con los vocablos á lo que suenan por manera de donaire.

LXXXIII.

Lloraba la niña,
Y tenia razon,
La prolija ausencia
De su ingrato amor.
Dejóla tan niña,
Que apenas creyó
Que tenia los años
Que há que la dejó.
Llorando la ausencia
Del galan traidor
La halla la luna
Y la deja el sol;
Añadiendo siempre
Pasion á pasion,
Memoria á memoria,
Dolor á dolor.
Llorad, corazon;
Que teneis razon.
Dícele su madre:
«Hija, por mi amor,
Que se acabe el llanto
O me acabe yo.»
Ella le responde:
«No podrá ser, no;
Las causas son muchas,
Los ojos son dos.
»Satisfagan, madre,
Tanta sinrazon,
Y lágrimas lloren
En esta ocasion
»Tantas como dellos
Un tiempo tiró
Flechas amorosas
El arquero dios.
»Ya no canto, madre,
Y si canto yo,
Muy tristes endechas
Mis canciones son;
»Porque el que se fué,
Con lo que llevó,
Me dejó el silencio,
Se llevó la voz.
»*Llorad, corazon;*
Que teneis razon.»

LXXXIV.

Al nacimiento de nuestro Señor.

¿Quién oyó, quién oyó,
Quién ha visto lo que yo?
Yacia la noche cuando
Las doce á mis ojos dió
El reloj de las estrellas,
Que es el mas cierto reloj;
Yacia digo la noche,
Y en el silencio mayor.
Una voz dieron los cielos,
Amor divino,
Que era luz aunque era voz,
Divino amor.
¿Quién oyó, etc.
Ruiseñor no era del alba,
Dulce hijo el que se oyó;
Viste alas, mas no viste
Vulto humano el ruiseñor.
De varios pues instrumentos
El confuso acorde son,
Gloria dando á las riberas;
Amor divino
Para la tierra anunció
Divino amor.
¿Quién oyó, etc.
Levantéme á la armonía,
Y cayendo al resplandor,
O todo me negó á mí,
O todo me negué yo.
Tiranizó mis sentidos
El soberano cantor.
Que ni era ave ni hombre;

Amor divino
Era mucho de los dos,
Divino amor.
¿Quién oyó, etc.
Restituidas las cosas
Que el éxtasis me escondió,
Al blando céfiro hizo
De mis ovejas pastor.
Dejélas, y en vez de nieve,
Pisando una y otra flor,
Llegué donde el hielo vi,
Amor divino,
Peinarle rayos al sol,
Divino amor.
¿Quién oyó, etc.
Humilde en llegando até
Al pesebre la razon,
Que me ha valido mas luz
Que la cátedra mejor.
Oí balar un cordero,
Cordero que fué leon,
Leon que, si niño nace,
Amor divino
Es niño, mas siempre dios,
Divino amor.
¿Quién oyó, quién oyó,
Quién ha visto lo que yo?

LXXXV.

Dejad los libros agora,
Señor licenciado Ortiz,
Y escuchad mis desventuras,
Que á fe que son para oir.
Yo soy aquel gentil-hombre,
Digo aquel hombre gentil,
Que por su dios adoró
A un cieguezuelo ruin;
Sacrifiquéle mi gusto,
No una vez, sino cien mil,
En las aras de una moza
Tal cual os la pinto aquí.
El cabello es de un color
Que ni es cuarto ni florin,
Y la relevada frente
Ni azabache ni marfil;
La ceja entre parda y negra,
Muy mas larga que sutil,
Y los ojos mas compuestos
Que son los de *quis vel qui;*
Entre cuyos bellos rayos
Se deriva la nariz,
Terminando las dos rosas,
Frescas señas de su abril;
Cada labio colorado
Es un precioso rubí,
Esmaltado entre el aljófar (36)
Que el alba suele vestir;
El aliento de su boca,
Todo lo que no es pedir,
¡Mal haya yo si no excede (37)
Al mas suave jazmin!
Con su garganta y su pecho
No tienen que competir
El nácar del mar del Sur,
La plata del Potosí.
La blanca y hermosa mano,
Hermoso y blanco alguacil
De libertad y de bolsa,
Es de nieve y de nebli.
Lo demás, letrado amigo,
Que yo os pudiera decir,
Por mi fe que me ha rogado
Que lo calle el faldellin;
Aunque por brújula quiero,
Si estamos solos aquí,
Como á la sota de bastos
Descubriros el botin.
Cinco puntos calza estrechos;
Esto, Señor, basta al fin (38);
Si hay seralines trigueños,
La moza es un serafin.
Pudo conmigo el color,
Porque una vez que la vi
Entre mas de cien mil blancas,
Ella fué el maravedí;
Y porque no sin razon
El discreto en el jardin
Coge la negra violeta
Y deja el blanco alhelí.
Dos años fué mi cuidado,
Lo que llaman por ahí
Los jacarandos respeto,
Los modernos tahalí (39);
En cuyos alegres años (40)
Desde el ave al perejil,
Por esta negra Odisea
La bucólica le dí.
Sus piezas en el invierno
Vistió flamenco tapiz,
Y en el verano sus piezas
Andaluz guardameci.
Hoy desechaba lo blanco,
Mañana lo carmesí,
Hasta que en la peña pobre
Quedó ermitaño Amadis.
Preguntadlo á mi vestido,
Que riéndose de mí,
Si no habla por la boca,
Habla por el bocací.
Ya iba quedando en cueros
A la lumbre de un candil,
Casi pasando el estrecho
De no tener y pedir,
Cuando, Dios en hora buena,
Me fué forzoso el partir (41)
A la ciudad de la corte (42),
A la villa de Madrid.
Comenzó á mentir congojas,
A suspirar y gemir
Mas que viuda en el sermon
De su padre fray Martin.
Dijo que acero seria
En esperar y sufrir;
Fué despues cera, y si acero,
Ella se tomó el orin.
Ternísima me pidió
Que, ya que quedaba así
La ovejuela sin pastor,
No la deje sin mastin;
Y así, le dejé un mulato
Por espía y adalid,
Que á mí me espió en saliendo,
Y se lo vino á decir.
Dejéle en su antiguo lustre,
Y luego que me partí
Echó la carnaza afuera;
¡Oh maldito borceguí!
Púsome el cuerno un traidor
Mercadante corchapin,
Que tiene bolsa en Oran
E ingenio en Mazalquivir;
Rico es y mazacote
De los mas lindos que vi,
Precioso, pero pesado
Como palo de Brasil.
¡Oh interés, y cómo eres,
O por fuerza ó por ardid,
Para los diamantes sangre,
Para los bronces buril!
Déme Dios tiempo en que pueda
Tus proezas escribir,
Y quitemelo en buen hora
Para los hechos del Cid.
Y vos, tronco, á quien abraza
La mas lujuriosa vid
Que este lagrimoso valle
Ha sabido producir,
Vivid en sabrosos nudos,
En dulces trepas vivid
Siempre juntos, á pesar
de algun loco paladin.

(36) Así Verges; las demás ediciones dicen:
Y cada diente el aljófar.
(37) Otros leen *vence*.

(38) Otros leen *este*, y otros *baste*.
(39) Así Verges; otros escriben *taheli*.
(40) Otros leen *dias*.
(41) Así Verges; otros equivocadamente leen *forzados*.
(42) Otros escriben:
A negocios de importancia.

LXXXVI.

A don Antonio Ponce de Leon y Chacon, señor de la villa de Polvoranca, yendo á Colmenar, muy amigo de DON LUIS.

(*No se acabó este romance.*)

Con su querida Amarilis
Va Danteo á Colmenar,
Tan bella como divina,
Tan culto como galan.
No han dejado, no, su albergue,
Y ya lo siente el lugar;
Que imaginada su ausencia
Aun induce soledad.
La sierra que los espera,
Rejuvenecida ya,
Sus canas greñas de nieve
Suelta en trenzas de cristal,
Arroyos que ignoran breves
La monarquía del mar,
No ya el prevenir delicias
A su cáñamo ó sedal.
Frutas conserva en sus valles,
Indulto verde, á pesar
Del tiempo, al docto garzon
Y á la hermosa deidad.
Obediencia jura el monte
Al venablo del zagal
Y á las flechas de la ninfa,
Que aun vuelan en el carcax.
Dará al valiente montero,
Si no el cerdoso rival
De Adónis la fiera alada
Que las selvas en edad
Venza, y en ramas su frente,
Y á la bella montaraz
Un corzo expondrá en la forma,
Y en la fuga un vendaval.
Agradecida Amarilis,
Flores las abejas mas
Deberán á su coturno
Que al novillo celestial.
De las cortezas Danteo
Del alcornoque vivaz
Fabricará albergues rudos,
Mas distinto cada cual,
A los enjambres copiosos,
Que políticos harán
Lo que su número breve
Su economía capaz.

LXXXVII.

Al corral saltó Lucía,
Y Lucía en el corral
Echó al sol como al sol mismo
Todo su parti-cular.
Desató su servidumbre,
Concediendo libertad
A las aguas y á los vientos
Por delante y por detrás,
Con tal furia, que pudieran
A toda priesa amainar
Las velas, y en alto vuelo
Moler en el Quintanar.

Salieron los elementos
De aquella cautividad,
Como suele por agosto (45)
Temerosa tempestad.
Dos columnas la sustentan,
Que pueden determinar
La tierra, mas no hay *plus ultra*
Do quiera que ellas están (44).
Mienten pintores de Vénus (45);
Poetas bien lo dirán,
Que vos sola sois la diosa
Del amor y del amar.
Maltrató sabrosamente
Sus carnes, porque verán
Las manos que eran de nieve
Entre la rosa y coral.
Al fin se rascó Lucía,
Cuando aquí, cuando acullá,
Desde el principio del mundo
Hasta la posteridad.
Dió vuelta á Fuenterrabía
Y recorrió su arrabal,
Y acabó donde comienza
El pecado original (46).

(45) Otros leen:

Como suele en el agosto.

(44) Otros leen: *que ellos.*

En algunos códices sigue á esta copla la siguiente:

¡Oh qué buen tomo que tienen!
Mas fácil era abarcar
Dos postes de los que tiene
Una iglesia catedral.
(*Manuscritos de la Biblioteca Nacional.*)

(45) Otros leen:

Mienten pensiles de Vénus.

(46) En algunas copias manuscritas de poesías de Góngora he visto con grandes variaciones este romance. Ignoro si son de Góngora ó si de alguno de sus discípulos ó admiradores.

Al corral salió Lucía, etc.
. . . . . .
Con tal furia, que pudiera
Cinco parvas aventar,
Y apagar dos monumentos
De una vez con un soplar.
Salieron los elementos
De aquella captividad,
Como suele por agosto
Temerosa tempestad;
Dos columnas la sustentan,
Siendo testigo ocular
El contraste de los vientos,
De aquel testigo carnal.
Con fuerza le abrió el levante
La tajea natural,
Y el poniente hizo su oficio,
Como en batalla naval.
Lamaba un fuerte aguacero
Por la puerta principal,
Y por el postigo falso
Respondian: *allá van.*
Maltrató sabrosamente
Sus carnes mirando andar
Las manos, que eran de nieve,
Entre pez, rosa y coral.
Al fin se rascó Lucía,
Tentando aquí y acullá,
Desde el principio del mundo
Hasta la posteridad.
Dió vuelta á la fuente roja
Y recorrió su arrabal,
Y acabó donde comienza
El pecado original.
Por la Gran Bretaña dió
Noticia, aviso y señal
De las cartas que le trajo
El correo mensual.
Divertida con las aguas
Que arroja el astro lunar,
Descubrió los caracoles
En las orillas del mar.
Se miró como al sostayo
Toda la capacidad,
Y de aquel tan bello monte

LXXXVIII.

Labrando estaba Artemisa
Aquel famoso sepulcro
Que fué milagro de Grecia,
Y maravilla del mundo.
Llorando la noche y dia
El malogrado difunto,
Sus impertinentes ojos
Parecen arroyos turbios.
Consolábala una dama
Mas elegante que Julio,
Boquifruncida de labios,
Nariz corva y rostro enjuto.
«Deja ese llanto, le dice,
Porque ya está puesto en uso
Que no llegue el sentimiento
Mas que á cumplir con el vulgo.
»Si el estado que te queda
Supieses bien, yo presumo
Que estarias mas contenta
Que con su renta el Gran Turco.
»Si es muerte la esclavitud,
Y la libertad bien sumo;
Si quedas libre, hoy comienzas
A tener vida de gusto.
»Compañía de varon
Ni la apruebo ni la culpo,
Que voluntaria es suave,
Y pesada si es con yugo.
»Bien parece un hombre en casa,
Pero si continuo es uno
Es muerte civil, y mas
Si acierta á ser calvo ó zurdo.
»El primer mes de marido
Puede sufrirse á lo sumo,
Y es suma felicidad
Cuando se muere al segundo.
»El mas afable es celoso,
El mas discreto importuno;
Si es mozo es desperdiciado,
Y avariento si es caduco.
»El estado de casada
Solo ha de servir de punto
O escala para subir
Al de viuda seguro.
»De una cama y de una mesa
La mujer dueño absoluto,
Dicen algunos doctores
Que engorda y alegra mucho.
Comer siempre de un manjar
¿A quién no causa disgusto?
Y mas cuando acierta a ser
Algo desabrido ó sucio.
»Un marido es vaca eterna,
Mejor es que hoy á tu gusto
Des un sazonado pavo,
Mañana un lego besugo.
»Si te da pena ese traje,
A que te obliga el difunto,
Viste el tronco de colores
Y la corteza de luto.»
Con esto templó Artemisa
Su pensamiento confuso,
Medio arrepentida ya
De haber labrado el sepulcro (47).

LXXXIX.

La que Persia vió en sus montes,
Emula en tiempo de Cintia,
Perseguir hombres y fieras,
Fiera de hombres perseguida,

La falda se vió bajar.
Se pegó la contentusa,
Limpiando el cañaveral
De las gotas del rocío,
Y se volvió á su telar.

(47) En mi opinion, este es uno de los mas hermosos romances de Góngora, no obstante que jamás haya sido citado entre los buenos, y que no esté inmune de algunas afectaciones.

Rivas Tafur creia que no era de Góngora. El señor Guerra y Orbe lo atribuye á don Antonio de Paredes.

Desdeñando ya la caza
Por las bélicas fatigas,
Trueca en generoso acero
La sangrienta jabalina.
Trajo el turco á la guerrera (48)
Contra la santa conquista
Para amparo de su gente,
Para horror de la enemiga.
Tan valiente sobre hermosa,
Que en duda están las heridas
A cuál reconocen mas,
A su espada ó á su vista.
Ambiciosa pues de gloria,
Los peligros solicita,
Perdona á la turba infame
Por flaca ó por fugitiva.
Solo afecta á sangre noble (49)
Cuanta en vano defendida
Vierte, si el honor lo calla,
El rojo campo lo diga.
En su dulcemente fiero
Rostro las armas desvian,
Por dar lugar á la muerte,
Los remedios de la vida.
Sigue apriesa victoriosa
A un español, gran ruina
De paganos, cuyos hechos
Envidiosamente admira.
Invencible caballero,
Que en gente adversa y amiga,
Soberbio aquellos le temen,
Estos humilde le estiman.
A un duro golpe ligero
Vuelve el jóven, que imagina
Fuego la espada que siente
En las centellas que brilla.
Menos globos de cristal
Preñada nube graniza
Que él llueve heridas al yelmo,
Al yelmo sonante esquila.
Muelles rompe, y descubiertas
Las bellezas impedidas,
Depone el brazo la espada (50),
Depone el pecho la ira.
Tremolar luz, arder rosas,
Blanquear nieve vecina,
Vió cuales nunca vió esfera,
Jardin culto, helada cima.
Mientras él mira suspenso
Sus bellezas, multiplica
Ella heridas fuertes todas,
Pero ninguna sentida;
Que otra de las que sus ojos
Suavemente fulminan
Le penetra el corazon,
Menos sangrienta y mas viva.
Buscando la soledad,
Huye al fin, poque la siga,
Y herido no la yerre,
Aunque le yerre no herida.
Era apacible campaña,
Que á dulces de amor ceñian,
No de Marte á lides fieras,
Dos montañas convecinas.
Aquí el valiente guerrero

(48) Así Faria; otros leen:

Trújola el turco á la guerra.

(49) Casi todos los textos dicen:

Solo afecta sangre noble.

(50) Verges, con Hoces, lee:

Depone el uno la espada.

Faria escribe:

Depon la mano la espada.

Espera á la que venia
Furiosa, dando á la tierra
La celada y la rodilla.
«¡Oh bella, dice, oh cruel,
Mas cuando tus ojos miran
Que cuando hiere tu mano,
Con ser tan ejecutiva!
»No te defendi mi sangre,
Mi alma sí, que cautiva,
Mucho merece por tuya,
Si mucho pierde por mia.
»Entre las partes de humana,
Que tanto niegas divina,
Hoy piadosa niegas ser
Dura destas peñas hija.»
Al pecho pues de la airada,
Blanda la voz, estos mina
Pedernales rara fuerza,
Gallarda por lo remisa.
Mansa ya responde, y deja
La que el jóven prevenia
Relacion de su linaje,
Historia de sus desdichas,
Para otro tiempo oportuno
Que dichoso lo permita;
Porque las sombras descienden
Y las cajas se retiran.

XC.

Ojos eran fugitivos
De un pardo escollo dos fuentes,
Humedeciendo pestañas
De jazmines y claveles;
Cuyas lágrimas risueñas,
Quejas repitiendo alegres
Entre concetos de llantos
Y murmurios de corrientes,
Lisonjas hacen undosas
Tantas al sol, cuantas veces
Memorias besan de Dafne
En sus amados laureles.
Despreciando al fin la cumbre,
A la campaña se atreven,
Adonde un mármol labrado
Les peinase las corrientes.
Sus cortinas abrochaba,
Digo sus márgenes breves,
Como un alamar de plata,
Una bien labrada puente.
Dichas las ondas pasaban
Entre pirámides verdes,
Que ser quieren obeliscos,
Sin dejar de ser cipreses;
Y entre palmas que celosas
Confunden los chapiteles
De un edificio, á pesar
De los árboles luciente,
Cristales son vagarosos
Destos bellos muros, deste
Galan Narciso de piedra
Desvanecidos sin verse;
Y con razon, que es alcázar
De la divina Sirene,
Arco fatal de las fieras,
Arpon dulce de las gentes,
Armando el hombro de plumas
Cintia por las que suspende,
Cupido por las que bate
En el ámbito del Bétis.
Un dia pues que pisando
Inclemencias de diciembre,
Treguas hizo su coturno
Entre la nieve y la nieve,
Sagaz el hijo de Venus,
Atrevido como siempre,
Una piel le vistió al viento,
Que aun las montañas le temen.
Corcillo no de las selvas,
Sino del viento mas leve,
Hijo veloz de su aljaba,
Cuatro ó seis flechas desmiente.
Siguelo, y en vez de cuantos
A los campos mas recientes
Blancas huellas les negó,
Blancos lilios les concede.
Jóven coronado entonces,
No sin esplendor, las sienes
De los trémulos despojos
De un volado martinete,
Cebando estaba las hondas
De un estanque transparente
Su bahari, que de hambriento,
Picaba los cascabeles.
Alterado del ruido,
Tienta el acero que pende,
Cobra el caballo que pace,
Si pace quien hierro muerde;
Mas salteado despues
Del bellísimo accidente,
Si intempestuoso se opone,
Desalumbrado se ofrece.
Con media luna de un sol
Que á rayos y flechas pierde,
Tras de un ciervo que no huye,
Sino al amor obedece,
Engañó á la cazadora,
Conducido desta suerte,
A ilustrar carro lascivo
De virginales laureles.

XCI.

Herido Amor con las armas
De una susurrante fiera,
Con suspiros rompe el aire,
Con llanto baña la tierra.
Dulcemente solicita
Su madre entre amargas penas,
Que amorosa le regala,
Que agradable le consuela.
¡Ay abejuela, abejuela!
Dejaste vivo Amor, y quedas muerta;
Mejor fuera, mejor,
Que tú quedaras viva, y muerto Amor.
Vénus, que á la boca y ojos,
Que voces manan y perlas,
Con un lienzo y con dos labios
Llanto enjuga, chupa néctar.
Hijo, dice, de tus ojos
Daré á tus manos la venda,
Porque defiendas el daño,
Porque mires la cautela.
¡Ay abejuela, abejuela!
Dejaste vivo Amor, y quedas muerta;
Mejor fuera, mejor,
Que tú quedaras viva, y muerto Amor.

XCII.

Conocidos mis deseos,
Admitidos por constantes,
Merezcan por ofendidos
Licencia para quejarse.
De escuchar obligaciones
Grandes libertades nacen,
De conseguir beneficios
Estrechas cautividades.
Viva libre el que no admite,
Quien no se obliga no pague;
Satisfaciones á deudas,
Si no prefieren, igualen.
Es la gratitud un toque
De buena ó villana sangre;
Humildes tocan bajezas,
Nobles descubren quilates.
Favores que se limitan
Con acciones desiguales
Arrepentimiento indician,
Arguyen amor con arte.
Desdeñosa á mis caricias,
Con las ajenas afable,
Mas que bonanza aseguran
Gustos de amor inconstantes (1).
Ejecutar tiranías,
Preciarse de libertades,
Confianza es en el dueño,
Menosprecio en el amante.
Corta en las satisfacciones,
Larga siempre en dar pesares,
O la pérdida no estima,
O es dar al olvido alcance.
Imaginadas ofensas
Que agravian entrambas partes,
Ajeno valor se ofende,
El mismo recibe ultraje.
Guerra de amor y desden
No sustentan ni combaten
Uniformes elementos,
Contrarios en calidades.
Tus helados Mongibelos,
A mis ardientes volcanes
Si se oponen, no destruyen
Esferas de amor tan grandes.
Sola, oh mas tirana Filis,
No imprimes de amor señales,
Y de sus caminos dejas
Los que en el aire las aves.
Fingete libre laurel
A los rayos fulminantes;
Que humildes fuegos te observan
Para desdenes de Dafne (2).

XCIII.

Clóris divina en todo,
A cuya discrecion
Tributo da rendida
Del orbe la mayor;
En cuyos ojos claros
El aligero dios
Puso de luz saetas,
Fuertes rayos cifró,
Ministrando graciosos
Con suave rigor
Tus negras cejas arcos
A su tirano arpon;
Ninfa pues, cuyo agrado
Y decir socarron
Al mas triste suspende
Su penoso dolor,
Escucha del que tiene
Opreso el corazon
De las crueles viras
Del ciego tirador;
Del rapaz cuya ley
A nadie perdonó,
Desde el zagal inculto
Al cetro superior;
El que su furia emplea
Contra el que se mostró
Mas exento á su yugo,
Mas libre á su prision.
Como entre gustos varios
Un tiempo estuve yo,
Ignorando sus flechas,
Despreciando su ardor,
Y tanto, que el aldea
Mi altivez celebró,
Dándome por renombre
El mas libre garzon,
Porque de mis zagalas,
Clara afrenta del sol,
No escuchaba las penas,
Burlaba la aficion;
Mas aqueste tirano
Mi libertad robó,
Mostrándome de Aminta
El no humano valor;
Aminta, á quien el Tórmes
En su cristal veloz

(1) Otros leen: *gastos de amor.*
(2) Rivas Tafur no lo cree de Góngora.

La venera deidad,
Supremo le da honor,
Idolatra á su eligie
Con sacra admiracion,
Que victimas humildes
Propicia no admitió.
Y desdeñando afectos
Con ajeno favor,
Aniquiló mi gloria,
Mi esperanza frustró.
Trasunto soy de aquel
Admético pastor
Que humana siguió ninfa
La que laurel gozó;
Si bien feliz en algo
Sus bienes coronó
El ramo á quien adorna
No extinguido verdor;
Y á mi ciprés funesto,
Publicando que estoy
Muerto á las manos fieras
Del vengativo Amor.

XCIV.

Por las faldas del Atlante (3),
No como precipitado,
Sino como conducido,
Arroyo desciende claro
A fecundar los frutales
Y á dar librea á los cuadros
De las huertas del Jarife,
Del jardin de su palacio.
Divertido en caracoles,
Como jincte africano,
Comienza en cristal corriendo
Y acaba perlas sudando.
Sus ondas besa la copia,
Mas nada lo tiene vano,
Sino el desatar aljófar
A los deliciosos baños
Donde Amor fomenta el fuego
Con las señas de sus dardos
Para templarle á Jarifa
Uno con otro contrario.
Jarifa, Cintia africana,
Que absuelto el hombro del arco,
En las termas de su abuelo
El sudor depone casto.
En tanto pues que se baña,
Y se compite lo blanco,
Y aun se desmiente en lo terso,
Sus miembros y el alabastro,
Con dulce pluma Celinda,
Y no menos dulce mano,
En un laud va escribiendo
Lo que Amor le va ditando:
«Con arco y aljaba ¿quién dice que soy
El hijo de Vénus, la hermana del sol?
Quien dice (4) *que soy*
El hijo de Vénus,
Dice bien;
La hermana del sol,
Dice mejor.
La cuna real,
Que con esplendor
Abrigo inquieto
En la infancia os dió,
Arbol fué en las selvas
Que sombra prestó
En la melodía
De algun ruiseñor.
Esta cuna es pues
Quien solicitó
A su natural
Vuestra inclinacion.
Quien dice que soy, etc.

(3) Otras ediciones leen: *Atalante.*
(4) Otros leen: *quien dicen.*

Si ignoras, cruel,
Cuántas deben hoy
Vuestro mirar almas,
Fieras vuestro arpon,
El reino lo diga
Donde mas por vos
Tiene que el Jarife
Vasallos Amor.
El monte lo diga,
Cuyos troncos hoy
Visten por cortezas
Pieles de Leon.
Quien dice que soy
El hijo de Vénus,
Dice bien;
La hermana del sol,
Dice mejor.

XCV.

En la beldad de Jacinta
Dulcemente se encubrió
Con bellísimos disfraces,
Cauteloso, el niño Amor.
Entre hermosas lisonjas
Suavísimas, traidor,
Sus flechas mintió engañosas,
Sus venenos engañó.
Vi rosas, vi azules lirios,
Brillante vi el resplandor
Del oriente en sus cabellos,
Vi marfil, vi plata, y no
El áspid vi que lascivo
En las flores se engastó,
Pedazos de primavera,
Que el alba á Jacinta dió.
El bello pues, el luciente
Disimulo de traicion,
Del glorioso ya deseo
Con facilidad triunfó.
Solicito el pensamiento,
Por la vista se perdió,
Y entre auroras y entre soles
Sombras mil dulces bebió.
Rico ya se coronaba
De glorias el corazon,
Suaves bebiendo en oro
Rigores del ciego dios.
Risueños cristales, donde
Con artificio celó
Cuanta el Amor en su fuego
Viva esfera alimentó.
Volantes letras, cenizas,
Tumbas del incendio son,
Declarando en sus oscuros
De las llamas el rigor.
El Amor solicitando
La frente de la ocasion,
El corazon mas amante,
Pide á Jacinta favor.
Vénus nueva, deidad bella,
De las gracias el honor,
De mis bienes la corona,
De mis males el temor,
Tu rostro me favorezca,
Pues al abril su color
Para rosas y jazmines
Púrpura y nieve prestó,
Dulce ya voz en tu boca
Cuanto ámbar aspiró,
Entre sus hojas lascivas,
El clavel, hijo del sol.
No huya la blanca nieve
La mano, á quien envidió
Pompa el copo del aurora,
Desatado su candor.
Propicios tus ojos bellos,
No abrevien su resplandor;
Nortes luminosos guien
Mi naufragante aficion (5).

(5) Dúdase que sea de Góngora.

XCVI.

La cítara que pendiente
Muchos dias guardó un sauce,
Solicitadas sus cuerdas
De los céfiros suaves,
Amarilis restituye,
Que orillas de Manzanares
Viste armiños por trofeo,
Pisa espumas por ultraje.
El dulce pues instrumento,
Pisados viendo sus trastes
De los que suavemente
Articuló Amor cristales,
Organo fué de marfil,
Bien que le faltaba el aire,
Porque enmudeció los soplos
Del viento mas aspirante;
A cuyo son la pastora
Cantando, dejó llamarse
Filomena de las gentes,
Amarilis de las aves;
El curso enfrenó del rio,
Y á su voz el verde márgen,
Respondiendo en varias flores,
Aplausos hizo fragrantes.
De golosos cupidillos
Mudó la corona enjambre,
Libándole en la armonía
Cuantos respira azahares.
Asistir quisieran todos
A esta lisonja que hacen
El que anudaron esposo
Los mesmos lazos que amante;
Al siempre culto Danteo,
Envidia de los zagales,
En valor primero á todos,
En dichas segundo á nadie.
Manteniendo pues los ojos
En lirios que dulces nacen
En la frente de Amarilis,
A caducar nunca ó tarde,
Néctar bebe numeroso
Entre perlas y corales,
Escuchando á la sirena,
Que tremola plumas de ángel:
«Quiéreme el Aurora
Por su ruiseñor.
Busque otro mejor;
Que yo canto agora
A mi dulce amor.
»El alba me envia
Cuanto jazmin bello
Trenza en su cabello
El nácar del dia;
Poca es mi armonía
Para tanta flor.
Busque otro mejor, etc.
»La aurora no sabe
Que mujer casada
Es ave enjaulada,
Si muda no es ave;
Y á mi voz suave
Saluda otra flor.
Busque otro mejor;
Que yo canto agora
A mi dulce amor (6).»

XCVII.

Las auroras de Jacinta,
Nuevas esferas de Amor,
De cuyos rayos apenas
Es un rayo todo el sol;
Aquella deidad del Tajo,
Con quien sus corrientes son
Mucho cristal para rio,
Aunque para espejo no,
Verdes galanes del soto
Olmos la reciben hoy,
Que la tuvieron por nieve

(6) Rivas Tafur no lo tiene por de Góngora

Y la juzgaron por flor.
Músico arroyo la duerme,
Cristalino ruiseñor;
Jacinta le paga en perlas
Lo que en plata le cantó.
A las lisonjas del prado
El calzado jazmin dió,
Veneno para el abril,
Y para el Mayo favor.
Serranos de Manzanares,
Milagros hace el Amor;
Yo he visto llorar al alba,
Yo he visto celoso el sol.

XCVIII.

La mas lucida belleza
Que, ya en ojos, ya en cabellos,
El sol reconoce rayos
Y estrellas envidia el cielo,
Ambiciosa de sus luces,
Jamás sale de su centro,
Compitiéndose á sí propia,
Siendo competencia y premio.
De su voz en la armonía
Lisonjea tierra y viento;
Tanto se agradan, que vuelven
A repetilla en los ecos.
Vencimientos suyos canta,
Y con tan blancos acentos,
Que hace dulces los estragos
Y apacibles los trofeos.
Las sirenas de los mares,
Las aves de los desiertos,
En sus competencias vanas,
Glorioso triunfo la dieron;
Porque así el cielo dispone,
Dándole en la tierra asiento,
Que aunque solo en uno vive,
Triunfa ya en dos elementos.
Remedio á sus perfecciones,
La libertad de un deseo,
Que la miraba invencible,
Paga tanto atrevimiento.
Como fuego tan lucido,
Es el que aspira en su pecho,
Halla en las luces deleite,
Como en las llamas tormento;
Y abrasándose en la guerra
De aquel generoso incendio,
Dijo al cristal fugitivo
De Manzanares risueño:
«Fugitivos cristales,
Corred y volad;
No espereis á mi fuego,
Que os ha de abrasar.
»Manzanares, que no escaso
Distrito, aunque hermosa tierra,
Vuestro oriente es una sierra,
Y á otro rio vuestro ocaso,
Alentad mas vuestro paso,
Huid con velocidad.
No espereis, etc.
»Cristal, que en monte elevado
Rústico origen teneis,
Y luego en la corte os veis
De su pompa festejado,
Jamás libre y desatado,
Seguro asiento tomad.
No espereis á mi fuego,
Que os ha de abrasar.

XCIX.

Lluvias de mayo y de octubre,
Mas que debidos rigores,
Bordaba el sol por las cumbres
Entre rubios tornasoles,
Cuando un pequeño deudor
De grande opinion al Tórmes
En lomos de Manzanares
Forzoso ejercicio escoge.
Lágrimas riegan la tierra,
Que con corvo arado rompe,
Y sembrando atrevimientos,
A coger iras se pone.
Imperfecto deja el surco,
Bordado de las colores
De un ave que por el cielo
Dulces acentos descoge;
Rubia y crespa la corona,
Por ojos tiene dos soles,
Que sobre fondos azules
Hacen dos cielos conformes;
Bruñidas hojas de plata
El cuello altivo componen,
Por donde con dulces pasos
El aire de su voz corre;
Rizas negras plumas visten
Sus alegres resplandores,
Naufragio de cuantos ojos
Han navegado pasiones;
Sobre fogosos rubíes,
Que diez diamantes componen,
Labrados todos en largo,
Sus hermosas manos pone.
Al dulce batir las alas
El villano estremecióse,
Porque en la imágen del ave
La de Amarílis conoce.
Sintió la flecha en las plumas,
Que le atravesó de un golpe,
Y con las ansias herido,
Comenzó á decir á voces:
«Cielo son tus ojos
En ser azules,
Y en los rayos que arrojan
Parecen nubes.»

C

Menguilla la siempre bella,
La que bailando en el corro,
Al blanco fecundo pié
Suceden claveles rojos;
La que dulcemente abrevia
En los orbes de sus ojos
Soles con flechas de luz,
Cupidos con rayos de oro;
Esta deidad labradora,
Desde donde nace arroyo
Hasta donde muere rio,
Tajo la venera undoso.
Gil desde sus tiernos años
Aras le erigió devoto,
Humildemente celando
Tanto culto aun de sí propio.
Profanóla alguna vez
Pensamiento que amoroso
Volando en cera, atrevido
Nadó, en desengaños loco (7).
Del color de la violeta
Solicitaba su rostro
En la villana divina
El afecto mas ocioso.
Esperanzas pues de un dia,
Prorogando engaños de otro,
A silencio al fin no mudo
Respondió mirar no sordo.
Sus zafiros celestiales
Volvió un suspiro tan solo,
Tan pequeño de cobarde,
Cuan mal distinto de ronco.
La divinidad depuesta
Desde aquel punto dichoso,
Mirarse dejó en la aldea
Y saludar en el soto.
Con mas alientos que mayo
Un blanco sublime chopo
En su puerta amaneció,
De tan bello sol coloso.
En las hojas de la yedra
A su muro dió glorioso
Cuantos corazones verdes
Palpitar hizo Favonio,
Las fiestas de san Ginés,
Cuando sobre nuestro coso
Fulminó rayos Jarama
En relámpagos de toros.
Mientras distingue las fieras
El garzon, pavor hermoso,
La púrpura robó á Menga,
Y le restituyó el robo.
Cambiar le hicieron semblante;
Mas guardándola el decoro,
En los peligros el miedo,
En las victorias el gozo,
Paseó Gil el tablado,
De aquella hermosura tronco,
Que en los crepúsculos niega
El temor y el alborozo.
Nevó jazmines sobre él,
Tan desmentidos sus copos,
Que engañaran á la envidia,
Si no le volvieran loco.
Desde entonces la malicia
Su diente armó venenoso
Contra los dos, hija infame
De la intencion y del ocio.
Mucho lo siente el zagal,
Pero Menguilla es de modo
Que, indignada contra sí,
Se venga en sus desenojos.
Las verdes orlas excusa
De la fuente ó de los olmos,
Por no verse en sus cristales,
Por no leerse en sus troncos.
A los desvíos apela,
Partiendo en los mas remotos,
Con el céfiro suspiros,
Con el eco soliloquios.
Llora Gil estas ausencias
Al son de su leño corvo,
En humores que suaves
Desataran un escollo.
Sus dichas llora, que fueron
En el infelice logro
Pajarillos que serpiente
Degolló en su nido pollos.
Caducaron ellos antes
Que los floridos despojos,
Y el que nació favor casto
Murió aplauso riguroso.
En los tormentos lo inquiere,
Doliéndose los contornos
De que le niegue un recato
Lo que concediera un ocio (8).
Teme que esta retirada,
Si las flechas no le ha roto
Al amor recien nacido,
Las arme de ingrato plomo.
Buscándola en vano al fin,
Imitar al babilonio
Ya queria, y de su espada
Buscar por la punta el pomo,
Cuando la brújula incierta
Del bosque le ofreció undoso
Todo su bien no perdido,
Aunque no ganado todo,
Porque sin cometer fuga,
Teatro hizo no corto
Aquel campo de un rigor
Que árbol es ya de Apolo.

CI.

«Porque corre á despeñarse
Medio asombrado un arroyo,

(7) Así Verges; otros leen:
Nació en desengaños tonto;
y otros *nadó*.

(8) Otros leen *odio*.

El paso quiere impedirle
Un arrayan piadoso;
»Y aunque con mil cortesías
Le va obligando á su tronco,
Por entre piés, hecho sierpe,
Se le escapa bullicioso.
»El llevarse cuanto encuentra
Es de sus celos asombro,
Y al fin con precipitarse
Da á su olvido testimonio.
»Corria y andaba manso,
Y una nube embraveciólo
Con piedras que le arrojó,
De que ya corre quejoso.
»Lleva el color demudado,
Pues los corderillos todos
Que le bebian cristal,
Ya le beben coral rojo.
»Tambien le sacó de madre
El encontrarse con otro
De su misma pretension,
Mas libre y mas poderoso.»
Este ejemplo le contaba
Un pastorcillo celoso
A una zagala por quien
Hoy le sucede lo propio (9).

CII.

Tú, noche, que alivias
Los cansados miembros,
Cuyas negras horas
Convidan á sueño;
Dulce encubridora
De los que despiertos,
De amorosas luces
Sacan lances bellos;
Tú, en cuyo regazo
El grande y pequeño
Suspende la vida
Y afloja el deseo;
Aplica á mis quejas
El oido atento,
Pues dellas el dia
Y de mí va huyendo,
Mientras mi enemiga
En el casto lecho
Duerme sin cuidado
De mis pensamientos.
En pasados siglos,
Noche, si me acuerdo,
Sus trompetas roncas (10)
Mis ojos rindieron,
A mi lengua mudo
Y á tus ojos ciego,
Sin darme, cuitado,
Presentes tormentos.
Aquel tiempo fuése,
Que en fin era bueno,
Y ojalá el presente
Hiciera lo mesmo.
Agora cuidado
Usurpó los fueros,
Y entre las tinieblas
Oigo, miro y peno.
Hecho centinela
De mis devaneos,
A mi bien dormido
Y á mi mal despierto,
Canto con los gallos
Cantares funestos,
Responso á mi alma,
Laudes á mi cielo,
Quejas al amor,
Honras á mi cuerpo,
Endechas al daño,
Plegarias al tiempo.
Canto al cabo de año
Con nocturno entero
De mis esperanzas,
Que ya se murieron.
Contemplo los cursos,
Pensando conceptos
Para engrandecer
A quien me ha deshecho.
Consumo las horas
Haciendo sonetos,
Y en ellos alarde
De mis daños ciertos.
Pero ¿qué me importa
Cantar mil sucesos
A quien no es posible
Que les dé remedio?
Ora estés velando,
Ora estés durmiendo,
Ingrata señora,
Escucha mis versos.
Podrásles cantar
Las noches de invierno,
Los mártes aciagos,
Que son propios dellos.
Cuando yo vivia
Mas libre y exento,
De mi gusto esclavo,
Solo á mi sujeto,
Burlaba de Amor
Y de sus pecheros,
Porque en mi opinion
Todos eran necios;
Y no andaba errado;
Que quien sirve á un ciego,
O no tiene vista
O es poco discreto.
No cuidaba de ojos
Garzos ni risueños,
De tiernas palabras
Ni blandos rodeos;
No me suspendian
Cejas ni cabellos,
Nariz afilada
Ni nevado pecho;
No en fuego me helaba,
Ni quemaba en hielo,
Ni me alborotaban
Temerarios celos;
No me despertaban
Amorosos miedos,
Ni dueñas ni doñas
Me traian suspenso;
No gastaba arengas
En dulces requiebros,
Ni lágrimas vivas
Ni suspiros recios;
Nunca con mujeres
Hablaba con seso,
Porque me preciaba
De ser lisonjero;
Nunca me vió nadie
En anocheciendo
Andar hecho trasgo,
Cargado de hierro.
Estas prevenciones
Poco me valieron;
Que en fin vine á dar
Al despeñadero.
Vite una mañana,
Y quedé suspenso
De unas cejas negras
Y unos ojos negros.
Perdime de vista,
Y dejando el puerto,
En el mar de Amor
Me entré á vela y remo.
Comencé á ser otro;
Descubrite el pecho,
Mas tú le cubriste
De amoroso fuego.
Hallóte mi amor
Falsa por extremo,
Las palabras cera,
Las obras acero;
Herviente en las causas,
Tibia en los afectos;
Fácil en promesas,
Y mudable en hechos.
Blanda en los halagos,
Dura en los remedios,
Viva en mis tragedias,
Muerta en mis trofeos;
En presencia gloria,
En ausencia infierno,
En público oveja,
Y tigre en secreto.
Pues no eres eterna,
Ni el tiempo es eterno,
Ni tú serás moza
Cuando yo sea viejo,
Si pasa tu flor,
Quedarte has en seco,
Rica de desdenes,
Pobre de contento.
Llorarás entonces
Lo que no echas menos,
Y querrás comer,
Y no habrá pan tierno;
Pero tente, pluma,
Que aunque no me aduermo,
Hablas con un robre,
De asperezas hecho (11).

CIII.

A un tiempo dejaba el sol
Los colchones de las ondas,
Y el orinal de mi alma
La bacera de su choza;
El porque tres veces quiere
En las tres doradas bolas
De las torres de Marruecos
Ver su caraza redonda;
Y ella porque sus corderos,
En tanto que el alba llora,
Se longanicen las tripas
De esmeraldas y de aljófar,
A cuenta de los poetas,
Que baratan estas joyas
Entre los que en avellanas
Les pagan á qué quies, boca.
De luz pues y de ganado
Se cubre la vega toda
Al aire de la armonía
Que despide una zampoña,
Profundamente tañida
De un cuitado que la sopla
Quizás tan profundamente,
Que no hay Júdas que la oiga.
Guarda el pobre unas ovejas,
Si el que se las deja á solas
Las guarda, y á sus rediles
No las vuelve, ó vuelve pocas;
Culpa de un dios que, aunque ciego,
Clava una saeta en otra,
Y calienta, aunque desnudo,
El muro helado de Troya,
Cuando criminante y bella
Salió ministrando aljófar,
Del sacro Bétis la ninfa
Que vió España mas hermosa;
Tan celosa de su padre,
Que el lado aun no la perdona,
Y si hay sombras de cristal,
La ninfa se ha vuelto sombra.
Vióla en las selvas un dia
En una virginal tropa
De secuaces de Diana,
Saeteando una corza.

(9) Rivas no lo cree de Góngora.
(10) Otros leen: *tus trompetas.*
(11) Otros leen, y no mal:
De esperanzas seco;
y otros, nada bien:
De esperanzas hecho.

Nunca la viera el cuitado,
Y no dejara en mal hora
Por el campo su hacienda,
Por el rio su memoria.
Desde entonces los carneros
Van perdiendo sus esposas,
Y de lanas de bayeta
Les va el lobo haciendo lobas.
Rio abajo, rio arriba,
Pasos gasta, viento compra,
Que lo vende por suspiros
Y vale misericordia.
Tantos dias, tantas veces
Oyó su voz lastimosa
El rio desde su urna,
Lleno de néctar y alfójar;
Y lo halló entre unos carrizos
Ventoseando mas coplas
En daño de los que dicen
De su preñada señora,
Que lo oia entre unos sauces,
Haciendo desden y pompa
Del pastor y de sus versos,
Zahareña y amorosa.
De las plumas de una mimbre
Dos corta el viejo garzotas,
Y en el envés de la ninfa
Me las desnuda de hojas.
Cansado pues el pastor
De invocar piedad tan sorda,
De mi bella pastorcilla
El dulce favor implora.
Un rato le ruega humilde
Que su lira sonorosa
Al aire haga y al rio
Cualque suave lisonja.
Condescendióle sus ruegos
Clóris, y luego á la hora
Yerba y flores á porfía
Le tejieron una alfombra.
Pulsó las templadas cuerdas,
Y al punto el cielo se asombra,
El aire se purifica,
La ribera se convoca.
Las ninfas que de aquel soto
Los muchos árboles honran,
Vistiéndose miembros bellos,
Desnudan cortezas toscas.
A un verde arrayan florido
Se calaron dos palomas,
Blancas señas de que el aire
La madre de Amor corona.
Un dulce lascivo enjambre
De hijuelos de la Diosa,
Vertiendo nubes de flores,
Jazmines llueven y rosas.
Sofrenó el sol sus caballos
Por oir á mi pastora,
Tanto, que besó algun signo
Las caderas luminosas;
Y fué tal la sofrenada,
Que con las lucientes colas
Ensuciaron y barrieron
Dos tachones de la zona.
Su verde cabello el Bétis
Descubrió y su barba undosa,
Y el húmido cuerpo luego,
Vestido de juncos y ovas.
La hija aguarda que el padre
Todo el campo reconozca,
Y á las detenidas aguas
Fia luego la persona.
Salió de espumas vestida,
Y por lo que es vergonzosa,
Calzada una celosía
De caracoles y conchas.

CIV.

Recibí vuestro billete,
Dama de los ojos negros,
Con mil donaires cerrado
Y con mil ansias abierto.
En fe de los treinta escudos
Que en vuestro renglon tercero
Vienen en un *alma mia*
Disimulados y envueltos,
Os envio ese inventario
De las partidas que tengo;
Que es como si os enviara
Las del infante don Pedro;
Porque en materias de escudos
Solo tengo un pavés viejo,
Y en moneda de reales
Yo soy de un lugar realengo,
Y cuanto á las alcabalas,
Tengo un grande privilegio,
Que, como no hay que vender,
Ni las pago ni las debo.
De los navíos de Indias,
Poderosos y soberbios,
Me viene la dulce nüeva
Cómo llegaron al puerto.
Cúpome de particion
De molinos de agua y viento,
El molino de mis dientes,
Que no muele á todos tiempos;
De dehesas y cortijos,
Viñas, huertas y majuelos,
Me cupieron los caminos
Y la ciudad por linderos.
No se me quejan las fuentes
Ni los claros arroyuelos
Que los enturbian cabezas
Señaladas de mi hierro.
Al fin mis hatos se incluyen
En los que ciñen mi cuerpo,
Y en un *agnus Dei* de alquimia
Se rematan mis corderos.
Solo el adorno de casa
Es señora de momento,
Porque en un momento es visto,
Y se acaba en un momento.
Tambien tengo alguna plata:
Por ser poca no la cuento,
Que es una santa patena
Que heredé de mis abuelos.
No tengo paños de corte,
Mas no me faltan enteros;
Porque ya tengo la corte;
Solo el paño es el que espero.
Tambien para mi salud,
Que es la prenda que mas quiero,
Hay muy gentiles gallinas
En mi mozo y en su dueño.
En cosas dulces, Canarias
No iguala la que poseo,
Pues gozo una linda sarna,
Rascada con cinco dedos.
Al fin que, señora mia,
Dicho por menos rodeos,
Si yo tengo un solo cuarto
Muera de cuatro contrecho.
Sin duda que se hallaron
En mi triste nacimiento
Las estrellas en ayunas,
Pues tal hombre en mí influyeron.
Aguarde que otra vez nazca
En mas venturoso agüero,
Que por desnudo mi madre
Me puede parir de nuevo (12).

CV.

Mil años há que no canto,
Porque há mil años que lloro
Cuidados del mal pasado,
Que ha puesto fin á mis tonos.
Ingrato mundo, de ti
Estoy de veras quejoso,
Pues con tan poca razon
Me castigas á mi solo.
Ello consiste en ventura;
Que mil pecados conozco
Mas graves que el mio algunos,
Y mas sin castigo todos.
Pues vive Dios, que en mi vida
Llevé mujer para otro,
Ni he procurado privanza
Por bajo ni humilde modo.
Consuélome con que el tiempo
No tiene los piés de plomo;
Que si es Mercurio en las alas,
Con sus verdades me abono.
Muchos faltan de la plaza
Que los vi salir al coso;
Muchos se llevan los dias,
Todo se va poco á poco.
Yo he visto con calzas largas
Algun señor de los godos,
Que ya se humilla á gregüescos,
Como inglés, cortos y angostos;
Y he visto con mas salud
Algun pastor boquirojo,
Que á paso de buey camina,
Y balaba como un corzo;
Y aun alguna dama he visto
Que tiene acabado el rostro,
Con arrugas por lo mico,
Con juanetes por lo mono;
Ralo y lamido el cabello,
Y sin pestañas los ojos,
Dos dientes menos y negros (13),
La nariz mas larga un poco;
Lacio el brio y agostado,
Y de no pocos agostos,
Y para tener el tiempo,
Un brazo mas largo que otro.
Mas ¿por qué me maravillo,
Y con el tiempo me tomo?
Los bueyes fueron becerros
Y los mastines cachorros.
Yo conocí un aguileño
Que agora ha dado en ser romo,
Y un gordo que fué muy flaco,
Y un flaco que fué muy gordo.
Los sombreros eran altos,
Ya son bajos y redondos;
Colchones eran las calzas,
Ya no consienten aforros;
Desbarrigados los sayos,
Los jubones á lo corto;
Lacayos se visten pita
Y rameras telas de oro.
Sin duda se acaba el mundo;
¡Oh cuatro veces dichoso
El que en un pobre sayal
Del mundo se pone en cobro!
De la premática nueva
Se anda descuidado y sordo,
Ni mira en sedas ni puntas (14),
Almidon, filete ni oro.
Y si descubren mujeres
Sus bellos rostros hermosos,
Da gracias á Dios por ello,
Y miralos vergonzoso.
Y aunque es el trabajo grande
De la obediencia y del coro,
Cuán bueno es saber que hay
En conventos refitorio.
Cuando miro las crueldades
Desta nuestra edad de lodo,
Aunque no la merecemos,
Vivir de hierro mohoso,

(12) Rivas Tafur no lo tiene por de Góngora.

(13) Otros leen:
Los dientes menos y negros.

(14) Otros leen: *ni mora en sedas ni puntas.*

El mas bajo estado envidio,
A peso de oro lo compro (15),
Por quien yo trocara el mio,
Y aun en esto hiciera poco.
¿Qué villano va á sus viñas
Con las alforjas al hombro,
Por quien no trocara á Ovidio
De Tristibus y de Ponto?
¿Qué marinero embreado
O qué velador piloto,
Qué forzado de galera,
Qué negro de Monicongo?
¿Qué recuero de la Alcarria,
Qué pobre importuno y roto
De los de sopa francisca
O de jerónimo brodio?
¡Oh venturosos picaños,
Que del señor poderoso
En vagamundos corrillos
Estáis murmurando el toldo!
No os habeis diciplinado
Por la armada, ni á vosotros
Os piden lanzas de ristre,
Sobrándoos lanzas á todos.
¿Qué se os da que nunca llueva,
Pues el año mas costoso
A un mismo precio comeis
Pan y vino y carne abondo?
¿Qué se os da que vaya el Draque
De nuestras naves en corso,
Y que se lleve de España
Los trabajados tesoros?
Sobre Juanilla y Lucía
A veces andais al morro
Por cuernos averiguados,
No por cuidados celosos.
¿Qué cardenal come en Roma
Mas seguro y mas sabroso,
Pues nunca á nadie en la tierra
Se dió veneno en mondongo? (16).
Ya en efeto hemos nacido,
Y aunque seamos de lodo,
Sabemos bien en el mundo
Quién es oveja y quién lobo.
Alleguémonos al bueno,
Huyamos del mentiroso;
Que importa vivir en paz,
Sufrir mucho y hablar poco.

CVI.

Así Riselo cantaba
En su rabel de tres cuerdas,
Aquel de la capa blanca
Y de las costillas negras;
El que tiene por remate
Una burlada sirena,
Divisa contra engañosas
Que cantan y desesperan,
Como hizo aquella fácil,
De cuya voz no se acuerda;
Porque Amor, que es ave y niño,
Si no le regalan vuela.

(15) Otros leen: *á pesar de oro.*

(16) Aunque en las colecciones antiguas corre este romance como de GÓNGORA, don Francisco de Rojas, en su ingeniosa comedia *Donde hay agravios no hay celos*, lo atribuye á Lope de Vega. Véanse sus palabras:

En ser hombre desigual
Por mas me vengo á tener,
Porque yo mas quiero ser
Picaro que cardenal.
Esto tengo por mas bueno
Que ser señor y aun reinar;
Que allá suele en el manjar
Disimularse el veneno.
Pues ser pícaro dispongo;
Que, como Lope advirtió,
A ningun hombre se vió
Darle veneno en mondongo.

Digo pues que así cantaba
Con su tiple de corneja,
Oyéndole cuatro esquinas,
Dos calles y una taberna:
«Vamos horros en los gustos,
Aldeana, que revientas
Por mostrarme que en tu lumbre
Mil corazones se queman.
»A lo simple nos queramos,
Sea nuestra fe de cera,
Cada cual siga su antojo,
Pues que la gracia no es deuda.
»Franca de celos te hago,
Porque los llamó mi abuela
Brujas que á las almas niñas
Les chupan la sangre nueva.
»Y yo, que soy bachiller
Por Alcázar de Consuegra,
Los comparo á los erizos,
Que á quien los toma penetran.
»No quiero que á nuestras vidas,
Que son dos palomas duendas,
Las tienten esos pecados
Que la voluntad infiernan.
»Si te vas por la mañana,
Yo te aguardaré á la siesta,
Y si á la noche faltares,
Dormiré aunque no parezcas.
»Si quieres tener visitas,
Sin miedo puedes tenerlas;
Que aunque yo esté solo un año,
Vé galana á la merienda,
»Y si me convidaren
Déjame ser Peroentrellas.
Ya no quiero que me digas
Que un señor de cruz bermeja
»Te promete montes de oro
Por galopear tu vega,
Ni tampoco que te tañan
Con cajas ni con trompetas
»A que seas capitana
De faldellin por bandera;
Porque pienso que lo dices
Aplicando la conseja,
»Para que ligeras anden
Mis pesadas faltriqueras.
Bien se me trasluce á mí
Que el arco de Amor se flecha
»Por las poderosas manos
De su consejo de hacienda.
Vénus, la diosa de Chipre,
Ya es matrona ginovesa,
»Guarismo sabe su niño,
Multiplica, suma y resta.
Ya el rapaz anda vestido,
Las alas aforra en tela,
»Y el que esperanzas comia,
Pavos come y tortas cena.
A la discrecion le ha dicho
Que compre y no diga perlas,
»Y á la gentileza pobre
A pintura le condena.
Con la flota está casado,
Mujer tosca y marinera,
»Que se acuesta con bizcocho
Y de millones se empreña.
Su secretario es el dar,
Un mozo que allana sierras,
»Robador de voluntades
Y cumplidor de promesas.
Por esto, aldeana mia,
Quiero yo seguir la seta
»De aquellos cuyas entrañas
Parecen carne y son piedras.
Si no merezco tus glorias,
No me revistan tus penas,
Y si por dicha te agrado,
Mas verdad y menos tretas (17).»

(17) Segun Guerra y Orbe, es de Pedro de Liñan Riaza.

CVII.

¡Ah mis señores poetas!
Descúbranse ya esas caras,
Desnúdense aquesos moros
Y acábense ya esas zambras.
Váyase con Dios Gazul,
Lleve el diablo á Celindaja,
Y vuelvan esas marlotas
A quien se las dió prestadas;
Que quiere doña Maria
Ver bailar á doña Juana
Una gallarda española,
Que no hay danza mas gallarda;
Y don Pedro y don Rodrigo
Vestir otras mas galanas,
Ver quién son estos danzantes
Y conocer estas damas;
Y el señor alcaide quiere
Saber quién es Abenámar,
Estos Cegríes y Aliátares,
Y dulces Zaides y Audallas (18);
Y de que repartimiento
Son Celinda y Guadalara,
Estos moros y estas moras
Que en todas las bodas danzan;
Y por hablarles mas claro,
Así tengan buena pascua,
¿Ha venido á su noticia
Que hay cristianos en España?
¿Quieren que diga el hereje
De nuestra fe sacrosanta (19)
Que de los nombres de pila
Se nos sigue alguna infamia?
¿Saben si alguna nacion,
Persa, scita ó otomana,
A nuestros nombres celebran,
Y cantan nuestras hazañas? (20).
Si dicen que no lo ignoran,
¿Por qué los cuentan y cantan
En nombre de los moriscos,
Abatiendo nuestras lanzas;
Y cubren nuestras naciones
De alquiceles y almalafas,
Y mil falsos testimonios
A los moriscos levantan?
Están Fátima y Jarifa
Vendiendo higos y pasas,
Y cuenta Lagarto Hernandez
Que danzan en el Alhambra;
Estánse los Aliátares (21),
Tejiendo esteras de palma,
Y Almadan sembrando coles,
Y levántanles que rabian.
Viene Arbolan todo el dia
De cavar cien aranzadas
Por un puño de harina
Y una tarja horadada;
Viene el otro delincuente,
Y sácale á la mañana
A la jineta, vestido
De verde y flores de plata;
Y al Cegrí, que con dos asnos
De echar agua no se cansa,
El otro disciplinante
Pintale rompiendo lanzas;
Hace Muza sus bañuelos;
Dice el otro: «Aparta, aparta,
Que entra el valeroso Muza,
Caballero de unas cañas.
Los de la santa hermandad,
Por delitos que otros hagan,
Os saquen samaritanos
A birotazos el alma.
Dejais un fuerte Bernardo,
Vivo honor de nuestra España,

(18) Otros leen: *á dulces zaides*, y otros, *adulces.*

(19) Otros leen: *que nuestra fe.*

(20) Otros ponen *cuentan.*

(21) Otros leen *estando.*

Asombro de la morisma,
Terror general de Francia;
Dejais un Cid Campeador,
Un Diego Ordoñez de Lara,
Un valiente Arias Gonzalo
Y un famoso Rodrigo Arias;
Un gran Gonzalo Fernandez,
Lustre y honor de mi patria,
Siendo tan grande en el nombre
Como temida su espada;
Y aquellos héroes famosos,
Dignos de gloriosa fama,
Que eternizó sus memorias
La conquista de Granada.
Celebran chusmas moriscas
Vuestros cantos de cigarra,
Hechos pobres mendigantes
Del Albaicin á la Alhambra.
Si importa celar los nombres,
Porque lo impiden las causas,
¿Por qué no vais á buscarlos
A las selvas y cabañas,
A las banderas francesas
O á las legiones romanas,
A Cartago ó á Sagunto
O á la infelice Numancia?
Mas ¿dó vuelas, pluma mia?
Tente, que vas desmandada;
Que haces mal en condenar
Invencibles ignorancias (22).

CVIII.

Viniendo de Portugal el rey don Felipe III, año de 1619, llegó á Guadalupe, y á la entrada de la iglesia habia un arco triunfal bien adornado, y en lo mas alto una nube, la cual fué bajando cuando su majestad llegó, y abriéndose, se descubrió la Justicia y Religion, y dijeron estos versos alternativamente.

Religion.—Justicia.

RELIGION.

En buen hora, oh gran Filipo,
Volvais vuestra luz adonde
Castilla os recibe en tantos
Generosos corazones
En hora buena, volviendo
De Guadalupe á los montes,
Que con llaneza os reciben,
De vuestro pié se coronen;
Y al lusitano bien puestos,
Gran Neptuno y fuerte jóven,
Con el tridente y el cetro,
Ley al mar, freno á los orbes;
Y ya el castellano os mira
De paz en sus horizontes,
En lauro vuelto el tridente,
Los rayos en esplendores,
Ya tributarios dejando
Cuantos el oriente esconde,
Como á vuestra planta ricos,
Adustos á vuestros soles.
De vuestros votos llamado
Con tantas aclamaciones,
Volveis donde paga en templos
Castilla tantos favores.
No ya en sus ondas os llama
El mar de España por donde
Nuestro castellano Tajo
Muriendo tiene mas nombre;
No en Lisboa toman tierra
Los navales escuadrones,
Que en tanto mar no cabian,
Guiados de tantos nortes;
No en dos veneros admiran,
Como en sus olas entonces,
La casta Vénus francesa,
El español bello Adónis;
Isabel, digo, y Filipo,
Que en lazos de oro conformes,
Viven calzando himeneos,
Coturnos de resplandores.
No al Olimpo desembarca
La admiracion de sus dioses,
Que del cielo no es estrella,
Por ser del mar rubia Clóris;
La infanta, digo, Maria,
Que en muchas aclamaciones,
En Portugal breve rayo,
Esfera de amor conoce.
No, en fin, prodigiosa en arcos,
Como ya su ciudad noble
Os mostró el poder que encierra,
Madre de tantas naciones.
Castilla en vuestra venida
Levanta nuevos blasones,
Que al cielo asombren gigantes,
Que al sol admiren Faetones;
Que al mar de vuestra grandeza
La humildad en que os adore,
Como á la mar van los rios,
Humildes cristales corre;
Que á los que España venera,
Despues que en siglos mayores
Depongais el cetro juntos,
En paz muchos siglos goce.
Si no diademas divinas
A los años de sus flores
Hace que a los dos el cielo
Laureles eternos brote;
Que á la bellísima infanta,
Que adoran y reconocen
Por su aurora estas montañas,
Por su Diana estos bosques,
Los cultos en que la esperan,
Porque su deidad invoquen
Los que de esas son, en tantas
Hermosas admiraciones;
Y vos, Cárlos y Fernando,
Que, como luces menores,
Volveis de Felipe al cielo
Divinas exhalaciones;
Pues á este templo votastes
Vuestras peregrinaciones,
Por recebir como estrellas
Luceros tan superiores,
Decildes que aquí de tantos
Heróicos antecesores
Los trofeos santos cuelgan
En banderas y pendones;
Que del sagrado Filipo
Entre arábigos olores

(22) Rivas Tafur no cree de Góngora esta poesía, donosa burla de los compositores de romances moriscos. Los que se dedicaban á escribirlos no eran, por cierto, ingenios de la nacion vencida. Los cristianos, que odiaban tanto á los moriscos, recibian placer en cantar á sus héroes y en leer sus hazañas y sus costumbres. Es esta una de las muchas contradicciones en que caen los hombres.

Los moriscos escribieron varios libros en prosa y verso sobre cosas de su ley y sobre viajes por España. Estos libros se compusieron en lengua castellana, unos escritos con caractéres árabes y otros con caractéres españoles. En la biblioteca Nacional y en la de mi amigo el arabista don Pascual de Gayangos se conservan algunos. En muchos hay recopilados romances hechos por ingenios cristianos. Cuando los moriscos se dedicaban á escribir versos no se cuidaban de cantar á sus héroes, sino de reir de la religion que por la fuerza aparentaban profesar, ó de encarecer la que tenian por verdadera. Véanse algunas muestras:

No es gobierno el dividido;
Tierra y cielo rige un Dios,
Un reino no sufre á dos
Ni dos pájaros un nido.
(*Ibrahim de Bolfad, en el códice CC.*, 169, *biblioteca Nacional.*)

Con *biz milah* comenzamos,
Su santo nombre invocamos,
No hay otro dios sino él;
Todos necesitan de él,
Y á él solamente adoramos.
(*El mismo, en el lugar citado.*)

Cuervo maldito español,
Pestífero cancerbero,
Que estás con tus tres cabezas
A la puerta del infierno, etc.
(*Juan Alonso Aragonés, códice* 174, *biblioteca Nacional.*)

Dejad cuidados aparte,
Y oid, padres reverendos;
Que quiero de vuestra te
Decir algunos acentos, etc.
(*El mismo autor, en el códice citado.*)

La memoria de su olvido
Vive en perdurables bronces;
Que en las aras de una imágen
(A cuyos puros candores
De sus nevados piés yacen
Dulces aladas legiones),
A las luces consagradas
De aquesta paz de los hombres,
Devotos de sus promesas,
Arden lucientes faroles.
Decildes tambien...

JUSTICIA.

Detente,
El dulce aliento recoge;
Que para llegar al cielo
Todas las alas son torpes.
Sírvate al fin de escarmiento
Que por ardientes regiones
Uno se abrasó las plantas
Y otro á las aguas dió nombre;
Y si quieres saber cuánto
En ilustres protecciones
Este santo templo debe
A los reyes españoles,
Detente á mayor Talía,
Oye lo que vi una noche
Que á nuestro rey esperando
Hallé en imaginaciones.
En el templo de la fe,
Que en moralidad compone,
En trompa vuelta la lira,
Mi voz á escuchar disponte:

«Yace á la parte del templado Oriente,
Adonde luz de lumbre misteriosa
Campos ilustra del olimpo ardiente,
El templo sacro de la fe gloriosa,
La fama vi que al templo indeficiente,
En anales eternos generosa,
Por caminos de triunfos inmortales,
Volando alienta trompas de cristales.
»Argos atentos descubrian mis ojos
Por sacros vultos de ejemplar firmeza,
Que en luz dorados y con sangre rojos,
Afectaban gloriosa fortaleza;
Dejándome llevar de otros despojos,
O por afecto ó por naturaleza,
Una y otra admiré piadosa hazaña
De los reyes católicos de España.
»Divertido en sus inclitas historias,
Los triunfos vi de Alfonso el Castellano,
Aquel piadoso rey cuyas memorias
Tiembla en estatua el bárbaro africano;
Faltaron plumas para tantas glorias,
Por mas laureles que abrevió su mano;
Pero el mayor que se erigió ostentoso
Alzó á este templo el príncipe glorioso.
»Pues aun no bien destas montañas frias,
Que el pié divino de una vírgen dora,
Amanecieron infinitos dias
En breves siglos de una breve aurora,
Cuando eran luces en ofrendas pias
De la que calza humilde brilladora
A las que ciñe estrellas altamente
Del rey Alfonso el culto reverente;
»Aquel Alfonso, digo, coronado
De honores mas que esta montaña estrellas,
Nunca bastantemente celebrado,
Aunque igualmente venerado dellas;
Dígalo en mar de sangre el rio Salado,
Cristales vivos en sangrientas huellas,
Si excedieron despues sus troncos gruesos,
Horribles montes de desnudos huesos.
»Tumba poca el Salado en su corriente,
Que á los montes abriendo sus entrañas,
Breve fueron sepulcro á tanta gente,
Que embarazó con sangre las campañas;
Mármoles coronó gloriosamente,
Si no son todos mármoles de hazañas,
Donde al pié de la Vírgen una á una
Hueste alada son cercos de la luna.
»Ocupaba despues grave distancia
Aquel Pedro que hicieron riguroso,
O del propio valor la vigilancia,
O del ajeno error el daño ocioso;
Mas al que no cedió grave distancia
Culto debe María tan piadoso,
Que abriendo montes y cortando riscos,
Crespas le alzó montañas de obeliscos.
»El palacio lo diga no distante,
Rara admirando en él la arquitectura,
Obra toda de artífice elegante,
Pompa toda mayor de la escultura;
Término fué apacible al caminante,
Estancia al peregrino fué segura,
Que á sus aras llegó donde devoto
Su camino absolvió, cumplió su voto.
»Plumas del fénix contenian la historia,
A no alterables siglos reservada,
De aquel Segundo Enrique, cuya gloria
A España fué segunda edad dorada;
De Alejandro venciendo la memoria,
En mayores mercedes ocupada,
Músicos votos le ofreció su celo
Por excusarle este cuidado al cielo.
»Emulacion famosa á los futuros
Siglos después de aquel gran rey contemplo;
Aquel don Juan Primero, en quien mas puros
Viven los fuegos deste sacro templo;
Deponga Atlante los celestes muros,
Pues hay Alcides con tan alto ejemplo,
Pues Argos hay que en prendas celestiales
Halló los ojos en su fe inmortales.
»¡Oh santa religion, oh verdaderos
Hijos de aquel gran padre en lumbres bellas,
Que á tantos grados os gradúa luceros,
Si á tanto sol os examina estrellas!
Vosotros sois los ángeles primeros
En quien la Vírgen estampó sus huellas;
Que viendo el Rey tan santa compañía,
Guarda real os hizo de María,
»Ya José la tutela ha de dejaros;
Que os encargan los orbes cristalinos,
Viendo que el sol, perplejo de miraros,
La luz se le cayó á sus piés divinos;
Vos, que á los rayos de otro sol mas claros
Por vuestro pecho abris tantos caminos,
Gran Jerónimo, en quien la vestidura
Dos veces es sangrientamente pura.
»Precíaos, padre, de que en glorias tantas
Hijos tenais que espíritus ardientes
Son, ya venciendo las legiones santas,
Serafines volantes y obedientes;
Coronados todos de sus puras plantas,
Llegad al cielo vuestras sacras frentes,
Que eternizados en sus luces bellas,
Estampas usurpais á las estrellas.
»Ceñido miré luego ilustremente
Aquel inmortalmente generoso,
Aquel Tercero Enrique, aquel Doliente,
Que fué menos mortal que no piadoso;
¿Qué honor no debe al príncipe excelente
Este templo por él mas suntuoso?
Muerto vivió; que eterno ser recibe(23)
El que en la lengua de los hombres vive.
»Sacro el cayado el Rey á su primero
Prior del Tajo dió, y el rio sagrado
En tantas voces le aclamó ligero
Cuantas ondas brilló cristal dorado;
Trocó el cayado en el mayor lucero
De humildad el lustre no aceptado,
Con que vió el mundo que vencido habia (24)
Lo que dejó con lo que merecia.
»Augusto en fama, en fe majestuoso,
Segundo en nombre, en el valor primero
Miré á don Juan, cediendo afectuoso
Su real corona á grave consejero;
Dando, digo, al prior mas religioso
Las llaves todas de su reino entero,
Viendo que Pedro á sus consejos graves
Le fiara la púrpura y las llaves.

(23) Otros leen: *muerto murió.*
(24) Otros leen *habria.*

»El Cuarto Enrique á sus divinos soles
Aras alzó; tan altos son empleos,
Que borrándole al sol sus arreboles,
Alcázar son murado de trofeos;
Díganlo cuantos arden hoy faroles,
Cuantos humean árboles sabeos,
Que testimonios de su amor fragrantes,
Son sacrificios de su fe constantes.
»La piedad de su pecho generosa,
De la Reina su madre el celo ardiente,
Así admitió la Virgen gloriosa
Su religion, así pagó obediente,
Que á él labrándole pira suntuosa,
Urna á ella erigiéndole luciente,
Una y otra á su nombre construida,
Tierra sellan de tierra no oprimida.
»En simulacros de la fama aparte
Dos vi ceñidos de inmortal corona,
Rayo el uno belígero de Marte,
Asta el otro triunfante de Belona;
No leo los nombres, informando el arte,
¿Este es Fernando? ¿Esta Isabel? Perdona
¡Oh fama! si sus glorias excedidas
No son mas que por ellos conocidas.
»Dígalo aquí aquel triunfo verdadero,
Si arbolando la cruz nuestros pendones,
Auto de fe se celebró el primero,
Principio dando á sus inquisiciones;
Aquí los padres de la fe, el severo
Sagrado horror á heréticas naciones
Intimó, tropezando su cabeza,
Allí los piés de su mayor pureza.
»En dos columnas del horror cristiano
Todo el templo fijaba al cielo ardiente,
Cárlos el uno era, Marte humano;
Filipo el otro, Júpiter prudente;
Del uno á levantar la altiva mano,
Del otro á revolver la heróica frente;
Temblaron tierra y mar, porque á sus hechos
Tierras y mares les venian estrechos.
»Furioso Cárlos á pesar de Juno,
Nuevos argos varó á estos horizontes;
Colgó aquí el gran tridente de Neptuno
Conculcando sus piélagos de montes,
Culto Filipo, sin dejar ninguno,
Cuantos árboles sudan del Crónteo
Traslado á su capilla en mas decoro,
Ardiendo enteros en faroles de oro.
»Los dos miraba atentamente cuando
¡Oh tercero Filipo! descubria
Tu rostro, que dos orbes ilustrando,
A dos opuestos mundos hace un dia;
Vi que el cielo su imperio contemplando,
Con la tuya partió su monarquía,
Y vi en tí retratado honor y palma,
Cárlos darte el valor, Filipo el alma.
»¡Salud, te dije, á tí que á dos Apolos,
Seguro, el carro de las luces pides,
Cuando á los cielos, que te dejan solos,
Con vivos rayos de tu sol los mides!
Sigue la gloria de abreviar dos polos,
Nunca intentada de ningun Alcides;
Que bien podrás con pasos tan seguros
Paralelos ceñir, pisar coluros.
»¡Salve, oh tú, en quien serán mas altamente
Vital incendio, luces funerales,
Que al segundo morir tu solamente
Hallar podrás renombres inmortales!
Alza, oh gran rey, la coronada frente,
A quien sirven los cielos de fanales;
Que para globos de tus piés segundos
Imperios brotarán, nacerán mundos.
»Sierras de Guadalupe, al sol lozano
Primera cuna, cuando á vos se han ido,
¡Oh virgen pura, oh serafin humano!
De vuestra eterna pompa dividido,
Pues monte sois de sus mortajas cano,
Pues templo sois de sus trofeos vestido,
Bajad las frentes á sus luces bellas,
Orbe ya hermoso de sus cinco estrellas.
»De aquestas, digo, luces cinco hermo
Que á Guadalupe honrando, mira el suelo
Su dia en claveles y su sol en rosas,
Hoy, que á sus rayos corre Amor el velo,
Hoy, que infundiendo gracias amorosas,
Que tiraniza la beldad del cielo,
Quiere Filipo que á su templo sacro
Aplausos sean de eterno simulacro;
»Tú, que haciendo estos montes firmamentos,
Dejaste idolatrado del oriente,
Los lusitanos de la luz sedientos,
Bañados de tu luz resplandeciente;
Hoy, que á estos montes ilustraste atentos,
A la que arrastra púrpura luciente
Vuelves feliz entre estos patrios lares,
Que pagarán tus votos con altares.
»Llega; que si á tu fénix traes ornado
De aquella hermosa flor de lis francesa,
Esfera celestial de su cuidado,
Lustre mayor de la española empresa,
Dos luceros aquí te han esperado,
Que á tu cielo corrieron mas apriesa;
Que, como dél son rayos verdaderos,
Vuelven a tí segunda vez luceros.
»Ardan las teas nupciales obedientes,
Lilios de edad el tálamo perdone (25),
Donde templando Amor flechas ardientes,
Dulce enjambre de amores le corone;
De imperios mas que de laurel las frentes,
Por mas que tiempo en mármoles blasone,
Siglos ciñan los dos en desengaños
De mas coronas que felices años.
»Virgen, que el pié del mayor rey conduces
Al templo tuyo, que en igual decoro
Ha de vestir de las triunfales cruces
Que espera en Asia restaurar del moro;
Pues son sus votos no extinguibles luces,
En plata haciendo ilustre afrenta al oro,
Recibe los que en rayos, si no en flores,
Cinco te ofrece eternos resplandores.»
Dije, cuando del templo cristalino,
Así extenuados los gloriosos velos,
Cesó la fama, que en metal divino
Armoniosos factos dió á los cielos;
Halléme al fin del inmortal camino,
Que no arribara el que idolatra Délos,
Porque Talia mejor los triunfos cante
De la fe sacra, en citara sonante.

RELIGION.

Abrevia el difícil paso,
Suspende la voz sonora;
Que me llevan los sentidos
La lira, mudada en trompa.
Deja á Marte riguroso,
Desenlazada la gola;
De paz le mira, no cuando
Por los ojos fuego arroja.
Escucha mas dulcemente
Mi cítara numerosa,
Que al grande Filipo aclama
De Guadalupe las glorias.
Si de antecesores tantos
Buscais eternas memorias,
Reliquias son en cristales,
Pues en su pecho están todas.
Si de los reyes de España
Revuelves tantas historias,
Cuyos despojos al tiempo
En mil banderas tremolan,
Mira el valor de Filipo,
Pues que con su vista sola
Es tridente á todo el mar,
Es rayo á la tierra toda.
Si al pié desta Virgen bella
Que estas montañas corona,
Tan altas, que se levanta
Entre sus plantas la aurora,
Tan en los cielos sus cumbres
La imagen tan en su gloria,
Que es el mas vivo traslado
Del original que adoran,

(25) Otros leen: *Ellos la edad.*

Públicos afectos puros,
Afectos lucientes, pompas,
En mármoles entallados,
En desatadas aromas,
Nuestro rey, viniendo á verla
Con presencia generosa,
El mayor culto á su fe
Erigió á sus aras propias.
El solo á ver sus altares,
El á su nieve gloriosa
Desde su grandeza vino
Con la grandeza española;
En cuyas memorias pias,
Devotamente lustrosas,
En dos pirámides altas,
Que los indios montes roban,
Arden encendidos votos,
Lucen eternas antorchas,
Que la luz del cielo esconden,
Que los rayos del sol borran.
Espira en humos fragrantes,
Sube en llamas olorosas
Cuanto la Fenicia suda
Y cuanto la Arabia llora.
Gran rey, cuya monarquía,
El sol que nace en las ondas,
Trayendo el sol de María
Vuestras estrellas hermosas;
Las dos perlas, digo, á quien
Han de ceñir mas coronas
Que los pocos mayos suyos,
Que abriles muchos despojan,
La beldad de nuestra infanta,
Que nació con la que goza
Á la tierra por deidad,
A los cielos por lisonja;
Cárlos y Fernando, en quien
Porque á sus nombres responda
Terror, crecen glorioso
De las naciones remotas;
Hoy, en fin, que habeis dejado
Sin alma á toda Lisboa,
Famosa en vuestras entradas,
En vuestra vista ostentosa,
Esta admitid, que á esas plantas,
Religion afectuosa,
En recibiros festiva,
Aplausos humildes postra (26).

CIX (27).

Una bella cazadora
Cebando estaba un halcon,
Cuyo dueño fugitivo
Tal oficio le dejó.
De una simple corderilla
Le está dando el corazon,
Y componiendo las alas,
Que mudaba á la sazon.
«¡Cómo te pareces, dice,
A aquel falso que huyó,
En el comer corazones
Y en mudar la fe y amor!
»*Come de este corazon,*
Pues el que se fué
Te dejó su condicion.
»Si tu dueño se te ha ido,
Y el corazon me robó,
Porque tú no le parezcas,
Mi corazon no te doy;
»Porque tú, por imitalle,
Serás segundo ladron,
Y sin corazon ó alma,
Triste, ¡cuál quedara yo!»
Por consolarse con él,
En la mano le tomó,
Y regalándole el pico,
Le repite esta cancion:
»*Come de este corazon*, etc.
»Préstame, amigo, tus alas
Para alcanzar al traidor,
Tu pico para prenderlo,
Tus uñas para prision.
»A pié lleva un escudero
Con mis armas y blason;
Que el tiempo que fué mi esclavo
Bien pude hermanarle yo.
»*Come de este corazon,*
Pues el que se fué
Te dejó su condicion.»
Este pájaro es de Tirsi,
Admirable cazador,
Que en los álamos de Chipre
Tiene su nido y nacion.

CX.

Por una negra señora
Un negro galan doliente
Negras lágrimas derrama
De un negro pecho que tiene.
Hablóle una negra noche,
Y tan negra, que parece
Que de su negra pasion
El negro luto le viene.
Lleva una negra guitarra,
Negras las cuerdas y verdes,
Negras tambien las clavijas,
Por ser negro el que las tuerce.
«Negras pascuas me dé Dios,
Si mas negro no me tienen
Los negros amores tuyos
Que el negro color de allende.
»Un negro favor te pido,
Si negros favores vendes,
Y si con favores negros
Un negro pagarse debe.»
La negra señora entonces,
Enfadada del negrete,
Con estas negras razones
Al galan negro entristece:
«Vaya muy en hora negra
El negro que tal pretende,
Pues para galanes negros
Se hicieron negros desdenes.»
El negro señor entonces,
No queriendo ennegrecerse
Mas de lo negro, quitóse
El negro sombrero y fuése (28).

CXI.

En aquel siglo dorado,
Cuando floreció Amadís
Y el mes de mayo vivia
Pared en medio de abril,
En unas vistas secretas
Detrás de un zaquizamí,
De la sabijonda Urganda
Tuvo un hijo Gandalin,
Mas valiente que Macías,
Mas derretido que el Cid,
Mas sabido que Roldan,
Mas membrudo que Merlin.
Este andaba á caza y pesca
Por la orilla del Genil,
En la mano esparavel
Y en los hombros un neblí.
Al filo de mediodía,
No mas que por su nariz,
Señalaba las doce horas
En el tronco de un brasil;
A la sombra que hacian
Cuatro flores de alhelí,
Aquejado de la hambre,
Que era comedor gentil,
Sacó poquito á poquito
De las bolsas de un cojin
Dos varitas de virtudes
De traza y valor sutil;
Y vuelta la cara al cielo,
Porque habia de estar así,
Tomando la mayor de ellas,
Le comenzó de decir:
«Varica, la mi varica,
Por la virtud que hay en tí,
Pues que gerigonza entiendes,
Que me traigas que muguir.»
Apenas cerró los labios,
Cuando al son de un añafil
Vió ponerse unos manteles
De delgado caniquí,
Un barril de vino blanco
Y de tinto otro barril,
Del metal de las entrañas
Del cerro de Potosí,
Dos cuchillos de Malinas
Y un salero de marfil,
Y un platillo de ensalada
De yerbas trescientas mil;
Entre dos roscas de Utrera,
Que por estos ojos vi,
Unas lonjas de tocino
Como corchos de chapin.
Desde aquí á las aceitunas
No les dió merienda ansí
El bruto Sardanapalo
Al Gran Turco y al Sofí.
Estando la mesa puesta,
Poblada de lo que ois,
Debiera comerlo solo;
Mas no lo pudo sufrir;
Y volviendo á ver al cielo,
Porque habia de estar así,
A la segunda varica
Le dice el mozo Celin:
«Así te otorguen los cielos
De venturas un cabiz,
Que me traigas una dueña
Con quien mis dichas partir.»
Fué a revolver la cabeza,
Y vido cerca de sí
La doncella Dinamarca
Atándose un cenojil;
Y aunque se habian ya visto
En las salas de Paris,
Mirábanse el uno al otro
Y hartábanse de reir.

(26) Segun Rivas Tafur, no es de Góngora esta poesía.

(27) Romancero de don Agustin Duran.

(28) Romancero de Duran.

CXII.

Dejad los libros un rato,
Señor licenciado Ortiz,
Porque tengo que contaros
De cosillas un cahiz;
Y es el cuento, mi señor,
De una doña Beatriz,
Poco mas alta en valor
Que nido de codorniz.
Fuila un dia á visitar,
Y dijo: «Señor don Luis,
¿Qué manda vuestra merced?
— Servirla, mi emperatriz
¿Es negocio de importancia,
Señora, á lo que venis?
Respondi á lo sevillano.
— Bien poquito mas de un tris.»
Luego mostró mas revueltas
Que trae granos el maiz,
Diciendo: «No soy mujer
De las con quien vos cutis;
Y muy poquito aprovecha
Sotana y sobrepelliz
Para lo mucho que cuesta
Sacar la primer raíz.»
Pareciome su respuesta
No de mozuela aprendiz;
Dijela: «Empadronadora
Mas que la iglesia matriz,
Sin que doncella os hagais,
Sabemos de qué vivis,
Pues si cerrais una puerta,
Otras doscientas abris,
Y que sois mas conocida
Que el meson de Anton Ruiz,
O en Valladolid nombrado,
Por pleiteante, Moriz,
Y en Lisboa los fidalgos
Del linaje de Moñiz,
O en Vizcaya los que llaman
De Oñez y de Madrid,
Y que sois mas ordinaria
Que en botica almofariz,
O en meson los cabezales
Ordinarios de terliz,
Y que os sacara un podenco,
Aunque le falte nariz,
Por el rastro que dejais,
Como en nieve la perdiz.»
Y como vi que miraba
Retuerta como cambiz,
Dije: «No soy terciopelo
Para hacer arpon con giz.»
Respondióme: «Mi señor,
Aunque bachiller venis,
Nada habeis de negociar
Si no me contribuis.»
Viéndola pues tan resuelta
En la manera que ois,
Y yo sin nada que darle,
Renegué de su matiz,
Y eché de ver que la honra
De gente de este pais
Esta cubierta y cirada
Con amarillo barniz.

CXIII.

Juéves era, juéves;
Despertóme al alba
La inquietud con furia
De una triste causa.
Como enfermo hice,
Nunca tal pensara,
Agasajo al dia,
Desprecio á la cama;
Troquéla en vestido,
Y vi lo que llaman
Risa del aurora
Por labios de grana,
Aunque amanecia
La luz embozada,
Con hocico el cielo,
El sol con lagañas
De ámbar, decian
Unas voces pardas:
«¡Agua va, señores!
Que las nubes vacian
Cuando Anica en corto
Por mi calle baja,
Huyendo el aviso,
Flechando la aljaba,
Cubriendo el semblante
La linda rapaza,
Lo lascivo enseña,
Lo divino tapa.
Al tiempo que aplica
Su embozo á la cara,
Por celajes mira,
Por tronera mata.
Cuando airoso pisa,
Parece que calza
Chapin de granizo,
Que cayendo salta
Picante y menudo.
Su paso imitaba
Mucho á la pimienta,
Algo á la mostaza.
Vístese á lo cielo,
Tápase á lo falsa;
Lo celoso ofrece,
Lo amoroso guarda;
Con bizarro talle
Ostenta gallarda
Alma en las acciones,
Azogue en el alma.
Yo la vi, señores,
Yo vi que mostraba
Nieve en sus muñecas
Y nieve sus llamas.
No pensé que fuera
Tan bella y honrada,
Tan briosa y noble,
Tan hermosa y casta.
Con solo un ceceo
Intenté llamarla,
Pues vi que mi afecto
Bosquejó mis ansias;
Pero sus desdenes
Mi engaño declaran,
Y al desden entregan
Tanta confianza.
Llaméla corrido,
No por enojarla,
Lo que dice el vulgo
Nombre de las pascuas.
De vergüenza dicen
Que vistió la cara,
Aumentó rigores,
Prometió venganzas;
Hallé, aunque jamás
Verlo imaginaba,
Hermoso el enojo,
Discreta la rabia» (29).

CXIV.

Gran filósofo me han hecho
Casos adversos y tristes;
Un libro del tiempo soy
En quien su mudanza escribe.
Tan á prueba de desdichas
Me tiene el hado infelice,
Que no hay mal que me congoje
Ni bien que me regocije.
Eráclito fui un tiempo,
Que di en llorar y afligirme.
Y ahora á reir me doy
Porque á Demócrito imite.
Desde aquestas soledades,
Habitacion apacible,
Miro en la plaza del mundo
Los que á sus fiestas asisten.
Desde aqui miro la suerte
Que con los grandes y humildes
Hace la fortuna varia,
Toro veloz y terrible.
Desde aqui me estoy riendo
De que un ambicioso envidie
El ver llevar a un privado
Mayor peso que el de Alcides.
Riome de ver que un viejo
Labre palacios insignes,
Cuando en el de siete pies
La muerte le hace brindis;
De que ningun pleiteante
En tener justicia estribe,
Siendo el dinero y favor
Las leyes que el mundo rigen;
De la sujecion tan grande
Con que los señores viven,
Pues por no descomponerse
A duras penas se rien;
Del que en público se azota
Y en secreto es el origen
De vicios, como si á Dios
Algo pudiera encubrirse.
Riome del que en su tierra
Tiene parada apacible,
Y hacienda y vida le acaban
Pretensiones insufribles;
Del que secreto importante
A ninguna mujer dice,
Del garitero que juega,
Del que tiene hacienda y sirve;
Del que pudiendo ir armado,
Con sencillas armas riñe;
Del que fia en amistad
De escribanos y alguaciles;
De aquel que es rico, y de avaro,
Apenas come ni viste,
Y deja su hacienda á quien
En breve la desperdicie;
Del que quiere bien á monjas,
Y en un locutorio asiste
Lo mas del tiempo, trocando
Necedades por melindres;
Y riome del galan
Que piensa que hay mujer firme;
Del que dice que es su error
Fuerza de estrella infelice;
Del que por quitar un v.....
Paga una suma increible,
Y saca descalabrado
El.... Dios nos guarde y nos libre;
Del que no siendo señor
Sacres sustenta y neblíes,
Y á diez ducados le salen
Cualquiera par de perdices.
Riome de que un poeta
Forceje, trace y fabrique
Maquinas para ser rico,
¡Harto gracioso imposible!
Riome de un licenciado
Que, siendo en extremo simple,
Quiera enmendar á un discreto
En virtud de seis latines;
De la que quiere mezclar,
Siendo por extremo libre,
Enterezas de Lucrecia
Con flaquezas de Pasífes;
Y de un marido Anteon
Que en público cela y riñe,
Y á costa de su mujer
Come, bebe, calza y viste;
Del que teniendo setenta,
Busca una niña de quince,
Sin mirar que compra viña
Que él paga y otros esquilmen.

(29) Alfay pone como de Góngora este romance, en sus *Poesias varias de grandes ingenios.*

Y de mí me estoy riendo
De cuando di en afligirme,
Sabiendo á cuán breve espacio
El bien y el mal se remite.

CXV.

Compitiendo con los cielos
Las sierras de Guadalupe,
Esmeraldas son sus valles,
Plata y aljófar sus cumbres.
Lloraba perlas la aurora
Sobre violetas azules,
Encubriendo las estrellas
Y desterrando las nubes,
Cuando mas bella Lisarda
Las ásperas sierras sube,
Dando al mundo y dando al cielo
Gloria, envidia, sombra y lumbre.
La nieve desciende al valle,
La estéril tierra produce
Mil yerbas que la enternecen,
Mil flores que la dibujen.
No hay planta que no se alegre
Ni pájaro que no anuncie
El nuevo sol que amanece,
Aunque el del cielo se turbe.
Lisarda sobre una peña,
Venturosa en que la ocupe,
Los campos de Calatrava
Entre los montes descubre;
Y porque apacienta en ellos
Un fiel serrano que sufre
Memorias que desesperan
Y esperanzas que consumen,
Mirando campos y sierras
Que enternecellas presume,
Enamorando los cielos,
Hizo que atentos la escuchen:
«*¡Sierras venturosas de Guadalupe!*
¿Qué es de mi esperanza, que en vos la [puse?
Qué es de mi vida perdida
Por gustos de vida incierta?
Mas lloro esperanza muerta,
¿Cómo puedo tener vida?
¿Qué es de mi aleve homicida?
Piedras y árboles, ¿qué es de él?
Mas ¡ay! que un tirano cruel
La luz de mi gloria encubre.
¡Sierras venturosas de Guadalupe!
¿Qué es de mi esperanza, que en vos la [puse?»

CXVI.

Con ropilla y sin camisa,
No por falta de tenella,
Que una que le dió su madre
Le perdió la lavandera;
Su jubon por zaragüelles
Y el sombrero por chinelas,
Y por reparo del cierzo
Una capa de bayeta;
Al sol, que, muerto de risa,
De lástima le calienta,
Esto cantaba Fernandez,
Cosiendo sus polorreras:
«Desdichado del hidalgo
Que con sobra de nobleza
Y con falta de dinero
Viene á pleitear á esta tierra.
Soy de Cángas de Tineo,
Desciendo por línea recta
Del infante don Pelayo;
¡Ved que honrada descendencia!
Y agora por mi desdicha
Venido soy á esta tierra,
Do traigo sobre una moza
Un pleito con una vieja.
Levantóme la falsaria
¡Jesucristo me defienda!
Que fuí malo de mi cuerpo
En un molino con ella.
Y aun el falso testimonio
No para aquí, porque llega
A que con doce testigos
Prueba que estaba doncella.
No sé quién jurar tal pudo,
¡Defienda Dios mi inocencia!
Que bien sé que soy de carne
Y tengo algunas flaquezas.
Mas decid, testigos falsos,
¿Cuándo en Castilla la Vieja
Vido el cielo cuervos blancos
Ni doncellas montañesas?
Dejando el pleito á una parte,
Ya que el pleito no me deja,
Aunque no para medrar,
Para echar la sarna fuera,
A ruego de buenos hombres,
¡Pluguiera á Dios no los viera!
Asenté con un pleiteante
En San Martin de la Vega.
Por la costa concertamos
De serville esta cuaresma,
Do á pura fuerza de ayunos
Me han convertido en poeta.
Pensarán que estoy burlando;
Pues no es así como quiera,
Que del trato de mi amo
Hago agora una comedia.
Toda la primer jornada
Trata de que nunca almuerza,
La segunda que no come,
La tercera que no cena.
Estos forzosos ayunos
Me han tornado la cabeza
Mas liviana que una caña,
Y me han helado la vena.
Y tiéneme de tal suerte
La forzosa penitencia,
Que no quiero decir mas,
Ni puedo, aunque mas quisiera (30).

CXVII.

Comadres, las mis comadres,
Con quien tuve, no lo niego,
Correspondencias quebradas
Tocantes al trato muerto;
Mucho del bello placer
Y mucho del pesar bello,
Que si triaca me distes
Ponzoña bebí primero;
Todas mezclais ¡mal pecado!
Favores con menosprecios,
Esperanzas con agravios,
Con fe grande grandes celos.
Oidme si estais despacio;
Que os doy voces desde léjos,
Sentado al tronco de un pino,
Testigo de mi destierro.
Ya sabeis que entre vosotras
Tuve solaces diversos,
En verano en lo regado,
Y en el hogar el invierno;
Y que el marzo entre mis arcas
Anduvo tan grande cierzo,
Que de ellas me aventó el oro
De la hija de mi suegro.
Para pagar este soplo
Vine á vender mis barbechos;
De ellos la cadena sale;
Los botones ya los tengo.
Esto, amigas y señoras,
Se quede aquí, porque quiero
Deciros cuál volveré
Ante vuestro acatamiento;
Porque si me reservais
De algunos forzosos censos,
Visite vuestros estrados,
Y si no, que huya de ellos.
En las fiestas de tres altos
Sortijas, toros, torneos,
Del libro de vuestros vivos
Me podréis borrar por muerto;
Que si me pedis ventanas,
Diré que veais los juegos
En las de vuestras narices,
Puestas en el primer suelo.
Comedia con arrequives
De soledad y aposento
Para las graves, y esotras
Alhombra con silla en medio.
Merienda, rio, aguadores
Que porteen vuestros cuerpos,
Puerta de Guadalajara
Y tercios de casa os vedo;
Porque la media ataujia,
Medida con flacos dedos,
Helada, espumilla y cortes
No lo sufre mi decreto.
La preñada que tuviere
Antojos de terciopelo,
Que los trueque en damerías,
Vinagre, barros ó yeso;
Si el sábado la toquera
O el portugués que da lienzo
Viniere estando yo allí,
Que pagueis sin pedir trueco;
Que aunque pasen por la calle
Innumerables fruteros
No desplegueis vuestras bocas,
Y el por qué á mi Dios lo dejo.
En pago de esta exencion
Obligo mi pobre pecho
A todos los menoscabos
Que puede sufrir un ciervo.
Ellas son bajezas grandes,
Yo pecador las confieso;
Mas contra necesidades
¿Qué pundonor habrá enhiesto?
Si estando yo con vosotras
Viniesen vuestros don Diegos,
Que como á piedra sin fruto
Me lanceis en cualquier centro;
Que no llame á vuestras puertas
Si no de tal á tal tiempo,
Porque no espante la caza
Si aguardais penantes frescos;
Que aunque seais mas comunes
Que fué la estrella de Vénus,
Jure que estáis mas cerradas
Que en Vizcaya los conceptos;
Que no tome silla baja
Ni os pueda tocar al pelo
Hasta que con castañeta
Me llameis como á podenco;
Que aunque necias y afeitadas
Esteis, os salude el gesto
Como en Francia, y os escuche
Seis horas sin rallo en medio.
No se ha visto sufridor
En todo el mundo universo
Cuya paciencia por yunque
Quebrante tan pocos hierros.
Prolijo he sido, señoras;
Que como estoy en el yermo,
Ajeno de ocupaciones,
Escribo mas que diez presos.
Pues teneis mas secretarios
Que tiene el mundo secretos,
Respondedme, aunque negueis
La paz de nuestros conciertos.
De esta sierra bruta y sola
A dos del mes en que el cuerno
Derrama Amaltea hermosa,
De fruta y de flores lleno.

(30) Segun Rivas Tafur, no es de Góngora este romance.

CXVIII (31).

«*Soledad que aflige tanto,*
¿Qué pecho habrá que te sufra?
Libertad preciosa y cara,
¡Mal haya quien no te busca!
Por una parte paredes,
Por otra rejas tan juntas,
Que ni el sol por ellas entra
Ni las penetra la luna.
En los balcones candados,
En las puertas llaves duras,
Y dura la condicion
Que nos cierra y que nos culpa.
El invierno en lo sombrío,
El verano en las estufas,
Medio encantados los ojos,
Y la lengua casi muda.
De pesares todo el año,
De placer hora ninguna;
Soledad que aflige tanto,
¿Qué pecho habrá que te sufra?
A los discretos nos niegan,
Y cuando necios nos buscan,
Nos sacan á que nos muelan
Con razones importunas.
Eternos son nuestros males,
Nuestros bienes de fortuna;
Libertad preciosa y cara,
¡Mal haya quien no te busca!»

Aquesto cantaban
A sus almohadillas
Dos niñas labrando
Pechos de camisa.
Cerrólas su madre,
Fuése por la villa
A dar parabienes
Y á consolar viudas.
«¿Qué ha visto en el tiempo,
Dijo la mas chica,
Señora, que cierra
Lo que no solia?
¿Quién canta de noche?
Quién habla de dia?
Quién hay que nos lea?
Quién que nos escriba?
Estrechura tanta
Plegue á Dios no sirva
De que el sufrimiento
Desespere aprisa.
En corrillos andan
Todas las vecinas,
Sembrando sospechas,
Cogiendo malicias.
El gusto pasado
Se trocó en acibar,
La soltura en cárcel,
En llanto la risa.
A lo que es recato
Llamarán caida
Que ha dado el honor,
Ligera y altiva.
Madre, la mi madre,
Miedo guarda viña;
Mas hace quien ruega
Que no quien castiga.
Si la planta nace
De suyo torcida,
Tarde la enderezan
Varas que la arriman.
Escuchais consejas
De dueñas vaidias,
Que en la iglesia pasan
Cuentas y mentiras;
Y sobre nosotras,
Vuestras enemigas,
Pareceis nublado
Que atruena y graniza.
Yo de mi cosecha
Me soy teatina,
Medrosa de engaños
Y esperanzas tibias.
No echeis tantas llaves,
Porque no se diga
Que no hay que fiar
De quien no se fia.»

(31) Este romance fué publicado en el *Romancero general* sin nombre de autor. Como de Góngora se halla en muchos manuscritos. No difiere de su estilo ni es indigno de su ingenio.

CXIX (32).

Galanes, los que teneis
Las voluntades cautivas
En el Argel de unos ojos
Que la voluntad os privan;
Los que á los soles de agosto
Y á la escarcha de Castilla
Sois en invierno y verano
Medio hombres y medio esquinas;
Los que hilando los bigotes
Y alzando el cabello arriba,
Idolatrais una necia
Detrás de una celosía;
Oid á un cofrade vuestro,
Que se escapó de la liga
Hoy hace treinta semanas,
Un miércoles de Ceniza.
Salud y gracia. Sepádes
Que me vi por una ninfa
No dormir en treinta noches
Ni comer en cuatro dias.
Tropecé en un desengaño,
De suerte que la caida
Me costó dentro de un mes
Dos purgas y seis sangrías.
Ya vivo con arancel,
Ya no soy quien ser solia,
Ya duermo y como á mis horas,
Y ando mostrenco en la villa.
Tararira,
No tiene el Rey tal vida.
Ya me levanto á las siete,
Y puesta camisa limpia,
Me miro y pongo al espejo
Bien ó mal las lechuguillas.
Ya no me aprieta el zapato,
La cuera ni la ropilla,
Ya llevo las medias flojas,
Y mal atadas las ligas.
Almuerzo como un tudesco
Despues que vuelvo de misa,
Si es verano en el jardin,
Si es invierno en la cocina.
De setiembre á Navidad,
Como bandujo y morcillas,
Y desde diciembre á enero
Rico solomo y salchichas.
Las turmas de marzo á mayo
Como con lunadas fritas,
Y desde mayo hasta agosto
Pernil fiambre con guindas.
Bebo con nieve, y aguado
Cuando hay calor excesiva;
Pero cuando el tiempo hiela,
Como el Redentor lo cria.
A las once como siempre
La olla de una ama limpia
Con algun torrezno asado
Y con otra niñería.
Si hay palomino, la pierna;
Si hay cabrito, las costillas;
Si gallina, la cadera;
Y si perdiz, la tetilla.
Tararira, etc.
Cuando dicen que á doña Alda
Dió don Juan una basquiña,
Échole calzas de tonto
Aunque venga de la China;
Cuando quieren altercar
Sobre quién priva ó no priva,
Pregunto dónde ha de ser
Y qué ventanas se alquilan;
Cuando veo algunas damas
De las de casa y bajilla,
Riome de aquellos tontos
Pobres por hacerlas ricas;
Y cuando al fin el ser hombre
Me aprieta con mucha prisa,
Busco quien no me conozca
Ni me detenga ni pida.
El gusto traigo de mezcla;
Porque donde una vez pica
No volveré si me diesen
El tesoro de las Indias.
Cuando encuentro por las calles
Los ministros de justicia
Me acuerdo de los tejados
Por donde anduve en camisa.
Traigo con llave la espada
Y con antojos la vista,
Y en la parte sospechosa
He puesto una zapatilla.
Tararira,
No tiene el Rey tal vida.

(32) Este romance se halla en el *Romancero general* como obra anónima. En manuscritos antiguos de poesías de Góngora se pone entre ellas.

CXX (33).

Hermosas depositarias
De mil almas novelescas,
Las que seguis de Cupido
Los pifanos y banderas,
Un consejo os quiero dar,
Y atended que no os lo diera
Si de puro acuchillado
Los sesos no se me vieran;
Y no colijais tampoco
Que alguna pasion me ciega;
Que yo, como libre, hablo
Del tiempo que no lo era.
No pongais vuestra aficion
En mocitos de esta era,
Que son como basiliscos,
Que matan y luego vuelan.
Huid como del demonio
De estos de calzas tudescas,
Que es de Alejandro su vista
Y de duende su moneda.
No os fieis de sus palabras
Ni os engañen con endechas,
Que tienen las bolsas duras
Y las palabras muy tiernas.
Tienen de bronce las manos,
Las faltriqueras de piedra,
Y la moneda de plomo,
Mas falsa que sus promesas.
No os engañen los que agora
Se ciñen como maletas,
Que de apretar las barrigas,
No tienen sustancia en ellas.
Finalmente, os aconsejo,
Parroquianas de esta feria,
Que de estos almidonados
No se ocupe el alma vuestra;
Porque hay mocito espigado
Que con cuatro plumas negras
Piensa escalar vuestra casa
Y torcer vuestras madejas.
Al que es hijo de vecino
Tapiadle ventana y puerta,

(33) Sin nombre de autor está en el *Romancero general*. Los manuscritos lo dan por de Góngora.

Que piensa que le debeis
De alcabala cama y mesa;
Y si entrare en vuestra casa
No dando provecho en ella,
Abrilde con una mano,
Y con otra echalde fuera.
Y el órden de vuestra vida
De hoy mas mirad que sea
Ver ante *omnia* el *plus ultra;*
Que ya quien fia no medra.
Aquel que quisiere hablaros
Traiga de azul la librea
O vistase de oro fino,
Color contra la tristeza.
Traiga las armas del Rey
En el escudo por muestra;
Philippus, rex Hispaniarum,
Diga el mote de la letra.
Al que estas letras arroja,
Hermanas, para leerlas.
Si de esta suerte viniere
Bien podeis abrir la puerta.
Fileno, aquel que decia
Que érades Circes y peñas,
Agora os da por consejo
Que os convirtais en Medeas;
Porque si blandas os hallan,
Como blandas os refriegan,
Y venis á quedar todas
Como granadas abiertas.

CXXI (34).

No viene á mí el sobrescrito,
Señora, de aquesa carta;
Bien la puede dar á otro,
Que yo no como cebada,
Ni creo tan de ligero
El preñado que me achacan,
Pues que las bulas de Roma
Se encuentran desde la data.
Contemos las conjunciones
Por meses y por semanas,
Y si viene bien la cuenta
Metamos la cria en casa;
Pero si no viene bien,
¿Por qué quiere la bellaca
Jugar con otro las piernas
Y cargarme á mí las cabras?
No quiera la fugitiva
De la aborrecida patria
Hacer con otros el flete
Y que pague yo la barca.
Desista de ser fullera,
No haga pandillas tantas;
Que si ella es cuchillo agudo,
Yo soy raposa avisada.
¿Cómo quiere que reciba
El requeson que me guarda,
Si estaba llena la encella
Cuando yo llegué á apretalla?
Pues no quiso ser mi mula,
No quiero ser su gualdrapa;
Bien puede dar esas quejas
A quien la hizo preñada.
Su preñado me parece
A la puente segoviana,
Que se hizo en una noche
Sin cal, arena, ni agua.
Sin duda que el diablo hizo
Este milagro en España,
Y diablo debo yo ser,
Pues su preñado me achaca.
Para haberse criado en villa
Poco sabe de crianza,
Pues me pide el aguinaldo
Sin darme las buenas pascuas.

(34) Está en el *Romancero general* como de GÓNGORA.

Al otro que se las dió,
Con paz, al uso de Francia,
Le haga esas cosquillas,
Porque yo no sufro albarda.
Pídale que contribuya
Para el gasto de las amas;
Que no he de dar yo mantilla,
Sirviendo el otro de manta.
Aunque soy malo á sus ojos,
Tengo la conciencia sana;
No quiero coger el fruto
Que otro sembró con sus vacas.
Líbreme Dios de lo ajeno,
Pues es cosa averiguada
Que la codicia del mundo
Es la polilla del alma.
Son los partos de mujeres
Como nubes que traen agua,
Que aunque ignoramos dó vienen,
Sabemos dónde descargan.
Decir que ella lo parió
Es verísima probanza;
Mas que parió de mí solo
Es duda que no se alcanza.
Así que, señora mia,
No escarbe mas la cernada,
Porque es todo polvareda,
Pues pide injusta demanda.
Déjeme, pues que la dejo,
Y quédese en hora mala;
Que no la he de levantar,
Pues que se echó con mi carga.

CXXII (35).

«Junto á una fuente clara
Lloraba Galatea
De sus divinos ojos
Por lágrimas estrellas.
Cristal y luces llora,
Y en el cristal que aumenta
Agua y luces agravian,
Plata y rayos pelean:
De ausente pastorcillo,
Que ingrato dueño deja
Desperdiciar al aire
Imperios de oro en trenzas,
El mas hermoso agravio
Que vió la primavera,
Rojo desden del dia,
Del alba blanca afrenta.
Ayer bajó embozada
Al baile de su aldea,
Avara con los cielos,
Y con abril soberbia;
Que resistir entonces
Amor ni el sol pudieran
A tanta nieve en rayos,
Tanto cristal en flechas.
Ambar cernió su cofia,
Su boca llovió perlas,
Y vinculó esmeraldas
Su breve pié á las yerbas;

(35) Están impresas como de GÓNGORA estas endechas por Alfay, en sus *Delicias de Apolo.*

Gracian, en su *Agudeza y arte de ingenio,* escribe:

«Fórmase de ordinario el encarecimiento ensalzando el objeto y ponderando su exceso en sí ó en algunas de sus circunstancias, DON LUIS DE GÓNGORA, en estas endechas suyas, aunque no van en sus obras, como vi otras muchas:

»Al pié de una corriente
Lloraba Galatea
De sus divinos ojos
Por lágrimas estrellas,
Ambar cernio su cofia, etc.»

Que dulcemente muero,
Que vanamente esperan
Los pensamientos mios
Piedad de tal belleza.»
Esto cantaba Lauro
A la beldad mas nueva
Que llenó de suspiros
Los ecos y las selvas.

CXXIII (36).

En las orillas del Tajo,
Cuyas márgenes coronan
Piélagos de oro en arenas
Que ciñen su frente undosa,
Crepúsculos matutinos
Desmiente ya virgen rosa,
Deidad de los montes bella,
Que el cielo adoró pastora;
Seguida en vano de Delio,
Salió compitiendo á Flora
La juventud mas lucida,
De un sexo y otro la pompa.
Ella del coro de Vénus
Admiracion gloriosa;
Él trasunto propio en sí
Del que es nieto de las ondas.
Tanta beldad á los campos
Segunda parece aurora,
Si á un mar de rayos apela
De los ojos á las hojas.
El lustro apenas primero
Remitió Amor, que en su concha
Nunca lo pueril preserva,
Nunca lo inmortal perdona.
Suaves mil lazos dió
A las dos almas, que gozan,
Si mucho de lo divino,
Humanidades graciosas.
Afectó Martisa bella
Aclamaciones no impropias,
Llevándose los aplausos
De cuantas bellezas borra.
Delicioso ya sugeto
Fué á Delio, cuyas memorias,
Hurtándose á obligaciones,
Sucedieron al aljófar.
Reciprocóse lo tierno,
Inútil fué su lisonja,
Creciendo violado el ocio
Las que duplicaron glorias.
Mil veces de los rubíes
Solicitó las dos rosas,
Puertas que á menudas perlas
Muros de púrpura forman.
Otras, librándose al tacto,
Fiando en audacias sordas,
Divinidades intenta,
Que frustra cristal, ya roca.
Adelantado el deseo,
Atrevimientos aborta
Del ídolo de hermosura
Que idolatró á todas horas.
Arbitrios intenta vanos,
Pero ser audaz ¿qué importa
Cuando la ocasion se niega
Y Amor sus gustos revoca?
O fué olvido ó fueron celos,
Pasion sacrílega y loca,
Tiranos si de sus logros,
Eclipse de sus victorias,
De una zagala que el cielo
Crió libertada, hermosa,

(36) Alfay publicó en sus *Delicias de Apolo* este romance como de GÓNGORA. Si es cierto que el ingenio cordobés lo escribió, así como el que precede, no anduvo á la verdad muy feliz en la manera de expresar los afectos.

Del garzon no venerada,
Quien solo á Marfisa adora.
Celosa la mayor luz
Que aquellas montañas honra,
Lícito favor le implica,
Si de desprecios le informa.
Frustrando correspondencias
Del que su desdicha llora,
Por no admitir desengaños,
A desdenes se convoca.
Delio, que ve reducidos
A ruina lastimosa
Actos de firmeza heróicos,
Fe profanada por sola,
De cuantas deidades lava
La corriente caudalosa,
Nuevo músico de Tracia,
Sonoro concento invoca;
Y por extinguir suave
Afectos de sus congojas,
A destinos de la ausencia
Hoy condena su persona;
Cuyo amor, cuyas finezas,
Con eleccion generosa
Fiando á pincel valiente,
Inmortal aclama trompa.

FIN DE LAS POESÍAS DE DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE,
Y DEL TOMO PRIMERO DE POETAS CASTELLANOS DE LOS SIGLOS XVI Y XVII.

INDICE.

	Pág.
Prólogo	V
Apuntes biográficos de los autores comprendidos en este tomo	IX
Garcilaso de la Vega.—Juicios críticos	1
Poesías	3
Gutierre de Cetina.—Juicios críticos	39
Poesías	40
Diego Hurtado de Mendoza.—Juicios críticos	51
Poesías	52
Cristóbal de Castillejo.—Juicios críticos	105
Poesías.—Libro primero. De las obras de amores	107
Libro segundo.—De las obras de conversacion y pasatiempo	156
Libro tercero.—De obras morales y de devocion	209
Fernando de Herrera.—Juicios críticos	253
Poesías.—Libro primero	257
Libro segundo	299
Don Francisco de Medrano.—Juicios críticos	343
Poesías	344
Pablo de Céspedes.—Juicios críticos	361
Fragmentos de el arte de la pintura.—Libro primero	362
Libro segundo	364
Fragmento en elogio de Fernando de Herrera	367
Francisco Pacheco.—Poesías	369
Francisco de Rioja.—Juicios críticos	373
Poesías	375
Don Juan de Arguijo.—Juicios críticos	391
Poesías	392
Baltasar del Alcázar.—Juicios críticos	405
Poesías	406
Doctor Juan de Salinas.—Poesías	417
Pedro de Quirós.—Poesías	421
Don Luis de Góngora y Argote.—Juicios críticos	425
Poesías	427

3 v.